Historia de Nuestro Señor Jesucristo

Esposición de los Santos Evangelios

Joseph Ephiphane Darras

Madrid, Imprenta y librería de Gaspar y Roig editores, 1865.

Advertencia del traductor

La Historia de Nuestro Señor Jesucristo, escrita por el sabio canónigo M. Darras, es acaso la más importante de cuantas se han publicado en el presente siglo, satisfaciendo una de las necesidades más imperiosas de nuestra época.

Después de los estudios y esfuerzos hechos, para desnaturalizar y falsificar completamente la vida de Nuestro Señor Jesucristo, por las funestas escuelas naturalista y mítica de los Paulus y de los Strauss, y por la no menos fatal escuela crítica de Tubinga y sus sectarios Baur, Reus, Reville, Scherer, d'Eichthal y tantos otros corifeos de las nuevas doctrinas, y especialmente, después de la última manifestación del racionalismo, efectuada por M. Renan en su libro que lleva por título: *Vida de Jesús*, era absolutamente necesario escribir una obra en que se consignara y expusiera clara y completamente los hechos evangélicos que constituyen la verdadera Historia de nuestro divino Redentor, bajo el aspecto crítico, apologético y filosófico, conciliando los textos con la exégesis, y desarrollando y exponiendo el dogma y la moral cristianas en todo su esplendor y pureza, y en sus aplicaciones a la esfera social y política, al paso que se refutara y destruyese radicalmente en esta obra, cuantos errores, objeciones, sofismas y calumnias han opuesto en contrario los nuevos incrédulos.

Gran parte de escritores católicos han tratado de atender a este objeto en los últimos años, y especialmente desde la publicación de la nueva obra de M. Renan, saliendo, con sus luminosos escritos, al encuentro de aquellas funestas doctrinas. Unos, como el abate Freppel, Augusto Nicolás, monseñor Plantier y el padre Delaporte juzgaron más breve y expedito limitarse a escribir refutaciones más o menos extensas de las doctrinas de, M. Renan. Otros, como M. Walon [II] y M. Parisis, creyeron más conveniente restablecer, según los Evangelios, los hechos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo alterados por el nuevo sofista. Mas no permitiendo, tal vez, a estos escritores su ardiente ansiedad por ofrecer al público el oportuno correctivo lo más pronto posible, tomarse todo el tiempo necesario para adquirir, examinar y meditar con toda detención y sosiego los datos y documentos que requería una obra profunda y completa de historia y de polémica a un tiempo mismo sobre tan importante asunto, y proponiéndose particularmente rebatir los errores que contenía la de M. Renan, hubo de notarse en sus escritos algunos vacíos y omisiones de importancia y aun faltas de erudición y de datos notables.

La presente Historia del abate Darras carece de estos defectos, al paso que llena cumplidamente los dos fines que llevamos referidos. Y en verdad, consagrado su ilustre autor por espacio de largos años a escribir su grande *Historia general de la Iglesia*, de que forma parte la presente, había reunido, por medio de exquisitas investigaciones, la multitud de datos y documentos necesarios para una obra de tan grande aliento; había estudiado, con toda tranquilidad y tiempo, los expositores de los libros sagrados y las obras de las más célebres filósofos del mundo católico; interrogado los monumentos antiguos descubiertos últimamente por la ciencia que atestiguan a maravilla la veracidad histórica de los textos evangélicos, y examinando las objeciones de la incredulidad moderna para rebatirlas y pulverizarlas completamente.

Tales eran las felices disposiciones y las ventajosas circunstancias en que se hallaba M. Darras al aparecer la nueva obra de M. Renan sobre la Vida de Jesús. Aprovechando, pues, nuestro ilustre escritor los grandes elementos científicos que ya poseía, y redoblando nuevamente sus estudios y esfuerzos, le ha sido posible escribir una Historia de Nuestro Señor Jesucristo, notabilísima por más de un concepto. Suma exactitud en la exposición y concordancia de los cuatro Evangelios; gran saber y acierto en la explicación del significado y trascendencia de los hechos a que se refiere; profundas y eruditas investigaciones filológicas de las raíces hebreas y griegas y de las variantes de sus versiones a las lenguas orientales o a la Vulgata latina, para inducir aclaraciones y explicaciones [III] luminosísimas de pasajes y textos de grande importancia; sumo conocimiento de los sucesos históricos y de las instituciones y costumbres contemporáneas; un intenso estudio de la patrología griega y latina, no menos que de la literatura rabínica; solidez y fuerza de lógica y de raciocinio y suma energía en la poderosa dialéctica de que se vale para rebatir los argumentos de los nuevos racionalistas; grande elevación de miras y un estilo nervioso al par que elegante: tales son las principales y sobresalientes dotes que dominan en toda esta obra.

El mundo católico ha acogido, pues, con general entusiasmo tan notable trabajo, no habiendo vacilado en tributarle los mayores elogios aun los mismos escritores que han dado a luz obras análogas. Así, M. Veuillot ha reconocido en la última edición de su *Vida de Jesucristo*, «hallarse en la bella y completa historia de Nuestro Señor Jesucristo, que M. Darras publica en este momento, excelentes respuestas a todas las objeciones antiguas renovadas en el día» y el señor obispo de Quimper ha demostrado su entusiasmo por esta historia en una carta dirigida a su editor francés, que va impresa a continuación de esta advertencia.

Habiéndose publicado en la Europa sabia simultáneamente a esta obra, estudios y trabajos parciales importantísimos sobre los hechos que constituyen la *Historia de Nuestro Señor Jesucristo* y contra las doctrinas de los nuevos incrédulos, hubiéramos creído incurrir en una negligencia culpable, sino hubiésemos enriquecido la obra de M. Darras, por medio de notas e ilustraciones, con los preciosos tesoros de erudición y ciencia que aquellos nos ofrecían, y en especial los notabilísimos de Riggenbach y Luthard, publicados en Alemania, de Ghiringhello y de Cavedoni, dados a luz en Italia, y del padre Gratry, M. Wallon y el padre Félix, y tantos otros insignes escritores católicos de la vecina Francia.

Finalmente, en cuanto a la traducción de los textos sagrados, teniendo en cuenta el gran respeto que les son debidos, hemos adoptado, concordándolas, las sabias versiones, autorizadas por la potestad eclesiástica, de los padres Scio, Amat y Petit. [V]

Advertencia del editor francés

He recibido la carta siguiente

Quimper etc.

«Muy señor mío:

»El abate Darras ha tenido la complacencia de comunicarme las pruebas de su cuarto volumen de la *Historia general de la Iglesia*, que contiene la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.

»Después de haber leído con un vivo interés este importante y extenso trabajo, ha sido mi primer idea empeñar a su autor a formar con él una obra dispuesta de modo que pueda darse al público por separado: bien entendido que esto había de ser sin lastimar en lo más mínimo los derechos de V., y solamente después de haber aparecido esta obra en su forma de cuarto volumen de aquella publicación.

»M. Darras me ha contestado como yo esperaba, que esto dependía de V. únicamente. Así, pues, me dirijo a V. y creo conocerle sobrado tiempo para dudar de su asentimiento.

»No le detengan a V. los gastos de una segunda edición, pues debe V. considerar únicamente que responde a las necesidades del día, y que será útil a muchas personas a quienes por falta de tiempo y de recursos no les es posible leer esta obra, ni comprar la grande Historia de M. Darras. Puede V. estar seguro de que no quedará esta edición en sus almacenes. Deberá formar dos volúmenes al alcance de todo el mundo y que serán sumamente solicitados, porque se hallan en ella, desde la primera página hasta la última, las cualidades requeridas para una lectura de erudición, de piedad y hasta de recreo. En ella se presentan los hechos evangélicos con [VI] las mismas palabras del texto sagrado; difundiendo tan brillante luz las explicaciones de los Padres de la Iglesia, las noticias tomadas de los autores profanos, y el profundo conocimiento de los acontecimientos históricos, que con una sola expresión y una sola palabra se ve brillar, no solamente la autenticidad de la narración divina, sino también las pruebas más claras y palpables.

»Reciba V. anticipadamente mis felicitaciones, aceptando los afectuosos sentimientos con los cuales, etc.,

Renato, Obispo de Quimper»

Los consejos del ilustre y venerable prelado Monseñor de Quimper serán siempre órdenes para mí, pues no tengo otro deseo más íntimo que contribuir en cierto modo a la defensa de la verdad.

Así, pues, he hecho reimprimir por separado en dos volúmenes las partes de la *Historia eclesiástica*, que contienen la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.

He deseado hacer más aún: a fin de que todo el mundo pueda procurarse un libro, cuya utilidad nos señala una autoridad tan respetable, he fijado un precio reducido a cada volumen de esta obra, esperando que el público cristiano comprenderá los motivos que me han inducido a ello, y que tratará por iguales

razones de dar a conocer y propagar la verdadera *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*, historia que no deja sin contestación ninguna de las objeciones formuladas por el autor de la *Vida de Jesús*.

L. Vives [VII]

Introducción

El mundo antes de Jesucristo

Dos nombres resumen todo el movimiento del pensamiento y de las civilizaciones greco-paganas; Atenas y Roma. Bajo el punto de vista geográfico, realizó la primera de estas capitales intelectuales, la universalidad de la dominación, en tiempo de Alejandro; la segunda, en tiempo de Augusto. Vencida Atenas como poder, fue absorbida en la vasta unidad romana; pero triunfó la idea griega de los vencedores de Atenas, de suerte que reinaron en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas, en dos idiomas diferentes, la misma teología, el mismo culto, la misma filosofía y las mismas doctrinas. El siglo de Augusto no fue más que una reducción del de Pericles. La musa de Teócrito y de Eurípides hablaba el latín de Virgilio y de Séneca el trágico; Horacio no valía lo que Píndaro, y Cicerón intentando trasladar al Foro la elocuencia de Demóstenes, no pudo conservar el varonil vigor de su modelo. Tal cual es no obstante, el brillo literario del siglo de Augusto, ha deslumbrado por largo tiempo las miradas mas firmes, y ha conseguido alucinar generalmente, cubriendo lo ignominioso del fondo con la riqueza de la forma. Aun en el día es muy común elogiar hasta lo sumo la grandeza moral, la poderosa civilización, las instituciones, las costumbres y las leyes de lo que el énfasis clásico llama por excelencia: la Antigüedad. Pero si realizó el mundo pagano el ideal de la perfección humana, ¿qué venía a hacer aquí el Cristo Redentor, el Verbo «cuya luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo[1]» ¿Dónde estaban «los pueblos sentados en las tinieblas, en la región de las sombras de la muerte[2]» a quienes debía iluminar el esplendor de la Encarnación divina, según el oráculo de Isaías? ¡Si merece todos los elogios que se le han tributado con sobrada liberalidad la antigüedad greco-romana; son unos impostores los profetas; la expectación de los pueblos fue un alucinamiento, el Mesías una superfluidad, y una barbarie el Evangelio! La [VIII] cuestión merece la pena de examinarse. Busquemos, pues, bajo las flores de la poesía, bajo el ritmo de la prosa, al par que bajo las guirnaldas y los dorados de los templos paganos; toquemos tras de la máscara la realidad; penetremos estos misterios infames y separemos toda clase de velos, en cuanto lo permite el pudor cristiano. Conviene sondear las llagas que venía a curar el Salvador, llagas sangrientas que no pudo cicatrizar el óleo de la sabiduría antigua, que no pudo cerrar el bálsamo de las literaturas paganas, que no consiguieron más que hacer revivir todos las mitologías del politeísmo[3].

La teología greco-romana provino directamente de Sodoma, puesto que procede de la ausencia de Dios, para ir a terminar en la corrupción más horrible que existió nunca. La ausencia de Dios, en las sociedades paganas, admirará tal vez a

---

[1] Juan I, 9.

[2] Isaías, IX, 2.

[3] Isaías, I, 6.

algunos entendimientos superficiales que han retenido, sin comprenderlo, un dicho célebre de Bossuet, que caracteriza perfectamente al politeísmo. «Todo era Dios, excepto Dios mismo» ha dicho el gran obispo de Meaux. Y en efecto, Júpiter, el parricida, el raptor de Ganimedes, el seductor de Leda, el infiel esposo de Juno, poblando el cielo con sus disoluciones y la tierra con sus víctimas, Júpiter era Dios. Siendo partícipe de su trono eterno, Juno, su compañera, no pudo hallar la felicidad en este enlace divino. Así es que se indemnizaba, por medio de su orgullo, de los ultrajes inferidos a su belleza, y hallaba el secreto de dar a Júpiter un hijo, cuyo padre ha quedado desconocido, vengando el nacimiento de Marte al de Minerva y siendo todo esto dioses. Tal era el tipo divinizado de la familia que las teogonías de Homero y Hesiodo colocaban en la cumbre del Olimpo y proponían a la adoración del género humano. Todo el sistema de la mitología griega y romana se refiere a este interior doméstico ideal. Minos, Eaco y Radamanto, jueces de los infiernos, eran fruto de una unión sin nombre en nuestras lenguas modernas. Su madre era Europa, su padre un toro, metamorfosis bestial de Júpiter. Apolo y Diana, divinidades de segundo orden, procedían de un adulterio del padre de los Dioses con Latona; Mercurio, el ladrón celestial, era hijo de Maya; Baco, la embriaguez deificada, tenía por madre a Semele; Alcmena daba a luz a Hércules, la fuerza erigida en divinidad. Pero Júpiter era el padre y de toda esta infame generación, en medio de la cual se ostentaba la impudicicia, adorada con el nombre de Venus. He aquí las divinas imágenes que poblaban con sus estatuas, con sus templos y enseñanzas, el mundo griego y romano. «Nadie las tomaba por lo serio, dice Varron; considerábaselas como fuerzas diferentes de la naturaleza. Solo el mundo era Dios [4]". En otras palabras, Dios había desaparecido del mundo. [IX]

Pero ¿es cierto, como dice Varron, que «nadie tomó por lo serio estas teogonías» en las que llega la falta de pudor al último límite de la demencia? Diez siglos de degradación moral van a contestarnos. Los misterios de Eleusis, de Baco y de la gran Diosa, resumían para los iniciados toda la sublimidad de las enseñanzas teológicas. ¿Qué eran estos misterios? Traslado aquí las palabras de San Agustín para cubrir con la autoridad de este ilustre doctor revelaciones de tal naturaleza. He aquí como se explica: «Me ruboriza tener que hablar de los misterios de Baco; pero es preciso para confundir tan arrogante estupidez.» «Entre los numerosos ritos que me veo obligado a omitir, nos dice Varron que se celebraban las fiestas de Baco con tal cinismo, que se presentaba en honor suyo, para que la adorase la asamblea, una figura inmunda. Este culto, desdeñando el pudor del secreto, ostentaba a la luz del sol el triunfo de la infamia. La horrible representación era paseada en una carroza, recorría los alrededores de Roma, y entraba en la ciudad en medio de una muchedumbre ebria de vino y de disolución. A estas fiestas se consagraba todo un mes, hasta que había atravesado el Foro el ídolo monstruoso para entrar en su santuario. Anteriormente era preciso que lo coronara en público con sus propias manos la madre de familia más honrada [5].» He aquí cómo se consideraban seriamente las divinidades del Olimpo. El mundo entero se modeló sobre la imagen del cielo pagano, siendo la tierra un vasto teatro de infamias. Por más que ahora cubran los poetas con flores estas inmundicias de la teología politeísta, jamás

---

[4] Varron, citado por San Agustín, De civitate Dei, lib. VII, cap. IX.

[5] August. De civit Dei, lib. VII, cap. XXI.

conseguirán disfrazarlas. ¿Qué digo? Lejos de tratar de disimularlas, las enseñan *ex profeso* todos los literatos griegos y romanos. No siempre ha celebrado la lira de Virgilio las praderas y los bosques; a veces ha repetido inspiraciones que hubieran sido admiradas en Gomorra [6]. Hase derramado el néctar de Homero en la copa del padre de los Dioses por otras manos que las de Hebe. Cornelio Nepote se encarga de enseñar a nuestra juventud estudiosa secretos que deshonran a Alcibiades, Sócrates y Platón[7]. Cicerón, el grave moralista, ha escrito estas palabras: *Nobis qui, concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur, etiam vitia sape jucunda sunt* [8]. ¡Jamás consentirá en traducir estas palabras latinas una pluma cristiana! Quinto Curcio es también indiscreto respecto de Alejandro [9] y Pausanias [10]. No es más reservado Salustio respecto de Catilina [11]. Solón constituye un privilegio de esta infamia en favor de los hombres libres, excluyendo [X] a los esclavos [12]. César se aprovecha de él ampliamente, prohibiéndonos insistir en ello un proverbio tan famoso como su nombre [13]. «Si César ha dominado a las Galias, Nicomedes ha dominado a César [14]». Plinio el joven nos dice lo mismo de Cicerón [15] Todas las poesías de Píndaro no borrarán el oprobio que ha inferido a su memoria el nombre de Teoxenes [16]; todas las odas de Horacio no harán olvidar a Ligurino. Antinoo tuvo altares en tiempo de Adriano y de Trajano. El modelo de los emperadores no fue más escrupuloso que Plinio el Joven, su panegirista.

La ausencia de Dios se traducía en este mundo degenerado por la ausencia del alma. ¿Qué había llegado a ser la dignidad humana, en este desbordamiento sin nombre que mancilló las memorias más gloriosas? No tenemos valor, después de tan horribles pormenores, de considerar por el lado ridículo, una religión que autorizaba con el ejemplo de los dioses, semejantes infamias entre los hombres. Los graves romanos llevaban en pos de sus ejércitos pollos sagrados para proveer a cada instante a la necesidad de los arúspices, pues de lo contrario hubiera podido suceder, que en el momento de consultar a los dioses, no se hubiera encontrado otras aves, y hubiera tenido que suspenderse las operaciones militares. Colocábase, pues, delante de los pollos sagrados fuera de su jaula cierta cantidad de granos que era el pasto ritual: *offa pultis*. Si los volátiles se precipitaban ávidamente sobre el alimento, y en especial, si en su afán y premura dejaban caer granos en tierra, se

---

[6] Virg. Eglog. II.

[7] Corn. Nepot. Alcibiadis Vita, cap. II, sub fine.

[8] De Nat. Deorum, lib I, cap. XXIII.

[9] Quint. Curt. edit. Lecoffre, ad usum tyronum, 1851, pág. 366, 367.

[10] Quint. Curt. edit. Delatain, 1820, pág. 10.

[11] Salust. Catilina, edit Hachette, 1851, cap. XIII, pág. 18.

[12] Plutarco, In Solom, n. 1.

[13] Plutarco, Parall. de César y de Álex., n. 5.

[14] Xiphil. et Dio., pág. 19.

[15] Epist., lib. VII, epist. IV, Ad Pontium, edit, Milán, 1601.

[16] Valer. Maxim, lib. IX, cap. XII.

había efectuado el *Tripudium*, esto es, el auspicio más favorable. En el caso contrario, si rehusaban los pollos el alimento, si se obstinaban en permanecer en su jaula, era el auspicio desgraciado y reprobada la empresa. ¿Y quién nos da oficialmente estos pormenores? Cicerón que era augur aunque no creía en ellos, puesto que nos dice en una de sus obras que no podían mirarse sin reírse dos arúspices. Pero era preciso que creyera la plebe romana, para que permaneciese dominada por estos sacerdotes sin fe, que hacían profesión de especular con la credulidad del vulgo.

¿Mas, por lo menos nos indemnizarán los filósofos de estas vergonzosas y ridículas supersticiones? La filosofía que se separa de una fe religiosa no es más que el movimiento perpetuo de la ignorancia humana, agitándose sobre sí misma y recayendo siempre en el vacío. El materialismo fue el primer punto de partida de la filosofía griega. Thales de Mileto (600), fundador de la escuela Jónica, colocó el principio del [XI] mundo en los dos elementos generadores, el agua y lo húmedo. Esto era un absurdo en física y una blasfemia en religión. Pitágoras (608-500), padre de la escuela Itálica, después de haber recorrido el Oriente, y héchose iniciar en los misterios de Baco y de Orfeo, repudió la física incompleta de Thales, sustituyendo a ella un sistema matemático en que Dios es solo una mónada absoluta, el alma un número viviente, el mundo un conjunto armonioso de números reunidos. La escuela de Elea (500) con sus jefes, Xenófanes, Parménides y Zenón, desarrolló el germen panteístico de las dos filosofías precedentes. El mundo entero, ser colectivo, omnipotente, inmutable, eterno, fue proclamado Dios. Leucipo descompuso esta vasta divinidad en átomos que se movían eternamente, en número infinito, en el vacío. Cada uno de estos átomos era una fracción de Dios. La escuela de los sofistas (siglo V antes de Jesucristo), vino en breve a sacar la consecuencia práctica de estas extravagancias. Gorgias Leontino, Protágoras de Abdera, Prodico de Ceos, Hipias de Elis, Trasimaco, Eutidemo enseñaron que la verdad y el error eran dos términos igualmente desprovistos de significación y de realidad. El escepticismo llegó a ser la última palabra de la razón humana. A esta gloriosa conquista fueron a terminar los trabajos del primer periodo filosófico en Grecia. Tal vez nunca hubiera salido de este caos la sabiduría antigua sin la reacción maravillosa de Sócrates y de Platón, su discípulo (470-400). La aparición de estos dos genios poderosos coincide con el periodo de la dispersión del pueblo judío en tiempo de los Acheménides. Sin embargo, a pesar de su elevación incontestable y de las numerosas relaciones que ofrecen con la revelación mosaica, las doctrinas de Sócrates sobre la inmortalidad del alma, la unidad y la providencia divinas son más bien rasgos y como relámpagos de verdad que no forman un conjunto ordenado, definido y compacto [17]. «Debemos necesariamente, decía

[17] En efecto, sabido es que si bien algunos talentos privilegiados de la antigüedad expusieron doctrinas análogas a las sublimes verdades de la revelación, en medio del politeísmo en que se habían amamantado, estas doctrinas tuvieron su origen en el pueblo hebreo, por quien llegaron a su conocimiento. Sabido es que Platón aprendió su doctrina del Dios único, en Egipto, donde estudió la geografía, y en Caldea, donde estudió la astronomía.

Cicerón, que llegó en el Sueño de Scipión casi hasta los umbrales de la verdad sobre el dogma de la inmortalidad del alma, adquirió estas luces de un maestro de los Scipiones, que era hebreo. Suetonio, Tácito y Josefo se autorizaron con los oráculos judíos, los cuales fueron recogidas con el nombre de Sibilas, al repetir la grande expectación del género humano sobre la venida del Mesías.

Sócrates, [XII] esperar un doctor desconocido que venga a enseñarnos cuáles deben ser nuestros sentimientos para con los dioses y los hombres.»-«¿Cuándo vendrá este maestro? replicaba Alcibiades. ¡Con qué gozo le saludaré, sea quien fuere [18]!». La gloria filosófica de Sócrates consiste precisamente en haber proclamado la impotencia de la filosofía humana. Partiendo del conocimiento del hombre, en sus dos naturalezas corporal y espiritual, discierne con lucidez todas las leyes de la moral, y las expone con una claridad, una pureza y una precisión admirables. Además, entrevé por los fenómenos exteriores, la inteligencia divina presidiendo los destinos del mundo; pero al llegar a este punto extremo, mas allá del cual no puede apercibir nada la humanidad reducida a sus propias fuerzas, apela a un revelador desconocido. Para oprobio del paganismo, el único de sus filósofos que llegó a tal altura, fue precisamente el único contra quien se armaron todos los brazos. A los escépticos se les coronaba de flores; a Sócrates se le dio a beber la cicuta. Platón (429-347), su discípulo, formuló en cuerpo de doctrina, con el nombre de Escuela Académica, la enseñanza oral del maestro. Su filosofía es eminentemente espiritualista. Los tipos de todos los seres son las ideas, siendo las únicas que tienen existencia real y absoluta. Los sentidos sólo perciben lo particular, lo individual; en cuanto a las ideas, residen en Dios, que es su sustancia común, y son percibidas por una facultad superior, la razón, o quizá forman en el alma como reminiscencias de una vida anterior. El alma es una fuerza activa; la virtud un esfuerzo hacia el bien ideal que es Dios; el arte una imitación del bello ideal, que es Dios. Verdaderamente estas doctrinas son nobles y grandes, protestando con su sublimidad, contra la degradación politeísta; pero son estériles en su aplicación. Al lado de estas luces tan vivas en teoría, permanece la práctica del filósofo envuelta en sombras opacas, puesto que establece su república ideal, no solamente en la poligamia, sino en la promiscuidad. De esta suerte suprime la familia, la autoridad paterna, la piedad filial; puesto que quiere que sean educados los hijos por el Estado, sin conocer siquiera a sus padres; que encierra [XIII] su sociedad imaginaria en castas, como el antiguo Egipto; y después de haber dado tan elevada definición del arte humano, proscribe a los artistas. ¡Tan impotentes y contradictorias eran estas elevaciones individuales del alma hacia una sabiduría y una verdad inaccesibles! Aristóteles (384-322), discípulo de Platón, trastornó el sistema de su maestro, y volvió a emprender el estudio de la filosofía, elevándose del efecto a la causa, en lugar de descender de la causa al efecto. Así es que fueron su punto de partida lo variable, lo contingente, las sensaciones, o las relaciones de los sentidos.

Virgilio al predecir en su célebre égloga 4. Sicelides musae, la venida del Dios uno, que había de traer al mundo la edad de oro, se instruyó de este misterio en Roma misma, por Pollion, a quien dedicó aquella égloga, que compuso poco después de haber ido a Roma y hospedádose en casa de Pollion Herodes el Grande, rey de Judea, por quien supo Virgilio las profecías sagradas. (Véase Josefo, Antigüedades, lib. XIX, cap. XXV y libro XV, cap. XIII). Sin embargo, el respeto y admiración con que aceptaron estos grandes talentos las sublimes doctrinas de la religión del Crucificado, sirven de prueba y son un brillante testimonio de lo bien que se adaptan, de lo conforme que son la moral evangélica y sus dogmas a las inteligencias más superiores, aun guiadas solamente por la luz de la razón, al paso que demuestran que la religión cristiana no es una simple invención, contraria a la naturaleza humana, sino adaptable a ella, como que ha sido criada e iluminada con la razón natural por el mismo Dios del Cristianismo. (N. del T.)

[18] Plat. II, Alcibiades, cap. XIII.

Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu. Su filosofía que llevó el nombre de Experimental, debía resumirse con Epicuro, con relación a la moral, en este axioma: «El placer es el bien supremo del hombre.» El día en que se introdujo tan solemnemente la inmoralidad [19] en el dominio de la filosofía, se espantaron los sabios de su obra, y volvieron a arrojarse con Zenón (300-260), en la exagerada rigidez del estoicismo. «El cuerpo es todo» decía Epicuro; «el cuerpo no es nada» decían los estoicos; «el placer es el bien supremo» dicen los unos; «el dolor no es un mal» responden los otros. De estas contradicciones debía salir el escepticismo universal. Arcesilao (300-241) lo erigió en principio, en la Nueva Academia de que fue fundador. La base de toda sabiduría, decía, es que no podemos saber nada, puesto que carecemos de un criterio para discernir la verdad.

¿Qué era entre tanto de la humanidad, sacudida del materialismo al espiritualismo, del espiritualismo al empirismo, del empirismo a la incredulidad dogmática? ¡La humanidad se moría! No había familia, porque el celibato del vicio había matado todas las generaciones en su fuente, y fue preciso que inventara Augusto una legislación penal para obligar a los jóvenes romanos a casarse. Y sin embargo, hacían bastante fácil de soportar el yugo conyugal, el divorcio, la poligamia y el concubinato. En Roma, en tiempo de Augusto, como en el día en la China, se exponía, se vendía, se mataba a los niños. El padre tenía este bárbaro derecho y lo ponía en práctica. Esparta arrojaba también a las aguas del Taigeto a sus hijos deformes. La humanidad perecía entre las garras de las fieras en los circos, al hierro de los gladiadores, al látigo sangriento que desgarraba las carnes desnudas de los esclavos; porque la esclavitud era la base de la sociedad greco-romana. El esclavo era una cosa, una bestia de carga, menos que un perro. «El portero esclavo era atado junto a la puerta [20] con una larga cadena [21], sujeta a un anillo de hierro, que se le ponía en el [XIV] pie [22]. El señor no se dignaba las más veces ni aun hablar a sus esclavos; llamábales sonando los dedos [23], y cuando tenían que dar más explicaciones, llevaban algunos su orgullo hasta escribir lo que deseaban, temiendo prostituir sus palabras [24]. La ley condenaba a la misma pena al individuo que había muerto a un esclavo que al que había muerto a una bestia de carga de otro, debiendo pagar su precio [25], que variaba según que era robusto o débil el esclavo [26] y el mayor o menor perjuicio irrogado con su muerte a su dueño [27].» En cuanto a éste, tenía un derecho absoluto sobre el esclavo. Augusto hizo degollar en un solo día seis mil de estos desgraciados, culpables de haberse

---

[19] [«inmortalidad» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[20] Ovid. Amor. lib. I, 6, vers. 1; Sueton. De Clar. reth. cap. III. Columel. libro I, Proefat.

[21] Ovid. ibid. vers. 1 y 25.

[22] Mart. cap. II, 29; Dezobry, Roma en el siglo de Augusto, tom. I, pág. 432.

[23] Cicerón, De officis, lib. III, cap. XIX, Petron., cap. XXVII.

[24] D'Herbelot, Bibl. orient., art. Zardascht.

[25] Carta de M. Lajard, loc. citat., pág. 508.

[26] Numer., cap. XXIV, 17.

[27] Gaii, lib. III, § 212; Dezobry, ibid.

alistado bajo las órdenes del Senado para servir a la República, porque los esclavos no tenían derecho de llevar las armas y de morir en campaña como un soldado [28]. El clemente emperador supo otra vez que uno de sus esclavos se había comido una codorniz, y le hizo morir crucificados [29]. Vedio Polión hace arrojar a sus murenas un esclavo, que ha quebrado por descuido un vaso precioso [30]. «Cuando se comete un crimen público, cuando es asesinado un dueño de esclavos en su casa, condena la ley a perecer en el suplicio de la cruz a todos los esclavos sin distinción alguna que se encuentran bajo el mismo techo, en el momento del crimen. [31].» Y la esclavitud en Roma, en Atenas y Esparta se hallaba en la espantosa proporción de doscientos esclavos por un hombre libre, y aún se conoció a simples ciudadanos romanos que poseyeron hasta veinte mil esclavos[32]. La humanidad perecía, pues, en estas regiones desoladas de la servidumbre. La guerra mantenía la esclavitud. *Servi servati*, decía el proverbio romano. Tal era el escaso valor que tenía la vida humana a los ojos de la moral pública y oficial, que Julio César, aquel ideal del héroe, hacía reducir a la esclavitud a cuatro mil Helvecios vencidos, y cortar a otros tres mil las dos manos.

Era preciso alimentar para la señora del mundo esta jauría humana de que decía Séneca: «¡Qué horror si llegaran a contarnos nuestros esclavos!» [33]El Egipto, la Libia, el Oriente, la Grecia, la Galia, todas las provincias del universo enviaban, pues, sus vencidos en largas e interminables caravanas para poblar el *ergástulo* de los patricios. [XV] En las tabernas en que se hacía constantemente el tráfico de esta horrible mercancía, tenía el prisionero de guerra la corona en la cabeza [34], cual marca irrisoria de su procedencia. Los que venían de ultramar llevaban frotados los pies con yeso o greda [35]. Al entrar en aquella Roma a donde iba a sepultárseles vivos, se ofrecían a sus ojos las cruces infames, siempre enhiestas con los cuerpos abandonados, cerca de la puerta Esquilina. Entonces comprendían que la ciudad de Rómulo había aplicado contra ellos aquella palabra de Breno. «¡Ay de los vencidos!» Y se encaminaban silenciosos a la morada de su señor, donde les esperaba la horquilla, los azotes, el tormento, la marca, las cadenas, la cárcel y la muerte [36]! ¡Siempre la muerte! Las matronas romanas y las jóvenes vestales la indicaban, alzando el dedo, en los juegos sangrientos del anfiteatro. ¡Los gladiadores que iban a morir saludaban a César! No había festines en que no debieran matarse mutuamente algunos esclavos, para dispertar, con el aspecto de

---

[28] Dezobry, Roma en el siglo de Augusto, tom. I, pág. 434.

[29] Plutarco, Apoplegm. Rom. pág. 779.

[30] Séneca, de Ira, cap. III, 40.

[31] Dezobry, ibid. pág. 438.

[32] Athen. Conviv. lib. VI, pág. 272 y libro XV, pág. 658.

[33] Séneca, de Clement. cap. 1, 24.

[34] Tit. Liv., cap. II, 17; XXIV, 42; XXXVIII, 29 etc.; Tácit. Annal., cap. XIII, 29; A.Gell., cap. VII, 4.

[35] Plin., cap. XXXV, 17; Tibull. II, 6, vers. 42; Juvenal, Satir. I, vers. 3.

[36] Acerca de los pormenores de estos suplicios graduados con un arte que envidiaría la China, véase a Dezobry en su obra titulada, Roma en el siglo de Augusto, tom. I, pág. 435, 436.

la sangre, a los convidados medio dormidos en el *triclinio* de oro. Los romanos opulentos legaban por testamento a sus herederos la muerte de sus esclavos como un recuerdo de inmortal afecto [37].

Carencia de Dios; la humanidad degollada por do quiera; el alma envilecida en una monstruosa disolución; he aquí el espectáculo del mundo greco-romano! No lo hemos dicho todo, y por otra parte se resiste a ello el corazón. En esta rápida carrera, por entre tantas torpezas morales, tan feroz barbarie, y tan infernal degradación, se aplana sobre el alma un disgusto profundo, mezclado a no sé qué terror lleno de angustia. San Pablo ha dicho una palabra que resume la civilización antigua. *Deus venter est*. «Se comía, para vomitar; se vomitaba para comer continuamente: sin dar tiempo siquiera para digerir comidas cuya magnificencia tenía por tributarlos todas las comarcas del mundo.» Así habla Séneca el filósofo; y añade: «Cayo Graco, a quien produjo la naturaleza en mi concepto para dar el ejemplo de un conjunto de todos los vicios, en el seno de la fortuna mas elevada, gastó un día 100,000 sestercios en un banquete, llegando apenas su imaginación, auxiliada en esta tarea por todos sus convidados, a agotar, en una comida gigantesca, las rentas anuales de tres [XVI] provincias [38].» Esopo, el trágico, sirve un plato que cuesta 73,800 reales. Clodio hace disolver una perla en vinagre, y se bebe de un trago, 738,000 reales. Conocidas son las cenas de Lúculo y de Antonio; sabido es el nombre de aquel Apicio, que después de haberse comido millones, se mató diciendo que no podía vivir un romano con solo 760,000 reales de renta. Coronarse de flores; tenderse sobre cojines de seda y de púrpura en salas de festines servidos por jóvenes doncellas despojadas de todos sus velos [39], y en donde se celebraba el espectáculo de gladiadores que se degollaban al pie de lechos de oro; devorar la sustancia del universo; embriagarse a un tiempo mismo con vino, voluptuosidad y sangre, tal era la vida en el siglo de Augusto!

El suicidio formaba su natural desenlace. Arruinado Apicio, no hacía más que poner en práctica los preceptos de Cicerón: *Injurias fortunae, quas ferre nequeas, defugiendo relinquas* [40]. «Cuando no hay fuerza para soportar los reveses de la fortuna, es preciso salir de este mundo.» He aquí la última fórmula de la filosofía. Y no es de temer que se califique de cobardía el desertar de la vida como un soldado que arroja sus armas y abandona el puesto confiado a su honor. El suicidio es un acto de heroísmo supremo. «Si eres desgraciado y te queda algo de virtud, añade Cicerón, mátate, a ejemplo de los más grandes hombres [41].» Pero tal vez detengan tu brazo la vida futura, los destinos del alma inmortal. Háblase del negro Cocito, del Aqueronte, río de los infiernos, y de tormentos que no acaban nunca. «¿Me juzgáis, pues, tan insensato, contesta el mismo Cicerón, que crea en estas fábulas? ¿Qué entendimiento hay tan imbécil que pueda admitirlas [42]?» «O sobrevive el alma a la

---

[37] Nicol. Damase., Historiar., lib. CX.

[38] Séneca, Consol. ad Helviam, cap. IX yep. 122.

[39] Timaeus, Histor., lib. I, Athen., lib. XIII, pág. 566.

[40] Cicerón, Tuscul, lib. V, cap. XLI.

[41] Cicer. Oratio pro Cluent., cap. LXI.

[42] Cic. Tuseul., lib. I.

muerte, continúa el mismo, o muere con ella. Algún día nos dirá un Dios lo que hay sobre esto, porque, para nosotros, es ya muy difícil distinguir cuál de estas dos opiniones es más probable. Como quiera que sea, si muere el alma, la muerte no es un mal; si el alma sobrevive, tiene que ser feliz. *Si manent beati sunt* [43].» En virtud de este dilema que simplificó mas Séneca, reduciéndolo a esta palabra tan conocida: *Aut beatus, aut nullus*, «Felicidad o nada» se cernía sobre el mundo el suicidio, como sobre una presa; marcando con su vergonzoso estigma las memorias más ilustres. Aníbal, Temístocles, Antonio, Pompeyo, Mario, Catón de Útica, Cleómenes, Craso, Demóstenes, Cayo Graco, Otón, todos estos héroes de Plutarco, son los héroes del suicidio. Si queremos interrogar hasta el fin, como termómetro de la moralidad pública, la lista [XVII] de los nombres que ha inscrito este historiador en su colección biográfica, como sobre las tablas o registros de la inmortalidad, vendrá el asesinato a formar el reverso o la parte contrapuesta de la muerte voluntaria. Agis, Alcibiades, César, Cicerón, Coriolano, Dión, Tiberio Graco, Nicias, Numa, Filopemenes, Sertorio, caen víctimas del puñal o del veneno. Los más afortunados mueren en el destierro. De los cincuenta grandes hombres de Plutarco, tan solo diez [44] tuvieron la dicha de terminar gloriosamente su vida en un campo de batalla o en la calma y tranquilidad del hogar doméstico. Ahora comprendemos la palabra del profeta. La humanidad se hallaba realmente sentada en las tinieblas y en la región de las sombras de la muerte.

El libro de la *Sabiduría* presenta un cuadro del mundo idolátrico, cada uno de cuyos rasgos ofrece una realidad palpable. «Los hombres, decía, sacrifican sus hijos en altares impuros, verifican ritos insensatos, en misterios nocturnos, manchados de infamias. No respetan las vidas, ni la pureza de los matrimonios: el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones en el seno de una horrible confusión. ¡Por todas partes sangre, homicidio, robo y mentira, corrupción e infidelidad, rebelión y perjurio, opresión tumultuosa, olvido de Dios, contaminación de las almas, nacimientos vilipendiados, instabilidad en las uniones, desorden entre esposos, y suprema lujuria! Tal es el culto de los ídolos infames, causa, principio y fin de todos los males [45].» He aquí, pues, despojado de todas las seducciones de la forma, de todos los encantos de la poesía, de todos los prestigios del arte oratoria, he aquí, en su terrible desnudez, el cadáver del paganismo antiguo. Ahí está, a nuestra vista, ostentando el espectáculo de sus oprobios. Pero ¿quién le ha matado? ¿Por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió a torrentes durante cuarenta siglos? ¿Quién fue el David de este Goliat, el vencedor de este gigante, a quien no supieron vencer ni Sócrates, ni Platón, ni Alejandro, ni César, ni el gran genio de los sabios, ni las armas de los héroes? Hallábase lleno de vida en el siglo de Augusto: había conquistado el mundo. Arrojábasele víctimas, de Oriente a Occidente; devoraba cuerpos y almas, infancia y vejez, pudor, virginidad, virtud, y hombres a millares!

---

[43] Cicer. Tuscul., lib. I.

[44] Para los que quieran comprobar en Plutarco la exactitud de esta curiosa estadística, advertirnos que no se cuenta en ninguna de nuestras categorías la muerte de Alejandro de un exceso de intemperancia. En compensación, contamos a Syla, que murió de un verdadero acceso de rabia, entre los diez que no perecieron de muerte violenta.

[45] Sapient., cap. XIV, 23, 27.

Todo parecía afirmar la duración a su reinado. Los poetas le cantaban en obras inmortales; coronábanse sus estatuas; abalanzábanse todos a sus fiestas; [XVIII] perfumaban sus altares los vapores del incienso; saludaban su divinidad los pueblos y los reyes, y los mismos sabios. Suponiendo una progresión en el porvenir, análoga a su desarrollo en lo pasado, debió haber llegado hasta nosotros por una serie no interrumpida de victorias. Figurémonos lo que sería en el día disponiendo de los poderosos agentes de nuestra civilización moderna. Las hecatombes de la antigüedad serían degollaciones en masa; los treinta mil gladiadores que murieron en el reinado de Augusto, serían reemplazados por naciones enteras, trasladadas con el auxilio del vapor al centro de un anfiteatro de que formaría el antiguo Coliseo apenas el local de un palco. Las fieras no serían bastantes para devorar las víctimas; hasta el fuego sagrado de los altares sería demasiado lento, y habría que suplirlo con esos nuevos y ardientes fuegos que ha puesto en nuestro poder la electricidad; con esas máquinas que vomitan llamas, y cuyos rodajes pulverizarían sin cesar miembros palpitantes. El sensualismo tendría por tributario, no ya a provincias, sino al mundo entero; las vías romanas, reemplazadas por nuestros caminos de hierro, transportarían en algunos días lo que tenían que esperar por años enteros la voluptuosidad o la glotonería de los patricios. ¿Quién mató, repito, al paganismo? Quien quiera que sea, verificó el más grande de los milagros históricos. Sólo Dios podía hacerlo, y la humanidad moribunda pedía a voz en grito un Salvador divino.

Expectación universal

Hace largo tiempo que se ha insistido en este grande hecho que domina la antigüedad e ilumina las tinieblas del politeísmo, quiero decir, la expectación general de un Dios Salvador; habiéndosela considerado con justo título, como una brillante y manifiesta confirmación de la verdad bíblica. Porque verdaderamente es el comentario más magnífico de aquella palabra del patriarca: *Et ipse erit exspectatio gentium* [46], todo el género humano proclamando con sus más lejanos y diversos ecos, la fe en el Mesías, cuyo profeta había sido la nación judía al través de los tiempos. Por más que diga el racionalismo incrédulo, no puede arrancar el árbol divino, cuyas raíces penetran en las profundidades de la historia antigua, y cuyas ramas cubren las sociedades modernas. Antes de atacar la divinidad de Jesucristo, sería preciso trastornar la historia de los cuarenta siglos que le esperan; destruir la fe de los dos mil años que le adoran; sepultar la historia en una destrucción universal, y si aún quedase algún sofista que sobreviviera a sus ruinas, [XIX] debería crear un mundo nuevo para ponerlo en el lugar del mundo histórico y real que acabase de destruir. No se trata ya en efecto de ahogar solamente cada una de las voces que se han oído en Israel. Aun cuando se destruyera a Moisés, el Pentateuco, David, los Profetas, todos los monumentos de la fe judía, quedaría el grito espontáneo, universal, unánime del género humano que pide un Salvador, de

---

[46] Genes., cap. XLIX, 10.

Oriente a Occidente, del Septentrión al Mediodía, en todos los idiomas y en todas las literaturas conocidas. Toda la tierra habla como ha hablado Moisés. Sobre este punto están acordes los oráculos de Delfos y de Cumas con los Profetas: el mundo espera y atiende durante cuatro mil años. En la segunda vertiente de la historia, el mundo adora y cree: esta magnífica unidad de esperanza y de fe, desafía todos los esfuerzos del escepticismo.

«Hay, dice Plutarco, una doctrina de la más remota antigüedad, que se ha trasmitido de los teólogos y de los legisladores a los poetas y a los filósofos; es desconocido su autor, pero se apoya en una fe constante e inalterable, y se halla consagrada universalmente, no tan solo en los discursos y en las tradiciones del género humano, sino también en los misterios y en los sacrificios, entre los Griegos y entre los bárbaros.» Esta opinión es, que el universo no ha sido abandonado al acaso, y que tampoco está bajo el imperio de un poder único, sino que existen dos principios vivientes, el uno del bien, el otro del mal. «El primero se llama Dios, el segundo se llama el demonio. «Así es como hablaba Zoroastro. Dios era Oromazes, el demonio se llamaba Ahrimanes. Pero entre los dos colocaba un mediador llamado Mithras. Pues bien, vendrá un tiempo fatal y predestinado en que Ahrimanes después de haber abrumado al mundo con toda clase de plagas, será destruido y exterminado. Entonces se aplanará la tierra como un valle llano y unido [47]; no habrá más que una vida y una clase de gobierno entre los hombres y todos hablarán el mismo lenguaje y vivirán felices. -Teopompo es- escribe también que los dos poderes del bien y del mal combatirán uno contra otro, en una lucha que durará siglos; pero que al fin será vencido, abandonado, destruido Plutón, (el poder infernal): entonces serán felices los hombres, y el Dios que habrá obrado, hecho y procurado este triunfo, reposará un tiempo conveniente a su divinidad [48]. «La filosofía moderna ha reconstruido, con el auxilio de los monumentos caldeos y del texto de Zend-Avesta, todo el sistema de Zoroastro, de que [XX] sólo hace Plutarco un análisis incompleto. He aquí la manera como resume M. Lajard el dogma persa: Zaruan, Ormuzd y Mithra componen una triada divina que representa el pensamiento, la palabra y la acción. Ormuzd, rey del firmamento, ha creado el mundo por medio de la palabra. Esta palabra es: Yo soy. Mithra, rey del cielo movible, rey de los vivos o de la tierra, rey de los muertos o de los infiernos, pronuncia sin cesar esta palabra, como encargado por Ormuzd de presidir a la reproducción de los seres. Su nombre significa también, en Zend, la Palabra lo/goj *Verbum*. Debe combatir incesantemente y por todas partes a Ahrimanes y al mal, conservar la armonía en el mundo, servir de modelo a los hombres, y ejercer las funciones de mediador entre ellos y Ormuzd; pero no entre Ormuzd y Ahrimanes como creía Plutarco. El texto de Zend-Avesta justifica completamente mi observación: «Yo dirijo mi súplica a Mithra, a quien creó el gran Ormuzd mediador sobre la montaña elevada, en favor de las numerosas almas de la tierra.» En uno de los más célebres monumentos del culto romano de Mithra hallado en Roma en una gruta del monte Capitolino [49], se leen estas palabras: Namasebesio, que pronuncia

---

[47] Es evidente que Zoroastro, citado aquí por el historiador griego, traducía así las palabras de Isaías: Erunt prava in directa et aspera in vias planas (Isaias, cap. XL, 4; Lucas, cap. III, 5).

[48] Plutarc., Isis et Osiris, n. XLI, XLII, XLIII.

[49] Félix Lajard, Investigaciones sobre Mithra, pl, LXXV.

este Dios en el momento en que clava su puñal en el cuerpo del toro (víctima sagrada de los Persas). Estas dos palabras, la primera de las cuales pertenece al idioma de los Persas, significan: Gloria a Sebesio, que es el mismo Dios que Ormuzd. Esta fórmula es un resumen lacónico de la oración que dirige Mithra en los libros de los Persas [50], con las manos elevadas al cielo, a Ormuzd, para implorar el perdón del pecado cometido por la primera pareja humana; y las palabras de Mithra están aquí en perfecta armonía con las que Zoroastro pone en boca del mismo Ormuzd, y cuyo sentido es que si no hubiera tributado Meschia (el primer hombre) a Ahrimanes un culto que sólo debía rendir a Ormuzd, «hubiera arribado su alma, criada pura e inmortal, a la mansión de la felicidad, en cuanto hubiese llegado el tiempo del hombre creado puro [51].» El mediador, el Verbo, el Mithra de Zoroastro, que debe restablecer la armonía entre el cielo y la tierra, que debe triunfar del principio infernal, según Teopompo, vuelve a encontrarse con su nombre de lo/goj, en Platón [52]. «Resumiendo, añade M. Lajard, diré que el sistema religioso de los Persas reconocía [XXI] un Dios supremo, invisible, incomprensible, sin principio ni fin; una triada que rige al mundo, y que se compone de este dios, y de estos dos dioses, creados y visibles, uno de los cuales ejerce las funciones de Mediador y de Salvador. Finalmente, erigiéndose Zoroastro en Mesías o en Libertador, anunció al mundo entero que nacerían de él, después de su muerte de una manera milagrosa, tres hijos: Oschedermani, Oschedermah y Sosiosch. A la voz de este último, abrazará todo el mundo la ley. «Arrojará del mundo de dolor el germen del *Daroudj de dos pies* (el hombre impuro); destruirá al que dañó al puro; serán puros los cuerpos del mundo [53].» Finalmente, «este último libertador verificará la resurrección de los muertos y la renovación de los cuerpos [54].» D'Herbelot en su Biblioteca Oriental, había señalado ya esta importante tradición del nacimiento maravilloso del Libertador, prometido por Zoroastro. He aquí sus palabras: «Aboul-Faradj, en su quinta dinastía, dice que Zardascht (Zoroastro) autor de la Magoussiah, había anunciado que nacería de una virgen el Libertador [55].» Ahora comprendemos por qué vendrán los Magos a adorar al divino Hijo de María, al establo de Belén. «Una constante tradición, dice también M. Lajard les hace venir de la misma Persia, y los primeros homenajes que recibe al nacer, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, son los que ellos vienen a ofrecerle [56].» No habían olvidado los Magos, discípulos de los

---

[50] Zend-Avesta, tom. II; Jescht de Mithra, XIII Cardé, pág. 214.

[51] Zend-Avesta, Jescht de Taschter, VI Cardé, pág. 189.

[52] ¿No llega a ser evidente, dice también M. Lajard, que tomó Platón de una fuente oriental la doctrina del Logos o Salvador? ¿No debe contarse tanto a Platón como a Zoroastro y a Pitágoras entre los discípulos de los Caldeos de Asiria? (Carta de M. Félix Lajard, Estudios filosóficos de M. Augusto Nicolás, tom. III, pág. 503, 505, 506.

[53] Zend-Avesta, tom. II, Jescht des Ferviiers, pág. 278.

[54] Ibid., tom. II, Boun Dehesch; pág. 364 413.; cf. pág. 411, 413.

[55] D'Herbelot, Bibl. orient., art. Zardascht.

[56] Carta de M. Lajard, loc. citat., pág. 508.

Caldeos, la palabra del hijo de Beor: «Nacerá una estrella de en medio de Jacob [57].»

La China, acantonada en su aislamiento, como en el Invariable Medio, no tiene otro lenguaje que la Persia. «El ministro Phi consultó a Confucio y le dijo: Oh Maestro, ¿no sois un santo?- Y éste contestó: Por mucho que me esfuerce, no me recuerda mi memoria a nadie que sea digno de este nombre.- Pero, replicó el ministro, ¿no fueron santos los tres reyes [58]?- Los tres reyes, respondió Confucio, dotados de una gran bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible. Mas por mi parte, Khieou, no sé si fueron santos [59].- El ministro replicó: No han sido santos los cinco señores [60]?- Los cinco señores, contestó Confucio, dotados de una gran bondad, han hecho uso de una caridad divina y de una justicia inalterable, pero yo, Khieou, no sé si han sido santos.- El ministro le preguntó [XXII] otra vez: ¿No han sido santos los tres Augustos [61]?- Los tres Augustos, replicó Confucio, han podido emplear bien el tiempo, mas yo, Khieou, ignoro si han sido santos.- Sorprendido el ministro, le dijo al fin: Pues entonces ¿a quién se puede llamar santo?- Confucio conmovido, respondió, no obstante, con dulzura a esta pregunta: Yo, Khieou, he oído decir que habría en las comarcas occidentales un Hombre Santo, que sin ejercer ningún acto de gobierno, prevendría las turbulencias; quien, sin hablar, inspiraría una fe espontánea; quien, sin alterar el orden de las cosas, produciría naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe decir su nombre; pero yo, Khieou, he oído decir que éste será el verdadero santo [62].» He aquí las palabras no menos explícitas que tomamos al *Tchoung-Young* [63], traducido recientemente por nuestro sabio sinólogo M. Pauthier: «El príncipe sabio, dice Confucio, busca la prueba de la verdad en los espíritus y en las inteligencias superiores, y por tanto conoce profundamente la ley del mandato celestial; hay que esperar por cien generaciones al Hombre Santo, el cual no está sujeto a nuestros errores [64]. Que aparezca este Hombre supremamente Santo con sus virtudes y sus

---

[57] Numer., cap. XXIV, 17.

[58] Los fundadores de las dinastías Hia, Chang y Tseou (Nota de M. A. Remusat).

[59] Palabra por palabra; Sancti, non, Khieou, quod noverim (Ibid).

[60] Cinco emperadores que reinaron en China, antes de la primera dinastía.

[61] Personajes de la mitología china.

[62] Remusat, El invariable Medio, not. pág. 144, 145. El padre Intorcetta refiere también en su Vida de Confucio, que este filósofo hablaba «de un santo que existía o que debía existir en el Occidente.» -«Esta particularidad, dice M. de Remusat, no se llalla ni en el King, ni en los Tse-Chou, y no apoyándose el misionero en ninguna autoridad, hubiera podido sospecharse que atribuía a Confucio un lenguaje favorable a sus miras; pero esta palabra del filósofo chino se halla consignada en el Sse wen loui thsiu, capítulo XXXV; en el Chan thang sse Khao tching tsi, capítulo I; y en el Liei tseu thsiouan chou (Remusat, El Invariable Medio, not., pág. 143).

[63] Tchoung-Young, o la Invariabilidad en el Medio, recogida por Tseu-Sse, nieto y discípulo de Khoung-Heu (Confucio). Los libros sagrados de todas las religiones excepto la Biblia, edit. Migne, tom. I.

[64] Tchoung-Young, cap. XIX; Libros Sagrados, tom. I, página 174.

poderosas facultades, y los pueblos no dejarán de demostrarle su veneración; que hable, y los pueblos no dejarán de tener fe en sus palabras; que obre, y no dejarán de regocijarse los pueblos. Así es como la fama de sus virtudes es un Océano que inunda el imperio por todas partes, extendiéndose aún hasta a los bárbaros de las regiones meridionales y septentrionales; por todas partes donde pueden abordar las naves o llegar las carrozas, o penetrar las fuerzas de la industria humana, en todos los lugares que cubre el cielo con su inmenso dosel, en todos los puntos que abraza la tierra, que iluminan el sol y la luna con sus rayos, que fertilizan el rocío y los vapores de la mañana: cuantos seres humanos viven y respiran, no pueden dejar de amarle y reverenciarle. Por esto se ha dicho que le [XXIII] igualan con el cielo sus facultades y sus poderosas virtudes [65]" Parece que se oye en estas admirables palabras una paráfrasis de las inspiraciones de Israel: «Marcharán las naciones guiadas por su luz, y los reyes por el esplendor de su aurora [66].- Levántate, Jerusalén, sube a las alturas, mira hacia el Oriente, y ve congregados tus hijos desde el Oriente al Occidente, en virtud de la palabra del Santo, gozándose en la memoria de Dios [67].»

La India, con sus encarnaciones milenarias de Visnu, habla como la China y la Persia, según ya hemos tenido ocasión de observar en otra parte [68]. La parábola del hijo extraviado que forma el capítulo IV del Lotus de la Buena Ley, uno de los libros sagrados más extendido entre los que componen la voluminosa literatura de los budistas, ha sido traducida hace algunos años por MM. E. Burnouf y Foucaux. En ella se representa al género humano como en el Evangelio, bajo la imagen de un hijo separado por largos años del padre más tierno. «Nos extraviamos, somos impotentes, somos incapaces de hacer un esfuerzo, dicen los sabios.» Baghavat les lleva la ley que no habían oído anteriormente. Pasmados de admiración y sorpresa, poseídos de la mayor alegría los sabios, se levantan, hincan la rodilla derecha en tierra, se inclinan y juntan las manos ante Baghavat. Su alegría es igual a la del hijo extraviado que vuelve a encontrar a su padre [69].

«Las islas lejanas os esperan», habían dicho los profetas inspirados, saludando por entre las edades, el advenimiento del Deseado de las naciones. No es poca la sorpresa que causa hallar el eco de esta palabra en las dos Américas, estos vastos continentes, que sospechó el antiguo mundo, sin conocerlos nunca. «Una horrible serpiente, dicen los Salivas, talaba en otro tiempo las orillas del Orinoco. El Dios Pura envió del cielo a su hijo a la tierra, a combatir esta temible serpiente, y fue vencido y muerto el monstruo. Pura dijo después al demonio, que habitaba el cuerpo del reptil. ¡Vete al infierno, maldito! Ya no volverás a entrar nunca

---

[65] Tchoung-Young, cap. XXXI; Libros Sagrados, tom. I, pág. 175.

[66] Isaías, cap. LX, 3.

[67] Baruch, cap. V, 5.

[68] Véase el tomo I de nuestra Historia general de la Iglesia, página. 193.

[69] Parábola del Hijo extraviado, que forma el capítulo IV del Lotus de la Buena Ley, publicada por la primera vez en sanscrito y en thibetano, a la manera de los libros de Thibet y acompañada de una traducción francesa, según la versión thibetana del Kanjour por Ph. E. Foucaux, profesor de thibetano en la escuela imperial y especial de las lenguas orientales vivas (Libros Sagrados, tom. II, pág. 568-574).

en mi casal [70].» Los americanos del Norte no son menos explícitos que los del Mediodía. «Una profecía antigua, dice M. de Humbold, hacía esperar a los mejicanos una reforma benéfica en las [XXIV] ceremonias religiosas. Según esta profecía, debía triunfar al fin Centeolt de la ferocidad de los demás dioses, y debían reemplazarse los sacrificios humanos por las inocentes ofrendas de las primicias de las mieses.» Es la traducción, en el idioma nativo de los salvajes, de la célebre predicción de Malaquías: «Desde que sale el sol hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones; en todo lugar, se rinde a mi gloria un sacrificio y una oblación pura [71].» En todos los recuerdos del género humano se encuentra el dogma de la rehabilitación estrechamente ligado con el del pecado original. «La mujer de la serpiente, llamada también mujer de nuestra carne, porque la consideraban los mejicanos como madre de todos los mortales, continúa M. de Humboldt, se halla representada siempre en relación con una gran serpiente, y otras pinturas nos ofrecen una culebra con penacho, despedazada por el gran espíritu Tezcatlipoa, o por el sol personificado, el dios Tonatuch, que parece ser idéntico al Krischna de los Indios, cantado en el Bhagavata-Purana, y al Mithras de los persas. Esta serpiente, derribada por el gran espíritu, cuando toma la forma de una de las divinidades subalternas, es el genio del mal, un verdadero «Kakodai/mwn [72].» Finalmente, para completar estas nociones de tan capital interés, añade M. de Humboldt: «Hállase en muchos rituales de los antiguos mejicanos, la figura de un animal desconocido, adornado con un collar y una especie de arnés, pero traspasado de dardos. Según las tradiciones que se han conservado hasta nuestros días, es un símbolo de la inocencia padeciendo: bajo este concepto, recuerda esta representación al cordero de los hebreos o la idea mística de un sacrificio expiatorio destinado a calmar la cólera de la Divinidad [73].»

¡Pasmosa unanimidad de esperanza y de fe en un libertador, en las regiones más apartadas y más remotas del mundo! El Mediador de la Persia, de la China, de la India y de las dos Américas, era cantado en los bosques del Norte, bajo el cielo nebuloso de los Escandinavos por la Vola, o profetisa sagrada, en la asamblea de los dioses. Tenemos también, con el nombre de Voluspa, este himno extraño que llama M. Meril, el canto de la Sibila y M. Ampere, el Apocalipsis del Norte. «Las tradiciones en que se apoya este poema, dice M. Ampere, pertenecen a la más antigua mitología escandinava. Aquí son los dioses seres cósmicos y no personajes heróicos. Es un fragmento, o mejor, el conjunto de muchos fragmentos que contienen el sumario de los principales mitos escandinavos, más bien recordados que vueltos a trazar [XXV] con algunos grandes rasgos de una poesía por lo común oscura, siempre extraña, y algunas veces sublime [74].» Después de haber vuelto a trazar el origen del mundo, la creación del hombre y los trabajos de los dioses, refiere la Vola la llegada del genio del mal y la perversidad de los hombres que fue

---

[70] Gumilla, Hist. natural del Orinoco, tom. I, pág. 171

[71] Malaq. cap. I, 11

[72] De Humboldt, Vista de las Cordilleras, tom. I, pág. 235 y 274; Lamenais, Ensayo sobre la indiferencia, tom. III, pág. 439-440, edición en 8.º 1823. [Kakodaimwn en el original (N. del E.)]

[73] De Humboldt, Vista de las Cordilleras, tom. I, pág. 251.

[74] M. Ampere, Literatura y Viajes (Libros Sagrados), tom. II, pág. 814.

su consecuencia. Entonces se eleva su acento: «¡La llanura en que se encontraron Sutur y los dioses buenos, dice la Vola, para combatir, tiene cien jornadas de camino a lo ancho y a lo largo! Este es el lugar que les está asignado.» Todo lo que se refiere a este gran combate, cuyo resultado decidirá de la suerte del mundo, se halla «desarrollado, añade M. Ampere, con la complacencia de un profeta que amenaza a sus enemigos.» Al fin quedará la victoria por los dioses, se renovará el mundo, y volverá a comenzar el reinado de la justicia para no terminar nunca [75].

Hasta aquí ha estado el círculo de nuestras investigaciones fuera del mundo greco-romano. Volvamos a entrar en este centro, cuyas llagas intelectuales y sociales hemos sondeado ya. En él encontraremos también la misma fe en el Redentor futuro que llama Aristóteles «el verdadero Libertador y Salvador».- «Este Dios, engendrado antes que todos los dioses, dice Platón, es el que da la paz al género humano, inspira la dulzura y extingue el odio. Misericordioso, bueno, reverenciado de los sabios, admirado de los dioses, los que no le poseen, deben desear poseerle, y los que le poseen, deben conservarle preciosamente. Ama a los buenos y se aleja de los malos. Nos conforta en nuestros temores; dirige nuestros deseos y nuestra razón; es el Salvador por excelencia. Gloria de los dioses y de los hombres, y jefe suyo, suma belleza y bondad suma, debemos seguirle siempre y celebrarle en nuestros himnos [76].» ¿Poseía Platón ese Dios Salvador? No, puesto que en otro pasaje nos dice que «vendrá un día a enseñar a los mortales [77]". Sin embargo, anteriormente, le implora. «Al principiar esta plática, dice, invoquemos al Dios Salvador para que nos salve con su enseñanza extraordinaria y maravillosa, instruyéndonos con su doctrina verdadera.» Esto recuerda la profesión de fe de Sócrates que hemos indicado más arriba, y que creemos conveniente citar por completo. Después de haber demostrado el filósofo que Dios no mira ni a la multitud, ni a la magnificencia de los sacrificios, sino que considera únicamente la disposición del corazón que los ofrece, no se atreve a explicar cuáles deben ser estas disposiciones, ni lo que debe pedirse a [XXVI] Dios. «Sería de temer, dice, alguna equivocación, pidiendo a Dios verdaderos males, que se considerarían [78] como bienes. Es preciso, pues, esperar, hasta que nos enseñe alguno cuáles deben ser nuestros sentimientos hacia Dios y hacia los hombres.- *Alcibiades*. ¿Quién será este maestro, y cuándo vendrá? Con gran gozo veré a este hombre, sea quien fuere.- *Sócrates*. Es aquel de quien eres querido desde ahora; mas para conocerle, es preciso que se disipen las tinieblas que ofuscan tu entendimiento y que te impiden discernir claramente el bien del mal; al modo que abre Minerva, en Homero, los ojos a Diomedes, para que distinga al Dios, oculto bajo la figura de un hombre.- *Alcibiades*. Que disipe, pues, esta nube espesa, porque estoy pronto a hacer todo lo que me mande para ser mejor.- *Sócrates*. Te repito que aquel de quien hablamos desea infinitamente tu bien.- *Alcibiades*. Entonces me parece que haría yo mejor en remitir mi sacrificio hasta el tiempo de su venida.- *Sócrates*. Es verdad; más seguro

---

[75] Libros Sagrados, tom. II, pág. 814-816.

[76] Aristót., De Mundo, cap. VIII; Oper. omn., tom. I, página 475; Plat, in Conviv., Oper. omn., tom. X, pág. 177, 218, 219, edit. Bipont.

[77] Plat. Tim., Oper. omn., tom. IX, pág. 341.

[78] [«consideran» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

es esto que exponerte a desagradar a Dios.- *Alcibiades*. Pues bien, cuando yo vea ese día deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley. Yo espero de la bondad de los dioses que no tardará en venir [79].» ¿Dónde habían, pues, tomado estas ideas, tan opuestas al orgullo filosófico, Sócrates y su intérprete Platón? Nadie duda, dice el sabio Brucker, que se conservase en el seno de la antigüedad, en todos los pueblos extraños a la civilización griega, la doctrina tradicional de un Mediador entre Dios y los hombres, que participara a un tiempo mismo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Puede, pues, conjeturarse, con mucha verosimilitud, que se inspire el genio de Sócrates y el de Platón en esta fuente [80].

A medida que precipitan los tiempos su marcha, se traducen las esperanzas del mundo con acentos más enérgicos. «Algunos meses antes del nacimiento de Augusto, dice Suetonio, se divulgó un rumor en Roma, acreditado por los oráculos. Anunciábase por todas partes, interpretando un prodigio reciente, que daría a luz la naturaleza un rey para el pueblo romano. Atemorizado el Senado, tomó una medida violenta, dando un decreto que prohibía criar los niños que nacieran en este año. Este rasgo histórico lo trae Julio Marcelo [81].» Augusto nació el año 63 antes de Jesucristo, subiendo treinta años después, con el título de emperador, al trono del mundo. Debía, pues, haberse satisfecho [XXVII] la expectación universal; y no obstante nos dicen Tácito y Suetonio que continuó el mundo esperando un soberano que había de venir de Oriente. «Hallábase convencida la multitud, de que, según antiguas tradiciones sacerdotales, dice Tácito, debía el oriente recobrar en esta época la supremacía, y que llegarían a ser señores del mundo, hombres provenientes de Judea [82].» «Todo el Oriente, dice Suetonio, tenía fijos los ojos en una antigua y constante tradición, según la cual prometían los destinos el cetro del universo a hombres que saldrían en aquel tiempo de Judea [83].» ¡Coincidencia singular! Mientras veían los judíos trascurrir los últimos años del periodo setenta veces semanal de Daniel, anunciaban los sacerdotes etruscos la proximidad del Gran Año, de la era décima, era fatídica en que reinaría, al fin, en el mundo la felicidad universal [84]. «Algunos meses antes del rompimiento de Mario y de Sila que debía ser tan fatal para los romanos, dice Plutarco, resonó el aire puro y sereno súbitamente con sonidos lúgubres y doloridos que descendían del cielo. Apoderose la consternación de todos los corazones. Reuniéronse los sacerdotes etruscos en el

---

[79] Plat. Alcibiades II, Oper. omn., tom. V, pág. 100-102.

[80] Brucker, Hist. crit. philasoph., par. II, part. I, lib. II, sec. IV, tom. II, pág. 434.

[81] Auctor est Julius Marathus, ante paucos quam nasceretur (Augustus) menses, prodigium Romae factum publice, quo denuntiabatur regem populi Romani naturam parturire, senatum exterritum censuisse ne quis illo anno genilus educaretur (Sueton, August., n. 94).

[82] Pluribus persuasio fuerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judaea rerum potirentur (Tácit., Histor, lib. V, n. 13)

[83] Percreburat Oriente toto vetus et consians opinio, esse in falis, ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur (Sueton., Vespasian., n. 4).

[84] Véase Brucker, tomo I, pág. 334; Micali, L'Italia avanti il dominio de Romani, tomo II, pág. 212, edit. de Silvestri; Creuzer, Religiones de la antigüedad, tom. II, lib. V, capítulo II; Niebuhr, Historia romana, tom. I, etcétera, etc.

templo de Belona, y consultados oficialmente por el Senado sobre la significación del fenómeno, respondieron: «La trompeta celestial anuncia una era nueva que cambiará la faz del universo [85].» Todos saben de memoria los bellos versos de Virgilio. «Ha llegado, dice el poeta, la última edad de los oráculos de Cumas. Renuévase íntegramente el gran periodo de los siglos. Ya aparece la Virgen [86] y vuelve a traer las felicidades del reinado de Saturno. Descenderá de las alturas de los cielos una nueva raza, y nacerá un niño que cerrará el siglo de hierro y restablecerá la edad de oro. Tu consulado, ilustre Polión, tendrá la gloria de dar fecha al venturoso advenimiento de los grandes meses que van a sucederse. Borráranse todas las antiguas manchas de nuestros crímenes, y quedará libre la tierra del temor secular que la oprimía [87]. Este niño recibirá la vida de los dioses, y reinará en el universo pacificado, con la fuerza y la virtud paternas. A tus pies, divino Niño, brotará la tierra espontáneamente, sus primeras ofrendas; los tapices de hiedra con sus flores pendientes, las colocasias mezcladas al gracioso acanto. La cabra de las montañas traerá [XXVIII] para ti sus ubres henchidas de leche; el león cesará de ser el terror de los ganados; espirará el lagarto junto a tu cama cubierta de flores; secaránse las plantas venenosas, remplazándolas los árboles perfumados de la Asiria [88]. Tal es el siglo, cuyo hilo se apresuran a plegar en sus ligeros husos las Parcas, dóciles a la suprema voluntad de los destinos. Hijo amadísimo de los dioses, augusto vástago de Jove, date prisa, te esperamos para honrarte. Mira al mundo que vacila en su inmensa órbita, y los continentes, y los mares, y las profundidades de los cielos. Todo se agita y se estremece a la gozosa expectativa del siglo que va a venir. ¡Oh! ¡ojalá se prolongue mi vida hasta este día afortunado, y quede en mis labios un postrer aliento para cantar tus hazañas! ¡Aparece, pues, Niño, y principia a reconocer el semblante de tu madre en su sonrisa [89]!»

Ha causado admiración oír a la Iglesia de Jesucristo, hace algunos siglos, proclamar en su lenguaje litúrgico la correlación de los oráculos paganos con las esperanzas y los terrores de Israel. No hay un protestante, en las ciudades de Alemania, de Inglaterra o de Suiza, que no se ría de lástima al considerar bajo las bóvedas de las catedrales góticas, trasformadas actualmente en púlpitos calvinistas o luteranos, la imagen de la Sibila esculpida al lado de las estatuas de los cuatro grandes Profetas, en los sitiales de los antiguos canónigos. Con una inspiración análoga se verificó en Francia, bajo este punto de vista, la reacción litúrgica del siglo XVII. Sentíase rubor en cantar con la Iglesia romana el famoso versículo: *Teste David cum Sibila*. ¿Cómo no se ha visto la magnificencia de la demostración católica

---

[85] Plutarc., Sylla, n. 10.

[86] Ecce Virgo concipiet et pariet filium (Isa., capítulo VII, 14).

[87] Dimissa est iniquitas illius (Isa., cap. XL, 2)

[88] Laetabitur deserta et invia, et exultabit solitudo et florebit quasi lilium: germinans germinabit, et exultabit laetabunda et laetans (Isa., cap. XXXV, 1, 2). Parbulus enim natus est nobis el filius datus est nobis. Princeps pacis, multiplicabitur ejus imperium, et pacis non erit finis (Isa., cap. IX, 6, 7). Habitabit lupus cum agno, et pardus cum haedo accubabit, et puer parvulus minabit cos (Isai., cap. XI, 6). Lupus et agnus pascentur simul, leo et bos comedent paleas: et serpenti pulvis panis ejus; non nocebunt, neque occident in omni monte sancto meo (Isa., cap. LXV, 25). Pro saliunca ascendet abies, et pro urtica crescet myrtus (Isa., capítulo LV, 13).

[89] Virg, Eglog. IV.

en esta alianza del mundo entero en la fe en Jesús, Salvador y Juez? Sobre sus trípodes, en el fondo de sus cavernas, bajo las encinas de Dodona, sobre la piedra del dolman o de los menhires [90] en los bosques de las Galias, en las dilatadas llanuras del Oriente, por todas partes donde agita siquiera un soplo religioso pechos humanos, brilla y se desborda en el mundo antiguo la misma fe en el Redentor, que ha de venir a enseñar y juzgar a los mortales. Perpetúase el eco de la promesa del Edén, bajo la bóveda sonora de las edades, y ¿se rehúsa a la Iglesia católica el derecho de recoger [XXIX] una de las pruebas más patentes de su divino origen! Se decía: ¡Las Sibilas son una invención monacal, que apareció en las tinieblas de la edad media! ¿Pero era acaso monje Virgilio? ¡Él es, pues, quien decía en el año 43 antes de Jesucristo!

Ultima Cummaei venit jam carminis aetas.

¿Vivía Cicerón en la edad media? Pues he aquí lo que escribía: «Interroguemos los versos que la Sibila arroja a los vientos, en su inspiración divina sobre hojas esparcidas. No ha mucho se divulgó en Roma el rumor de que iba un intérprete de los libros sibilinos a desarrollar, en presencia del Senado, la doctrina que en ellos había leído. Según él, debíamos para salvarnos, consentir en llamar Rey al Señor que iba a venir a reinar sobre nosotros. Si se halla efectivamente esta palabra en los libros sibilinos ¿cuál es el hombre a quien designa? ¿en qué tiempo debe nacer? ¡Ah! ¡Obremos todos de acuerdo, augures y arúspices, para hallar en estos libros algo más que un rey! Porque ni los dioses ni los hombres dejarán que suba jamás un rey al Capitolio [91].» ¿Y no domina en el Capitolio, a pesar de los dioses y de los hombres, la cruz, cetro del rey inmortal? No hay duda que se rebelaban contra el oráculo sibilino las simpatías republicanas de Cicerón. El orador filósofo arroja una negación enfática a la predicción de la Sibila, y sólo consigue consignar mejor para lo futuro, su propio error y la veracidad de la profetisa. Finalmente, para justificar desde ahora, sin tener que insistir en ello, la mención simultánea de David y de la Sibila, en el canto litúrgico, en que traza la Iglesia romana en la tumba de sus hijos, la catástrofe final que reducirá a polvo el mundo, nos basta reproducir aquí otro texto de Cicerón: «*Futura praesentiunt, ut deflagrationem futuram aliquando coeli atque terrarum*.» Este texto es seguramente, si se reflexiona, la confirmación del texto litúrgico:

Solvet saeclum in favilla,

Teste David cum Sibylla.

La existencia de las Sibilas ha sido demostrada recientemente por un miembro del Instituto, que ha consagrado a este fin dos volúmenes, cuya erudición, sabia crítica e imparcialidad, le han conquistado los [XXX] aplausos del mundo sabio [92]. El

---

[90] Piedras elevadas en forma de columnas que servían para el culto religioso de los antiguos Galos.-(N. del T.)

[91] Sibyllae versus observamus quos illa furens fudisse dicitur. Quorum interpres nuper falsa quadam hominum fama dicturus in senatu putabatur, eum quem revera regem habebamus, appellandum quoque esse regem, si salvi esse vellemus. Hoc si est in libris, in quem hominem et in quod tempus est?... Cum antistitibus agamus ut quidvis potius ex illis libris, quam regem proferant, quem Romae posthac neque dii neque homines patientur (Cicer., De Divinatione, libro II).

[92] , Oracula sibyllina, curante C. Alexandro, 2 vol. en 4.º, FerDi idot. París, 1856.

autor de esta obra, Mr. Alexandre, ha dado el golpe de gracia a la limitada y mezquina filosofía del último siglo, que creía resolver las cuestiones más graves con una carcajada. Remitimos a esta obra magistral a nuestros lectores que deseen hacer un estudio más profundo de la cuestión. Por nuestra parte, antes que nos hubiera dado esta confirmación tan irrecusable la más autorizada crítica, pensábamos que bastaban los testimonios de la antigüedad pagana para cortar la dificultad. ¡Pues qué! decíamos, atestigua Cicerón que la Sibila anunciaba el advenimiento de un rey, cuya soberanía debían reconocer los romanos, si querían salvarse, *Si salvi esse vellemus*. Se exalta el orador republicano al solo pensamiento de un monarca, que volviera a levantar en el Capitolio el cetro hecho trozos de Tarquino el Soberbio. Pregunta: ¿Dónde está ese rey? ¿Quién le ha visto? ¿para qué siglos se halla reservado? Requiere a los dioses y a los hombres que no toleren jamás semejante usurpación, ¡y habíamos de cerrar nosotros los ojos a la luz, habiendo sido testigos de la vanidad de las recriminaciones del orador romano, y del cumplimiento, al pie de la letra, de las predicciones sibilinas, y no habíamos de ver la correlación de las tradiciones paganas con las profecías mesiánicas en la persona de Jesucristo! Nombra Virgilio a la Sibila de Cumas, y comenta sus oráculos en versos inmortales, ¡y no se ha de tener esto en cuenta!

Entre los oráculos sibilinos, cuyo texto ha llegado hasta nosotros, hay algunos que son posteriores a la era cristiana. Así debía ser, puesto que no sucumbió definitivamente el paganismo hasta tres siglos después del nacimiento de Jesucristo. ¿Pero qué nos importa la mayor o menor autenticidad de estos textos conservados actualmente? En la época de Virgilio y de Cicerón no existía aún el Cristianismo: Virgilio y Cicerón no son sospechosos de monarquismo: en su tiempo anunciaba la Sibila el nacimiento de un Dios en forma humana; el advenimiento de un rey que salvaría al mundo, y finalmente, la catástrofe final que cerraría el tiempo con una conflagración universal. Pues bien, en la época de Virgilio y de Cicerón hablaba la Sibila como Isaías y David. Tenemos, pues, el derecho de consignar con la Iglesia católica, este movimiento unánime de la humanidad que corre precipitadamente al encuentro del Redentor.

No fue tan solo el santo anciano Simeón quien fue divinamente avisado en los pórticos del nuevo Templo de Jerusalén, que consolaría su vejez la venida del Mesías esperado [93]. No es solamente la profetisa Ana [94] [XXXI] la que participa de esta esperanza embriagadora. No son tan sólo los Judíos los que computaron los tiempos y los que vieron nacer la aurora divina. Mientras intentan los cortesanos de Herodes aplicar a su señor el beneficio de esta expectación general, y decoran al rey idumeo con el título de Mesías [95], los aduladores de Augusto aplican igualmente al César de Roma las predicciones de los oráculos sibilinos. La expectación es general. ¡El mundo parece suspender su marcha: interrógase a todos los puntos del cielo: se escucha; se espera! Hanse cumplido los tiempos: su plenitud se ha

---

[93] Non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini (Luc., cap. II, 26).

[94] Id., ibid. 38

[95] Tertuliano y San Gerónimo nos dicen esta singular particularidad: Herodianos qui Christum Herodem esse dixerunt (Tertull., De Proescrip., cap.XLV; Patrol. lat., tom. II, col. 61). Herodiani Herodem regem suscepere pro Christo (Hieron. Diálog. adversus Luciferianus, n. 23; Patrol. lat., tom. XXIII, col. 178.

consumado. El recogimiento de la humanidad en esta hora solemne se reviste de un carácter misterioso. Hubo entonces un silencio que recordó el del universo creado, cuando esperaba de la mano de Dios un señor futuro, en la época en que meditaba la Santísima Trinidad la formación del hombre. ¡Cuánta sangre, cuántos crímenes ignominiosos cayeron sobre esta raza humana desde el momento en que salió radiante y pura de la creación primitiva! Todavía será más maravillosa la obra de la creación. El día cuyos esplendores van a ostentarse a nuestras miradas, es el que ha de iluminar el triunfo de una hija de Eva sobre la antigua serpiente; el que ha de realizar las bendiciones con que debía dotar un hijo de Abraham a todas las tribus de la tierra. El sacerdote, según el orden de Melquisedech; el Isaac del monte Moria; el Enviado de las colinas eternas, predicho por Jacob; el Profeta suscitado por Dios, como Moisés; el Conquistador, hijo de David; pacífico como Salomón; cuyo imperio significa la paz; cuyo nombre es Dios con nosotros; cuya madre debe ser una virgen; cuya patria es Belén; cuyos enviados deben recorrer el mundo, pasando hasta a las islas remotas para anunciar el reino de los cielos: el Mesías, en fin, va a aparecer. Ya su estrella, anunciada por Balaam, ha sido distinguida por los Magos del Oriente. ¡Venid, Hijo de los patriarcas, Heredero de los reyes de Judá, Esperanza de los justos, verdadero Cordero de los sacrificios, Arca de alianza inmortal; realizad todas las figuras; cumplid todas las promesas; consumad el mundo en la unidad! El Antiguo Testamento, con su séquito de esperanzas seculares rodea vuestra cuna. La humanidad encorvada bajo el yugo del error, sentada en la sombra de cuatro mil años, espera vuestra luz, Estremécese como el ciervo sediento que suspira por las aguas de las fuentes y ansía sumergirse en los manantiales de aguas vivas, abiertos por el Salvador y que saltan hasta la vida eterna. [33]

Capítulo primero

El evangelio y el racionalismo moderno

Sumario

I. LA BUENA NUEVA.

1. *In principio erat Verbum*.- 2. Divinidad de la doctrina del Verbo hecho carne.- 3. La Buena Nueva.- 4. El *In principio* del racionalismo.- 5. Una página de Platón.- 6. Superioridad del Evangelio.- 7. La revelación evangélica es un acto, al mismo tiempo que una doctrina.- 8. Una palabra de San Atanasio.- 9. Milagros permanentes del Evangelio.- 10. Milagro de la conversión del mundo pagano.- 11. Milagro de la conversión social por el Evangelio.-12. Milagro de la conversión individual por el Evangelio.- 13. Jesucristo siempre vivo.- 14. El Evangelio siempre viviente.

II. EL EVANGELIO DEL RACIONALISMO.

15. La revelación evangélica y el libre albedrío de la conciencia humana.- 16. El Evangelio, según el racionalismo. Primeros años de la vida de Jesucristo.- 17. El Jesús de los racionalistas en Galilea.- 18. El Jesús de los racionalistas en Jerusalén. Invención póstuma de la Eucaristía.- 19. Último año del Jesús de los racionalistas. Demencia caracterizada.- 20. Seudo-resurrección de Lázaro. Muerte del Jesús de los racionalistas. Su no resurrección.- 21. El Jesús de los racionalistas no es ni Dios, ni hombre, ni aún un héroe de novela aceptable.- 22. El Jesús del racionalismo adorado por su autor.- 23. Base histórica y filosófica del sistema racionalista.- 24. San Papías.- 25. Los *Logias* de San Mateo.- 26. Texto íntegro de San Papías.- 27. Sentido real de la palabra *Logia*.

III. JESUCRISTO.

28. Pobreza del programa racionalista.- 29. El nombre de Jesucristo. El Cristo en el mundo antiguo.- 30. El Cristo en el Antiguo Testamento.- 31. El Cristo en las profecías.- 32. Imposibilidad de una usurpación del papel mesiánico.- 33. Jesús, Salvador en el día.-34. Jesús, Salvador en la historia moderna.- 35. Jesús, Salvador ante el Cristianismo. Lo que habría que destruir, antes de tocar a la divinidad de Jesucristo.

§ I. La Buena Nueva

1. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los

hombres. Y la [34] luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, pero vino para dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Estaba en el mundo y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, dio el poder de ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre. Que no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Y el Verbo [96] se hizo carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Ninguno vio jamás a Dios. El Unigénito que está en el seno del Padre, éste es quien le dio a conocer [97].

2. Las profundidades de la Divina Trinidad, se habían entreabierto por vez primera en el nacimiento de los tiempos; a la hora en que Dios, fecundidad sin límites, dio su principio a los seres creados. Moisés había reanudado el primer anillo de la genealogía de los mundos, al Criador omnipotente, infinito, eterno, existiendo antes de todo principio y de quien recibió la vida todo lo que debió comenzar por ser. Por segunda vez resplandecen a nuestros ojos los esplendores de la Divinidad. «¡Por sobre todas las cumbres terrestres, dice San Agustín, más alto que las regiones del éter y que las alturas siderales, por encima de los coros angélicos se elevó el Águila, el Hijo del trueno! Medid todas las alturas que ha superado su vuelo, desde el punto de donde vino, para llegar allí.» Este es el seno mismo de la Divinidad en el cual nos ha introducido. «En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.» Era, no un elemento confuso, un germen que ha de desarrollarse por medio de una incubación laboriosa; era el Verbo, la Palabra interior, como dice Bossuet, el Pensamiento, la Razón, la Inteligencia, la Sabiduría, el Discurso interior, Discurso sin discurrir, donde no se deduce una cosa de otra por medio del raciocinio, sino la Palabra sustancial que es la Verdad, el Discurso eficaz que es Creador, la Razón permanente que es la fuente de toda vida, porque «el Verbo era Dios.» No estaba separada de Dios [35] su existencia, porque «él estaba en Dios;» no se hallaba confundida y sin distinción en la esencia divina, porque «él estaba con Dios.» Palabra eterna, en el seno del Padre, el Verbo, ha producido en el tiempo los seres criados. «Todo ha sido hecho por él. «Él ha cooperado directamente al conjunto y a cada pormenor de la creación; «nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él.» Pero el mismo jamás ha sido hecho, puesto que era antes de todo principio; era Dios, en Dios, con Dios. Ser y hacer todo lo que ha sido hecho, he aquí la naturaleza y el poder del Verbo, Ser hecho, tal es la condición de todo cuanto existe por el Verbo. Así el Verbo «era la Vida;» no ya esta vida contingente, que está en nosotros y que no procede de nosotros, vida caduca, limitada, llena de oscuridad y de desalientos, sino la vida en la plenitud, en su misma sustancia, en su indestructible integridad, en su esencia radiante. «Se llama vida, dice Bossuet, ver, gustar, sentir, ir acá y allá, según su inclinación. ¡Cuán animal y muda es esta vida! Llámase vida, oír, conocer, conocerse a sí mismo, conocer a Dios, amarle, querer ser feliz en él, serlo por su goce. Esta es la verdadera vida. Mas ¿cuál es su fuente

---

[96] [«verbo» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[97] San Joan I, 1, 14, 18.

si no es el Verbo? En él estaba la vida, la vida era la luz de los hombres.»- «Y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.» Hemos medido el espesor de estas tinieblas palpables que cubrían el mundo desde el día en que rompiendo con «la vida que está en el Verbo,» se sentó la humanidad en la sombra de la muerte. Desde entonces hubo, entre el Verbo y su criatura, un abismo de separación, abismo más profundo, más tenebroso, más insuperable que el antiguo caos. Ya no penetraba la luz en estas bóvedas sombrías; el hombre no comprendía ya nada. Era preciso que descendiera el sol de los esplendores eternos hasta el fondo de las regiones oscuras y desoladas. Pero su aurora tuvo un rayo precursor. «El mensajero que debía preparar los caminos» al Verbo, esperado por Israel y por la humanidad entera «fue un hombre enviado por Dios; su nombre era Juan. No era él la luz pero era testigo de ella.» Entonces, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» ¡Se hizo carne el Verbo, Hijo unigénito del Padre, Dios eterno, Dios creador, Dios infinito, omnipotente, inmutable, el que no tuvo principio nunca! No es ya aquí, como en el día de la creación, Dios todo entero, su pensamiento, su consejo, su providencia trazando cada lineamiento de la arcilla impura que será el hombre. [36] ¡Es Dios absorbiéndose todo él en el barro humano que se llama carne! *Et Verbum caro factum est*. ¡Palabra que debe pronunciarse de rodillas, que aventaja a todas las aspiraciones de una inteligencia criada, que aniquila todo orgullo humano, y que prenderá hasta la consumación de los siglos, incendios de amor! ¡El Verbo se ha hecho carne! [37] Acaba de arrojarse el puente sobre el grande abismo de separación entre la luz y las tinieblas. Los hombres sabían bien que existía este abismo; y tenían por do quiera Pontífices para restablecer el paso. Los hombres sabían bien que éste se hallaba roto entre el cielo y la tierra, y tenían constantemente en los labios la palabra *Religión*, para volver a unir la humanidad a Dios. ¡Pero el pontífice verdadero, de que era sólo una figura Aarón; el consumador de toda religión, es el Verbo hecho carne! Él es el mediador, que toca por una parte a las cumbres eternas, y se sumerge por la otra hasta las profundidades del abismo; apoderándose del hombre en su miseria para elevarle hasta a Dios; uniendo los extremos en su persona, Dios, para tratar con Dios, hombre, para reconciliar al hombre con Dios; Verbo encarnado para restablecer las vías de toda carne, y haciendo nacer, en una redención más admirable y más fecunda que la creación misma, por medio de una generación espiritual y sin nombre, hijos de Dios, que no lo son como él, por naturaleza, porque él solo es «el Hijo Unigénito del Padre,» sino que llegan a serlo por la adopción de la fe. «¡He aquí, dice San Agustín, el grande e inefable misterio!»

3. Concíbese que haya recibido esta revelación el nombre de Buena Nueva; *Evangelium*. Van a partir los heraldos encargados de anunciarla en el *ergástulo* de las ciudades romanas, a millares de esclavos cuya carne se halla destrozada por vergas, manchada por todos los caprichos de una voluptuosidad despótica, magullada por las cadenas, surcada por el diente de los leones; ¡el Verbo se ha hecho carne! ¡Estremeceos de alegría, en vuestros negros, calabozos o en las guaridas de la infamia, poblaciones encorvadas bajo el yugo de la muerte! ¡Y vosotras, almas abatidas en la ignorancia y el error, degradadas por un sensualismo brutal, víctimas de pasiones sin freno, más esclavas de vuestras concupiscencias que lo son de vosotros mismos las miserables criaturas humanas cuyo cuerpo y alma compráis por algunos centenares de sextercios, con las que cebáis como con un vil pasto vuestras lampreas favoritas, arrepentíos! ¡El Verbo se ha hecho carne!

¡He aquí la mejor, la nueva más grande indudablemente que la humanidad oyó jamás! Titúlase: Evangelio de Jesucristo. Retórico ¡os parece bien que se hubiera dicho: Evangelio de Juan, Evangelio de Lucas, de Marcos o de Mateo; como si esta buena nueva pudiera firmarse por nombre humano! ¿Pudo acaso hablar así hombre alguno? ¿Hubiera podido el genio del hombre entreabrir el seno del Padre, y describir la generación del Verbo, en los esplendores de la Trinidad? ¿Hubiera podido inventar jamás un hombre esos misterios de gloria, de amor y de magnificencia, cuyo primer término es la revelación de la esencia divina en toda su profundidad, cuyo término final es la afirmación más increíble de la ternura de Dios? *Et Verbum caro factum est*.

4. Cuando se constituye un hombre en revelador; cuando de lo alto de su gran genio solitario abraza de una mirada el problema de la humanidad, devorada por aspiraciones inmensas y rechazada contra su propia nada por los límites, las tinieblas y las incertidumbres de que se halla envuelta su inteligencia, escuchad la gran nueva que trae a todo un siglo y que reproducen los ecos de la publicidad, en medio del general estupor, y comparad, si tenéis ánimo para ello. He aquí el *In principio*, no ya «de un pescador de Galilea [98], Juan, hijo del Zebedeo,» sino de un literato racionalista, que se expresa de esta suerte: «En cuanto se distinguió el hombre del animal, fue religioso, es decir, que vio en la naturaleza algo mas allá de la realidad, y para él, algo mas allá de la muerte. Este sentimiento se extravió durante millares de años de la manera más extraña. Entre muchas razas no pasó de la creencia en los hechiceros bajo la tosca forma en que la encontramos aún en ciertas partes de la Oceanía. En algunas, llegó a parar el sentimiento religioso a las vergonzosas escenas de carnicería que forman el carácter de la antigua religión de Méjico; en otras, especialmente en África, llegó al puro fetiquismo, es decir, a la adoración de un objeto material, al que se atribuían poderes sobrenaturales. Así como el instinto del amor, que eleva por momentos al hombre más vulgar sobre sí mismo, se convierte a veces en perversión y ferocidad, así esta divina facultad de la religión pudo parecer por largo tiempo un cáncer que era preciso extirpar de la especie [38] humana, una causa de errores y de crímenes que debían tratar de suprimir los sabios [99].» Así habla el moderno revelador. ¡Qué luz proyectada en los horizontes intelectuales! ¡Un día el animal primitivo se durmió gorilla [100] o negro troglodita, y se dispertó al siguiente día hombre inteligente! Época memorable, cuya fecha exacta preguntamos al punto, porque aún sería tiempo de inscribirla en la primera página de los anales humanos. El hombre vio «la naturaleza» deliciosa contemplación, de que sólo habían podido percibir sus ojos de mono los cuadros más toscos. Estos encantos súbitamente revelados, debieron enajenarle, y fue más allá del objeto presente, y «vio algo más allá de la realidad.» No sabía el desdichado, como nuestros racionalistas, que no existe lo sobrenatural. De error en error, llegó a forjarse «para él algo mas allá de la muerte.» En breve cedió ante los espantos de una religión imaginaria; revelose su instinto de amor en «un cáncer religioso que fue preciso extirpar de la especie humana.» ¡Ay! ¿por qué no permaneció siendo orangután el animal primitivo? Pero estaba hecha la

---

[98] E. Renan, Vida de Jesús, Introd. pág. 25, edición 3ª.

[99] M. E. Renan, Vida de Jesús, pág. 2.

[100] Nombre de mujeres velludas de un pueblo africano. (N. del T.)

trasformación, y parece que fue irrevocable, a pesar de su carácter tan poco natural. ¡Oh, hombre! Consuélate si puedes: este es el Evangelio moderno. No hay nada mas allá de la naturaleza; no hay nada para ti mas allá de la muerte. Tu única desgracia fue distinguirte del animal. ¿Es tan difícil reconquistar tu felicidad perdida, volviendo a tu origen primitivo?

5. De esta revelación tan innoble, hasta la fórmula de Platón, hay la distancia que de la tierra al cielo. Prestad atención a esta voz que el paganismo llama divina. «Teniendo Dios en sí mismo el principio, el fin y el medio de todas las cosas, como lo enseña la tradición antigua, dice Platón, hace invariablemente lo que es bueno, según la naturaleza. Acompáñale siempre la justicia que castiga a los infractores de la ley divina. El que desea asegurarse una vida feliz, se conforma a esta justicia y le obedece con humilde docilidad. Pero el que se alza orgulloso, a causa de sus riquezas, de sus honores o de su hermosura; aquel cuya loca juventud se inflama con una insolente presunción, como si no necesitara maestro ni señor, y como si fuera, por el contrario, capaz de guiar a los demás, es [39] enteramente abandonado por Dios, y asociándose este miserable desamparado a otros infelices abandonados como él, se complace en trastornarlo todo, no faltando gentes a cuyos ojos parece ser algo; pero castigado en breve por el inflexible juicio de Dios, trastorna al par que a sí mismo, su casa y la ciudad entera. Siendo esto así, ¿qué debe hacer y qué debe pensar el sabio? Nadie duda que el deber de cada hombre sea buscar por qué medio será del número de los siervos de Dios. ¿Qué es, pues, lo agradable a Dios y conforme a su voluntad? Una sola cosa, según la palabra antigua e invariable, que nos enseña, que sólo hay amistad entre los seres semejantes y que huyen de todo exceso. Pues bien, la medida suprema de todas las cosas debe ser, para nosotros, Dios, mucho más que hombre alguno, sea quien fuere. Si, pues, queréis ser amigo de Dios, esforzaos en asemejaros a él tanto como os sea posible [101].»

6. En este pasaje se respira un aire puro, en una atmósfera superior. Teniendo Dios en sí mismo el principio, el fin y el medio de todas las cosas, se presenta a nuestra inteligencia como la medida de la soberana justicia, como el modelo supremo y la infinita recompensa de las virtudes humanas. Pero cuanto es superior la doctrina tradicional de Platón al sueño materialista del iniciador moderno, tanto es inferior al *In principio* del Evangelio. Tal es, en efecto, el milagro por excelencia de la revelación del Verbo encarnado. La enseñanza de toda filosofía humana no podía ser y no será jamás sino una palabra discutible, más o menos autorizada, más o menos accesible a las diversas inteligencias, teniendo realidad solamente en el pensamiento del maestro y de un pequeño círculo de oyentes inmediatos o de discípulos póstumos que buscarán trabajosamente la verdad, con el pedantesco aparato del libro escrito, de la controversia y de los trabajos científicos. El Verbo hecho carne, es la Palabra eterna, que ha descendido al hombre, trasformándole enteramente; es la doctrina viva, ingerta en todos los corazones, radiando en todas las inteligencias. Los ignorantes no saben leer, los pobres no tienen tiempo para ello; los literatos que saben o que pueden leer, no tienen ni el mismo grado de cultura, ni la misma aptitud de entendimiento para comprender. Finalmente, hállase trabajada la humanidad en su conjunto por un achaque o fragilidad [40] nativa, que afecta todas las inteligencias y todos los corazones. Carece la filosofía de remedio

---

[101] Plato, De Legibus, lib. IV; Op. tom. VIII, pág. 285, 286, edit. Bipont.

conocido para esta enfermedad universal. ¿Es su doctrina una fuerza al mismo tiempo que una luz? ¿Tiene ella en sí la potestad creadora, para rehacer, en el hombre intelectual ojos capaces de soportar el brillo de la verdad; un sentido nuevo para conocerla; un corazón nuevo para abrazarla; una voluntad nueva para practicarla? Reformar el mundo es manifiestamente formarlo por segunda vez, es decir, crearlo de nuevo, en la mente, en los sentimientos, en los deseos, en los afectos, en todo el ser moral e inteligente. Esta grande obra, esta creación, más admirable que la primera, supone, no ya una palabra muerta no bien se pronuncia, sino una palabra viva, eficaz, produciendo lo que enuncia, llevando por una parte la luz, la verdad y la vida, y por otra, haciendo surtir en el seno de la humanidad una energía desconocida para sostener el peso de estas grandes cosas. He aquí por qué no ha convertido la sabiduría de Sócrates, de Platón, de todos los filósofos antiguos, un solo reino, una sola ciudad, una sola aldea; quizá una sola de las almas hambrientas de verdad y de vida que se estrechaban en torno del maestro, escuchándole ávidamente y corriendo en seguida a volverse a sumergir o encenagar en el vicio conocido y en las voluptuosidades habituales.

7. El Verbo se hizo carne. Aquí hay un acto y una doctrina; un acto el más poderoso, el más fecundo, el más profundamente creador que pueda concebir el pensamiento. Sembrar mundos en el campo del espacio, y poblar la nada, es un poder que se halla comprendido esencialmente en la noción misma de Dios. Quien dice creador, dice creación. Comprendemos perfectamente la relación entre los dos términos, y aunque esta omnipotencia sea infinitamente superior a nuestra debilidad, la razón concibe su existencia, aunque no sepa explicarla. Pero en fin, en la creación primitiva, obra Dios fuera de sí mismo; en la segunda, es decir, en la Encarnación, obra Dios sobre Dios mismo. Hácese la Palabra creadora lo que no era aún. ¡Gran Dios! ¿qué no erais vos, no obstante? y ¿qué gloria faltaba a vuestra gloria? ¿Podemos imaginarnos lo que vais a hacer, y a qué otra altura va a elevar vuestra majestad infinita su trono? No, Dios no sube, no se eleva. Y ¿cómo podría crecer y agrandarse el Inmenso, el Infinito, el Eterno, el Ser? Pero puede descender. Inclínase, pues, más bajo que el ángel, más bajo que el espíritu, [41] más bajo que el alma, más bajo que la palabra humana. El Verbo se ha hecho, no ángel, no espíritu, no alma. Verbo divino, podía hacerse Verbo humano. Todo esto es demasiado alto para él. ¡El Verbo se ha hecho carne! He aquí el acto de Dios en el profundo extremo del abatimiento. ¿Lo comprenderás nunca, razón humana? ¿Sabrás, amor humano, reconocer jamás dignamente esta locura de la cruz, como dice San Pablo? Pero el hombre se eleva, en proporción inversa de las divinas condescendencias, en toda la proporción que Dios se baja: fortifícase de toda flaqueza; enriquécese con todos los despojos, y resplandece con todas las miserias con que se desposa el Verbo. El Verbo se ha hecho carne y el hombre ha recibido el poder de llegar a ser Hijo de Dios. Omnipotente, en los esplendores de los Santos, ha conservado el Verbo toda su omnipotencia en las ignominias de la carne. Creador en la tierra, como lo es en el cielo, trasmite a la naturaleza humana su fecundidad y su vida. Va a desaparecer el cristiano como hombre, viviendo y operando en él Jesucristo. El acto divino crea un hombre nuevo, para conocer, amar y abrazar la nueva doctrina; realízanse a un tiempo mismo toda clase de trasformaciones; el milagro llama al milagro en esta graduación maravillosa, donde cada uno de los abatimientos del Verbo es un triunfo para la humanidad.

8. Nunca se insistirá demasiado en los caracteres intrínsecamente milagrosos de la predicación evangélica. Nuestros padres sabían estas cosas; nuestro siglo las ha olvidado; y no cree seguro que Jesucristo haya jamás resucitado a un muerto. Mil veces hemos oído preguntar los literatos de nuestros días con una cándida ignorancia, cuál es la diferencia esencial entre la enseñanza de Sócrates y la del Evangelio. Va a contestarles San Atanasio: «¿Dónde está, dice, el sabio, el revelador, el filósofo humano, cuya doctrina haya producido el milagro de iluminar al mundo, desde el calabozo del esclavo hasta el trono del soberano, y de marcar todas las frentes con su sello religioso? Si Cristo fue solo un hombre, ¿cómo no quedó vencido o paralizado ante las divinidades del viejo mundo antiguo? ¿Faltaban reyes y poderosos cuando nació Jesús? Los Caldeos tenían sus sabios y sus magos; llenos estaban de ellos el Egipto y la India. ¿Qué rey, qué sabio, en el apogeo de su gloria, consiguió hacer universal su doctrina, y arrancar el mundo de las tinieblas de la idolatría? Los filósofos de Grecia han escrito páginas elocuentes; [42] mas compárese el efecto de sus sublimes discursos con las conquistas realizadas por la cruz de Jesucristo. A la muerte del filósofo, quedaba olvidada su doctrina, y ni aún conseguía triunfar durante la vida de su autor de los ataques y de las controversias rivales. ¡Mas aparece el Hijo de Dios; desdeña la pompa del lenguaje, y adopta el idioma de los humildes, así como había adoptado su pobreza, y hace palidecer su enseñanza la de todos los filósofos; derroca todos sus sistemas, y atrae a sí todo el universo! ¡Cíteseme un filósofo que haya convertido las almas; purificado corazones manchados por el libertinaje y la disolución; arrancado el hierro a las manos homicidas; inspirado un valor sobrehumano a los más tímidos caracteres! ¿Quién domó la barbarie y trasformó el mundo pagano? ¿no fue la fe en Jesucristo [102]?»

9. He aquí realmente el milagro del Evangelio, milagro histórico, permanente, visible, palpable. En la hora en que intervino en la serie de las edades la gran nueva del Verbo hecho carne, hallábase la corriente de la humanidad violentamente arrastrada al sensualismo más brutal, al materialismo más abyecto. ¿Quién, pues, rechazó estas olas de barbarie, de voluptuosidad y de sangre? Cuando se precipita el torrente de las montañas arrastrando en su furioso ímpetu los diques trabajosamente edificados, los árboles seculares, las casas, las mismas rocas; si se presentase un hombre en medio de las poblaciones consternadas, y tendiendo la mano, mandase a las encrespadas olas refluir o retroceder hacia su origen; si dócil a su voz se detuviese la avalancha líquida como suspendida encima del valle, y retrocediera en sentido inverso de su pendiente ¿os impedirían todos los sofistas del mundo exclamar: milagro? ¿Necesitarías reunir los académicos, interrogar «una comisión compuesta de fisiólogos, de químicos, de personas ejercitadas en la crítica histórica [103]?» Antes aún de pensar en todas estas puerilidades, [43] os postraríais

---

[102] Athanas., Orat. de Incarnat. Verbi Dei (Patrolog. graec.), tom. XXV, col.186.

[103] Vida de Jesús, Introd. pág. 41. No es preciso para atestiguar la realización de un milagro una academia de físicos o químicos, bastando para ello, por más que lo niegue M. Renan, el buen sentido de un hombre de mundo o de un hombre del pueblo.

Por lo regular, el milagro es un hecho complejo que se compone de tres elementos: dos hechos naturales, palpables y sucesivos, y un lazo misterioso que los une. Por ejemplo, en la curación del ciego de nacimiento de que habla San Lucas en el cap. IX de su Evangelio, constituye el primer hecho la circunstancia de que fuese este hombre ciego de nacimiento; el segundo hecho, la de que

principiara a ver repentinamente, cuando antes no veía; y el hecho tercero, la de que sucediera a la ceguera súbitamente la percepción de la luz por medio de la aplicación de una poca saliva a los ojos apagados de este hombre. Pues bien ¿no son acaso el pueblo y las gentes de mundo, competentes para consignar la existencia del primer hecho? ¿Se necesita académico alguno para atestiguar autorizadamente que no tuvo vista un hombre a quien se trató de continuo, pudiendo comprobarse diariamente el estado real de sus ojos y adquirirse mil veces el convencimiento de que estaban vacías sus órbitas o de que rodaban en ella únicamente globos sin transparencia y sin luz?

¿No puede ser sobre este particular un hombre de mundo o un hombre del pueblo y sin letras, testigo digno de fe, con tal que no sea idiota? ¿No se admite en los tribunales diariamente como decisiva su declaración sobre cuestiones más delicadas y de más difícil prueba? De igual manera que son estas personas idóneas para afirmar con inteligencia y peso el primer hecho, pueden atestiguar el segundo con iguales títulos a la confianza. Este hombre era ciego ayer, este hombre ve actualmente: sobre uno y otro hecho pueden merecer ser creídas igualmente, puesto que son de su competencia la existencia y la prueba de estos dos hechos. Así ¿qué es lo que hacen los Fariseos, los que hace diez y nueve siglos fueron como los precursores de M. Renan? Recusan el testimonio del mismo ciego; pero aceptan el de sus padres. Estos eran gente del pueblo, toda vez que su hijo era un mendigo. Pero, no importa: llámanles a consignar los dos hechos que les preocupan y que constituyen el milagro, pues a sus ojos, son una autoridad necesaria al par que suficiente, y si insisten en ello todavía, no es para atacar la certidumbre de su afirmación, no obstante provenir de un origen meramente popular. Así proceden por las reglas del buen sentido, aún estando animados de odio hacia Cristo. Este proceder es una refutación patente de las calumnias de M. Renan contra el buen sentido del pueblo. En cuanto al tercer hecho, es decir, al lazo que une los dos grandes hechos sucesivos que constituyen el milagro, a veces cae parcialmente bajo el testimonio del pueblo.

Así, en el prodigio del ciego, se podía ver y declarar perfectamente que Jesús se valió de una poca tierra mezclada con saliva para verificarlo; pudiendo asegurar esto lo mismo un hombre del pueblo que un químico o un físico. Y no es necesario pasar de este límite para que sea cierto el milagro. Cuando los Fariseos en su curiosidad interrogan al ciego indiscretamente, cuando quieren probarle que no podía curarle Jesús, les responde aquel con suma verdad.

«Sólo sé bien una cosa, y es, que estaba ciego y que ahora veo.» Lenguaje sumamente exacto. Me preguntáis a mí, hombre del pueblo, cómo se ha verificado el milagro: yo no tengo obligación ni necesidad de decirlo; sino de limitarme a atestiguar dos hechos que se han verificado, y los atestiguo de manera que desafío toda clase de contradicción. Coordinad vosotros como os plazca estos hechos: en cuanto a mí, los sostengo como indudables a pesar de todas vuestras explicaciones, y por lo mismo que los sostengo, os es imposible libraros del milagro. (Véase la primera instrucción pastoral de monseñor Plantier, obispo de Nimes, publicada con motivo de la obra de M. Renan, titulada: Vida de Jesús.) El ser milagroso un hecho no impide que caiga bajo el dominio de los sentidos como otro cualquiera, dice el R. P. Félix en su conferencia cuarta de las pronunciadas en Nuestra Señora de París en el año 1864. Es posible que este hecho tenga varias fases, pero todas pueden ser vistas y apreciadas sin dificultad por quien tenga ojos y sepa mirar y ver.

Supongamos que acaba de verificarle un milagro, v. gr. la resurrección de un muerto. Supongamos que he conocido a mi amigo en vida; cien mil veces le he visto, le he hablado, le he abrazado; no se me negará la posibilidad de hacer constar este hecho. Pues bien; un día he visto enfermo a este amigo, luego moribundo, después muerto; he asistido a su última hora, he recogido su último suspiro. En vano he querido forjarme la ilusión de que aún no había muerto; en vano le he tenido cerca de mí tres días, cuatro días, esforzándome en persuadirme contra toda evidencia, que quizá no estaba muerto, sino aletargado. Quise hasta prolongar, para consuelo mío, la hospitalidad que yo debía su cadáver; pero me fue imposible, porque, de repente se presentó una descomposición espantosa y horrible, aún para la amistad misma, que huye de su cadáver gritando: ¡Está muerto! ¿Me negaréis acaso la posibilidad de comprobar este hecho a pretexto de que el letargo puede parecerse a la muerte misma? Ante esa podredumbre manifiesta y ante ese cuerpo disuelto, ¿me privaréis de exclamar con una dolorosa certidumbre: sí, es cadáver, nada más que cadáver? Hasta aquí tenemos ya dos hechos, que indudablemente se manifiestan y pueden ser tan comprobados como otra cualquiera. Pues veamos el tercero. En esto viene un hombre; pónese a orar a mi vista, delante de aquel cadáver podrido y disuelto, mira al cielo y dice: «Levántate,» y en el acto mi amigo se levanta efectivamente, lleno de vida, de salud, de fuerza, en la aureola de su

resurrección. Es el mismo, no tengo duda, aquella es su cara, aquellas sus facciones, su actitud, su modo de andar; ¿me negaréis la posibilidad de reconocer al que tengo yo tan conocido, y de hablarle y de palparle y de decirle: Eres tú, no hay duda, tú mismo? En estas tres fases del hecho milagroso, ¿qué hay de invisible, qué hay de impalpable ni de problemático? Yo he visto a mi amigo vivo, le he visto luego muerto, y ahora vuelvo a verle bueno, es decir, resucitado. ¿Cuál de estos tres puntos, me diréis que es imposible hacerlo constar, sino es científicamente?

Pero a esto se objeta, que sea lo que se quiera de las pruebas que creo tener de la existencia del hecho milagroso, queda siempre viva a priori contra ese hecho una certidumbre que anula aquellas pruebas, a saber; la certidumbre universal y constante de que el cuerpo humano, cuando ha comenzado a podrirse, ya no resucita, y que todas mis pruebas del hecho de una resurrección nada valen para aniquilar esta certidumbre.

Pero entre las leyes de la naturaleza y entre los hechos de que tenemos certidumbre física, está la de que un organismo destruido por la descomposición no puede restaurarse por sí propio; pero si el Criador quiere hacer una excepción a esta ley del tributo natural que todos pagamos a su sin par soberanía, ¿por qué se tiene la presunción de quitarle la posibilidad de hacer conocer con toda certidumbre esta excepción determinada por su voluntad? Si el legislador humano puede real y positivamente suspender las leyes generales en un caso particular, ¿por qué destituir a Dios hasta del poder de mostrar en un caso determinado su voluntad particular, como tiene él de manifestar siempre su voluntad general?

Los milagros son, en efecto, (dice M. Augusto Nicolás, en su obra sobre la Divinidad de Jesucristo) modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, sería preciso que estas leyes fueran necesarias; es decir, que hallase el entendimiento contradicción en concebir que hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien; las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son necesarias. -No implica contradicción que hubieran podido ser diferentes; por ejemplo, que en lugar de ser la vida del hombre de cien años, a lo más, hubiera sido inmortal esta vida, o que después de haber abandonado al cuerpo, volviera naturalmente a él; que la procreación se operase por la mujer sola, que no fueran los cuerpos penetrables o ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verificaran accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duración de la vida del hombre, la muerte, la generación, la ponderabilidad, la penetrabilidad, etc., se hubieran considerado estos casos como otros tantos milagros. Este mismo estado actual de cosas que llamamos naturaleza, no fue en su origen más que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la creación, según nota San Agustín. Su conservación es también un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduría del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por sobre la nada de donde la sacó. Así, pues, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos milagro, sino una modificación en la creación, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifiesto que el mismo poder que ha creado y que crea todos los días, puede también modificar. Si se niega este poder, diré que lo prueban los milagros, y que con esta negación se da la razón misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar a los hombres olvidadizos y pervertidos la existencia y la intervención del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios a nosotros por medio de sus obras: su lenguaje es la creación. Era, pues, conforme a este primer estado de cosas, que queriendo revelarse más particularmente a su criatura, obrase más particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podía verificar actos de Criador sino por medio de actos sobrenaturales, de milagros, estos actos extraordinarios de creación eran los únicos medios de revelación extraordinaria del Criador. No siendo los hechos generales de la creación indignos en verdad de la sabiduría ni de la majestad de Dios, ¿por qué lo habían de ser los hechos particulares? ¿Por qué había de haber menos majestad en decir a un hombre muerto: Sal del sepulcro, que en decir al primer hombre: Crece y multiplícate?

Siendo el movimiento de la naturaleza un milagro continuo (dice San Agustín, In Joann. Tract. XXIV), y despojándole su misma continuidad del carácter de milagro, se reservó Dios el derecho de derogar el curso regular de la naturaleza, a fin de que estos fenómenos, no más grandes, sino más raros o menos frecuentes que las maravillas ordinarias de la creación, hiciesen apreciar aquellas en su verdadero valor.» Así, precisamente lo que distingue el milagro a los ojos del creyente, es el ser insólito, no tanto sobre el poder de Dios, como fuera del orden acostumbrado de la naturaleza.

Pero dicen los incrédulos (continúa el P. Félix), que no cabiendo suponer el hecho milagroso, sino como superior a las leyes de la naturaleza, sería preciso para poder formalmente asegurar la certidumbre del hecho, tener conocimiento perfecto y adecuado de todas las leyes de la naturaleza... Mas juntamente con las leyes de la naturaleza admitís la armonía en la naturaleza; sabéis que la naturaleza, lo propio que Dios, su autor, no se miente jamás a sí misma; estáis seguros de que la naturaleza, que decía ayer si acerca de un punto determinado, no dirá mañana no, y tan científicamente ciertos como estáis de la existencia de una ley de la naturaleza, otro tanto lo estáis de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza. Pues bien, esta base que vosotros mismos dais a la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y aún fundando sobre ella la posibilidad de comprobar el hecho milagroso, decimos con vosotros: Así* como en el mundo matemático no puede haber fórmula verdadera que esté en contradicción con otra fórmula verdadera, así también y del propio modo, en el mundo físico, no puede haber una ley real de la naturaleza, que esté en contradicción flagrante con otra ley real de la naturaleza.

Y por eso os pregunto ¿por qué una vez sentado que existe un hecho milagroso, no he de poder yo nunca hacer constar como cierto e incuestionable el hecho milagroso? ¿El que por una parte posea yo un hecho radiante como la luz propia, y por otra parte tenga encerrada en el círculo de una fórmula científica una ley de la naturaleza, una ley sola, la ley misma en cuya virtud se ha realizado ese hecho, impide ser para mí cosa demostrada de antemano, que jamás ninguna otra ley de la naturaleza vendrá a desmentirla? Cualquiera que sea el poder de lo desconocido, sé que no podrá destronar a lo conocido, mientras esté firme sobre la base de su certidumbre y radiante con el fulgor de su propia evidencia. No hay remedio: o admitir que no poseemos ninguna ley cierta en el imperio de la naturaleza o confesar que jamás lo desconocido puede ser testimonio contra la certidumbre de lo conocido.

Esto supuesto, ¿por qué he de estar yo condenado a la impotencia de hacer constar que en un caso dado, ha sido suspendida una ley de la naturaleza, y esto a pretexto de que mi razón no conoce la última profundidad de los misterios del mundo y de que mi vista no alcanza a abrazar la universalidad de las cosas?

Es punto demostrado por experiencia universal, que una vez deshecho cualquiera organismo, no puede rehacerse instantáneamente por sí propio, o de otra manera, que una vez muerto el que estaba vivo, no puede en un minuto dejar de ser cadáver putrefacto, para restituirse a su propia vida anterior con la identidad de su forma y de su existencia. Por maravillosas que sean todas las trasformaciones cuyo secreto guarda la naturaleza, y cuyo espectáculo nos está mostrando incesantemente y a despecho del límite donde vuestra ciencia se detenga en el dominio de la vida, estáis completamente seguros de que en ninguna de las profundidades ocultas a vuestra penetración existe ley alguna de la naturaleza, en cuya virtud un cuerpo convertido en cadáver pueda en un minuto volver a salir vivo y radiante del seno de su putrefacción. Si otra cosa fuera, el mundo orgánico no sería más que una fantasmagoría, y la naturaleza más que una sucesión de mentiras y una serie de embaucamientos: no habría ciencia fisiológica, porque no habría ninguna ley cierta en el mundo de los vivos.

Por consiguiente, cuando quiera que este fenómeno se realice delante de mí, delante de vosotros, delante de diez mil o de cien mil testigos; cuando quiera que todos hayamos visto con nuestros propios ojos el cadáver, y hayamos palpado su podredumbre, si de repente luego, tras la oración pronunciada por un hombre en frente de aquel cadáver, le vemos convertirse en un cuerpo radiante de fuerza, de juventud, de hermosura, y ponerse de pie frente a frente de nosotros y decirnos: «¡aquí estoy!» ¿nos prohibiréis por autoridad de la crítica declarar que ese fenómeno no se ha realizado en virtud de una fuerza de la materia ni de una ley de la naturaleza? Para darnos científicamente razón de ese fenómeno ¿no tendremos necesariamente que elevarnos más alto que la naturaleza, salirnos del círculo de la materia, y remontarnos hasta Aquel que habiendo creado la materia y la naturaleza, tiene a la una y a la otra bajo su mano como dóciles esclavas de su absoluta autoridad y libertad suprema?

¿Necesitaremos ir buscando uno tras otro a todos los bachilleres y licenciados de ciencias fisiológicas, para tratar de averiguar bien averiguado, el punto sobre si la naturaleza tendrá quizá allá en su profundo seno una fuerza misteriosa, que no ejercite más que en circunstancias muy contadas, para obrar de cuando en cuando resurrecciones instantáneas? No, ciertamente; no os condenaréis a

arrodillados, bendiciendo el prodigio de la bondad divina. A la verdad, ¿es comparable este milagro que habría salvado algunas cabañas de pastores en un valle de los Alpes, al que detuvo [44] súbitamente en su vuelo victorioso la civilización pagana más grande que hubo jamás, y al que salvó a la humanidad entera? Mas decís que esto no os basta. «Como debe poder repetirse siempre un [45] experimento, y se debe ser capaz de volver a hacer lo que se hizo una vez, y no puede alegarse facilidad o dificultad respecto del milagro, se invitaría al taumaturgo a reproducir su obra maravillosa [46] en otras circunstancias. Si salía bien dos veces el milagro, se habrían probado dos cosas; la primera, que acaecen en el mundo hechos sobrenaturales; la segunda, que pertenece o se halla delegado [47] el poder de reproducirlos a ciertas personas [104].» Pues bien, se ha reproducido el milagro

---

la humillación de ver a la Academia burlarse de vosotros y de oír a todos los maestros de la ciencia responderos con una grave ironía, que la ciencia fisiológica no reconoce resurrección instantánea, y que la naturaleza no es capaz de resucitar los muertos.

Queda pues, sentado, que para afirmar con certidumbre que un hecho se ha producido fuera o sobre las leyes del orden natural, no hay necesidad alguna de conocer perfecta o absolutamente todas las leyes de la naturaleza; porque la naturaleza en el mero hecho de ser una armonía, y además, una armonía que no es libre, no puede tener facultad de desmentirse a sí misma. Finalmente, ¿no hay en este orden de hechos una certidumbre moral que obliga al pueblo, lo mismo que al filósofo y en el que el sentido común hace las veces de ciencia y aún en ocasiones es capaz de emitir un fallo mas imparcial que el de los sabios mismos? -(N. del T.)

*[«vosotros. Así» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[104] La repetición del hecho milagroso ante una comisión de químicos y físicos, no produciría generalmente la certidumbre. Figurémonos que se constituye una comisión primera y que se verifica ante ella una resurrección: el hecho es sumamente probable, pero le falta un cabello para ser cierto.

Organízase otra comisión, y se verifica otro fenómeno milagroso: esta vez llegamos a la certidumbre. ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo la segunda comisión llega a la certidumbre cuando la primera, con iguales conocimientos, no ha podido salvar los límites de la probabilidad? ¿Cómo, sobre todo, y por qué inefable comunicación se refleja la certidumbre de la segunda sobre la probabilidad de la primera, para trasfigurarla y permitir a M. Renan, apoyándose en las conclusiones de ambas que no son iguales, proclamar que se verifican hechos sobrenaturales en el mundo?

¿Qué significa también esa fantasía de querer que los taumaturgos se presenten ante comisiones sucesivas y en diferentes anfiteatros y ante cadáveres diversos? ¿Acaso debe tratarse al enviado del Altísimo de igual manera que a un anatómico o a un prestidigitador? ¿Con qué derecho se pide al enviado de Dios que repita un milagro cuantas veces plazca a las comisiones repetir sus experiencias? No hay duda de que, cuando el enviado de Dios obre según la medida del poder que ha recibido, no tiene dificultad en ejercerlo; pero en fin, su poder es simplemente delegado, y puede no hallarse revestido de él sino para cierto fin, en momentos determinados y con ciertas condiciones. Si le ha marcado Dios estos límites, no tiene derecho ni fuerza para traspasarlos, y porque no los traspasa, porque no le compete volver a hacer lo que ya una vez hizo, porque no se presta a satisfacer vuestra curiosidad ni todos vuestros caprichos ¿se ha de seguir de aquí, que no hayan sido sus primeros milagros más que prestigios y que no sea él mismo instrumento de una virtud sobrenatural? Y si en vez de usar de un poder delegado, emana este poder de su propio fondo, se hallará más autorizado aún para rehusaros la reiteración de las experiencias, y deberá rechazar la indiscreción de vuestras preguntas, por respeto a sí mismo. Negad entonces sus milagros, si os place negar la luz del sol: pero los milagros no necesitarán vuestro testimonio, y continuarán ostentándose a la vista de los hombres de buen sentido, aún cuando el taumaturgo haya despreciado vuestro aparato científico para no someterse a nuevas experiencias. (Véase la primera pastoral del obispo de Nimes, M. Plantier.) Este procedimiento extravagante imaginado por la crítica, dice el reverendo padre Félix, no es sólo un insulto al sentido común de los hombres, sino también a la majestad divina. Por ventura ¿no veis hasta qué punto ultrajan la soberana majestad de Dios tales y tan risibles condiciones, opuestas por ese despotismo científico a las libres manifestaciones del

poder de Dios? ¡Cómo! ¿tú crítico antojadizo, tú mandas que el taumaturgo, es decir, Dios mismo, que obra por medio del taumaturgo, venga a pedirte licencia para verificar un milagro, cuando cabalmente Dios no obra el milagro, sino con el fin de imponerte preceptos y para significarte con esa manifestación de su poder su voluntad suprema?

Se concibe bien que cuando el inventor de una máquina aspira al honor de un privilegio, proponga hacer experiencias para justificar el mérito que atribuye a su obra, y que se constituya un jurado para apreciar el instrumento y sus operaciones. Pero un taumaturgo no es el inventor de un aparato de física; es el hombre de Dios; depositario de cierta parte del poder de Aquel que le envía, no hace uso de él para que le juzgue un areópago de escépticos, ni para distraer el tedio de los sabios desocupados, sino que se sirve de él en beneficio de una alma que le pide una gracia, o para la conversión de un pueblo, al cual se dirige.

Si entonces se halla rodeado de gente de ciencia, no la teme, así como no temió Moisés a los adivinos egipcios, ni Jesucristo el espíritu irónico de los Fariseos, y obra sus prodigios sin vacilar a su presencia, aunque se burlen de ellos y los contradigan; pero jamás rebaja el poder que ejerce hasta hacer milagros con el único objeto de obtener su aprobación o de satisfacer su curiosidad. (M. Plantier, obispo de Nimes, pastoral primera.) Por lo demás, el mismo Evangelio nos presenta milagros que se han repetido varias veces a vista de un público poco dispuesto a creer en ellos, y aún hostil a Jesucristo, y también milagros que pudieron comprobarse en la época en que se obraron y en todos los siglos posteriores, y aún en el día, por todos los sabios del mundo.

En efecto, el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto se repitió dos veces, ante distinto público y en diverso lugar, habiendo dado la experiencia en ambas un resultado indudablemente prodigioso. (V. San Math. XIV, 11; San Marc., VI, 32; San Luc., IX, 10; y San Juan, VI, 14 y 15; San Math., XIV-29-39; San Marc., VIII, 1-9).

Puede también citarse como ejemplo de milagros repetidos, verificados ante distinto público, diverso lugar y diferentes circunstancias, las resurrecciones del hijo de la viuda de Naim, de la hija del jefe de la Sinagoga y de Lázaro. La primera se verificó en un cadáver muerto, pero no sepultado; la segunda en un cadáver depositado en el féretro y sacado fuera de la ciudad; y la tercera, en un cadáver encerrado ya en el sepulcro.

La primera se realizó en una casa invadida ya por toda clase de personas; la segunda a la puerta de la ciudad, ante un gentío en que había muchas personas indiferentes a Jesucristo, y sobre todo, más enemigos que amigos suyos; la tercera ante el mismo sepulcro y delante de una muchedumbre compuesta en su mayor parte de Escribas, Herodianos, Doctores, Sacerdotes y Fariseos, todos los cuales eran enemigos de Jesús y estaban dispuestos a negar todo cuanto les fuera posible; puesto que como dice M. Renan, hasta aquella época había hecho Jesús muy pocos discípulos. Y sin embargo, todos tienen la misma convicción sobre que se ha verificado una resurrección, sin abrigar la menor duda, sin decir una sola palabra sobre que aquello fuera una ilusión o un engaño.

Como ejemplo de milagros que han podido y pueden comprobarse por siglos y generaciones enteras, pasadas, presentes y futuras, y que se prestan del modo mas completo y absoluto al examen sobre si concurrieron en ellos todas las circunstancias y condiciones que M. Renan considera necesarias para que pueda calificarse el hecho sobre que versan de milagroso, puede citarse el del eclipse de sol que se verificó, según el Evangelio, a la muerte de Jesús, cubriéndose toda la tierra de tinieblas desde la hora de sexta a la de nona (Luc., XXIII, 44-45; Math., XXVI, 45; Marc., XV, 23). Al testimonio de los escritores sagrados viene a agregarse el de los paganos mismos. Thales y Castor, aseguran que en el año 18 de Tiberio, se cubrió la tierra de una oscuridad repentina, a la hora de medio día. Philon, Plinio el Antiguo, Tácito, Suetonio, y Apolophanes, consignan también este hecho (V. el cap. XI, p. 25 de esta obra). Y la prueba oficial del mismo existía por lo menos cuatro siglos después en los archivos del imperio romano, según lo atestiguan Tertuliano y San Luciano, y hasta se halla atestiguado este hecho en los Anales de la China, según expondremos en el cap. XI citado.

He aquí, pues, un hecho que tiene todas las garantías históricas apetecibles y que se apoya en declaraciones conformes de testigos idóneos. Se creerían nuestros críticos con derecho a rechazar este acontecimiento a pretexto de no haberse invitado a una comisión nombrada por la Academia de ciencias para regular sus condiciones? Pero además de que pudieron observarlo los astrónomos de aquel tiempo, lo mismo que los demás mortales, y que hubieran debido reclamar contra el relato de

veinte veces, cuarenta veces en otras circunstancias, y multiplicándose en otras tantas naciones paganas que se han presentado alternativamente a la acción del Verbo hecho carne. [48] ¿Por qué no ven ya los hijos de los Francos, como sus padres, cortar el muérdago sagrado en las selvas druídicas, y derramar la sangre de los vencidos en la piedra de Teutates? ¿Cómo se han trasformado súbitamente los Hunos, los Godos, los Alanos, los Vándalos, torrente de barbarie, en una fuente bienhechora que ha producido nuestra civilización cristiana? Y en la hora actual, preguntad ¿quién arranca al Oceaniense sus trofeos de sangrientas cabelleras; quién enseña al antropófago de la Polinesia y del centro del África a respetar la carne y la sangre de los vencidos? ¡El Verbo hecho carne es quien ha realizado estos milagros, quien los ha renovado con visible perpetuidad, y quien los repetirá hasta la consumación de los siglos! [49]

10. ¿Qué significa, pues, vuestro incrédulo dogmatismo? Decís con sobrado desdén: «Desterramos el milagro de la historia, no en nombre de tal o cual filosofía, sino en nombre de una experiencia constante;» y se os contesta: el mundo era pagano; la voluptuosidad era una diosa, y se la adoraba sin dificultad; la venganza era un deber, y se la encontraba dulce; el deleite era la ley suprema, y se la aceptaba sin temor; todas las pasiones tenían altares, y no se [50] les rehusaba el incienso; los instintos más corrompidos del corazón eran deificados, y se sacrificaba a ellos sin resistencia. Súbitamente espárcense por este mundo embriagado de sensualismo algunos pescadores de Galilea, sin instrucción, sin elocuencia, sin crédito, sin fuerza, sin prestigio humano, y dicen: Pierda la voluptuosidad hasta su nombre entre vosotros, y baste a vuestras delicias la cruz de Jesucristo. ¡Si os hieren en la mejilla derecha, presentad la izquierda a vuestro enemigo; mortificad vuestra carne, reducidla a servidumbre; bienaventurados los pobres, los humildes, los castos, los misericordiosos; bienaventurados los que padecen; bienaventurados los que sufren persecuciones!- He aquí lo que enseñan. Y el mundo, turbado en su posesión secular, irrítase contra las voces importunas que pretenden arrancarle de sus deleites, de sus placeres, de sus fiestas sin remordimientos, de sus orgías sin fin, de sus cómodas divinidades, de sus festines, de sus impúdicos cánticos. Mátase

---

los historiadores, si lo hubiesen juzgado falso ¿hay necesidad de ellos para saber que el mundo no se halla sumergido súbitamente en tinieblas a la hora de medio día? ¿Es esto tan difícil de probar?

Lo que deberá averiguarse por los astrónomos, no es pues el hecho, el cual es incontestable, sea el que quiera su testimonio, sino únicamente la cualidad del hecho, ¿Provenían estas tinieblas de las leyes de la naturaleza o de la intervención de una causa superior? En otros términos ¿debemos ver en ellas un eclipse ordinario, o un milagro? Esto es lo que pueden decir en el día, lo mismo que en el que aparecieron. Si de sus cálculos astronómicos resulta que en el día de la muerte de Jesucristo, es decir, en la Pascua de los Judíos, y por consiguiente, en la época de plenilunio, debió verificarse en toda la tierra un eclipse de tres horas, convendremos en que esto fue sólo un hecho natural, sin relación alguna con lo que ocurría en el Calvario; mas si por la inversa, resulta de aquellos mismos cálculos, que este eclipse era imposible según las leyes naturales (y sabido es que no puede verificarse un eclipse de sol sino el día de conjunción de la luna nueva, y que el eclipse total más prolongado sólo dura cinco minutos), deduciremos sin temor la consecuencia, de que estas tinieblas fueron un acontecimiento milagroso, y un testimonio patente de la inocencia y de la divinidad del que expiró como rey de los Judíos en un infame madero y entre dos ladrones. (V. el folleto del abate Crellier, titulado: M. Renan batallando contra lo sobrenatural y el milagro. Véase también las preciosas observaciones que hace M. Darras al exponer cada uno de los hechos milagrosos de Jesucristo en su lugar correspondiente).(N. del T.)

sin piedad, se asesina, se quema, se degüella, se crucifica a los predicadores. Reyes, pueblos, cortesanos, filósofos, todo lo que tiene una espada, un cetro, una pluma, un poder cualquiera, inventa nuevos suplicios para los nuevos enemigos del género humano. Esto dura desde hace diez y ocho siglos, con intermitencias, seguidas de un frenesí aún más sangriento, y no obstante, el Verbo hecho carne es el Dios del mundo. ¿Dónde está la escuela de Sócrates? ¿Dónde están los discípulos de Platón? ¿Dónde la religión de Aristóteles? ¿Quién se ocupa de ello? ¿Cuántos millares de hombres, no digo en el mundo entero, sino en Francia o en Inglaterra, los dos centros más considerables de la civilización moderna, morirán sin haber sabido el nombre de estos sabios? Y no obstante, interrogad al último niño de nuestras aldeas más humildes que haya recibido el bautismo de Jesús, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y veréis que sabe más sobre nuestros destinos inmortales que Platón, Sócrates y Aristóteles.

11. ¡Hábito, contestáis, religión de Estado, corriente secular [51] que ha sustituido a la corriente pagana y que se agota con su propia victoria! ¡Hállase aún en pie el nombre de Cristo, pero su obra está derribada; ya no vivifica la savia fecunda su enseñanza; perece el cristianismo!- Así habláis, y acabáis de negar solemnemente la divinidad de Jesucristo, y habéis desleído vuestra negación en todos los sofismas de la incredulidad antigua y moderna. Antes de vosotros profirió Arrio esa fórmula que había caído ya de los labios impotentes de Cerinto, de Ebión, de los Gnósticos, y de Juliano el Apóstata. Reprodújola también a su vez Nestorio; renovóla Socino y la legó a Voltaire. Bajo la pluma de este último, tuvo la blasfemia la rara fortuna de dar la vuelta al mundo, con una revolución armada por apóstol y por soldado. No es, pues, nuevo oír, durante diez y ocho siglos, negar la divinidad de Jesucristo. Parece que debiera haberse familiarizado la muchedumbre con semejante palabra. Y no obstante, la vuestra, la de la última hora, precedida por tantos antecesores, ha provocado en las almas el mismo doloroso pasmo que si se hubiese pronunciado por la vez primera. Por todas partes estalla un grito de reprobación; sale Dios de la tumba; arroja la piedra trabajosamente arrastrada sobre el sepulcro, y el sello aplicado por vuestra filología no tiene más fuerza que el de los fariseos y de los sacerdotes judíos. Alemania, Inglaterra, Francia, España, Italia, toda la Europa civilizada protestan que Jesucristo es Dios. Más aún, alguno de vuestros lectores, distraído hasta aquí por las preocupaciones de la vida exterior, no habiendo tenido jamás ocasión de estudiar esta gran cuestión de la divinidad de Jesucristo, no habiendo leído tal vez jamás, del verdadero Evangelio, sino los mutilados y desfigurados fragmentos que encuentra en el vuestro, cierra el libro y exclama: ¡Un hombre no hubiera podido convertir al mundo! ¡Jesucristo es Dios!- Y esta alma que estaba muerta a la fe cristiana en el día anterior, resucita a la vida verdadera, a la vida inmortal y siempre triunfante de Jesucristo. ¡Ah, ojalá encuentre esta alma, que habréis salvado sin quererlo, sin saberlo, a despecho de toda vuestra ciencia y de toda vuestra voluntad, en los misericordiosos tesoros de Jesús, una luz y una gracia que triunfen un día de vosotros mismos! No fueron los soldados que le crucificaron los primeros que dijeron: «¡Verdaderamente era este hombre el Hijo de Dios!» ¡Cuántos han comenzado desde entonces por la incredulidad para concluir con la [52] fe! En la hora presente, está lleno el mundo de esos resucitados de Jesucristo, que adoran de rodillas lo que quemaban ayer. El Cristo ultrajado y escarnecido permanece siempre en la cruz; pero ha convertido en ella sin cesar a sus verdugos. En vano se esfuerzan en custodiar su sepulcro; abre los ojos de los

centinelas dormidos; derriba a los Saúles en el camino de Damasco; y mañana los que hoy le persiguen serán apóstoles suyos. No es esto vanas apreciaciones, antítesis teológicas, sistemas preconcebidos. Hijos del siglo XIX, ¿es acaso el siglo XVIII quien nos enseñó a confesar la divinidad de Jesucristo? ¿De quién proceden, pues, los nuevos adoradores de Jesús que llenan nuestro mundo actual? «No nacieron ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de los hombres: son de Dios.»

12. Esto consiste en que el poder del Evangelio no es solo una fuerza expansiva que obra sobre la muchedumbre reunida o sobre las sociedades en general; que necesite para manifestarse y brillar, del entusiasmo y de la conmoción eléctrica de las turbas. Hay opiniones, ejemplos e impresiones espontáneas, arrebatadoras, que se producen en las asambleas humanas y que subyugan como por sorpresa. Pero he aquí el milagro de todos los días, de todos los instantes, de todos los siglos y de todos los países en la historia del Evangelio. Una conciencia humana, indiferente u hostil hasta entonces a la luz de Cristo, ha permanecido ignorando o maldiciendo, veinte, treinta, cuarenta años, por una vida entera. La sombra de Jesucristo al pasar por el camino, irritaba o importunaba esta conciencia. Un día, sola, en frente de la fe cristiana, lejos de toda mirada, en el silencio y la soledad del pensamiento, quiere esta alma darse cuenta de sus desprecios, de su odio o de sus terrores. No está allí el mundo para influir en la decisión. Replegada sobre sí misma, en el trabajo desconocido de sus propias meditaciones, interroga al Evangelio, cuya majestad le pasma. Esta palabra viva, de filo más acerado que la de la espada, hiere en el corazón todas las pasiones secretas, todos los malos instintos por tan largo tiempo acariciados. Es preciso cortar de raíz el árbol del orgullo que ha extendido sus ramas en todas direcciones; a la sombra de esta poderosa vegetación habían crecido pacíficamente la avaricia, los celos, la ambición, el odio, la venganza; y es preciso cortarlas. Más profundamente todavía y entrañando en las raíces mismas del [53] ser, hay un misterioso asilo donde se ha atrincherado la corrupción, con sus íntimos e ignominiosos placeres. Para resguardar este foco, para alimentar sus fuegos impuros, para ocultar su llama a las miradas indiscretas, se ha agotado en disimularlo la inteligencia y ha gastado el amor todo su fuego. Han encanecido los cabellos en este trabajo, cuyo solo pensamiento hace ruborizar los semblantes. Es preciso arrasar este edificio de las pasiones, y arrojar al viento sus restos. Y más aún es preciso poner al descubierto, cuán anchas y profundas son, sus horribles llagas, e ir a decir a un hombre: ¡Mira, he aquí lo que soy, lo que he sido, todo el mundo lo ignora. Se me cree justo, se me cree grande, se me cree desinteresado, se me cree casto. Y no obstante, soy el vicio, la corrupción, el crimen!- Es preciso: pero cuando se haya aniquilado en el alma todo lo pasado, cuando se haya realizado el vacío en la conciencia, ¿qué le quedará a este infeliz? Todos sus corrompidos afectos, todo cuanto amó, adoró, sirvió, todo esto habrá desaparecido; y destrozado el corazón, sangriento, volverá a caer en la muerte. ¡Ya se le ve arrastrando en la soledad sus heridas mortales; vagando por la vida como un espectro, sin pasado, sin porvenir, sepulcro viviente, exhausto de felicidad y de esperanza! Ya retrocede horrorizado, cuando se oye una voz, llena de amor y de dulzura. Es Jesús en el pozo de Jacob, abriendo a la hija de Samaria las fuentes de aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna. «Señor, Señor, saciadme con las puras aguas que extinguen toda sed.» Ya no quiero beber nunca

de esas aguas envenenadas de la mentira, del error, de las pasiones [105]. Se levanta. Es el hijo pródigo que va a arrojarse en los brazos de su padre; es Lázaro tendido en las fétidas emanaciones del sepulcro. ¡Ha resucitado este muerto, este desesperado, este hijo perdido! He aquí el milagro permanente del Evangelio. Mil veces habéis visto un confesonario, un penitente, un sacerdote, y mil veces habéis visto sin pensarlo una resurrección.

13. ¿Vese, pues, por todas partes, el milagro del Verbo hecho carne, tan vivo en el día como lo fue en el pesebre, en el templo de Jerusalén, en el cenáculo, en el pretorio de Pilatos, en el tribunal de Caifás, en la cruz del Gólgota, en el sepulcro de José de Arimatea, en la gruta de la resurrección, y sobre la montaña de la [54] Ascensión gloriosa? Al lado de los reyes del Oriente que le adoran, están los Herodes que buscan al niño para matarle; al lado de los doctores que admiran la sabiduría de sus contestaciones, están los falsos sabios que tratan de sorprenderle en flagrante delito de ignorancia, de contradicción y de error; al lado de sus discípulos fieles, están los Judas que le venden con un beso; al lado del procónsul que se lava las manos con indiferencia, están las almas santas que interceden por el Justo; al lado de la muchedumbre extraviada que vierte la sangre inocente, está la muchedumbre fiel, que recoge cada una de sus gotas para encontrar en ellas la vida: al lado de los judíos que sellan el sepulcro, están las piadosas mujeres que ven pasar el Ángel de la resurrección; al lado de los Galileos que aguardan aún a Jesús Nazareno que ha desaparecido de su vista, están siempre los santos que van a buscarle al cielo. ¿Pues qué, está vivo Jesús? ¿No ha muerto su historia como la de Alejandro o la de César, con el tiempo que la vio brillar? No, cada día se encarna Jesucristo en un establo y nace en un alma hasta entonces manchada; cada día dice su voz a un muerto: ¡*Lazare, veni foras*! y sale Lázaro del sepulcro; cada día repite a algún nuevo apóstata: «¿Amigo mío, qué has venido a hacer aquí?» y todavía el Hijo del Hombre se deja vender con un beso. Cada día confiesa a una Samaritana; abre los ojos a un ciego de nacimiento; resucita al hijo de la viuda de Nain; cada día muere en el Calvario y cada día convierte a un ladrón. Que se prenda, que se ate, que se crucifique a este muerto inmortal, claman de continuo las turbas amotinadas, ¡no le queremos ya! que nos den a Barrabás; que nos desembaracen de este Dios que turba nuestro sueño e insulta a César.- Se le azota, se le corona de espinas; se le pone una caña en la mano a guisa de cetro; se le abofetea el semblante, se le pregunta: ¿Qué es la verdad? Y calla, y sufre las injurias, los ultrajes, las ignominias. Entrégasele a las burlas, a los sarcasmos, a las blasfemias; muéstrasele al pueblo diciendo: ¡He aquí al hombre! Se le arrastra al suplicio; vense deslizarse algunas lágrimas durante su camino, y él contesta siempre con mansedumbre: No lloréis por mí, sino por vosotros y por vuestros hijos. Clávasele en el leño infame, traspásasele el corazón, introdúcesele en el sepulcro; pero resucita siempre, y sus verdugos son los primeros en repetir la palabra de los soldados romanos: ¡Verdaderamente era este el Hijo de [55] Dios! Mil ochocientos años hace que es así, y durante mil ochocientos años se renueva este drama sin interrupción. Siempre los mismos actores con nuevos nombres; siempre el mismo odio contra la misma víctima, y siempre la misma resurrección. Si no veis en esto un milagro, una serie de milagros, el milagro permanente, ¿qué es lo que veis en la historia?

---

[105] Da mihi hanc aquam, ut non sitiam, neque veniam huc haurire (Joan. cap. IV, 15).

14. No conocemos prueba más palpable de la inspiración de los Evangelios, que esta prolongación de vida del relato evangélico al través de las edades. Semejante demostración se halla por su misma naturaleza al alcance de todas las inteligencias, y no exige ni estudios laboriosos ni investigaciones científicas. Pruébase la aparición del Verbo encarnado por la perpetuidad de la Encarnación del Verbo en las almas. Los milagros de Jesucristo en Judea son los mismos que renueva actualmente en todos los puntos del globo y que no cesará de verificar por tan largo tiempo como subsista el mundo. Bastárale a la historia del porvenir el simple texto del Evangelio, como le ha bastado a un pasado de veinte siglos ¿Conocéis muchos libros que tengan este prodigioso poder? Los más grandes genios de Grecia y de Roma nos han dejado obras que se proclama inmortales, y ¿quién las ha leído, sino es algunos eruditos? Y sobre todo, ¿quién las practica? ¿qué alma les ha debido su resurrección espiritual? ¿qué conciencia humana han reanimado? De vez en cuando un elogio oficial que cae de las altas regiones de la ciencia, recuerda a las generaciones que escribió Platón, que habló Cicerón, que filosofó Séneca. Doctrinas, discusiones, filosofía, todo murió con estos muertos ilustres; consiéntese a veces en admirar de paso esta elocuencia extinguida, la belleza de las líneas, la pureza de la forma, a la manera que se detiene el viajero a saludar una ruina arqueológica. Pero el Evangelio está vivo, y es siempre el pan cuotidiano de la muchedumbre, el alimento espiritual de las almas. Este libro se lee en todas las lenguas, bajo todos los cielos, a todas horas; podría decirse que se ha hecho en ese sentido que el Verbo divino, cuya manifestación es, para trasportar cada día su vida a las almas. Así el Evangelio es realmente un hecho que se reproduce siempre, siempre fecundo, siempre inagotable, al mismo tiempo que es una doctrina permanente, inmutable, siempre antigua, siempre nueva. ¡Enséñesenos un libro escrito por mano de hombres y que ejerza tal imperio! [56]

§ II. El Evangelio del Racionalismo

15. Fuerza nos es entrar aquí, no sin una dolorosa emoción y una piedad profunda en el orden completo de argumentación que nos impone un esfuerzo reciente de la exégesis racionalista. Se han distribuido tan moderada y tan delicadamente, por un temperamento divino, todas las luces del Verbo encarnado, todas las maravillas del Evangelio, en su radiación por el mundo, que solicitan la fe sin violentarla. El respeto con que trató Dios, en su primera revelación, el libre albedrío del hombre, se encuentra más admirablemente aún, en la manifestación cristiana. El Verbo se hizo carne, y pudo ser desconocido del hombre: este es a nuestro juicio, un nuevo e incontestable milagro, en tal serie de prodigios. Porque, en fin, si gravita necesariamente el sistema planetario alrededor de nuestro sol ¿se comprende que el sol de las inteligencias, el Verbo de Dios, haya podido descender a las profundidades de nuestras tinieblas humanas, sin que fuera absorbida toda

oscuridad por su inmenso brillo? Y no obstante, si fuera así, si no fuese libre la adhesión, si no quedase la inteligencia dueña de aceptar o de rechazar la luz, hubiera sido subyugado el hombre por una ley fatal, y habrían desaparecido la responsabilidad y el mérito de sus actos. He aquí por qué, en el plan divino de la Encarnación, se eclipsa el esplendor del Verbo, como temeroso de verificar una invasión excesiva. He aquí por qué subsiste siempre el milagro permanente del Evangelio, ante una negación perpetua. Jesucristo podía nacer y continuar viviendo entre los hombres, en tales condiciones y bajo tal forma, que estando el Dios presente en todas partes y siendo reconocido por do quiera, hubiese aplanado la conciencia humana bajo el rayo de su gloria. La vista clara reemplazaría a la fe; la actividad de las inteligencias se extinguiría en una contemplación inerte; no tendría ya nada que conquistar el hombre; él sería el conquistado, pero al mismo tiempo, sería anulado. Figurémonos, en esta hipótesis, a un escritor meditando enseñar al mundo que Jesucristo no es Dios. Antes aún de que se hubiera formulado claramente la negación en la mente del autor, habría anonadado al audaz la visión divina, con su formidable aparato, y herido con el rayo la rebelión en su nacimiento. Pero el Dios que quiso nacer en un establo y morir en [57] una cruz, velando su majestad con las mantillas de la infancia y la ignominia del suplicio, no cesó y no cesará, hasta la consumación de los siglos, de ser un signo de contradicción, levantado para la ruina o la resurrección voluntaria de la muchedumbre. Si nace cada día en las almas santas, muere cada día bajo la mano de los verdugos, repitiendo su divina oración: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!» ¿Tendremos, pues, valor para oír las escépticas negaciones que vienen a levantarse contra el Dios del Calvario? Es sensible, sin duda alguna, encontrar a cada página de la narración evangélica, señales de estas manchas modernas, y no obstante, en la situación en que nos hallamos, no hay en esto nada nuevo. Tomando San Pedro la palabra al salir del cenáculo, dijo a las turbas: «¡Hombres de Israel, ha resucitado el Jesús a quien disteis muerte por mano de los impíos, y es vuestro Dios!» Nuestro lenguaje será algo análogo a estas palabras: ¡Hombres del siglo XIX, diremos, el Jesús cuya divinidad creéis haber aniquilado, está vivo, es vuestro Dios! Para probarlo, no necesitaremos otros testigos que vosotros mismos. Vamos juntos a visitar el sepulcro donde le habéis enterrado. Abramos el Evangelio de los racionalistas.

16. «Jesús, dicen ellos, nació en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, que no tuvo anteriormente celebridad alguna. Ignórase el origen de su familia. Solo se sabe que su padre Josef y su madre María, eran gentes de mediana condición, que vivían con su trabajo, en ese estado tan común en Oriente, que no revela desahogo ni miseria. Era el hijo mayor de una familia numerosa, pero fue siempre detestado por sus hermanos y hermanas, y él les correspondió lo mismo. Aprendió a leer y a escribir, pero no supo nunca el hebreo, ni el griego, ni el latín. Nacido en el seno del judaísmo, desconoció las diversas escuelas judías. No tuvo idea ninguna del poder romano, ni del estado general del mundo, y sólo llegó a sus oídos el nombre de César. Juzgaba las cortes de los reyes como lugares donde van bien vestidas las gentes. Era un joven aldeano que veía el mundo al través del prisma de su candidez. Pero estaba en rebelión abierta contra la autoridad paterna; era duro con su madre y con su familia, y hollaba con los pies todo lo que es propio del hombre, la sangre, el amor, la patria. Era carpintero como su padre; creía en el diablo; pero a los treinta años, no sabía aún el secreto de su destino. No obstante, exhalábase de

su persona un encanto [58] infinito, y tenía sin duda una de esas arrebatadoras figuras que aparecen algunas veces en la raza judía. Una especie de *yogui* de la India, bastante parecido a los *gurus* del Bramismo, un cierto Iohanan o Juan, vestido de pieles o telas de pelo de camello, manteniéndose con langostas y con miel silvestre en el desierto, en compañía de los chacales, se puso a bautizar en las riberas del Jordán, a donde acudía la multitud, creyéndose trasladada a las orillas del Ganges. Jesús llegó también, y fue bautizado. El asceta y él compitieron en público en deferencias y consideraciones recíprocas. Aquello fue para Jesús un rayo de luz, bautizó también, siendo su bautismo muy solicitado. Sin embargo, esta influencia fue para Jesús más molesta que útil, pues le arrastraba a una desviación sensible, que fue por fortuna de corta duración. Juan fue arrestado de orden del Tetrarca Antipas, y Jesús se retiró cuarenta días al desierto, sin más compañía que la de las fieras.»

17. «De allí salió convertido en un fogoso revolucionario y anarquista, tal como podía serlo un hombre que no tenía idea alguna del gobierno civil, que anunciaba a sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento que esto causa rubor, intentando realizar en la tierra un ideal quimérico, un reino fantástico de Dios, que era en realidad el advenimiento de los pobres, el aniquilamiento de la riqueza y del poder. Jesús recorrió la Galilea con una docena de pescadores y algunas mujeres, que se disputaban el placer de oírle y de cuidarle alternativamente; entre otras, María Magdalena, mujer muy exaltada, afectada de enfermedades nerviosas, organización agitada que calmó Jesús con su dulce y pura belleza, y que gustaba de ella a causa de su humildad. Admirábasele; mimábasele; comprendíase que hablaba bien, y que eran convincentes sus razones. Aquellos buenos Galileos no habían oído jamás un lenguaje tan adaptado a su risueña imaginación. No esquivaba el regocijo y asistía de buena voluntad a los festejos nupciales. Así es que hizo uno de sus milagros para amenizar una boda de aldea. Recreábale el balancear de las lámparas que pasean los paraninfos por la noche en Oriente, y que producían un efecto sumamente agradable. Expresábase sin cesar su dulce alegría por medio de reflexiones vivas y de amables chistes. Tenía particularmente ingenio para usar con gracia juegos de palabras. Adorábanle las mujeres y los niños, tributándole pequeñas ovaciones, con las que se complacía en extremo, [59] y títulos que no se hubiera atrevido a darse él mismo. Era su vida una fiesta perpétua, un escándalo para los austeros discípulos de Juan, un ultraje sangriento para los hombres que hacían profesión de gravedad y de una moral rígida. Afectaba rodearse de gentes de vida equívoca y de poca consideración, arriesgándose a encontrarse con mala sociedad en casas de mala fama. No se cuidaba de ayunos, contentándose con rezar, o más bien, meditar en las montañas. Nadie ha hecho menos vida sacerdotal que la que hizo Jesús, sin práctica alguna religiosa, al paso que mostraba un profundo horror a los devotos. Como principio social, profesaba el comunismo con sus accesorios; el odio hacia el rico que se regala, mientras otros sufren privaciones a su puerta, y la destrucción de la propiedad. La primer condición para ser discípulo de Jesús, era vender su fortuna y dar su precio a los pobres, es decir, a la comunidad, de que era Jesús jefe. No tardaron en conocerse los inconvenientes de este régimen; pues siendo preciso un tesorero, se eligió a Judas Iscariote, el cual fue acusado, con razón o sin ella, de robar la caja. Este por menor insignificante no estorbó por entonces el buen éxito de Jesús. Mortificaban al joven demócrata especialmente los honores que se tributaban a la persona de los

soberanos, lo que no impedía que se viese tentado a serlo, pero salvole de este error su buen natural. Por lo demás, su doctrina no tenía nada precisamente nuevo. Sin teología alguna, sin símbolo, sin ningún rastro de moral aplicada, ni de derecho canónico, por poco definido que fuera. Sus perpetuas afirmaciones de sí mismo eran algún tanto cansadas y fastidiosas. Rebuscaba las palabras ambiguas o los equívocos y los prolongaba de propósito. Sin embargo, se citan de él dos palabras notables: «Dad al César lo que es del César» dicho profundo, de un espiritualismo y de una exactitud maravillosa, que estableció la separación de lo espiritual y de lo temporal, y puso las bases del verdadero liberalismo y de la civilización verdadera. Sin embargo, no debe disimularse que tenía peligros semejante doctrina. Establecer por principio que la señal para reconocer el poder legítimo, es la moneda; proclamar que el hombre perfecto paga el impuesto por desdén y sin reflexión, es favorecer toda clase de tiranías. El cristianismo ha contribuido mucho en este sentido, a debilitar el sentimiento del ciudadano y a entregar el mundo al poder absoluto de los hechos consumados. La otra palabra notable de Jesús es esta: «Ha llegado [60] la hora en que los verdaderos creyentes adoraran al Padre en espíritu y en verdad.» El día en que pronunció esta palabra, fue verdaderamente hijo de Dios; dijo por la vez primera la palabra en que descansara el edificio de la religión eterna. El hombre no ha podido sostenerse en ella porque sólo se llega a lo ideal un momento. Además de estas dos palabras sublimes, enriqueció Jesús la literatura judaica con un género delicioso, hasta entonces sin precedente; la parábola, en que sobresalía y que él creó. No obstante, existía este género en Israel, desde el tiempo de los Jueces, y por otra parte, se halla en los libros búdicos parábolas exactamente del mismo tono y de la misma forma que las parábolas evangélicas. No se cansaba la multitud de oír a Jesús, siguiéndole hasta al desierto, donde, gracias a una frugalidad extrema, la santa comitiva podía vivir; creyose naturalmente ver en ello un milagro; pero Jesús no los hizo nunca. Sin embargo, creía en los milagros, porque no tenía la menor idea de un orden natural, regulado por leyes. También era un exorcista experimentado en todos los secretos del arte, algún tanto hechicero, un poco magnetizador, algo *spirita* [106]. Por lo demás, se le impuso su reputación de taumaturgo, a lo que no se resistió mucho, si bien no hizo nada para coadyuvar a ella; pero experimentaba la vanidad de la opinión sobre este particular. En la vida de Jesús ocupan un gran lugar los actos de ilusión y de locura.»

18. «Después de sus excursiones idílicas por Galilea, donde se servía de una mula, cabalgadura en Oriente, tan segura y tan buena, cuyos grandes ojos negros, sombreados por largas cejas, tienen suma dulzura, se fue a Jerusalén el joven demócrata. Allí perdió su alegría, su reposo y todos sus triunfos precedentes. Provinciano, admirado de sus conciudadanos, fue mal acogido de la aristocracia de la capital. Desde entonces se lanzó en una política exaltada, y fundó la escuela del desdén trascendental. Abolirase la ley de Moisés, y él es quien la abolirá. Vendrá el Mesías, y él es el Mesías. Lo que hubiera sido en otros un orgullo insoportable, no debe considerarse en él como un atentado. Llámase en voz alta el Hijo de Dios; pero esto es un equívoco, que además, le costará la vida. En su poética concepción de la naturaleza, penetra un solo soplo el universo. El soplo del hombre es el de Dios: Dios habita en el hombre [61] y vive por el hombre, así como el hombre habita

---

[106] Nombre que se da en inglés a los magnetizadores que pretenden comunicar con los espíritus de los muertos.-(N. del T.)

en Dios y vive por Dios. Así, pues, Jesús era panteísta, pero sin saberlo; porque aquí no hay que pedir lógica ni consecuencia. Jamás tuvo Jesús noción clara de su personalidad. La necesidad que tenía de crédito y el entusiasmo de sus discípulos acumulaban las nociones más contradictorias. Obrase sobre la humanidad por medio de ficciones. Por ejemplo: cuando murió Jesús, la forma, bajo la cual se apareció a la piadosa memoria de sus discípulos, fue la de un banquete místico, en el que tenía él mismo el pan, lo bendecía, lo partía, y lo presentaba a los convidados. Es probable que fuera este un hábito de su vida, y que en aquel momento estuviese particularmente amable y enternecido. Las comidas habían llegado a ser para la comunidad naciente, para la regocijada y vagabunda comitiva, uno de los momentos más agradables. Pues bien, Jesús era muy idealista en sus concepciones, al paso que muy materialista en la expresión. Queriendo expresar el pensamiento de que el creyente vive solo de él, decía a sus discípulos: «Yo soy vuestro alimento,» frase que expresada en estilo figurado, venía a decir: «Mi carne es vuestra carne, mi sangre es vuestra bebida.» Jamás sospecharon los discípulos esta sutileza. Después de haber vivido con él por años consecutivos, le vieron siempre teniendo el pan, después el cáliz en sus santas y venerables manos, y ofreciéndose él mismo a ellos. Así es que a él fue a quien comieron y bebieron. Jesús no será responsable de ello, pero lo cierto es, que en el último período de su vida, traspasó toda clase de límites [107].» [62]

---

[107] Aunque el autor trata de la institución de la Eucaristía en el s. IV, del cap. X de esta obra, como allí no se hace cargo de las palabras de M. Renan, que se insertan en este párrafo, hemos creído conveniente insertar, por vía de nota, la magnífica refutación que de ellas hace el sabio obispo de Nimes, M. Plantier, en su segunda instrucción pastoral publicada con motivo de la obra de M. Renan, s. XVI. Como esta es la institución más augusta de Jesucristo, según la doctrina de la Iglesia, dice M. Plantier, como al tocar a ella, M. Renan toca al misterio más consolador para los cristianos, parece que para explicarlo, debía recurrir a interpretaciones más formales que nunca, a fin de que no pareciese que añadía a lo indigno de la blasfemia, una ligereza indecorosa. Pero no; tampoco ha conseguido ser ingenioso. Expongamos ante todo el capítulo sexto de San Juan, que puede llamarse con suma exactitud el capítulo de la promesa. Jesús prepara manifiestamente por medio del discurso que trae allí el Evangelista, la grande institución que debe realizar más adelante. Anuncia en términos expresos, que dará su carne en alimento y su sangre en bebida, que unidas una y otra, formarán un pan bajado del cielo, y que este pan será ÉL mismo; que este pan, superior al maná, comunicará a los que lo coman un principio de resurrección y de inmortalidad, mientras que el maná no impidió que murieran en el desierto los que comieron de él; que finalmente, los que coman su carne y beban su sangre permanecerán en ÉL, y que ÉL permanecerá en ellos (San Juan, VI, 31-60). Los judíos se escandalizan de este lenguaje. Los mismos discípulos de Jesús quedan, al oír esto, tan espantados, que algunos dejan de seguirle desde aquel instante. Pero cuanto mayor es la admiración y el abandono, más insiste Jesús en el sentido y en la afirmación contra que se revelan, para que se entienda bien que deben tomarse sus palabras en todo el rigor de la letra. Sin embargo, M. Renan juzga este modo de explicarse extraño.

Divino era la calificación que debía haber empleado, porque sólo un Dios podía permitirse esta admirable audacia. Pero aun siendo extraño, puesto que lo quiere vuestra impiedad, prueba con su extrañeza misma, que hablaba Jesús naturalmente y sin metáfora, y que llegaría un día en que, por una institución milagrosa, daría verdaderamente su carne y su sangre en alimento a sus Apóstoles, y por medio de ellos, a los cristianos de todos los siglos.

El compromiso está contraído. ¿Cómo va a salir de él Jesús? ¡Escúchese a M. Renan! «Las comidas eran en aquella asociación naciente, uno de los momentos más agradables. Todos se hallaban juntos en estos instantes; el Maestro hablaba a cada cual, y mantenía una conversación llena de regocijo y de encanto (Vida de Jesús, pág 303).» ¿En qué historia habéis adquirido estos pormenores? ¿Y cómo puede estar en esto conforme M. Renan con M. Havet, que pretende, que no

tenemos sobre la vida de Jesús ninguna de esas breves escenas de interioridad? Pregúntase asimismo ¿cómo puede conciliarse esta gracia tisada por Jesús, aún al fin de su vida, en los banquetes fraternales, con ese carácter sombrío, exaltado, revolucionario que supone M. Renan haber dominado entonces, por no decir desfigurado al Cristo? ¡Pero basta de preguntas!- Jesús gustaba de estos instantes y se complacía en ver a su familia espiritual agrupada de esta suerte en torno suyo (Ib ibid.)» M. Renan desnaturaliza el pensamiento y la narración de San Lucas, a quien alude. En vez de hablar San Lucas en general, se ocupa de un banquete particular; festín en que hacía largo tiempo pensaba Jesús, y que deseaba con un ardor especial; festín en el que, según el modo solemne con que le hace preparar el Maestro, y con que cuenta sus preludios el mismo Evangelista, demuestra que va a pasar alguna cosa extraordinaria. «Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión; porque os aseguro que ya no la comeré más con vosotros hasta que se cumpla en el reino de Dios (Luc. XXII, 15-16).» He aquí con qué majestuosas palabras abre Jesús la conversación en estas agapas supremas. Jamás tomó las cosas de tan alto ni con un tono más augusto; y M. Renan trata de engañarnos o se engaña cuando sostiene que Jesús no hace aquí más que seguir el curso de sus anteriores hábitos.

«La participación del mismo pan se consideraba como una especie de comunión, de lazo recíproco. El Maestro se valía, sobre este punto, de términos enérgicos, hasta la extrañeza, los cuales se tomaron más adelante desenfrenadamente al pie de la letra. (Vida de Jesús, pág. 303).» Lo esencial es saber si quiso el Maestro que se tomaran estos términos a la letra. Por nuestra parte creemos que sí. ¿Cómo probáis por la vuestra que no? Ni siquiera intentáis hacerlo. -Jesús es a la vez muy idealista en las concepciones y muy materialista en la expresión (Id. pág. 303-304).» Ni uno ni otro: estos dos términos son tan falsos como inconvenientes. Pero tomándolos por lo que valen, debe decirse que a veces quiere Jesús que no se entienda su lenguaje a la letra. En multitud de ocasiones se sirve de imágenes y parábolas; y en estas circunstancias tiene tal intención de que no se interprete lo que dice en un sentido material, que él mismo separa la doctrina espiritual oculta bajo el velo de la alegoría. Pero otras veces, por el contrario, deja a las palabras que emplea su significado natural, y por decirlo así, etimológico. Para apreciar bien su pensamiento, hay que traducir con todo el rigor gramatical el texto que lo expresa, y en este último caso se halla precisamente el texto sobre la Eucaristía.

«Queriendo manifestar el pensamiento de que el creyente sólo vive de él, que él era todo entero (cuerpo, sangre y alma) la vida del verdadero fiel, decía a sus discípulos: «Yo soy vuestro alimento; frase que, traducida en sentido figurado, se convertía en: Mi carne es vuestro pan, mi sangre es vuestra bebida (Vida de Jesús, pág. 304).» Aquí hay tres errores: M. Renan hace de estas grandes fórmulas eucarísticas locuciones indiferentes que tuviera a cada paso Jesús en los labios, y que no hubieran tenido en la última cena un significado más profundo que en las demás circunstancias de su vida. Nada es más falso. Estas augustas palabras fueron reservadas para dos ocasiones solemnes entre todas las demás; la de la promesa, que sublevó en Cafarnaum, y la de la institución de la Eucaristía, que consoló a los Apóstoles.

Otro error. Jesús, según M. Renan, sólo se preocupó de un pensamiento, el de presentarse como siendo en todo su ser la vida del verdadero fiel. La intención de Jesús tenía más trascendencia; pues dio claramente a entender, que quería establecer un medio extraordinario, un instrumento particularmente eficaz para desarrollar en sus discípulos el germen de la vida, cuya plenitud y fuente llevaba en sí mismo. «En verdad, os digo, sino coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.- El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna; y yo le resucitaré en el último día (San Juan, VI, 54-55).» No era posible expresarse con claridad más decisiva; vese mil veces aquí, que el objeto de Jesús era crear un pan nuevo, un pan celestial, cuya sustancia pudiera dar la vida a los que se alimentaban con él, y que este pan sería la reunión en un mismo alimento de su propia carne y de su propia sangre.

Último error. Por un pérfido paréntesis, trata de insinuar M. Renan, que al presentarse Jesús como la vida del verdadero fiel, no ve y no supone en su ser más que cuerpo, sangre y alma. Más Jesús coloca en sí otra cosa, y es su divinidad. Sí, su divinidad, cuando dice repetidas veces, que será el pan bajado del cielo. Sí, su divinidad, cuando afirma que es el principio necesario de la vida, y que quien no coma su carne y no beba su sangre, no tendrá la vida en sí. Su divinidad, cuando asegura que pueden dar y darán su cuerpo y su sangre la vida eterna; esta es una prerrogativa que evidentemente no puede pertenecer más que a un Dios. Sí, su divinidad, porque predice que

resucitará él mismo en el último día a todos los que se hayan alimentado con su carne y con su sangre. Sólo un Dios puede hacer salir al hombre de la nada; sólo un Dios puede hacerle renacer de la muerte y de la tumba. «Además, los hábitos de lenguaje de Jesús, siempre sumamente sustanciales, le hacían ir mas lejos aún. Así, en la mesa, mostrando el alimento, decía: «Heme aquí;» y tomando el pan en la mano: «Este es mi cuerpo;» y tomando el vino: «Esta es mi sangre;» modos todos de hablar que eran el equivalente de: «Yo soy vuestro alimento (Vida de Jesús, pág. 304).»- No hay duda que esto equivale a decir: «Yo soy vuestro alimento.» Pero cuando mostrando el pan Jesús en la última cena, dijo: «Esto es mi cuerpo;» cuando teniendo el cáliz y el vino, añadió: «Esto es mi sangre, ¿hablaba en sentido natural o en sentido figurado? Esta es la verdadera cuestión; y por nuestra parte, decimos con los Evangelistas y los diez y ocho siglos cristianos, que se expresó Jesús sin metáfora, y que deben tomarse al pie de la letra sus adorables palabras. Para convencernos de que no se trata de eludir el texto, forma Jesús estudio en cierto modo en encerrarnos en el sentido literal. Cuando después de haber bendecido y roto el pan lo presenta a los suyos, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que va a ser entregado por vosotros (San Lucas, XXII, l9)», el cuerpo que ofrece bajo las apariencias de pan, es el mismo que debe ser entregado por la salvación del mundo, y según la expresión recordada por San Pablo, que debe ser dividido (I Cor. XI, 24): Hoc est corpus meum quod pro vobis datur. Hay identidad, no en lo exterior, sino en la sustancia ¡Pues bien! el cuerpo que debió ser entregado y dividido, era verdaderamente un cuerpo real y efectivo; era el verdadero cuerpo de Jesús; aquel con que afectaba los ojos de los Apóstoles en el momento mismo en que les hablaba en el banquete pascual. Y puesto que este cuerpo, cuya vista les contempla y cuya voz les habla, no forma más que uno solo con el que dice contenerse en las especies de pan que les ofrece y con que les invita a alimentarse, es manifiesto que aquí significa exactamente su lenguaje lo que expresa. Lo mismo es respecto del vino que se contiene en el cáliz (San Lucas, XXII, 20). Esto es mi cuerpo, dice Bossuet, esto es, pues, su cuerpo. Esto es mi sangre; esto es, pues, su sangre (Bossuet; Meditaciones sobre el Evangelio XXIII, día, hacia el fin). ¿Por qué no interpretar con sencillez lo que es tan sencillo? ¿Por qué oponer tantas miserables sutilezas a palabras cuyo significado natural se presenta con tan victoriosa fuerza? «Si hubiera querido dar con esto sólo un signo, una mera semejanza, hubiera sabido decirlo... Cuando propone símiles, sabe girar su lenguaje de modo que se comprenda así; de suerte que nadie tiene nunca la menor duda sobre ello. Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, se salvará (San Juan, X, 9). Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, y así como el sarmiento no puede de suyo dar fruto si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí (Id. XV, 4). Cuando hace comparaciones, saben decir los Evangelistas: Jesús dijo esta parábola: hizo esta comparación. Más aquí, sin preparar nada, sin templar nada, sin explicar nada, ni antes ni después, nos dice rotundamente: Jesús dijo: Esto es mi cuerpo: Esto es mi sangre; mi cuerpo entregado; mi sangre derramada (Bossuet ut supra)». Así habla también Bossuet con su buen sentido supremo, y la consecuencia es, que en lugar de lanzarnos, para determinar el verdadero significado de las palabras eucarísticas, en caminos tortuosos o extraviados, debemos marchar sin ceremonia por el camino real del sentido natural y literal.

Esto es lo que hace San Pablo en su primera epístola a los Corintios.

Después de haber referido las palabras de la Institución, añade comentarios y consejos en que brilla en caracteres de fuego la doctrina de la presencia real (I Cor. XI, 23-28). Y nótese que si se expresa así, es después de haber declarado que sabe por el Señor mismo todo cuanto va a decir del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Desde el principio han tenido la misma fe los discípulos que habían contemplado más cerca que San Pablo el grande hecho de la última cena y de la inauguración de la Eucaristía. Aun sin pertenecer al colegio de los doce, creían en la realidad del pan milagroso, y cuando después de la resurrección del Salvador, le encuentran y conversan con él, sin reconocerle en un principio, basta que bendiga el pan delante de ellos, que lo rompa y se lo presente, para que se abran sus ojos y vuelvan a encontrar al instante mismo en él al Maestro, que la muerte les había arrancado por un momento. Este es para ellos el signo de los signos, el prodigio de los prodigios, según se ve con una evidencia decisiva en la conmovedora escena de los discípulos de Emaus (San Lucas, XXIV, 30-31).

He aquí la historia verdadera de la Eucaristía por parte de Jesucristo. En cuanto a los Apóstoles, que fueron llamados a perpetuar sus beneficios en el mundo, no se atribuyeron arbitrariamente ni esta misión ni este honor. Después de haber consagrado Jesús el primero el pan en la última cena, dijo a los que le rodeaban: «Haced esto en memoria mía» Esto es lo que nos atestigua San Lucas

(Id. XXIII, 19). San Pablo repite y garantiza con relación al cuerpo del Salvador, las mismas palabras (I Corintios XI, 24). Pasando después a la consagración del vino, cita el Apóstol la gran fórmula, por la cual la verificó Jesús, y después, pone estas palabras en los labios del Salvador: «Haced esto en memoria mía, cuantas veces bebáis de este cáliz (lb. ibid. 25).» Y también: «Cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor (Ib. ibid, 26).» Haced esto; es decir, del pan mi cuerpo.- Haced esto; es decir, del vino mi sangre. No se puede contestar con palabras más sencillas. Aquí evidentemente, se comunica una potestad y se da una misión: la potestad y la misión de continuar el prodigio de la Eucaristía: Haced, he aquí la orden, he aquí la misión.- Haced, pero ¿cómo hacer, si no se puede? Para ser razonable, ¿y cuándo no lo es un Dios? es preciso que esta palabra Haced, imponga el mando. Es una de esas palabras creadoras que pronunció Jesús con tanta frecuencia. Tal es el verdadero origen del poder de consagración y de sacrificio que se atribuye el sacerdocio católico. M. Renan se aventura a explicarlo de otro modo. Según él, los Apóstoles habrían comenzado por apropiarse en sentido figurado el lenguaje de Jesús; después, auxiliándoles la imaginación, a fuerza de representarse a Jesús teniendo alternativamente el pan y el cáliz, habrían concluido por persuadirse que comían y bebían a él mismo en el altar.» A él fue a quien se comió y se bebió, y llegó a ser la verdadera Pascua, habiéndose abrogado la antigua por su sangre (Vida de Jesús, pág. 305).» Pero no se discuten semejantes locuras. Los Apóstoles no han merecido que se les preste el honor de alucinaciones, que ruborizaría atribuir siquiera a niños. Así como tomaron a la letra las palabras eucarísticas pronunciadas por Jesús, tomaron también literalmente las que les investían con el privilegio de continuar, al través de las edades, el milagro y el sacrificio de la última cena. Ellos recibieron el poder de consagrar lo mismo que el poder de absolver, habiendo pretendido tenerlo de Jesús desde un principio; pues en efecto, lo recibieron de él, como todas las prerrogativas, sin que fueran inducidos a hacerse ilusiones sobre este punto, ni por engañosas metamóforas, ni por un sueño de su imaginación exaltada. Jesús les habló sin emplear figuras, y ellos le oyeron sin preocupación ninguna, siendo sobre este hecho, como sobre todos los del Evangelio, su testimonio, no solamente el de la sinceridad, sino el de la verdad misma.

Y que no diga M. Renan: «Juan, tan preocupado de las ideas eucarísticas, que relata la última cena con tanta proligidad, que refiere a ella tantas circunstancias y discursos; Juan, que es el único que tiene el valor de un testigo ocular entre los narradores evangélicos, no conoce esta narración. Esto prueba que no miraba la institución de la Eucaristía como una particularidad de la cena.» (Vida de Jesús, pág. 305).

Es falso que Juan sea el único que tenga aquí el valor de un testigo ocular, pues este valor lo tiene asimismo San Mateo, que se hallaba presente en la última cena; y que por otra parte figura entre los narradores Evangélicos. ¿Para qué, pues, hacer observar que el silencio de Juan, aunque fuese absoluto, no probaría nada contra los relatos positivos de los Evangelistas, llamados sinópticos por M. Renan?- Finalmente, ¿cómo no recordar que es en San Juan donde se halla el gran discurso de la promesa, y que en ninguna parte se ha expuesto la doctrina de la Eucaristía tan categóricamente como en esta página memorable?

Así, la Eucaristía, esta otra encarnación, esta imagen siempre palpitante del Calvario, este maná de los débiles así como de los fuertes, este árbol de vida plantado en el jardín de la Iglesia, al lado del árbol de muerte, este gran escudo de las almas, esta arca sagrada que es el honor y el poder de los campos de Israel, esta gloria del sacerdote, este consuelo del fiel, este banquete de familia para todos, la Eucaristía, nuestro tesoro, nuestro encanto, nuestra esperanza, la Eucaristía permanece en pie, no obstante los golpes con que la ataca M. Renan con mano parricida. Ni el tabernáculo se ha visto arrebatar su huésped sagrado, ni el altar ha perdido su gran Víctima, ni el mundo culpable queda sin expiación.

¡Oh Jesús! ¡Jesús! El sofisma ha querido arrancaros a vuestros templos como a nuestros ósculos. Pero la historia y nuestro amor os retendrán en ellos eternamente vivo y cautivo para gozo de los que os aman, y tal vez también para la conversión de aquellos mismos que blasfeman hoy de Vos, después de haber conocido en otro tiempo las dulzuras de vuestra sagrada mesa. A estas sabias reflexiones del obispo de Nimes, creemos deber añadir lo que dice el sabio Riggenbach en su lección 18 sobre la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, acerca del discurso de San Juan en el cap. VI de su Evangelio. San Juan habla admirablemente de la Comunión con Cristo, en este discurso que resplandece como un joyel incomparable y que termina con una oración en la que ha reconocido la Iglesia en todo tiempo a su soberano sacrificador. «Véase también los párrafos XII y XIII del cap. VII

19. «Sus discursos estaban animados de un ardor extraño. Era sumamente rígido para los suyos, no admitiendo contemporizaciones. Sus exigencias eran ilimitadas; y llegaba en sus ímpetus hasta a [63] suprimir la carne. Gigante sombrío, despreciando los sanos límites de la naturaleza, quería que sólo se existiera para él, que sólo a él se amase. Atrevíase a decir: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que [64] renuncie a sí mismo, y me siga.» Era como un fuego devorando la vida en su raíz, y reduciéndolo todo a un horrible desierto. Arrastrado por esta espantosa progresión de entusiasmo, requerido por [65] las necesidades de una predicación más y más exaltada, no era ya libre, sino esclavo de su papel. A veces parecía turbarse su razón, y hubo momentos en que le creyeron loco sus discípulos; aunque sus [66] enemigos le declararon solamente poseído. Agriábase ante la incredulidad menos agresiva. Su mal humor contra toda resistencia, arrastrábale a hechos inexplicables y absurdos. La pasión que se hallaba en el fondo de su carácter le impulsaba a las más fuertes invectivas. Era insostenible su lucha en nombre de lo ideal contra la realidad. Irritábale todo obstáculo. Exagerábase su noción de Hijo de Dios, y le causaba vértigos; tentación da de creer que viendo en su propia [67] muerte, un medio de fundar su reino, concibió, de propósito deliberado, el designio de hacerse matar. Deslizábanse sus días en acres disputas en medio de fastidiosas controversias, para, las cuales su grande elevación moral le creaba una especie de inferioridad. Y en efecto, juzgada su argumentación, según las reglas de la lógica

---

de esta obra.» Los Apóstoles no podían equivocarse sobre el significado verdadero de las palabras con que instituyó Nuestro Señor la Santa Eucaristía, dándoles a comer su cuerpo y a beber su sangre, dice el doctor Sepp, en la Vida de Nuestro Señor Jesucristo; sec. VI, cap. XXX; porque era creencia común entre los Israelitas, que cuando viniera el Mesías, cesarían toda clase de sacrificios; pero que el sacrificio de pan y vino, según el orden de Melquisedech, duraría eternamente, como puede verso en el libro de los Rabinos (Bammidbar rabba, in numeros, cap. XXVIII). Todas las interpretaciones con que han intentado los herejes alterar el verdadero sentido de las palabras del Salvador, y de probar que debían entenderse en sentido figurado, caen ante la sencilla consideración, de que aquella noche no habló a sus discípulos en imágenes ni en figuras, sino, como lo notan los mismos discípulos en San Juan, XVI, 29, claramente y sin velos. Además, les promete entrar en ellos y establecer en ellos su morada (San Juan, XIV, 23).

»Dios había ofrecido con el maná a los israelitas una figura bien significativa del alimento maravilloso que debía dar al género humano en los días del Mesías. Por esto se lee en el tratado intitulado Midrach Coheleth, fól. 90, 21; «Así como el primer libertador trajo el maná del cielo, según estas palabras: He aquí que hago llover el pan del cielo; así el último libertador traerá el maná; porque está escrito: Habrá en la tierra un puñado de trigo.» Leemos también en el tratado titulado Schemoth rabba (sec. 50, fól. 142). «En tiempo del Mesías, preparará Dios a los Israelitas una mesa y un manjar tal, que quien cuma de él, no necesitará ya ni mesa ni otro mejor alimento.» Los rabinos se extienden largamente en describir este pan cambiado. Se habla de esta trasformación, no sólo en el Schemoth rabba (sec. 25) y en el Talmud Toma (cap. VIII, fól. 75), sino también en el comentario más antiguo titulado: Pesiktá. El rabino Kimehi, interpretando al profeta Oseas, XIV, 8, se eleva hasta la interpretación cristiana, cuando dice: Algunos entienden por estas palabras: Vivirá de trigo, que en lo futuro cuando venga el Salvador, habrá un cambio, una transustanciación en la naturaleza del trigo. Finalmente, el R. Mosee, hijo de Nachman, escribe estas palabras: «El maná es engendrado de la luz divina que ha tomado un cuerpo según la voluntad de su Criador.» No nos admiremos, pues, de las palabras de Hillel que trae el Talmud: «El Mesías no vendrá ya a los Israelitas, porque lo han recibido como alimento en los días de Ezequías.» (N. del T.)

aristotélica, es muy débil. Pero se vengaba por medio de cáusticos sarcasmos: sus malignas provocaciones iban siempre derechas al corazón, quedando dentro de él la herida como un estigma eterno. Obras maestras de elevada sátira, se han grabado sus dardos en líneas de fuego en la carne del hipócrita y del falso devoto. Sólo un Dios puede matar de esta suerte. Moliere no hace más que rozar la epidermis; mas éste hace penetrar hasta la médula de los huesos el fuego y la rabia. Era en verdad justo que este gran maestro de ironía pagase con la vida su triunfo. A pesar de la aprobación del mendigo Bartimeo, que le causó un día un gran placer, llamándole obstinadamente Hijo de David, concluían comúnmente las irritantes discusiones que suscitaba Jesús en borrascas. Su mal humor contra el Templo, que había detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra, que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte. Arrojábanle piedras los Fariseos, en lo cual no hacían más que ejecutar un artículo de la ley, que mandaba lapidar, sin oírle, a un profeta, aunque fuese taumaturgo, que desviara al pueblo del antiguo culto. Era tiempo de que viniera la muerte a desenlazar una situación excesivamente tirante.»

20. «Desesperado, hostigado, no perteneciéndose a sí mismo, se prestó Jesús a una ficción que debía convencer a los Jerosolimitanos incrédulos, o llevarle a él mismo al suplicio. Su amigo Lázaro fue inducido, casi sin notario, a prestarse al hecho importante que se meditaba. Hízose, pues, ceñir de ligaduras como un muerto, y encerrarse en un sepulcro de familia. Al cabo de cuatro días vino Jesús, y el muerto fingido se levantó al acercarse a él. Esta aparición [68] debió considerarse naturalmente por todo el mundo como una resurrección. Pero se irritaron sumamente los enemigos de Jesús por la fama que se divulgó de este milagro. Congregose entonces un consejo por los jefes de los sacerdotes, y se planteó rotundamente la cuestión sobre si podían vivir juntos Jesús y el judaísmo. Fijar la cuestión era resolverla. Todo se verificó con la mayor legalidad, presidiendo a todas las medidas un gran sentimiento de orden y de policía conservadora. El desgraciado Judas Iscariote vendió a su Maestro, no por avaricia, sino por un sentimiento de economía propio de un cajero que sabe sacrificar a un patrón disipador en beneficio de la caja. En este hecho hubo más torpeza que perversidad; pensando tal vez Judas que Jesús sabría librarse de aquel trance. Retirado más adelante el traidor apóstol a su campo de Hakeldama, llevó tal vez una vida tranquila y oscura, mientras recorrían el mundo sus antiguos amigos, divulgando por él la noticia de su infamia. Todos los actos de Pilatos que conocemos nos le muestran como un buen administrador. Anas y Caifas eran figuras venerables, quizás algún tanto demasiado sacerdotales. Antipas un príncipe indolente a quien trataba de cobarde la celosa Herodías, su mujer. Por lo demás, todas gentes muy honradas que condenaron unánimes a Jesús a muerte, cual era su deber con aplauso de los judíos; pues estaba terminante la ley en cuyo cumplimiento fue clavado Jesús en la cruz. Todos sus discípulos le habían abandonado, si bien Juan se lisonjea más adelante de un valor que no tuvo. Tampoco consoló la presencia de su madre la agonía del ajusticiado. La suma elevación de Jesús rechazaba toda ternura personal. Todo induce a creer que le ocasionó al cabo de tres horas una muerte súbita la ruptura de un vaso del corazón. Algunos momentos antes de rendir su alma, tenía la voz fuerte. Súbitamente lanzó un grito terrible, reclinó la cabeza sobre su pecho y espiró. Jesucristo tenía entonces treinta y tres años. Su vida termina para el historiador con su último suspiro. Sin embargo, sabido es que, desprendido su cuerpo de la cruz, fue depositado apresuradamente en una cueva, cuya puerta se cerró con una piedra

muy difícil de manejar, con ánimo de volver a darle una sepultura perpetua. Mas siendo el día siguiente sábado, se aplazó este trabajo para el otro día; pero cuando volvieron, se había quitado la piedra de la abertura, no estando ya el cuerpo en el sitio en que se había puesto. ¿Se lo habían llevado, o bien ocasionó, después [69] del suceso, el entusiasmo siempre crédulo las varias relaciones con que se trató de crear la fe en la resurrección? Esto es lo que ignoraremos perpetuamente por falta de documentos contradictorios. No obstante, puede decirse que la viva imaginación de María Magdalena representó en esta circunstancia un papel capital: ¡Poder divino del amor! ¡Momentos sagrados en que la pasión de una alucinada dio al mundo un Dios resucitado [108]!»

21. ¡He aquí vuestro Jesús! Meditándolo bien, os parece imposible llegar hasta creer que fue un Dios. Tenéis razón. Sólo a un racionalista podía ocurrírsele la idea de prosternarse ante semejante figura. ¡Qué Dios había de hacer vuestro provinciano Galileo sin saber el hebreo, el griego ni el latín, «sin conocer ni el judaísmo» en el seno del cual había nacido, «ni la civilización romana,» a la cual pagó no obstante tributo, «ni el estado general del mundo; sin la menor noción de un gobierno civil, o de un orden natural regulado por leyes; no teniendo ni aún idea clara de su personalidad» más ignorante que el último desertor de colegio y mucho menos atrevido que éste, pues que «¡creía en el diablo!» ¿Quién había de querer adorar este interesante carácter «en rebelión contra la autoridad paterna, duro para con su familia, sin amor a su madre, sin entrañas para su patria, despreciando los sanos límites de la naturaleza, egoísta hasta el punto de querer que solo se existiese para él, irascible hasta la demencia, gigante sombrío a quien se creía loco?» Lejos de ser un Dios, apenas alcanza la medida del héroe más pequeño de la democracia. ¡Linda rareza, en efecto, la historia de este comunista delicado, recorriendo la Galilea en una mula de ojos negros; tronando contra los ricos, y comiéndose predilectamente sus manjares; humillado con los honores que se tributan a los soberanos, y buscando para sí mismo sus ovaciones y sus títulos; soñando la destrucción de la propiedad, con la condición de que se echara su precio en su caja! ¡Y no obstante, es preciso reconocer que hacéis ver con toda claridad ciertos rasgos más particularmente luminosos de su fisonomía: un odio mortal contra los devotos; un amor propio, llevado hasta el delirio, y solícito en evitar todo lo que se pareciese al sacerdocio; y una decidida antipatía contra el Templo! Pero ¿es verdaderamente difícil hallar reunidas en un hombre, con [70] la determinación clara y positiva de no ser en manera alguna sacerdote, la voluntad perseverante de odiar a los devotos, y la energía de no amar sino a sí mismo, y de detestar los templos? ¿Merece esto una estatua? Os complacéis en realzar esta chabacana figura, dispensándole el honor de un proyecto de suicidio que no tuvo efecto. Este proyecto podrá granjearle las simpatías de algunas almas enfermizas; pero afortunadamente vuestro personaje se detiene en la tentación sin pasar jamás de ella. Tentado de trastornar el mundo, no trastorna nada; tentado de curar los enfermos o de resucitar los muertos, no cura y no resucita a nadie; tentado de hacerse rey, de hacerse llamar hijo de David; tentado sin más éxito de crear la Parábola, lo cual hubiera podido por lo menos hacerle esperar un sitio entre nuestros inmortales tentado de una reputación a la Moliere, sin poder, crear como

---

[108] Vida de Jesús. Este análisis es la reproducción textual de toda la trama que presenta este autor como la historia verdadera de Nuestro Señor Jesucristo.

Moliere a Tartufe. Nunca animó a aquel pecho un soplo de vida: vuestro Jesús no es ni siquiera un hombre, porque el hombre más vulgar hubiera hecho algo en treinta y tres años de existencia, y vuestro Jesús no ha hecho nada, ni ha fundado nada, ni ha instituido nada; ni el bautismo que tomó de Juan y del que se disgustó muy pronto; ni la Eucaristía; ni la Iglesia, que introdujeron sus discípulos después fuera de tiempo. Fantasma negativa, pasa, como un cadáver cubierto de ligaduras, al centro vivo de la historia judía, donde queréis introducirle. Da lástima ver el trabajoso artificio con que intentáis hacer verosímiles las borrascas que pudo suscitar a su alrededor un personaje tan completamente nulo. Os habéis visto obligado, por la ley de la novela, a hacer de él un loco; pero en Jerusalén no se mataba a los locos, ni aún se les encerraba, como entre nosotros, contentándose con dejar que se pasearan por la campiña con sus inofensivas ilusiones. ¿Valía la pena de molestar al tribunal de Pilatos; de recorrer todas las jurisdicciones desde Anás y Caifás hasta Antipas; de poner sobre las armas toda la guarnición romana, y de sublevar la población de una ciudad entera, por causa de un alucinado, sumamente apacible, a quien el primero que pasase podía volver a llevar a su patria Galilea? ¡Vuestro Jesús no es ni Dios, ni héroe, ni hombre; no es nada, ni siquiera un personaje de novela aceptable!

22. Y ahora he aquí el milagro. Ante esta nada, en presencia de esta nada que habéis tenido la audacia de revestir con un nombre divino, os halláis sobrecogido de espanto; y se nos ofrece el espectáculo [71] de un racionalista, enemigo de lo sobrenatural, y que no sabe ver nada mas allá de la realidad sensible, guardando con celoso cuidado la dignidad que pertenece al hombre, desde el día en que éste se distinguió del animal; nos es dado contemplar a este racionalista prosternado con ambas rodillas y dirigiendo a su fantasma de Jesús una invocación idolátrica. «¡Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador! exclama. Tu obra está acabada, y fundada tu divinidad. No temas ya ver derruirse por una falta el edificio de tus esfuerzos. Libre de hoy en adelante de los ataques de la fragilidad, asistirás de lo alto de la paz divina a las consecuencias infinitas de tus actos. Has comprado la inmortalidad a costa de algunas horas de padecimiento que no han afectado siquiera a tu grande alma. El mundo va a realzarse por ti, por miles de años. Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte, que durante los días de tu tránsito por la tierra, llegarás a ser hasta tal punto la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos. No se hará ya distinción alguna entre ti y Dios. Completamente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, donde te seguirán siglos de adoración por el camino real que has trazado [109]„ Tal es la conclusión del Evangelio racionalista. ¡Despojado así de todo esplendor divino, de toda verdad histórica, de toda verosimilitud posible, y por el contrario, envuelto con un manto irrisorio, encubierto con el disfraz más miserable, más odioso y absurdo, el nombre de Jesús acaba de obrar este prodigio a la faz del mundo! El racionalismo moderno que niega todos los milagros, no podía negar este, aun auxiliado por una comisión de químicos.

23. Después de haber explorado el interior del sepulcro donde se pretendía sepultar a Jesús, veamos si realmente es «difícil de manejar» la piedra con que quería cerrarse su entrada. El peñasco filológico y científico llevado a la puerta del

---

[109] Vida de Jesús, pág. 426.

nuevo monumento, ¿es de yeso o de granito? Veámoslo. Toda la argumentación del nuevo exégeta puede reducirse a las siguientes fórmulas: «Jamás pensó Jesús en creerse Dios: y en manera alguna pensaron sus discípulos en darle tal título. Atribuyose a su memoria la divinidad retrospectivamente, por una leyenda popular, fruto de la imaginación enternecida [72] de la muchedumbre [110]. Obra de curiosidad

---

[110] ¿Cuándo, cómo, dónde, por quién, ha sido creada esa misteriosa leyenda que se ha convertido nada menos que en el centro de la historia?

¿Quién fue el primero que dijo: Cristo es Dios? ¿quién se lo ha hecho creer a todo el mundo, cuando nadie todavía lo creía? Ciertamente no han sido ni San Agustín, ni San Gerónimo, ni San Ambrosio, ni San Gregorio, ni San Juan Crisóstomo; y San Atanasio principalmente en su primera conferencia con Arrio, rechaza de sí con bastante energía la gloria de semejante invención; ¿quién, pues, fue el primero que bordó en el tejido de la historia esa sublime leyenda?

¿San Hilario? ¿San Cipriano? ¿San Justino? ¿San Clemente de Alejandría?

¿Tertuliano? ¿Arnovio? ¿Atenágoras? ¿quién fue, en fin? ¿San Bernabé por ventura? ¿San Pedro? ¿San Pablo? ¿San Juan? ¡ah! ¿San Juan? ¿habrá sido éste, quizá, el que ha tenido tan peregrina idea? La crítica, por lo visto, lo sospecha gravemente, fundada sin duda en que San Juan en su Evangelio afirma con gran insistencia y solemnidad el dogma soberano; pero no puede ser más liviano este fundamento. El hecho es cierto; pero ¿cuál fue la causa? Pues fue que cuando San Juan escribió su Evangelio, ya la negación se ostentaba contra la afirmación, ya se había mostrado aquella negación gnóstica, de la cual al cabo de diez y ocho siglos estamos viendo remedos tan desdichados. Lo propio sucede siempre en la gran lucha de lo verdadero contra lo falso; siempre en estos períodos se afirma con tanto más brío, cuanto que es forzoso para responder a la negación contraria: lo mismo que nosotros estamos haciendo ante la gnosis del tiempo presente, eso mismo hacía San Juan a su manera ante la crítica de aquellos tiempos. Pero es el caso que San Juan hablaba entonces como todo el mundo, y que todo el mundo hablaba como San Juan; todos afirmaban el mismo dogma y profesaban la misma fe; todos proclamaban al Cristo Salvador, al Cristo Redentor, al Cristo Señor, al Cristo Rey, al Cristo Dios.

Dos cosas predominaban espléndidamente en aquella época que de tan cerca toca al origen del Cristianismo y donde brilla con tan plena luz su cuna, a saber: en los corazones, el amor de Jesucristo; en las inteligencias, la fe en su divinidad; entonces, como la voz verídica y el eco sincero de toda alma cristiana, resuenan en todas partes las dos palabras: «Yo amo a Jesucristo, yo adoro a Jesucristo» y es preciso padecer una ceguera muy voluntaria para no ver que, entonces más que nunca, abundó y sobreabundó en todas partes la fe firme, absoluta y ardiente en la divinidad de Jesucristo.

¿En dónde, pues, ¡oh críticos flamantes! en dónde, sino en vuestra imaginación, en vuestros sueños y en vuestras utopías, podréis hallar aquí hueco para vuestra leyenda? Aquí no hay más sino el hecho radiante de la fe de todos los cristianos en la divinidad de Cristo; aquí no hay leyenda, sino verdadera historia, que comienza, continúa y se espacia en el esplendor de su propia publicidad; la historia que, conforme van ocurriendo los hechos que la constituyen, se afirma y se escribe por sí misma en monumentos que subsisten y en obras que no han perecido; historia que desde cerca de dos mil años ha, desde su principio hasta nosotros, dice y repite siempre una misma cosa, la fe de los cristianos en la divinidad de Jesucristo; historia que ha grabado en libros, en edificios y en instituciones, y que proclama sin interrupción alguna por medio de voces que mutuamente se responden, el hecho dominante de los siglos cristianos, la posesión universal y secular del Cristo Dios, su imperio aclamado por todos los siglos, como lo está por todos los pueblos, junto con todos esos siglos y todos esos pueblos que van repitiendo con una sola voz aquella palabra escrita en el sitio más ilustre del mundo: Christus vincit; Christus regnat, Christus imperat. (V. la conferencia segunda del año 1864 del padre Félix).

Además, no ha habido materialmente tiempo bastante para que pudiera crearse la leyenda entre la muerte de Cristo y la obra de los cuatro evangelistas, los cuales por otra parte, es de advertir, que escribieron el mismo ideal (no obstante hacerlo separadamente y en lugares diversos), pues la redacción de los Evangelios siguió de muy cerca a la resurrección del Señor. De ello existen mil pruebas en las obras de los Padres de la Iglesia, discípulos inmediatos de los apóstoles, según

y hasta cierto punto de buena fe, estableciose esta leyenda a fines del siglo I sobre un [73] bosquejo primitivo que dejaron en verdad los apóstoles, pero tan malamente alterado por un trabajo de segunda mano, que es absolutamente imposible reconocer la huella original y separarle de las supersticiones con que se le sofocó. Así, tales como poseemos los Evangelios, pueden a lo más presentarnos las líneas generales de la vida de Jesús, pero no pueden tener el menor valor histórico. Sobre este punto poseemos un testimonio capital, de la primer mitad del siglo II. Es de Papías, obispo de Hierápolis, hombre grave, hombre de tradición, que tuvo cuidado toda su vida de recoger lo que pudo indagarse sobre la persona de Jesús. Después de haber declarado que prefiere, en semejante materia, la tradición oral a los libros, menciona Papías dos escritos sobre los actos y las palabras de Cristo. 1º. un escrito de Marcos, intérprete del apóstol Pedro; escrito corto, incompleto, que no sigue el orden cronológico, comprendiendo relatos y discursos (lexqe/nta h)/ praxqe/nta [111]), compuesto según las noticias y los recuerdos del apóstol Pedro; 2.º una colección de sentencias (/ [112]) escrita en hebreo por Mateo, y que cada cual tradujo lo mejor que pudo. No es sostenible que estas dos obras, tales como las leemos, sean absolutamente semejantes a las que leía Papías; primeramente, porque el escrito de Mateo se componía tan solo de discursos en hebreo del cual circulaban traducciones bastante distintas, y en segundo lugar, porque para Papías eran enteramente distintos el escrito [74] de Marcos y el de Mateo, redactados sin concierto alguno, y al parecer en distintos idiomas [113]. Pues bien, en el estado

---

vamos a ver. A los ocho años de la muerte de Jesucristo, se publicó el Evangelio de San Mateo; cuatro años después de este, se publicó el Evangelio de San Marcos (según la crónica de Éfeso), y la epístola primera de San Pedro; seis años después se celebró el concilio de Jerusalén, al que asistieron San Pedro, Santiago, San Juan, San Pablo y otros muchos; un año después, se escribió la primer carta de San Pablo a los Tesalonicenses; al año siguiente, la segunda epístola de San Pablo a los mismos y el Evangelio de San Lucas; a los dos años, la epístola de San Pablo a los Galatas: un año después, la primera epístola de San Pablo a los Corintios; al año siguiente, la segunda de San Pablo a los mismos; pasado otro año, la de San Pablo a los Romanos; un año después, la del mismo a los Efesios; al año siguiente, la epístola de Santiago; pasado otro año, la de San Pablo Philemon; un año después, la de San Pablo a los Philipenses y a los Colosenses; al siguiente año, la de San Pablo a los Hebreos; al otro año, la de San Pablo a Tito y la primera a Timoteo; un año después, la segunda de San Pedro; a los dos o tres años, la epístola de San Judas, y al año siguiente, la primera, segunda y tercera epístolas de San Juan; su Apocalipsis, su Evangelio, etc., etc. (N. del T)

[111] Lexqenta h)/ praxqenta en el original (N. del E.).

[112] Logia en el original (N. del E.).

[113] Los dos Evangelios de Mateo y de Marcos eran para Papías distintos, pero solo relativamente al idioma en que estaban escritos. Si Marcos hubiera escrito en hebreo, es verosímil que lo hubiera dicho Papías, como hace respecto de Mateo. Pero ¿eran distintos en el sentido de no haber analogía entre ellos, de no ofrecer partes paralelas, y casi idénticas, para repetir las palabras del nuevo sofisma? Esto es lo que no dice Papías. ¿Habíanse redactado sin uniformidad en el sentido de no haber visto el uno el escrito del otro? Tampoco nos dice esto Papías. Su pasaje no se refiere ni a los tiempos, ni a los lugares, ni a la concordancia o discordancia de los textos y relatos, siendo las consecuencias que sobre esto se sacan enteramente gratuitas.

Por nuestra parte admitimos que existen profundas afinidades entre los dos evangelios. Y este hecho que nos representa la Iglesia como primitivo, que nada de lo que dice Papías impide que se considere tal, se nos explica naturalmente por una piadosa tradición. San Mateo fue el primero que compuso su Evangelio en hebreo: hiciéronse y se diseminaron una multitud de copias en todo el Oriente; esto es lo que dan a suponer las palabras mismas de Papías. Se cree que cayó un ejemplar

actual de los textos, el Evangelio según Mateo, y el Evangelio según Marcos, [75] ofrecen partes paralelas tan largas y tan perfectamente idénticas, que es preciso suponer o que el redactor definitivo del primero tuvo el segundo a la vista, o que el redactor definitivo del segundo tuvo el primero, o que ambos copiaron el mismo prototipo [114]. Esto prueba perfectamente que no conservamos, respecto de Mateo ni de Marcos, las redacciones originales. Nuestros dos primeros Evangelios son ya solo arreglos o coordinaciones de éstas. Cada cual deseaba, en efecto, poseer un ejemplar completo. El que sólo tenía en su ejemplar discursos, quería tener relatos, y recíprocamente [115]. Por eso se ve que el Evangelio según Mateo ha reunido casi

---

de estas copias en manos de San Marcos, el cual se sirvió de él cuando escribió los relatos que había oído a San Pedro. De aquí los puntos de contacto que existen entre el uno y el otro evangelio. Esta explicación es muy sencilla, y además de las opiniones que la apoyan, no hay una autoridad que la combata en la antigüedad cristiana, ni aún la de Papías (Agust. De cons. Evang., lib. I, cap. II).

Pero aun cuando no tuviéramos este dato; aun cuando no pudieran explicarse históricamente las semejanzas que existen entre el Evangelio de San Mateo y el de San Marcos, no dejaría de ser inaceptable la consecuencia que de esto deduce M. Renan, sobre que estas dos redacciones no son originales, sino arreglos o refundiciones en que se ha tratado de llenar los vacíos de un texto con el otro. No, no son arreglos hechos por manos desconocidas. Es posible que estos dos Evangelistas tuvieran presentes documentos anteriores cuando se pusieron a redactar sus escritos, pero sus evangelios salieron de sus manos tales como se hallan en el día, sin que nadie se permitiera llegar a ellos en lo sucesivo, ni aún para completarlos; pues toda refundición o arreglo hubiera sido reprobada y aun condenada como un sacrilegio. El mismo autor a quien se refiere M. Renan, Papías, atestigua con el testimonio del sacerdote Juan, que Marcos no mezcló nada falso en las narraciones que trazó, por decirlo así, bajo la inspiración de San Pedro (Euseb., Hist., lib. III, cap. 39). Así pues, poseemos en el día las redacciones verdaderamente originales o primitivas de los Evangelios de San Mateo y San Marcos, según certifican todos los siglos cristianos. (V. la primera instrucción Pastoral de M. Plantier; V. la nota al número 23).

El gran enlace y correlación que se advierte en la parte histórica con la didáctica, encaminada a un mismo fin, animada del mismo espíritu y conducida de un mismo tenor, en los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, dice Ghiringhello en la obra citada, p. 180, demuestra todavía más lo absurdo que es suponerla primitivamente y de atribuir al acaso, o al capricho o a la necesidad de los lectores, la composición sucesiva, armónica y uniforme que hoy se observa en los citados Evangelios que se quiere no fuesen primitivos, sino refundidos. La redacción de los Evangelios es incomparable e inimitable por la sencillez, moderación, imparcialidad y dignidad de su contexto; la supuesta refundición hace inexplicable esta originalidad, y queda plenamente aclarada por la particularidad de las circunstancias, y del objeto especial que se propuso cada escritor, según se expondrá más adelante. (N. del T.)

[114] Vida de Jesús, Introd. pág. XVIII, XIX.

[115] Las teorías que intentando dar una parte en la redacción de los evangelios a la prueba interna no la admiten sino con la reserva de pretendidas refundiciones, no adolecen solamente de la injusticia de ser arbitrarias, sino que pecan contra la verosimilitud. No basta haber imaginado el pobre hombre que no tenía más que un Evangelio con discursos, y que queriendo que contuviera hechos que afectaban a su corazón, los tomaba del ejemplar del Evangelio que otro tenía, y que cada cual trascribía al margen de su ejemplar las expresiones o las parábolas, y demás que hallaba en otros ejemplares y que le interesaban: sería también necesario explicar cómo estos diversos ejemplares llegaron a ser nuestros primeros evangelios, y cómo no fueron recogidos por lo grave o importante de sus divergencias, por Orígenes, cuando en el siglo tercero recogió los manuscritos antiguos, para comparar sus variantes y fijar el texto puro y genuino. Sería necesario explicar ante todo, cómo pudieron hacerse estas refundiciones en un texto de los Apóstoles, en los tiempos apostólicos, sin que nadie lo reparase o impidiese, y más aún, sin que haya sobrevivido el libro original junto al libro alterado. Preténdese que tenían muy poca autoridad los libros en su origen, y que la tenía mayor la palabra, y se cita a Papías.

todas las anécdotas del de Marcos, y el Evangelio según Marcos contiene en el día una multitud de pasajes o rasgos provenientes de los *Logia* de Mateo [116].» En cuanto a la obra de Lucas, - es todavía mucho mas, débil su valor histórico. Lucas tuvo probablemente a la vista la colección biográfica de Marcos y los *Logia* de Mateo; pero procede respecto de ellas con suma libertad; pues unas veces refunde dos anécdotas [76] o dos parábolas en una sola, otras descompone o divide una para distribuirla en dos [117]. Es, pues, este Evangelio un documento de segunda mano [118].-El cuarto Evangelio, el de Juan, nos presenta [77] un bosquejo de la vida

---

Convenimos con nuestros adversarios en cuanto a la autoridad de la palabra, cuando ésta era la de un apóstol. Comprendemos que la enseñanza oral de San Pedro fuese recogida con tanto respeto como la que dictó él mismo a San Marcos; que tuviera la predicación de San Pablo tanta autoridad como sus epístolas. Pero cuando se ve el afán con que eran recibidas y guardadas estas epístolas; ¿se puede suponer que no sucediese lo mismo de una relación de la vida de Jesús, escrita por un apóstol? Cuando se ve con qué severidad toda la Iglesia en el segundo siglo amenazaba, a ejemplo de San Juan en el Apocalipsis, a los que alteraban el texto sagrado, ¿se puede sospechar de su celo en custodiar ella misma los libros apostólicos? ¿Y si hubiera permitido que se alterasen en su seno, ¿se puede dudar que los herejes acusados por ella de falsear la Escritura, no hubieran retorcido la acusación contra ella misma, y recogido este texto auténtico para oponerlo triunfalmente al texto alterado? (Wallon, pág. 67.) (N. del T.)

[116] Vida de Jesús, Introd. pág,.XIX, XX.

[117] Vida de Jesús, Introd. pág. XL.

[118] San Lucas no tomó nada de la leyenda ni se puede probar que tuviese a la vista la narración biográfica de Marcos, y los discursos de Mateo, más aunque así hubiera sido, no hubiera hecho lo que le atribuye Renan, de haber refundido en una parábola dos, y dividido en dos una sola. El autor cita como ejemplo del primer caso, Luc. XIX, 12-27; del segundo, Luc. VII, 36-48, y X, 38-42, que se confunde con Matt. XXVI, 6-13; Marc. XIV, 3-9; Ioh. XII, 1-8. Mas, quien coteje las parábolas referidas por Lucas con las análogas de Mateo (Cf. Luc. XIX, 12-27, cum Math. XXV, 14-50), advertirá en ellas la misma correlación y la misma diferencia que entre otras semejantes (Cf. Luc. XIV, 16-24, cum Math. XXII, 2-14; Cf. Luc. XIII, 11-17, cum XIV, 2-6); lo cual se explica muy naturalmente suponiendo que Cristo modificase según el caso, ya el concepto, ya la forma de una parábola adoptada primeramente, o que imaginara dividir o variar otra valiéndose de la analogía para hacerla recordar más fácilmente; no hay, pues, necesidad de recurrir al capricho del Evangelista que la haya confundido, o al trabajo de la tradición que la haya alterado (V. de Wette Commet. in h. I.) Así pues como son distintas las dos parábolas de Lucas y Mateo que el autor quiere unificar, así son también distintas las tres anécdotas que pretende M. Renan formaban una sola en su origen. Véase también la relación que hace San Lucas del hecho de derramar María Magdalena el bálsamo en la cabeza de Jesús, con la que hacen de este mismo hecho los demás evangelistas, San Mateo y San Marcos, y se notará en ellas una gran variedad en las circunstancias de tiempo lugar, y número de asistentes y otras más o menos accesorias, la cual prueba que el Evangelio de San Lucas no era una mera compilación o refundición de los demás, sino que tenía gran parte original, o referida conforme a las noticias que él había sabido. De otra suerte, ¿cómo conciliar tanta fidelidad, energía y viveza en la forma y expresión con el trabajo paciente y mecánico de un refundidor? San Lucas es el único que expone el sudor de sangre en la oración del huerto (Luc. XXII, 43-44; Math. XXVI, 38 y siguientes; Marc. XIV, 35 y siguientes), circunstancia que no hubiera inventado la leyenda, por creerla contraria a la divinidad de Cristo; lo mismo debe decirse del perdón que imploró Jesucristo en favor de los que le crucificaban y del que aseguró al buen ladrón (Luc. XXIII, 34-43), tan propios del carácter de Cristo, que tanto inculcó el perdón de las injurias y el amor a los enemigos. (V. la obra de G. Ghiringhello, titulada Vida di Jesu romanzo di E. Renan, pág. 220).

He aquí, pues, cómo San Lucas no se limitó a compilar, elegir y combinar, según pretende M. Renan. Puede decirse en cierto sentido, y atestiguarse con la historia, que San Lucas eligió, combinó y compendió en su evangelio, según él mismo dice en su introducción. Mas cuando para explicar esta declaración de San Lucas se examinan y comparan las memorias de los primeros tiempos, se ve que algunos falsos evangelistas, es decir, escritores heréticos, sembraban en las regiones que los

de Jesús, que se diferencia singularmente del de los Sinópticos, puesto que pone en boca de Jesús discursos cuyo tono, estilo, giro y doctrinas no se parecen en nada a los *Logia* referidos por los Sinópticos [119]. En él se despliega todo un nuevo [78]

Apóstoles habían iniciado a la fe, doctrinas perversas y obras envenenadas, pretendiendo que éstas eran las enseñanzas de los mismos Apóstoles. San Pablo experimentó también este contratiempo. San Lucas, su discípulo, y compañero suyo en todos sus viajes, y defensor adicto de sus predicaciones y de su fama, queriendo destruir todas las maniobras del error, disipar las inquietudes de los fieles, mantener en toda su integridad la historia del Salvador y la teología de su maestro, emprendió, inspirado, por el Espíritu Santo, la redacción del Evangelio.

Para ello, hizo uso, ya de las relaciones que había oído al Apóstol San Pablo ya de las noticias que había recogido de los labios de los demás apóstoles o discípulos de Jesucristo, como él mismo nos dice (Luc. I, 1-4). Compréndese, pues, sabida la intención con que ejecutó este trabajo, que eligiera los documentos* para evitar los apócrifos; que extendiera o ampliase todos los elementos parásitos que podían haberse fundado en las verdaderas tradiciones evangélicas; admítese que combinase su relato de modo que refutara completamente y en el orden debido, todas las leyendas que el hombre de mentira había arrojado en medio de las Iglesias nacientes. Mas aplicar estas palabras sobre elección, ampliación y combinación en otro sentido, respecto de San Lucas, es mofarse de la historia, de la ciencia y de la crítica, con la impudencia de la desesperación. Véase la nota al final del § 23. (Véase la primera pastoral de M. Plantier, pág. 78). (N.del T)

[119] La diferencia que a veces se advierte en la manera como expone San Juan su Evangelio respecto a la de los otros tres Evangelistas, procede del objeto y fin especiales que tuvo San Juan, diversos de los de sus antecesores, en la exposición de su Evangelio, conforme por otra parte con el de éstos en el fin general de dar a conocer los hechos y la doctrina de Cristo, y asimismo proviene de la parte de enseñanza de Jesucristo, a cuya exposición se consagró más particularmente San Juan, y de las varias circunstancias particulares que concurrían en este Apóstol. Sabido es que San Juan se fijó especialmente en exponer en su Evangelio la parte sacramental y dogmática de la revelación de Cristo; quiso contestar a Cerinto y a otros herejes que preludiaban los errores del gnosticismo. Sus predecesores habían considerado al hombre Dios en su vida en el mundo: San Juan, semejante al águila que le sirve de emblema, se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen eterno del Verbo divino. Los Evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas, se circunscriben principalmente al cuadro de la predicación de Jesucristo en Galilea. San Juan se fija sobre todo en trazar la enseñanza de Jesucristo en Jerusalén, y en la Judea, en el templo y entre los doctores de la ley. Escena, auditorio, interlocutores, todo difiere con frecuencia respecto de los unos y del otro; no es pues de extrañar que ocasionen algunas diferencias en el discurso y en el estilo, materias y situaciones distintas.

Además, San Juan al escribir su Evangelio, cuando se hallaban divulgados por todas partes los Evangelios sinópticos, y cuando en su consecuencia, debía suponerse que eran conocidos por todos, juzgó más expedito omitir cuanto era menos apropiado a su objeto en su Evangelio, el cual atendido a dicho fin, a la parte de enseñanza que abrazaba, a la variedad de los tiempos, lugares y opiniones, y a los errores a que quería oponerlo, no podía menos de diferir en algo (aunque enteramente conforme en la doctrina) de los demás evangelios sinópticos; de presentar algunos vacíos respecto de los hechos que por ser ya conocidos, no creyó necesario recordar y de comprender algunos otros hechos particulares, los cuales no puede decirse que los omitieran inconvenientemente los sinópticos, porque los recordase oportunamente San Juan, quien lo hizo así, por el efecto que producían, o por la luz que proyectaban sobre el carácter de Cristo o por los discursos a que dieron ocasión al Señor; los cuales resaltan y campean en este Evangelio con gran naturalidad, o si se descubre algún arte, es divino. Así pues, era natural que tuviese el Evangelio de San Juan un carácter más apologético y probativo, y menos impersonal que el de los sinópticos.

Los discursos inéditos que expone San Juan, no son incompatibles con los que recuerda San Mateo, ni se excluyen unos y otros recíprocamente, siendo todos ellos genuinos. Tales son por ejemplo, los que tuvo Jesucristo en sus largas conversaciones con sus Apóstoles después de su resurrección, los de Jesús con su dulcísima Madre, la cual acostumbrada a atesorar en su corazón cuanto de él oía, pudo comunicarlo a San Juan. No debe olvidarse que San Juan fue el Apóstol más querido del divino Maestro, el hábito meditativo de San Juan con que se había connaturalizado y

lenguaje místico, lenguaje de que no tienen la menor idea los Sinópticos (*mundo, verdad, vida, luz, tinieblas*). Si hubiera hablado alguna vez Jesús en este estilo, que no tiene nada del estilo hebreo, ni del judío, ni del talmúdico, ¿cómo hubiera guardado tan bien este secreto ni uno solo de sus oyentes [120]? «Es, pues, claro que

---

vigorizado en su larga permanencia con la Santísima Virgen y la edad mucho más avanzada a que llegó y en que escribió, circunstancias y disposiciones todas que debieron influir en la manera sublime de exponer aquel Apóstol su Evangelio. Que sea San Juan fiel intérprete y no inventor de los diálogos que refiere, se manifiesta por la incomparable viveza y naturalidad que en ellos se advierte, por la inimitable espontaneidad con que se rompe y reanuda el hilo del discurso, y por la claridad que se revela en algunas palabras de doble o escondido sentido de Cristo, y de algunas parábolas que se hallan expuestas en los otros Evangelistas más oscuramente (Cf. Ioh. IV, 10; VII, 37; V, 26; X, 1-16; XV, 1; con Math., XX, 1; XXI, 28, 33; Marc., XII, 1; Luc., XX, 9), en las cuales no tan solo se advierten las mismas sentencias y argumentos de origen común, sino que siendo idénticas en el concepto y en la forma, se hallan desarrolladas por San Juan con la sublimidad propia de aquel a quien era concedido oír los misterios del reino del cielo y las cosas que estaban ocultas a los prudentes y a los sabios. Y especialmente es de notar sobre este punto aquel coloquio supremo en que después de haberse dado Jesucristo, todo él mismo a sus fieles y amados discípulos, estando para partir y despedirse de ellos, y prepararles el lugar de un nuevo reino, le descubrió, de aquellos arcanos, cuanto comprender podía (Ioh., XIV, 2 y siguientes). Coloquio tan patético y sublime, lleno de tierno afecto y de tan dulce melancolía, cual correspondía al discípulo predilecto que reclinaba su cabeza en el pecho del Maestro, y oía los latidos de aquel su corazón en que se contenía tan elevada doctrina y tan profundo amor. (V. la obra citada de G. Ghiringuello, pág. 192-208. V. también la nota que insertarnos al fin de este § 23.) (N. de T.)

[120] Vida de Jesús, Introd. pág. XXXIV. A propósito de la extraña aserción relativa al estilo de San Juan, desconocido de los Sinópticos, permítasenos citar, para concluir de una vez, la sangrienta respuesta infligida al novador por el abate Freppel. «Es imposible usar tono más resuelto, y aún añadiré, engañar al lector más osadamente. Si el autor que ha tenido tiempo de abrir una concordancia para atribuirse el fácil mérito de decir que la palabra: Hijo del hombre, se encuentra ochenta y tres veces en los Evangelios (Vida de Jesús, pág. 138); si hubiera juzgado a propósito este profundo calculador, repito, hacer el mismo trabajo respecto de las palabras que cita, hubiera visto, que se halla cada una de ellas muchas veces en los tres primeros Evangelios, y esto en el mismo sentido que en el de San Juan; que particularmente la palabra Tinieblas, tomada en sentido moral, se emplea doce veces por los sinópticos, y solamente siete por San Juan. He aquí, pues, cómo no tienen aquellos la menor idea de la lengua de que se sirve éste. Para tener derecho de afirmar, es preciso saber: y cuando se sabe, no es permitido disimular la verdad.» (Freppel, Examen crítico de la Vida de Jesús, 5.ª edic. pág. 30 y 31) (N. de A.) Y en efecto, el uso de las voces mundo, tinieblas y luz en sentido metafórico espiritual y moral, se encuentra en Jesucristo hablando de sí mismo; San Juan, VIII, 12; yo soy la luz del mundo, y de los Apóstoles, Math. V, 14; vosotros sois la luz del mundo. Cf. Luc. XII, 30; «porque el buscar todas estas cosas lo hacen las gentes del mundo.» Cf. Rom. II, 19; 1 Cor., II, 12; III, 19; Iac., I, 27; Petr., I, 4. En cuanto a la palabra tinieblas, cotéjese San Juan, I, 5; «la luz resplandece en las tinieblas, con Math. IV, 16, «el pueblo que yacía en las tinieblas ha visto una gran luz.» Luc. I, 79. Cf. también con Math., VI, 23. Luc. XI, 34-35; Luc. XXII, 53; Rom. II, 19; XIII, 12; I Cor., IV, 5; II Cor. VI, 14; Eph., V, 8, II; VI, 12; Col., II, 13; I Thess., V, 4, 5; I Petr. II, 9. Lo mismo debe decirse de las palabras verdad y vida que se apropia Cristo como la resurrección y la vida (Ioh. XI, 25; XIV, 6), esto es, como revelador de la una y autor de la otra; por lo cual dice San Juan, que está lleno de gracia y de verdad (I, 14 coll. 17), y con este nombre califica Cristo su propia doctrina, que es la del Padre y del Espíritu Santo (VIII, 40, coll. VII, 16, 17; XVI, 13-15; XVIII, 17), y los Fariseos llamaron verídico al mismo Jesús, y su enseñanza, conforme a la verdad, según dicen los sinópticos. (Matth. XXII, 6; Marc. XII, 14; Luc. XX, 21), y según San Pablo (Eph. 1, 13; II Tim. II, 15); y Santiago (I, 18) llama palabra de verdad el Evangelio. San Pablo dice que la verdad se encuentra en Jesús, como en su sede (Eph. IV, 21). Respecto de la palabra vida, nada más frecuente en los sinópticos que llamar con este nombre, no la vida presente y temporal, sino la futura y eterna (Math. XIX, 16, 29; XXV, 46, y en otros pasajes semejantes; y vida que conduce a la verdad la observancia de los mandamientos (Ivi, VII, 14, coll. XIX, 16-17), que ya David llamaba senderos de la vida (Ps. XVI, 11, según los LXX) al decir lo que debe hacerse para alcanzarla; pasaje que alega San Pedro en los Actos (II, 28), donde el ángel que libertó a San Pedro y a San Juan, dice que

los [79] Evangelios, tales como han llegado hasta nosotros, no son los Evangelios primitivos.» Puede, pues, y debe desecharse sus leyendas, y considerar sus textos como un monumento de una cándida credulidad, que desfiguró completamente el Jesús histórico, hasta el día en que nos lo restituyó la exégesis racionalista tan felizmente [121]. [80]

---

prediquen en el Templo la palabra de esta vida, es decir, el Evangelio, nuncio de nueva vida, por lo que, llamó Pedro propiamente a Cristo el principio (esto es, el autor) de la vida (Ivi, III, 15); porque tenemos que salvarnos en su vida (Rom. V. 10); y por eso llama San Pablo a Cristo vida nuestra (Coloss. III, 4). V. Ghiringhello; op. cit. pág. 381, nota 2.ª). El lenguaje de San Juan, es sin duda alguna el mismo lenguaje que el de los sinópticos. ¿Qué es de admirar, remontándose este lenguaje a Isaías, siendo el lenguaje de los profetas y de los salmos y constituyendo la eterna y divina poesía depositada en el pueblo de Dios? Véase la obra del padre Gratry, titulada: Jesucristo; respuesta a M. Renan:1865. (N. del T.)

[121] Por mucho que nos remontemos a la antigüedad, están unánimes los autores sobre la autenticidad y el origen apostólico de nuestros Evangelios.

Hállanse éstos citados por San Ireneo y por Clemente de Alejandría (a fines del siglo segundo); se nombran también en varios pasajes de las obras de San Justino mártir (hacia el año 150); alúdese a ellos en las epístolas de San Ignacio, de San Policarpo, de San Clemente de Roma; en el Pastor de Hermas; en la epístola de Barnabas (a fines del primer siglo). Y sus alusiones deben referirse a los libros citados por San Ireneo y por Clemente de Alejandría, porque estos dos Padres los dan como siendo recibidos de todos, y calificados por la veneración de los fieles en igual clase que la ley y los Profetas. Libros tan universalmente recibidos entonces, no pueden haberse formado por decirlo así, en la víspera, y además, los que los refieren a los Apóstoles o a los discípulos de los Apóstoles conocieron a estos discípulos. San Ireneo había oído a San Policarpo, discípulo de San Juan. ¿Cómo había de atribuir, pues, a San Juan un evangelio que hubiese ignorado San Policarpo? y respecto de los otros tres, ¿cómo se había de haber hecho admitir a los discípulos de San Juan, evangelios dados como anteriores a su maestro y que San Juan no hubiera reconocido?

Pero no es solamente la Iglesia la que testifica sobre la autenticidad de los Evangelios; también tienen testigos a su favor fuera de ella. Nombremos, entre los principales, a Cerinto (a fines del siglo primero) que, negando la inspiración de San Pablo, aprobaba, al menos en parte, el Evangelio de San Mateo; a los Nazarenos y los Ebionitas, que se servían del Evangelio según los Hebreos, derivado de San Mateo, como se puede ver aún; a Basílides, que buscaba un fundamento a su sistema en el Evangelio de San Juan; a Marción que había imitado para apropiárselo, el Evangelio de San Lucas; finalmente a Taciano, que reunió en uno solo los cuatro Evangelios con el título de Diatessaron (Evangelio según los cuatro). Y los mismos paganos dieron testimonio a favor de nuestros textos sagrados. Celso (a mediados del siglo segundo) compuso un libro que tituló Discurso verdadero, donde presentaba a un judío disputando contra Jesús, y ¿en dónde toma el fondo de sus objeciones? En las mismas palabras de nuestros evangelios. «De tal suerte, decía con el placer de quien cree triunfar, que vosotros os degolláis con vuestras propias manos (Origen. C. Cels., II, 74).» Para que pudiera hablar así, con tal seguridad; para que pudiese lisonjearse de abrumar a los cristianos con los mismos libros de los discípulos de Jesucristo, era pues preciso, no solamente que creyese en el origen de estos libros, sino que fuese este origen entonces indudable y que no se tuviera el recurso de declinar sus objeciones, rechazando aquel origen. Nótese, pues bien, que las cosas que ataca son precisamente aquellas en que se halla lo maravilloso íntimamente ligado a los hechos; aquellas en que habría más necesidad de recurrir al mito para librarse del milagro; la Encarnación, la venida de los Magos, la huida a Egipto, el bautismo, la curación de los enfermos, la resurrección. Todas estas cosas se hallaban consignadas por escrito, tales como las leemos en tiempo de Celso, es decir, a mediados del siglo segundo, y contenidas en libros que él mismo refería a los discípulos de Jesús, y cuya novedad nadie tenía los medios ni la idea de señalar. Esto es bastante para que en razón de este solo argumento, haya derecho para consignar, que no han podido ser supuestos los Evangelios, no ya solamente a fines, sino ni aun a principios del segundo siglo; y así, el testimonio de los paganos viene a sancionar los testimonios tomados de los herejes así como los de los primeros Padres.

Pero el examen de los libros mismos viene en apoyo de estas inducciones, y en la relativo al tiempo las hace verdaderamente superfluas. El lenguaje, el estilo, todo el conjunto de la composición prueban que nuestros libros son del primer siglo, y que los tres primeros fueron muy anteriores al cuarto. ¿Dónde encontrar en el segundo siglo, en la literatura sagrada nada que se les parezca?

La evidencia es tal, que la escuela de Tubinga, que por razones de sistema, quiso hacer retroceder por lo menos hasta mediados del siglo segundo, el Evangelio de San Juan, ha sido puesta en el banquillo de la crítica, y Strauss que había fundado en esta fecha todo su sistema, ha recibido últimamente el golpe de gracia.

Según, pues, las opiniones más recientes, así como la tradición, los Evangelios son de los tiempos apostólicos. ¿Son también de los autores a quienes se han atribuido constantemente? Nuestros críticos no niegan casi ya el fondo de la tradición. M. Reville demuestra cuán natural es que entre todos los Apóstoles, San Mateo, publicano, y por este título algo entendido en letras, pensara en escribir la Buena Nueva (Estud. crític. sobre San Mateo, p. 109). M. Renan reconoce entre los documentos originarios de la vida de Nuestro Señor, «los discursos de Jesús, recogidos por el Apóstol Mateo (Vida de Jesús, pág. XXI).» El mismo M. Reville consigna y aprueba lo que refiere Papías conforme al sacerdote Juan, discípulo del Señor, de que Marcos intérprete de Pedro, escribió exactamente, pero no en su orden, todo lo que refería Pedro de las cosas que dijo o hizo Jesucristo (op. cit., pág. 148); y M. Renan acepta el texto de Papías con las consecuencias de M. Reville. «Los pormenores materiales, dice, tienen en Marcos una claridad que en vano se buscaría en los demás evangelistas. Está lleno de observaciones minuciosas que provienen sin duda ninguna de un testigo ocular. Nada se opone a que este testigo evidentemente ocular, que había seguido a Jesús, que le había hablado y contemplado de muy cerca, que había conservado una viva imagen suya, sea el mismo Apóstol Pedro, como quiere Papías (op. cit., pag. 38).» Respecto de San Lucas, tenemos su propio testimonio que ha sido recibido por todo el mundo. «En cuanto a San Lucas, dice M. Renan, no es casi posible la duda. El Evangelio de Lucas es una composición ordenada, fundada en documentos anteriores. Es la obra de un hombre que escoge, compendia y combina. El autor de este evangelio es ciertamente el mismo que el de los Actos de los Apóstoles; y el autor de los Actos es un compañero de San Pablo, título que conviene perfectamente a Lucas (op. cit., pág. 17).» Respecto del Evangelio de San Juan, ha sido reconocido como auténtico, en el mismo lugar donde vivió y murió su autor, no solo por sus contemporáneos y por sus compañeros, como lo indican las alusiones que hacen a él San Pedro (II, Petr., I, 14 coll., Ioah., XXI, 18-19, S. Ignacio, ef. ad Eph.V, cum Ioh., XVII. 21), etc., sino por los extraños aun adversarios suyos, como los herejes judaizantes y los Marcionitas, Gnósticos, Basilidianos, Valentinianos y Montanistas (Cf. Schwegler, Montanismus § 146; Origen. De principiis, lib. II, c. IV, núm. 3; Zeller, Theolog. Jahrbb, XIII, 634; Tertull., De carne Christi; c. II, adv Marción, IV, 4; Valentín., Philosophumena VII, 22; cum Ioh., I, 9; San Iren., adv haer. III, XII, 7), y aun por los mismos que dudaban de otros escritos de dicho autor; prueba evidente de que este evangelio no puede ser obra de ninguna opinión, escuela o secta particular, y que nadie lo hubiera aceptado, no ya siendo supuesto, sino aun cuando sólo hubiera sido dudosa su autenticidad.

Si hay entre los cuatro Evangelios canónicos alguno que hubiera debido al parecer disipar toda sospecha de falsificación o de impostura, dice el abate Freppel, en su Examen de la Vida de Jesús por Renan, es el de San Juan, porque, o no se revela en ninguna parte el Salvador del mundo, o se halla en esas páginas que retratan su fisonomía con un acento de verdad inimitable. Así es que, desde la oscura secta de los Alogos hasta la pretendida reforma, nadie se había atrevido a emitir una duda sobre la autenticidad de esta obra. Cuando en 1820 las Probabilia de Bretsneider vinieron a poner en cuestión lo que consideraban la fe y la ciencia como punto incontestable, se levantó un grito de reprobación contra el escritor de Gotha. El mismo autor de este escándalo reconoció que había avanzado a la ligera. No hubo nadie, hasta el doctor Wete, tan temerario en materia de crítica, que no se creyese obligado a protestar contra una tesis insostenible. Es verdad que Strauss, y después de él la escuela racionalista de Tubinga, y a su cabeza Baur y Selweigler reprodujeron por su cuenta las proposiciones de Bretsneider; pero Strauss daba tan poco valor a estas futilidades, que se servía de ellas o las sacrificaba una a una, según convenía a su objeto. En resumen, si el ataque del racionalismo alemán contra nuestros libros sagrados ha tenido un resultado sólido, claro y generalmente reconocido, es el de haber puesto al Evangelio de San Juan, para lo sucesivo, fuera de todo ataque.

En efecto, el mismo Bretsneider al ver lo mal parado que había quedado en sus dudas, expuestas en su Probabilia de Evangelii et Epistolarum Joannis Apostoli indole et origine, publicada en Lipsia en 1822, declaró en el prefacio de la 2.ª edición de su Dommatica, y en otras partes que habían sido fingidas y simuladas sus dudas reducidas a meras preguntas que publicó con la intención de procurar una demostración más sólida y profunda de la autenticidad del Evangelio de San Juan, y haber quedado satisfecho realizando su pensamiento.

Strauss confesó que había dudado de sus propias dudas, en su prólogo a la tercera edición de la Vida de Jesús (Leben Jesu 1838). Credner, Schlesermacher y Lucke, en su Commentar ub das Evang. des Ioh., segunda edición, Bonn, 1840, 1843, y Wette en su 5.ª edición de su Einleitung in das N. T. se separaron poco a poco de su opinión contra la autenticidad de dicho Evangelio, y Reuss, Die Geschichte der heilig Schriften N. T., reconoció que si no era demostrable esta autenticidad rigurosamente, podía admitirse por el crítico más severo como muy posible, cuyas confesiones y vacilaciones, supuesta la subsistencia de las hipótesis contrarias, vienen a ser una patente demostración de aquella autenticidad. Finalmente, el mismo M. Renan, el émulo de los Socinianos, a pesar de exhalar su mal humor contra este admirable Evangelio, que según se complacía en decir el sabio Herder, fue escrito por mano de un ángel, fundando sus dudas sobre su autenticidad en algunas omisiones y diferencias en el tono y estilo de algunos pasajes que advierte en él, respecto de los otros tres Evangelios, de lo que más adelante nos haremos cargo, se halla tan convencido de que es de San Juan este Evangelio, que encuentra pruebas de ello, aun en el carácter del mismo, en los pequeños pormenores que da el Evangelista, y aún encuentra pruebas donde nadie había imaginado buscarlas, en las particularidades o ideas especiales que revelan la personalidad del hombre; en sus celos, que supone M. Renan, respecto de San Pedro; en su continua atención en recordar que es el último que sobrevive de los testigos oculares, y en el placer que tiene en referir circunstancias que él solo podía saber (Vida de Jesús, pág. 28).

Por último, dice respecto de los cuatro Evangelios M. Renan. «En suma, admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos, a mi juicio, se remontan al primer siglo y son aproximadamente o casi de los autores a quienes se atribuyen (op. cit., pág. 28).» «Este casi o aproximadamente es original en verdad. Un hijo es de un padre o no lo es. «Como si pudiera haber en este punto aproximadamente» dice M. Havet murmurando (Jesús en la historia, pág. 47).

Este aproximadamente se refiere a las refundiciones que suponen los nuevos incrédulos haberse hecho de los Evangelios y sobre lo que ya hemos expuesto lo conveniente.

Y en efecto, los cuatro Evangelios canónicos, tales como los conocemos en el día, son de los Evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

San Mateo, según el testimonio de Eusebio (H. E. III, 24), estando para partir de Palestina a predicar el Evangelio en otras regiones, dejó escrito en su patrio dialecto su Evangelio a los Hebreos, para que supliera la falta de su presencia.

Así San Juan Crisóstomo dice haberlo verificado a instancia de los Hebreos convertidos, los cuales deseaban que dejase por escrito cuanto había predicado de viva voz. Igualmente, no sólo está unánime la tradición en reconocer en el Evangelio de San Marcos la predicación oral de Pedro (Euseb., Hist. Eccl., v. 8; VI, 25; Iren. ad Haer., III, 1, 1; Tertul., Cont. Marc., IV, 2, 5), sino que atribuye su origen y ocasión a las muchas instancias que hacían los Romanos a Marcos, deseosos de tener por escrito un recuerdo de la enseñanza verbal de Pedro. Así lo dice San Clemente de Alejandría según Eusebio (Hist. Eccl., II, 15; coll. VI, 14), y lo confirma San Gerónimo (Ad Hedib., 25), asegurando el mismo San Marcos no haber tenido al escribirlo otra norma que la tradición de aquellos que siendo testigos de vista en un principio, llegaron a ser después ministros de la palabra, esto es, de la predicación evangélica.

Respecto del Evangelio de San Lucas, según San Ireneo, el gran testigo de los primeros días, «Lucas, el auxiliar o compañero de San Pablo, trasmitió por escrito el evangelio que predicó su maestro.» Así nos lo asegura Eusebio en su Historia, garantizando su exactitud, el cual dice también en su obra contra los herejes, que en vez de retener San Lucas en un celoso silencio lo que había aprendido de los Apóstoles, lo trasmitió a los fieles (Euseb., Hist. Eccl., lib. V, cap. 8; Iren., Adv. Haeres, lib. III, cap. 14). San Gerónimo en su libro sobre los hombres ilustres, anuncia vigorosamente el mismo hecho. El mismo San Pablo, en su carta a Pilemón, llama a San Lucas su

auxiliar y compañero (Phil., 24); y cuando escribe de Roma a Timoteo, dice: «Lucas está solo conmigo (Tim., IV, 11), y lo recomienda a los Corintios (VIII, 18) como un hombre que se ha hecho célebre por el Evangelio en todas las Iglesias.

Respecto de San Juan, fue rogado también, no sólo por sus familiares y discípulos, sino por casi todo el episcopado del Asia Menor, para que, a ejemplo de los demás, dejase a su memoria su predicación oral; sabiendo bien ellos cuán a propósito sería, no sólo para confirmar, aclarar y completar la exposición evangélica de los sinópticos, sino todavía más oportuno para precaver a los fieles contra los errores que se iban ya insinuando relativamente a la divina persona del Verbo y a la realidad de sus dos naturalezas, a la necesidad y a la eficacia de la Redención y a las condiciones requeridas para merecerla y entrar a participar del reino de Dios: por lo cual él de buen grado, no sin haber invocado antes la luz divina, accedió a sus solícitas instancias.

Además, y en general con solo leer los evangelios se advierte, que sus autores exponen con toda seguridad lo que vieron, lo que oyeron, y lo que tocaron sus manos (San Juan, I, 1); apelan sobre ello al testimonio de sus contemporáneos (Act., II, 22; X, 37, 38); refieren los acontecimientos más maravillosos con una sencillez y naturalidad que convence, y no disimulan ni aún sus propias faltas. Así mismo, lo que predican, lo sostienen ante los magistrados, en las cárceles, encadenados, en medio de los más crueles tormentos, y lo sellan con su sangre. Distantes unos de otros, dispersos en las diversas partes del mundo, emplean siempre un mismo lenguaje, sin desconcertarse sin desmentirse. Escribiendo en diversas épocas y en distintos lugares, se hallan acordes sobre los mismos hechos, y su diferente modo de escribir, así como sus variantes, bien lejos de debilitar su testimonio, por el contrario, lo confirman, como dice San Crisóstomo (In Matth., proem., t. VII, p, 6), disipando hasta la menor sospecha de un plan concertado.

Y en efecto, no hay duda que todos los Evangelistas convienen en un mismo pensamiento de hacer un resumen histórico didáctico del ministerio público de Cristo y que ninguno subordinó el concepto común, a un fin peculiar dogmático y polémico. Pero no obstante, cada cual dio a su exposición o relato una dirección especial apropiada a la idea u objeto particular que se propuso hacer resaltar en su Evangelio con arreglo a las necesidades de la época y a la condición de los lectores a que iba próximamente dirigido; lo cual se revela en algunos toques más marcados, así como en el tono general de la exposición, según vamos a exponer.

Cada uno de los cuatro Evangelistas ha tenido un pensamiento fundamental al considerar la persona y la obra del Salvador, y se ha colocado en un punto de vista para contar su historia, dice el sabio Riggembach en su Historia de Jesucristo, lección 111.

Así, el intento o idea especial de San Mateo, es mostrar ante todo a los israelitas la venida del Mesías prometido; ostentar en el retrato de Jesús los rasgos del Mesías. San Marcos nos muestra al Hijo de Dios poderoso en obras.

San Lucas, en su cualidad de historiador, asciende a las fuentes, busca sobre todo las huellas que manifiestan desde un principio cómo el Salvador de Israel pertenece también al mundo entero, cómo trae la salvación a todos los pecadores, y de qué modo esta salvación, en el hecho de rechazarla los Judíos, se difunde sobre los gentiles. San Juan se fijó especialmente en la parte sacramental y dogmática de la revelación de Cristo según hemos dicho y se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen del Verbo divino.

Este objeto o idea especial de San Mateo, aparece en los frecuentes cotejos que hace de la profecía con los acontecimientos respectivos; y mas cuando algunos de ellos eran o podían ser mal interpretados (Cf. Matt, J, 22 y siguientes; II, 5, 6, 15, 18, 23; III, 1-3; IV, 14-16; XI, 5-10; XII, 18; XIII, 34-35; XXI, 4-5, 16, 42; XXII, 43-44; XXVI, 31-56; XXVII, 9-10, 35, 40-43, 46-49). Lo que caracteriza, pues, el Evangelio de Mateo, y cuadra mucho mejor a su propósito, mal se avendría con el Evangelio de Marcos y de Lucas, y cuando era muy diverso su auditorio, Romano o Asiático, Judío, Helenístico o gentil, del de Palestina, por lo que los rasgos prominentes del primero deben señalarse menos en los segundos, apareciendo otros diferentes, con lo que resulta cierta novedad de colorido, propia del objeto especial de cada uno. Así ésta se nota menos en Marcos, atendida su franca y pura brevilocuencia, y aparece más en Lucas por dar éste mayor realce a la vocación de los gentiles, a la catolicidad del cristianismo (Cf. Luc., III, 34; Matth., I, 1; Luc., II, 31-32, IV, 25-27), a la eficacia de la fe, del amor, del arrepentimiento para obtener el perdón (Cf. Luc., VII, 36-50; XV, 11-30; XVII, 11-19; XIX, 1-10), que no al carácter mesiánico de Jesús y a la observancia ritual de la ley. Manifiéstase sin

24. ¡Qué roca ha caído sobre el sepulcro de Jesús con esos terribles *Logia* de Mateo, incrustados en las anécdotas de Marcos, reproducidos por Lucas y despreciados u omitidos por Juan! ¿Cómo [81] resistir a la evidencia de «un testimonio capital de la primera mitad del siglo II, rendido por un hombre grave, por

---

embargo, la identidad de la doctrina, a pesar de la diversa manera de exponerla, respecto de San Lucas comparativamente con San Mateo, en las alusiones que hace el primero (Cf. Luc., I, 6, 32-33, 54-55, 59, 62, 68, 79; II, 21, 24, 34, 41-42; X, 26-28; XVI, 17, 29, 31; XVIII, 19, 20; XII, 30) con el modo de que se vale el segundo en muchos pasajes sobre la vocación de los gentiles, el repudio, la cesación y abrogación de los ritos figurativos (Cf. Matth., II, 1-2; VIII, 11-12; IX, 16-17; XXI, 33-44; XXII, 1-14; XXIV, 14 y siguientes; XXVIII, 19). San Juan nos expone claramente su principal objeto con estas palabras que se hallan al fin de su libro: «Jesús hizo también en presencia de los discípulos otros muchos milagros que no se han escrito en este libro. Pero estas cosas han sido escritas a fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyéndolo así, recibáis la vida en su nombre (XX, 30-31). De esta declaración se deduce también según hacen San Ireneo, San Clemente de Alejandría, Eusebio, San Gerónimo, y San Epifanio, y modernamente Ritschs, que San Juan se propuso completar las narraciones de los demás Evangelistas, reproduciendo toda una serie de acciones y de discursos del Señor que estos habían omitido, y omitiendo mencionar la mayor parte de los hechos y de los discursos referidos ya por San Mateo, San Marcos y San Lucas. Reconócese todavía mejor que este fue su objeto, comparando su Evangelio con los demás, considerado en su pensamiento fundamental y en su conjunto. San Mateo había probado por medio de las profecías que Jesús era el Mesías prometido a Israel. San Juan quiere ir más al fondo y elevar más alto las miradas de los creyentes. Quiere convencerles de que Jesús es el Mesías porque es el Hijo eterno del Dios eterno. Y esto es lo que prueba no solo con la palabra profética realizada y consumada en Jesucristo, sino más aún con el testimonio que se rinde Jesús a sí mismo. No hay duda que según ya hemos dicho, tienen presente esta verdad los otros tres Evangelistas, pero ninguno de ellos manifiesta como San Juan la eterna gloria del Hijo de Dios y la vida que de él emana y se difunde sobre todos los creyentes. Pintarnos de esta suerte la persona del Salvador, quitar el velo del santuario interior, mostrándonos al lado de las obras de Jesús la esencia de la persona que las operó, es en verdad completar los tres primeros Evangelios por medio del cuarto que es particularmente el Evangelio espiritual.

Así, pues, los Evangelistas nos anuncian al Señor cada cual a su manera, pues no era posible que bastara uno solo para manifestar la plenitud divina de la vida del Salvador; mas a pesar de esto, todos están concordes en los hechos y en la doctrina.

La gloria del Hijo de Dios había sido anunciada del modo más sencillo por San Marcos, refiriendo sus obras, pues de esta suerte era como debía procederse para causar una impresión profunda en los que oían estas cosas por primera vez. San Mateo había probado al pueblo de Israel que Jesús era el Cristo anunciado hacía tiempo por los profetas; San Lucas le había mostrado como el Salvador del mundo entero; San Juan quitó el velo del santuario, escribiendo, no para los principiantes o novicios, respecto de los cuales era preciso que sirvieran de primer fundamento los otros Evangelios, sino para la Iglesia ya formada, para fortificar su fe y completar su enseñanza y conocimiento.

A los que habían llegado a la fe, hizo conocer como fondo de la verdad, que este Hijo de Dios, este Mesías prometido, este Salvador del mundo, vino del seno del Padre a traer la vida al mundo entero y regenerarlo con su luz.

He aquí los cuatro Evangelios, cuatro radios que emanan de un mismo foco de luz; cuatro espejos que reflejan la misma vida; cuatro dones del mismo Espíritu; cuatro querubines que ostentan la gloria del Señor (V. la Vida de Nuestro Señor Jesucristo de M. Wallon, introd.; la Vida de Jesús, de G. Ghiringhello, pág. 180-208; la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, de Riggenbach, lección III; el Examen de la Vida de Jesús, de M. Renan, del abate Freppel, y la Historia de Nuestro Señor Jesucristo y su siglo, del conde de Stolberg, introd.) (N. del T.)

un hombre de tradición, [82] que cuidó toda su vida de recoger lo que se podía indagar sobre la persona de Jesús, y que declaró que prefería en semejante [83] materia la tradición oral a los libros?» El crítico no ha dicho siquiera, al hacer este elogio tan explícito, lo que podía realzar más el valor [84] del testimonio que invoca. Si hubiere abierto el Martirologio, hubiera visto que la Iglesia tributa culto público a la memoria de San Papías, obispo de Hierápolis, contemporáneo y amigo de [85] San Policarpo [122]. Si hubiera interrogado el código CCXXXII del *Myriobiblon* de Focio, hubiera descubierto que se honra en él a San Papías, obispo de Hierápolis, con el título de mártir [123]. Finalmente, los Bollandistas que el crítico se vanagloriaba en otra época de haber leído [124], y que parece haber olvidado después demasiado, le hubieran traído a la memoria que San Papías, obispo de Hierápolis, encarcelado primero con Onésimo, discípulo de San Pablo, fue desterrado posteriormente por su fe en la divinidad de Jesucristo [125]. ¡Por mi parte creería siempre en verdad a testigos dispuestos a sellar su declaración con su sangre! Pues bien, San Papías, varón grave, que recogió en el año 105 de la Era cristiana todo lo que se podía saber de la persona de Jesucristo, se expone a la muerte, confesando la divinidad de Jesús en el tribunal del prefecto de Roma, Tertullo [126]. [86]

Esto es muy diferente, fuerza es confesarlo, de la doctrina que se le atribuye. O San Papías no sabía lo que escribía, o el literato racionalista no ha comprendido lo que escribía San Papías. No es posible otra alternativa. Pero ¿cómo suponer que un profesor de hebreo, miembro del Instituto, filólogo emérito, no haya sabido traducir quince líneas de griego sin incurrir en contrasentido? Y por otra parte, ¿cómo admitir que San Papías se hubiera dejado encarcelar, desterrar, matar quizá, por la divinidad de Jesucristo, en que no creía?

25. Si se reuniera una comisión de helenistas para examinar la nueva traducción de algunas líneas de San Papías, no encontraría en ella ciertamente un milagro de ciencia ni de exactitud, pero podría encontrar una interpretación de los famosos *Logia* de Mateo, bastante extraordinaria para indemnizarle de la falta de todo otro prodigio. «*Logia*, se dice, significa *Colección de sentencias* y nada más que esto.» Toda la tesis contra los Evangelios, y por consiguiente, toda la doctrina del racionalismo contra la divinidad de Jesucristo se apoya en esta traducción de una sola palabra, cuya importancia, según se ve, es capital. Si es falsa la traducción, son los Evangelios textos históricos y Jesucristo es Dios. A decir verdad, se han arriesgado eventualidades importantes sobre la interpretación de una sola palabra. Jamás hubiera cometido el más frívolo de los antiguos heresiarcas semejante falta; ni hubiera consentido en exponerse tan de ligero a semejante azar.

---

[122] Martirol. rom. XXII, Februar. Cf. Irenaei, Adversus haereses, lib. V, cap. XXXIII.

[123] Photii, Myriobiblon, Cod. CCXXXII; Patrol. graec. tom. CIII, col. 1104.

[124] En un artículo titulado: Vidas de los Santos (Diario de los Debates, 8 de setiembre de 1854), se expresaba así el crítico que acababa de leer los Bollandistas: «En los momentos de tedio y abatimiento, cuando el alma lastimada por la vulgaridad del mundo moderno, busca en lo pasado la nobleza que no encuentra en lo presente, nada iguala a la Vida de los Santos.» (Cf. L. Veuillot, Misceláneas religiosas, etc., 2.ª serie. tomo II, página 232, 247).

[125] Bolland. Februar., tom. III, pág. 287.

[126] Bolland. loc. citat.

Valía, pues, la tesis la pena de fijarla con más solidez. Bajo el punto de vista de la controversia hostil, se ha sabido a veces fijarla mejor y mostrarse más temible; pero en fin, nuestro siglo habrá dado la medida de lo que alcanza en la polémica anticristiana. Esta medida se halla consignada en el Evangelio racionalista, lo cual es tanto peor para nuestro siglo, pues la posteridad tendrá el derecho de reírse de ella, así como lo hace ya la docta Alemania por órgano de M. Ewald [127]. Y es que el sentido de la célebre expresión «*Logia*» no se circunscribe [87] en manera alguna a la significación exclusivamente gramatical de: *Colección de sentencias*. Con esta palabra designan los autores apostólicos y sus inmediatos sucesores, ya la Sagrada Escritura en general, ya el Nuevo Testamento en particular. Así llama San Pablo a la Ley Antigua: los *Logia* de Dios [128]. Así llama San Ireneo a los Evangelios: los *Logia* del Señor [129]. Así Clemente de Alejandría les da el nombre de *Logia* de verdad [130], y designa toda la Sagrada Escritura con el término genérico de Lo/gion [131]. Así llama Orígenes a los Evangelios *Logia* divinos [132]. Así el mismo San Papías escribió tres libros titulados: *Exposición de los Logia (Evangelios) del Señor*. Como para prevenir el equívoco en que acaba de incurrir tan torpemente la filología, hablando San Papías del Evangelio de Marcos, de este Evangelio que sólo contiene anécdotas según el sistema del moderno exégeta, no encuentra dificultad alguna en designarlo con el título de lo/goi kuriakoi\ [133]: Discursos del Señor; de suerte que da San Papías al Evangelio de Mateo, que, según se dice, sólo contiene sentencias, exactamente el mismo nombre que al Evangelio de Marcos, que, según se quiere, sólo contiene anécdotas [134]. En vista de tales hechos, ¿a qué se reduce la distinción

---

[127] La importancia del libro titulado: Vida de Jesús, dice M. Ewald, es tan limitada, que no encuentro interés en señalar sus errores particulares. El autor ignora la historia verdadera del pueblo de Israel, durante los dos mil años que precedieron a la venida Jesucristo; y aunque ha tenido los medios más expeditos de apreciar esta historia en todas sus partes, no se ha tomado la pena de adquirir un conocimiento suficiente de ella, parcial o total. No obstante, es imposible tener una idea exacta de Jesucristo, sin el estudio previo del Antiguo Testamento, puesto que es el Mesías ta flor, mas aún, el fruto por excelencia de la vegetación histórica que le precedió. (Artículo de M. Ewald, sobre la Vida de Jesús, publicado en el Cottinsgische gelehrte Anzeigen; 31 Stuck. (Véase la Vida de Jesús y la Crítica alemana, por M. Meignan, Vic. gen. de París.

[128] Rom. cap. III, 2.

[129] Irenaei., Advers. haeres. Procemium, Proaemium, Patrol graec. tomo VII, col 437.

[130] Clemen. Alexandrin. Cohortatio ad Gentes, Patrol. graec. (tom. VIII, col. 224.).

[131] Clement. Alex. Stromat, lib. II, cap. X; Patrol. graec., tom. VIII, col. 984.

[132] Origen. in Matth., vers. 19; Fragmentum ex Philocalia Patrol, graec., tom.XIII, col. 839.

[133] Logoi kuriakoi en el original (N. del E.).

[134] Estos logia o discursos del Señor, tienen además por equivalente en el mismo pasaje de San Papías, «las cosas dichas o hechas por Jesucristo (Euseb., Hist. Eccles., III, 40 (39).» Al designar, pues, Papías de esta suerte la obra de San Mateo, entiende que coleccionó los actos y los discursos. Así M.Miguel Nicolás ha declarado que por su parte le parece convenir perfectamente las expresiones de Papías a los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, tales como los conocemos en el día. Por otra parte una observación debe atajar toda esta polémica; imagínese lo que se quiera de los logia de San Mateo, hay un hecho cierto e indudable, como reconoce M. Reville, y es, que esta pretendida refundición de San Mateo, existía en tiempo de Papías. Si no son, pues, los logia precisamente este evangelio, explíquese cómo es que no menciona Papías este Evangelio que se creía ser de San Mateo. Esta cuestión ha sido propuesta por M. Miguel Nicolás a M. Reville, quien

capital inventada por el nuevo traductor, y la antítesis triunfante que debería destruir la creencia en la narración evangélica, destruyendo por su base la fe en la divinidad de Jesucristo? Y si desease saber el racionalismo por qué se ha elevado la expresión de *Logia* en el estilo de los escritores apostólicos al nivel del término igualmente consagrado de *Escrituras*, Clemente de Alejandría le enseñaría, que habiéndonos manifestado el *Logos*, el Verbo de Dios, que sale de los esplendores del Padre más radiante que el sol, la verdad sobre la esencia divina, llegó a ser para nosotros el *Logos* por medio de su enseñanza y de sus milagros, la fuente de toda vida, de toda ciencia y de toda [88] luz [135].» Siendo así, la revelación de las Escrituras en general y la del Evangelio en particular debía llevar el nombre de su autor [136]. El *Logos*, el Verbo divino, nos dio los *Logia*. Sin duda que esto se [89]

---

todavía no ha contestado a ella. El San Mateo de Papías, es pues, nuestro San Mateo, y lo que se dice de los logia se aplica a nuestro evangelio actual. (V. M. Wallon. Introducción a la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, página 62.) (N. del T.)

[135] Clement. Alejandrin., Cohortatio ad Gentes, cap. X; Patrolog. graec., tom. VIII col. 228.

[136] A pesar de la grande erudición que demuestra aquí M. Darras, creemos oportuno ilustrar mayormente este importante pasaje, con los preciosos datos que expone sobre el mismo, el sabio profesor de sagrada Escritura G. Ghiringhelo, en la obra ya citada. La significación dice, que da M. Renan a la palabra logia, limitándola a sólo las sentencias, dichos o discursos con exclusión de los hechos y de cualquiera exposición histórica, fue iniciada por Schleiermacher, habiendo sido acogida favorablemente, como era de preveerse por los racionalistas, entre otros Schneckemburger, Lachmann, Weisse, Reuss, Wieseler, Banmgarten Crusius, Meyer, Holtzmann, si bien halló opositores aun entre éstos, como De Wette, Einl, §. 97, 6; Strauss, Vie de Jesus, edit. Littré Introd., § XXII, p. 70-71; Baur, Kritische Untersuchungen über die Kanon Evangel., § 580, ff. y Bleeck, Einl. in das N. T. S. 93-94, los cuales fueron bastante perspicaces e imparciales para reconocer, que tal interpretación no tiene fundamento alguno ni en el uso, ni en el tenor del pasaje de Papías citado, ni en el contexto del Evangelio de San Mateo. Reville, que en su obra intitulada Etudes critiques sur l'Evangile selon San Matthieu; Leída, 1862, cap. II, pág. 43-67, obra premiada por la Sociedad Asiática para la defensa de la religión cristiana, después que trata de demostrar que el actual Evangelio de San Mateo, no es idéntico a la colección que hizo de los oráculos y sentencias de Cristo, recordada por Papías, tiene la ingenuidad de confesar que se inclinaba a creer ser inaplicable a nuestro primer Evangelio la hipótesis de una colección primitiva de simples discursos (logia). No tiene fundamento aquella interpretación en el uso, ya sea bíblico, ya patrístico, puesto que se halla usada la palabra logia por los escritores del Nuevo Testamento en el significado general de una colección de oráculos, esto es, de revelaciones, cualquiera que fuese la forma con que se hicieran, y de aquí, el usarla también respecto de la enseñanza divina en general (Hebr. V, 12. ta\ stoixei=a... = l/ tou= qeou [ta stoikei=a... l tou= qeon= en el original (N. del E.).], los elementos de la palabra de Dios, son los rudimentos de la doctrina cristiana (I, Petr. IV, 11), lo/gia qeou= [logia deou= en el original (N. del E.).], son un hablar divino, esto es, una exposición de la palabra divina, (cf. Policarp. Ep. ad Philip., c. VII), y por sinécdoque, se ha entendido la palabra logia por la Sagrada Escritura que contiene dicha enseñanza. (San Pab. a los Rom., III, 1-2, dice, que fueron confiados a los hebreos los oráculos de Dios, esto es (según el padre Amat, las Escrituras divinas): e)pisteu/qhsan ta\ lo/gia tou= qeou= [etisteudhsauita logia tou= deou en el original (N. del E.).], es decir, el código de la revelación divina y de las promesas que fueron escritas para que se custodiaran y conservaran mejor; y también se usa aquella palabra como refiriéndose a una sola parte de dicha Escritura (Act VII, 38; lo/gia zw=nta [logia zwuta en el original (N. del E.).], la palabra viva, esto es, procediendo de la vida, que son los preceptos del Decálogo, y los demás que fueron promulgados en el Sinaí. Filou llama a los preceptos del Decálogo los diez oráculos ta\ de/ka lo/gia [ta deka logia en el original (N. del E.).]; pero adapta también la misma voz, De vita contemplativa, I, 3, para significar la segunda de las tres clases en que dividieron los Hebreos la sagrada Escritura, leyes, profetas y hagiógrafos; subdividiendo la segunda, en profetas primeros, que comprenden los libros históricos, Josué, los Jueces, Samuel y Reyes, y en posteriores que son Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores, hablando de los Terapeutas,* dice, que en su oratorio no se introducían entre las leyes, los oráculos preferidos por los profetas, los himnos y lo restante del sagrado código: no/mouj kai\ lo/gia

e)pisteu/qenta dia\ profhtw=n, kai\ u(/mnouj kai\ ta\ a)/lla [uomouj kai logia qetpisqeuta dia profhtw=n, xai umnouj kai ta alla en el original (N. del E.).]; fórmula que es la misma adoptada por Sirac en el prólogo del Eclesiástico; o(no/moj kai\ profh/tai kai\ ta\ a)/lla [o/ uomoj ui profh)ai kaita a(\lla en el original (N. del E.).], Vulg. «lex et prophetae, coeteraque aliorum librorum;» así como por Cristo; Luc., XXIV, 44;o(no/moj, oi(profh/tai kai\ oi(ya/lmoi, la ley, los profetas y los salmos [o uomoj, oi profh(ai kai oi falmou en el original (N. del E.).]. De donde se deduce ser manifiesto que en el lenguaje helenístico ta\ lo/gia [ta gogia en el original (N. del E.).] son los escritos inspirados aunque sean puramente históricos). Así han entendido la voz logia Justino (Dial. cum Thryph., c. 18, y en la Epist. ad Zenan et Serenum hace sinónimas las dos voces ta\ lo/gia tou= swth=roj y eu)agge/lion [ta logi/a tou= swthroj y eu(/aggeli/ou en el original (N. del E.).]), Ireneo. Clemente de Alejandría, Orígenes y Eusebio (Dem. Evang., 1, 6;.Hist. eccl., VI, 22; De martyr. Palaestinae, c, XI), en el significado de escritura canónica y especialmente de Evangelios; no en otro sentido la usaron sucesivamente, los escritores eclesiásticos (Cf. Suiceri Thesau. Eccl., tom. II, pág. 248; Wetstenii, N. T., tom. II, pág. 36), entre los cuales llama Focio a los Evangelistas los oráculos dominicales ta\ kuriaka\ lo/gia [ta knraka pugia en el original (N. del E.).] (Photius, Bibliothecae cod. CCXXVIII); y hablando de San Efrem, patriarca de Antioquía, dice que los escritores de donde sacó la prueba del dogma de la Santísima Trinidad son el A. T., los oráculos dominicales y las predicaciones apostólicas h(te diaqh/kh palaia\ kai\ ta\ lo/gia kuriaka\ kai\ ta/ a)postolika\ khru/gmata [h(te diadh\kh palaia kai ta logia kuri/aka kai ta/ a(/postoli(/ka khrugmata en el original (N. del E.).], esto es, respectodel N. T, los Evangelios y los Actos y Epístolas de los Apóstoles, incluso el Apocalipsis; fórmula análoga a aquella con que los Padres apostólicos y sus inmediatos sucesores acostumbraban indicar la colección completa de los escritos del Nuevo Testamento, llamándola el Evangelio, to\ eu)aggeli/on [to eu(/aggelion en el original (N. del E.).] o bien el Evangelio y el Apostolado, o los Apóstoles, o los escritores apostólicos, to\ eu)aggeli/on kai\ o(a)po/stoloj, oi(a)po/stoloi, ta\ a)postolika/ [to euaggelion kai\ o/ a/postoloj, oi upostoloi, ta a/postolika en el original (N. del E.).] V. Ignat. ad Philadelph., c. V; ad Smyra., c, VIII; Constit. Apost., II, 59; Clement. Alex: Strom. VII. p. 757; Iren. Adv. Haer., 1, 3, 6; Tertul., Adv. Prax., c. 15; De praescript haeret. c. 30; De baptismo, cap. 11, 12; Contra Marcion., IV, 2; Auctor. Ep. ad Diogenet., c. II. Con lo que se confirma el uso de la frase lo/gia kuriaka\ [loria kuriaka en el original (N. del E.).] como equivalente a la colección de los cuatro Evangelios canónicos). Dicha forma usada por Focio, es la misma que adopta Papías, tanto al designar con ella sus propios escritos, como al denominar la predicación de San Pedro y el Evangelio de San Marcos, queriendo con ella significar una exposición histórico-didáctica de la doctrina dominical, esto es, de la predicación evangélica. (Papías intituló su escrito Logi/wn kuriakw=n e)ch/ghsij [Logiwn kuriakw=n echghsij en el original (N. del E.).] , Exposición de los oráculos dominicales, esto es, de los discursos del Señor, proponiéndose hacer una exposición metódica y clara de cuanto recordaba haber aprendido de los ancianos, tanto relativamente a los discursos del Señor, como a los de los Apóstoles y discípulos. Pero no comprendía únicamente su libro los oráculos o discursos del Señor, sino las declaraciones y las tradiciones de los ancianos, y cuanto creyó conveniente recoger de la tradición oral; y así, no sólo los preceptos e)ntola\j [eftolaj en el original (N. del E.).] genuinos delSalvador, sino ciertas parábolas y doctrinas ce/naj te\ tinaj parabola\j tou= swth/roj kai\ didaska/liaj [cenaj te tinaj parabolaj tou= swthroj kai didaskaliaj en el original (N. del E.).] que se le atribuían falsamente; y datos históricos, leyendas y prodigios tomados de la misma fuente tradicional, y referidos, no ya en calidad de exégeta, a modo de dilucidación, como interpreta inexactamente Reville, sino en calidad de recopilador histórico, curioso y diligente, y como expositor del tesoro tradicional: tales son las noticias que da sobre la redacción de los Evangelios de Mateo y de Marcos; tales los dos prodigios que refiere de la hija de Filipo; tales también la fábula milenaria y los particulares de la muerte de Judas, distintos de los del Evangelio de San Mateo, lo cual justifica la opinión de Eusebio, respecto de la poca solidez de Papías, calificándole de smikro\j to\n nou=n [smikro\j to\n nou\n en el original (N. del E.).], de escaso talento, porque, solícito de beber en fuentes verdaderas, daba no obstante, fácil y entero crédito a cuanto se le refería por cualquier oyente de los ancianos, dejándose a veces alucinar de lo extraño y de lo maravilloso. Si pues, la Exposición de los oráculos del Señor comprendía igualmente los dichos y los hechos de los Apóstoles y de los Discípulos y las declaraciones de los ancianos, y era una colección o recapitulación de cuanto pudo recoger el autor en el vasto campo de la tradición oral, se comprende bien qué significación tan extensa atribuye Papías al vocablo lo/gia [logia en el original (N. del E.).], y cuan propiamente se adapta a ser sinónimo de Evangelio. En hecho, esta voz abrazó la exposición tanto oral como escrita de los discursos y de los hechos, como si dijéramos, los actos y las sentencias de Cristo. Matth., XXVI, 13; Marc., XIII, 10; XIV, 9; XVI, 15; Act., XV, 7, al. De aquí es

que al hablar Papías de la enseñanza (didaskali/aj [didaskaliaj en el original (N. del E.).]) de Pedro, dice que éste acomodándola a la diversidad de circunstancias u ocurrencias (pro\j ta\j xrei/aj [proj taj xreiaj en el original (N. del E.).]) no proponiéndose trazar una exposición coordinada de los discursos del Señor, no la pudo suministrar a Marcos, y éste fue el motivo por el cual no coloca Marcos por orden los dichos y hechos de Cristo h)/ lexqe/nta h)/ praxqe/nta [h/) lekqenta h)/ trukqenta en el original (N. del E.).]), lo cual supone necesariamente que la enseñanza de Pedro comprendía unos y otros. Y siendo el Evangelio de Marcos una colección de los dichos y hechos de Cristo, calcada, en cuanto a la materia y a la forma, en la enseñanza de Pedro de la cual eran objeto los discursos del Señor, se sigue que estas son voces sinónimas y frases equivalentes. La cual equivalencia, cuando se nota por la razón expuesta por Papías, de no hallarse puestos en orden los dichos y los hechos referidos por Marcos, coadyuva a aclarar en qué consiste el mencionado defecto de orden, no imputable a Marcos, el cual cuidadoso de no omitir ni alterar nada de lo que había oído, lo escribió todo fielmente según y conforme lo recordó; sino que debe atribuirse a Pedro, que en su predicación no creyó necesario ni expedito mejor orden. Ahora veamos por qué no pudo Pedro agrupar los hechos y dichos afines como hizo Mateo, o por qué no pudo hacer esto Marcos por sí, independientemente de Pedro. Si se abstuvieron de ello uno y otro, esto quiere decir, que Pedro tuvo por necesidad o conveniencia que sustituir un orden artificial al cronológico que no podía ignorar, ni trastornar sino a ciencia cierta. Supongamos que lo siguiese compendiosamente y no sin alguna interrupción, y que por esto Marcos, ateniéndose escrupulosamente a la predicación del maestro, no creyese deber suplir tales claros redactando una exposición ordenada y seguida de los dichos y hechos del Señor. Así me parece deber interpretarse la frase de Papías ou) ta/cei [ou\ tazei en el original (N. del E.).], sin orden, y no ya comparativamente, con el que siguió Mateo (como suponen Ebrard y Maier), el cual era compatible con la redacción de Marcos, sino con relación a la falta de continuidad, si bien conforme al tenor de este Evangelio, que por ser el más restringido y compendioso, fue llamado breve por San Gerónimo (De vir. illust. cap. VIII).

La razón y el origen de esta equipolencia de la frase lexqe/nta kai\ praxqe/nta [lekqenta kai prakqenta en el original (N. del E.).], dichos y actos, y de los vocablos lo/goi [logoi en el original (N. del E.).], discursos, y lo/gia [logia en el original (N. del E.).], oráculos, adoptada por Papías para significar el Evangelio de Marcos, la predicación de Pedro y el Evangelio de Mateo, debe buscarse en el idiotismo hebraico, en el cual la voz davar y el plural devarim, divre, según los LXX lo/goj [logoj en el original (N. del E.).], palabra, discurso, no significan solamente los dichos, sino también los hechos, y aun solo éstos, así como también los escritos en que están comprendidos unos y otros (Cf. I, Paráb. XXIX, 29; II Par. IX, 29; XII, 15; XIII, 22; XXXII, 12); y cómo se entiende en este último sentido la voz o(/rasij [o)rasij en el original (N. del E.).], Visión y profhtei/a [profhteia en el original (N. del E.).], profecía (II Par. XX, 29; XXXII, 32), tratándose de escritos que contienen profecías y sucesos históricos, es pues claro que en el mismo sentido se ha podido adoptar la voz análoga lo/gia [logia en el original (N. del E.).], oráculos, y cómo en la aplicación hecha por Papías al Evangelio de Mateo se puede ver una confirmación del original aramaico, no siendo improbable que se intitulase éste primitivamente con un vocablo equivalente. No podía dejar de usarse por Papías de la palabra lo/gia [logia en el original (N. del E.).] en otro sentido que el de oráculos dominicales; y por tanto se emplea el vocablo Evangelio por la predicación oral y escrita, y siendo el fin de ésta únicamente dar un compendio más o menos copioso de la predicación oral, para que el lector tuviera a la vista como un resumen y recuerdo de cuanto había aprendido de oídas, esto demuestra que la distinción entre una y otra (voz) no era de materia, sino de forma. Además de que suponer que hiciera Mateo una colección primitiva de sólo los discursos de Cristo, equivale a restringir a éstos su predicación oral, hipótesis contraria a la enseñanza de Cristo, quien acompañó con sus obras su doctrina en prueba de su divina misión (V. Math., XI, 2, 6; Luc., VII, 19, 23; Ioan., V, 19-36; IV, 3-4; X, 25-32-28); hipótesis contraria a los hechos de los Apóstoles que teniendo que sustituir con otro el puesto de Judas, lo quisieron escoger entre los asiduos y constantes testigos de la vida pública de Cristo (Act., I, 21,22), y especialmente de sus obras prodigiosas (Luc., I, l), habiendo formado el tema de su predicación de la vida de Cristo y de su muerte y gloriosa resurrección y ascensión (San Pabl., I, Cor., XI; 23-26). Es pues, falsa y absurda la hipótesis que se funda en poderse separar de la predicación evangélica oral escrita, los hechos dogmáticos que son como su perno y fundamento.

Esta hipótesis repugna también a la composición del Evangelio de San Mateo, puesto que los discursos y los hechos se hallan expuestos y coordinados con igual idea, y se dirigen al mismo fin de mostrar comprobadas y expresadas en la vida y en la persona de Cristo, las señales y el carácter del

parece mucho al *In principio* de Juan, hijo del Zebedeo; pero si no hay analogía alguna entre semejante doctrina y el *In principio* del [90] materialismo, no serían responsables de ello los apóstoles y los doctores de la Iglesia.

26. He aquí íntegro el texto de San Papías, el cual, el nuevo [91] exégeta siguiendo su constante costumbre en semejantes casos, se ha guardado bien de reproducir. En el libro III de la *Historia eclesiástica* de Eusebio, se titula el XXXIX y último capítulo: *Obras de Papías* [137]. «Los libros de Papías ascienden al número de cinco, dice Eusebio, y se titulan: *Exposición de los Logia* (Evangelios) del Señor. Su autor se expresa así al principio: Se me agradecerá que trasmita la enseñanza que recibí de los Ancianos, cuya memoria he [92] conservado cuidadosamente, y cuya veracidad atestiguo. Me he atenido siempre, no como la muchedumbre, a los maestros que hablan más, sino a los que dicen la verdad; no a los que profesan doctrinas extrañas, sino a los que trasmiten la enseñanza propuesta a nuestra fe por el Señor, y que en su consecuencia procede de la Verdad misma. Cada vez que me acaecía encontrar algunos discípulos de los Apóstoles, me informaba ansiosamente de lo que habían enseñado sus maestros. ¿Qué decían habitualmente Andrés, Pedro, Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Mateo, preguntaba? ¿Qué decían Aristión y Juan el Anciano, discípulos de Jesucristo? Así hablaba, creyendo sacar más fruto de la palabra de testigos que aún sobrevivían, que de la lectura de los libros.» Si hubiera recorrido el traductor racionalista este exordio de San Papías, se hubiera extrañado sin duda al oír a «un hombre grave,» a un «hombre de tradición,» a un testigo «de la primera mitad del siglo II,» identificar a Jesucristo con «la Verdad misma.» Felizmente para su buena fe, no ha leído el moderno exégeta este exordio, habiéndose limitado, según parece, a lo que sigue: «Papías, continúa el historiador Eusebio, comprueba en sus libros algunos relatos y algunas tradiciones concernientes a Nuestro Señor que supo por Aristión y Juan el Anciano. Bástame hacer esta indicación para los que deseen efectuar un estudio más profundo. Pero creo útil reproducir aquí las mismas palabras que consagra Papías al Evangelista San Marcos.- Juan el Anciano, refería, que Marcos, intérprete de Pedro, escribió exactamente todo cuanto supo por este último, y cuyo recuerdo conservó fielmente. De esta manera no pudo seguir el mismo orden en que habló y obró Cristo, puesto

---

verdadero Mesías. Y no sólo es idéntico al fin de la parte didáctica y de la histórica, sino que la prolijidad comparativa de la una, y la brevedad de la otra proviene juntamente de esta identidad, nueva prueba de la unidad y autenticidad del escrito y de la superficialidad de aquellos que, no advirtiendo el íntimo enlace de ambos elementos, les fantasearon distinto origen y una composición sucesiva. Si los discursos de Cristo exponen con más extensión en este Evangelio que en los otros sinópticos, esta particularidad que le es común con el de Juan, es una prueba de su origen apostólico, puesto que sólo un asiduo testigo de oídas hubiera podido conservar en la memoria y reproducir con exactitud los largos discursos del Maestro. Demuestra también la autenticidad de estos discursos la conexión y enlace que hay en todas sus partes, y el referirse en ellos hasta los hechos y circunstancias que les habían dado ocasión. El dar cuenta San Mateo más bien de los discursos que de los hechos de Jesucristo, tuvo por objeto el exponer más evidentemente la índole de su doctrina, y el hallarse aún recientes los hechos en la memoria de los naturales de Palestina, y más aún de los Galileos, la mayor parte testigos de los prodigios que había obrado Cristo. (Vita de Gesu, romanzo di Ernesto Renan, presso ad esame da G. Ghiringhello, página 165-180.(N. del T.)

* [«Terapéuticos» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[137] Euseb. Hist. Eccles., lib. III, cap. XXXIX.

que él no oyó ni siguió al Señor, como discípulo; pero como ya he dicho, acompañaba a Pedro, el cual divulgaba su enseñanza según creía convenir al auditorio, sin tratar de seguir el orden de los Evangelios del Señor. Así no omitió nada Marcos, porque escribió siguiendo sus recuerdos y cuidando únicamente de no omitir nada de cuanto había oído, y de no mezclar en ello nada falso.- He aquí lo que dice Papías respecto de Marcos. En cuanto a Mateo, se expresa de esta suerte: -«Mateo escribió los Evangelios del Señor en lengua hebraica; teniendo, en su consecuencia, cada uno que traducirlos según podía [138].» Es decir, que [93] los fieles, griegos y latinos, que ignoraban la lengua hebraica, tuvieron que recurrir a traducciones para leer el Evangelio de San Mateo.

27. El lector tiene a la vista el testimonio de San Papías. Los *Logia* de Mateo corresponden según él a los *Logoi* de Marcos; no se nota la menor señal de la diferencia tan palpable que se señalaba entre los dos Evangelios, y es cosa de preguntarse por qué sutilísima intuición ha podido deducir el nuevo exégeta de las palabras de San Papías que «era corto e incompleto el escrito de Marcos,» puesto que no hay nada en el precioso texto del obispo de Hierápolis que autorice semejante inducción. Las pretendidas *Anécdotas* de Marcos, y la *Colección de sentencias* de Mateo, son, pues, invenciones gratuitas que jamás tuvo el honor de inventar San Papías, y cuyo descubrimiento se funda en un contrasentido enteramente moderno. Siendo esto así, ¿podéis autorizaros realmente para conferir al Evangelio de San Lucas un privilegio de nulidad histórica, acusándole de ser solamente una compilación de las *Anécdotas* de Marcos y de los *Logia* de Mateo? ¿No se halla suficientemente justificado San Juan de no haber conocido los famosos *Logia*, que jamás existieron sino en la imaginación obcecada del reciente exégeta? Pues qué ¿es esto cuanto han podido producir formal y grave contra la divinidad de Jesucristo, veinte siglos de negaciones, de dificultades y de sofismas, reunidas con infatigable perseverancia, acumuladas con todo el artificio de la habilidad moderna? ¿Habéis creído de buena fe que poniendo semejante piedra a la entrada de este sepulcro se impediría que resucitara tal muerto? Los *Logia* de Mateo, así como los *Logoi* de Marcos son el Evangelio de Jesucristo. San Papías habló como habla la Iglesia durante diez y ocho siglos: confesó la fe de Jesucristo en los tormentos, lo mismo que San Pedro, San Pablo y todos los mártires, hasta los misioneros que riegan hoy con su sangre las remotas comarcas de la Oceanía o de la India. Todo vuestro edificio viene a tierra; no hay Evangelio primitivo sobre el cual se haya ingerido una divinidad póstuma, fruto de la leyenda. El haz de los cuatro Evangelios canónicos permanece en su inviolable majestad, siéndonos ya permitido en el día repetir las palabras que escribió Orígenes en el año 210. «He aquí lo que me enseña la tradición, dijo este gran doctor, con ocasión de los cuatro Evangelios, únicos que se admiten como auténticos por [94] la Iglesia de Dios esparcida por todo el universo. El primero fue escrito por Mateo, que fue en un principio publicano, y que más adelante se hizo apóstol de Jesucristo. Lo compuso en hebreo para uso de los judíos convertidos a la fe. El segundo es el Evangelio según Marcos, quien lo redactó conforme a lo expuesto por Pedro en sus predicaciones, según atestigua Pedro en su Epístola católica: La Iglesia de Babilonia y Marcos, mi hijo, os envían la

[138] Euseb. Hist. Eccles, lib. III, cap XXXIX, Patrol. graec., tom. XX, col. 296-300.

salutación de paz. El tercer Evangelio escrito por Lucas, para uso de los Gentiles, es elogiado por San Pablo. El cuarto Evangelio es el de Juan [139].»

§ III. Jesucristo

28. Tanta impotencia por parte del racionalismo actual, es para nosotros sin duda alguna una nueva prueba de la verdad evangélica, y bajo este concepto, tenemos derecho para regocijarnos. Sin embargo, acusa en la opinión pública y en ciertas inteligencias excepcionalmente cultivadas, tan completa ignorancia de los principios religiosos más elementales, que es imposible no dolerse de que sea tan débil este ataque. Por singular que pueda parecer semejante sentimiento, no vacilamos en proclamarlo. Léase, por ejemplo, los ocho volúmenes de Orígenes contra el filósofo Celso, y se nos comprenderá. Al negar Celso la divinidad de Jesucristo, sabía exacta y positivamente lo que atacaba. No se concentraba la objeción como en el día, sobre un fantasma imaginario a quien basta mirar cara a cara para verle caer reducido a polvo. Evidentemente es inferior a su empresa el racionalismo moderno; pero su inferioridad se halla en proporción paralela con el grado de decaimiento de la ciencia religiosa entre nosotros. El programa de la incredulidad contemporánea es sobrado nulo, por lo que nos basta indicar para los Renanes futuros, todo lo que tendrán que destruir antes de conseguir tocar a la divinidad del Evangelio. Sólo algunas palabras sobre el nombre mismo de Jesucristo bastarán para disipar frívolas esperanzas; y puesto que es preciso que haya herejías, tal vez se reflexione más seriamente antes de aceptar el triste papel de heresiarca.

29. El Verbo encarnado que adoramos, no se llama solamente Jesús, como quieren los racionalistas: no se llama exclusivamente [95] «Cristo,» como afecta creer el racionalismo [140]. Llámase Jesucristo, nombre que recibió la Iglesia católica

---

[139] Origen in Matth. Comm. Fragment. I; Patrolog. graec., tom. XIII, col. 829.

[140] Nos es imposible señalar aquí esta inconsecuencia del protestantismo de todas las escuelas. Los Actos de los Apóstoles dan en veinte y un pasajes diferentes a Nuestro Señor, el nombre de Jesucristo. Las epístolas de San Pablo repiten ciento noventa y ocho veces el mismo nombre. San Pedro lo reproduce veinte y una vez en sus dos epístolas. San Juan diez y nueve veces; San Judas siete; sin hablar de los Evangelios que llevan este título uniforme: Evangelium Jesu Christi: ¿Por qué han dividido en dos el nombre del Salvador los protestantes, que no reconocen más regla que la sola palabra de la Escritura?

Su designación absoluta de Cristo, sin artículo prefijo, es igualmente contraria al texto mismo del Nuevo Testamento, en que se declina siempre el nombre de Cristo, tanto en latín como en griego:o(Xri/stoj tou= Xristou=: el Cristo, del Cristo [oxristoj tou= Xri/stou= en el original (N. del E.)].

de los apóstoles, que conserva en su integridad complexa, y que no le dejará dividir ni por las fantasías del racionalismo, ni por las predilecciones injustificables de la herejía. Pues bien, el nombre de Jesucristo es el lazo que une las dos edades de la historia humana. Lo que fue prometido, figurado, predicho, designado anticipadamente y esperado durante cuatro mil años, fue el Cristo. No basta, pues, introducir subrepticiamente, en la serie de los siglos, un Jesús de imaginación, inventado por la credulidad, popularizado por la leyenda, para entregarlo como un rey de teatro, a la irrisión del vulgo. Antes de pensar siquiera en atacar al Evangelio, es preciso destruir todos los libros del Antiguo Testamento que anuncian el advenimiento de un Mesías; es preciso quemar todos los monumentos de las literaturas egipcias, chinas, indias, asirias, persas, griegas y romanas que atestiguan uniformes la creencia del mundo en una redención futura, cuyos sacrificios son su señal en cierto modo sacramental, cuyos ritos religiosos son su expresión popular. ¿Hase reflexionado en la inmensidad de esta hecatombe que debió comenzar en Manethón y en Confucio, pasando por Hesiodo y Homero, para terminar en Virgilio, Cicerón y Tácito? No es esto todo. No solamente los monumentos escritos de las civilizaciones estudiadas hasta aquí, proclaman la decadencia primitiva de la humanidad, la necesidad de una rehabilitación y la fe en un revelador futuro, sino que adquieren voz las piedras mismas y emplean el mismo lenguaje. Destruid, pues, previamente en todos los puntos del globo, todos los recuerdos lapidarios, las estatuas, los bajo-relieves, las columnas, los arcos triunfales, los mármoles y los bronces antiguos: arrasadlo todo, desde los templos trogloditas de Mahalibapur y los pylonos [141] de Karnac, pasando [96] por Nimrud y Khorsabad, y concluyendo por las obras maestras del arte griego y romano. Trastornad el suelo del universo, y cuando hayáis acabado vuestra obra, impedid que venga la casualidad de algunas nuevas excavaciones a revelaros súbitamente un nuevo testigo de la fe del antiguo mundo. Mas aún no se habrá hecho todo lo necesario. Hay testigos de más vida que los libros, y más duraderos que los monumentos: tales son las razas humanas. Pues bien, todas las razas en este momento idólatras creen unánimes en una caída y en la necesidad de un Mediador. ¡Id a degollar en las islas de la Polinesia, en todos los puntos del África, en toda la extensión de los continentes americano y asiático, esos testigos vivientes de una creencia que os humilla! Pues todo esto es preciso antes de atacar el carácter mesiánico del Cristo.

30. Creo que es ya un hecho bastante maravilloso la posición histórica del Cristo en el mundo antiguo. ¡Sí, es un milagro haber ocupado en la humanidad tal lugar, haber echado en ella raíces tan profundas, que a no aniquilar la historia y reemplazarla con el caos, no es posible derrocar al Mesías! Y no obstante, apenas forma todo esto la orla del manto divino de Jesucristo. Como podría en rigor explotarse por la habilidad de un hombre de genio, la creencia general en el Redentor futuro, consiguiendo usurpar este título, se ha provisto a tal inconveniente de esta suerte. No siendo el Antiguo Testamento en su conjunto, más que la designación seguida de edad en edad y representando, con una exactitud llevada

---

[141] Grandes portadas coronadas de una torre cuadrada que servían de ornato a las fachadas de los templos egipcios. (N. del T.)

hasta el último punto, la figura del Mesías futuro, es fácil de concebir, por qué no aprecia el racionalismo el Antiguo Testamento, pues cada nuevo maestro de incredulidad tiene la idea de destruir un testigo tan importuno. Pero no ha coronado el éxito tantos esfuerzos, pudiendo decirse, sin temor de parecer indiscreto, que jamás se ha dirigido el ataque en situación que le fuera ventajosa. Discusiones filológicas interminables sobre una palabra hebrea, sobre su raíz, sobre sus equivalentes en las lenguas arianas o semíticas; pedantescas ostentaciones de gramática; pretensiones, por otra parte poco modestas de saber el hebreo mejor que los Judíos de la Versión de los Setenta; a veces, veleidades de hostilidad geológica, química, fisiológica; o bien, incidentes sobre un hecho oscuro, sobre una particularidad no aclarada todavía, he aquí todo lo que se ha intentado hasta ahora. Hanse amontonado nubes que se dispersaban con [97] el primer golpe de piqueta en un campo histórico, o en un terreno diluviano. El Antiguo Testamento tiene dos guardas que es preciso destruir primeramente, antes de llegar a él. En primer lugar, la raza judía, que persiste en esperar al Mesías, bajo la fe de este Libro; pues mientras exista un hijo de Israel, no habréis hecho nada contra el Libro sagrado de su ley. Id, pues; exterminad un pueblo que han dejado en pie veinte siglos de desastres, de persecuciones y de oprobios, y cuando hayáis matado hasta el último israelita, os hallaréis en frente del universo cristiano que os presentará triunfante e inmortal el Libro sagrado de los judíos.

31. Históricamente, pues, es el Antiguo Testamento un monumento irrecusable. He aquí tal como la contiene la designación del Mesías. El primer rasgo se remonta al día del pecado original, en el umbral del Edén. Es una promesa divina, circunstanciada y formal: «Vendrá una mujer, cuyo hijo quebrantará la cabeza de Satanás [142].» Así, el Redentor será hijo de una mujer; Dios no le designa padre en el mundo. El Redentor quebrantará la cabeza de Satanás; no será, pues, solamente un filósofo, un sabio, que destruya algunos errores, que reforme algunos abusos parciales; tendrá el poder sobrehumano de aplanar el error, el mal, en su origen, de una manera absoluta. Tales son, en el punto de partida, los dos rasgos característicos del Mesías. Sucesivamente van a dibujarse con toda precisión todas las líneas de su figura celestial. El Redentor, «en quien serán benditas todas las naciones de la tierra, saldrá de la raza de Abraham [143].» El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las Naciones parecerá «en la época en que el cetro será quitado de la casa de Judá [144].» Será «hijo de David [145], y, no obstante ser su generación eterna [146], nacerá en Belén [147].» -«Una Virgen concebirá y parirá un hijo

---

[142] Genes., III, 15.

[143] Genes. XVIII, 18; XXII, 18.

[144] Genes. XLIX, 10.

[145] II Reg. VII, 19; XXIII, 5; Psalm. CXXXI, 11.

[146] Isa., LIII, 8.

cuyo nombre será *Dios con nosotros* (Emmanuel) [148]. Será el Cristo, rey de Israel [149] Jesús el Salvador [150].» -Nacerá una estrella de Jacob [151].» -«Traeranle presentes los reyes de Arabia y de Sabá [152].» Sin embargo, será preciso «volver a Egipto al divino niño [153].» -«Elevarase del desierto una voz, y será precursor de Cristo otro Elías [154].» -«El Mesías tendrá toda la autoridad [98] de Moisés [155]; será, además, sacerdote según el orden de Melquisedech [156]; rey en la eternidad [157].» -«Su palabra se dirigirá a los humildes y a los afligidos [158].» -« Abriránse los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; saltarán los cojos como los ciervos, y será desatada la lengua de los mudos [159].» -«Será honrado con la presencia del Mesías

---

[147] Mich., V, 2.

[148] Isa., VII, 14.

[149] Dan. IX, 25.

[150] Habac., III, 18.

[151] Numer., XXIV, 17.

[152] Psalm., LXXI, 10.

[153] Oseas, XI, 1.

[154] Isa., XL, 3.

[155] Deutoron., XVIII, 15-18.

[156] Psalm., CIX, 4.

[157] Dan., VII, 14-27; Mich., IV, 7.

[158] Isa., LXI, 1.

[159] Isa., XXXV, 4-7.

el Templo de Zorobabel [160].» - «La hija de Sión saltará de alegría; la hija de Jerusalén se colmará de júbilo al acercarse su rey, el Justo, el Salvador: él vendrá pobre y montado en una asna seguida de su pollino [161].» -«Carecerá su aspecto de externo esplendor, y le veremos sin reconocerle [162].» -«Congregaránse contra él en consejo los que acechaban su vida [163].» -«El hombre con quien vivía en paz y que comía el pan de su mesa, le venderá [164].» -«Nadie le prestará auxilio al acercarse el peligro, caerá en desaliento y su sangre correrá como el agua [165].» -«Será herido el pastor y se dispersarán las ovejas [166].» -«Será estimado en precio de treinta monedas de plata que serán arrojadas en el Templo, y que se entregarán después al alfarero [167].» Sin embargo, «abandonará su cuerpo a los verdugos y su rostro a las bofetadas, sin volver el semblante a las salivas y a las injurias de sus enemigos [168].» -Dejarase conducir a la muerte, como la oveja que se lleva al matadero [169]; pero llevará en los hombros el cetro de su reinado [170].» -«Serán taladrados sus pies y sus manos, y se contarán sus huesos [171].» -Repartiránse sus vestiduras y echarán

---

[160] Agg., II, 10.

[161] Isa., LXII, 11; Zacar., IX, 9.

[162] Isa., LIII, 2.

[163] Psalm., LXX, 10.

[164] Psalm., XL, 10-11.

[165] Psalm., LXVIII, 21.

[166] Zachar., XIII, 7.

[167] Zachar., VI, 12.

[168] Isa.., L, 6.

[169] Isa., LIII, 7.

[170] Isa., IX, 6.

[171] Psalm. XXI, 17-18.

suertes sobre su túnica [172].»- «Cubierto de heridas por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes, se ofrecerá él mismo y por su libre voluntad, en sacrificio [173].» -«Los que le vean, insultarán su angustia, y le ultrajarán moviendo la cabeza. ¡Pues que esperaba en el Señor, dirán, que el Señor le libre [174]!» -«Se le dará a beber hiel y se le presentará vinagre para apagar su sed [175].» -«Rogará por los pecadores [176].» -«Entregará su alma en manos del Señor [177].» -«Morirá, más para resucitar [178]; será glorioso su sepulcro [179], y se enarbolará entre las naciones su estandarte [180].» -Hállase también [99] marcada la época precisa de este acontecimiento. «El Cristo será entregado a muerte, el Santo de los Santos expiará sus pecados en la septuagésima semana de años siguiente al edicto de Artaxerxes Longimano para el restablecimiento del Templo, es decir, cuatrocientos ochenta y siete años después de Zorobabel, fecha que corresponde al año 53 de nuestra era [181].

32. Tal es la designación profética del Mesías o Cristo. Será Dios; nacerá de una virgen en Belén; hará milagros; será muerto; resucitará. Semejante programa es absolutamente irrealizable por un genio humano, por grande que se le suponga. El genio no puede nada en este mundo ni sobre el orden, ni sobre la época de su propio nacimiento; recibe la vida, pero no sabe elegir anticipadamente la madre que ha de darle a luz; no puede determinar el tiempo ni el lugar donde quiere nacer. El

---

[172] Psalm. XXI, 19.

[173] Isa., LIII, 7.

[174] Psalm. XXI, 8-9.

[175] Psalm. LXVIII, 22.

[176] Isa., LIII, 12.

[177] Psalm XXX, 6.

[178] Isa., LIII, 12; Psalm. CXXXVIII, 18.

[179] Isa., XI,10.

[180] Isa., XI, 12.

[181] Dan. IX, 24-27.

genio hace grandes cosas, pero no hace milagros; muere, pero no resucita. Es, pues, sobre este punto imposible la impostura. Concíbese, sin embargo, que haya tentado a ciertos espíritus entre los judíos; los Teudas, los Rarkokeba, intentando aplicar a su persona la designación divina, han suministrado precisamente la prueba de la realidad incontestable de las profecías y de la creencia mesiánicas, en el seno del pueblo judío. Han consignado además, con la autenticidad de su derrota, la inanidad de semejante tentativa. Las condiciones fijadas anticipadamente respecto del Redentor, sobrepujan a toda humana talla, y nadie podrá vestir la túnica sin costura del Crucificado del Gólgota. El Mesías debe llamarse Dios, pero debe probar su divinidad con la salvación del mundo; debe hacer milagros, pero sobre todo, debe perpetuar los milagros; debe morir, pero debe resucitar. De este modo solamente entrará en la realidad de su designación profética, y tomará posesión del título de Cristo que le reanuda con todo el mundo antiguo.

33. Si le espera la primer vertiente de la historia como Mesías, debe reconocerle como Salvador la segunda. No está completo su nombre sino con la condición de abrazar todas las edades. Lo que fue, como Cristo, en el periodo de la esperanza, debe serlo ahora, como Jesús; es decir, que el lugar que ocupa en la antigüedad como Mesías, debe tenerlo en el mundo moderno como Salvador. Aquí se [100] encuentra el racionalismo en presencia de una nueva serie de hechos constantes, notorios, irrecusables, apoyados no solamente en testimonios, relatos o libros, sino en la evidencia cuotidiana y palpable. El primero, el más patente de todos estos fenómenos, es que a la hora en que escribimos estas líneas, tiene adoradores Jesucristo en todos los puntos del globo. Basta abrir los ojos y ver para convencerse de ello. Adórase a Jesucristo, no solamente como un recuerdo, una gloria, una encarnación divina, que apareció hace dos mil años, en el seno de la humanidad y que se volvió para siempre al cielo, sino que es adorado como estando presente, en sustancia y en realidad, en la Eucaristía. Quiérase o no, existe el hecho. Penetrad bajo la cúpula de San Pedro, y allí está presente Jesucristo para sus fieles y es adorado por ellos. Seguid al pobre misionero hasta los confines del mundo, y le veréis levantarle un altar bajo los plátanos de los bosques de la India, y pronunciar algunas palabras y adorar a Jesucristo sobre la desnuda piedra donde consiente siempre en descender el Dios del pesebre. El Indio que pasa al lado de este extranjero, se detiene un instante a contemplar este hecho extraño. ¡Escucha una enseñanza tan nueva para él; ábrese poco a poco su inteligencia a una luz desconocida; estremécese su corazón al contacto de un amor divino, y cree a su vez y se prosterna y adora! ¿Qué pensáis de esto? Jesucristo, que murió hace dos mil años, tiene el poder de hacerse amar, de hacerse adorar por un salvaje que anda errante por los bosques de su país, y que no ha sospechado nunca la existencia de la Judea, de un Antiguo Testamento o de una civilización cualquiera. Existe, pues, el hecho de la conversión de las almas por Jesucristo; se toca con la mano; no se halla circunscrito a la India, al Japón o a la China; está por do quiera. A veces se inclinan los sabios de nuestra Europa, después de quince o de veinte años de rebeldía, bajo la influencia de la divinidad de Jesús, lo mismo que los pobres insulares de Otaiti. Estos son hechos. Antes de negar la divinidad del Evangelio, comenzad por destruirlos, sin podéis; o por explicarlos si tenéis tal secreto. Mas agotándose todas las fuerzas humanas por el tiempo, por el uso, por sus mismas victorias; ¿cómo es que no se ha agotado la fuerza de Jesucristo? Es una ley histórica que todo lo que ha comenzado muere, ¿cómo es que no muere la religión

de Jesucristo? Todas las instituciones fundadas por los hombres caen, ¿por qué no cae la [101] Iglesia de Jesucristo? Y adviértase que cada día que pasa es un triunfo nuevo para esta doctrina, que envejece otro tanto tiempo. Antes de ser admitido el racionalismo incrédulo a negar el Evangelio, debe, pues, comenzar por destruir, en el seno de las sociedades modernas, el milagro perseverante de la adoración de Jesucristo como Dios; el milagro perseverante de la adoración de Jesucristo en la Eucaristía; el milagro perseverante de la conversión [102] de las almas por Jesucristo.

34. ¡Haga, pues, la prueba! ¡Que vaya, sacudiendo el globo por los dos polos, por entre oleadas de sangre, amontonando ruinas sobre ruinas, a arrancar al mundo el nombre de Jesucristo y la fe en su divinidad! Aun cuando se exponga a esta prueba, no hará nada de nuevo. La historia moderna no es otra cosa que la prolongación de una lucha de este género, con un éxito muy diferente del que se prometía. Así llegamos a otro hecho no menos innegable, y es que durante diez y ocho siglos se da la vida por la divinidad de Jesucristo, y que cuantos más mártires cuenta esta divinidad, más conquistas hace. Negad, si podéis, que murieron por ella los doce apóstoles que salieron de Judea a predicar al mundo la fe en la divinidad de Jesucristo. Sólo sobrevivió uno de ellos después de haber sufrido el más bárbaro suplicio; este fue San Juan, cuyo *In principio* tiene el privilegio de desagradaros. Todos los demás perecieron al filo de la cuchilla, en las hogueras encendidas, en la cruz, en todos los géneros de tormentos que sabía inventar la imaginación de los verdugos, en una época en que tocaba casi a los límites del genio el arte de matar a los hombres. Intentad poner en duda las degollaciones, tres veces seculares, organizadas por el paganismo de Roma, contra todo lo que llevaba el nombre de cristiano, y se os pondrán enfrente todos los historiadores griegos y latinos, desde Tácito y Suetonio hasta Eusebio de Cesárea. Desgarrad sus obras, para desembarazaros de estos indiscretos testigos. No lo podéis ni lo queréis. Siendo así, fuerza es que expliquéis cómo murieron millares de hombres por un fantasma de Cristo, por una quimera, ¡por un nada! Y cuando hayáis creído encontrar una respuesta satisfactoria gritando, ¡fanatismo! tendréis que explicar cómo cayeron también los mismos verdugos en el fanatismo de sus víctimas, prosternándose al pie de una cruz.

35. Ofrecerase a vuestro estudio el grande hecho de la conversión del mundo pagano por la cruz de Jesucristo, y tendréis que deducir de él las razones naturalísimas que hicieron ascender la divinidad de Jesucristo de la oscuridad de las catacumbas a la cima del Capitolio. Nos diréis cómo fundó una sociedad inmortal, una serie o sucesión de hombres a quienes se mataba sin tregua; cómo morían sin murmurar, encarcelados, sentenciados, mártires, felices en ser lapidados, quemados, degollados, y cómo hicieron brotar con su sangre una semilla de nuevos cristianos. ¡Agradable perspectiva, verdaderamente, para abrazar una religión nueva, la certidumbre de ser revestido con un manto de resina, y de servir de viviente antorcha en los jardines de Nerón! ¿Quién podía resistir al grato destino de ser arrojado en la arena a las garras de los leones de Numidia; de ser condenado a las minas; de ser desollado vivo; de arrancársele las uñas; de cortársele las coyunturas una tras otra; de ser tendido en parrillas rusientes, o sumergido en un baño de plomo derretido? ¡Explicadnos una sola conversión con las seducciones de semejante propaganda! Y no obstante, el mundo es cristiano, y fue vencido el paganismo. ¡Buscad en el universo actual, un adorador de Júpiter, de Venus, de

Saturno! El paganismo fue vencido por primera vez bajo Constantino. Pero desde Constantino hasta Clodoveo, lo fue cien veces. ¿Sabéis ni siquiera el nombre de todos los pueblos bárbaros que acudieron a la ralea [182] del mundo romano durante tres siglos? La Iglesia de Jesucristo venció a todos estos paganos, y siempre del mismo modo, padeciendo, orando, muriendo. Aún en el día se padece, se ruega, se muere por la divinidad de Jesucristo; y así será hasta el fin de los siglos. Estos son hechos, que es preciso negar, antes de despojar a Jesucristo de su manto divino. Pues bien, negarlos es negar la luz del sol; es destruir toda evidencia, aniquilar toda historia y sumergir el mundo en tinieblas. ¡Levántese ahora el audaz Erostrato intentando abrasar el edificio de la divinidad de Jesucristo! El cimiento de este edificio inmortal se remonta al Edén. Cada siglo de la historia antigua forma uno de sus pilares. Cristo es la esperanza de cuatro mil años; la flor sagrada del Antiguo Testamento; el Redentor esperado, descrito, señalado por todas las edades. ¡Jesús aparece en la cima de [103] los dos mundos; realiza en su persona todas las profecías; levanta el estandarte de su cruz; es aplanada la cabeza de Satanás; expira el paganismo! Verifícase en el universo una inmensa revolución salvadora que abraza todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres; diez y nueve siglos hace que se prolonga sin interrupción; todo lo ha cambiado, renovado, espiritualizado, santificado en la tierra; y no cesa de levantar a la humanidad hacia Dios. Jesucristo es la historia entera; es el mundo, desde Adán hasta nosotros. ¡Es la monarquía eterna atravesando los tiempos para conducir al hombre, de las manos de su Criador al tribunal de su Juez ¡ *Cristus heri, hodie, ipse et in saecula* [183].

---

[182] Sabido es que esta palabra tiene la acepción de «la comida que se da a los perros de las mismas reses que han cazado,» según se consigna en los diccionarios generales de la lengua, aun cuando no se halla adoptada en el de la Academia. (N. del. T.)

[183] Hebr. XIII, 8.

Capítulo segundo

Preparación evangélica

Sumario

I. VISIÓN DE ZACARÍAS

1. Zacarías, padre de San Juan Bautista. El Ángel Gabriel en el Altar de los Perfumes.- 2. Pruebas extrínsecas de la autenticidad de la narración Evangélica. - 3. Pruebas intrínsecas de la autenticidad de la narración Evangélica.- 4. Ceremonia de la adustión del incienso, en tiempo de Zacarías.- 5. Conformidad de la narración Evangélica con las prescripciones rituales.

II. ANUNCIACIÓN.

6. El mensaje del Ángel a la Virgen de Nazaret.- 7. *Ave María*.

III. LA INMACULADA VIRGEN MARÍA.

8. Tradiciones universales sobre la Virgen Madre.- 9. El culto de María y el protestantismo.- 10. Historia tradicional de María.- 11. Ana y Joaquín.- 12. Concepción inmaculada de María.- 13. Natividad de María.- 14. Presentación y educación de María en el Templo. Los Desposorios.

IV. VISITACIÓN. NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA.

15. Visitación. *Magnificat*.- 16. Crítica racionalista.- 17. Nacimiento y circuncisión de San Juan Bautista.- 18. Nudo de los dos Testamentos.- 19. Sospechas de San José. Matrimonio virginal.

V. EL EMPADRONAMIENTO DEL IMPERIO.

20. Objeciones generales de los Racionalistas.- 21. Testimonio de Augusto que confirma la realidad del empadronamiento mencionado por el Evangelio.- 22. Testimonios idénticos de Tácito, Suetonio y Dión Casio.- 23. Testimonio idéntico de Tertuliano.- 24. Testimonio inesperado e involuntario del racionalismo moderno.- 25. Una dificultad cronológica que resulta de una diferencia de diez años entre la fecha de Josefo y la de San Lucas. Texto griego de San Lucas.- 26. Traducción de San Lucas, según la Vulgata. Solución. Testimonio de San Justino y de Tertuliano.- 27. Belén. La verdadera Casa del Pan.

VI. EL VIAJE A BELÉN.

28. ¿Era Jesús de la familia de David?- 29. Forma del censo según la ley romana.- 30. Pruebas históricas de la realidad del viaje a Belén.- 31. El judío Triphon.- 32. Conclusión. [106]

VII. GENEALOGÍA DE JESUCRISTO.

33. Diferencia de las dos genealogías de San Mateo y de San Lucas.- 34. Importancia de las genealogías entre los Hebreos.- 35. Solución de la cuestión de las dos genealogías Evangélicas.- 36. Conclusión.

§ I. Visión de Zacarías

1. «Hubo en tiempo de Herodes, rey de Jadea, un sacerdote llamado Zacarías, de la familia de Abias, y su mujer, llamada Isabel, era de la familia de Aarón. Y ambos eran justos a los ojos de Dios, observando todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran de avanzada edad. Y sucedió que ejerciendo Zacarías las funciones del sacerdocio, según el orden de su turno delante de Dios, conforme a la costumbre establecida entre los sacerdotes, le tocó por suerte entrar en el templo del Señor a ofrecer el incienso en el altar de los Perfumes. Entre tanto, todo el pueblo estaba de parte de afuera en el atrio, según acostumbraba durante la oblación del incienso. Y se le apareció a Zacarías un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar de los Perfumes, o en que se ofrecía el incienso. Y Zacarías se turbó al verle, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el Ángel le dijo: No temas Zacarías, porque ha sido oída tu oración, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, a quien llamarás Juan [184] el cual será para ti objeto de gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque ha de ser grande en la presencia del Señor. Según la ley de los Nazarenos, no beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo, aún desde el seno de su madre; y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor, su Dios, delante del cual irá él, con el espíritu y la virtud de Elías, para conciliar los corazones de los padres con los de los hijos, y conducir los incrédulos a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Y preguntó Zacarías al Ángel: ¿Cómo conoceré que es cierto lo que me dices? porque ya yo soy viejo y mi mujer está muy avanzada en la edad. Y respondiéndole el Ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, y uno de los espíritus celestiales que circundan la majestad de Dios, de quien he recibido [107] la misión de anunciarte esta buena nueva. Y he aquí, desde ahora quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no creíste mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. Entre tanto estaba afuera el pueblo esperando a Zacarías, y admirándose de que se detuviera tanto en el Templo. Y habiendo salido el sacerdote, le fue imposible hablar una palabra, y el pueblo conoció que había tenido en el templo alguna visión, y él procuraba explicarse por señas y permaneció mudo. Y cumplidos los días de su ministerio, volvió a su casa; y después de algún tiempo concibió Isabel su esposa, la cual guardó secreto y se mantuvo escondida durante cinco meses, diciendo: El

---

[184] El significado etimológico de este nombre es: Misericordia de Jehovah.

Señor Omnipotente se ha dignado inclinar a mi una mirada de misericordia y ha borrado el oprobio que pesaba sobre mi nombre entre los hombres [185].»

2. Esta página abre la narración evangélica. Está sacada del primer capítulo de San Lucas, que todos los racionalistas están conformes en relegar, así como el segundo, entre las interpolaciones legendarias, añadidas al texto primitivo por la credulidad de los siglos siguientes [186]. ¡Cómo habían de admitir los racionalistas un milagro al principio de la historia de Jesucristo! ¡Así, pues, rehúsan a Dios, en nombre del orden natural, inmutable en sus leyes, estudiadas por la ciencia, el poder de manifestar sus oráculos a un sacerdote judío, y de hablarle por ministerio de un Ángel! Por desgracia para los discípulos de Strauss, en esta ocasión les vence, abruma y rinde el milagro por todas partes. Y para librarse de la visión de Zacarías van a precipitarse en toda una serie de prodigios. Decís que la primer página de San Lucas es una adición apócrifa; concedido; fue la pluma de un impostor la que escribió en la cuna de Juan Bautista estas palabras: «muchos se alegrarán con su nacimiento,» pero ¿cómo es que se realizó esta profecía si fue obra de un impostor? ¿Por qué es célebre todos los años el día de la Natividad de San Juan Bautista en todos los puntos del universo? ¿Cuántas personas saben hoy en el mundo entero qué día es el aniversario del nacimiento de Alejandro o de César, sin embargo de haber sido ambos figuras bastante ilustres en la historia? ¡Y he aquí que en la cuna de un hijo oscuro de Aarón, predice un impostor, un falsario, que jamás perderá el mundo la memoria de una Natividad tan gloriosa! Esta profecía [108] increíble, absurda, bajo el punto de vista de todas las verosimilitudes históricas, se realizó al pie de la letra. Después de mil ochocientos sesenta y cuatro años persiste el mundo en celebrar el nacimiento de Juan Bautista: dentro de dos mil años, si se halla el universo destinado a llegar a esta edad, sucederá lo mismo y ¡encontraréis esto natural! nada es más fácil de imaginar que un apócrifo, una leyenda; mas para introducirlo en el texto evangélico hay más obstáculos que parece creen los racionalistas. San Lucas advierte en los cuatro primeros versículos que forman el prólogo de su Evangelio, y cuya autenticidad no se niega por ningún exégeta conocido, que él escribe la narración histórica de la Encarnación, desde el principio (aÃnwqen) [187], y que la proseguirá por el orden cronológico (kaqech=j) [188]. Tales son los caracteres que señala de antemano, como debiendo considerarse propios exclusivamente de su obra. Si se suprimieran, pues, los dos primeros capítulos de San Lucas, es decir, el nacimiento de Juan Bautista y la historia de los primeros años de Jesucristo, ¿en qué se distinguiría el Evangelio de San Lucas del de San Marcos, puesto que comenzaría, como este último en el bautismo del Jordán [189]? ¿Cómo justificaría la intención, previamente manifestada de tomar el relato desde el principio (aÃnwqen) es decir, aún más allá que San Mateo, que sólo principia por la Anunciación? ¿No había sabido lo que ponía el mismo San Lucas, cuando trazaba, con su pluma inspirada, el prólogo de su Evangelio? Esto sería otro milagro que

---

[185] Lucas, I, 5-25.

[186] Vida de Jesús, Introd. pág. XLI; d'Eithtal, Los Evangelios, tom. I, pág. 81-82.

[187] Lucas, I, 3.

[188] Ibid.

[189] Marcos, I.

tendrían que soportar los racionalistas, para compensar el de la visión de Zacarías, que les causa horror, y tendrían que explicar cómo ha podido subyugar la fe del mundo un Evangelista que no se da razón de lo que escribe. Pero aún hay más; este impostor, este falsario que interpoló en el segundo siglo la leyenda de San Juan Bautista, hubiera debido ser un verdadero taumaturgo para conseguirlo; habiendo consistido su mayor milagro en hacerse invisible, porque en efecto, nadie le vio ni le sospechó en toda la serie de la historia cristiana, habiéndose esquivado a toda pesquisa. No le vio Orígenes, en el año 200, y se necesitaba tener más que habilidad para ocultarse a las miradas de Orígenes; pero sobre todo, no le vio en el año 150, Celso el pagano, el enemigo de los Evangelios. Para burlar esta mirada llena de odio, era preciso un artificio [109] casi prodigioso. Pues bien, el filósofo Celso cita el primer capítulo de San Lucas, tomando ocasión de él para mancillar el nombre inmaculado de María [190]. ¿Dónde colocar, pues, vuestro invisible falsario, en un período histórico examinado tan escrupulosamente? Tertuliano, Ireneo, anteriores a Orígenes, no le conocieron. San Papías, cuyos preciosos testimonios nota Eusebio con tanto cuidado, no tenía la menor sospecha de él. Guardad, pues, con vuestros demás mitos este milagro apócrifo. No ha podido inventarse después del suceso la primera página de San Lucas por un falsario póstumo.

3. Por otra parte, lleva en sí misma señales de incontestable autenticidad. Imaginaos un ignorante legendario escribiendo después de la ruina del Templo, e improvisando sin incurrir en una sola falta, todo el conjunto de la historia, de las costumbres y de la religión judaicas. La sola expresión, tan sencilla al parecer: «En tiempo de Herodes, rey de Judea,» supone todo un orden de conocimientos que desafiaría a una impostura retrospectiva. En el siglo II, hubo tres príncipes con el nombre de Herodes que reinaron en Judea; Herodes el Idumeo; Herodes Antipas y Herodes Agripa. Si el impostor hubiera sido hábil, hubiera sabido esto, y entonces hubiera designado más particularmente el rey de quien quería hablar. No hay evasiva sobre esta necesidad impuesta por los hechos históricos. ¿Quiérese mejor suponer al impostor completamente inepto y sustancialmente extraño a los acontecimientos judaicos? En este caso, sólo habría conocido a un Herodes, el que menciona el texto de San Lucas en el capítulo III, con el nombre de Herodes el Tetrarca [191], y no hubiera pensado en darle otro título. Sólo un contemporáneo podía escribir estas palabras: «En tiempo de Herodes, rey de Judea.» Porque en efecto, sólo un Herodes reinó en toda la Judea, pues los demás, confinados en sus tetrarquías, sólo reinaron en una parte de ella. Y nótese que no dice San Lucas: «Rey de los Judíos,» porque si bien podía equivocarse sobre este punto un impostor, un legendario póstumo, nunca podía equivocarse un contemporáneo. Herodes el Idumeo fue impuesto por Roma a la Judea; soberano de hecho, no de derecho, reinaba en el país contra la voluntad de sus habitantes. El rey de los Judíos sólo podía ser un heredero [110] de la familia asmonea [192], u otro descendiente de la tribu de Judá y de la raza de David. La pluma del pretendido apócrifo no tropieza entre tantos escollos. ¡La casualidad! se dirá. La casualidad es un Dios complaciente que ha escrito todas las líneas del Antiguo Testamento sin

---

[190] Oríg. Cont. Celsum, lib. I, cap. XX, X; Patrol. graec., t. XI, col. 734.

[191] Luc. III, 1.

[192] En Galatino, cap. VI, lib. IV, pág. 196, A, B, C.

que haya que hacer en él una sola corrección. ¿Cuántos milagros no habéis atribuido a la casualidad? Agréguese también a su ciega responsabilidad la maravillosa exactitud con que vuestro falsario, del siglo segundo o tercero, habla de los orígenes y de las costumbres sacerdotales de los Judíos: «Zacarías, dice era de la raza de Abias, y su mujer Isabel era de la familia de Aarón.» Sin duda no ignoran los racionalistas modernos qué relación puede haber entre la raza de Abias y las funciones sacerdotales. Su ciencia no conoce eclipse, y no obstante un lector común podría no sospechar siquiera el motivo de esta correlación; con mucho más motivo, pues, hubiera podido equivocarse un oscuro falsario. Pero el apócrifo interpolador de San Lucas no ignora nada. Sabe que en tiempo de David fueron divididas en veinte y cuatro clases las familias sacerdotales provenientes de Aarón [193], a que pertenecía la de Abias. No ignora que se arregló por turnos el orden del servicio semanal de cada una de ellas en el Templo; que en su consecuencia, la de Abias ocupó el turno octavo [194]. El falsario sabe todo esto, y ha leído a Josefo que dice en términos formales: «Este orden se ha mantenido hasta nuestros días [195].» Sabe muy bien el impostor otra cosa todavía; que los sacerdotes judíos podían elegir una esposa entre todas las tribus de Israel [196]. El apócrifo lo sabe, y advierte como una particularidad notable, que la mujer de Zacarías no pertenecía solamente a la tribu de Levi, sino que descendía de la familia pontifical de Aarón [197]. Con la misma seguridad de intuición da cuenta el afortunado legendario, dos o tres siglos después de la ruina del Templo, y viviendo tal vez a quinientas leguas de Jerusalén, de las funciones sacerdotales que consistían en cuatro principales deberes: 1.º La inmolación de las víctimas y la oblación de los holocaustos; 2.º El cuidado de las lámparas en el Candelero de oro; 3.º La confección y la ofrenda de los doce panes nuevos en la Mesa de Proposición; [111] 4.º Finalmente, la adustión del incienso, noche y mañana en el Altar de los Perfumes [198]. Asimismo sabe que los sacerdotes al principiar su servicio cada semana, echaban suertes para distribuirse estos varios oficios [199]. Esto bastaría para admirarse de la ciencia general de la historia judía, que posee vuestro legendario; pero llevando más adelante este examen, y entrando en los pormenores mismos de la función sacerdotal que describe, resaltará hasta la evidencia la demostración sobre su autenticidad.

4. He aquí las indicaciones circunstanciadas que nos suministran sobre este punto, los libros rituales de los Hebreos. «Las veinte y cuatro series sacerdotales se subdividían en familias, cada una de las cuales tenía su príncipe o jefe. Cuando había mas familias en la serie que días en la semana, servían en un mismo día muchas familias. La edad de los levitas se limitaba a los 50 años, pero no había límite alguno respecto a la edad de los sacerdotes. El viernes por la noche, antes de

---

[193] Josefo, Antig. jud., lib. VII, cap. XI.

[194] I Paralip. XXIV, 7-10.

[195] Josefo, Antig. jud., lib. VII, cap. IX.

[196] Levit. XXI, 7.

[197] Luc. 1, 2.

[198] Exodod. XXX.

[199] Cornel. a Lapid. In Luc. Comment., cap. I, vers. 9, edit Vives, tom. XVI, pág. 9.

entrar en sus funciones, se reunían los jefes de familia en el Templo, y sorteaban el día de su servicio por números de orden, y cada noche sacaban igualmente a la suerte los miembros de la familia por números de orden, sus funciones del día siguiente. La adustión de los perfumes se hacía por la mañana, al rayar el día, y por la tarde al ponerse el sol. Los sacerdotes de servicio se reunían, antes de la hora, en el Templo, revestidos con sus ornamentos y llevando los instrumentos sagrados necesarios para su servicio especial. Para comenzar, esperaban la señal del *Mygrepkhah*, instrumento de cobre, cuyo fuerte sonido resonaba en toda la ciudad de Jerusalén. En este momento levantaban las puntas de la cortina cuatro levitas por cada lado, y entraba el sacerdote encargado de la oblación del incienso, acompañado de otros dos, llevando el uno un vaso lleno de perfumes, y el otro una estufilla con ascuas; el sacerdote primero llevaba en la mano una bandeja de plata. En seguida entraban los sacerdotes encargados de cuidar de las lámparas, los que debían renovar los Panes de la Proposición, si era el día señalado; los que debían purificar la rejilla del Altar de los Perfumes y quitar las cenizas y los carbones de la estufa, retirándose cada uno no bien había terminado su oficio. Cuando estaba todo preparado, recibía el sacerdote turiferario en su bandeja las ascuas, [112] las cuales colocaba en la rejilla del Altar, después tomaba los perfumes que le cabían en la mano para echarlos en el fuego. Entonces le dejaban todos: también él retrocedía algunos pasos y permanecía en adoración mientras subía hacia el cielo la nube de humo odorífero, permaneciendo así algunos momentos solo, ante Dios. Entre tanto, las personas que tenían que ofrecer oblaciones por el pecado, hallábanse reunidas por la mañana delante de la puerta de Nicanor, donde las colocaban los sacerdotes por orden y por series; los levitas, llamados igualmente por el sonido del *Migrephah*, se colocaban en sus atriles, y cantaban los salmos del nacimiento o declive del día; los hijos de Israel que habían acudido a la oración, esperaban el instante en que salía del Templo el sacerdote encargado de la adustión del incienso para recibir su bendición. Generalmente se llenaban los pórticos exteriores por la multitud piadosa, y cuando aparecía el sacerdote en el umbral del Templo, se prosternaban todos, y juntando éste los dedos de la mano de modo que formaran el número tres [200], extendía la derecha hacia el pueblo, y pronunciaba en alta voz la fórmula legal [201]: «¡Bendígaos y guárdeos el Señor! ¡Incline Jehovah sobre vosotros una mirada favorable, y otórgueos misericordia; vuelva hacia vosotros una mirada propicia, y concédaos la paz [202]!»

5. Cotéjese el texto evangélico con estas indicaciones múltiples, auténticas y precisas como todas las tradiciones sacerdotales del Judaísmo, y no se encontrará una sola discordancia. Zacarías había sido el designado por la suerte para ofrecer el incienso en el Altar de los Perfumes; y en efecto, la suerte era la que distribuía cada día las funciones sacerdotales entre los miembros de la evemeria sagrada. Zacarías era un anciano, encorvado al peso de los años. Si sólo hubiera sido un simple levita, le hubiese alejado su vejez del servicio de los altares; pero no llegaba a los sacerdotes el límite de la edad. Cuando penetró Zacarías en el Templo para ejercer

---

[200] Drach., Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga, tom. I, pág. 379.

[201] Num., cap. VI, 24.

[202] Talmud Hierosol. Zoma, fól. 22, I, fól. 25, I, y la glosa; Perek., 3; Thamid., capítulo III, per. 5; cap. VI y la glosa; cap. V, hal. 4, 5, 6; cap. VI, hal. 1, 2, 3; Taanith, fól. 69, I.

sus santas funciones, se halla orando el pueblo en los pórticos exteriores; esta circunstancia indicada sencillamente por el Evangelista, supone todo un orden de costumbres nacionales, cuyo estudio nos [113] da la clave de las prescripciones rituales. Zacarías está solo en el Altar de los Perfumes en el momento en que se le aparece el ángel Gabriel. Sabía, pues, perfectamente el historiador que los demás sacerdotes debían retirarse en el instante en que principiara la oblación de los perfumes en el Altar. No ignoraba el poco tiempo que se necesita para quemarse en el fuego un puñado de incienso. El hábito de asistir dos veces cada día a esta santa ceremonia debió familiarizar a los Judíos con el intervalo que estrictamente necesitaba. Por esto se admira la muchedumbre de la tardanza de Zacarías; pero cualquiera que sea el intervalo de esta dilación excepcional, nadie deja el Templo. Espérase la bendición del sacerdote que va a salir del santuario del Eterno. Aparece por fin Zacarías, y advierte la muchedumbre que está mudo. ¿En qué señal lo hubiera reconocido si no hubiese sido un indicio irrecusable el rito sacramental de la bendición? Hallándose mudo el sacerdote, se ve obligado a hacer solamente por gestos esta bendición sin poder articular las palabras: *Et ipse erat innuens illis*. He aquí una parte de las maravillas de autenticidad que se ocultan bajo el simple contexto del Evangelio. ¿Y pretendéis hacer el honor de que las conociera la impostura retrospectiva de un escritor que no hubiera visto ni el Templo, ni Jerusalén, ni las ceremonias del culto judaico? ¡Verdaderamente, son estos para un ignorante legendario, milagros de ciencia, que exceden a los prodigios de incredulidad del racionalismo!

§ II. La Anunciación

6. «Seis meses después de estos sucesos, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazareth, a una Virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado Josef; y la Virgen se llamaba María. Y habiendo entrado el Ángel donde ella estaba, le dijo: Dios te salve; llena eres de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. Al oír estas palabras la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría esta salutación. Y el Ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Sábete que concebirás en tu seno y parirás un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará eternamente en la casa de Jacob; y su reino [114] no tendrá fin. Pero María dijo al Ángel. ¿Cómo ha de ser eso? porque yo no conozco varón [203]. Y el Ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá (o

[203] Esto es, porque por el voto de virginidad que hice, no conozco ni conoceré nunca varón: San Agust., lib. de Virg. e. 4; Petite: Los Santos Evangelios. (N. del T.)

fecundará) con su sombra, y así lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril, está ahora en el sexto mes. Porque nada hay imposible para Dios. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el Ángel desapareció [204].

7. La majestad del consejo divino en que se resolvió la Encarnación en los esplendores de la eternidad, requería, como un corolario conmovedor, el consejo virginal celebrado en la tierra en el corazón de María con un Ángel por confidente. Yen efecto, es imposible desconocer que el *Ave María* de Gabriel se dirige a una soberana. Jamás se recibió con formas de igual respeto, en las manifestaciones angélicas del Antiguo Testamento, el lenguaje de los enviados celestiales. Aquí se inclina primeramente el Ángel ante la Virgen de Nazareth, y la saluda: «Dios te salve.» En otras partes los mensajeros del Altísimo llevan la gracia a los mortales: aquí encuentra Gabriel la gracia divina en su plenitud; y así como se había prosternado en los cielos, ante la majestad del Omnipotente, que le daba su misión, se inclina en Nazareth ante una Virgen que ha llegado a ser el Tabernáculo donde reside Dios. «Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» ¿Podrá expresar nunca palabra humana este inefable misterio? Al descender el Ángel de las esferas eternas, ha dejado el trono divino en la gloria; y encuentra en Nazareth el trono divino en la humilde virginidad. Jehovah en el cielo; el Señor en María: tales son los dos términos que reúne la misión del augusto embajador. Saluda, pues, a la «mujer bendita entre todas las mujeres;» salutación que después del *Ave María* de los coros angélicos, dirigida a la reina de los ángeles, es la salutación del género humano; la aclamación de los justos, de los patriarcas, de los profetas, que resume todas las esperanzas del mundo y las concentra en derredor de la «mujer bendita» que debe borrar la maldición de la mujer primera. ¿Cuarenta siglos de expectación, de votos, [115] de oraciones y de lágrimas; los ángeles y los hombres prosternados, con Gabriel ante la Virgen de Nazareth, atraen suficiente grandeza, gloria y majestad sobre la frente de la hija de David? No. La misma Trinidad divina trasmite a María una salutación más elevada que todo lo que se puede imaginar nunca. El Altísimo quiere descender a María: el Espíritu Santo quiere cubrirla con su sombra: el Hijo de Dios quiere nacer de ella y llamarla madre suya. El Ángel expone a la Virgen la resolución del consejo eterno, y aguarda, como si sometiera al consejo de María el voto de la Santísima Trinidad. Recogida en el silencio de su humildad, en el ardor de su adhesión, en la contemplación de un amor divino que quiere asociarse su amor virginal, para salvar al mundo, guarda silencio María; el Ángel espera, hasta que al fin sale de sus labios una palabra de asentimiento: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» El consejo virginal ha ratificado los decretos del consejo eterno: desaparece el Ángel para llevar al Trono divino esta palabra que conmueve los cielos, salva la tierra, y arranca el cetro de las almas a las potestades infernales. Abismado el hombre en la contemplación de estas maravillas, cae arrodillado, y llora y suplica, y adora la misericordia eterna que ha creado prodigios de salvación para colmar el abismo de nuestras miserias. ¡No se me recuerde el nombre de estos desgraciados que han tenido la audacia de ultrajar el nombre virginal, en que fueron rehabilitadas sus madres, sus esposas y sus hermanas! ¡No quiero saber que han pretendido arrancar del Evangelio y atribuir a la impostura de

---

[204] Lucas, I, 26-38.

un falsario, esta página divina, el verdadero decreto de la salvación del género humano! Las bendiciones del universo prosternado hace dos mil años a los pies de la Virgen de Nazareth, de la reina de los ángeles, de la Madre de Dios, convertida en Madre de los hombres; los milagros de gracia, de consuelo, de esperanza y de salvación, derramados a manos llenas por la poderosa intercesión de María; el rayo de su esplendor virginal, difundido, desde este momento, sobre la frente de todas las hijas de Eva, y haciendo brotar en la tierra maravillas de santidad, de caridad y gracia; tales son las voces, tal el séquito que queremos oír y evocar en torno de la soledad de Nazareth, donde dejó el Ángel a María! [116]

§ III. La Virgen Inmaculada

8. La humanidad repetirá hasta el fin de los siglos el *Ave María* de Gabriel, y a medida que lo medite más, encontrará nuevos encantos. ¿Cómo pueden, pues, privarse cristianos, por otra parte habituados a llamar al Evangelio la Palabra inefable de Dios, de la dicha de repetir en honor de María, la salutación que se le dirigió hace mil ochocientos años por el celestial mensajero? El protestantismo nos trata en esto de idólatras; pero la Iglesia católica no adora a María, sino que la invoca como madre de Dios; la honra, como criatura llena de gracias, bendita entre todas las mujeres, de la que nació el Hijo del Altísimo. Si esto es una idolatría, la hemos aprendido del mismo ángel Gabriel, y la leemos en la página primera del Evangelio. Hay en el sistemático silencio protestante respecto de la Virgen de Nazareth, un carácter limitado y nebuloso que espanta la fe y desconcierta la razón. No puede negarse que en la inmensa trasformación social verificada directamente por la luz evangélica, es uno de los hechos más patentes y más notables el de la rehabilitación de la mujer. Es imposible desconocer este hecho a no suprimir la historia. Pues bien, este grande hecho es ininteligible sin la acción y la influencia del culto de María. En la cadena de los acontecimientos que constituyen la historia, todo está ligado con nudos indisolubles. No es un fenómeno insignificante, arbitrario o irreflexivo el abatimiento de la mujer en las sociedades antiguas, y en todas las naciones extrañas actualmente a la revelación del Verbo encarnado; sino que al contrario, es un hecho constante, uniforme, regulado positivamente por los legisladores, y cuya razón de ser, gravada profundamente en la conciencia del género humano, se remonta a una condenación divina. Si se prescinde de la sentencia lanzada contra la mujer culpable en el umbral del Edén, no hay explicación posible para este extraño hecho. El sensualismo del mundo pagano, lejos de obrar en favor de la mujer, agrava su oprobio. Búsquese una razón filosófica de esta inferioridad persistente, durante los cuatro mil años que preceden a María: explíquese por qué adoraba el politeísmo a Venus en los templos, y por qué tenía a la mujer, a la esposa, a la madre de familia, por cosa más vil que la esclava. Y no obstante, esperaba el mundo una Virgen que abriera a [117] la tierra

las puertas cerradas del cielo. Paralelo a este sistema de abatimiento inexorable, proseguido sin tregua durante cuarenta siglos por una mitad del género humano contra la otra; al lado de estos santuarios impuros donde se adoraba realmente a sí misma la depravación del hombre, y se pretendía elevar hasta el cielo el oprobio de la mujer; en sentido inverso de esta corriente de brutalismo sin freno y de ignominiosas apoteosis, se desarrolló en todos los pueblos, y se mantuvo en toda la serie de los tiempos, una tradición de salvación por la mujer. El pueblo romano esperaba a la Virgen que volvería a traer las llaves de la edad de oro. La misma esperanza ofrecen las teofanías indias. Los libros sagrados de los Bramas declaran que cuando se digna visitar un Dios al mundo, se encarna misteriosamente en el seno de una Virgen [205]. La China tiene su flor de virginidad: *Lien-Huha* [206], semejante al Lotus egipcio que hace, al soplo de Dios, a Isis fecunda [207]. Los Druidas esperan a la Virgen Madre [208]. Todos estos resplandores diseminados de una creencia primitiva que se remonta al Edén, se concentran en la revelación judía, alrededor del Lis de Israel, del Vástago de Jessé, que producirá la flor celestial. Una mujer «quebrantará la cabeza de la serpiente. Una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será Dios con nosotros.»

9. ¿Con qué derecho se atreven, al presente, a trastornar la historia del mundo antiguo, a hollar la evidencia de los hechos contemporáneos y a negar la conformidad de las tradiciones universales con la enseñanza evangélica, respecto de la influencia de una Virgen Madre? Solo es aquí nuevo, insólito y verdaderamente inadmisible la pretensión de trastornar todo lo pasado, de convertir lo presente en un enigma inexplicable, y de sustituir un contra-sentido a la clara y radiante manifestación de los siglos. La Virgen Madre es honrada [118] con un culto de esperanza durante los cuatro mil años que precedieron a su venida; y ¿queréis que permanezca olvidada, sin honor y sin culto por las generaciones que le deben su salvación, la Virgen de Nazareth, cuyo nombre es María, y cuyo Hijo, Jesucristo, redimió al mundo? Esto no es ni puede ser así. Ella misma, la humilde esclava del Señor, ha declarado, según veremos en breve, que todas las naciones la proclamarían bienaventurada. Interróguense a sí mismos nuestros hermanos extraviados en las heladas regiones del protestantismo, exentos de todo espíritu de partido, de toda idea preconcebida. Pregúntense lo que se hace entre ellos para realzar la gloria de la Virgen bendita. ¿Dónde están los testimonios de veneración, de respeto, de reconocimiento, que tributan a su memoria? Si ignorase el universo entero el nombre de María ¿sería el protestantismo quien disiparía este olvido, honraría este nombre y le colocaría en todos los labios como sinónimo de felicidad? No obstante el: *Beatam me dicent omnes generationes*, es realmente una de las

---

[205] Suplem a las obras de sir Williams Jones, en 4.º, tom. II, pág. 548.

[206] Un día, la diosa Sching-Mu, esta Santa madre, comió la flor de la planta Lien-Hua, en la orilla de una fuente, y parió, siendo virgen, un niño divino. (Barrow, Travel in China, pág. 473).

[207] Plutarch. De Isid. et Osidire, pág. 62, edit. París, in folio, 1624.

[208] Hin Druidae statuam in intimis penetralibus erexerunt, Isidi seu Virgini hanc dedicantes, ex qua filius ille prodituru erat. (Elías Schedius, De Diis germanis, cap. XIII, pág. 346). Esta frase escrita hace doscientos años por un sabio de la Germania, ha tenido una maravillosa confirmación en la famosa inscripción hallada en 1833, en el solar de un templo pagano en Chalons-sur-Marne: Virgine pariturae Druides. (Véase. Anal. de. Phil. Chret., tom. VII, pág. 328).

palabras evangélicas que lee el protestantismo con nosotros en el texto sagrado. ¿Por qué permanece esta palabra infecunda y sin aplicación activa en el seno de la pretendida Reforma?

10. La verdad está exenta de estas contradicciones, incoherencias y antipatías sistemáticas. La Iglesia Católica, aquí, como siempre, guarda inviolablemente el depósito de la Palabra divina, y le conserva una fecundidad inmortal. La Virgen Inmaculada tiene altares en todos los puntos del mundo: no hay punto alguno en el espacio y en el tiempo, donde no se verifique al pie de la letra el oráculo virginal: *Beatam me dicent omnes generationes*. Además de la narración evangélica, ya tan explícita respecto de las magnificencias de María, ha conservado la Iglesia pormenores tradicionales sobre su historia. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Los Apóstoles conocieron personalmente a María; algunos eran parientes suyos: todos eran sus compatriotas. Cuando el Espíritu Santo descendió en el Cenáculo en forma de lenguas de fuego, se hallaba María con los doce Apóstoles, perseverando como ellos en la oración y la fracción del pan. Juan, el discípulo amadísimo, había recibido al pie de la cruz el divino legado de Jesucristo, que le confiaba a su Madre. Estos hechos son constantes y auténticos, puesto que se hallan consignados en el Evangelio. ¿Puede imaginarse, pues, que los parientes de María, los Apóstoles, todos los cuales sufrieron la persecución o [119] la muerte por el nombre de Jesús, ignorarán el origen y la historia de su madre? ¡Los cortesanos de Alejandro supieron la historia de Olimpias, y habrían desdeñado aprender los Apóstoles de Jesucristo la de María! ¡Habían de haber vivido con ella y como bajo su maternal dirección, después de la Ascensión gloriosa de su Maestro, sin haber recogido ningún relato de sus labios, sin haberla interrogado sobre un pasado que les era más querido que su propia vida! La sola enunciación de proposición semejante, demuestra indudablemente su falsedad. La Iglesia Católica, heredera de los Apóstoles, recibió, pues, de ellos un conjunto de tradiciones concernientes a la Virgen Inmaculada.

11. No ignoramos que el solo nombre de tradición, espanta al protestantismo; sin embargo, mas adelante se verá que la Iglesia ha sido fundada, no sobre una palabra escrita, sino sobre una doctrina trasmitida por la predicación oral; de suerte que no son los cristianos, como los judíos, los hijos de un libro, sino los hijos de una palabra, los hijos del Verbo siempre vivo. Esta distinción capital que formulaba San Pablo con tanta precisión, inspiró más adelante a San Agustín el célebre dicho: «Yo no creería en el Evangelio, si no determinara mi fe la autoridad de la Iglesia. «Bástenos por ahora haber sentado el principio, dejando para otra parte su desarrollo y sus pruebas. La Iglesia Católica sabe el nombre de los padres de la Virgen de Nazareth. María tuvo por padre a Joaquín [209], de la antigua raza de los

---

[209] Joaquín es exactamente el mismo nombre que el de Heli o Heliacim, mencionado en la genealogía de San Lucas (cap. III, 23). Como esta trasformación, propia exclusivamente del genio hebraico, es muy extraña a nuestros usos y a nuestro lenguaje, se nos dispensará que expongamos sobre ella algunos pormenores. El Antiguo Testamento nos presenta dos ejemplos característicos de la identidad de los dos nombres; Joakim, hijo de Josías, es llamado Eliakim en el Libro IV de los Reyes (cap. XXIII, 34), y en el Libro II de los Paralipómenos (cap. XXXVI, 4). El gran sacerdote que gobernó la Judea durante el cautiverio de Manases, se llama Eliakim en el cap. IV de, Judit (versículos 5, 7 y 11) y Joakim, en el XV, (vers. 9). He aquí el motivo de esta sustitución de forma en este nombre. En hebreo la palabra Joakim se pronunciaba Jehovakim; pues bien, Jehovah es el nombre santísimo, el temible tetragramaton del nombre divino. Los judíos no lo articulan nunca en la lectura, sino que lo sustituyen con el nombre Adonai o su equivalente: Él; fórmula que prevaleció

reyes de Judá. Su madre, Ana, descendía de Aarón; -y por este lado era la Santísima Virgen parienta de [120] Isabel. La antigüedad cristiana ha conservado estos nombres, inscritos, no por oscuros legendarios o por escritores apócrifos, sino por la pluma de los doctores y de los Padres de la Iglesia. San Epifanio (310-405) en su obra inmortal: *Adversus haereses*, se expresa de esta suerte: «María tuvo por madre a Ana y por padre a Joaquín. Era parienta de Isabel, y descendía de la familia y de la casa de David [210].» En estas palabras del ilustre obispo de Salamina, se encuentra la tradición del mundo católico, tal como nos la trasmitieron los Apóstoles. Hoy repetimos nosotros lo que escribía San Epifanio en el año 350; sabemos de la familia de María lo que sabía él mismo, y lo creemos como él [211].

12. En la época en que vivían los piadosos padres de María de Nazareth, proseguía Herodes la construcción de los suntuosos edificios que quería agregar al templo de Jerusalén. ¡Quién le hubiera dicho entonces, que se preparaba el Señor en una humilde ciudad de su reino, un templo más augusto que el de Zorobabel; más puro que el Tabernáculo de Aarón; más santo que el Arca de Moisés! Hoy contempla el mundo entero lo que no supo jamás Herodes, puesto que ha sido proclamada en nuestros días de lo alto de la cátedra augusta, en que no cesa el Verbo siempre vivo de enseñar a su Iglesia, por boca del Sucesor de San Pedro, la Inmaculada Concepción de María, atestiguada por todas las edades, y saludada por todos los doctores y por los Santos Padres. Escuchemos esta palabra sagrada que ha hecho estremecerse al mundo con una alegría desconocida, y que descendió sobre nuestras almas como el eco prolongado de la salutación angélica de Nazareth: «El Dios inefable, cuyas vías son misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia, cuya sabiduría llega de un extremo a otro con fuerza y lo dispone todo suavemente, había previsto desde toda la eternidad, la ruina lamentable del género humano, consecuencia de la trasgresión de Adán. Por un misterio oculto en las profundidades de los siglos, decretó consumar la Encarnación del Verbo, obra primera de su bondad, de una manera más maravillosa todavía. Eligió y preparó desde el principio, antes de los siglos, una Madre, cuyo Hijo único debía nacer en la dichosa plenitud de los tiempos, y la amó sobre todas las criaturas, [121] hasta el punto de poner únicamente en ella todas sus complacencias [212]. Esta Madre reunió

---

como sinónimo, en la palabra Eliakim. Fácilmente se comprenderá, pues, por qué se ha conservado el nombre de Joakim en la tradición de los cristianos, que no temían en modo alguno pronunciar el tetragramaton sagrado, mientras que halló sólo lugar la variante de Eliakim en las escrituras judaicas.

[210] Epiph. Advers. haeres., lib. III, haeres. LXXVIII; Patrol. graec., tom. XLII, col. 727.

[211] La Iglesia celebra la festividad de San Joaquín el 20 de marzo, y la de Santa Ana el 26 de julio. (Véase Bollan, t. 3, Mart., y t. VI, Julii).

[212] Ineffabilis Deus, cujus viae misericordia et veritas, cujus voluntas, omnipotentia, et cujus sapientia attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter, cum ab omni aeternitate praeviderit luctuosissimam totius humani generis ruinam ex Adami transgressione derivandam, atque in mysterio a saeculis abscondito primum suae bonitatis opus decreverit per Verbi incarnationem sacramento occultiore complere, ut, contra misericors suum propositum, homo, diabolicae iniquitatis versutia actos in culpam, non periret; et quod in primo Adamo casurum erat, in secundo felicius erigeretur, ab initio et ante saecula unigenito Filio suo Matrem ex qud caro factus in beata temporum plenitudine nasceretur, elegit adque ordinavit, tantoque prae creaturis universis est prosequutus

en sí una plenitud de santidad y de inocencia, tal, cual no puede imaginarse mayor después de Dios, y cuya magnitud Dios sólo puede medir [213]. Así como Cristo, mediador entre Dios y los hombres, destruyó, al revestirse con la naturaleza humana, el decreto de nuestra condenación, y lo fijó vencedor en su cruz, así la Santísima Virgen, unida a Jesucristo con el lazo más estrecho y más indisoluble, entrando con él y por él en el eterno combate contra la antigua serpiente, ha triunfado sin reserva, quebrantando con su pie sin mancha, la cabeza del enemigo [214]. ¡Triunfo magnífico y singular de la Virgen: inocencia incomparable, pureza, santidad, integridad sin mancha, efusión inefable de gracias, de virtudes y de privilegios divinos que proclamaron los Santos Padres, los cuales vieron su figura en el arca de Noé, que hizo sobrenadar la mano de Dios en el naufragio del género humano! Para ellos era la Escala de Jacob, que unía la tierra con el cielo, por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios, y en cuya cima descansaba Jehovah: era la Zarza ardiendo que vio Moisés rodeada de llamas, sin que tocara el fuego su verde follaje; la Torre inexpugnable, de donde penden los mil escudos, armadura de los fuertes y terror del enemigo; el Jardín cerrado, cuya entrada no manchará nadie, y a cuya puerta son impotentes el fraude y la asechanza; la Ciudad de Dios, centelleante de resplandores, cuyos cimientos se hallan colocados en las montañas santas; el Templo augusto de Jerusalén, [122] resplandeciente con las divinas claridades, y lleno de la gloria de Jehovah [215]. Al meditar las palabras de Gabriel y el mensaje con que anuncia el Ángel a la Virgen la dignidad sublime de Madre de Dios, han proclamado que esta salutación inaudita, solemne y sin precedentes, reconocía a la Virgen María como la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo; como tesoro, en cierto modo infinito, y como abismo inagotable de las gracias celestiales. De manera que sustraída a la maldición y participando con su Hijo de las bendiciones eternas, pudo recibir de la boca inspirada de Isabel, esta otra salutación: Bendita eres entre todas las mujeres, y

---

amore, ut in illa una sibi propensissima voluntate complacuerit. (Bula de S. S. Pío IX, para la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, de 8 del diciembre de 1854).

[213] Ut tota pulchra el perfecta eam innocentiae et sanctitatis plenitudinem proe se ferret, qua major sub Deo nullatenus intelligitur, et quam praeter Deum nemo assequi cogitando potest (Ibid.)

[214] Quocirca sicut Christus Dei hominumque mediator humana assumpta natura delens quod adversus nos erat chirographum decreti, illud cruci triumphator affixit, sic sanctissima Virgo arctissimo et indissolubili vinculo cum Eo conjuncta, una cum Illo, el per Illum sempiternas contra venenosum serpentem inimicitias exercens, ac de ipso plenissime triumphans illius caput inmaculato pede contrivit (Ibid.)

[215] Hum eximium, singularemque Virginis triumphum, excellentissimainque innocentiam, puritatem, sanctitatem, ejusque ab omni peccati labe integritatem, aque ineffabilem coelestium omnium gratiarum, virtutum, ac privilegiorum copiam, et magnitudinem iidem Patres viderunt tum in arca illa Noe, quae divinitus constituta a communi totius mundi naufragio plane salva et incolumis evasit; tum in scala illa, quan de terra ad coelum usque pertingere vidit Jacob, cujus gradibus Angeli Dei ascendebant et descendebant, cujusque vertici ipse innitebatur Dominus; tum in rubo illo, quem in loco sancto Moyses undique ardere, ac inter crepitantes ignis flammas non jam comburi, aut jacturam vel minimam pati, sed pulchre virescere ac florescere conspexit; tum in illa inexpugnabili turri a facie inimici, ex qud mille clypei pendent, omnisque armatura fortium; tum in illo horto concluso, qui nescit violari, neque corrumpi ullis insidiarum fraudibus; tum in corusca illa Dei civitate, cujus fundamenta in montibus sanctis; tum in augustissimo illo Dei Templo, quod divinis refulgens splendoribus, plenum est gloria Domini (Ibid).

bendito es el fruto de tu vientre [216]. He aquí por qué, revindicando para María la inocencia y la justicia originales, la compararon a Eva en los tiempos en que, Virgen inocente y pura, no había sucumbido aún a las emboscadas mortales de la falaz serpiente, y aún llegaron a ensalzarla por una admirable antítesis, sobre este tipo primitivo. Porque en realidad, Eva prestó miserablemente el oído a la serpiente, perdió la inocencia original y se hizo la esclava del tentador; más al contrario, la bienaventurada Virgen, acrecentando sin medida el don original, lejos de abrir el oído a las seducciones de la serpiente, destruyó con la virtud de Dios, su energía y su poder [217]. Tal es el sentido de los nombres que dan a María. [123] Llámanla: Azucena entre espinas; Tierra virgen, intacta, sin mancha, siempre bendita, siempre libre del contagio del pecado, de la cual fue formado el nuevo Adán; Paraíso de delicias, plantado por el mismo Dios al abrigo de las asechanzas de la serpiente; siempre inmaculada, inundada de luz, mansión risueña de inocencia y de inmortalidad; Árbol incorruptible, que jamás carcomió el gusano del pecado; Fuente siempre límpida, que selló la virtud del Espíritu Santo; Templo verdaderamente divino; Hija de la vida, única y sola que no fue hija de la muerte; Germen de gracia, no de cólera, desarrollado por una maravilla de singular providencia, sobre un tallo ajado y corrompido, y haciendo brotar y abrirse su divina flor, fuera de la ley común [218]. Han dicho también, hablando de la Concepción de la Virgen, que se había detenido la naturaleza trémula, ante esta obra maestra de la gracia [219]. Según su testimonio, sólo tuvo María de común con Adán la naturaleza, mas no la culpa. Era conveniente que el Hijo único, a cuyo Padre cantan en los cielos el trisagio los serafines, tuviera en el mundo una Madre, cuya santidad no hubiese experimentado

---

[216] Cum vera ipsi Patres, Ecclesiaque Scriptores animo menteque reputarent, beatissimam Virginem ab Angelo Gabriel sublimissimam Dei Matris dignitatem ei nuntiante, ipsius Dei nomine et jussu gratia plenam fuisse nuncupatam, docuerunt hac singulari solemnique salutatione nunquam alias audita ostendi, Deiparam fuisse omnium divinarum gratiarum sedem, omnibusque divini Spiritus charismatibus exornatam, imo eorumdem charismatum infinitum prope thesaurum, abyssumque inexhaustum, adeo ut numquam maledicto obnoxia, et una cum Filio perpetuae benedictionis particeps ab Elisabeth divino acta Spiritu audire meruerit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus veatris tui (Ibid).

[217] Atque idcirco ad originalem Dei Genitricis innocentiam, justitiamque vindicandam, non Eam modo cum Heva adhuc virgine, adhuc innocente, adhuc incorrupta, et nondum mortiferis fraudulentissimi serpentis insidiis decepta saepissime contulerunt, verum etiam, mira quadam verborum sententiarumque varietate, protulerunt. Heva enim serpenti misere obsequata et ub originali excidit innocentia, et illius mancipium evasit; sed beatissima Virgo originale donum jugiter augens, quin serpenti aures unquam praebuerit, illius vim potestatemque virtute divinitus accepta funditus labefactavit (Ibid.)

[218] Quapropter nunquam cessarunt Deiparam appellare vet lilium inter spinas, vel terram omnina intactam, virgineam, illibatam, inmaculatam, semper benedictam, et ab omni peccati contagione liberam, ex qua novus formatus est Adam, vel irreprehensibilem, lucidissimum, ammaenissimumque innocentiae, immortalitatis ac deliciarum paradisum a Deo ipso consitum et ab omnibus venenosi serpentis insidiis defensum, vel lignum immarcescibile, quod peccati vermis nunquam corruperit, vel fontem semper illimem, et Spiritus sancti virtute signatum, vel divinissimum templum, vel immortalitatis thesaurum, vel unam et solam non mortis sed vitae filiam, non irae sed gratiae germen, quod semper virens ex corrupta, infectaque radice, singulari Dei providentia praeter statas communesque leges effloruerit (Ibid).

[219] Loquentes testati sunt naturam gratie cessisse ac stetisse tremulam, pergere non sustinentem (Ibid.)

jamás eclipse [220]. Pues bien, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y por Nuestra propia autoridad, declaramos, pronunciamos y definimos, como revelada por Dios, la doctrina que enseña, que la muy bienaventurada Virgen María fue desde el primer instante de su concepción, por una gracia y un privilegio [124] singulares del Omnipotente, y en virtud de los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, preservada enteramente de la mancha del pecado original. Tal es la doctrina que deben abrazar todos los fieles con una fe firme y constante [221].

13. He aquí esta augusta palabra de Pío IX, que resume la enseñanza de los Padres, la creencia del Oriente y del Occidente, la tradición de los tiempos, elevándolas a la majestad de un dogma definido y para siempre inmutable. Es el comentario apostólico del *Ave-María* de Gabriel. Toda esta doctrina se hallaba en la salutación del Ángel: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.» La encarnación del Verbo hizo refluir a su cauce las aguas del río de la corrupción original. La sangre divina que redimió al mundo, volvió a surtir anticipadamente hasta su origen: así la primera creación del Verbo encarnado fue realmente la integridad original de su futura madre. En el mes de Tisri (8 de septiembre de 730 o 732 antes la E. C.), nació en Nazareth la Virgen Inmaculada. Ana y Joaquín le dieron el nombre de María (*Mirjam*), reina o estrella de la mar. Este nombre aparece una vez en el Antiguo Testamento, llevado por la hermana de Moisés, al pie del Sinaí, al lado del Arca Santa. En el Nuevo Testamento recuerda el nombre de María el Sinaí virginal que fue el trono de un Dios niño; el Arca de salvación universal, donde se reconciliaron Dios y el hombre. El nombre de María, asociado al de Jesús, divide con él el reino del cielo y de la tierra.

14. La infancia de María se deslizó a la sombra del santuario, entre la multitud de jóvenes vírgenes confiadas a la dirección de la tribu sacerdotal [222]. Estaba tan arraigada en Oriente, desde el siglo VI, la tradición sobre este hecho histórico, que el mismo Mahoma creyó deber consignarlo en su Koran: «Habla de Mirjam, se lee en él. Refiere de qué modo dejó a sus padres, cómo fue al Oriente [125] del Templo, y se cubrió el semblante con un velo, que la ocultó a sus miradas [223].» ¡Admirable conformidad de testimonios! La aureola con que rodea la fe católica la figura celestial de María y traspasa las nubes del mahometismo, prolongándose su radiación al través de las edades. La Presentación de la Virgen Inmaculada en el

---

[220] Natura communicavit non culpa; imo prorsus decebat, ut sicut Unigenitus in caelis Patrem habuit quem Seraphim ter sanctum extollunt, ita matrem haberet in terris, quae nitore sanctitatis nunquam caruerit (Ibid).

[221] Quare auctoritate Domini nostri Jesu Christi, beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac Nostra, declaramus, pronuntiamus el definimus, doctrinam quae tenet beatissimam Virginem Mariam in primo instanti suae Conceptionis fuisse singulari omnipotentis Dei gratia el privilegio, intuitu meritorum Christi Jesu Salvatoris humani generis ab omni originalis culpae labe praeservatam, immunem esse a Deo revelatam, atque idcirco ab omnibus fidelibus firmiter constanterque credendam (Ibid).

[222] Gregor. Nyss., Orat de Nativ. Christi, Patrol. graec., tom. XVI, col. 1139; Germán. Constantino., De Praesentat. Mariae, Patrol. graec., tom. XVIII, col. 296; Cf. Joann. Damase., Homil. I in Dormitionem B. V. Mariae. Patrol., graec., tom. XCVI, col. 707.

[223] Koran., cap. XIX, vers. 16.

Templo de Jerusalén es un acontecimiento que hace época en los anales del género humano. Desde entonces fue educada María, dicen unánimemente los Doctores y los Padres, por el sacerdote Zacarías su pariente. Desde la época de Moisés [224] y en toda la serie de la historia judía [225], rodeaban el santuario de Jehovah piadosas mujeres y jóvenes vírgenes. El templo de Zorobabel tenía, después de la restauración de Herodes, un distrito dedicado especialmente para uso de las mujeres, aislado de la clausura, con dos puertas, que daban, la una a la ciudad, y la otra al Templo [226]. En este asilo de oración, de recogimiento y de santas labores, se deslizaron a las miradas de los Ángeles, los primeros años de la humilde María [227]. En la época de la mayoría de edad de las mujeres judías, hacia los catorce años, entregó Zacarías la joven virgen a sus padres en Nazareth, para que se desposara, según la ley de los Hebreos. La sucesión temporal era el honor de las mujeres en Israel; todas las bendiciones de la Antigua Alianza se referían a ella; el porvenir del mundo dependía de la perpetuidad de la raza de Abraham, que debía dar a la tierra el germen bendito, en el que se salvarían las naciones. [126] María, descendiente de la familia real de David, debía, según la ley mosaica, desposarse con su más próximo pariente, y el Booz de la nueva Ruth, era un santo anciano, llamado Josef, hijo de Jacob y hermano de Cleophas; descendiente de David, por la línea de Salomón, así como descendía María del mismo por la antigua línea Belénica de Nathan. Desposose, pues, María con Josef, según los ritos acostumbrados, en el mes hebraico de Sebeth (23 de enero de 737). En el intervalo que trascurrió entre la ceremonia de los desposorios y la del matrimonio definitivo, se encuentra el glorioso mensaje de Gabriel a la Virgen Inmaculada (25 de marzo). Nazareth, teatro de esta Anunciación divina, quiere decir en lengua hebraica, *Flor*. Por eso dice San Bernardo: «Jesucristo, la flor de Jessé, quiso brotar de una flor en una flor, en la estación de las flores [228].

---

[224] Exod., XXXVIII, 8.

[225] Judic., XI, 39; I Reg., II, 22.

[226] Joseph, De Bello jud., lib. V, cap. XIV y XVI.

[227] Nunca princesa ni joven nacida en los palacios de los más potentes monarcas, dice M. Augusto Nicolás en su obra titulada: La Virgen María, según el Evangelio, recibió educación tan superior, ni reportó de ella frutos más dignos.

En efecto, María tuvo por maestro a la Gracia y por preceptor al Verbo; al Verbo que educaba él mismo a su Madre y la formaba para este divino destino. La Gracia es una educación infusa que no destruye la naturaleza, sino que la eleva y enriquece. ¿Quién no ha visto alguno de estos discípulos de la Gracia, que en las condiciones más vulgares de la sociedad, ofrecen toda la flor de sentimiento, toda la nobleza de carácter, toda la distinción de conducta y aun de modales que se encuentran apenas en las clases más elevadas? ¿Pues qué no debería ser María llena de Gracia desde su concepción, formada por el feliz maridaje de todas las virtudes mucho mejor de lo que lo hubiera sido por las Musas; enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo para ser su Templo; dotada de todas las inspiraciones de la Eterna Sabiduría, para ser su Morada; alumbrada en fin con todos los resplandores del cielo por el Padre de las luces para ser su Hija y la Madre de su Hijo? «Así, la joven María, dice el Ángel de la escuela, crecía más en gracia que en cuerpo, y cuantos momentos se añadían a su vida, otras tantas gracias se le aumentaban.» (N. del T)

[228] Nazareth interpretatur flos; unde dicit Bernardus, quod flos nasci voluit de flore, in flore et floris tempere (Jacob. de Voragine, In Annunciatione).

§ IV. Visitación. Nacimiento de San Juan Bautista

15. Después de esta comunicación celestial, «se dirigió María con toda diligencia a las montañas de Judea, hacia la ciudad sacerdotal de Hebrón. Luego que llegó a la morada de Zacarías, saludó a Isabel. Al sonido de la voz de María, saltó de gozo el infante de Isabel en el seno maternal, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz, dijo a María: Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí esta ficha que la madre de mi Señor se digne visitarme? Porque desde que sonó en mis oídos la voz de tu salutación, saltó de gozo en mi seno el infante. Bienaventurada eres en haber creído en la promesa divina, porque se cumplirán las palabras que te se han revelado en nombre del Señor.- Y dijo entonces María: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu rebosa de alegría en Dios, mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; y he aquí que desde este momento todas las generaciones me proclamarán bienaventurada. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo. Y su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen. Ha desplegado la potestad de su brazo, y su soplo ha deshecho los [127] orgullosos intentos del corazón, de los soberbios. Ha derribado del trono a los poderosos y ensalzado a los abatidos. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos los despidió sin nada. A Israel, su siervo acogió bajo su amparo, acordándose de su misericordia. Así lo había anunciado a nuestros padres, según la promesa que hizo a Abraham y su descendencia por todos los siglos.- Y detúvose María con su prima Isabel, cerca de tres meses, y se volvió después a Nazareth [229].»

16. Se advierte en el Evangelio, con solo leerlo, tal armonía de tono, una sencillez tan notable, al paso que una majestad tan elevada, que no es necesario más demostración para producir el convencimiento. Tal es el carácter propio de la palabra de Dios: Llevar en sí la luz, sin necesidad de otra justificación que ella misma. La evidencia se impone y no se demuestra. Así, por más que nos diga el racionalismo que el Cántico de María «es uno de esos procedimientos convencionales que forman el carácter esencial de los Evangelios apócrifos [230],» en vano tratará de persuadirnos que tenemos a la vista «una leyenda sin valor, una amplificación pueril [231].» ¿Es cierto que fue prometido un Dios Salvador del mundo,

---

[229] Lucas, I, 39-56.

[230] Vida de Jesús, Introd., pág. XLI.

[231] Id., Ibid.

después del Edén, y predicho por todos los profetas y esperado por toda la serie de las edades en el Antiguo Testamento? No puede negarse, a no destruir la historia. ¿Es cierto que es adorado Jesucristo durante dos mil años, como Salvador, como Hijo de Dios en la eternidad y como Hijo de María en el tiempo? Nadie podría ponerlo en duda, a no negarse a sí mismo. Pues para que se prosternara un solo hombre ante Jesucristo (y se cuentan por millares sus adoradores), ha sido necesario que se hallase rodeada la historia del Señor de señales incontestables de credibilidad. Cuantas más páginas se arranquen a su divina historia, se imposibilita más la fe en su divinidad. Entonces excedería el milagro de haber creído sin pruebas, en proporción infinita, a la prueba de los milagros que negáis. Así, cuando pensáis haber dicho la última palabra, atribuyendo el *Magnificat* a un falsario, y creéis haberlo destruido todo, relegando el relato de la Visitación entre las crédulas invenciones de un apócrifo, no habréis hecho, no obstante, más que multiplicar rechazándolas, dificultades inexplicables. Supongamos, pues, si [128] queréis, que no haya escrito esta página San Lucas; que sea producción de una pluma desconocida del siglo II de la Era Cristiana, tendréis sin duda alguna que dar una fecha a la obra, aunque no podáis nombrar su autor, según vuestra hipótesis. Señalemos, pues, el siglo II, pero no descendamos más que al año 150, porque en aquella época conocía el pagano Celso el Evangelio de San Lucas; lo leía ya tal como lo leemos en el día, y si hubiera sospechado la impostura de un legendario, no hubiera dejado de notarla. Pues bien, vuestro apócrifo del siglo II pone en boca de María una predicción, clara, neta, positiva. «¡Todas las generaciones, dice la Virgen de Nazareth, me proclamarán bienaventurada!» Para saber si se ha realizado esta profecía os basta hoy abrir los ojos y mirar lo que pasa a vuestro alrededor. El mundo entero resuena con las alabanzas de María, y ¡queréis que un oscuro legendario hubiese adivinado esto, hace diez y ocho siglos, cuando adoraba el mundo la divinidad de un César cualquiera, y quemaba incienso a manos llenas en todos los altares de Venus! Sería dispensar con sobrada facilidad el don de profecía atribuirlo tan liberalmente a todos los falsarios desconocidos del primer siglo de la Era Cristiana. Si es tan fácil profetizar, ¿por qué no hacen profecías todos nuestros sabios, que no son oscuros apócrifos? Y cuando intentan por casualidad hacer alguna, ¿cómo es que no se verifica nunca? La facultad profética supera todos los esfuerzos de la ciencia, todas las inspiraciones del genio humano: no se equivoca sobre ella el sentido más vulgar. He aquí por qué se ha creído, se cree y se creerá hasta el fin de los tiempos en el Evangelio. Por do quiera se hallan comprobadas las profecías de que está lleno. Su comprobación se baila de tal suerte al alcance de todas las inteligencias, que para consignar su realización basta oírlas enunciar.

17. «Llegado el tiempo de su alumbramiento a Isabel, dio a luz un niño. No bien supieron los vecinos y sus parientes la gran misericordia que el Señor le había hecho, se congratularon con ella. Y al día octavo, se reunieron para la ceremonia de la circuncisión del niño, y quisieron llamarle Zacarías, que era el nombre de su padre. Pero Isabel se oponía diciendo: No le llaméis así, pues su nombre debe ser Juan. Y ellos la dijeron: Ninguno hay en tu familia que tenga ese nombre. Sin embargo, se dirigieron por señas a Zacarías, padre del niño, invitándole a que diera a conocer cómo quería se le [129] llamase. Y él pidiendo la tablilla de escribir, escribió: Juan [232] es su nombre; de lo que quedaron todos admirados. Y en aquel

---

[232] Voz hebreo-siriaca, que significa gracioso, pío. (N. del T.)

momento, se desató la lengua del sacerdote, y empezó a hablar, bendiciendo a Dios en alta voz. Un temor religioso se apoderó de todos los asistentes. Y en las montañas de Hebrón, donde se divulgaron estas maravillas, conservaron sus habitantes su memoria, y se decían unos a otros: ¿Quién será algún día este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor esta con él. Y Zacarías, su padre, inspirado por el Espíritu Santo, hizo oír estos proféticos acentos: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en el seno de la familia de su siervo David, según prometió por boca de sus Santos profetas que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente siempre su santa Alianza; conforme al juramento que hizo a Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. ¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, a preparar sus caminos, enseñando a su pueblo la ciencia de la salvación, para que obtenga la remisión de sus pecados, por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, con la cual vino a visitarnos ese Sol naciente de lo alto del cielo, iluminando a los pueblos sentados en las tinieblas y a la sombra de la muerte, y dirigiendo nuestros pasos por el camino de la paz!- Tales fueron las palabras de Zacarías. Y el niño crecía y se fortalecía en el Espíritu del Señor y habitó en los desiertos hasta el tiempo de su manifestación pública en Israel [233].»

18. La aparición de Juan Bautista; su papel histórico de Precursor; la notoriedad que rodeó más adelante su misión en Judea unen el Evangelio, con un nudo indisoluble, al Antiguo Testamento. «He aquí que yo doy su misión al Ángel que prepara la vía delante de mi faz, había dicho Malaquías, el último profeta en el orden cronológico. Aparecerá al punto en su Templo el Dominador a quien buscáis; el Enviado del Testamento que imploran vuestros votos. [130] ¡Vedle aquí que llega [234]!» Tal era la palabra final del ciclo profético. La Judea, trémula de impaciencia y de esperanza, interrogaba todos los horizontes, y se estremecía en la expectación. ¡Llega el Dominador, el Rey, hijo de David, cuyo trono no tendrá fin; el Deseado de las colinas eternas; el Mesías; el Cristo! ¿Qué voz tendrá la gloria de ser la primera en anunciar su advenimiento al mundo? ¿Quién será el primero que señale su Precursor? Evidentemente, en semejante situación de los espíritus, en medio de la expectativa de un pueblo entero, debieron grabarse en la memoria con caracteres indelebles, todos los rasgos que podían referirse a la realización de las esperanzas unánimes, ávidamente recogidos por la atención pública. Así fue a la verdad, según lo atestigua el Evangelio. Los prodigios verificados en la cuna de Juan Bautista, dispertaron la esperanza en todos los corazones. «¿Quién será, se decía, este niño extraordinario?» Semejante lenguaje no ha podido imaginarse después del suceso. Siéntese vibrar en toda esta narración la impresión de la época, en su candidez y su profundidad. El historiador no ha perdido el menor detalle y el pretendido legendario es aquí, como en todas partes, de una exactitud desesperadora para el racionalismo. Un apócrifo póstumo no hubiera dejado de colocar la escena de la

---

[233] Lucas, 1, 57, ad. ultim.

[234] Malaq., III, 1.

Circuncisión, para dar más colorido a su relato, en el atrio del Templo. Hubiera designado un sacerdote para realizar la ceremonia. El afortunado Zacarías hubiera sido rodeado de la tribu sacerdotal, que le hubiese felicitado por su curación súbita, y hubiera oído de sus labios la magnífica predicción de los destinos de su Hijo. Pero no hay nada de esto en el Evangelista. Sabe que no exigía la Circuncisión entre los Judíos, rigurosamente el ministerio sacerdotal, ni aún el levítico. Bastaba una mano profana para imprimir sobre los hijos de Abraham el sello exterior de la alianza divina; por tanto, se circunscribió la solemnidad al hogar doméstico de Hebrón. El historiador sabe además, que en semejante caso, se reunían alrededor del recién nacido toda la parentela y toda la vecindad. Un nacimiento en Israel tenía no solamente el carácter de un regocijo nacimiento de familia, sino de una bendición pública. Todo esto resulta como de un modo natural, del texto sagrado, sin gran examen, sin esfuerzo, sin preparación. Un hebraizante moderno que quisiera [131] trazar en nuestros días una escena análoga, tendría que leer antes volúmenes enteros, y cuando hubiera terminado sus estudios preliminares, no conseguiría nunca dar a su relato la sencillez de la narración evangélica. Cada paso que demos en el estudio del libro divino nos ofrecerá pruebas de este género, en las cuales creemos deber insistir, a riesgo de fatigar al lector, para hacérselo percibir más bien. Pero antes de acabar la demostración, el texto por sí solo habrá llevado la convicción a los entendimientos, porque el privilegio de la palabra divina es estar siempre viva, puesto que tiene su acción propia, su eficacia perseverante, que es el Verbo, a quien basta mostrarse para iluminar las conciencias y los corazones.

19. María había vuelto a Nazareth: el término de los desposorios había espirado, y aproximábase la época del matrimonio solemne. «Sucedió, pues, que antes de haberse unido a su esposo, concibió por virtud del Espíritu Santo. Y Josef, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla al tribunal de los Sacerdotes, se resolvió a una separación secreta. Pero mientras pensaba en esto, se le apareció el Ángel del Señor en sueños, y le dijo: Josef, hijo de David, no temas retener a María por esposa, porque ha concebido por obra del Espíritu Santo; así, que parirá un hijo a quien pondrás por nombre Jesús (Salvador), porque ha de salvar a su pueblo de sus pecados. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la promesa divina, proclamada por boca del profeta, que dice: He aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que significa Dios con nosotros [235]. Y al dispertar Josef del sueño, obedeció la prescripción del Ángel del Señor, y retuvo a María por esposa [236].» La terrible ansiedad de Josef forma con la tranquilidad de María en esta circunstancia, un contraste de que se apoderaba victoriosamente Orígenes contra las odiosas calumnias de Celso. La ley mosaica era terminante. Al tribunal de los Sacerdotes pertenecía el juicio de la mujer culpable, y no había lenidad en la sentencia, como nos lo demuestra suficientemente el ejemplo de Susana; así es que esperaba a la desposada convicta de crimen, el suplicio de la lapidación. Nunca se insistirá demasiado sobre este hecho capital, que forma por sí solo una demostración completa de la veracidad del Evangelio. Herido Josef en su honor, perseguido por la más cruel duda, [132] es un testigo, cuya declaración no

---

[235] Isa., VII. 14.

[236] Math. I, 18-24.

puede ser sospechosa por ningún título; su mismo carácter es una nueva garantía más. Es «justo,» dice el Evangelista; es decir, que une al sentimiento de la rectitud y del honor, una moderación tierna y compasiva. Ha calculado la trascendencia de una denuncia solemne, ante el tribunal de los Sacerdotes, el Sanhedrín judío. Repugna a su dulce carácter el rigor del castigo legal que seguirá a su queja. Sin embargo, no puede consentir en lo que él cree un deshonor personal. María no será su esposa: la entregará un libelo de separación ante dos testigos, y la joven doncella, que ha recibido su juramento de desposada, no tendrá que echarle en cara una muerte infamante. Este libelo de separación es también legal, y asegura a un mismo tiempo, sin comprometer nada, la vida de una mujer y el honor de un esposo. Tal era esta situación, delicada y peligrosa cual no hubo jamás igual en ninguna historia; sin embargo, María calla, envolviendo el silencio en un velo divino su maternidad virginal. No resuena al oído de Josef voz alguna humana en medio de sus desgarradores pensamientos; y no obstante, Josef llega a ser esposo de María. Jamás han negado los judíos este matrimonio: el mismo Celso y nuestros racionalistas creen en él. Celso reconoce que Josef se había desposado solemnemente con María. Luego, podemos nosotros decir con Orígenes: Lo que no enseñaron los hombres a Josef, se lo reveló Dios; el secreto que guardó la Virgen Inmaculada con peligro de su misma vida, lo depositó el Ángel de la Anunciación en el seno de Josef. Suprímase el milagro de la revelación angélica, y se recae en el milagroso consentimiento del «justo Josef», que ahoga súbitamente sus ansiedades, sus sospechas; más aún, que cierra los ojos a la evidencia, y toma a María por esposa. He aquí cómo se libra el contexto del relato Evangélico de los ataques de la incredulidad, desafiando todos los esfuerzos del racionalismo e imprimiendo la fe por su divina sencillez. Las siguientes líneas van a ofrecernos una nueva prueba de esto.

§ V. El empadronamiento del Imperio

20. «En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, dice San Lucas, para que fuese empadronado todo el mundo. (Este primer empadronamiento se hizo por Cyrino, gobernador de Siria) [237]. [133] Y todos iban a empadronarse a la ciudad de donde cada uno descendía. Y Josef, que era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en la Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba en cinta [238].»

---

[237] AuÀth a)pografh\ prw¯th e)ge/neto h(gemoneu/ontoj th=j Suri¿aj Kurhni¿ou. (Luc. cap. II, 2). La construcción elíptica de esta frase se presta a un doble sentido: el de la Vulgata que reproducimos, y otro del que nos ocuparemos en breve. [AuÀth apografh prw¯th egeneto hgesoneuotoj th=j Suri¿aj Kurhnion en el original (N. del E.)]

[238] Lucas, II, 1-3.

Cada palabra del texto Evangélico toca aquí cuestiones capitales. Historia universal, pormenores particulares de la administración de las provincias; derecho romano, puesto en parangón con el derecho judío; en estas breves líneas, donde no encuentra el lector la menor vacilación, se hallan resueltos los problemas más complicados y del orden más diverso. El Evangelista no hubiera podido pasar tan ligeramente sobre hechos de tal importancia, a no referirse a recuerdos todavía vivos de una generación contemporánea, y a no hablar de hechos notorios que todos habían visto, oído y experimentado. No afecta sin embargo este carácter intrínseco de autenticidad a nuestros modernos racionalistas. San Lucas, dicen ellos, menciona un empadronamiento universal ordenado por Augusto en la época del nacimiento de Jesucristo; es así que no habla de este empadronamiento ningún historiador moderno; luego ha mentido el Evangelio. Tal es el silogismo de Strauss, adoptado por d'Eichthal, Salvador, etc. Merecen citarse íntegras sus palabras, porque han obtenido en estos últimos tiempos una publicidad más ruidosa. «Los textos con que se trata de probar, dicen ellos, que debieron extenderse al dominio de los Herodes algunas de las operaciones de estadística y de catastro, mandadas por Augusto, o no implican lo que se les hace decir, o son de autores cristianos que han tomado estos datos al Evangelio de Lucas [239].» He aquí la objeción; nadie hallará la tesis oscura o mal deslindadas las posiciones.

21. He aquí la respuesta. El historiador, mejor informado sobre el reinado de Augusto de todos los historiadores, es indudablemente el mismo Augusto. Pues bien, hace algunos años se encontró el sumario histórico del reinado de Augusto, escrito de su mano y grabado por orden suya, en el famoso mármol de Ancyra, conocido hoy de toda la Europa sabia. El emperador romano, sin preocuparse de [134] lo desagradable que sería un día su testimonio para los literatos del siglo XIX, inscribe sobre sus fastos lapidarios, no ya «algunas operaciones parciales de estadística o de catastro,» sino tres empadronamientos generales, ejecutados en el Imperio bajo su dirección; el primero en el año 726 de Roma (28 años antes de la E. V. [240]), confirmado con el nombre de Augusto y el de Agripa, su colega; el tercero el año 767 de Roma (14 de la E. V.), que lleva los nombres de Augusto y de Tiberio [241]. Es indudable que ni este primero ni este último empadronamiento tienen relación con el que menciona San Lucas; el uno es 28 años anterior al nacimiento de Jesucristo; el otro es 14 años posterior, por lo menos; el uno llevaba los nombres de Augusto y de Agripa, el otro los de Augusto y de Tiberio, al paso que el edicto citado por San Lucas, no debe llevar más que un solo nombre, el de César Augusto: *Exiit edictum a Caesare Augusto* [242]. Pero hubo un empadronamiento intermedio, que refiere el mármol de Aneyra en estos términos significativos: «Yo he cerrado sólo el segundo lustro con el poder consular, bajo el consulado de C. Censorino y de

---

[239] Vida de Jesús, pág. 20, nota.

[240] Esta abreviación significa: Era vulgar: usamos aquí este término en lugar del de Era cristiana, porque corresponde mejor al estado verdadero de la cronología relativa al nacimiento de Nuestro Señor. Sabido es, en efecto, que por un error admitido, la era actual principia cuatro años después de la verdadera época de este nacimiento.

[241] Columna V, lib. IX; col. III, lib. I del texto griego encontrado por Hamilton Backh, tom. III, pág. 89.

[242] Lucas, cap. II, 1.

C. Asinio. Durante este lustro se han empadronado por cabezas los ciudadanos romanos, habiendo resultado ascender su número a cuatro millones doscientos treinta mil [243].» Nos hallamos ahora ante un texto que indudablemente no es de un autor cristiano, «y que no ha podido tomar al Evangelio de Lucas su dato,» por la razón suprema de que Augusto murió cuarenta años antes que San Lucas escribiese su Evangelio. No es posible sospechar connivencia sobre este punto. Ahora bien, el mármol de Aneyra usa exactamente el mismo lenguaje que San Lucas. La concordancia es perfecta. El segundo lustro, es decir, el intervalo trascurrido desde el último empadronamiento, fue cerrado por Augusto, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Así lo dice la Inscripción lapidaria. [135] Sabemos que la fecha de este consulado cae en el año 746 de Roma, es decir, precisamente [136] un año antes del nacimiento de Jesucristo. Esta misma circunstancia es decisiva, puesto que nacía Jesucristo en Judea en una provincia distante de Roma, donde no pudo haberse verificado el empadronamiento, sino después de efectuarse en Italia y en las comarcas más inmediatamente próximas a la metrópoli. Pero aún hay más. Por una singular excepción, el único de los tres empadronamientos universales verificados por Augusto, que quiso consagrar este príncipe con su solo nombre, sin agregarle el de ningún otro colega, es precisamente éste; de manera que al leer en el mármol de Ancyra la expresión imperial: «Yo solo, investido del poder consular, he cerrado este lustro,» es imposible desconocer la rigurosa exactitud de San Lucas, cuando dice más tarde: «En aquellos días, salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.» Estamos, pues, distantes «de algunas operaciones de estadística y de catastro,» mandadas por Augusto y aplicadas erróneamente «a los dominios de los Herodes» bajo la fe de escritores mal comprendidos «o de autores cristianos que han tomado este dato del Evangelio de Lucas.» La inscripción de Ancyra tiene la rigidez del mármol, y no se presta en manera alguna a la flexibilidad del lenguaje de los racionalistas: «Todos los ciudadanos romanos han sido empadronados por cabezas,» dice el emperador; esto significa indudablemente, que comparecieron todos y cada uno individualmente ante el delegado imperial. No se trataba, pues, de una simple «operación de estadística o de catastro.» Su número se ha elevado, continúa el monumento lapidario, «a cuatro millones doscientos treinta mil.» Y no habiendo noticia de que hubiera nunca más de cien mil romanos de raza [244], para que llegara el empadronamiento al número oficial inscrito por Augusto, debió comprender todas las provincias anejas, súbditas o aliadas del Imperio por do quiera, todos los puntos a que se había concedido a alguna familia el título de ciudadano romano. Y tal era en particular el estado en que se hallaba la Judea. El padre de Herodes, Antipas el Idumeo recibió como un ilustre favor este título que no había extendido aún al universo entero la locura de Caracalla.

22. Hubo, pues, en Judea, en el reinado de Augusto, precisamente en la fecha fijada por San Lucas, un empadronamiento que no respetó «los dominios de los Herodes.» De él se tenía noticia antes del descubrimiento del mármol de Ancyra,

---

[243] (Alteru) m consulari cum imperio lustrum solus feci (c) censorin (o et c). Asinio Cos: quo lustro censa sunt civium romanorum (capita) quadragiens centum millia est ducenta tringinta tria millia (II columna, 5, Caes August. Indeo rerum a se gestarum. Ed. A. W. Zumpt, 1845, pág. 30).

[244] Coquille, Los legisías, introd. pág. IX.

puesto que Suetonio había escrito estas palabras: «Augusto procedió tres veces al empadronamiento del pueblo; la primera y la tercera vez con un colega, y la segunda vez solo [245].» Tácito alude también a este empadronamiento de un modo manifiesto: «Augusto, dice, dejó al morir una obra póstuma, titulada: *Breviarium Iniperii* (Sumario del Imperio), donde se consignaban todos los recursos del Estado, cuántos ciudadanos y aliados había en todas partes bajo las armas; cuantas flotas, reinos y provincias; los foros y tributos; los gastos que había que hacer, y las gratificaciones que conceder; todo escrito de mano del príncipe [246].» Después de la muerte de Augusto, decía también Suetonio, «llevaron al Senado las Vestales, con el testamento imperial, a cuyas manos había confiado Augusto, en vida, este depósito precioso, tres paquetes sellados; el uno contenía órdenes relativas a sus funerales; el otro un sumario de los actos de su reinado hecho para grabarse en tablas de bronce, ante su mausoleo» (el Mármol de Ancyra, de que acabamos de hablar, es precisamente, sino su original, al menos una copia auténtica); «finalmente, el tercero era el *Breviarium Imperii*. En él se veía cuántos soldados había por todas partes bajo las armas; cuánto dinero había en el Tesoro, así como en las diversas arcas del fisco, y finalmente, a cuánto ascendían las rentas públicas [247]. «Estos textos, a los cuales se agrega el de Dion Casio, que se expresa lo mismo [248], no son ciertamente de origen cristiano; «no han tomado sus datos del Evangelio de Lucas.» «Antes implican verdaderamente lo que se les hace decir» porque ¿cómo hubiera podido reunir, en efecto, Augusto, los elementos de un trabajo que comprendía a todos los ciudadanos y aliados, los recursos y los cargos militares, marítimos y rentísticos del Imperio, de las provincias y de los reinos, a no haber tenido previamente en su mano la estadística de un empadronamiento universal? No es necesario ser un grande estadista para comprender la correlación necesaria, rigurosa, absoluta que existe entre estas dos ideas. El *Breviarium Imperii*, redactado por Augusto y citado por Tácito, Suetonio y Dion [137], era un resumen para el uso imperial, del empadronamiento verificado por Augusto. Sin embargo, el racionalismo moderno tiene una simpatía especial «a los dominios de los Herodes» e invoca una excepción a favor de «estos dominios,» a los cuales, dice, no debieron extenderse las operaciones de estadística y de catastro del primer emperador romano. Pero ¡ah! tanto en derecho como en hecho, es un sueño semejante excepción. En derecho, porque era hacía cincuenta años el dominio de los Herodes, es decir, la Judea, una provincia romana. He aquí en qué términos refería Agripa el Joven a los Judíos esta dura verdad: «No olvidéis, les decía, que sois súbditos hereditarios del Imperio, cuya herencia de servidumbre asciende para vosotros a la conquista de Jerusalén por Pompeyo [249].» Agripa el Joven debía saber el derecho romano bajo el cual vivía. Herodes tenía su trono por la benévola voluntad de Roma, pudiendo hacerle bajar de él una señal de Augusto, así como le había hecho subir otra. Sabidas son las circunstancias de la concesión imperial hecha en favor de

---

[245] Suetonio, Augustus, cap. XXVII.

[246] Tácito, Annal., lib. I, cap. II.

[247] Sueton. August, cap. CI.

[248] Dion Casio, lib. LVI, cap. XXXIII.

[249] Joseph. De Bello jud. lib. II, cap. XVI.

Herodes después de la batalla de Accio. Pues bien, nadie da más de lo que tiene; Roma tenía, pues, la propiedad real de la Judea [250], y para que no lo olvidase Herodes, unió Augusto a su título de rey vasallo, el de gobernador romano en Oriente. Herodes no era, pues, más que un gobernador coronado. En cuanto al hecho: el inviolable «dominio de los Herodes» fue violado en el año 37 de la era de Accio, por la deposición de Arquelao, hijo de Herodes, que fue desterrado por Orden de Augusto a Viena, en las Galias, y diez años antes había sido violado por el empadronamiento de Augusto, en la época del nacimiento de Jesucristo. Esta vez lo afirma un Judío que no tiene nada que ver con San Lucas. El año penúltimo del reinado de Herodes, «se vio obligado todo el pueblo judío, dice Josefo, a prestar el juramento individual de fidelidad a César, habiendo protestado y negádose a obedecer solamente seis mil Fariseos. Irritado Herodes de su resistencia, los condenó a una multa que pagó por ellos la intrigante Salomé [251].» ¡Este es el modo como respetaba César Augusto «el dominio de los Herodes!» Y para que no haya equivocación [138] sobre el valor de la palabra «juramento» que emplea Josefo, añadamos, que entre los Romanos precedía siempre al empadronamiento el juramento de fidelidad. Es el término mismo que usa la ley [252]. ¡Explíquese ahora esta pasmosa concordancia! El año en que fueron obligados los Hebreos, según Josefo, a prestar juramento individual a César Augusto, es exactamente el mismo en que escribe San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo [253].»

23. Está hecha la prueba: tal vez se nos dispensara que insistamos más. Sin embargo, ha llegado la hora de difundir obstinadamente la luz a cada uno de los puntos que ha querido oscurecer el sofisma. Se ha oído los testimonios romanos, griego y judío de Augusto, de Tácito, de Suetonio, de Dion Casio, de Josefo, los cuales implican realmente lo que se les hice decir, y que no toman su idea del Evangelio de Lucas: «y no obstante hablan como él. Pero supongamos que no existen; tengámoslos por no aducidos. Quedaría aún una serie de testimonios cuya palabra produciría la convicción, y de que no se desembarazara el racionalismo, poniéndolos bajo la categoría sospechosa «de autores cristianos.» Cada día los tribunales aceptan la declaración de los «cristianos.» ¿Tiene aquí derecho de mostrarse el racionalismo más severo que los Magistrados? Júzguese por un solo ejemplo. Hacia el año 204 de nuestra era, iba de Cartago a Roma un jurisconsulto famoso, cuyas decisiones figuran en el Digesto juntamente con las de Papiniano, de Trebonio y de Ulpiano. Había nacido y vivido largo tiempo en el paganismo, pero le hizo cristiano el valor de los mártires cuya muerte intrépida contemplaba diariamente. Su nombre de Tertuliano, ilustre ya en un tiempo en que era la ciencia

---

[250] He aquí sobre este punto un dicho de Tácito, cuya significación es decisiva. Rerum ab Antonio Herodi datum Victor Augustus auxit. Post mortem Herodis, nihil expectato Caesare, Simon quidam regium nomen invaserat. Is a Quintilio Varo oblinente, Syriam punitus; et gentem coercitam liberi Herodis tripartito rexere. (Tácit. Histor. lib. V, cap. IX).

[251] Josefo, Antiq. jud. lib. XVII, cap. III.

[252] Eorum nomina, proenomina, patres aut patronos, tribus, cognomina et quod annos quisque habet, et rationem pecuniae abiis juratis accipito. (Ap.Zell. Delect. Inscr. Roman. página 275. Heildelberg, 1850).

[253] Lucas, cap. II, 1.

del derecho el gran camino de los honores, se halló por su misma conversión investido de una notoriedad mayor todavía. Tenía curiosidad de saber el mundo lo que había podido seducir de la odiada doctrina del Cristo, a un jurisconsulto eminente. En esta situación particular, podemos estar seguros que Tertuliano fijaría las cuestiones de hecho con la exactitud familiar al foro. He aquí, pues, lo que escribía Tertuliano, [139] en la misma Roma, el año 204: «En los archivos de Roma se conservan los documentos originales del empadronamiento de Augusto, constituyendo un testimonio auténtico su declaración relativa al nacimiento de Jesucristo [254].» Así habla un jurisconsulto romano a toda una sociedad en expectativa y pronta a apoderarse y abultar la más ligera inadvertencia en su lenguaje. Así es como se explica ciento cincuenta años solamente después de la muerte de Augusto, cuando estaba aún tan reciente en Roma la memoria de este glorioso reinado, como puede estarlo en Francia la de Luis XIV; cuando se trataba de un hecho, tal como un empadronamiento universal, base de todo el impuesto, de todos los contratos de propiedad, de todas las prerrogativas hereditarias adherentes al título de ciudadano, de todos los estados de nacimiento, de familia o de condición en el Imperio. ¡Es posible imaginar que evoque aquí Tertuliano un «dato» completamente desconocido a los romanos «tomado de San Lucas!» «¡Cuando apela de él el jurisconsulto a los archivos públicos de Roma, a los documentos originales del empadronamiento de Augusto, significa esto para nuestros literatos que no tiene Roma otros archivos ni otros documentos originales que «el Evangelio de Lucas!» Esto es verdaderamente mofarse demasiado de la razón humana en nombre del racionalismo. Aunque no tuviéramos más que el testimonio de Tertuliano, bastaría para echar por tierra el famoso silogismo de Strauss, aun adicionado con la famosa paráfrasis de sus nuevos discípulos.

24. Pero el racionalismo nos ha preparado una nueva sorpresa. Se acaba de oírle afirmar «que los textos con que se trata de probar que debieron extenderse al dominio de los Herodes algunas operaciones de estadística y de catastro mandadas por Augusto, o no implican lo que se les hace decir, o son de autores cristianos que han tomado este dato del Evangelio de Lucas.» Y he aquí ahora que nos dice en el mismo párrafo, sin transición alguna, que el empadronamiento de la Judea se verificó en el año 37 de la era [140] de Accio, por Quirinio [255], gobernador romano de Syria. ¿Sería posible que ignorase el racionalismo que reinaba aún Augusto en el año 37 de la era de Accio? Hállase, sin embargo, probado que murió el primer emperador romano, más que septuagenario, en el año 44 de la era de Accio; por consiguiente, se verificaba en nombre de Augusto, el año 37, el empadronamiento de la Judea por Quirinio. Pero oigamos las mismas palabras del crítico, porque es sobrado inverosímil semejante contradicción. «El empadronamiento verificado por Quirinio, dice, al cual refiere la leyenda el viaje a Belén, es posterior por lo menos en diez años al en que habría nacido Jesucristo, según Lucas y Mateo. Y en efecto, los dos Evangelistas hacen nacer a Jesús bajo el reinado de Herodes (Mat. II, 1, 19, 22; Lucas, I, 5). Y el empadronamiento de Quirinio no se verificó hasta después de la

---

[254] De censu denique Augusti; quem testem fidelissimum Dominicae nativitatis Romana archiva custodiunt. (Tertull. lib. IV, contra Marcion., cap. VII; Patrol. lat. tom. II, col. 370).

[255] Es el mismo a quien San Lucas llama Cyrino y otros Cyrenio siguiendo la pronunciación griega. (N. del T.)

deposición de Arquelao, es decir, diez años después de la muerte de Herodes, el año 37 de la era de Accio (Josefo, *Ant*. XVII, XIII, 5; XVIII; I. 1; II, 1). La inscripción por la que se quiso consignar en otro tiempo que hizo Quirinio dos empadronamientos, se ha reconocido como falsa (V. Orelli, *Inscr. latin*. núm. 623, y el suplemento de Henzen, a este número; Borghesi, *Fastos consulares* (aún inéditos, en el año 742).» Es imposible equivocarse sobre este punto. El crítico dice positivamente que «en el año 37 de la era de Accio, después de la deposición de Arquelao, se verificó, no una operación catastral, sino un verdadero empadronamiento de la Judea por Quirinio.» Pues bien, Arquelao fue depuesto por Augusto; Arquelao era hijo de Herodes. «Su «dominio» fue violado por Augusto; Quirinio fue enviado a Judea por Augusto; Augusto sobrevivió siete años al 37 de la era de Accio. ¡Luego el racionalismo moderno, de quien no se sospechará que tomo «este dato del Evangelio de Lucas,» y cuya palabra «implica» muy realmente una contradicción, enseña con Tertuliano y San Lucas, que hubo un empadronamiento de la Judea en tiempo de Augusto! ¡Qué importa que no sepan los lectores vulgares qué emperador reinaba en el año 37 de la era de Accio? ¿Qué importa que no sospechen lo que puede haber de común entre Arquelao y «los Herodes?» Pueden muy bien ignorar el nombre del príncipe que depuso a Arquelao; nadie está obligado a saber, como Josefo, que el gobernador romano Quirinio fue enviado a Judea por Augusto, y como Tácito, que tenía el rango consular, que era amigo del emperador y preceptor de sus nietos. Estos pormenores prueban indudablemente la contradicción del critico; pero el silencio en que éste los envuelve, atestigua, al mismo [141] tiempo, la escrupulosa delicadeza con que quería evitar que apareciese esta contradicción, a los ojos de sus lectores.

25. Es, pues, actualmente imposible poner en duda la realidad de un empadronamiento de la Judea por Augusto, y quedan en toda su integridad las palabras de San Lucas. «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.» El racionalismo acaba de suministrar a este texto evangélico el apoyo tan inesperado de su propio testimonio. El crítico se condena a sí mismo voluntariamente; consiente en decir, con el Evangelio, que se verificó el empadronamiento de Judea por Quirinio, pero solamente diez años después de la época indicada por San Lucas. Así pues, se halla reducida la discusión a una diferencia cronológica de diez años, entre la fecha suministrada por el Evangelista y la que señala Josefo, pormenor muy pequeño después de tan altas pretensiones. Sin embargo, si no fue Quirinio a Judea hasta diez años después de la muerte de Herodes, es indudable que no presidió Quirinio en tiempo de Herodes el empadronamiento descrito por San Lucas. Ahora bien, es perfectamente cierta la época precisa de la llegada de Quirinio a la Judea. «Después de la deposición de Arquelao, dice Josefo, se reunió el dominio de este príncipe a la provincia de Syria. Enviose por César Augusto a Quirinio, cónsul, para hacer el empadronamiento, llevando además la orden de vender en beneficio del tesoro los bienes patrimoniales de Arquelao [256].» La deposición de Arquelao, hijo de Herodes, se verificó cerca de diez años después de la muerte de su padre, o sea en el año 37 de la era de Accio. Luego el Evangelio de San Lucas equivoca la fecha, cuando coloca la operación de Quirinio en tiempo de Herodes, y cuando dice: Haec descriptio prima facta est a

[256] Joseph. Antiq. Jud., lib. XVIII, cap. I.

praeside Syriae Cyrino [257]. Esta vez es decisiva la objeción. A menos de suponer que hizo Quirinio anteriormente un viaje a la Judea, en tiempo de Herodes, es imposible conciliar el texto de San Lucas con el de Josefo. «Ahora bien, está reconocida como falsa la inscripción por la cual se pretendía consignar en otro tiempo que Quirinio hizo dos empadronamientos. (V. Orelli, *Inscr. lat*., número 623, y el suplemento de Henzen a este número. Borghesi, *Fastos consulares* (aún inéditos), en el año 742).» Luego [142] se equivocó en la fecha más que nunca San Lucas cuando dijo: *Haec descriptio prima facta est a praeside Syriae Cyrino*. Desgraciadamente para el racionalismo, no escribió San Lucas su Evangelio en latín, y más desgraciadamente aún, ha llegado hasta nosotros el texto griego del Evangelio de San Lucas, texto original que se halla en manos de todos. ¿Cómo, pues, se ha olvidado de consultar el texto griego del Evangelio de San Lucas, el traductor que nos ha dado tan curiosos comentarios sobre los *Logia* de San Mateo? Como quiera que sea, he aquí cómo traducía el versículo de San Lucas, desde el año 1070, Teofilactes, arzobispo de Bulgaria, que hablaba el griego, que escribía en esta lengua, al reproducir la tradición anterior de los intérpretes helenistas: «Este empadronamiento precedió o fue anterior al de Quirinio, gobernador de Syria.» [258]No queda, pues, ya sombra de contradicción entre el texto original de San Lucas y el testimonio de Josefo, y ha venido a tierra el triunfante silogismo. Pero ¿es tal vez arbitraria la interpretación de Teofilactes; es tal vez desconocida y sin autoridad en el mundo sabio? No. «Cuanto más se examina el versículo griego, ya en sí mismo, ya en sus relaciones con lo que le rodea, dice M. Waillon, más se quiere entenderlo en este sentido. La explicación de Teofilactes parece natural en un autor que hablaba el griego, y tiene en él tanto más valor, cuanto que según toda apariencia, no creía que fuera el gobierno de Quirinio en Syria, posterior de diez a doce años al edicto imperial, citado por San Lucas [259].» Después de este testimonio de la ciencia contemporánea, sólo nos resta que decir, que en estos tres últimos siglos, toda la Alemania, desde Keplero [260] hasta Michaelis [261] y Huschke [262] y toda la Inglaterra, desde Herwaert [263] hasta Lardner [264]; todos los sabios europeos, desde Casaubón [265] hasta los Bollandistas [266] y a los demás autores del *Arte de comprobar las fechas* [267], [143] han vulgarizado la interpretación de Teofilactes. De

---

[257] Lucas, Vulgat., cap. II, 2.

[258] Reinold. Cens., habit. nasc. Christo, pág. 451.

[259] M. Vallon, De la creencia que es debida al Evangelio, pág, 311, 312.

[260] Keplero, De anno natali Christi, pág. 116, 117.

[261] Michaelis, lib. I, cap.II, nº. 12.

[262] Huschke, Ueber den zur Zeit der Geburt Jesu Christi gehallenen census, lib. I, cap. 1, pág. 80.

[263] Herwaert, Nova vera chronalogia (1612), pág. 188 y siguientes.

[264] Lardner, Credibility of the Gospel, tom. II, cap. 1, 3, nº. 6.

[265] Casaubon, Exercit. in Baron; lib. I, cap. XXXII, pág. 144.

[266] Acta Sanctorum; J. Gottfr. Henscher, Prophyl. ad Act. Sanctor., Maii, Apparat. ad chronol. Pontif.

[267] Arte de comprobar las fechas. Léese en él en la fecha del año 7 de la E. V., a propósito del censo hecho en Judea, después del destierro de Arquelao: «Este es el empadronamiento de que

esta suerte se ha puesto en tanta evidencia el pasaje de San Lucas, decía hace cien años el exégeta Leclerc, que es incontestable de hoy en más su explicación.» [268]

---

habla San Lucas (II, 2), y que dijo haberse hecho después del ordenado por Augusto, en el año del nacimiento de nuestro Salvador.»

[268] Leclerc, Add. al N. T. d'Hammond; Luc. 11, 2.

Adopta asimismo esta interpretación el erudito G. Ghiringhello, sacerdote de Turín y profesor de Sagrada Escritura y de lengua hebrea en la Universidad real, en su obra titulada: Vita di Gesu, Romanzo di Ernesto Renan, preso ad esame da Giuseppe Ghiringhello. Al calificar Lucas de primero, dice, el censo hecho en tiempo del nacimiento de Cristo, alude manifiestamente a otro posterior; así es que tal advertencia hecha a modo de paréntesis (Cf. Luc., II, 1-3, cum 2 coll.; Ioh, VI, 6; XIV, 22; XI, 51-52; XII, 6; XXI, 23), no puede tener otro objeto que evitar que se confundiera este empadronamiento o descripción de las personas y bienes, con el efectuado respecto de los impuestos proporcionales; siendo poco conocido aquel primer censo sino es por haber allanado el camino a este segundo, conocidísimo de todos, y de que se conservó memoria, aún en tiempo del escritor. Las palabras del versículo 2, cap. II de San Lucas, deben traducirse en este sentido: Este censo fue anterior al efectuado por Cyrino, presidente de la Siria: Questo censo fu anteriore a quello fatto da Cirino, preside della Syria. Esta interpretación es enteramente conforme con los datos históricos, con las leyes gramaticales, con lo que requiere el relato, respecto del cual sería superflua o ambigua cualquiera otra versión, y excluye al mismo tiempo la posibilidad de un anacronismo: proposiciones que apoya este escritor con los siguientes razonamientos que expone por vía de notas.

El uso del positivo prw=toj [prótos] primus, primero, en vez del comparativo pro/teroj [próteros] [proteroj en el original (N. del E.)], prior, anterior, seguido del genitivo de comparación, es frecuente entre los autores sagrados, y entre los escritores profanos. En cuanto a los primeros, Cf. Ioh, 1, 15, 30; XV, 18, cuyo último pasaje confirma el significado de los dos primeros, en donde otros quieren traducir prw=toj, [prótos] prior, por praestantior; pues en él el Precursor quiere tributar a Jesús la preferencia de la anterioridad, esto es, de ser anterior, no obstante haber venido más tarde y ser más joven. En cuanto a los segundos, basta el ejemplo de Elianio (Hist. anim., VIII, 12), oi¸ prw½toi tau=ta a)nixneu/santej, [oi prw½toi montau)ta a/nikneu/santej en el original (N. del E.)] «aquellos que investigaron estas cosas antes que yo o primero que yo» cuya frase corresponde perfectamente con la voz citada. Pueden verse otros ejemplos en Henr. Stephan. Thesaurus ling. graecae, ad voc. Es asimismo frecuente este uso en el caso de comparación compendiosa, comparatio compendiosa, cuando lo que debe compararse no se repite en el otro término de la comparación, sino que se contrapone directamente al sujeto de que es una pertenencia. Pueden verse ejemplos de ello en el A. y N. T., como Is., LVI, 5; Dan. II, 39; III, Esdr,; III,5; Math., V, 20; Ioh., V, 36; XIX, 11; II, Petr., 1, I; Ioh., n. 2; III, Ioh, 4; Apoc. XIII, 11. Asimismo se hallan ejemplos entre, los profanos, ya sea griegos, ko/mai Xari¿tessin o(moiÍai [komai Xaritessin o(moiÍai en el original (N. del E.)], como semejante a la (como de la) Gracia (Homer., 11, XVIII; 5); purami/da de\ kaiì ouÂtoj kateli¿peto pollo\n e)la/ssw tou= patro/j, [puramiqa kai ouÂtoj a/telipeto pollon elassw tou= patroj en el original (N. del E.)] «dejó también una pirámide mucho menor (a la) del padre» (Herodot., II, 134), bien sea entre los latinos: «Nullo cnim modo poterat distingui causa Lepudi ab Antonio,» (Cicero apud Brut., 12); Sermo promptus et Isaeo torrentior «(Iuven., III, 74)» Cf. Winer, Gramm des N. T. Sprachidioms, 4 Anff. § 22-223, 541; Beelen, Grammatica graecitatis, N. T. Lovanii, 1857, p. 253; Wilke, N. T. Rhetorik, § 129-130; Hermenentik, II, 145; Schirlitz Grudziige der N. T. Gaecit., Giessen, 1861, § 241; Kuhner, Anfuhrl. Gramm., § 749; Mathiae, Gramm. Greea, ed. Peyron, § 453, Hermanni Adnot ad Vigeri Idiotismo, pág. 716-717. Entendiendo la voz prw/th [prwth en el original (N. del E.)]como significando una anterioridad no comparativa, sino absoluta, esto es, el primer censo mandado por Augusto, ya respecto de todo el orbe romano, ya de solo Palestina, se quita toda la importancia a esta declaración, puesto que le interesa poco al lector saber que fuera aquel censo el primero, no siendo diverso del segundo. Si tomándola en sentido comparativo, se quiere indicar con ella, que fue el primer censo de los dos que se dice verificó Cirino, además de que es todavía problemático que se refiriese al primer censo la cualificación dada a Cirino de h(gemoneu/ontoj th=j Suri/aj [h/gemoneuontoj th/j Supiaj en el original (N. del E.)] presidente de la Siria, que propiamente le

competía cuando se quiere que verificase el segundo, pues aquella calificación correspondía durante el primero a Sencio Saturnino (por lo que Justino, Apol., I, 34, col. Dial. cum Thryph, 78 dice: el censo hecho bajo Cirino procuratore, e)pitro/pou [emitropou en el original (N. del E.)], de la Judea), suponiendo que tal título pudiera convenir a un procurator (en cuyo sentido lo adopta San Lucas, III, l), todavía sería dudoso si se debe tomar en su significado propio o en el impropio, tanto más cuanto es sabido de todos que Cirino fue el último presidente. Pero esto no es bastante, porque como quieren algunos, se puede llamar presidente a una persona por prolepsis, porque el participio de presente h(gemoneu/ontoj [hgemoneuontoj en el original (N. del E.)] significa gobernante y no gobernador, h(gemo/noj [hgemouoj en el original (N. del E.)], mas si por prolepsis puede llamarse a alguno rey o gobernador en tiempos en que no lo era aún, no puede propiamente calificársele de rey o de gobernante. Otros entendiendo la voz prw=th [prwth en el original (N. del E.)] en el sentido de pro/tera [protera en el original (N. del E.)], la ponen en régimen directo del participio h(gemo/noj [hgemouoj en el original (N. del E.)], como quien dice, antes que fuera presidente, como si equivaliera a prwteu/ontoj [prwtneuont en el original (N. del E.)], o bien tou= h(gemoneu/ein [hgemoneuein en el original (N. del E.)]. Es digna de saberse la interpretación que apoyándose en el doble sentido en que suele usarse la voz a)pografh/ [apografh en el original (N. del E.)], esto es, como impuesto, no menos que como simple registro, explica en este último sentido la voz a)pogra/fesqai [apografeszai en el original (N. del E.)], y en el otro la voz a)pografh/ [apografh en el original (N. del E.)], de donde se deduce esta sentencia, que Angusto mandó se describiese las personas y las cosas o bienes, pero que esta (au(/th [au+\th en el original (N. del E.)]) descripción o bien que la descripción misma (au(/th [au+\th en el original (N. del E.)]), esto es, propiamente dicha, no llegó a ser tal (e)ge/neto [egeneto en el original (N. del E.)]), no se realizó o terminó hasta que fue Cirino presidente. Sabido es que muchos consideran el declarar el censo referido por Lucas en su Evangelio como anterior al verificado o terminado por el presidente Cirino, como un recurso para evadirse de la dificultad que opone aquel texto, más bien que como una interpretación natural y espontánea, o por lo menos la juzgan demasiado nueva respecto de la interpretación común y tradicional. Pero además de que lo natural, común o espontáneo no es un criterio seguro de recta interpretación, resistiría aún por demostrar, que la interpretación común sea verdaderamente tradicional, esto es, no haya tenido por único fundamento el significado común de aquella frase; pues por el contrario Tertuliano, que se muestra tan bien informado de las particularidades de aquel censo hasta apelar a los archivos romanos (De censu denique Augusti. quem testem fidelissimum Dominicae nativitatis Romana archivia custodiunt. Contra Marcion., IV, 7), dice, que se verificó bajo Sencio Saturnino (Sed et census constat actos sub Augusto, nunc in Iudaea per Sentium Saturninum, apud quos genus eius inquirere potuissent. Ivi, 19, coll. 36); confirmando así a un mismo tiempo e independientemente de la autoridad de Lucas, y de la exposición común, tanto la verdad histórica de aquel censo como la nueva interpretación. Por lo demás, no será este el primer ejemplo de una alusión histórica, mal aclarada en un principio y que hubiera recibido por medio de recientes descubrimientos y de nuevas objeciones, una dilucidación inesperada V. Ghiringhello, obra cit., pág. 249-272. No obstante lo expuesto acerca de la época en que se supone fue gobernador de la Siria Quirinio, observa Riggenbachon sus lecciones citadas sobre la Historia de Jesucristo, que recientemente un escritor versado en el conocimiento de la Historia, ha tratado de probar con sumo ingenio que Quirino fue Gobernador o Presidente de la Syria en el año mismo de la muerte de Herodes, pero solamente después de esta muerte (A. W. Zumps, Commentationum epigraphicarum, vol II, Berob. 1854). Pudo, pues, suceder que llevara cabo esta operación, interrumpida tal vez por la muerte de Herodes Acerca de las otras interpretaciones más importantes del texto griego de San Lucas, creemos oportuno, por vía de ilustración, exponer las siguientes. Natal Alexandro y Pagi opinan, que dicho texto puede traducirse por este empadronamiento se hizo antes que fuese Gobernador de Siria Cirino: otros opinan que se llama aquí Gobernador de Siria a Quirinio, no porque lo fuese cuando se hizo el empadronamiento, sino porque lo fue más adelante, y de hecho lo había sido cuando escribió San Lucas su Evangelio, cuyo texto sobre este punto debe entenderse como si dijera: «Cirino, el mismo que fue después gobernador de la Siria,» modo de expresarse familiar a los historiadores. Según esto, dice M. Plantier en su segunda pastoral sobre la obra de M. Renan, deben distinguirse dos empadronamientos, el uno verificado en tiempo de Herodes por Cirino, siendo gobernador de Siria Saturnino, y habiendo sido enviado Quirinio para hacer el empadronamiento de las poblaciones, cuya dirección general tenía Saturnino, según atestigua Muratori en su obra sobre las Inscripciones Antiguas, y este es precisamente el empadronamiento de que habla San Lucas.

Este fue el primer empadronamiento que se hizo respecto de la Judea y viviendo aún Herodes, si bien fue el segundo de los tres empadronamientos mandados hacer por Augusto. Después del empadronamiento de que habla San Lucas, se verificó otro más adelante, también por mandado de Augusto, siendo ya gobernador de la Siria Cirino con Caponio. Este es del que habla Josefo en el lib. 18 de sus Antigüedades Judaicas; es el segundo supuesto por el primero que recuerda el Evangelista; pero es el tercero que mandó hacer Augusto.

El conde de Stolberg cree que las palabras de San Lucas pueden tener este sentido: «Sucedió que salió un edicto de César Augusto para el empadronamiento de los habitantes de la tierra; pero este empadronamiento, en cuanto al pago de los impuestos, se verificó en Judea, siendo Quirino gobernador de Syria.» (V. Prideaux. Sims Chron. Cathol. Hist. univ., 9.) Otros explican estas palabras: Autê é apographé proté egeneto egemonuontos tes surias kureniou; de esta suerte: «Este empadronamiento se hizo antes de ser Quirino gobernador de Syria.» Tenemos en efecto ejemplos de emplearse así la palabra protos. Oti protos mou, en, «porque fue antes que yo.» (San Juan, I, 15 y 30. V. la Historia de Jesucristo, cap. lib. I, cap. VIII).

He aquí la interpretación que hacen de este pasaje de San Lucas, Seio, Amat y Petite. El primero traduce el versículo 2 del capítulo II de San Lucas, en estos términos: «Este primer empadronamiento fue hecho por Cyrino, gobernador de la Siria,» y consigna en una nota la interpretación ya expuesta de Teofilactes. Del otro empadronamiento que hizo Cirenio, continúa el padre Seio, se hace mención en los Hechos de los Apóstoles, v. 37, y fue según Userio diez años después del que se hizo cuando nació Jesucristo, porque cuando éste se hizo era gobernador de la Syria Sencio Saturnino, según el testimonio de Tertuliano, in Marc., lib. IV, cap. XIX; y de Josefo, Antiq., lib. XVIII, cap. VI. Otros sienten que este encabezamiento se hizo por Quirinio, no siendo gobernador de la Syria, sino acompañando por orden de César al gobernador de aquel tiempo, que era Sencio Saturnino. Ni se opone a esta opinión la voz h(gemoneu/ontoj [hgemoneuontoj en el original (N. del E.)] por cuanto ésta se aplica a cualquier dignidad, particularmente de alguna consideración. Y así Josepho, hablando de estos tiempos en el libro XVI, Antiq., cap. XVII, llama h(gemo/na [h(go/mena en el original (N. del E.)] a Volumnio, siendo así que era solamente e)pitro/poj [epitropoj en el original (N. del E.)], esto es, procurador, como el mismo Josefo le llama en el lib. I, de Bell. Judaic., cap. XVII. Otros explican este lugar de este modo: Haec autem descriptio prior erat Quirinio Syriae praeside; esto es, antes que Quirinio fuese gobernador de la Syria. Véase a Calmet.

El padre Petite expone igual versión que el padre Scio, y dice en una nota: Calmet, movido de algunas dificultades que nacen de la historia, y medallas romanas, quiere que las palabras del Evangelio: Haec descriptio prima facta est a praeside Cyrino, se entiendan en un sentido contrario al que comúmente se les da, cual es éste: Esta descripción fue hecha primero que Cyrino fuese gobernador de la Syria. La razón de esta inteligencia es que Cyrino o Quirino no era gobernador de la Syria cuando de orden de Augusto se hizo este empadronamiento. Sin embargo, he conservado la letra de la Vulgata, con cuasi todos los demás, porque aunque Cyrino no fuese entonces gobernador, fue comisionado extraordinariamente por Augusto para que juntamente con Sencio Saturnino que lo era, hiciese este empadronamiento; y el mismo Cyrino fue doce años después electo gobernador de Siria. Así, las palabras de la Vulgata se deberán leer de esta suerte: Este primer empadronamiento fue hecho por Cyrino, que fue después gobernador de la Syria. (Véase a Duhamel, Natal. Alex.) El padre Amat traduce el versículo de San Lucas: «Este fue el primer empadronamiento hecho por Cyrino, que después fue gobernador de la Syria,» y no trae nota alguna.

Nuestro ilustrado escritor el doctor don Francisco Martínez Marina, dice sobre este pasaje de San Lucas, lo siguiente, en su erudita Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la doctrina y moral cristiana. «La descripción o censo del imperio que mandó hacer Augusto, es un hecho histórico evidente.

Augusto mandó hacer un estado de todos los ciudadanos y de sus bienes en todas las provincias del Imperio: obra grandísima, en que puso mano hasta tres veces, mandando practicar esta operación o censo, primeramente en el año 38 antes de la era cristiana; segunda vez en el 8º antes de la misma era, y de esta es de la que habla San Lucas, porque entonces fue cuando la Judea comenzó a experimentar los efectos del decreto imperial; y la tercera en el año 14 de la era cristiana, inmediatamente después de la deposición de Arquelao, rey de Judea.

Por estos medios consiguió Augusto vencer las gravísimas dificultades que envuelve una operación tan complicada, especialmente en un imperio de tan grande extensión como el romano, y reunir todas las descripciones de sus provincias, y exacta noticia de todas las cabezas de familia, de sus mujeres e hijos, de su edad, calidades, profesión, empleos, oficios, industria, bienes muebles e inmuebles, con el fin de que todo esto sirviese de base para una justa y bien combinada contribución... Los gobernadores romanos fueron los encargados de hacer ejecutar el edicto imperial, cada uno en su distrito, y asegura Tertuliano que este fue el caso en que se halló, con respecto a la Siria, Sexto Saturnino, que era su presidente. Este empezó desde luego por la Fenicia y la Cele-Siria, ricas y populosas comarcas que exigían un largo y minucioso trabajo. Después de haber cumplido con las órdenes del César en la provincia romana, como también en los reinos y tetrarquías que de ella dependían, tres años después de la fecha del decreto, se llegó en fin a Belén, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador... Conquistada la Siria y reducida a provincia romana por Pompeyo, abrazaba en su vasta extensión muchos Estados, reinos y tetrarquías, la Siria propiamente dicha, la Cele-Siria, la Fenicia y la Judea, que fueron gobernadas por un prefecto o presidente nombrado por Augusto. Además de la grande extensión del país, envolvía su descripción otras gravísimas dificultades políticas, a causa de los príncipes que ejercían el imperio en varios Estados, como Herodes en Judea. Augusto para vencerlas, después de las órdenes comunicadas a los procuradores o gobernadores inferiores de los diferentes distritos, nombró un legado o presidente extraordinario, varón de su confianza, respetable y capaz de llevar a cabo estas operaciones sin comprometer el honor ni ofender los derechos de los respectivos soberanos. Este fue Sulpicio Quirinio, de quien dice el historiador Josefo, que subió por sus relevantes méritos y servicios hasta al honor del consulado, y que fue también nombrado por César posteriormente para ejecutar el censo del año 14 de nuestra era, después de la deposición de Arquelao...

Sencio Saturnino, presidente de Siria, fue quien dio a las órdenes de César en su departamento y en los Estados y tetrarquías subordinadas a su autoridad, y después, en el tercer año de la data del decreto imperial, pasó a Judea, para ejecutar el censo bajo la dirección del comisionado extraordinario Sulpicio Quirinio o Cirino... En la narración del Evangelista San Lucas, es pues preciso distinguir dos hechos igualmente ciertos, pero verificados en diferentes tiempos: el primero es el decreto de Augusto y la estadística practicada en su virtud directamente, o por el presidente de Siria Saturnino, a quien la atribuye Tertuliano, o por Cirino a lo menos indirectamente, a consecuencia de su comisión extraordinaria para este efecto, circunstancia que no altera lo sustancial de la historia. El segundo hecho fue la contribución que se debía imponer, y que era el objeto de la descripción o censo formado. San Lucas en el verso I del capítulo II, habla del primero de estos hechos, a saber: del decreto imperial y de la ejecución de las operaciones del censo, lo cual no ofrece duda ni dificultad alguna. Pero en cuanto a las contribuciones impuestas en Judea a consecuencia de aquella descripción, es otro hecho también cierto, pero que no se llevó a efecto hasta la deposición de Arquelao, cuando la Judea fue reducida a provincia romana. Mientras la Judea fue gobernada por sus reyes, no se hizo novedad en las cargas políticas, y todo seguía su curso ordinario. El imperio exigía, si, un tributo inmediatamente del príncipe judaico en señal de dependencia; pero el pueblo no pagó contribuciones directas sino a sus reyes hasta la época que dejamos señalada, y esta novedad causó grandes turbaciones públicas, como refiere Josefo, y el mismo San Lucas hace mención en los Actos de los Apóstoles, cap. V, vers. 37, de las que se suscitaron con motivo del censo llevado entonces a efecto por el presidente de Siria Cirino; y esto es a mi juicio lo que quiere decir el Evangelista en el pasaje citado del Evangelio; que el censo formado en virtud del decreto de César Augusto, o que esta estadística no tuvo efecto, ni se ejecutó en todas sus partes, sino cuando Cyrino o Sulpicio Quirino, siendo prefecto o presidente de Siria, pasó a Judea con el gobernador Coponio, según refiere muy circunstanciadamente Josefo, a dar cumplimento a las órdenes del Imperio. El texto del Evangelio es susceptible de esta interpretación o comentario, que en mi concepto desvanece todas las dificultades y expresa bellamente las ideas del Evangelista.

El doctor Sepp en su Vida de Nuestro Señor Jesucristo, part. I, cap. IV, expone curiosos y notables pormenores sobre este importante punto, que creemos conveniente insertar para su mayor ilustración. Después de haber reunido César todo el mundo a su imperio, dice aquel escritor, mandó poco tiempo antes de su muerte hacer un censo o empadronamiento de todo el imperio romano, con el objeto de establecer las bases en todas las provincias para una justa y bien combinada contribución. Este censo se verificó en Oriente por un tal Xenodoro, en el espacio de veinte y un

años, cinco meses y ocho días, habiéndose terminado en el año 731. En occidente lo efectuó Teodoto, en veinte y nueve años, ocho meses y dos días, terminándose en el 739. Policleto lo verificó en los países del Medio día, en treinta y dos años, un mes y diez días, de suerte que en el año 740, poco antes del nacimiento de Jesucristo, se había terminado el catastro de todo el imperio romano por gran número de geómetras que habían recorrido la tierra, habiendo sido enviado al Senado. Así lo hallamos anunciado en Frontino (de Coloniis, p. 142, 178, 207), que escribía hacia el fin del primer siglo, y en Etico Ister, que nos ha dejado el extracto de un censo del mundo hecho por Julio Honorio, después, un catálogo y un itinerario de las provincias romanas. Plinio por su parte, testifica lo mismo relativamente a la Italia, testimonio que confirman Casiodoro, Isidoro de Sevilla y Suidas, que habían bebido también en las mismas fuentes. Para acabar la obra comenzada por César, faltaba, pues, un empadronamiento general de la población, y para ello, mandó César Augusto por tres veces durante su reinado, verificar un censo, como nos lo dice Suetonio en su Vida, cap. 27.

«El primer empadronamiento se hizo en 726, cuando era cónsul César Octavio por la sexta vez, y Agripa por la segunda, es decir, tres años después de la batalla de Accio. Todavía no había nacido Cristo a esta época; y por otra parte este censo fue más bien parcial que general, y sólo tuvo por objeto Roma e Italia, por las cuales debió comenzarse.- El tercero se hizo en el año 767, bajo el consulado de C. Silio Nepos y de L. Minucio Planco, enviando emisarios a diferentes partes del reino; y según Tácito (Annal., lib. I, cap. 31) se emprendió un año después en las Galias por Germánico, y por consiguiente, en una época en que había llegado Jesucristo a la edad de la juventud. La fecha de estos censos, así como la del segundo, se hallan en las famosas tablas de Ancira, que, según una mención sumaria del reinado de Augusto, indican el número de los ciudadanos romanos que existían en aquella época.

«Tratábase de restablecer el orden en el Estado, turbado hacía largo tiempo por la guerra civil. Augusto envió por sí, según el testimonio de Dion Casio, subcensores para auxiliar a los censores en el empadronamiento de la población. Suidas enumera veinte. Después de este primer empadronamiento, hizo redactar el emperador un escrito titulado: Rationarium imperii, que nos da a conocer Suetonio (cap. 28, 101). Este documento y otros semejantes suministrados por el segundo empadronamiento, sirvieron de materiales para una estadística general en cuatro volúmenes, el tercero de los cuales, con el título de Breviarium totius imperii, indicaba el número de tropas que existían bajo los estandartes, cuánto dinero había, ya en el tesoro, ya de los impuestos que quedaban sin pagar. Estos datos nos los suministra Suetonio. Hácese también mención de este censo en el libro de que habla Tácito (Anal., 1 2) que escribió Augusto de su mano, y que Tiberio, después de su muerte, hizo leer públicamente en el Senado. Este libro indicaba todos los recursos de la república, los ciudadanos y aliados que había en ella sobre las armas, las flotas, reinos, provincias e impuestos, etc. El tercer censo, cuyo sumario nos dan las tablas de Ancira, se continuó según Tácito (An., 2, 6), después de la muerte de Augusto; y se verificaba todavía en las Galias en el año 769, bajo la dirección de Germánico, por P. Vitello y Cantio.

«El segundo empadronamiento fue, pues, emprendido en el año 746, bajo el consulado de Mario Censorino y de Asinio Galo, debiendo requerir naturalmente muchos años aún. El Evangelio árabe de la Infancia de Jesucristo (§ 2) hace mención de este empadronamiento, colocándole en el año 309 de la era de Alejandro, y por consiguiente, cuatro años antes del principio de la cronología de Dionisio. Iba a principiar la guerra contra los Partos, por lo que Augusto no hizo que se verificara un censo de las riquezas del país, sino solamente un empadronamiento del pueblo, tal vez para asegurarse de las tropas que podrían suministrarle las provincias aliadas en caso de guerra.

«Este empadronamiento, el segundo respecto de Roma, pero el primero respecto de la Judea, debe haber tenido lugar cuando Cyrenio o bien cuando Sencio Saturnino era gobernador de Siria. Pero ¿cómo conciliar estas dos cosas? Tenemos la serie de los presidentes de Siria. M. Ticio siguió a Agrippa, C. Sencio Saturnino siguió a Ticio; después vino Q. Quintilio Varo, después Sabino, después L. Volusio Saturnino, después finalmente Cyrenio o Quirinio.

Volusio se hallaba aún en posesión de esta dignidad en 757, y por consiguiente siete años después de la muerte de Herodes, como nos lo indica una moneda del tiempo de su gobierno, que tiene la fecha del año 35, después de la batalla de Accio. Debemos creer los documentos que nos suministran las Sagradas Escrituras, aún cuando no aparezca su veracidad a la primera ojeada, y en el caso de que se trata, podemos asegurarnos de la exactitud de las noticias que nos dan, a pesar de

la oscuridad en que se halla, envuelta esta cuestión. El año 742 hallamos en el consulado a Valerio Messala, a Barbato Emiliano y al senador Sulpino Quirinio. Conforme a una ley dada por Pompeyo, y que el emperador Augusto, siguiendo los consejos de Mecenas, se impuso el deber de observar, no podía un magistrado llegar a ser gobernador de una provincia sino cinco años después de concluir su magistratura. Así, no volvemos a hallar a nuestro consular Quirinio hasta el año 748, en que se nos aparece repentinamente en Cilicia. Había sido enviado a Oriente, como legado del emperador, con plenos poderes de éste; y Muratori, en su Thesaurus inscriptionum 1, página 670, nos ha conservado una inscripción en que se menciona el papel que hizo en estas provincias, como superintendente del censo, y que nos da a conocer dos hechos de su gobierno.

1º.Idem jussu Quirini censum fecit Apamenae provinciae millium hominum civium CXVII.

2º.Idem jussu Quirini adversus Ituracos in Libano monte castellum corum cepit.

El que se menciona en estas inscripciones, es Q. Emilio P. Palicano Secundus.

«Los plenos poderes y la superintendencia de Quirinio en el empadronamiento de la población se extendían, pues, a la provincia de Siria, donde estaban situados Apamea, el Líbano y el Anti-Líbano, patria de los Itureos. En esta época Sencio Saturnino era gobernador de Syria, a la cual pertenecía la Judea, según la división del Imperio romano establecida en esta época. El año 753 acompañaba Quirinio a Cayo César, después emperador bajo el nombre de Calígula, en la guerra contra Armenia, y le asistía como ministro director. A él fue también a quien confió Augusto después el gobierno de estas provincias, no dejando al joven César más que el nombre de gobernador.

Con suma frecuencia eran enviados los senadores o los consulares, en circunstancias difíciles a las provincias con misiones extraordinarias, con plenos poderes civiles y militares, y la historia romana nos ofrece mil ejemplos de ello.

Pues bien, esta medida parecía tanto más necesario en el caso de que se trata, cuanto que tenía la Palestina su propio rey, sometido al emperador, es cierto, pero que no se hallaba bajo la jurisdicción del prefecto de Siria. Así, Volumnio asistió ya antes de Cyrenio a Saturnino, como legado imperial, y sabino llenó las mismas funciones al lado de Q. Varo, sucesor de este último. Finalmente, después de la partida de Volusio, tomó realmente Quirinio el gobierno de Syria.

Así, pues, pudo muy bien San Lucas llamarle ya gobernador de Siria, cuando sólo ejercía aún esta magistratura de una manera previsoria. Por lo demás, este senador, natural de la antigua ciudad de Lanuvio, gozaba los primeros emperadores de tal consideración, que después de su muerte, le mandó hacer Tiberio funerales públicos.

«El historiador Josefo habla por su parte de este empadronamiento, cuando dice, que toda la población de Judea recibió la orden de rendir homenaje a Augusto y a Herodes, habiéndose negado solamente a ello, seis mil fariseos.

Nuestro empadronamiento se refiere, pues, a una prestación de homenaje de toda la Judea a Herodes y a los Romanos, probablemente en la perspectiva de la muerte próxima de Herodes, que dejando el trono vacío, iba a permitir al emperador reunir la Judea al dominio del imperio. En efecto, Augusto, poco tiempo antes, había recordado seriamente al rey de los Judíos, con ocasión de su irrupción en Arabia, sus relaciones y sus deberes de sumisión para con él.

(Josefo, Antiq. 16-9, 3; Apiano, de Bello civili, 5, 75). Estas relaciones duraban después de la conquista de Pompeyo. El mismo César había arreglado por un decreto las rentas de los príncipes indígenas: y si Herodes, en su cualidad de regulus, pudo hasta entonces levantar impuestos en el país, no podía, no obstante, obrar libremente aún en sus asuntos de familia. Según Apiano, se veía obligado a enviar un tributo al emperador y a suministrarle ejércitos como rey aliado en los casos de una guerra, tal como aquella con que amenazaban entonces los Partos. Pero Josefo (Ant. 18, 1, 1), habla claramente de otro empadronamiento hecho trece años más adelante por el mismo Quirinio, y que sólo se aplicaba a la Judea y a la Samaria. Quirinio obraba en esta circunstancia, no como gobernador provisional, sino como gobernador real y titular de la Siria. Lo comenzó desde el principio de su segunda magistratura, y lo terminó, a pesar de una nueva sedición excitada por Judas de Gamala, y el fariseo Sadock, con ocasión de este empadronamiento. Aconteció, pues, esto, después que Arquelao fue desterrado a Viena, en las Galias, en 759, y cuando Quirinio fue encargado de convertir en provincias romanas el país que este último había gobernado y de incorporar todos sus

¿Sabía el crítico todo esto? Dudar de ello sería [144] desconocer la erudición de que nos ha dado tantas pruebas. Admitirlo, supondría que tenía la intención formal de engañar a sus lectores. [145] Todos rechazarán como nosotros esta lamentable alternativa. Por esta vez, y por excepción a sus procedimientos científicos habituales, ha creído deber preferir el latín de la Vulgata al texto original [146] de San Lucas. Se halla, pues, fuera de causa el Evangelio, encontrándonos tan solo ante la traducción de San Gerónimo, revestida con la autoridad de la Iglesia, e investida por los racionalistas, [147] en esta circunstancia particular, con un privilegio de autenticidad que aventaja al mismo texto original en esta

---

bienes al fisco imperial. Este país fue entonces reunido a la Syria y sometido a presidentes romanos, entre los cuales es el más notable para nosotros Poncio Pilatos. Pues bien, este empadronamiento no puede ser el que buscamos en este momento. El mismo San Lucas nos suministra en los actos de los Apóstoles (cap. V, v. 37), una prueba evidente de que este empadronamiento no es aquel de que habla en su Evangelio. Porque si hace mención en los actos de este segundo empadronamiento, para distinguirlo del primero, tiene buen cuidado de llamarle en su Evangelio el primero que se hizo por Cirino. Muchos intérpretes modernos traducen también esta frase de San Lucas: «Este empadronamiento fue anterior al que se hizo bajo Cirino;» y esta interpretación puede justificarse muy fácilmente bajo el punto de vista filológico con ejemplos tomados en los autores clásicos.

«Por lo demás, este último empadronamiento no era más que una continuación del primero, que como nos dice la historia, había encontrado grandes dificultades. Comenzose a contar la población por tribus, conforme a la constitución del pueblo judío, a fin de restablecer el orden genealógico de las diferentes familias, sin llegar hasta anotar las propiedades. Todavía no se había aplicado esta medida a las antiguas tribus de Judá y de Benjamín, que habían vuelto del cautiverio, cuando hubo que suspender el empadronamiento a causa de las turbulencias que había suscitado en la nación el movimiento general, efecto necesario del censo, y sobre todo, por el terror que este solo nombre inspiraba al pueblo judío desde el primer empadronamiento hecho en tiempo del rey David, que le había costado tan caro. El empadronamiento de Judea no se acabó, pues, hasta más adelante, en 759, bajo el gobierno efectivo de Quirinio. Si este no fue encargado del primero, sino por una misión extraordinaria, según hemos visto ya, era Saturnino en esta época verdaderamente gobernador de Siria, y la tradición de la Iglesia, siempre pura y digna de fe, nos da también aquí el verdadero sentido de los libros santos.» Por fin, M. Wallon cree que se explica el pasaje de San Lucas, o traduciendo según el griego: «Este empadronamiento se hizo antes del verificado por Quirino,» o por una versión que tiene el mérito de adaptarse a la Vulgata tan bien como al original. «Este primer empadronamiento fue verificado (acabado) por Quirino, gobernador de Siria.» Hubo un empadronamiento de los ciudadanos, añade M. Wallon, mandado por Augusto en el año 746 de Roma, y no es inverosímil suponer que se verificó una cosa semejante, en su consecuencia, respecto de los reinos aliados; y entonces cuando fueron a Belén María y Josef (747). «Este empadronamiento fue un simple encabezamiento de las personas, sin agregar a él el impuesto. Cuando fue más adelante depuesto Arquelao, se completó el trabajo comenzado en tiempo de Herodes con la adición del impuesto, y por eso dice el Evangelista: «Este primer empadronamiento se realizó (fue acabado) por Quirino, gobernador de Siria.» Estas interpretaciones, que son iguales a las adoptadas por Sepp. y M.

Darras, se hallan apoyadas por el autor extensamente en la obra titulada: De la croyance duc al'Evangile, pág. 296 a 339, aunque con razones análogas a las expuestas por M. Darras, que son en nuestro juicio las más fundadas. Vése también la obra de M. Wallon titulada: Vie de N. S. Jesus Christ Introd. pág. 78.

Creemos que los datos y reseñas que acabamos de anotar como por vía de ilustración a la profunda y erudita exposición del texto de San Lucas que traza el sabio M. Darras, bastarán para manifestar las numerosas interpretaciones que pueden hacerse del pasaje de San Lucas en sentido favorable a la exactitud histórica de este Evangelista y del hecho a que se refiere, y para dejar demostrada hasta la evidencia la futilidad de las objeciones que oponen en contrario los nuevos incrédulos. (N. del T.)

circunstancia particular, con un privilegio de autenticidad que aventaja al mismo texto original.

26. ¡No quiera Dios que reclame un escritor católico [148] contra una muestra tan manifiesta de confianza en la Vulgata! Así, pues, leemos con sumo gusto con San Gerónimo: «Verificose este primer empadronamiento por Cyrino, gobernador de Syria.» No [149] será por ello más sólida la tesis del racionalismo, puesto que se halla efectivamente comprobado que todos los Judíos debieron en tiempo de Herodes prestar juramento de fidelidad a César Augusto [150] en manos del legado imperial. Ya hemos visto el testimonio de Josefo. No se halla menos probado que no pudo verificarse esta primera operación, habiéndose [151] negado a prestarse a ella seis mil Fariseos, según afirma el mismo Josefo. Tiene, pues, razón el latín de la Vulgata en designar esta operación incompleta bajo el título de: *Primer empadronamiento*. Pero quien dice primero, implica necesariamente un segundo. Pues bien, el segundo empadronamiento, el censo definitivo tuvo por autor a Quirinio, gobernador de Syria. Quirinio, el hombre consular, el gobernador de Syria, el amigo de César Augusto, fue quien dio a esta operación en dos actos, su forma completa y absoluta; por lo que naturalmente prevaleció el nombre de Quirinio para designar el conjunto de las listas censuales o catastro, y toda la obra completa. He aquí, pues, naturalmente desatada esta cuestión insoluble: conocíanse con el nombre de Quirinio las actas del empadronamiento de la Judea: así lo consigna el latín de la Vulgata por ser así. Vese, pues, que no es necesario suponer «dos empadronamientos verificados por Quirinio,» y apoyados en «una inscripción que se halla reconocida como falsa.» Si viviera aún Orelli, que publicó sus *Inscripciones Latinas* hacia el año 1830, se admiraría grandemente al saber «que se pretendía en otro tiempo» fundar todo un sistema de exégesis en una inscripción que había quedado [152] casi desconocida antes de él [269]. ¡Verdaderamente es cosa peregrina un «en otro tiempo» que data de 1830! «¡El suplemento de Henzen y Borghesi, Fastos consulares (aún inéditos)» realza maravillosamente la venerable antigüedad de 1830! El mundo sabía hacía largo tiempo, que en el año 138 de nuestra era se expresó San Justino en su Reclamación oficial presentada al emperador Antonino Pío en estos términos: «Jesucristo nació en Belén, pequeña villa judía, situada a treinta y cinco estadios de Jerusalén, como puedes cerciorarte consultando las

---

[269] El crítico no trae el texto de esta inscripción. Dirígese a una clase de lectores demasiado versados en todos los conocimientos especiales de arqueología para que sea necesaria tal exactitud. He aquí la inscripción que publica Orelli (Supplem., tom. III, pág. 58) según una piedra sepulcral hallada en Venecia, y perdida en el día: Q. Aemilius, Q. F. Pal. Secundus castris Divi Aug. P. Sulpitio Quirino Leg. Caesaris Syria honoribus decoratus Praefect. Cohort. Aug. 1. Praefect. Cohort. II. classicae idem jussu Quirini censum fec. Apamenae civitatis millium homin. civium CXVII. Idem jussu Quirini adversus Ituraeos in Libano monte castellum eorum cepit, et ante militiam praefecit Fabrum, delatus a duobus Coss. ad Aerarium et in colonia Quaestor. Aedilis II. Duumbir II. Pontifex ibi positi sunt Q. F. Pal. Secundus F. et Aemilia Chia Lib. H. M. amplius. H. N. S. Tales esta famosa Inscripción a la que se atribuye el honor de haber conquistado el mundo a la fe del Evangelio. Hemos recorrido, sin encontrarla, los más antiguos y más ilustres comentadores. ¿Qué significa, pues, la importancia retrospectiva que se pretende dar a esta piedra sepulcral? Si existiera aún, se podría discutir sobre ella; pera ha desaparecido para no volver. Este es sin duda su único mérito a los ojos de los racionalistas, ¡qué ligera puerilidad ante un asunto más grande que el mundo, y cuyo ruido despierta en la eternidad ecos formidables! Añadamos, como noticia biográfica, que Orelli nació en Suiza el año 1787, y murió en 1845.

tablas del empadronamiento de Quirinio, tu primer gobernador en Judea [270].» Tal era el lenguaje de San Justino en una Apología en favor de los Cristianos, puesta a los pies del Señor del mundo, y que tuvo por resultado poner fin a la tercera persecución general. Esta Apología de San Justino tuvo que pasar como todas las reclamaciones oficiales, antes de llegar a poder del César, por manos y por la inspección de los oficiales, de los secretarios y de los consejeros imperiales. ¿Es de creer que evocase San Justino ante estos jueces, los registros de Quirinio si no hubiesen sido realmente conocidos con tal nombre, si no hubieran referido el nacimiento de Jesucristo en Belén? Habiendo matado los Romanos diez millones de mártires por odio a Jesucristo, hubiera sido mucho más sencillo abrir los archivos públicos de Roma, y mostrar a los Cristianos que se les engañaba, que no había registro alguno que [153] llevase el nombre de Quirinio, o por lo menos, que hablase del nacimiento de su Dios. Finalmente, a ser falsa la alegación sobre un punto de hecho tan fácil de aclarar, ¿es de creer que se hubiera concedido por Antonino la tolerancia invocada para la doctrina? Es, pues, evidente que en tiempo de San Justino, se contenían en los archivos de Roma, con el título general de Registros de Quirinio, los documentos originales en que se consignaba el nacimiento de Jesucristo en Belén. Pero preséntase el jurisconsulto Tertuliano, cuyo testimonio hemos citado ya, y el cual no se contenta con la designación genérica. No le basta a él, instruido en el derecho romano, un término exacto, pero vago, sino que da a su cita la precisión jurídica, cual conviene al magistrado habituado, al examinar procesos, a poner el dedo en el documento o título que se desea y a indicarlo con su propio nombre. Tertuliano tenía que contestar a los discípulos de Marción que negaban, no ya la divinidad de Jesucristo, porque ésta les parecía incontestable, sino su humanidad; pues no podían resolverse a asociar la naturaleza humana a la radiante divinidad del Cristo. Los racionalistas modernos retuercen la tesis sin mejor éxito. Para consignar la realidad del nacimiento humano de Jesucristo, decía Tertuliano a los Marcionitas: «Fácil os es su comprobación, puesto que tenéis las Actas redactadas entonces en Judea por Sencio Saturnino, bajo el reinado de Augusto, en las que hallaréis inscrito el nacimiento de Jesucristo.» No se trata ya aquí de la designación general de los Registros de Quirinio, sino del título particular de las Actas comprendidas en estos Registros y redactadas cuando el primer empadronamiento, por Sencio Saturnino. Tertuliano había leído, como San Justino, el Evangelio de San Lucas. Los Marcionistas conocían este Evangelio tan bien como pueden conocerlo nuestros racionalistas. Así, pues, para Tertuliano, lo mismo que para nosotros, se extendía el nombre de Quirinio, bajo la administración del cual se había completado la operación del empadronamiento o censo judío, al conjunto de las actas de la Judea, y el de Sencio Saturnino, que nos dice Josefo haber sido en efecto gobernador de Syria, en la época del nacimiento del Salvador, se hallaba inscrito realmente en el título particular en que fue empadronado el hijo divino de María. Esto es lo que sabían y lo que decían los comentadores «en otro tiempo» y lo que hoy repetimos nosotros, con el consuelo de ver más afirmado que [154] nunca el texto evangélico, después de tan impotentes ataques.

---

[270] Justin. Apologia I pro Christianis ad Antoninum Pium, XXXIV, Patrolog. graec. tom. VI, col. 383, 384.

27. ¿Qué queda en efecto de la teoría racionalista y del desprecio con que se imponía al relato de San Lucas el epíteto de «leyenda»? ¿De parte de quién están las contradicciones que se pretendía notar en él [271]? Cuando se piensa que durante cerca de dos mil años ha experimentado el Evangelio la comprobación hostil de los sabios, de los filósofos, de los incrédulos de todos tiempos y países, sin que hayan conseguido borrar una sola coma de este libro, es preciso convenir, a no renegar de toda razón, de toda ciencia y de toda filosofía, en que es divino el Evangelio. Cada letra de esta obra inspirada resplandece a medida que se fijan los ojos en ella. ¡Dichosos los siglos que se iluminan con estos rayos de la verdad eterna, en vez de tomarse la ingrata y estéril tarea de oscurecerlos! No hay duda que la lucha empeñada contra la luz va a parar en definitiva al triunfo de la luz. Todos los sofismas, cuya refutación acabamos de ver, hacen más patente y brillante la augusta sencillez de las palabras de San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento se hizo por Cirino, gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse a la ciudad de donde cada uno descendía. Y Josef que era de la casa y familia de David, [155] subió desde Nazareth, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en la Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.» No puede ya caer sobre este relato la sospecha de infidelidad legendaria; pero en vez de defenderlo contra las objeciones que han llegado a ser hoy populares, ¿no valía más leer esta página con el corazón, y exclamar como Bossuet: «Qué hacéis príncipes del mundo, poniendo todo el universo en movimiento para que se os traiga una matrícula de todos los súbditos de vuestro imperio? Queréis saber su fuerza, sus tributos, sus futuros soldados y principiáis a matricularlos, por decirlo así; porque esto es, o cosa semejante, lo que pensáis hacer. Pero Dios tiene otros designios que vosotros ejecutáis, sin pensarlo, con vuestros medios humanos. Debe nacer su Hijo en Belén, humilde patria de David: así lo ha hecho predecir por su Profeta, hace más de setecientos años, y he aquí que se agita todo el universo para cumplir esta profecía. Jesús, hijo de David, nació en la ciudad en que vio David la luz del día. Su origen fue atestiguado en los registros públicos; el imperio romano rindió testimonio a la real descendencia de Jesucristo, y César que no pensaba en ella, ejecutó la orden de Dios. Vamos también nosotros a hacernos inscribir en Belén. Belén, es decir: ¡Casa del pan! Vamos a probar en ella el pan celestial, el pan de los ángeles, que ha llegado a ser el alimento del hombre: miremos todas las iglesias como el verdadero Belén y como la verdadera Casa del pan de vida. Este es el pan que da Dios a los pobres, en la Natividad de Jesús, si aman con él la pobreza, si conocen las riquezas verdaderas:

---

[271] Hemos notado escrupulosamente en cuatro columnas bajo el nombre de los cuatro Evangelistas, el número de todos los versículos citados en nota en la Vida de Jesús, lo que nos ha suministrado curiosas revelaciones. Por ejemplo, nos dice el autor en la página 18, que el primer capítulo de San Mateo es una leyenda apócrifa, sin valor alguno histórico, lo cual permite al racionalismo suprimir la narración del viaje de José y de María a Belén, el nacimiento de Jesucristo en esta ciudad, la adoración de los pastores y de los Magos, la huida a Egipto. Lo hemos comprendido perfectamente y hemos comprendido perfectamente y hemos tenido por declarado, que la crítica moderna rechaza formalmente el primer capítulo de San Mateo. ¿Cuál no ha debido se, pues, nuestra sorpresa al volver a encontrar en la página 23 este primer capítulo de San Mateo, cita

Edent pauperes et saturabuntur. Comerán y serán hartos los pobres, si imitan la pobreza de su Señor, y vienen a adorarle en el pesebre [272].»

§ VI. El viaje a Belén

28. Nos es preciso descender de estas regiones llenas de luz y de paz, para escuchar las últimas argucias del racionalismo. «Lo que prueba bien, continúa éste, que no es en manera alguna histórico el viaje de la familia de Jesús a Belén, es el motivo que se le atribuye. Jesús no era de la familia de David (V. más adelante las páginas 237 y 238), y aunque lo hubiera sido, tampoco se concebiría [156] que se hubieran visto obligados sus padres, para una operación catastral y rentística, a ir a inscribirse al lugar de donde habían salido sus antepasados hacía dos mil años. Imponiéndoles la autoridad romana semejante obligación, hubiera sancionado pretensiones amenazadoras [273].»- ¿No era Jesús de la familia de David? Si principiara un escritor moderno la historia de Alejandro con estas palabras: Alejandro el Grande no era hijo de Filipo, rey de Macedonia, obraría con prudencia en no remitir a su lector a un desdeñoso, «véase [274] más adelante páginas 237 y 238.» Es verdad que jamás obtendrá la historia de Alejandro la notoriedad que la *Vida de Jesús*. Habrá, pues, que tener la paciencia de buscar la cita indicada, para saber a qué familia pertenecía el Salvador, para saber qué nueva genealogía debe sustituirse a la de San Lucas, que le hace descender de David [275], y a la de San Mateo, que le da el mismo origen [276]. No puede menos de despertarse vivamente la curiosidad, sobre todo, en vista de textos precisos de San Marcos que afirma ser Jesús de la familia de David [277]. Pues bien, «el Evangelio de Marcos, se nos dice, es de los tres sinópticos el más antiguo, el más original, el menos recargado de fábulas tardíamente insertas [278].» San Juan ha escrito en el *Apocalipsi* estas

---

[272] Bossuet, Elevac. Sobre los misterios, XV, sem., V. Elev. edit. Lachat, tom. VII, página 267-268.

[273] Vida de Jesús, pág. 20, nota.

[274] [«desdeñoso. «Véase» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[275] Lucas, IV, 23-38.

[276] Matth. I, 1-17.

[277] Jesu, Fili David miserere mei (Marc. X, 47-48) Christhum filium esse David (Ibid. XII, 35). En este último pasaje tiene la afirmación tanto más valor cuanto es el mismo Jesucristo quien se dirige al pueblo reunido en el Templo, y quien consigna con el testimonio de los mismos Escribas que el Cristo debe ser hijo de David. Es indudable que si no hubiera sido Jesús de la descendencia real, no hubiera recordado esta circunstancia que debía destruir inmediatamente toda fe en su misión.

[278] Vida de Jesús, Introduc., pág. XXXVIII.

palabras significativas: «En cuanto a mí, Jesús, yo soy la raíz y la prosapia de David [279].» Pero no tiene San Juan las simpatías del moderno racionalismo porque deja ver sin cesar, dice, las preocupaciones del sectario; sus cláusulas son presuntuosas, pesadas, mal escritas: todos sus discursos están llenos de una metafísica refinada [280].» Es evidente que la pluma que ha escrito el *In principio*, no estaba cortada a gusto de nuestros literatos. El autor de los *Actos de los Apóstoles* por lo menos ha encontrado gracia a los ojos de los nuevos exégetas. Pues bien, se lee en la segunda página de los Actos, que saliendo San Pedro del Cenáculo, se dirige a la muchedumbre [157] reunida para la solemnidad de Pentecostés, y proclama que Jesús era hijo de David [281], el Cristo esperado y predicho. Tres mil judíos se hacen bautizar a su voz. San Pablo [282], un judío discípulo de Gamaliel, nutrido en todas las tradiciones nacionales, dice de Jesucristo que «le hizo nacer Dios de la raza de David, según la carne.» Habíase pues creído hasta el día, bajo la fe de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas, de San Juan, de San Pedro y de San Pablo, que Jesucristo era hijo de David. La unanimidad de creencia fundada en la unanimidad de testimonios contemporáneos hace más interesante la revelación remitida negligentemente al «Véase más adelante páginas 237 y 238.» He aquí esta revelación: La familia de David, nos dice en fin, se había extinguido, a lo que parece, hacía mucho tiempo; ni los Asmoneos de origen sacerdotal, podían tratar de atribuirse semejante descendencia; ni Herodes ni los Romanos piensan un momento en que exista a su alrededor representante alguno de los derechos de la antigua dinastía [283].» A esto se reduce todo. Evidentemente los cuatro Evangelistas y los testimonios de San Pedro y San Pablo quedan destruidos por esta frase: «¡No era Jesús de la familia de David!»- «Parece que se había extinguido hacía largo tiempo la familia real;» y por esto sin duda estaban acordes todos los Judíos en esperar un Mesías, hijo de David. «Parece que los Asmoneos no tenían nada de común con la descendencia de David.» Y ¿qué tienen que ver los Asmoneos con Jesucristo? Y no obstante, afirman los Talmudistas que los Asmoneos asociaron la sangre de la tribu real a la tribu de Aarón [284]. «Parece que no pensó Herodes un momento que existiera a su alrededor representante alguno de la antigua dinastía.» Por eso hizo degollar Herodes a todos los niños de Belén. «Parece que no se preocupan de esto los Romanos» ¿y qué tenían que ver con ello los Romanos? Sin embargo, como si no debiera quedar una sílaba de todos los «parece» del racionalismo, quiso el presidente romano Pilatos, conservar obstinadamente a Jesús crucificado su título oficial de Rey de los Judíos [285]. Y Vespasiano, después de la destrucción de

---

[279] Ego Jesu...Ego sum radix et genus Davit (Apocal. XXII, 16).

[280] Vida de Jesús, Introducc., pág. XXIX, XXX.

[281] Actos de los Apóstoles; I, 29-32.

[282] Rom, I, 3.

[283] Vida de Jesús, pág. 237-238.

[284] En Galantino cap. IV, lib. IV, pág. 196. A. B. C.

[285] Joan. Evang. XIX, 15. 19, 21, 22.

Jerusalén, hacía buscar y matar a todos los miembros que sobrevivían de la familia de David [286]. [158]

29. Antes de veinte años parecerá más sorprendente que un milagro, que se haya podido tomar por lo serio por un solo momento tal arrogancia científica unida a semejante modo de discutir. Este prodigioso «más adelante,» no puede superarse ni por su autor, aunque se vea obligado un taumaturgo a reproducir a su voluntad, todos los milagros que hizo una vez. Apenas si tenemos valor, después de esto, para poner en evidencia el anacronismo «de la autoridad romana, sancionando pretensiones amenazadoras, al imponer a Josef la obligación de hacerse inscribir» en Belén, cuna de su familia; en lugar de enviar, como se practica entre nosotros, a un *tabellion* o escribano a su domicilio de Nazareth, a recibir la declaración de sus nombres, apellidos, edad y cualidades. «¡No se concibe» entre los Romanos un procedimiento administrativo tan exagerado! ¡Los imprudentes corrían a una revolución! pues bien, digámoslo, no a literatos, que lo saben mejor que nadie, sino a la multitud, a quien podrían seducir tales sofismas: entre los Romanos, entre los Judíos, entre todos los pueblos de la antigüedad, y aún en el día, en Oriente, no era el empadronamiento en el lugar de su origen, una dura obligación, sino un privilegio lleno de honor y de gloria. No se referían solamente como entre nosotros, a la cuna de los antepasados, los recuerdos del corazón, sino todos los derechos jurídicos de propiedad, de libertad, de existencia legal, comprendidos para los Romanos en el título de ciudadano, y para los Judíos en el de hijo de Abraham. «La pretensión amenazadora de la autoridad romana» hubiera sido precisamente la de imponer un sistema inverso. La antigüedad vivía por los abuelos; a nosotros que vivimos únicamente de lo presente, olvidándonos con exceso de lo pasado, al que debemos, no obstante, todo lo que somos, nos es permitido admirarnos de los usos antiguos, pero con la condición al menos de conocerlos. He aquí un resumen exacto de la legislación romana respecto del censo. Todo el *Ager Romanu* se había dividido primitivamente entre los ciudadanos, que tuvieron su dominio útil, sin que perdiera nunca el Estado el dominio eminente y la propiedad real. El Estado era la cosa pública (*Respublica*) en su sentido general, fraccionándose en ciudades (*civitas*); el ciudadano (*civis*) era el que estaba adherido a una ciudad por su nacimiento en el seno de una familia libre. En la época de Augusto no había en la inmensa extensión del Imperio romano más que cuatro [159] millones de ciudadanos [287]. ¿Qué era todo el resto a los ojos del derecho? Esclavos o vencidos. He aquí por qué se hacía el empadronamiento en Roma, por tribus, es decir, en el lugar originario sin consideración al lugar de la residencia. Convocábase a los ciudadanos de las provincias a Italia, para que se inscribieran; y recíprocamente, se mandaba a los Latinos que residían en Roma, que fueron a sufrir el censo en sus propios municipios [288]. Estableciose como regla absoluta por la ley *Julia*, que se hiciera cada uno empadronar en la ciudad de que era ciudadano; y el libro *De Censibus*, de Ulpiano, nos ha conservado hasta las fórmulas legales de los estados de empadronamiento, los cuales reproducimos aquí para convencer al lector sobre el

---

[286] Véase en el capítulo intitulado, Infancia de Jesús, n. 20.

[287] Mármol de Aneyra, citado más arriba.

[288] Vell. Cap. II, 15; cf. Cicer. Verr. act. I, 18; Liv. cap. XLII, 10; Zell., Delect. Inscription, Rom. Pág. 275, Heidelberg, 1850.

verdadero carácter de lo que afecta llamar el racionalismo una «operación insignificante de estadística y de catastro.» No se acusará a Ulpiano, secretario y ministro de Alejandro Severo, de ignorar el derecho romano. En cuanto al derecho judío sería inútil probar que se hallaba esencialmente basado en la división por tribus, por familias y por patrimonios o herencias [289].

---

[289] La constitución social hebraica, fundada en la distinción y concierto de las varias tribus, significando la estabilidad de los bienes, la consanguinidad de que se derivaban los varios derechos y deberes, era la norma a que se ajustaba toda razón de catastro o registro (V. Núm. I, 2 y siguientes; XXVI, 1 y siguientes. Ios., VII, 16-18; Reg. X, 19-21). De aquí que fuese el lugar que daba origen a una familia el del patrimonio particular, catastro o archivo correlativo, y si algunas veces por efecto de los acontecimientos o casos de fortuna, se extinguía alguna rama, no por eso dejaba de quedar sano el tronco, debiendo buscarse el árbol genealógico donde había echado las primeras raíces. Esta constitución, aunque era judaica, no era muy diferente de la romana, en la cual, desde los tiempos de Servio Tulio, cuando se hizo el primer censo, hasta los de Cicerón y de Apuleyo, se inscribían no sólo el nombre, prenombre y cognombre, el patrimonio, la edad y la condición, sino también la familia y las demás particularidades. (Véase Dionis. Halic. Antig. Rom. IV, 15, edit. Reiske, pág. 676, Aneo Floro; Epit. rev. rom. VI; Cicerón; De leg lib. III, c. III, Apul. Apol., c. I. Lex Julia municipalis; Zell. Delect. inscript. rom. P. 275. Liv. III, c. III; lib. LIX, LIII). Y esta reseña o descripción debía hacerse en el lugar de origen o de la ciudadanía adquirida por nacimiento, adopción o manumisión. (Dig. Lib. I, tit. I ad Municip. 1), y no, atendiendo a la residencia o al lugar donde se tenían las propiedades. Así, pues, los ciudadanos romanos que se hallaban en las provincias debían acudir a Italia para dar su nombre (Veleyo Paterculo, Hist. rom. n. 15; Cic. ad Altic. I, 18; Liv. XXIX, 37) a no que se les dispensase de ello expresamente, lo que consideraba P. Scipión como un abuso. (Aul. Gel. Nolt. Alt. V, 16), y era hasta cierto punto una excepción que confirmaba la regla; y por el contrario, los Latinos que residían en Roma, debían acudir cada uno a su propia ciudad (Id. XLII, 10). Y si bien respecto de los ciudadanos romanos, bastaba que el padre o el marido declarase el nombre de la mujer y de los hijos, puesto que para ellos el censo tenía una exacta correlación con sus derechos personales de ciudadanía, no era así respecto de los súbditos extranjeros (peregrini), para los cuales el censo era un gravamen, de que no estaban exentos ni las mujeres ni los hijos durante cierta edad. (Digest. lib. L, tit. De Censibus, III, según el cual, estaban obligados a empadronarse en Siria desde los catorce años los varones y desde doce las hembras, hasta los 65, In Syriis a quatuordecim annis masculí, a XII foeminae usque ad sexagesimum quintum annum tributo capilis obligantur. V. Ci. in Verr. act II, lib. II, LIV); por lo que el acudir María a Belén era conforme el uso romano en las provincias sujetas, pues según dice Lactancio, se exigía en las provincias la presencia de las mujeres, de los hijos y de las hijas, De mortibus persecutorum, cap. XXIII y las notas de Cuperi.

Sin embargo, objétase respecto al empadronamiento de María, que podría decirse que no la implica el texto de San Lucas necesariamente; porque según se traduzca: «Josef fue a empadronarse con María» o «Josef fue con María a empadronarse» figurará María en los registros públicos en su nombre, o no será más que una compañera de viaje, según lo fue aún en circunstancias en que no exigía la ley su presencia; por ejemplo, en el viaje a Jerusalén, con ocasión de la Pascua (Luc. II, 41). Pero se puede entender el empadronamiento de María, lo mismo que el de Josef según hemos dicho ya; y este empadronamiento que no lo reclamaba la costumbre de los judíos, a menos que la mujer fuese heredera, figurando a falta de varones para representar la casa, es una señal más de que se verificaba este empadronamiento por el estilo de un empadronamiento romano. No que el texto de Dionisio de Halicarnaso sobre el empadronamiento de Servio Tulio, alegado a este propósito, sea decisivo, como se ha creído con frecuencia en esta cuestión, y según el cual se exigía que se inscribiera la mujer, más no que se inscribiera personalmente ella misma, debiendo presentarse el marido y hacer la declaración de su mujer y sus hijos; pero si esto era así respecto de los ciudadanos, no lo era relativamente a los súbditos del Imperio, según ya hemos dicho; pues en cuanto a ellos, el empadronamiento atendía al impuesto personal; y la mujer estaba sujeta a él en su propio nombre lo mismo que el varón, sin que hubiera ninguna tutela legal que la dispensara de comparecer por sí misma, por este título ante el censor.

Preferimos [160] tomar a la *Biblioteca Oriental* de Asemani [290], un hecho más reciente, que demostrará la persistencia de estas costumbres en Siria. «Habiendo querido Abdul Melik proceder a un empadronamiento de la Judea, mandó como Augusto, que acudiera cada individuo [161] a su país, a su pueblo, y a la casa patrimonial, para ser matriculado». No parece sino que se oye el eco de las palabras de San Lucas: «Todos iban a empadronarse a la ciudad de donde cada uno descendía, y Josef que era de la casa y familia de David, subió desde Nazareth, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en la Judea [291]”.

Así, pues, San Lucas nos muestra a Josef acudiendo a empadronarse a Belén con María, conforme a las prescripciones del derecho Romano y a la costumbre de los judíos.

Pero debe tenerse asimismo en cuenta, que el empadronamiento tenía también un carácter político religioso, pues iba acompañado del juramento que se prestaba al sumo imperante y del sacrificio imperante y del sacrificio expiatorio (lustrum), que era como su consagración final, y del cual se hallan analogías en el Exod. XXX, 1 y siguientes. No se trataba, pues, en el caso en cuestión de sólo el empadronamiento del pueblo; los Judíos debían prestar juramento y homenaje a Herodes bajo los auspicios del emperador Augusto, siendo Belén uno de los lugares en que debía verificarse esta prestación de juramento. Debiendo, pues, avalorarse el empadronamiento con un juramento individual, éste no podía prestarse de otra suerte que designando el lugar donde debía acudirse a dar el nombre para poder averiguar quienes eran leales y quienes refractarios. (V. Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo: segunda parte, sección segunda, cap. V, Ghiringhello, ob. cit. pág. 257 y 262. (Nota del traductor)

[290] Assemani, Bibl. Orient. lib. II, pág. 104.

[291] He aquí los cuadros de empadronamiento, formados según las indicaciones del Libro: De Censibus, de Ulpiano:

30. Las consideraciones extrínsecas, tomadas de la historia universal, [162] de los pormenores particulares de la administración provincial, de las fórmulas de

---

I. PATER FAMILIAS.- (Cabeza de familia).

NOMBRES.	RANGO.	EDAD	FUNCIONES.	ORIGEN.	CUOTA.

II. ESTADO.- (Estado de las personas que componen la familia).

	NOMBRES.	ESTADO.	EDAD.	ORIGEN.	EMPLEO.	PROFESIÓN.	CENSO.
Madre de familia							
Hijos							
Hijas							
Siervos							
Siervas							

III. CUALIDAD.- (Heredades).

	NUMERO DE FANEGAS	PIES DE VIÑA.	ARBOLES FRUTALES	PUEBLO	COMARCA	LIMITES	COLONOS	IMPUESTOS
Cultivos								
Barbechos								
Viñas								
Olivares								
Praderas								
pastos								
Bosques								
Estanques								
Ensenadas								
Salinas								

derecho romano y judío, se hallan conformes en consignar la autenticidad del viaje de Joseph y de María a Belén. Pero este sólo es el lado de la demostración, pues como observa con sumo juicio M. Vogué: «El lugar del nacimiento de Nuestro Señor es de una autenticidad la más cierta y la menos controvertida por los adversarios ni aún siquiera de la tradición. No solamente se halla consignada su historia, así como la de otros santuarios, por hechos incontestables, a contar desde la época de Constantino, sino que se prolonga, por un privilegio excepcional, más allá de esta fecha, pudiéndosela llevar por medio de textos contemporáneos hasta a una época bastante próxima a los hechos del Evangelio para que subsistiera aún viva su memoria [292]". Vamos a poner en toda su claridad estas observaciones del sabio arqueólogo. No se habrá olvidado la Reclamación oficial dirigida a Antonino Pío por San Justino: «Jesucristo ha nacido, decía el Apologista, en Belén, pequeño pueblo judío, situado a treinta y cinco estadios de Jerusalén, según podéis cercioraros, abriendo los registros del empadronamiento de la Judea, por Quirinio». Así hablaba un testigo ocular, un siglo después de la muerte de Jesucristo. He dicho testigo ocular, porque habiendo nacido San Justino en el año 103 de la E. C. en Flavia Neapolis, la antigua Siquem, a veinte leguas solamente de la capital de Palestina, paso en ella toda su juventud, y vio en su consecuencia, los sitios de que habla. Esto es tanto menos dudable, cuanto que procediendo de una familia de colonos paganos trasladados por Vespasiano y Tito a la Judea, se convirtió San Justino al cristianismo a la edad de treinta años. Tenemos, pues, en él, no solamente un testigo ocular, sino un testigo que se vio en la obligación de estudiar escrupulosamente los hechos de que habla, puesto que fue incrédulo, antes de convertirse; condición manifiestamente preferible para hablar de una religión, a la de un escritor que hubiera principiado por creer en ella y que terminase por la apostasía. Para librarse de las seducciones de la filosofía platónica y abrazar la sabiduría de Jesucristo, «única verdadera» como lo expresa él mismo, debió San Justino determinarse por motivos irrecusables de credibilidad. Pues bien, San Justino encuentra precisamente [163] en este pasaje que acabamos de trascribir, una prueba evidente de la verdad del cristianismo en la perfecta concordancia de las profecías que anuncian la aparición del Mesías en Belén, con la realidad del nacimiento de Jesucristo en esta población. «Escuchad, dice al emperador, cómo ha designado un profeta, Miqueas, el lugar donde debía nacer el Mesías. Estas son sus palabras: Belén, tierra de Judá, tú que eres tan pequeña entre las ciudades, figurarás, no obstante, entro las más gloriosas; pues de ti ha de salir el jefe que gobernará a mi pueblo». -Ahora bien, continúa San Justino, Belén es una población judía situada a treinta y cinco estadios de Jerusalén; y allí es donde ha nacido Jesús, según consignan los registros de Quirinio». Así atestigua que ha nacido Jesucristo en Belén el filósofo platónico, convertido recientemente a la fe del Evangelio, en el teatro mismo de los hechos evangélicos. La realidad de este nacimiento que confirma las profecías anteriores, es a sus ojos una demostración de la divinidad del cristianismo. Por consiguiente, en el año 103, fecha del nacimiento de San Justino, era público y notorio en Palestina, que Jesucristo era oriundo de Belén, lo cual no era una tradición apócrifa conservada entre los cristianos, puesto

---

[292] El señor conde Melchor de Vogué, Las Iglesias de la Tierra Santa, en 4º, 1860, página 50, nota.

que nació San Justino en el seno de una familia pagana, y que fue educado en el paganismo. Pero en 103 de la E. C. habían trascurrido solamente setenta años desde la muerte de Jesucristo. Suponer que hubiera podido introducir en este intervalo la mala fe de los cristianos, sobre este punto, una leyenda subrepticia, y hacerla adoptar por la generación contemporánea, no sería menos absurdo que si se imaginara en nuestros días la posibilidad de colocar en Roma, por ejemplo, al pie del Capitolio, la cuna de Napoleón I.

31. Nuestros modernos racionalistas no retroceden ante estas imposibilidades palpables. «Esta leyenda, dicen, no se hallaba en el texto primitivo que ha suministrado el bosquejo narrativo de los Evangelios actuales de Mateo y de Marcos. Y debió añadirse a la cabeza del Evangelio de San Mateo a consecuencia de repetidas objeciones [293]”. Pues bien, explicadnos ¿por qué prodigio de inexplicable poder conseguirían los Cristianos, relegados en las catacumbas, arrojados a los leones en el anfiteatro, encarcelados en todos los calabozos [164] de Roma, añadir su leyenda al texto oficial de los registros de Quirinio, conservados en los archivos imperiales? Decid cómo hubiera podido disimular el falsario las señales de su falsificación; cómo hubiera sustituido matrículas apócrifas a las verdaderas; cómo había de haber encontrado en tiempo de Antonino el sello de Augusto; cómo hubiera hallado cuarenta años después de la destrucción de Jerusalén el sello de Herodes, para sellar con uno y otro los documentos de su invención póstuma. No eran los registros de Quirinio «esos libritos que se prestaban los Cristianos mutuamente, y en que trascribía cada uno al margen de su ejemplar, las palabras, las parábolas que encontraba en otros libros y que lo conmovían [294]”. ¿Qué son estas evoluciones de un comentario pueril ante los hechos reales de la historia? ¿A quién se hará creer que las colonias romanas que habitaban la Palestina, que permanecieron fieles al culto de los dioses del Imperio, que estaban sumamente interesadas, por su celo en favor de la divinidad de César, en sofocar el cristianismo naciente, se hicieran eco de una leyenda cristiana, cuando se trataba de un hecho contemporáneo y de una localidad que tenían a la vista? Pero no es esto todo. El mismo San Justino insiste sobre este hecho capital, en la célebre conferencia que tuvo en Roma con un judío, y de que nos ha dejado el acta auténtica, con el título de *Diálogo con Tryfon*: «Cuando nació Jesucristo en Belén, dice, fue informado de ello el rey Herodes por los Magos, que venían de Arabia, y resolvió matar al niño; pero Josef, por orden de Dios, tomó a Jesús, con María, su madre, y se refugió a Egipto [295]”. Así habla San Justino. ¿Qué objeción va a hacerle su interlocutor? Oid: ¿No podía Dios, responde el judío, hacer morir a Herodes del modo más fácil [296]? «He aquí lo que halla que oponer a este relato un hebreo, Tryfon, que estaba muy al corriente de la historia evangélica, y de la que sólo se hallaba separado por un intervalo de ochenta años. Si no hubiera pues nacido en Belén Jesucristo; sino hubiera pensado nunca Herodes en hacer degollar a los niños de Belén; sino hubieran ido jamás a Egipto Josef y María; si hubieran sido todos estos hechos una

---

[293] Vida de Jesús, pág. 20, nota.

[294] Vida de Jesús, Introd., pág. XXI.

[295] Just. Dialog, cum Tryphone Judaeo; Patrol. graec., tom. VI, col. 713.

[296] Id. ibid.

leyenda cristiana, sin realidad, sin notoriedad, sin raíz en la historia, no hubiera dejado de decirlo Tryfon. Hubiera declarado, como nuestros racionalistas que «faltaba [165] en el texto primitivo esta fábula, que ha suministrado el bosquejo narrativo de los actuales Evangelios». Mas en vez de dar esta contestación perentoria, razona Tryfon como podía hacerlo un judío convencido de la realidad de los hechos, a pesar de no admitir su consecuencia. -Dices que Jesucristo era hijo de Dios, replica; pues bien podía Dios matar a Herodes para salvar a su hijo. La cosa valía bien la pena; y puesto que se vio obligado Josef a llevar el niño a Egipto con María, es que no era Jesucristo hijo de Dios y que no tomaba por su vida Dios el interés que hubiera tenido ciertamente por su propio hijo.- Era, pues, preciso para que usara el judío Tryfon semejante lenguaje que admitieran todos los hebreos la notoriedad de los hechos evangélicos. ¿Hubiera podido producir una «leyenda» cristiana el milagro de imponerse unánimemente a los más mortales enemigos del nombre cristiano?

32. Después de estas demostraciones, que llegan hasta la evidencia, sería superfluo insistir sobre los demás testimonios. ¿Qué decir, por ejemplo, del filósofo Celso que censura a Jesús el haber nacido en Belén? «Gran gloria para un Dios, decía, hacerse ciudadano del pueblo más miserable del mundo [297]”. Así hablaba Celso, que vivía en tiempo de San Justino, y que detestaba el nombre de Jesucristo tanto como pueden detestarlo nuestros racionalistas modernos, y su polémica era más formal que la de estos; pues les llevaba la ventaja de vivir en la época en que, según nuestros literatos, «debió añadirse al texto primitivo, la leyenda que suministró el bosquejo narrativo a los actuales Evangelios». No habiendo advertido Celso tal adición, es esta un sueño. Y el racionalismo moderno del siglo XIX habrá tenido la gloria de inventar por un milagro de perspicacia retrospectiva, lo que no vieron ni el filósofo Celso, ni el judío Tryphon, ni el discípulo de Platón, Justino, en el año 103 de la E. C.

§ VII. Genealogía de Jesucristo

33 No necesita tantos apoyos extraños para imponerse a nuestra fe el monumento evangélico. Bástale existir; su sola existencia demuestra su veracidad, y a medida que pasa un nuevo siglo sobre [166] sus venerables cimientos sin poder conmover una sola piedra, va aumentándose por el mismo progreso de los tiempos el número de pruebas que consignan su autoridad. Sabido es que cada uno de los dos Evangelios de San Mateo y de San Lucas trae la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo. San Mateo hace descender la suya desde Abraham hasta Josef, esposo de María, pasando por David, y siguiendo toda la real generación de Judá, desde

---

[297] Orig. Cont. Cels. lib. I, cap. XXVIII; Patrol. graec. Tom. XI, col. 713.

Salomón hasta Jesucristo. La genealogía reproducida por San Lucas sigue un orden inverso, pues comienza en Jesucristo y remonta el curso de los siglos, pasando por David, Abraham, Noé y los patriarcas antediluvianos hasta Adán, «que fue de Dios». Pues bien, estas dos genealogías, paralelas hasta David, sólo tienen, desde este rey, dos puntos de contacto: Zorobabel y Salathiel; todos los demás grados intermedios son diferentes. La genealogía de San Mateo hace descender a Jesucristo de David, por Salomón; la genealogía de San Lucas hace descender a Jesucristo de David, por Nathan. «La inexactitud y la contradicción de estas dos genealogías, dice el racionalismo, induce a creer que fueron resultado de un trabajo popular, que se verificó en diversos puntos, y que ninguna de ellas fue sancionada por Jesús [298]„. Jamás se ha escrito semejante despropósito. Si fueran las dos genealogías, fruto «de un trabajo popular» ejecutado en puntos distantes uno de otro, se hubiera tratado sobre todo de conciliarlas, se hubiera hecho desaparecer la aparente contradicción que señala en ellas el racionalismo, y cuya explicación han dado todos los padres griegos y latinos, desde San Ireneo y San Justino. Era preciso ser judío y contemporáneo de Jesucristo para trazar estas dos genealogías; en el día no hubiera podido inventarlas sino existieran, toda la ciencia de todas las academias del mundo. He aquí la razón.

34. Entre los Hebreos eran sagradas las genealogías; su redacción original confiada a los escribas y puesta bajo la vigilancia de los sacerdotes, era depositada en los archivos del Templo, formando su estudio parte esencial de la educación. El pueblo, así como el territorio, se hallaba dividido en tribus, y el tiempo para las épocas genesíacas, estaba limitado por el número siete y sus cuadrados. Había en esta práctica, esencialmente judía, de que nos ofrece un ejemplo la genealogía de San Mateo, no solamente un procedimiento [167] mecánico, para aliviar la memoria, sino una aplicación a las series de las razas humanas, de la gran ley septenaria, cuya extensión a los días, a las semanas, a los años, a los hombres, a los animales, a los campos y a las heredades, hemos visto en toda la historia de los Hebreos. ¿Pueden inventarse semejantes usos después del suceso? En cada período de siete semanas de años, es decir, en cada medio siglo, cuando sonaba la trompeta del Jubileo para dar libertad a los cautivos, para la restitución de los inmuebles enajenados, la extinción de las deudas y la restauración de cada familia, de cada individuo en el orden primitivo; se tenían presentes, para esta gran revolución, las listas genealógicas conservadas en los Archivos del Templo y en el santuario doméstico. Los enlaces mismos exigían, de parte de la familia y del Estado, la observancia escrupulosa de la ley de las genealogías. La jerarquía religiosa, la constitución civil, la existencia nacional del pueblo judío, se apoyaban únicamente en las tablas de los orígenes. No se podía, pues, entre los Hebreos formar un árbol genealógico de pura invención, porque hubieran confundido inmediatamente los archivos del Templo la impostura. Así, ostenta Josefo en su *Autobiographia* [299] cierta vanidad en exponer a los ojos de los patricios de Roma, envanecidos ellos también con su origen, la antigüedad de su propia raza; si añade que se hallaba consignado cada grado de su genealogía por los cuadros oficiales y públicos. «Obsérvase este orden, dice, no sólo en Judea, sino también en todos los lugares

---

[298] Vida de Jesús, pág. 239-240.

[299] Joseph, Autobiogr., cap. I.

donde están diseminados mis compatriotas: en Egipto, en Babilonia, por todas partes. Remiten a Jerusalén el nombre del padre de aquella con quien quieren desposarse, con una reseña de su genealogía, certificada por testigos. Si sobreviene alguna guerra, redactan los sacrificadores sobre las antiguas Tablas nuevos registros de todo el resto de las mujeres de origen sacerdotal, y no se desposan con ninguna que haya estado cautiva, por temor de que haya tenido comercio con los extranjeros. ¿Puede haber nada más a propósito para evitar toda mezcla de razas? Nuestros sacerdotes pueden probar con documentos auténticos su descendencia de padres a hijos desde hace dos mil años, y el que deja de observar estas leyes es separado para siempre del altar [300]". Así, pues, con tal conjunto de formalidades desplegado en torno de los [168] orígenes hebraicos, fue imposible una suposición en la genealogía de Jesucristo, mientras subsistió el Templo de Jerusalén. Y después de la destrucción de la Ciudad Santa por Tito, pasó esta imposibilidad social a ser una imposibilidad material. Devorados por el fuego todos los archivos del Templo y dispersos los Judíos desde entonces, han permanecido sin genealogía, confundidos indistintamente bajo el nombre de hijos de Jacob, ignorando ellos mismos a qué tribu pertenecían en otro tiempo sus abuelos.

35. Así, basta por sí sola la existencia de las genealogías reproducidas por San Mateo y San Lucas, para consignar de un modo perentorio, que estaba compuesto su Evangelio antes de la destrucción de Jerusalén (70). Su misma discordancia ofrece una garantía más de su autenticidad. Las naciones extranjeras, a las que llevaban los Apóstoles la buena nueva del Verbo hecho carne, no tenían ningún conocimiento de los usos judaicos; si se hubiera, pues, hecho, como supone el racionalismo «un trabajo popular» después del suceso y sobre diversos puntos, relativamente a los orígenes del Salvador, lejos de complacerse los autores apócrifos en redactar dos listas contradictorias, se hubieran puesto de acuerdo para reproducir escrupulosamente la misma, en las narraciones que quisieron adoptar con los nombres de San Mateo y San Lucas. Aquí destruye también el Evangelio con su inmutable y augusta sencillez todas las hipótesis del racionalismo. La genealogía de Jesús debía ser una de las que mejor se conservaran de todas las genealogías judías, puesto que representaba, por una parte, la descendencia real de David, y por otra, tocaba a la raza sacerdotal, por la afinidad de María con Isabel, descendiente de Aarón. Pero Jesucristo ofrecía en su persona divina, a los genealogistas hebreos un tipo sin precedente en la historia: pasaba legalmente por hijo de Josef de Nazareth, siendo en realidad hijo de María, y no teniendo padre entre los hijos de los hombres. He aquí por qué tiene Jesucristo dos genealogías: la una por Joseph, ascendiendo a Salomón y David, y ésta es la de San Mateo; y la otra por María, hija de Heli o Joakim, subiendo a David por Nathán, y ésta es la de San Lucas. Y nótese bien, que no se encuentra el nombre de María al principio de la genealogía de San Lucas, el cual no hubiera dejado de inscribir un apócrifo extraño o ignorante de las costumbres judaicas. Para evitar este lazo era absolutamente necesario que se hallase el Evangelista perfectamente [169] al corriente de los usos hebraicos. Y en efecto, nunca figuraba la mujer en las genealogías de los Hebreos, a no recordar su nombre un origen extranjero, o un enlace ilegal en el principio, pero regularizado después por circunstancias excepcionales. Por eso la genealogía de San Mateo menciona a Thamar, cuya unión con Juda, el hijo mayor de Jacob,

---

[300] Joseph, Respons. ad Appion., cap. II.

recordaba un episodio famoso. Asimismo, inscribe los nombres de Rahab, la heroína de Jericó, a quien su adhesión nacionalizó en Israel; el de Ruth la Moabita, y en fin el de Bethsabee, esposa de Urías que llegó a ser madre de Salomón en las circunstancias que todos recuerdan. Fuera de estas uniones extrañas o excepcionales, no nombra mujer alguna la genealogía de San Mateo, no obstante abrazar un período de tres mil años. Esto consiste en que según la raíz misma de la palabra hebrea *(Nssim)* [301], eran siempre pasadas en silencio las mujeres. Sólo el hombre (*Zhar*) [302], tenía el privilegio de perpetuar los recuerdos, así como la raza. Desde el día en que fue legalmente María esposa de Josef, debían substituir los genealogistas el nombre de Josef al de María; de suerte que según la expresión de un moderno exegeta, «hay en la genealogía de San Lucas precisamente lo que debía haber. Hállase velada la mujer; no se habla de ella, aun con perjuicio de la divinidad del Cristo. Se ha puesto sobre esta línea genealógica el sello de una robusta autenticidad».

36. Y ahora ¿teníamos razón en decir que aunque reunieran todas las academias del mundo sus luces y los datos históricos de que pueden disponer en el día, no conseguirían rehacer las dos genealogías de San Mateo y San Lucas, si llegaran a perderse estos dos monumentos? ¿Qué significa el «trabajo popular verificado sobre diversos puntos» al que el racionalismo quiere hacer el honor de semejante resultado? El Evangelio es un milagro vivo de exactitud, de realidad verdadera y de patente autenticidad. Parece que haya tomado a empeño la Providencia multiplicar alrededor de este monumento divino las más incontestables garantías. Jerusalén será borrada del cuadro de las naciones en cuanto haya sido registrada en el libro eterno la genealogía de Cristo. Y no bien se haya desplegado la flor patriarcal del Antiguo Testamento, perderán los Hebreos la memoria de sus antepasados. No se sabrá añadir una coma por [170] mano alguna, en el libro del Cordero, sellado hasta la consumación de los siglos. ¡Y se pretende arrancar al mundo la fe en el Evangelio! Pero inténtese someter a una comprobación tan minuciosa, a un examen tan severo, a una crítica tan exagerada, el historiador más acreditado, y es seguro que no resistirá ninguno a ellas. Ni una página de Tito Livio tomada al acaso en los catorce o quince volúmenes de sus obras, podría soportar sin duros descalabros semejante prueba. Y no obstante, se halla en pie el Evangelio. Orígenes lo explicaba al filósofo Celso: San Justino lo explicaba al judío Tryphon: San Ireneo a los Gnósticos: San Agustín a los discípulos de Manés. Keplero, Leibinitz, Newton, Bossuet, los genios más grandes que ha conocido el mundo caían arrodillados ante la maravilla del Evangelio. Y nosotros que apenas balbuceamos las primeras letras de una ciencia, todos cuyos secretos poseen estos grandes hombres ¿no hemos de tener derecho de adorar en su manifestación evangélica la radiante divinidad de Jesucristo? ¡Pobrezas sofísticas, algunos retazos de erudición contradictoria usurpados al través de los siglos a herejías muertas mil veces, he aquí lo que opone el racionalismo decrépito de la última hora, a la tradición católica, a dos mil años de, luz, de gloria y de fe! Para ahogar y hacer que se olviden estos miserables acentos, basta que repita la voz del sacerdote en el ángulo del altar la página primera del Evangelio: *Liber generationis Jesu Christi.* La

---

[301] Nssim (olvidar).

[302] Zhar (Acordarse)

historia entera se conmueve; todos los muertos del Antiguo Testamento resucitan y vienen a adorar al hijo de María, en la cuna de Belén. Adán, que fue de Dios» reconoce el germen prometido que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente. Noé saluda el arca nueva de la alianza, que no sumergirá nunca al diluvio de la impiedad; Abraham ve al hijo, en quien serán bendecidas todas las naciones; Isaac, a la víctima verdadera del monte Moria; Jacob, al león salido de Judá que recobra el cetro; Rahab, la Cananea se felicita de haber trasmitido su sangre al héroe divino, ante quien caerán las murallas de la infiel Jericó; Ruth, la Mohabita, se inclina ante la garba recogida en los campos de Booz; Jessé ante la flor abierta en la copa del árbol antiguo, David vuelve a pulsar su kinnor, en presencia del rey inmortal que le inspiró sus cánticos proféticos; la que fue esposa de Urías, ha merecido por su arrepentimiento, la gloria de que se la cuente en el número de las abuelas del Redentor; Salomón inclina la majestad de su diadema [171] ante el esposo de su Cántico; saluda a la Virgen Inmaculada, «bella como el astro de las noches, radiante como el sol, formidable como un ejército formado en batalla». Reconoce Achaz la señal que pedia a Isaías. «He aquí que una Virgen ha dado a luz un niño cuyo nombre es Emmanuel (Dios con nosotros)». Los hermanos de la trasmigración de Babilonia descuelgan las arpas colgadas de los sauces de la ribera. Comprenden que en adelante resonarán en todas las playas los cánticos de Sión, porque tiene el Dios del universo el mundo entero por morada. No echa de menos ya Zorobabel los suntuosos edificios de Salomón. El huésped divino que acaba de cubrir con su gloria la majestad del segundo Templo, disipa todas las sombras, reemplaza todas las figuras, cumple todas las profecías, consuma todos los sacrificios y reconcilia al hombre con Dios. He aquí las magnificencias que hace resplandecer la genealogía evangélica en el pesebre de Belén. Al leer esta página el humilde cristiano, hermano del Cristo, toca con una mano la aurora de los días; llega con la otra al periodo final de los tiempos; únense las dos vertientes de la humanidad en la persona de Jesús, principio y fin de todas las cosas; y la forma bajo la que van a aparecérsenos estas inefables maravillas es «un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre».

Capítulo III

Divina infancia

Sumario

§ I. LA NATIVIDAD.

1. -Narración evangélica de la Navidad. -2. Las divinas Magnificencias del Establo. -3. El racionalismo moderno quiere que naciese Jesucristo en Nazareth. -4. Pruebas intrínsecas de la verdad del relato evangélico El *Primogenitus,* entre los Hebreos. -5. *Invenietis infantem positum in praesepio.* -6. Pruebas extrínsecas de la narración evangélica. Antigüedad de la pelegrinación de Belén. -7. Testimonios históricos. Conclusión.

§ II. CIRCUNCISIÓN. PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO.

8. -Los ritos hebraicos de la Circuncisión. -9. El Nombre. -10. Purificación de María en el Templo de Jerusalén. El anciano Simeón. La profetisa Ana. 11. Ceremonias rituales de la Purificación. -12. Milagro de autenticidad de la narración evangélica. El séquito del Dios niño, en el Templo de Jerusalén.

§ III. LOS MAGOS, HUIDA A EGIPTO.

13. -Adoración de los Magos. Partida de la Santa Familia para Egipto. -14. Denegaciones racionalistas. -15. La Estrella de los Magos esperada por todo el universo, en la época del nacimiento de Jesucristo. -16. ¡Donde ha nacido el nuevo rey de los Judíos! -17. Realidad de la narración evangélica. -18. Conclusión.

§ IV. DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES.

19. -Política de Herodes relativamente a los Magos. -20. Degollación de los niños de Belén. -21. *¡Sálvete, flores Martyrum!*

§ V. LA VUELTA DE EGIPTO.

22.-Últimas crueldades y muerte de Herodes. -23. Testamento y funerales de Herodes. -24. El Ángel del regreso. Advenimiento de Arquelao en Judea. -25. Rebelión en el Templo de Jerusalén durante las solemnidades de Pascua. -26. Regreso de la santa Familia a Nazareth.

§ VI. REDUCCIÓN DE LA JUDEA EN PROVINCIA ROMANA.

27. -Repartición de Palestina entre los hijos de Herodes, por Augusto. -28. Deposición de Arquelao por Augusto. Reducción de la Judea a provincia romana. -29. Empadronamiento definitivo de la Judea por Quirinio. [174]

§ VII. JESÚS EN MEDIO DE LOS DOCTORES.

30. -El niño Jesús perdido y hallado en el Templo. La educación de Jesús según los racionalistas. -31. Pretendidos hermanos y hermanas de Jesús. -32. Imposibilidad de introducir en la narración evangélica, los pretendidos hermanos y hermanas de Jesús. -33. ¿Eran hijos de María los hermanos de Jesús nombrados en el Evangelio? -34. Sentido de la palabra «hermano» en estilo hebraico. -35. Los hermanos oscuros de Jesús.

§ I. La Natividad

1. Había gran muchedumbre en las cercanías de Belén, porque acudían a ellas todos los individuos de la descendencia real que había en los diversos puntos de la Judea a empadronarse, según el tenor del decreto imperial. «Habíase cumplido el tiempo en que María debía dar a luz; y parió a su hijo primogénito y envolviole en pañales y recostole en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón. Y había en aquellos contornos unos pastores que velaban y hacían centinela de noche sobre su ganado. Cuando de improviso apareció delante de ellos un Ángel del Señor, y cercolos con su resplandor una luz celestial, lo cual les llenó de grande espanto. Y el Ángel les dijo: no temáis nada, porque mirad que os anuncio una gran nueva, que llenará de gozo a todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo Señor. Y he aquí la señal por qué lo conoceréis: hallaréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. -Y súbitamente se unieron al Ángel multitud de espíritus celestiales que cantaban las alabanzas del Señor diciendo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.- Y luego que se alejaron de ellos los coros angélicos para volar al cielo, decían entre sí los pastores: Vamos hasta Belén y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder y que el Señor nos ha hecho anunciar. -Y dándose prisa, fueron y hallaron a María y Josef y al Niño reclinado en un pesebre. Y viéndole, reconocieron la verdad de las palabras del Ángel y entendieron cuanto se les había dicho de este Niño. Y todos los que lo oyeron, quedaron admirados, de las maravillas que los pastores les contaban. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que [175] habían oído y visto, como se les había revelado por los Ángeles[303]».

---

[303] Lucas II, 6-20. El Dies Natalis Domini, tan elocuentemente celebrado por todos los padres de la Iglesia griega y latina, se ha transformado en nuestra lengua en el de Natividad (traducción de la expresión romana Natal). Para lo relativo a la admirable liturgia de Natividad, conviene estudiar el capítulo que se le dedica en el Rational de Durand de Mende, verdadero monumento de erudición y de piedad, cuyo estudio descuidado por tanto tiempo, principia en fin a tener favor, y que debería ser familiar a todos los sacerdotes (Rational, trad. de M. C. Barthelemy, tom. III, p. 217, París, Vivés, 1854. -(N. de M. Darras.) Jesucristo vino al mundo cuando el reinado de la luz comienza a vencer las

tinieblas de la naturaleza, en el día del solsticio de invierno, cuando llegando el sol al signo de Capricornio, comienza a levantarse sobre el punto solsticial, y a subir de nuevo hacia la primavera, época notable en que apenas puede la humanidad creer a sus ojos, y dada en cierto modo, si es esto efecto de una ilusión óptica. Así, los antiguos habían establecido doce días característicos desde aquel en que el sol vuelve a principiar su brillante carrera, o bien según los fastos romanos, desde el 25 de diciembre al 6 de enero. La antigüedad celebraba este espacio de tiempo, como las doce noches santas del año. A estos días misteriosos suceden inmediatamente la Epifanía o el día de la manifestación. En efecto, en este momento ha pasado el sol realmente el punto solsticial, y este dios de la naturaleza que se creía perdido, vuelve a aparecer por fin. Cesa el luto y luce y se ostenta una alegría universal que se manifiesta, en la antigüedad, por medio de fiestas religiosas. Los romanos celebran el 24 de diciembre con juegos públicos el nacimiento del Invencible, es decir, del sol (natalis Invicti), y el principio de año nuevo. Los egipcios, al contrario, principiaban el año el 6 de enero, y solemnizaban este día con grandes demostraciones de júbilo. Porque era en efecto la época en que habían cesado las inundaciones del Nilo, en que la naturaleza se engalana con sus más bellos atavíos y en cine reaparece la primavera.

Toda la cristiandad celebra la Encarnación del Verbo el 25 de marzo, en esta época tan importante para la naturaleza, en que la creación recibe por decirlo así, un nuevo soplo de vida y se rejuvenece a los rayos más ardientes del sol.

Debemos, pues, contar doscientos setenta y cinco días desde el momento de la Encarnación hasta el del Nacimiento: de suerte que esto coincide con la época en que comienza el sol una nueva carrera. Y en la antigüedad, los persas, adoradores de Mithra celebraban el nacimiento del sol el 24 de diciembre, en el solsticio de invierno; y se halla ni recuerdo de esta fiesta en muchos de sus sepulcros, donde se representa el sol con una aureola de rayos en la cabeza, rodeado de los animales sagrados de Ormuzd, tendido en una gruta y recibiendo los homenajes y los dones de los magos. Estas representaciones tienen una grande analogía con las de los primeros siglos cristianos, tales como se ven en las catacumbas. Por otra parte, los egipcios solemnizaban también el 24 de diciembre, como el día en que nació de Isis el sol, con el nombre de Harpócrates; y en esta festividad exclamaban los sacerdotes: «Regocijaos; ya lo hemos encontrado». El sol niño o naciente se representa en este pueblo con el nombre y la imagen de Horo, naciente y reposando en el seno de la Virgen celestial, con la cabeza circundada de una aureola. Lo mismo es respecto de Chrishna indio. Cristo es, pues, propiamente el sol de justicia, la luz que se eleva para los que habitan en la sombra de la muerte y para el pueblo que camina en las tinieblas, como dice Isaías (IX, 2). Era, pues, conveniente que apareciese en la tierra en la época en que principia a nacer el sol.

El Nacimiento de Cristo coincide con el período histórico, en que según el cálculo de todos los pueblos, termina el año de Dios, compuesto de cuatro mil trescientos veinte de nuestros años lunares. Coincide con la época en que la grande estrella de los orientales, prometida hacía tanto tiempo, apareció en el cielo acompañada de una conjunción general de los planetas. Esta época era un día de fiesta para la historia y para el firmamento; debía, pues, ser también un día de fiesta para la tierra. En el llamamiento del Salvador, en efecto, celebra ésta el gran misterio de su renovación; entonces es cuando después de haber terminado su carrera, vuelve a comenzar otra nueva.

Por la misma analogía, tuvo lugar la glorificación del Salvador en la época en que el sol, en medio de su carrera, había llegado al grado más alto de su esplendor, y salió del sepulcro con los primeros resplandores de la aurora. De suerte, que en su vida se aúnan y se penetran mutuamente los misterios de la naturaleza y los de la mitología, o la revelación natural y la revelación divina.

La naturaleza, en efecto, tal como fue producida al principio por el Verbo eterno, no es más que una revelación escrita en caracteres más toscos.

¿Deberemos, pues, admirarnos, de que se armonice tan perfectamente el orden de la naturaleza en todo el curso del año, con el orden de las fiestas de la Iglesia y del firmamento? La Iglesia misma ha reconocido desde los primeros siglos esta relación, y ha entendido en estos dos sentidos las palabras de San Juan: Es preciso que él crezca y que yo disminuya (San Juan, III, 30.) San Juan Bautista nació en el solsticio de estío, en que principian a disminuir los días; Cristo, al contrario, nació en el solsticio de invierno, en que principian los días a crecer.

2. El mundo entero ha seguido a los pastores al establo de Belén. Prosternado ante el pesebre, regando con lágrimas el humilde [176] lecho donde descansa un Dios, se anonada el hombre en un éxtasis de amor, de adoración y de reconocimiento. ¡Así era en efecto como debía nacer un Dios! Si la miserable vanidad humana hubiera [177] tenido que escoger su cuna, la hubiera sin duda colocado sobre las gradas de un trono; la hubiera rodeado de todos los cuidados y de todo el celo de una multitud servil; hubiese dispertado el estrépito de las trompas sonoras los ecos lejanos, anunciando a la tierra el nacimiento de un nuevo Señor, y se hubiera estremecido la cabaña al oír la señal esperada del palacio. ¡Cuán pobres son las majestades de este mundo ante Dios! ¡qué silencioso les parece el estampido de nuestros truenos! ¡cuán nada nuestras grandezas! Lo que llamamos riqueza sólo es un manto prestado para cubrir nuestras miserias reales; lo que se adorna con el nombre de poder, sólo es una muestra de una servidumbre más patente; al descender pues Dios a este mundo, no podía enlazarse con nuestras falaces pompas. «Pero el buey del establo reconoció a su Criador, y el asno supo

---

Esta celebración del nacimiento del Señor el 25 de diciembre, se encuentra no sólo entre los cristianos de Occidente, sino también en los de Oriente, según expone el doctor Sepp en su Vida de Nuestro Señor Jesucristo; parte 1.ª cap. VIII, de quien tomamos estas noticias.

Los Griegos llaman el día del nacimiento de Cristo el día de las luces, los Alemanes al contrario, lo llaman la noche sagrada. Después de la transposición del calendario judío al calendario juliano, se llamó este día, noche santa. La Iglesia de Oriente llama al domingo antes y después de Navidad: domingo antes de las luces, y domingo después de las luces. Asimismo, los antiguos paganos llamaban a nuestra época de Navidad, es decir, el tiempo que trascurre desde el 25 de diciembre al 6 de enero, las doce noches santas en que celebraban los judíos la festividad de la dedicación del Templo, del 25 de cisleu hasta el 1.º de tebeth. En efecto, ciento sesenta y cuatro años antes de nuestra era, el día 25 del noveno mes del año eclesiástico de los judíos, Judas Macabeo, después de una memorable victoria sobre los Sirios, consagró de nuevo el altar en el mismo día en que tres años antes, había sido profanado el templo por vez primera por el rey Antioco. Después de haber buscado en el templo aceite de la época anterior a la profanación, se encontró lo suficiente para un día; pero este aceite duró por milagro de Dios, por espacio de ocho días enteros como una luz sagrada. De aquí provino el uso entre los judíos de solemnizar durante ocho días la dedicación del templo. Y durante las ocho noches de esta santa semana, entonando aleluyas y cánticos de alabanza, se encendía en todas las casas, no sólo de Jerusalén, sino también de la Judea, y donde quiera que había Judíos, un gran número de luces, como hacemos actualmente en la festividad de la Candelaria; lo cual causaba un gran regocijo en todo el país. De este uso tomó la festividad de la dedicación el nombre de fiesta de las luminarias, y se llamaron las ocho noches de esta festividad, las Noches Sagradas, o el tiempo de la santa noche.

Así, por una particular providencia, Jesús, la luz del mundo, el fundador de la nueva alianza, nació en medio de las aleluyas del cielo y de la tierra, en la santa noche, el 25 cisleu, en el día en que se consagró el altar y se purificó el templo de los Judíos, ocho días antes de la nueva luna de tebeth, en medio de las fiestas de las luces y de los esplendores del firmamento iluminado para celebrar su nacimiento. Cuando más adelante se sustituyó el calendario judío con el romano, se trasladó el 25 cisleu al 25 de diciembre que le correspondía, de suerte que la fiesta de Navidad coincidía con la fiesta pagana del sol y las saturnales de los Romanos y con el día 25 del noveno mes de los egipcios.

Jesús, vino pues, al mundo, anunciado por el coro de los planetas, todos los cuales solemnizaban unánimes su semana jubilar. Nació mientras se hallaba su estrella profética en el signo de los Peces; nació como Salvador del mundo, en medio de los cánticos de todos los coros celestiales (V. Sepp., part. 2.ª, cap. VI). -(N. Del T.).

distinguir el pesebre de su Dios [304]». Los Ángeles visitaron las campiñas de la Natividad, como en los días en que Job apacentaba en ellas sus ganados. «Los pueblos sentados en las tinieblas, en la sombra de la muerte», inclinados bajo un yugo de hierro en el *Ergastulo* romano, «vieron elevarse la luz [305]». Hanse verificado los decretos de salvación, registrados desde la eternidad en los consejos de la Providencia. «El Verbo se ha hecho carne, Gloria a Dios en los esplendores del cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Los pastores son los primeros adoradores del Rey inmortal de la paz, que acaba de nacer; las primicias del divino Pastor que va a reunir los rebaños de las generaciones humanas, en el redil de su Iglesia [306]. María, la Virgen Inmaculada, los introduce [178] cerca del Niño, a quien han envuelto sus manos en pañales; a quien tiene derecho de llamar hijo suyo y el deber de adorar como a su Dios. José, el heredero de David, contempla con ellos al jefe prometido de Israel, cuyo reinado no tendrá fin. La

---

[304] Isaías, cap. I, 3.

[305] Isaías, IX, 2

[306] En Palestina imposibilitaban dos estaciones el pasturaje a causa de las lluvias. Las primeras lluvias caían comúnmente por tres veces distintas en el mes de noviembre, y las últimas en el de marzo. Hacia primeros de marzo, dejaban los ganados las soledades de Judá y los pastos de Siria para volver a los apriscos; y volvían en las Pascuas a los pastos que les ofrecían en Palestina los desiertos de Mahón, Engaddi y Jericó. Pero el Evangelio no se refiere a esta clase de pasturaje en que se reunían rebaños inmensos, sino sólo a los pastores que guardaban sus rebaños en las praderas cercanas a Belén. No ignoran, pues, los viajeros, que en estas comarcas a fines de septiembre, después de la lluvia, vuelven a aparecer ya las flores. Sabido es también, que en ellas existe una gran diferencia de temperatura entre estos dos inviernos. Los Árabes, después de las lluvias de diciembre, acostumbran a descender de las montañas con sus rebaños para apacentarlos en las llanuras, y esto es lo que los pastores de Belén. «Vamos hasta Belén», dijeron. Esta costumbre existía también, según el testimonio de Cicerón, entre los pastores árabes, los de Cilicia y de, Frigia. El Génesis (XXXI, 40) nos da a entender que lo mismo sucedía en Mesopotamia.

No podía ser de otra suerte en la tierra prometida, cercana a estos países, y de un clima más cálido que los nuestros. Si hoy es de otra suerte, debe atribuirse a la maldición, que pesa desde la muerte del Hombre Dios sobre el pueblo judío y sobre el suelo que habitó en otro tiempo.

Además, en la campiña de Belén se hallaba también aquella torre en que se abrigaban los pastores de la comarca y de que habla el profeta Miqueas (IV, 8).

«Torre nebulosa de la hija de Sión, donde se abrigan los rebaños, hasta ti vendrá la antigua dominación, el reino de la hija de Jerusalén». Esta torre se halla cerca de Belén, donde había levantado en otro tiempo Israel sus tiendas, torre donde se abrigaban los ganados durante la noche, y de la cual se lee en el Targum de Jonathan en el Génesis (XVXV). «Más allá de la torre de Eder, que es el sitio de donde se manifestará el Rey Mesías al fin de los días». Podemos decir, pues, sustituyendo lo pasado a lo futuro, «que es el lugar o sitio, donde nació el Mesías». Existían esta clase de torres de observación en las campiñas y en las alturas, como en los viñedos de que se habla en San Marcos (XI, I), y en el día son necesarias a los Árabes para evitar los ataques de los Beduinos.

Pero había además de esto algo particular respecto de las campiñas situadas entre Jerusalén y Belén, porque en ellas era donde se apacentaban los rebaños de corderos, de ovejas y de becerros, destinados para los sacrificios diarios del templo. Los pastores que tributaron los primeros homenajes al Salvador del mundo, guardaban esta clase de rebaños, y velaban reunidos alrededor de hogueras, cuyas veladas comprendían, entre los Griegos y romanos, la cuarta parte de toda a noche y entre los Hebreos la tercera, alternándose cada tres horas en verano, y cada cuatro en invierno: D. Sepp., Vida de Nuestro Señor Jesucristo, parte 1.ª, cap. S. -(N. del T.)

narración de los pastores circula entre la multitud atraída a Belén pon el edicto de Augusto: y se despierta la admiración sobre el pesebre donde reposa un niño. Sólo convenían tales pompas al Verbo encarnado; pues resalta más su divinidad en la desnudez del establo y en la humildad del pesebre.

3. Pero estudiemos bajo el punto de vista de la autenticidad histórica, [179] la narración de este maravilloso nacimiento. Al par del encanto divino que causa el texto sagrado en los corazones, hay en él, en cada pormenor, un perfume de verdad que conviene manifestar por medio de un serio análisis, en un tiempo en que parece haberlo invadido todo la negación. La Europa entera ha leído en estos últimos días una *Vida de Jesús,* que principia con estas palabras: «Jesús nació en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, que no tuvo anteriormente celebridad alguna [307]». Si

---

[307] Vida de Jesús, pág. 19. El autor cita en apoyo de su aserción: «Math. XIII, 54 y siguientes; Marc. VI y siguientes; Juan I, 45, 46». Según su modo habitual, sólo pone por nota los números de los versículos evangélicos, sin reproducir el texto. Así pues, nadie duda que Mateo XIII, 54; Marc. VI, 1; Juan I, 45, 46», afirman positivamente que Jesús nació en Nazareth. Pues bien, ninguno de estos tres Evangelistas en los pasajes indicados, dice una palabra sobre ellos, lo cual es sorprendente e increíble, ¡pero así es! Los padres de Jesucristo moraban en Nazareth de Galilea, habiendo pasado el Salvador toda su infancia y su juventud en esta población. La patria de Jesucristo era pues, para los Judíos sus contemporáneos, así como para nosotros, el lugar donde se le había visto crecer y residir el mismo, sin interrupción hasta la edad de treinta años. Así, la inscripción que se pondrá más adelante en la cruz del Calvario será ésta: Jesús Nazareno, rey de los Judíos. Así pues, no hablan San Mat. XIII, 54; San Marc. VI, 1; San Juan, I, 45, 46 en manera alguna del lugar del nacimiento de Jesucristo.

He aquí sus mismos palabras: «Al volver a su patria Jesús, les enseñaba en las sinagogas». Veniens in patriam suam docebat eos in sinagogis eorum (Mat. XIII, 54). «Y habiendo vuelto Jesús a su patria, le siguieron todos sus discípulos». Et egressus inde abiit in patriam suam, et sequebantur eum discipuli sui (Marc. VI, l).El lugar de residencia y el lugar del nacimiento son dos cosas distintas aun en el día. Cuando hablan, pues, San Mateo y San Marcos del lugar de residencia de Jesucristo, da a entender el racionalismo que hablaron del lugar de su nacimiento. Es fácil que los lectores vulgares no adviertan el equívoco; pero los lectores graves y formales condenaran semejante táctica. ¿Qué nombre daremos a un autor que escribe; que «Juan, I, 45, 46», hace nacer a Jesús en Nazareth? He aquí el texto de San Juan: «Encontró Felipe a Nathanael y le dijo: Hemos hallado al Cristo anunciado por Moisés y los Profetas; es Jesús, hijo de Josef de Nazareth: Invenit Philippus Nathanael, et dicit ei: Quem scripit Moyses in lege, et prophetae, invenimus Jesus filium Joseph a Nazareth (Joan. I,45). Aquí no era posible el miserable equívoco sobre el lugar de residencia y el lugar de nacimiento de Jesucristo puesto que no hay duda que se refiero a Josef la localidad do Nazareth. -(N. de M, D.) Debe advertirse también acerca de los textos de San Mateo y de San Marcos, en que se usa la palabra patria, respecto de Nazareth, y en especial, el de San Mateo, que no pueden prevalecer ni destruir la fuerza del texto del mismo Evangelista. (Capítulo 3, v. 3, 4, 5 y 6), en que dice circunstanciada y terminantemente que «habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en los días del rey Herodes vinieron del Oriente a Jerusalén unos magos»; ni asimismo, el texto en que refiere el nacimiento de Jesús en Belén, el cumplimiento de la profecía de Miqueas, que ocupaba y dominaba todas las almas, sobre que Jesús nacería en Belén, expresando circunstanciada y positivamente el anuncio hecho a Herodes por los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo de que debía nacer Cristo en Belén; el hecho de enviar este rey a Belén a los magos que venían de Oriente, siguiendo la estrella que les había de designar el sitio en que había de nacer Jesús, y el de haber encontrado éstos y adorado efectivamente al niño recién nacido en Belén, Así, pues, aunque quisiera hallarse contradicción entre la palabra fugitiva patria, usada en el capítulo XIII, v. 54, y el relato del cap. II, v. 1 y siguientes, no podría aquella palabra destruir la fuerza de este texto, porque afirmando y repitiendo San Mateo en una narración seguida y terminante que nació Jesús en Belén, preciso es dar a lo que dice como de paso de Nazaret una interpretación que deja en pie aquel testimonio.

bastara escribir una paradoja para hacerla creer, permanecería Nazareth investida del honor inesperado de haber sido la cuna de Jesucristo. Pero la historia no procede por medio de afirmaciones, sino que exige pruebas. Cuando se trata de saber en qué lugar nació Augusto, se recoge el testimonio de Suetonio, de Tácito, de Dión y de los autores que nos trasmitieron la vida de este príncipe. Como todos están unánimes en decir que nació Augusto en Roma, tendríamos lástima de oír afirmar a un escritor, alejado por diez y nueve siglos de los hechos [180] de que habla, que este emperador nació en Mesina. Pues bien, la historia de Jesucristo interesa al mundo con mejor título que la de Augusto. De los cuatro Evangelistas que nos la han trasmitido, ninguno coloca el nacimiento del Salvador en Nazareth, sino que proclaman que Jesús nació en Belén. Además de su texto formal, hemos citado testimonios irrecusables que consignan el mismo hecho; por consiguiente, tiene derecho el lector de contestar con un solemne desprecio a la afirmación exenta de pruebas que acaba de exponerse. En los siglos en que era el Evangelio un texto popular, y se hallaba grabado en todas las memorias y era perfectamente comprendido por todas las inteligencias, se hubiera juzgado la reciente exégesis con una solemne carcajada. No queremos hacer a nuestra época la injuria de tomar por lo serio los nuevos sofismas; pero permítasenos al menos que expongamos sobre este punto lo que sabían todos nuestros padres, y lo que es de temer que hayan olvidado generalmente [181] sus hijos, al aprender, por otra parte, otras muchas cosas. El texto de San Lucas relativo al nacimiento de Jesucristo en Belén no se apoya únicamente en la inspiración divina del Evangelista. Este título de credibilidad, el más grande para un alma cristiana, no hubiera tenido valor alguno, como es fácil concebir; respecto de los paganos, a quienes era necesario convertir; no lo tiene tampoco por desgracia relativamente a la incredulidad moderna, que quiere pruebas humanas, para someterse a la palabra de Dios. Pues bien, superabundan las pruebas humanas; la más directa y la más perceptible es la que resulta del examen mismo de la narración del Evangelio.

4. María, dice San Lucas, «dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón». Estas sencillas palabras no podían escribirse ni por un falsario cristiano, ni por un autor que no conociera las costumbres judaicas; sólo pudieron serlo por un contemporáneo, que conociera perfectamente la disposición de los sitios de que habla, y que supiese de un modo práctico, muy por menor la constitución judía. El supuesto apócrifo no se hubiera valido de la expresión: «su hijo primogénito». Por

---

El texto de San Lucas sobre que Jesús fue criado en Nazaret se halla también explicado y suplido, digámoslo así, por el texto del capítulo II, v. 1 y siguientes, en que traza este Evangelista el admirable relato del viaje de María y de Josef a Belén para empadronarse; el nacimiento de Jesús en Belén en el pesebre que le sirve de cuma, «y estando allí (en Belén) se cumplió el tiempo en que había de parir y parió a su hijo primogénito (v. 6 y 7)»; la aparición milagrosa de los ángeles a los pastores que guardaban sus rebaños, y la adoración del recién nacido con el título del Salvador por estos humildes pastores en presencia de María y de Josef, que admiran meditando las maravillas que oyen referir. Este relato es de gran exactitud, y coincide confirmándolo, con el de San Mateo. San Lucas usa de una expresión más suave en el primer texto, que la de San Mateo, puesto que dice que Jesús fue criado en Nazaret, pero tanto el uno como el otro evangelista, declaran terminantemente que Jesús nació en Belén. (Segunda pastoral de M. Plantier, obispo de Nimes, contra el libro intitulado Vida de Jesús, por Ernesto Renan, pág. 94 y siguientes). -(N. del T.)

una parte, lo hubiera parecido una redundancia enteramente inútil y una candidez sin objeto, cuando acababa de referir los pormenores de la Anunciación angélica hecha a la Virgen María, el sueño de Josef y las ansiedades del Patriarca. En tales circunstancias, era bastante claro que el Hijo de María sólo podía ser un primogénito, y nunca hubiera pensado un autor común en mencionar nuevamente esta particularidad. Por otra parte, un falsario cristiano hubiera evitado cuidadosamente este término, de que podían prevalerse los paganos para deducir de él la existencia posterior de otros hijos de la Santísima Virgen. Aun en el día, no ha desaprovechado el racionalismo una ocasión, al parecer tan favorable [308]; porque en efecto, en nuestros idiomas y hábitos modernos, así como entre los mismos paganos, la palabra «primogénito» no tiene otra acepción que la de mayor. Así [182] desde el siglo IV, es decir, desde la ruina de Jerusalén, cuando se hallaban olvidadas las tradiciones judaicas, un hereje latino, Helvidio, en su ignorancia, se apoyaba en la palabra del Evangelista, para sostener que María tuvo otros hijos después de Jesucristo. Pues bien, lo que no hubiera imaginado quizá un apócrifo, lo que se hubiera, guardado bien de afirmar un escritor vulgar, lo expresa San Lucas de un modo formal, y lo repite San Mateo en los mismos términos. Los dos Evangelistas, que han referido el nacimiento del Salvador, se valen de la misma expresión: «Dio a luz a su hijo primogénito [309]» y no obstante, ambos acababan de dar a María el nombre de Virgen. Esto consiste en que la palabra *Primogenitus,* era entre los Judíos un título jurídico, que tenía un significado especial, que no tuvo analogía en ninguna otra sociedad, pues la palabra «mayor» no equivale a ésta. La ley de Moisés daba el nombre de «primogénito» hasta a un hijo único, confiriéndolo desde el instante del nacimiento a todo niño varón que abría la carrera bendita de la maternidad a una mujer de Israel. Según nuestros usos, sería absurdo llamar «mayor» a un hijo que no tiene todavía hermanos ni hermanas, no pudiendo aplicárselo esta calificación hasta más adelante, en el caso de que nacieran otros hijos. Y por esto precisamente, si fuera el texto evangélico obra de un apócrifo, no leeríamos el título de *Primogenitus* en la narración de la Natividad del Salvador. Pero según el estilo hebraico, hallábase investido Jesús, hijo de la Virgen María, desde el momento en que nacía en el establo de Belén, de la prerrogativa y de las cargas de la primogenitura. «Todo lo que nazca primero entre los hijos de Israel, dice el Señor a Moisés, me pertenece en propiedad y queda marcado con el sello de mi santidad. -Separaréis para hacer mi porción todos los hijos varones que tengan el carácter de la primogenitura, y me los consagraréis [310]». Tal era en un principio la devolución legal que ponía a todos los primogénitos del pueblo judío en una clase aparte, que formaba el dominio propio y exclusivo de Jehovah y de su Templo. Sabido es que esta disposición particular a la nacionalidad de los Hebreos, se refería directamente al gran acontecimiento de la salida de Egipto; cuando todos los

---

[308] «La familia, bien proviniera de uno o de muchos matrimonios, era bastante numerosa. Jesús tenía hermanos y hermanas, de los cuales parece haber sido el mayor. (Vida de Jesús, pág. 23). Para justificar este título de mayor, remite el autor naturalmente a San Mateo, I, 25; Peperit filium suum primogenitum.

Aquí sólo contestamos a la falsa interpretación de la palabra Primogenitus. En los números 26, 27 y 28 de este capítulo, se hallará tratada con toda extensión la cuestión de la Virginidad de María.

[309] Matth. I, 25; Luc., II, 7.

[310] Exod. XIII, 2.

primogénitos de Mesraun «desde el heredero de Faraón hasta el hijo de la servidora empleada [183] en dar vueltas a la muela [311] fueron muertos en una sola noche [312]. Estamos muy lejos, fácil es comprenderlo, de nuestras ideas modernas, sobre el título y el derecho de primogenitura. En compensación de los primogénitos de los Hebreos, cuyo número hubiera excedido pronto de las necesidades del ministerio sacerdotal, y de los demás servicios religiosos, se había reservado Jehovah, como propia suya toda la tribu de Leví [313]; pero con la condición expresa de que se presentarían en el Templo todos los primogénitos y serían rescatados con una compensación individual en dinero [314]. He aquí lo que significa la palabra *Primogenitum,* empleada por los Evangelistas. En otro tiempo, sabía esto el último escolar de Europa, no solamente de las universidades católicas, sino del seno del mismo protestantismo. Grocio no creía que valiera la pena de insistir por más tiempo sobre este hecho. «La expresión de primogénito, dice, se refiere a las dignidades y a las prerrogativas que, en todos tiempos, y aun antes de la ley de Moisés, se atribuían a los hijos varones, ya fuesen únicos o ya hubiese menores [315]». No está menos terminante Calvino, cuyo testimonio no puede ser sospechoso. «A pretexto de este pasaje [316], dice, suscitó Helvidio en su tiempo grandes turbulencias en la Iglesia, por intentar sostener con él que María no fue Virgen, sino hasta que dio a luz a Jesús, porque después tuvo otros hijos. Bástanos, pues, decir que esto no viene a propósito de lo que dice el Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que sucedió después del, nacimiento de Cristo. Llámasele primogénito, mas no por otra razón, sino a fin de que sepamos que nació de una madre Virgen, y que jamás había tenido hijo alguno... Sabido es que según el uso común de la Escritura, deben entenderse así estas locuciones. Verdaderamente éste es un punto sobre el cual no moverá disputa jamás hombre alguno, sino es algún porfiado y zumbón [317]».

5. El *Primogenitum* evangélico es, pues, por sí solo una demostración, puesto que supone todo un orden de doctrinas y de hechos que sólo podía ser familiar a un autor contemporáneo: que implica [184] un estado social, una constitución, leyes, usos, que si bien era posible conocer con posterioridad a ellos, puesto que hoy los sabemos por medio de un estudio retrospectivo, sin embargo, un escritor extraño no hubiera tenido jamás la idea de recordar, en una circunstancia en que podía la agregación de esta palabra parecer no sólo superflua, sino también evidentemente peligrosa por la abusiva interpretación a que podía prestarse. Los Evangelistas no han cedido a ninguna preocupación de este género, sino que han consignado un hecho de la manera y con las condiciones de existencia con que se había verificado.

---

[311] Ibid. 12.

[312] Exod. XI; Exod. XIII, 14.

[313] Num. X, 13.

[314] Exod. XIII, 13.

[315] Grocio, Annotat. In Math. Oper., Theolog., tom. II, vol. 1, pág. 15.

[316] Math. I, 25. Advertirán los lectores que este pasaje es exactamente el mismo que cita el autor de la Vida de Jesús, en apoyo de un error refutado hace mil seiscientos años.

[317] Calvino, Comentarios sobre la armonía Evangélica, pág. 41.

Ni más ni menos; y por poco que se reflexione seriamente, se verá, que este proceder da aquí a sus palabras un carácter de autenticidad verdaderamente incontestable. La continuación del relato de San Lucas nos suministra una prueba del mismo género. Después de haber dado a luz a su hijo primogénito, «le envolvió María en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque [185] no hubo lugar para ellos en el mesón». Trasládese la escena a otro punto distinto del de la Judea y del Oriente en general, y pierden su sentido estas indicaciones tan exactas, pareciendo incoherentes. Nuestra palabra «mesón» que es la que más se acerca al término empleado por el Evangelista, está sin embargo, muy lejos de traducir esto con exactitud, siendo la idea que presenta al entendimiento completamente extraña a la realidad histórica. No había «mesón» alguno, según el sentido actual de esta palabra, ni en Belén, ni en el resto de la Palestina. Aun hoy mismo, los pocos establecimientos de esta clase que se encuentran allí, son importaciones europeas, que no frecuentan los indígenas. Entre los Judíos, era la hospitalidad una ley sagrada para cada familia. La casa del rico tenía un local destinado para la recepción de los huéspedes; el techo del pobre o la tienda de los pastores se partían generalmente con el forastero que se presentaba en ellos, habiéndose conservado la costumbre del tiempo de Abraham de lavar los pies al viajero. Pero a la entrada de cada aldea, se había establecido para las caravanas que no querían hospedarse o que eran demasiado numerosos para recurrirá la hospitalidad privada, un abrigo para los hombres y para las mercancías; y esto es positivamente lo que designa San Lucas con la expresión griega kata/luma [318] (Sitio para descargar los fardos). En este lugar tenía cada viajero que proveer por sí mismo y como le parecía, a sus propias necesidades. Al lado de la caravanera, porque este término oriental pinta mejor las costumbres del Oriente, tenían los animales el *Praesepium,* donde podían descansar, y sustentarse con lo que sus dueños les distribuían. Estas nociones preliminares nos permiten apreciar perfectamente el conjunto y cada uno de los pormenores evangélicos. Llegan Josef y María por la noche al término de su viaje, y encuentran lleno Belén de la gente que acude a empadronarse allí; tan cierto es que no se había extinguido la familia de David, una de las más numerosas y más importantes de las de Judá. Todas las casas de la población se hallan ocupadas como lo prueba el hallarse obstruida de gente la misma caravanera; los ilustres viajeros se retiran al *Praesepium,* abrigo provisional de que participan realmente con los animales. Allí nace Jesucristo, el hijo de Dios, el Verbo hecho carne; y el Ángel, el primer Evangelista de esta buena nueva, dice a los pastores: «He aquí la señal en que reconoceréis al Salvador, el Cristo que acaba de nacer. Hallaréis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Esta indicación, según nuestras costumbres actuales, sería sumamente vaga; porque ¿dónde encontrar a media noche, en una de nuestras aldeas, la casa que contuviera el dichoso pesebre? Pero los pastores saben lo que es el *Praesepium* de Belén. Lo conocen por experiencia; allí es donde van ellos mismos, cuando es necesario, a encerrar sus ganados. Así, no vacilan un instante; corren a él, y encuentran «a María, a Josef y al Niño reclinado en el pesebre. «La indicación del Ángel es para ellos tan circunstanciada como sería vaga en una población moderna. El abrigo que habían impuesto a la Santa Familia circunstancias excepcionales era provisional. Yen efecto, cuando vayan los Magos a adorar al Hijo de Dios, no le encontrarán ya en el *Praesepium,*

---

[318] Kataluma en el original (N. del E.).

pues lo habían dejado Josef y María para habitar una casa de Belén. «Entrando en la casa, dice el Evangelio, encontraron al Niño y a María. No se habla ya aquí, añade San Epifanio, del *Praesepium,* ni de la gruta, sino de la morada hospitalaria que había sustituido al abrigo provisional [319].

6. Cuanto más se estudia la letra del Evangelio, mas se descubre en ella pruebas intrínsecas de autenticidad. Aunque no tuviéramos otro monumento que el texto sagrado, bastaría por sí solo para destruir todos los esfuerzos del racionalismo. Mas paralelos a [186] su narración, poseemos toda una serie de testimonios que importa dar a conocer. El *Praesepium* de Belén atrajo desde la aurora de los siglos cristianos, la piadosa veneración de los fieles y la persecución del paganismo romano. San Justino siguió las huellas de los pastores, yendo a reconocer el sitio donde nació Jesucristo. «Vese a la puerta de Belén, dice, una grata natural; allí es donde se vio obligado a retirarse Josef, por no haber hallado lugar en el *Diversorium* [320]». Orígenes, decía al filósofo Celso, casi en el mismo tiempo: «Si no basta para convencer a los incrédulos la profecía de Miqueas y su admirable concordancia con la narración evangélica; si se quiere una prueba más decisiva de la realidad del nacimiento de Jesucristo en Belén, reflexiónese bien que hoy se enseña en Belén mismo la gruta donde nació, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales. Allí están los monumentos en perfecta conformidad con la narración evangélica. El hecho es público y notorio en toda la comarca; se halla atestiguado, aun entre los enemigos de nuestra fe, los cuales están unánimes en proclamar que, en esta gruta nació Jesús, a quien veneran y adoran los cristianos [321]. Estas declaraciones del año 200 de la E. C., aun sin atender a su valor exegético, sobre el cual volveremos en breve, tienen, bajo el punto de vista dogmático, una trascendencia e importancia, que no haremos más que indicar. Diariamente oímos a los protestantes acusar de superstición y hasta de idolatría el respeto con que rodea la Iglesia y la piedad de los peregrinos católicos los Santos Lugares. No es raro hallar en Palestina, hombres que adoran a Jesucristo como a Dios, y que se ruborizarían de descubrirse la cabeza o de prosternarse ante la gruta de Belén, donde fue envuelto en pañales Jesús al nacer, ante la piedra del sepulcro, donde fue envuelto el cuerpo de Jesús, descendido de la cruz, con las fajas y ligaduras de la muerte. Estos hombres pretenden mantener en su pureza [187] la fe y el culto de los primeros siglos, alterados, dicen, por el catolicismo. Pues bien, en tiempo de Orígenes y de San Justino se veneraba la gruta de Belén, como la veneramos en el día. ¿Protestarán contra la piedad de la primitiva Iglesia tan solemnemente atestiguada por ilustres contemporáneos? ¿Acaso San Justino, Orígenes, y más adelante San Gerónimo, eran culpables de idolatría por venerar el

---

[319] San Epiphan., Advers. haeres. LI Patrol. graec., tom. XLI, col. 906.

[320] Dialog. cum Tryphone, 78. Patrol. graec., loc. cit.

[321] Orig. Contra Celsum, lib. 1, cap. LI, Patrol. graec., tom. XI, col. 755.

Encuéntranse vestigios del nacimiento de Cristo en la gruta de Belén en el Midrasç Eca, 48, 3, citado por Lightfoot, donde da un árabe noticia a un judío de haber nacido el Mesías en Berat' Arbà, cerca de Belén de Judá. Y añade Lightfood: Gratias plurimas promerebitur qui dixerit, quid sit Berat Arbà? Cassel lo traduce por gruta del pastor, puesto que bera equivale a fosa, caverna, gruta, y Arabo se dice por nómada o pastor. (La Vita de Jesu, romanzo di Ernesto Renan, preso ad exame da Giuseppe Ghirmghello, Torino, 1864, pág. 272, nota 7). -(N. del T).

pesebre de Belén? Ni más ni menos que no lo son los católicos del siglo XIX, al vanagloriarse de seguir, según se lo permiten sus fuerzas, los grandes ejemplos de sus padres en la fe.

7. Para detener en su vuelo, la piedad de los primeros cristianos que les llevaba en tropel a la gruta de Belén, hizo profanar este augusto monumento el emperador Adriano, en el año 158 de nuestra Era, mandando erigir una estatua de Adonis en el lugar mismo donde hizo oír Jesús los primeros vagidos de la infancia; y las colonias paganas trasladadas por el César romano al suelo de Judea, iban a celebrar sus misterios impuros a estas campiñas que habían resonado en otro tiempo con el cántico de los Angeles [322]. «La profanación, dice M. de Vogué, lejos de borrar el recuerdo de la Natividad, según los Paganos, contribuyó a fijar su tradición [323]». Orígenes, en el pasaje que acabamos de citar, se apoyaba, en efecto, en el testimonio de las poblaciones paganas, establecidas entonces durante medio siglo en Belén, para consignar de un modo indestructible la autenticidad de la tradición evangélica [324]. En vista de hechos tan patentes, de significación tan clara, precisa e irrefragable, ha sido realmente necesario especular con la ligereza que caracteriza nuestra época, y con un olvido lamentable de toda la historia religiosa, para atreverse a escribir sin temer sublevar la conciencia popular, la increíble afirmación: «Jesús nació en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, sin celebridad alguna anteriormente». Los anales del mundo no ofrecen, en su conjunto, un hecho mas sólidamente consignado que el del nacimiento de Jesucristo en Belén. El suelo mismo, aun cuando faltaran los demás monumentos, protestaría de la verdad de las tradiciones. No se ha olvidado un descubrimiento reciente debido a la casualidad de una feliz investigación. En 1859 se encontraron las [188] ruinas de un monasterio fundado en tiempo de San Gerónimo y de Santa Paula, en el sitio en que se apareció el Ángel a los pastores [325]. Tan cierto es, que en nuestra época, turbada

---

[322] San Hieron. Epist. LVIII, ad Paulinum; Patrol. lat. Tom. XXII, col. 581.

[323] M. de Vogue, Iglesias de la Tierra Santa, pág. 51, nota

[324] . A los testimonios de San Justino y de Orígenes que dan al Praesepium de Belén el nombre de sph/laion (gruta), podemos añadir los de Eusebio de Cesárea, de San Epifanio, de San Gerónimo, todos los cuales lo llaman lo mismo. In hoc parvo terrae foramine caelorum conditor natus est (S. Hieronym., Epist. XLVI; Patrol. lat., tom. XXII, col. 490.) Esta designación tan parecida a la de la narración evangélica y al aspecto mismo de los lugares, nos permite fijar completamente las ideas sobre el Diversorium y el Praesepium de Belén. «El suelo de la Palestina, dice el doctor Sepp, se compone en gran parte de tierra calcárea, y por consiguiente, está lleno de grutas naturales». Desde el principio se aprovecharon estas excavaciones naturales para procurar en ellas guaridas o abrigos para los hombre y los animales, siendo de esta clase la caravanera de Belén. La parte destinada a los animales forma una gruta especial, pequeña, baja, y cuya área tiene dos pies menos que la gruta principal, sobre la que se abre a mano derecha hacia el fondo: y éste es el pesebre o Praesepium. La parte dispuesta para uso de los hombres, el kata/luma de San Lucas, el Diversorium de la Vulgata es una pieza irregular de forma trapezoide, que tiene 38 pies de largo, 11 de ancho y 9 de alto (Vida de Nuestro Señor Jesucristo, por el doctor Sepp, tom. I, pág. 232; Historia Evangélica, por D. Pezron, tom. I, pág 63; de Sauley, Dict de las Antig. bíblicas, col. 140-141.) [kataluma e el original (N. del E.)]

[325] . He aquí como se expresa sobre este asunto una carta dirigida de Jerusalén con fecha 17 de febrero de 1859: «Acaba de hacerse un descubrimiento de grande importancia hace apenas algunos días en las cercanías de Beith-Lehm, en el sitio conocido por la aparición de los Ángeles a los pastores. Al Este de Beith-Lehm, a igual distancia del santuario tradicional de la Aparición del Ángel a los pastores, al hacer una excavación de muchos metros en tierra, se acaba de encontrar las

por la incredulidad racionalista, adquieren voz las mismas piedras para proclamar la autenticidad de los relatos evangélicos. Y ahora, desviando el pensamiento de estas miserables objeciones, adoremos las divinas maravillas del pesebre, diciendo, con San Epifanio: «El establo de Belén es el cielo entero que ha bajado a la tierra. Las jerarquías angélicas rodean la cuna del Verbo hecho carne. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad [326]. ¡Oh milagros! ¡Oh, prodigios! ¡Oh, misterios! exclama San Agustín. Hase suspendido el orden de la naturaleza: Dios nace hombre, una Virgen se hace fecunda, conservando su virginidad inmaculada; [189] ¡inefable alianza de la palabra de Dios con aquella que no conoce varón! Una madre permanece virgen: la maternidad no altera la flor de Israel. Dios, Aquel que es, y que era Criador, se hace criatura; lo inmenso se reduce, para que lo abarquen nuestros brazos: hácese pobre, la riqueza eterna, revístese de carne lo incorporal: se ve lo invisible; se toca lo impalpable: se mide lo inconmensurable; aquel a quien bendicen cielos y tierra está reclinado en el estrecho espacio de un pesebre [327]».

§ II. Circuncisión. -Presentación en el Templo

8. «Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, dice San Lucas, le fue puesto por nombre Jesús, que es el que el Ángel le puso antes que fuese concebido [328]». La época en que debían recibir los hijos de los Hebreos la dolorosa marca del Sacramento de la Antigua Alianza, no se dejaba a discreción de los padres. El mismo Jehovah la había fijado diciendo a Abraham: «Cuando tenga el

---

interesantes ruinas de un inmenso convento, de la época de S. Gerónimo y de Santa Paula, en el que se reconocen excavaciones posteriores, hechas por los Cruzados. Las cisternas son inmensas, regulares y en perfecto estado de conservación. Se ha descubierto ya el pavimento de mosaico de muchas estancias, y se está descubriendo el pavimento de mármol de la Iglesia, así como la entrada de los subterráneos. El entusiasmo que ha ocasionado este descubrimiento es tal, que acuden a trabajar a él gratuitamente del pueblo de Beth-Sakur (de los Pastores). El sitio de estas ruinas es conocido por los árabes con el nombre de Siar-el-Ganem (Paseo de las Ovejas.) Rodéanle considerable número de grutas muy profundas, donde acudían hasta hoy a guarecerse los pastores con sus rebaños. Muy cerca de estas grutas se halla una gran cisterna hebraica. (De Sauley. Dicc. de las Antig. bibl. Col. 805.)

[326] S. Epiph. Oratio de Deipara; Patrol. graec., tom. XLIII, col. 499.

[327] S. August. De Nativit. serm IX, citado por Cornelio a Lápide, Comment. In Luc. Edit. Vives, tomXVI, pág. 61.

[328] Lucas, II, 21.

Niño ocho días será circuncidado [329] La ley mosaica renovó el precepto. «En el octavo día recibirá la circuncisión el recién nacido [330]. «Hállase, pues, aquí el texto evangélico en perfecta conformidad con la legislación judía. El Hijo de Dios, que venía en su persona a consumar toda la ley, comienza en el pesebre su misión de víctima sangrienta, que sólo terminará en el Calvario. En el *Praesepium* de Belén, fue, pues, en efecto, donde el Cristo «que era antes de Abraham» y «cuyo nacimiento había deseado ver» el padre de los creyentes, recibió por medio de la circuncisión la marca de los hijos de Abraham. Hásenos conservado por el Talmud los ritos que se usaban en esta ceremonia legal, siendo el modo de practicarlos casi el mismo en el seno del judaísmo actual [331]. En la mañana del día octavo debían reunirse diez personas por lo menos alrededor del recién nacido. Ya hemos dicho que la operación no era *Mohel,* se elegía, y aún se elige en la actualidad indistintamente, entre todas las clases de la población judía; su habilidad es el único [190] título que le recomienda a las familias. El padre pronunciaba la oración siguiente: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, que ha impreso su ley en nuestra carne y que marca sus hijos con el signo de su santa alianza para hacerles participantes de las bendiciones de Abraham, nuestro padre. «Había colocadas dos sillas de honor, la una para el padrino, y la otra quedaba vacía para presentársela al niño, al cual se le dirigían al mismo tiempo estas palabras: He aquí la silla del profeta Elías [332]». En todos los puntos del universo en que se hallan actualmente dispersos los hijos de Israel, observan también esta costumbre simbólica, atestiguando así su fe en la venida del precursor que debía abrir los caminos al Mesías. Mas para ellos, la silla de Elías permanece siempre vacía; hase sentado en ella Juan Bautista, y Jesucristo, el divino niño de Belén, ha enseñado al mundo de lo alto de una cátedra más augusta que la de Moisés.

9. Después de haber verificado el sangriento rito, recitaba el *Mohel* esta bendición: Adonai, Dios de nuestros antepasados, fortifica y conserva este niño para su padre y su madre. Que se le llame... *(Aquí se pronunciaba el nombre elegido para el niño)*, y sea la alegría del padre que le engendró y de la madre que le dio a luz [333]». En tales circunstancias, fue [334], pues, como el nombre de Jesús proclamado en el establo de Belén, resonó en presencia de los últimos descendientes de la familia de David, reunidos en el pueblecillo originario, en virtud de la orden de Augusto. ¿Comprendieron entonces los testigos de la ceremonia

---

[329] Genes. XVII, 12.

[330] Levitic. XII, 3.

[331] León de Módena, Ceremonias y costumbres que se observan en el día entre los judíos, traducidas del italiano de León de Módena, rabino de Venecia, por el señor de Simoville. París, 1710, en 12, pág. 412, 147; Buxfor, de la Sinagoga judía, cap. II; Adisson, Del Estado presente de los judíos en Barbaria, cap. VII.

[332] Sepp., Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 236-237. Hállanse los más amplios pormenores sobre esta materia en el Racional de Durand de Mende, edit. Vives, tom. III, pág. 429-436.

[333] Racional, tom. III, nota 7, pág. 434.

[334] El carácter esencialmente tradicional del pueblo judío no permite dudar de la antigüedad de los ritos para la circuncisión, cuyo uso ha conservado.

legal, el sentido del nombre divino, ante el cual «se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?» Concíbese fácilmente que los pastores instruidos por los Ángeles, que la multitud, entre la que había circulado la narración de las maravillas del pesebre, debieron saludar, como un [191] del ministerio de los Levitas, y menos aun, del Pontífice Supremo. Al colocar la iconografía moderna comúnmente el teatro de la circuncisión en el templo, dándole al Gran Sacerdote por ministro, comete, pues, una falta contra la verdad histórica. El ministro o feliz presagio, el nombre de Jesús (Salvador), que se dio al vástago de la raza real, tanto tiempo hacía decaída. Este nombre aparece por primera vez en los anales de los Hebreos, recordando la conquista de la Tierra Prometida y las victorias de Josué. Mas adelante, en tiempo de Zorobabel, marcó el nombre de Jesús llevado por un Gran Sacerdote, el término de la cautividad de Babilonia y la inauguración del segundo Templo. Por último, en una época reciente, el nombre de Jesús, autor del libro del *Eclesiástico,* llegó a ser como sinónimo de la sabiduría descendida del cielo para instruir a los hombres. No era, pues, el nombre de Jesús, como afecta creer el racionalismo, «un nombre muy común [335]. «La tradición histórica de los Hebreos le atribuía un papel importante. Cuando se dio este nombre al divino hijo de María, se persuadieron los asistentes, sin duda, que el descendiente de David, cuya cuna rodeaban, sería en algún día un guerrero poderoso como Josué; restaurador del culto mosaico, como el gran Sacerdote Jesús, hijo do Josedech; sabio, como Jesús, hijo de Sirach. No se elevaban a más las esperanzas de los Judíos. El yugo del cuarto imperio, el imperio de hierro, predicho por Daniel, pesaba sobre sus cabezas. Roma los anonadaba por mano de Herodes. Pero habían llegado los tiempos marcados por la profecía de Jacob; habíase cumplido el período final de las setenta semanas de años. Todos los Judíos esperaban [192] al conquistador salido de David que había de fundar en Jerusalén un trono en adelante inmortal. Sólo dos personas no participaron de estas ilusiones nacionales; éstas fueron María, que conservaba en su corazón los misterios divinos, y Joseph, a quien había dicho el Ángel: «Pondréis al niño por nombre Jesús, porque es el que ha de librar al pueblo de sus pecados». En cada página del Evangelio aparece la preocupación hebraica sobre el carácter enteramente material del imperio de Cristo, debiendo ser tal su persistencia, que todavía esperan en este momento los Judíos un Mesías, un Hijo de la Estrella, cuya espada, saliendo en Jerusalén, ha de hacer de la Judea el centro de la dominación universal del mundo.

---

[335] «El nombre de Jesús que se le dio, dicen los racionalistas, es una alteración de Josué. Era un nombre muy común; pero naturalmente, se buscaron misterios en él más adelante y una alusión a su papel de Salvador. Tal vez, él mismo, como todos los místicos, se exaltaba sobre este particular». (Vida de Jesús, pág. 2.) Esta última insinuación en que se atrinchera la impiedad al abrigo de un tal vez, tiene el mismo valor científico que el naturalmente que la precede.

Pero no se debe contestar a conjeturas. El Evangelio, cuyo texto reproducimos íntegro, no es una obra imaginaria, y basta su lectura para condenar los sueños de nuestros literatos. Pero bajo el punto de vista filosófico, escribir que Jesús es una alteración de Josué, es exponerse voluntariamente y a sabiendas a la risa del público sensato, por tener la fútil ventaja de engañar por un instante al vulgo de los lectores. La expresión hebraica Jehosuah, y por abreviación Jesuah, ha sido traducida en griego con la palabra Jesus (Setenta, Philon, Josepho.) La primera versión latina del Antiguo Testamento, la traducía con la palabra Josué. Esto lo sabía tan bien como nosotros el autor de la Historia de las lenguas semíticas, cuando formulaba, para uso de la multitud, esta ridícula afirmación: El nombre de Jesús es una alteración de Josué.

10. «Cumplido el tiempo de la purificación de la Virgen madre, según la ley de Moisés, continúa San Lucas, María y Joseph llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor, conforme a lo que está escrito en la ley del Señor, que «todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor», y para presentar la ofrenda legal de dos tórtolas o dos pichones. Había a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba con él, y le había revelado que no moriría hasta ver al Cristo del Señor. Y guiado de la inspiración divina, vino al templo a la hora en que entraban en él con el Niño Jesús sus padres a cumplir las ceremonias legales; Simeón le tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: «Ahora es Señor cuando sacarás en paz de este mundo a tu siervo según tu palabra, porque ya han visto mis ojos al Salvador que tú nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine a los Gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel.- Y el Padre y la Madre de Jesús estaban admirados de las cosas que decían de él: Y Simeón bendijo a entrambos, y dijo a María, madre de Jesús: he aquí que éste ha sido puesto para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel y como blanco de la contradicción de los hombres. (Y aun tu misma alma será traspasada de espada para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.) Y había una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era ésta de edad muy avanzada, y había vivido siete años con su marido, con quien se casó, siendo ella joven. Y había perseverado viuda hasta la [193] edad de ochenta y cuatro años; y no salía del templo, sirviendo en Dios noche y día, en ayunos y oraciones. Y ésta, habiendo sobrevenido a la misma hora, alababa igualmente al Señor, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Israel [336]».

11. Los signos intrínsecos de autenticidad que hemos observado anteriormente en el texto evangélico, se manifiestan aquí con el mismo carácter de evidencia. La hipótesis racionalista que atribuye a algún apócrifo del siglo segundo o tercero esta página de San Lucas, es más y más insostenible. ¿Qué era la purificación legal? ¿Cuántos días debían pasar para la joven madre entre los regocijos de la maternidad y el piadoso deber de la presentación del primogénito en el Templo? Nadie lo sabía, de los Romanos ni de los Griegos, entre los cuales debió haber escrito el supuesto falsario. El autor, sin embargo, no piensa aclarar estos problemas, y continúa su narración, absolutamente como si hablara a una generación instruida en todas las prescripciones y observancias de la ley judía. A no admitir que hubiera tratado de escribir una colección de enigmas indescifrables para sus lectores, no podía el apócrifo emplear tal procedimiento. Manifiestamente, la sobriedad de los pormenores del Evangelio en esta circunstancia prueba que en la época en que se compuso, eran públicas y notorias en Judea las costumbres a que alude, y que constituían la vida y la práctica sociales de los Hebreos. Hágase intervenir la ruina de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío, con anterioridad a la fecha en que se escribió esta página del Evangelio, y se pondrá inmediatamente al autor en la necesidad, si quiere que se le entienda, de explicar mil pormenores, que sólo hubiera tenido que notar de paso un contemporáneo. Esta observación general tiene una inmensa trascendencia para apreciar la veracidad del texto evangélico, y todos los sofismas de la incredulidad se estrellarán contra esta ley de la historia. Pero todavía aparece más palpable la demostración, estudiando los hechos en

---

[336] Lucas, II, 22-28.

particular. Así, cada palabra del relato de la Purificación evoca todo un orden de ideas extrañas al genio griego y romano y que sólo han tenido aplicación en la ley mosaica. El señor había dicho a Moisés: «La mujer que dé a luz a un hijo permanecerá los siete primeros días, en un estado de impureza legal absoluta [337]; [194] y pasará los treinta y tres días siguientes sin tocar nada que esté santificado y sin poder entrar en el Templo. Si dio a luz una hija, durará la impureza legal dos semanas, y la interdicción religiosa sesenta y seis días. Cuando se cumpla el término de la purificación, ofrecerá, tanto por un hijo como por una hija a la puerta del Templo de la Alianza, un cordero de un año que se quemará en holocausto, y una tórtola o un pichón que se ofrecerán en sacrificio por el pecado. Los pondrá en manos del sacerdote que los presentará al Señor y rogará por ella. Así quedará purificada. Tal es la ley de todas las madres que hayan dado al mundo un hijo o una hija. Sino puede ofrecer la mujer un cordero, tomará dos tórtolas o dos pichones, uno de los cuales servirá para el holocausto, y el otro para el sacrificio del pecado. El sacerdote rogará por ella y quedará purificada [338]». Refiriendo estos textos de la ley a la narración evangélica, nos hacen comprender todo lo que en ella se sobreentiende: el Antiguo Testamento proyecta sobre la cuna de Jesucristo sus últimos rayos de luz, como la antorcha que viene a confundir sus fuegos moribundos en los esplendores de la aurora.

12. Así, cuarenta días después del nacimiento de un Hijo en Israel, se verificaba la purificación de la madre con un holocausto y un sacrificio por el pecado. La heredera de la casa real de David, la Virgen Inmaculada, bendita entre todas las mujeres, llevando en sus brazos al Cordero de Dios, que debía borrar los pecados del mundo, era demasiado pobre para llevar al templo el cordero del holocausto. Su ofrenda fue la de la indigencia: sustituyose a la rica ofrenda de las mujeres de Israel, dos tórtolas o dos pichones presentados por su mano al sacerdote que llenaba en este día las funciones de sacrificador. ¡Divina pobreza y emblema conmovedor de la pureza de María, caracterizado por la inocencia de la paloma! El sacerdote, descendiente de Aarón rogó por la madre del Hijo de Dios: y se verificó la purificación legal en la persona de la Virgen sin mancha. Pero ésta no era más que una de las obligaciones impuestas a María. El Niño divino era un primogénito, y como tal, pertenecía [195] al Señor y debía ser rescatado por dinero. He aquí por qué añade el Evangelista que debía presentarse al Niño en el Templo. Ya hemos tenido ocasión de insistir sobre esta condición de la primogenitura en Israel, sobre lo cual se halla también patente la conformidad de la narración de San Lucas con las prescripciones legales. ¡Dígase cuanto se quiera sobre que ha imaginado un apócrifo todas estas narraciones después del suceso, y que ha podido medir un falsario de tal suerte sus palabras, y con tan perfecta sencillez, que no se encuentra una sola que falle! El racionalismo supondría así un milagro más sorprendente que los del Evangelio que repudia. ¡Pues bien, sí! Toda esta historia se halla dominada por el milagro, y a ser de otra suerte, sería todavía pagano el universo. ¡Qué figuras,

---

[337] El término de siete días fijado para la duración de la impureza legal, después que había dado a luz a un hijo una mujer judía, hace comprender por qué no era posible verificarse hasta el día octavo de la ceremonia de la circuncisión, puesto que no hubieran podido comunicarse con la madre los testigos y los asistentes, sin contraer ellos mismos la impureza absoluta que a ella le afectaba durante los siete primeros días.

[338] Levit. XII, 2 ad fin.

en el siglo de Augusto, en un tiempo en que el mundo se embriagaba con los deleites, se abismaba en el epicureísmo, se saciaba de placeres y de sangre! ¡Qué figuras las del justo Simeón «esperando el consuelo prometido a Israel» y la de la profetisa Ana, consumiendo una vida entera «en la oración y el ayuno» en el Templo de Jerusalén! ¿Dónde se habían refugiado la verdadera grandeza, la nobleza de alma, la piedad y la virtud? Preguntad a los poetas, a los historiadores, a los oradores, a los filósofos de Roma, si conocían ni aun de nombre estas grandes cosas. ¡Ayunos a esos bellos ingenios que se alistaban elegantemente en la grey de Epicuro! Oraciones a esos esclavos del inflexible *Fatum*! Verdaderamente que se pensaba mucho en esto en los festines de Apicio, y bajo el *Velum* perfumado del circo en que se asesinaban con gracia los gladiadores! ¿Quién no ve que era necesario oponer a prodigios de corrupción, prodigios de santidad; que no podía vencerse la increíble perversidad del paganismo sino por la divinidad de los milagros evangélicos; finalmente, que el único séquito del Verbo hecho carne, la única corte donde debiera parecer el Dios de toda pureza, se hallaban en el Templo de Jerusalén, donde se personificaban en tales representantes las tradiciones de los patriarcas, de los justos y de los Profetas?

§ III. Los Magos. -Huida a Egipto

13. «Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, vinieron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo [196] ¿Dónde está el rey de los Judíos que acaba de nacer? Porque vimos en Oriente su estrella, y hemos venido a adorarle.- Y oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y todo Jerusalén con él. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los Escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. -A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, porque así está escrito en el Profeta: Y tú Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel [339]. -Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo oír que se les había aparecido la estrella. Y los envió a Belén, diciendo: Id, e informaros puntualmente de lo que hay de ese Niño, y en habiéndole hallado, dadme noticia para ir yo también a adorarle. -Los Magos, habiendo oído al rey, se marcharon. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró. Y viendo nuevamente los Magos la estrella, se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en

[339] Miqueas, V, 2.

sueños aviso de que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino. Después que marcharon los Magos, he aquí que un Ángel del Señor se apareció en sueños a Josef, diciéndole: Levántate y toma al Niño y su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. -Levantándose, pues, Josef, tomó al Niño y a su Madre por la noche, y se retiró a Egipto [340]». [197]

14. Magos que acuden del centro del Oriente a adorar la monarquía en su cuna del Dios del establo; una estrella, parándose sobre la morada en que tiene María a su hijo en sus brazos; el anciano Herodes temblando en su trono; Jerusalén conmovida al soplo mesiánico que llega a ella desde los confines de la Arabia; el Sanhedrín judío, los Scribas dando una interpretación del texto de Miqueas, tan clara, tan terminante, tan positiva, que parece historia la profecía: ¡tantos milagros sublevan a nuestros modernos racionalistas! Si hubiera sido Jesucristo el hijo de Augusto, no parecería extraordinario que se hubiera agitado el mundo en torno de su cuna. Pero Jesucristo es el hijo de Dios, y no se quiere que hayan rodeado su advenimiento signos divinos. La majestad del cielo no sabe elegirse una corte; los racionalistas sólo se lo permiten a las majestades de la tierra. Así ¡con qué desdén hablan de la «leyenda, fruto de una gran conspiración enteramente espontánea que se tramaba alrededor de Jesús aun en vida suya! Ya, tal vez, dicen, circulaba sobre su infancia, mas de una anécdota, concebida con el fin de mostrar en su biografía, el cumplimiento del ideal mesiánico; o por mejor decir, de las profecías que refería al Mesías la exégesis alegórica de la época. Otras veces, se le creaba desde la cuna relaciones con los hombres célebres, Juan Bautista, Simeón y Ana, que habían dejado recuerdos de elevada santidad: Herodes el Grande; astrólogos Caldeos, que se dice, hicieron por este tiempo un viaje a Jerusalén [341]». Estas pocas líneas representan por sí solas, en el Evangelio racionalista, toda la narración del nacimiento de San Juan Bautista, de la Anunciación, de la Natividad divina en Belén, de la Circuncisión, de la Presentación en el Templo y de la Adoración de los Magos.

---

[340] Math., II, 1-14: La adoración de los Magos no precedió a la Purificación.

Inmediatamente después de marchar los ilustres extranjeros, partió la Santa Familia, en aquella misma noche para Egipto. Los lectores que deseen estudiar a fondo esta cuestión de cronología evangélica, hallarán todos los elementos reunidos por el padre Papebrock (Acta Sanctorum, tom. I, April.) y el padre Patrizzi (De Evangel. lib. III, disert. XX, tom. II, pág. 277, edit. Frib. Brig. 1853).

Créese generalmente que la adoración de los Magos se verificó un año después del nacimiento de Jesucristo; tal es al menos el parecer de los doctos Bolandistas. En cuanto a la permanencia de la Sagrada Familia en Belén, durante tan largo intervalo, no tiene nada de extraño, si se consideran todos los datos que nos da el texto sagrado. 1.º El Evangelio nos dice que habitaba la Santísima Virgen en Nazareth, antes de su nacimiento (Luc. I, 27); pero no nos dice absolutamente nada de que se estableciera allí San Joseph. 2.º Lejos de atribuir esta residencia, aun intencional a San Joseph, antes de la época en que recibió la misión sublime de ser el custodio de María Inmaculada, y el padre putativo de Jesús, el Evangelio supone precisamente lo contrario. En efecto, cuando avisada por el Ángel la Sacra Familia, deja el Egipto para volver a Palestina, no se propone Joseph volver a Galilea donde estaba situado Nazareth, sino a la tribu de Judá (in Judaea) donde estaba situada Belén. El temor a Arquelao, hijo de Herodes que reinaba en Judea, y un aviso divino es lo único que le determinan a volver a Nazareth; y el historiador sagrado advierte este incidente como una circunstancia preparada providencialmente, contra todas las probabilidades humanas. Ut adimpleretur quod dictum est per prophetas: Quoniam Narazaeus vocabitur (Math. II, 23).

[341] Vida de Jesús, pág. 241-242.

¡Qué! ¡tantos hechos de notoriedad universal, en el seno de nuestras sociedades cristianas, en tan pocas palabras! Todo un conjunto de relatos que han convertido al mundo, iluminado y trasformado [198] millones de almas, inspirado a tantos genios, consolado tantas aflicciones y creado en la tierra un arte nuevo; la crítica moderna tiene la pretensión de resumir concienzudamente todo esto, en una rápida pretericíon, y de suprimirlo, sin discusión ni pruebas, con «¡un tal vez!» Así es sobrado cierto. He aquí por qué la ciencia digna de este nombre, ha respondido con una explosión de desprecio a estos frívolos clamores. Pero la multitud ha recogido ávidamente los nuevos sofismas. ¡Ah! ¡el alma se conmueve con un sentimiento de inefable compasión por la muchedumbre caída, a la cual se arranca despiadadamente el pan de la palabra divina; y es lícito repetir la conmovedora exclamación del Salvador: *Misereor super turbam* [342]!

15. La verdad de la historia domina todas las miserables argucias de los retóricos. ¿No admitís que fulgure una estrella sobre la cuna del Rey de los Cielos? Pues explicad por qué los Seudo-Mesías que trataron de usurpar en esta época el papel de libertadores, eligieron el nombre consagrado de *Hijo de la Estrella.* No significa otra cosa *Barcoquebas,* y sabido es que el famoso impostor judío que organizó con este título la última insurrección hebraica contra Roma (135), tomaba todas sus inspiraciones en la ciencia del rabino Akiba. Era, pues, constante, en el seno del judaísmo, que indicaría una estrella el advenimiento del Mesías. ¿Cuántas veces no piden los Fariseos a Jesucristo un signo en los cielos para confirmar la veracidad de su misión? El Talmud de Babilonia nos enseña que hacia la época del nacimiento del Salvador, acudió a Jerusalén «un gran número de gentes» para ver levantarse la estrella de Jacob [343]. Así, la expectación provocada por los oráculos proféticos había salvado los límites de la Judea e invadido el mundo. Explíquese ¿por qué cantaba Virgilio en Roma, la vuelta de *Astreo,* la Virgen Celestial, precisamente en el tiempo en que el del texto Evangélico acudía a guiar a los Magos a Belén [344]? ¿Por qué afirma el libro persa titulado *Oráculos mágicos* «que en una época poco remota dará a luz una Virgen un Santo, cuya aparición anunciará una estrella [345] ¿Por qué, finalmente, hablando la Sibila Caldea de los [199] síntomas que debían preceder al advenimiento de una religión más pura, anunciaba «una lucha de astros, el triunfo de una nueva estrella, y la caída del sabeísmo de los Magos [346]?» Los Cristianos no han podido influir sobre las inspiraciones de Virgilio; sobre los pensamientos del rabino Akiba y de los autores del Talmud; sobre el seudo Zoroastro, que escribió los Oráculos mágicos. Supóngase, pues, que estas tradiciones, conmoviendo al mundo, de Oriente a Occidente, en los últimos días de Herodes, no hubieran sido notorias entre el vulgo, y no tiene ya sentido la narración evangélica. Si vinieran en el día tres extranjeros a una de nuestras capitales

---

[342] Marc. VIII, 2.

[343] Talmud babylon., Sanhedr., cap. II. Este pasaje ha sido citado por primera vez por don Juan José Heydeck, rabino converso, en su obra titulada: Defensa de la Religión cristiana, tom. II, pág. 79, Madrid 1798.

[344] Virgil., Eglog., cap. IV, 6.

[345] H. J. Schmitt. Redención del género humano, pág. 66.

[346] Münter, Sinnbilder der Alten Christ. 2 heft, Altona, 1825.

europeas a hablarnos de una estrella que hubiera aparecido en el fondo del Asia, y a anunciarnos el nacimiento de un Niño-Rey, no conmovería su palabra seguramente a ningún soberano en su trono; la opinión pública permanecería impasible y continuarían su camino los tres visionarios sin causar la menor emoción en torno suyo. Era, pues, necesario circunstancias excepcionales para que agitase como agitó la llegada de los Magos a Jerusalén, al anciano Herodes, al Sanhedrín, a los Escribas y a toda Jerusalén. Pero el Evangelista no nos explica estas circunstancias excepcionales. Luego se escribió el Evangelio en una época en que se conservaba aún su recuerdo en el seno de una generación contemporánea. Luego por todas partes resplandece esa luminosa autenticidad del texto evangélico que la incredulidad quisiera cubrir con un velo de nubes.

16. ¿Dónde está el rey de los Judíos que acaba de nacer? preguntan los Magos. Porque vimos en Oriente su estrella, y hemos venido a adorarle. No obtendría tal pregunta apoyada en semejante relato, y arrojada en medio de nuestras civilizaciones actuales, ni aun el honor de una respuesta. Pero en el mundo entero, y sobre todo en Jerusalén, en la época en que aquélla se hacía, preocupábanse unánimemente los espíritus del nacimiento de un Rey, y del advenimiento de un nuevo Imperio. Herodes, el tirano Idumeo, seguía con ansiosa mirada las diversas manifestaciones de la esperanza popular. Al punto va a hacer degollar a los niños de Belén, y querrá hacer degollar en el hipódromo de Jericó a todos los jefes de las familias principales, sin duda para extinguir en arroyos de sangre las aspiraciones nacionales. Concíbese, pues, la turbación que debió [200] causar la palabra de los Magos en el ánimo receloso del monarca, y la emoción que excitó en sentido inverso entre la multitud de los Hebreos. Pero ni Herodes ni sus súbditos se admiran de la aparición de una estrella y de la relación que podía existir entre semejante fenómeno y el nacimiento de un nuevo rey de los Judíos. «Se levantará una estrella de Jacob [347]», había dicho el hijo de Beor. Esta profecía, consignada en los libros de Moisés, llevada por la emigración a Babilonia, a Persia, a Caldea, no había cesado de fijar las miradas de Israel. Una estrella, el Mesías, eran dos términos que dilataban todos los pechos y hacían palpitar todos los corazones de los hijos de Judá. Cuando fueron a decir a Jerusalén los Magos, esto es, los herederos Caldeos o Persas de la antigua ciencia de los astros: «Hemos visto una estrella, ¿dónde está el rey de los Judíos?» fueron tan naturales y tan inteligibles sus palabras, como si preguntara un extranjero en nuestros días, al oír el estampido del cañón anunciando el nacimiento del heredero de un trono; ¿dónde está el palacio del Rey que acaba de nacer? Porque oigo la señal de su venida al mundo. -No se había interpretado la profecía de Balaam en sentido alegórico, pues no se prestaba por otra parte a ello su texto, sino que se había tomado al pie de la letra y estudiádose con tal perseverancia, que habían llegado los Judíos a fijar la época de su cumplimiento. Léese en el Talmud, que debía verificarse la venida del Mesías en la conjunción de Saturno y de Júpiter en el signo de Piscis: pues bien, según ha demostrado Keplero, esta conjunción se verificó el año 747 de Roma, año que cae en el del nacimiento de Jesucristo. Hallábanse tan persuadidos los Fariseos de la exactitud de este cálculo astronómico que no temieron predecir al mismo Herodes, según atestigua Josefo, la próxima cada de su trono. Finalmente, era tan general y tan uniforme a un mismo tiempo la creencia sobre este punto, que Filón,

---

[347] Númer, XXIV, 17.

que entonces vivía en Alejandría, predijo, conforme a un fenómeno celeste observado por él, que iban a reunirse los judíos de todos los puntos del mundo, para inaugurar el imperio de la paz.

17. Tantos testimonios concordes y terminantes recaen como un peso abrumador sobre la pobreza racionalista de datos que nos entretiene con «anécdotas y leyendas elaboradas espontáneamente». El Evangelio es un monumento que tiene sus raíces en la historia y [201] su cima en los cielos. Es, pues, cierto que apareció en Oriente una estrella que guió a los Magos a la cuna de Jesucristo. Si no hubiera iluminado el signo celestial la casa de Belén, no creería aun hoy el mundo en la divinidad del Verbo hecho carne. Esto es tan exacto, que no solamente Barcoquebas, sino ni el profeta de la Meca, el mismo Mahoma, no pudieron atraer a su causa las convicciones de los orientales, sino haciéndose preceder por la aparición extraordinaria de una estrella. Todos saben que el meteoro conocido en el día con el nombre de cometa de Halle, se aproximó a la tierra en el año 612, y que comenzando entonces Mahoma su vida pública, se aprovechó de esta circunstancia para responder a las exigencias de la profecía, y anunció este fenómeno como la señal de su pretendida misión. No es lo que más admira al historiador el milagro de una estrella anunciando a los Magos el nacimiento de Cristo, sino la increíble ligereza del racionalismo que se desliza sobre semejantes hechos sin sospechar siquiera su importancia. En la Biblioteca Imperial de París se conserva un *fac-simile* de una inscripción descubierta en China, en Syn-gnan-fu, y que se remonta al año 550 de nuestra era, siendo apenas dos o tres siglos anterior al zodiaco de Denherah, que forma parte del mismo depósito, y que atribuía la ciencia incrédula libremente a una época ante-histórica. En la inscripción de Syn-gnan-fu se leen estas palabras textuales: «La Persia contemplando el esplendor del Mesías, vino a pagar el tributo». ¿Querrá decirnos el escepticismo contemporáneo por qué no ha creado respecto de la inscripción china la celebridad facticia con que dotó poco antes al mármol famoso de Denherah? Sobrado lo sabemos. La conspiración del silencio es a veces tan hábil como la de las famas en comandita. Pero ¿qué nos importan estos artificios de la mala fe premeditada? No se ha esperado al descubrimiento del monumento chino para creer en el Evangelio. No era la inscripción de Syn-gnan-fu la que dictaba al filósofo Platónico Calcidio, en el año 250, estas otras palabras: «Hase aparecido a Caldeos ilustres por su ciencia y habilidad en la astronomía, una estrella, anunciando, no ya muertes o calamidades, sino la bajada de un Dios a la tierra. A vista de este nuevo astro, se determinaron a dejar su patria para ir en busca del Dios. Cuando le encontraron, le rindieron los homenajes debidos a la Majestad divina, velada bajo la figura de un niño [348]». Un siglo antes [202] de Calcidio, Celso, el enemigo jurado del nombre cristiano, no sospechaba ni aun la posibilidad de negar un hecho tan notorio como la llegada de los Magos a Jerusalén, después de la aparición de una estrella extraordinaria [349]. Hacia el año 103, Justino, educado en el seno del paganismo, recogía en Siquem las tradiciones casi contemporáneas de la historia de Jesucristo. Conservábase todavía el recuerdo de los Magos y de la estrella de Belén, según lo proclama Justino, en su diálogo con el judío Tryfon, sin que sueñe su interlocutor un instante

---

[348] Chalcid., In Plat Timaeum Comm. pars. II, cap. VIII, § 125, p. 219.

[349] Orígen. Contra Celsum, lib. I, cap LVIII; Patrol graec. Tom XI, col 768.

en poner en duda la autenticidad de una narración que se había conservado por todos en la memoria [350].

18. He aquí como se apoya el texto Evangélico en las más positivas realidades. A la hora en que escribimos estas líneas, se enseña aun, en el camino de Belén, una fuente llamada Fuente de los Magos; y la tradición nos manifiesta que se apareció de nuevo en este sitio la estrella milagrosa a los viajeros. ¿Qué monumentos opone el racionalismo moderno a tantas tradiciones positivas? ¡Pues qué! ¡un oscuro apócrifo habrá tenido la fortuna de inventar una leyenda, cada una de cuyas palabras se hallará confirmada por la historia contemporánea, por las profecías anteriores, por las tradiciones universales, por los recuerdos de todas las generaciones, en todos los puntos de la tierra! ¿Os parece muy natural semejante apariencia de verdad respecto de una leyenda? ¿Y os basta para explicárosla la casualidad? Pues bien; un literato que no es sin embargo oscuro para ser apócrifo; que disponía de todos los recursos de la filología, de la ciencia histórica y crítica, acaba de escribir la *Vida de Jesús* en 459 páginas. Explicad ¡cómo es que le haya favorecido tan poco la casualidad, tan complaciente con los apócrifos, que no se encuentre en su obra una sola línea que no esté desmentida por todos los monumentos, por todos los testimonios, por todo el conjunto y por cada pormenor de la civilización contemporánea de Jesucristo!

§ IV. Degollación de los inocentes

19. Los ilustres adoradores que enviaba el Oriente a la cuna de Belén, eran extraños a las pasiones que agitaban entonces la Judea, desde el trono del viejo Herodes hasta la tienda del pastor. Aun [203] cuando no nos dijera el Evangelista que llegaban de una región lejana, la confianza con que se explican, sin pensar en qué pudieran dispertar toda la cólera de un tirano, bastaría para probarlo. Su buena fe es tan evidente para nosotros, como lo fue para el mismo Herodes; y forma, respecto de la narración evangélica una garantía de autenticidad incontestable. Los judíos, víctimas hacía treinta años de la inexorable crueldad del rey Idumeo, debieron temblar por la vida de los nobles extranjeros; mezclándose sin duda este sentimiento a la emoción que excitó, bajo el punto de vista de las esperanzas nacionales, la llegada de los Magos, entre los habitantes de Jerusalén. La conducta de Herodes, en esta circunstancia, concuerda con todo lo que nos dice la historia sobre su insidiosa política, su profundo disimulo y su astuta sagacidad. Tenía el más vivo interés en conocer el pensamiento íntimo del Sanhedrín, de los Sacerdotes y de los Escribas sobre el misterioso rey, esperado por toda la Judea. Presentábanse a los ojos del monarca las tradiciones mesiánicas, familiares a los Hebreos de raza,

---

[350] Justin., Dialog. cum Thriph.; Patrol graec. tom. VI, col 657.

educados en el estudio de la Ley y de los Profetas, bajo un aspecto muy diferente de la realidad. Ya hemos dicho más arriba que había soñado Herodes en explotarlas, en beneficio de su poder, y que sus cortesanos, con el nombre de Herodianos, aplicaban a la monarquía de su señor los caracteres proféticos del imperio de Cristo. Esta lisonja, atestiguada por Josefo, suponía en Herodes una ignorancia absoluta de los pormenores tradicionales, relativos al advenimiento del Mesías. Así se comprende la premura con que explota en beneficio propio, la llegada de los Magos, para enterarse oficialmente de la trascendencia de las esperanzas nacionales. La convocación de los Sacerdotes y de los Escribas era una medida doblemente hábil; por una parte enseñaba a Herodes el punto preciso que tendría que vigilar su tiranía en lo sucesivo, y por otra, ofrecía a su carácter desconfiado la ocasión de medir, por las respuestas individuales de cada doctor, el grado de importancia que daba a las profecías, y por consiguiente, el interés más o menos sincero qué le inspiraba el régimen actual. Esta política servía mucho mejor los proyectos del tirano que lo que los hubiera servido una severidad prematura. He aquí por qué afecta para con los Magos un sistema de hipócrita simpatía. «Id, les dice, y preguntad a todos los que puedan daros noticias sobre el Niño, y cuando le hayáis encontrado, volved a decírmelo para ir yo también [204] a adorarle». Los nobles extranjeros hubieran ido sin saberlo, a aumentar la policía del viejo rey. El *Interrogate diligenter* de Herodes es un rasgo maestro de doblez y de perfidia. Para desbaratar esta pérfida táctica, no bien hayan tributado los Magos a los pies de Jesús recién nacido los productos simbólicos de su patria, el oro de la monarquía, el incienso de la divinidad, y la mirra de la humanidad mortal [351], se volverán a su país por otro camino. El Hijo de María será llevado al Egipto, y los sanguinarios proyectos del tirano se realizarán demasiado tarde.

20. «Viéndose Herodes burlado de los Magos, continúa San Mateo [352], se irritó mucho, y enviando ministros, hizo matar todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos, desde la edad de dos años abajo, según el tiempo de la aparición de la estrella que le habían indicado los Magos. Entonces se cumplió lo que dijo el Profeta Jeremías. Un clamor ha resonado en Rama entre llantos y alaridos. ¡Es Raquel que llora a sus hijos y rehúsa todo consuelo porque no existen [353]!» Hallábase resuelta por Herodes la degollación de las inocentes víctimas de Belén desde el día en que llamó la atención del tirano la respuesta del Sanhedrín, sobre la ciudad real designada por los Profetas, como la cuna futura del Mesías. La sangrienta ejecución debió seguir próximamente a la partida de los Magos, siendo uno de los hechos históricos mejor consignados por los testimonios extrínsecos.

---

[351] Es sumamente bella y fecunda la idea de algunos Santos Padres que representan a los Reyes Magos dando al recién nacido testimonios de su fe por medio de los regalos que le ofrecen: según ellos, los Magos reconocían su Regia estirpe y su reinado con el oro que le presentaban; su Divinidad, con el incienso, y su Humanidad con la mirra, de que se hace uso para embalsamar los cadáveres; puesto que Jesucristo debía morir como Hombre, resucitar como Dios y juzgar al mundo y reinar eternamente como Rey. La Iglesia consagra estos símbolos, viendo en el oro la imagen de la limosna, en el incienso, la de la oración, y en la mirra la de la mortificación de la carne y de la voluntad, mortificación preciosa, aunque amarga. (V. M. de Sacy. Trad. del Ant. y del N.Testam. y la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, del conde de Stolberg, cap. III). -(N. De T)

[352] Math. II, 16-18.

[353] Jeremías XXXI, 15.

Nadie ignora las palabras de Augusto sobre este suceso. La noticia de la degollación de Belén llegó a la corte del Emperador al mismo tiempo que la de la ejecución de Antipater, hijo mayor de Herodes. Al saber, dice Macrobio, que acababa de hacer degollar el rey de los Judíos, en Siria, a todos los niños de dos años abajo, y que había sido muerto [205] su propio hijo por la orden paternal, exclamó Augusto: «Más vale ser puerco de Herodes que hijo suyo [354]» Semejante crueldad subleva la delicadeza de nuestros modernos racionalistas, pues no creen ni en los milagros del poder divino, ni en los monstruosos extravíos de la ambición humana. Y no obstante, la bárbara medida aplicada por el tirano Idumeo a sólo los niños de Belén, había sido decretada cincuenta años antes por el Senado de Roma, contra todos los que nacieran en el año fatídico, en que, debía «dar a luz la naturaleza un rey», según los oráculos sibilinos.- No lo ignoraba Augusto, porque este decreto, sancionado por la feroz exaltación de los senadores republicanos, pero repudiado por la conciencia del pueblo, se había dado en el año mismo que precedió al nacimiento de este emperador. Así, no hay en su irónica exclamación sombra de censura sobre la cruel política de Herodes; no hay ni un acento de piedad en favor de las tiernas víctimas y de las lágrimas de sus madres. A los ojos de Augusto, ha obrado Herodes con prudencia, segando esas tiernas flores; su única falta es haber muerto a su propio hijo, de la cual bastará para absolverle el dicho imperial. ¡He aquí lo que era la humanidad en manos del despotismo de Roma y de los agentes coronados que sostenía el Capitolio en todas las provincias! Vespasiano hacía buscar, al día siguiente de la toma de Jerusalén, todos los miembros de la familia real de David, haciéndolos degollar, a sangre fría, para ahogar en su origen la persistencia de las aspiraciones populares que se obstinaban en esperar un libertador salido del tronco de la familia de Jessé [355]. ¡Tan cierto es que los Romanos «pensaron largo tiempo que existía en torno suyo algún representante de la antigua dinastía [356]» judía! ¡Tan cierto es que el advenimiento del Salvador, prometido en las puertas del Edén, predicho por los profetas y esperado por el mundo oprimido, turbaba el sueño de los opresores y hacía temblar el imperio de Satanás, erigido en todos los tronos!

21. Las lamentaciones de Raquel que se escuchaban en este día en las campiñas de Roma, resonarán hasta el fin de los siglos, como testimonio acusador de la ferocidad verdaderamente diabólica a que vino Jesús a arrancar el universo. El sepulcro de Raquel está [206] a algunos pasos del *Praesepium,* donde quiso tener su cuna el Niño-Dios. Las ruinas de Roma coronan sus alturas. Muéstrase en los flancos de la montaña una gruta, donde según nos enseña la tradición local, buscaron un refugio muchas madres perseguidas por los soldados de Herodes, y fueron degolladas con los niños a quienes cubrían con sus brazos. ¿Qué ha llegado a ser, por tanto, el reinado sanguinario de Herodes? ¿Quién es el soberano que reina hoy en el Capitolio en el sitio en que creía la justicia imperial de Augusto castigar suficientemente, con un frívolo juego de palabras, el atentado de Belén y al autor coronado de tal carnicería? El Vicario de Jesucristo está sentado en el trono de Augusto, que ha llegado a ser la silla de la paternidad santa que irradia sobre el

---

[354] Macrob. Saturnal., lib. II, cap. IV.

[355] Euseb. Histor. eccles., lib. III, cap. X II; Patrol, graec. tom. XX, col. 248.

[356] Vida de Jesús, pág: 238.

mundo. Desde allí envía a las márgenes de los ríos de la China, a recoger millares de niños que abandona todos los años la barbarie idolátrica, sin piedad y sin remordimientos. ¡Cuántas víctimas arrancadas a la muerte en el nombre del Niño Dios, que escapó de la cólera de Herodes! ¡Cuántas almas rescatadas para el cielo, en nombre de los Inocentes degollados en Belén [357] van a acrecentar diariamente el séquito del Cordero! La humanidad entera tiene, pues, el derecho de repetir el cántico de la Iglesia: «Salve, flores de los mártires que ha segado en el mismo umbral de la vida el perseguidor de Cristo, como troncha la tempestad las rosas nacientes! Primicias de la inmolación de Jesús, tierno rebaño de víctimas: vuestras manos inocentes juguetean al pie del altar con las palmas y las coronas [358]».

§ V. La vuelta a Egipto

22. La degollación de los Santos Inocentes no fue más que un episodio de la cruel persecución que señaló los últimos días de Herodes. «Este príncipe, dice Josefo, tenía setenta años. Atacado por [207] una enfermedad, que le quitaba toda esperanza de curación, adquirió un humor tan sombrío, que no podía soportarse a sí mismo. El horror que inspiraba a sus súbditos, la persuasión de que se esperaba su muerte como una liberación o un bien, redoblaban su rabia. En esta coyuntura estalló una sedición, suministrándole un pretexto para saciar su furor [359]». Con desprecio de la ley de Moisés, había hecho colocar sobre la portada del Templo una águila de oro, símbolo de la dominación romana [360]. Judas, hijo de Saripheo, y Matías, hijo de Margalotha, dos doctores cuyo celo, elocuencia y adhesión profunda a las instituciones nacionales habían hecho su nombre querido a toda la juventud de Jerusalén, dejaron estallar toda su indignación. La resistencia de los Fariseos que

---

[357] No puede fijarse de un modo absoluto el número de niños muertos en Belén en esta circunstancia. He aquí las apreciaciones del Doctor Sepp sobre este particular. «Sabido es que Belén era la ciudad más pequeña de Judá; su población y la de las cercanías debía ascender a dos o tres mil almas, puesto que aun en el día, en que es bastante numerosa, apenas asciende a dos mil.

Pues bien, para cada mil habitantes, se puede contar que nacen más de quince a veinte varones por año.* No pueden, pues, elevarse a más de sesenta a setenta las víctimas degolladas por Herodes, no comprendiendo los padres y las madres». (Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 139).

* [«veinte varones» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)

[358] Hymm. in fest. SS. Innocentium.

[359] Josefo, Antiq. Jud., lib. XVII, cap. VIII.

[360] Recordárase las aserciones del racionalismo sobre el inviolable dominio de los Herodes, al que se hubieran guardado bien de tocar los Romanos. Por todas partes viene a acusar la Historia, la ignorancia o la mala fe de las teorías racionalistas.

acababan de negarse al empadronamiento mandado por César, había arrojado en el pueblo fermentos de rebelión. El nuevo ultraje hecho a la religión mosaica, con la exhibición en el santuario de Jehová de una escultura prohibida formalmente por la ley judía, acabó de exasperar los ánimos. Arrancose de los pórticos del Templo el águila de oro, con aplauso de la multitud; rompiose a hachazos este emblema de la servidumbre de Israel, hollándose sus despojos. El viejo Herodes, que supo este atentado en su lecho de dolor, tuvo aun bastante vida y poder para hacer quemar vivos a Matías y todos sus cómplices. Algunos días después, se hacía trasladar, por consejo de los médicos, a las aguas bituminosas de Callirhoe, a algunos estadios de Jericó. He aquí los términos en que describe Josefo los padecimientos del tirano: Consumíale hasta la médula de los huesos una calentura lenta, cuyo fuego parecía enteramente concentrado en su interior; obligábale una hambre insaciable a devorar de continuo alimentos que no le nutrían: roíanle las entrañas úlceras purulentas, arrancándole gritos de dolor; hinchados los pies y las coyunturas por la hidropesía, hallábanse aun cubiertos por una piel trasluciente, devorando la parte viva del busto los gusanos. Agregábase a este horrible suplicio el de un olor fétido e insoportable: hallábanse todos los nervios contraídos, y la respiración era corta y quejumbrosa. Los médicos que le curaban proclamaban unánimes que había [208] caído sobre él la venganza divina en castigo de sus inauditas crueldades [361]». Tal era el cadáver viviente que se sumergía en Callirhoe en una tina de betún y de aceite tibios. No bien entró en ella el enfermo, cuando pareció disolverse su cuerpo, cerrándose a la luz sus ojos moribundos. Volvió a conducírsele a su lecho, principiando no obstante a divulgarse la noticia de su muerte. A este falso rumor, manifiestan su gozo los Judíos. Lo sabe Herodes al volver de su letargo, y manda traer a Jericó todos los miembros de las principales familias de este pueblo esclavo, y les hace encerrar en el Hipódromo. «¡En el momento que haya expirado, dice a Salomé, manda a mis arqueros que maten a flechazos toda esta multitud para que se vea obligada la Judea a llorar mi muerte!» Pidió después, para apagar su ardiente sed, una manzana, y quiso cortarla él mismo. Diosele este gusto, pero aprovechándose de un momento en que se creía libre, intentó traspasarse el corazón con el cuchillo que tenía en la mano. Su sobrino Achiab, dando un grito de terror, se precipitó sobre él y detuvo su brazo suicida. El ruido que produjo este acontecimiento alarmó el palacio: la noticia de que había muerto el tirano voló por segunda vez por toda la ciudad, llegando hasta la prisión donde estaba detenido Antipater, su hijo. El joven príncipe que la esperaba con impaciencia, se entregó al enajenamiento de una alegría desnaturalizada, y suplicó a los guardias que le pusieran en libertad. Fuese a avisárselo a Herodes, el cual más furioso por la alegría de Antipater, que por la misma proximidad de su muerte, envió soldados a degollarle en su prisión, y cinco días después, expiró él mismo, llevando al sepulcro la maldición de los Judíos y la mancha de la sangre inocente, derramada a raudales durante un reinado de treinta y siete años [362].

---

[361] Joseph., Antiq. Jud. Lib. XVII, cap. VIII.

[362] Herodes reinó treinta y siete años, después de su coronación en el Capitolio, y treinta y cuatro altos solamente desde la caída de Antígono. La narración de las últimas crueldades de la muerte de Herodes que damos aquí, es un fiel análisis de los capítulos VIII, IX y X, del lib. XVII de las Antiq. de Josefo.

23. Salomé, no bien murió su hermano, hizo poner en libertad a los desgraciados presos del hipódromo, esperando crearse, con este acto de clemencia para lo sucesivo, una popularidad que coadyuvase a sus ambiciosos proyectos. Leyose el testamento de Herodes en el anfiteatro de Jericó, en presencia de los soldados y de la [209] multitud reunida. El viejo rey «declaraba en términos formales, que no tuvieran efecto sus disposiciones testamentarias hasta que las hubiese confirmado Augusto [363]». En seguida legaba a César todos los vasos de oro y de plata y los objetos artísticos más preciosos de sus palacios con una suma de 10.000,000 de plata acuñada; y a la emperatriz Livia 5.000,000. Estas liberalidades póstumas debían coadyuvar poderosamente a obtener la ratificación imperial de las demás partes del testamento que investían a Arquelao con el título de rey de Judea; que daban a Antipas las tetrarquías de Galilea y de Perea; a Filipo, las de la Traconítida de la Gaulanita y de Batanea, y finalmente a Salomé, tía de los tres jóvenes príncipes y hermana del difunto rey, las ciudades de Jamnia, Azoth y Phasaelis [364]. El pueblo respondió a esta comunicación con gritos de: ¡Viva el rey Arquelao! y se celebraron los funerales del tirano con una pompa hasta entonces inusitada entre los Hebreos. El cuerpo revestido con las insignias reales, con una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano, fue conducido por espacio de doscientos estadios, en una litera de oro, enriquecida de pedrería, desde Jericó hasta Herodion, sitio designado para la sepultura. Abría la marcha la guardia real, compuesta de Francos, Germanos y Galos [365]. No se ha comprobado lo suficiente, bajo el punto de vista de los orígenes nacionales de los Francos, la particularidad de la presencia de las cohortes galas en Judea en la época del Evangelio. Hemos consignado ya que el hecho se remonta al tiempo de las relaciones de Herodes con la famosa Cleopatra. Estos hijos de la Galia a sueldo del rey de los judíos; estos compatriotas de Vercingétorix, trasladados a Jerusalén, oyeron la relación de los Magos, fueron testigos de la agitación de los Hebreos a la noticia de haber aparecido en Oriente la Estrella del Mesías, y oyeron resonar a sus oídos los gritos desgarradores de las madres [210] de Belén. Tal vez algunos de ellos viesen más adelante los milagros que sembraba a su paso el divino Hijo de María. Por lo menos, no puede ponerse en duda la autenticidad del hecho atestiguado por Josefo. No era un nombre desconocido de los judíos la Galia, a la época del nacimiento de Jesucristo, y recíprocamente, era el nombre de Jerusalén familiar a los guerreros de la Galia y de la Germania. Estas relaciones oficiales entre los dos países preparaban para la era apostólica la evangelización de la Francia. Sea de esto lo que quiera, el cortejo fúnebre, ostentándose con magnífica pompa, se detenía a cada milla (ocho estadios). Quemábase incienso y perfumes alrededor de la litera real, y mientras lloraban las Plañideras la muerte del Tirano, los coros de los

---

[363] Josefo, Antiq. Jud., lib. XVII, cap, X. He aquí rotundamente desmentida la teoría de la independencia de la inviolabilidad del domino de los Herodes.

[364] Phasaelis fue edificada por Herodes que le dio el nombre de su hermano Phasael. Estaba situada en el valle de Jericó, al Norte de esta ciudad, (Reland, Palaestin. illustr. tom. II, pág. 953).

[365] Josef., Antiq. Jud., lib. XVII, cap. X. Para prevenir el equívoco que podría resultar del término griego galatiko/n, y determinar su verdadero sentido, es decir, la Galia y no la Galatia, basta compararlo con una expresión de Josefo que designa la ciudad de Viena, capital de los Alóbroges, con el título de Po/lin th=j Galati/aj. Josefo, Antiq. Jud., lib. XVII, cap. XII. [galatikon y Polin th/j Gagatiaj en original (N. del E.)]

músicos cantaban sus alabanzas. En medio de estas demostraciones de un fingido duelo, fue depositado Herodes en la tumba que él mismo se había erigido.

24. «Muerto Herodes, dice San Mateo, he aquí que el Ángel del Señor se apareció en sueños a Josef en Egipto, diciéndole: Levántate y toma al Niño y a su madre, y ve a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban a la vida del niño.- Levantándose Josef tomó al Niño y a su madre, y vino a tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños, se retiró al país de Galilea. Y llegando allí, habitó en Nazareth para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: «Que será llamado Nazareno [366]». La narración evangélica en su sencilla y natural brevedad, va a amoldarse con admirable precisión a los pormenores de los acontecimientos políticos referidos por el historiador Josefo. El súbito recelo que invadió el ánimo del patriarca al llegar a las fronteras de Judá, estaba suficientemente justificado por las turbaciones que siguieron a la muerte de Herodes. Después de haber tributado los últimos deberes a su padre Arquelao, explotando, como hábil político, una costumbre [211] nacional de los Hebreos, dio al pueblo el festín de los funerales con una suntuosidad verdaderamente regia. Toda la ciudad de Jerusalén resonaba con gritos de júbilo; y cuando subió al Templo el joven príncipe y fue a sentarse en el trono de oro que se le había preparado, no conoció ya límites el entusiasmo de la muchedumbre. Tomando Arquelao la palabra, acabó de conquistarse todos los corazones con la modestia afectada de su lenguaje; y dio gracias a la multitud del interés de que le daba pruebas en aquel momento, diciendo: «Debo agradecerlo tanto más, cuanto que el recuerdo de los actos rigorosos del rey mi padre, podía predisponeros menos favorablemente para con su hijo. En adelante, pues, podéis contar con todo mi reconocimiento». A esto añadió, que no tomaría aun oficialmente el título de rey. «He rehusado, decía, la diadema que quiso colocar en mis sienes el ejército en Jericó. Sólo César tiene el poder de concederme la corona. En cuanto la reciba de su mano, os probará mi conducta hasta qué punto me sois queridos, pues todos mis esfuerzos se dirigirán a reparar las desgracias del reinado precedente y a aseguraros en el porvenir, la prosperidad, la paz y la dicha».

25. La muchedumbre tomó a la letra este discurso de feliz advenimiento. Unos pidieron al joven príncipe la disminución de los tributos impuestos por Herodes, y la entera abolición de ciertos derechos de peaje y de aduana, mas particularmente vejatorios; otros reclamaron que se pusiera en libertad a los presos que yacían en los calabozos del difunto rey. Accediose a todas estas súplicas, pues Arquelao necesitaba el favor popular como una circunstancia favorable para determinar la ratificación imperial. Así compraba en Jerusalén, Con sacrificios de que se prometía resarcirse, el sufragio omnipotente de Roma. Pero esta interesada condescendencia

---

[366] Matth., II, 19-23. La profecía a que alude aquí San Mateo, va a suministrarnos una nueva prueba de la autenticidad de la narración evangélica. En el versículo de Isaías (cap. XI, 1), que ha traducido la Vulgata con esta frase latina: Egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet, se leía la palabra flos, en hebreo Netser, que era el mismo nombre de Nazareth (San Gerónimo, Comment. in Is. Cap. XI, 1). Esta palabra hebrea Netser (Nazareno), es exactamente la que se inscribió en el título de la cruz del Salvador. Es pues, evidentísimo, que jamás hubiera podido imaginar un apócrifo, ignorando la lengua hebraica y la interpretación de las profecías judaicas sobre el Mesías, semejante correlación entre el texto de Isaías y el hecho de la residencia de Jesucristo de Nazareth.

no hizo más que dar aliento a las pretensiones de sus nuevos súbditos. Las llamas de la pira que devoraron poco tiempo hacía a los ilustres doctores Judas de Sarifeo y Matías con un número considerable de jóvenes de las primeras familias, habían encendido en todos los corazones un ardiente deseo de venganza. En breve se exaltaron los espíritus. La proximidad de las fiestas de Pascuas y la afluencia de los Judíos que acudieron a la solemnidad de todos los puntos del mundo, agravaron la situación. Presentose una comisión a suplicar a Arquelao que reparase la anterior injusticia, y que condenara [212] a muerte a los consejeros de Herodes que designaba la animadversión pública como autores de la condena de Judas de Sarifeo. El joven príncipe echó mano de todo para aplacar a los facciosos: representoles que semejante medida excedía su poder, pues hasta que le hubiera confirmado César en la posesión del trono de Judea, no podía tomar la responsabilidad de una decisión de tal importancia. Más adelante, cuando se afirmara el cetro en sus manos, prometía resolver este asunto, con toda la madurez y la prudencia que exigía. Esta respuesta fue acogida con clamores sediciosos. Los Fariseos, instigadores secretos de la sedición, lo habían preparado todo para un levantamiento. Muchos de ellos no habían dejado los atrios sagrados, ni aun de noche, mendigando un pedazo de pan del primero que pasaba, para no cesar en sus furibundas declamaciones. Habíase reunido en el Templo una multitud inmensa: atemorizado Arquelao, envió uno de sus oficiales a la cabeza de una cohorte a reprimir la insolencia de los facciosos. El pueblo se arrojó sobre los soldados, degollando a todos los que pudo alcanzar, y cubierto el oficial de heridas, tuvo que huir para librarse de una muerte cierta. Siendo preciso obrar en tal situación, hizo Arquelao cercar el Templo por todo su ejército, dando orden a la caballería de matar a todos los que intentaran salir de los atrios y rechazar a todos los que manifestarán desde fuera la intención de penetrar en ellos para auxiliar a los rebeldes. Esta medida convirtió en consternación el furor de los Judíos. Al ver a la caballería que iba a situarse en cada salida, se lanzó en desorden la multitud para adelantársele. Gran número consiguió tomar la fuga, hallando guarida en los montes cercanos. Los demás fueron degollados desapiadadamente, obstruyendo tres mil cadáveres los pórticos del Templo. Mandose cesar por aquel año la celebración de las solemnidades pascuales; los extranjeros tuvieron que abandonar al punto la Ciudad Santa, habiéndose publicado aquella misma noche el decreto de Arquelao que notificaba esta orden [367].

26. Tal era la situación de Jerusalén cuando, dejando la santa Familia el suelo hospitalario del Egipto, llegaba a las fronteras de Judá. Fácil es, pues, de comprender por qué «temió San Josef penetrar más adelante en este país [368]». Cotejando la historia profana [213] con el texto evangélico, constituye un luminoso comentario de éste. No fue, pues, porque era hijo de Herodes el nuevo rey Arquelao, por lo que no se atrevió Josef a entrar en su territorio. El tetrarca de Galilea Antipas [369] era también hijo de Herodes, y no temió Josef por esta circunstancia establecerse en Nazareth. «Los que atentaban a la vida del niño han

---

[367] Josefo, Antiq. Jud., lib. XVII, cap. X y XII.

[368] Math., II, 22.

[369] Este príncipe, llamado Herodes Antipas, para distinguirlo de Herodes el Grande o el Idumeo, su padre, es el mismo que figura en la historia de la Pasión del Salvador.

muerto [370], había dicho al Ángel: Éste celestial mensaje tranquilizaba completamente al esposo de María sobre las intenciones de los nuevos príncipes. - Arquelao y Antipas no pensaban, pues, en efecto, envolver a comenzar las sangrientas pesquisas de Belén. Estos dos hermanos secretamente rivales, tenían un solo pensamiento, pero contradictorio. Arquelao quería hacer confirmar por la potestad imperial, el testamento que le llamaba al trono. Antipas, aconsejado por Salomé, su tía, esperaba tener bastante influencia en la corte de Augusto, para hacerse sustituir a su hermano, como rey de Jerusalén, a lo cual le daba derecho un testamento anterior de Herodes. Para hacer triunfar sus pretensiones, necesitaba cada competidor atraerse el favor del pueblo. Esta necesidad predisponía a los dos jóvenes príncipes a proceder con dulzura y clemencia por el momento. Había sido necesaria toda la obstinación de los facciosos para provocar la represión que acababa de ensangrentar el Templo de Jerusalén. Pero este incidente que hubiera querido prevenir Arquelao, y cuya explosión imprevista era un verdadero contratiempo para sus proyectos, creaba un peligro real a la santa Familia. Lanzados bruscamente y huyendo de la Ciudad santa los extranjeros que habían acudido a la festividad de la Pascua, divulgaron la noticia de la degollación por todas las fronteras. Concíbese, pues, que participara del temor general San Josef que se dirigía a la misma Jerusalén. Además, ocasionábale motivos particulares de temor, el sentimiento de su responsabilidad respecto del divino depósito confiado a su guarda. Siguiendo, pues, la costa marítima de la Palestina, llegaron a Galilea los ilustres viajeros, volviendo a ver la Virgen María su morada de Nazareth, cuyo humilde techo tuvo la gloria de abrigar la infancia y la juventud del Hombre-Dios. [214]

§ VI. Reducción de la Judea y provincia romana

27. Entre tanto Arquelao y Antipas, seguidos en breve de Filipo, su tercer hermano, de Salomé, su tía, y de toda la familia de Herodes, se embarcaban en Joppé, para ir a solicitar a la corte de Augusto el fallo de la sucesión en litigio. El verdadero rey de los Judíos y del mundo crecía en la oscuridad de Nazareth, mientras que Roma se dividía entre las intrigas rivales de los pretendientes al trono de Jerusalén. Durante las deliberaciones ocurrió un episodio significativo. Augusto había enviado a su intendente Sabino a Judea a hacerse cargo inmediatamente de las cantidades considerables legadas al emperador por el viejo Herodes. Esta cláusula del testamento se había considerado como inviolable, no admitiendo su ejecución prórroga alguna; ¡hasta tal punto era en la época del nacimiento de

---

[370] Matth., II, 20.

Nuestro Señor Jesucristo «el dominio de Herodes» un principado feudal e independiente! La presencia de Sabino en Jerusalén y el carácter vejatorio de sus inquisiciones fiscales sublevaron toda la población. Bajo pretexto de buscar los tesoros que había dejado Herodes, ocupó Sabino militarmente las principales fortalezas del reino. Esto hizo estallar una formidable insurrección en la Ciudad santa, en la festividad de Pentecostés, que en breve se propagó por todos los puntos de la Judea. El gobernador romano de Syria, el famoso Varo, cuyos desastres en Germania debían, algunos años más adelante, arrancar lágrimas de desesperación al emperador, fue bastante feliz en estas circunstancias para librar a Sabino, que estaba sitiado en el palacio de Jerusalén, y extinguir la sedición en todo el país. Para dar una apariencia de satisfacción a los descontentos, autorizó Varo a los judíos para diputar cincuenta de sus jefes principales a la corte de Augusto, con el fin de suplicar al emperador que anexionara pura y simplemente la Judea a la provincia romana de Syria y los desembarazase para siempre de la dinastía de Herodes. «Ha sido tal la crueldad de este príncipe, dijeron, que si una fiera pudiese obtener el gobierno de un pueblo, no obraría con más inhumanidad. A la muerte de este monstruo, añadieron, esperábamos de su hijo Arquelao una conducta prudente y templada. Con esta ilusión, consentimos en honrar con un luto público los funerales de Herodes, y proclamamos el advenimiento del joven príncipe. [215] Mas éste ha correspondido a nuestras esperanzas degollando tres mil Hebreos en el recinto del Templo de Jerusalén [371]». No fue tan decisivo como hubiera podido creerse el efecto de esta protesta apoyada por los ocho mil judíos establecidos entonces en Roma. Augusto, después de muchos días de reflexiones, dio a Arquelao las provincias de Judea, de Samaria y de Idumea, con el título de etnarca, prometiéndole concederle más adelante el título de rey, si se mostraba digno de llevarlo por su moderación y su virtud. Antipas fue tetrarca de la Galilea y de la Perea; Filipo recibió con el mismo título la investidura de la Batanea, de la Traconítida y de la Auranita. Salomé fue confirmada en la posesión de las ciudades que le había legado su hermano. Así se ratificó el último testamento de Herodes, salvo la importante modificación que suprimía provisionalmente el título de rey de los judíos y la anexión de las ciudades de Gaza, Hippo [372] y Gadara a la provincia romana de Syria [373].

28. La extinción del título de rey, y la promesa condicional de restablecerle en la persona del etnarca de Jerusalén, si se hacía digno de él con su conducta, eran a un mismo tiempo un aviso a Arquelao y una hábil concesión que se hacía a los Judíos. Aquí se muestra la política romana fiel a sus constantes tradiciones. Por todas partes trataba de sembrar la sedición entre los soberanos y los pueblos, humillando a los primeros, sin exaltar demasiado a los segundos, con el objeto de recoger el fruto de la irritación de los unos, de los padecimientos de los otros, haciendo desear su propia dominación como un beneficio para su libertad. Habiendo vuelto a entrar Arquelao en sus Estados, no comprendió la gravedad de la situación. Ejerció, pues, su tiranía con tanto más rigor, cuanto era más profundo su resentimiento. Destituido sin motivo el Gran Sacerdote Joazar, fue reemplazado por

---

[371] Josefo, Antiq. Jud., lib. XVII, cap XII.

[372] A treinte estadíos de Tiberiades (Reland, Palaest. illustr., tom. II, pág. 821).

[373] Josefo, Antiq. Heb., lib. XVII, cap. XII, XIII; De Bell. Jud., lib. II, cap. VII, VIII y IX.

Eleazar, hijo de Simón. Al siguiente año, hubo otra nueva destitución, revistiendo las insignias de supremo sacrificador, Josué, hijo de Sia, para entregarlas algunos meses después al ex-gran sacerdote Joazar. Los Judíos demostraron en un principio su descontento con murmullos, a los cuales respondió Arquelao con crueldades. Conociendo, no obstante la [216] necesidad de crearse alianzas, pensaba casarse con la hija del Rey de Capadocia, Glafira, viuda de primeras nupcias del joven príncipe Asmoneo Alejandro, hijo de la infortunada Mariana, y en segundas, del rey de Mauritania, Juba. La ley mosaica prohibía la unión del cuñado con la cuñada que había tenido hijos de su primer esposo. Además de esta irregularidad, tuvo Arquelao, para contraer con Glafira la alianza que meditaba, que repudiar a su mujer legítima, a quien quería el pueblo por sus virtudes. Apenas había trascurrido un año desde el nuevo matrimonio, cuando murió Glafira repentinamente, viendo los Judíos en este acontecimiento un castigo divino. Exasperado Arquelao, dio desde entonces libre rienda a sus venganzas. La nación entera se quejó de su tiranía al tribunal del César. Dión Casio añade a la narración de Josefo la particularidad de haberse unido a los diputados hebreos, los dos tetrarcas Antipas y Filipo, para acusar a su hermano. Como quiera que sea, Augusto pronunció la deposición de Arquelao. La Judea, la Samaria y la Idumea fueron declaradas provincias romanas, y administradas por un gobernador procedente del gobierno de Syria. El desgraciado Arquelao fue desterrado a Viena, capital de los Alobrojes, en las Galias, donde terminó miserablemente su vida (año 10 de Jesucristo).

29. Quirinio o Cirino, preceptor de los dos jóvenes príncipes Cayo y Lucio César, fue encargado por Augusto de hacerse cargo, en beneficio de la corona imperial, de los dominios de Arquelao. El empadronamiento principiado diez años antes, se terminó esta vez sin gran dificultad. Habíase borrado de tal suerte en los ánimos el sentimiento de la nacionalidad judía, que se había aceptado la dominación romana aun antes de su establecimiento oficial. La palabra que había de resonar en el pretorio de Pilatos, la profesión de fe política de los Hebreos: *¡Non habemus regem nisi Caesarem!* se hallaba ya en todos los corazones, en el momento en que dejaba Arquelao por última vez, el palacio Antonia. En vano el doctor fariseo Sadoc, movió a un jefe de partido, Judas el Galonita, para obrar en nombre del principio mosaico, sobre el espíritu de la multitud. Sus esfuerzos ocasionaron en un principio algunas turbulencias parciales, valiéndose de la divisa: «Nuestro único rey es Jehovah», consiguieron reunir bajo su bandera sediciosas, habituadas a vivir del saqueo y la rapiña; pero no tomaron [217] parte en el movimiento el gran sacerdote Joazar, ni las personas inteligentes de la nación. Joazar, especialmente, predicaba en alta voz la sumisión al nuevo poder, comprometiéndose en estas circunstancias hasta tal punto, que el gobernador romano Quirinio creyó deber sacrificarle a la animadversión popular. Cuando se restableció la tranquilidad y se redujo la facción de Judas el Galonita a una secta inofensiva, pasó el cargo de gran sacrificador a manos del pontífice Anás, suegro de Caifás. En la época de la Pasión de Jesucristo volveremos a encontrar estas dos figuras sacerdotales.

§ VII. Jesús en medio de los Doctores

30. «El Niño, dice el Evangelista, iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él. Y sus padres iban todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años, habiendo ellos subido [374] a Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados [375] aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó en Jerusalén el niño Jesús sin que sus padres lo advirtieran, antes bien persuadidos de que iba entre los de su comitiva de viaje, anduvieron la jornada entera, y por la noche le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días, le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y cuantos le oían, se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: «Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos ido buscando llenos de aflicción, y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida [218] se fue con ellos y vino a Nazareth y les estaba sumiso. Y su madre conservaba en su corazón todas estas cosas. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres [376]». Tales son los únicos pormenores que nos ha trasmitido el Evangelio sobre la divina infancia y toda la juventud del Verbo hecho carne. Supliendo el silencio del texto sagrado, se atreve a inventar el racionalismo todo un capítulo titulado: «Educación de Jesús» con aserciones como ésta: «Aprendió a leer y a escribir, sin duda según el método del Oriente que consistía en poner en manos del niño un libro que lee cadenciosamente con sus compañeros, hasta que lo aprende de memoria [377]». Para apoyar esta suposición gratuita, pone al pie de la página una cita concebida en estos términos: «Juan, VIII, 6», y se admira el lector de cómo es que hasta ahora ninguno había sabido encontrar en el Evangelio de San Juan la prueba de que Jesús aprendió a leer y a escribir, como todos los demás niños. Pues bien, en el capítulo VIII, versículo 6 de su Evangelio, refiere San Juan el conmovedor episodio de la mujer adúltera. Los Fariseos llevan a esta desgraciada a los pies del Salvador: «Señor,

---

[374] Sería imposible insistir sobre todas las expresiones del Evangelio que llevan consigo una prueba de autenticidad. Para decir que fueron de Nazareth a Jerusalén, ateniéndose tan sólo a las nociones geográficas, un autor que no hubiera conocido prácticamente los lugares, no hubiera podido servirse de la expresión subir. En efecto, Nazareth se halla a la altura del lago de Tiberíades, que atraviesa el Jordán para bajar, siguiendo una línea paralela, en dirección a Jerusalén. El término de que sirve el Evangelista era la expresión usada entre los Hebreos, explicándola suficientemente la elevación del llano donde está edificada la ciudad santa, y cuya exactitud han confirmado todos os peregrinos.

[375] [«solemnidad. Acabados» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[376] Lucas, II, 40-52.

[377] Vida de Jesús, pág. 30.

dicen, esta mujer es culpable de adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrearla. ¿Qué dices tú sobre ello? Y esto lo decían para sorprender en los labios de Jesús una palabra que pudiese servir de base a una acusación. Pero Jesús, inclinándose hacia el suelo, se puso a escribir con el dedo en tierra»: He aquí el texto de San Juan que prueba que Jesús aprendió a leer y a escribir. Jamás ha llegado a tal exceso, en nombre de la ciencia, el desprecio de sí mismo, del público y de la verdad. La página precedente de San Juan ofrece este significativo versículo: «Los judíos permanecían admirados, escuchando la doctrina de Jesús, y decían entre sí: ¿Cómo sabe las letras, él que jamás las ha estudiado [378]?» ¿A quién esperaba, pues, engañar el nuevo exégeta con un procedimiento tan irrisorio? No nos tomaremos la molestia de comprobar cada uno de sus errores voluntarios. Quien tenga la paciencia de cotejar sus aserciones con el texto del Evangelio, no tardará en participar del sentimiento de profunda compasión que nos inspira la nueva obra. No se discuten seriamente semejantes fantasías. Sin embargo, queremos llamar aquí la atención sobre otro orden de ideas, tomado [219] por los racionalistas y los protestantes de nuestros días a la añeja herejía de Helvidio.

31. Trátase de un punto capital en la historia Evangélica, de un dogma católico por excelencia, enseñado, creído y ensalzado por la tradición de todos los Padres y de todos los Doctores de la Iglesia Griega y Latina, desde San Clemente, sucesor de San Pedro, hasta el soberano Pontífice Pío IX, gloriosamente sentado en la silla apostólica. El protestantismo actual dirige sus ataques contra la virginidad de María; habiéndose concentrado, según parece, la propaganda hostil con encarnizamiento sobre este objeto particular, por lo cual, conviene ponerlo muy en claro. «La familia era bastante numerosa, se dice, ya proviniera de uno o de muchos matrimonios. Jesús tenía hermanos y hermanas, de los cuales parece haber sido el mayor. Todos llevaron una vida oscura; puesto que según parece, los cuatro personajes que se suponen ser hermanos suyos, y uno de los cuales, por lo menos, Santiago, adquirió una grande importancia en los primeros años en que se desarrolló el Cristianismo, eran primos hermanos suyos. María, en efecto, tenía una hermana llamada también María, que se casó con un tal Alfeo o Cleofás (porque con estos dos nombres parece se designaba a una misma persona) y fue madre de muchos hijos, que hicieron un papel importante entre los primeros discípulos de Jesús. Estos primos hermanos que se adhirieron al joven Maestro, mientras se le oponían sus verdaderos hermanos, tomaron el título de hermanos del Señor. Los verdaderos hermanos de Jesús no tuvieron importancia, así como su madre, hasta después de su muerte; y aun entonces no parece que fueran tan considerados como sus primos, cuya conversión había sido más espontánea, y cuyo carácter parecía haber tenido más originalidad. Su nombre era desconocido hasta el punto de que cuando pone el Evangelista en boca de las gentes de Nazareth la enumeración de los hermanos, según la naturaleza, le ocurren desde luego los nombres de los hijos de Cleofás. Sus hermanas se casaron en Nazareth [379].

32. He aquí, en su forma contradictoria y casi ininteligible a la primera lectura, la objeción renovada de Helvidio por el racionalismo moderno. Antes de examinarla

---

[378] Juan, VII, 15.

[379] Vida de Jesús, pág. 23-25.

más atentamente, consideremos la [220] idea general, a saber, que Jesús tenía bastantes hermanos y hermanas uterinos, y veamos de correlacionar este dato con la narración Evangélica. Josef y María se habían refugiado a Egipto para sustraer a Jesús a la persecución de Herodes. En Egipto debieron permanecer bastante tiempo, y según creía San Epifanio, duró dos años este destierro. ¿Tuvieron hijos en este intervalo? No. El Evangelio está terminante. Cuando el Enviado celestial anunció a Josef la muerte del tirano, no se había aumentado la santa Familia, puesto que constaba de los mismos miembros que la componían a la hora de la partida de Belén. La palabra del Ángel mandando el regreso al país de Israel, ofrece completa analogía con la que había determinado la huida a Egipto. «Levántate, toma al niño y su madre, y huye a Egipto», había dicho la primera vez. «Levántate, toma al niño y su madre, y vuelve al país de Israel», dice la vez segunda. «Y levantándose Josef, tomó al niño y su madre, y volvió al país de Israel». No hay, pues, lugar aquí para ningún otro niño más que Jesús. Después del regreso a Nazareth, transcurren nueve años hasta el episodio del viaje a Jerusalén en la festividad de la Pascua. Si hubieran nacido hermanas y hermanos uterinos en este intervalo, deberíamos descubrir algún indicio de ello. La misma naturaleza del incidente referido por el Evangelista con tantos pormenores, se presta admirablemente a la investigación que nos ocupa. «El niño crecía y se fortifica en espíritu, la gracia de Dios estaba en él». Así dice la narración de San Lucas. No se hace mención alguna de hermanos ni de hermanas segundas sobre quienes hubiera influido el encanto de esta divina infancia. Sólo se ve a Jesús en primer término; María y Josef, concentrando todos sus cuidados, su adoración y su amor sobre este tesoro de bendiciones y de gracias: la trinidad terrestre de Belén, del destierro a Egipto, y del regreso a la patria, he aquí el cuadro Evangélico de la santa Familia, preparándose a dejar a Nazareth para ir a celebrar la solemnidad pascual a la Ciudad santa. El viaje no tiene nada insólito. Desde el año en que fue ensangrentada la festividad de la Pascua con la degollación de las tres mil víctimas de Arquelao, se habían conformado Josef y María a las prescripciones de la ley mosaica. Es probable que Jesús les hubiese ya acompañado anteriormente. En todo caso, si hubiera tenido María niños que hubieran exigido sus cuidados maternales, hubiera sido imposible verificar esta piadosa peregrinación. Además, en la hipótesis [221] racionalista, debían crear un obstáculo permanente los frecuentes nacimientos que es necesario admitir para constituir una familia numerosa. Sin embargo, el Evangelista atestigua que «todos los años» *omnes annos* «iban el padre y la madre a celebrar la Pascua a Jerusalén». Reflexiónese sobre el valor de esta palabra; *Omnes annos,* aplicada, sin excepción, a un intervalo de nueve años, y se comprenderá todo el valor de nuestro raciocinio. Pero no es esto todo. El niño Jesús permanece en Jerusalén, al volver sus padres a Nazareth, después de la solemnidad pascual. Verífica se esta separación sin suscitar la menor inquietud en Josef y María: los grupos de los peregrinos se dividen para el viaje en dos coros de hombres y mujeres, que marchaban precedidos de los niños, y cantando los salmos de David. Hízose, pues, la primer jornada del camino con toda tranquilidad, creyendo Josef y María que iba Jesús con los demás compañeros de viaje; *In comitatu,* dice San Lucas. Si hubiera tenido Jesús hermanos y hermanas, es evidente que hubieren pensado sus padres que estaba con ellos. Mas cuando al acampar por la noche, inquieren Josef y María acerca de Jesús, no preguntan por él a sus hermanos ni a sus hermanas, sino a sus parientes y a sus conocidos». *Requirebant eum inter cognatos et notos.* En semejante caso, hubieran debido dirigir

su primer pregunta a los hijos segundos de la familia, habiéndoles preguntado María: ¿Dónde está vuestro hermano? ¿Dónde le habéis dejado? ¿Cuándo se ha separado de vosotros?- Así se lo hubiera dictado a todas las madres su propio corazón. No tenía, pues, Jesús hermanos ni hermanas a quienes poder dirigirse para adquirir noticias de él. Téngase en cuenta y medítese bien aquí, cada pormenor del relato Evangélico. O los pretendidos hermanos y hermanas de Jesús iban en aquel viaje, o se habían quedado en Nazareth. En una y en otra hipótesis, sería inexplicable la conducta de María y de Josef tal como nos la da a conocer el Evangelista. Si permanecieron en Nazareth. ¿quién cuidó de ellos en la humilde morada del carpintero? Si se quedaron en Nazareth, necesita volver a verlos el corazón de sus padres. La permanencia de Jesús en Jerusalén hubiera producido el efecto de separar a los dos esposos: el uno, hubiera vuelto a Jerusalén a buscar el hijo mayor de la familia, mientras lleno de ansiedad el otro, hubiese corrido a abrazar a sus demás hijos. ¿Es así como obran Josef y María en el Evangelio? No: no se encuentra [222] Jesús entre los parientes y amigos de la familia al acampar por la noche, y Josef y María consideran haberlo perdido todo. No se opone a su determinación ningún otro afecto. Sin recomendar a nadie pretendidos hijos que no existen, sin llevárselos consigo, como hubiesen hecho a haber ido con ellos en el viaje, vuelven María y Josef a Jerusalén. Llegan allí, encuentran a Jesús en el atrio del Templo, sentado entre los discípulos de los Doctores, interrogando a estos últimos, y respondiendo a sus preguntas con una prudencia y una sabiduría que admiran a los asistentes. Pero Josef y María están solos; no tienen consigo otros hijos. La afligida madre, no dice a Jesús. He aquí que tu padre, tus hermanos y yo, te buscábamos desconsolados. Jesús no tiene hermanos ni hermanas. María lo encuentra todo al hallar a su hijo unigénito y primogénito. Cuando vuelven a Nazareth, está allí solo Jesús, sumiso a sus padres: él es el único que llena el corazón de María, que conserva todas sus palabras, en una meditación celestial. Jesús es el único hijo suyo que se halla en el banquete de las bodas de Caná. María a su vez se encontrará sola al pie de la cruz donde expira Jesús. No quedará ningún otro hijo para consolar a la Madre dolorosa ¡Ah! si hubiera tenido María hijos o hijas, le hubiese dicho Jesús al morir, indicando a San Juan: «He ahí a tu hijo!» y a San Juan, designando a María: «¡He ahí a tu Madre!» Puede destruirse todas las páginas del Evangelio; puede mancharse con blasfemias cada una de las palabras de este libro divino; pero jamás se conseguirá introducir en el contexto de su narración, otro hijo, nacido de la Virgen María, distinto del divino Niño de Belén.

33. Sin embargo, oiremos más adelante a la muchedumbre agrupada en torno del Salvador, exclamar, al admirarse de los milagros que obra y de la doctrina que sale de sus labios: «Qué ¿no es éste el artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simón [380]?» La exclamación referida por San Marcos se halla en iguales términos en el Evangelio de San Mateo: «¿No es éste el hijo de un artesano? ¿No se llama María su Madre, y sus hermanos Santiago, Josef, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros [381]?» En otra ocasión, estando Jesús enseñando al pueblo en una casa de Cafarnaúm, fueron a decirle: [223] «Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera buscándote. -¿Quién

[380] Marc., VI, 3.

[381] Math., XIII, 55-56.

es mi madre y quiénes son mis hermanos, respondió Jesús. Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi Madre [382] «Finalmente, San Juan añade que muchos de los hermanos de Jesús no creían en él [383]». Estos textos son terminantes, dicen los protestantes de nuestros días que los reproducen con afectación, en mil folletos destinados a la propaganda popular. ¿No veis, añaden, que puesto que llama él Evangelista a Santiago, José, Simón y Judas hermanos de Jesús, es una invención de la idolatría católica la perpetua virginidad de María? He aquí la objeción en toda su fuerza. Sin embargo, sólo prueba una cosa, la decadencia, en el seno del protestantísimo actual, de la ciencia escrituraria. En otro tiempo se expresaba Calvino de esta suerte: «Ya hemos dicho en otro lugar, que según costumbre de los Hebreos, se llamaba hermanos a todos los parientes. Por tanto, aparece Helvidio sobrado ignorante al decir que tuvo María muchos hijos, porque se hace mención en algunos pasajes de los hermanos de Cristo [384]». También Grocio desmentiría a los modernos intérpretes: «Los que llama hermanos de Cristo el Evangelio, dice, eran primos suyos. Esta locución familiar entre los Hebreos se hallaba en uso, entre los Griegos y entre los mismos Romanos [385]». Es de sentir, en verdad, que se hallen hoy los protestantes menos familiarizados con el estudio de los libros sagrados, que lo estaban sus antepasados Calvino y Grocio. Pero esto es de cuenta suya. Lo que importa decir, es, que la Iglesia ha leído desde hace dos mil años el Evangelio tal como lo vemos en el día. Cualquiera que lo abra, encontrará en él con palabras claras y terminantes, que «María, Madre de Santiago y de Josef, esposa de Cleofás, era hermana de la Madre de Jesús [386]». Iguales palabras consignan San Mateo, San Marcos y San Juan. He aquí, pues, que San Judas, en el versículo I de su Epístola Católica, se llama él mismo: «Hermano de Santiago [387]». Era, pues, su padre Cleofás, y su madre la hermana de la Santísima Virgen. Finalmente, Simón, segundo obispo de Jerusalén, sucedió, dice Eusebio, a su hermano [224] Santiago en esta silla episcopal [388]». Si os ocurre negar el valor del testimonio de Eusebio en esta circunstancia, este mismo historiador tomará la precaución de advertiros, que escribió esta particularidad Hegesipo, contemporáneo de Simón, y judío de nacimiento, habiéndola tomado él de este testigo ocular.

34. Es, pues, indudable que Santiago, Josef, Judas y Simón, enumerados en los pasajes de San Mateo y de San Marcos, citados más arriba, no eran hermanos del Salvador, en el sentido que damos hoy a esta palabra, sino que eran solamente sus primos hermanos. La misma crítica racionalista lo reconoce así: «Parece, dice, que los cuatro personajes que se supone ser hermanos de Jesús y uno de los

---

[382] Math., XII, 47-50.

[383] Joan., VII, 5.

[384] Calvin, Comentar. sobre la Armonía evangel. pág. 285.

[385] Grotius, Annot. in Math., pág. 145.

[386] Joan., XIX, 25; Math., XXVII, 56; Marc., 40.

[387] Jud. Epist catholic., 1.

[388] Euseb., Histori. Eccles., I

cuales al menos, Santiago, llegó a obtener una grande importancia en los primeros anos en que se desarrolló el Cristianismo, eran primos hermanos suyos [389]». Esta confesión nos dispensa de insistir más. Entre los Hebreos, la palabra «hermano», (*Akh*) tenía dos significaciones, la una general, que indicaba simplemente el parentesco en todos los grados, tales como los de primo, tío, sobrino, etc.; la otra limitada y precisa, idéntica a nuestro sentido actual. Loth era sobrino de Abraham, lo que no impedía que dijera el escritor sagrado: «Habiendo sabido Abrahán el cautiverio de Loth, su hermano, armó a sus servidores para librarle, y volvió a traer a Loth, con todas sus riquezas [390] Labán era tío de Jacob, y no obstante, habla así es su sobrino. «¿Se dirá que porque eres mi hermano, me has de servir gratuitamente [391]». El joven Tobías y su esposa Sara eran primos en un grado muy remoto, y Tobías, la llama hermana suya [392]. Son estos modos de hablar sabidos de todos los que han estudiado la antigüedad sagrada y profana, porque se hallan fórmulas absolutamente idénticas en todos los autores griegos y latinos [393]. Sería [225] ya tiempo de que volviera el protestantísimo a adquirir un poco más de ciencia o un poco menos de mala fe.

35. En cuanto a la imaginación que despliega el moderno racionalismo para dar a María hijos e hijas que vivieron oscurecidos, y cuya consideración no parece haber sido igual a la de sus primos [394]», es uno de esos sueños que nada justifica y que no puede adoptarse. El milagro por el cual se halla sustituido el nombre de estos desconocidos, «en boca de las gentes de Nazareth, por los nombres de los

---

[389] Vida de Jesús, pág. 23-24

[390] Genes. XIV, 14-16.

[391] Genes. XXXI, 15.

[392] Tob., VIII, 9.

[393] . Preciso es ignorar todo estudio lingüístico, dice el abate Freppel en su Examen crítico de la Vida de Jesús, de M. Renan, para no saber que la palabra latina frater, la griega adelphos, y la hebrea akh, se usan con mucha frecuencia para designar los primos hermanos, los sobrinos y los parientes en general. Entre los hebreos, tiene la palabra hermano, según Gesenio y otros filólogos no menos distinguidos, una significación muy extensa que se refiere, no sólo a los primos, sino a los individuos de la misma tribu, según se ve en el Antiguo Testamento (V. Genes. VII, 4; VIII, 9; XI, 27; XIII, 8; XIV, 16). Si consultamos el Nuevo Testamento, hallamos la palabra hermano, usada trescientas setenta veces en cuatro acepciones diversas, para designar el hijo de un mismo padre, los miembros de una misma familia, los habitantes de un mismo país, y los hombres reunidos por una misma fe y un afecto. No debe, pues, parecer extraño que llamaran hermanos los judíos a los primos de Jesús, porque esta denominación es un puro hebraísmo. Respecto de los Griegos y Romanos, bastará decir con la autoridad de Grocio: Quem Jesu FRATREM id est CONSOBRINUM, loquendi genere etiam Graecis et Romanis noto. Finalmente, según observa Augusto Nicolás en su obra titulada: la Divinidad de Jesucristo, cap. XV, hoy mismo no existe en Rusia nombre para designar al primo y al primo hermano, etc., llamándose hermanos a todos los próximos parientes, y hermanos de padre, a los hermanos propiamente dichos, para distinguirlos de los primos. V. lo que dice el autor M. Darras sobre este importante punto en el capítulo VIII, § I. Véase también la obra titulada: Jesucristo, respuesta a M. Renan, escrita por M. Gratry, cap. II. -(N. del T.)

[394] Vida de Jesús, loc. cit.

hijos de Cleofás [395], permanecerá inexplicable a todas las comisiones de sabios que quisieran tomarse la molestia de examinarlo. Sólo hay un punto en esta excursión al país de las quimeras, accesible a cualquier controversia». Las hermanas de Jesús, se dice, se casaron en Nazareth [396]. He aquí al menos, una afirmación que tiene cuerpo: Se la puede coger y tocar tanto mejor cuanto que la apoya el exégeta en una nota concebida en estos términos: «Marc., VI, 3». Abrimos, pues, el Evangelio, para buscar en él la explicación alegada, y leemos las palabras siguientes, que no aluden próxima ni remotamente a un matrimonio. «¿No es éste un artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no están aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él [397]. « Para ver en este texto la indicación de un matrimonio, se necesita hacer una interpretación extensiva que traspasa todas las leyes ordinarias de la lógica y del sentido común. Pero tal vez dispone acaso el racionalismo de una dialéctica extra-natural.

---

[395] Vida de Jesús, pág. 25.

[396] Ibid.

[397] Marc., VI, 3.

Capítulo IV

Preparación al Apostolado

Sumario

§ I. DIEZ Y OCHO AÑOS DE VIDA OSCURA EN NAZARETH.

1. Vida oculta de Jesucristo. Fecundidad divina de esta inacción aparente. -2. Sucesión de los gobernadores romanos en Jerusalén. Muerte de Augusto. El emperador Tiberio. Anás y Caifás. Poncio Pilatos. -3. Muerte de San Josef.

§ II. PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

4. El Precursor. -5. Autenticidad del relato Evangélico. Syncronismo -6. Discursos de San Juan Bautista. -7. Diputación de los Fariseos de Jerusalén a San Juan Bautista. Recibe Jesús el bautismo en las aguas del Jordán. -8. Testimonios de la historia profana relativos a San Juan Bautista.

§ III. AYUNO Y TENTACIÓN.

9. Relato evangélico de la Tentación de Jesucristo en el desierto. -10. Ayuno de Jesucristo -11. Pretendida rehabilitación de Satanás por el racionalismo moderno. -12. Verdadero carácter de la Tentación de Jesús. El hombre no vive solamente de pan. -13. Paralelismo de la Tentación de Jesucristo con la del Edén.

§ IV. PRIMERA VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES.

14. Andrés, Juan, hijos de Zebedeo, y Simón, hijo de Jonás, ven por vez primera a Jesucristo. -15. Los pescadores, Apóstoles futuros. -16. Felipe y Nathanael. -17. Caracteres milagrosos de la vocación de Nathanael.

§ V. LAS BODAS DE CANÁ.

18. Narración evangélica de las bodas de Caná. -19. Intervención de María en la primer manifestación de la divinidad de Jesús. -20. El *Architriclinio*. -21. Carácter patente del milagro de Caná. -22. Sentido divino del milagro.

§ I. Diez y ocho años de vida oscura en Nazareth

1. Desde el incidente del viaje a Jerusalén hasta la manifestación de Jesucristo, trascurren diez y ocho años de silencio y de vida en la oscuridad de Nazareth. Una palabra resume toda la obra divina durante este intervalo. «Estaba sumiso a ellos». Esta inacción parece larga a nuestra humana impaciencia. Y sin embargo, bastarán tres años de vida pública al Verbo encarnado para fundar [228] el edificio inmortal de la Iglesia, para arrancar el mando a la tiranía de Satanás y renovar la faz de la tierra. Mas pasará diez y ocho años enseñándonos, con su ejemplo, la práctica y el amor a la humanidad y a la sumisión. Si pues, concentrados en nosotros mismos y sondeando el abismo de nuestras miserias, queremos reflexionar en la grandeza de semejante obra, comprenderemos en breve, que no hay actividad alguna, comparada con esta inacción aparente, que pueda ser más fecunda. La oscuridad de Nazareth parece ser el prolongamiento, de la humillación del pesebre; la sumisión en la morada del carpintero es el comentario en acción del cántico de los Ángeles: «¡Gloria a Dios en las alturas del cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!» Al descender el Verbo al mundo, no vino a cambiar las condiciones fundamentales de existencia de la humanidad decaída. No vino a suprimir el padecimiento, el trabajo, las relaciones jerárquicas de dependencia y de superioridad, de riqueza y de indigencia, de poder y de subordinación: vino a abrazarlas en su persona para divinizarlas. Así, pues, se emplean diez y ocho años de la vida de Jesús, que será por siempre el modelo de toda vida, en enseñarnos estas grandes cosas. El Verbo enseña al mundo, esclavo de todas las pasiones, la pasión divina del padecimiento, del trabajo oscuro, de la sumisión, en un corazón perfecto. Desciende la paz al taller, al fondo de los *ergastulos,* a los calabozos, a las minas, donde quiera que trabaje y padezca generosamente una alma arrepentida, uniendo sus dolores a los del Hombre-Dios. En estos diez y ocho años, crea Jesús el trabajo cristiano. «La obra del Padre celestial» llama a los más oscuros artesanos, solicita los trabajos más humildes, eleva, engrandece, diviniza todo cuanto existe miserable y desdeñado por el orgullo humano. Así es como podemos comprender la respuesta que dio a María Jesús, sentado entre los doctores, y la admirable condescendencia con que les estaba sometido.

2. Entre tanto se desarrollaban, siguiendo el curso ordinario de las cosas humanas, alrededor de la soledad de Nazareth, los acontecimientos que atraen las miradas de la política vulgar y fijan la atención de los mortales. Sucedíanse en Jerusalén los gobernadores romanos según la voluntad imperial. Coponio fue el primero, después del empadronamiento definitivo de Quirinio, que llevó este título oficial. Habíase apaciguado prontamente la resistencia provocada por [229] Judas el Galonita, sin que comprometiera la seguridad general ningún accidente sensible. Sin embargo, debemos citar aquí un rasgo característico del odio inveterado de los Samaritanos contra el Templo de Jerusalén. En la Pascua que siguió a la de la narración evangélica, se introdujeron secretamente algunos samaritanos, con la multitud de peregrinos, en los pórticos, sagrados, que se acostumbraba abrir a media noche, para la solemnidad de los Azymos. Estos extranjeros sembraron, a favor de la oscuridad, las galerías de huesos de cadáveres, logrando también arrojarlos en el interior del Templo. Según las prescripciones mosaicas, era este

acto una profanación que producía la impureza, legal. El historiador Josefo, en trasmitirnos este pormenor, confirma así, anticipadamente la verdad del texto evangélico, que en breve nos mostrará, viva y obstinada, la antipatía de los Judíos y de los Samaritanos. Coponio fue reemplazado al año siguiente por Ambibuco, bajo cuyo gobierno murió la hermana de Herodes, el Idumeo, la intrigante Salomé. Acababa Augusto de asociar al imperio a su hijo adoptivo Tiberio [398], (año 16 de la edad de J. C., 12 de la E. V.); el mundo romano iba a inclinarse bajo el despotismo caprichoso y sangriento de un monstruo. Tres años después, era nombrado Anio Rufo gobernador de Judea, y en breve murió el mismo Augusto a la edad de setenta y cinco años (año 18 de la edad de J. C., 14 de la E. V). Enviose a Jerusalén un nuevo gobernador escogido por Tiberio, que fue Valerio Grato, el cual notició a los Judíos el feliz advenimiento de un tirano al trono del mundo, y el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, se apresuró a dar a la antigua Sephoris, que acababa de reedificar el nombre glorioso de Tiberíades. El lago de Genesareth, a las orillas del cual se elevaba la ciudad, tomó también el sobrenombre impuesto a la misma por una adulación servil. El tetrarca de Iturea, Filipo, no menos celoso de merecer las gracias imperiales, dedicó también en honor de Tiberio César, la ciudad de Paneas que acababa de reedificar en el nacimiento del Jordán, dándola por nombre Cesarea de Filipo. De esta suerte invadía la historia romana la Judea, y sólo la necedad de un racionalista podía formular esta aserción extraña: «Jesús no tuvo idea alguna exacta del poder romano [399]»; [230] pues toda la Palestina llevaba en tiempo de Nuestro Señor la librea de Tiberio. Uno de los primeros actos de Valerio Grato en Jerusalén, fue despojar al pontífice Anás de la dignidad de sacrificador, para investir con ella a un sacerdote oscuro, Ismael, hijo de Fabi. Algunos meses después, era sumergido en el olvido este Ismael, por la misma mano que acababa de sacarle de él. Eleazar, hijo del gran sacerdote Anás, se revestía con las sagradas insignias de Aarón, volviendo a entregarlas al año siguiente a Simón, hijo de Kamith. Josefo consigna todos estos cambios, sin acompañarlos de una sola razón como historiador, ni de una sola queja como judío. El motivo era sin duda la avaricia de los gobernadores, que ponían a pública *subhasta* esta sagrada dignidad. Además, hubiera sido inútil la queja, porque si bien era el Pontificado Supremo, en su institución, un cargo hereditario ¿tenían ya los Judíos el poder de revindicar uno solo de sus privilegios? Valerio Grato ejerció por once años, bajo el nombre de Tiberio, su autoridad despótica en Jerusalén. Cuando recobró la gracia del Emperador, quiso beneficiarse otra vez con la venta del Pontificado Supremo, y lo confirió a Caifás, yerno del ex-gran sacerdote Anás. El sucesor de Grato fue Poncio Pilatos (año 30 de la edad de J. C. 26 de la E. V).

3. Así trae la historia profana al teatro de la Judea los futuros culpables de un deicidio. En esta época San Josef, el virginal esposo de María, el padre putativo de Jesús, el humilde carpintero de Nazareth, había terminado su vida mortal. A la manera que el patriarca, cuyo nombre llevaba, había distribuido el pan al verdadero

---

[398] El hecho de la asociación de Tiberio al imperio, viviendo Augusto, se halla atestiguado por todos los historiadores. Tácit. Annal., lib. I, cap. III. -Sueton. Tiberii Vita, cap XX. -Veleyo Patere., Lib. II, c. DXI.

[399] Vida de Jesús, pág. 38.

Israel [400], al Niño de Belén, bastante fuerte para luchar, en nombre de la humanidad decaída, contra la justicia de Dios. Habíale visto el Egipto, como en otro tiempo a su antepasado, prestar el apoyo de su brazo al verdadero rey del mundo. En tiempos pasados murió el hijo de Jacob en tierra extranjera; San Josef muere lo mismo en el umbral de la historia evangélica, antes que se consumara la redención del mundo. Al dejar Moisés el Egipto, a la cabeza de los Hebreos que habían recobrado la libertad, se llevó piadosamente los despojos del antiguo ministro de Faraón, que depositó Jossué en el suelo de la Tierra Prometida. Así Jesucristo, vencedor de la muerte, introdujo en el reino de su Padre celestial el alma santa y [231] amadísima de aquel que fue su padre adoptivo en la tierra, y el virreinato que ejerció el hijo de Jacob en Egipto, lo ejercerá San Josef en los cielos, al lado del trono de María, participando en proporción relativa de la omnipotencia suplicante de la Santísima Virgen. San Josef es el lazo que une al mundo patriarcal y al Antiguo Testamento con el mundo cristiano y el Testamento Nuevo. Sin decirnos el Evangelio la época exacta de su muerte, nos indica suficientemente que precedió a los años de la vida pública del Salvador. Si se quiere una prueba decisiva de ello, la encontraremos en las mismas palabras de los Judíos, que enumeran toda la parentela de Jesús: «Tenemos, dicen, entre nosotros, su madre, sus hermanos sus hermanas». Y no hay duda que si hubiera vivido aun San Josef en aquella época, no hubiera sido omitido en esta enumeración, y no se hubieran limitado a recordar sólo su memoria. Admirados los Judíos de las maravillas del Hombre-Dios, manifiestan toda su sorpresa al verlas verificadas por aquel a quien llaman «el hijo del carpintero Josef». ¡Glorioso sobrenombre del esposo de la Virgen María! Josef fue en efecto el artesano, hasta cierto punto de la salvación del mundo, pues cooperó con admirable docilidad a la obra de la Redención. El Padre celestial le trasmitía sus órdenes por la voz de los Angeles, y el humilde carpintero, sucesor en tiempo de Herodes, de los derechos desconocidos de David, tuvo la gloria de representar al Padre en la terrestre trinidad de la Sacra Familia. Cuando murió en brazos de Jesús y de su Madre, y se reunió a sus abuelos, terminaba el período de oscuridad y de silencio del Verbo encarnado. Habíase cumplido la obra de Josef, quien había guardado fielmente los dos depósitos confiados a su vigilante ternura: la infancia del Hijo de Dios y la virginidad de María [401]. Iba a comenzar la obra publica de Jesucristo, y ya el precursor Juan Bautista, nuevo Ellas, preparaba el camino al Redentor del mundo.

---

[400] Israel significa: Fuerte contra Dios.

[401] Véase para todo lo concerniente al culto de San Josef, las Acta Sanctorum, 19 de marzo.

§ II. Predicación de San Juan Bautista

4. «En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, dice San Lucas, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilatos y tetrarca de Galilea, Herodes, y tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitis, Filipo, su hermano, y tetrarca de Abilina Lisanias: bajo [232] los Sumos Pontífices Anás y Caifás, hizo el Señor oír su palabra eu el desierto a Juan, hijo de Zacarías; el cual fue por toda la comarca del Jordán, predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro de las profecías de Isaías: «Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Y todos los valles serán terraplenados, y todos los montes y collados serán allanados, y así los caminos torcidos se harán rectos, y los escabrosos serán igualados, y todos los hombres verán al Salvador que Dios envía [402]». Éste es, dice San Marcos, el principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios. Conforme a lo que se halla escrito en el libro de Isaías; he aquí, yo envió a mi Ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti preparándote el camino. Este precursor fue Juan que bautizaba en el desierto, predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados. Y acudía a él todo el país de Judea y todas las gentes de Jerusalén, y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados. Y este mismo iba vestido con un saco de pelos de camello, y traía un ceñidor de cuero a la cintura, sustentándose de langostas y miel silvestre». Y predicaba diciendo: «Va a venir uno más poderoso que yo, y a quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: yo os bautizo en el agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo [403]». Igual lenguaje usan los otros dos Evangelistas. La era de la Redención del mundo se abre con la imponente figura de Juan Bautista.

5. La fecha se halla marcada solemnemente: los pormenores se diferencian de todos los incidentes de una historia vulgar. Jamás se produjo un hecho análogo anteriormente ni después. Es, pues, imposible que sea inventado. ¡Búsquese fuera de la Judea un escritor que imagino un personaje legendario que se mantenga con langostas! ¿Qué no han dicho los incrédulos del siglo XVIII sobre esta clase de alimento, inaudito en nuestras costumbres y en nuestros climas septentrionales? Y sin embargo hoy nos hacen sonreír la observación y el estudio de las inepcias volterianas sobre este punto, puesto que se llevan actualmente estas langostas a los mercados árabes, cociéndolas como los cangrejos, o asándolas simplemente al fuego. Algunas tienen doce a quince centímetros de largo. Cuando [233] descienden a bandadas a los campos, con el rocío de la mañana, es fácil hacer gran caza de ellas. Los historiadores profanos nos hablan de poblaciones acridófagas [404]. Moisés distingue en el Levítico cuatro especies de insectos: el atelabe, el atacio, el ofiomaco y la langosta propiamente dicha, cuyo uso como alimento permite a la nación judía [405]. Cuanto más se alejan estas particularidades de nuestras costumbres, más

---

[402] Lucas, III, 1-6

[403] Marc., I, 1-8. -Mat., III, 1-4. Juan I.

[404] Comedores de langostas: de las dos palabras griegas: a)kri/dej (langostas), fagei=n (comer). [Akreqej y Fa/gein en original (N. del E.)]

[405] Levit., XI, 22.

testifican la autenticidad del Evangelio. Las indicaciones cronológicas de San Lucas tienen el mismo carácter. Compréndese, después de lo que hemos dicho más arriba sobre las perpetuas vicisitudes del Soberano Pontífice en Jerusalén, que era preciso estar profundamente versado en la historia judaica para consignar tan rotundamente los nombres de Anás y Caifás, como príncipes de los sacerdotes, en la época de la predicación de Juan Bautista. La simultaneidad de los dos Pontífices era contraria a la legislación de Moisés, lo cual hubiera llamado la atención de un autor póstumo, haciéndole guardarse bien de incurrir en este error aparente. Pero San Lucas sabía que Caifás, investido recientemente con la gran dignidad de sacrificador, era yerno del ex-gran sacerdote Anás, que la había ejercido también por más de quince años. Anás, que era por su crédito y riqueza uno de los personajes más notables de la Judea, consiguió por su influencia con los gobernadores romanos, hacer que pasara sucesivamente esta dignidad a su hijo Eleazar y a su yerno Caifás. Era, pues, realmente el jefe del sacerdocio, cuyo poder nominal tenía Caifás. Y esto es lo que sabía el Evangelista y lo que nota con admirable precisión [406]. Hállase también inscrito en su fecha oficial el nombre del gobernador romano Poncio Pilatos. La emoción general causada en toda la Palestina por la predicación de San Juan Bautista, la afluencia de la muchedumbre que va a buscar al Precursor al desierto, fueron preparadas por un acto irreflexivo del nuevo representante de Tiberio. Aun antes de llegar a Jerusalén, envió Poncio Pilatos a la Ciudad Santa las águilas de sus legiones y los estandartes que llevaban la efigie del emperador, con orden de enarbolarlos sobre el palacio Antonia. Esto era [234] herir el sentimiento nacional que habían respetado hasta entonces sus predecesores. Ninguno de ellos había cometido este acto que consideraban como impío todos los Hebreos, pues no debía ser expuesta en la ciudad de Jehovah la imagen de un hombre, aunque fuera el Señor del mundo. El águila romana fijada por Herodes en los pórticos del Templo, suscitó una sedición. A vista de estos emblemas de idolatría, creyó el pueblo que se aproximaba el fin de los tiempos y que había entrado en el Templo la abominación de la desolación. Saliendo la multitud en masa de Jerusalén, fue a encontrar a Pilatos a Cesárea. Arrodillada durante seis días en el hipódromo; ante el tribunal del gobernador, suplicole que retirase la orden dada anteriormente. En vano la amenazó Pilatos con la espada de sus legiones; cada judío se tenía por feliz en morir por la ley de Moisés, antes que sufrir semejante profanación. El romano tuvo que ceder a sus instancias, y fueron quitadas las imágenes.

6. Conmovida la muchedumbre con la súbita aparición de Juan Bautista, en tales circunstancias, esperando que iba a aparecer el Mesías, el Libertador, se precipitaban a las orillas del Jordán. «Haced penitencia, les decía, porque está próximo el reino de los cielos». Otras veces, airándose contra los crímenes y los desórdenes de los Judíos, tomaba el tono amenazador de los antiguos profetas: «Razas de víboras, decía, ¿quién os ha enseñado que así podréis huir de la ira que os amenaza? Haced, pues, ahora frutos dignos de penitencia, y no repitáis con ciega confianza: Tenemos por padre a Abraham; porque os digo, Dios es poderoso para hacer nacer de estas piedras hijos de Abraham. Porque ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles; y así, todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y

---

[406] No podemos entrar en todos los pormenores exegéticos del pasaje de San Lucas, cuyos más sabios comentarios pueden verse en la obra de M. Wallon, titulada: De la creencia que se debe al Evangelio, cap. IV y V.

arrojado al fuego. -Y el pueblo le preguntaba: ¿Qué debemos, pues, hacer?- Y él les respondía, diciendo: El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene ninguna, y el que tiene pan, pártalo con sus hermanos indigentes. -Y vinieron asimismo publicanos a ser bautizados, y le dijeron: Maestro ¿nosotros qué debemos hacer para salvarnos?- Y él les dijo: No cobréis más de lo que os está ordenado. -Y los soldados también le preguntaban: Y nosotros ¿qué debemos hacer? Y les dijo. No tratéis mal a nadie, ni le calumnies, y contentaos con vuestra sueldada. -Y como el pueblo estuviese suspenso y pensasen todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, dijo Juan a todos: Yo a la verdad os bautizo con [235] agua, pero vendrá otro más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: éste os bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego de la caridad. Tiene en la mano su bieldo y limpiará su era, y juntará el trigo en su granero, mas la paja la quemará en un fuego que nunca se apaga. Otras muchas cosas decía Juan al pueblo cuando en sus exhortaciones lo anunciaba la palabra de Dios [407]». Así habla San Lucas. A la hora en que resonaba en las orillas del Jordán esta elocuencia divina, recordando el estilo de los Profetas, decía Pilatos tal vez entre sí, que Cicerón había dado algunos años antes al arte oratoria su última fórmula. El cortesano de Tiberio no podía menos de deplorar la ceguedad de estas colonias bárbaras que iban al desierto a oír la voz de un orador vestido de pelos de camello, debiendo redoblarse la admiración del romano, cuando oía hablar de la muchedumbre que confesaba sus pecados: *Confitentes peccata sua* [408], y que recibía el bautismo de la penitencia en las aguas del Jordán: *Baptizabantur ab illo in Jordanis flumine* [409]. La Roma de Tiberio cometía toda clase de crímenes, pero no los confesaba; contraía toda clase de manchas, pero se cuidaba poco de lavarlas en las aguas de la penitencia. Quién se equivocaba ¿el desden irónico de Pilatos o la fe de los Hebreos? No era nueva la confesión y el bautismo entre los Judíos, puesto que en la fiesta solemne de las expiaciones, hacía el Gran Sacerdote en nombre de Israel, confesión general de todos los pecados del pueblo, y que todos los días recibían los sacerdotes en el Templo, en nombre del Señor, la confesión de las culpas particulares, y ofrecían por el culpable un sacrificio a Jehovah. Toda clase de impurezas ilegales se purificaban por las abluciones ceremoniales, bautismo permanente que entrañaba en cada pormenor de la vida hebraica. Cuando fueron al Sinaí los hijos de Jacob, huyendo de la tiranía de Faraón, a recibir la ley divina «habían sido bautizados antes, dice San Pablo, en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo [410]». Así fueron purificados del contacto de los Egipcios, poniendo después la ley del bautismo o de la ablución, una barrera entre ellos y las naciones extranjeras. He aquí por qué había aceptado toda la Judea la confesión de los pecados y el bautismo de penitencia, predicados por San Juan, como la viva expresión y la esencia misma de la ley judaica. Pilatos podía [236] burlarse de esto, puesto que en nuestros días hemos oído a un literato comparar a Juan Bautista «con un *Yogui* de la India, muy semejante a los *Gurus* del Bramismo», y bien valía el escepticismo del Romano la pedantería del retórico moderno, pues tan

---

[407] Lucas, III, 6-18.

[408] Marc. I, 5.

[409] Id. ibid.

[410] Cor. X, 2.

inteligentes son el uno como el otro. Pero los hijos de Abraham, los herederos de las promesas eternas habituados a la voz de los Profetas, abrumados por la dominación del cesarismo y por las desgracias del tiempo, ansiosos de ver realizarse las esperanzas nacionales, en la época precisa que les estaba señalada hacía dos mil años, los Judíos, en fin, no podían engañarse. Había llegado la hora de la liberación, en que Cristo debía aparecer, y todos creyeron que Juan era Cristo.

7. «Enviaron, pues, de Jerusalén, continúa el texto sagrado, sacerdotes y levitas que le preguntasen: «¿Quién eres tú? Juan, sin vacilación ni subterfugio alguno, contestó: No soy yo el Cristo. Preguntáronle. ¿Pues qué, eres Elías? Respondió: No lo soy: ¿Eres el Profeta? Y respondió: No. Dijéronle ellos: ¿Pues quién eres, para llevar la respuesta a los que nos enviaron? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran fariseos [411]. Y lo preguntaron de nuevo. Pues ¿por qué bautizas, sino eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondioles Juan diciendo: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Ése es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. -Estas cosas pasaron en Bethania [412] del otro lado del Jordán, donde bautizaba Juan [413]. No era, pues, posible dudar que Juan no era el Cristo, sino que le precedía, como precede la escolta encargada de abrir el camino al paso del soberano. «Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Éste le vio venir y dijo: He aquí el cordero de Dios; [237] ¡he aquí el que borra los pecados de mundo! Éste es aquel de quien yo hablaba al decir: Un varón vendrá después de mí y que es antes que yo. No le conocía personalmente, pero yo he venido a bautizar en el agua del Jordán para manifestarle a los ojos de Israel». -Y Jesús pidió el bautismo, y Juan le dijo: «¡Yo debo ser bautizado por ti; y tú vienes a mí! Y respondiendo Jesús, le dijo: Deja por ahora, porque así es como conviene, que nosotros cumplamos toda justicia». -Entonces Juan condescendió, y bautizó a Jesús en el Jordán. Y después que Jesús fue, bautizado, inmediatamente salió del agua, y se puso a orar, y he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y posar sobre él. Y oyose una voz del cielo que decía: «Éste es mi hijo querido, en quien yo he puesto todas mis complacencias [414]». Juan por su parte decía a la multitud. «Aquel que me ha enviado a bautizar con el agua, me ha dicho: Aquel sobre quien vieres descender y reposar al Espíritu en figura de paloma, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Le he visto

---

[411] Esta observación del Evangelista, hace comprender inmediatamente el reducido formalismo de la objeción que va a seguir. Tranquilizada la conciencia farisaica con las declaraciones positivas de Juan que protesta no ser el Cristo, ni Elías ni Profeta, va a acusar o declarar su misión. A cada línea del Evangelio tendríamos que indicar observaciones de esta clase, si quisiéramos hacer notar todo los caracteres de autenticidad intrínseca de este Libro divino. Los lectores suplirán lo que nos obliga a omitir la ley de la brevedad.

[412] Bethabara, según los antiguos manuscritos citados por Orígenes.

[413] Joan. I, 19-28.

[414] Math., III, 13 ad ultim.

actualmente, y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios. Y entonces entraba Jesús en la edad de treinta años y pasaba por ser el hijo de Josef [415]».

8. El testimonio de Juan Bautista convirtió el universo. El César romano murió en Caprea ¿quién piensa ya en la divinidad efímera de este monstruo, cuya imagen quería colocar Pilatos en el recinto del Templo de Jehovah? Y por el contrario, ¿qué región por remota que sea no ve en este momento prosternarse adoradores ante la imagen de Jesucristo? Es verdaderamente el Hijo de Dios que proclamó Juan Bautista, y a quien adoramos. ¡En verdad el racionalismo moderno es digno de lástima al hablarnos de un *yogui* de la India y de un *guru* del Bramismo! Siéntale bien disfrazar esta sublime historia evangélica y hablarnos «de los dos jóvenes maestros que luchan ante el público en recíprocas deferencias [416]». Este análisis del texto sagrado es tan fiel como la traducción del griego de San Papías. ¿Qué diremos también de la adición unida ingeniosamente al relato, con la que se pretende que Jesús «fue bautista a su vez, y vio también preferido su bautismo?» En breve daremos íntegro lo que sigue del Evangelio, y en que no se encuentra [238] una sola palabra que justifique esta irrisoria invención. Opongamos a estas fantasías de la incredulidad, los testimonios de la historia. He aquí cómo habla Josefo de San Juan Bautista: «Fue un hombre eminente en santidad, que llamaba a los Judíos a la virtud, a la justicia, a la piedad hacia Dios, y que les mandaba reunirse para recibir el bautismo. El bautismo, decía, no es agradable a Dios sino cuando va acompañado del propósito de no pecar. Sólo puede ser saludable la purificación del cuerpo después de haber purificado el alma por medio de la justicia. Agrupábase a su lado un concurso inmenso, y la multitud estaba ansiosa de oírle [417]». El bautismo hace un gran papel en las tradiciones rabínicas. «Los justos y los hombres piadosos, dice el Zohar, se regocijaban con la solemnidad de la efusión del agua, porque era una figura del favor que concederá el Altísimo, cuando borre de la tierra la impureza de la serpiente [418]. El Korán da a Juan Bautista el nombre de el Profeta Santo [419], y a la hora en que escribimos estas líneas, existe aun, en las cercanías de Bassora una secta llamada *Mende-Jahia* (discípulos de Juan) que adora al hijo de Zacarías, los cuales tienen un texto sagrado a que llaman *Diván*, y del que existe un ejemplar con el título de *Codex Nazaraeorum* en la Biblioteca romana de la Propaganda [420]. Así es como los sueños del racionalismo moderno caen, uno tras otro, ante los hechos reales de la historia.

---

[415] Luc., III, 23;

[416] Vida de Jesús, pág. 105.

[417] Joseph., Antiq. Jud., lib. XVIII, cap VII.

[418] Zohar., Sobre el Génesis, col. 70.

[419] Korán.

[420] Rosignol, Cartas sobre Jesucristo, tom. II, pág. 96, 97.

§ III. Ayuno y tentación

9. «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo. Cuarenta días y cuarenta noches permaneció en la soledad, sin tomar ningún alimento, y después de este ayuno, tuvo hambre. Y acercándose a él el tentador, le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Y Jesús le respondió: Está escrito que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra de Dios [421]. Entonces el diablo le llevó a Jerusalén y le puso sobre el pináculo del Templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito que Jehovah ha mandado a sus ángeles

[239] que tengan cuidado de guardarte, y que te lleven en sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra [422]. Y respondiendo Jesús, le dijo: Está escrito; no tentarás al Señor tu Dios [423]. Entonces el diablo lo condujo a un elevado monte y le puso a la vista en un instante [424] todos los reinos del mundo con su magnificencia, y le dijo: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque se me han dado a mí, y yo los doy a quien quiero: si tú quieres, pues, adorarme serán todos tuyos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a él sólo servirás [425]. Y en aquel instante el diablo se apartó de él, y acercándose los Ángeles a Jesús, le sirvieron [426].

10. Un diálogo con Satanás abre la historia de la humanidad decaída, un diálogo con Satanás abre la historia de la humanidad redimida. Al salir de las aguas bautismales, a las que acababa Jesús de comunicar la gracia regeneradora, el Hombre-Dios halla en el desierto la viva imagen de la maldición que hirió al primer hombre, después que abandonó las fuentes de agua viva de la verdad y de la inocencia. En los primeros días de la creación, paseaba Adán su monarquía suprema, bajo las deliciosas arboledas del Edén, en medio de una naturaleza obediente y solícita por satisfacer sus menores deseos. En el desierto de la Cuarentena, que van a visitar todos los peregrinos, no lejos de Jericó, en la escabrosidad de estas áridas rocas, sólo encuentra Jesús animales salvajes que huyen del hombre que se aproxima: el orgullo y la concupiscencia habían seducido

---

[421] Deuter., VIII, 3.

[422] Salm. XCI, 11.

[423] Deuter., VI, 16.

[424] In momento temporis (Luc., IV, 5).

[425] Deut., VI, 13; X, 20.

[426] Math., IV, 1, 12. Marc., 1, 12, 13; Luc., IV, 1, 13.

al primer hombre; el acto esencial de la humildad, la oración, la protesta más solemne contra todo género de concupiscencia, el ayuno, serán las dos grandes leyes de la rehabilitación. Cuarenta días de retiro en el monte Sinaí habían preparado a Moisés para su misión de legislador. Cuarenta años de privaciones y padecimientos en el desierto habían preludiado, para la nación santa, la conquista de la Tierra prometida. Cuarenta días de soledad en el monte Horeb, habían completado la santificación del profeta Elías. Nínive, a la voz de Jonás, había tenido sus cuarenta días de penitencia y de ayuno, bajo la ceniza y el cilicio. El racionalismo moderno rechaza todas estas enseñanzas de mortificación corporal. [240] ¿Cómo no ve que los hombres no inventan tales cosas? Cuando un literato intenta trazarse el ideal de un fundador de religión, no deja de pintarlo con los rasgos de «un joven maestro que se complace en asistir a las bodas, a los festines de los ricos, a las ovaciones populares, en una fiesta perpetua [427]». No procedió Mahoma de otro modo. Pero instituir el ayuno, y comenzar practicándolo; instituir el bautismo y comenzar recibiéndolo, son actos de un espíritu sacerdotal, cuya mezquindad deplora el racionalismo. Y no obstante, tales son los dos primeros actos de la vida pública de Jesucristo, como deben ser, hasta la consumación de los siglos, los de toda vida humana regenerada. El sensualismo ha perdido a la humanidad en la cuna; y sólo puede rehabilitarla renunciando a él. Contra los apetitos de los goces materiales, y la concupiscencia de la carne, origen de todas las tiranías sociales, de todas las rebeliones, de todas las agitaciones del mundo, trae el Salvador un remedio divino, pero que sólo producirá efecto con la condición de ser individual y aplicarse a cada hombre en particular, para su propia restauración. La mortificación llegará a ser el único medio de salvación para cada uno de los hijos de Adán redimidos por Jesucristo. Semejante programa, repito, es superior a las concepciones de todos los legisladores, de todos los filósofos, de todos los genios humanos. Su aparente sencillez supone realmente una fuerza divina. Reformar el mundo respetando el libre alvedrío del hombre y las leyes fundamentales de las sociedades humanas, es una obra imposible siempre a todas las teorías de los sabios. Sólo un Dios podía hacer amar la privación, abrazar el sufrimiento, y decir a la carne que tiene hambre y sed: ¡Serás dichosa ayunando, mortificándote, macerándote! ¡Cuán ciego es quien no ve que era un milagro divino la ley de la privación, en la época en que se producía en la sagrada persona del Salvador, en el monte de la Santa Cuarentena! Las rosas con que Horacio coronaba su frente en voluptuosos festines, eran recogidas por Ovidio y Tibulo. Roma era el *pandemonium* de todas las irracionalidades, todas las corrupciones de la carne. Gigantesca *Gula* (para tomar su lenguaje una palabra que el cristianismo ha matado) abríase desencajada, tragándose mil vidas, en beneficio de una sola, a cada dentellada. Sin que esto impidiera a los filósofos, como Séneca, escribir [241] con pluma de oro, magníficas sentencias sobre la divisa estoica: *Sustine el abstine* [428]. ¡Retóricos! ¿Cuál es, pues, la influencia de cualquier periodo en la reforma del género humano? Los discursos son allí impotentes, los preceptos estériles, las frases superfluas. Hace allí falta el poder creador, uniendo el ejemplo al precepto. He aquí por qué ayunó Jesucristo, el Verbo encarnado, cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, y he aquí por qué tiene el mundo cristiano, hace dos mil años,

---

[427] Vida de Jesús, pág. 188, 190.

[428] Padece y abstente.

hambre y sed de mortificación, de ayunos y austeridades, hasta tal punto que, a pesar de vuestros sofismas, a pesar de vuestras excitaciones al deleite, al bienestar material, a los goces del sensualismo, no volverán a verse nunca en nuestra tierra los desenfrenos de la Roma pagana.

11. Los apetitos de la naturaleza degradada fueron vencidos por el ayuno de Jesucristo en el desierto. Así lo experimentará quien quiera ensayarlo en sí mismo, en nombre del Salvador, y precisamente esta experiencia, emprendida con valor y sostenida con perseverancia, es la que ha dotado con tal riqueza nuestro mundo con una legión de hombres nuevos, que permanecieron desconocidos de toda la antigüedad profana, y a quienes se llama Santos. Pero, este germen profundo de la concupiscencia, depositado en nuestro corazón con la vida, esta arma con que nos herimos nosotros mismos, está en manos de un enemigo. Desde el día en que engañó Satanás la credulidad de la mujer, y por ella, la ciega confianza de nuestro primer padre, no ha cesado y no cesará jamás de extender su imperio sobre los desgraciados hijos de Eva. Es curioso estudiar los esfuerzos del racionalismo actual para rehabilitar a Satanás. Parece que se oye la defensa de una causa de familia. «De todos los seres maldecidos en otro tiempo a quienes ha librado la tolerancia de nuestro siglo de su anatema, dicen, es sin contradicción Satanás el que más ha ganado con el progreso de las luces de la civilización universal. Hase dulcificado poco a poco en su largo viaje desde su caída hasta nosotros, y se ha despojado de toda su malignidad de Ahrimanes. La edad media que no entendía nada de tolerancia, le pintó a su gusto, feo, maligno, atormentado, y para colmo de desgracia, ridículo. Milton comprendió, en fin, a esta pobre criatura calumniada, y comenzó la metamorfosis [242] que debía terminar la elevada imparcialidad de nuestra época. Un siglo tan fecundo en rehabilitaciones de toda clase, no podía carecer de razones para excusar a un revolucionario desgraciado, a quien arroja la necesidad de obrar en empresas atrevidas. Podría alegarse para atenuar su falta una multitud de motivos respecto de los cuales no tendríamos derecho de ser severos [429]». ¿Salvará, la alegación de circunstancias atenuantes en favor de Satanás, al mundo, de su imperio? ¿Resonará menos su voz, aún dulcificada por la elocuencia de los sofistas, en las conciencias humanas? El «pobre calumniado» que se hizo adorar en el universo durante cuarenta siglos, que se hizo sacrificar víctimas humanas a millares, que devoró la inocencia, el pudor, la virtud de las generaciones, sin decir jamás: ¡Basta! «este revolucionario desgraciado» que se hizo padre de toda clase de revoluciones, instigador de todas las rebeliones, consejero de todo género de crímenes, artífice de toda clase de errores, seducciones y mentiras, ¿creéis que se halla muy lejos de vosotros? Guardad silencio y escuchad el grito de las pasiones, el rumor del orgullo que suena sordamente al oído del corazón, el rugido de la voluptuosidad, el estertor de la avaricia. Es el llamamiento de Satanás, al fondo de las almas, ayer, hoy, mañana, bajo todos los cielos, en todas las latitudes, en cada punto del espacio y del tiempo. La empresa de su rehabilitación, si pudiera conseguirse, equivaldría al aniquilamiento de la virtud en la humanidad. Felizmente sobrepuja esta obra al poder, no solamente de la literatura ligera, sino de los genios más fuertes. El Hijo de Dios venció a Satanás, y es verdaderamente notable que tenga el demonio, después del Evangelio, tantos enemigos como tenía adoradores en la antigüedad pagana. ¡Satanás no podría ofrecer hoy a nadie, como

[429] Vida de Jesús, pág. 188, 190.

lo propuso al Salvador, la dominación universal del mundo ¡tanto ha debilitado su infernal energía la lucha que se atrevió a sostener contra el Verbo encarnado!

12. Y no obstante, desplegó en este desafío todos los recursos que habían triunfado tan fácilmente en el Paraíso Terrenal. «Si eres Hijo de Dios, manda a estas piedras que se conviertan en pan». El nombre de Hijo de Dios, recogido de los labios de Juan y proclamado por una voz celestial en las orillas del Jordán, turbaba la seguridad [243] de Satanás. Roma era suya; gobernábala con el nombre de Tiberio, y tal señor dado al mundo por Satanás con sus propias manos, le aseguraba el imperio universal. Pero he aquí que a las orillas de un pequeño río de Judea, se anuncia el advenimiento del Hijo de Dios, es decir, la caída de Satanás. Herodes creyó procurar la estabilidad de su trono, amenazado per el nacimiento del verdadero rey de los Judíos, haciendo degollar a los niños de Belén. Satanás no puede nada contra la vida del Hijo de Dios; pero va a habérselas con él, y a experimentar si se verifica realmente en la persona del Hijo de María, el misterio de la misericordia que había oído proclamar en el umbral del Edén. Nada prueba mejor la completa unión del Verbo encarnado con la naturaleza humana, que la facultad que se dejó al seductor de intentar semejante prueba. Apelamos también aquí de ello a la conciencia de cada lector; si hubieran escrito los Evangelistas una leyenda, jamás hubieran imaginado, para hacer creer en la divinidad de Jesucristo, el mostrarlo, ni por un solo instante, sometido a este poder infernal, que le persigue en el desierto, le trasporta a su placer a la cúpula del Templo o a la cima de una montaña. Pero lo que no hubieran inventado los hombres, se nos aparece, a la luz del Evangelio, como una parte esencial de la obra de nuestra liberación. «La forma de esclavo» con que se dignó revestirse Jesucristo, llega a ser para nosotros una prenda de libertad. El tirano soberbio, el terrible dominador que enlazaba al mundo con las cadenas del pecado, va a ver fijarse sobre su cabeza el pie vencedor que derrocará su imperio. Al hombre que tiene hambre, ofrece, Satanás, después de cuarenta días de ayuno en el desierto, una piedra de la roca: «Di una palabra, y se convertirá en sabroso pan esta piedra». Todos los días obra el poder creador por medio de las leyes naturales de la vegetación una trasformación análoga. El calcáreo pulverizado suministra al grano de trigo un lecho en que fermenta, y hace brotar un tallo que recibe la savia de la tierra; crece la planta, aspirando el aire con sus hojas y recibiendo la influencia del rocío y del sol; desarróllase la espiga, se madura, cae al golpe de la hoz, y se convierte en el pan que alimenta al hombre. El Hijo de Dios, tiene ciertamente el poder de abreviar el tiempo y de suplir la lenta elaboración de la naturaleza. Y en efecto, con una palabra, podía convertir en pan la piedra de la montaña, así como transustancia el pan eucarístico en su propia carne. Pero [244] Jesucristo lleva al mundo otro alimento distinto del pan material, manteniendo con la palabra de Dios, hasta la consumación de los siglos, la muchedumbre hambrienta de verdad y de vida espiritual. «Está escrito, responde Jesús: El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». He aquí el nuevo alimento que viene a distribuir a la tierra el Salvador. Desde la época en que grabó Moisés esta sentencia en la ley, permaneció como una piedra saliente para juntar a ella el porvenir. Los Judíos, ávidos de los goces y de las riquezas materiales, no la comprendieron ni aplicaron. Desde que Jesucristo, el Verbo de Dios, nos reveló su misterio, practicándola él mismo, y nos dio fuerza para verificarlo ha llegado a ser la palabra de Dios el pan de las inteligencias y el alimento de las almas.

13. El sensualismo, el arma más mortífera de Satanás, fue vencido en la primera tentación; Satanás va a dirigirse a la presunción y al orgullo. Traslada a Jesús encima del Templo, probablemente a las almenas de la torre Antonia, que se alza sobre el valle de Tiropeon, a tal altura, que no se podía, dice Josefo, echar sobre él una mirada sin desvanecerse o sentir vértigos. «Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque está escrito: Jehovah te ha confiado a la guarda de sus Ángeles, para que no tropieces con el pie en las piedras». Este título de Hijo de Dios, es el único pensamiento del tentador. Satanás provoca a hacer milagros al adversario, cuyo verdadero nombre quiere saber. La primera vez, le contestó Jesús con una palabra de la Biblia. Lucifer parodia también un texto del Libro Sagrado. Satanás sabe la Biblia para disfrazarla o desvirtuarla, pero Jesús la conoce para explicar su sentido divino. Estas dos opuestas corrientes de interpretación bíblica durarán tanto tiempo como el mundo. Pero la respuesta de Jesucristo no cesará de ser la regla de las inteligencias rectas y puras. «Está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios». Hasta aquí la táctica del seductor, con respecto a Jesús, ha producido exactamente y con un paralelismo riguroso la tentación primitiva del Edén. El fruto prohibido del Paraíso terrenal, cuyo aspecto deleitable, excitaba el apetito de Eva, se ve reemplazado por el pan que debe reanimar las fuerzas del Hijo de María. «Seréis como dioses, había dicho la serpiente, al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, y no moriréis». Lo mismo razona el Tentador con Jesucristo. «Si eres Hijo de Dios, precipítate al aire [245] y no morirás». En la tercera prueba aparece también el último carácter de similitud entre la historia de la caída y la de la rehabilitación. La serpiente había ostentado a los ojos de nuestros primeros padres, la dominación universal de la ciencia como el resultado de su privación. Aquí el tentador ofrece a Jesucristo el imperio universal, los reinos del mundo, con toda su gloria. Pero aquí el Salvador manifiesta su poder, y el tentador va a conocer en fin a Aquel cuya voz impera al cielo, a la tierra y a los infiernos. «¡Retírate, Satanás!» dice Jesús. Basta que caiga una palabra de los labios del Salvador para aniquilar todos los prestigios de Lucifer. El Hijo de Dios se ha manifestado haciendo desde este momento su nombre invocado por los Cristianos huir a las legiones de la mentira. «Los Ángeles, acercándose a su Señor, le servirán» como sirven aún hoy a las almas fieles, libres de las asechanzas de Satanás. Todo esto hace sonreír al racionalista incrédulo hasta el momento en que tocando la gracia su corazón, le incline al pie de una cruz, y le revele las fuerzas divinas con que reviste el nombre de Cristo a sus adoradores.

§ IV. Primera vocación de los Apóstoles

14. Juan Bautista continuaba preparando los caminos al Hijo de Dios. «Habiendo vuelto Jesús a las riberas del Jordán, Juan que estaba con dos de sus discípulos, le vio de lejos, y dijo: He aquí el Cordero de Dios. Y al oír los dos

discípulos hablar así a su Maestro, fueron en pos de Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos: Rabi (que quiere decir, Maestro) ¿dónde habitáis? -Respondioles Jesús: Venid y lo veréis. Fueron ellos y vieron donde habitaba, y se quedaron con él aquel día. Y era casi la hora décima (las cuatro de la tarde). Y uno de los dos que habían oído a Juan Bautista y seguido a Jesús, era Andrés, hermano de Simón Pedro. El primero a quien éste halló, fue a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir, el Cristo), y le llevó a Jesús. Y Jesús, fijos los ojos en él, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás o Juan [430]; tú serás llamado Cefas, que quiere decir en hebreo Pedro, Piedra [431]. Tal es, en su [246] admirable sencillez, la narración del Evangelista San Juan. El segundo discípulo, que no se nombra aquí y que sigue con Andrés los pasos de Jesús, es el mismo Juan. Siendo él mismo historiador de estos solemnes pormenores, tiene la delicadeza de quedarse retirado y de velar su persona con una admirable modestia. Haber seguido las huellas de Jesús en las riberas del Jordán; haber oído de boca del Precursor esta sacramental designación: «He aquí el Cordero de Dios»; haber pasado las últimas horas del día con el Cristo, cuando era aun desconocido, son privilegios que se envidiarán hasta el fin del mundo. San Juan Evangelista no quiero revestir su nombre con tantos honores. Así es que disimula su personalidad y sólo deja ver a Andrés, hermano de Pedro; bástale haber tenido esta dicha, y no revindica su gloria; pero nos le hace adivinar un rasgo que se le escapa como a pesar suyo. «Era, dice, la hora décima». Porque en efecto, la hora en que por primera vez encuentra una alma a Jesús y se adhiere a él, es la hora más memorable de todas. No se la olvida jamás, y el anciano de Éfeso, habiendo llegado al término de su carrera apostólica, al escribir su Evangelio, tenía presente en su pensamiento esta hora bendita en que le había mostrado el Precursor al Cordero de Dios. Léase las memorias que han dejado los amigos de los héroes de este mundo, y búsquese en ellas una impersonalidad igual con tal emoción. Bajo otro punto de vista, preguntémonos, por qué, estando aun ausente Pedro, se halla indicado tan cuidadosamente, a propósito de su hermano Andrés. Jesús no ha visto aún a Pedro, y no obstante ocupa Pedro el primer término. Cuando se eclipsa de una escena en que era actor el evangelista Juan, dirige la atención sobre Pedro. Cuando se conduce ante Jesús a ese extranjero, que no es aún su discípulo «fija sobre él su mirada» el Salvador: *Intuitus eum.* «Tú eres Simón, hijo de Jonás, le dice, pero en adelante te llamarás Pedro». ¿Comprenden toda la trascendencia de estos testimonios los protestantes, los cismáticos, que leen el Evangelio y lo reconocen como la regla de la fe?

15. Entre tanto Juan, Andrés y Simón, hijo de Jonás, no permanecen con Jesús más que algunas horas. Sólo han querido saber dónde vivía. ¡*Rabi*! ¡Señor! tal es el primer título que le dan; ¡con qué alegría le darán más adelante el nombre de Señor! Después de algunos instantes de conversación, han reconocido en él Andrés y Juan al Mesías, el Cristo. Simón Pedro se ha unido a ellos, [247] pero ninguno piensa un en dejarlo todo, para unirse exclusivamente a este guía. Volverán a oírle, puesto que le conocen; pero esta esperanza les basta, y no quieren nada más. Esto consiste en que no han oído aún la palabra potente de Jesucristo que les

---

[430] Bar-Jonas, significa Hijo de Juan. (N. Del T.)

[431] Joan., I, 35-42.

llama. Sin esta divina vocación nadie tiene la fuerza para renunciar y sacrificarse que supone el apostolado. Vuelven, pues, estos pescadores del lago de Genesareth a sus barcas y a sus redes; pero ahora conocen a Cristo, y cuando se digne llamarles así, estarán prontos a seguirle. Simón, hijo de Jonás, y Andrés, su hermano, habían nacido en la ciudad de Bethsaida [432], a algunos estadios del extremo del lago de Genesareth en la parte occidental [433]; pero habitaban en la ciudad vecina de Cafarnaúm [434], donde volveremos a hallar más adelante a Simón, en casa de su suegra. El mismo Juan, hijo de Zebedeo, era de Cafarnaúm [435]. Según observa el doctor Sepp, su oficio les había llevado con frecuencia a las riberas del Jordán, donde tenían relaciones de negocios con los pescadores de Betania. Parece también que al aproximarse las grandes festividades, llevaban a vender sus peces a Jerusalén. Así es como probablemente, habiendo tenido el evangelista San Juan ocasión de ir a casa de Caifás, fue conocido por la criada, que dejó entrar por recomendación suya a San Pedro, en el vestíbulo, cuando fue llevado Jesús ante el Gran Sacerdote [436]. Como quiera que sea, dos pescadores han querido ver dónde moraba Jesús, aquel que les había designado Juan Bautista, como «Cordero de Dios». Jesús les dijo: «¡Venid y ved!» Después de haber pasado algunas horas en compañía del nuevo Maestro, reconocieron a Cristo, el Mesías; y llevaron ante él a Pedro, pescador como ellos. Éstos son los primeros elementos de la Iglesia inmortal, fundada por Jesucristo. El racionalismo halla todo esto sencillo; a los ojos de quien quiera reflexionar en ello, es el medio escogido tan desproporcionado con el efecto, que tenemos derecho para afirmar, sin necesidad de otra prueba, que la Iglesia es divina.

16. «Al día siguiente queriendo Jesús encaminarse a Galilea, encontró a Felipe y le dijo: Sígueme. Era Felipe de Bethsaida, patria de [248] Andrés y de Pedro. Felipe halló a Nathanael, y le dijo: Hemos encontrado a Jesús, hijo de Josef de Nazareth, de quien escribió Moisés en el Libro de la Ley [437], y que fue anunciado por los profetas. [438]Y díjole Nathanael: ¿Puede salir de Nazareth cosa buena? -Díjole, Felipe: Ven y lo verás. Vio Jesús venir hacia sí a Nathanael, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez. -Preguntole Nathanael: ¿De qué me conoces? -Respondiole Jesús: Antes que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera. -Al oír esto Nathanael, exclamó: ¡Oh! ¡Maestro mío! tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. -Respondiole Jesús: Has creído porque te dije que te vi debajo de la higuera. Tú verás cosas mucho mayores

---

[432] Joan., I, 44.

[433] Reland, Palaest. illustr., tom. II, pág. 654.

[434] La vecindad de Bethsaida y de Cafarnaúm se halla atestiguada por San Epifanio, Advers. haeres., lib. II (Reland, Palaest. illustr., pág. 654).

[435] Marc., I, 19-21.

[436] Joan, XVIII, 15, 16: Dr. Sepp, Vida de N. S. Jesucristo, traducida por M. C. Sainte Foy, t. I, pág. 307.

[437] Génes., XLIX, 10; Deuter., XVIII, 18.

[438] Isa., XL, 10; XLV, 8; Jerem., XXIII, 5; Ezech., XXXIV, 23; XXXVII, 24; Dan., IX, etc.

todavía. -Y añadió: en verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre [439]».

17. He aquí cómo traducen los racionalistas modernos esta admirable narración del Evangelio. «Algunas veces, dicen se valía Jesús de un inocente artificio, que empleó también Juana de Arco, el de fingir que sabía alguna cosa íntima de la persona a quien quería ganarse, o el recordarle una circunstancia querida de su corazón. Así es como se atrajo a Nathanael [440]». Si hay algo que cause sensación en el texto sagrado que acabamos de reproducir, es precisamente la falta de todo aparato escénico y de toda «ficción». Jesús va a tomar de nuevo el camino de Galilea, y se atrae a Felipe con una sola palabra. «¡Sígueme!» y Felipe le sigue. Expliquésenos si es posible, el predominio de semejante palabra, en boca de quien la pronuncia, y la obediencia espontánea de aquel a quien se dirige. No solamente sigue Felipe a Jesús, sino que reconoce Felipe en él al Mesías prometido por Moisés y predicho por los Profetas. Felipe hace en favor de Nathanael lo que habían hecho Andrés y Juan la víspera en favor de Simón: corre a informarle de este gran advenimiento de Cristo. «¡Ha venido el Mesías: es Jesús, hijo de Josef de Nazareth!» Felipe no sabe todavía, sobre el origen y la patria de Jesús, más que lo que refiere el vulgo. Admírase Nathanael de que pueda salir el Mesías de Nazareth, cuando han señalado los Profetas a Belén como la ciudad en donde debe nacer Cristo. Y hace de buena [249] fe esta observación. No tiene nada que contestar a esta objeción Felipe, y sin embargo persiste en su creencia, no dudando que participe de ella en breve Nathanael, si quiere solamente seguirle. «Ven y velo» le contesta. Ver a Jesús y ser visto de él bastaba para inducir a la fe. ¡Qué poder sobrehumano había pues ejercido en el espíritu de este discípulo, a quien sólo había dirigido una palabra Jesús: «¡Sígueme!» Después del rápido diálogo entablado aparte en el campo entre los dos amigos, corren hacia Jesús. El divino Maestro en el momento en que se acerca Nathanael, le dice: «He aquí un verdadero hijo de Israel, en quien no hay doblez». Según observa oportunamente un intérprete, esta palabra era más que una respuesta a la objeción formulada por Nathanael, sobre el lugar del nacimiento del Mesías, puesto que le probaba la divinidad misma de Jesús, que había oído, aunque ausente, la conversación secreta, y que leía realmente la objeción del recién llegado en su propio pensamiento [441]. Para comprender bien el sentido de la alusión, es necesario recordar el significado hebraico del nombre de Israel; «Fuerte contra Dios» que se dio al patriarca Jacob, después de la visión de la Escala misteriosa. Este término de Israelita; Fuerte contra Dios, empleado en esta circunstancia, era por sí solo una revelación. Otro que no hubiera sido judío, no lo hubiera comprendido, pero Nathanael no podía equivocarse sobre esto. Conoce que penetra la mirada de Jesús en lo más profundo de su conciencia, y exclama: «¿De qué me conoces?» La mención de la higuera, bajo la

---

[439] Joan., I, 43 ad ultim.

[440] Vida de Jesús, pág. 102.

[441] «Jesucristo no se detiene en probar a Nathanael que no era de Nazareth, sino de Belén, según habían predicho los santos Profetas. Porque podía ser de Belén, como tantos otros, y no ser, sin embargo el Cristo. Pero toma otro camino mucho más seguro para que pueda conocer su divinidad, puesto que le hace ver, que se había hallado presente en medio de ellos cuando creían estar hablando solos». (Le Maistre de Sacy, Coment. sobre el Evangelio de San Juan, cap. I, 47).

cual estaba sentado antes que le llamara Felipe, y donde le había seguido Jesús con sus ojos divinos al través de la distancia, esta particularidad íntima de que nadie había sido testigo, acaba de llevar la fe a su alma: «Rabi (Maestro), dice, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel»; y Jesús, continuando la alusión a la historia del patriarca Jacob, apellidado divinamente Israel, replica: «Tú, verdadero israelita, verás subir y bajar los Ángeles de Dios sobre la cabeza del Hijo del Hombre. « He aquí en su incomparable sencillez y despojada de todo [250] aparato de «artificio» el misterio de esta vocación de Nathanael [442]. El racionalismo no parece ni aun sospechar los caracteres intrínsecos de autenticidad, de buena fe y de poder divino que hay en este texto evangélico, y el comentario que de él da se reduce a una presuntuosa pasquinada.

§ V. Las bodas de Caná

18. «Jesús volvió a Galilea, dice el Evangelio, extendiéndose su fama por todo aquel país [443]. Tres días después, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea [444], y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fue también convidado a estas bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Y Jesús contestó: Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo [445]? Aun no es llegada

---

[442] Algunos intérpretes creen que Nathanael es el mismo que San Bartolomé (Véase Cornelio a Lapide, edit. Vivés, tom. XVI, pág. 322) contra el parecer de San Agustín, que coloca solamente a Nathanael entre los discípulos del Salvador (San August., Tractat. Sup. Joan., XVII, cap. I; Baronius, t. I, pág. 67, edit. de Venecia, 1600).

[443] Luc., IV, 14.

[444] 3 La villa de Caná estaba a una legua al Nordeste de Sephoris, a dos leguas al Norte de Nazareth.

[445] . 4 Hase traducido en la Vulgata la respuesta de Nuestro Señor Jesucristo con estas palabras: ¿Quid mihi et tibi est, mulier? Nuestra lengua acusa aún más su rigor: Mujer ¿qué hay de común entre tú y yo? El texto griego de San Juan está mucho más acentuado Gu/nai, ti\ e)moi\ kai\ soi/ ; texto que podría traducirse literalmente con estas palabras: Mujer ¿qué importa eso a ti y a mí? Confesamos que nos inclinaríamos a esta interpretación por nuestra parte, si no tuviéramos en cuenta la unanimidad con que los Doctores y los Padres de la Iglesia latina han entendido estas palabras en su acepción más rigurosa. Hállase, es cierto, en la Iglesia griega, una corriente de exégesis que parece favorable a la opinión contraria; pero está lejos de ser unánime, como han avanzado algunos escritores modernos. Sólo alegaremos en prueba, la disertación del libro de las Preguntas y respuestas, atribuido a Teodoreto, donde se propone el autor examinar esta dificultad. «¿Tuvo intención Jesús de afligir con estas palabras a María cuando la honraba con un milagro tan patente?» La sola enunciación de esta tesis supone que se había divulgado la objeción, tanto en la Iglesia griega como en la latina. Así, pues, creemos deber conservar este versículo la traducción consagrada por el uso, sometiéndonos por otra parte sin reserva y anticipadamente, al juicio definitivo que podría intervenir ulteriormente sobre este punto. Sería superfluo insistir por otra parte

[251] mi hora. -Sin embargo, dirigiéndose la Madre de Jesús a los que lo servían, les dijo: Haced todo lo que él os diga. Y había allí seis hidrias de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales cabía dos o tres metretas [446]. Jesús dijo a los servidores: Llenad de agua las hidrias; y las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesús: Sacad ahora y llevad al Maestresala (o presidente del festín), y ellos la llevaron. Apenas el Maestresala probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde era este vino (aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido a su satisfacción, sacan el inferior; pero tú has reservado el buen vino para lo último. Éste fue el primer [252] milagro de Jesucristo en Caná de Galilea; así fue como manifestó su gloria y sus discípulos creyeron más en él [447]».

---

en la verdadera significación de la palabra «Mujer», que usa aquí el Salvador. Sabido es que entre los Judíos no tenía en manera alguna el sentido desdeñoso que afecta en nuestra lengua.

Hasta aquí la nota de M. Darras al texto de San Juan. Por nuestra parte creemos conveniente exponer la versión que hacen de este pasaje nuestros intérpretes Scio, Amat y Petite. El padre Scio traduce el versículo 4 de San Juan con estas palabras: «Mujer ¿qué nos va a mí y a ti?» y cuya traducción explica con esta nota: «Como estaba para hacer una obra que era propia de Dios, parece da muestras de desconocer a la Madre que le había engendrado según la carne; para que por aquí entendiesen todos, que además de aquello que se descubría en su exterior, había en él otra cosa que no aparecía y a la que debía extenderse la fe de sus discípulos. La prueba de esta verdad, esto es, del ser divino que se ocultaba en Jesucristo, debía ser la prodigiosa conversión del agua en vino». El padre Amat traduce el versículo de San Juan: «Mujer ¿qué nos va a mí y a ti?» sin explanar su traducción con nota alguna. El padre Petite traduce: «Mujer ¿qué tengo yo que ver contigo?» y explana su traducción con esta nota: «Estas no son palabras de reprensión, sino de enseñanza, con que Jesús instruía a sus discípulos, de que en el cumplimiento de las funciones de su ministerio, no debían tener respeto a la carne ni a la sangre, así como él no atendía a la petición de su Madre para un milagro que era obra de la divinidad (Duham. Natal. Alex)». Vese, pues, que nuestros intérpretes no traducen el pasaje de San Juan en el sentido rígido que M. Darras, sino por el contrario, en un sentido suave y favorable a la Virgen Madre. Grocio adopta también esta interpretación, observando, que si estas palabras Quid mihi et tibi est se toman en el sentido recibido entre los Latinos, llevan consigo una acepción de menosprecio y significan: ¿Quid tibi mecum est? pero que en la locución hebraica que San Juan ha empleado en su Evangelio significan otra cosa, a saber: ¿Cur mihi negotium exhibes? ¿Por qué me hablas de esto? (¿Qué tiene esto de común a ti y a mí?) Esto es lo que se ve claramente en muchos pasajes de los Libros Santos, donde se emplea esta misma locución, como, II, Samuel, XVI, 10. -II, Paralipom., XXXV, 21. -Joel, III, 4. -Y en el mismo Evangelio, Matth., VIII, 29. Por el contrario, Augusto Nicolás interpreta este pasaje de San Juan, en el mismo rígido sentido que M. Darras, alegando para esta interpretación luminosas y muy atendibles observaciones. Véase el cap. XVII de su obra titulada: La Virgen María según el Evangelio. -(N. del T.) [Gunai, ti\ emoi kai soi en original (N. del E.)]

[446] Metrhta\j du/o hÄ treiÍj.(Joan., II, 6). Créese generalmente que la metreta o medida indicada aquí, era el Bath hebreo, de un valor que se aproximaba a veinte y siete litros. Según el Padre Mariana (lib. de pond. et mens.), era una medida que cabría veinte y dos azumbres y media; y así cada tinaja cabría al pie de seis a nueve arrobas. El padre Scio dice, que era una medida ática que corresponde al ado de los Hebreos, mayor que la anfora romana que pesaba como unas cincuenta y seis libras, por lo que cada hidria contenía por lo menos de cinco a siete arrobas. El padre Amat cree que correspondía la metreta a veinte y dos azumbres y media, o dos arrobas y trece diez y seis avos. -(N del T.) [metrhta\j quo h/ trei)Íj en original (N. del E.)]

[447] Joan., II, 1-11.

19. El milagro de Caná es el complemento de la primera vocación de los discípulos. El Evangelio deja sobreentender muchas cosas con una delicadeza y un encanto que nos tomaríamos la libertad de llamar exquisitos, si no fueran divinos. Tres días antes, no se había resuelto directamente la objeción de Nathanael concerniente al lugar del nacimiento de Jesucristo. Pero en Caná, asistía la Madre de Jesús a la ceremonia nupcial, y las festividades del matrimonio duraban siete días, entre los Judíos; así, pudo darle María las enseñanzas que no se había atrevido a pedir el nuevo discípulo al Rabi. La Virgen había conservado en su corazón las palabras de los pastores en el Praesepium de Belén; la predicción de Simeón en el Templo; el gran misterio de la adoración de los Magos; las angustias de la huida a Egipto, y la respuesta de Dios, su hijo, sentado entre los doctores. ¿Puede comprenderse que no se aprovecharan durante siete días, Nathanael y los demás discípulos de la presencia de María, para oír de sus labios la narración de esta historia maravillosa? El Evangelista lo indica, sin afirmarlo positivamente, con estas sencillas palabras: «La Madre de Jesús estaba allí [448]», y más adelante: «Los discípulos creyeron en él». Es imposible no reconocer aquí que preside María a la manifestación de Jesús en Caná, como había presidido a la de Belén, en favor de los Magos [449], siendo para los discípulos la introductora en el sendero de la fe. Así, más adelante, los Padres del concilio de Éfeso repetirán en honor suyo, esta gloriosa aclamación: «¡Dios te salve, María, Madre de Dios y siempre Virgen! Por mediación tuya ha evangelizado al mundo el colegio apostólico [450]». La duda de Nathanael se disipó ante el testimonio de la Virgen Madre, así como se disipó la sospecha de San Josef ante la proclamación evangélica de la Virginidad Inmaculada. Así, pues, [253] ha destruido María bajo su pie sin mancha, los gérmenes de todos los errores anti-cristianos. He aquí por qué le dirige la liturgia católica este insigne elogio: «Bienaventurada Virgen, tú sola has destruido todas las herejías en el universo [451]». Hay más; así como esperó el Hijo de Dios que expresara su voluntad María para descender a la tierra, y que precediera el *Fiat* virginal a la obra de redención, como había precedido el *Fiat* del primer día a la creación, así es la voluntad de María la que adelanta la hora de la manifestación de Jesucristo. Parece que el mismo divino Maestro se queja de la violencia poderosa de su Madre. «Mujer, ¿qué hay de común entre ti y yo? dice. Aún no ha llegado mi hora». -«¿Qué hay de común entre Vos y Ella? ¡Oh Dios mío! exclama San Bernardo. Hay entre Vos y Ella todo lo que hay de común entre una madre y su hijo. ¿Y para qué preguntar lo que hay de común entre un Hijo divino y las entrañas que le han llevado, entre los labios que han mamado la leche, y el seno virginal que los

---

[448] Erat mater Jesu ibi (Joan., II, 1). Mediten y pesen bien los protestantes esta expresión, que por otra parte es común a todos los Evangelistas. (Matth., II, 13-20, 21; XIII, 55; Marc., II, 31; Luc., II, 34; Joan., II, 1-3; XIX, 25-27). María no tiene otro nombre que el de Madre de Jesús. Salomé la llama la Madre de Santiago y de Juan; María tiene por único título Madre de Jesús, porque es Madre de un solo hijo unigénito y primogénito, Jesús.

[449] Matth., II. 11.

[450] Conul. Ephes. (431). (Homil. S. Cyrilli ad Patres; Labbe, Concil., tom. III, páginas 584, 585).

[451] Gaude, Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo (Breviar. Rom. In fest. B. M. V., 3 Noct. Antiphon I).

ha lactado [452]? «Esta palabra evangélica es una de las que más han sublevado, bajo diversos puntos de vista, a los herejes de todas épocas. En el siglo de San Agustín, creían encontrar en ella los sectarios de Manés la prueba de que no era Jesús realmente el Hijo de María y que la maternidad divina había tenido sólo una apariencia fantástica [453]. En nuestros días, no deja de citar el racionalismo esta respuesta, para justificar su famosa aserción: «La familia de Jesús no parece que le amase, y hay momentos en que se encuentra a Jesús duro con ella [454]». Las dos conclusiones, maniquea y racionalista, son tan erróneas una como otra. He aquí lo que contestaba el gran obispo de Hipona a la primera: «Nuestro Señor Jesucristo, dice, era a un mismo tiempo Dios y hombre; en cuanto Dios, no tenía madre; en cuanto hombre, tenía una; tal era la madre de su humanidad, de la flaca naturaleza con que quiso revestirse por nosotros. Pues bien, el milagro que iba a verificar debía ser obra de la divinidad, y no de la débil carne; iba a obrar como Dios, sin que tuviera nada de común con la debilidad de [254] un hombre, nacido de la mujer. Pero la debilidad de Dios es más fuerte que todo nuestro poder. Sin embargo, la madre exigía un milagro; Jesús le contesta como si desconociese las entrañas humanas, cuando iba a realizar las obras divinas. Su contestación equivale a ésta: «Yo no he recibido de ti el poder que obra el milagro. No has engendrado tú mi divinidad [455]». Así hablaba San Agustín a los racionalistas de su tiempo. Los del nuestro aprenderán de este ilustre doctor, que sólo el Hijo de Dios podía dar semejante respuesta a su madre, así como sólo María podía tener sobre el Hijo de Dios el poder de exigir un milagro; de suerte, que cuanto más rigurosa parezca la respuesta de Jesús, más lleva el sello de la autenticidad intrínseca de que nos ha dado tantos ejemplos el Evangelio.

20. «No tienen vino», dice la Madre a su Hijo. No es esto una súplica, ni siquiera un ruego; María se contenta con indicar el embarazo de una familia por quien se interesa su corazón. «Cuando eran pobres los esposos, dice el doctor Sepp, llevaban los convidados consigo vino, tortas y diversas provisiones, como se hace en el día en muchos lugares. Pero Jesús y sus discípulos no habían llevado nada consigo de Nazareth. Por esto dice María a su Hijo: No tienen vino, y temiendo que se abochornaran los esposos, insinúa a Jesús la idea de acudir en su auxilio [456]. ¿Había entre los convidados de Caná muchos, excepto los discípulos, que hubieran apreciado el honor de tener en medio de ellos, un huésped divino? Nadie parece sospecharlo. Pero «allí está la Madre de Jesús»; y parece que tenga prisa de manifestar a todos estos indiferentes la divinidad de su hijo. «Aún no había llegado, sin embargo, la hora», pero la intervención de María tiene el poder de adelantar la hora de la gracia; la hora de María llegará a ser la hora de Dios. «Haced todo lo que él os diga, dice a los sirvientes»; tan segura está la Virgen María de que

---

[452] San Bernardo, Epiphan., serm. II; Patrol. lat.; Bernardo, tom. II, col. 160.

[453] San Agust., In Joan. Evangel., tract. VIII, cap. II; Patrol. lat., tom. LV, col. 1455.

[454] . Vida de Jesús, pág. 42. El crítico remite en una nota a la cita: «Juan, II, 4; que precisamente contiene el Quid mihi et tibi* est, mulier, del Evangelio.

*[«mibi» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[455] San Agust., loc. cit.

[456] Sepp., Vida de Nuestro Señor Jesucristo, lib. I, pág. 332.

acceda a ello Jesús. Ella sabía «que le era sumiso [457]». Por orden de Jesús, van los sirvientes a tomar agua, y llenan hasta el borde seis grandes hidrias dispuestas para las abluciones de todos los convidados. No son, pues, los discípulos del Salvador los que ejecutan la orden de su Señor, como hace observar un intérprete moderno. No hay duda de que los convidados de Caná no formaban una [255] comisión científica con las condiciones que querría un retórico exigente, y sin embargo, no estarán menos exentas de toda sospecha las circunstancias del milagro. Manos extrañas y completamente desinteresadas toman el agua en la fuente próxima, y la vierten en las hidrias que había en el *Atrium.* Jesús no se ha separado de la mesa del festín, y cuando van a decirle los sirvientes que están ejecutadas sus órdenes, les contesta: «Sacad ahora, y llevad al Presidente del banquete vuelven los sirvientes, introducen las copas en las hidrias que llenaron de agua un momento antes y colorea el vino a la sazón la copa del symposiarca [458], del *Architriclino* [459], como le llama el texto sagrado, representando con este término, con maravillosa exactitud, la observancia de las dos costumbres hebraica y romana en la civilización de la Judea, en aquella época. El *Triclinio,* lecho de descanso, en que se tendían los convidados, apoyado el codo izquierdo sobre cojines, era una importación romana. Josefo la hace notar como una de las magnificencias del palacio de Herodes. Semejante lujo contrastaba singularmente con la institución mosaica que prescribía a los Hebreos que comiesen el Cordero Pascual, en pie, ceñidos los riñones, calzados los pies con las sandalias de viaje y con el báculo en la mano [460]. Sin embargo, extendiose en breve en Palestina, y lo encontraremos usado en todas partes, en la serie de la historia evangélica [461]. El nombre de *Architriclinus* procedió indudablemente del *Triclinium* romano; la expresión era nueva, pero la función que designaba era mucho más antigua entre los Judíos [462]. El capítulo XXXIII del Eclesiástico está consagrado enteramente a trazar las reglas de conducta para uso de los symposiarcas o presidentes de los festines [463], que servían el vino a los convidados. Todo el mundo sabe las sublimes metáforas que tomaron de esta costumbre nacional David e Isaías en sus cantos populares. [256] Jehovah es el gran symposiarca del mundo. «Tiene en la mano, dice el salmista, la gran copa del vino de sus venganzas, la ha inclinado a derecha e izquierda, para hacer que beban en ella las naciones, pero aún no se han agotado las heces y todos los

---

[457] Et erat subditus illis (Luc., II, 51).

[458] Véase el comentario de Cornelio a Lapide sobre el versículo 1.º del cap. XXXII del Eclesiástico, edit. Vivés, tom. X, pág. 141-156.

[459] El texto griego de San Juan trae, como el latín, la expresión a)rxitri/klinoj (Joan., Eu)agge/lion, II, 8). [Arkitriklinw y Euagge(lion en el original (N. del E.)]

[460] Exod, XII, 11.

[461] Marc., XIV, 3; Matth., XXVI, 7; Luc, XXII, 27; Joan., XIII, 12.

[462] Cf. Walchii, Disertatio de Architriclino.

[463] Tenemos sobre el mismo asunto un famoso tratado de Plutarco, titulado: Los Symposiarcas. Notemos de paso, que la soberanía tradicional de los festines antiguos, con su elección remitida ordinariamente a los caprichos de la suerte, se ha conservado hasta nuestros días en el banquete de los Reyes (Véase la sabia y curiosa disertación de M. del Hervillers: La Festividad de los Reyes y sus usos, París, 1862).

prevaricadores de la tierra llevarán a ella sus labios [464]». -Levántate Jerusalén, dice el profeta Isaías. La mano de Jehovah ha derramado sobre tus labios la copa de su cólera, tú has agotado hasta el fondo el cáliz del adormecimiento, y lo has apurado hasta las heces [465]. Los Hebreos tenían, pues, en sus festines, un symposiarca, un «architriclino» encargado de la presidencia del convite. Más adelante veremos que se disputaban tal honor, muy solicitado especialmente por los Fariseos [466]. En las bodas de Caná, se ejercía tal vez esta función por el Paraninfo [467], es decir, por el que dirigía la comitiva de la novia. El elogio que dirige al esposo en esta circunstancia, parece hacerlo sospechar así.

21. Como quiera que sea, el agua que tomaron en la fuente los servidores y que echaron en las seis hidrias lustrales, y después en la copa del architriclino, sin que la tocaran Jesús o sus discípulos, se convierte en un vino excelente, que provoca la admiración del Symposiarca. Prueba este licor e interpela al esposo. Cada pormenor del texto evangélico adquiere aquí una importancia capital. Los antiguos usaban, en la economía de sus banquetes, un sistema completamente contrario al nuestro. Las palabras del architriclino al esposo, marcan claramente esta diferencia. «Todo hombre dice, sirve primero el vino bueno, y después que han bebido bien, saca el que es inferior, mas tú has guardado hasta ahora el vino bueno [468]». Pero [257] la feliz reforma que han vulgarizado los principios cristianos, aun sin noticia nuestra, en las sociedades modernas, hace resaltar mejor con su contraste, la admiración que debió causar al esposo de Caná esta inesperada interpelación. El esposo sabía que se había agotado el vino de sus odres, e ignoraba aunque hubieran renovado en favor suyo la indicación de María y el poder divino de Jesús, el milagro de Elías en Sarepta. En un principio, pudo temer que fuese una ironía la palabra del architriclino, que agravara el embarazo de su situación; pero no duró mucho su ansiedad. En breve brilló el vino milagroso en la copa de los convidados y justificó el elogio del symposiarca. Entonces cambió de objeto la sorpresa, haciéndose general, de particular que era. ¿De dónde venía esta provisión inesperada de un vino excelente, que no sólo bastó para terminar el banquete, sino que llenó abundantemente las hidrias lustrales, para los siete días consagrados en los usos hebraicos a las nupciales fiestas? El Salvador que no había llevado nada consigo ni sus discípulos, al aceptar el convite del esposo de Caná, pagaba divinamente su hospitalidad. No es difícil representarse la emoción de los

---

[464] Psalm. LXXIV, 9. Igual alusión se encuentra en el versículo 5 del salmo XV; Dominus pars haereditatis meae et calicis mei (Véase Cornelio a Lapide, loc.cit., página 142.)

[465] Isa, II, 17.

[466] Luc., XIV, 8.

[467] Véase, respecto del Paraninfo, en los matrimonios judíos, el capítulo siguiente, núm. 9.

[468] Wetstein y otros intérpretes alemanes han pretendido que el Architriclino de Caná no era el Symposiarca, sino el director de los sirvientes, o lo que llamaríamos en nuestro lenguaje moderno, mayordomo o maestresala. Más salta a los ojos la inverosimilitud de esta opinión, porque un sirviente no hubiera interpelado a su amo como se ha dicho. Para hablar de tal suerte, era preciso ser uno de los convidados y tratar con el esposo con un tono de familiar igualdad que recuerda las funciones del Paraninfo «encargado, dice el doctor Sepp, de la presidencia de las fiestas nupciales» (Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 329. Cf. Nota del editor literario de Cornelio a Lapide, edit. Vivés, tom. XVI, pág. 331).

convidados, cuando supieron todas las particularidades del milagro. Supóngase que refiere tal hecho un historiador común. El pasmo del esposo, sus preguntas a los sirvientes, la admiración de los convidados, cuando se presentó a sus ojos la realidad del milagro, cada una de estas circunstancias sería notada con la mayor escrupulosidad. Mas el Evangelio se contenta con decir una palabra. «Así fue como manifestó su gloria Jesús, y sus discípulos creyeron más en él». La sencillez divina de semejante narración es tan milagrosa como el mismo milagro.

22. «Así, pues, dice el obispo de Hipona, ¿quién se admirará de que Nuestro Señor Jesucristo haya convertido el agua en vino cuando se sabe que es Dios quien obra por sí mismo? Dios verifica en las bodas de Caná, en las seis hidrias llenas de agua, lo que hace cada año en la cepa de nuestras viñas. Conviértese en vino por su poder el agua echada en ellas por los sirvientes, así como el agua vertida por las nubes y que cae en lluvia en nuestros collados. No nos admiramos de esta última trasformación, porque se verifica cada año a nuestra vista, y la frecuencia y el hábito de verla impide la admiración. Y no obstante merecería este hecho que se atendiera más a él que al mismo milagro de Caná. Cuando se reflexiona en la economía [258] divina que preside al gobierno del universo, se para el entendimiento, sobrecogido de admiración, y abrumado por todas partes con el peso de los milagros. Pero los hombres desvían sus pensamientos de la meditación de las obras de Dios, y no piensan en bendecir cada día su munificencia creadora. He aquí por qué se ha reservado Dios como golpes de estado y maravillas inusitadas, que les dispiertan de su adormecimiento y les vuelven a su olvidado culto. Los Judíos todos admirarán la resurrección de un muerto obrada por Jesucristo, y sin embargo, nacen millares de hombres cada día, y nadie piensa en admirarse [469]». Pero según el sentir de San Agustín y de los Padres de la Iglesia, el milagro de las bodas de Caná, tenía una significación más elevada todavía. El agua que llenaba las hidrias destinadas a las abluciones prescritas por la antigua ley, este elemento de una purificación enteramente material se convierte en el vino del Nuevo Testamento, que hace germinar las Vírgenes, en una generación espiritual y pura. El Evangelio era el vino excelente que tenía en reserva para la última hora el celestial Esposo [470]. «Asistiendo con su Madre a las bodas de Caná, dice San Cirilo de Alejandría, quiso Jesús consagrar el principio de las generaciones humanas, así como había santificado anteriormente el agua bautismal con su contacto divino. Para levantar la naturaleza decaída y volverla a su primitiva santidad, no bastaba que bendijera el Salvador a los hombres que ya habían nacido, era necesario, para el porvenir, que estableciera en las fuentes de la vida, la gracia que debía extenderse a toda la posteridad humana y santificar el origen de todos los nacimientos. « Así, lo mismo que en las puertas del Edén se nos aparecieron Adán y Eva como los primeros padres de una raza culpable, así, en las bodas de Caná, presiden, Jesucristo, el nuevo Adán, y María, la Eva rehabilitada, a la generación espiritual de los hijos de la gracia. El matrimonio cristiano será uno de los sacramentos del Nuevo Testamento. El milagro de las bodas de Caná inaugura la institución divina de la familia, reconstituida en Jesucristo. He aquí lo que se sabía en nuestra Europa, después que fue regenerada por el Evangelio. ¿Cree la exégesis racionalista haber tocado

---

[469] San Agust., In Joan., Tractat. VIII; Patrol. latin., tom XXXV, col. 1450.

[470] San Agust., In Joan., Tractat. IX, tom. cit. col. 1458-1466.

siquiera estas grandes cosas que han convertido al mundo, [259] el día en que se permitió esta apreciación: «El primer milagro de Jesús se hizo para regocijar una boda de aldea [471]?» ¡Este milagro hubiera obtenido sin duda el favor de una mención más formal si se hubiera verificado en las bodas de Agripina, para distraer de sus iras al César Tiberio!

[471] Vida de Jesús, pág. 188.

Capítulo V

Primer año del ministerio público

Sumario

§ I. LA PRIMERA PASCUA.

1. Arroja Jesús a los vendedores del Templo. -2. El tráfico en el Templo de Jerusalén. -3. Autenticidad de la narración evangélica -4. Las necesidades exegéticas de nuestra época. -5. Conversación de Jesucristo con Nicodemo. -6. Preocupaciones nacionales de los doctores de la ley. -7. Verdadero reino del Mesías. -8. Testimonio de San Juan Bautista. El amigo del Esposo. -9. Interpretación de las palabras de San Juan Bautista. Costumbres judías. Humildad del Precursor.

§ II. LA SAMARITANA.

10. Narración evangélica de la conversación de la Samaritana. 11. Jesús fatigado del camino. -12. Jesús, el divino solicitador de las almas. -13. ¡*Si scires domum Dei!* -14. La primera confesión en el brocal del pozo de Jacob. -15. El alma convertida. -16. Milagro de la profecía. -17. Milagro de la doctrina. -18. Conclusión.

§ III. VOCACIÓN DEFINITIVA DE PEDRO.

19. El Hijo del oficial real de Cafarnaúm. -20 Vocación definitiva de Pedro, Andrés, Santiago y Juan. -21. La pesca milagrosa.

§ IV. PRISIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

22. Herodes Antipas se desposa con Herodias, su sobrina. -23. Es encarcelado Juan Bautista por Herodes Antipas en Maqueronta.

§ V. JESÚS EN CAFARNAÚM.

24. Autoridad de la enseñanza de Jesús. -25. El día del sábado en Cafarnaúm. El endemoniado de la Sinagoga. -26. Exposición sumaria de los principios teológicos relativos a los poseídos del demonio. -27. Teoría racionalista. -28 Discusión del milagro evangélico obrado sobre el demoniaco de Cafarnaúm. -29. Inanidad de la hipótesis racionalista. -30. Curación de la suegra de Simón. -31. La tarde del sábado en Cafarnaúm.

§ VI. JESÚS EN NAZARETH.

32. Relato evangélico de la predicación de Jesús en Nazareth. -33. Las sinagogas judías en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo. -34. «Nadie es profeta en su patria. -35 Realización de la profecía de Isaías en la persona de Jesucristo. -36 La primera homilía cristiana. [262]

§ VII. SERMÓN DE LA MONTAÑA.

37. Las ocho bienaventuranzas. 38. La ley antigua y la nueva. -39. La ley del juramento. La ley del talión. Amor a los enemigos. -40. Limosna y buenas obras. Oración dominical. -41. Ayuno. El Lis de los campos. La Providencia. -42. La viga y la paja. Los falsos profetas. Las palabras y las obras. -43. Idea general del Señor de la Montaña.

§ VIII. MILAGROS EN CAFARNAÚM.

44 El leproso de Cafarnaúm. -45. El paralítico en casa de Simón-Pedro. -46. «Vuestros pecados os son perdonados». -47. Vocación de San Mateo. La comida del Publicano. Murmuraciones de los Fariseos y de los Doctores de la ley. -48. La hemorroisa. Resurrección de la hija de Jairo. -49. Doble carácter de autenticidad y de perpetuidad de los milagros del Evangelio.

§ I. La primera Pascua

1. «Después del milagro de Caná, dice el Evangelio, bajó Jesús a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos (o parientes) y sus discípulos, donde permanecieron pocos días, porque estaba próxima la Pascua de los Judíos. Jesús subió a Jerusalén, donde halló el Templo obstruido de mercaderes que vendían bueyes, y ovejas y, palomas, y de cambistas sentados junto a sus mesas. Y habiendo formado Jesús como un látigo de cordeles, los echó a todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y echó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: Quitad eso de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico. -Al verle proceder de esta suerte sus discípulos, se acordaron que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido [472]. Entre tanto, interpelando los Judíos a Jesús, le pre-señal o prodigio nos manifestarás que tienes autoridad para hacer estas cosas? -Respondió Jesús y les dijo: Destruid este Templo, y yo le reedificaré en tres días. -Dijéronle los judíos. Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este Templo, ¿y tú le has de restablecer en tres días? Pero Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Así, después que resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo dijo por esto, y creyeron (con más fe) en la Sagrada Escritura [473] y en las palabras que [263] Jesús había dicho. Y mientras Jesús estaba en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, viendo muchos los prodigios que hacía, creyeron en su nombre. Mas Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y no necesitaba de que nadie le diese

---

[472] Psalm., LXVIII, 10.

[473] La alusión que se hace aquí a la Escritura, se refiere a estas palabras del Profeta-rey: Ego dormivi, et soporatus sum, et exsurrexi, quia Dominus suscepit me (Psalm. III, 6). Exsurgam diluculo (Psalm. LVI, 9).

testimonio de ningún hombre, porque conocía por sí mismo el secreto de todos los corazones [474]».

2. Creyendo un retórico escribir la historia de Jesús, se ha atrevido a decir: «Aborrecía» el Templo, y nada fue menos sacerdotal que su vida». El primer acto de Jesús en Jerusalén es un acto de respeto al Templo. Su primera afirmación tiene por objeto declarar que «el Templo es la casa de su padre». Testigos de la indignación verdaderamente sacerdotal que se apodera de él, al entrar en los pórticos del Lugar Santo, profanados por un tráfico innoble, le aplican sus discípulos la palabra de David: «Señor, el celo de tu casa me ha devorado». Por lo demás, era imposible en semejantes circunstancias aplicar con más exactitud la cita del salmista. Los discípulos debieron estremecerse pensando en el tumulto que iba a promover la conducta de su maestro. Y en verdad, no era en lo interior del Templo, ni aún en el Atrio de los Judíos, donde se había constituido el mercado público en que los prosélitos que acudían de Egipto, de la alta Siria, de la Caldea y de Roma, en la época pascual, hallaban provisión de víctimas para los holocaustos, corderos para el festín de la Pascua, y palomas para el rescate de los primogénitos. El Atrio de los Gentiles, (*Atrium gentium*) estaba consagrado desde el tiempo de Herodes a estas transacciones que parecía haber legitimado el uso. El Talmud de Jerusalén refiere que un famoso rabino, Bava, hijo de Bota, y que gozaba de gran crédito para con Herodes, había tratado de establecer en los pórticos mismos del Templo, un mercado, donde había vendido desde luego tres mil corderos de Cedar [475]. La especulación había sido lucrativa, y le imitaron los mercaderes de bueyes y de palomas. En breve todas [264] las sinagogas de la Judea se convirtieron en lugares de tráfico. El carácter venal y avaro del pueblo Judío se prestaba a tentativas de este género, y a pesar de las prescripciones formales de la ley, llegó a ser el servicio del Templo, pretexto de un verdadero comercio. La policía de Herodes hallaba en esto también ventaja, puesto que nadie reclamaba contra un abuso de que la mayor parte trataba de aprovecharse. El Talmud cita a un rabino, Eleazar ben Sadoc, que ganaba con el cambio, cada año sumas enormes. A los dos lados de la puerta oriental había constantemente tiendas y mesas fijas que llegaban hasta los pórticos de Salomón. Cuando sucedió la dominación romana a la de Arquelao, no se alteró en nada este orden de cosas; sólo se vio tomar puesto al lado de los mercaderes, plateros y cambiadores con el doble objeto de facilitar las transacciones cambiando las monedas, y de especular sobre el impuesto sagrado de medio siclo que debía pagar cada israelita en la festividad de Pascua para la conservación del Templo [476].

3. Tal era la situación a que se dirigía Jesucristo con un látigo en mano, en presencia de sus discípulos atónitos. Trasládese la escena a otro teatro distinto del

---

[474] Joan., II, 12 ad ultim.

[475] He aquí el texto del Talmud de Jerusalén: «Un día Bava Ben Bota, llegando al recinto del Templo, lo encontró vacío» y exclamó «¡Hállese tan desierta la casa de los que han hecho que esté vacía la casa del Señor!». -Después envió al punto a buscar tres mil corderos del Cedar, los registró para asegurarse de que estaban sin tacha, y los hizo llevar al Templo. «Y ahora, hijos de Jacob, hermanos míos, dice, que aquellos de vosotros que quieren ofrecer holocaustos o sacrificios, compren e inmolen» (Talmud, Hierosol., Jom-Tob., fol. 61, col. 3).

[476] Sepp, Vida de Jesús, tom. I, pág. 384, 385. (Cf. Talmud Shekalim, cap. I).

de la civilización judía; apártese de la persona divina de Jesús la aureola con que le había rodeado el testimonio de Juan Bautista, y el hecho de la expulsión de los vendedores del Templo tomará a los ojos de los espectadores, el carácter de un atentado contra el orden establecido; la multitud turbada en el ejercicio de un derecho en apariencia legítimo, desconcertada en sus hábitos, y sobre todo en sus intereses mercantiles, se apoderará del perturbador del reposo público, y se tomará la justicia por sí misma, o por lo menos entregará al culpable a los agentes de la autoridad romana. Así hubiera sucedido en cualquier otra parte. Pera todos los habitantes de Jerusalén habían oído algunos meses antes, de labios de Juan Bautista, la gran nueva de que acababa de hacer su advenimiento en Judea el Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, el Dominador, el Maestro esperado, el Hijo en quien había puesto Dios todas sus complacencias. Todos sabían que se había rendido a Jesucristo este testimonio a orillas del Jordán, y oían a los discípulos del Salvador darle públicamente el título de Hijo de Dios, y referir los milagros obrados por su poder. En el momento, [265] pues, en que el Mesías proclamado, aparece por vez primera con esta notoriedad en el Templo, y arroja de él a los vendedores que trasforman la casa de su Padre en un lugar de vil tráfico, los testigos de este acto insólito miran cual obra, sin que ninguno piense en impedírselo, porque conoce cada uno en su conciencia la justicia de aquel acto, y se limitan los Judíos a pedir a Jesús un milagro que les convenza de la divinidad de su misión. Todas las circunstancias de la narración evangélica llevan, pues, el sello de una autenticidad fundada en las entrañas mismas del hecho. No recordaremos aquí la perfecta concordancia de la fecha de cuarenta y seis años indicada como la de la reconstrucción del Templo, pues ya tuvimos ocasión de señalarla en la historia de Herodes [477]. La empresa que comenzó este príncipe veinte años antes de la E. V. se prolongó aun más allá del periodo evangélico. Veinte y seis años de nuestra era habían trascurrido, en la época de la solemnidad Pascual, en que expulsó Jesús a los mercaderes del Atrio de los extranjeros; de manera que tenían una exactitud matemática los cuarenta y seis años citados por los Judíos.

4. Lejos estamos en verdad, de atribuir a esta confirmación del Evangelio por medio de pruebas internas o externas, el predominio sobre el carácter divino que se revela, independientemente de toda preocupación científica, a la simple lectura o a consecuencia de una meditación piadosa. ¡Cuán preferible no sería elevar nuestros corazones y nuestras inteligencias con el estudio exclusivo de los misterios de amor, de verdad y de vida, cuya constante manifestación es la historia de Dios! Pero el indigno disfraz que ha osado presentar la incredulidad en estos últimos tiempos contra el texto sagrado, nos impone la dura necesidad de arrancarnos de los divinos encantos de una contemplación que arrebataba al genio de Bossuet. En las épocas de postración y decadencia intelectuales, son necesarias enseñanzas proporcionadas al estado de los espíritus. En un siglo que se deja seducir por el eco de los añejos sofismas de Celso y de Porfirio, es preciso recordar los elementos de la catequística. ¡Ojalá nos den aun nuevos Agustines, para uso del nuevo racionalismo, tratados semejantes a los que el gran obispo de Hipona dirigía a los catecúmenos de su tiempo, con un título verdaderamente [266] apropiado a las necesidades actuales: ¡*De catechizandis rudibus*! Continuemos, entretanto, recogiendo las enseñanzas que se desprenden de los libros del divino Maestro.

---

[477] Alude aquí el autor a su Historia general de la Iglesia. -(N. del T.)

5. «Había entonces en Jerusalén, dice San Juan, un doctor fariseo, llamado Nicodemo, hombre principal entre los Judíos, el cual fue de noche a buscar a Jesús, y le dijo: Maestro, sabemos que eres un doctor enviado de Dios, porque nadie puede hacer los prodigios que tú haces, si Dios no está con él. -Respondió Jesús, y le dijo: ¡En verdad, en verdad te digo, que ninguno puede ver el reino de Dios, sino nace de nuevo! -Pero ¿cómo puede nacer de nuevo un anciano? dijo Nicodemo. ¿Cómo puede volver otra vez al seno de su madre para renacer? -En verdad, en verdad te digo, respondió Jesús, nadie puede entrar en el reino de Dios, sino renaciere (por el bautismo) del agua, y (la gracia) del Espíritu Santo. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu. No extrañes, pues, que te haya dicho: Es necesario que vosotros nazcáis otra vez. El espíritu sopla donde quiere y tú oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va: lo mismo sucede respecto de todo aquel que ha nacido del espíritu. -¿Cómo se puede hacer esto? preguntó Nicodemo. -¿Eres doctor en Israel, respondió Jesús, e ignoras estas cosas? En verdad, en verdad, te digo, que nosotros hablamos lo que sabemos bien y no atestiguamos sino lo que hemos visto, y no obstante, vosotros no admitís nuestro testimonio. Si no me creéis, habiéndoos hablado cosas terrenas, ¿cómo me creeréis si os hablo de cosas celestiales? Ello es así que nadie subió al cielo, sino aquel que bajó del cielo (a saber) el Hijo del hombre que está en el cielo. Al modo que Moisés levantó en alto la serpiente de bronce en el desierto, así conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que logre la vida eterna; porque amó Dios tanto al mundo que le dio a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan la vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por su medio. Quien cree en él, no es condenado, mas el que no cree, ya tiene hecha la condena, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Y la causa de esta condonación consiste en que habiendo venido al mundo la luz, amaron los hombres más las tinieblas que la [267] luz, por cuanto sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra mal, aborrece la luz y no se arrima a ella para que no sean reprendidas sus obras; mas el que obra según la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras son hechas según Dios [478]».

6. Si fuera permitido aplicar a los divinos misterios del Evangelio denominaciones tomadas del orden terrestre y de nuestros usos vulgares, se podría decir que este diálogo secreto de Jesucristo con Nicodemo es enteramente el programa de la Redención verificada en favor de las almas por el Verbo encarnado. ¿Quién era este doctor ilustre en Israel que venía a encontrar por la noche al nuevo Rabí, cuyos milagros impresionaban a la multitud? Un discípulo de la escuela de Hillel, responden las tradiciones Talmúdicas; un hombre opulento, que hacía tender a sus plantas, cuando entraba en la Sinagoga, alfombras que abandonaba a los pobres. El Evangelio nos dice solamente que era uno de los miembros principales de Sanhedrín, y que se convirtió secretamente a las doctrinas del Salvador, sin atreverse a declararse en público por miedo a los Judíos [479]. La riqueza de Nicodemo, que llamó la atención de los Talmudistas, no causa impresión alguna en

---

[478] San Juan, III, 1-21.

[479] Eo quod esset discipulus Jesu, occultus autem propter metum Judaeorum (Joan.), XIX, 38.

el Evangelista; pero fijan particularmente la atención de San Juan, su título de doctor en Israel y el conocimiento de las Escrituras que éste supone. Todo el diálogo de Jesús con este tímido prosélito tiene por base la Escritura. El Antiguo Testamento era como la raíz del Evangelio; pero era precisa la revelación del Verbo para fecundizar este antiguo tronco. ¿Cuántas veces no habían anunciado los Profetas que Dios crearía una nueva generación, nuevos cielos y una tierra nueva? Nicodemo conocía sin duda estos textos sagrados, pero cuando oye la solemne afirmación de la necesidad de un segundo nacimiento, no comprende nada de este misterio, cuya sola enunciación provoca por su parte la objeción del más repugnante materialismo. Sin embargo, había leído las palabras de Jeremías, mandando de parte de Jehovah la circuncisión del corazón [480] y la célebre profecía de Ezequiel: «Os quitaré vuestro corazón de piedra para sustituirlo con otro de carne [481]». Tal vez llevaba, como fariseo escrupuloso, bordada en la orla de su vestidura, la oración de David: ¡Oh Dios! [268] ¡cread en mí un corazón nuevo [482]! «Por lo menos, era fiel observante de las prescripciones legales, respecto de las abluciones frecuentes. Pero bajo la letra de la ley, no sabía discernir la purificación espiritual, de que eran figura los ritos Mosaicos. El bautismo legal en el agua, para borrar las impurezas corporales; el bautismo legal en la carne, por medio de la circuncisión, para imprimir el sello de la adopción de los hijos de Abraham; tales eran a los ojos del Fariseo, los únicos elementos de santificación. He aquí por qué no comprende nada de la regeneración de las almas que acaba de verificar el Hijo de Dios. Para él, así como para todo el judaísmo, debe ser el Mesías un poderoso dominador, un fundador de imperio: subyúgale la idea de ver realizarse esta esperanza en la persona de Jesucristo; viene por la noche a llevar a los pies del Salvador el testimonio de toda su secta. «Rabí, dice, sabemos que vienes de parte de Dios, según nos lo prueban tus milagros». Si le hubiera contestado el divino Maestro: «Dentro de dos años volverá a levantarse el trono de David, Jerusalén eclipsará a la Roma del César, y los hijos de Abraham serán los soberanos del mundo», hubiera comprendido Nicodemo este lenguaje y aplaudido esta revelación.

7. Pero Jesús dice por lo contrario: «No ha enviado Dios a su único Hijo para juzgar al mundo; le ha enviado para llevar la salvación a las almas por medio de la fe. El Hijo del hombre será elevado como la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto. Lo atraerá todo a sí de lo alto de una cruz». Tal es el trono que acaba de buscar en la tierra el Hijo único de Dios que ha bajado del cielo. Su revelación es luz, verdad y obras de vida. El nuevo reino que acaba de fundar es una regeneración espiritual, cuya puerta es el bautismo del agua y del Espíritu Santo; este bautismo, figurado por la circuncisión da una vida nueva, un segundo nacimiento a las almas. Iluminados hoy por el Evangelio, comprendemos cada una de las palabras del discurso de Jesús, pero el doctor de Israel las oyó sin penetrar su sentido. El soplo del viento lleva un eco a nuestros oídos, sin que sepamos ni de dónde viene ni adónde va; tal era exactamente la situación del fariseo, al escuchar esta revelación inesperada. Al proseguir el estudio de la narración [269] evangélica, va a desarrollarse sucesivamente a nuestros ojos, la admirable economía del

---

[480] Jerem., IV, 4.

[481] Ezech., XI, 19.

[482] Salm. L, 12.

renacimiento de las almas en la tierra por la gracia de los Sacramentos, por la fe en el nombre del Hijo de Dios, y el cumplimiento de las obra de verdad. Pero podemos apreciar desde ahora, por la admiración de uno de los más ilustres doctores de Israel, los obstáculos que deberá encontrar tal doctrina, antes de subyugar las inteligencias. La profundidad de las tinieblas que cubrían la humanidad, opondrá a la luz divina una resistencia tanto más obstinada, cuanto que son las tinieblas un cómodo manto para ocultar todas las obras del pecado. Y si era ya tan difícil hacer comprender la generación espiritual de santidad que traía el Salvador a la tierra ¿cuánto más no lo será hacer que acepten las inteligencias el adorable misterio de la Encarnación del Verbo, Hijo único de Dios, que descendió del cielo por amor nuestro? El Doctor de Jerusalén comprendió más adelante cuál era el trono de que había hablado el Hijo del hombre, cuando le fue entregado en sus manos por Pilatos el cuerpo inanimado del Salvador, elevado en la cruz, como en otro tiempo la serpiente de bronce en el desierto.

8. El bautismo en el agua y el Espíritu Santo, era, pues, el principio de la regeneración del mundo. Así lo había anunciado el Precursor, preparando de esta suerte realmente y al pie de la letra, «los caminos ante el Señor». Es preciso cerrar voluntariamente los ojos a la luz para no sentirse impresionado por la magnífica correspondencia que existe entre la misión preparatoria de Juan Bautista y la acción suprema de Jesús. Sin embargo, la incredulidad moderna no parece ni aún sospecharía. Pero olvidemos las sacrílegas interpretaciones de la exégesis racionalista [483], pues caen por su peso ante la majestuosa sencillez del Evangelio. «Después de la festividad de Pascua, continúa el escritor sagrado, Jesús, seguido de sus discípulos, volvió a la campiña de Judá, próxima a Jerusalén [484]; [270] donde vivía y bautizaba por el ministerio de sus discípulos, que conferían el bautismo en su nombre [485]. Entonces se hallaba Jesús en las riberas del torrente de Ennom junto a

---

[483] «Parece, dice el racionalismo, que a pesar de su profunda originalidad, fue Jesús por algunas semanas, el imitador de Juan. El bautismo había sido puesto en gran favor por Juan: se creyó obligado a hacer como él, y bautizó y también sus discípulos. Inclinose, pues, por un momento al bautismo, por una especie de concesión» (Vida de Jesús, pág. 107-115). Basta oponer a esta teoría la última palabra de Jesús a sus Apóstoles antes de la Ascensión: «Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». ¿Significa esto que haya Jesús renunciado nunca «al bautismo», como quisiera hacer creer el moderno escritor?

[484] In terram Judaeam (Joan., III, 22). Es decir, en la campiña de Judá, por oposición a la ciudad de Judá (Jerusalén). Las expresiones griegas Gh= o Xw/ra , se emplean comúnmente en este sentido en el estilo hebraico (Cf., Jos., VIII, 1; Act. X, 39). El país de Judea de que habla aquí el Evangelista, representa la parte principal de la antigua etnarquía de Arquelao, es decir, la comarca del medio día de Jerusalén, entre esta ciudad, el valle de Betsabé, el mar Muerto y el Mediterráneo.[Gh/ y Xwra en el original (N. del E.)]

[485] . Et baptizabat (Joan., III, 22) Quamquam Jesus non baptizaret, sed discipuli ejus (Joan., IV, 2). Aproximando estos dos versículos que se explican el uno por el otro, se hubiera evitado el racionalismo un error de hecho en su apreciación sobre el papel de Jesucristo, como «bautista por imitación». Digamos, no obstante, con San Agustín, que el Salvador bautizó de su mano a sus primeros Apóstoles, para servirse después de su ministerio para conferir a los demás el sacramento de la regeneración. Administrase el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; fórmula que en su misma enunciación supone la delegación del ministro. He aquí por qué bautizaba Jesús por mano de sus discípulos en la campiña de Jerusalén, así como bautiza hoy a las naciones por mano de los ministros del Sacramento. Tal es el parecer de toda la antigüedad cristiana (Cf. Clemente de Alejandría, Hypotiposes, lib. V; Mosco, Prat, Spirit. cap. CLXXXI; Ambros., in Lucam,

Salim [486], donde había agua abundante y profunda. Y acudían muchos y eran bautizados, porque en aquella época aún no había sido Juan encarcelado, como lo fue a poco por Herodes Antipas. Habiéndose suscitado una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos sobre el bautismo de su Maestro, acudieron a Juan sus discípulos, y le dijeron: Maestro, aquel que estaba contigo, a la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, sábete que se ha puesto a bautizar, y todos van a él. Respondió Juan, y dijo: el hombre no puede atribuirse cosa alguna sino le es dada del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él (como precursor suyo). ¿Quién es el esposo, sino aquel en cuyas manos se entrega la esposa? En cuanto al amigo del esposo, que está para asistirlo, se regocija en extremo de oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo. Conviene que Jesús crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior a todos. Y atestigua los misterios [271] divinos que vio y oyó, y no obstante, nadie recibe su testimonio. Mas quien recibe su testimonio, testifica que Dios es verídico; porque éste, a quien Dios ha enviado, habla palabras de Dios, porque Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo (de Dios), tiene la vida eterna; pero quien no da crédito al Hijo de Dios, caerá en la muerte, bajo el peso de la ira de Dios [487]».

9. En las riberas del Ennom, se expresa Juan Bautista, respecto de la divinidad de Jesucristo, absolutamente en el mismo sentido que lo hacia ha poco el Salvador con el doctor fariseo. Se indigna contra la incredulidad de sus propios discípulos que rehúsan ir a Jesús y escuchar la palabra del Hijo de Dios. Pero hay en el acento del Precursor una emoción, una respetuosa ternura, una profunda humildad, que se ocultaban tal vez al entendimiento de los lectores poco familiarizados con las costumbres judaicas, y cuyo admirable carácter conviene hacer resaltar. La alusión que hace aquí San Juan Bautista a las pompas nupciales de los Hebreos, merece fijar toda nuestra atención. La prometida esposa judía, engalanada con los adornos que le había enviado aquella mañana el esposo [488], dejaba la casa paterna de

---

Comment., VIII; Hilar. Pietav., in Matth., XX, 10). No sucede lo mismo respecto de una opinión reciente, que hace bautizar la Santísima Virgen por su divino Hijo. Esta tradición no se eleva más allá del siglo X.

[486] El Ennom es un torrente que viene de la Batanea y se arroja en el Jordán, cerca de dos leguas más abajo del lago de Genezareth. Su nombre moderno es Iarmuk. La ciudad de Salim, llamada hoy Selim, hace frente a la embocadura del Ennom, a una legua de distancia, del lado de Samaria. «Se observará, dice el doctor Sepp, que Juan no podía bautizar sino en los sitios donde había mucha agua, porque bautizaba siempre por inmersión. Por el contrario, puede deducirse de las palabras del Evangelista, que Jesús, o más bien sus Apóstoles, bautizaban indistintamente ya por inmersión, ya en la forma actual, lo cual les permitía conferir el bautismo en todas partes» (Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom I, pág. 399).

[487] Joan., III, 23 ad ultim.

[488] En la mañana del día de las bodas, dice el doctor Sepp, enviaba el esposo a casa de su suegro los adornos de su novia, con vasos de ungüentos y perfumes, frutos y toda clase de objetos preciosos. Un vaso de esta clase fue el que derramó María Magdalena a los pies de Jesús (Marc., XIV, 3). La esposa, por su parte, enviaba a su esposo la túnica que debía servirle un día de sudario, y que debía guardar y llevarla todos los años en día de año nuevo y en la fiesta de las Expiaciones;

noche, al son de los instrumentos de música a la luz de las lámparas. Formaban su séquito diez Vírgenes con sus lámparas encendidas, a quienes precedía la joven esposa, llevada por el paraninfo. El esposo, ungido de perfumes, ceñida la frente con una corona, venía a recibirla, precedido de diez jóvenes, a cuya cabeza iba el amigo del esposo. Designábase su llegada, que esperaban las jóvenes Vírgenes por la gozosa aclamación que nos ha conservado una parábola evangélica: «He aquí al esposo, salid a su encuentro [489]». Entonces se reunían las dos comitivas, y presentaba el paraninfo la esposa a su futuro esposo. Estos pormenores, tomados de las costumbres tradicionales de los Judíos, nos dan el sentido [272] de la comparación que emplea el Precursor. ¿Quién es el esposo? dice. ¿Es el que se adelanta el primero a la cabeza del séquito nupcial? No, es aquel en cuyas manos será entregada la esposa. Pero allí está a su lado el amigo del esposo, gozando de la dicha de aquel a quien ama, oyendo su voz conmovida y participando de su felicidad. Así, según la expresión de San Juan Bautista, la Encarnación del Hijo de Dios era la solemne alianza del Verbo con la humanidad: En esta grande epopeya nupcial, que proyectó su brillo sobre las tinieblas de una noche de cuatro mil años, no se atrevió el Precursor ni aun a atribuirse el papel del paraninfo, del que conducía a la esposa para ofrecerla al esposo. «Y no obstante, parece, dice San Juan Crisóstomo, que tal fue en realidad la misión de San Juan Bautista. Puso, pues, en mano del esposo celestial la mano de la Iglesia, su esposa, y fue el lazo de unión entre las almas y el Verbo encarnado». Pero el humilde Hijo de Isabel no se permitió tan elevados pensamientos respecto de su persona. Ya había dicho una vez, que en presencia de Cristo, Hijo de Dios, se tenía por indigno de desatar las correas de sus sandalias. «Hoy, a punto de terminar su carrera de Precursor, cuando da el testimonio de haber dispensado fielmente el depósito de la verdad confiado a su ministerio, deja escapar una palabra de enternecimiento que revela todo el secreto de su alma apasionada. Se dice el amigo del esposo bajado del cielo para desposarse con la humanidad. Y ¡qué suavidad de lenguaje en su comparación con el fiel amigo que oye la voz del esposo, permanece en silencio para gozar mejor de sus acentos, y se estremece en la plenitud de la alegría, contemplando el gozo de aquel a quien ama! He aquí perfectamente marcado el carácter del amor divino, cuya inmortal llama vino Jesucristo a encender en los corazones. Juan Bautista no aspira a ningún otro poder, a ningún otro privilegio, a ninguna otra grandeza. Y es, que en efecto, el Verbo encarnado, el Esposo que vino a contraer en persona estas bodas espirituales, no recibió de nadie más que de sí mismo, su esposa amadísima. Es el Verbo de Dios que creó al hombre inocente: es el Verbo de Dios que dejó caer una palabra de consuelo, de misericordia y de esperanza sobre el hombre culpable; es el Verbo Dios que llamó a Abraham y constituyó en la progenie de los patriarcas, la herencia de las promesas de salvación; hizo oír su en el Sinaí, y dictó sus leyes a la nación escogida; inspiró las profecías [273] en la serie de las edades, y dirigió las esperanzas de los justos. Nadie, pues, tuvo que darle su esposa, el día en que se presentó él mismo para su mística unión: Juan Bautista le precedió tan sólo, gritando al Judaísmo: «¡He aquí viene el esposo, corred a su encuentro!»

---

así como la esposa llevaba también la suya en estas dos solemnidades, para tener siempre presente en su memoria la idea de la muerte (Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 328).

[489] ¡Ecce sponsus venit, exite ob viam ei (Math., XXV, 6.)

§ II. La samaritana

10. Después de la profesión de fe tan explícita del Precursor, acudió la muchedumbre, con un ardor nuevo, al lado de Jesús. Los Fariseos y los doctores de la ley, prevenidos ya contra Juan Bautista, cuyo bautismo afectaban rechazar [490], no se mostraron menos hostiles a la influencia del Salvador. «Habiendo, pues, sabido con furiosos celos que Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, dice el Evangelista, conociendo Jesús sus malos designios, dejó la Judea y se fue otra vez a Galilea, para lo que le era necesario pasar por Samaria. Llegó, pues, a una ciudad de este país llamada Sicar, próxima a la heredad que había dado Jacob a su hijo Josef, y donde estaba el pozo llamado la Fuente de Jacob. Fatigado Jesús del camino, se sentó en el brocal del pozo. Era ya cerca de la hora de sexta [491]. Y habiendo venido una Samaritana a sacar agua, le dijo Jesús: Dame de beber, (porque sus discípulos habían ido a la ciudad próxima a comprar de comer.) Y la Samaritana le dijo: ¿cómo, siendo tú Judío, me pides de beber a mí que soy Samaritana? ¿por qué los Judíos no comunican con los Samaritanos? -Respondió Jesús y le dijo: si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a él y te hubiera dado agua viva. -Señor, respondió ella, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; antes el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna. -¡Ah! Señor, exclamó la Samaritana, dame de esa agua, para que no [274] tenga yo más sed ni haya de venir aquí a sacarla. -Pero Jesús le dijo: Ve y llama a tu marido y vuelve con él. -Respondiole la mujer: Yo no tengo marido. -Y Jesús añadió: Bien has dicho, que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es tu marido; en esto dijiste la verdad. -La mujer respondió: Señor, veo que tú eres profeta; instrúyeme sobre este punto. Nuestros padres adoraron a Jehovah en este monte, y vosotros los Judíos decís que el lugar donde se debe adorar es Jerusalén. -Mujer [492], respondió Jesús, créeme a mí: ya llegó el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoréis al Padre. Vosotros los Samaritanos

---

[490] Pharisaei autem et legieriti consilium Dei spreverunt in semetipsos, non baptizati ab eo (Joan. Luc. XVII, 30).

[491] Mediodía.

[492] Se puede referir esta palabra Gu/nai, a la expresión idéntica referida en el capítulo anterior, núm. 18; Nota.[Gunai en el original (N.del E.)]

adoráis lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (o el Salvador) procede de los Judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad. -Ya sé, replicó la Samaritana que está para venir el Mesías (que quiere decir Cristo). Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. -Y Jesús le respondió: Ése soy yo, que hablo contigo. A este tiempo llegaron sus discípulos y se admiraban de que estuviese hablando con una mujer. No obstante, ninguno le dijo ¿qué le preguntas, o qué hablas con ella? -Con esto, la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y dijo a aquella gente: Venid a ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¡Será éste, por ventura el Cristo! -Salieron ellos de la ciudad y vinieron a verle. Entre tanto, habían servido los discípulos la comida, y rogaban a Jesús diciendo: Maestro, come. -Y él les respondió: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis. Y los discípulos se preguntaban unos a otros. ¿Acaso le habrá traído alguno que comer durante nuestra ausencia? -Pero Jesús respondió. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo. Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse. Aquel que siega recibe su jornal y recoge el fruto para la vida eterna, para que así haya contento tanto para el que siembra como para el que siega. [275] Porque en esto es verdadero el refrán de que, uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado a vosotros a segar lo que no sembrasteis; otros hicieron la labranza, y vosotros habéis entrado en sus labores. Así habló Jesús. Y muchos Samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús por la relación de la mujer que aseguraba que le había revelado todos los secretos de su vida. -Y habiendo venido los Samaritanos a encontrarle, le pidieron que se quedase allí, y se quedó dos días. Y creyeron en él muchos más, por haber oído sus discursos. Y decían a la mujer: ya no creemos por tu relación, sino porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo [493].

11. En cada pormenor de este episodio evangélico brilla la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo con una sencilla y dulce majestad, que eclipsa todo comentario. A la sexta hora del día, cuando devoran los rayos del sol del medio día la campiña abrasada, el Salvador, fatigado del camino va a sentarse en el brocal del pozo de Jacob. «No sin un misterio de amor, dice San Agustín, Jesús, la fuerza de Dios, el que viene a reparar todos los desfallecimientos y flaquezas, se somete a la fatiga del camino. ¿Hay poder más supremo que el del Verbo creando el mundo sin esfuerzo? Pero admírese este milagro de debilidad; ¡el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros! La fuerza de Cristo nos creó, y la debilidad de Cristo nos regeneró! ¡La fuerza llama a la vida lo que no existía aún; la debilidad preserva lo que es de una perdición universal; la fuerza nos ha creado, la debilidad nos salva». Había sonado la sexta hora de los siglos para el género humano, que marchaba al través de las seis edades de la historia antigua. ¿Qué áspero camino no ha señalado desde el umbral del Edén hasta bajo el azote de Tiberio? Nadie ha aplacado la sed de este viajero que iba errante por los áridos arenales del paganismo, suspirando por las fuentes de agua viva, pidiendo la verdad a todos los sabios, inclinándose

[493] Juan, IV, 1-41.

hacia todas las doctrinas, y recayendo finalmente a la pesada impresión de la luz y del calor en una sombría desesperación. ¡Oh Jesús, esposo divino de la humanidad, a vos que abrazasteis sus fatigas, sus miserias y sus flaquezas, toda mi alma os adora, en esta fuente de Jacob, abierta en otro tiempo por el Patriarca, y de [276] donde van a brotar a vuestra voz torrentes de gracia, de refrigerio y de paz! Los discípulos, en su afecto enteramente humano, han ido a la ciudad de Sicar a comprar las modestas provisiones que quieren ofrecer a su maestro para su alimento. Mas Jesús tiene una hambre y una sed desconocidas, ¡tiene sed de almas, tiene hambre de esa mies espiritual cuyas maduras espigas blanquean entre las naciones: está hambriento de la salvación del mundo!

12. Pero ¿quién podrá comprender nunca las infinitas ternuras y las divinas condescendencias que se juntan en su corazón, con esta hambre y esta sed inconmensurables? «Dame de beber», dice a la Samaritana, que baja con su cántaro a tomar la agua viva. Tal es aún, tal será hasta el fin de los siglos la súplica de Jesús. Divino solicitante de las almas, dirige a cada una de ellas la misma palabra. Así, dice a Felipe: «Sígueme», muestra a Nathanael los cielos abiertos y subiendo y bajando del cielo los Ángeles sobre el Hijo del hombre: descubre a Nicodemo esa exaltación de la cruz que ha de levantar al mundo con un impulso divino; a los convidados de Caná, ofrece el excelente vino del Evangelio, reemplazando el agua degenerada con que llenan los Fariseos la copa doctoral, pero pide a cada uno su alma, y repite como a la Samaritana: «dame de beber». La extranjera «ignora el don de Dios», a la manera que todas las almas extraviadas y pecadoras que han oído y que oirán aun la palabra del divino Maestro. Levántanse abismos de separación entre la Samaritana y el Judío desconocido que le dirige esta súplica. El anatema del Sanhedrín condenaba a todo judío que se atrevía a comunicar con un Samaritano, excepto únicamente cuando se trataba de relaciones comerciales. Por lo demás, el sacerdote de Jerusalén que acogía para el Templo la ofrenda de un pagano, rechazaba con horror la de un hijo de Samaria. Así, al través de abismos, de preocupaciones, de errores y de odios, llama diariamente la voz de Jesucristo a la puerta de las conciencias, que le responden como la mujer de Sicar: «¿Cómo siendo tú Judío me pides de beber a mí que soy Samaritana? Porque los Judíos no comunican con los Samaritanos». Así se rechaza la súplica del Dios desconocido que tiene sed de almas; se aparta a este solicitante omnipotente, como un importuno, como un enemigo. En la historia de una conversión en el brocal del pozo de Jacob, tenemos la historia de todas las conversiones. La Samaritana atribuía sin duda a la casualidad el encuentro del divino [277] extranjero; asimismo, parece que es la casualidad la que pone una conciencia humana en frente de la divinidad olvidada o desconocida del Salvador. Pero en realidad, Jesús esperaba a la Samaritana en el pozo de Sicar, así como espera siempre, y prepara la ocasión de esperar al pecador en las fuentes de la Penitencia. Las resistencias del alma que lucha bajo el golpe victorioso de la gracia, las objeciones de la incredulidad, del racionalismo, de la falsa ciencia, son exactamente las de la Samaritana «¿De dónde sacas esta agua viva? Tú no tienes en qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Eres, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob que nos abrió este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y ganados?» El pozo de Jacob tenía más de treinta metros de

profundidad [494]. El agua viva que encerraba, llamada así en oposición a los depósitos estancados de aguas pluviales que se recogen en Palestina en las cisternas, era el único recurso de la comarca. He aquí lo que le opuso la Samaritana, interpretando las palabras de Jesús en sentido material.

13. Y no obstante había dicho Jesús: «Si conocieras el don de Nos, si supieses quién es el que te habla y te dice: Dame de beber, tal vez le hubieras tú hecho la misma súplica y te hubiera dado agua viva». La Samaritana ignoraba que hubiera venido el Verbo encarnado a darse a sí mismo al mundo, y que hubiera trasportado a la tierra, por medio de esta divina liberalidad, toda la riqueza de los cielos. Cuatro mil años de indigencia, de miserias y de desnudez pesaron sobre la humanidad hasta la hora en que trasformó el don de Dios la pobreza en un tesoro inagotable, el padecimiento en un manantial de eternos regocijos. Así sucede también aun respecto de las almas. El mayor obstáculo entre la acción reparadora del Salvador, y una conciencia extraviada es la ignorancia del don de Dios. Ceguedad fatal que sumerge al alma en las tinieblas palpables del materialismo. Esta fuente de verdad y de vida que promete Jesús al pecador, la desdeña éste y niega su existencia. ¿Pues qué, dice, no ocultan la verdad y la vida sus secretos a inexploradas profundidades? El pozo de la sabiduría y de la virtud es un abismo. ¿Cuáles son, pues, los medios que emplea Cristo para hacerlas surtir? [278] Los más grandes genios de la humanidad ¿abrieron con sus trabajos manantiales que basten a saciar las inteligencias? ¿Es por ventura Cristo más grande que ellos? -Tal es la obstinada respuesta del orgullo humano que no conoce el don de Dios, y Jesús no se cansa de hacer su misteriosa invitación: «Todo el que bebe del agua de vuestros pozos volverá a tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; porque el agua que yo le daré será para él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna». El agua del pozo de Sicar, continúa San Agustín, «es el deleite oculto en las tenebrosas profundidades donde van a tomarle los hombres en el cántaro de las pasiones, inclinándose hacia el abismo para recoger en él algunas gotas de deleite y bañar con él sus labios. «Pero lejos de apagar la sed esta bebida, enciende en los corazones llamas inextinguibles. Si prometiera Jesús a los que están gastados por los placeres y los goces de este mundo el agua de un deleite siempre renaciente y siempre satisfecho, responderían también con la Samaritana: «¡Ah! ¡Señor! ¡dame de esa agua!» Pero los torrentes de agua viva que abre Jesús en las almas, no son de esta naturaleza. La mujer de Samaria va a verificar en breve esta experiencia y a abjurar su error.

14. Hasta aquí se ha sostenido el diálogo en un paralelismo riguroso, entre las preocupaciones enteramente materiales de la extranjera y las alturas divinas a donde la eleva cada respuesta de Jesús. Los Samaritanos, dice el doctor Sepp, creían que una multitud de manantiales que descendían de la montaña santa de Garizim atravesaban la llanura en su corriente subterránea, e iban a formar a algunos estadios un torrente que llevaba sus ondas al Jordán. La mujer de Sicar se persuadió que iba su interlocutor a abrir uno de esos manantiales ocultos,

---

[494] Prope civitatem Sichem, quae nunc Neapolis dicitur, Ecclesia quardrifida est, hoc est in modum crucis facta, in cujus medio fons Jacob habetur, quadraginta cubitos altus, de quo Dominus aquas a Samaritana muliere petere dignatus est. (Beda, De Locis sanctis, cap. XV. Cf. Baronius, Annal. Eccles., tom. I, pág. 73.)

haciéndoles surtir a cielo abierto. Imbuida de esta idea exclama: «Señor, dame de esa agua para no tener sed ni venir aquí a sacarla, a tanta profundidad». Y todavía pudo imaginarse, por último, en su cándida interpretación, que necesitaba auxilios el desconocido para hacer excavaciones y dirigir hacia la ciudad de Sicar una fuente de agua viva. Éste fue tal vez el sentido que dio desde luego a la palabra de Jesús: «Ve y llama a tu marido y vuelve con él». Tal es también la intimación divina que dirige Jesús a las almas a quienes quiero someter a su imperio. La inteligencia humana no tiene más que un esposo legítimo, la verdad; [279] pero ¿cuántas uniones adúlteras no contraen con las pasiones el error y los sentidos pervertidos? He aquí por qué le manda Jesús que apele a su tribunal y pase revista a todos los tiranos, cuyas cadenas ha aceptado, ha roto y vuelto a tomar sucesivamente, como la Samaritana. La mujer de Sicar vivía en medio de un pueblo en que habían llegado a ser la ley general el divorcio y la poligamia: habíase abandonado el espíritu de la institución mosaica, y no se respetaba ya la santidad del matrimonio. Cuando le habla el Salvador de su marido, responde la Samaritana: «Yo no tengo marido». Igualmente el alma pecadora exclama en su confusión y su arrepentimiento: «No tengo marido». He prostituido mi amor a pasiones ignominiosas, a todos los errores, a todos los desórdenes, a todos los vilipendios. Estos tiranos me han dejado en mi soledad y en mi desesperación uno en pos de otro. He paseado mi esclavitud por todas las regiones de la mentira; no he abrazado más que ilusiones, no he hallado más que remordimientos; es, pues, sobrado cierto que soy una adúltera y que no tengo esposo. He aquí la confesión del alma penitente, semejante en todo a la confesión de la Samaritana, en el brocal del pozo de Jacob. La confesión es la expiación, y la gracia, abriendo las fuentes de agua viva del arrepentimiento, hace brotar la verdad, como a torrentes. «¡Veo!» exclama la Samaritana. «¡Veo!» dice el pecador arrepentido. A entrambos ilumina y trasforma el rayo de la fe: «¡Señor, veo que tú eres un profeta!»

15. Desde este momento supremo en que el alma subyugada ha encontrado al Esposo celestial, desaparecen las preocupaciones materiales que la dominaban. Abandona la copa de las pasiones, así como dejó la Samaritana el cántaro en el brocal del pozo de Jacob; y comienza una nueva vida, teniendo por guía a Jesús. No basta la fe, debiendo agregarse a ella las obras, y las obras mismas requieren una dirección. «Nuestros padres adoraron en esta montaña, dice la Pecadora convertida, y vosotros decís que Jerusalén es el lugar en que se debe adorar». Tal era realmente el punto capital que constituía el cisma de los samaritanos. El monte Garizini era para ellos la montaña de Sión, el cual oponían al Templo, y del que esperaban la salvación: creían que debía nacer el Mesías de la raza de Efraín su abuelo, y parecíales la luminosa profecía que Jacob al morir haber dirigido a Judá, menos significativa que la bendición que había dado el Patriarca al segundo hijo de Josef. Así desviaban en [280] el sentido de sus preocupaciones y de sus errores, la Escritura, palabra divina entregada a los caprichos de la interpretación privada. ¡Ay! lo mismo verifican todas las inteligencias que se abrogan el derecho del libre examen, y rehúsan someterse a la autoridad divinamente constituida, con la misión de explicar el verdadero sentido de la Revelación divina. Bajo el Antiguo Testamento residía esta autoridad en los Profetas, el Sacerdocio y los doctores Judíos. Por esto respondió Jesús a la Samaritana: «En cuanto a vosotros, adoráis lo que no conocéis, pero nosotros los Judíos, adoramos lo que conocemos; porque la salud viene de Judea». Es decir: la interpretación de los Judíos es la única verdadera o

exacta; la salvación, el Mesías, Cristo vienen de Belén-Ephrata, como ellos afirman. No dice Jesús: Vendrá; sino, «viene» *Venit*. Porque, en efecto, el tronco de Jessé había producido ya su vástago divino, y en aquel momento el Mesías que había nacido en Belén se hallaba sentado en el brocal del pozo de Jacob. ¡Cuántas veces la Iglesia católica, establecida divinamente bajo el Nuevo Testamento, para guardar el depósito de las Sagradas Escrituras, ha repetido las mismas palabras a las almas extraviadas en los senderos del cisma o de la herejía! ¡Cuántas Samaritanas han vuelto a pedirle en la serie de los tiempos, las fuentes de agua viva, desde las olvidadas sectas de Saturnino, de Manes y de Arrio, hasta las de Lutero y Calvino! El cisma, la herejía no prescriben nunca contra su maternal autoridad. Sentada siempre como su divino Esposo en el brocal del pozo de Jacob, espera la Iglesia a las almas sedientas de verdad, para abrirles las fuentes que saltan hasta la vida eterna.

16. Pero ¿con qué majestad acaba el Salvador de disipar las nubes en el alma convertida? «Mujer, créeme, dice a la Samaritana, viene el tiempo, y es ahora, en que no adoraréis al Padre ni en la montaña, ni en Jerusalén. Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque Dios es Espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad». Hay en estas palabras una profecía y una doctrina. La profecía, en el momento en que se pronunció, excede a todas las conjeturas del género humano, constituye un milagro de primer orden, y transporta la inteligencia a las más elevadas esferas de lo sobrenatural. Hallámonos aquí en presencia de un hecho incontestable, cuyos datos son positivos: la incredulidad puede palpar el milagro, tocar con el dedo lo sobrenatural, y poner [281] la mano, como Santo Tomás, en la divinidad. Todas las objeciones accesorias contra la autenticidad, la veracidad, la credibilidad evangélicas no tienen nada que ver en esto. La cuestión se eleva sobre todos los incidentes, se formula en términos claros y precisos. ¿Podía afirmar en aquella época, con la menor apariencia de probabilidad, un hombre que hablase a la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob que «había llegado la hora en que los verdaderos adoradores no adorarían a Jehovah, ni en Jerusalén ni en la montaña de Garizim?» Bien se atribuya esta palabra al mismo Jesucristo, bien se honre con ella a su historiador, no varía la cuestión; permanece siendo el mismo el milagro, y no subsiste menos la profecía. En efecto, era de toda imposibilidad a la intuición del genio más sublime, probar, predecir y afirmar como inminente esta gran revolución religiosa. Verificada hoy, nadie piensa en negarla. Pero entonces, cuando acudían los Judíos de todos los puntos del mundo a Jerusalén, a la solemnidad de la Pascua; cuando habían pasado por el universo toda clase de trastornos políticos, sin alterar ni modificar su creencia y su culto; cuando no se habían acabado aún todas las suntuosas construcciones del Templo, comenzadas por Herodes; cuando los hijos de Israel, establecidos en todas las comarcas del Imperio romano, apartaban de sus riquezas el tributo anual que enviaban a Jehovah, invocando tres veces al día, vuelto el semblante hacia el lado de Jerusalén, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ¿se hubiera atrevido a decir un hombre: «Viene el tiempo y es ahora, en que los verdaderos adoradores no adorarán ya al Padre en Jerusalén?» La raza judía es inmortal; reflexiónese bien en esto: es la única de las razas humanas que jamás se ha extinguido: en este momento, se halla en todas partes; pero hace diez y ocho siglos que los verdaderos adoradores no adoran ya al Padre, «ni en las alturas de Sión, ni en las montañas de Garizim. El racionalismo que quiere consignar milagros

por medio de comisiones de sabios, de historiadores y de químicos, puede hacer, si le place, comprobar el milagro permanente de esta profecía.

17. Podrá también agregar a él el milagro de la doctrina, porque toda la historia de Jesucristo se mueve en lo sobrenatural, como en una atmósfera divina. A la hora en que hablaba el Mesías con la Samaritana, en este diálogo que se renueva a todos los instantes del día y en todos los puntos del espacio para las almas arrepentidas, [282] era el sacrificio sangriento la ley universal de todos los cultos. Enrojecían los templos arroyos de sangre; las coronas de flores no ahogaban los mugidos de las sagradas víctimas; el César Tiberio, Pontífice Supremo de Roma, registraba con sus manos las entrañas palpitantes; los bueyes con sus testas doradas, las ovejas y las terneras suministraban su grasa para los holocaustos y su carne para las hecatombes. Inmolación en toda la historia antigua es sinónimo de adoración. Derramábase sangre para adorar a Dios. Sangre en los altares de Egipto, de Fenicia, de Caldea, de Babilonia, de la India y del Asia Menor; sangre bajo las columnas del Partenón en Atenas; bajo la cúpula del Panteón en Roma; bajo la piedra de los Druidas en las Galias y bajo el espeso follaje de los bosques de la Germania. ¡Sangre por todas partes! El Samaritano inmolaba en las alturas del Garizim, mientras verificaba el sacerdote de Jerusalén los sacrificios mosaicos a la puerta del Templo. Tal era el aspecto religioso del mundo, cuando dijo Jesucristo a la Samaritana: «Viene el tiempo y es ahora, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad». No ya, añade un intérprete, en las sombras de las víctimas ensangrentadas, sino en la verdad del sacrificio de Jesucristo, sacerdote y víctima; no ya según los ritos toscos y carnales de los cultos figurativos, sino según el Espíritu divino, que bajó a la tierra para renovar su faz, y en la verdad del Verbo encarnado, que realizó todas las figuras y dio cumplimiento en el Calvario al sacrificio verdaderamente expiatorio de que no eran los demás sino el preludio. Arrojad ahora una mirada sobre el mundo. ¿Dónde están los sacrificios sangrientos? ¿Quién creería hoy adorar a Dios degollando un animal inofensivo? El cuchillo sagrado ha caído de las manos del sacerdote; todos nuestros altares están puros, y ya no los enrojece la sangre de los toros y de las terneras. Pero, según lo había predicho el Profeta: «Desde donde sale la aurora hasta el Occidente, es grande entre las naciones el nombre del Señor. En todos los puntos de la tierra se le ofrece en sacrificio una oblación inmaculada, y su gloria se extiende de un polo al otro [495]. El altar Eucarístico, el sacrificio sangriento en que se inmola cada día, «en espíritu y en verdad, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», he aquí la forma divina de adoración que traía Jesús [283] al mundo. Revela su misterio a la Samaritana, como lo verifica diariamente al alma arrepentida. Una y otra son convidadas a este banquete delicioso que hace olvidar la copa de las pasiones y su emponzoñada bebida. Y el Mesías habla siempre al pecador como a la samaritana: «Yo soy el Cristo que hablo contigo».

18. Tal es el sentido del divino diálogo de Jesús con la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob; diálogo siempre vivo, siempre nuevo, siempre inmortal. Al volver los discípulos se admiran de ver a su Maestro conversar con esta extranjera e infringir sin escrúpulo las rigurosas prescripciones relativas a una raza cismática. ¡Cuántas admiraciones de este género ha procurado a la Iglesia la gracia victoriosa

---

[495] Malaq., XI, 11.

de Jesucristo, desde que ha llegado a ser el modelo de todas las conversiones la conversión de la mujer de Sicar! Los discípulos no comprenden aún la misión del Salvador del mundo, y Jesús se la explica en la magnífica parábola del Sembrador, abriendo a sus ojos el horizonte del porvenir. Ya no hay distinción de nacimiento, de razas ni de cultos. Las naciones maduradas para la divina siega son garbas espirituales que irán a recoger los Apóstoles y a llevar a los graneros del Padre de familias. Y como para darles a un tiempo mismo el ejemplo y el precepto, recolecta por sí a su paso, la mies de las almas que deposita a sus pies la nueva conversa. La Samaritana no puede contener los impulsos de su ardor y de su fe; corre a Sicar, habla a todos los habitantes de su felicidad, de las maravillas de gracia de que ha sido objeto. «Venid, dice, a ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida». ¡Y vienen, y oyen la palabra de Jesús, y creen y proclaman su nueva fe, exclamando: «¡He aquí el Salvador del mundo!» La historia de la Iglesia y sus triunfos se halla enteramente en la narración evangélica de Jesús en el brocal del pozo de Jacob.

§ III. Vocación definitiva de Pedro

19 «Después de haber pasado dos días con los habitantes de Sicar, dice el Evangelista, dejó Jesús este lugar y se dirigió hacia Galilea. No quiso detenerse en Nazareth [496]. Ningún profeta es venerado en su patria, decía, aplicándose a sí mismo este testimonio. Habiendo, [284] pues, llegado a Galilea, le recibieron bien los Galileos, porque habían visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén durante la fiesta; pues también ellos habían concurrido a celebrarla. Fue, pues, Jesús nuevamente a Caná, la ciudad de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había allí un oficial real [497], cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Este oficial, habiendo oído que venía Jesús de la Judea a Galilea, fue a estar con él y le

---

[496] Relicta civitate Nazareth (Math., IV, 13).

[497] El Regulus de la Vulgata se halla designado en el texto griego de San Juan, con la expresión: basiliko/j (oficial real).Tal es, como lo da a entender la versión siriaca claramente, la verdadera interpretación de esta palabra. La ciudad de Cafarnaúm, en las orillas del lago de Genezaret, a distancia de cerca de veinte y dos kilómetros al Oriente de Caná, dependía de la tetrarquía de la Iturea y de la Traconítida, entonces bajo la dominación de Filipo, hijo de Herodes el grande y hermano de Herodes Antipas.

A esta observación de M. Darras, creemos deber añadir que tanto el padre Seio como el padre Amat, traducen aquella palabra, por «un señor de la corte», explicando esta interpretación el padre Scio con la siguiente nota: El griego basiliko/j puede traducirse «un cortesano o principal de la corte» del rey Herodes. Éste, aunque era sólo tetrarca, era llamado rey por el pueblo. Algunos manuscritos griegos leen basilisko/j, que es a la letra la expresión de la Vulgata Regulus. -El padre Petite traduce, «un ministro del rey». -(N. del T.) [Bssilikoj, basilikoj y basiliskoj en el original (N. del E.)]

pidió que bajara a Cafarnaúm [498] a curar a su hijo que estaba muriéndose. -Pero Jesús le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis. -Mas el padre replicó: Señor, ven antes que muera mi hijo. Anda, le dijo Jesús, que tu hijo está sano. -Creyó el oficial lo que le dijo Jesús, y marchó. Y cuando iba ya por el camino, le salieron al encuentro sus criados y le dijeron que su hijo estaba ya bueno. -Preguntoles por la hora precisa en que se había sentido mejor, y le dijeron: Ayer a la hora sétima [499] le dejó la fiebre. -Conoció por aquí el padre que ésta era la hora en que le dijo Jesús: Tu hijo está sano, y creyó él y toda su familia. Éste fue el segundo milagro que hizo Jesús después de haber vuelto de Judea a Galilea [500]». Los racionalistas modernos no creen como el oficial de Cafarnaúm. ¡Qué! dicen, ¡había de haber vuelto la vida Jesús con una sola palabra a los labios moribundos de un joven que se hallaba distante y que no podía experimentar la influencia del contacto, ni de la mirada, ni de una enérgica voluntad! ¿Puede la súplica de un padre desesperado interrumpir el orden inmutable de las leyes de la naturaleza? He aquí lo que dicen. Pero el oficial de Cafarnaúm creyó por sí y [285] toda su familia, y su testimonio resiste a todas las negaciones. El Rey de la naturaleza, el soberano Señor de la vida no conoce otras leyes que aquellas de que es autor él mismo. Cuando se dignó descender entre nosotros y revestirse con nuestra débil carne, se hizo visible lo sobrenatural y llegó a ser su única ley.

20. «Caminando un día Jesús por la ribera del mar de Galilea, continúa el Evangelista, vio a dos hermanos, Simón, que se llamó Pedro, y Andrés, su hermano, echando sus redes en las aguas del mar (pues eran pescadores), y les dijo: Seguidme, y yo haré que seáis pescadores de hombres. -Y ellos dejando al punto sus redes le siguieron. Y marchando un poco más adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en una barca con su padre Zebedeo, componiendo sus redes, y les llamó. Y ellos dejando al punto las redes, condujeron la barca a la ribera, dejaron a Zebedeo con los criados que tenía a su costa, y abandonando las redes, siguieron a Jesús. «La incredulidad que rehúsa al Salvador la omnipotencia en el orden natural, se ve aquí obligada a reconocerla en el orden moral. ¡Explíquese cómo estos pescadores abandonan a su anciano padre, sus redes y su barca a un simple llamamiento de Jesús! Todos los días somos testigos de los esfuerzos, de las seducciones y medios de propaganda que emplean los doctores de la mentira para hacer penetrar su enseñanza en algunas almas. ¿Qué piden sin embargo a sus adeptos? Un simple acto de adhesión que en nada cambia los hábitos anteriores de la vida, que no turba de ningún modo los intereses, las relaciones comerciales, los deberes de familia. Pero ¡he aquí que dice Jesús una sola palabra a cuatro pescadores, y al punto abandonan a sus padres, intereses y familia para seguir a Jesús [501]». Cuanta más ignorancia y sencillez se suponga en estos cuatro galileos, más se acrecentará el

---

[498] He aquí todavía una de esas expresiones que llevan en sí un sello irrecusable de autenticidad. Caná se hallaba situada en la cumbre de las montañas de Galilea, a un nivel mucho más elevado que la ciudad de Cafarnaúm, fundada en las orillas del lago de Tiberiades.

[499] Una hora después del mediodía.

[500] San Juan, IV, 46 ad ultim.

[501] Math., IV, 18-22; Marc., I, 20-22; Luc., V, 2.

milagro. Porque la afición a las cosas de la tierra está en razón inversa del grado de cultura de los entendimientos. Cuanto más estrecho es el horizonte que rodea al aldeano y al pobre, más querido les es este horizonte. Y por otra parte, estos cuatro pescadores galileos son las cuatro primeras columnas del edificio inmortal de la Iglesia. Cuanto más se repita que Simón, por sobrenombre Pedro, era un simple pescador sin cultura y sin letras, más se agrandará [286] el milagro permanente de la Iglesia Católica, asilo de las más elevadas inteligencias, foco de luz y de verdad, fundada en esta piedra de Galilea que fue Simón. ¿No ha llegado a ser el pescador de Tiberiades y no permanecía siendo en la persona de sus sucesores, el pescador divino de las almas? ¿Cómo se ha cumplido esta profecía? ¿Cómo se ha realizado esta trasformación? ¿No es evidente que aquí domina lo sobrenatural todos los sofismas? Que haya llegado a ser un pescador de Nazareth el conquistador del mundo, es un milagro tan manifiesto, tan patente e irrecusable como la pesca maravillosa por la que se dignó confirmar el Salvador la vocación de Pedro.

21. «Hallándose Jesús cerca del lago de Genesareth, continúa el texto sagrado, las gentes se agolpaban alrededor de él, ansiosas de oír la palabra de Dios. Y vio Jesús dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado y estaban lavando las redes. Y subiendo a una de estas barcas, la cual era de Simón, pidiole que la desviase un poco de tierra, y sentándose dentro, predicaba desde la barca al pueblo. Acabada la plática, dijo a Simón. «Entrad en alta mar y echad vuestras redes para pescar. Y respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra, echaré la red. Y habiéndolo hecho, cogieron tan gran cantidad de peces, que se rompía la red. Por lo que hicieron seña a sus compañeros que estaban en la otra barca para que vinieran a ayudarles. Y vinieron y llenaron tanto de peces las dos barcas que casi se sumergían. Viendo lo cual, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador. -Porque la pesca que acababan de hacer le había llenado de asombro, tanto a él como a todos los demás que con él estaban. Lo mismo sucedía a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres [502]». La pesca milagrosa del lago de Genesaret pasma a Simón. Pero Pedro no se admira ya al día siguiente de Pentecostés, cuando según la enérgica expresión del texto sagrado, «cayeron a sus pies tres mil almas [503]». La última pesca en la barca de Tiberiades figuraba la primera pesca en la barca de la Iglesia. El mundo entero debía entrar en las redes de Pedro, así como los [287] peces en las de Simón. La historia evangélica se halla, según ya hemos dicho tantas veces, tan viva en el día como en la época en que se desarrolló en Judea. La vida del Dios que vino a habitar entre nosotros, no concluirá sino con la consumación de los siglos, pues continúa entrando siempre la multitud en las redes de Pedro. A veces parece también que se van a romper estas redes y sumergirse la barca; así acontece cuando se revelan las muchedumbres contra la autoridad del Pescador apostólico. Pero entonces hace seña Pedro a sus compañeros que han quedado en la ribera: llama a sus hermanos, los obispos, sucesores de los Apóstoles. Sobre las olas turbadas, en medio de la agitación y del

---

[502] Luc., V, 1-10.

[503] Appositae sunt in die illa animae circiter tria millia (Act., II, 41).

tumulto de las herejías, todos los compañeros de Pedro reunidos alrededor de su jefe, en las grandes asambleas de los concilios, vienen a reparar las redes, a socorrer la barca que se halla en peligro, y continúa Jesús enseñando al mundo de lo alto de la barca de Pedro.

§ IV. Prisión de San Juan Bautista

22. Mientras Nuestro Señor llamaba a su divina misión a sus primeros Apóstoles, sabía la Judea estremecida que acababa de ser encarcelado Juan Bautista por Herodes Antipas en la fortaleza de Maqueronta. El Tetrarca de Galilea era un príncipe débil, tan incapaz de resistir a sus propias pasiones como a las de los que le rodeaban. El año precedente había ido a Roma a ofrecer un homenaje al César Tiberio y asegurar en su cabeza la protección imperial que le hacía rey [504]. En estas circunstancias fue, dice Josefo, cuando encontró Herodes Antipas por vez primera a su sobrina Herodías [505], mujer cruel e intrigante, cuyo nombre mancillado por la historia, llevará hasta el fin de los siglos la mancha de la sangre inocente. Herodías se había casado con Filipo, hijo de Herodes el Grande y hermano materno de Antipater [506]. Este Filipo, que no debe confundirse con el Príncipe del mismo nombre que reinaba en Iturea y la Traconítida, [288] había sido desheredado en el testamento paterno y vivía en la condición privada [507]. Herodías sobrado ambiciosa para contentarse con semejante papel, aspiraba a reinar. Había tenido de Filipo, su esposo, una hija llamada Salomé, la célebre bailarina; pero ni el sagrado nombre de esposa ni el de madre valían a sus ojos el título de reina. Supo engañar a Herodes Antipas y hacer que le prometiera que se casaría con ella a su regreso de Roma. Estas nupcias incestuosas se celebraron con gran pompa, cuando habiendo vuelto de su viaje el Tetrarca y colmado de nuevos favores por el emperador, hizo la dedicación solemne de la capital de Galilea, bajo el nombre de Tiberiades. Este enlace causó grande escándalo entre los Judíos, pues jamás se había visto en los peores días del reinado de Herodes el Idumeo arrancar un hermano a su hermano una esposa legítima. Para colmo de ignominia, la joven Salomé había seguido a su

---

[504] Joseph., Antiq. Jud., lib. XVIII, cap. III y cap. VII. Cf. Pezron, Historia evangél., tom. I, pág. 227-229.

[505] Herodías, era hija del joven príncipe Aristobulo, descendiente de la unión de Herodes el Idumeo con la desgraciada Mariana.

[506] Recuérdese la muerte de Antipater, que dio lugar, juntamente con la degollación de los Inocentes, al famoso dicho de Augusto: Melius est Herodis esse porcum quam filium.

[507] Pezron, Hist. evangel., tom. I, pág. 270; Tillemont, Memorias para servir a la Historia eclesiástica, tom. I, art. VII.

madre, y cambiado la inocente oscuridad del hogar doméstico por los esplendores de una corte disoluta.

23. Era entonces el tiempo en que predicaba Juan Bautista en las orillas del Ennom, y habiendo ido a encontrar a Herodes, dice el texto sagrado, le recordó la santidad de las leyes ultrajadas por un incesto público. «No te es lícito, le decía, tener por mujer a la que lo es de tu hermano [508]». Herodes temía la influencia de Juan sobre la multitud que le veneraba como a un profeta [509]. Por otra parte no podía dejar de reconocer la justicia y la santidad del Precursor [510]. Más de una vez obró por su consejo, y le oyó con gusto [511]. Pero Herodías se hizo la Jezabel del nuevo Elías; había jurado la perdición de Juan Bautista, y no pudiendo arrancar una sentencia de muerte contra él a su marido, recurrió a los ardides y artificios [512]. Los fariseos y los doctores de la ley habían protestado siempre contra el bautismo de Juan, desde que les declaró el hombre de Dios que no era Elías ni profeta [513]. No solamente habían rehusado ir con la multitud a recibir de él la purificación bautismal en las aguas del Jordán, sino que declaraban en alta voz que Juan estaba endemoniado y que obraba bajo el imperio del espíritu de Satanás [514]. Herodías halló en ellos cómplices dispuestos a auxiliarle en sus proyectos de venganza, los cuales se encargaron de todo lo odioso de la traición [515], [289] y para conseguir sus criminales designios [516], denunciaron a Juan Bautista a Herodes, como un sedicioso que sublevaba al pueblo contra su regia autoridad. Con este pretexto se determinó en fin el Tetrarca a hacer prender al Precursor [517], que fue conducido, cargado de cadenas a la fortaleza de Maqueronta [518]. Mas no hallándose aún satisfecha la crueldad de Herodías, no le bastó la prisión del hombre de Dios, y quiso su cabeza. Pero el débil Antipas, temiendo más que nunca que se rebelase el pueblo, resistió por el momento a las solicitudes de esta mujer sanguinaria, y aun fingiendo por el ilustre cautivo un especial interés [519], permitió a sus discípulos que le visitaran en su

---

[508] Marc., VI, 18.

[509] Math., XIV, 5.

[510] Marc., VI, 20.

[511] Ibid., Ibid.

[512] Id., VI, 19.

[513] Luc., VII, 30 Cf. Joan. I, 19, 28.

[514] Luc., VII, 33.

[515] La expresión se halla en el texto griego de San Mateo (IV, 12), ¹Iwa/nnhj paredo/qh. [Ioannhj pareqooh en el original (N. del E.)]

[516] Math., XVII.

[517] Joseph., Antiq. jud., lib. XVIII, cap. VII.

[518] Marc., VI, 17; Joseph., loc. cit.

[519] Marc., VI, 20.

prisión [520], y se aprovechó él mismo de su permanencia en Maqueronta para mantener con él relaciones benévolas, según atestiguan los Evangelistas.

§ V. Jesús en Cafarnaúm

24. El historiador Josefo, acorde con el texto sagrado, ha registrado en sus anales la prisión de Juan Bautista como uno de los acontecimientos más notables del reinado de Herodes Antipas. La impresión que produjo en Judea fue tanto, más sensible cuanto era más profunda y más universal la veneración que inspiraba el Santo Precursor. Hallábase Jesús en Caná cuando llegó a Galilea la noticia de este acto tiránico. -«Bajó entonces, de Nazareth dice el Evangelista, y fue a habitar a Cafarnaúm, ciudad marítima, situada a orillas del lago de Genesareth y en los confines de Zabulón y Neftalí. Para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaías: Tierra de Zabulón y de Neftalí, camino de la mar, a la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles, tu pueblo, sentado en las tinieblas, ha visto lucir los esplendores celestiales. Hase elevado una luz sobre las naciones sumergidas en las sombras de la muerte [521]. -«Haced penitencia, decía, porque se acerca el reino de los cielos [522]. Así principió a predicar el Evangelio de Dios. Y los sábados iba a la sinagoga y dirigía su enseñanza a la multitud. Todos se pasmaban de la sublimidad de su doctrina, y les enseñaba como quien tenía potestad, y no como los Escribas y doctores [523]». Para comprender [290] bien el sentido de la profecía y la exactitud de su realización, es preciso recordar, que el camino de Siria, desde Damasco hasta el puerto de Tolemaida, atravesaba precisamente a Cafarnaúm, situada en el lago de Tiberiades, en los confines de los dos antiguos territorios de Zabulón y de Neftalí. Casi todo el comercio del alto Oriente seguía este «camino de la mar», como le llama el Evangelio. La frecuencia de las comunicaciones y el tránsito por caravanas de las mercancías de Babilonia y de Caldea, habían favorecido en esta comarca el establecimiento de una población mixta compuesta de Fenicios, de Árabes, de Egipcios y de Syriacos. Todos los cultos así como todas las nacionalidades se habían dado cita en este territorio que habían llamado los Judíos: «Galilea de las naciones». Así brilló realmente la luz del Verbo encarnado entre estos pueblos, sentados en las sombras de la ignorancia o de las supersticiones politeístas. Allí fue donde, sin distinción de origen, de razas y de patria, anunció Jesús por primera vez a las turbas la Buena Nueva, el Evangelio de Dios, destinado a salvar todas las

---

[520] Luc., VII, 18, 19.

[521] Isa., IX, 1; Math., IV, 13-16.

[522] Math., IV, 17.

[523] Marc., I, 21-23; Luc., IV, 31, 32.

naciones, todas las razas, y a no tener otros límites que los del universo. Enseñaba «como quien tenía potestad», observación de San Mateo [524] que es un testimonio implícito de la divinidad del Salvador. Los Escribas y los doctores Judíos comentaban los libros del Antiguo Testamento; su doctrina no era más que una tradición, su palabra un reflejo. Pero Jesús en la Sinagoga, en día de sábado, en presencia de la multitud congregada para oír la lectura de la Ley, dirige a los habitantes de Cafarnaúm una palabra que no proviene sino de él mismo, una enseñanza que se apoya en su propia autoridad. Jehovah, pues, era el único doctor en Israel; los Scribas aspiraban únicamente al honor de ser sus intérpretes. El Salvador afirmaba, pues, su divinidad a los ojos de los Judíos, del modo más claro y más formal. «Hablaba como quien tiene potestad» y experimentaban la omnipotencia de su palabra los mismos demonios.

25. «Había en esta sinagoga, dice el Evangelista, un hombre poseído del espíritu inmundo, el cual exclamó diciendo: ¡Déjanos! ¡Jesús Nazareno! ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo? ¡Yo sé quién eres! ¡Eres el Santo de Dios! ¿Has venido a perdernos? -Mas Jesús con tono amenazador, dijo al espíritu impuro: Enmudece y [291] sal de ese hombre. -Entonces el espíritu inmundo, agitándole con violentas convulsiones, le arrojó en medio de la asamblea y dando grandes gritos, salió del cuerpo de su víctima sin querer hacerle mal alguno. Quedaron todos atónitos, y en su espanto, se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta, llena de poder y autoridad? Porque él manda también con imperio a los espíritus inmundos, y le obedecen. Y en breve se divulgó el rumor de este milagro y creció la fama de Jesús en todo el país de Galilea [525]». La primer posesión del hombre por Satanás remonta hasta el Edén. Al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, llegó a ser el demonio realmente «el príncipe del mundo [526]». Por mano del fratricida Caín, imprimió en sangrientos caracteres el sello de su tiranía en sus nuevos súbditos. Desde entonces se desarrolló la acción diabólica, en toda la serie de la historia, paralelamente al plan divino seguido de edad en edad para preparar la redención. El mundo antediluviano se había dividido entre el Hijo de Dios y los hijos de Satanás, hasta el día en que, tomando el mal proporciones gigantescas que no volveremos a ver más, atrajo sobre nuestro globo el último cataclismo universal. El imperio de Satanás se perpetuó en la raza postdiluviana, procedente de Noé. Cam volvió a tomar al salir del arca con menos odiosas condiciones, el papel de Caín, en el umbral del Paraíso Terrenal. El demonio recibió bajo todos los nombres divinizados por el politeísmo, los homenajes de la tierra, dio oráculos, se posesionó de las pitonisas, y las agitó con extrañas convulsiones, sobre la trípode de Apolo, bajo las encinas de Dodona, en los antros de Cumas, al pie de los dólmenes y de los menhires de las Galias. La posesión del mundo antiguo por Satanás, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Así es notable que en los primeros días de la Iglesia llegará a ser la expulsión de los demonios en nombre de Cristo, para los mismos paganos, uno de los signos perentorios de la divinidad del Evangelio. El poder infernal, deificado por sus adoradores, se gozaba

---

[524] Math., VII, 29.

[525] Marc., I, 23-28; Luc., IV, 33-37.

[526] Princeps hujus mundi (Joan., XIII, 31). Tal es el título que da nuestro mismo Señor Jesucristo al espíritu del mal. Cf. Joan., XIV, 30; XVI, 31.

en su vasto imperio, y tenía manifestaciones sobrenaturales, de que nadie dudaba, porque todo el mundo era testigo de ellas. He aquí lo que escribía Tertuliano en su Apologética: hará bien nuestro siglo en meditar [292] estas palabras a las cuales han dado toda su autenticidad las recientes invasiones del espíritu de mentira. «Vuestros mágicos, dice, evocan fantasmas, interpelan las almas de los muertos en apariciones sacrílegas, hacen dar oráculos por labios de un niño, obran maravillas girando en un círculo lleno de prestigios y sumergen a su placer sus víctimas en sueños. He aquí lo que pueden hacer por intervención de los demonios, y de esta suerte se les ve practicar el arte de la adivinación en torno de sus mesas. Pero que se presente en el tribunal de vuestros magistrados uno de esos hombres notoriamente conocidos como inspirados por una divinidad, según dicen. El primer cristiano que allí se encuentre, interpelará al espíritu que le hace operar, y este espíritu que se proclama Dios en vuestros templos, se verá obligado a confesar que es realmente el demonio. Preséntese uno de esos infelices a quienes creéis atormentados por una divinidad, que se hallan investidos súbitamente por una potestad oculta a los pies de vuestros altares, que se agitan hasta perder el aliento y predicen el porvenir, en medio de horribles convulsiones. ¡Vosotros creéis que manifiestan su voluntad por su medio, Juno, Esculapio o cualquier otro de vuestros dioses; pues bien, sino les obliga el cristiano que les interpele a confesar delante de vosotros que son demonios, apresad al cristiano y entregadle a vuestros verdugos!» Todos los Padres de la Iglesia, desde Tertuliano hasta San Bernardo, han usado el mismo lenguaje. Jamás soñaron ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano el Apóstata, en negar la realidad del fenómeno de las posesiones del diablo, y es muy de notar que en el momento en que trataba de ponerlas en duda el racionalismo moderno, asistía el mundo estremecido a una de las más extrañas manifestaciones de las potestades ocultas.

26. Importa, pues, consignar con toda claridad los principios teológicos que dominan esta gran cuestión [527]. Primitivamente recibió de Dios el hombre la soberanía sobre la materia. Pero separándose [293] del Criador por la caída, perdió Adán su poder supremo y pasó realmente el cetro de la naturaleza al demonio que se hizo desde entonces «príncipe de este mundo», usurpando así el poder que había perdido el hombre. Desde el pecado original se halla toda la naturaleza sometida más o menos directamente al imperio de Satanás y a sus perversas influencias. He aquí por qué pronuncia la Iglesia exorcismos y bendiciones sobre todos los objetos que toma para su uso a la naturaleza material; porque necesita primero purificarlos de la influencia diabólica, antes de santificarlos. El exorcismo y la bendición son en el mundo de los cuerpos lo que son en el mundo espiritual, la justificación y la santificación. En el día postrero, cuando haya participado definitivamente la humanidad, en la proporción fijada previamente por los decretos providenciales, de los beneficios de la redención de Jesucristo, entonces se verá libre la misma naturaleza de la dominación de Satanás, bajo la cual, como dice el

---

[527] No recomendaremos demasiado sobre este punto el estudio del notable tratado del doctor alemán Bisping, titulado: Erklarung des Evangeliums nach Matthaeus, Munster, 1864. En esta obra que quisiéramos ver traducida, elucida el sabio profesor de exégesis de la Academia católica de Munster, con un raro talento y un conocimiento profundo de la teología patrística, todas las graves cuestiones tan indignamente disfrazadas por un solista francés La exposición sumaria que damos aquí se halla extractada en gran parte de este notable libro (Cf. Bisping, Erklarung des Evangeliums nach Matthaeus, kap. VIII. pág. 196-206).

Apóstol, «gime toda criatura y sufre a la hora presente [528]». Pero como el principio corporal en el hombre está tomado a la naturaleza, tiene Satanás sobre él un poder inmediato y directo que se manifiesta visiblemente en ciertas circunstancias y en límites determinados por la suprema voluntad de Dios. Así las posesiones corporales del hombre por Satanás, son hechos positivos que ha consignado por otra parte la observación de todos los siglos, habiendo dado el Evangelio a estas manifestaciones sobrenaturales el nombre de endemoniados [529]. Verifícanse bajo el imperio de ciertas circunstancias particulares, es decir, que los hábitos corporales o espirituales del hombre le predisponen más o menos a experimentar la influencia del espíritu del mal. Los vicios cuyo carácter propio es la degradación del ser humano y su identificación con la materia, las pasiones de la concupiscencia carnal que extinguen el sentido íntimo de la conciencia para sumergir a sus víctimas en la vida animal más grosera, tienen evidentemente por resultado dos desórdenes, en el organismo y en el sistema nervioso por una parte, en las facultades intelectuales por otra. Pero viciados el organismo y el sistema nervioso por hábitos perversos, turbados por la invasión desordenada de las pasiones animales, son instrumentos materiales, sobre los que tiene el demonio un imperio directo y que puede poseer [294] algunas veces de una manera absoluta. Abandonado a la energía de la naturaleza, llega a ser el hombre esclavo del tirano de la naturaleza. Esto es lo que se entiende por la posesión corporal, muy diferente de la tentación propiamente dicha, que se ejerce sobre el espíritu y el corazón del hombre. Así nos enseña el Evangelio, que entró Satanás en el corazón de Judas [530]» cuando vendió este apóstol a su divino Maestro; y no obstante, Judas no fue un «endemoniado». El Evangelio no le da este nombre en parte alguna.

27. Tal es, pues, en su origen y en sus lamentables consecuencias el imperio de Satanás sobre los hombres. Jesucristo venía a destruirlo; iba a libertar al mundo del yugo infernal, acción divina que expresa maravillosamente la palabra Redención. No se trata solamente, en efecto, de una liberación entendida en sentido espiritual y moral, sino de una liberación propiamente dicha, de la evicción real, manifiesta y sensible de la potestad diabólica en el mundo redimido. He aquí por qué antes de dejar la tierra el Salvador, da a la Iglesia, como señal irrecusable de su misión, el poder de lanzar los demonios: *In nomine meo daemonia ejicient* [531]. Nos hallamos aquí en presencia de la exégesis racionalista que niega positivamente toda esta doctrina, y no ve en los hechos de posesión diabólica referidos por el Evangelio sino casos de locura, hábitos mórbidos, fenómenos de enajenación mental, a los cuales Jesús, por no chocar contra las preocupaciones universales de su tiempo, dejaba dar el nombre de estados demoniacos y que curaba ya por una virtud superior, ya por los secretos de un arte desconocido. «Uno de los géneros de curaciones que verifica Jesús con más frecuencia, dicen los nuevos críticos, es la expulsión de los demonios. Una facilidad extraña de creer en los demonios reinaba en todos los espíritus. Era una opinión universal, no sólo en Judea, sino en el mundo entero, que

---

[528] Rom., VIII, 22, 23.

[529] Daimonizo/menoi [Laimonejomenoi en el original (N. del E.)]

[530] Joan., XIII, 27.

[531] Marc., XVI, 17.

los demonios se apoderan del cuerpo de ciertas personas, haciéndolas obrar de un modo contrario a su voluntad. La epilepsia, las enfermedades mentales y nerviosas que parece posesionarse del paciente, las dolencias cuya causa es desconocida, como la sordera, la mudez, se explicaban del mismo modo. Suponíase que había procedimientos más o menos eficaces para expeler los demonios; el estado de exorcista era una profesión ordinaria como la de médico. No es [295] dudoso que Jesús tuvo en vida la reputación de poseer los últimos secretos de este arte. Referíanse respecto de sus curaciones mil historias singulares, en que se ostentaba toda la credulidad de la época. Pero no debe tampoco exagerarse las dificultades acerca de esto. Los desórdenes que se explicaban por posesiones demoniacas, eran frecuentemente muy ligeros. A veces bastó una palabra suave para lanzar al demonio [532]. Esta teoría ya añeja en Alemania [533] no tendrá gran éxito en Francia, a pesar de la novedad que trata de dársele. He aquí la causa. El Evangelio nombra la epilepsia, las enajenaciones mentales, las afecciones nerviosas, absolutamente como las llamamos en el día, y las distingue perfectamente de las posesiones demoniacas. «Presentaron a Jesús, dice San Mateo, toda clase de enfermos, gentes acometidas de varias enfermedades, poseídos del demonio, lunáticos y paralíticos, y los curó [534]». Así no confunde en manera alguna San Mateo los locos ni los epilépticos, sobre cuyo estado mórbido ejercen las fases lunares una influencia no explicada hasta aquí, con los endemoniados. «El estado de exorcista» era desconocido en toda la antigüedad judía y pagana, no obstante hallarse endemoniados en todas las épocas de la historia. El ministerio solemne y públicamente ejercido de arrojar los demonios por medio del exorcismo, sólo aparece con Jesucristo; perpetúase en el seno de la Iglesia Católica, depositaria de la potestad libertadora del Redentor. Este ministerio, que constituye un orden especial en la jerarquía eclesiástica, no dispone ni de un arte oculto, ni de secretos desconocidos. Su fórmula es la misma hoy que lo era en Efeso, cuando los Judíos, testigos de los exorcismos de San Pablo, quisieron imitarlos con algunos endemoniados. «En el nombre de Jesús que anuncia Pablo, decían ellos al espíritu infernal, yo te conjuro que salgas de este hombre». Y contestaba el espíritu: «¡Conozco a Jesús y sé quien es Pablo! Mas vosotros ¿quién sois [535]?»

28. Las posesiones demoniacas de que habla el Evangelio eran, pues, completamente distintas de las afecciones patológicas con que se quería confundirlas. Basta por otra parte examinar con una poca atención los pormenores del texto sagrado para convencerse de ello. El poseso de Cafarnaúm no es un enfermo, puesto que va a la sinagoga el día de sábado [536]. Tiene, pues, la noción sana y clara del [296] deber que prescribe la ley, y la voluntad personal de someterse a las observancias de la ley mosaica. No obstante se sabe entre la multitud que es endemoniado. El Evangelista lo dice formalmente: «Había en este

---

[532] Vida de Jesús, pág. 261-264.

[533] Bisping, Eklarung des Evangeliums, pág. 199.

[534] Math., IV, 24.

[535] Act., XIX, 13-15.

[536] Marc., I, 21.

tiempo en la sinagoga un hombre poseído del espíritu impuro [537]». Semejante notoriedad supone necesariamente en el público el conocimiento de los caracteres propios a los poseídos del demonio. Para que pudiera discernirse este estado sobrenatural de las enajenaciones mentales de las demás afecciones mórbidas enumeradas por San Mateo, era preciso que se revelara la posesión por signos particulares y fenómenos de un género aparte. ¿De qué naturaleza eran estos fenómenos? El Evangelio nos lo dice. El poseso de Cafarnaúm no conocía al Salvador que iba por primera vez a esta ciudad, y no obstante, no bien le apercibe, exclama: «Déjanos, Jesús de Nazareth. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros?» ¿Dónde, pues, había oído el energúmeno el nombre del doctor desconocido que encuentra en la sinagoga? Si se supone que se había divulgado rápidamente por la ciudad el nombre del Salvador y que pudo haberlo sabido el endemoniado por el rumor público, no se hace más que aumentar la dificultad. El milagro de la curación verificada en favor del hijo del oficial real de Cafarnaúm había predispuesto ciertamente la opinión a no ver en el taumaturgo más que una potestad bienhechora, y no obstante exclama el endemoniado: «¿Vienes acaso a perdernos?» Pero tal vez se dirá, ésta era una de esas palabras incoherentes que no tienen sentido racional, y tales como pueden salir de los labios de un alucinado. ¿Por qué, pues, responderemos nosotros, este alucinado, este frenético, inconsciente de su propio pensamiento, sigue tan lógicamente y con tan admirable verdad, la idea satánica de que es órgano? «Retírate, Jesús de Nazareno. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros? ¿Has venido a perdernos?» Si habló el demonio, no pudo usar otro lenguaje. Si son éstas las exclamaciones de un loco, ¿por qué tienen ese carácter tan manifiesto de lógica demoniaca? Y finalmente, ¿cómo referir a un loco el último rasgo que termina esta extraña interpelación: «Sé quién eres: eres el santo de Dios» cuándo es manifiestamente la expresión más clara y más precisa, y más inesperada de la verdad? Toda la ciudad de Cafarnaúm ignoraba la verdadera naturaleza de Jesucristo. Mirábasele [297] como un profeta, como un taumaturgo; pero ninguno sabía que fuese el Hijo de Dios. Reflexiónese sobre el valor de esta palabra: «¡El santo de Jehovah!» según los Judíos, y se comprenderá que la asociación de la divinidad incomunicable, de la majestad inaccesible con una personalidad humana cualquiera, era esencialmente extraña al genio hebraico. Cuando dice a Jesús el poseso de Cafarnaúm: «¡Tú eres el santo de Dios!» articula una verdad que ninguno había podido revelarle en el centro en que vivía. Ésta es una de esas revelaciones de cosas ocultas y de misterios desconocidos a los mortales, que constituye uno de los caracteres propios a los poseídos por el demonio. Ninguna enfermedad, ningún estado patológico, observado hasta nuestros días, ha ofrecido semejante fenómeno.

29. Según el sistema racionalista, debió contestar Jesús con una «suave palabra» a las injurias del iluminado, y calmar su furor con alguna aplicación medicinal, o empleando los «poderosos secretos del exorcismo», cuyo arte poseía en grado tan superior. Y precisamente se verificó lo contrario. «Jesús se dirigió al espíritu con tono amenazador: 'Calla, le dice, y sal de ese hombre.' ¡Singular dulzura! ¡Extraño modo de fascinar a un enfermo con el magnetismo de una mirada seductora! Todo el mundo sabe que la amenaza es un medio de exasperar el furor de un frenético, y de impulsarle hasta los últimos límites del paroxismo. Sin

---

[537] Marc., I, 23.

embargo, Jesús emplea como curativo el procedimiento que en cualquiera otra parte sería el estimulante más enérgico de las locuras ordinarias; y este medio irritante, cuyo efecto es tan opuesto al fin que se propone, se convierte en un remedio eficaz. No existía, pues, en este caso una enfermedad, una afección nerviosa, un estado mórbido del organismo. No se dice a una enfermedad: «Calla». No se «amenaza» a un sistema nervioso, o a un organismo alterado. Por otra parte, el demoniaco no invoca su curación, sino que parece temerla; y este espíritu de mentira confiesa, blasfemando, que ve en Jesús «al santo de Dios». A medida que se estudia este episodio evangélico, se desprende de él una luz terrible que traspasa los discretos velos con que querría el racionalismo sofocar la realidad sobrenatural. Jesús mandó al demonio que callara. Supóngase que el poseso de Cafarnaúm hubiera estado simplemente enajenado; entonces en vez de provocar esta orden la obediencia, hubiera sido motivo de una nueva explosión de injurias; sin embargo, calla el demonio; le manda [298] la voz suprema que guarde silencio, y lo guarda. Pero se revela su rabia por los nuevos tormentos que hace sufrir a su víctima. «El espíritu inmundo agitando a este hombre con violentas convulsiones, dice el Evangelista, le arrojó en medio de la asamblea, y lanzando un gran grito salió del cuerpo de su víctima sin hacerle daño alguno [538]». Aquí tenemos el segundo carácter de las posesiones demoniacas: el trastorno de las leyes físicas de equilibrio, de ponderabilidad y de sensibilidad en los cuerpos. El demonio levantó a este hombre en medio de la sinagoga y le lanzó violentamente al suelo, sin hacerle daño alguno. No se necesita sabios ni químicos para consignar que semejante fenómeno se halla fuera de las reglas ordinarias de la naturaleza, y que si se tratara medicinalmente a un enajenado por este sistema, se mataría seguramente al enfermo. Así, no se engañaron los habitantes de Cafarnaúm. Aun cuando hubiese habido entre ellos uno de nuestros racionalistas modernos y les hubiera dicho: «Estos ligeros desórdenes merecen poca atención»; no deben exagerarse las dificultades; una palabra suave basta para expeler al demonio» esta teoría les hubiera parecido lo que es realmente, es decir, una puerilidad miserable en comparación del espectáculo sobrenatural de que acababan de ser testigos.

30. «Entre tanto, habiendo salido Jesús de la sinagoga, fue a casa de Simón y Andrés con Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Y estaba la suegra de Simón [539] en cama con calentura, y luego le hablaron de ella. Los discípulos rogaron a Jesús que la curase; llegándose, pues, a ella, la tomó por la mano y la levantó, y al instante la dejó la calentura y se puso a servirles» [540]. Cuando eligió Jesús sus Apóstoles, dos

---

[538] Marc., I, 26; Luc., IV, 35.

[539] San Pedro se había casado en Cafarnaúm (Epiphan, Haeres. LI, cap. XV). Sin embargo, dice San Gerónimo, dejó a su mujer, sus redes y su barca para seguir a Jesús (Hieron., Epist. XCII, antes XXXIV, edit. Martian, tom. IV, col. 752). Porque según la expresión de Clemente de Alejandría, los Apóstoles trataron a sus esposas como a hermanas, después de su divina vocación. Ou) x)w(j gameta\j a)ll)w(j a)delfa\j perih=gon ta\j gunai=kaj sundiako/nouj e)some/naj pro\j ta\j oi)kourou\j gunai=kaj. La tradición da a la mujer de San Pedro el nombre de Concordia. Clem. Alex. (Stromat, lib. III, cap. VI; Patrol. graec., tom VIII, col. 1.157), nos dice que fue martirizada en Roma, a vista del príncipe de los Apóstoles. [Ou=) x)w(j gameta\j a/)ll)w(j a)delfa\j perih=gon taj gunai=kaj sundiako\nouj e/some/naj pro\j ta\j oi/kourou\j gunai=kaj en el original (N. del E.)] (N. del E.)]

[540] Marc., I, 29-31; Luc., IV, 38, 39.

o tres de ellos estaban ya casados [541]. Simón [299] era el uno; pero le reservaba Jesús otra esposa, la Iglesia. Cuando entró más adelante en Roma el pescador de Galilea con el nombre de Pedro, para contraer sus nupcias espirituales con el mundo romano, la madre de su esposa, Roma idólatra era presa de toda clase de errores, de todas las febriles enfermedades de las pasiones. Y no obstante, se levantó la enferma a la voz de Jesús y sirvió al Apóstol. Así sucede durante diez y ocho siglos. El mundo se halla siempre enfermo; Jesús le cura siempre, y «cuando cesa la calentura, se levanta el mundo y sirve a la Iglesia».

31. «Habiendo llegado la tarde, continúa el Evangelista, después de ponerse el sol, presentaron a Jesús una multitud de enfermos acometidos de varios males y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y toda la ciudad estaba reunida a la puerta de Simón. Jesús imponiendo las manos sobre los enfermos los curaba: arrojaba con una sola palabra a los demonios, y al salir los espíritus impuros del cuerpo de sus víctimas lanzaban gritos y decían: «Tú eres el Hijo de Dios», porque le reconocían por el Cristo. Pero Jesús con tono amenazador les imponía silencio. Volvió pues, la salud a todos estos enfermos, cumpliéndose las palabras del profeta Isaías: «Él mismo ha cargado con nuestras dolencias y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades [542]». Durante todo este día de sábado, los Judíos de Cafarnaúm no se atreven, a pesar de su impaciencia, a infringir el precepto del sagrado reposo. Obsérvanle con todo el rigor de la interpretación farisaica, pues creerían incurrir en el anatema legal, si prestasen una mano caritativa a sus hermanos enfermos, para llevarlos al Médico celestial. Pero el sábado terminaba con la luz del sol [543], porque los Hebreos contaban los días de una tarde a otra. Compréndese, pues, la premura de la multitud que sitia la casa del pescador galileo, no bien ha desaparecido el sol del horizonte y ha cesado el descanso sabático. Pero ¿qué comisión científica explicará nunca la instantaneidad de estas curaciones milagrosas verificadas en una multitud de enfermos a los ojos de toda una ciudad, por la sencilla interposición de manos o por [300] una sola palabra de Jesús? Semejante efecto excede a todas las causas naturales conocidas, desafía todas las interpretaciones del racionalismo e impone la fe.

---

[541] Además de San Pedro, que se había casado con una mujer de Cafarnaúm, Tadeo (San Judas), se hallaba ligado con los lazos del matrimonio, apareciendo sus nietos en la historia bajo Domiciano. Eusebio cree que se hallaba en el mismo caso el Apóstol Felipe; pero parece que confundió a este Apóstol con el diácono del mismo nombre, de que se habla en los Actos (XXXI, 9). Cf. Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 34.

[542] Isa., LIII, 4, Marc., I, 32-34; Math., IV, 24; VIII, 16, 17; Luc., IV, 40.

[543] A vespera usque ad vesperam celebrabitis sabbata vestra (Levit., XXIII, 32).

§ VI. Jesús en Nazareth

32. «Al día siguiente al despuntar la aurora, dejó Jesús la casa de Simón, y se retiró a un lugar solitario, y se puso a orar. Y Simón y los que estaban con él fueron en su seguimiento, y habiéndole hallado, le dijeron: Todos te andan buscando; pero Jesús les contestó: Vamos a las aldeas y ciudades vecinas para predicar yo también en ellas el Evangelio, porque para eso he venido a la tierra. -Recorrió, pues, Jesús toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino de Dios, curando en medio de los pueblos todas las dolencias y enfermedades [544]. Y habiendo ido a Nazareth, donde había pasado su infancia, entró en la sinagoga, según su costumbre el día del sábado. Y habiéndose levantado para encargarse de la leyenda e interpretación, fuele dado el libro de las Profecías de Isaías, y luego que lo desplegó, halló el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu de Jehovah reposó sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción divina y me ha enviado a predicar el Evangelio a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar a los cautivos la libertad, a dar a los ciegos la vista, a soltar a los que están oprimidos, a publicar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución divina [545]». Después de haber leído esta profecía, arrolló o cerró el libro y lo entregó al ministro y se sentó; y todos los que estaban en la sinagoga tenían fijos en él los ojos. Y él empezó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta sentencia de la Escritura que acabáis de oír. -En seguida continuó explicándoles la Escritura, y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras de gracia que salían de sus labios, y decían: ¿No es este el hijo de Josef? -Mas Jesús replicó: Sin duda que me aplicaréis vosotros este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; haz aquí en tu patria las maravillas que hemos oído hiciste en Cafarnaúm. Mas añadió luego: En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria. Por cierto os digo, que en tiempo de [301] Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses y el azote del hambre asolaba toda la tierra, había en Israel muchas viudas y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta, ciudad del territorio de Sidón [546]. También había muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Elías, y ninguno de ellos fue curado, sino Naaman, natural de Siria [547]. Al oír estas cosas en la sinagoga, montaron en cólera, y levantándose alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad y le persiguieron hasta la cima del monte sobre que estaba edificada la ciudad de Nazareth, con ánimo de despeñarle; pero Jesús, pasando por medio de ellos, prosiguió tranquilamente su camino y bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, donde enseñaba al pueblo en los días de sábado [548]».

33. El incidente de Nazareth ofrece un ejemplo patente de lo que llamamos los caracteres de autenticidad intrínseca de la narración evangélica. Cada una de las poblaciones algo importantes de Palestina tenía una sinagoga, donde se reunían los

---

[544] Marc., I, 35-38; Luc., IV, 42, 43; Matth., IV, 23, 24.

[545] Isa., LXI, 1, 2.

[546] III Reg., XVII, 9 y siguientes.

[547] IV Reg., V, I, 27.

[548] Luc., IV, 16-31.

Judíos el día de sábado, para hacer en común las oraciones rituales y oír leer e interpretar un pasaje de los libros sagrados. El *chazan* (arquisinagogo), escogido ordinariamente entre los ancianos de la ciudad, era el presidente espiritual de esta reunión. Esta dignidad no se ejercía por un sacerdote, sino en las poblaciones sacerdotales. Las sinagogas eran oratorios sencillos, donde no se ofrecía sacrificio alguno. Solamente el Templo de Jerusalén tenía el privilegio de ser «el sitio de la oración». Allí solamente era permitido inmolar víctimas a la majestad de Jehovah ante el Santo de los Santos, que había reemplazado al Arca de la Alianza, desde la época de la gran cautividad de Babilonia. Cada año, en tiempo de la solemnidad pascual, o para la presentación de un primogénito, iban al Templo los hijos de Jacob Y ofrecían en él sus víctimas. Fuera de estas peregrinaciones obligatorias en estas dos circunstancias, pero renovadas más frecuentemente, según la inspiración de la piedad individual, las familias lejanas de la Ciudad Santa, no ofrecían sacrificios. Por eso hoy los Israelitas dispersos por todos los puntos del mundo, no inmolan víctimas en sus sinagogas, sino que esperan la reconstrucción del Templo de Jerusalén, considerándose hasta entonces [302] como desterrados, y siendo para ellos su situación religiosa análoga a la de sus padres en las regiones idólatras de Nínive y Babilonia. El arquisinagogo encargado de pronunciar las fórmulas de la oración pública, no hacía jamás por sí mismo la lectura del Libro Sagrado. Este honor pertenecía de derecho a un sacerdote, si lo había allí; a un levita, a falta de sacerdote, y en su ausencia, a los cinco ancianos de la comunidad designados por el presidente, según su clase, los días de sábado. Finalmente, «no podía hacerse la interpretación del texto bíblico sino por un rabí, es decir, un doctor o maestro de Israel. La antigua lengua hebraica en que estaba escrita la Biblia, no se usaba en el lenguaje común, habiéndola sustituido dos idiomas más recientes; el siro-caldeo o lengua aramea y el griego, que llegó a ser desde la época de Antioco Epifanes de uso casi general en Palestina. Así Nuestro Señor en sus viajes y en sus conversaciones con los Helenistas (como se llamaban entonces los Judíos que hablaban griego) debió servirse de su idioma como de una segunda lengua materna. Pero el hebreo primitivo había quedado siendo la lengua sagrada por excelencia. Las lecturas bíblicas en la sinagoga se hacían entonces como en el día, exclusivamente en hebreo, y sólo el lector traducía literalmente cada versículo en lengua vulgar. El Libro Sagrado estaba confiado en cada sinagoga, a la guarda del *Azanim,* palabra hebrea que interpreta San Epifanio en el sentido de (*Diáconos* o *Sirvientes*). Los Azanim presentaban al lector o al rabí bajo la dirección de Arquisinagogo, el pergamino rollado en un cilindro de madera, que contenía el texto sagrado.

34. Con el auxilio de estos detalles preliminares, es fácil darse cuenta exactamente de la predicación de Jesús en la sinagoga de Nazareth. El Salvador, cuya infancia y primer juventud se habían pasado trabajando oscuramente, bajo el humilde techo de un artesano, entraba en su patria, precedido de la fama de sus milagros y de los brillantes testimonios rendidos a su misión por Juan Bautista. Los Nazarenos sólo conocían de la divina historia de Jesús aquello de que habían sido ellos mismos testigos. María, que permanecía en medio de ellos, hubiera podido enseñarles el resto; pero la Virgen «conservaba todos sus recuerdos como tesoros y los encerraba en su corazón». El orgullo materno, el más legitimo pero el menos discreto de todos, no alcanzó jamás a esta alma inmaculada; pues se [303] había eclipsado ante la humildad de la «sierva del Señor». Así no era Jesús para los

habitantes de Nazareth, como en el día para los racionalistas, más que «el hijo de Josef». ¿Con qué derecho, pues, venía a eclipsar a tantos jóvenes contemporáneos suyos, más ricos y más considerados que él? La simpatía supone la falta de toda competencia personal: por lo tanto, las medianías celosas ven siempre en un compatriota ilustre un usurpador o un rival. He aquí por qué se cierran todos los corazones a Jesús, en la ciudad donde cada cual se cree superior a él por el nacimiento, la fortuna o la educación. Pero la curiosidad se dispierta tanto sobre el nuevo Rabí, cuanto más general es la malevolencia. Así, todos los ojos se fijan en él cuando el Arquisinagogo, honrando oficialmente «al Doctor de Israel», pero esperando quizá en el fondo de su corazón, una derrota pública, da orden al Azanim para presentar a Jesús el Libro Sagrado. ¡Todas estas miserables agitaciones del amor propio humano, en torno de Jesús! ¡Tanta bajeza al lado de la Suprema Grandeza! ¡Tanta ignominia en frente de la majestad del Verbo, Hijo de Dios! ¡Ay! así será hasta el Calvario, y hasta la consumación de los siglos. Desconocido por sus compatriotas de Nazareth, fue perseguido Jesús por el odio de los Judíos; todavía es ultrajado hoy su nombre por los hombres que le deben su nombre y su patria y su verdadera gloria. Los Evangelios están lejos de disimular el triste episodio de Nazareth. Los historiadores vulgares hubieran creído acrecentar la fama de Jesús, suprimiendo este pormenor o sustituyendo una ovación a los limitados y mezquinos celos que acogen aquí al divino Maestro. Más maravilloso hubiera sido sin contradicción hacer aclamar la divinidad del Salvador en el mismo teatro donde se había deslizado su infancia, según no hubiera dejado de hacer un autor apócrifo. ¡Pero no es tal la historia del Dios que quiso nacer en un establo, y cuyos labios empapados de hiel y de vinagre, dejarán escapar como un testimonio supremo, una palabra de perdón para sus verdugos!

35. A la ardiente y celosa curiosidad de sus compatriotas, responde Jesús, como lo hace todavía a los sofistas actuales. Afírmase a sí mismo, valiéndose de la gran voz de los profetas que anunciaban su divinidad. El ministro de la sinagoga le presenta el volumen de Isaías. Una prescripción que se ha perpetuado en el Talmud, mandaba al lector que se pusiera en pie en señal de respeto a la palabra [304] de Dios. Jesús se pone en pie. En las lecturas de familia, no se debía leer nunca en alta voz menos de veinte y un versículos de los profetas. Pero en la lectura pública del sábado, se acortaba este número, en razón de los ejercicios religiosos de este día, y sin que pudiera exceder de un límite que variaba, según el contexto, de dos a siete. Jesús desarrolla el pergamino, y lee en alta voz, los dos primeros versículos del capítulo LXI de Isaías [549]. La forma de los volúmenes hebreos rollados en un cilindro, de modo que los dos primeros capítulos estaban rollados bajo numerosas vueltas, y los últimos se ofrecían desde luego a la vista, nos hace concebir muy bien que el Salvador no desplegó más que el pliegue superior del pergamino y «encontró al abrir el libro», como dice San Lucas, este pasaje sacado de uno de los últimos capítulos del Profeta, y leyó este texto hebreo. Esta circunstancia destruye enteramente la teoría de los racionalistas modernos que se han atrevido a decir: «Es dudoso que comprendiera bien los escritos hebreos en su lengua original [550]». Pero ¿qué importan estas falaces apreciaciones, en que

---

[549] La profecía de Isaías sólo tiene sesenta y seis capítulos.

[550] Vida de Jesús, pág. 30.

compite lo ridículo con lo sacrílego? Jesús responde a los sofistas de Nazareth con las palabras de Isaías: «El Espíritu de Jehovah reposa sobre mí y me ha conferido la unción Santa». Todos los oyentes sabían que en las riberas del Jordán, había reposado en la cabeza de Jesús el espíritu de Dios, en figura de paloma, y que el carácter propio del Mesías, del Cristo a quien se esperaba, sería, como lo indica la misma etimología del nombre, la unción por el Espíritu de Dios, semejante a la unción real de David por el óleo santo. «El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar los corazones quebrantados, a anunciar la redención a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a libertar a los esclavos, a publicar el año de Jehovah y el día de la retribución divina». La Galilea entera resonaba pues con la predicación del reino de Dios, evangelizado para los pobres; la tiranía de Satanás bajo que gemía el mundo, se veía obligada a abandonar sus víctimas; todos los atacados de las enfermedades y de las pasiones humanas; todos los corazones destrozados por los padecimientos físicos y morales eran consolados y curados; los ojos del ciego se abrían a la luz del día, mientras la luz divina proyectaba [305] su claridad en las tinieblas espirituales de la humanidad. Habíase proclamado el reino de Dios, Comenzaba en fin el año de jubileo de Jehovah en que iban todos los desterrados del cielo a volver a emprender el camino de la patria; en que todos los desheredados volverían a entrar en posesión de los campos paternos. «Había lucido en el mundo el día de la retribución divina», la infinita misericordia iba a llenar abismos de miseria, y a responder con un diluvio de gracias, al torrente secular de iniquidades, de vicios y de infamias. Cuando hubo terminado el Salvador la lectura, se sentó, según una costumbre judaica, pues si bien se hacía en pie la lectura de la palabra de Dios, el Doctor de Israel se sentaba para hacer su comentario, palabra humana que se inclinaba ante la majestad de la Revelación.

36. Tal fue el texto de la primera homilía cristiana. La Iglesia Católica, por voz de sus ministros, predica hoy como el Salvador en la sinagoga de Nazareth. Torna a las Sagradas Escrituras, y a una lengua desconocida de la multitud, el texto divino, del cual hace brotar fuentes de agua viva para saciar las almas. Puede decir, pues, hoy mejor que en Nazareth: «Hanse cumplido todas las profecías». Esta señal divina cuya aureola resplandecía en la frente de Jesús, brilla siempre en la frente de la Iglesia. La multitud ingrata y celosa lanzó al divino Maestro de la sinagoga de Nazareth, y los clamores y los tumultos de la muchedumbre son todavía los mismos. ¿Hay siglo o país alguno en que no se haya tratado también de desterrar a la Iglesia? Nazareth desconocía al Dios de quien se creía ser patria. La libertad de lenguaje, la austeridad de la enseñanza de Jesús, sublevan a los oyentes indóciles. Se le quiere precipitar de lo alto de las rocas que dominan la ciudad de Galilea; pero Jesús pasa por medio de esta turba furiosa, y como él, la Iglesia cuenta sus triunfos por el número de ataques impotentes que se dirigen contra su inmortalidad.

§ VII. El sermón de la Montaña

37 Cuando recorría de esta suerte Jesús la Galilea, se hallaba Herodes Antipas con toda sa corte en Maqueronta, en la orilla occidental del mar Muerto, lo que revela la libertad que tenía el Salvador para proseguir sus predicaciones. «Acudía la multitud de la [306] Decápolis [551], de Jerusalén, de la Judea entera, de las provincias de Siria y de los confines marítimos de Tiro y Sidón, a oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales. Y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud a todos [552]. Viendo Jesús esta multitud inmensa, se dirigió al monte próximo de Cafarnaúm, sentose en él, rodeado de sus discípulos, y alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! ¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios! ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! Dichosos seréis cuando los hombres por causa mía os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor ¿con qué cosa se hará salada? Para nada vale después sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad edificada en un monte no puede ocultarse a los ojos del viajero. Ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos [553]».

38. «No penséis que vine a destruir la doctrina de la Ley o de los Profetas; no vine a destruirla, sino a darle su cumplimiento y perfeccionarla. Porque en verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley hasta una sola jota o ápice de ella. Y así, el que violare [307] uno de estos mandamientos, aunque parezca el menor, y enseñare a los hombres a violarlo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en este divino reino. Se os ha enseñado el precepto impuesto a vuestros padres, a quienes se dijo: «No matarás, y el que matare será castigado de muerte por el Sanhedrín. Pero yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con

---

[551] «Algunos autores designan con este nombre las diez ciudades siguientes: Cesárea de Filipo, Azor, Cedes, Nephtalí, Sepheth, Corozain, Cafarnaúm, Betsaida, Jotapata, Tiberiades y Bethsan o Seythopolis» (De Saley, Dict. de las Antig. bibl., pág. 202.)

[552] Luc., VI, 17-19; Math., IV, 24, 25.

[553] Math., V, 1, 16.

su hermano, merecerá ser castigado con las penas que impone el Sanhedrín; y el que llamare *raca* a su hermano merecerá que le condene el Concilio; mas quien le llamase fatuo, será reo del fuego del infierno [554]. Si, pues, al ir a llevar tu ofrenda al altar, te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda al pie del altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda al Señor. Componte pronto con tu contrario cuando estés con él en el camino, no sea que el contrario te delate al juez y el juez te entregue al ministro y te pongan en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí [308] hasta que pagues el último óbolo [555]. Habéis oído también que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón. Que si tu ojo derecho o tu mano derecha te sirve de escándalo o incita a pecar, sácate el uno y córtate la otra y, arrójalos lejos de ti [556]. Porque más te importa que perezca uno de tus miembros,

---

[554] . Los Hebreos tenían dos clases de tribunales. El primero se componía de veinte y tres personas: los Judíos modernos le llaman el Pequeño Sanhedrín; se hallaba establecido en todas las ciudades algo notables de la Judea, y conocía de todos los delitos ordinarios. A este tribunal alude Nuestro Señor con el nombre de Consejo. El segundo se componía de setenta jueces y de un presidente. Era el tribunal supremo que entendía de las causas mayores o más graves. Los Judíos le llamaban Concilio o Gran Sanhedrín (Sune/drion). Los Escribas, es decir, los doctores de la ley y los Fariseos, muy numerosos en Judea, pretendían que el homicidio era el único crimen, propiamente dicho, de que pudiera hacerse un hombre culpable, considerando las otras faltas como simples delitos. Su moral era, pues, bastante semejante a la del indiferentismo moderno, que expide* una patente de honor a quien no ha matado ni robado.

Pero la doctrina de Jesucristo es muy diferente. Cualquiera que se abandona a un impulso de cólera sobre su prójimo, es culpable ante Dios, y comete una falta, cuya gravedad es del mismo género que la de los delitos ordinarios sometidos a la represión del Consejo o Pequeño Sanhedrín (t$= kri/sei). Si agrega a la cólera el desprecio, demostrado con el término ofensivo roca (hombre despreciable), se agrava su falta y adquiere las proporciones de las que tenía que castigar el gran Sanhedrín (t%= sunedri/%). Finalmente, si agregaba al desprecio el ultraje demostrado entre los Judíos con la palabra Fatuo (Mwre/), tomada en el sentido de impío, llegaba la falta a su último límite, como las que castigaba el Sanhedrín con el suplicio del fuego. En la interpretación de este pasaje, hemos seguido el texto griego de San Mateo. La traducción de la Vulgata se prestaría más a una confusión de las dos jurisdicciones establecidas entre los Judíos. Como quiera que sea, aquí se indica por Nuestro Señor Jesucristo claramente la gradación entre las faltas espirituales, apreciándose, midiéndose y juzgándose su grado de culpabilidad. He aquí por qué tiene por todas partes la Iglesia tribunales en que se juzgan y gradúan los pecados de los hombres. [Mw/re en el original (N. del E.)]

* [«pide» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[555] Quadrantem (kodra/nthj), moneda que valía la cuarta parte de un As romano, El As, en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, valía cerca de cinco céntimos de nuestra moneda actual. Los lectores que hayan tomado seriamente la afirmación de un sofista moderno: «Jesús no sabía el latín», quedarán sin duda grandemente admirados al hallar una expresión tan exactamente latina en el sermón de la Montaña. [kodra/nthn en el original (N. del E.)]

[556] Ponemos en nota las explicaciones exegéticas, para no interrumpir el admirable contexto del sermón de la Montaña. No debe separarse del contexto la fórmula: «Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo; si tu mano derecha te escandaliza, córtatela». El Salvador habla aquí de la pasión más tiránica, cuya violencia era imposible pintar de una manera más perceptible. El ojo, la mano, ¿qué es esto para el desgraciado esclavo que sacrificaría mil vidas al objeto de su ciego y criminal ardor? He aquí por qué, el Dios que sabía el barro de que había formado el corazón del hombre, se sirve de este enérgico lenguaje.

que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. También se dijo a los antiguos: Cualquiera que despidiese a su mujer, dele carta de repudio [557]; pero yo os digo, que todo aquel que repudiare a su mujer, sino es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio [558]».

39. «También habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No jurarás en falso por el nombre de Jehovah [559], antes bien cumplirás [309] tus juramentos hechos al Señor. Y os digo más: que de ningún modo juréis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios [560]; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies [561]; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey [562]. Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, porque no está en vuestra mano hacer blanco o negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; o no, no; porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene [563]. Habéis oído también que se dijo: ojo por ojo y diente por diente [564]. Pero yo os digo que no hagáis resistencia al agravio, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa. Y al que te embargare (o requiriere)

---

[557] Deuter., XXIV, 1.

[558] Math., V, 16-32. El repudio entre los Judíos, había sido escrito en la ley por una condescendencia divina: Ad duritiam cordis, como dijo en otra parte el mismo Jesucristo (Math., XIX, 8). No fue así en su origen; Ab initio autem non fuit sic (Id. Ibid). El Salvador estableció, pues, aquí la indisolubilidad del matrimonio, exactamente en los mismos términos con que la Iglesia Católica lo ha sostenido siempre, a pesar de todas las ciegas recriminaciones de las pasiones humanas.

La cláusula de excepción formulada por Jesucristo, se conserva hoy por la Iglesia, aunque no se encuentra ya en nuestros códigos. Quien desee meditar seriamente este asunto que ha fijado la atención de los más grandes legisladores, no tardará en convencerse de la profunda sabiduría de la cláusula excepcional. No se puede añadir ni quitar nada al Evangelio, sin precipitarse en abismos.

[559] Exod., XX, 7; Levit., XIX, 12; Deuteron., V, 14. Los Escribas y los Fariseos habían abusado del mandamiento mosaico: «No tomarás el nombre de Dios en vano», hasta el punto de enseñar ex profeso, que era permitido engañar a los extranjeros con toda clase de juramentos, con tal que no se prestaran bajo el nombre sagrado de Jehovah. Así, sostenían que no obligaba absolutamente a nada jurar por el Templo do Jerusalén, por el Altar de los holocaustos, por la tierra o por el cielo. Sabido es cuál era en la antigüedad la religión del juramento.

La interpretación farisaica de la ley, restringiendo a solo el nombre de Jehovah la obligación absoluta de sostener una promesa, suministraba a los Judíos un pretexto muy cómodo para violar todos sus empeños. Así es, que tenían, como tienen actualmente, una marcada inclinación por la predicción mosaica: «Abrumarás al extranjero con el peso de la usura» Faenerabis gentibus (Deuteron., XV, 6; XXIII, 19; XXVIII, 12). Así tenían en el mayor aprecio una doctrina que los ponía de acuerdo con su conciencia, autorizándoles para prodigar, respecto de los Romanos, de los Griegos y de todos los paganos en general, las fórmulas de juramento más terribles y más explícitas. Éstos, al oír jurar a un judío por el Templo de Jerusalén, se creían asegurados suficientemente, y el hijo de Jacob especulaba con su credulidad, aplaudiéndose de sus farisaicos subterfugios.

[560] Caelum sedes mea (Isa., LXVI, 3).

[561] Terra autem scabellum pedum tuorum (Id., ibid.)

[562] Civitas regis magni (Psalm., I, XLVI 3).

[563] Jac., V, 12.

[564] Exod., XXI, 24; Levit., XXIV, 20; Deuteron., XIX, 21.

[565]para ir cargado una milla [566], ve con él otras dos. Da al que te pide y no tuerzas el rostro al que pretende de ti algún préstamo. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo [567]. Pero yo os digo más: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os [310] maldicen [568], haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque ¿qué mérito hacéis en amar a los que os aman? Por ventura, ¿no hacen esto también los publicanos [569]? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? Por ventura, ¿no hacen otro tanto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto [570]».

40. «Cuidad de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, con el fin de que os vean, porque no recibiréis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así, cuando des limosna no quieras publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas que distribuyen sus prodigalidades en las sinagogas y en las plazas públicas para ser honrados de los hombres [571]; pues en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tú des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre que ve lo oculto te recompensará. Y cuando oréis, no habéis de ser como los hipócritas que gustan de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres [572], porque en verdad os digo que recibieron ya su

---

[565] Quicumque te angariaverit. Esta expresión está tomada del derecho romano, por el que se hallaba entonces administrada la Palestina. El requerimiento del magistrado romano no admitía dilación ni escusa. Se requería al viajero, al extranjero, al pasajero para un servicio público, o simplemente por capricho de una autoridad. Y era forzoso someterse. Un requerimiento de esta clase valió a Simón de Cirene el honor de participar con Cristo del peso de la cruz redentora.

[566] Otra expresión latina en boca de Jesús, que según se dice, no sabía latín. Los caminos romanos que surcaban el mundo, estaban divididos por límites miliarios, colocados por intermedios de cerca de mil pasos. El valor exacto del millar romano, con relación a nuestras medidas actuales, era de 1.481m 75.

[567] Diliges amicum tuum sicut teipsum (Levit., XIX, 18). De este precepto de amar a sus amigos, había deducido la glosa farisaica, naturalmente, la obligación de odiar a sus enemigos.

[568] Luc., VI, 28. Benedicite maledicentibus vobis. Este pasaje no está en la versión de San Mateo según la Vulgata, pero se halla en el texto griego.

[569] Véase en el n.º 46, el sentido de la palabra Publicano.

[570] Math., V, 33 ad ultim.

[571] Los Fariseos ricos, al ir a la sinagoga, distribuían públicamente sus limosnas en las calles por que atravesaban. Nuestro Señor compara esta ostentación con el brillo ruidoso de las representaciones teatrales. La palabra: u(pokritai\ significa en su sentido literal: «Cómicos». Herodes había multiplicado los teatros en las ciudades de Judea, anunciándose las representaciones escénicas al ruido de trompetas recorriendo todas las calles. El Salvador alude a este uso, como lo prueba por otra parte la otra expresión griega: pro\j to\ qeaqh=nai que emplea para caracterizar el orgullo farisaico que gustaba ostentarse en espectáculo. [pro\; to\ qekqh/nai en el original (N. del E.)]

[572] Tales costumbres eran desconocidas en todas partes, menos en Judea.

Los Fariseos que llevaban en la orla de su manto anchos filacterios, donde estaban escritas las sentencias de la ley, se paraban en las plazas públicas y en las esquinas de las calles a meditarlas,

recompensa. Antes por el contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu cuarto más retirado, y cerrada la puerta, [311] ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que lee en el secreto de las almas te recompensará. Y cuando oréis, no afectéis hablar mucho como hacen los gentiles, que se imaginan que de esta suerte es su súplica más eficaz a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal, amen. -Porque si perdonaréis a los hombres vuestras ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial vuestros pecados; pero si no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados [573].

41. Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para mostrar a los hombres que ayunan (o su fidelidad en observar la ley.) Porque en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Mas tú cuando ayunares, perfuma tu cabeza y lávate el rostro [574]; para que no conozcan los hombres que ayunas; sino únicamente tu Padre, a quien no se oculta nada, y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te recompensará. No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren ni roben [575]. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. -La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido; pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará oscuro. Pues si lo que debe ser luz en sí, es tinieblas, [312] las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán? Lo mismo, pues, si la luz interior de la conciencia se oscurece en ti, ¿cuáles no serán las tinieblas del alma? -Ninguno puede servir a dos señores, porque, o aborrecerá al lino y amará al otro, o sufrirá al uno y despreciará al otro. No podéis, pues, servir a un mismo tiempo a Dios y a Mamón (o las riquezas). Por tanto os digo, que no estéis solícitos por lo que toca a vuestra vida, sobre lo que habéis de comer, ni, por lo que toca a vuestro cuerpo, sobre con qué os habéis de vestir. Por ventura ¿la vida no vale más que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del

---

exagerando de esta suerte las palabras del Deuteronomio: Meditaberis in eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere (Deuteron., VI, 7). Al recomendar Jesús a sus discípulos el silencio respecto de sus buenas obras, les da un precepto de que él mismo les servirá de ejemplo. Así el divino Maestro, a cada milagro que hace, manda siempre que guarden secreto.

[573] Math., VI, 1-14.

[574] Los Judíos en los ayunos solemnes se cubrían la cabeza con ceniza, poniéndose un cilicio, o se cubrían con el sayal de la penitencia. El rigorismo farisaico había encarecido estas observancias. El orgulloso fariseo ayunaba dos veces a la semana. Jejuno bis in sabato (Luc., XVIII, 12) el lunes y el jueves; y quería que la afectada palidez de su semblante revelara claramente sus austeridades. Jesús, por el contrario, ordena a sus discípulos, que cuando ayunen se perfumen la cabeza, pues era costumbre en Palestina, según dice San Gerónimo, usar perfumes en los días festivos. Ubi diebus festis solent ungere capita (Hieron., In Math. Commentar., cap. VI, 17).

[575] Fácilmente se comprenderá, que en la época de la invasión romana en Judea, fue muy frecuente el uso de esconder en tierra los tesoros entre los hijos de Jacob.

cielo que no siembran, ni siegan, ni entrojan, y vuestro Padre celestial las mantiene. Por ventura, ¿no valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros puede con sus pensamientos añadir un codo a su estatura? ¿Y por qué os inquietáis acerca del vestido? Mirad cómo crecen los lirios del campo; no labran ni hilan, y yo os digo que ni Salomón con toda su gloria estaba tan bien vestido como uno de estos lirios. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No vayáis, pues, diciendo acongojados: ¿Tendremos que comer, beber o vestir? como hacen los gentiles, los cuales andan ansiosos tras todas estas cosas materiales; pues bien sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de ellas tenéis. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana, porque el día de mañana harto cuidado traerá por sí, bástale ya a cada día su propio afán [576]. Pedid y se os dará: buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra a su hijo cuando le pide pan, o que le dé una serpiente, si le pide un pez? Si pues vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas llenas a los que se las piden [577]?»

42. «No juzguéis a los demás, si queréis no ser juzgados; no condenéis para no ser condenados. Perdonad para que se os perdone, [313] dad y se os dará. Porque con el mismo juicio que juzgaréis a vuestro hermano, y con la misma medida con que le hubiereis medido, seréis medidos vosotros. Mas tú ¿con qué cara te pones a mirar una paja en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está dentro del tuyo? O ¿cómo dices a tu hermano: deja que saque esa paja de tu ojo, mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces tendrás vista para quitar la paja del ojo de tu hermano. Por lo tanto, haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros, porque esto es la ley y los profetas. Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que conduce a la vida y qué pocos los que atinan con ella! Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, pero interiormente son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. Por ventura ¿se cogen uvas de las espinas o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Todo árbol que no dé buen fruto, será arrancado y echado al fuego. Por los frutos, pues, conoceréis las doctrinas. No todo aquel que me dice: «¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, éste entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en el día solemne del juicio: ¡Señor! ¡Señor! por ventura ¿no hemos profetizado nosotros en tu nombre y lanzado los demonios en tu nombre y hecho muchos milagros en tu nombre? Pero entonces yo les responderé: Nunca os he conocido por míos; apartaos de mí, operarios de iniquidad. Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, será semejante a un hombre cuerdo que edificó su casa

---

[576] Math., VI, 17-34.

[577] Math., VII, 7-11. Unimos aquí estos dos pasajes relativos a la súplica, aunque se hallan separados en el texto, porque la mayor parte de los comentadores suponen es accidental esta inversión; la serie de las ideas induce a creer que se pronunciaron por el Salvador en el orden en que las restablecemos.

sobre piedra, y cayeron las lluvias Y los ríos salieron de madre, y vinieron los torrentes y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante a un hombre loco que edificó su casa sobre arena; pues cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fue grande. Y al fin, habiendo Jesús concluido este razonamiento, admiraban la sublimidad de su doctrina las gentes que le oían; porque les enseñaba con [314] cierta autoridad soberana, y no como sus Escribas y Fariseos [578]».

43. Era en efecto la autoridad del mismo Dios la que iba a cumplir en la montaña de Cafarnaúm la ley dada en el Sinaí. No queremos debilitar con un estéril comentario, la virtud divina que se exhala de cada una de las palabras del Sermón de la Montaña. Todo el Evangelio forma su desarrollo ulterior, pues sólo Jesús podía explicar su palabra. Por tanto, nos bastará exponer su rigorosa trabazón y su serie lógica. El Verbo de Dios lleva a la humanidad con cuyas miserias vino a desposarse, un tesoro de felicidad que nadie sospechaba anteriormente. La pobreza voluntaria; la dulzura; las lágrimas; el hambre y la sed de justicia; la práctica de las obras de misericordia; la pureza del corazón; el amor de la paz; la paciencia en la persecución; tales son las ocho bienaventuranzas que predica el Salvador a un mundo donde la riqueza y el lujo habían adquirido proporciones casi sobrehumanas: en una época en que era la ley suprema la violencia y en que el sensualismo romano era más emperador que Tiberio; en que la misericordia consistía en abreviar con el puñal del confector los tormentos de los gladiadores heridos; en que reinaba únicamente la voluptuosidad en las conciencias; en que la paz era sinónimo de esclavitud universal; en que la persecución no tenía más límites que los del universo. ¡Algunos retóricos han pretendido hacer de Jesús un demócrata con miras exclusivas y mezquinas; disfrazándole de no sé qué revolucionario impotente que quiso sacudir las cadenas de la humanidad sin tener fuerza para realizar sus sueños de independencia! Se necesita en verdad toda la ignorancia o la mala fe de un sistema previo para atreverse a sentar en nuestra época teorías tan manifiestamente insensatas. Vuélvase a leer el Sermón de la Montaña, que es el programa de la doctrina evangélica. En vano se buscará en él el llamamiento a las armas de un Espartaco, o la excitación a la rebelión de un jefe demócrata. ¡Oh Jesús! Dios del pesebre y del Calvario, víctima de Tiberio y de Herodes, Cordero de Dios, inmolado por los pecados del mundo, ¿será verdad que estaba reservada a vuestra faz augusta esa última bofetada y que hubiera una mano, como en otro tiempo la de un criado de Pilatos, en el varadero del moderno socialismo para haceros semejante ultraje? Pero ¿qué importa? No se alterará por eso una [315] sola tilde al Evangelio y el Evangelio no habla como los sofistas actuales. Jesús no procede ni de la democracia antigua ni moderna, ni de las profecías pasadas o presentes. La base de su enseñanza es la ley hebraica, elevada a la perfección cristiana. La sanción de sus preceptos está más alta que todas las esperanzas, todas las aspiraciones y las solicitudes de este mundo. El reino de los cielos es su reino; el juez supremo es el Padre celestial, cuya Providencia en el mundo vela sobre sus hijos con igual ternura, hasta el día de la retribución definitiva, en que el bien y el mal serán premiados y castigados. En verdad ¿qué tiene, pues, de común

---

[578] Math., VII, integr.

esta doctrina con los aforismos de Séneca, que redondean en periodos declamatorios un elogio académico de la pobreza sobre una mesa de oro macizo, y bajo los restos del fastuoso palacio de Nerón? ¿Qué similitud hay entre la abnegación, la adhesión, el sacrificio personal, la mortificación interior y exterior, impuestos como deberes absolutos por el divino Maestro, y las excitaciones apasionadas, los impulsos de la concupiscencia, del orgullo y de la sangre, suscitados por las demagogias?

§ VIII. Milagros en Cafarnaúm

44. Habiendo bajado Jesús del monte, le fue siguiendo una gran muchedumbre de gentes. Y al aproximarse a Cafarnaúm, vino a su encuentro un leproso, y se postró ante él para adorarle diciendo: Señor, si tú quieres me puedes curar. -Jesús, movido por su ruego, extendió la mano y le tocó diciendo: Quiero: queda limpio. Y al instante quedó curado de la lepra. Y Jesús le dijo: Mira que a nadie lo digas; pero ve a presentarte al sacerdote y haz la ofrenda que mandó Moisés para la purificación de la lepra: así atestiguarás tu curación. -Pero el leproso en su reconocimiento publicó por todas partes el favor de que acababa de ser objeto. En breve se divulgó el rumor de este milagro, y las gentes que se estrechaban alrededor de Jesús, no le permitieron entrar en la ciudad. Y él se retiraba al desierto y hacía oración en la soledad; pero el pueblo iba a encontrarle a todas partes para oír su palabra y obtener la curación de todas las enfermedades [579]». Si hubo jamás dolencia alguna respecto de la cual [316] sean completamente impotentes «la palabra más dulce o el contacto más simpático», como dice el racionalismo, es sin duda alguna la lepra, esa horrorosa enfermedad sobrado común aún en el día en Oriente, en la que hinchándose y poniéndose azulada la carne, se desprende en enormes costras, dejando en vivo la llaga ensangrentada y devorando a su víctima hasta los huesos. El solo contacto de un objeto sobre el que se posa la mano del leproso, la ráfaga de viento que cruza por entre él, comunica la lepra. Así, la multitud que baja de la montaña y rodea al divino Maestro, se desvía a la vista del leproso de Cafarnaúm. La incredulidad pide una comisión científica para consignar la realidad de las enfermedades que curó Jesús; pues bien, en la historia del leproso se satisface completamente esta exigencia. En Jerusalén residía una comisión de sacerdotes establecida permanentemente por la ley mosaica para consignar todos los casos de lepra que ocurrían en la población judía [580]. Después de un atento examen, todos cuyos pormenores consignados en el Levítico son de tal naturaleza que bastan para satisfacer a los espíritus más meticulosos, cuando se había reconocido oficialmente

---

[579] Math., VIII, 1-4; Marc., I, 40-45; Luc., V, 12-15.

[580] Levit., XIII, 1, 2.

la lepra, se prohibía al desgraciado que era atacado de ella entrar en los lugares habitados [581], debiendo retirarse a las campiñas desiertas [582], y siendo arrasada su casa, cuyas piedras mismas eran sometidas a la acción de una hoguera encendida, a donde se arrojaba todo lo que había usado personalmente el leproso. Para prevenir los encuentros fortuitos que podían llegar a ser fatales al viajero, al transeúnte, al extranjero, sólo llevaba el leproso vestidos descosidos [583] por cuyas aberturas veía cada cual sus horribles úlceras. Estábale prohibido por la misma razón cubrirse la cabeza [584]; pero debía taparse la boca con la ropa [585], no fuese que comunicase el contagio el aire pestífero de su aliento; finalmente, estaba obligado a avisar de lejos a los que encontraba en el camino, gritando: ¡Huid del leproso [586]! -Al leer esto, nos preguntamos si sería posible en las sociedades modernas donde ha llegado a sus últimos límites el lujo de reglamentarlo todo, imaginar una organización más apropiada, a un tiempo mismo, a las necesidades del clima, al respeto de la libertad individual y al interés general de [317] la seguridad pública. Pero si se rodeaba de tantas garantías la consignación de la lepra, la curación misma se hallaba también sometida para reconocer que había sido efectiva, a formalidades que excluían toda posibilidad de sorpresa o fraude. Cuando dijo Jesús al leproso ya curado: «Anda, y a nadie lo digas, pero ve a presentarte al sacerdote», hace alusión el Salvador a esas formalidades legales que todo el mundo conocía en Judea. Él mismo apela a la prueba jurídica que reclaman nuestros racionalistas modernos. Quiere que se consigne oficialmente el milagro, no a los ojos de la multitud que no necesitaba otro testimonio, sino, según el pensamiento de San Agustín, a los ojos de la posteridad, esta gran enferma a quien la lepra de las pasiones o de la incredulidad devora siempre y que no cesará nunca de curar la palabra del Hijo de Dios. Pues bien, he aquí cuáles eran las formalidades prescritas por Moisés para que el leproso, curado por cualquier causa accidental, o por sólo los recursos de la naturaleza, fuese relevado del entredicho que sufría, y reintegrado en la sociedad de sus semejantes. Debía presentarse a los sacerdotes que habían mandado su secuestro, pues sólo eran admitidos los jueces de su enfermedad pasada a pronunciar sobre la realidad de su curación. Cualquiera que conoce el corazón humano y los refinamientos de amor propio de las corporaciones constituidas, conocerá la importancia de semejante garantía, y estará lejos de sospechar que este tribunal procediera con exagerada benevolencia. Después del examen minucioso al cual se sometía al requirente, si había desaparecido la lepra y no velan los jueces señal alguna de que existiera, se procedía a la purificación legal. El antiguo leproso ofrecía en el Templo dos pájaros vivos y un palo de cedro, un trozo de grana o de lana teñida de escarlata y un ramo de hisopo. La mano del leproso tocaba cada una de estas ofrendas, y sabido es los terribles efectos del contacto de una mano de leproso. El sacerdote inmolaba uno de los pájaros en una

---

[581] Ad arbitrium ejus separabitur (id., ibid., 3).

[582] Solus habitabit extra castra (Ibid., 46).

[583] Habebit vestimenta dissuta (Ibid., 45).

[584] Caput nudum (Ibid).

[585] Os veste contectum (Ibid).

[586] Contaminatum ac sordidum se clamabit (Ibid).

vasija de barro sobre agua viva, a fin de hacer desaparecer todas las consecuencias de semejante contacto. Recogíase la sangre del pájaro degollado en una vasija de barro, sumergíase en ella el palo de cedro, la grana y el hisopo, con los cuales se rociaba al otro pájaro que se ponía inmediatamente en libertad. Después se hacían siete aspersiones sucesivas, con la misma sangre sobre el presunto curado. Tal era la primera prueba. Es evidente que si existía aun en estado latente el virus de la lepra, debía [318] comunicarse al pájaro puesto en libertad, y sobre todo al paciente mismo sometido a estas reiteradas aspersiones. Entonces se raía todos los pelos del cuerpo del leproso; se le metía en un baño, y después de haber lavado todos sus vestidos, se le dejaba durante siete días bajo la influencia de esta primer prueba. Si en este intervalo, sobreexcitada la sangre por la acción de raerla, y atraída a todos los poros por el agua tibia del baño, circulaba libremente, sin formar en la piel ninguna de esas manchas lívidas que son los síntomas ordinarios de la lepra, se podía creer en la realidad de la curación. Entonces el leproso ofrecía en el Templo dos corderos, uno de los cuales era inmolado en sacrificio de propiciación, y el otro quemado en el altar de los holocaustos. Se renovaban las aspersiones, y si esta segunda prueba no ocasionaba recaída, era declarado al día siguiente puro el leproso y volvía a entrar en el comercio de los hombres [587]. Tal fue la suerte del leproso de Cafarnaúm, y tal es el sentido real de la palabra de Jesús: *Vade, ostende te sacerdoti et offer pro emundatione tua, sicut praecepit Moyses, in testimonium illis*. ¿Haría más una comisión científica que se nombrara hoy por la Academia de París o de Berlín?

45. La fama de Jesús iba aumentándose. Los Escribas y los Fariseos de Jerusalén se preocuparon del concurso inmenso que se formaba en torno del nuevo doctor, y quisieron darse cuenta de los sucesos que conmovían a toda Galilea. «Entre tanto, dice el Evangelista, lejos de buscar la multitud, Jesús huía al desierto para orar en libertad. Pero un día que había invadido la multitud la casa de Simón donde se hallaba Jesús, se sentó allí y enseñaba al pueblo. Estaban asimismo sentados allí varios Fariseos y Doctores de la ley que habían acudido de todos los puntos de Galilea, de toda la Judea y de Jerusalén. El poder del Señor se manifestaba en numerosas curaciones. Y he aquí que varios hombres que conducían un paralítico, tendido en una camilla, trataban de penetrar por entre el gentío para poner el enfermo a los pies de Jesús. Y no hallando por donde introducirle a causa de la mucha gente, subieron sobre el terrado de la casa, y haciendo una abertura en el techo, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico, hasta el sitio en que se hallaba Jesús. Y viendo cuán grande era la fe de aquellos hombres, dijo [319] Jesús al paralítico: ¡Oh hombre! tus pecados te son perdonados. -A estas palabras los Escribas y los Fariseos decían entre sí: ¿Cómo puede blasfemar de esta suerte? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué se abandona vuestro corazón a malas sospechas? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decir, levántate, toma tu camilla y anda? Pues bien, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, levántate, dijo al paralítico: Yo te lo mando; carga con tu camilla y vete a tu casa. -Y levantándose al punto el enfermo, cargó con su camilla y dando gloria a Dios, tomó el camino de su casa. Apoderose de todos los asistentes el espanto, y proclamaban

---

[587] Levit., XIV, integr.

el poder de Jesús, diciendo en su admiración: ¡Nunca hemos visto maravilla semejante [588]».

46. El poder de perdonar los pecados proclamado tan altamente por el divino Maestro, causa hoy el escándalo de los racionalistas y de los protestantes, absolutamente lo mismo que sublevaba en Cafarnaúm a los Escribas y Doctores de la ley. La Iglesia Católica, heredera de las enseñanzas y de la potestad de Jesús, no ha cesado ni cesará nunca de remitir los pecados. ¿Qué hacen, no obstante, los doctores de la razón o del libre examen? ¿qué hacen de este texto evangélico tan claro y tan preciso? ¿No es evidente que en él se manifiesta claramente Jesucristo como el Hijo de Dios que tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados? ¡No hay duda alguna de que semejante prerrogativa sólo pertenece a la Divinidad, y cuando hacen esta observación los Fariseos, dicen bien! Pero cuanto más fundada es su objeción, más hace resaltar el carácter divino, el título de Dios que se atribuye Jesucristo, sin vacilación y sin subterfugio alguno. La curación instantánea del paralítico, y el poder que supone en el orden de la naturaleza, son a un mismo tiempo el símbolo y la confirmación de las curaciones espirituales y del poder que suponen en el orden de la gracia. Las circunstancias del milagro obrado en favor del paralítico, son tan patentes como pudiera exigir la crítica más hostil. Los testigos, Escribas, Doctores de la ley y los Fariseos están lejos de ser favorables, y sólo se someterán a la evidencia. El enfermo ha descendido con el auxilio de cuerdas por [320] una abertura practicada en el techo de la casa. Si el Salvador no es más que un médico hábil que tiene a su disposición los secretos de un arte desconocido al vulgo, ¿por qué dirige a este enfermo palabras, al parecer tan extrañas a su enfermedad? Porque le dice: «¡Tus pecados te son perdonados!» Por más que se haga, es imposible quitar a la historia evangélica su carácter propio, su fisonomía particular. Quien obra, quien habla y se mueve y vive y respira en esta admirable narración no es un médico, ni un filósofo, ni un legislador, ni un héroe humano. Es un Dios.

47. «Después de este milagro, continúa el texto sagrado, salió Jesús de Cafarnaúm; y al pasar, vio sentado al banco o mesa de los tributos a un publicano llamado Leví, y por sobrenombre Mateo, y le dijo: «Sígueme, y levantándose el publicano al instante, lo dejó todo y le siguió. Y sucedió después que estando Jesús a la mesa en la casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y gente de mala vida, y se pusieron a la mesa con Jesús y sus discípulos. Mas los Escribas y Fariseos murmuraban de esta conducta y dirigiéndose a los discípulos de Jesús, les dijeron: ¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores? Jesús tomó la palabra, y respondiendo a sus secretos pensamientos: No son los que están sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos. Yo no vine a llamar a penitencia (o convertir) a los justos, sino a los pecadores. -Los Fariseos replicaron: ¿Por qué razón ayunando los discípulos de Juan y los de los Fariseos, no ayunan tus discípulos? Y Jesús les dijo: ¿cómo es posible que los compañeros del esposo en las bodas ayunen y anden afligidos, mientras está con ellos el esposo? Pero vendrá tiempo en que les quitarán al esposo, y entonces ayunarán. -Después les dijo esta parábola: Nadie de vosotros echa vino nuevo en cueros viejos, porque los hace reventar la fuerza del vino y se derrama el vino y se pierde. Por tanto el vino nuevo

---

[588] Math., IX, 1-8; Marc., II, 1-12; Luc., V, 17-26.

debe echarse en pellejos nuevos para que uno y otros se conserven. Asimismo, nadie cose un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, pues el remiendo nuevo rasga lo viejo, y se hace mayor la rotura [589]». Bajo esta forma parabólica, daba el Salvador al mundo la lección más sublime. Necesitábanse para la doctrina celestial del Verbo encarnado, inteligencias y corazones capaces de recibirla. El mundo antiguo resquebrajado, [321] abierto y podrido hubiera reventado como una odre vieja, con el fermento divino de este nuevo licor. El girón gastado de las civilizaciones paganas, no podía soportar el pedazo que iba a coser en él el Salvador con las espinas de su corona y con los clavos de su cruz. ¿Comprendieron entonces estos Escribas y Fariseos el sentido maravilloso de la parábola? Tenemos motivo para dudarlo. Hasta la hora en que el mundo cristiano se puso en lo alto de las hogueras, ante las garras de los leones, en la arena ensangrentada de los circos, en frente de la tiranía del mundo pagano, llegó a ser incomprensible la respuesta de Jesús. Los publicanos, estos parias de la Judea, enviados por el César romano a percibir un impuesto odioso, y a inscribir sobre sus tablillas el nombre de los ciudadanos rebeldes o rezagados, que por indocilidad o por impotencia, no habían pagado el *Numisma census,* a la hora prescripta, continuaron experimentando el desprecio y los ultrajes de los orgullosos Fariseos. ¿Qué debía hacerse con estos alcabaleros, vendidos al poder de Roma, con estos tabeliones, cuyo solo nombre era una injuria? No hay duda que estaba bien a Jesús aceptar un sitio en su mesa y elegir entre ellos los apóstoles de su nueva doctrina. Y por tanto el publicano Leví, llamado Mateo, este oscuro cobrador de tributos, que abandonó un día, a la voz de Jesús de Nazareth, el cobrador, en que recibía algunas miserables monedas para trasmitirlas al fisco del César Tiberio, llegó a ser uno de los doce que convirtieron el mundo, y sustituyeron la cruz de su Maestro a las águilas que dominaban el Capitolio. No tardaron en llegar los días predichos por el Salvador, en que reemplazaría el ayuno, los banquetes. La sociedad cristiana de las Catacumbas tuvo tres siglos de lutos y de mártires, en compensación de la mesa de Cafarnaúm que escandalizaba a los Escribas y a los Doctores. Hoy lo sabemos ya, y el sentido de la parábola evangélica no es ya un enigma para nadie. Pero ¿nos había de impedir la realización de la profecía consignar el milagro de la profecía misma?

48. «Mientras Jesús les hablaba de estas cosas, añade San Mateo, llegó a postrarse a sus pies el jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, diciendo: «Señor, mi hija, mi única hija, acaba de morir; pero ven y pon tu mano sobre ella para que viva. La niña que acababa de morir tenía doce años. Jesús se levantó y le siguió con sus discípulos. Durante el camino, se precipitaba la [322] multitud a su paso, de suerte que apenas podía andar. Y he aquí que una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años, se llegó por detrás a Jesús y tocó la orla de su vestido, porque decía en su interior: Si toco solamente la orla de su vestido quedaré sana. -Y no bien hubo llevado la mano a ella, cesó el flujo de sangre. ¿Quién me ha tocado? preguntó Jesús. -Los discípulos que le rodeaban se excusaron, afirmando que ninguno de ellos lo había hecho. Entonces hablando Pedro en nombre de todos, le dijo: Maestro, te rodea y oprime la multitud por todas partes ¿cómo dices, pues, quién me ha tocado? -Alguien me ha tocado, respondió Jesús. Lo sé, y una virtud divina ha salido de mí. -Comprendiendo la mujer que no había podido sustraerse a

---

[589] Math., IX, 9-17; Marc. II, 13-22; Luc. V, 27-39.

la atención del Señor, se acercó temblando, se arrojó a sus pies, y en presencia de toda la multitud explicó la causa por qué le había tocado y cómo al momento había quedado sana. Hija mía, ten confianza, le dijo Jesús, tu fe te ha salvado. Vete en paz. -En aquel momento atravesó el gentío un hombre, y acercándose al jefe de la sinagoga, le dijo: Ha muerto tu hija ¿a qué fatigar al Maestro? -Pero oyendo Jesús estas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; ten fe solamente, y tu hija vivirá» -En la puerta de la casa hallaron reunidos a los tañedores de flautas que hacían oír sus sonidos lúgubres, y a las plañideras que deploraban con sus lamentaciones la muerte de la niña. -¿Por qué esos lloros y esa desesperación? dijo Jesús. Retiraos: la niña no está muerta, sino dormida. -Al oír estas palabras se burlaban de él, porque sabían bien que estaba muerta la joven. Jesús, tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan, así como al padre y a la madre de la niña, prohibió a todos los demás que le siguieran, y entró en la estancia mortuoria; y tomando la mano a la niña, dijo en alta voz: *Talitha Cumi*. Niña, levántate, yo te lo mando. -Al punto volvió su alma al cadáver, y se puso en pie la niña, y Jesús mandó que la dieran de comer. Los padres quedaron llenos de asombro. Jesús les mandó que guardaran silencio sobre lo que acababa de suceder; pero el gentío que rodeaba la casa, supo en breve el hecho, y la nueva de este suceso se divulgó por todo aquel país [590]».

49. De todas las páginas del Evangelio se desborda el milagro. No se verifica en la vida del Salvador, como en la de los taumaturgos [323] del Antiguo Testamento, con los caracteres excepcionales que marcan los fenómenos raros y extraordinarios. El milagro parece la esencia misma de Jesús; emana naturalmente de su persona como de una fuente siempre llena, y estalla y relumbra casi sin advertirlo el divino Maestro. La hemorroisa, consigue en medio de la multitud tocar la orla del vestido de Jesús. Imagen viva de la humanidad que perdía su sangre hacía cuarenta siglos, con la herida de las pasiones y la opresión de toda clase de concupiscencias. Nadie había notado esta mujer; Jesucristo no le había dirigido ni una palabra ni una mirada; y no obstante, en el momento mismo, cesa el flujo de sangre, y dice el Salvador a sus discípulos: «Una virtud divina ha salido de mí. ¿Quién me ha tocado?» -La hemorroisa se prosterna en presencia de tantos testigos, y cuando en cualquier otra circunstancia se hubiera avergonzado de revelarles el secreto de su dolencia, expone toda la verdad; pues el reconocimiento acalla en ella todos los demás sentimientos, y le responde el Salvador con inefable mansedumbre: «Hija mía, ten confianza; tu fe te ha salvado. Vete en paz». ¡Cuántas veces ha repetido la Iglesia Católica esta palabra sobre frentes en que la gracia de Jesús, milagrosamente difundida, había hecho reaparecer la inocencia! ¡Cuántas veces estos prodigios de curación espiritual se han renovado, por medio del arrepentimiento y de la confesión, a vista de Pedro y de los ministros del Evangelio, pasmados ellos mismos de los prodigios verificados «por la virtud divina que sale sin cesar de Jesús!» Todos los pormenores de los milagros evangélicos tienen dos caracteres: una publicidad tal, en el momento de verificarse, que no podría ser su autenticidad objeto de una duda seria; y una significación particular tan profunda, que estos milagros no bien se han obrado una vez en Judea, se renuevan sin medida, sin límites ni linderos en todos los puntos del mundo a donde ha llevado la Iglesia el nombre de Jesucristo. ¿Qué cosa mejor consignada que la muerte de la

---

[590] Math., IX, 18-38; Marc., V, 22-43; Luc., VIII, 41-56.

hija de Jairo? Su padre, anegado en llanto, va a llevar la noticia a Jesús en presencia de los Escribas y Fariseos, en medio de la comida que les da el publicano Leví. «Señor, mi hija ha muerto. Ven a resucitarla». El corazón de un padre no equivoca un desmayo con el último suspiro de su hija. Toda la pequeña ciudad de Cafarnaúm sabe ya el golpe terrible que acaba de herir al jefe de la sinagoga. La multitud obstruye la casa del publicano, y, cuando se levanta [324] Jesús para seguir a Jairo, se ve rodeado de un séquito inmenso. El incidente de la hemorroisa retarda algunos instantes la marcha del Salvador. Se adivina la impaciencia del desgraciado padre y la esperanza que hace renacer en su alma esta curación, inesperada sin duda. Sus criados, temiendo tal vez la sensación que puede causarle esta decepción sobrado amarga, y sabiendo que se iba a conducir a la joven difunta al sepulcro de su familia, penetran por entre la multitud y le dicen: « ¡Ay! ¡tu hija ha muerto! ¿para qué fatigar inútilmente al Maestro?» La multitud oye estas palabras, como ella oye la respuesta del Salvador: «Cree o ten fe solamente, y vivirá tu hija». Jesús iba, pues, a encontrar seguramente la muerte en la casa del jefe de la sinagoga. Ya el séquito de costumbre que llevaba en pos de sí la muerte entre los Hebreos, había tomado posesión de la morada. Además de los coros de músicos, cuya presencia en los funerales judíos se halla atestiguada, no sólo por el Evangelio, sino aun por los testimonios formales de Josefo, las plañideras, lamentadoras oficiales que marchaban a la cabeza del convoy, habían comenzado sus lamentaciones. Y efectivamente, los Hebreos no podían guardar un muerto en sus moradas, de suerte, que no bien exhalaba el postrer suspiro, y para evitar que se multiplicaran las ocasiones de impurificación legal, era trasladado el cadáver al sepulcro de los antepasados, donde recibía de mano de los padres los piadosos y supremos deberes de la sepultura. Los sepulcros, grutas artificiales abiertas en los flancos de las montañas, fuera de las poblaciones, tenían un vestíbulo bastante grande, y durante los siete primeros días que seguían a una muerte, iba a ellas la familia a llorar al lado de los restos queridos de aquellos cuya pérdida habían experimentado. Estas costumbres judías tan diferentes de las nuestras, forman en la narración evangélica un cuadro de que no puede aislárselas, y una especie de comentario perpetuo de que se desprende una irresistible evidencia. Íbase, pues, a trasladar a la hija de Jairo fuera de la casa paterna, toda cuya felicidad y júbilo había labrado esta niña durante doce años. Los tañedores de flautas y las plañideras saben que la joven doncella está realmente muerta: oyen, burlándose, las palabras del divino Maestro: «Retiraos; la niña sólo está dormida». Pero ¿quién podrá comprender jamás la emoción, la terrible ansiedad del padre y de la madre, cuando Jesús, en pie al lado del lecho fúnebre, toma la mano de [325] la joven muerta? El jefe de la sinagoga había leído en el libro de los reyes de Israel la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta, por Elías; y la del hijo de la Sunamita, por Eliseo. Elías había orado a Jehovah. «Volvedme este hijo» había dicho el profeta en una larga oración en que el hombre de Dios se dirigía al Dueño de la vida. Eliseo había hecho lo mismo. Mas Jesús no intercede, sino que obra y habla cual Dios. «Hija mía, levántate», y la joven doncella se levanta. Y ¡cuántas almas muertas se han dispertado desde este día, entre los tañedores de flautas y el tumulto del mundo, a la voz de Jesús, para marchar por los senderos de la inocencia, de la mortificación y del pudor cristianos! ¡Cuántas hijas de Jairo resucitadas formarán la inmortal corona de la Iglesia Católica!

Capítulo VI

Segundo año de ministerio público

Sumario

§ I. SEGUNDO VIAJE A JERUSALÉN.

1. Los dos ciegos. El mudo poseído del demonio. -2. Explicación racionalista de los milagros del Salvador. -3. La medicina científica en Judea. Sistema irrisorio de los racionalistas. -4. El paralítico curado en la piscina Probática. -5. Topografía de la piscina Probática. -6. Testimonios históricos relativos a la piscina Probática. 7. La piscina Probática y la enseñanza de la Iglesia. -8. Pruebas intrínsecas de la realidad del milagro obrado en el paralítico. -9. Discursos de Jesús a los Judíos de Jerusalén. -10. Revelación teológica que contienen los discursos de Jesús. -11. Proclama Jesús su divinidad. -12. Economía divina del misterio de la Encarnación.

§ II. REGRESO A GALILEA.

13. Caracteres intrínsecos de autenticidad de la narración evangélica. -14. Los discípulos de Jesús en un campo de trigo granado. -15. El sábado segundo-primero. -16. Curación en día de sábado del hombre de la mano seca.

§ III. VOCACIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES.

17. Vocación de los doce. -18. Instrucciones de Jesucristo a sus Apóstoles. Misión divina. -19. Perpetuidad, en el seno de la Iglesia, de la enseñanza y de las instituciones de Jesucristo. -20. La Extrema-Unción.

§ IV. CAFARNAÚM.

21. El sermón de Jesús en el llano. Desfallecimiento de Jesús en Cafarnaúm. -22. El Hijo del Hombre. -23. El Hijo de Dios. -24. El criado del Centurión.

§ V. EXCURSIÓN EN GALILEA.

25. Resurrección del hijo de la viuda de Naím. -26. Autenticidad intrínseca de la narración Evangélica. -27. El racionalismo y el resucitado de Naím. -28. Los discípulos del Precursor enviados a Jesús. Elogio de San Juan Bautista por el Salvador. -29. Nadie fue más grande que San Juan Bautista entre los hijos de las mujeres. -30 Las ciudades malditas. -31. Cumplimiento de la profecía del Salvador relativa a las ciudades malditas. -32. Elección de los setenta y dos discípulos. -33. El sacerdocio en la Iglesia. El yugo del Evangelio. -34. La pecadora en casa del fariseo Simón. Las santas mujeres. -35. Identidad de la pecadora del Evangelio con María Magdalena. -36. Curación del demoniaco mudo. Parábola del valiente armado. -37. La lucha entre el Verbo encarnado y Satanás, príncipe del mundo. -38. El signo de Jonás. Predicción de la muerte y de la resurrección del Hijo del hombre. [328]

§ VI. LAS PARÁBOLAS.

39. Parábola del sembrador. -40. Interpretación dada por el Salvador a esta parábola. -41. Parábola de la cizaña. -42. Parábola de la mies y los trabajadores. -43. Parábola del grano de mostaza. -44. Parábolas de la levadura, del tesoro oculto, de la perla y de la red. -45. Carácter divino de las parábolas. -46. La tempestad calmada en el lago de Tiberiades. -47. La barca de la Iglesia y las tempestades sociales.

§ VII. MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA.

48. El festín ensangrentado. La bailarina Salomé. La festividad de San Juan Bautista. -49. Caracteres intrínsecos de verdad de la narración Evangélica. Pormenores tradicionales.

§ I. Segundo viaje a Jerusalén

1. «Estando próxima una de las fiestas de los Judíos, dice el Evangelista, fue Jesús a Jerusalén [591]. Dos ciegos, que iban con el gentío, le seguían clamando y diciendo: Hijo de David, ten misericordia de nosotros. -Y habiéndose detenido Jesús en una casa, le presentaron los ciegos, y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo yo curaros? -Sí, Señor, respondieron ellos. -Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase con vosotros, según vuestra fe. -Y al instante se abrieron sus ojos. Y Jesús les dijo: No digáis a nadie lo que acaba de aconteceros. -Sin embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca. Y he aquí que habiendo ellos salido, le presentaron un hombre mudo que estaba endemoniado. Jesús lanzó el inmundo espíritu, y habló el mudo, y admirándose las gentes dijeron: Jamás se ha visto cosa como ésta en Israel. -Pero los Fariseos decían: -¡Lanza a los espíritus impuros por la virtud de Belzebú, príncipe de los demonios! -Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y viendo la mucha gente que se agrupaba a su tránsito, tuvo compasión de ella, porque estaban mal parados y decaídos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La mies, a la verdad, es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios [592]. [329]

---

[591] Juan, V, 1. No entraremos en la discusión suscitada sobre el sentido de la expresión: Fiesta de los Judíos, empleada por el Evangelista. Unos pretenden que esta fiesta era la Pascua; otros creen que era la solemnidad de los Purim.

Adoptarnos gustos la primera opinión, sin poder exponer aquí la serie de consideraciones que nos determinan a ello.

[592] Matth., IX, 27-34.

2. Es imposible equivocarse sobre el carácter de los milagros de Jesucristo. No son el objeto de su misión, sino su signo exterior, y su patente y triunfal confirmación. «¿Creéis en mi poder? pregunta el Salvador. Es decir: ¿creéis en mi divinidad?» Los dos ciegos le comprenden perfectamente, y el sentido de su respuesta nos es atestiguado por las palabras de Nuestro Señor: «¡Hágase con vosotros, según vuestra fe!» La iluminación de los ojos del cuerpo sigue inmediatamente a la del corazón. Los ciegos ven; y sin tener en cuenta la recomendación que les había hecho Jesús de guardar silencio, mezclan los acentos de su reconocimiento a los gritos aclamatorios del gentío, y van a publicar por todo el país, que había sido testigo por tanto tiempo de su dolencia, la maravilla de su curación. Confirmada su palabra por el milagro visible de que han sido objeto, provoca la ansiedad y la esperanza. Presentan un endemoniado mudo al Señor, y Jesús lanza al demonio, y da el uso de la palabra a este desdichado. No carece de interés exponer las violentas explicaciones de los milagros evangélicos que han tratado de presentar los racionalistas en estos últimos tiempos. Los modernos exégetas suponen gratuitamente un sistema de connivencia establecido de modo que simulara las apariencias de curación. Esta hipótesis podría tener un lado especioso, si se tratara de algunos fenómenos aislados, que se verificaran ante un corto número de testigos, en un sitio elegido anticipadamente y preparado con esmero para una manifestación amañada. Pero Jesús vuelve la salud a infinidad de enfermos con una sola palabra, con una señal, al aire libre, en medio de un gran gentío, que no le abandona jamás, que le sigue en sus viajes, y se interpone en todos sus pasos; en medio de comarcas que atraviesa por la primera vez, y donde por consiguiente, no tiene relación alguna anterior. Los dos ciegos no conocen al Salvador; oyen a la muchedumbre proclamar la divinidad del Hijo de David; siguen a la multitud hasta el momento en que les sea permitido acercarse al médico celestial. No era posible en las campiñas de Galilea, donde se encontraba Jesús, presentar ciegos fingidos, sin que se descubriera inmediatamente el fraude, puesto que se conocían entre sí los habitantes de cada una de estas pequeñas localidades, absolutamente lo mismo que se conocen los habitantes de nuestras aldeas. Ciegos, condenados por su dolencia misma a vivir en un radio muy limitado, y a recorrer, para dar el menor paso, a la caritativa asistencia de un [330] vecino, de un amigo, del primer pasajero, son en breve objeto de una notoriedad general en su país. En presencia de estos hechos reales, no merece ni aun el honor de discutirse la hipótesis de connivencia alguna entre los ciegos fingidos y un hábil impostor. Así es que el racionalismo moderno trata de colocarse en otro terreno. «La medicina científica, fundada hacía cinco siglos por Grecia, dice, era en la época de Jesús desconocida de los Judíos de Palestina. En tal estado de conocimientos, la presencia de un hombre superior, que trate al enfermo con dulzura, dándolo por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su restablecimiento, es a veces un remedio decisivo. ¿Quién se atreverá a decir que en muchos casos, y exceptuadas las lesiones enteramente caracterizadas, no vale el contacto de una persona predilecta los recursos de la farmacia? El solo placer de verla, cura. Ella da lo que puede, una sonrisa, una esperanza, y esto no es en vano [593]. En aquellos tiempos se consideraba el curar como una cosa moral; y Jesús, que conocía su fuerza moral, debía creerse dotado especialmente para curar. Convencido de que el

---

[593] Vida de Jesús, pág. 260.

contacto de su túnica o vestidura, la imposición de sus manos producía bien a los enfermos, se hubiese mostrado duro, si hubiera rehusado a los que padecían, un alivio que estaba en su poder concederles [594]».

3. Lejos de ser «la medicina científica» desconocida en Palestina, en la época de Jesús, era muy honrada en ella. Sabido son los esfuerzos de los médicos para combatir la cruel enfermedad de Herodes. [595]Las aguas termales eran de un uso frecuente, y se tomaban prescribiéndolas los médicos. En breve veremos que no faltaban enfermos indigentes en la Piscina Probática, en el Templo de Jerusalén, y todos saben que la hemorroisa, curada milagrosamente por el Salvador, había gastado durante doce años, todos sus recursos en consultas de médicos [596]. La profesión médica, mencionada ya por los libros hebraicos en la época de los Patriarcas [597], había sido objeto de prescripciones particulares en la época de Moisés [598]. Volveremos a encontrarla ejerciéndose en tiempo de David [599], y el autor de los Paralipómenos reprende al rey Asa el haber puesto toda su esperanza en el arte de los médicos, sin contar con la misericordia divina [600]. [331] Hállase consagrado un capítulo del *Eclesiástico* a elogiar la ciencia y la profesión médicas [601]. Ya hemos oído a Nuestro Señor citar a sus compatriotas de Nazareth el proverbio divulgado entonces por toda la Judea: «Médico, cúrate a ti mismo [602]». Y responder a los murmullos de los Fariseos, en casa del publicano Leví, con estas otras palabras: «No son los hombres sanos los que necesitan médicos [603]». Era, pues, la medicina científica, conocida, practicada y honrada por los Judíos de Palestina, en la época del Evangelio. El racionalismo que querría inventar una historia nueva para su uso, no ha salido airoso en esta tentativa. Pero ¿qué diremos de su teoría patológica, y de las enfermedades para las que son remedios decisivos «el contacto de una persona predilecta, la presencia de un hombre superior, una sonrisa, una esperanza?» ¿De las enfermedades que cura radicalmente, «el placer de ver a un grande hombre?» ¡Refirámonos sobre esto a todas las comisiones de físicos, de doctores y de químicos! ¡Organícese, según este sistema, verdaderamente muy económico, el servicio de nuestros hospitales, de las casas de curación, de los asilos de sordomudos y de ciegos! No será difícil encontrar «algunos hombres superiores», «algunas naturalezas privilegiadas», «algunas personas predilectas». Suplíqueseles, pues, que se dejen tocar y ver por esa

---

[594] Vida de Jesús, pág. 261.

[595] Véanse los capítulos de esta obra titulados, Herodes, núm. 11, y Divina Infancia, núm. 22.

[596] Luc., VIII, 43; Marc. V, 26.

[597] Génes., L, 2.

[598] Éxod., XXI, 19.

[599] Psalm. LXXXVII, 11.

[600] Paralip., XVI, 12.

[601] Eccli., XXXVIII, 1-16.

[602] Luc., IV, 23: Véase el capítulo precedente, núm. 32.

[603] Matth. IX, 12; Marc., II, 17; Luc., V, 31. Véase el capítulo precedente, número 47.

inmensa familia de moribundos y dolientes; y entonces se podrá afirmar que «su contacto o sus miradas valen los recursos de la farmacia, y que esto no es vano». ¡No parece sino que la Judea fue en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo teatro de una epidemia de enfermedades imaginarias! O más bien, parece que en nuestros días, para ofrecer al público semejantes pequeñeces, se ha contado con una epidemia de ceguera intelectual.

4. «Había en Jerusalén, continúa el sagrado texto, cerca de la puerta del Ganado [604], una piscina, llamada en hebreo Bethesda [605], [332] a cuyo alrededor se habían construido cinco pórticos cubiertos, en los cuales yacía gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que estaban esperando que se moviese el agua, porque el Ángel del Señor [606] descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba las aguas. Y el primero que, después de movida el agua, entraba en la piscina, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un paralítico que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Viéndole Jesús tendido en un lecho y conociendo ser de edad avanzada y que ya tenía mucho tiempo de enfermo [607], le dijo: «¿Quieres ser curado? -Respondiole el enfermo: Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando se mueve el agua, por lo cual, mientras que yo voy, ya ha bajado a ella otro. -Díjole Jesús: Levántate, coge tu camilla y anda. -Y al instante quedó sano el paralítico, y tomó su camilla y empezó a andar. Y era sábado aquel día. Y los Judíos decían al que había sido curado: Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondioles él: Aquel que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla y anda. -Preguntáronle ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda? -Pero el que había sido curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había inmediatamente después del suceso. Algunas horas después le encontró Jesús en el Templo, y le dijo: Bien ves cómo has quedado sano; no peques en adelante, para

---

[604] Traducimos según el texto griego: eÃstin de\ e)n toiĺj ¸Ierosolu/moij e)piì tv= probatikv= kolumbh/qra h(e)pilegome/nh ¸Ebrai+stiì Bhqzaqa/, pe/nte stoa\j eÃxousa. [esti de en toij Ierosolu/moij, epi th(\ Probatikh(\ kolumbhqra, h/(epilomenh Ebraisti Bhqesda en el original (N. del E.)]

[605] La palabra latina de la Vulgata Bethsaida corresponde lo suficiente a la pronunciación hebraica; conviene, no obstante, no confundirla con la ciudad galilea del mismo nombre, patria del apóstol San Pedro. He aquí porqué conservamos en nuestra traducción la misma expresión del original. Por lo demás, la etimología y la significación de los dos términos son muy diferentes.

Betsaida quiere decir: Ciudad de pescadores. Bethesda significa: Casa de Misericordia. (Nota de M. Darras). -Según el padre Amat se llamaba así por la misericordia que usaba allí Dios con los enfermos. También se llamaba, según el mismo Padre: Casa de efusión, por recogerse allí las aguas pluviales de muchas calles y casas inmediatas. -(N. del T.)

[606] La Vulgata dice terminantemente: Angelus Domini; pero el texto original menos explícito es éste: a)/ggeloj ga\r kata\ kairo\n. k. t. l. [Griego reconstruido a partir del latín (Ioan. 5.4) angelus autem Domini descendebat secundum tempus, ya que este versículo se considera espúreo desde antiguo y no aparece en el evangelio griego. Omitimos la expresión kuri/ou, por Domini ya que el autor afirma en la nota 629 que en el original griego no aparece. A partir de ahora k. t. l.

[607] El abate Darras traduce, «que estaba allí hacía mucho tiempo»; pero los PP. Amat y Petite hacen la traducción que hemos adoptado arriba, apoyándola en las versiones antiguas arábiga y siriaca. El Evangelista, dicen, quiso expresar dos circunstancias que hicieron milagrosa la curación, y son: la de que el mal estaba ya arraigado y las pocas fuerzas del enfermo por ser ya anciano. -(N. del T.)

que no te suceda alguna cosa peor. -Este hombre dijo entonces a los Judíos: He aquí al que me ha curado [608]».

5. Cada uno de los pormenores evangélicos merece aquí una atención particular, bajo el punto de vista de la autenticidad intrínseca que resulta de su examen. La «puerta del Ganado» o «puerta [333] Probática», al Este del palacio Antonia, había sido construida bajo Nehemías, por los cuidados del pontífice Eliacib [609]. Abríase sobre la calle de los Mercaderes y de los Plateros [610], en el interior de la ciudad, y daba paso al Templo, del que se consideraba como una de las puertas exteriores. Bajo este título, había recibido una consagración solemne [611]. La mención que hace de ella el texto sagrado, es pues de una rigurosa exactitud; no lo es menos la indicación del monumento, designado con el nombre de piscina de Bethesda o piscina Probática. En tiempo de Eusebio de Cesarea, [612]existía aún esta piscina en su forma primitiva, no obstante haberse arruinado los cinco pórticos cubiertos, cuando devastaron el Templo los soldados de Tito. «Al lado de un lago natural, alimentado por las lluvias del invierno, dice Eusebio, se ve aún una piscina de construcción muy antigua cuyas aguas extraordinariamente rojas, son de color de sangre [613]». En el día se conoce esta piscina en Jerusalén con el nombre de Bezetha, derivado evidentemente del Bethesda del Evangelio [614]. En cuanto a los caracteres de antigüedad que llamaron la atención de Eusebio, son notados por los viajeros modernos. «Al Este del palacio Antonia, dice monseñor Mislin, en medio de un vasto edificio arruinado, se halla la piscina Bethsaida [615]. En ella se advierte la misma fábrica que en los estanques de Salomón, más allá de Belén, con un baño de piedra clariza, como en los pozos de Salomón, cerca de Tyro, y el mismo barnizado en lo exterior. Sus dimensiones exactas son de ciento cincuenta pies de largo sobre cuarenta de ancho, y en cuanto a su profundidad sería muy difícil medirla en el día, aunque ha debido ser muy considerable [616]». A principios de este siglo, en la época en que la visitó Chateaubriand, estaba ya medio cegada. «Esta piscina, dice el ilustre viajero, se halla actualmente seca, creciendo en ella granados y una especie de tamarindos silvestres de [334] un verde azulado; el ángulo del Oeste se halla

---

[608] Juan, V, 2-15.

[609] II Esdr. III, 1-38; XII, 38. Esta puerta se llamaba en hebreo: Sahar-Hatzon (Porta Pecoris). La mayor parte de los traductores han adoptado la expresión de «Puerta de las Ovejas». Esta interpretación es inexacta, como hace observar Pezron. El sentido verdadero es: «Puerta del Ganado». Es verosímil que se llamara así, añade el docto comentador, porque servía para introducir en Jerusalén toda clase de ganados, llevados; para el servicio del Templo o para los usos domésticos. (Pezron, Historia Evangélica, tom. I, pág. 317).

[610] II Esdr., III, 31.

[611] II Esdr., III, 1.

[612] [«Cesárea» en el original. (N. del E.)]

[613] Eusebii, Onomasticon, traducción de San Gerónimo, bajo el título de: Liber de Situ et Nominibus locorum hebraicorum (Patrol. Lat., tom. XXIII, col. 884, 885).

[614] De Sauley, Dict. de las Antig. bibl., pág. 153, 154.

[615] Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom. II, pág. 412.

[616] Id., id., tom. II, pág. 414.

lleno de nópalos [617]». El deterioro de este célebre monumento ha hecho nuevos progresos en estos últimos años, «Vese todavía, dice monseñor Mislin [618], algunos arbustos y algunos troncos de nópalos en el ángulo del Oeste; pero el otro lado se ciega más y más, desde que se amontonan en él los escombros provenientes de las ruinas de la iglesia de Santa Ana, que está en frente [619]». A pesar de los estragos del tiempo, agravados por la notoria falta de inteligencia de la administración local, reconócese todavía la piscina Probática, subsistiendo en nuestros días, como un testigo lapidario, que afirma durante diez y nueve siglos, la veracidad de las indicaciones topográficas del Evangelio. La mayor parte de los arqueólogos reconocen con Broccard [620] que esta piscina es de construcción Salomónica. Los Nathinenses o servidores del Templo, iban a ella a lavar las víctimas que presentaban a los sacerdotes para los sacrificios [621]. Los cinco pórticos de que estaba rodeada, en tiempo de Nuestro Señor, suponen una disposición particular, estudiada recientemente por M. de Sauley. «La columnata no era, dice, de forma circular. La disposición del terreno que conozco perfectamente, no me permite adoptar esta idea, siendo una razón perentoria que entonces el pórtico colocado alrededor de la piscina hubiera conducido o dado paso al Templo por el lado de la ciudad, mientras que este foso lleno de agua, aunque necesario a los usos del Templo, le servía también de defensa por el lado del Norte. Pero en el interior del edificio sagrado, servía un inmenso pórtico sostenido por cuatro filas de columnas, para dar abrigo a los sacrificadores que iban a lavar las víctimas al inmenso lago de Bezetha. Tal es la explicación natural de los términos del Evangelista [622]». Estas inducciones de la ciencia moderna nos hacen comprender perfectamente la relación que existía entre la piscina de Bethesda y los atrios del Templo, en que se halla Nuestro Señor algunos instantes después de la curación del paralítico. La topografía [335] del Evangelio es, pues, aquí de tan rigorosa precisión que formaría por sí sola una prueba de autenticidad incontestable. Sólo un testigo ocular ha podido suministrar con tanta sencillez en el estilo, pormenores de semejante exactitud. No se inventa de esta suerte, y nada se presta menos a la imaginación de las leyendas, que la disposición real de los lugares y de los monumentos históricos [623].

---

[617] Chateaubriand, Itinerario de París a Jerusalén, tom. II, pág. 59.

[618] Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom. II, pág. 413.

[619] «No hay ya una gota de agua en la piscina Probática. Actualmente se arrojan en ella las inmundicias de la barriada. Tajar-Baja, que era gobernador de la Palestina hace pocos años, habiendo hecho desembarazar las ruinas la Iglesia de Santa Ana, que está en frente, hizo arrojar todos los escombros en esta piscina» (Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom. II, pág. 413.)

[620] Broccard, Itiner, cap. VI.

[621] Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom. II, pág. 413, 414.

[622] De Sauley, Dicc. de las Antig. Bibl., pág. 153, 154.

[623] La puerta Probática, dice el doctor Sepp, era una de las doce puertas de Jerusalén en tiempo de Nuestro Señor. El manantial surtía del Sudeste, y al pie de la montaña del Templo, siendo recogidas al punto sus aguas en un estanque o depósito. De este hecho y del de la curación del cielo de nacimiento en la piscina de Siloé, podremos deducir, que Jesús subía comúnmente al Templo, y bajaba de él por la parte del Mediodía y de la puerta llamada Hulda, porque era más suave la pendiente y más fácil de bajar por este lado: mientras que por el del norte era muy escarpada». (Doctor Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 17.)

6. Estas consideraciones no detienen al racionalismo moderno. La piscina Probática existe todavía, y tiene en su misma construcción y en los materiales que la componen, todos los caracteres de antigüedad que la recomendarían al estudio de los arqueólogos, si se tratase de un *balneum* romano o de un hipocausto de la época de los Césares. ¿Pero merecía siquiera un instante de atención un monumento descrito por el Evangelio y que asciende tal vez a la era salomónica? ¡Los sabios tienen otras ocupaciones! Mas en adelante, por más que traten de eludir la contestación, ha llegado la hora en que la ciencia atrincherada sobrado tiempo en su desdén sistemático, se verá obligada a abdicar su papel oficial o a consentir finalmente en ocuparse de lo que agita en este momento todas las inteligencias. La cuestión que apasiona al mundo es la de la divinidad de Jesucristo; todas las demás se eclipsan ante ella; los esfuerzos de la incredulidad no han conseguido más que fijar mejor en los entendimientos esta cuestión de una importancia capital. Trátase, pues, de justificar cada línea, cada coma del Evangelio, y cuando los dos únicos grandes descubrimientos de la filología moderna, la interpretación de los jeroglíficos por el ilustre Champollion y la de la escritura cuneiforme, por M. Oppert [624], han venido espontáneamente a confirmar todos los datos del Antiguo Testamento, en vano se trataría de eludir el examen científico del Testamento Nuevo. Había, pues, en las dependencias del Templo, en tiempo del Salvador, un [336] manantial, cuya virtud curativa se halla atestiguada por su mismo nombre: Piscina de Misericordia. No carece de importancia hacer observar, que el Evangelio de San Juan, muy posterior en verdad a la ruina de Jerusalén por Tito, menciona esta piscina como existiendo todavía [625], de suerte que la virtud maravillosa de las aguas de Bethesda sobrevivió a la catástrofe de que fue víctima la Ciudad Santa. Tenemos además, respecto de las propiedades particulares de los manantiales que proveían al Templo, un testimonio irrefragable. Josefo habla con admiración de las aguas de Siloé, cercanas a la piscina de Bethesda y tal vez alimentadas por el mismo manantial subterráneo [626]. La Palestina se hallaba abundantemente provista de aguas termales, cuya eficacia atestiguan todos los historiadores. La reputación de las aguas de Callirhoe, en tiempo de Herodes, era universal. La tradición nos habla también de la fuente de Mirjam, cerca del lago de Tiberiades, y menciona la fuente de Eliseo, cerca de Jericó, que brota al pie del monte de la Quarentena, y se llama hoy entre los Árabes Ain-el-Sultan, o Fuente del Rey [627].

7. La exégesis católica se ha preocupado vivamente de estos hechos, al estudiar la narración de la piscina de Bethesda. Hase producido en estos últimos tiempos un nuevo sistema de interpretación, que presenta ciertos caracteres de

---

[624] Sabido es que en el mes de agosto de 1863, se ha adjudicado el gran premio bienal, por todas las Academias reunidas, a M. J. Oppert, por su magnífico descubrimiento de la interpretación de los monumentos cuneiformes.

[625] Juan, V, 2.

[626] El nivel de la fuente de Siloé está cerca de doscientos pies más bajo. (Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom II, pág. 513.) Concíbese que esta disposición de los lugares no impedía, que surtiera el mismo manantial subterráneo a las dos fuentes. Creemos, pues, que Calmet pudo decir sin cometer error que «la piscina Probática se llenaba con las aguas de Siloé».

[627] Sepp, La Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 14.

verosimilitud, pero a los cuales faltará siempre la consagración de la autoridad de los Padres y la tradición eclesiástica. «La fuente que surtía la piscina, dice el doctor Allioli, existe todavía. Su agua es salada; tiene virtud medicinal y ofrece la singular particularidad de que sólo hierve y está caliente de tres a seis horas de la mañana. Después, fluye poco a poco, y durante el resto del día, deja seca su taza. Tal es el relato de Scholt que ha estudiado recientemente el fenómeno en su sitio [628]». Partiendo de este dato exclusivamente físico el doctor Sepp, se expresa de esta suerte: «Los que padecían alguna enfermedad rodeaban [337] la fuente, y no bien hervía, entraban en el agua, a la que comunicaba el movimiento y la agitación una nueva energía. Este movimiento, producido sin duda por el desprendimiento subterráneo del calórico, tal como se observa en ciertas épocas determinadas, en muchas fuentes minerales, se atribuía por el pueblo a la operación de un Ángel, y el Evangelista confirma esta creencia en su narración. En esta piscina hallaban un remedio eficaz muchas enfermedades, y entre otras, la gota, el reumatismo, la parálisis y la tisis, con tal que los enfermos pudieran bajar a ella y sumergirse en sus aguas antes que se hubiera disipado la saturación mineral, y que hubiera perdido el agua su calor benéfico [629]». Admitimos gustosos con el doctor alemán, las propiedades medicinales de la piscina de Bethesda; pero no podríamos adoptar igualmente su comentario del texto sagrado relativo a la intervención del Ángel. No solamente se ha prestado San Juan a la creencia popular de la Judea, sino que ha dado la medida y la regla de la fe en todos tiempos. Sería disminuir singularmente la autoridad de las palabras del Evangelio, adaptarlas [630] de esta suerte a las preocupaciones vulgares. El Evangelio es a un tiempo mismo una historia y una doctrina. Bajo el punto de vista doctrinal, importa, pues, mantenerlo en su integridad divina y en los términos exactos de su interpretación tradicional. Santo Tomás de Aquino ha resumido la verdad en estas palabras demasiado olvidadas en nuestros días. «Toda la naturaleza está regida por los Ángeles. Este principio se halla admitido, no solamente por los doctores, sino por todos los filósofos que han

---

[628] Allioli, Nuevo comentario sobre todos los Libros de las divinas Escrituras, edición Vivés, tom. VIII, pág. 497-498. Monseñor Mislin, Los Santos Lugares, tom II, pág. 413; Scholtz, Traducción y explicación del Nuevo Testamento, Juan V, 2.

[629] . Doctor Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 15. Se ve que esta explicación no tiene nada de común con los sistemas naturalistas del siglo precedente. Los críticos del tiempo de Voltaire entendían la palabra griega a)/ggeloj no como significando un Ángel, «sino según dice M. L. Paris, un sacerdote o levita que iba del Templo situado no lejos de allí, a agitar el agua en que se había lavado recientemente las víctimas degolladas. Estas aguas, mezcladas con la sangre y con la grasa de los animales, no bien se calentaban, podían causar en los humores de los enfermos una sensible mejoría. Pero ¿se puede explicar con este raciocinio la curación de los ciegos, de los tullidos, de los paralíticos de nacimiento? Más valdría decir que Dios es grande, y confesar el poder que tiene de imprimir a las aguas de la piscina, la virtud sobrenatural de que se trata». (L. Paris, Telas pintadas y Tapicerías de la ciudad de Reims, en 4.º, 1863, tomo I, pág. 148, 149.) Añadamos que la expresión a)/ggeloj sin artículo y aun sin la adición determinativa de Kuri/ou, que no se halla en el texto original, según hemos observado, no deja en el estilo de la Escritura, de tener la significación precisa de un Ángel. No se hallará en toda la Biblia un ejemplo contrario, pues jamás se toma en olla el término a)/ggeloj en el sentido vago de un enviado o mensajero ordinario.

[630] [«adoptarlas» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

reconocido la existencia [338] de los espíritus [631]». En un siglo de materialismo como el nuestro, no se insistiría lo suficiente en estos principios, que son los del Evangelio y de la tradición entera. ¿Qué sabríamos nosotros del mundo sobrenatural, sin la revelación del Verbo encarnado? inaccesible a nuestros sentidos, la jerarquía de los espíritus se revela a veces de una manera inusitada. Si los ángeles malos ejercen una fatal influencia sobre el hombre y sobre la naturaleza que de él depende, es cierto que Dios comunica a los Ángeles buenos un poder directo sobre el mundo. He aquí por qué entendemos, con todos los Padres, el texto de San Juan, relativo al Ángel de Bethesda, en un sentido natural y obvio [632].

8 Como quiera que sea, la eficacia extraordinaria de las aguas de la piscina Probática era tan conocida en tiempo de Nuestro Señor, que no se admiran en modo alguno los Judíos al ver a un enfermo durante treinta años súbitamente curado. Su primer sensación al encontrar al paralítico a quien habían visto tendido por tanto tiempo junto a la fuente de Bethesda, no es la de extrañarse de su curación, puesto que diariamente se realizaban a su vista hechos de esta clase. En su limitado y mezquino farisaísmo, no piensan más que en la violación del descanso sabático, cometida en los atrios mismos del Templo, por un desgraciado que lleva en sus hombros la camilla en que ha sufrido por tantos años. Vanamente se buscaría en otra parte que entre los Hebreos, ejemplos de este rigorismo exagerado, que nos dará más de una ocasión de señalar la historia evangélica. Por lo demás, el mismo paralítico reconoce la infracción legal de que acaba de hacerse culpable, y apela para justificarse a la autoridad del que lo curó. Solamente entonces principian sus interlocutores [339] a admirarse de la curación misma, que les parecía hasta entonces muy natural. «¿Quién es este hombre? preguntan. ¿Cómo ha podido decir: Toma tu camilla y anda?» -Todos estos pormenores tan conformes a las costumbres judaicas, serían ininteligibles en cualquier otra historia. Si hubiera sido curado el paralítico por las aguas de la piscina, hubiera dejado en los pórticos la esterilla que le servía de cama, hasta ponerse el sol, y no se la hubiera llevado sino a la hora ritual en que cesaba la obligación del descanso sabático. Mientras tanto se hubiera ido al Templo a dar gracias a Dios por el favor de que acababa de ser objeto. Pero como le ha curado la poderosa palabra de un desconocido, diciéndole: «Levántate, toma tu camilla y anda», se apresura, con riesgo de infringir materialmente la ley, a obedecer la orden suprema que acababa de mandar en su persona a la naturaleza, relajando sus leyes. En breve le lleva su reconocimiento al pie de los altares; vuelve al Templo; reconoce al Salvador, y señalándosele a los Judíos, les dice: «¡Vedle ahí, ése es quien me ha curado!»

---

[631] Omnia corporalia reguntur per Angelos. Et hoc non solum a sanctis doctoribus ponitur, sed etiam ab omnibus philosophis qui incorporeas possuerunt. (Summ. Teol., par. I, qui. CX, C.)

[632] También deduce el doctor Allioli lo siguiente: «El agua que entonces podía tener una virtud medicinal, dice, como podía tenerla aun en nuestros días, la recibía de un Ángel, que en cierto tiempo, pero al parecer, en momentos indeterminados y desconocidos, la ponía en movimiento y le comunicaba la singular virtud de librar de sus enfermedades, cualesquiera que fuesen, a los enfermos que bajaban a ella, inmediatamente después que era agitada. Podía distinguirse el movimiento del agua, porque arrojaba un surtidor más fuerte y más abundante que de costumbre, durante el cual acrecentaba el Ángel la virtud saludable. Esta propiedad existía durante el movimiento, e inmediatamente después; pero cesaba en seguida. Por lo demás, todos los Santos Padres consideran el hecho de que se trata como milagroso». (Allioli, Nuevo comentario de todos los Libros de las divinas Escrituras, tom. VIII, pág. 498.

9. «Por eso perseguían a Jesús los Judíos, continúa el texto sagrado, porque hacía estas cosas en sábado. -Y Jesús les dijo: Mi Padre no cesa jamás de hacer obras, y yo también las hago. -Mas por esto mismo, con mayor empeño andaban tramando los Judíos el quitarle la vida, porque no solamente violaba el sábado, sino que también decía que Dios era padre suyo, haciéndose igual a Dios. Por lo cual, tomando la palabra, les dijo Jesús: «En verdad, en verdad os digo, que no puede el Hijo hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace, y aun le manifestará obras mayores que éstas, tanto que os admiraréis. Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el hijo da vida a los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente a nadie, sino que dio al Hijo todo el poder de juzgar; para que todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia de condenación sino que ha pasado ya de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo, que viene tiempo, y es éste, en que los muertos oirán la palabra del Hijo de [340] Dios, y aquellos que la escucharen, revivirán. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también dio al Hijo el tener la vida en sí mismo. Y le dio la potestad de juzgar en cuanto es Hijo del hombre. No os admiréis de esto, porque vendrá tiempo en que todas los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hubieren hecho obras buenas, resucitarán para la vida, mas los que las hubieran hecho malas, resucitarán para la condenación. No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Juzgo según oigo de mi Padre, y mi sentencia es justa, porque no pretendo hacer propia mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es idóneo. Mas otro es el que da testimonio de mí, y yo sé que es idóneo el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis a preguntar a Juan, y él dio testimonio a la verdad. Bien que yo no he menester testimonio de hombre, sino que digo esto para vuestra salvación. Juan era una antorcha que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis por un breve tiempo mostrar regocijo a vista de su luz, pero yo tengo a mi favor un testimonio superior al testimonio de Juan, porque las obras que mi Padre me puso en las manos para que las ejecutase, estas mismas obras (maravillosas) que yo hago a vuestra vista, dan testimonio en mi favor de que el Padre me envió. Y el Padre mismo que me envió ha dado testimonio de mí. Vosotros empero no habéis oído jamás su voz, ni visto su semblante, ni reconocido su majestad. Y no tenéis impresa su palabra dentro de vosotros, pues no creéis en Aquel que me envió. Registrad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna, y ellas son las que están dando testimonio de mí. Y con todo, no queréis venir a mí para alcanzar la vida. No es que busque yo la gloria humana, pero yo os conozco, y sé que el amor de Dios no habita en vosotros. Pues yo vine en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniere de su propia autoridad, a aquél le recibiréis. Y ¿cómo es posible que tengáis fe vosotros que andáis mendigando la gloria que se dan los hombres entre sí y desdeñáis la gloria verdadera que procede de solo Dios? No penséis que yo os tengo de acusar ante el Padre; vuestro acusador es Moisés mismo, en quien vosotros confiáis. Porque si creyerais a Moisés, acaso me creeríais también a mí; porque él escribió

de mí. Pero sino creéis lo que él escribió ¿cómo habéis de creer lo que yo digo [633]? [341]

10. El milagro de curación obrado en la piscina Probática, este hecho tan patente, cuya noticia llega a los atrios del Templo, por medio del paralítico, de que ha sido él mismo objeto, hubiera impresionado todos los ánimos en cualquier otra parte que en Jerusalén. Colóquese la narración evangélica en otro concurso social, y es inexplicable. Pero en medio del pueblo judío, entre esta raza excepcional, cuya historia y existencia mismas eran una serie de milagros, no tenía acceso en los corazones ningún género de admiración ni ninguna de las preocupaciones ordinarias. Habíase dicho a este pueblo: «Acuérdate de santificar el día de sábado [634]», añadiendo la misma autoridad legisladora, la de Jehovah, por boca de Moisés: «Si obra un profeta prodigios y viene a deciros: Vamos a rendir homenaje a los dioses ajenos, dad muerte a este profeta y habréis hecho desaparecer el mal del medio de vosotros [635]». Ciertamente, que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, no predicaba a los Judíos el culto de una divinidad extraña; lejos de violar el precepto sabático, venía a cumplirlo, en el sentido más elevado; había santificado el día del descanso con el sello del milagro. Sin embargo, el espíritu de la legislación mosaica, ahogado en los absurdos comentarios de los Fariseos, había desaparecido para dar lugar a prácticas serviles, requeridas por un egoísmo descontentadizo, y vigiladas por los celos orgullosos de una secta. Moisés había prohibido trabajar el día de sábado. ¿Trabajó acaso el paralítico volviendo a su morada y llevando en sus hombros su camilla? ¿Trabajó el divino Maestro, volviéndole con una palabra al libre ejercicio de sus miembros? Sin embargo, para estos enfermos espirituales, para estos paralíticos del farisaísmo, como les llama San Agustín, el milagro verificado en sábado constituía una violación del descanso sabático. El acto de llevar en sus hombros la camilla donde había yacido tantos años, les parecía como un crimen. Tales aberraciones, repito, no podían hallarse sino en un pueblo dominado por el rigorismo farisaico, y esclavizado por las minuciosas formalidades de una hipócrita observancia [636]. Así ¿cuál no fue [342] la explosión de violencias y de odio cuando pronunció el Salvador estas palabras: «Mi Padre no cesa jamás de obrar». La acción conservadora de la Providencia es incesante y no conoce interrupción sabática. ¿Qué sería del mundo si le abandonara un solo instante la mano que le dirige? «He aquí por qué obro yo también», y la medida y la regla de mi acción no son diferentes de las de Dios. -No podía ser más rotunda la afirmación de su propia divinidad hecha por Jesucristo. Así es que no se equivocan los Judíos sobre ello. «Estos ciegos, dice también San Agustín, estos futuros verdugos del Cristo, comprenden lo que los Arrianos [637] de nuestro tiempo no quieren comprender.

---

[633] Juan, V, 16, ad ultim.

[634] Numer., XV, 32-41.

[635] Deuteron., XIII, 1-5.

[636] A medida que nos presente la narración Evangélica a Nuestro Señor Jesucristo en frente de los errores y de las preocupaciones de los sectarios fariseos, saduceos, herodianos, etc., podrá admirar el lector la buena fe con que se ha tenido el atrevimiento de decir que «Jesús no conoció las diversas escuelas judías». Vida de Jesús, p. 34, 335.

[637] Los Arrianos modernos no han hecho adelantar un solo paso a su exégesis, y las palabras del grande obispo de Hipona no han perdido su actualidad. Jesús, dicen ellos, no enuncia ni por un

Irrítanse, no de oír a Jesús dar a Dios el nombre de padre, pues ¿no decimos, todos nosotros: Padre nuestro que estás en los cielos? [638]¿y no leían los Judíos diariamente la oración de Isaías: Señor, vos sois nuestro padre y nuestro Redentor [639]? Lo que excita su cólera es que da Jesús a su filiación divina un sentido real y absoluto, tal como no podría corresponder a hombre alguno. Rebélanse porque se hace Jesús igual a Dios [640]». Esto es para ellos una blasfemia, un crimen nacional, previsto por su ley y penado de muerte. He aquí por qué la multitud amotinada y tumultuosa, «trataba, dice el Evangelista, de hacerle morir, no solamente porque violaba el sábado, sino porque llamaba a Dios padre suyo, haciéndose él mismo igual a Dios».

11. Queda, pues, fijada la cuestión tan claramente como pueden desearlo los racionalistas. Los Judíos han interpretado la respuesta de Jesús en el sentido de una afirmación de su divinidad personal, y resuenan bajo los pórticos del Templo gritos de muerte contra el blasfemo. Si se hubieran engañado los Judíos en su interpretación, podía el Salvador deshacer la equivocación con una palabra y restablecer la calma en los espíritus. Pero los Judíos habían comprendido perfectamente el sentido de las palabras del Salvador, y elevando Jesucristo su enseñanza a la altura de una revelación divina, expone ante ellos el misterio de la Encarnación. El Hijo de Dios ha sido [343] enviado a los hombres para traerles la salvación. El Hijo es igual al Padre en poder, «lo que hace el uno lo hace el otro igualmente». El manantial de vida que hay en el primero, lo hay enteramente en el segundo. Rehusar la fe, el honor y la adoración al Hijo, es rehusarlas al Padre. Tal es la teología del Evangelio que ha constituido el dogma católico de la Encarnación, con todos sus magníficos desenvolvimientos [641]. En esta igualdad de naturaleza, de poder y de divinidad entre el Padre y el Hijo, hay no obstante, una relación jerárquica que les une sin confundirlos, porque «el Hijo no hace más que lo que ve hacer al Padre. El Padre es quien revela al Hijo todas sus obras y quien le ha dado el poder supremo de juzgar». La palabra del Hijo es un instrumento de regeneración, que produce directamente la vida eterna de las almas. Esta vida divina, la trae Jesucristo a la tierra. Todos los muertos espirituales que mató el paganismo, que los demonios de la carne, del sensualismo y del orgullo codicioso, han sepultado en la región de las sombras de la muerte, van a oír la voz del Hijo de Dios y a resucitar a la vida de la fe, de la gracia y del amor. «Ha llegado la hora». Pero esta resurrección de las almas no será más que un preludio, y como el primer acto de la gran resurrección universal. Cuando la Iglesia Católica en su símbolo, ha inscrito este dogma solemne: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida

---

momento la idea sacrílega de que sea Dios». No puede dudarse que jamás pensó Jesús en hacerse pasar por una encarnación de Dios mismo». (Vida de Jesús, pág. 75-242.)

[638] Matth.; VI, 9.

[639] Isa. LXIII, 16, y LXIV, 8.

[640] S. August. In Joan. Comment.; Patrol. lat., tom. XXXV, col. 1535.

[641] Basta indicar aquí, para justificar esto, las afirmaciones de los nuevos exégetas: «Jesús, dicen, es el creador del culto puro a fundado la religión absoluta, no excluyendo nada, no determinando nada, sino es el sentimiento, una religión sin teología ni símbolo. En vano se buscaría en el Evangelio una proposición teológica recomendada por Jesús». Vida de Jesús, pág. 440.

perdurable [642]», no ha hecho más que traducir en su profesión de fe la palabra del mismo Jesucristo: «Llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo, y se levantarán los que hayan obrado bien para la resurrección de la vida; y los que hayan obrado mal para la resurrección del castigo».

12. La voz que resonará al fin de los siglos sobre los sepulcros abiertos en el tribunal del grande y formidable juicio, será «la voz del Hijo», pero este Hijo único de Dios será al mismo tiempo el «Hijo del hombre». Tal es, en efecto, esta sublime revelación del Salvador, tan formal en los términos, como sencilla en la exposición. Como Verbo, Jesucristo es «el Hijo de Dios»; como Verbo encarnado, [344] es «Hijo del hombre». Y estas dos naturalezas, divina y humana, se hallan unidas por un misterio inefable en la persona de Jesús. Como Verbo es consubstancial al Padre; como Verbo encarnado representa esencialmente la naturaleza humana y lleva un nombre que sólo a él pertenece. Se llama: «Hijo del hombre», Salvador de la humanidad con quien se ha desposado, debe ser su juez. Ha comprado con el precio de sus abatimientos, el derecho de ser su árbitro supremo. «El Padre le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del hombre». He aquí por qué repite hoy la Iglesia, en su Símbolo, la afirmación que indignaba a los Fariseos, en el pórtico del Templo. «Jesucristo, dice ella, vendrá por segunda vez, en su gloria, a juzgar a los vivos y a los muertos [643]». Toda la teología católica está en este admirable discurso, que resume, con una autoridad divina, el conjunto de la revelación evangélica. Jesucristo, Hijo de Dios, cura los enfermos, resucita los muertos y manda a la naturaleza, de que es creador. Jesucristo, Hijo del hombre, sufre todas las dolencias y achaques humanos; nace en la indigencia; huye ante un tirano vulgar; crece trabajando en un taller; es desconocido de los suyos, perseguido en su patria, ultrajado, contradicho, calumniado, hasta el día en que muera en una cruz. Si el Hijo de Dios halla un Thabor, el Hijo del hombre hallará un Calvario. ¿Qué es todo esto sino el comentario en acción del discurso del Templo? Pero las humillaciones y los padecimientos del hombre no son más que el manto que vuelve a cubrir, sin eclipsarla, la divina omnipotencia. Juan Bautista es el ángel del testimonio, enviado para preparar el camino a los pasos del Dios encarnado. Moisés y el Antiguo Testamento han predicho sus glorias y sus oprobios. Espérale lo pasado, y las obras maravillosas que verifica proclaman su advenimiento. Retórico, que has osado decir: «No se hallará en el Evangelio una sola proposición teológica ¿has leído el Evangelio?»

---

[642] Expecto resurrectionem mortuorum, et vitam venturi saeculi. (Symbol. Nicaen.)

[643] Et iterum venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos. (Symbol. Nicaen.)

§ II. Regreso a Galilea

13. La exasperación de los Fariseos contra el divino Maestro, no les impidió escuchar, sin interrumpirle, esta exposición doctrinal. Éste es todavía un rasgo que no se toma la pena de notar el Evangelista, y que constituye uno de los caracteres intrínsecos de evidencia, [345] de que está lleno el texto sagrado. Representémonos en Atenas o en Roma una muchedumbre tumultuosa, dando gritos de muera contra Sócrates o Cicerón, y persiguiendo, bajo las columnatas del Ágora o del Foro, el objeto de sus furores. Ni la filosofía, ni el orador, cualquiera que haya sido la seducción de su elocuencia, hubieran podido obtener un momento de atención para hacerse escuchar. Las pasiones populares tienen sacudidas análogas a las del fluido eléctrico y precipitaciones parecidas a las de la rabia. Pero en Jerusalén, bajo los pórticos del Templo de Jehovah, aunque fueran las mismas las pasiones, estaba modificada su manifestación por un cúmulo de costumbres y de leyes completamente desconocidas en otra parte. Daniel, un joven de veinte años, había contenido en nombre de Jehovah a la insensata muchedumbre que llevaba a la inocente Susana al suplicio. Un profeta debía ser siempre escuchado en Israel, y siendo Jesucristo un profeta a los ojos de los Jerosolimitanos, necesitaron mucho tiempo los Escribas y los Fariseos para inducir al pueblo a saciar su animosidad, y a no ver en Jesús más que un blasfemo, cuya obstinación merecía la muerte según los términos de la ley. La actitud de los Judíos en esta circunstancia es tal, que no solamente atestigua la persistencia de la tradición mosaica en el seno de la multitud, sino que confirma plenamente la autenticidad del milagro de la piscina Probática. Si no hubiera sido evidente el milagro, nada hubiera impedido a la muchedumbre precipitarse sobre Jesús que acababa de violar la ley sabática, en el sentido grosero o material en que la interpretaba el farisaísmo, y que había añadido a este escándalo aparente el de afirmar su divinidad. Usurpar el nombre incomunicable que ni siquiera se atrevían a pronunciar los hijos de Jacob, era en Jerusalén un crimen de lesa majestad divina y nacional. En breve hubieran vengado todas las piedras de los pórticos exteriores dispuestas para la construcción, arrebatadas por el pueblo enfurecido, con el suplicio legal de la lapidación, el ultraje hecho a las instituciones mosaicas. ¿Por qué se detienen, pues, por sí mismos los brazos levantados contra el Señor? ¿Por qué se aplacan los gritos de muerte por la palabra tranquila y solemne de Jesús? Suprimiendo el milagro de la piscina Probática, es inexplicable la escena. Es, pues, preciso admitir, de toda necesidad, el prodigio si se quiere comprender cómo salió Jesús sano y salvo del Templo. [346]

14. «Después de estas cosas, fue Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades: y le seguía gran muchedumbre de gente, porque veían los milagros que hacía con los que estaban enfermos [644]. -Y sucedió, que en el sábado llamado Segundo-Primero, pasando Jesús por junto a un campo de trigo, arrancaron sus discípulos algunas espigas, y estregándolas entre las manos, comían los granos. Y algunos de los Fariseos, les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?. -Y dirigiéndose a Jesús: He aquí, le dijeron, que tus discípulos violan la ley del sábado. -Y Jesús les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David un día que él y los que le acompañaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró David en la casa de

---

[644] Juan, VI, 1, 2.

Dios y tomando los panes de proposición, comió y dio de ellos a sus compañeros, siendo así que a nadie es lícito el comerlos sino a solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo los sacerdotes trabajan en sábado en el servicio del Templo y con todo eso no pecan? Pues yo os digo, que hay aquí alguno que es mayor que el Templo. Que si vosotros supiereis lo que significa la palabra de la Escritura: «Mas quiero la misericordia que no el sacrificio», jamás hubierais condenado a los inocentes. -Después añadió: «El sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por esto el Hijo del hombre es también Señor del sábado [645]».

Toda esta narración evangélica lleva en sí misma las señales de autenticidad que desafían la crítica más audaz. En cualquier otro punto distinto de Judea, hubiera consistido la culpabilidad del acto de los discípulos en el perjuicio causado al prójimo, cuya propiedad violaban. El campo ajeno entre los Romanos, así como entre nosotros, era protegido por la ley. *Res clamat domino,* decían los legistas del tiempo de Augusto, así como lo repetimos nosotros en el día. A cielo descubierto en medio del campo, los frutos de la tierra, los racimos suspendidos de las cepas, pertenecen exclusivamente al viñador, a cuyos sudores deben servir de recompensa. ¿No existía acaso la propiedad entre los Hebreos? se dirá. Por el contrario: era más sagrada que en ninguna civilización conocida, pero sus condiciones de existencia, su principio, su base fundamental no ofrecen analogía con ningún otro estado social. En el seno de la [347] Tierra Prometida, sólo había un propietario real y absoluto: Jehovah: «Todos vosotros sois mis colonos», había dicho el Señor a los hijos de Israel. Esta delegación teocrática daba por una parte al derecho del propietario la sanción más inviolable, y por otra permitía establecer la propiedad misma con condiciones de caridad y de benevolencia sociales, cuyo tipo ya olvidado, buscamos ¡ay! vanamente en nuestros días. Así, era de tal suerte inenajenable entre los Hebreos el derecho del propietario, que cada siete años, en el periodo sabático, y cada cincuenta, al volver el gran período del jubileo, quedaban extinguidas las deudas que se habían contraído en este intervalo, los embargos de inmuebles, las hipotecas sobre bienes raíces; cesaban de pleno derecho las evicciones, y volvían a entrar los antiguos propietarios en su dominio patrimonial. En compensación de estas ventajas inauditas, había estipulado la legislación de Moisés, en beneficio de los pobres, condiciones de una previsión y de una solicitud verdaderamente paternales. Así, cada año sabático, pertenecían a los indigentes todos los productos espontáneos de la tierra; así también había consignado el *Deuteronomio* esta ley llena de mansedumbre: «Cuando entres en la viña de tu prójimo, te es permitido comer los racimos que quieras, pero no llevarte ni uno solo. Si cruzas por un campo de trigo, puedes arrancar algunas espigas, y desgranarlas en la mano, pero no cortarlas con la hoz [646]». He aquí por qué no cometían ninguna

---

[645] Matth. XII, 1-10; Luc. VI, 1.

[646] Deuteronomio, XXIII, 21, 25. Nos es imposible entrar aquí en todos los pormenores que necesitaría un estudio profundo del derecho de propiedad entre los Hebreos. Digamos solamente, para prevenir las objeciones de los espíritus habituados a juzgar de lo pasado por lo presente, que la sociedad judía estaba dedicada por su constitución, casi exclusivamente a la agricultura y a la vida pastoril. Las grandes aglomeraciones en las ciudades populosas eran en ella raras, por no decir desconocidas. Los inconvenientes de una ley tan vasta como la del Deuteronomio, en las cercanías

infracción los discípulos del Salvador, contra el derecho de propiedad, tal como se hallaba constituido entre los Hebreos, cuando atravesando por campos de trigo en sazón, intentaban, arrancando algunas espigas, más bien entretener que satisfacer el hambre que les atormentaba [647]. [348]

15. Así no es esto objeto de la indignación de los Fariseos. No ocurre a su mente la idea tan natural en cualquier otro pueblo, de reprobar la violación del derecho de propiedad. Pero era día del sábado llamado Segundo-Primero. Todavía otro término esencialmente judío que hubiera sido imposible inventar después del suceso. Cuando caía un día de Pascua en sábado, contaban de esta suerte los Hebreos los sábados siguientes hasta la fiesta de Pentecostés que entonces caía exactamente en el sétimo sábado [648]. Así, pues, viene a interponerse aquí, como en Jerusalén, la prescripción del descanso sabático, entendida con el rigorismo de una secta implacable, como una barrera entre el judaísmo mezquino de los Hebreos y la doctrina misericordiosa del Verbo encarnado. Agreguemos a esto, que todos los actos lícitos en un sábado habían sido enumerados minuciosamente por los Doctores y los Escribas. Así, estaba permitido, y el Talmud ha conservado esta indicación, hacer una jornada de dos mil codos, sin infringir el precepto. El hecho de la presencia de los fariseos, siguiendo al divino Maestro, en esta circunstancia, nos prueba suficientemente que la jornada del Salvador y de sus discípulos no excedió el límite tradicional. De otra suerte, lo hubieran notado los fariseos, y se hubieran separado de los viajeros. Pero su escrupulosa crítica halló en el acto de desgranar algunas espigas, un nuevo motivo de escándalo. La respuesta de Nuestro Señor es el modelo divino de un comentario sobre la Sagrada Escritura. Cuando proclama la Iglesia católica que el Antiguo Testamento no era más que la figura del Nuevo, cuando erige en principio, con San Pablo, que «el fin de la ley era el Cristo», es su palabra el eco fiel de la revelación evangélica, habiendo recibido directamente esta doctrina del Salvador. El Tabernáculo de Jehovah [349] tenía en la institución mosaica, un carácter sagrado que dominaba todo lo demás. Llamábasele el Santo de los Santos. Cada sábado, debía poner un sacerdote en la mesa de proposición,

---

de París, por ejemplo, saltan desde luego a los ojos. Pero Jerusalén no era París, y la constitución social de los Hebreos no tenía nada de común con la nuestra.

[647] Puede ponerse en cotejo de esta pobreza evangélica, las increíbles trivialidades del racionalismo moderno. «Jesús no huía del regocijo. Recorría la Galilea en medio de una fiesta perpetua. Deteníase en las aldeas y en las grandes granjas, donde recibía una esmerada hospitalidad». (Vida de Jesús, pág. 188-190.)

[648] Sabba/t% deuteroprot%= (Luc., VI, 1.) Esta última expresión no se halla en el Mss. Sinaítico, cuyo texto dice así:)Ege/neto de\ e)n sabba/t% diaporeu/esqai k. t. l. (Nov. Testamento Sinaitic. membrana 33.) Sin embargo, se halla en la versión árabe del Nuevo Testamento. Menciónanla San Epifanio, Teofilactes y todos los Padres: finalmente, un pasaje de San Gerónimo prueba la dificultad que ofrecía, para interpretarse bien, esta palabra ya en el siglo IV, cuando se iban borrando de la memoria las tradiciones judaicas. «Un día, dice San Gerónimo, rogué a Gregorio Nacianceno, mi maestro, que me explicase el sentido del sábado Segundo-Primero de San Lucas, y me respondió con graciosa malicia: Te dará esta explicación, en mi próxima homilía, en plena Iglesia: y tendrás que saber lo que ignoras, en medio de todo el pueblo que me aclamará. Y si no aplaudes con todo el mundo, no hay que dudar que toda la multitud se desencadenará contra tu obstinación». (Hieronym, Epist. ad Nepotian.; Patrol. lat., tom. XXII.) [Sabbatw deuteroprotw= y Egeneto de en sabbatw diaporeuesqai en el original (N. del E.)]

doce panes, seis a cada lado, que representaban el número de las tribus de Israel, y que llamaban los Hebreos: Panes de la faz de Jehovah. Hacíase quemar a su alrededor incienso de agradable fragancia, y permanecían así toda la semana en el lugar santo, recordando a los hijos de Jacob que Dios quería alimentarles por sí mismo. Durante mil quinientos años permaneció este emblema eucarístico, ante la faz del Señor, hasta que vino la realidad a sustituir a la figura y que sustituyó el pan que descendió de los cielos al pan de proposición. Estaba, pues, prohibido bajo pena de sacrilegio, a quien no fuera miembro de la raza sacerdotal, consumir los panes de proposición, después que se les había retirado de la Mesa de oro, en la mañana del sábado. He aquí, por qué recuerda Nuestro Señor a los Fariseos el tan conocido episodio de la historia de David, cuando desterrado de la corte de Saúl, huyendo del furor de un rey insensato, se presentó el héroe, rendido de hambre y de fatiga, ante el gran sacerdote Aquimelech y Abiathar, su hijo, en Nobé, donde se hallaba entonces depositada el Arca Santa. No obstante la santidad inviolable de los panes de proposición, como constituían el único recurso alimenticio que tenía el Pontífice a mano en este momento, no vaciló Aquimelech en dárselos a David, que los repartió con los que le acompañaban. Este hecho anómalo en sí, encontraba su justificación para los Fariseos, menos aun en la necesidad absoluta en que estaba David, que en la autorización implícita que resultaba de la presencia misma del Santo de los Santos. Los Fariseos no se atrevían a poner en duda la legitimidad de lo que había permitido la majestad del Tabernáculo. Por la misma razón admitían fácilmente que la violación del descanso sabático no constituía falta alguna legal respecto de los sacerdotes que funcionaban en el Templo. He aquí por qué añade Nuestro Señor Jesucristo, para justificar a sus discípulos: «Yo os digo que hay aquí alguno mayor que el Templo». Pero ¿qué podía haber allí que fuese mayor que el Templo, a los ojos de los Fariseos, sino Dios mismo, cuya morada era el Templo? Con esto hacía, pues, Jesús una afirmación explícita y solemne de su propia divinidad. Así, termina diciendo el divino Maestro: «El Hijo del Hombre es también señor del sábado». Templo, ritos, [350] observancias, ley mosaica, todo lo pasado del pueblo santo es el preludio, la figura y como la profecía en acción del Verbo encarnado.

16. «Otro día de sábado, entró Jesús en una sinagoga e instruía al pueblo. Y había allí un hombre que tenía seca una mano. Los Escribas y los Fariseos observaban a Jesús para ver si verificaba una curación en día de sábado, a fin de tener un pretexto para acusarle. Pero Jesús conocía sus pensamientos, y acercándose al hombre que tenía la mano seca, le dijo: Levántate y ponte en medio del concurso. -El hombre obedeció. Jesús dijo entonces a los Fariseos: He aquí la cuestión que os propongo. ¿Es permitido hacer bien en sábado, o es permitido hacer mal? ¿Salvar la vida o quitarla? Mas los Fariseos callaban, y Jesús continuó: ¿Quién habrá de vosotros, que teniendo una oveja, si cae en una fosa en día de sábado, vacile en socorrerla y sacarla de allí? ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! Luego es lícito hacer bien en día de sábado. Y mirándoles atentamente Jesús, indignado y contristado de la ceguedad de su corazón, dijo al hombre: Extiende tu mano; y la extendió y quedó tan sana como la otra. Los fariseos, redoblando su odio, se preguntaban al salir de la sinagoga, de qué medio se valdrían para perderlo. Y se concertaron con este objeto con los Herodianos. Mas Jesús, penetrando sus proyectos, se retiró a orillas del lago de Tiberiades con sus discípulos. Seguíale una multitud inmensa de la Galilea, de la Judea y de Jerusalén,

de la Idumea y de las provincias situadas más allá del Jordán, y los habitadores del contorno de Tiro y Sidón, acudían a la fama de las maravillas que obraba. Jesús mandó a sus discípulos que pusieran a su disposición una barca para que no le comprimiese la multitud de los que le seguían, porque como sanaba a muchos, todos los que padecían algún mal se precipitaban sobre él para tocarle, y él los curaba a todos. Y los espíritus impuros se postraban ante él cuando le veían y clamaban diciendo: Tú eres el hijo de Dios. Y él les prevenía fuertemente que no le descubriesen, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: He aquí el hijo de mi elección, el bien amado, en quien reposan todas mis complacencias. Mi espíritu será sobre él, y él anunciará la verdad a los pueblos. Y no contenderá con nadie, ni levantará clamores, ni se hará oír su voz en las plazas públicas. No quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aún humea, hasta que haya [351] asegurado el triunfo de la justicia. Y en su nombre pondrán las naciones su esperanza [649]». ¿Puede compararse este cuadro evangélico de la real mansedumbre y de la humildad divina de Jesucristo, con las fantásticas descripciones de una democracia fogosa y soberbia, paseando por Galilea su tiránica usurpación, e inaugurando en las orillas del lago de Genezareth, las declamaciones furibundas de un revolucionarismo trascendental? ¡Ensayarase, si se quiere, el aplicar a esta efusión de milagros, que se producen alrededor de Jesucristo, los irrisorios comentarios del racionalismo y las propiedades excepcionalmente curativas «del placer de ver a una persona predilecta!» No tenemos valor de hacerlo por nosotros mismos. La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo nos arrastra en pos de sí, con la muchedumbre del lago de Tiberiades; subyuga nuestro corazón y nuestra inteligencia, y no nos quedan fuerzas sino para adorarle.

§ III. Vocación de los doce Apóstoles

17. «Y habiendo llegado la noche, continúa el Evangelista, subió Jesús a un monte y pasó la noche en oración con Dios. Así que fue de día, llamó a sus discípulos, y escogió doce de entre ellos, a quienes llamó Apóstoles para enviarlos a predicar el Evangelio. Y les dio el poder de curar las enfermedades y de expeler a los demonios. Simón, a quien puso el sobrenombre de Pedro, y Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, a quienes puso el sobrenombre de *Boanerges*, que quiere decir, hijos del trueno; y Andrés, y Felipe, y Bartolomé, y Mateo, y Tomás y Santiago, hijo de Alfeo; y Tadeo, y Judas, y Simón Cananeo, llamado el Zelador, y Judas Iscariote, que fue el que le entregó [650]». He aquí, en

---

[649] Matth., XII, 9-19; Marc., III, 1-42; Luc., VI, 6-12.

[650] Marc., III, 13-19; Luc., VI, 12-16.

pocas líneas, la primer piedra del edificio inmortal de la Iglesia, colocada por mano de Jesucristo. Va a posesionarse del mundo todo un orden nuevo de hechos, de ideas y de doctrina. El número de los discípulos que seguían a Nuestro Señor, era ya tan considerable, que los designa San Lucas con esta expresión: *Turba Discipulorum* [651]. La igualdad que han pretendido establecer los Heresiarcas modernos entre todos los fieles; la supresión del orden jerárquico en la Iglesia; el derecho revindicado para cada conciencia de ser por sí misma su guía, su pastor y su sacerdote; [352] la concentración de todo el cristianismo en el estudio individual de un libro llamado *Palabra de Dios,* y arbitrariamente interpretado según los caprichos del libre examen; la supresión de toda práctica religiosa, de toda subordinación, de todo acto exterior, para colocar la salvación únicamente en una fe estéril; en una palabra, el sistema protestante en su conjunto, no podría ponerse delante de una condena más perentoria que la que resulta del texto mismo Evangélico. Nuestro Señor pasa «la noche en oración». ¿Dónde está en el seno del protestantismo la práctica de la oración nocturna? ¿Han conservado los discípulos de Lutero y de Calvino esta tradición evangélica? ¿Qué han hecho con este ejemplo del Salvador que nos ha dicho de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida? Continúan marchando por ese camino real que principia por los cuarenta días de ayuno en el desierto; que continúa por entre una serie no interrumpida de oraciones constantes (porque «es preciso orar sin cesar, decía en otro tiempo el divino Maestro, y no cesar un instante») y que termina en fin, en la Pascua cristiana, en que nos da Jesús el pan y el vino bajados del cielo, diciendo: «¡Esto es mi cuerpo!» ¡Esto es mi sangre!» El protestantismo responde a Jesucristo: ¡No más ayunos, obispos, ni sacerdotes! ¡No más oraciones! «¡No más pan ni vino eucarísticos!» Pero la Iglesia, heredera de las tradiciones del Evangelio, continúa, como su Esposo celestial, pasando las noches en oración. Ha guardado, y guardará hasta el fin del mundo, sus *Nocturnos,* expresión tomada al texto mismo del Libro sagrado: *Erat pernoctans in oratione Dei*. En todos los pueblos del mundo tiene almas fervientes que están en la montaña de la oración y pasan la noche en oración con Dios. La Iglesia Católica ha conservado la elección y la vocación de los pastores, sucesores de los Apóstoles. Jesús elige aun en su seno, «entre la multitud de los discípulos, los que quiere llamar a sí». La fe no basta, la ciencia no basta; el celo no basta. Es preciso que Jesús mismo llame: *«Vocavit ad se quos voluit ipse.* Es preciso que Jesús «escoja»: *Elegit.* ¿Pues qué? ¿Habrá una vocación diferente para el obispo, para el sacerdote y para el simple fiel? ¿Será cierto que establezca el Evangelio estas distinciones radicales? ¿No son éstas, arbitrarias adiciones hechas a la obra de Jesucristo? Sí, es verdad, y el Evangelio lo atestigua, que el divino Maestro eligió por una vocación especial, y separó del medio de la «multitud de los discípulos a doce hombres, a quienes llamó Apóstoles»: [353] *Apostolos nominavit;* y que les confirió a ellos y no a otros, el poder de evangelizar el reino de Dios y de curar las dolencias espirituales y corporales. Más adelante, le veremos establecer a Pedro con el poder supremo de confirmar a sus hermanos en la fe, sobre todo el colegio apostólico; verémosle, en fin, constituir bajo esta jerarquía del Papa y de los obispos, los simples sacerdotes representados por los setenta y dos discípulos. Cuando reúne, pues, la Iglesia Católica los jóvenes levitas, a la sombra de los

[651] Luc., VI, 17.

altares, y les da el nombre de *Clérigos* [652] (escogidos), conserva, para aplicárselo, el término del Evangelio: *Elegit* [653]. Cuando todos los odios del mundo, que ha vuelto a hacerse pagano, persiguen al nombre *clerical,* ¿quién piensa siquiera, en este siglo de suprema ignorancia, que un nombre tan ultrajado es de origen evangélico, y que los que se glorían hoy de llevarlo, recuerdan la promesa de Jesucristo? «Bienaventurados de vosotros cuando se os maldiga, se os persiga y seáis objeto de las más falaces calumnias por causa mía». ¿Qué espíritu fuerte, entre los incrédulos, sabe una palabra de estas cosas divinas? Bástale repetir los absurdos de los racionalistas. «Jamás hubo nadie menos sacerdote que Jesús; ningún cuidado de ayunos, ninguna teología, ninguna práctica religiosa, nada sacerdotal [654]».

18. He aquí, no obstante, las instrucciones que dio Jesús a los doce apóstoles: «No vayáis ahora a tierra de gentiles, les dijo, ni tampoco a poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel [655]. Y por do quiera que vayáis, predicad y anunciad la buena nueva, diciendo que se acerca el reino de los cielos. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios [656]. De balde habéis recibido estos dones, dadlos de balde. No llevéis oro ni plata, ni dinero en vuestros bolsillos. Ni alforja para el viaje, ni más de una túnica, y un [354] calzado, ni tampoco báculo, porque el que trabaja, merece que le sustenten. Y cuando entréis en alguna ciudad o aldea, preguntad quién hay en ella hombre de bien, para alojaros y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Y cuando entréis en la casa, saludadla, diciendo: La paz sea en esta casa. Que si la casa lo merece, vendrá vuestra paz a ella; pero si no lo merece, vuestra paz se volverá con vosotros. Caso que no quisiera recibiros, ni escuchare vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio de su incredulidad. En verdad, os digo, que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que aquella ciudad. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos [657]. Sed, pues, prudentes

---

[652] Klh=roj, elección. [klhroj en el original (N. del E.)]

[653] Luc., VI, 13.

[654] Vida de Jesús, pág. 89, 224, 225.

[655] Al Pueblo judío, a la nación escogida fue a quien se hicieron, en la persona de Abraham (Genes., XVII, 1-4) las promesas de salvación. No debían los Gentiles, según la palabra de los profetas (Rom., III, IV, V), llegar a la fe sino por medio de los Judíos, herederos directos de las esperanzas del Antiguo Testamento. He aquí por qué quiso Nuestro Señor Jesucristo circunscribir su misión y la que confió a los apóstoles en esta circunstancia, a solo los hijos de Abraham. «Sólo he sido enviado, decía, a las ovejas descarriadas de la casa de Israel». (Joan., X, 3; Matth. X, 6; XV, 24.)

[656] He aquí otra prueba de que las posesiones de los demonios eran enteramente distintas de las enfermedades ordinarias, y de que el racionalismo no explica nada, cuando trata de confundir unas y otras.

[657] San Clemente, en su Epístola II a los Corintios, menciona aquí un hecho tradicional, que conviene recordar. «Cuando pronunció el Señor estas palabras, dice, le preguntó Pedro: ¿Y si los lobos devoran las ovejas? -Y Jesús respondió: Cuando ha muerto el cordero, no teme al lobo. Asimismo, no temáis a los que pueden matar al lobo, y cuyo poder no alcanza a más». (San Clemente; Epístola II a los Corintios, Cap. V, Patrol. graec., tom. I, col. 335.)

como serpientes y sencillos como palomas. Recataos empero de tales hombres, porque os delatarán a sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas. Y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio [658] de mí a ellos y a las naciones. Y cuando os hicieren comparecer así ante los magistrados, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar, porque en aquella hora se os inspirará lo que hayáis de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará a la muerte a su hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir. Y vosotros seréis odiados de todos, por causa de mi nombre, pero quien perseverase hasta el fin, éste se salvará. Y cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad, os digo, que no acabaréis de convertir a las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre. No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Bástale al discípulo ser tratado como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familias osaron llamar Belzebub ¿cuánto más ultrajarán a sus domésticos? Pero por eso, no tengáis miedo, porque nada está cubierto que no se ha ya de descubrir algún día, ni secreto que no se haya de saber. [355] Lo que os digo en las tinieblas, decidlo a la luz del día, y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados. Y no temáis a los que matan al cuerpo, pero no pueden matar al alma, sino temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se venden por un cuarto dos pájaros, y no obstante, ninguno de ellos cae en tierra, sin que lo disponga la voluntad de vuestro Padre celestial? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Y así, no tengáis miedo; valéis vosotros más que muchos pájaros. En suma: a todo aquel que me reconociere y confesare por Mesías delante de los hombres, yo también le reconoceré y me declararé por él delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas al que me negase delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. No penséis que vine a traer la paz a la tierra; no vine a traer paz, sino guerra. Porque vine a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra. Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien (a costa de su alma) conserva su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por causa mía, la salvará. Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí, y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me envió. El que hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá la recompensa del profeta, y el que hospeda a un justo en atención a que es justo, recibirán la recompensa del justo. Y cualquiera que diese de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca en atención a que es discípulo mío, os doy mi palabra de que no perderá su recompensa [659]».

19. Tales son aun las instrucciones que repite la Iglesia Católica a aquéllos de sus hijos, a quienes la elección de Jesús llama al ministerio de las almas. ¿Cómo no admirarse de la unidad de lenguaje, de instituciones y de doctrinas, que principió en la montaña de Tiberiades y se prolongó sin interrupción hasta nosotros? Los nombres de *Mártires,* de *Confesores,* estos términos desconocidos del mundo

---

[658] Matth., X, 18. Tal es el origen de la palabra cristiana de mártir.

[659] Matth., IX, X, XI; Marc., VI; Luc. VIII, IX.

pagano, salen por primera vez de boca del Salvador, en una oscura provincia de Judea. Acógenlos doce pescadores trasformados [356] en Apóstoles; y en el día, estos nombres han conquistado el mundo. Hase realizado la profecía del divino Maestro en toda la serie de las edades. Se ha hecho comparecer a los testigos de Jesucristo, los confesores de su divinidad, ante todos los tribunales, a presencia de todas las jurisdicciones, a los pies de todas las soberanías de la tierra: así será hasta la consumación de los siglos. Nunca terminarán los suplicios, triunfando de ellos el testimonio, la confesión y el martirio. El hecho solo, independientemente de toda profecía anterior, constituiría un fenómeno sobrenatural. La predicción precediendo al acontecimiento, y éste confirmando la predicción, se enlazan con tan divina majestad, que es preciso abjurar de toda razón para no reconocer el milagro. La constitución de la Iglesia se halla enteramente en las admirables palabras de Jesucristo. El Señor envía pobres a llevar gratuitamente al mundo el beneficio de la regeneración que han recibido gratuitamente también ellos; sin que deban pensar en la solicitud material, ni en los medios de proveer a su subsistencia. Pero he aquí la maravilla. En esta pobreza, independiente y absoluta, hallarán en abundancia lo que no buscaban; porque los que los recibieren, recibirán a Jesucristo, los que les den sea el óbolo de la viuda, sea el tesoro del rico, sea el vaso de agua de la más pobre hospitalidad, lo habrán dado al mismo Jesucristo y adquirido un derecho inenajenable a las celestiales recompensas. Todo el poder temporal de la Iglesia se halla en estas palabras que salieron de los labios del Salvador. A los siglos de persecución que sólo tendrán cadalsos para los testigos de Jesús, sucederán los siglos de fe que santificarán sus riquezas, poniéndolas a los pies de los discípulos de Jesús. O más bien, no se marcará ni se dividirá así por épocas esta diferencia de conducta; los siglos de persecución tendrán sus ejemplos de generosidad. Al lado de Nerón, que crucificará a San Pedro, el senador Pudens hará sentar a San Pedro en su silla curul, y echará en manos del Apóstol los tesoros acumulados por veinte generaciones de padres conscriptos. Desarrollaranse persecuciones y afectos y contemplaciones en línea paralela hasta el fin de las edades. La pobreza evangélica y la riqueza de la Iglesia se mantendrán en este equilibrio divino, constituido por Jesucristo en despecho de todos los odios y de todos los furores de los hombres.

20. «Después de haberles dado estas instrucciones, dice el Evangelio, [357] empezó Jesús a enviarlos de dos en dos a predicar a todas las ciudades y lugares, a donde él mismo había de ir. Y les dio el poder de lanzar los demonios. Y marcharon, pues, de un lugar a otro, predicando el Evangelio y la obligación de hacer penitencia; y untaban con aceite a muchos enfermos y los sanaban [660]. «¿Qué ha venido a ser en el seno del protestantismo esta unción de aceite a los enfermos? ¿Qué significan entre nuestros hermanos extraviados estas acusaciones mil veces repetidas de superstición idolátrica, a propósito del sacramento de la Extrema-Unción? Parece verdaderamente que a fuerza de leer el Evangelio, haya llegado el protestantismo a no comprender una sola palabra del texto sagrado. Ya veremos en efecto, pasar a nuestra vista, por el orden de la narración evangélica, todas y cada una de las instituciones actuales de la Iglesia. La tradición apostólica ha reproducido, mantenido y perpetuado la vida y el apostolado de Jesucristo en la tierra, sin quitarle nada, sin añadirle nada; desarrollando, con la expansión misma de la obra, el espíritu de su divino fundador. Jesús, en la Iglesia, enseña, bendice,

---

[660] Matth. X, 1; Marc., VII, 7-13; Luc., X, 1.

ruega, ofrece su sacrificio, da la unción a los enfermos, lanza a los demonios, obra milagros y resucita los muertos, actualmente lo mismo que durante los tres años de su ministerio público.

§ IV. Cafarnaúm

21. «Y bajando Jesús de la montaña acompañado de sus discípulos y de un gran gentío, se paró en una llanura, y levantando Jesús los ojos hacia sus discípulos, dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios: Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados: Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis: Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan y cuando os desecharen y os afrentaren, y despreciaren como infame vuestro nombre por causa del Hijo del hombre. Alegraos entonces y saltad de gozo, porque os está reservada en el cielo una gran recompensa, pues así trataban sus padres a los profetas. Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo en el mundo! ¡Ay de vosotros los que hoy estáis hartos, [358] porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque día vendrá en que os lamentaréis y lloraréis! Después dijo a sus discípulos: ¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os aplaudieren, porque así lo hacían sus padres con los falsos profetas! Pero a vosotros, que me escucháis, os digo: Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Y dad a los que os piden y tratad a los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os traten [661]». Después de haber hablado así Jesús, se volvió a Cafarnaúm [662], y entró en una casa de la ciudad [663]. Precipitose en ella tal tropel de gentes, que ni siquiera podían tomar allí alimento Jesús ni sus discípulos. Y cayó en desfallecimiento: los discípulos quisieron penetrar por entre la multitud para socorrerle, y se esparció el rumor de que había perdido el uso de los sentidos [664]. Y los Doctores y los Fariseos que le seguían

---

[661] Luc., VI, 17-31. Este discurso ofrece mucha analogía con el sermón de la Montaña, reproducido más explícitamente por San Mateo. Hemos tomado, pues, de San Lacas algunas sentencias particulares que no se hallan en el otro Evangelista.

[662] Lucas VIII.

[663] Marcos, III, 20.

[664] Éste es el sentido propio del texto griego e)ce/sth. Animi deliquium passus est. Después de las fatigas del día anterior y la de la noche pasada en oraciones, no permitió la multitud tomar al Salvador alimento alguno. Sintió, pues, Jesús desmayo; porque el Hijo del hombre tomó toda la flaqueza de la naturaleza humana. Los Escribas que había entre la multitud se aprovecharon de esta circunstancia para decir que Jesús acababa de caer bajo la posesión del demonio. Entonces brilla la divinidad, y el Hijo de Dios confunde a estos hipócritas doctores. (Hasta aquí la nota de M. Darras.

desde Jerusalén, y que se habían juntado con la multitud, exclamaron: «¿no veis que se halla poseído de Belcebub, y lanza los demonios por arte del príncipe de los demonios? -Entonces Jesús hizo acercarse a los Escribas y les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás lanzar a Satanás? Si un reino se divide en partidos contrarios, no puede subsistir. Y si una familia está dividida contra sí misma, no puede subsistir. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido y no podrá subsistir, sino que su poder vacilante tendría bien pronto fin. Nadie puede entrar [359] en la casa de un valiente armado para robarle sus alhajas, sino atando primero al valiente, para robar después su casa. En verdad os digo, que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y aun las blasfemias que hubieran proferido. Pero el que hubiere blasfemado contra el Espíritu Santo, no tendrá jamás perdón, sino que será reo de eterno juicio (o condenación [665]) «Hablaba Jesús así, para responder a la acusación que acababan de hacerle, diciendo»: ¡Está poseído del demonio! -En este momento, vinieron la Madre de Jesús y sus hermanos (o parientes), y quedádose fuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba alrededor de él, le dijeron: Mira que tu Madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. Y respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando atentamente a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y

---

Los Padres Amat y Petit traducen «ha perdido el juicio», poniendo por nota el último: La expresión latina de la Vulgata dice: in furorem versus est, lo que unos traducen: está furioso; otros: está fuera de sí; otros: ha perdido el juicio. Todo viene a significar una misma cosa. El Padre Scio traduce: «Se ha puesto enajenado»; y en una nota dice lo siguiente: El in furorem versus de la Vulgata, en el texto griego, es e)ce/sth, extra se est, como si dijera: está estático, enajenado y olvidado de sí, hasta de tomar alimento, por el fervor y aplicación a las cosas del Evangelio. A esta exposición convienen todas las circunstancias.).-(N. del T.) [ecesth en el original (N. del E.)]

[665] Esto es, será sumamente difícil su arrepentimiento. (Padre Amat.) El Padre Scio en su nota al vers. 32 del cap. XII del Evangelio de San Mateo, que dice lo mismo que este texto de San Marcos, expone lo siguiente. «Los Fariseos veían los milagros de Cristo hechos en beneficio de los hombres, conocían la fuerza de estas gracias del Espíritu Santo, y sin embargo, contra su propia conciencia, los atribuían al poder del demonio. La misma luz del sol, los cegaba, y su mismo ardor los endurecía. Ciegos pues, obstinados y blasfemos contra el Espíritu Santo, no parece les quedaban ya medios para su arrepentimiento y perdón. Por esto añade el Señor, que este pecado no se perdonará ni en este siglo, ni en el otro; no quiere decir que sea absolutamente irremisible, sino que casi jamás se perdona, porque esta misma ceguedad y dureza es por sí misma el castigo del orgullo y de la envidia diabólica que es su verdadero principio; y así se ve, que empezó a castigarlos acá abajo, entregándolos a un réprobo sentido. Hubieran podido conseguir el perdón, si hubieran hecho penitencia; pero el fruto ordinario de su pecado era un espíritu de impenitencia. Lo que inclinó a San Agustín, de Verb. Dom. Serm. XI, nov. edit. 71, Cap. XII, núm. 20, a entender por esta blasfemia contra el Espíritu Santo, la impenitencia final, que va acompañada de la desesperación de la misericordia de Dios. Tal es la explicación de este texto difícil, conforme a la doctrina de los Padres en especial San Atanasio, San Agustín y Santo Tomás. -El P. Petite dice sobre el mismo versículo. La blasfemia contra el Espíritu Santo es cuando se atribuyen al diablo las obras que manifiestamente son del Espíritu Santo, como lo explican San Atanasio, San Hilario y San Juan Crisóstomo. Y aunque absolutamente, no hay pecado alguno irremisible, con todo eso, dice Jesucristo, que éste no perdonará, para dar a entender que se perdonará con más dificultad que los otros, porque se opone derechamente a la fuente de las gracias. (S. Juan Crisóst. Hom. 42 in Matheo). -(N. del T.)

mis hermanos; porque el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre [666]».

22. Aquí se manifiestan la humanidad del Hijo del hombre y la divinidad del Hijo de Dios, en la persona sagrada de Jesús, con patentes caracteres. Todo el día anterior, en aquel sábado en que fue curado el hombre de la mano seca de la sinagoga, se pasó en huir [360] el divino Maestro del odio de los Fariseos, que seguían sus pasos. La aglomeración de la multitud, a orillas del lago de Genesareth, no lo permitió pensar en tomar el menor alimento. Prodígase por la salvación de todos, y sólo se olvida de sí mismo y de sus propias necesidades, en su misión de divina caridad, y cuando sobreviene la noche, la pasa orando en la montaña. Al llegar el día, elige a sus apóstoles, a quienes da sus instrucciones; desciende con ellos a la llanura, y dirige al pueblo palabras de consuelo, de misericordia y de paz. De regreso a Cafarnaúm, entra en una casa amiga; pero le precede la multitud y no le deja tiempo de romper el pan de la hospitalidad. La humanidad desfallece a consecuencia de tantas privaciones, fatigas y abstinencia. He aquí cómo ha osado traducir esto el racionalismo moderno con este impío comentario. «Su vida en Galilea era una fiesta perpetua». Fariseos del siglo XIX, blasfemadores del Espíritu Santo, venid, pues, a considerar al hijo del hombre, extenuado de inanición y desmayado de debilidad, en la casa de Cafarnaúm. ¡Oh, Jesús! perdónales, porque no saben lo que se dicen. ¿Y lo sabían los mismos Escribas que seguían al divino Maestro, desde su partida de Jerusalén, expiando la ocasión de calumniar todos sus actos, de acriminar todas sus intenciones y de sublevar al pueblo contra él? El accidente que acaba de verificarse es sabido en breve por la muchedumbre. «Ha caído en desmayo», se dice, y se apoderan los Fariseos de este pretexto para hacer circular su sacrílega interpretación. ¿No veis, exclaman, que está poseído, que se ha apoderado de él Belcebub y que arroja los espíritus malignos en nombre del príncipe de los demonios? Cada expresión es aquí de tal modo hebraica, que destruye con su autenticidad intrínseca, toda sospecha de leyenda o de interpolación apócrifa. Belcebub, el príncipe del aire, es un nombre esencialmente bíblico, que no se encuentra en ninguna de las literaturas griega o romana. Para hallarle es necesario ascender hasta el tiempo de Uchozias, rey de Israel, cuando este príncipe apóstata, enfermó por haber caído de lo alto de una terraza de su palacio de Samaria, y sintiendo acercarse la muerte, envió a consultar el oráculo de Belcebub, dios fenicio que tenía su templo en Accaron [667]. El nombre de esta divinidad extraña había sobrevivido a su culto, y se había perpetuado en los recuerdos [361] del pueblo judío, como sinónimo de Satanás, jefe de los ángeles rebeldes. Había, pues, de parte de los Fariseos, al atribuir los milagros de Nuestro Señor a la potestad de Belzebub, un cálculo de odio profundo y de calumniadora habilidad; porque era dirigir contra Jesús la acusación más directa de idolatría, y entregarle a la pena capital, impuesta por la ley mosaica contra todos los adoradores de los falsos dioses.

23. Pero la humanidad que acababa de desmayar en la humilde casa de Cafarnaúm, da lugar a la suprema acción del Verbo encarnado. El Hijo del hombre

---

[666] Marcos, III, 20 ad ultim.

[667] IV, Reg., I, 2. Cf. Cornelius a Lapide, Comment., tom IV, p. 3.

se manifiesta en desmayo; el Hijo de Dios va a revelarse en su fuerza. Desaparecen súbitamente la extenuación y la fatiga y se levanta Jesús, lleno de una divina energía. Llama a los Fariseos y lanza sobre su frente culpable el anatema irremisible que ha de alcanzar a todos los blasfemos del Espíritu Santo. ¿Qué es, pues, el pecado contra el Espíritu Santo, pregunta el obispo de Hipona para que desconcierte la omnipotente misericordia de Jesús, y no pueda perdonarse, ni en este ni el otro mundo por el Dios del perdón? Habrían podido borrarse la apostasía de Judas y el estigma de su traición, por una sincera penitencia: la blasfemia contra el Espíritu Santo, no será jamás perdonada. Hallámonos, pues, aquí también con una de esas expresiones que llevan en sí mismas un carácter incontestable de autenticidad. Para comprenderlas es preciso remontarse a la tradición hebraica, cuya indeleble marca conservan. El Espíritu Santo, según la noción judía era la verdad de Dios mismo. El Espíritu Santo era el soplo de Dios que había inspirado a Moisés y a los Profetas, cumplido todas las maravillas de la ley antigua, y producido los actos de santidad, de piedad y de virtud de los patriarcas y de los justos de Israel. Así, blasfemar del Espíritu Santo, era blasfemar de la verdad conocida, ultrajar la majestad visible y manifiesta de Jehovah. «Contristar el Espíritu Santo [668]»; -«apagarlo en su corazón [669]»; -«ultrajar al Espíritu de gracia [670]», son otras tantas locuciones hebraicas, cuyo significado es el de pecar contra Dios. Pero la inclinación del hombre hacia el mal, la debilidad de nuestra flaca o decaída naturaleza, los ciegos impulsos de las pasiones nos solicitan sin cesar al pecado. ¡Acaso Jesucristo, que venia a desposarse con [362] nuestras flaquezas para curarlas, cerrará a las almas la puerta de la penitencia! No. Nació, padeció, y murió por los pecadores por todos en general, y por cada uno en particular. El cielo se abre para el ladrón convertido a la última hora, así como para el justo que ha perseverado desde su infancia en los senderos de sus mandamientos. «Blasfemar del Espíritu Santo», es el crimen, no ya del hombre, sino de Satanás. Sólo el ángel caído pudo llamar a Jehovah el dios del mal; dar a la luz el nombre de tinieblas; cerrar los ojos a los esplendores de lo verdadero para erigir un trono al error, y adorarlo como la divinidad suprema? Tiemblen, pues, esos genios soberbios que tiene por adversarios implacables la verdad conocida; esos Escribas de nuestros modernos Cafarnaúm, a los ojos de los cuales el Hijo de Dios es un hábil impostor, un magnetizador, un empírico o un poseído. Semejantes a esos Fariseos a quienes irritaba la luz sin iluminarles, entran en el camino de Satanás. Como ellos también, son libres de abandonar la ruta del abismo, antes de la hora en que la impenitencia final haya cerrado para siempre su eterno destino. Estos doctores de la mentira han dicho: «Jesús detestaba a su familia que le correspondía lo mismo». He aquí por qué, sin duda, María, la tierna madre, informada por el rumor público del accidente sobrevenido a su divino Hijo, en la casa de Cafarnaúm, se apresura a volar en su auxilio. He aquí por qué, los hermanos de Jesús, es decir, como ya se ha visto, sus primos, los hijos de Cleofás, intentan penetrar por entre la multitud para librarle del peligro y prodigarlo los cuidados del más vivo afecto. Pero el Hijo de Dios que inspira semejantes sacrificios, no los necesita. Su madre y sus hermanos son todos

---

[668] Isa., LXIII, 10.

[669] Thessal., V, 19.

[670] Hebr., X, 29.

los desgraciados; inmensa familia que abraza la humanidad entera, con quien vino a desposarse, a quien vino a consolar y a curar.

24. «Un centurión de Cafarnaúm, continúa el Evangelio, tenía enfermo y casi a la muerte un criado a quien estimaba mucho. Y habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos ancianos de los judíos, pidiéndole que fuese a sanar a su criado. Y ellos habiendo ido a buscar a Jesús, se lo pedían con instancia, diciendo: Es digno de que hagas esto por él; porque ama nuestra nación y nos ha edificado una sinagoga. Y Jesús respondió: Yo iré y le curaré. E iba Jesús con ellos, y cuando estaba cerca de la casa, el centurión con algunos de sus amigos salió a su encuentro y le dijo: Señor, no soy [363] digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y mi criado quedará sano. Pues aun yo que estoy subordinado a otros, tengo soldados a mi mando, y digo a uno: Ve, y va; y a otro: ven, y viene; y si digo a mi criado: haz esto, lo hace. -Oyendo esto Jesús, se admiró, y dirigiéndose a las gentes que le seguían, dijo: En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. Así, os declaro que vendrán muchos (gentiles) de Oriente y Occidente, y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mientras que los hijos del reino (los judíos) serán arrojados a las tinieblas exteriores; y allí será el llanto y el crujir de dientes. -Y en seguida, dijo Jesús al centurión: Vete, y sucédate, conforme has creído; y en aquella hora quedó sano el criado [671]». El soldado romano en frente de la divinidad de Jesucristo, es uno de los rasgos más admirables del Evangelio. Este centurión, que había tal vez cruzado las Galias y la Germania con las legiones de Varo, vino a acabar sus últimos días en Judea. Tiene toda la bondad del veterano, y toda la disciplina del legionario. Edifica una sinagoga a sus administrados galileos, y manda a sus subalternos con la altivez y el laconismo de un hijo de Rómulo: «Ve», les dice, y van; «ven», y vienen. El mandato breve y preciso de César ha pasado al lenguaje militar de Roma. Pero bajo esta ruda corteza ¡qué elevación de pensamiento, qué delicadeza de sentimiento! El mismo Jesús admira la fe de este Romano. Jamás, en efecto, se expresó más solemnemente la afirmación de la divinidad del Salvador. Parece que se ha unido en el corazón del soldado la ternura del más ferviente apóstol a la energía del carácter nacional. «Señor, dice, no soy digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y quedará sano mi criado». La naturaleza obedece a vuestras leyes, pues que vos sois su Dios. Yo mismo, oficial de un grado inferior en los ejércitos del César Tiberio, no tengo más que decir una palabra, y mis soldados ejecutan mis órdenes. Vos, Señor supremo, hablad, y los elementos dóciles obedecerán a vuestra voz. -Tal es el sentido de estas enérgicas palabras; y la fe del centurión es oída. Que busque el racionalismo por qué maravilla de contacto lejano, un criado moribundo, que «no tuvo el placer de ver a una persona predilecta», [364] fue curado al instante mismo.

---

[671] Lucas, VII, 1-10; Matth. VIII, 5-13.

§ V. Excursión a Galilea

25. «Jesús recorrió después las ciudades de Galilea, dice San Mateo, predicando el reino de Dios y enseñando a los pueblos [672]. Y sucedió que iba Jesús a la ciudad de Naín, e iban con él sus discípulos y gran multitud de gentes. Y cuando estaba cerca de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, a la cual acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vio el Señor, movido a compasión, la dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro, y los que le llevaban se pararon; y dijo entonces: Mancebo, levántate, yo te lo mando. -Y luego al punto se incorporó el que estaba muerto, y empezó a hablar. Y Jesús le entregó a su madre. Y todos se llenaron de temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. -Y la fama de este milagro se extendió por toda la Judea y las provincias comarcanas [673]».

26. El racionalista moderno siente que no se haya cuidado una Academia de Roma o de Atenas, de enviar una comisión científica a Naín, pequeña ciudad de la tribu de Issachar, al pie del monte Thabor, para comprobar la realidad del milagro en el momento en que lo verificó Nuestro Señor. ¿Qué hacían, pues, los sabios encargados de ejercer de oficio la soberanía de las inteligencias, en la época del César Tiberio? Es inconcebible su negligencia; sin embargo, se podría invocar en descargo suyo algunas circunstancias atenuantes. Jesucristo no había ni publicado previamente, ni convocado a los sabios para que fueran a examinar el gran espectáculo de la resurrección de un muerto, a las puertas de Naín. Y no obstante, no faltarán testigos a la manifestación divina, y cuando menos se haya concertado el acontecimiento, más patente será la realidad del prodigio. La casualidad del encuentro, para dar este nombre enteramente humano a la disposición de la Providencia, que llevaba a las puertas de Naín la comitiva fúnebre, con el numeroso séquito de la madre desconsolada, en el mismo instante en que iba a entrar en la ciudad el Salvador, rodeado también de una inmensa multitud, basta para alejar toda idea de connivencia o de preparación alguna con [365] el objeto de impresionar las imaginaciones. La viuda de Naín había perdido realmente a su hijo único, esperanza de su vejez y único apoyo de su aislamiento. No se escapan, pues, de su destrozado corazón lágrimas convencionales ni sollozos facticios, al acompañar al sepulcro de familia, el cuerpo inanimado de su hijo, para enterrarlo al lado de los restos queridos de un esposo. La ciudad entera, simpática a este dolor maternal, le forma su comitiva; y Jesucristo que debía ser también objeto para el corazón de María de un desconsuelo semejante, el Dios-Hombre que bajó a la tierra para participar de todos los dolores humanos, se conmueve de misericordia. Toca el féretro descubierto donde reposa el joven difunto. Aquí, como siempre, cada pormenor de la narración evangélica tiene un carácter de incontestable veracidad. Los cadáveres eran transportados entre los Hebreos, con el rostro descubierto, en una especie de féretro sin cerrar. Los sepulcros no podían estar en el interior de las poblaciones, donde hubieran sido permanentemente causa de impureza legal. Sin

---

[672] Matth., XI, 1.

[673] Lucas, VII, 11-17.

embargo, debían estar bastante próximos a las poblaciones, para que no excediera su distancia del intervalo que era permitido salvar un sábado, pues así se podía, sin violar el descanso sabático, no dejar que permaneciera el cadáver en la casa mortuoria, y conducirlo inmediatamente al sepulcro, donde se hallaba dispuesta una estancia para los últimos cuidados de la sepultura. Estos usos eran exclusivamente propios de la nación judía. Los Egipcios, por ejemplo, tenían costumbres diferentes. Guardaban por mucho tiempo los cadáveres, transportándolos definitivamente al sepulcro, en ataúdes o féretros herméticamente cerrados, que semejaban la forma de las mismas momias. Los Romanos que practicaban la exhumación de los cuerpos, no se servían de ataúdes, sino que llevaban los cadáveres adornados como para una gran fiesta, a la pira, en una ostentosa litera. Así pues, la narración del Evangelio es en su divina sencillez, de una verdad local que desesperará siempre a los racionalistas futuros.

27. Y ahora se concibe sin dificultad, cómo pudo levantarse en pie el muerto que resucitó la voz poderosa de Jesús, sin desclavar el féretro o sin levantar una cubierta que no existía. Concíbese que pudiera salir, sin auxilio alguno, del féretro, y que se lo entregase Jesús a su madre sin necesidad de quitarle las ligaduras o sudario con que no se le había todavía envuelto. Pero explíquese, si se puede, [366] por todos los artificios del racionalismo moderno, cómo, a vista de una ciudad entera, en presencia de dos comitivas, la que salía de Naín siguiendo el fúnebre convoy, y la que entraba en ella siguiendo al divino Maestro, explíquese cómo resucita tan súbitamente ese muerto tan llorado a la palabra de Jesús: ¡Joven, levántate, yo te lo mando!» ¡Una letargia curada súbitamente por las dos corrientes de la multitud que se dirigía en sentido inverso! Hase dicho esto, porque era necesario decir algo; pero ¿por qué está corriente no obró sino en el momento en que habló Jesús? ¡Qué prodigiosa casualidad más increíble que todos los milagros! ¡La conmoción se produjo por el eco de la voz que resonó en el silencio general! Se ha dicho también esto. Pero precedían al fúnebre cortejo, cantando, las plañideras y los coros de músicos. No reinaba el silencio de la muerte como entre nosotros, alrededor del cadáver. ¿Pues qué? ¿Es muy difícil de reconocer que si no hubiera hecho milagros Jesucristo, si no hubiera resucitado a los muertos, no hubiera convertido jamás al mundo pagano, y nunca hubiese resucitado una sola alma? El hijo de la viuda de Naín, este joven, a quien volvió el Salvador a la vida y entregó a su madre, fue un instrumento de resurrección espiritual, y un testigo irrecusable de la divinidad de Jesucristo. He aquí cómo se expresa Quadrato, en su Apología dirigida al emperador Adriano en el año 131 de nuestra era: «Los milagros de Nuestro Salvador se verificaron siempre en público, porque eran verdaderos. Así, los enfermos que curó, los muertos que resucitó, fueron vistos por todo el mundo, no solamente en la época misma del prodigio, sino largo tiempo después. Pudo interrogárseles durante el periodo que pasó Jesús en la tierra, y después de su Ascensión, a la cual sobrevivieron. Algunos de ellos viven aun en nuestros días [674]». ¡Desembarácese como pueda el racionalismo moderno de semejantes testimonios!

---

[674] Tou= de\ Swth=roj h(mw=n ta\ e)/rga a)ei\ parh=n a)lhqh= ga\r h)=n·oi(qerapeuqe/ntej, oi(a)nasta/ntej e)k nekrw=n, ou)k w)/fqhsan mo/non qerapeuo/menoi kai\ a)nista/menoi a)llaº kai\ a)ei\ paro/ntej· ou)de\ e)pidhmou=ntoj mo/non tou= Swth=roj, a)lla\ kai\ a)pallage/nton, h)=san ?e)pi\

28. El milagro de Naín resonó considerablemente. Tal vez deben referirse a esta época de la vida del Salvador las relaciones que quiso mantener con él un jefe de tribus árabes, Abgar. La tradición ha conservado el nombre de este extranjero, y todo induce a creer [367] que si los textos conocidos actualmente con el título de *Cartas de Abgar,* son de origen o de traducción más recientes, el hecho mismo de haber enviado a Jesucristo este príncipe una diputación, es histórico. Como quiera que sea, los discípulos de Juan vacilaban aún en venir a ponerse bajo la dirección de Aquel a quien había llamado su maestro: el Cordero de Dios. El Precursor continuaba detenido en la fortaleza de Maqueronta. Herodes Antipas había resistido hasta entonces a las solicitaciones de una esposa ambiciosa y cruel; retrocedía ante un crimen, menos tal vez por un sentimiento de justicia, que por temor de una conmoción popular. El ilustre cautivo se aprovechó de los últimos instantes que le dejaba la moderación o la pusilanimidad del tetrarca, y haciendo llamar a dos de sus discípulos más fieles, les dirigió directamente a Jesús. «Nos envía a ti Juan Bautista, dijeron al Salvador. ¿Eres el Mesías que ha de venir, o debemos esperar a otro? -Hallábase en aquel momento Jesús rodeado de un gran gentío, y en presencia de los discípulos de Juan, curó a los enfermos de sus enfermedades, libró del espíritu maligno a los endemoniados, y volvió la vista a los ciegos. Usando después de la palabra, respondió a los enviados: Id a contar a Juan lo que habéis oído y lo que habéis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, resucitan los muertos, es anunciado el Evangelio a los pobres, y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo. -Luego que se fueron los enviados, empezó Jesús a hablar de Juan al pueblo que le rodeaba. ¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña que a todo viento se conmueve? ¿Pero qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con lujo y afeminación? Los que llevan vestidos suntuosos y viven en delicias, están en los palacios de los reyes. En fin, ¿qué salisteis, pues, a ver? ¿A algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y más que profeta. Porque él es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi Ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti para prepararte el camino. En verdad os digo: No ha salido entre los nacidos de mujer, alguno mayor que Juan Bautista; si bien el menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Y desde la aparición de Juan Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece violencia (o se alcanza a viva fuerza) y los que se la hacen (a sí mismos) son los que lo arrebatan. Porque todos los Profetas y la Ley hasta Juan, profetizaron lo porvenir. Y si queréis entenderlo, el mismo Juan es aquel [368] Elías que ha de venir [675]. El que tiene oídos para entender, entiéndalo [676]».

---

xro/non i)kano\n, w(/ste kai\ei)j tou\j h(mete/rouj xro/nouj tine\j au)tw=n a)fi/konto. (Quadrat., Apolog. ad Adrian., Euseb., Hist. eccles., lib. IV, cap. III, Patrol. graec., tom. XX, col. 308.)

[675] Esto es, Juan es Elías, en el oficio de precursor de la primera venida de Jesucristo, así como Elías lo será de la segunda. (V. San Gregorio, Hom. 7, in Evan.) «Algunos son de sentir, con San Gerónimo, dice el padre Scio, en su nota a este versículo, que el Señor dio el nombre de Elías al Bautista, porque así como éste en la venida de Jesucristo, vendrá a anunciar que este Señor ha de venir como Juez del mismo modo, en la primera, San Juan fue el precursor que anunció que debía de él calidad de Redentor. (V. la profecía de Malaquías, IV, 5 y 6.)» No debe, pues entenderse que el texto citado quiere decir que Juan era Elías en la persona, pues éste es un error de los herejes que creen que el alma de Elías pasó al Bautista, error que impugnó va San Gerónimo en su Epístola a los Algas. Quaest. I.-(N. del T.)

[676] Matth., XI, 1-15; Lucas, 18-28.

29. El elogio del Precursor en boca del divino Maestro, es el elogio del Evangelio mismo. ¿De dónde viene la superioridad tan altamente señalada a Juan Bautista? ¿En qué es más grande o mayor que Moisés, Elías, Isaías o Daniel? Si Jesucristo no es Dios, si su reino no es el de el Emmanuel, si no es el término a que van a parar las figuras, las profecías, los ritos y las observancias del Antiguo Testamento, no tendrá Juan Bautista ningún título particular para tomar un rango superior a las personalidades más gloriosas de la historia humana. Pasó su vida en el desierto. Lo mismo hicieron Moisés y Elías. Predicó penitencia al pueblo. Jonás hizo lo mismo antes que él. Bautizó a la multitud en el agua del Jordán. Moisés había bautizado a la raza judía en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo. Cada día, bautizaban los sacerdotes de Jerusalén a los prosélitos en el agua de la Piscina Probática, o en las cisternas de Siloé. Pero Juan Bautista no renovó los milagros de Moisés, los de Elías, de Isaías y de los demás profetas. ¿En qué consiste, pues, respecto de él, esta grandeza excepcional, que ningún nacido de mujer alcanzó ni alcanzará nunca? En que fue el Ángel del Mesías y el Precursor terrestre del Verbo encarnado. He aquí su prerrogativa incomunicable. El día cuya aurora deseó ver Abraham; la estrella de Jacob, cuyos rayos quiso contemplar Moisés de las alturas de Phasga; el verdadero rey de Israel que debía acabar la obra de Elías, destruyendo los altares de los falsos profetas; el Hijo de una Virgen madre, cuya cuna había saludado de lejos Isaías; el Cristo jefe; el Hijo del hombre, sentado en el trono del Anciano de los días, que proclamaba en su éxtasis Daniel, le vio Juan Bautista con sus ojos mortales, le designó con el dedo, proclamando su advenimiento. [369] Toda la gloria del Precursor consiste en esto. No fue en el desierto, la caña agitada que vacila a todo viento. Su voz no repitió más que una sola palabra: ¡Ha venido el Cordero! -Igual lenguaje emplea con los Escribas de Jerusalén, con la multitud que se agolpa en las orillas del río de la Judea, con sus discípulos en la prisión de Maqueronta. Ni los favores del tetrarca, ni las seducciones de una corte voluptuosa, ostentando, con desprecio de la ley mosaica, un lujo extraño y corrompido, han hecho doblegarse su grande alma. Va a morir, víctima de las pasiones de una mujer; pero lega a Jesús los discípulos de su última hora. Toda la historia del Antiguo Testamento se concentra y se resume en la persona de Juan Bautista, que refleja sobre el autor del Nuevo Testamento los esplendores y las magnificencias de un pasado de cuatro mil años.

30. «Y todo el pueblo que oía a Jesús, continúa el Evangelista, y los publicanos que habían recibido el bautismo de Juan, dieron gloria a Dios. Pero los Fariseos y los Doctores de la ley que no habían sido bautizados por él, despreciaron, en daño de sí mismos, los designios de Dios (o murmuraban de las palabras de Jesús, y acogían con desdén la revelación de Dios). Y entonces dijo el Señor: ¿A quién compararé esta raza de hombres? ¿Y a quién son ellos semejantes? Son semejantes a los muchachos sentados en la plaza pública, que hablan unos con otros, diciendo: Os hemos entonado cantares alegres y no habéis bailado, cantares lúgubres y no habéis llorado. Así es que vino Juan Bautista que casi no comía ni bebía y dijisteis: Está endemoniado. Vino el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: Es un hombre voraz y bebedor y amigo de publicanos y pecadores. -Entonces Jesús empezó a reconvenir a las ciudades donde se habían hecho muchos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia: ¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras, hace mucho tiempo que, cubiertas de cilicio y

ceniza, habrían hecho penitencia. Por tanto os digo, que a Tiro y Sidón se las tratará en el día del juicio menos rigurosamente que a vosotras. Y tú Cafarnaúm, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás sí abatida, hasta el infierno, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se hicieron en ti, acaso subsistiría aún esta ciudad en el día. Por eso te digo que a la tierra de los Sodomitas [370] se la tratará en el día del juicio menos rigurosamente que a ti [677].

31. En el día se busca en las orillas del lago de Tiberiades, en la Decápolis antigua, el sitio de Cafarnaúm, de Corozain y de Betsaida. «Cafarnaúm no existe ya, dice el doctor Sepp [678]. En estas ciudades ingratas, reinan la soledad y el silencio. Palmeras solamente que crecen en medio de las ruinas, y vestigios de un puerto en el lago, son los únicos monumentos de la ciudad galilea. Corozain y Betsaida han desaparecido enteramente, ignorándose hasta su situación. La deliciosa comarca de Genezareth está habitada en el día por los Árabes del desierto que viven medio desnudos bajo sus tiendas. La palmera, signo de victoria que constituía en otro tiempo el ornato de todas estas campiñas, ha desaparecido enteramente de un país que ha entregado Dios, cormo una presa, a todos los pueblos de la tierra, no quedando ni una sola del célebre bosque que rodeaba en otro tiempo a Jericó. Una torre construida en tiempo de las cruzadas, y algunas barracas árabes indican de un modo bastante dudoso, el sitio donde estuvo situada esta ciudad, famosa por su anfiteatro y por los palacios que hizo construir allí Herodes. Sólo se ven acá y acullá cipreses que dan sombra a los sepulcros de un pueblo extranjero. Los espinos y escaramujos han reemplazado al arbusto que suministraba en otro tiempo un bálsamo famoso a todo el universo. Hase verificado, pues, al pie de la letra la maldición de Jesucristo. Los racionalistas de Galilea que insultaban al Salvador, despreciaron sin duda, como exageraciones sin valor alguno el anatema que dirigía Jesús contra su patria. Eran poderosos, ricos y en gran número; la abundancia del suelo, la dulzura del clima, la importancia de sus relaciones comerciales, el desarrollo de su industria, todo esto parecía una prenda para el porvenir; y no se dignaron ocuparse en la condenación solemne que acababa de caer sobre ellos. ¡Ay! los racionalistas de todos los tiempos se parecen, siendo su ceguedad la misma. La gracia divina se agota contra su obstinación. La trompeta de los jubileos de misericordia no les lleva a las fiestas del Señor; las lamentaciones y los gritos de alarma no les despiertan de su letargo. ¡Así llegan sobre las sociedades los azotes de la justicia; así pasa sobre las naciones el rasero de la venganza celestial!

32. Sin embargo, la incredulidad de una raza, de una comarca o [371] de una época, no detendrá jamás el impulso de la palabra divina; el carro del Evangelio es el de la visión de Ezequiel; marcha siempre adelante, aplanando las resistencias y llevando su luz a nuevas playas. «El Señor, dice San Lucas, escogió setenta y dos discípulos suyos, y los envió delante de él, de dos en dos, a recorrer las ciudades y los lugares que él mismo había de visitar, y decía: mucha es a la verdad la mies, y pocos los operarios; rogad, pues, al dueño del campo que envíe operarios a su mies. Id y curad a los enfermos y decidles: se acerca el reino de Dios. Y cuando entréis en alguna ciudad y no os recibiesen, salid a sus calles y decid: hasta el polvo

---

[677] Matth., XI, 16-24; Lucas, VII, 29-35.

[678] Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 150, 151.

que se nos apegó de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros; no obstante sabed que el reino de Dios está cerca. -Así, vosotros me rendiréis testimonio. El que os escucha a vosotros, a mí me escucha, y el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia, y quien a mí me desprecia, desprecia a aquel que me envió. Los setenta y dos discípulos partieron, pues, y regresaron muy alegres, diciendo: Señor, hasta los mismos demonios se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre. -Y Jesús les respondió: Veía yo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago. Vosotros veis que os he dado la potestad de hollar las serpientes y los escorpiones y todo el poder del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habéis de gozaros porque se os rinden los espíritus inmundos, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos. -En aquel mismo momento, Jesús manifestó un extraordinario gozo al impulso del Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y descubiértolas a los humildes y pequeñuelos. Así es, oh Padre, porque así fue de tu agrado. El Padre ha puesto en mis manos todas las cosas, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo. -Y volviéndose a sus discípulos, les dijo: ¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas [679]». [372]

33. Prosíguese en el contexto de la narración evangélica la divina constitución de la Iglesia, conforme a la unidad de miras de su fundador. Después de los apóstoles, los discípulos; los primeros menos numerosos, porque tienen el encargo de la vigilancia y ocupan un término superior en la jerarquía; los segundos en número más considerable, para que alcance el ministerio de salvación a todas las necesidades, a todos los achaques del cuerpo social; pero los unos y los otros superiores a la multitud de los fieles; separados del resto de los hermanos por la elección divina, y por la investidura de un poder que sólo pertenece a ellos. El ejército del sacerdocio católico, colocado hoy bajo la dirección de los obispos, sucesores de los apóstoles, y sometidos ellos mismos a la autoridad del sucesor de Pedro, «encargado de apacentar las ovejas y los corderos, y de confirmar a sus hermanos en la fe», ¿es otra cosa que la institución del mismo Jesucristo, perpetuada hasta nosotros por un fenómeno de inmortalidad que constituye un milagro de primer orden? Las obras de los hombres son laboriosas. ¡Cuántas pesquisas, combinaciones y tentativas, para establecer la menor constitución social, y procurarle algunos años de estabilidad y de vida! ¡Nuestro Señor Jesucristo constituye su Iglesia sobre una roca que desafiará perpetuamente todas las tempestades, y esta obra no le cuesta más que una sola palabra! Esto es que se ha entregado el poder universal al Hijo del hombre por el Padre; que cada palabra del Verbo encarnado es a un tiempo mismo una creación y una enseñanza. En las épocas de expansión de la fe cristiana, todos los poderes, todas las autoridades, todas las fuerzas sociales se concentraron en manos de la Iglesia, «esposa de Dios» a quien se dieron todas las cosas por el Padre. «En las épocas de hostilidad

---

[679] Lucas, X, 1-24. -Math., XI, 25 ad ultim.

contra Cristo y su Iglesia, se arrojará a los apóstoles y a los discípulos, se les enviará a las catacumbas; pero no será por eso menos patente el triunfo de Jesucristo y de la Iglesia. Jesús es quien da a las almas, así como a las sociedades, el reposo y la paz, en el yugo suave del Evangelio. La guerra contra Cristo es el primer castigo de los que la hacen. Cuando los hombres, en su orgullo, creen haber matado a la Iglesia, no han hecho más que suicidarse, y las generaciones maceradas y ensangrentadas, no tardan en volver a pedir el yugo del Evangelio. La expresión: Yugo de la ley, era familiar a los Judíos, considerando los *Thephilim* o cintas que se ceñían en torno de la cabeza y de los brazos, [373] como las ligaduras de ese yugo por el cual quería unir a sí Dios la raza de Abraham. La palabra de Nuestro Señor hace alusión a esta fórmula hebraica, y le atribuye una significación profunda que debió excitar la indignación de los doctores judíos. ¿Cómo se atrevió Jesús a llevar al mundo otro yugo que el de la ley mosaica? ¿Cómo podía tener la pretensión de llamar «su yugo suave y su carga ligera», en oposición al yugo del Sinaí? Estas afirmaciones sólo las podía hacer un Dios; pero sobre todo, eran misterios inefables de gracia y de misericordia que permanecieron ocultos «a los sabios y a los prudentes» de todos los racionalismos. ¡Cuántos humildes de corazón, pequeños y pobres han encontrado y hallarán, hasta el fin de los tiempos, el descanso de sus almas, en la suavidad del yugo de Jesucristo!

34. «Un fariseo llamado Simón, continúa el Evangelio, rogó al Señor que fuera a comer con él; y habiendo entrado Jesús en su casa, se puso a la mesa. Y he aquí que una mujer pecadora que había en la ciudad, luego que supo que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de bálsamo o perfume. Y poniéndose detrás de él a sus pies, comenzó a regárselos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba con respeto y derramaba sobre ellos el bálsamo perfumado. Y viendo esto el fariseo que le había convidado, dijo en su interior. Si este hombre fuera profeta conocería sin duda quién y qué tal es la mujer que le toca, y no ignoraría que es una pecadora. Y respondiendo Jesús a su pensamiento: Simón, tengo que decirte una cosa. Di, Maestro, respondió el fariseo. -Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Como ellos no tuviesen con qué pagarle, perdonó a entrambos la deuda. ¿Quién de los dos amaría más al generoso acreedor? -Respondiendo Simón, dijo: Juzgo que aquel a [374] quien más perdonó. -Y Jesús le dijo: Has juzgado bien. -Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para lavarme los pies, y ella me los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de hospitalidad, y ella desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ella ungió con bálsamo perfumado mis pies. Por lo cual te digo que se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama, menos aquel a quien menos se perdona. -Y dirigiéndose entonces a la mujer, la dijo: Tus pecados te son perdonados. -Y los que estaban con él a la mesa, se decían interiormente: ¿Quién es éste que perdona también los pecados? -Y Jesús dijo a la mujer: tu fe te ha salvado; vete en paz [680]. -Desde entonces, cuando recorría Jesús las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios, en compañía de los doce, seguíanle algunas mujeres a quienes había curado de sus enfermedades y a quienes había librado del espíritu maligno: entre

[680] Lucas, VII, 36 ad ultim.

otras, María, llamada Magdalena, de quien habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes, y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes [681]».

35. El nombre de la pecadora que recibió la absolución del divino maestro, en la casa del Fariseo, no está positivamente inscrito en el texto de San Lucas, que se acaba de leer. Déjase, sin embargo, entrever claramente en lo próximos que coloca el Evangelista el episodio de la comida en casa de Simón y la mención de las mujeres adictas que siguieron desde entonces a Nuestro Señor Jesucristo en sus viajes. Nombra en primer lugar a María Magdalena, con la particularidad significativa de que el Salvador la había librado de siete demonios, es decir, según la idea de San Gregorio el Grande, la había arrancado del imperio de las costumbres viciosas en que había vivido hasta entonces la pecadora. Sin embargo, se concibe que esta inducción no es bastante exacta ni precisa para determinar por sí sola la identidad de la pecadora y de María Magdalena. Pero el Evangelio de San Juan contiene una designación mucho más explícita. «María, hermana de Marta y de Lázaro, era, dice, la mujer que ungió al Señor con bálsamo perfumado y enjugó sus pies con sus cabellos [682]». Hállase, pues, indicado por San Juan el nombre de la pecadora, el cual pasa en silencio San Lucas en su narración. La pecadora era María, hermana de Marta y de Lázaro. Luego María la pecadora, hermana de Marta y de Lázaro, es realmente María Magdalena, porque el evangelista San Marcos se expresa así: «Habiendo resucitado Jesús la mañana del primer día de la semana (o domingo), apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios [683]». He aquí [375] por su orden lógico los datos tomados al texto mismo de los Evangelios, que consignan claramente la identidad de la pecadora con María Magdalena. Esta exégesis tiene a su favor la unanimidad moral de la tradición griega y latina, que la confirma. Aquí es preciso entender bien el valor que tiene la tradición en la Iglesia. Fuera del carácter de autoridad divina que recibió la Iglesia de la promesa formulada por Nuestro Señor, cuando dijo: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» tiene una inmensa trascendencia la tradición católica, bajo el solo punto de vista de la crítica humana. La Iglesia no se fundó como la institución mosaica, en la explicación de un texto escrito, sino que procedió de una enseñanza verbal: «Id, dijo Jesucristo, enseñad a las naciones a observar todo lo que yo mismo os he recomendado». En estas palabras se encuentra toda la vitalidad de la Iglesia Católica. La Iglesia, depositaria de la enseñanza oral del divino Maestro, la trasmite por tradición. La tradición es la Iglesia misma. En una sociedad así constituida, suponer que durante diez y ocho siglos, la unanimidad de los Padres y de los Doctores, la suprema autoridad del sucesor de San Pedro, encargado de confirmar a sus hermanos en la fe, pudieron engañarse en un punto de hecho concerniente a la historia evangélica misma, es no solamente una herejía bajo el punto de vista teológico, sino el más completo olvido de todas las leyes del sentido común. ¿Sabían San Pedro y los Apóstoles el nombre de la pecadora del

---

[681] Lucas, VIII; 1-3.

[682] Juan, XI, 1.

[683] Marcos, XVI, 9. Véase el desarrollo completo de la cuestión, y la del hecho llevada hasta la evidencia en la obra de M. Faillon intitulada: Monumentos inéditos sobre el apostolado de Santa María Magdalena, tom. I, pág. 1-336.

Evangelio? Sí, ciertamente. ¿Lo dijeron a sus sucesores y a sus discípulos? No puede dudarse, puesto que Tertuliano que escribió en Roma cien años después de la muerte de San Pedro, nos da el nombre de la pecadora y la llama María Magdalena. ¿De quién supo Tertuliano, nuevamente convertido a la fe cristiana, este nombre, sino de los sucesores de los Apóstoles? Y si se objeta que Tertuliano inventaba una explicación del Evangelio, sin raíz en la tradición ni en la historia, sin más tradición que la suya propia, se encuentra tal objeción con la insuperable dificultad de que el día en que el genio de Tertuliano, extraviado por las pretensiones del orgullo individual, vino a sostener una doctrina contraria a la tradición apostólica, Tertuliano, a pesar del prestigio de su nombre y de un talento inmenso, fue al instante mismo excluido de la comunión católica. ¿Por qué por [376] otra parte, Clemente de Alejandría, Ammonio, Eusebio de Cesarea, estos doctores de la Iglesia griega, enseñan exactamente, como Tertuliano, que la pecadora del Evangelio era María Magdalena? ¿Por qué San Agustín, San Gerónimo, todos los Padres de la Iglesia latina, hasta San Bernardo, hablan el mismo lenguaje? ¡Qué! se admite en historia, las tradiciones de familia y de nacionalidad se cuenta seriamente con las noticias o investigaciones trasmitidas de generación en generación, en el seno de una estirpe regia y ¿se querría que la Iglesia católica, fundada en la tradición, perpetuada por la tradición, y ofreciendo el único espectáculo en los anales del mundo, de una cadena no interrumpida, al través de las edades, de testimonios idénticos ¿se querría, en nombre de la razón y del sentido común, descartar *a priori* la enseñanza de la tradición en la Iglesia? La lógica más vulgar, repito, se halla conforme con la teología, para reprobar semejante abuso de la razón humana. Así, pues, decimos con la Iglesia romana, madre y señora de todas las demás, que la pecadora y María Magdalena no son dos personalidades distintas, en la historia evangélica. El apóstol San Pedro, que murió por la fe de Jesucristo, no pudo inducir en error a los fieles de Roma sobre un hecho de que había sido testigo. El evangelista San Juan, el apóstol del Asia no pudo implantar en el seno de la Iglesia griega, una tradición errónea sobre un punto tan fácil de aclarar como el de un nombre propio. Y cuando las dos corrientes de la tradición griega y latina se reúnen para atestiguar la misma verdad y confirmar la misma enseñanza ¿quién se atreverá, a tachar de falso semejante testimonio, en nombre de no sé qué animosidad sistemática o de pretensión de secta? No hace todavía mucho tiempo que se tuvo en Francia la pretensión de comprobar así, con una lamentable independencia, la enseñanza de la Iglesia romana [684]. Permitiéronse, bajo la fe de algunos críticos exagerados, borrar de la santa liturgia nombres que desagradaban o fechas que se repudiaba. Así desapareció el nombre de María Magdalena de una célebre prosa, reemplazándosele con la vaga designación [377] de *pecadora* [685], y se creyó haber extinguido para siempre la verdad tradicional: como si la tradición de

---

[684] Conviene, no obstante, que no se ignore que el 1.º de diciembre de 1521, protestó la facultad de París, por unanimidad de sus miembros, contra las tendencias de los novadores respecto de María Magdalena. Puede leerse esta protesta con el título de Determinatio sacrae Facultalis Theologiae Parisiensis de unica Magdalena, Faillon, Monum. inedit., tom. I, pág. 226-230.

[685] Qui Mariam absolvisti, Et latronem exaudisti, Mihi quoque spem dedisti. Pros. rom. del Oficio de los Muertos.

Las liturgias galicanas del siglo XVIII, suprimieron el nombre de María en el primer versículo, y lo reemplazaron así:Peccatricem absolvisti.

la Iglesia universal, las promesas de infalibilidad doctrinal dadas a Pedro y a sus sucesores hubieran sido súbitamente trasladadas a los siglos XVII y XVIII, en cabeza de algunos novadores hostiles a la autoridad de la Iglesia, y a la de los Papas.

36. Al salir de la casa del Fariseo, continúa el Evangelista, presentaron a Jesús un endemoniado que era ciego y mudo. Jesús lanzó al demonio y el mudo habló. Y todas las gentes se asombraron a vista de este prodigio, y decían: ¿Si será acaso este el hijo de David? Pero oyéndolo los Escribas y Fariseos, que lo seguían de Jerusalén, dijeron: Éste no lanza los demonios sino por el poder de Belzebub, príncipe de los demonios. Otros para tentarle, le pedían un prodigio en el cielo. Y conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado; y toda casa dividida en bandos, no podrá subsistir. Y si Satanás lanza a Satanás, o está dividido contra sí mismo ¿cómo, ha de subsistir su reino? ¿Cómo podéis, pues, decir que yo lanzo los demonios por el poder de Belzebub? y si fuera por poder de Belzebub ¿en nombre de quién los lanzarían vuestros propios hijos, mis discípulos? Por tanto ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo lanzo los demonios en virtud del espíritu de Dios, sin duda ha venido a vosotros el reino de Dios. Cuando un hombre valiente y bien armado guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está en seguridad. Pero si viene uno más poderoso que él, que triunfa de su resistencia, y asaltándole, le vence y se apodera de todas sus armas en que el vencido ponía su confianza, podrá saquearle la casa, y repartir sus despojos entre sus compañeros. El que no está por mí, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos, buscando sitio donde reposar, y no hallándole, dice: Volveré [378] a mi primer morada. Y al llegar a ella, la halla barrida y bien adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa, fijan en ella su morada; con lo que el último estado de este hombre es peor que el primero. -Y sucedió que estando diciendo estas palabras, levantando la voz una mujer de en medio del pueblo, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús replicó: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la observan [686]».

37. En la parábola del fuerte armado que vela por la seguridad de sus dominios, todos los asistentes familiarizados con las ideas y las doctrinas judías, comprendieron perfectamente que Jesús anunciaba la gran derrota del imperio de Satanás. Desde el pecado original, reinaba el principio del mal en el mundo. El Verbo encarnado viene a destruir esta tiranía secular; distribuirá los despojos del paganismo vencido a sus discípulos, y la humanidad regenerada se adornará bajo la influencia cristiana, de maravillas de santidad y de virtudes desconocidas al paganismo. Pero la humanidad permanecerá libre de repudiar los beneficios de la Redención y de volver a pedir la servidumbre de Satanás. Entonces recaerá en una degradación más espantosa que la primera. El racionalismo no parece sospechar esta terrible verdad, cuya realización absoluta sería la muerte de nuestras sociedades modernas. ¿Se ha interrogado alguna vez a sí mismo, si será por casualidad el auxiliar que llama en su socorro el genio del mal vencido por Jesucristo, para reconquistar su dominio perdido? La cuestión vale, sin embargo, la

---

[686] Matth. XII, 23-31; Marc., III, 23-28; Lucas, XI, 14-26.

pena de proponerse, en medio de nuestras perpetuas agitaciones, de nuestras decadencias morales y del abatimiento universal. A la vista están el reino de Jesucristo y el reino de Satanás. Hecha está la experiencia de los beneficios del uno y de los desastres del otro. Dios quiera que, en fin, cansada la humanidad de tantos errores, de estériles trastornos y de evoluciones sin fin, exclame con Jesucristo: ¡Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan como el tesoro más precioso!»

38. «Entre tanto, continúa el Evangelio, se había aumentado la multitud en torno de Jesús. Los Escribas y Fariseos redoblaban [379] sus instancias. Maestro, decían, quisiéramos verte hacer algún milagro [687]. -Entonces dijo Jesús: Esta raza mala y adúltera busca un milagro, pero no se le dará más milagro que el prodigio del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra [688]. Porque así como Jonás fue un milagro para los Ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para los de esta nación infiel e incrédula. Los Ninivitas se levantarán en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicción de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es más que Jonás. La reina del Mediodía se levantará en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará; porque vino de los extremos de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y con todo mirad que hay quien es más que Salomón. Ninguno enciende una lámpara y la pone en lugar escondido o debajo de un celemín, sino sobre un candelero para iluminar a los que entran. La lámpara de tu cuerpo son sus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; pero si fuere malo, también tu cuerpo estará oscuro. Cuida, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Pues si todo tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna tenebrosa, todo lo demás estará luminoso como en la casa donde resplandece la claridad de la lámpara [689]». El signo de Jonás, la resurrección de Jesucristo, la luz evangélica, este esplendor divino que ha brillado en las tinieblas del antiguo mundo, son en el día hechos patentes, cuya notoriedad es universal. Sin embargo, el actual racionalismo se coloca aun en el terreno del racionalismo farisaico, persistiendo en poner la luz debajo del celemín, y en sellar el Dios resucitado en la tumba. ¡Maravillosa perseverancia del hombre en engañarse a sí mismo y en envolverse en una atmósfera de tinieblas palpables y de falaces ilusiones! El divino Maestro agotó, para combatir esta funesta inclinación hacia el mal buscado voluntariamente y conservado con obstinación por las conciencias culpables, todas las solicitudes de una misericordia verdaderamente maternal. Porque quería tratar con contemplaciones la independencia del libre alvedrío humano, y dar a su doctrina, a sus milagros, a su vida entera, bastante brillo [690] para convencer a las [380] almas rectas y puras, sin imponer a los espíritus obstinados y soberbios una evidencia irresistible que hubiese subyugado desde luego todas las rebeliones de la

[687] Matth., XII, 38.

[688] Ibid. 40.

[689] Lucas, XI, 29-36.

[690] [«brilló» en el original. (N. del E.)]

inteligencia y del corazón. Tal se nos va a aparecer en una serie de parábolas, la economía divina de la Redención.

§ VI. Las parábolas

39. «Habiendo salido Jesús de la casa, dice el Evangelista, se juntaron a él muchas gentes, que acudían de todas las poblaciones cercanas. Dirigiose, pues, a la orilla del lago, y para librarse de la opresión de la multitud, entró en una barca que había en la ribera. Y habiéndose sentado, hablaba en parábolas y enseñaba al pueblo que se quedó a la orilla. Escuchad, dijo. Salió una vez cierto sembrador a sembrar. Y a medida que iba sembrando, unos granos cayeron cerca del camino y fueron pisados, y acudiendo las aves del cielo, se los comieron, y otros cayeron en lugares pedregosos, en donde había poca tierra, y luego nacieron por no poder profundizar en tierra; mas calentando el sol, se abrasaron, y como carecía el tallo de savia y no tenía raíz, se secaron. Y otros cayeron en medio de las espinas, y creciendo las espinas los ahogaron. Y otros, en fin, cayeron en buena tierra y dieron fruto, donde ciento por uno, donde sesenta y donde treinta. -Y habiendo hablado así, levantó la voz, diciendo: El que tiene oídos para oír, escuche. Acercándose después los discípulos que estaban con él, le preguntaron: ¿Por qué les hablas en parábolas, y cuál es el sentido de ésta? -Respondiendo Jesús, les dijo: Porque a vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los cielos, y a ellos no se les ha dado; pues respecto de los extraños o incrédulos debe manifestárseles todo en parábolas, a fin de que, viendo con sus ojos, no vean, y oyendo con sus oídos, no oigan ni comprendan; por temor de llegar a convertirse y de que se les perdonen sus pecados [691]. Porque al que tiene lo que debe tener, se le dará aun más y estará en la [381] abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. He aquí por qué hablo a estos incrédulos en parábolas. Así se verifica en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oiréis con los oídos, y no entenderéis, y por más que miréis con vuestros ojos, no veréis. Porque ha endurecido este pueblo su corazón y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos a la luz, a fin de no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, por miedo de que convirtiéndose, yo le dé la salud [692]. Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos porque oyen [693]».

---

[691] El sentido de esta parábola se halla suficientemente explicado por la doctrina relativa al libre alvedrío humano, que hemos tenido tantas veces ocasión de consignar. El jansenismo hallaba, según Lutero, en esta expresión, la justificación de la teoría del siervo alvedrío, de la condenación fatal, y de la predestinación absoluta de ciertas almas al infierno.

[692] Isa. VI, 9-10.

[693] Matth., XIII, 1-16; Marc., VI, 1-13; Luc., VIII, 4-8.

40. «¿No sabéis, pues, añadió Jesús, el sentido de esta parábola? ¿Cómo podréis entonces comprender las demás? Escuchad, pues, la significación. La semilla es la palabra de Dios. El sembrador es el ministro de la palabra. La que cae en el camino es la figura de aquellos hombres que oyen la palabra, pero que se la dejan sacar de su corazón por el demonio, para que no crean ni se salven. La semilla que cae en la piedra representa la palabra que acogen desde luego con gozo los hombres inconstantes. Pero no echa raíces en ellos, y así creen por una temporada, y al tiempo de venir la tentación, se vuelven atrás, y luego que viene alguna tribulación o persecución por causa de la palabra de Dios, al instante se rinden. Siendo efímera su fe, se retiran al tiempo de la prueba. El grano que cae entre espinas, es la figura de aquellos que escuchan la palabra; pero después la dejan sofocar con los cuidados y las riquezas y las delicias de la vida, y así nunca llega a dar fruto. La que se siembra en buena tierra, representa a los que reciben la palabra con un corazón lleno de rectitud y de sinceridad, y la conservan con cuidado y la hacen fructificar con la perseverancia [694]». Así hablaba el Salvador. Por esto sin duda el racionalismo moderno, examinando cada una de sus palabras, no encuentra en ellas nada teológico, ni sobre todo, nada que se parezca a una doctrina sacerdotal.

41. «Jesús, continúa el Evangelio, propuso en seguida esta otra parábola al pueblo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero mientras los criados estaban durmiendo, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo y se fue. Estando ya el trigo en yerba, y apuntando [382] la espiga, descubriose asimismo la cizaña. Y yendo los criados del padre de familias a encontrarle, le dijeron: Señor ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? -Y él les contestó: Algún enemigo mío la habrá sembrado. -Y los criados le replicaron: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? -No, dijo él, no sea que arrancando la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer uno y otra hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y recoged el trigo para mi granero [695]».

42. «Jesús decía también. El reino de Dios viene a ser a manera de un hombre que siembra su heredad; y ya duerma o vele noche y día, la simiente va brotando y creciendo, sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra produce de suyo, primero el trigo en yerba, luego la espiga, y por último el grano lleno en la espiga. Y después que está el fruto maduro, se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega [696]».

43. ¿A qué compararé yo también el reino de Dios? Con otra imagen os lo representaré. El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre, y le sembró en su campo. El cual es a la verdad menudísimo entre todas las semillas; pero en creciendo, viene a ser mayor que las demás

---

[694] Mateo, XIII, 18-23; Marc., 13-15; Lucas, VIII, 9-15.

[695] Math., XIII, 24-30.

[696] Marcos, IV, 26-29.

plantas que se cultivan, y hácese árbol, que extiende sus ramas, de forma que vienen las aves del cielo y anidan en ellas [697]».

44. «El reino de los cielos es semejante a la levadura que mezcla una mujer en tres satos o celemines de harina, hasta que ha fermentado toda la masa. -Es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre de nuevo y gozoso del hallazgo, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo. -También es semejante a un mercader que trata en perlas finas, y viniéndole a las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene y la compra. -O bien es asimismo semejante a una red barredera, que echada en el mar, allega todo género de peces; la cual, en estando llena, sacándola los pescadores y sentándose en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá en el fin del siglo; vendrán los Ángeles y separarán los malos de en medio de los justos, para precipitarlos [383] en el horno de fuego, y allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habéis entendido bien todas estas cosas? -Sí, Señor, dijeron ellos. -Y él entonces añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino de los cielos es semejante a un padre de familias, que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas, según conviene [698]».

45. «Tales fueron las numerosas parábolas que dirigió Jesús a la multitud, adaptando sus discursos a la inteligencia de los oyentes. Porque sólo hablaba al pueblo en parábolas; bien es verdad que aparte, se lo descifraba a sus discípulos [699]. Por eso le preguntaron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiéndoles él, les dijo: El que siembra las buenas simientes es el Hijo del hombre. Su campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino, la cizaña son los hijos del maligno espíritu. -El hombre enemigo que siembra la cizaña es el diablo. La época de la siega es el fin del mundo. Y los segadores son los Ángeles. Así, pues, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos y a aquellos que cometan la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre [700]». -La profecía y la doctrina se aúnan, en estos símiles pronunciados en el lago de Tiberiades, en la altura del pensamiento y en la sencillez del lenguaje. Jamás habló de esta suerte mortal alguno. ¿No ha llegado a ser el grano de mostaza de la predicación evangélica, el árbol inmenso de la Iglesia, donde hallan las almas un abrigo durante veinte siglos? Y nótese de paso esta significativa particularidad que da a la parábola como un sello de su origen. La mostaza no llega en nuestras comarcas a las proporciones del arbusto más débil. Pero en los climas cálidos, como en Judea y aun en España, se desarrollan sus ramas con un vigor desconocido en Francia. Las campiñas que recorría el Salvador estaban llenas de estos arbustos, pues sabido es que en Egipto tenía la Mostaza una reputación especial entre los antiguos. Aprovechándose los Galileos de las

---

[697] Matth., XIII, 31-31; Marc., IV, 30-32.

[698] Matth., XIII, 33, 44, 52.

[699] Marcos, IV, 33-34.

[700] Matth., XIII, 36-43.

ventajas de un terreno regado por las aguas del lago, habían introducido este cultivo remunerador en su país. Todos [384] los demás términos de comparación empleados por el divino Maestro en sus parábolas, se toman asimismo de los objetos con que se hallaban más familiarizados sus oyentes. Las redes de los pescadores, la levadura que comunica la fermentación a la masa, eran de uso cotidiano. Entre los Galileos, se revelaban las rivalidades y los odios locales con un acto de venganza criminal. Sembrábase de cizaña el campo de un enemigo, al favor de las tinieblas, o bien en la hora más calurosa del día, cuando había que interrumpir necesariamente el trabajo. El divino Maestro hace alusión a esa cobarde y pérfida costumbre, y desarrolla, con el auxilio de esta comparación, la admirable economía de la Providencia en el gobierno del mundo. En una época en que eran turbadas sin cesar las relaciones sociales, de una parte por las invasiones de Roma, y la avaricia de los procónsules, y de otra por las incursiones de los Árabes, era muy común enterrar sus tesoros para ponerlos al abrigo de la rapacidad o avidez del fisco y de los azares de la guerra. La muerte, la cautividad, el destierro, todos los incidentes de una vida amenazada sin cesar, hacían desaparecer al depositario. Así, pues, tenía una aplicación frecuente la parábola del tesoro escondido, en las costumbres de aquel tiempo. Pero Jesús eleva el pensamiento de sus oyentes hacía un tesoro mil veces más precioso; el de la verdad, de la vida sobrenatural, y de la salvación por medio del Evangelio. Finalmente, los caminos de Galilea se hallaban sin cesar cruzados por las caravanas que iban a buscar al Oriente las perlas con que se adornaban las matronas romanas. Y el Salvador habla a los Judíos de la perla inestimable, cuya posesión asegura la felicidad eterna.

46. Volviendo a las orillas del lago, donde dirigió estas palabras, a la multitud, «Jesús, continúa San Lucas, dijo a los discípulos: Vamos a la mar de Galilea para pasar a la otra orilla. -Y cuando iban por el camino, se llegó a él un Escriba, y le dijo: Señor, yo te seguiré a donde quiera que fueres. Y Jesús le respondió: Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza. -Otro que se hallaba entre los discípulos, le dijo: Señor, permíteme antes de seguirte, que vaya primero a dar sepultura a mi padre. Y Jesús dijo: Sígueme, y deja que los muertos (o gentes que no tienen vida de la fe) entierren a sus muertos. -Y otro dijo: Señor, yo te seguiré, pero déjame primero ir a despedirme de mi familia. -Respondiole [385] Jesús: Ninguno que después de haber puesto su mano al arado, mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios [701]». La pobreza soportada valerosamente, el despego de las preocupaciones domésticas y de los intereses de familia, tales son aun las condiciones del apostolado. Este heroísmo ha llegado a ser en la Iglesia un fenómeno tan ordinario, que apenas se le advierte. ¿Es por esto menos sobrenatural, y se hace menos milagrosa su permanencia? «Siendo ya tarde, continúa el Evangelio, dijo Jesús a sus discípulos. Pasemos a la otra orilla del lago. Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesús se moviese del sitio en que se hallaba sentado. Íbanles acompañando también otros barcos, y mientras navegaban, se durmió Jesús, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca, de manera que ésta se llenaba de agua, y ellos estaban en peligro. Y llegándose a él sus discípulos, le dispertaron, diciendo: Maestro, sálvanos, que perecemos. ¿Te inquieta tan poco nuestra vida?- Y Jesús les dijo: ¿Qué teméis,

---

[701] Matth., VIII, 18-21; Luc., IX, 57-62.

hombres de poca fe? Entonces, levantándose, mandó a los vientos y a la tempestad. Y dijo al mar: Calla, y sosiégate. Y al instante se calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Y dijo entonces Jesús a sus discípulos: ¿Por qué tenéis miedo? Cómo ¿no tenéis fe todavía? Entre tanto se hallaban ellos sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos a otros: ¿Quién pensáis que sea este hombre? ¡Manda a la mar y a los vientos, y los vientos y la mar le obedecen [702]!» -«¡Así fue cómo cruzaron el lago y llegaron a la otra orilla, al territorio de los Gerasenos, situado en frente de Galilea [703]».

47. La voz que mandaba a los vientos en el lago de Tiberiades, no ha cesado de dominar las borrascas políticas y las tempestades sociales. Hay una barca que atraviesa hace diez y ocho siglos las olas movedizas de las generaciones humanas. Esta barca lleva a Jesús y su doctrina. Los sucesores de los bateleros Galileos son sus pilotos y marineros. Por do quiera se levanta el viento en furiosos torbellinos; todas las pasiones desencadenadas agitan el débil esquife; la noche llega a ser profunda en las conciencias, y no se apercibe más, a la claridad de los siniestros relámpagos, que la cima espumosa de las olas prontas a sumergir la nave. El terror hiela todos [386] los ánimos. Sólo responden gritos de angustia y de aflicción al estrépito de la tormenta, y no obstante, duerme Jesús. -¡Qué! Señor, le dicen aún los tímidos. ¿Es así como os cuidáis de nuestra vida? La tempestad se ha llevado ya las velas y las jarcias; no somos más que restos flotantes. ¡Un esfuerzo postrero de la tempestad va a tragársenos para siempre! -¡Cuántas veces no se ha dicho estas palabras del desaliento y de la pusilanimidad! No es esto lo que espera el Maestro. Espera que se acerquen a él, como en otro tiempo los discípulos. Espera la súplica humilde y confiada de las almas fieles. Entonces se dispierta y se levanta en su divina majestad sobre la popa de la barca azotada por las olas. Manda a los acontecimientos y a los hombres: «Callad, entrad en calma», dice a las pasiones sublevadas. Y al punto se calma el viento y reina en el Océano humano la tranquilidad más completa.

§ VII. Muerte de San Juan Bautista

48. Entonces se verificaba un crimen en Maqueronta, en medio de las fiestas celebradas en la corte de Antipas. Habíase resuelto por Herodías la muerte de Juan Bautista. Esta mujer esperaba la ocasión de consumar, en fin, su venganza. «Presentose un día favorable, dice el Evangelio. Con motivo del aniversario de su nacimiento, dio Herodes un gran festín a los grandes de su corte, primeros

---

[702] Matth., VIII, 23-28; Marcos, IV, 35 ad ultim.; Lucas, VIII, 22-25.

[703] Marcos, V, I.

capitanes de sus tropas, y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodias, la joven Salomé entró en la sala del festín, y ejecutó delante de los convidados un baile que cautivó el corazón del monarca y de todos los asistentes. El rey dijo a la joven: Pídeme lo que quieras y te lo daré al punto. Y en seguida juró solemnemente: ¡Te se concederá todo lo que me pidas aunque sea la mitad de mi reino! -Habiendo salido Salomé, fue a buscar a su madre, y le dijo: ¿Qué pediré? -La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodías. -La bailarina volvió a entrar precipitadamente en la sala del festín, y dijo al rey: Quiero que me hagas traer luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista. -El rey se contristó a esta demanda. Sin embargo, en consideración al juramento que acababa de hacer y a los convidados que lo habían oído, no quiso disgustar a la joven con una negativa, sino que enviando a uno de sus guardias, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El guardia, pues, le [387] cortó la cabeza en la cárcel, y trájola en una fuente y se la dio a la joven, que se la entregó a su madre. A esta horrible noticia, acudieron los discípulos de Juan, y obtuvieron que les dejaran llevar el cuerpo de su maestro, al cual pusieron en un sepulcro [704]».

49. La indignación que suscitó en el seno de la nación judía la muerte del santo Precursor, se halla atestiguada por el historiador Josefo. Todo el pueblo consideró como el castigo divino de este crimen inaudito la sangrienta derrota causada algún tiempo después al tetrarca por las tropas de un jefe árabe llamado Aretas. La joven Salomé, a quien acababa de asociar a semejante crimen la crueldad maternal, estaba en aquel momento desposada con el tetrarca de Iturea, Filipo. Tal vez asistía su futuro esposo a este sangriento festín. Cuando oyó a Herodes Antipas jurar, según la usanza judía, que concedería a la elegante bailarina hasta la mitad de su reino, se lisonjeó sin duda con que se iba a aumentar considerablemente la dote de la joven. Como quiera que sea, toda la narración evangélica del festín de Antipas, se halla en conformidad perfecta con el estado de las costumbres hebreas, tales como las había formado en esta época la mezcla de la civilización romana. En tiempo de Augusto se había introducido en la corte de los grandes, en todo el imperio romano, la costumbre, largo tiempo usada entre los Griegos, de terminar los festines suntuosos con danzas mímicas y con escenas sacadas de los poetas dramáticos. Un histrión judío de nacimiento obtuvo este género de triunfos en la corte de Nerón, hasta el punto de proceder la emperatriz Popea con él, como Herodes Antipas con Salomé, diciéndole públicamente que le pidiera la recompensa que quería obtener. Tal era el carácter de esta danza excepcional, ejecutada por la hija de Herodías, en presencia de convidados excitados ya por los vapores del vino. A la par de esta importación extranjera, se revela un rasgo exclusivamente judío. Las mujeres dejaban la mesa del festín cuando se prolongaba la comida, amenazando degenerar en orgía. El antiguo paganismo del Oriente, del Egipto, de Atenas y de Roma, no conoció jamás esta reserva, que nos hace comprender cómo Salomé para ejecutar su danza mímica fue obligada a entrar en la sala del festín, y cómo debió salir de ella para ir a consultar a su madre sobre la petición que debía formular al rey. [388] San Gerónimo nos ha conservado un recuerdo tradicional que se refiere a este horrible episodio y que pinta todo el furor vengativo de Herodías. «Lo que se atrevió a hacer Fulvia con la cabeza ensangrentada de Cicerón, lo hizo Herodías con la de Juan Bautista. En odio a la verdad, estas dos mujeres picaron con sus agujas de oro

---

[704] Matth. XIV, 6-12; Marc., VI, 21-29.

la lengua elocuente del uno, y la lengua inspirada del otro que les había dicho intrépidamente la verdad [705]». Según el testimonio de Nicéforo Calisto, los discípulos del Precursor obtuvieron el permiso de trasladar su cuerpo a Sebaste, la antigua Samaria, para sustraerle a los últimos ultrajes que podía reservar aun a sus restos sagrados el resentimiento de Herodías. Sabido es, en efecto, que Sebaste no pertenecía ya a la dominación de Antipas, y que formaba parte de la provincia romana de Judea. Como quiera que sea, Herodías y su débil esposo expiaron más tarde su crimen. Despojados de sus Estados por Cayo, sucesor de Tiberio, fueron desde luego desterrados a Lyon en las Galias, y relegados después a España, donde arrastraron en la miseria los últimos días de una existencia maldita [706]. Estos pormenores, de una autenticidad incontestable, nos los suministra el historiador Josefo. El matrimonio de la bailarina con Filipo, el tetrarca, no fue dichoso. Filipo murió prematuramente, sin haber tenido posteridad, y su viuda se desposó en segundas nupcias con Aristóbulo, rey de Cálcida, primo hermano suyo [707]. Tales son las expresiones de Josefo. No ofrece las mismas garantías de autenticidad la narración del fin trágico de la bailarina, tal como lo ha consignado Nicéforo. Cruzando un día un río medio helado, dice Nicéforo, se rompió el hielo a sus pies, y se hundió hasta el cuello, encontrándola sus criados así aprisionada, y dominando con la cabeza su prisión de hielo [708].

---

[705] Hieronym. In Ruffin., Apolog. lib. II, cap. XLII; Patrol. latin., tom. XXIII, sol. 488.

[706] Antig. jud., lib. XVIII, cap. IX; De Bell. jud. lib. II, cap. 26.

[707] Joseph. Antig. jud., lib. XVIII, cap. VII.

[708] Niceph. Callist. Histor. lib. I, cap. XX.

Capítulo VII

Tercer año de ministerio público

Sumario

LOS GERASENOS.

1. Los endemoniados de Gadara. -2. Autenticidad de la narración evangélica. Pormenores topográficos -3. Particularidades de la narración evangélica. -4. Caracteres de las posesiones demoniacas. -5. Imposibilidad material de connivencia previa. -6. La lógica de Satanás y la lógica de Jesucristo. -7. El endemoniado de Gadará, figura del mundo pagano.

§ II. EL PAN DEL CIELO.

8. Primera multiplicación de los panes. -9. Autenticidad del milagro. -10. Jesús anda sobre las olas. Síguele Pedro -11. La primacía de Pedro. -12. El pan eucarístico. -13. Caracteres de autenticidad intrínseca de la narración evangélica. El pan bajado del cielo.

§ III. LOS FARISEOS.

14. La ablución farisaica de las manos antes de la comida. -15. Las observancias farisaicas. -16. Las maldiciones contra los Fariseos y los Escribas. -17. Juramentos farisaicos. -18. La señal en el cielo. Segunda multiplicación de los panes. La levadura de los Fariseos.

§ IV. EXCURSIÓN A FENICIA.

19. Herodes Antipas. -20. Un tumulto en Jerusalén. La torre de Siloé. -21. La Cananea. -22. Los hijos de la Cananea. La fe entre los Gentiles.

§ V. REGRESO A LA DECÁPOLIS.

23. El sordomudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida. -24. La administración del bautismo en la Iglesia Católica. -25. *Tu est Petrus*. -26. La confesión de San Pedro. -27. Jesús predice su pasión y su muerte.

§ VI. LA TRANSFIGURACIÓN.

28. Narración evangélica de la transfiguración. -29. La primacía y la humildad de Pedro. -30. La transfiguración permanente. -31. El racionalismo y el milagro de la transfiguración. -32. Identificación de la montaña de la Transfiguración con el Thabor. -33. El endemoniado de *Dabireh*. -34. La teoría evangélica del milagro.

§ VII. ÚLTIMO VIAJE A CAFARNAÚM.

35. El didracma para el Templo de Jerusalén. -36. El racionalismo y el milagro. -37. La infancia evangélica. -38. *Quasimodo geniti infantes.* -39. Los concilios. -40.

Congregaciones y conventos. -41. Parábola del acreedor implacable. -42. Los servidores inútiles.

§ I. Los Gerasenos

1. La muerte del Precursor cerraba el cielo del Antiguo Testamento e inauguraba la era cristiana para el martirio. Durante la [390] tempestad del lago de Tiberiades, perecía el Precursor, víctima de las pasiones humanas. Así se perpetuaba la lucha entre los dos reinos de la verdad y del error, entre los Ángeles de Dios y los espíritus del mal mandados por Satanás, en un campo de batalla, vasto como el mundo y tan duradero como él. El divino Maestro quiso revelar claramente en el Evangelio el carácter de este antagonismo de los espíritus. «El príncipe del mundo debe ser lanzado de su dominio». Cuando hablaba Nuestro Señor este lenguaje en Judea, resonaban los Templos paganos con estas unánimes lamentaciones: «¡Los dioses se van! ¡Pan ha muerto! ¡Los oráculos callan!» Hay, pues, más allá de los límites de la naturaleza visible a nuestros ojos, y perceptible a nuestros sentidos, un mundo que llamamos sobrenatural, con relación a nuestra limitada inteligencia, como dice Santo Tomás de Aquino, pero que constituye, en el conjunto de la creación, un escalón superior a la humanidad, para servir de intermedio entre el hombre y Dios. «Apenas desembarcó Jesús y puso el pie en el territorio de los Gerasenos [709], dice el Evangelio, le salieron al encuentro dos endemoniados. El uno de estos hombres hacía largo tiempo que había dejado los lugares habitados; no llevaba vestidos y tenía su morada en las cuevas sepulcrales de las montañas. Era imposible refrenarle ni aun con cadenas. Porque habiéndole aherrojado los pies y las manos muchas veces con cadenas y grillos, había roto las cadenas y hecho trozos los grillos, sin que nadie pudiera domarle. Y vagaba día y noche por los sepulcros y por los montes, gritando y macerándose con agudas piedras. Y viendo de lejos a Jesús, corrió a él y prosternándose, le adoró. Y

---

[709] . Gadará se hallaba situada al Norte, en los límites de la Perea, y en la orilla del río llamado Larmuck, a ocho millas romanas de Tiberiades, y al Este del lago de Genesareth. El camino de Seythopolis a Damasco pasaba por Gadará, Josefo (De Bello jud., lib. 1, cap. V) nos dice que la población de esta ciudad era muy rica. Un poco más alto, al Sud, se hallaba Gerasa. Estas dos ciudades formaban parte de la Decápolis, y estaban, según Josefo, casi enteramente habitadas por familias paganas. Gadará, fundada primitivamente por los Cananeos y los Fenicios; después arruinada por los Asmoneos, había sido reedificada por el general romano Pompeyo, a ruegos de Demetrio de Gadará, su liberto. Era patria de muchos filósofos conocidos en la historia, tales como Aenomaus el cínico, Apsines, Philodemo el epicúreo, Meleagro, Menipo y Teodoro el retórico, que había sido preceptor de Augusto. Gerasa era según su etimología, la Lutecia o la ciudad de lodo de la Palestina. Su nombre le provenía de su tierra cenagosa y de las pingües praderas en medio de las cuales se hallaba situada (Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 81, 82.)

clamando en voz alta, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, hijo del Altísimo? ¿Has venido con el fin de atormentarnos [391] antes de tiempo? ¡Por Dios te conjuro que no me atormentes! -Porque Jesús había ya mandado al espíritu inmundo, y le decía: ¡Sal de ese hombre! Después le interrogó y le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Mi nombre es Legión, porque somos muchos. Y suplicaba con instancia al Señor que no le echara fuera de aquel país y no le obligara a volver al abismo. Y había allí paciendo en la falda del monte vecino una gran piara de puercos. Y los espíritus infernales rogaban a Jesús diciendo: Envíanos a los puercos para que entremos y estemos dentro de ellos. -Y Jesús se lo permitió. Y saliendo al instante de aquel hombre los espíritus inmundos, entraron en los puercos. Y toda la piara que era hasta de dos mil, corrió a precipitarse impetuosamente en la mar, en donde se anegaron todos. Y los que los guardaban huyeron llenos de terror a la ciudad y a las alquerías y cortijos a que pertenecían los puercos, refiriendo lo que había sucedido. Y acudió gran muchedumbre de todas las poblaciones cercanas. Y fueron a donde estaba Jesús y encontraron sentado a sus pies al hombre que había sido librado del demonio, vestido y en su sano juicio; y se llenaron de temor. Y temiendo nuevas pérdidas, comenzaron a rogar a Jesús que se retirase de su país. El Señor subió entonces en su barca, y mandó hacerse mar adentro. Pero en el momento en que ponía el pie en la barca, le suplicó el endemoniado a quien había librado del demonio que le llevase en su compañía. Pero Jesús no lo consintió, sino que le dijo: Vete a tu casa con tus parientes, y anúnciales la gran merced que el Señor te ha hecho, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y fue y empezó a publicar en la Decápolis las maravillas que había obrado Jesús en él. Y todos quedaron pasmados [710].

2. Hallámonos aquí en presencia de una manifestación solemne de los espíritus del mal. Cuanto más extraordinarios son los pormenores, más completa es para nosotros la revelación que de ellos resalta. El episodio del endemoniado de Gadará nos da la clave de todo el mundo sobrenatural. La importancia de este hecho en la narración evangélica, nos es suficientemente atestiguado por la mención simultánea de los tres sinópticos. Todas las objeciones que pudieran imaginarse contra la realidad del suceso mismo caen ante estos tres testimonios. No faltaban racionalistas en tiempo de Nuestro [392] Señor y de los Apóstoles, como no faltan en el día. Las circunstancias de la manifestación diabólica tienen aquí un carácter que debió parecer entonces tan extraño como puede parecerlo a nuestros modernos escépticos. Ha sido, pues, preciso que fuera incontestable el hecho, para que San Mateo, San Marcos y San Lucas, a riesgo de chocar contra todas las preocupaciones de su época y de sublevar la incredulidad de todas las edades, lo inscribiesen en el Libro sagrado que encierra el conjunto de todo el dogma católico y la regla de fe de todos los siglos. Por otra parte, el suceso de Gadará tuvo una notoriedad inmensa. Esta ciudad, situada en la orilla derecha del lago de Tiberiades, era la capital de la Perea. Hallábase poblada de Siriacos que mantenían en aquel con las tribus árabes un comercio considerable. La extensión de sus ruinas, que han designado todos los viajeros modernos, confirma su importancia en la época evangélica. La reputación de sus aguas termales, que existen aún en el día con el nombre de *Hammam-el-Scheik,* y que se dice ser superiores en propiedades curativas a las de Tiberiades, atraía entonces allí una gran concurrencia de

---

[710] Matth. VIII, 28-33; Marc., V, 1-20; Luc., VIII, 26-39.

extranjeros. Sus alturas estaban coronadas en tiempo de Nuestro Señor, de esos bosques de encinas tan famosas en la Escritura con el nombre de encinas de Basan. Tal era, en efecto, el antiguo nombre de la comarca habitada por los Gerasenos. Antes de las erupciones volcánicas y de los terremotos [711], [393] que trasformaron la Galilea en una árida soledad, las orillas del lago con las diez ciudades que formaban su animado y risueño ceñidor, con el nombre de la Decápolis, eran uno de los puntos más poblados del Oriente. No puede, pues, invocarse aquí el ser poco conocido el teatro en que se verificó el prodigio. El Evangelista habla de muchedumbres que acudieron de todos los lugares circunvecinos a la noticia de un acontecimiento extraordinario, que interesaba hasta tal punto al país. Había, en efecto, en aquel sitio una población numerosa, activa y comerciante, a quien no podía menos de causar sensación el hecho. Todos los geógrafos antiguos confirman aquí el testimonio de los historiadores sagrados. Las numerosas piaras de puercos cebados en los bosques de encinas de este país, formaban uno de los ramos más importantes del comercio local. Los Gerasenos no eran judíos de origen, como pretende la incredulidad del siglo XVIII. Eran Siriacos y se aprovechaban precisamente de la impureza legal que afectaba en Judea a un animal declarado inmundo por Moisés, para fomentar su cría en grande escala y vender a las guarniciones romanas y a las ciudades interiores de la Siria una carne muy estimada, y de un producto considerable. Finalmente, lo que corta a nuestros ojos todas las objeciones de detalle que se ha querido suscitar contra la autenticidad del hecho mismo, es que en el año 295, recorriendo Eusebio de Cesarea la Palestina, fue a Gadará y le mostraron los habitantes las rocas, desde lo alto de las cuales se habían precipitado las piaras de puercos en el lago de Tiberiades. Pues bien, en el año 295 de nuestra era, apenas hacía medio siglo que se atrevía alguno a llamarse allí cristiano. Sin embargo, la tradición local era fija y exacta. Habíase

---

[711] La historia ha registrado la fecha de los principales terremotos que han agitado sucesivamente el suelo de Palestina, y que han modificado tan profundamente su naturaleza y su aspecto. Antes de la Era cristiana sólo se cuentan dos: el que ocurrió en tiempo de Elías, 900 años antes de J. C. (III Reg. XIX, 11), y el del reinado de Ozías, 750 años antes de J. C. Este último fue tan terrible, que se cita como formando época, por los profetas (Amós, I, 1; Zacar., XIV, 5.) Después de la Era cristiana, del terremoto acontecido a la muerte de Nuestro Señor (33), se multiplicaron estos azotes con estragos hasta entonces inauditos. El primero ocurrió el año 419, bajo el consulado de Monaxio y de Plinta. He aquí los testimonios históricos que atestiguan su intensidad y sus terribles resultados: Terrae motus magni de orientalibus nuntiantur; nonnullae magnae repentinis collapsae sunt ruinis civitates. Territi apud Jerosolymam qui inerant Judaei, pagani, catechumeni omnes sunt baptizati. Dicuntur fortasse baptizati septem millia hominum. Signum Christi in vestibus Judaeoum baptizatorum apparuit. Relatu fratrum fidelium constantissimo ista nuntiatur. Sitifensis etiam civitas gravissimo terrae motu concussa est, ut omnes forte quinque diebus in agris manerent, et ibi baptizata dicuntur fere duo millia hominus. (S. August., serm. XIX, núm 6; Patrol. lat., tom. XXXVIII, col. 136, 137.) Monaxio et Plinta Coss. (anno Christi CDXIX.) Multae Palestinae civitates villaeque terrae motu collapse. Multae tunc utriusque sexus vicinarum gentium nationes, tam visu quam auditu perterritae, atque credulae, sacro Christi fonte ablutae sunt. (Marcellinus Comes, Chronic., Patrol. lat., tom LI, col. 924.) Así, el terremoto del año 419 duró por espacio de días, destruyó ciudades notables en Judea, y se sintió hasta en la costa de África, donde arruinó a Setif. El de 1169 cubrió de ruinas toda la Siria. (Guillelm. Tyr. Histor. libro XX, cap. XIX; Patrol. latin., tom. CCI, col. 796). El 20 de mayo de 1202, destruyó otro sacudimiento no menos terrible casi todas las ciudades situadas en la costa del mar, en los valles del Líbano y en Galilea. Finalmente, el terremoto del mes de agosto de 1822 se ensañó particularmente en la frontera de Syria, y destruyó la ciudad de Alepo. (M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. III, pág. 416.)

conservado el hecho evangélico en todas las memorias, habiéndose inscrito en el mismo suelo. «Muéstrase aun en el día, dice Eusebio, una pequeña aldea llamada Gergesa, situada en las rocas de la cima desde la que se precipitó la piara de puercos en las olas del lago de Tiberiades [712]». [394]

3. La autenticidad nos domina, pues, aquí de todas partes, y brilla a nuestra vista, como brilló ante los mismos Evangelistas. Pero no son menos patentes los caracteres de posesión demoniaca. La escuela mítica, desesperando destruir la veracidad del hecho, se arrojaba en otro tiempo en brazos de un sistema de interpretación naturalista sumamente curioso. Es incontestable, se decía, que Jesús calmó con el encanto de su palabra o con los secretos de una ciencia oculta, el frenesí de un alucinado en el territorio de los Gerasenos. Un médico hábil hubiera podido hacerlo; pero las prodigiosas circunstancias con que se complació en recargar el relato la imaginación de los historiadores, se explican en realidad muy naturalmente. Los pastores que guardaban las piaras en la montaña se espantaron de la carrera desordenada del frenético, cuando fue a precipitarse a los pies de Jesús. Viendo a aquel furioso loco, terror de la comarca hacía largo tiempo, cruzar desnudo y lanzando horribles gritos, sus parques y sus pasturajes, se apresuraron a recoger sus animales para tenerlos a mano. La agitación insólita, la turbación accidental que produjo el acontecimiento entre los pastores, se comunicaron a los mismos animales, y cuando se oyó el formidable grito del alucinado, prosternado ante Cristo, se apoderó un terror pánico de las piaras, que huyeron sin dirección y se arrojaron en el lago. Tal es la explicación muy natural que se atrevieron a proclamar espíritus serios en Alemania y en Francia, sin que viniera a traerles una solemne carcajada a esta ley fatal del realismo, que se impone por sí misma, y que destruye todas, las teorías preconcebidas. El animal inmundo que pone aquí en escena el Evangelio, tiene instintos particulares que ha observado todo el mundo y que destruyen todas las teorías del naturalismo. Los puercos que se precipitaron en el lago de Tiberiades eran dos mil, y no podían estar dos mil puercos bajo la guarda de un solo pastor. Basta haber visto en nuestras campiñas una piara de estos animales, cuyos hábitos no han cambiado, para convencerse de ello. Así nos dicen los Evangelistas, que los numerosos pastores que velaban en la guarda de los puercos de Gadará, corrieron a la ciudad, a las alquerías y granjas cercanas [713], a anunciar el suceso. Por consiguiente, no fue una sola piara la poseída de vértigo. En efecto, nada es menos imitador, nada tiene modos de andar menos uniformes [395] que una de estas piaras. El carnero sigue el cayado del pastor, aun antes que le provoque o le gruña el perro. Pero el puerco es indisciplinado por naturaleza; sus movimientos son bruscos, espontáneos, de una irregularidad característica. Manifiéstase en él el instinto animal por medio de saltos desenfrenados que conocen todos nuestros cazadores, y que hacen proverbialmente temible el ataque del jabalí. Cuando está domesticado, el puerco se familiariza hasta cierto punto con el dueño que le alimenta, soporta la compañía de su semejante, pero en muy reducidos límites, y bajo este concepto, pueden en el día los bosques de Lorena darnos una idea de lo que pasaba en los encinares de Basan. Piaras aisladas y diseminadas por las faldas de la montaña, separadas por distintas manadas, no

---

[712] Euseb. Pamphil., lib. De situ et nomin. hebraic., trad. Hieron., Patrol. lati., tomo XXII, col. 903.)

[713] Math., VIII, 33; Marc., V, 14; Luc., VIII, 34.

podían ser dirigidas de un modo uniforme por una voz humana, por formidable que se la suponga. Los mismos pastores a la distancia en que se hallaban colocados unos de otros, a consecuencia de la misma dispersión de las manadas que conducían, no hubieran podido, a no ser por un milagro, ser afectados por un fenómeno que no pudo verse sino de un solo punto. Ahora bien, una montaña arbolada, y piaras de puercos escalonadas en pendientes, según las desigualdades del terreno y los accidentes del paisaje, se oponen absolutamente a la hipótesis naturalista, que se ha intentado hacer prevalecer. El milagro que se quiere evitar se multiplicaría aquí con todas las imposibilidades físicas, tales como el poderse ver a cierta distancia y por entre cuerpos opacos, y el poder oírse simultáneamente, en un radio demasiado extenso para que pudieran penetrarlo los sonidos más agudos.

4. El sentido común suplirá aquí todas las comisiones científicas, o más bien, la experiencia diaria, de que se sirve la ciencia como punto de partida para todos los experimentos, se halla completamente conforme con el sentido común. La fuerza de expansión de la voz humana se desarrolla con condiciones que no pueden modificar las academias. El radio visual de un ser humano no puede prolongarse más allá de las proporciones conocidas, ni sobre todo traspasar el obstáculo de una montaña interpuesta entre la vista y el objeto mismo. Por consiguiente, es absurda la hipótesis naturalista. Desbórdase lo sobrenatural en la narración evangélica, tratando en vano de impedirlo con mano impotente; porque se escapa por todas las junturas, rompiendo las barreras con que se quiere aprisionársele. [396] Así rompía el endemoniado de Gadará los grillos y las cadenas de hierro que sujetaban sus pies y sus manos. En nuestros días existe la camisola de fuerza para los locos furiosos; y no pueden desasirse de ella. ¿Acaso eran las cadenas de hierro en tiempo de los Césares menos sólidas que el girón de lienzo con que agarrotamos en el día a los locos? El Evangelista nos dice que se había puesto repetidas veces grillos en los pies y esposas en las manos al endemoniado de Gadará y que las había quebrantado del primer salto. Si se quiere ensayar con un loco del día este sistema de compresión, será fácil convencerse de que no es más elástico hoy el hierro que lo era entonces. Había, pues, otra cosa que la sobreexcitación de las fuerzas físicas, en el poseído de Gadará. Había uno de los caracteres exclusivamente propios del estado de endemoniado, a saber: una potestad de acción sobre la materia en evidente desproporción con el aparato nervioso y el sistema muscular de cualquier organismo. Los cuerpos suspendidos en el espacio fuera de todas las leyes de equilibrio o de atracción; los fenómenos de violencia exterior que consisten en romper, sin esfuerzo, los objetos más duros, o en sufrir su choque, sin experimentar lesión alguna, son hechos de posesión que ha consignado la historia, que sobreviven a las negaciones del escepticismo, y que desconciertan todas las explicaciones fundadas en el orden de la naturaleza, tanto más, cuanto que la manifestación de estos hechos extraños es siempre irregular, caprichosa, desordenada, y sobre todo, sin aplicación útil. El espiritismo ha presentado en nuestros días muchos fenómenos de este género. En un principio se hizo la ilusión de creer en el descubrimiento de un agente natural, hasta entonces ignorado. Pero las causas naturales producen efectos continuados con precisión y regularidad. El fluido eléctrico es una fuerza natural, por lo que se halla sometido a leyes físicas. Sus mismas variaciones, como las del aguja del imán o imantada, se hallan previstas y vuelven a entrar en la disciplina general a que están sometidos estos agentes. Es, pues, preciso reconocer una fuerza extraña a la naturaleza, que obra a

veces sobre la naturaleza y que nunca regirán todos los progresos de la ciencia. Cuando el endemoniado de Gadará se golpeaba el pecho con piedras, parecía hallarse extinguida en él la sensibilidad nerviosa, sin que consiguiera herirle la rabia, con que él mismo se golpeaba con una mano que rompía las cadenas de hierro. Otro tanto hacían los convulsionarios [397] en cl sepulcro del diácono París: todas las comisiones académicas del siglo de Luis XIV, consignaron el hecho sin conseguir explicarlo con razones sacadas del orden natural.

5. En el endemoniado de Gadará volvemos a encontrar los demás signos de posesión diabólica observados ya en el de Cafarnaúm. Era la primera vez que desembarcaba Jesús en las riberas de los Gerasenos. El endemoniado no podía, pues, conocerle. Sin embargo, se había divulgado por la comarca la reputación del Salvador, según nos lo demuestra suficientemente la respetuosa súplica que dirigieron los habitantes del país a Jesús. Pero, el poseído vivía hacía muchos años secuestrado de todo trato con los hombres, por consiguiente, no podía ni aun haber oído el nombre del Salvador; y no obstante, apenas toca tierra la barca galilea, se precipita de lo alto de la montaña, se prosterna y exclama: «¿Qué te he hecho, Jesús, Hijo del Altísimo?» No solamente llama el poseído con su nombre este extranjero, a este desconocido, a este visitador que aparecía por primera vez, sino que le da su verdadero título: «Hijo del Altísimo», o más bien, según el estilo hebraico: Hijo de Jehovah. ¿De dónde viene esta admirable lucidez, que excedía a la del espíritu más sano, a este alucinado, a este loco furioso, como quisiera considerarle la crítica moderna? El habitante más perspicaz de esta comarca en que era personalmente desconocido el Salvador, no hubiera podido saber el verdadero nombre del personaje que llegaba en aquel momento a vista de Gadara. El racionalista más hábil del país no hubiera adivinado jamás que el desconocido que desembarcaba con algunos pescadores en la orilla era el Hijo de Jehovah. Sobre todo, se hubiera guardado bien de decirlo. Pero el endemoniado obraba y hablaba bajo el impulso de un espíritu que no era el suyo. Su lógica, así como la del poseído de Cafarnaúm, sigue un orden de ideas manifiestamente satánico. «¿Por qué vienes a atormentarnos antes de tiempo? ¡En nombre del Altísimo, te suplico que no nos atormentes así! ¡Mi nombre es Legión, porque somos muchos. No nos arrojes de este país. No nos mandes volver al abismo!» Para comprender bien estas palabras, es necesario compararlas con la palabras de Jesucristo. «Cuando el espíritu impuro es expulsado de un hombre, anda vagando por lugares áridos, buscando otra morada [714]». Hay, pues, sobre nosotros y entre los principados [398] del aire, según la expresión de San Pablo, espíritus que tratan sin cegar de seducir y engañar a los hombres. Este poder data, respecto de ellos, desde el día en que les dio el pecado original una acción directa y un imperio inmediato sobre la raza humana. En el ejercicio de este ministerio de depravación encuentran alegrías infernales que mitigan en ellos el eterno tormento a que están condenados. Por esto nos enseñan San Pedro y San Judas, instruidos de las verdades del mundo sobrenatural en la escuela del divino Maestro, «que los ángeles rebeldes están reservados para el día del juicio final, es que será completo su suplicio [715]». En el mismo sentido decía San Pablo, a los Corintios: «Ya sabéis que nosotros hemos de juzgar hasta a los ángeles

[714] Matth., XII, 43.

[715] II Petr., II, 4; Jud. 6.

[716]». La lógica de Satanás es, pues, manifiesta en este diálogo con el Salvador. El espíritu del mal no quiere ser, antes de tiempo, antes del juicio final, lanzado de su dominio y vuelto a sumergir en el abismo eterno.

6. Pero si el demonio tiene su lógica infernal, la Redención divina de las almas tiene la suya. Es preciso que el tirano que por tanto tiempo ha dominado el mundo bajo su imperio, sea en fin desenmascarado, y que aparezca su dominación en todo su horror. El espíritu de Satanás es esencialmente el del mal; la destrucción es su triunfo; el odio que tiene al hombre, se extiende a todo el dominio del hombre y a la naturaleza misma. Los racionalistas de la era evangélica negaban la existencia de los espíritus. Nuestros modernos Saduceos no han inventado nada, y Jesucristo tuvo durante los días de su vida mortal que combatir doctrinas exactamente semejantes a las que se manifiestan en nuestros días. Hase dicho: La obra maestra de Satanás es hacer negar su propia existencia; pero la obra divina de Nuestro Señor ha sido dar a conocer a Satanás, para aniquilar su poder. Cuando decían los demonios al Salvador: «Permitidnos entrar en el cuerpo de esos puercos», preveía su malicia infernal que el desastre que iban a causar en toda la comarca tendría por resultado atemorizar a sus habitantes y alejarles de Jesús. El interés material es uno de los auxiliares más eficaces del imperio de Satanás. El divino Maestro oye, no obstante, esta súplica hipócrita; porque la fe del mundo entero debía compensar la pusilánime defección de los Gerasenos. Sondéese, en efecto, a la luz del [399] Evangelio, las profundidades del mundo demoniaco en sus relaciones con nuestro mundo visible, y se adquirirá el convencimiento de que este episodio es una completa revelación, fuera de la cual sería tan peligroso permanecer, como sería temerario querer avanzar más. El poder del demonio, terrible en su naturaleza, en su manifestación y en sus efectos, [717]se halla, no obstante, sometido a la suprema voluntad de Dios. El ángel de las tinieblas, Satanás, sólo obra con el permiso de su Criador y de su juez. Así se comprende que se doble toda rodilla, al nombre de Jesús, aun en los abismos del infierno [718]. La súplica dirigida al Salvador por boca del endemoniado, nos revela la ley del mundo infernal. El principio sobrenatural de la gracia falta a esta súplica, que no constituye ni un acto de esperanza ni un acto de caridad. Es la sorda imprecación del esclavo, mordiendo la cadena que le amarra, sin poder romperla. Pero es un acto de fe, el único de que son capaces los demonios, porque dice San Jacobo: «Los demonios creen [719]». La subordinación absoluta de lo potestad satánica a la voluntad de Dios, tranquiliza nuestras almas contra los terrores excesivos, y nos coloca entre un temor legítimo y una esperanza segura, en el camino de la salvación. Cuanto más perversas intenciones oculta la súplica de Satanás, más tesoros de misericordia encierra la voluntad de Jesús. Lo que el demonio pretende hacer que sirva de destrucción y de ruina, Jesús lo convierte en beneficio de la santificación de las almas; y aunque el mismo Satanás trabaje en extinguir la fe en los corazones, no conseguirá más que arraigarla en ellos para siempre.

---

[716] I Cor., VI, 3.

[717] [«afectos» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[718] Philipp., II, 10.

[719] Jacob., II, 19.

7. «Id, dice el Señor, a la legión diabólica, como si dijera: Mostrad vosotros mismos a vuestros adoradores, a qué dueño servís. Jamás comprendería el hombre, sino es por vosotros, vuestro poder infernal, y la ignominia de los dioses que él se ha dado. ¡Id pues! Esos puercos que escogéis para manifestar vuestro poder ¿valen más que el rebaño de Epicúreo cuyos reyes sois? -Al instante se precipitan los animales inmundos de todos los puntos de la montaña y van a ahogarse en las olas. No podía ser más solemne la afirmación del poder demoniaco. Nieguen, si les place, la existencia de los espíritus, los Saduceos judíos, los sofistas de Grecia y Roma, o los racionalistas de nuestro tiempo. Los Gerasenos no la negaron, y su [400] interés personal nos garantiza la veracidad de su testimonio. A la noticia del desastre que acaba de ocasionarse en su fortuna, a los gritos de los pastores espantados, acuden presurosos, y el primer objeto que hiere sus miradas es el endemoniado, libre a la sazón, sentado a los pies del Salvador, escuchando modestamente las lecciones de la sabiduría divina, con la tranquilidad de una inteligencia que ha recobrado la salud. Este hombre, terror de todo el país, ha vuelto a tomar sus vestidos; está tendido como un tímido cordero, a los pies del supremo Pastor. A este espectáculo inesperado, los Gerasenos, sobrecogidos de terror, olvidan sus propios intereses y la pérdida que acaban de sufrir. Refiéreseles todos los pormenores del prodigio, pues los pastores sólo les habían informado del accidente que sobrevino a las piaras, y ahora completan la narración los testigos del milagro. La multitud reunida de todo el país, ve a Jesús; se espanta de este poder inaudito, y suplica al divino Maestro que se aleje de sus fronteras. Esta conducta de los Gerasenos es la prueba más irrefragable de la autenticidad del milagro. ¿Qué motivo retiene el brazo de la multitud exasperada, que había perdido sus ganados? ¿Por qué no abrumaron con una lluvia de piedras al extranjero que se designaba como autor del desastre? Si los habitantes de Gadará no hubieran tenido a la vista al endemoniado curado; si no hubiesen contemplado este milagro viviente, nada hubiera detenido sus instintos de venganza. Pero, al contrario, se prosternan ante el Salvador; le suplican que se aleje de su territorio; y cuando Jesús, cediendo a sus instancias, vuelve a subir a la barca, cada cual se apresuró, sin duda, a sacar de las aguas los restos del naufragio. Sin embargo, el divino Maestro deja en medio de ellos al endemoniado ya libre, para que la persistencia de su curación y el relato que él mismo haga de ella, fueran otras tantas señales incontestables de la potestad y de la misericordia divinas. Tal es la significación del episodio de Gadara. Desde entonces, ¡cuántas almas arrancadas del poder de Satanás por la virtud redentora! Esta piara inmunda, precipitada en las aguas del lago de Tiberiades, figuraba la expulsión de Satanás a quien iba a lanzar la cruz de todos los puntos de la tierra. El reinado de Jesucristo debía establecerse sobre las ruinas del imperio demoniaco. [401]

§ II. El pan del cielo

8. «Habiendo vuelto a subir a la barca Jesús, continúa el Evangelista, pasó a la otra orilla del lago [720]. El pueblo le recibió con júbilo [721], porque esperaba su regreso. Los discípulos de Juan Bautista, después de haber sepultado a su maestro, fueron a encontrar a Jesús para decirle lo que había pasado [722]; y en adelante le siguieron. Los Apóstoles, después de su primera excursión a Galilea, se reunieron para volverse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado [723]». La noticia de la muerte de Juan Bautista debió interrumpir la misión de los Apóstoles. Podía temerse de parte de Herodes Antipas un sistema de persecución que se extendiera a los discípulos de Jesús, después de haberse ensañado contra el Precursor. La sangre llama a la sangre bajo el poder de las tiranías sombrías y débiles que se han dejado arrastrar una vez al crimen. «Estaba próxima la festividad de la Pascua», pero Jesús no fue a Jerusalén a la solemnidad. «Venid, dijo a los Apóstoles, a descansar conmigo en el desierto. -Porque la multitud se estrechaba siempre alrededor de ellos, sin dejarles tiempo para comer. -Habiendo, pues, subido en una barca, se retiraron a la próxima soledad de Bethsaida, a la otra orilla del lago. Al verles el pueblo alejarse, adivinó su dirección y les siguió a pie, costeando la mar de Tiberiades. La muchedumbre se aumentaba por el camino con la afluencia de los habitantes del país, los cuales se le agregaban, de suerte, que al bajar Jesús de la barca, fue movido a compasión, y acogiéndola con bondad, le comunicó sus enseñanzas y curó a todos los enfermos. Después subió a la montaña y se sentó rodeado de sus discípulos. Entre tanto era ya avanzada la hora, y los Apóstoles se acercaron a Jesús y le dijeron: Este lugar es desierto y empieza a caer el día: despacha esas gentes para que vayan a las ciudades, alquerías y aldeas circunvecinas a comprar qué comer. -No tienen necesidad de ir, respondió Jesús: dadles vosotros de comer. -Pero apenas bastarían doscientos denarios, replicaron los Apóstoles, para comprar lo preciso para tanta gente. -Entonces Jesús alzó sus ojos, y viendo aquella inmensa muchedumbre que venía a él, dijo a Felipe: [402] ¿Dónde compraremos pan para que coma tanta gente? Mas esto lo decía para probar la fe de Felipe, porque Jesús sabía bien el prodigio que iba a obrar. Sin embargo, Felipe respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para dar a cada uno un bocado. -Preguntole Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Hiciéronlo así, y uno de ellos, Andrés, hermano de Simón Pedro, volvió diciendo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente? -Había, en efecto, cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. -Y dijo Jesús a los Apóstoles: Hacedlos sentar. Estaban en un valle cubierto de yerba. Sentose la muchedumbre en la verde yerba por cuadrillas o ranchos, unos de ciento y otros de cincuenta, según la vecindad y el parentesco. Entonces tomó Jesús los cinco panes, levantó los ojos al cielo, y habiendo dado gracias a su Padre, los bendijo; los partió después, y los distribuyó a los discípulos

---

[720] Luc., VIII, 37.

[721] Ibid., 40.

[722] Matth., XIV, 12, 13.

[723] Marcos, VI, 30.

para que se los distribuyesen a la muchedumbre. Lo mismo hizo con los peces, y cada cual comió cuanto quiso. Luego que todos se hubieron saciado, dijo a los Apóstoles: Recoged las sobras para que no se pierdan. -Hiciéronlo así, y llenaron doce canastos de los pedazos de pan y de los peces que habían quedado de los cinco panes de cebada y dos peces, después que todos hubieron comido. La muchedumbre que acababa de ser a un tiempo mismo testigo y objeto del milagro, exclamó: Verdaderamente es éste el Mesías cuyo advenimiento estaba prometido al mundo. -Y querían apoderarse de Jesús para proclamarle rey. Pero el Señor, penetrando sus pensamientos, huyó solo a la montaña, mandando a sus Apóstoles que ganaran la mar y pasasen sin él el lago de Tiberiades [724]».

9. ¿Qué hubieran hecho todas las comisiones científicas del racionalismo, si hubiesen contemplado el prodigio de la multiplicación de los panes? Aquí no hay lugar para ilusiones o supercherías. Jesús cruza el lago en una barca de pescador. Suponiendo que toda la cabida del débil esquife se hubiera llenado secretamente de provisiones, no sería menos evidente la insuficiencia de los víveres para aquella muchedumbre de gente. Por otra parte, cinco mil hombres escalonados en las faldas de la montaña, desde la orilla del lago hasta la cima en que estaba sentado el divino Maestro, hubieran visto [403] pasar las cestas llenas de panes y de peces, que habría sido preciso necesariamente sacar de la barca, y nadie hubiera pensado en ver la menor apariencia de milagro en un hecho tan sencillo. Todas las circunstancias de la narración evangélica se prestan una fuerza mutua y resisten a los esfuerzos de la incredulidad. En tiempos comunes, no hubiera llegado la multitud que se agolpaba alrededor de Jesús, al número de cuatro a cinco mil hombres. Pero el Evangelista marca la fecha y nos da la razón de esta traslación en masa. «Estaba cercana la festividad de la Pascua», y en su consecuencia, comenzaba en Galilea la peregrinación anual a Jerusalén. Se viajaba por grupos de familias y de localidades. Y por esto hicieron los Apóstoles que se colocara la muchedumbre, en el orden acostumbrado, para la comida de la tarde: *secundum contubernia.* Cuando condujeron Jesús y María al Niño Dios, de edad de doce años, a la Ciudad Santa, se verificó el trayecto con las mismas condiciones. Esta vez esperaba sin duda la multitud que Nuestro Señor iría él mismo a la solemnidad; quería escoltarle, como el año anterior y seguir cada uno de aquellos pasos marcados con nuevas gracias y bendiciones. La reunión de los cuatro a cinco mil hombres que los Apóstoles hacen sentar en el verde valle de Bethsaida, sólo podía verificarse en Palestina, y en la época señalada por el Evangelista. Así, pues, se demuestra y se afirma por sí misma la autenticidad de la narración con caracteres irrecusables de evidencia. Como para consignar mejor el prodigio, manda Jesús a los Apóstoles informarse de la cantidad de víveres que se hallan a disposición de todo el pueblo. Los Judíos tenían la costumbre de llevar consigo cuando iban de viaje, un cesto o canastillo en que ponían las sobras de la comida anterior, y un poco heno que les servía de almohada por la noche, Juvenal se burlaba elegantemente de esta pobreza de los Hebreos, «cuyo equipo se compone de un cesto de junco y un puñado de paja, decía [725]». Lo que hubiere admirado el satírico en un estoico, lo despreciaba en un

---

[724] Matth., XIV, 13-21; Marc., VI, 31-44; Luc., IX, 10-17; Juan, VI, 1-15.

[725] Judaeis quorum cophinus, faenumque supellex. (Juvenal. Sátir. III, vers. 14.)

pueblo detestado por su intolerancia religiosa [726]. Porque no se perdonaba a la raza judía que permaneciera exclusivamente fiel al culto del verdadero Dios, como no se perdona a la Iglesia de Jesucristo, su adhesión completa a la revelación [404] Evangélica. Como quiera que sea, los doce cestos llenos con los pedazos que sobran a la muchedumbre, después de la milagrosa comida, son también un pormenor característico. Su presencia en el teatro del prodigio no se explicaría naturalmente en ninguna otra parte. En vano se buscaría en nuestras comarcas, entre la muchedumbre que se agolpa en nuestras fiestas públicas, doce cestos de que se pudiera disponer inmediatamente. Pero sabidas las costumbres de los Judíos, debía abundar entre ellos lo que no se encontraría entre nosotros. Sin embargo, no se halla en medio de tal afluencia, más que cinco panes de cebada y dos peces. El Evangelio nos da, pues, indirectamente la razón de esta penuria, cual era que se hallaban en la comarca más rica y más fértil de Palestina, a las orillas de un lago abundante en peces, en medio de aldeas y poblaciones que podían proveer con abundancia a todos los recursos de la vida. No habían tenido, pues, los peregrinos que encargarse de provisiones. Proponen los Apóstoles al Salvador, o enviarles a ellos mismos a comprar en las cercanías la cantidad de pan necesario, o despachar al pueblo, el cual hallaría en las aldeas vecinas el sustento de la tarde. Pero cuanto más se conforman estos pormenores multiplicados y exactos con las circunstancias de tiempo y de lugar en medio de los cuales se verifica el suceso, más atestiguan la realidad del milagro. ¿Saben o no, cinco mil hombres, si tienen o no consigo que comer? ¿Pueden equivocarse cinco mil hombres, al contar cinco panes de cebaba y dos peces? Finalmente, ¿es admisible su testimonio, cuando declaran haberse saciado con los panes y los peces multiplicados milagrosamente? La prueba de cada una de las fases del prodigio, se halla evidentemente al alcance de todos. Atestiguase la falta de provisiones suficientes por la inquietud de los Apóstoles, por su información entre la muchedumbre y por las respuestas de Felipe y de Andrés, hermano de Simón Pedro. El joven viajero que lleva los cinco panes de cebada y los dos peces que guarda de reserva, no podía haberse encargado, al partir, de la inmensa cantidad de víveres que supone una comida de cinco mil hombres. Finalmente, cuando toda la muchedumbre saciada con el pan milagroso, como en otro tiempo los Hebreos con el maná del desierto, quiere apoderarse de Jesucristo para hacerle rey, proclama la realidad del milagro con una energía que no disminuirá nunca el racionalismo. Si no ha sido testigo de un prodigio la multitud, ¿por qué [405] estalla en entusiasmo por el divino Maestro con tal espontaneidad? ¡Si rechazáis el milagro de la multiplicación de los panes en la montaña de Bethsaida, volvéis a caer en el milagro del delirio inexplicable que se apodera, sin el menor pretexto plausible, de una muchedumbre de cinco mil hombres! Por todas partes se desborda el prodigio. Hase cambiado el pan milagroso del desierto en el pan milagroso de la Eucaristía. En breve el divino Maestro va a desarrollarnos por sí mismo este misterio de amor, de que era preludio el episodio de Bethsaida.

10. «Habiendo llegado la tarde, continúa el Evangelio, los discípulos, obedeciendo la orden del Señor, subieron a la barca y cruzaron el lago, dirigiéndose hacia Cafarnaúm. Y ya se había hecho de noche y Jesús aún no se había juntado con ellos. Y el mar empezaba a encresparse a causa de un gran viento que soplaba. Los discípulos se pusieron a remar por espacio de veinte y cinco o treinta estadios,

---

[726] Filóstrato, Vida de Apolonio de Tyanea, lib. VI, cap. XXXIII.

con grande esfuerzo, porque les era contrario el viento. Entre tanto había permanecido Jesús solo en la ribera. La barca agitada por las olas oscilaba en medio del lago. Y cerca ya de la cuarta vigilia de la noche, llega a ellos el Señor, andando sobre el mar. Viéronle sobre las olas, acercarse a la barca, y continuar su camino, como si quisiera pasar adelante. Al verle, creyeron que era algún fantasma, y en su terror, gritaron a un mismo tiempo. ¡Es un espectro! porque todos le habían visto. Pero Jesús les habló al punto, diciendo: Tened confianza. Soy yo. ¡No temáis nada! -Entonces dijo Pedro: Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas. -Y él le dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús. Pero sintiendo en aquel momento un viento fuerte, se atemorizó, y habiendo empezado a hundirse, dio voces diciendo: Señor, sálvame. Y al instante, extendiendo Jesús la mano, lo cogió y le dijo: Hombre de poca fe ¿por qué has dudado? -Los discípulos le rogaron entonces que subiese a la barca; lo hizo así, y al instante calmó el viento. Y los que estaban en la barca, se acercaron a él y le adoraron, diciendo: ¡Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios! -Un instante después llegaba la barca a Genesareth [727]».

11. Pedro hace aquí, según la expresión de San Juan Crisóstomo, [406] el aprendizaje de la fe indefectible de que ha de tener el privilegio. «Así como el pajarillo, dice, que se ensaya en volar fuera del nido, y a quien no sostienen aun sus alas, necesita del auxilio maternal para sostener su vuelo, así el divino Maestro viene a sostener la debilidad de su Apóstol». La primacía de Pedro, el impulso de su fe y de su invencible valor, se afirman en este episodio con un maravilloso carácter. Todos los demás discípulos han oído la voz de Jesucristo, y han reconocido esa personalidad divina que manda a los vientos y a las olas. Cada uno de ellos ve a Jesús andar sobre las aguas como sobre una playa lisa. Y no se admiran, porque saben que es Dios. Pero la fe de Pedro avanza más. Oigamos a San Agustín desarrollar este misterio e interpretar la exclamación del Apóstol, cuando dice a Jesús: «¡Si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas!» -«No me admiro que se allanen las olas, bajo tus pies, para hacerles camino. ¿No debe estar la criatura sometida a su autor? No; esto no es para mí un motivo de admiración. -Si quieres admirarme, comunica el mismo poder a Pedro, y mándale ir hacia ti por el mismo camino. Tú eres Dios, pero yo no soy más que un hombre. Tú has querido tomar la flaqueza de mi naturaleza; dame el poder de la tuya, y llévenme las olas como a ti. Manda, Señor, que vaya hacia ti sobre las aguas. La mar se convertirá para mí en un camino practicable, si tú lo quieres, tú que has venido para ser nuestro camino [728]. Sólo Pedro, el primero en la jerarquía apostólica se atreve a usar este lenguaje, porque es el primero por su adhesión y su amor [729]». La embarcación en que se hallaban los discípulos era una de esas barcas pescadoras, cuyo número se elevaba, según nos dice Josefo, en su tiempo, a cerca de cuatro mil, en el lago de Tiberiades. En la época de la ruina de Jerusalén, se atrevieron los Galileos con esta ligera escuadra a empeñar un combate naval contra los trirremes de Vespasiano y de Tito. Concíbese que San Pedro pudiera saltar fácilmente la barca y descender al

---

[727] Matth., XIV, 22-23; Marc., VI, 45-52; Juan, VI, 16-21.

[728] Serm. XIV; Cornelius a Lapide edit. Vivés, tom. XV, pág. 346; Patrol. lat., tomo XXXIX, col. 1886.

[729] San Agustín, serm. LXXVI; Patrol. lat., tom. XXXVIII, col. 479.

mar para ir hacia Jesús. Pero lo que sobrepujará siempre la inteligencia del racionalismo, es que el agua permaneciese firme bajo sus pies. La fe del príncipe de los Apóstoles obtiene un prodigio; sin embargo, esta fe no está aún confirmada en su inmutable estabilidad. El viento [407] amontonó las olas, como montañas líquidas, y Pedro tiembla. «¡Señor, sálvame!» grita. Día llegará también en que la borrasca de la persecución conmoverá el valor de Pedro, el cual debe aprender por experiencia que en el gobierno de la Iglesia, el hombre no es nada y Dios lo es todo. Jesús en las olas del lago de Genesareth, y Jesús en el tribunal del Gran Sacerdote, será por un momento abandonado. Pero también ¡qué formidables circunstancias! Pedro vacilando, es levantado por mano de Jesús en las aguas del lago, como será levantado en el pretorio por una mirada de Jesús. Después de estas dos caídas que han llegado a ser la roca de nuestra fe, dice San Agustín, no vacilará ya más Pedro, sino que se lanzará al través de las olas y de las borrascas del océano humano. La barca vacilará siempre; no cesará de soplar el viento; a veces se apoderarán del piloto y lo arrojarán en el mar; pero Jesús le levantará siempre, y Pedro conducirá siempre el esquife de la Iglesia inmortal a las riberas de la eternidad.

12. «Habiendo sabido los habitantes de Genesareth, continúa el Evangelio, que acababa de desembarcar Jesús en su territorio, empezaron a llevar los enfermos en camillas, poniéndolas a sus pies. Y donde quiera que entraba, en los lugares, en las granjas o en las ciudades, exponían los enfermos en las calles, y le suplicaban que a lo menos les dejase tocar la orla de su vestidura, y todos los que la tocaban quedaban sanos [730]. Entre tanto la muchedumbre, alimentada con el pan milagroso, había pasado la noche al pie de la montaña. Al día siguiente, no viendo ya la única barca que estaba sujeta en la ribera, y sabiendo que Jesús había dejado partir a los discípulos sin acompañarles, se puso a buscarle. Y no habiéndole hallado, cruzó la muchedumbre el lago en las barcas de los pescadores de Tiberiades, y fue a Cafarnaúm a buscar a Jesús. Y habiéndole hallado, le dijo: Maestro, ¿cuándo viniste aquí? Respondioles Jesús, y dijo: En verdad, en verdad, os digo: Vosotros me buscáis, no porque visteis los milagros, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para obtener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el Hijo del hombre, pues en éste imprimió su sello (o imagen) el Padre que es Dios. -Entonces le preguntaron: ¿Qué hemos de hacer [408] para ejercitarnos en obras del agrado de Dios? Respondió Jesús; la obra agradable a Dios consiste en que creáis en aquel que él os ha enviado. Pero, respondieron ellos: ¿pues qué milagro haces tú para que veamos y creamos? ¿Qué cosas extraordinarias haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según las palabras de la Escritura: «Moisés les dio a comer el pan del cielo». En verdad, en verdad os digo, respondió Jesús, no fue Moisés quien dio el pan del cielo; mi Padre es quien os da en este momento el verdadero pan celestial. Porque el pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo. -Señor, exclamaron ellos, danos siempre este pan maravilloso. -Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; quien quiera que viene a mí, no tendrá ya hambre, y el que cree en mí, no tendrá sed jamás. Pero ya os he dicho que vosotros me habéis visto obrar milagros y no creéis aún en mí. Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y al que viniere a mí, no le echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.

---

[730] Marc., VI, 54 ad ultim.

Y la voluntad del Padre que me envió es que yo no pierda ninguno de los que me dio, sino que los resucite en el último día. Por tanto la voluntad de mi Padre que me envió es, que todo aquel que ve o conoce al Hijo y cree en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. -Los Judíos entonces comenzaron a murmurar de él porque había dicho: yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Y decían: Por ventura, ¿no es este Jesús, hijo de Josef, cuyo padre y madre conocemos? Pues ¿cómo dice él que ha bajado del cielo? -Respondioles Jesús: no murmuréis entre vosotros. Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae (con su gracia), y yo le resucitaré en el último día. Escrito está en los Profetas: «Todos serán enseñados de Dios». Y en efecto, todos aquellos que han oído al Padre y aprendido su doctrina, vienen a mí. No porque alguno haya visto al Padre, sino sólo aquel que ha nacido de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo; el que cree en mí, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan bajado del cielo para que el que come de él no muera. Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré por la vida (o salvación del mundo) es mi carne. -Entonces los Judíos dejaron estallar su indignación, diciendo entre sí. ¿Cómo [409] puede darnos a comer su propia carne? -Respondioles Jesús: En verdad, en verdad os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así el que me come, también él vivirá por mí y de mi propia vida. Éste es el pan que bajó del cielo: no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. El que come este pan, vivirá eternamente. -Jesús dijo estas cosas enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm. Y muchos de sus discípulos, oyéndolas, dijeron: Dura es esta doctrina, ¿y quién es el que puede admitirla? Y Jesús, conociendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de sus palabras, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué será si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es el que vivifica: la carne (o el sentido carnal) de nada sirve para entender este misterio. Las palabras que os he hablado son espíritu y vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque en efecto, sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Así, pues, añadió: Por eso os dije que ninguno puede venir a mí, si mi Padre no se lo concediere. -Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle, y ya no andaban con él. Entonces dijo Jesús a los doce: ¿Queréis también vosotros retiraros? -Señor, respondió Simón Pedro, ¿a quién hemos de ir? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, Hijo de Dios. -Díjoles Jesús: ¿Por ventura, no soy yo quien os escogí a todos doce? Y no obstante, uno de vosotros es un hijo de Satanás. -Y hablaba así de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste le había de entregar, aunque era uno de los doce [731]».

13. La multiplicación de los panes en la montaña, este prodigio que hubiese arrastrado la fe de cualquier otro pueblo, no es suficiente para los Judíos, quienes lo juzgan inferior al de Moisés; porque, en fin, Jesús no ha multiplicado más que los

---

[731] Matth., XIV, 32 ad ultim.; Marc., VI, 53 ad ultim.; Juan, VI, 22-72.

panes de cebada y la carne de algunos peces para una sola comida y para una muchedumbre [410] limitada. Mas al contrario, Moisés había hecho descender el maná del cielo durante cuarenta años, alimentando así millones de hombres. Para hacer esta objeción y para manifestar semejante exigencia, era preciso ser Hebreo. Jamás un Esparciata o un Romano hubiera hablado así. Pero los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob estaban familiarizados con el milagro. Elías había multiplicado el aceite en vino en los vasos de la viuda de Sarepta. Este prodigio no superaba al de Moisés, y cuando se anuncia Nuestro Señor como el Mesías predicho por Moisés, se le piden milagros más prodigiosos que los de Moisés, de Elías y los demás profetas. La actitud del pueblo es tal como se podía esperar de su pasado histórico. Bajo este respecto, el Antiguo y el Nuevo Testamento se prestan uno a otro un testimonio solemne de autenticidad. Es, pues, preciso que alimente el divino Maestro con un pan milagroso, no ya una muchedumbre hambrienta en el desierto de Bethsaida, sino generaciones enteras. Es preciso que este pan baje del cielo y no sea la reproducción de un alimento terrestre. Es preciso, en fin, que no sea el prodigio un fenómeno aislado y transitorio; sino que tenga, como el maná de Moisés, los dos caracteres de la universalidad y de la duración. Pero el Salvador va más allá que las exigencias de la raza judía, y la maravilla permanente cuya institución anuncia, va a espantar a la misma incredulidad. El cuerpo y la sangre de Jesucristo serán por siempre el pan y la vida de la inmortalidad. Aquí no hay figura ni símbolo, ni metáfora. «Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. El que me coma a mí, vivirá también por mí». Es imposible equivocarse sobre la realidad positiva de esta palabra. Los Judíos se indignan al oírla. «¿Cómo, dicen ellos, puede éste darnos a comer su carne?» Esta palabra subleva a gran número de discípulos hasta entonces fieles, y abandonan a su maestro, exclamando: «¡Semejante lenguaje es intolerable!» Y sin embargo, ¿qué era este lenguaje del Salvador, sino el dogma de la transubstanciación eucarística, milagro permanente del pan de vida bajado del cielo, que se ha multiplicado sin límite y sin medida para alimentar generaciones de almas? Actualmente se verifica, como en Bethsaida, la multiplicación de los panes, del uno al otro polo. En nada varían el lenguaje de Nuestro Señor la incredulidad judía y la deserción de los discípulos espantados; en nada templa su fórmula para [411] calmar la indignación de sus oyentes. Supóngase un instante que hubiera sido éste el pensamiento del divino Maestro: os daré a comer un pan común u ordinario que será la figura de mi cuerpo; os daré a beber un vino semejante a aquel del que usáis todos los días, y que será la figura de mi sangre. Esta hipótesis es la del protestantismo. ¿Quién, pues, hubiera impedido al Salvador acallar súbitamente toda clase de murmullos, y retener a su lado la multitud de discípulos incrédulos? Una sola palabra explicatoria que hubieran pronunciado sus labios, hubiese hecho cesar la agitación que produjo un discurso interpretado desde un principio en un sentido absoluto. Pero Jesucristo redobla sus afirmaciones a medida que se aumenta el tumulto, y repite invariablemente: «Os daré a comer mi carne y a beber mi sangre. Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y si no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. ¿Os escandaliza este lenguaje? Esperad el día en que habéis de ver al Hijo del hombre volver a subir al cielo, de donde ha descendido. El Espíritu lo vivifica todo y los sentidos no tienen nada que ver aquí con esto» ¡Oh Jesús de la Eucaristía, pan vivo bajado del cielo, millares de adoradores vuestros han reemplazado y reemplazarán hasta el fin de los tiempos a los discípulos incrédulos que os abandonaron en Cafarnaúm! Si hay aún

Judíos carnales, para cuyos oídos es duro este lenguaje, la Iglesia Católica os repite diariamente al pie de vuestros tabernáculos la protesta de San Pedro: «Señor, nosotros no huiremos, porque tú tienes palabras de vida eterna».

§ III. Los Fariseos

14. Habíase verificado en Jerusalén la solemnidad de la Pascua, sin que hubiera ido a la Ciudad Santa el divino Maestro. «Recorría la Galilea, dice el Evangelista, y no quiso penetrar en Judea, donde le buscaban para matarle [732]». Volviendo, pues, los Escribas y Fariseos de Jerusalén, se juntaron a la muchedumbre que le seguía. Y viendo que algunos de sus discípulos rompían el pan para la comida, sin haber practicado la ablución legal de las manos, les vituperaron. Porque los Fariseos y todo el pueblo judío no comen jamás sin lavarse a menudo las manos. Y si han estado en la plaza, [412] no se ponen a comer sin lavarse primero, y observan muy particularmente otras muchas ceremonias que han recibido por tradición como las purificaciones o lavatorios de los vasos, de las jarras, de los utensilios de metal y de los lechos. Los Fariseos, pues, y los Escribas le preguntaron con este motivo, diciendo: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antiguos, sino que comen sin lavarse las manos antes de romper el pan, a la manera que los gentiles? -Jesús les respondió: ¿Y por qué vosotros, quebrantáis el mandamiento de Dios a pretexto de seguir vuestra tradición? Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre. Y también añadió: El que maldijere al padre o a la madre, sea condenado a muerte. Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre o a la madre reducidos a indigencia: hubiera podido socorreros, pero declaró, *Corban,* que he consagrado a Dios todos los recursos de que hubiera podido disponer en favor vuestro, este hombre está dispensado de socorrer la vejez de su padre y de su madre. Así es como quebrantáis el mandamiento de Dios, burlándoos de su palabra con una tradición que vosotros mismos habéis inventado. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Y en vano me dan culto enseñando doctrinas y observancias frívolas inventadas a su gusto [733]. En efecto, de esta suerte abandonáis el mandamiento de Dios por tradiciones humanas y purificaciones de jarros y de vasos y otras prácticas semejantes a estas. He aquí cómo a pretexto de vuestras tradiciones destruís el precepto de Dios. -Después, dirigiéndose al pueblo, le dijo: Escuchadme todos y entendedlo bien. No es lo que entra en la boca del hombre lo que le hace sin mancha o puro, sino lo que sale de su boca es lo que deja mácula en el hombre. Si alguno tiene oídos para oír,

[732] Juan, VII, 1.

[733] Isa., XXIX, 13.

entiéndalo. -En aquel momento se acercaron a él los discípulos, y le dijeron: ¿Sabes que los Fariseos se han escandalizado de tus palabras? Pero respondiendo Jesús, dijo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejad a esos hombres; son ciegos y guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el abismo. -Después que se hubo retirado de la gente, y entrado en la casa, desearon sus discípulos saber el sentido de esta parábola, y le dijo Pedro: Señor, [413] interprétanos la palabra que has pronunciado. -Y él les dijo: ¿Qué? ¿También vosotros tenéis tan poca inteligencia? ¿No comprendéis que los alimentos que introduce el hombre en su boca y que circulan por su cuerpo, no pueden manchar su alma? Lo que hace al hombre impuro son las palabras culpables que salen de un corazón corrompido. Del interior del corazón, en efecto, es de donde proceden los malos pensamientos, los designios adúlteros, los actos ignominiosos, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las malicias, los fraudes, las torpezas, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la sinrazón. Todos estos vicios proceden del interior. Y ésos son los que manchan al hombre. Mas el comer sin lavarse las manos, eso no mancha al hombre [734]».

15. Para formarse una idea exacta de las ridículas observancias del Fariseísmo y de sus increíbles pretensiones doctrinales, es preciso buscar sus huellas en el Talmud, donde se fijaron después. El uso de las abluciones, tan común entre los orientales, se funda en las necesidades del clima. La legislación de Moisés lo había consagrado regulándolo en los límites propios para custodiar los intereses higiénicos del pueblo hebreo, sin recargarle de obligaciones excesivas [735]. La ley de las abluciones se hallaba restringida a casos de impureza material, especificados por el divino Legislador, tales como el contacto de cadáveres de animales inmundos. En un país y en un clima en que causaba la lepra tan terribles estragos, constituían estas precauciones una necesidad social de primer orden. Pero la reserva de Moisés había desaparecido para dar lugar a la invasión de los ritos supersticiosos del Fariseísmo. Ningún Israelita podía comer un pedazo de pan, si no se había lavado antes las manos, levantándolas a la altura de la cabeza; y aun los más celosos afectaban durante la comida lavarse la punta de los dedos. Finalmente, cuando acababan de comer, practicaban la última ablución, teniendo las manos bajas y observando cuidadosamente que no llegase jamás el agua más arriba de las muñecas. No era permitido sumergir enteramente el brazo en el agua, sino para la comida de los sacrificios; ritos supersticiosos cuya inviolabilidad conservaban los Fariseos, aun cuando fuera preciso, ir a buscar el agua a distancia de cuatro millas. El judío que los infringía, era declarado tan criminal como [414] un homicida, y por el contrario, el que los observaba estrictamente, estaba seguro de la salvación eterna y de tener un sitio en el banquete del reino de los cielos. El Talmud registra veinte y seis prescripciones relativas a la manera de practicar cada mañana la ablución manual [736]. Compréndese, pues, el escándalo de los Fariseos y de los Escribas, cuando rompiendo el divino Maestro el haz de sus absurdas tradiciones, les vuelve a llamar al verdadero espíritu de la ley mosaica, y proclama el gran principio de la pureza del corazón. La escuela rabínica de Hillel y de Schammai que había ajustado

---

[734] Matth., XV, 1-20; marc., VII, 2-23.

[735] Véase el Levit., XI, 31 y siguientes; Cf., Cornelius a Lapide, Comment. in hunc locum.

[736] Talmud, tratado Schilchan-Aruc.

recientemente estas observancias al precepto positivo de la ley, pretendía darles un valor doctrinal superior al del texto de Moisés. «Las palabras de los sabios en la Escritura, dice el Talmud, prevalecieron sobre las de la ley y de los profetas. El que estudia con la Mischna merece recompensa; pero el que se entrega al estudio de la Gemara hace la acción más meritoria [737]». La aplicación de este principio había sancionado el odioso abuso que reprobó Nuestro Señor con tanta severidad. La lengua hebrea llamaba: Corban, todo lo que se consagraba al Señor. Hállase esta expresión en los libros de Moisés para designar las ovejas, las cabras, las terneras de los holocaustos y de los sacrificios expiatorios o pacíficos [738]. Por extensión, se dio en lo sucesivo este nombre al *Gazophilatium,* especie de tronco o cepillo dispuesto en el atrio del Templo para recibir las ofrendas del pueblo [739]. La palabra *Corban* había llegado a ser sacramental en el lenguaje común, para significar todo lo que de hecho o intencionalmente era dedicado al Señor, de suerte que bastaba pronunciar esta palabra: *Corban,* para atajar toda revindicación aun legítima sobre cualquier objeto, el cual se hallaba investido por esto mismo de la inviolabilidad de una cosa sagrada, perteneciente al Templo, y cubierta por la majestad de Jehovah. Tal era el subterfugio que se empleaba por los hijos ingratos para sustraerse a las obligaciones de la piedad filial. *¡Corban!* decían al anciano que tendía la mano, para comer en la mesa de un hijo desnaturalizado. Y los Escribas y los Fariseos enseñaban que no solamente era legítima esta acción, sino que el hijo no podía ya, sin hacerse culpable de sacrilegio, desdecirse de la fórmula sacramental. He aquí verdaderamente la doctrina más monstruosa, que pudieron hacer que aceptase a un pueblo, espíritus [415] ambiciosos y soberbios en nombre de una ley divina. Pero además, cotéjese con estos pormenores exclusivamente locales y en cualquiera otra parte ininteligibles, la teoría que supone haberse compuesto el Evangelio en Roma o en Antioquía, de un trabajo popular, verificado de lejos, en un centro donde se desconocían los usos judíos, y se verá brillar como un rayo luminoso la autenticidad del libro divino.

16. El escándalo de los doctores judíos llegaba a su colmo; pues buscaban todas las ocasiones de sublevar al pueblo contra Jesús, en nombre de sus costumbres y de sus tradiciones ultrajadas. «Un Fariseo, continúa el Evangelio, convidó al Señor a comer con él, y habiendo entrado Jesús en su casa, se puso a la mesa. Y el Fariseo discurriendo consigo mismo, decía: ¿Por qué no se habrá lavado antes de comer? Y el Señor, le dijo: Vosotros los Fariseos, limpiáis el exterior de la copa y del plato, mas el interior de vuestro corazón está lleno de rapiñas y de maldad. ¡Necios! ¿por ventura, el que creó la naturaleza exterior, no [416] creó asimismo el corazón? Ciegos, limpiad por dentro la copa y el plato, si queréis que lo de afuera sea limpio. Sobre todo haced limosna, y todo estará purificado en vosotros. Pero ¡ay de vosotros, Fariseos y Doctores que lleváis al Templo el diezmo de la yerba buena, y del comino y del eneldo y de la ruda y de las menores legumbres de vuestras huertas, mientras que despreciáis los preceptos más graves de la ley, la justicia y la misericordia, la fe y la caridad divina! Éstas son las cosas que debíais practicar sin omitir aquéllas. Guías ciegos que coláis un mosquito y

---

[737] Talmud, tratado Bava Metzia; Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. III, pág. 40-41.

[738] Levit. I, II, III.

[739] Matth., XXVII, 6.

tragáis un camello. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, que amáis tener los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados en público! ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que devoráis la herencia de las viudas, prolongando vuestras falaces oraciones! Por este crimen, sufriréis vuestro juicio y sentencia. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, porque recorréis la tierra y los mares para ganar un prosélito a vuestra fe, y cuando lo habéis encontrado, hacéis de él un hijo del infierno, dos veces más malo que vosotros. ¡Ay de vosotros ciegos, que decís: Jurar por el Templo no obliga a nada; pero el que jura por el oro del Templo, queda obligado a cumplir su juramento! ¡Insensatos! ¿Qué es, pues, más sagrado, el oro o el Templo que santifica el oro? También decís: Jurar por el altar, no obliga a nada, pero quien jure por la víctima puesta en el altar deberá cumplir su juramento. ¡Ciegos! ¿Qué es, pues, más sagrado, la oblación o el altar que la santifica? El que jura por el altar, jura igualmente por todo lo que se pone en el altar. El que jura por el Templo, jura por el Dios Omnipotente que lo habita. Finalmente, el que jura por el cielo, jura por el trono del Señor, y por el Señor mismo, cuya majestad reposa allí. ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros que están encubiertos y son desconocidos de los hombres que pasan por encima de ellos, y que comunican su suciedad al viajero sin saberlo! ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que os semejáis a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro contienen en realidad la corrupción y los despojos de la muerte. Así es también como vosotros en el exterior os mostráis, a la verdad, justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. -Entonces uno de los doctores de la ley, le dijo: Maestro, hablando de esta suerte, también nos afrentas a nosotros. -Y Jesús le respondió: ¡Ay de vosotros también, maestros de la ley, que imponéis a los hombres cargas que no pueden soportar, y vosotros ni con un dedo las tocáis! ¡Ay de vosotros, que fabricáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, después que vuestros mismos padres los mataron! Decís, sin embargo: Si nosotros hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices en la muerte de los profetas. Pero esto son hipócritas protestas, pues ciertamente testificáis que aprobáis lo que vuestros padres hicieron, porque ellos los mataron, y vosotros les edificáis sepulcros y colmáis la medida de las impiedades paternas. ¡Serpientes! raza de víboras; ¿será posible que evitéis el ser condenados al fuego del infierno? La sabiduría de Dios ha celebrado ya vuestro juicio. «Yo os he enviado, dice la Escritura, profetas, apóstoles, sabios y doctores, y de ellos degollaréis a unos, crucificaréis a otros, a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y vuestro odio le perseguirá de ciudades en ciudades» para que recaiga sobre vosotros cada gota de la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra y que os pida cuenta de ella la justicia divina, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachias, a quien matasteis entre el Templo y el altar. En verdad, os digo, que todas estas cosas vendrán a caer sobre la generación presente. [417] ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habéis reservado la llave de la ciencia (de la salud) que cerráis a vuestros hermanos la puerta de los cielos! ¡Vosotros mismos no habéis entrado, y aun a los que iban a entrar, se lo habéis impedido! Después de estos terribles discursos, los Escribas y Fariseos redoblaron las persecuciones y trataban de

ahogar la voz de Jesús, armándole asechanzas y maquinando sublevar la muchedumbre contra su doctrina [740]».

17. En el momento en que el divino Maestro confundía así, bajo el peso de los anatemas, el orgullo y la ambición de estos sectarios, acababa de entregarles un escándalo público al desprecio del mundo entero. El historiador Josefo nos dice que un judío de Roma, auxiliado por algunos doctores Fariseos, convirtió al mosaísmo a una noble señora, llamada Fulvia, y la persuadió que legase al Templo de Jerusalén toda su fortuna, que representaba un valor enorme. El legado fue recogido por los hipócritas doctores; pero no entregaron un óbolo al Templo, y se repartieron en su totalidad los despojos arrancados por su avaricia a la buena fe de una extranjera. El hecho produjo una impresión inmensa: Tiberio dio un decreto que expulsaba a todos los Judíos del recinto de Roma [741]. Tal era este avariento proselitismo a que alude Nuestro Señor. Sin duda los Fariseos, para persuadir a su víctima, habían jurado por el Templo de Jerusalén a la matrona Fulvia, ejecutar religiosamente su última voluntad. Pero en el estilo farisaico, no obligaba a nada jurar por el Templo. Tampoco tenían valor los juramentos por el altar y por el cielo mismo. Los discípulos de Hillel, armados con las distinciones de su maestro, iban, pues, recorriendo los continentes y los mares, para buscar, no tanto prosélitos, como tesoros, y entregar a la maldición de los gentiles el nombre sagrado de Jehovah. El farisaísmo, anatematizado por el Salvador, no tiene en el día las formas altivas y dominadoras de que se había revestido en Judea; pero se atrinchera en las argucias de los sofistas. ¡Cuántas veces no habéis oído al racionalismo moderno desnaturalizar las palabras que el divino Maestro empleaba para abatir la hipocresía de los doctores de la Ley! ¿Para qué dicen los Escribas actuales, imponernos ayunos, cuando ha declarado Jesús que no puede manchar al hombre el alimento que toma el hombre? Miserable equivocación, que notamos aquí, [418] porque es popular. Sí, no hay duda alguna que el alimento es intrínsecamente una cosa muy indiferente. Pero el fundamento de la santificación consiste en seguir a Jesús y llevar su cruz. Jesús ayunó y previno a los Fariseos, que sus discípulos deberían ayunar también. La vida de Nuestro Señor fue una mortificación continua, viéndosele caer en desmayo, a consecuencia de sus prolongados ayunos. El convite milagroso que sirve a la muchedumbre en la montaña, consiste en pan de cebada y en pez salado. Pero Jesucristo es el modelo de todos los cristianos; es el camino fuera del cual no podemos llegar al reino de los cielos. La Iglesia, pues, esposa de Jesucristo y madre de los cristianos, ha debido prescribir mortificaciones corporales y abstinencias obligatorias. Rehusar seguirla en un camino, todos cuyos rigores ha mitigado su ternura maternal, hasta el punto de hacer que se ruborice nuestra debilidad, es rebelarse contra la autoridad del mismo Jesucristo, es negarse a caminar algunos días por el camino real de la cruz, donde pasó el divino Maestro los treinta y tres años de su vida mortal. He aquí lo que mancha las almas y lo que renueva el orgullo farisaico de los doctores de Judea.

18. «Los Fariseos y los Saduceos reunidos, volvieron a tentar a Jesús, continúa el Evangelio, y le pidieron con instancia que les manifestase un prodigio en

---

[740] Luc., XI, 37-54; Matth., XXIII, 25-37.

[741] Joseph., Antiq. jud., lib. XVIII, capítulo III.

el cielo. Pero respondiéndoles él, les dijo: Cuando va llegando la noche, decís a veces: Mañana hará buen tiempo, porque está el cielo arrebolado. Y a la mañana, miráis al Oriente, y decís: Hoy habrá tempestad, porque el cielo está cubierto. Cuando veis una nube que se levanta al ocaso, al instante decís: tendremos lluvia y se realiza el pronóstico; y cuando veis que sopla el viento de Mediodía, decís: Tendremos calor, y así sucede. Hipócritas, si sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra, ¿cómo no conocéis este tiempo del Mesías, o cómo, por lo que pasa en vosotros mismos no discernís lo que es justo que hagáis ahora? En aquel momento lanzó un profundo suspiro, y añadió: ¿Por qué pedirá esta raza de hombres un prodigio? En verdad, os digo, que a esta gente no se le dará otro milagro que el de Jonás. -Habiendo hablado así, dejó a los Fariseos, y se alejó [742]». A pesar de todas las excitaciones de esta pérfida secta, seguía siempre la muchedumbre los pasos del Salvador. [419] Era la época en que volvían los peregrinos de Jerusalén, después de la solemnidad pascual; y se juntó nuevamente la multitud a oírle: «Jesús dijo a sus discípulos: Tengo compasión de esta gente, porque ya hace tres días que perseveran en mi compañía, y no tienen qué comer, y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino, porque algunos han venido de lejos. -Y los discípulos le dijeron: ¿Cómo podremos hallar en este lugar desierto bastantes panes para saciar a tanta gente? ¿Cuántos panes tenéis? preguntó Jesús. -Y ellos respondieron: Siete y algunos pececillos. Y él mandó a la gente que se sentase en tierra. -Y tomando los siete panes y los peces, los bendijo, dando gracias a Dios y los distribuyó a sus discípulos, que los dieron al pueblo. Y todos comieron y quedaron satisfechos; y de los pedazos que quedaron, llenaron siete canastas. Los que habían comido eran cuatro mil hombres sin contar los niños y las mujeres. E inmediatamente, subiendo Jesús a una barca con sus discípulos, fue al país de Dalmanutha, que recorrió, así como los confines de Magdala [743]. Un día que se habían olvidado sus discípulos de llevar la provisión de pan para la jornada, les dijo Jesús: Estad alerta y guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de la levadura de Herodes. Mas discurriendo entre sí, se decían uno a otro los discípulos admirados. Esto lo dice, porque no hemos traído pan. -Y conociendo Jesús sus pensamientos, replicó: ¿En que pensáis, hombres de poca fe? ¿Os inquietáis porque no habéis traído pan? ¿Todavía estáis sin conocimiento ni inteligencia? ¿Aún está oscurecido vuestro corazón? ¿Tendréis siempre los oídos sin oír [744] y los ojos sin percibir? ¿Ni os acordáis ya de cuando repartí cinco panes de cebada entre cinco mil hombres? ¿Cuántos cestos llenos de las sobras recogisteis entonces? -Dijéronle: Doce. -Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil personas, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis? -Dijéronle: Siete cestos. -¿Comprendéis, pues, que no he querido hablaros del pan material, al deciros: Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes? Entonces comprendieron los discípulos que por la levadura entendía el Señor la doctrina de los Fariseos y de los Saduceos [745]». [420]

---

[742] Matth., XVI, 1-4; Marc. VIII, 11, 12; Luc., XII, 54, 57.

[743] Matth., XV, 32, 39; Marc., VIII, 1-10.

[744] [«oídos sin ver» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[745] Matth., XVI, 5-12, Marc., VIII, 13-21.

§ IV. Excursión a Fenicia

19. El odio de estos orgullosos sectarios acababa de encontrar un apoyo en el tetrarca Herodes Antipas. «Al saber este príncipe los milagros verificados por Jesús, dijo a sus servidores: Éste es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos y que obra todos estos milagros [746]. -Y otros decían: Es Elías; y otros: Es un nuevo profeta o alguno de los antiguos profetas que ha resucitado. -Pero el Tetrarca continuaba diciendo: Juan, a quien yo mandé cortar la cabeza, ha resucitado de entre los muertos [747]. -Y deseaba ver a Jesús [748]». Una circunstancia que nos refiere Josefo, aumentaba el terror del matador. Acababa de experimentar una sangrienta derrota, en las fronteras meridionales de la Perea, en un choque con un jefe árabe, Aretas. Habíase dado la batalla bajos los muros de Maqueronta, al pie de la fortaleza en que fue sacrificado el Precursor a la venganza de una bailarina. Herodes, vendido por algunos tránsfugas, súbditos de Filipo, su hermano, había visto la derrota de todo el ejército. Este desastre se consideró por los Hebreos, dice Josefo, como el castigo del crimen cometido en la persona del hombre de Dios. Compréndese, pues, la ansiedad del tetrarca, a medida que le llevaba la fama la noticia de los prodigios obrados por el Salvador. A los remordimientos de una conciencia culpable, a la humillación del rey vencido, se agregaba el temor de una sublevación popular. Sin embargo, Herodes podía interrogar en su propia corte a los discípulos del Salvador, que le hubiesen tranquilizado sobre este punto. De este número eran Chusa, intendente del palacio, gobernador de Cafarnaúm; Juana, su mujer, y Manahem, compañero de infancia y amigo del tetrarca; pero tal vez, como acontece a los tiranos recelosos y débiles, desconfiaba Herodes tanto más de sus servidores más fieles, cuanto que los consideraba más capaces de decir la verdad. Como quiera que sea, su deseo de ver a Jesús no procedía ciertamente de un sentimiento simpático. «Algunos Fariseos, menos hostiles que los demás, fueron a decir al Señor: Aléjate y sal de aquí, porque Herodes quiere matarte. -Jesús les respondió: Id y decid de mi parte a aquella raposa: [421] Sabe que aún tengo que lanzar demonios y sanar enfermos el día de hoy y mañana; mas al tercer día me darán muerte. No obstante, conviene que yo camine hoy y mañana y pasado mañana, hasta llegar a la ciudad, porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalén [749]». Necesitábanse tres días, dice el doctor Sepp, para ir de Galilea a Jerusalén. Nuestro Señor toma este término de comparación para designar el

---

[746] Matth., XIV, 1, 2.

[747] Marc., VI, 15, 16.

[748] Luc., IX, 9.

[749] Luc., XIII, 31-33.

tiempo que debía durar su vida pública, hasta que muriese por la redención del mundo. Aquí se toman sus días por años, y por consiguiente, circunscribe el tiempo de su misión evangélica a un intervalo de tres años y medio. Igualmente determina la época y el lugar de su Pasión, que debía verificarse después de su tercer viaje a Jerusalén, por la festividad Pascual [750]. Tales eran las circunstancias en que decía el divino Maestro a sus discípulos: «Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes». Si se extrañase la poco inteligente interpretación que se dio en un principio a sus palabras, no debe olvidarse en manera alguna, que nos ha sido trasmitida por los mismos discípulos. La personalidad de los Evangelistas se eclipsa ante la verdad, con una abnegación tan sobrehumana, que este solo hecho constituiría, para todo espíritu imparcial, la más solemne garantía de autenticidad.

20. La solemnidad Pascual en Jerusalén, había dado ocasión a turbulencias extraordinarias y a sangrientos tumultos. «A su regreso, refirieron a Jesús algunos peregrinos lo que había sucedido a unos Galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con la de las víctimas inmoladas en el altar de los sacrificios. Y él les respondió: ¿Pensáis que estos Galileos fuesen entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores porque fueron tratados de esta suerte? Os aseguro que no; pero vosotros mismos, si no hacéis penitencia, todos pereceréis del mismo modo. ¿Pensáis también que aquellos diez y ocho desgraciados sobre los cuales cayó la torre de Siloé y a quienes mató, fuesen los más culpables de todos los moradores de Jerusalén? Os aseguro que no. Mas si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente. -En seguida les propuso esta parábola. Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y vino a buscar fruto en ella y no le halló: y dijo al viñador: Ya ves que [422] hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no le hallo nunca: córtala, pues: ¿para qué ha de ocupar terreno en balde? -Señor, respondió el viñador: déjala todavía este año, y cavaré al rededor de ella, y le echaré estiércol: tal vez así dé fruto, y si no, la harás cortar [751]».

Los acontecimientos a que alude aquí el Evangelio se nos han trasmitido por la historia. «Pilatos, después del incidente de las efigies de Tiberio, que quiso introducir en Jerusalén, dice Josefo, manifestó la pretensión de tomar del tesoro del Templo, las cantidades necesarias para construir un acueducto de doscientos estadios, que proveyera a las necesidades de la Ciudad Santa. El pueblo se rebeló a la idea de este despojo. Formáronse grupos sediciosos, en número de muchos millares de hombres, y cercaron el palacio del gobernador, dando voces mezcladas de ultrajes contra la misma persona de Pilatos. Éste hizo disfrazar cierto número de soldados que ocultaron sus armas bajo sus vestidos y rodearon silenciosamente al pueblo. En el momento en que eran más furiosos los gritos, dio Pilatos la señal convenida, y se lanzaron aquéllos sobre el pueblo desarmado, matando o hiriendo a muchos y poniendo en fuga a los demás [752]». No por esto, prosiguió menos Pilatos sus proyectos sobre la construcción del acueducto. Así, pues, hizo levantar en la piscina de Siloé arcadas para sostener el acueducto que debía atravesar la ciudad por encima del valle situado entre el monte Moría y las montañas de Sión. Entonces

---

[750] Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 120-121.

[751] Luc., XIII, 1-9.

[752] Joseph., Antiq. jud., libr. XVIII, cap. IV; De Bell. jud., lib. II, cap. VII.

fue cuando aconteció el accidente de que habla el Evangelio, desplomándose uno de los pilares que se estaban construyendo y aplanando bajo sus ruinas a diez y ocho pobres operarios de los arrabales de Jerusalén [753].

21. «Entre tanto, dejó Jesús la Galilea, dice el Evangelio, y se retiró con sus discípulos a los confines de Tiro y de Sidón. Y habiendo entrado en una casa, deseaba permanecer desconocido, pero no pudo substraerse a su fama. Porque una mujer cananea que habitaba en el país, habiendo sabido que se hallaba allí, acudió a él dando voces: Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio. -Jesús no le respondió palabra. -Y llegándose a él sus discípulos, intercedían diciendo: Concédele lo que pide, a fin de que se vaya, porque viene clamando [423] tras nosotros. Pero respondiendo él, dijo: Yo no soy enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. -Sin embargo, la mujer penetró en la casa y se postró a sus pies. Esta mujer de raza siro-fenicia [754], era idólatra. Después de haber adorado a Jesús, le dijo: Señor, dígnate ampararme. Y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio, que la atormentaba. -Jesús le respondió: Deja primero que se sacien los hijos de la casa, porque no es justo tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros. -Así es, respondió la mujer, pero Señor, también los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos. -Jesús le dijo entonces: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase según deseas. Vete en paz. En premio de lo que has dicho, ya salió de tu hija el demonio. -Y en efecto, en aquella misma hora fue curada su hija, habiéndola encontrado la Cananea, al volver a su casa, reposando apaciblemente en su cama, y libre del demonio [755]».

22. La Cananea a los pies del Salvador, es el mundo pagano implorando su libertad y suplicando a Jesús que quebrantara en fin la cadena de Satanás. Todos nosotros, hijos convertidos de las razas idólatras estábamos representados en la pobre casa de Sarepta, a las puertas de Tiro, por la humilde mujer que solicitaba el favor de lamer las migajas que caían del banquete del Padre de familia, a que fue convidado desde luego el judaísmo. «¡Oh mujer, dice el Señor, tu fe es grande!» La mirada del divino Maestro contemplaba en el porvenir esas innumerables generaciones de almas a que debía preceder la extranjera en el camino del reino de los cielos. Así, todas las circunstancias de este episodio se hallan marcadas con una solemnidad característica. La Cananea hace resonar el grito de socorro: «Señor, hijo de David, tened piedad de mí». Jamás hasta entonces había permanecido el corazón de Jesús insensible a la súplica del sufrimiento y de la fe. Habíasele visto enternecerse con el espectáculo de los dolores maternales de la viuda de Naín, y volverle un hijo único, aun antes que hubiese invocado su poderosa [424] misericordia. En las plazas públicas de las ciudades de la Decápolis, bastaba a los

---

[753] Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 155.

[754] La provincia romana de Siria comprendía la Judea, la Fenicia, la Galilea, la Siria propiamente dicha, etc. Habíase modificado la lengua para expresar el nuevo estado de cosas. De aquí las palabras compuestas siro fenicios, siro-judíos, etc. De esta suerte lleva cada palabra del Evangelio un sello particular de autenticidad. El nombre de Cananea, que se da también a esta mujer era esencialmente hebraico. La Fenicia era un distrito del país de Canaán, cuya conquista no habían podido acabar los Israelitas.

[755] Matth. XV, 21-28; Marc., VII, 24-30.

enfermos tocar la orla de su vestidura, para obtener su curación. Aquí, parece sordo el Señor a las súplicas de la mujer idólatra. «No responde una sola palabra». Esto era que deseaba que los Apóstoles, estos segadores destinados a recolectar más adelante innumerables gavillas en las campiñas del paganismo, tuvieran las primicias de esta siega de almas. Espera, pues, a que intercedan en favor de la idólatra fenicia. «Señor, dicen ellos, despáchala, porque nos persigue con sus clamores». Todavía no los atiende Jesús, porque quiere hacerles entender lo que costará la redención del mundo al Hijo del hombre. «La misión del Verbo encarnado es sólo para las ovejas descarriadas de la casa de Israel». Cuando el rebaño rebelado del judaísmo haya herido al divino Pastor, y asumido la responsabilidad de la sangre de un Dios, entonces se abrirán al mundo pagano las puertas de la redención, y se encargarán los Apóstoles de reunir, en el redil de la Iglesia, el inmenso rebaño de las naciones. Los Judíos daban a todos los Gentiles el injurioso sobrenombre de perros. Nuestro Señor, para probar la fe de la Cananea y hacerla resaltar más a los ojos de los Apóstoles, parece conformarse en un principio con esta costumbre nacional. Pero, cuando la extranjera, en su respuesta, modelo de resignación, de humildad y de santa esperanza, ha dado la medida de lo que el paganismo convertido será capaz de hacer un día por el nombre de Jesús, entonces hace el Salvador el elogio de esta heroica fe, y abandona el demonio a su víctima.

§ V. Regreso a la Decápolis

23. Parece que Jesucristo en su excursión fuera del territorio hebreo, quiso solamente consagrar con este prodigio, la grande obra de la conversión de los gentiles. «Salió, pues, dice el Evangelio, de los confines de Tiro, y se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese su mano sobre él para curarle. Y apartándole Jesús de la gente, puso los dedos en los oídos del doliente y le tocó la lengua con saliva. Después alzando los ojos al cielo, arrojó un suspiro, y le dijo: *Ephphtha,* que quiere decir, ¡ábrete! Y en el mismo instante se le abrieron los oídos, y se [425] desató el impedimento de su lengua y habló claramente. Y les mandó Jesús que a nadie lo dijeran. Pero cuanto más se lo mandaba, con mayor empeño lo publicaban, y tanto más se admiraban, diciendo: Siembra milagros a sus pasos: hace oír a los sordos y hablar a los mudos [756]. Jesús fue entonces a sentarse a la vertiente de un monte vecino. Y se llegaron a él muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos dolientes, y los pusieron a sus pies, y los curó; por manera que las gentes se admiraban, viendo hablar a los mudos,

[756] Marc., VII, 31 ad ultim.

andar a los cojos y con vista a los ciegos, y glorificaban al Dios de Israel [757]. -Y fueron después a Betsaida y le trajeron un ciego y le pedían que le tocase. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo. Y el ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo andar a unos hombres, que me parecen como árboles. -Y alzando Jesús sus miradas al cielo, volvió a poner las manos sobre los ojos del ciego, y empezó a ver mejor; y finalmente recobró la vista del todo, de suerte, que veía claramente todos los objetos. Y Jesús le envió a su casa, diciendo: Vuelve a tu morada, y no digas a nadie este suceso [758]».

24. La explosión de los milagros en la montaña, en favor de la muchedumbre que deposita sus enfermos a los pies de Jesús, unida a las circunstancias excepcionales que acompañan la curación del sordomudo de la Decápolis y la del ciego de Bethsaida, forma un contraste que ha fijado la atención de la antigüedad cristiana. ¿Para qué, por una parte, las precauciones y cómo los esfuerzos del Salvador, que lleva al ciego a un sitio apartado, le pone el dedo en los órganos afectados, lo moja la lengua con saliva, eleva las miradas al cielo y lanza un profundo suspiro, mientras que le basta a Jesús para los demás milagros una palabra? ¿Sufría acaso el poder del Verbo encarnado desmayos y a manera de eclipses? Y no obstante, cura una palabra definitivamente al sordomudo. Al punto que el divino Maestro ha pronunciado la palabra hebrea: Ephphtha [759], se abren los oídos del enfermo y se desata su lengua. Pero, dicen los [426] Padres, cuando obra así el Salvador, respecto del sordomudo de la Decápolis, continúa respecto de sus discípulos la instrucción práctica, que principió a las puertas de Tiro. La Cananea era el símbolo de la gentilidad, preparada ya a la gracia del Evangelio por la fe. El sordomudo y el ciego son la figura de la humanidad no regenerada, cuyo oído está cerrado a la palabra de salvación; sus labios a los acentos de la súplica y sus ojos a la revelación divina. Llévaseles a Jesús, pero no se postran, como la mujer idólatra, a adorar al Salvador. No le imploran, ni con la voz, ni con el ademán. Los que los presentan no dicen, con el impulso de una irresistible confianza: «Hijo de David, cúralos». No llega su fe hasta este punto. Piden a Jesús que les imponga las manos, que se esfuerce en curarlos, «si tiene este poder». Tal es, antes de la regeneración espiritual, el estado de los hijos de Adán. Cada día, en todos los puntos del mundo, se lleva a la Iglesia Católica sordomudos y ciegos espirituales, para introducirlos en el reino de los cielos. Fiel a la tradición de su divino Maestro, el ministro de Jesucristo, impone las manos en la cabeza del niño. «Omnipotente y eterno Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, dígnate echar una mirada sobre tu siervo, a quien te has dignado llamar al privilegio de la fe; y expele las tinieblas que

---

[757] Matth., XV, 29-31.

[758] Marc., VIII, 22-26.

[759] No se habrá olvidado la declaración del racionalismo, atestiguando que «Jesús no sabía el hebreo». Pues bien, la palabra ephphetha, ; es el imperativo pasivo niphal del Verbo , que significa abrir. La Iglesia Católica ha consagrado esta palabra, empleándola en la administración del bautismo. No es necesario ser ni aun hebraizante para conocer el origen de esta palabra que saben todos los niños de las escuelas.

ciegan su corazón [760]». -Después humedece el sacerdote el dedo con saliva, y toca los oídos y las narices del niño, diciendo: *Ephphtha,* abríos a la suave fragancia de los perfumes del Evangelio. «Huye, Satanás, porque se acerca el juicio de Dios [761]». Así habla y obra, desde la era evangélica la Iglesia fundada por Jesucristo, reproduciendo sobre los sordomudos y los ciegos espirituales que se presentan al bautismo, los actos simbólicos verificados por Nuestro Señor sobre el sordomudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida. Pueden consignarlo el farisaísmo protestante y el racionalismo saduceo. La tradición Católica desciende del Salvador y vuelve a subir a él por una cadena no interrumpida. La puerta de salvación, [427] cuyas llaves fueron entregadas a Pedro, se abre en el día, después de pasados diez y nueve siglos, exactamente con las mismas condiciones, con la misma fórmula y los mismos ritos que en las orillas del lago de Tiberiades, cuando Nuestro Señor iluminaba los ojos de los ciegos y daba oído a los sordos. Que se haya podido desconocer el signo divino de semejante unidad, que las pasiones y las preocupaciones de secta, que el sistema o partido previo de la incredulidad no hayan apreciado este carácter de inmanencia y de perpetuidad, impresos en la obra redentora, a pesar de las variaciones de la edad, las revoluciones sociales, los giros contrarios de la ciencia, de la filosofía y de la literatura humanas, es verdaderamente uno de los milagros de ceguedad que sólo tiene poder de producir el espíritu del mal, el príncipe de este mundo.

25. «Jesús, dice el Evangelista, partió entonces al país de Cesarea de Filipo [762]. Después de haber orado solo, tomó consigo a sus discípulos, y recorrió las aldeas comarcanas. Y en el camino preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?- Los discípulos respondieron: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías, y aún hay quienes pretenden que eres uno de los antiguos Profetas, que ha resucitado en estos tiempos. -Pero vosotros, replicó Jesús, ¿quién decís que soy? -Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. -Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás (o Juan), porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los Cielos [763]».

---

[760] Omnipotens, sempiterne Deus, Pater Domini nostri Jesu Christi, respicere dignare super hunc famulum tuum N. quem ad rudimenta fidei vocare dignatus est; omnem caecitatem cordis ab eo expelle. (Ritual. roman., de Sacram. Baptism., edit., Mechlin, en 8.º, 1850, página 16.)

[761] Postea sacerdos digito accipiat de saliva oris sui, et tangat aures et nares infantis; tangendo vero aurem dexteram et sinistram, dicat: EPHPHETHA, quod est, Adaperire; deinde tangit nares, dicens: In odorem suavitatis. Tu autem effugare, diabole: appropinquabit enim judicium Dei. (Ritual. rom., ibid., pág. 20.)

[762] La antigua Paneade, situada en las fuentes del Jordán. El tetrarca Filipo la había hecho reconstruir, y la había dado el nombre de Cesarea, en honor del César Tiberio.

[763] Matth., XVI, 13-20; Marc., VIII, 27-30; Luc., IX, 8-21.

26. Bajo la cúpula del Vaticano, en este sitio conocido del mundo entero, hay un augusto monumento que se llama la Confesión de San Pedro. El genio de Miguel Ángel lo ha coronado con una media naranja tan vasta como el panteón de la Augusta Roma. Una inscripción colocada entre la tierra y el cielo, traza las palabras [428] pronunciadas por Jesucristo en el sendero, desierto en el día que atravesaba el territorio de Cesarea de Filipo. El tetrarca de la Iturea ha muerto, sin haber dejado rastro su principado, y hasta su nombre mismo, si no fuera por el Evangelio, estaría sepultado en las catacumbas de la historia. La ciudad nueva que dedicaba a la eternidad del César Tiberio, deja apenas adivinar su solar al celo de los arqueólogos. Los hijos de nuestra Europa van a interrogar la soledad; separan la arena y encuentran difícilmente, sepultados hace siglos, fragmentos lapidarios, testigos de una gloria eclipsada. Ha caído la corona de la frente de los Césares; el nombre de Tiberio, que hacía temblar al mundo, es mancillado por la maldición del mundo. Entro tanto la Confesión de San Pedro, siempre viva, conserva el privilegio de su inmortal juventud. Ha llegado a ser el principio de un reinado que no muere, de un imperio que sobrevive a todos los demás y que nadie podría aniquilar. *Tu est Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* ¡Qué! fundar así con una sola palabra obras eternas; con una palabra, dirigida a un oscuro pescador de Galilea, levantar un edificio que no pueden derribar las pasiones conjuradas, todas las fuerzas del genio, de la ciencia, de los ejércitos y de la política ¿sería un fenómeno vulgar, y que no supera al alcance de un hombre? Es necesaria, pues, tanta perspicacia para descubrir que la duración es un elemento refractario a todos los esfuerzos humanos. Pasan los conquistadores; echan cimientos que dispersa el soplo de la muerte sobre su sepulcro. Pasan los genios; su aparición ilumina la historia como un meteoro; quieren prolongar, en el porvenir, sus gloriosos rayos; llega la muerte, y se olvidan todos sus proyectos. Sin embargo ¿qué no hacen los hombres para asegurar la duración a sus obras? Si se pudiese calcular todo lo que han costado al mundo los sueños de un porvenir ambicioso, desde los Faraones del antiguo Egipto y las dinastías olvidadas de Babilonia hasta nuestros modernos conquistadores, retrocedería espantada la imaginación a vista de tantos esfuerzos gigantescos por una parte, y de tanta impotencia por otra. No pueden conseguir los héroes la duración. El signo divino de la Iglesia es, pues, su inmortalidad, fundada en la confesión de Simón, hijo de Jonás. Y no se diga que es equívoco este signo; que hay otras confesiones rivales y otras pretensiones a la duración. ¿Dónde está Pedro entre los cismáticos del Norte, del Oriente y del [429] Mediodía? ¿Dónde está Pedro en las confesiones del protestantismo? Sin embargo, a él solo se dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas [764] del infierno no prevalecerán contra ella».

27. «Entonces Jesús, dice el Evangelista, comenzó a manifestar a sus discípulos que convenía que fuese a Jerusalén el Hijo del hombre, para que allí padeciese muchos tormentos y fuese condenado por los Ancianos y por los

---

[764] Sería superfluo insistir sobre el carácter esencialmente local de la palabra Puerta. En Oriente, servía en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo para designar el poder, el imperium. Por esta razón se da en nuestros días al gobierno de Constantinopla el nombre de Puerta Otomana. Es, pues, indudable la autenticidad de esta palabra. Jamás hubiera usado un legendario griego o romano, semejante locución. En cuanto a la explicación del racionalismo, se limita a decir que «Jesús sobresalía en extremo en el arte del equívoco». Un equívoco que funda un imperio inmortal admirará a todos los espíritus razonables en despecho de todos los racionalistas.

príncipes de los Sacerdotes y por los Escribas, y que fuese muerto, y que resucitase al tercero día. Y hablaba de esto muy claramente. Pedro entonces, tomándole a parte, principió a decirle. -No quiera Dios que sea así, Señor, eso no sucederá. Pero Jesús vuelto contra él y mirando a sus discípulos, para que atendiesen bien a la corrección, reprendió ásperamente a Pedro, diciendo: Quítate de delante Satanás, que me sirves de escándalo, porque no tienes gusto en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. -Después, dirigiéndose a todos sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque quien quisiere salvar su vida, obrando contra mí, la perderá, mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida? Ello es que quien se avergonzase de mí y de mis doctrinas, en medio de esta nación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él también el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, acompañado de los ángeles santos. Después añadió: En verdad os digo, que algunos de los que están aquí, no morirán hasta que vean la llegada del reino de Dios en su majestad, (o el Hijo del Hombre en su gloria) [765]». [430]

§ VI. La Transfiguración

28. «Cerca de ocho días después, tomó Jesús consigo a Pedro y Santiago, y Juan y los llevó separadamente a un monte muy alto, y se puso a orar; y estando en la oración, se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y viéronse de repente dos personajes que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías, y hablaban de la salida de Jesús del mundo, la cual estaba para verificarse en Jerusalén. Y Pedro dijo entonces a Jesús: Señor; bien estamos aquí. Si gustas, hagamos tres tiendas o pabellones, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Pedro hablaba así, no sabiendo lo que se decía, por estar todos sobrecogidos de pasmo. Y estando todavía hablando, he aquí que una nube resplandeciente vino a cubrirlos con su sombra y redobló su terror, y al mismo instante, resonó desde la nube una voz que decía: Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de escuchar. Y al oír esta voz los discípulos cayeron con el rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Pero acercándose a ellos Jesús, los tocó y les dijo: Levantaos y no temáis. Y habiéndose levantado y mirado a su alrededor, a nadie vieron, sino a solo Jesús. Y cuando bajaron del monte, les dio Jesús esta orden: A ninguno contéis lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Y ellos guardaron, en efecto, silencio, y no dijeron a

---

[765] Matth., XVI, 21-28; Marc., VIII, 31-39; Luc., IX, 22-27.

nadie en aquellos días lo que acababan de ver, reservando para sí solos el secreto de esta maravilla, bien que andaban discurriendo entre sí, qué había querido decir Jesús con estas palabras: hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Sin embargo preguntaron al Señor, y le dijeron: ¿Por qué, pues, dicen los Doctores y los Fariseos de la ley que debe volver Elías antes del advenimiento del Hijo del hombre? -Jesús les respondió: Vendrá, en efecto, antes de mi segunda venida, y restablecerá entonces todas las cosas; y padecerá mucho, y será vilipendiado, como está escrito que ha de suceder al Hijo del hombre. Mas os digo, que Elías ha venido ya en la persona del Bautista; pero no le conocieron y ejercieron con él su crueldad, según se había predicho por los profetas. ¡Así, también harán ellos padecer al Hijo del hombre! [431] Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan Bautista [766]».

29. El Tabor es el punto culminante en que resplandece la divinidad de Jesucristo a los ojos del mundo entero, así como el Calvario será la cumbre donde ha de afirmarse su humildad, con el exceso del padecimiento y de la ignominia. Estas dos montañas son los dos polos de la redención del género humano. Investido Pedro con la primacía suprema de la Iglesia, se rebela a la idea de los tormentos, de la muerte y de la resurrección de su divino Maestro. ¿Puede padecer y morir un Dios? Pedro ha confesado en el ardor de su fe, que Jesús era el Cristo, Hijo de Dios vivo. Luego Cristo no puede morir. Va por fin a fundar ese Imperio que esperan los judíos y que debía volver a levantar, en beneficio de Jerusalén, el cetro de la dominación del universo. Tales eran aún en aquel momento las esperanzas de los mismos discípulos. Entre tanto Jesús les habla de los oprobios y de la dolorosa pasión que debe sufrir en breve en Jerusalén. Desarrolla a sus ojos la serie lamentable de los tormentos que le están reservados. Será condenado por el Sanhedrín, por el tribunal del Gran Sacerdote, por el testimonio de los Escribas. Padecerá el último suplicio; morirá, mas para resucitar al tercer día. No es ya esto eventualidades a que quiera sustraerse: «Es preciso» que él mismo vaya a Jerusalén, e irá allí voluntariamente, para apurar, hasta la última gota, este cáliz de amargura. El jefe de los Apóstoles se alarma a este solo pensamiento, y Jesús le rechaza con indignación, reprendiéndole su celo puramente humano, que no sabe comprender las cosas de Dios: Retírate Satanás, eres para mí motivo de escándalo». Tal era la divina educación de Pedro, a quien elevaba Jesucristo, gradualmente, a esta sublime altura, en que no debían aparecérsele las cosas de la tierra sino al través del espejo de las cosas del cielo. Esta dura palabra la dicta el mismo Pedro a su discípulo San Marcos, en su Evangelio, a fin de que perpetúe de edad en edad, la memoria de su humillación. Pedro tiene cuidado de hacer inscribir todos los errores, todas las debilidades, todas las faltas porque ha de pasar sucesivamente hasta que se cumpla la promesa de infalibilidad que el Salvador le hizo. «Yo he orado para que no decaiga tu fe; así cuando seas realzado, tendrás [432] el privilegio de afirmar en ella a tus hermanos». El Evangelio de San Marcos es el que nos dice, en el relato de la Transfiguración. «Pedro no sabía lo que decía por estar sobrecogido de temor». San Mateo y San Lucas no consignan esta reflexión. Lo mismo tendremos ocasión de notar en la historia de la Pasión. El Evangelio escrito, dictándolo San Pedro, es una confesión continua de las faltas de

---

[766] Luc., IX, 28-36; Matth., XVII, 1-9; Marc., IX, 1-8.

San Pedro, y por un sentimiento de inefable humildad, todo lo que podría realzar la grandeza personal del príncipe de los Apóstoles, se pasa en él en silencio.

30. Al contrario, los demás Evangelistas dan siempre a Pedro la primacía en la fe, en la adhesión, y en el privilegio glorioso con que le invistió su divino Maestro. Así, la marcha gloriosa de San Pedro por las aguas del lago de Tiberiades nos la dice San Mateo, al paso que San Marcos, que no omite ningún pormenor de la aparición de Jesucristo sobre las aguas, no habla de ella. El glorioso elogio de la fe del príncipe de los Apóstoles, y las inmortales palabras que le son dirigidas: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» se halla inscrito por San Mateo y por San Lucas, al paso que San Marcos se detiene precisamente en este punto, y guarda silencio sobre la respuesta de Nuestro Señor. He aquí los caracteres de autenticidad que superarán siempre la influencia de todas las obras humanas; pues al paso que los alardes de amor propio son como la firma de las obras de los historiadores profanos, el Evangelio es un monumento de humildad divina, en el que no se notan las huellas de su autor, sino por su ausencia. No se ha tenido rubor de afirmar en estos últimos tiempos, que San Pedro carecía de grandeza y que era inferior a toda admiración la vulgaridad del pescador galileo. Verdaderamente, sienta bien a un siglo que ha llevado la idolatría de sí mismo al punto en que la vemos, atreverse a tener semejante lenguaje. Pero no se conseguirá borrar del relato evangélico, los ilustres testimonios rendidos al sublime carácter del príncipe de los Apóstoles. Él es a quien designa primero el divino Maestro, con Santiago y Juan, para asistir a la Transfiguración. Él es el único que sabe dominar el terror de semejante espectáculo, al ver la manifestación del Hijo del hombre en su gloria: «Señor, bueno es que permanezcamos aquí. Si gustas, levantemos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Esta exclamación del príncipe de los Apóstoles la ha realizado en el día la [433] Iglesia. La ley judaica, las profecías del Antiguo Testamento, la revelación del Evangelio, son las tres tiendas, bajo las cuales se guarecerán hasta el fin de los siglos, las generaciones cristianas. El Arca del Tabernáculo no ha sobrevivido a los desastres de la invasión babilónica: las tablas de piedra del Decálogo, la vara florida de Aarón, y el vaso lleno de maná del desierto, han desaparecido, después del saqueo del Templo, bajo Nabucodonosor; pero las tres tiendas que quería levantar la mano de Pedro en medio de las naciones, subsisten en el día. Estas tiendas han resistido toda la fuerza de las tempestades; renuévase la superficie del mundo; cada siglo trae con inesperados progresos, situaciones diversas; los tabernáculos de San Pedro bastan a las ambiciones y a las necesidades de todas las épocas; todo envejece a su alrededor; caen los gobiernos, sucédense las formas sociales; las legislaciones humanas, heridas de una caducidad nativa, se desploman unas sobre otras. Pero las generaciones nuevas se transfiguran siempre bajo las tiendas de Pedro, y encuentran en esta divina atmósfera un elemento de juventud y de vida inmortal. La Transfiguración en el Tabor ha llegado a ser un fenómeno de todos los instantes, en el seno de la Iglesia Católica, cuya cabeza es Pedro.

31. ¡Qué importan las negaciones del racionalismo! Ha tratado de reducir el milagro a las proporciones vulgares de un efecto de óptica. En las cimas del Pambamarca, en la América Meridional, fue testigo un viajero español de un fenómeno que quisiera asimilar la ciencia incrédula al prodigio de la Transfiguración de Nuestro Señor. Dejemos la palabra al sabio Antonio de Ulloa que ha consignado,

en su diario de viaje [767], este interesante episodio. «Hallábame, dice, al amanecer, en el *Pambamarca,* con seis de mis compañeros: hallábase todo el cerro de la montaña envuelto en nubes muy densas, las que, con la salida del sol se fueron disipando, y quedaron solamente unos vapores tan tenues, que no los distinguía la vista; al lado opuesto por donde el sol salía en la misma montaña, a cosa de diez toesas distante de donde estábamos, se veía como en un espejo, representada la imagen de cada uno de nosotros, y haciendo centro en su cabeza tres iris concéntricos, cuyos últimos colores o los más exteriores del uno, tocaban a los primeros del [434] siguiente; y exterior a todos algo distante de ellos, se veía un cuarto arco formado de un solo color blanco; todos ellos estaban perpendiculares al horizonte; y así como el sujeto se movía de un lado para otro, el fenómeno le acompañaba enteramente en la misma disposición y orden; pero lo más reparable era, que hallándonos allí cuasi juntas seis o siete personas, cada una veía el fenómeno en sí, y no lo percibía en los otros; la magnitud del diámetro de estos arcos variaba sucesivamente, a proporción que el sol se elevaba sobre el horizonte; al mismo tiempo se desvanecían todos los colores, y haciéndose imperceptible la imagen del cuerpo, al cabo de un buen rato, desaparecía el fenómeno totalmente. Cuando empezaba el fenómeno, parecían los arcos en figura oval, y después se perfeccionaban hasta quedar perfectamente circulares». Tal es la narración de este ilustre viajero. Podría agregarse hechos análogos, que ha observado la ciencia moderna, en las alturas del Brocken, o en las aguas trasparentes de Nápoles y de Sicilia. Pero, en verdad, el racionalismo que cree descubrir en ellos los elementos de una asimilación con el prodigio del Tabor ¿olvida que el Oriente es la patria de la refracción? En las aguas del lago de Genesareth, donde conducían sus barcas Pedro, Santiago y Juan, habían sido veinte veces testigos de este fenómeno natural, que tienen ocasión de consignar aún en el día todas nuestras caravanas. La reproducción a cierta distancia de los objetos en el espejo fulgurante del aire o de las aguas, no pasa nunca por un hecho sobrenatural. Los espectros refractados de esta suerte, no tienen voz; no hablan unos con otros en un lenguaje perceptible. Son lo que es la sombra de una persona en un espejo, siguiendo sus menores movimientos. Supóngase el fenómeno del Pambamarca en él Tabor, los cuatro espectadores, a saber: Jesucristo, Pedro, Santiago y Juan, formarán cuatro imágenes representadas a cierta distancia, y si se apura la comparación, solamente visibles cada una de por sí para cada uno de ellos. Esto no constituye una transfiguración. Los siete colores del arco iris o del espectro, no tienen nada de común con el rostro de Jesús, quien durante su oración, se puso resplandeciente como el sol. Las degradaciones del color encarnado, del de naranja, del amarillo y del verde, en nada se parecen a la blancura de la nieve que resplandeció en los vestidos del Salvador. Finalmente, la voz que salió de la nube diciendo: «Éste es mi Hijo amadísimo, en quien he puesto [435] todas mis complacencias; escuchadle». ¿por qué ilusión de acústica resonó en las cimas de la montaña esta voz distinta de la de los tres interlocutores, y que hace caer sobre su rostro a los Apóstoles espantados?

32. La refracción del racionalismo se halla por otra parte en frente de un hecho más elocuente que todo raciocinio. Pedro, Santiago y Juan, han padecido el martirio

---

[767] Antonio de Ulloa, Relación del viaje a la América Meridional, 1770. Lib. VI, capítulo IX, núm. 1012.

por atestiguar la divinidad de Jesucristo. Nadie muere en una cruz; no se deja nadie decapitar ni sumergir en una caldera de aceite hirviendo, por honrar al físico más hábil. La transfiguración de los pescadores de Galilea en Apóstoles, es tan milagrosa como la transfiguración del mismo Jesucristo, y la transformación del mundo verificada por el Evangelio no pasará jamás por una ilusión de óptica o una refracción de los rayos luminosos en una nube. Aquí también se han grabado los recuerdos evangélicos sobre monumentos que les dan un cuerpo. El texto sagrado no designa, con su nombre, la montaña que fue el teatro de este gran suceso. Sin embargo, la tradición ha suplido este silencio. San Cirilo, obispo de Jerusalén en 350; Eusebio de Cesarea hacia la misma época, saben el sitio exacto del milagro. Así, llaman al Tabor, el *Itabirion* de los Griegos, el *Djebel-Nur* (Montaña de luz) de los Árabes modernos [768]. La emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, hizo construir una basílica en el mismo sitio en que fue transfigurado Jesús. Desde entonces, todos los peregrinos que visitan la Palestina, han ido a postrar su frente en el sitio donde «cayeron sobre su rostro» Pedro, Santiago y Juan. He aquí la descripción que nos suministra uno de ellos. «La cumbre del Tabor es una explanada de media legua de circunferencia, ligeramente inclinada al Oeste, cubierta toda de verdes encinas, de hiedra, de odoríferos bosquecillos, de antiguas ruinas y de recuerdos. En la parte Sudeste de la llanura, marcan el sitio en que apareció Jesús escoltado de Moisés y de Ellas, tres altares resguardados por pequeñas bóvedas. La parte Meridional de la montaña se extiende a lo lejos hacia el Sud, al través de las montañas de Gelboe, sobre las azuladas cadenas de Judá y de Efraím: las alturas más sombrías del Carmelo detienen la vista en el Poniente; en el Norte se extiende la [436] vista sobre la Galilea totalmente surcada por las huellas y los milagros del Salvador, y desciende a la sombra de sus valles para dirigirse en seguida a la cima más alta del Anti-Líbano, el gran Hermon, antiguo asilo de leones y de leopardos, [769]coronada casi siempre de nieves: después vienen los desiertos del Horán, el lago de Tiberiades, el valle del Jordán con su río sagrado, donde se abrieron los cielos, como en el Thabor, para dejar descender las complacencias del Altísimo sobre el Hijo de una Virgen de Nazareth. La inmensa llanura de Esdrelon, donde los guerreros de todas las naciones que respiran debajo del cielo, han plantado sus tiendas en la serie de las edades, se desplega como una brillante alfombra de oro, digna de los esplendores de semejante sitio. Al contemplar esta magnificencia, donde nos sentimos sobrecogidos de un santo entusiasmo, se cree ver aun la nube luminosa, y oír la voz del Eterno. El cristiano que ha visto las maravillas del Thabor cree poder decir con el príncipe de los Apóstoles [770]: «No hemos dado a conocer la potestad y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo ficciones ingeniosas; sino que después de haber sido por nosotros mismos espectadores de su majestad, hemos oído esta voz que venía del cielo, cuando estábamos con él en la Montaña Santa [771]».

---

[768] Véase la respuesta a las dificultades propuestas contra esta identificación de la montaña designada por el Evangelio con el monte de Tabor.(M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. III, pág. 406-410.)

[769] Cántic. de los Cántic., IV, 8.

[770] II Petr., I, 16-18.

[771] M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. III, pág. 404-406.

33. «Al día siguiente, dice el Evangelio, Jesús y los tres discípulos bajaron de la montaña [772]. Habiendo llegado a donde le esperaban los otros discípulos, los encontraron rodeados de gran multitud de gente, y a los Escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vio a Jesús, guardó silencio. -Y él les preguntó: ¿Sobre qué altercabais? -Entonces salió un hombre de entre la muchedumbre, y fue a postrarse a sus pies, diciendo: Maestro, te he traído un hijo mío, que es el único que tengo, y se halla poseído de un espíritu mudo. Yo te ruego le mires con ojos de piedad. Es lunático y padece mucho, pues muy a menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y cuando se apodera de él el espíritu del mal, le tira con furia contra el suelo y le hace dar alaridos, y le agita con violentas convulsiones, hasta hacerle arrojar espuma por la boca [437] y crujir los dientes; y con dificultad se aparta de él, después de desgarrarle sus carnes. Y le presenté a tus discípulos, suplicándoles que le libraran del demonio, y no han podido sanarle. Y respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tengo de estar con vosotros y sufriros? Traédmele a mí. Y se lo llevaron. Y apenas vio a Jesús, cuando el espíritu principió a agitarle con violencia, y le tiró en tierra, donde se revolcaba, echando espuma por la boca. Y preguntó Jesús a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él respondió: Desde la infancia. Y le ha arrojado muchas veces el demonio en el fuego y en el agua para acabar con él; pero si tú puedes algo, compadécete de nosotros y socórrenos. A lo que Jesús le dijo: Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree. Y entonces, bañado en lágrimas el padre del joven, exclamó, diciendo: Creo, Señor; ayúdame en mi incredulidad. -Y viendo Jesús el tropel de gente que iba acudiendo, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de ese mancebo, y no vuelvas a entrar en él. -Entonces lanzando un gran grito, y agitándole con violencia, salió del mozo el demonio, dejándole como muerto, de suerte que muchos decían: Está muerto. Pero Jesús, cogiéndole de la mano, le ayudó a levantar, y se levantó sano, y lo volvió a su padre. La multitud espantada, admiraba el gran poder de Dios. Y habiendo entrado después Jesús en la casa donde moraba, le preguntaban a solas sus discípulos. ¿Por qué nosotros no pudimos lanzarle? Díjoles Jesús. Porque tenéis poca fe. -Señor, dijeron ellos, aumentad en nosotros la fe. -Respondió Jesús: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Trasládate de aquí allí, y se trasladaría la montaña. Diríais a este moral: Desarráigate y ve a plantarte en la mar, y os obedecería. Mas esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno [773]».

34. Diga lo que quiera el racionalismo, no solamente obra prodigios Jesús, sino que da a sus Apóstoles la teoría del milagro. ¡Cosa notable! En el día la Iglesia Católica, así como los Apóstoles al Pie de Thabor, se halla investida de este poder sobrenatural. Jamás ha dejado de resplandecer esta señal divina en su frente. A la hora en que escribimos estas líneas, una comisión permanente, establecida [438] en Roma para examinar jurídicamente y consignar las maravillas obradas por los siervos de Jesucristo, registra milagros que tienen todos los caracteres de la

---

[772] La tradición designa como el teatro de este episodio evangélico, la pequeña aldea de Dabereh o Dabarith, llamada así en memoria de Débora, al pie de la montaña del Thabor, en el sitio mismo donde obtuvieron la célebre victoria los Israelitas contra Sisara. (M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. III, pág. 402.)

[773] Matth., XVII, 14-20; Luc., IX, 37-45; Marc., IX, 13-26.

autenticidad más escrupulosa. Hace apenas dos años, que se daba cita el mando cristiano en la Confesión de San Pedro, para asistir a la solemne canonización de treinta y dos santos, cada uno de los cuales había obrado milagros. La fe que traslada las montañas o que desarraiga árboles es omnipotente en el día, como en la época evangélica. Los santos, estos héroes de la fe, se trasmiten de edad en edad, el imperio sobre la naturaleza que legó a los Apóstoles el divino Maestro. Su poder no es un arte mágico, ni un poder oculto. El único secreto de los taumaturgos, desde Moisés hasta San Vicente de Paul, se halla encerrado en esta revelación del Verbo encarnado. «Todo es posible a quien cree». Pero ¡qué magnifica unidad del Antiguo Testamento con el Nuevo, en la atmósfera de lo sobrenatural! ¡Qué expansión de la potestad humana, regenerada por el amor de Dios, en la serie de maravillas que principia en los patriarcas, atraviesa el Horeb y el Sinaí, pasma al Egipto de los Faraones, conmueve las cumbres de Seir y los bosques del Cedar, rechaza las olas del Mar Rojo, suspende el curso del Jordán, arranca con Elías víctimas a la muerte, truena con Daniel bajo las bóvedas de los palacios babilónicos, para ir a parar a la efusión de los prodigios de la historia evangélica, y a la perpetuidad del milagro, en el seno de la Iglesia de Jesucristo!

§ VII. Último viaje a Cafarnaúm

35. «Mientras admiraban los pueblos las obras de Jesús, continúa el texto sagrado, dijo el Señor a sus discípulos: En cuanto a vosotros, grabad en vuestro corazón lo que voy a deciros: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y después de muerto, resucitará al tercero día. -Mas ellos no podían comprender esta revelación, cuyo sentido les estaba oculto, y no se atrevían a preguntárselo y guardaban silencio tristemente [774]. Y habiendo llegado a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo del didracma [775] para el Templo de Jerusalén, y [439] le dijeron: ¿Qué, no paga vuestro maestro las dos dracmas? Sí, por cierto, respondió él. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús y dijo; ¿Qué te parece Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién reciben tributo o censo, de sus mismos hijos o de los extraños? -Y él le dijo: de los extraños. Y replicó Jesús: Luego los hijos están exentos. Con todo, para no escandalizar a esos hombres, ve al mar y hecha el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca hallarás un estater [776]: tómale y dáselo por mí y por ti [777]».

---

[774] Marc., IX, 29-31; Luc., IX, 44-45.

[775] Doble dracma o medio siclo, que vale unos seis reales de nuestra moneda.

[776] Esta palabra en boca de Jesús, es una prueba de la futilidad del supuesto de Mr. Renan, sobre que Jesús ignorase la lengua griega, y el argumento con que supone que fuera un privilegio de las altas clases de la sociedad, el uso del griego, y que no se hablase en otras partes que en las

36. Todo israelita, de edad de más de veinte y cinco años, debía pagar anualmente un didracma, (medio siclo), para la conservación del Templo. «Quien quiera que lleva un nombre en Israel, había dicho Moisés, ofrecerá la mitad de un siclo, según la medida del Templo. Y se deberá este impuesto desde los veinte y cinco años [778]. «Este canon o censo nacional se pagaba por todos los Judíos que tenían por un honor, dice el historiador Josefo, enviarlo de todos los puntos del mundo, en la época de la solemnidad Pascual, cuando no podían llevarlo ellos mismos [779]. El Salvador no había ido este año a Jerusalén, y no había pagado personalmente esta [440] deuda sagrada: he aquí por qué se dirigían a Pedro, jefe de los Apóstoles, los que cobraban el impuesto para reclamárselo. Su respuesta nos atestigua que en los años precedentes se había conformado el divino Maestro en este punto a las prescripciones rituales. «Jesús no vino a destruir la ley, sino a darla cumplimiento, elevándola a la perfección [780]». Esta actitud de sumisión a los reglamentos y a los poderes establecidos, se halla poco conforme con el retrato de fantasía que nos lo representa como «un demócrata fogoso, en rebelión contra todas las autoridades locales, detestando el Templo y anunciando a sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento en que esto causa rubor [781]». Verdaderamente sí hay que ruborizarse de algo, es de la ignorancia de un siglo en que es necesario reparar semejantes inepcias. La narración evangélica que se acaba de leer, es una de aquellas cuyos caracteres de autenticidad intrínseca son más patentes. Manifiéstase desde luego la primacía de Pedro por un detalle tanto más significativo cuanto que es menos concertado. El colector del diezmo sagrado se dirige a Pedro. No queriendo importunar al Maestro con una reclamación poco importante, cree más natural trasmitirla por medio del jefe de los discípulos. Pero, según el sistema de sublime delicadeza que hemos notado anteriormente, el Evangelio de San Marcos, escrito bajo la inspiración del príncipe de los Apóstoles guarda silencio sobre este punto. Por todas partes donde la ambición humana

---

ciudades habitadas por los paganos; pero que esta lengua, así como la cultura griega, no había penetrado en las pequeñas poblaciones, como Nazareth. (Vida de Jesús, pág. 32 y 33). Prueban lo contrario, la inscripción trilingüe, puesta en la cruz, y asimismo la audiencia que pidieron a Cristo por medio de los Apóstoles, varios gentiles. (Joan., XII, 20-23) y el uso de los nombres de monedas provenientes de Grecia, como el stater (V. Johan. XXII, 15) y el usar del epíteto de eu)erge/tai, bienhechores, que solía darse a los potentados. (V. Schlensner, Lexicon N. T. ad voc.), usándolo irónicamente (Luc., XXII, 25). Además, Jesucristo no podía carecer de los dones con que fueron agraciados los Apóstoles (AA. II, 1-12), algunos de los cuales, no sólo hablaron, sino que escribieron el griego; ni podía ser extraño ningún género de saber a quién leía en los corazones y penetraba los más recónditos secretos. (Math., IX, 4; XII, 25, XVI, 8; XXII, 18, Marc., XII, 15; Luc., VI, 8; VII, 39, 40; IX, 47; XI, 17; Joan., II, 24, 25; VI, 62-65; XIII, 11-18; XVIII, 4), leyendo con sus miradas el más remoto porvenir (Math., XIV). Pero ¿a qué cansarnos, cuando el mismo M. Renan dice, que Jesucristo simpatizaba especialmente con los Helenistas, esto es, con los Judíos que hablaban el griego? (Ob. cit., pág. 230-276). V. G. Ghringhello, ob. cit., pág. 46, nota 1.ª, Y GAVEDONI, Confutazione degli errori di Ernesto Renan, nella sua vita di Gesu, Módena 1863, pág. 30-31. -(N. del T.) El estater era una moneda de plata que valía catorce reales de nuestra moned

[777] Matth., XVII, 23-25.

[778] Exod., XXX, 13, 14.

[779] Josefo De Bell. jud., lib. VII, cap. XXVI; Antiq. jud., lib. XVIII, cap. XII.

[780] Matth., V, 17.

[781] Vida de Jesús, pág. 117.

hubiera encontrado ocasión legítima de poner su nombre, eclipsa San Pedro el suyo. Trátase del didracma o medio siclo mosaico. Los Judíos tenían dos especies de moneda en tiempo de Nuestro Señor. La dominación de los Césares les había traído el sistema monetario de Roma, el *as,* con sus múltiplos: el *dipondio* (dos ases), el *denario* (diez ases), etc., y los submúltiplos: el *quadrans* (cuarta parte de un as), etc. Todos estos nombres se hallan en los Evangelistas. Usábanse las evaluaciones en monedas romanas para los negocios, el comercio, los salarios y las transacciones de todo género. Mas por una distinción en la que se retrata todo el carácter hebreo, no bien se trataba del impuesto nacional para el Templo y de los diezmos sagrados establecidos por Moisés, era repudiado el lenguaje romano, empleándose solamente las evaluaciones del antiguo sistema monetario de la [441] Grecia, establecido en Judea desde Alejandro el Grande. Así es como se reclama al Salvador el didracma oficial, y como hace entregar para el tesoro del Templo un estater o doble didracma, por sí mismo y por Pedro. En este lenguaje había como una protesta implícita del pueblo judío, que mantenía inviolable sobre su cabeza la soberanía suprema de Jehovah. Entrando Nuestro Señor en este orden de ideas, hace brotar de ellas una admirable afirmación de su propia divinidad. Los reyes de la tierra, dice, no exigen de sus hijos ni el tributo (impuestos indirectos), ni el censo (capitación). Para ellos es de derecho la inmunidad. Asimismo, el hijo de Dios no tiene que pagar el impuesto para el Templo, que es el palacio de su Padre. -Lo pagará sin embargo, pero lo pagará como Dios. Pedro, el pescador futuro de las almas, es enviado a las orillas del lago, a una nueva pesca milagrosa. Merece citarse la explicación de los racionalistas, a propósito de este hecho. «El pez en cuya boca encontró, según se dice, Pedro el didracma con que pagó el tributo del Templo, fue meramente un pez que se apresuró a coger, a llevar al mercado y a venderlo por precio de un estater». ¿No valía más verdaderamente hacer echar las redes de lo alto de la barca e intentar una pesca más productiva y más segura que la del anzuelo? ¿Cómo saber anticipadamente que tendiendo una caña sacará de seguro Pedro un pez; que este pez será de tal tamaño que pueda llevarse solo al mercado, y que valga exactamente un estater? Tal serie de eventualidades, predicha por el Salvador y fielmente realizada, no sería menos prodigiosa que el mismo milagro evangélico Y ¿no se ve que nunca hubiera ido Pedro a echar el anzuelo en medio de Roma, para coger al mundo entero como una presa, si no hubiera hecho en Galilea, bajo la dirección de su divino Maestro, el aprendizaje de sus pescas milagrosas?

37. Todo se encadena en esta historia divina y se afirma con nudos que no podrá romper nunca el sofisma. Si los discípulos a quienes acababa de predecir formalmente el Salvador su pasión y su muerte próximas, no hubieran vivido en medio de una atmósfera de milagros, sino hubiesen tenido a la vista más que el espectáculo de un justo, de un sabio, expuesto a ser el blanco del odio conjurado de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes, no teniendo otras armas contra tantos enemigos que la resignación y la paciencia de un oprimido, no se hubieran ciertamente mecido con la quimérica [442] esperanza de verle en breve sentarse en un trono. No hubiera ocurrido a ninguno de ellos la idea de solicitar el primer sitio en su futuro imperio. Sin embargo, tales eran en aquel momento sus secretas disposiciones. Creían, pues, imposible a todo el poder de los hombres un atentado contra Aquel a quien velan mandar a toda la naturaleza, aplacar con una palabra las tempestades, lanzar los demonios y resucitar los muertos. Este sentimiento

persistirá en su alma, a pesar de las predicciones del mismo Salvador, hasta en el Calvario; y su última palabra, antes de que haya disipado en fin este error la resurrección de su divino Maestro, será esta: «¡Ay! ¡habíamos creído que restablecería el reino de Israel!» -«Los discípulos, continúa el texto Sagrado, estaban preocupados por saber quién de ellos sería el mayor en el reino de su Maestro. Y altercaban entre sí por el camino sobre esto. Y Jesús conocía sus pensamientos. Cuando llegaron a la casa, les dijo: ¿De qué hablabais durante el camino? -Los discípulos guardaban silencio. -Y habiéndose sentado el Señor, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos, y el que a todos sirva. Y tomando entonces a un niño [782], se colocó en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: En verdad, os digo, si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños (en la sencillez e inocencia), no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillase como este niño, ése será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere a un niño semejante, en nombre mío, a mí me acoge, y quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió. Quien fuere, pues, el más pequeño entre vosotros, aquel es el más grande. Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles (de la guarda) contemplan continuamente en los cielos la majestad de mi Padre celestial. Y además, el Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? El pastor que tiene cien ovejas, si una se descarría ¿no deja las noventa y nueve en los montes y va en busca de la que se ha descarriado? Y si llega a encontrarla, en verdad, os digo que siente más regocijo por aquella que por las noventa y nueve que no se [443] extraviaron. Así, la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, es que no perezca ninguno de estos pequeñitos. Y al que escandalizare a alguno de estos parvulillos que creen en mí, le tendría más cuenta que le atasen al cuello una piedra de molino y le echasen al fondo del mar. ¡Ay, del mundo por los escándalos! Porque si bien es forzoso que haya escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! -Después que hubo hablado el Señor de esta suerte, le dijo Juan: «Maestro, hemos visto a un hombre lanzar los demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros en tu seguimiento. Y Jesús dijo: No se lo impidáis, porque no hay alguno que haga milagros en mi nombre y pueda hablar inmediatamente mal de mí. Porque el que no está contra vosotros, está por vosotros; y cualquiera que os diere de beber un vaso de agua en mi nombre o porque sois (discípulos) de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa [783]».

38. El camino abierto al paso de la humanidad para elevarse al reino de los cielos, sigue una línea opuesta a la que conduce a los honores y al poder terrestres. Ya el divino Maestro había puesto el fundamento de la vida cristiana, diciendo al doctor de Jerusalén: «Quien no fuere regenerado por un nacimiento nuevo, no puede entrar en el reino de los cielos». Tal había sido el lenguaje del Salvador, en la época de la primera Pascua. Al aproximarse la Pascua última, pone Jesucristo en acción esta doctrina sobrenatural, en presencia de sus Apóstoles para grabarla por

---

[782] La tradición nos ha conservado el nombre del dichoso niño, a quien puso Jesús en sus rodillas, a quien abrazó y presentó como un modelo a sus Apóstoles. Este niño fue más adelante el ilustre mártir y obispo de Antioquía, San Ignacio, sobrellamado Theophoro (Llevado por Dios), en memoria de este episodio evangélico.

[783] Matth., XVIII; Marc., IX; Luc., IX, XVII.

siempre en su corazón. No la olvidarán ya, y se sucederán generaciones de almas en la Iglesia, tomando por tipo de la perfección evangélica la infancia espiritual, de que habla el Salvador. «A la manera de los niños recién nacidos, dirá San Pablo, no tengáis ambición sino por la leche blanca y pura de la enseñanza divina. «La blanca túnica de los niños llegará a ser el símbolo de la inocencia bautismal que debe conservar el cristiano sin mancha o renovarla por medio de la penitencia, para presentarla inmaculada en el tribunal de Cristo. «Los niños pequeños, dice San Hilario, siguen a su padre paso a paso, aman a su madre, y no piensan tampoco en querer mal al prójimo: no les afecta el afán o cuidado de las riquezas, no son propios de su edad el orgullo, el odio y la mentira; creen en la palabra que se les dirige, [444] admitiendo naturalmente la verdad. Tal es la sencillez de la infancia, a la que debemos volver, si queremos llevar en nosotros la imagen de la humildad del Salvador». Esta ley afecta a todas las almas fieles, desde el príncipe de los Pastores, el Pontífice Supremo que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos, que se entregaron a Simón Pedro, hasta la más oscura de las ovejas del rebaño. Tal fue la eficacia divina de la palabra de Jesucristo, que al mismo tiempo que dio el precepto, confirió la gracia necesaria para cumplirle. Así se verán las diversas jerarquías de la Iglesia rodeadas de un respeto, de una veneración, de un amor inviolables, porque la ley de su autoridad es la humildad, la dulzura, la sencillez, el candor de la infancia. Los poderes de la tierra se imponen con el fausto de la dominación; sírveseles sin amarlos; teméseles sin respetarlos; derribáseles ¡ay! por un capricho popular. Si el racionalismo desease conocer un soberano que fuese amado sin reserva, y con una adhesión sin límites por millones de hombres esparcidos por todo el mundo, le designaríamos al sucesor de Pedro, al jefe de la Iglesia Católica, que se llama el Siervo de los Siervos de Dios. Y esto sucede hace cerca de dos mil años. Este fenómeno, en el orden moral, valdría, por tanto, la pena de ser estudiado más seriamente que lo hacen nuestros sofistas.

39. Reunidos los doce Apóstoles al rededor del divino Maestro, en la casa de Cafarnaúm, formaban en cierto modo el primer Concilio de la Iglesia naciente. «Jesús continuó, dice el Evangelio, hablándoles en estos términos: Si tu hermano pecare contra ti, ve a encontrarle, y si se arrepiente, perdónale; si te hubiere ofendido siete veces en el día y te dijere: Estoy arrepentido; perdónale. Repréndele entre ti y él solos; y si te oyere, habrás ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, lleva contigo uno o dos testigos para que toda palabra se apoye en un testimonio legal. Y si no les oyere, dilo a la Iglesia; mas si ni a la Iglesia oyere, que sea para ti como un pagano y un publicano». La enseñanza farisaica, tal como la encontramos, aun en el Talmud [784], pretendía que se podía perdonar a su hermano tres veces, pero que no podía llegarse más allá. Tal era la doctrina rigorista a que aludía el Salvador, al establecer la gran ley de la misericordia evangélica, sin medida y sin límites, sobre [445] las ruinas de estas falaces tradiciones. El número siete expresaba entre los Hebreos el superlativo en general. El período septenario, durante el cual «había verificado todas sus obras» Jehovah [785], tenía naturalmente para los Judíos la idea de universalidad. He aquí por qué emplea Nuestro Señor esta expresión, en el sentido indeterminado que tenía para sus oyentes. Pero la

---

[784] Talm. Babylon., Yoma, fol. LXXXVI, 2.

[785] Complevitque Deus die septimo opus suum quod fecerat. (Génes., II, 2.)

misericordia debe conciliarse con la justicia, lo mismo en el seno de la Iglesia que en el gobierno del mismo Dios. Para conciliar estos dos términos que parecen excluirse, hase agotado el genio de los legisladores humanos en combinaciones siempre defectuosas. No dejará Jesucristo a su Iglesia desarmada, y manteniendo la gran ley de la misericordia, sabrá asegurar la inviolabilidad de los derechos de la justicia. La regla llena de mansedumbre que ha sentado, hase aplicado a todos los enemigos de la Iglesia, desde Arrio hasta Lutero. Cuando desgarran hijos ingratos el seno maternal de la esposa de Cristo, la queja caritativa y tierna del Pontífice supremo se dirige a su corazón para dispertar en él el sentimiento filial. Si no es oída esta voz, vienen los dos o tres testigos que exigía la ley de Moisés para toda prueba legal [786], a emplear los esfuerzos de su celo para con el culpable que se obstina en su orgullo. Si tienen el dolor de ser rechazados, es denunciado el rebelde a toda la Iglesia, reunida en solemne tribunal, en la persona de los obispos, sucesores de los Apóstoles. Pronuncia la sentencia el concilio universal, y anatematizado el genio del error, llega a ser para los fieles como un pagano y un publicano.

40. Tal es, en efecto, el poder que confería el divino Maestro solemnemente a sus Apóstoles. «En verdad os digo, continúa el Evangelista, todo lo que atareis sobre la tierra, será atado también en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo. Os digo más; que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde se hallan dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos [787]». Los concilios, las asociaciones para orar, las congregaciones religiosas, esos conventos, para llamarlos con un nombre, que ha querido manchar un odio ciego, se derivan, pues, directamente del Evangelio. *Si duo consenserint. Ubi duo vel tres congregati in nomine meo.* Tales son las [446] mismas expresiones de Jesucristo. Solamente la Iglesia Católica puede mostrar vivas hoy en su seno, estas obras, desconocidas de la antigüedad, cuyos fundamentos poseía Nuestro Señor Jesucristo en Cafarnaúm, en medio de doce pescadores. Sin embargo, Pedro que debía presidir al desarrollo de estas nuevas instituciones reflexionaba en el precepto de misericordia que había dado el divino Maestro. Quería penetrar toda su extensión y comprender la significación exacta de este número siete que había empleado Jesucristo, y cuyo sentido podía prestarse a equivocaciones entre los Judíos.

41. «Señor, le dijo: Cuando mi hermano pecare contra mí, debo perdonarle ¿pero ha de ser solamente hasta siete veces? Respondió Jesús: No te digo yo hasta siete veces solamente, sino hasta setenta veces siete». Es decir, según el estilo hebraico, de una manera ilimitada, y en número inconmensurable. «El Señor añadió: Por eso el reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuenta a sus criados. Y se le presentó uno de ellos que le debía mil talentos [788]. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él

[786] Deuteron., XIX, 5.

[787] Matth., XVIII, 18-20.

[788] Cerca de doscientos millones de reales, de nuestra moneda actual. Elige Nuestro Señor esta enorme suma para representar mejor la inmensidad de la deuda del pecador hacia Dios.

y su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado echándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Y el rey, movido a compasión de aquel criado, le dio por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios [789], y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciendo: Págame al momento lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Mas sin querer oírle este acreedor implacable, le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo y fueron a contar a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el rey llamó a este ingrato, y le dijo: ¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y el rey indignado le entregó en manos de los verdugos [447] para ser atormentado hasta tanto que satisfaciera la deuda por entero. Así, de esta manera, se portará también mi Padre celestial con vosotros, sino perdona de corazón cada uno de vosotros a su hermano [790]».

42. Tal es la ley evangélica de la caridad fraternal. Los Apóstoles, destinados a promulgarla en la tierra, hubieran podido vanagloriarse de tal misión, que superaba a todo lo que pudieron imaginar los sabios y los filósofos, de grandeza moral. Pero Nuestro Señor les precavió contra esta tentación. «¿Quién hay entre vosotros que teniendo un criado de labranza o pastor, luego que vuelve del campo, le diga: Ven, ponte a la mesa; y que al contrario, no le diga: Disponme la cena, cíñete y sírveme, mientras que yo como y bebo, y después comerás tú y beberás? Y luego que el criado ha hecho lo que el señor le mandó ¿le queda, por ventura el señor obligado? No por cierto. Así también vosotros, después que hubieseis hecho todo lo que se os ha mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que ya teníamos obligación de hacer [791]».

---

[789] Cerca de doscientos reales.

[790] Matth. XVIII, 23 ad ultim.

[791] Luc., XVII, 7-10.

Capítulo VIII

Jerusalén

Sumario

§ I. SALIDA DE GALILEA.

1. Los hermanos de Jesús y la fiesta de los Tabernáculos. -2. Argumentación del racionalismo a propósito de los «hermanos oscuros» de Jesús. -3. Refutación. -4. La incredulidad de Nazareth y la divinidad del Salvador. Los descendientes de los *hermanos de Jesús* en presencia de Domiciano. -5. El divino: «Es preciso» de la pasión de Jesucristo. -6. Los diez leprosos en el territorio de Samaria. -7. Autenticidad del milagro.

§ II. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

Discurso de Jesús en el Templo. -9. Lógica del discurso de Jesús. -10. Carácter divino de las palabras del Salvador. 11. Carácter profético. -12. El Sanhedrín envía soldados a apoderarse de Jesús. -13. Las fuentes de agua viva abiertas por Jesucristo. El agua de la piscina de Siloé. -14. El Sanhedrín y Nicodemo. -15. Belén y Nazareth. -16. El huerto de los olivos y la oración. -17. Juicio de la mujer adúltera. -18. El rigorismo humano ante la misericordia de Jesucristo. -19. Autenticidad de la narración evangélica. -20. «Yo soy la luz del mundo». -21. Explicación de esta palabra por San Agustín. -22. «Yo soy antes que Abraham fuese. -23. Milagro de la divina profundidad del discurso de Jesús. -24. La verdad y la libertad.

§ III. EL CIEGO DE NACIMIENTO.

25. Narración evangélica de la curación del ciego de nacimiento. -26. El capítulo de los milagros en el Evangelio del racionalismo. -27. Caracteres intrínsecos de autenticidad de la narración evangélica. -28. El racionalismo y la lógica aristotélica. -29. La lógica del ciego de nacimiento.

§ IV. PARÁBOLAS.

30. Parábola del Buen Pastor. -31. Un solo redil, un solo pastor. -32. Parábola del buen Samaritano. -33. Creación evangélica de la idea y del término de «Prójimo». -34. El *reguero de sangre* en el camino de Jerusalén a Jericó. -35. La herencia entre dos hermanos. Parábolas de los servidores vigilantes y del Mayordomo infiel. -36. El reino dado por Dios a la Iglesia. -37. Pormenores de costumbres locales.

§. V. LA FIESTA DE LOS INCIENSOS.

38. Narración evangélica. -39. Nombre y origen de la fiesta de las Encenias. -40. El pórtico de Salomón. -41. Armonía de la narración evangélica con las costumbres y las leyes judaicas.

§ I. Partida de Galilea

1. «Estando próxima, dice el Evangelista, la fiesta de los Judíos, llamada de los Tabernáculos, los hermanos de Jesús le dijeron: Sal de aquí y sube con nosotros a Judea para que vean también los discípulos que tienes allí, las maravillas que haces. Porque ninguno hace las cosas en secreto cuando quiere ser conocido en público. Ya que obras maravillas, date a conocer al mundo. -Hablaban [450] sus hermanos de esta suerte, porque muchos de ellos no creían en él. -Jesús les respondió: Mi tiempo no ha llegado todavía, pero vuestro tiempo siempre está a punto. A vosotros no puede aborreceros el mundo; mas a mí me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Id vosotros a esa fiesta; yo no voy a ella porque mi tiempo no se ha cumplido. Habiendo dicho esto, se quedó él en Galilea. Pero algunos días después que marcharon sus hermanos, él también se puso en camino para ir a la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto [792]».

2. Tal es el pasaje del Evangelista que ha inspirado al racionalismo moderno la teoría de los «hermanos oscuros de Jesús, los cuales le hacían la oposición [793]». No era en verdad muy temible la oposición de parte de estos hombres que incitan al Salvador a que elija, para manifestarse al mundo, un teatro más vasto y más brillante. No se hallaba todavía elevada sin duda su fe a la perfección divina, cuyo carácter tardaron tanto tiempo en conocer los mismos Apóstoles. Sin embargo, bajo el punto de vista puramente humano, ¿hay uno solo de los más ilustres racionalistas cuyo amor propio no acogiese con afán semejante homenaje? Si fueran a decirle: ¡No basta a vuestra gloria brillar en el estrecho círculo de vuestra patria; el mundo entero os reclama y os espera! dudamos que se hubiera ofendido mucho de tal lenguaje y que lo hubiera tomado por una declaración de guerra. La pretendida oposición de los «hermanos» del Salvador es, pues, una oposición quimérica. Pero insiste el racionalismo. «El nombre de 'hermanos' es realmente la expresión que emplea el Evangelio; y no pudiendo ser los 'hermanos' de Jesús, designados aquí, ni Santiago el Mayor y Juan, hijos de Zebedeo, ni Santiago el Menor y Judas o Tadeo, hijos de Cleofás, primos hermanos de Jesús, puesto que los cuatro formaban parte del Colegio Apostólico y creían en su Maestro, mientras que los hermanos de que se trata en este pasaje 'no creían en él,' es claro que Jesucristo tuvo realmente hermanos. Es imposible saber, por falta de noticias, si procedían del lado paterno o del materno. En el primer caso, sería la virginidad de José, y en el segundo la de María, una invención apócrifa. Todo lo que se puede afirmar legítimamente, es la existencia de 'hermanos oscuros' de Jesús, cuyo nombre no

---

[792] Joan. VII, 1-10.

[793] Vida de Jesús, p. 24.

nos ha conservado la historia». Tal es, en toda su fuerza, [451] la objeción de los críticos modernos; la cual tiene el privilegio de la novedad; pues jamás la encontró en su camino la exégesis antigua. Desgraciadamente para la joven escuela racionalista, supone esta famosa objeción una absoluta ignorancia de los primeros elementos de la historia evangélica. Nuestro siglo ha vuelto a emprender con un ardor y un celo que le honran, el estudio serio y profundo de todas las genealogías, por tanto tiempo olvidadas de los Faraones del Egipto, de los Sargónides de Asiria, de los Maharadjas de la India, de los Hijos del cielo del imperio chino. Hoy sabemos el nombre de todos los hermanos y de todos los primos de Sesostris o de Salmanasar, y nadie tributa más justicia que nosotros a los progresos verificados en este género por la filología moderna, la cual ha restablecido numerosos anillos de la cadena de los tiempos, por lo que hará justicia el porvenir a sus esfuerzos. Pero cuanto más derecho tenemos de enorgullecernos con estas gloriosas conquistas, mayor es el deber que tenemos de conservar los resultados positivos, obtenidos por la exégesis de los siglos anteriores en el campo de la historia evangélica. La ciencia profana no podría por ningún título hacer olvidar la ciencia sagrada. Pues bien; la línea genealógica de Nuestro Señor Jesucristo ha sido una de las más esclarecidas de toda la historia del mundo [794]

. Hace solamente un siglo que era su notoriedad [452] universal en la Europa católica, y ningún escritor hubiera imaginado hablar de los «hermanos oscuros de Belén»; porque la sacrílega simpleza de semejante invención era entonces imposible.

3. He aquí por qué: Sabíase en esta época que eran seis los primos hermanos del Salvador, hijos de Cleofás y de la hermana por afinidad de la Santísima Virgen. Cuatro de ellos habían sido llamados al apostolado por el divino Maestro; los otros dos, Josef y Simeón o Simón, no figuraban aun ni entre los Apóstoles ni entre los discípulos. Es notable, en efecto, que no se encuentre su nombre en la lista, por otra parte incompleta, de los setenta y dos discípulos, conservada por San Epifanio y Eusebio de Cesarea. He aquí esta lista: Esteban, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas, Nicolás, Matías, Marcos, Lucas, Justo, Bernabé, Apeles, Rufo, Niger, Sostenes, Cefas [795], Aristión, Juan el Anciano, Andrónico Junias, Lucio de Cirene, Barsabas, Silas y Manahem. Por muy restringida que se halle esta nomenclatura, es evidente que si los dos primos-hermanos del Salvador Josef y Simón, hubieran formado parte, desde entonces, de los setenta y dos discípulos, hubieran ocupado el primer lugar en esta lista. Tenía tal importancia desde los primeros siglos de la Iglesia el título de parientes de Jesús, que siempre se les atribuye. Hegesipo, en el año 40 de nuestra era, los designa como hijos de Cleofás, hermano de San Josef [796]. El mismo texto de Hegesipo, inserto por Eusebio de Cesarea en su Historia eclesiástica, es de una autenticidad incontestable. Hegesipo atestigua que la

---

[794] El siguiente cuadro resume, dice Cornelio a Lapide, toda la enseñanza de los Padres y de los doctores de la Iglesia, y hace comprender la verdadera relación de los parientes o hermanos de Jesús con el Salvador.

[795] Este discípulo, Cefas, es distinto del Apóstol San Pedro.

[796] Heggesipp., citat. Ab Euseb. Historia Eclesiast. Patrol. Graec. tom. XX, col. 245, 427, 281, 283, 377, 380.

afinidad de Simón con el Salvador fue una de las razones que hicieron elegirle por unanimidad para suceder a Santiago, su hermano, en la silla de Jerusalén. Sobre esto no hay la menor oscuridad en el texto del Evangelio. Cuando nos habla San Juan de los «hermanos de Jesús que no creían en él» y que invitaban al Salvador a acompañarles a Jerusalén, en la peregrinación emprendida en común para la fiesta nacional de los Tabernáculos, emplea exactamente la misma expresión que San Mateo, en una circunstancia análoga [797]. Toda la antigüedad cristiana ha sabido el nombre de estos pretendidos hermanos oscuros», como lo sabemos aun en el día [798]. [453] Lo menos oscuro de todo esto es la decadencia de los estudios exegéticos en nuestra patria.

4. La incredulidad de Nazareth se había modificado desde el día en que los habitantes de esta ciudad ingrata habían querido precipitar al Salvador de lo alto de sus rocas. Por todas partes repetían los ecos de la Galilea la noticia de los prodigios de salvación y gracia obrados por un compatriota, cuya divina aureola ofendía a su envidia. Ante estos testimonios positivos, en presencia de hechos numerosos, constantes y probados, no era ya posible el escepticismo absoluto. Pero la envidia personal, con su baja y mezquina ruindad, no deja nunca las armas. «Ve a Judea, dicen los Nazarenos al Salvador, para que vean también los discípulos que tienes allí, las obras que haces». Jesús hacía, pues, obras dignas de fijar la atención de la Judea. Así lo confiesan ellos; pero, entonces ¿por qué no son también los primeros en proclamar su augusto carácter? «Ya que haces maravillas, manifiéstate al mundo». ¡Irrisorios y pérfidos consejos del odio! ¡Al paso que afectan un pérfido interés por la gloria y la reputación del Salvador, tienen la audacia de ensayar contra el Verbo encarnado la tentación más vulgar, la del amor propio humano! Envían a Jesús a Jerusalén como un actor a un teatro. Sin embargo, saben que la venganza de los Fariseos y de los doctores de la ley, que la tiranía turbulenta de Herodes Antipas esperan su víctima; ésta es sin duda la odiosa esperanza que disimulan con el lenguaje de la fraternidad. En estos rasgos característicos conocemos la naturaleza decaída en su verdadera fealdad. He aquí los procederes tortuosos de la envidia humana, tales como ha podido observarlos cada uno. Nada de todo esto se parece a la cólera artificial ni a las tempestades imaginarias con que quisiera rodear a Jesús el racionalismo moderno. Desarróllase la acción evangélica en un concurso viviente, sin ninguna exageración romántica, sin calculada reticencia. Los que rodean al Hombre-Dios son hombres, con todas sus flaquezas, sus pasiones, sus intrigas y sus sordas rivalidades. Pero he aquí el milagro. Cincuenta años más adelante, dos de estos «hermanos» de Jesús vivían todavía. «Domiciano les hizo venir a Roma, dice Hegesipo, y les interrogó sobre el advenimiento de Cristo. -¿Sois verdaderamente de la raza de David? les dijo. [454] -Y confesaron qué lo eran. -¿En qué consisten vuestros bienes y vuestra fortuna? -Poseemos cerca de valor de nueve mil denarios [799], respondieron. -No tenemos esta suma en dinero, sino en

---

[797] Matth. XIII, 55, 56. V. el cap. III de esta historia, núms. 32, 34 y 35.

[798] Puede agregarse al testimonio de Hegesipo, los de Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea, San Gerónimo, Theodorato, Isidoro de Sevilla, San Agustín. (Cf. Bisping. Erklarung des Evang. nach. Matthaus, XIII, 53.)

[799] Tomando el denario por 16 ases, y el as romano por un valor de 5 céntimos de nuestra moneda, resulta la suma de 28,800 reales, como representando la fortuna de estos dos hermanos.

propiedades rústicas, de extensión de treinta y nueve fanegas [800]. Las cultivamos nosotros mismos, sirviéndonos su producto para pagar los impuestos y proveer a nuestra existencia. Hablando así, enseñaban sus manos encallecidas, en las cuales había marcado sus huellas un trabajo incesante. Por fin, Domiciano les habló del Cristo. -¿De qué naturaleza será su reino? preguntó. ¿En dónde debe comenzar? Este imperio no es el imperio de la tierra y de este mundo, respondieron ellos. Es el reino angélico y celestial, que vendrá a la consumación de los siglos, cuando aparezca el Cristo en su gloria para juzgar vivos y muertos, y dar a cada uno según sus obras [801]». -La gloriosa confesión de los hijos reparará la incredulidad momentánea de los padres. Nazareth adoró al crucificado del Gólgota, cuya divina aureola había repudiado por un instante.

5. Al negarse a ir a Jerusalén, seguido de la multitud de Galileos que hacían entonces esta peregrinación, Nuestro Señor se reservó partir «cuando hubiera llegado su hora». Hora solemne que marcó el principio del gran periodo de la Redención por la Cruz. Era preciso que Cristo padeciese, que muriese y que resucitase. Este divino: «era preciso» paralelo al que pronunciaba Jesús, algunos días antes, a propósito del escándalo que no debe desaparecer completamente de este mundo, se refiere a toda la economía providencial de la salvación. En la limitada esfera de nuestras miras humanas, tenemos dificultad en comprender estas terribles necesidades; y exclamaríamos gustosos como Pedro: «¡No quiera Dios que padezcas y que mueras!» Seríamos tentados a decir a Jesús, como los judíos en el Gólgota: ¡Desciende de esa infame cruz; rompe los clavos de tus pies y de tus manos; aparece ante la culpable ciudad en la majestad de tu gloria! Y sin embargo, si se hubiera verificado la Redención a fuerza de truenos, si el esplendor del Tabor no hubiera cesado de circundar la persona del Verbo encarnado, [455] hubiera sido suprimida la libertad humana y aniquilada la cooperación individual de la conciencia en la obra de la salvación, este divino privilegio comunicado a las almas por la sangre redentora. Para permanecer por siempre libre de creer o no creer, de adorar o de ultrajar a su Salvador, era preciso que llevase el hombre el abuso de su libertad a este exceso del crimen, cuyo horror se resume enteramente en una sola palabra: ¡Deicidio! Era preciso, por una razón inversa que se entregara a sí mismo Jesucristo, a la hora que hubiera escogido, como el Isaías del Nuevo Testamento, disponiendo su holocausto, llevando la leña del sacrificio; pero esta vez, deteniendo el brazo de los Ángeles, dispuesto a herir a sus ciegos verdugos.

6. «Jesús volvió a Jerusalén, después de partir sus hermanos, dice el Evangelio, pero evitando las manifestaciones exteriores, y como en secreto. Atravesando la Samaria [802] al entrar un día en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales, parándose a lo lejos, levantaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Luego que Jesús los vio, les dijo: Id, y mostraos a los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados de la lepra. Uno de

---

[800] La fanega romana valía 1257 m. 53 c.

[801] Hegesip, cit. ab Eusebio. Historia Eclesiast., lib. III, cap. XX, Patrol. Graec., tomo XX, col. 252, 253.

[802] Aún en el día siguen las caravanas esta ruta de Galilea a Jerusalén, la cual atraviesa Ginea y Naplusa, la antigua Siquem, y requiere tres o cuatro días de camino.

ellos, apenas echó de ver que estaba limpio de la lepra, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y se postró a los pies de Jesús, pecho por tierra, dándole gracias, y éste era Samaritano. Jesús dijo entonces: ¿Por ventura, no fueron curados todos diez? ¿Dónde están, pues, los otros nueve? Ninguno ha vuelto a dar gloria a Dios, sino este extranjero. Después le dijo: Levántate y vete, porque tu fe, te ha salvado [803]».

7. Todavía se encuentran en Palestina leprosos viajando por bandas y asociando su miseria común para librarse del suplicio del aislamiento, no menos terrible que su misma enfermedad [804]. [456] La lepra ha sobrevivido a todos los progresos modernos; evádese del arte de nuestros médicos y desconcierta los esfuerzos de la ciencia. La curación de los diez leprosos de Samaria ofrece la particularidad característica de obrarse el prodigio de lejos, cuando no puede el divino Maestro obrar con la voz ni con el ademán ni con la mirada sobre los desgraciados que han implorado su auxilio. «Id, les dice, y mostraos a los sacerdotes». Tal es la palabra que debía salvar al género humano, este leproso secular a quien debían anunciar la buena nueva los sacerdotes de Jesucristo. Cuando recorran la tierra los Apóstoles para predicar en ella el nombre de Jesús, habrá desaparecido el divino Maestro en los esplendores de su gloriosa Ascensión. Su adorable persona no será ya visible a nuestras miradas mortales. Será por tanto, necesario, bajo pena de incurrir en la condenación eterna «mostrarse a los sacerdotes». La docilidad del mundo, en despecho de pasiones rebeldes y de preocupaciones hostiles, será el milagro permanente de la Iglesia, así como la docilidad de los diez leprosos constituye por sí sola un prodigio manifiesto. Todavía no están curados; continúa siendo devorada su carne por esas implacables úlceras que penetran hasta la médula de los huesos, y no obstante, no vacilan a la palabra del Señor. Sin dilación, sin tergiversación alguna, de unánime concierto, toman el camino de Jerusalén para ir a hacer consignar por los sacerdotes de Moisés, una curación que aún no se ha realizado, pero de la que no dudan un instante. Les ha hablado Jesús, y esto basta a su fe. Ensaye aquí el racionalismo la aplicación de sus teorías de curación por medio de la vista o del contacto de una persona predilecta. Sobre todo, que diga como, si no hubiera obrado jamás Nuestro Señor milagros, hubieran podido los leprosos creer súbitamente en la eficacia de una simple palabra, cuyo resultado no aparecía todavía. Diez leprosos a quienes manda Nuestro Señor que vayan a mostrarse a los sacerdotes de Jerusalén, van allí con toda confianza. Luego sabían de ciencia cierta, que Jesucristo obraba prodigios. Su fe manda a la nuestra, y su docilidad, en esta circunstancia, explica aquella cuyo magnífico espectáculo nos dará en breve el universo. En el camino desaparece su lepra, admirándoles tan poco este fenómeno, que sólo uno vuelve atrás, para dar gracias al médico celestial. Los demás continúan su camino; pero el Samaritano

---

[803] Luc. XVII, 11-19.

[804] «El 30 de abril de 1862, no bien llegamos a Naplusa, la Siquem bíblica, fijamos nuestro campamento hacia una de las puertas de la ciudad, en medio de un bosquecillo de sicomoros y adelfas. Algunos instantes después, vino una banda, lo menos de treinta leprosos a sitiar nuestras tiendas, pidiendo el bachisch a nuestros intérpretes, amenazándoles con castigar una negativa por medio de peligrosos contactos. Tuvimos, pues, que darles limosna, látigo en mano, único medio de evitar accidentes irreparables». (Nota extractada de un Diario de Viaje a Oriente, comunicado por el señor príncipe E. de Bauffremont-Courtenay.)

curado olvida las fiestas de Jerusalén, y la alegría que le espera en [457] una rehabilitación oficial, en que su familia, sus hijos, su anciano padre y su madre, van tal vez a serle devueltos. El reconocimiento vence en su corazón todos los demás sentimientos. Acorre a Jesús, y se postra a sus pies, cubriéndolos de besos y lágrimas. El Evangelio nos ofrece a cada página ejemplos de esta postración de los hombres ante el Verbo encarnado. Hay, pues, en el mundo una majestad visible que representa a nuestros ojos la invisible majestad de Jesucristo. El sucesor de San Pedro es el Vicario del Hombre Dios. He aquí por qué nos postramos nosotros a sus pies besándolos con amor. ¡Idolatría! dicen nuestros hermanos disidentes. ¿Era, pues, idólatra el Samaritano del Evangelio? ¿Magdalena la pecadora, cuyo amor ardiente mereció el elogio del Salvador, era acaso idólatra? ¿Y no se ve que para nosotros, leprosos purificados con la sangre del Cordero, pecadores agraciados por la inefable misericordia de Jesucristo, es una alegría más bien que un derecho o un deber postrarnos ante su representante en la tierra y ofrecer a su Vicario en el mundo los homenajes con que quisiéramos circundarle a él mismo, si nos fuese dado contemplarle con nuestros ojos y tocarle con nuestras manos? Cesemos, pues, de medir, a proporción del orgullo humano, los respetos con que conviene rodear al Dios de la Eucaristía y a su augusto representante. ¡Cuántas veces, ante los tabernáculos donde reposa Jesucristo no hemos gemido sobre la lamentable obstinación con que el Jansenismo, este hermano mayor del Protestantismo, pretendía regatear al Hijo de Dios el honor que le tributaban el leproso de Samaria o el endemoniado de Gadará, con indecible dicha, en las riberas del lago de Tiberiades o en los caminos polvorosos de Siquem! ¡Creer que se baila Jesucristo real y sustancialmente presente en la Eucaristía, y rehusar doblar la rodilla ante el tabernáculo de este Dios oculto, he aquí uno de los fenómenos de aberración que sólo puede producir el infierno, y que debe colmar de alegría el corazón de Satanás!

§ II. La Fiesta de los tabernáculos

8. Los leprosos curados llevaron sin duda a Jerusalén la noticia de la próxima llegada del Salvador. Los Fariseos no habían cesado de presentarle al pueblo como un violador de la ley del sábado. El milagro obrado el año anterior en la Piscina Probática era a sus [458] ojos, un crimen de lesa majestad divina. Afectaban no ver en esto más que una sacrílega infracción de la ley del reposo sabático, encontrando así un pretexto plausible para suscitar el odio popular. No hay duda que es difícil apreciar su verdadero pensamiento sobre este punto. El espíritu limitado y el formalismo supersticioso con que aprisionaban a la nación judía, no eran en manos de estos ambiciosos, sino medios de asegurar su propia dominación. Complacíanse en gravar a los demás con cargas que no hubieran ellos querido tocar ni aun con el dedo. «Los Judíos buscaban a Jesús, dice el Evangelista, en los días de la

solemnidad de los Tabernáculos [805] y se preguntaban unos a otros. ¿Dónde está aquel? Y se hablaba mucho de él entre el pueblo. Porque unos decían: «Sin duda es hombre de bien. Y otros al contrario: No, que trae engañado al pueblo. -Pero nadie osaba declararse públicamente a favor suyo por temor de los Judíos. Y en el cuarto día de la solemnidad [806], subió Jesús al Templo y se puso a enseñar al pueblo. Y maravillándose los Judíos de su doctrina decían: ¿Cómo sabe éste las letras sagradas, no habiéndolas aprendido nunca? -Respondioles Jesús: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria, mas el que busca únicamente la gloria del que le envía, ése habla en nombre de la verdad, y no hay en él injusticia o fraude. Por ventura ¿no os dio Moisés la ley? y con todo eso, ninguno de vosotros la cumple. Pues ¿por qué buscáis la ocasión de matarme? -Respondió el pueblo y dijo: Tú estás endemoniado: ¿Quién procura matarte? -Jesús continuó diciendo: Yo hice sólo un prodigio [459] en día de sábado, y todos lo habéis extrañado; mientras que Moisés, que os trasmitió el precepto de la circuncisión, dado antes de él a vuestros padres por los patriarcas, os permitió practicar la circuncisión en día de sábado. Si podéis, pues, circuncidar a un hombre sin violar el reposo sabático, ¿por qué os indignáis contra mí porque he curado enteramente a un hombre en día de sábado? No juzguéis, pues, según las apariencias, sino juzgad según la justicia. -Oyéndole hablar así, comenzaron a decir algunos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para darle muerte? Y con todo, vedle que enseña públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes (de los sacerdotes y los senadores) han conocido ser éste el Cristo? Mas éste sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo, ninguno sabrá su origen. Entre tanto, prosiguiendo Jesús en instruirlos, decía en alta voz en el Templo: ¡Vosotros pensáis que me conocéis y que sabéis de dónde vengo! Mas yo no he venido de mí mismo, sino que a quien me ha enviado, aquel que es la verdad, no le conocéis vosotros. Yo sí que le conozco, porque he nacido de él, y él es quien me ha enviado. -Al oír esto entonces, buscaban cómo prenderle, mas nadie puso en él las manos, porque aún no era llegada su hora. No obstante, muchos del pueblo creyeron en él: «Cuando venga el Cristo, decían, ¿hará por ventura más milagros que los que hace éste? [807]»

---

[805] Sabido es que esta fiesta duraba ocho días, durante los cuales habitaba en tiendas el pueblo judío, en memoria de los cuarenta años que pasó conducido por Moisés en el desierto, (Exod., XIII, 16.)

[806] Traducimos así el texto de San Juan: Jam autem die festo mediante, para darle su verdadero sentido que los traductores franceses no dan a entender bien Con estas palabras: Hacia la mitad de la fiesta. La solemnidad de los Tabernáculos duraba ocho días; así, pues, fue el cuarto cuando pareció Nuestro Señor en Jerusalén. En la expresión que emplea el Evangelista tenernos un carácter de autenticidad intrínseca que debemos hacer resaltar, por medio de una interpretación más libre, en que se sacrifica la letra al sentido. De otra suerte, nuestros usos modernos enteramente distintos de las costumbres hebraicas, se prestarían a un equívoco que no está en el texto ni en la mente del historiador sagrado. (Nuestros intérpretes españoles traducen, el P. Scio: «al medio de la fiesta»; el P. Amat: «hacia la mitad de la fiesta»; y el P. Petite: «estando ya la fiesta a la mitad de los días.)» -(N. del T.

[807] Juan VII, 11-30.

9. ¿Sabrían explicarnos los racionalistas modernos por qué concentraba de esta suerte la multitud de los Hebreos reunidos en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos, sus preocupaciones sobre el Hijo de María? «Jamás, dicen ellos, hizo Jesús milagros». ¿Cómo, pues, todo este pueblo buscaba a Jesús ausente, y se entregaba a las más ardientes discusiones sobre su persona? No faltan actualmente literatos, eruditos, filósofos, cuyo nombre sea conocido, y sin embargo, jamás ocurriría a nadie agitar en una fiesta pública seriamente la cuestión de si tal literato o tal sofista de crédito, se dignó honrar con su presencia la reunión popular. Jesús tenía, pues, a los ojos de los Judíos, una actitud y una personalidad mil veces superiores a las de una celebridad vulgar. O estaban locos todos los Hebreos reunidos en los pórticos del Templo, o está convencido el mismo racionalismo moderno de la más monstruosa aberración de [460] espíritu. No es menos significativo el diálogo que se sostiene entre el divino Maestro y sus interlocutores. La pretensión de hacerlo componer un siglo más adelante en Italia o en Grecia por un apócrifo extraño a las costumbres y a la civilización de Jerusalén, suscita una imposibilidad manifiesta en todo género. «¿Cómo, dicen los Judíos, puede saber letras él que nunca las ha aprendido?» Esta exclamación hubiera tenido en Roma o en Atenas, un sentido completamente diferente del que expresaba bajo los pórticos del Templo. Las letras Griegas y Latinas representaban el conjunto de la literatura poética, oratoria, filosófica e histórica, desde Homero, Hesíodo y Píndaro, hasta Platón, Aristóteles, Demóstenes, Tucídides y Xenofonte, en el Ática; desde Ennio y Plauto hasta Virgilio, Tito Livio y Cicerón, en Roma. Pero en Jerusalén, esta expresión tan elástica en cualquiera otra parte, se hallaba circunscrita a un solo libro, a una sola literatura divina, que contenía la Ley y los Profetas. Las *Letras* para un Hebreo eran el Antiguo Testamento. Saber las letras era poseer la ciencia tradicional de la *Ley,* tal como la enseñaban las diversas escuelas. Así, los Judíos tienen derecho de admirarse de que Jesús, no habiendo frecuentado ninguna escuela ni habiéndose afiliado a ningún doctor, pueda enseñar con una autoridad desconocida. El divino Maestro se digna responder a su objeción, y lo hace con una lógica perfectamente conforme a los procedimientos de la más rigurosa dialéctica. Se nos perdonará esta observación, indigna verdaderamente de la majestad del Evangelio, pero puesto que los sofistas modernos han osado escribir esta blasfemia: «La argumentación de Jesús, juzgada según las reglas de la lógica Aristotélica, es muy débil [808]»; la exégesis católica tiene el sensible deber de bajarse a recoger tales ultrajes, y hacer que se manifieste su profunda inepcia. Si hubiera contestado Nuestro Señor a los Judíos: Yo no he aprendido las Letras en ninguna de vuestras escuelas, y sin embargo, la meditación, el estudio particular que he hecho de ellas, la inspiración divina me las han revelado, y la prueba de que las conozco es que me oís enseñarlas: si hubiera sido su lenguaje, se mostraría probablemente satisfecho el racionalismo moderno. Apreciaría claramente la correlación entre la objeción y la respuesta, y concedería al Salvador un diploma de [461] lógico, según las reglas de Aristóteles. Pero la primer regla de toda dialéctica es comprender exactamente el sentido de una objeción, y resolverla según el orden de ideas que la provoca. Pues bien; los Judíos se admiraban de ver enseñar a Jesús la Ley divina, sin haber recibido la tradición escolástica de los Doctores y de los Escribas, porque nadie podía en Israel establecer como en nuestros tiempos, una cátedra de enseñanza

[808] Vida de Jesús, pág. 345.

independiente y libre. La constitución Mosaica, promulgada divinamente en el Sinaí, formaba con los Profetas y los libros del Canon sagrado, un conjunto de dogmas y de revelación inmutable, cuyo depósito se hallaba confiado a un cuerpo docente, en el seno del cual se perpetuaban las tradiciones nacionales. Toda doctrina que se manifestaba fuera de estas inflexibles condiciones, debía, para obtener derecho de ciudadanía, presentar una garantía irrecusable de inspiración divina. La mayor parte de los antiguos Profetas habían tenido que luchar contra el mismo obstáculo, habían opuesto a la excepción de incontestación que dirige aun el pueblo de Jerusalén al divino Maestro, el poder de los milagros y la realización de sus profecías, como dos signos de autenticidad celestial.

10. Tal es la preocupación exclusivamente local que tenía que combatir Jesucristo. Verifícalo con una autoridad suprema, y afirmando rotundamente su derecho de legislador, que emana de su divinidad. «Mi doctrina, responde, es la del mismo Dios, que me ha enviado». Imagine el racionalismo una palabra más concisa y más expresiva a un mismo tiempo, para establecer con una sola palabra la infinita superioridad que quería dar Jesús a su enseñanza, presentándola como procediendo directamente del mismo Dios. No es menos sobrenatural el segundo carácter que invoca el Salvador a favor de su doctrina. «Quien quiera hacer la voluntad de mi Padre, añade, reconocerá por su propia experiencia, que mi doctrina es la de Dios». Toda la economía de la redención del mundo se halla contenida en esta frase, tan sencilla al parecer. La eficacia de la gracia y de la enseñanza traídas al género humano por el Verbo encarnado, no podría obrar sola y sin la cooperación de la voluntad individual. El hombre se perdió, haciéndose colaborador de Satanás, y no puede salvarse, sino haciéndose cooperador del Hombre-Dios. La experiencia personal que pide Jesús a los Judíos, la pide también la Iglesia, y la exigirá de un modo absoluto, de cada una de las almas [462] que quieran aprovecharse de los misericordiosos tesoros de la Redención. ¡Libres son los espíritus indóciles y soberbios de desechar una condición que subleva su altivez! El Hijo de Dios, que les amó hasta morir por ellos, ha preferido derramar la última gota de su sangre, antes que coartar ese libre alvedrío, de que hacen un uso tan deplorable. Pero no por eso deja de ser, en lo más mínimo, la palabra de Jesucristo una verdad práctica que triunfa de todas las hostilidades y sobrevive a todos los siglos. «Quien quiera resolverse a cumplir en sí mismo la voluntad de Dios, reconocerá la verdad de la doctrina de Jesucristo». Pregúntese a todos los convertidos del Evangelio si les faltó nunca esta luz interior, más brillante que el sol, esta evidencia de la fe, esta efusión de calor y de vida divinas. ¡Poder maravilloso de la doctrina evangélica, cuya expansión debe transformar al individuo en lo más íntimo de su personalidad, combatir todas las malas pasiones, llevar el hierro y el fuego a las llagas ignominiosas del corazón y triunfar del hombre con el concurso de la voluntad humana! Cuanto más se quiera reflexionar en ello, mas se conocerá que para conquistar el mundo entero, ha sido absolutamente preciso que fuese divino el Evangelio [809]. Jesucristo lo afirma otra vez, con una exactitud que no deja lugar a

---

[809] En la imposibilidad de comentar cada una de las palabras del Salvador con la extensión que exigiría, nos vemos obligados a omitir una multitud de pormenores interesantes. Sin embargo, no podemos pasar en silencio esta reflexión de Cornelio a Lapide: «Cuando, dice, pronuncia el Señor esta palabra: 'Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria; mas el que únicamente busca la gloria del que le envió, ese es digno de fe,' hace un verdadero silogismo, cuyas tres proposiciones son éstas: El que habla de sí mismo, busca su propia gloria; es así que yo, Jesús, no busco mi

ningún subterfugio. La ley de Moisés era a los ojos de todos los Judíos, una ley divina. El Salvador la toma como término de comparación respecto de su propia ley. Moisés, les dice, os dio la ley del descanso sabático, al renovar el precepto de la circuncisión impuesto a los Patriarcas [810]. Pues bien, vosotros practicáis sin escrúpulo en día de [463] sábado, la circuncisión, ese acto de purificación parcial. ¿Cómo, pues, intentáis matarme por haber purificado y sanado el cuerpo de un paralítico, en un día de sábado? Tal es el argumento de Nuestro Señor en el Templo de Jerusalén. Para considerarlo muy débil juzgándolo según las reglas de la lógica Aristotélica», es preciso no haber comprendido ni a Aristóteles ni al Evangelio. El texto sagrado tiene profundidades que no exploraron completamente el genio de San Agustín ni el de Bossuet, después de una vida entera de piadosas meditaciones. El Océano oculta también en el secreto de sus abismos, regiones que desafían la sonda del nauta y el ojo de la ciencia. La nueva crítica, después de leerlo superficial y ligeramente, no se ha avergonzado de lanzar el insulto contra el infinito divino del océano Evangélico, donde se dilatan los horizontes a los pasos de la humanidad, conforme se les recorre, y donde se han velado las dimensiones del Verbo Eterno, bajo la sencillez de una humilde palabra humana, como encubre abismos sin fondo el azul de una agua límpida y serena.

11. «¿Por qué intentáis matarme?» pregunta el divino Maestro. Esta interrogación que sale de los labios de Jesús irrita a esas conciencias culpables. ¿Quién había dicho, pues, a Jesús el complot tramado contra su vida? Jesús acaba de llegar de la Galilea; habíanse pasado sin que él estuviera presente los cuatro primeros días de la solemnidad de los Tabernáculos. Sin embargo, no se equivoca respecto de las verdaderas intenciones del Farisaísmo para con él. «¿Por qué intentáis matarme?» dice con aquella voz soberana que revela toda verdad. -«¡Estás poseído del demonio!» replica la multitud irritada, como si dijese: Semejante inspiración sólo puede provenir del espíritu de la mentira. «Porque en fin ¿quién intenta matarte?» No se hizo esperar la respuesta a esta denegación, y ni aun siquiera tuvo que pronunciarla el mismo Salvador. Pasando por los pórticos un grupo de algunos habitantes de Jerusalén, y viendo a Jesús, dijeron: «¿No es éste a quien buscan para darle muerte los príncipes de los sacerdotes? Pues vedle que habla en público, sin que nadie le inquiete. ¿Si será que nuestros príncipes (de los sacerdotes y senadores) han reconocido que es verdaderamente el Cristo? [464] Sin embargo, de éste sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen. Estas reflexiones que expresan oscuros habitantes de Jerusalén al ver al Salvador, nos hacen comprender a un tiempo mismo la animosidad del Sanhedrín y la actitud perpleja de la muchedumbre solicitada por una parte por los

---

propia gloria, sino la de mi Padre, como lo proclaman todos mis actos y todos mis discursos; no soy yo quien habla, sino mi Padre, cuya gloria trato de propagar. Al expresarse así, hace tres siglos el ilustre comentador, ¿previó tal vez que había de escribir un sofista que es muy débil la argumentación de Jesús juzgada según las regias de la lógica aristotélica?

[810] El texto de la ley Mosaica, relativo a la circuncisión, era éste: «El Niño será circuncidado en el día octavo después de su nacimiento». (Génes. XVII, 12; Levit., XII, 3.) Cuando, pues, nacía en sábado un hijo de Israel, se le confería la circuncisión en el sábado siguiente, sin que prevaleciese la ley del descanso sabático, en este caso. Era, pues, evidente, que si no se infringía el precepto sabático por una operación tan grave y tan complicada, no podía constituir, aun a los ojos del Judío más meticuloso, la simple palabra pronunciada por el Divino Maestro, al curar al paralítico de Bethesda, una infracción de la ley del descanso sabático.

enemigos de Jesús, atraída por otra, por la extraordinaria reputación y la aureola sobrehumana que circundaban al divino Hijo de María. El nombre de Cristo, este nombre que resume la esperanza de cuarenta siglos, y debe completar la misión histórica del pueblo Hebreo, sale de todos los labios, no bien aparece Jesús. ¿Es el Mesías proclamado por Jacob al morir, prometido por Moisés, cantado por David, señalado por Isaías y todos los Profetas? ¿Han reconocido en fin los príncipes de Israel al Mesías tan deseado en los rasgos de Jesús de Nazareth? Pero Isaías dijo hablando del Cristo: «Nadie podrá explicar su generación [811]». Miqueas se expresó más categóricamente: «Será engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad [812]». No era menos formal la profecía mesiánica de David: «Contigo, decía, está el principado en el día de su poderío, en medio de los resplandores de la santidad; de mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana. Tú eres el Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech [813]». Cada uno de estos rayos luminosos que hoy nos es tan fácil referir a la inmortal corona de Jesucristo, eran para los Judíos otros tantos problemas que resolver. Cristo debía aparecer en medio de las edades, como la figura patriarcal de Melquisedech, a cuyo padre nadie conocía. Los Judíos creían conocer al padre de Jesús, y le llamaban Josef. Nuestros racionalistas modernos saben tanto como ellos sobre este punto. La generación del Mesías debía ser desconocida a los mortales, y no obstante, los Judíos creían saber positivamente que Jesús era hijo de Josef y de María. El origen del Mesías debla remontarse más allá de los tiempos, y perderse en los esplendores de los santos, y los Judíos creían poder afirmar que Jesús saldría de la humilde casa de un carpintero de Nazareth. Tal era esta situación llena de dudas y de incertidumbres, cual no se vio jamás en otra parte que en Jerusalén. He aquí por qué alzando la voz Jesús, en medio del Templo de su Padre, responde con una afirmación directa de su divinidad. [465] «¡Vosotros creéis saber quién soy y de dónde vengo! ¡Pero yo no procedo de mí mismo; quien me ha enviado, y a quien no conocéis, éste es la verdad! Yo le conozco, porque procedo de él, que es quien me ha enviado». Proceder de la verdad, es decir, de Jehovah era descender de Dios mismo. La muchedumbre no se equivoca como los sofistas de nuestros días, sobre la trascendencia de esta palabra; así es que se subleva contra aquel a quien cree blasfemo; pero no ha llegado aún la hora de Jesús y se paraliza el esfuerzo de tantos brazos hostiles por un poder supremo. Sin embargo, gran número de Judíos se convierten a la fe. «¿Podría el mismo Cristo, dicen, hacer más milagros que este hombre?» La evidencia de los milagros anunciados como la designación divina del Mesías, quita a sus ojos todas las dificultades, y produce la convicción en sus almas.

12. «Habiendo oído, continúa el texto sagrado, los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, lo que el pueblo decía acerca de Jesús, enviaron ministros para prenderle. Pero Jesús dijo a éstos: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y después volveré a Aquel que me envió. Vosotros me buscaréis entonces y no me hallaréis, y donde yo voy a estar, vosotros no podéis venir. Oyéndole hablar así los Judíos, dijeron entre sí: ¿Adónde irá que no le podamos hallar? ¿Por ventura irá a

---

[811] Isaías, LIII, 8.

[812] Mich., V, 2.

[813] Salm. CLX, 4, 5.

las naciones esparcidas por el mundo a predicar a los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde yo voy a estar no podéis venir vosotros? [814]« Los ministros de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos, no se atrevieron a ejecutar la orden que habían recibido. Al acercarse al Salvador le hallaron instruido de su misión, como si hubiera estado presente al conciliábulo que acababa de reunirse contra él. Y no obstante, Jesús no había abandonado el atrio del Templo, y no había interrumpido su predicación al pueblo. Así, pues, apóyase la narración evangélica en un *Substratum* continuo de milagros, los más frecuentes, de los cuales son a veces los menos advertidos. El racionalismo no parece haber sospechado ni aun esto. Hase desembarazado de los prodigios de curación con la famosa teoría «del contacto de una persona predilecta». Pero pasa en silencio este fenómeno, bastante notable sin embargo, de las guardias apostadas por los Príncipes [466] de los Sacerdotes y los Fariseos, cuyo brazo levantado ya, se detiene súbitamente a la voz de Jesús. «No había llegado su hora», dice el Evangelista. ¿Hubiera parecido tal vez este argumento a nuestros sofistas, conforme «con las reglas de la lógica aristotélica?» Pues qué; ¿era Jesús dueño del tiempo y rey de las horas y de los siglos? El Evangelio lo afirma y la Iglesia Católica lo cree. Pero el racionalismo moderno pretende lo contrario. Que nos explique, pues, cómo era, qué leía Jesús en lo más íntimo de los corazones, y penetraba de lejos por entre las puertas cerradas del Sanhedrín, todos los consejos de furor y de odio dirigidos contra su persona. Que nos diga, por qué se detienen los guardias ante la majestad desarmada del Salvador? Finalmente, que nos dé una razón natural de esta predicción, que se ha realizado actualmente, del Salvador a los Judíos: «Me buscaréis y no me encontraréis ya». Durante mil ochocientos años están buscando los hijos de Jacob al Mesías en todas las playas del universo. ¿Le han encontrado? ¿Le encontrarán nunca sino es en Jesús de Nazareth, a quien crucificaron?

13. «En el último día de la fiesta de los Tabernáculos, que es el más solemne, continúa el Evangelista, estaba Jesús en pie en los pórticos del Templo, y decía en alta voz: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, verá manar de su seno fuentes de agua viva, según la expresión de la Escritura. -Y esto lo decía del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no se había comunicado a los fieles el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba todavía en su gloria [815]». En el día octavo de la solemnidad de los Tabernáculos, todos los Hebreos dejaban las tiendas de follaje, a cuya sombra iban a pasar la semana, en memoria de la peregrinación de sus abuelos en el desierto debajo de las tiendas de Moisés. Reunida toda la multitud en los pórticos del Templo, asistía al sacrificio de la mañana; en este día a nadie le era dado, a no ser judío, tomar parte en la solemnidad, permaneciendo vacío el atrio de los Gentiles. Después de la inmolación de las víctimas en el altar, un sacerdote, designado para este oficio, iba a la fuente de Siloé, donde cogía tres medidas de agua viva, en una copa de oro. Precedido de los Levitas, volvía al Templo por la puerta del Agua, la misma por donde hizo su entrada triunfal Nuestro Señor. Recibíasele [467] al son de las trompetas sagradas, y subía al altar, en cuyos dos ángulos se hallaban dispuestas dos copas de plata, la

---

[814] Joan, VII, 30, 31.

[815] Joan., VII, 37, 39.

una vacía y la otra llena de vino. Echábase el agua de la copa de oro en la copa vacía, mezclándola después con el vino de la tercera. Entre tanto, el pueblo, llevando en la mano palmas y ramas de mirto y de higuera, desfilaba en procesión al rededor del altar, cantando los himnos de liberación. Al oírse la Aleluya, que terminaba cada una de las estrofas alternadas por dos coros de músicos, se agitaban todos los ramos y se elevaban al aire, con gozosas aclamaciones. Después de haber desfilado, ofrecía el sacerdote una libación en el altar del Señor, con el agua de Siloé mezclada con vino; y reunido el pueblo, cantaba a una voz estas palabras del Profeta Isaías: «Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador [816]». Tal era la solemne ceremonia que recordaba a los Judíos las fuentes milagrosas abiertas por Moisés en el desierto; las fuentes y las palmeras de Elim; los tabernáculos de Israel y las tiendas de Jacob, saludadas en otro tiempo por los hijos de Beor; y finalmente, los racimos de uvas traídos por los enviados del Gran Profeta, en testimonio de la fecundidad de la Tierra Prometida, donde debían cambiar los hijos de Abraham el agua de los torrentes por el vino que regocija el corazón del hombre. La época de la fiesta de los Tabernáculos era aquella en que se venía a recoger el fruto de la viña en las colinas de Engadd y de Jericó. Así se unía el reconocimiento por las bendiciones del Altísimo a las tradiciones seculares de la historia nacional. Cada uno de los hijos de Abraham llevaba a su morada y conservaba todo el año los *Lulabim,* o ramos de la fiesta de los Tabernáculos. Tales fueron las circunstancias, en medio de las cuales el divino Maestro, haciendo alusión al agua de Siloé, ofrecida en el altar del Templo, y a las palabras proféticas de Isaías, exclamaba: «Quien cree en mí, verá surtir de su seno fuentes de agua viva». Aquí sirven, pues, de comentario al Evangelio los usos y las ceremonias hebraicas.

14. «Muchas de aquellas gentes habiendo oído estos discursos de Jesús, continúa San Juan, decían: Éste es verdaderamente un Profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura, el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No dice claramente la Escritura que el Cristo ha de venir del linaje de David y del lugar [468] de Belén, de donde era David? Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Y algunos de ellos querían prenderle; pero nadie se atrevió a echar la mano sobre él. Y así, los guardias enviados por los Pontífices y por los Fariseos, volvieron a ellos, quienes les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? -Respondieron los soldados: Jamás habló hombre alguno con el poder que este hombre. -Dijéronles los Fariseos: ¿Qué, también vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él uno solo de los príncipes de Israel o de los Doctores? ¡Sino solo ese populacho que no sabe la ley y es gente maldita! -Entonces, Nicodemo, aquel mismo que había ido anteriormente por la noche a hablar con Jesús y que asistía a esta reunión de Fariseos, les dijo: ¿Por ventura, nuestra Ley condena a nadie, sin haberle oído primero y examinado imparcialmente su proceder? Los Fariseos indignados, le respondieron: ¿Eres tú como el Galileo? Examina bien las Escrituras y verás como no debe salir profeta alguno de Galilea. -En seguida se levantó el consejo y se retiró cada uno a su casa [817]».

---

[816] Isaías, XII, 13.

[817] Joan., VII, 40 ad ultim.

15. La preocupación universal de los Judíos, la del próximo advenimiento de Cristo y el estudio de todos los caracteres mesiánicos indicados por el Antiguo Testamento, se manifiestan con una notable energía en estos diálogos del Sanhedrín y del pueblo. La multitud, a quien los Doctores acusan de ignorancia, sabe no obstante, a no poder dudar, que el Cristo prometido por los Profetas debe venir de Belén. El texto de Miqueas ha vulgarizado esta noción que se ha revestido en todos los espíritus con el carácter de una certidumbre dogmática [818]. Los Fariseos, a pesar de sus afectados desdenes, no tienen otra creencia sobre este punto. Así es, que remiten a Nicodemo a las Escrituras, para convencerse de que no debe venir de Galilea el Profeta. Pero la discusión que se suscita entre la multitud, tiene un aspecto más particularmente interesante, bajo el punto de vista de la crítica moderna. ¿Cómo, dicen los racionalistas, podía suscitarse la objeción sobre Belén si hubiera sido público y notorio que nació Jesús en esta ciudad? La polémica empeñada por los Judíos sobre este punto, prueba perentoriamente que la narración evangélica del nacimiento en Belén, es una interpolación apócrifa, inventada después del suceso, por requerirlo así el asunto. -Éste es uno de los argumentos predilectos de la escuela de nuestros sofistas. [469] Ya lo hemos hallado a propósito de la vocación de Nathanael, y lo volveremos a encontrar, con ocasión del título de la Cruz, inscrito por Pilatos. Importa, pues, discutir sobre él aquí, haciendo resaltar, por medio del mismo texto del Evangelio, su increíble inanidad. La muchedumbre que rodeaba a Nuestro Señor en el Templo, se componía de Judíos, que habían venido de todos los puntos del globo a asistir a la fiesta nacional. Componíase asimismo de los habitantes de Jerusalén; de los Hebreos que se habían establecido en tierra de Palestina; de los peregrinos de origen judío, fijados en las demás comarcas del universo, y comprendidos bajo la dominación oficial de Judíos de la dispersión; finalmente, de los prosélitos, es decir, de los extranjeros convertidos a la fe mosaica. Pues bien; evidentemente esta multitud, de procedencias y de patrias tan diversas, no podía saber los pormenores particulares del nacimiento de Jesucristo en Belén. Nuestros retóricos hacen aquí el paralogismo que censuran con justo título en los historiadores del siglo de Luis XIV, los cuales nos representan la corte de Clodoveo con los rasgos de la de Versalles. Raciocinan como si hubieran podido los Hebreos, reunidos en los pórticos del Templo para la fiesta de los Tabernáculos, leer desde aquel momento, el Evangelio de San Mateo y de San Lucas, y aprender en él que Jesucristo había nacido en Belén. Realmente el episodio de Belén, que en el día es de notoriedad universal, no lo sabían aun sino un corto número de testigos. Súbitamente surgía en el seno del pueblo judío un profeta que reunía en su persona los caracteres mesiánicos de poder sobrenatural y de enseñanza divina. Sin embargo, salía de Nazareth a Galilea, después de treinta años de oscuridad, en las tareas de una condición, en la que había ganado con el sudor de su rostro el pan de cada día. La Galilea, patria de su adolescencia, no era el lugar en que había nacido. Pero, ¿quién podía saberlo a excepción de sus parientes? Había trascurrido un cuarto de siglo después de la muerte de Herodes. La misma época del nacimiento de Jesucristo en el Praesepium de Belén no hubiera sido notada por la nación sin la llegada de los Magos a Jerusalén. La degollación de los Inocentes que la siguió de cerca, debió hacer perder completamente todas las esperanzas suscitadas por este incidente

---

[818] Mich., V, 2.

extraordinario. Veinte y cinco años de silencio son algo en la vida de un pueblo; y cuando el Salvador, dejando el taller del carpintero Josef, se manifestó en [470] las orillas del Jordán y del lago de Tiberiades, nadie podía leer en la frente del divino artesano de Nazareth, a no ser por alguna revelación particular: Éste ha nacido en Belén. Para comprender bien el absurdo de la hipótesis racionalista, basta, pues, colocarse con ella en el terreno que ha elegido. ¿Cómo el pueblo judío que había visto deslizarse en Nazareth los veinte y cinco primeros años de la vida de Jesús, había de haber podido, a no ser milagrosamente, dar a Jesús otro nombre que el de Nazareno? ¿Cómo, en el silencio y la oscuridad de esta vida oculta, hubiera podido el pueblo Judío, sino era por medio de un milagro, adivinar la realidad divina? ¿Cómo finalmente, cuando toda la Galilea hablaba de su compatriota Jesús de Nazareth, hubiera podido el pueblo judío, a no ser por un fenómeno de increíble perspicacia, saber que no era Galileo Jesús? El error de los Judíos era, digámoslo, muy natural por una parte, y verdaderamente providencial por otra. Era preciso que fuera condenado a muerte Jesucristo: los Profetas lo habían anunciado. Pero como dice San Pablo, «jamás hubieran crucificado los Judíos al Rey de la gloria», si hubieran distinguido todos claramente la aureola divina que lo circundaba. La mezcla de luz y de oscuridad que notamos aquí, es el rasgo más característico de la obra de nuestra redención, tanto que desconocerlo, sería trastornar toda la economía de la salvación; y sin embargo, ¿por qué se suscita una discusión entre el pueblo? Si no hubiera habido en el Templo de Jerusalén testigos que afirmasen el nacimiento de Jesús en Belén, hubiera sido imposible la controversia. Nadie hubiera podido, según las profecías mesiánicas, pensar en atribuir al Salvador el nombre de Cristo. Y no obstante, el texto evangélico es formal. «Gran número creyeron en él», dice San Juan. Por consiguiente, un número considerable de testigos refirieron que el Galileo Jesús había nacido bajo el imperio de circunstancias excepcionales, en la ciudad de David, y dieron razón de esta aparente anomalía entre el texto formal de las profecías y el título de Nazareno, atribuido universalmente a Jesús. Reprodújose en los pórticos del Templo lo que hizo María en las bodas de Caná en favor de Nathanael y de los primeros discípulos, brillando así la maravillosa unidad de la historia evangélica al través de todos los sofismas y de todas las argucias bajo que se pretendía sofocarla.

16. El último día de la fiesta de los Tabernáculos, el pueblo que había pasado la semana bajo sus tiendas de follaje, volvía a entrar [471] después del sacrificio de la tarde, en el interior de las casas. El texto sagrado alude a este uso nacional, cuando dice: «Volvió cada uno a su casa». Pero el divino Maestro, como él mismo decía, «no tenía donde apoyar su cabeza». Salió, pues, de Jerusalén, y pasó la noche en el monte de los Olivos. Esta colina se elevaba a una media legua de la Ciudad Santa, en medio del valle del Cedron, con sus bosques de limoneros, granados, higueras y palmeras. Desde la cumbre domina la vista la ciudad de David y las campiñas de Hebrón. Allí, bajo un ramillete de olivos, se hallaba situada la gruta de Getsemaní, a algunos pasos del pueblecillo de Bethphagé. Tal era el asilo donde acostumbraba pasar Nuestro Señor las noches en oración. La hospitalidad que había rehusado Belén al Dios del pesebre, la había negado igualmente la orgullosa Jerusalén al Dios del Calvario. «Jesús se retiró, pues, al monte de los olivos, dice el Evangelista». -Luego que hubo terminado su oración, le hizo esta pregunta uno de sus discípulos: «Señor, enséñame a orar, como enseñó también Juan a sus discípulos». Entonces le recordó Jesús las palabras de la Oración

Dominical, según la fórmula que había dado precedentemente en el sermón de la montaña, y añadió: «Si alguno de vosotros tuviese un amigo, y fuere a llamar a su puerta a media noche, gritando: Amigo, préstame al punto tres panes, porque acaba de llegar de viaje a mi casa otro amigo mío y no tengo nada que darle; y aquél respondiere de adentro: No me molestes; la puerta está ya cerrada, y mis criados están acostados como yo, y no puedo levantarme a dártelos. Si no obstante, el primero porfiare en llamar, os aseguro que cuando no se levantare a dárselos por razón de su amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia, se levantará al fin y le dará todos los que necesite. Así os digo yo: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá. Cuando alguno de vosotros pide pan a su padre ¿le dará acaso éste una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una sierpe? o si le pide un huevo, por ventura, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno a los [472] que se le pidan? [819]»

17. «Al día siguiente, al romper el día, volvió Jesús al Templo, y concurrió a él todo el pueblo, y sentándose, se puso a enseñarles. Cuando he aquí que los Escribas y Fariseos le trajeron a una mujer cogida en adulterio, y poniéndola en medio, dijeron a Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés nos manda en la Ley castigar tal crimen con el suplicio de la lapidación. ¿Qué dices tú sobre esto? Lo cual preguntaban para tentarle y hallar un pretexto para acusarle. Pero Jesús, inclinándose hacia el suelo, se puso a escribir con el dedo en tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra. Y volviendo a inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas oída tal respuesta, se fueron saliendo uno tras otro, desde los más viejos hasta los más jóvenes, hasta que dejaron solo a Jesús y a la mujer que estaba en medio. Entonces levantándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? -Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: Pues tampoco yo te condenaré. ¡Anda y no peques ya más [820]».

18. Las tres pecadoras del Evangelio, convertidas y rehabilitadas por el divino Maestro son la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob, Magdalena en la casa del Fariseo y la mujer adúltera en el Templo de Jerusalén. ¡Singular obstinación de la humanidad degradada! Cada uno de estos actos de misericordia suprema ha sido objeto de las más ásperas recriminaciones de la herejía. Es visible que se ha esforzado Satanás en desheredar al mundo de la esperanza, borrando hasta la última huella de las absoluciones pronunciadas por el Salvador sobre las frentes culpables. Los Catalinistas del siglo décimo de la Iglesia, estos antepasados del puritanismo moderno, pretendían que había sido calumniada la memoria de la Samaritana, y que se había interpretado siempre en sentido contrario la palabra de Nuestro Señor: «Has tenido cinco maridos, y aquel con quien vives ahora no lo es tuyo». El jansenismo lanzaba gritos de horror, oyendo aplicar a María Magdalena el

---

[819] Luc., XI, 13.

[820] Joan., VIII, 1.

epíteto de pecadora. Finalmente, el episodio de la mujer adúltera, sublevaba la delicadeza de los herejes de los primeros siglos, hasta el punto de creer que debían suprimirlo en los ejemplares de sus Evangelios. «Estos hombres [473] de poca fe, o más bien, estos enemigos de la fe verdadera, dice San Agustín, profesan con los paganos, un sentimiento de indignación suprema contra esta historia. Imagínanse sin duda que la indulgencia del Salvador tendría por resultado alentar a las esposas en el camino del crimen, asegurándoles la impunidad. Así, pues, han hecho desaparecer este relato de sus códices. ¡Como si Jesús hubiese autorizado el desorden!, cuando dice al contrario a esta mujer: ¡Ve, y no peques ya más! ¡Como si el Médico celestial hubiera debido abstenerse de purificar una alma manchada, por deferencia a los insensatos que en ello encontrasen un motivo de escándalo! [821]« La pretensión de poner un límite a la bondad suprema, y de hacer prevalecer la exageración de un rigorismo implacable sobre las misericordiosas condescendencias de la gracia divina, es uno de los más extraños contrastes que han podido producirse en el seno de la humanidad. ¡Qué! En medio de nuestra debilidad y de nuestra flaquezas nativa, en este abismo de ignominia en que se agita una raza de caída, entre estos misterios de vergüenza, que abrasan de rubor todos los rostros y que atormentan en secreto las conciencias, se hallan hipócritas de virtud, de justicia y de pudor, bastante audaces para decir al perdón de Jesucristo: ¡No llegarás hasta mí! ¡Insultas mi dignidad! -Así es, no obstante; y se ostentan a la luz del medio día todas las inconsecuencias más monstruosas, en cuanto se trata de combatir la doctrina de salvación traída al mundo por el Verbo encarnado.

19. Sin embargo, ninguna de las páginas del Evangelio, se halla marcada con caracteres de autenticidad más evidentes que el episodio de la mujer adúltera. La ley de Moisés castigaba un crimen de esta clase con la lapidación [822]. Los Fariseos y los Doctores de la Ley, cuyos desórdenes e inmoralidad eran entonces tan escandalosos que el mismo Talmud los condena con una energía que desafía toda traducción, habían dejado poco a poco caer en desuso los rigores de [474] la legislación mosaica sobre esta materia. Mas no por ser inexorable dejaba de subsistir el mismo texto de la ley, ni dejaba de leerse en las sinagogas. La prueba a que someten al Salvador, les ofrecía, pues, un pretexto imaginado maravillosamente para fundar toda base de acusación. Si respondía Jesucristo que era preciso lapidar a esta desgraciada, comprometía con su popularidad la reputación de condescendencia, de dulzura y de misericordia, de que gozaba con el pueblo. Asumía, pues, toda la odiosidad de un juicio que la tolerancia interesada de los Fariseos había hecho desterrar hacía largo tiempo de las costumbres sociales. Si se inclinaba, al contrario, hacia la clemencia, pronunciaba una palabra de absolución y violaba abiertamente la ley santa. De esta suerte, se confirmaban las acusaciones análogas que se le habían dirigido, a propósito de las prescripciones sabáticas;

---

[821] Sed hoc videlicet infidelium sensus abhorret, (nempe reconciliari mulieri per poenitentiam enmendatae) ita ut nonulli modicae fidei vel potius inimici verae fidei, credo metuentes peccandi impunitatem dari mulieribus suis, illud quod de adulterae indulgentia Dominus fecit, auferrent de codicibus suis: quai permissionem peccandi tribuerit qui dixit: Jam deinceps noli peccare, aut ideo non debuerit mulier a medico Deo illius peccati remissione sanari, ne offensentur insani. (S. Agustín. De conjug. adulter., lib. II, Patrol. Latin., tom. IV, pág. 474.)

[822] Levit., XX, 10; Deuter., XXII, 24.

declarábase en rebelión contra las instituciones nacionales; confesaba altamente la intención de destruirlas, y llegaba a ser manifiestamente culpable de lesa majestad divina. Estos cálculos, tan profundamente hostiles, no podían tener lugar sino entre Judíos: en Roma o en Atenas no hubieran obtenido la menor probabilidad de buen éxito. Cada pormenor del texto Sagrado lleva aquí el sello exclusivo de la civilización hebraica. Entre los Judíos era regla absoluta consultar a los Doctores más famosos en los casos extraordinarios en que presentaba la explicación de una ley dificultades formales. No había, pues, nada insólito en el paso dado por los Escribas y los Fariseos, al dirigirse a Jesús para un asunto tan grave. Todo el pueblo rendía homenaje a la sabiduría y a la prudencia del Rabbi Galileo. Maravillábase el pueblo de que tuviera un conocimiento tan perfecto de la ley, cuando era público y notorio que no la había estudiado nunca. Finalmente, por una coincidencia muy notable, el día mismo en que llevaron a su presencia a la mujer adúltera, día siguiente a la clausura de la solemnidad de los Tabernáculos, era precisamente en el que celebraba la multitud la Fiesta de la Ley. Así, pues, debían prepararse todos los espíritus con las impresiones religiosas de este día a exaltarse en favor de la ley nacional, si, como suponían los Fariseos, era una sentencia absolutoria la del divino Maestro. Pero Jesús, sin responder a la capciosa interrogación de los Escribas, se inclina y traza con el dedo caracteres en el suelo del Templo. Cuando una mujer, acusada de esta suerte, era conducida ante el sacerdote, tomaba éste una poca tierra del [475] pavimento, y escribía en el libro de las maldiciones el crimen que se la imputaba. Mezclando después la tierra con el agua de una copa, sobre la que pronunciaba el anatema legal, hacía beber este brevaje a la acusada. Tales eran las formas prescritas por Moisés para esta clase de juicios de Dios. Si la mujer era inocente, no le hacía daño alguno la poción maldita. En caso contrario, se veía vacilar a esta desgraciada, desmayarse y expirar entre horribles convulsiones. He aquí por qué Nuestro Señor, imitando las ceremonias exteriores del juicio sacerdotal, en lo que podía practicarse inmediatamente, se inclina a tierra y escribe con el dedo en el polvo del pavimento del atrio. Los Fariseos debieron creer que Jesús trazaba en el suelo la fórmula de la maldición, y en esta inteligencia, redoblan sus instancias para obtener la respuesta que esperan. Pero el Salvador se endereza y les dice: «¡El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra!» Así habla el Hijo de Dios, leyendo en el secreto de estas conciencias manchadas; y el pueblo, testigo del desorden de las infamias diarias de estos hombres, sigue con la vista la turbación que ocasiona semejante sentencia entre la muchedumbre impura. Los acusadores debían, conforme a la ley judía, arrojar la primera piedra al culpable condenado por su testimonio. La respuesta de Nuestro Señor toma a esta disposición legal un carácter enteramente particular de energía y de verdad terrible. Los Hebreos no conocían la institución moderna del verdugo. «Si se comete un crimen en Israel, había dicho Moisés, se apresara al culpable que será juzgado en presencia de la asamblea, llevándole el pueblo fuera de la ciudad y lapidándole, pero los testigos que hayan visto y denunciado el atentado, arrojarán la primer piedra. Así extirparéis el mal de entre vosotros». El juicio de la mujer adúltera tiene, pues, el grado más elevado de los caracteres de autenticidad intrínseca. En cualquiera otra parte que no fuera Jerusalén, hubiera sido absolutamente imposible que se verificara.

20. «Otra vez, continúa el Evangelista, se dirigió también Jesús al pueblo, diciendo: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que

tendrá la luz de la vida. -Los Fariseos le replicaron entonces: Tú das testimonio de ti mismo, y así tu testimonio no es idóneo. -Respondioles Jesús: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe, porque yo sé [476] de dónde he venido y a dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis de mí según la carne, pero yo no juzgo así de nadie. Y cuando yo juzgo, mi juicio es idóneo, porque no soy solo (el que da el testimonio) sino yo y el Padre que me envió. Y está escrito en vuestra ley, que el testimonio de dos personas fija la verdad. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y además el Padre que me envió da testimonio de mí. Preguntáronle ellos: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Vosotros no me conocéis a mí ni a mi Padre. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. «Estas palabras habló Jesús en el atrio del tesoro, enseñando en el Templo, y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora [823].

El racionalismo moderno no parece haber comprendido una palabra de estos diálogos evangélicos, sostenidos en el Templo de Jerusalén entre el Salvador y los Fariseos, enemigos suyos. «Estos discursos rígidos y desaliñados, dice, cuyo tono es con tanta frecuencia impropio y desigual, no los podría soportar un hombre de gusto [824]». ¡Se ha tenido la osadía, en verdad, de inscribir esta afirmación, sin temer que viniera el genio de San Agustín, de Santo Tomás o de Bossuet a arrojar esta innoble injuria al rostro de quien la lanzó, revelando toda la radical ignorancia o intrépida mala fe que supone el gusto de un hombre del siglo XIX, capaz de firmar semejante blasfemia! Retórico: os parece rígida y desaliñada esta afirmación del Verbo encarnado: «¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida!» ¿Cuál es, por tanto, a la hora presente el sol del mundo intelectual y moral, cuyo rayo ha ofuscado vuestra mirada hasta el punto de obligaros a la lucha impía, con cuya escandalosa responsabilidad cargáis? En este momento está por do quiera la luz de Jesucristo; la habéis hallado en la historia de lo pasado, en el desarrollo de nuestra civilización actual, en las leyes, las costumbres, las tradiciones y las glorias en medio de las cuales vivís. No podéis dar un paso, sin tropezar con ella; y la mejor prueba de que esta luz es brillante y [477] soberana, es el ataque tan violento que la habéis dirigido; pues nadie piensa en ensañarse contra un cadáver. Decidnos ahora, ¿cómo ha podido verificarse con tan maravillosa exactitud la afirmación de Jesucristo en el Templo de Jerusalén? ¿Por qué es hoy Jesucristo en realidad la luz del mundo? Los Fariseos y los Escribas no vieron en esta solemne profecía más que una exageración de vanidad personal. Pero en fin, los Fariseos y los Escribas no tenían a la vista un pasado de diez y ocho siglos, iluminado por la aureola del Cristo Redentor. No podían penetrar el velo del porvenir y contemplar los prodigios de verdad, de vida y de esplendor divinos, derramados sobre el universo por el Verbo Encarnado. He aquí, por qué rogó Jesús por ellos, «porque no sabían lo que hacían». Este secreto que desconocieron, es hoy tan manifiesto, tan público, tan notorio como la evidencia misma. Hállase por do quiera la luz de Jesucristo, bastando enunciar el hecho para consignarlo, y ¡juzgáis

---

[823] Joan., VIII, 12-20. El Gazaphylacium o Tesoro del Templo, según Josefo (Bell. Jud. V, 5, 3), se hallaba colocado en el Atrio de las Mujeres. El Talmud dice que se habían puesto allí cepillos destinados a recibir las ofrendas voluntarias y la contribución anual del didracma, para conservar el edificio sagrado y para la subsistencia de los pobres.

[824] Vida de Jesús, Introd., pág. XXIII, XXIV.s

esto una «actitud tirante y desaliñada!» ¡Y juzgáis que esto «no lo podría tolerar un hombre de gusto!» ¿Y formáis empeño en oscurecer esta luz inmortal, que os hiere? Daos, pues, antes una explicación satisfactoria de la famosa concordancia de la historia con la palabra de Jesucristo en el Templo de Jerusalén. El Salvador dijo algunos meses antes de expirar en un infame madero: « ¡Yo soy la luz del mundo!» y hoy todo el mundo civilizado proclama que Jesucristo es su luz. Si se ha profetizado por la casualidad, y si la casualidad ha realizado la profecía, vuestra casualidad es tan poderosa como Dios mismo, y lo sobrenatural que negáis, os envuelve aun, al través de la malla de vuestra escéptica terminología.

21. La palabra de Jesucristo a los Judíos equivalía a una solemne afirmación de su propia divinidad. Es imposible equivocarse sobre esto. «Los discípulos de Manes, dice San Agustín, han dado, no obstante, una explicación que raya en locura. Pretenden que el Cristo es el sol visible, cuya luz brilla a nuestros ojos mortales e ilumina este mundo terrestre. No, el Cristo no es el sol, es el Dios que ha hecho el sol. Amemos este esplendor increado que dio el ser a todas las criaturas; apliquemos toda nuestra inteligencia en comprenderlo; tengamos sed de él para que nos sea dado un día venir a él y obtener así la vida. Por ella ha sido encendida la antorcha del sol. La luz que creó al sol, quiso por amor nuestro habitar en esta tierra, a la luz del sol, obra suya. No ultrajéis, pues, bajo la nube de [478] la carne con que se ha revestido, al divino sol de las almas, pues que se envuelve con esta nube, no para desaparecer enteramente, sino para mitigar su brillo. Luz eterna, luz de sabiduría y de ciencia, dice a los hombres, bajo el velo eterno de que se halla rodeado: «Yo soy la luz del mundo [825]». ¿Humillaremos acaso a nuestros racionalistas enviándoles a la escuela del gran obispo de Hipona? Como quiera que sea, necesitan todavía aprender el sentido real de la objeción de los Fariseos. «Das testimonio de ti mismo, decían los Escribas, luego tu testimonio es nulo». Éste es uno de esos argumentos fundados en la ley judía, cuya lógica serían tentados a desconocer nuestros sofistas. Toda declaración debía, para tener carácter oficial, según la ley de Moisés, apoyarse a lo menos en dos testigos. Tal es el sentido real de la objeción Farisaica; y el divino Maestro entra en el fondo de la cuestión, invocando la declaración, conforme a aquella ley, hecha por su Padre en tiempo de Juan Bautista, en las riberas del Jordán. -¿Dónde está tu Padre? preguntaban los Escribas, -Y Jesús renueva la afirmación de su divinidad replicando: «Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre». Después de esto, ¡dejaremos al racionalismo moderno aplicar a la argumentación de Jesús las reglas de la «lógica aristotélica!»

22. «Díjoles Jesús en otra ocasión, continúa el texto sagrado. Yo me voy y vosotros me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. A donde yo voy, no podéis venir vosotros. -A esto decían los Judíos. ¿Si querrá matarse a sí mismo, y por eso dice: A donde yo voy, no podéis venir vosotros? -Y Jesús proseguía diciéndoles: Vosotros sois de acá abajo, yo soy de lo alto: vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Por eso os dije que moriréis en vuestro pecado, porque si no creyereis ser yo lo que soy, moriréis en vuestro pecado. Preguntáronle ellos: Pues ¿quién eres tú? Respondioles Jesús: Yo soy el principio de todas las cosas, el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y que condenar en

---

[825] Cf. Cornel. a Lapide, tom XVI, pág. 435.

cuanto a vosotros: como quiera, yo sólo hablo en el mundo las cosas que oí al Padre que me ha enviado, que es la verdad misma. Ellos no comprendieron que así decía que Dios era su Padre. Díjoles, pues, Jesús: Cuando hubiereis levantado en alto (o crucificado) [479] al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo, y que no hago nada de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y, el que me ha enviado está siempre conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado. Al oírle expresarse de esta suerte, muchos creyeron en él. Entonces dijo Jesús a los Judíos que creían en él. Si permanecéis en la fe de mis palabras, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. -Respondiéronle ellos: Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo, pues, dices tú, que vendremos a ser libres? Replicoles Jesús: En verdad, en verdad, os digo, que todo aquel que cometa pecado, es esclavo del pecado. Es así que el esclavo no mora para siempre en la casa, el hijo sí que permanece siempre en ella; luego si el hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois hijos de Abraham, pero (también sé que) tratáis de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto en mi Padre; vosotros hacéis lo que habéis visto en vuestro padre. Respondiéronle ellos diciendo: Nuestro padre es Abraham. Díjoles Jesús: Si fuerais hijos de Abraham obraríais como Abraham. Mas ahora pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios; no hizo eso Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro verdadero padre, y este padre no se llama Abraham. Ellos le replicaron: Nosotros no somos hijos de adulterio; tenemos un solo padre que es Dios. A lo cual les dijo Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais a mí, pues yo nací de Dios y he venido de parte de Dios; pues no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado, ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? ¿Es porque no podéis sufrir mi doctrina? Vosotros sois, pues, hijos del diablo, porque, queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: él fue homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad; y así, no hay verdad en él: cuando dice mentira, habla como quien es, porque es la mentira su esencia, y él es padre de la mentira. He aquí por qué no me creéis cuando os digo la verdad. ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. A esto le interrumpieron los Judíos irritados: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un Samaritano [480] y que estás endemoniado? -Jesús les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí. Mas yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre. -Dijeron los Judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio. Abraham murió y murieron también los profetas, y tú te atreves a decir: Quien observase mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los profetas que asimismo murieron? ¿Por quién te tienes tú? -Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria diréis, no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios; vosotros, empero, no le habéis conocido: yo sí que lo conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros, un mentiroso. Pero le conozco bien, y observo sus palabras. Abraham, vuestro Padre, ardió en deseos de ver este día mío, viole y se llenó de gozo. -Los Judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años, y viste a Abraham? -Respondioles Jesús: en verdad, en verdad, os digo, que

yo soy antes que Abraham fuese criado. Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas; mas Jesús se ocultó milagrosamente y salió del Templo [826].

23. ¿Dónde había, pues, preguntaban los críticos del siglo último en los pórticos del Templo, una provisión de piedras suficiente para armar los brazos de la multitud? El racionalismo actual no se atrevería a renovar esta añeja objeción. Todos saben hoy que la construcción de los atrios, comenzada por Herodes el Idumeo, se prolongó muchos años aun después de la Pasión de Nuestro Señor. El incidente referido aquí por el Evangelio es, pues, una de las mil pruebas de autenticidad intrínseca que brotan de cada palabra del texto sagrado. Las piedras amontonadas en los patios del Templo eran tantas, que después de terminadas completamente las obras, hubo con las sobrantes para empedrar las calles de Jerusalén. Pero sí se desprende con una maravillosa claridad la verdad histórica del Evangelio de todas las investigaciones de que es objeto, no se manifiesta en ellas con menos esplendor el carácter divino de Jesucristo. Los sofistas modernos pretenden que se ajusten los discursos [481] del divino Maestro a las reglas de la lógica aristotélica; insistiendo para que se les señale en el Evangelio alguna enseñanza teológica, un solo pasaje que se parezca a un dogma. Nada más fácil que satisfacerles. «Yo me voy, dice Jesús a los Judíos: vosotros me buscaréis y no me hallaréis, y vendréis a morir en vuestro pecado. A donde yo voy, no podéis venir vosotros». No hay duda que se puede seguir a un ser humano por donde quiera que vaya. Es también indudable que no hay hombre alguno cuyo seguimiento interese a la salvación de la humanidad hasta el punto de que quien le abandone un instante, se entregue a la muerte por el pecado, es decir, a la muerte eterna. Por consiguiente, Jesús establece aquí solemnemente, como un dogma absoluto, la necesidad de creer en su divinidad, de adherirse a ella y de seguirla, para obtener la vida. Pero esto es sólo uno de los aspectos de esta palabra, llena de profundidad y de luz, y la cual contiene dos profecías, cuya realización, que ha llegado a ser manifiesta para nosotros, debía parecer entonces imposible a los Judíos. ¿Cómo creer que un día buscarían ardientemente, sin poderle encontrar, a aquel a quien en su ceguedad querían matar? Sin embargo, hace diez y ocho siglos que buscan los Judíos al Cristo; que esperan su aparición; que imploran su dichoso advenimiento sin encontrarle nunca. Por otra parte, Jesús predice solemnemente su propia muerte; pero la predice como Dios. «Me voy», dice, como si tuviera en su mano soberana las llaves de las puertas de la vida, abriéndolas y cerrándolas a su voluntad. No dice: En breve me haréis expirar en los más crueles tormentos. La animosidad de los Fariseos y de los Escribas hacía bastante probable semejante eventualidad; pero declara que se encamina el mismo, según le place, a la hora que ha marcado para este viaje supremo. Este majestuoso lenguaje asombra de tal suerte a sus interlocutores, que suponen en él intención de suicidarse. «¿Si querrá matarse?» dicen. No nos rebelemos demasiado contra esta absurda interpretación de los Judíos. En estos últimos tiempos la ha acogido un retórico sacrílego, imaginándose haber hecho un descubrimiento; y ha escrito con sangre fría esta blasfemia: «Tentación da de creer que viendo Jesús en su muerte un medio de fundar su reino, concibió de propósito deliberado el designio de hacerse matar». ¡Tal es la lógica del Evangelio del racionalismo!

---

[826] Joan., VIII, 21 ad ultim.

24. Si hubiera desaparecido del mundo la dialéctica aristotélica, [482] no debería irse a buscarla en la escuela de semejantes sofistas. El discurso de Nuestro Señor en el Templo de Jerusalén, se desenvuelve con la unidad de doctrina y la solemnidad de enseñanza que convenían al Dios oculto, resuelto a salvar al mundo por la fe y las obras individuales. «Yo soy el principio, dice Jesús. Yo desciendo del cielo y vosotros sois de la tierra; he aquí por qué no gustáis de mi palabra, y así moriréis en la impenitencia». ¿Comprenden los racionalistas modernos lo que es el principio? o se verían tentados a repetir al divino Maestro la pregunta: ¿Qué es la verdad? -«Desde el día en que el hombre se distinguió del animal», pasan por las conciencias humanas a modo de fantasmas los nombres de principio y de verdad, vacíos de sentido, pero llenos de terrores. ¡Sería tan cómodo suprimir el Principio, que es Dios; y la Verdad que es la raíz de todos los deberes ¿No se sabría romper este antiguo yugo que pesa sobre las almas, y emancipar el mundo, proclamando que no hay ni pasado ni porvenir, que el ser moral es una quimera, y que la única ley se llama: Licencia? Tal es el programa de la religión natural. El racionalismo no cree en el milagro. ¿Pues bien? Después de otros muchos que han hecho pasar sus teorías a nuestra vista sin apercibirse de ello, he aquí uno nuevo, más evidente que la luz del medio día. Todos los instintos sensuales y bajos, todas las inclinaciones perversas y corrompidas, todas las pasiones del corazón humano, se hallan sumamente interesadas en hacer adoptar un símbolo que significa en política: No más autoridad; en religión: No más Dios; en práctica: No más leyes, tribunales ni jueces; en moral: No más deberes; en conciencia: No más freno. Borrar de una plumada el altar y el sacerdote, el soberano y el gendarme; todas las instituciones, todas las leyes, todo lo que sirve de obstáculo al desenvolvimiento de las fuerzas brutales, y todo cuanto retiene a la humanidad en la pendiente del crimen, es una de las obras maestras del poder de Satanás. Pues bien; ha poco hemos oído proclamar, en nombre de la ciencia, semejante constitución, rodeada de todos los honores oficiales, aclamada por todos los ecos, y llevada en todas las alas de la fama. ¿Cómo es, pues, que no ha conquistado un solo adepto formal? ¿Cómo ha permanecido estéril? ¿Cómo una religión tan suave, una moral tan fácil, un código tan complaciente, no han podido elevar un solo altar, convertir una sola alma ni fundar un solo tribunal? [483] ¡Insensatos! ¿No hay en vosotros y sobre vosotros una lógica más poderosa que todas vuestras sinrazones? El día que triunfaran vuestras doctrinas, sería aquel en que se acostaría la humanidad en la muerte. La libertad, este nombre divino, usurpado desgraciadamente en favor de tantas utopías, fue definido por Jesucristo en el Templo de Jerusalén, cuando dijo: «La verdad os hará libres». Verdad, Libertad, tales son los dos términos juntos inseparablemente, cuya unión resolverá todos los problemas, ante los cuales vacilan las sociedades como un hombre ebrio. Fuera de este programa del Salvador, que ha venido a romper la esclavitud de las pasiones, desaparece la verdad bajo el sofisma, y resbala la libertad en la sangre y el desorden.

§ III. El ciego de nacimiento

25. «Jesús, dice el Evangelista, vio a un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: Maestro: ¿Qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos, o los de sus padres? -Respondió Jesús: Ni los suyos ni los de sus padres, sino para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, mientras dura el día. Viene la noche, en la cual ninguno puede obrar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Así que hubo dicho esto, escupió en la tierra, y formó barro con la saliva, y aplicole a los ojos del ciego, y díjole: Anda y lávate en la piscina de Siloé. Fuese, pues, y lavose allí y volvió con vista. Por lo cual, los vecinos y los que le habían visto pedir limosna, decían: ¿No es éste, el que sentado en el camino, pedía limosna? Éste es, respondían algunos. Y otros decían: no es él, sino alguno que se le parece. Pero él decía: Sí que soy yo. Preguntábanle, pues, ¿cómo se te han abierto los ojos? Respondió él: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo un poco barro y le aplicó a mis ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé y lávate allí. Yo fui, me lavé y veo. -Preguntáronle: ¿Dónde está ése? Respondió: No lo sé. -Llevaron pues, a los Fariseos al que antes estaba ciego. -Es de advertir que cuando Jesús formó el barro y le abrió los ojos, era día de sábado. Nuevamente, pues, los Fariseos le preguntaban también, cómo había logrado la vista. Él les respondió: Puso barro sobre mis ojos, me lavé, y veo. [484] -Sobre lo que decían algunos de los Fariseos: No es enviado de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. Y otros decían: ¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros? Y había discusión entre ellos sobre esto. Y preguntaron de nuevo al ciego. ¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos? Respondió él: Que es un Profeta. Pero los Judíos no creyeron que hubiese sido ciego y recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres, y les preguntaron: ¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora? -Sus padres le respondieron diciendo: Sabemos que éste es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve, no lo sabemos; ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos; preguntádselo a él: edad tiene; él dará razón de sí. -Dijeron esto sus padres, temiendo la cólera de los Judíos, porque ya éstos habían resuelto echar de la Sinagoga a quien confesase que Jesús era el Cristo. Por eso dijeron sus padres: edad tiene, preguntádselo a él. -Llamaron, pues, los Fariseos otra vez al hombre que había sido ciego, y dijéronle: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo antes era ciego, y ahora veo. -Replicáronle: ¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos? -Respondioles: Os lo he dicho ya, y lo habéis oído: ¿a qué fin queréis oírlo de nuevo? ¿Si será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos? -Entonces lo llenaron de maldiciones, y le dijeron: Tú serás su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es. -Respondió aquel hombre, y les dijo: Aquí está la maravilla, que vosotros no sabéis de dónde es éste, y con todo ha abierto mis ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores, sino que aquel que honra a Dios y hace su voluntad, éste es a quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese enviado de Dios, no podría hacer tales prodigios. Los Fariseos le respondieron: Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados y ¿tú nos das lecciones? Y le arrojaron

fuera de la Sinagoga. Oyó Jesús que le habían echado fuera, y haciéndose encontradizo con él, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? -Respondiole él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? -Díjole Jesús: Lo viste ya, y es el mismo que está hablando contigo. -Entonces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose a [485] sus pies, lo adoró. -Y añadió Jesús: Yo vine a este mundo para el juicio del mundo, a fin de abrir los ojos a los que no ven, y que los que ven queden ciegos. -Oyeron esto algunos Fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Pues qué, nosotros somos también ciegos? Respondioles Jesús: Si fuerais ciegos, no tendíais pecado; pero por lo mismo que decís: nosotros vemos, por eso, vuestro pecado persevera en vosotros [827]».

26. No se leerá sin interés, a continuación de esta página evangélica, los ensayos que para explicarla ha aventurado el racionalismo acosado. «La diferencia de los tiempos, ha cambiado, dice, en algo para nosotros humillante lo que hizo el poder del gran fundador, y si se debilita alguna vez el culto de Jesús en la humanidad, será justamente a causa de los actos que han hecho creer en él. La crítica no experimenta embarazo alguno ante esta clase de fenómenos históricos. Un taumaturgo de nuestros días es odioso, a no tener una extrema candidez, como se verifica respecto de ciertas estigmatizadas de Alemania; porque hace milagros sin creer en ellos, y es un charlatán. Pero tomemos un Francisco de Asís, y la cuestión varía ya de aspecto; y lejos de extrañarnos el cielo milagroso del nacimiento del orden de San Francisco, nos causa un verdadero placer. Los fundadores del cristianismo vivían en una especie de poética ignorancia, al menos tan completa como Santa Clara y los *tres socii*. Parecíales muy sencillo que tuviera su Maestro entrevistas con Moisés y Elías; que mandase a los elementos, que curase los enfermos. Tal es la debilidad del espíritu humano, que generalmente las mejores causas se ganan con malas razones. ¿Quién sabe si la celebridad de Jesús, como exorcista, no se divulgó casi sin saberlo él mismo? Las personas que residen en Oriente, sorpréndense a veces de encontrarse, al cabo de algún tiempo, en posesión de una gran fama de médico, de hechicero, de zahorí, sin que puedan darse cuenta de los hechos que dieron ocasión a estas extrañas imaginaciones. Muchas circunstancias parecen indicar que no fue Jesús taumaturgo, sino tarde y contra su voluntad: muchas veces no ejecuta sus milagros sino después de haberse hecho rogar, con una especie de mal humor, y echando en cara a los que se los piden, la tosquedad de su entendimiento. Puede, pues, [486] creerse, que se le impuso su reputación de taumaturgo; que no se resistió mucho a ella, pero que no hizo tampoco nada para auxiliarla, y que en todo caso, experimentaba la vanidad de la opinión sobre este particular. Es imposible, entre los relatos maravillosos, cuya fatigadora enumeración contienen los evangelios, distinguir los milagros que se han atribuido a Jesús por la opinión, de los en que ha consentido en representar un papel activo. Es imposible sobre todo saber si las extrañas circunstancias de esfuerzos, estremecimientos y otros rasgos propios de un juglar, son verdaderamente históricas, o bien fruto de la creencia de los redactores, en extremo preocupados de la theúrgia, y viviendo bajo este respecto en un mundo análogo al de los espíritus de nuestros días. Sin embargo, sería faltar al buen método histórico hacer demasiado caso aquí de nuestras repugnancias, y para sustraernos a las objeciones que podría haber tentación de suscitar contra el carácter de Jesús,

[827] Joan., IX, integr.

suprimir hechos que a los ojos de sus contemporáneos, ocuparon el primer término. Sería cómodo decir, que éstos son adiciones de discípulos muy inferiores a su Maestro, que, no pudiendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzarla con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores de la vida de Jesús están unánimes en elogiar estos milagros; uno de ellos, Marcos, intérprete del Apóstol Pedro, insiste de tal suerte sobre este punto, que si se trazara únicamente el carácter de Cristo, según su evangelio, se le representaría como un exorcista poseído de encantamientos de rara eficacia, como un poderoso hechicero que infunde temor y de que se quiere desembarazarse. Admitimos, pues, sin vacilar, que han tenido lugar en la vida de Jesús actos que en el día se considerarían como de ilusión o de locura. ¿Deberá sacrificarse a esta parte ingrata la parte sublime de tal vida? Guardémonos de ello. Además el problema se presenta de la misma manera respecto de todos los santos y de los fundadores de religiones. Casi hasta nuestros días, los hombres que han hecho más en beneficio de sus semejantes (¡el mismo excelente Vicente de Paul!) han sido, quieras que no, taumaturgos [828]».

27. Tal es la actitud del racionalismo en vista de los milagros evangélicos. «No experimenta, dice, ningún embarazo». Esta afirmación preliminar se parece a la patente de valor que se otorga a [487] sí mismo un cobarde en frente del enemigo. Infunde siempre desconfianza un valor que necesita atestiguarse a sí mismo. Bajo este punto de vista, nada es menos hábil que la precaución oratoria del moderno retórico. Necesitaba mostrarse fuerte sin preocuparse de parecerlo anteriormente. Pues bien; el capítulo de la *Vida de Jesús* intitulado: *Milagros,* de donde hemos extractado los pasajes que se acaban de leer, es ciertamente el menos atrevido y osado de toda la obra. Permítasenos invocar también nosotros las reglas de la lógica aristotélica: no podrá quejarse de ello el racionalismo, y por otra parte, quiéralo o no, la máxima cristiana: «Con la misma vara que midieres serás medido», ha prevalecido en nuestras civilizaciones modernas. Ensayemos, pues, aplicar la nueva teoría del milagro a la narración evangélica de la curación del ciego de nacimiento. Pasando por el camino, encuentra el divino Maestro a este infeliz. Nadie solicita en su favor la poderosa intervención del Verbo encarnado. El mismo ciego no levanta su voz, contentándose con exponer a los ojos de los pasajeros el espectáculo de su miseria, y calla. Rabbi, preguntan los discípulos, ¿qué pecados son causa de que este haya nacido ciego, los suyos o los de sus padres? Semejante pregunta haría asomar sin duda una sonrisa en los labios de nuestros sofistas. Pero había en Jerusalén dos opiniones sobre la preexistencia de las almas, según nos ha conservado el historiador Josefo [829]. Los doctores Fariseos admitían la metempsicosis pitagórica, creyendo que habían participado los seres humanos, que existían a la sazón, de una vida anterior capaz de mérito o de demérito. En este sentido fue en el que podía temer Herodes Antipas que hubiera pasado el alma de Juan Bautista a la persona de Jesús de Nazareth, después del crimen de Maqueronta. La segunda opinión consistía en decir, que en el día de la creación, habían recibido el ser simultáneamente todas las almas, las cuales, esperando ir a ocupar un cuerpo, permanecían, dice el Talmud, en el trono de la gloria celestial. La pregunta de los discípulos está perfectamente de acuerdo con las preocupaciones

---

[828] Vida de Jesús, 257, 258, 265-267.

[829] Joseph., De Bello Judaic., lib. II, cap. VIII.

locales y la sociedad contemporánea. O el alma del ciego de nacimiento preexistente al cuerpo, había podido contraer, en una vida anterior, manchas que espiaba a la sazón, y en este caso, era culpable el doliente; o bien, en vez de ser la culpa personal, [488] debía imputarse a los padres de este desgraciado, según la expresión igualmente farisaica del texto de la Escritura: «Yo soy Jehovah, el Señor, Dios tuyo, el Fuerte, el Celoso, que castigó la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de mis enemigos [830]». Así, la pregunta que hicieron los discípulos no se eleva sobre el nivel de las preocupaciones vulgares, sino que es la expresión espontánea y verdadera de las costumbres de la época. Libres son nuestros espíritus fuertes de compadecerse de ella, y no obstante, ¿qué saben ellos sobre la cuestión del alma? Pero es imposible desconocer su carácter de evidente autenticidad. «Ni los pecados de este hombre ni los de sus padres, responde Jesús, son causa de su ceguera; sino que es ciego para que se manifiesten en él las obras del poder de Dios. Yo soy la luz del mundo. Y lo prueba el Salvador dando vista al ciego de nacimiento. Y «no se hace rogar», ni es posible notar en su semblante la menor apariencia de «mal humor»; ni «hecha en cara a ninguno de sus interlocutores» la tosquedad de su entendimiento. Pero es preciso confesar que hace intervenir en la acción inesperada y libre de su voluntad suprema, «una circunstancia chocante». Con la saliva de su boca hace con tierra un poco barro que aplica a los párpados del ciego. Ni el espiritismo, ni la medicina científica, ni «los encantos de rara eficacia del más potente hechicero», han tenido jamás nada análogo a este barro que va a volver la vista a un ciego. ¿Y qué delicada organización podría soportar la idea de un remedio tan repugnante imaginado como de adrede en contradicción con el objeto a que se dirige, puesto que sería a propósito para cegar a un hombre de buena vista? Pero el dedo que petrificó la arcilla de que fue formado el hombre, es precisamente el que forma un poco barro para el ciego de Jerusalén: la mano que trasformó el barro primitivo en esta admirable estructura de nuestro cuerpo, es la única que tiene el secreto de transformar en un órgano perfectamente constituido el barro que aplica a los ojos apagados. Pues qué; ¿Sería Jesucristo el Dios Criador? ¿Es esta realmente la lógica del Evangelio?

28. ¿Sí a la verdad? y esta conclusión resalta invenciblemente de cada una de las expresiones del Libro Sagrado. Decís: «Jesús no hizo milagros»; y añadís, no obstante, «todos los historiadores [489] están unánimes en elogiar sus milagros». Decís «que da tentación, con respecto al carácter de Jesús, de suprimir hechos que fueron colocados en primer término a los ojos de los contemporáneos», y añadís «que tuvieron un gran lugar en la vida de Jesús actos que ahora se consideran como de ilusión o de locura». Finalmente afirmáis que «no experimenta la crítica ante esta clase de fenómenos históricos embarazo alguno», y añadís que «Marcos», el historiador de Jesús más autorizado a vuestros ojos, «lo representa como un poderoso hechicero que infunde temor y de que se quiere desembarazarse». Id, pues, si podéis, a aplicar estas flagrantes contradicciones a la inflexible medida de la «lógica aristotélica». El día en que sean reconocidos el sí y el no, la afirmación y la negación, el ser y el no ser como términos idénticos por el género humano, este día habréis encontrado la misma lógica que pueda justificar vuestra teoría. Entre tanto, estáis condenados a repetir sin cesar con la seguridad

[830] Exod., XX, 5.

de la desesperación: «La crítica no encuentra embarazo alguno en vista de esta clase de fenómenos históricos».

29. Los Fariseos fueron menos afortunados: y su conducta respecto al ciego de nacimiento, acusa el más terrible embarazo. Escupir en tierra y aplicar con el dedo un poco barro a los párpados de un ciego ¿era un trabajo prohibido por la ley del descanso sabático? Para creerlo así, era preciso una gran fe. Y no obstante, se ven obligados los Fariseos a atrincherarse detrás de esta miserable argucia. ¿No les hubiera sido más cómodo negar el milagro mismo? Así cortaban de raíz la dificultad. Pero ¿cómo persuadir a un ciego de nacimiento, que ve por primera vez la luz del día, que se engaña sobre un hecho tan íntimamente personal? ¿Qué contestar a un padre, a una madre que dicen: «¿Éste es nuestro hijo: nació ciego, y ahora ve?» Si los doctores Judíos hubieran sido más versados en la medicina, les hubiera hecho impresión una circunstancia que no podemos omitir. Cuando la cirugía moderna practica con buen éxito la operación de una catarata, se guarda bien de exponer inmediatamente el órgano del ojo a los rayos luminosos, porque una imprudencia de este género produciría una ceguera más terrible que la primera. Sólo con el tiempo y con una gradación calculada prudentemente, puede verificarse sin peligro la transición de las tinieblas a la luz. Pero no se pone en práctica ninguna precaución de este género respecto del ciego de Jerusalén. Va a lavar sus ojos a la piscina [490] de Siloé, y vuelve curado. La brillante luz del cielo de Oriente, percibida por primera vez, no ofende ni hiere su mirada no acostumbrada a ella. «Yo soy», dice este mendigo a los vecinos que encuentra, cuya voz amiga conoce y cuyo semblante y facciones distingue al presente. La luz exterior que le inunda con sus acariciadores efluvios, no hace que pierda su alma en lo más mínimo sus esplendores internos. La dialéctica del ciego de nacimiento no debe causar envidia a nuestros racionalistas. «¡Qué! dice ¿no sabéis de quién procede el que me ha curado? Pero puesto que obra de esta suerte, es claro que procede de Dios». Destierre la Sinagoga a este lógico importuno; pronuncie sobre él el anatema legal; envíelo ignominiosamente al rebaño de los Gentiles, a quienes el judaísmo lanzaba el epíteto de perros; todo esto sólo sirve para atestiguar más solemnemente el milagro. Aquí no hacen falta las comisiones oficiales; han sido oídos los testigos; han sido renovadas las interrogaciones del Sanhedrín con toda la insistencia y la solemnidad apetecibles. Hase afirmado la ciencia legal en Jerusalén, con el tono irónico y punzante que la caracteriza siempre; hase mezclado hábilmente la instrucción con preguntas capciosas, con calculada intimidación, con profesiones de fe enérgicas. ¿Qué más hubiera hecho un tribunal presidido por el menos embarazado de nuestros actuales racionalistas?

§ IV. Parábolas

30. A pesar de la excomunión del ciego de nacimiento, a pesar del odio siempre creciente de los Fariseos, continúa Jesús enseñando en el Templo. Las piedras con que se habían armado todos algunos días antes contra el Hijo de Dios, permanecen actualmente amontonadas en los pórticos, y son impotentes los Escribas para desencadenar sobre esta augusta cabeza, una de esas borrascas populares que dirigen a su voluntad. El Evangelista no dice una palabra del contraste tan manifiesto entre las tempestades de la víspera y calma del día siguiente, siendo inexplicable semejante cambio en los espíritus, sino se hubiera verificado el milagro de la piscina de Siloé. Hallábase, pues, el Divino Maestro en la casa de su Padre; veía entrar por la Puerta Probática, las ovejas y los corderos destinados a los sacrificios, y dijo a los Judíos: «En verdad, en verdad, os digo; que [491] quien no entra por la puerta del aprisco de las ovejas, sino que se introduce por otra parte, es un ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz, y llama a cada una de sus ovejas por su propio nombre, y las saca afuera para conducirlas a los pastos. Y, después de sacar fuera sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. -Mas a un extraño no le siguen, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños. -Tal fue la parábola que les propuso Jesús, pero no entendieron lo que les decía. Y así volvió Jesús a decirles: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta del aprisco de las ovejas: todos los que hasta ahora han venido, han sido ladrones o salteadores, y así las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. El que por mí entrare, se salvará, y entrará y saldrá y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar y matar y hacer estragos: mas yo he venido para que las ovejas tengan vida y la tengan superabundante. Yo soy el buen Pastor; el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas; pero el mercenario y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco mis ovejas y las ovejas me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco; las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor; por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas, bien que para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla; tal es la misión que recibí de mi Padre. -Este discurso excitó una nueva división entre los Judíos. Decían muchos de ellos: Está poseído del demonio, y ha perdido el juicio ¿por qué le escucháis? -Otros al contrario, decían: No son palabras éstas de quien está endemoniado, ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos? [831]»

31. La imagen del buen Pastor es la que se halla con más frecuencia [492] en las pinturas de las Catacumbas [832]. El rebaño perseguido de las ovejas de Cristo

---

[831] Joan., X, 1-2.

[832] Fu dessa ai primi fideli tanto cara e famigliare che ad ogni passo la si vede espressa ne' cubicoli cimiteriali. (Mozzoni. Tavola della storia della Chiesa universale, Secol. 1.º, pág. 11)

gustaba contemplar los rasgos del divino Pastor. Es, pues, incontestable que los primeros fieles, reunidos en Roma bajo la dirección de Pedro y sus sucesores, oían la parábola evangélica en el sentido que le da el Catolicismo [833] aun en el día. Consientan nuestros hermanos separados en estudiar en su sencillez y en su admirable energía la palabra del Salvador: «No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. Yo soy este Pastor, siempre visible, obrando siempre, cuya voz no cesarán jamás de oír las ovejas». La alegoría empleada por Nuestro Señor en esta circunstancia, era familiar hacía largo tiempo a los Judíos, a quienes designa la Escritura con el nombre de: «Ovejas escogidas del rebaño de Jehovah». Los pastores que dirigían el rebaño, eran los Doctores de la ley, los Escribas y los Fariseos, que acababan de excluir de su seno al ciego curado milagrosamente. Igual excomunión amenazaba a quien quiera que confesara, como él en lo futuro, la divinidad del Salvador. He aquí por qué dice Jesús al pueblo: «Yo soy la verdadera puerta del redil de las ovejas. Yo soy el buen Pastor». Todos los pormenores de la Parábola están tomados de los usos y costumbres del Oriente. Los rebaños que formaban la principal riqueza agrícola de la Palestina, tenían que temer sin cesar las incursiones de las bandas de salteadores árabes y el ataque de las fieras. No era menos temible el pillaje de las tribus nómadas que las garras de las fieras del desierto. He aquí por qué reunían por la noche los pastores de cada comarca sus diferentes rebaños en un inmenso parque cercado de setos, de empalizadas, y aun de tapias de piedra. Guardaba la entrada de este redil común un portero, no dejando entrar en él sino a los pastores. El que entraba por otra parte, es decir, escalaba el cercado para librarse de la vigilancia del portero, era, pues, como dice Jesús, un ladrón y un salteador. Por la mañana iban los pastores a recoger sus ovejas para llevarlas a los pastos. Reconociendo entonces cada rebaño la voz de su pastor, se agrupaba en torno suyo, sin equivocarse ni acercarse a un pastor que no fuera el propio. «Las ovejas no siguen a otro pastor, dice Jesús, apartándose de él, porque no conocen su voz, sino que siguen los pasos [493] de su pastor». En este punto de la parábola es completa la alegoría, y el Salvador hace su aplicación inmediata. Los Escribas y los Fariseos son los ladrones y los salteadores del rebaño de las almas. «Yo soy, añade, la puerta del redil. El que por mí entrare se salvará; entrará como entran por la noche los rebaños a descansar con sosiego; saldrá como salen por la mañana los rebaños para ir a los pastos. Porque yo he venido para que tengan vida mis ovejas, y una vida superabundante». Sin embargo, el Hijo de Dios no ha agotado aún las divinas instrucciones, cuyo texto le suministra esta graciosa imagen de las costumbres pastoriles. Los pastores se dividían en Judea, como entre nosotros, en dos clases; a los unos pertenecía el rebaño en propiedad; los otros eran mercenarios o criados, que recibían el salario del dueño. Jesús continúa, pues: «Yo soy el buen Pastor, el propietario verdadero del rebaño. Un mercenario huye al acercarse el lobo rapaz; pero el buen Pastor da su vida por sus ovejas». Finalmente, los inmensos rebaños que pacían en las campiñas de Palestina, se hallaban repartidos entre gran número de pastores y diferentes apriscos. Pero Jesús, el Pastor supremo de los hombres, va a llamar bajo su cayado y a reunir todas las generaciones de almas en el mundo entero. «Habrá un solo rebaño y un solo pastor». La unidad de gobierno en la unidad de la Iglesia, abrazando la universalidad de tiempos y lugares, tal es la inmensa perspectiva que presenta la

---

[833] [«Catolismo» en el original. (N. del E.)]

palabra del Salvador a los ojos de los Judíos. No se sabe qué debe admirarse más, si la majestad de la profecía, o la grandeza de la institución, o la sencillez de la imagen. Trasfórmase la palabra humana en los labios del Verbo encarnado, proyectando rayos de luz espiritual en los más remotos horizontes, a la manera que se trasformaba ha poco el barro por el dedo divino, para abrir los ojos del ciego de nacimiento. Pero vélanse súbitamente los rayos del Verbo hecho carne, bajo la nube de la muerte. «Voy a dar mi vida para tomarla otra vez, añade Nuestro Señor; o más bien, según la energía del texto original, voy a depositar mi alma. Nadie podría arrebatármela. La depositaré por mí mismo, porque tengo el poder de dejarla, como tengo el poder de recobrarla». Afirmación solemne de la divinidad, que se atestigua a sí misma, en la calma y la serenidad de una fuerza insuperable. Jamás, objetan nuestros racionalistas modernos, predijo Jesús claramente su futura resurrección. La única profecía de esta clase que [494] se haya pensado en atribuirle después del suceso, se funda en un equívoco. «Destruid este templo, había dicho, y lo reedificaré en tres días». -Así hablan estos retóricos; pero cuando dice el Salvador a los Judíos: «Voy a depositar mi alma para recobrarla después», no hay en su lenguaje, ni equívoco, ni interpretación violenta, ni juego de palabras desviado del sentido obvio por una exégesis póstuma. Cuado dijo en el camino de Cesarea a los Apóstoles: «Es necesario que vaya a Jerusalén el Hijo del hombre para padecer allí los más crueles tormentos, y sufrir la condenación de los ancianos, de los Grandes Sacerdotes y de los Escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día»; cuando añadió, después de la transfiguración en el Tabor: «Guardad silencio sobre este suceso hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos», ¿hay en este discurso sombra alguna de anfibología, ni apariencia alguna de contradicción ni de equívoco? «¡Oh gloria! ¡Oh poder del Crucificado! dice Bossuet. ¿A quién otro vemos dormirse tan precisamente cuando quiere, como murió Jesús cuando le plugo? ¿Qué hombre que medite un viaje, señala con tal exactitud la hora de su partida como señaló Jesús la hora de su muerte?» El Hijo de Dios va a dar su vida por los hombres, y su Padre «le ama por esto». Parece que el amor eterno sin límites y sin medida, que tiene en el seno de la Trinidad el Padre al Verbo, se haya dilatado aun, cuando el Verbo consintió en morir por nosotros. «Porque el Padre ama tanto al mundo que dio por él su Hijo único».

32. «He aquí que se levantó de en medio de la multitud un Doctor de la Ley, continúa el Evangelio, y dijo a Jesús, para tentarle: Maestro ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? -Y Jesús le respondió: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿qué es lo que en ella lees? -Respondió el Doctor: La Ley se expresa así: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tus fuerzas y con toda tu voluntad, y a tu prójimo como a ti mismo [834]. Y Jesús le dijo: Bien has respondido: haz eso y vivirás. -Mas él, queriendo dar a entender que era justo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? -Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de todo, [495] y habiéndole hecho muchas heridas, se fueron, dejándole medio muerto en el camino. Y sucedió que vino por allí un Sacerdote, y aunque le vio, pasó de largo; y de la misma suerte un Levita que llegó cerca de aquel paraje, habiéndole visto, pasó adelante; pero un Samaritano que iba de camino, llegose a donde estaba, y viéndole, moviose a compasión; y

---

[834] Deuter., VI, 5.

acercándose, viendo sus heridas, bañándolas con aceite y vino, y subiéndole a su cabalgadura, le condujo a una caravanera [835], donde tuvo cuidado de él. Al día siguiente, al partir, sacó dos denarios, y dioselos al encargado de la caravanera, diciendo: Ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta. Jesús preguntó al Doctor: ¿Quién de estos tres, el Sacerdote, el Levita o el Samaritano, te parece haber sido el prójimo del herido? -El Samaritano, que usó de misericordia con él, respondió el Doctor. Pues anda, dijo Jesús, y obra tú de la misma suerte [836]».

33. Para apreciar el verdadero sentido de la parábola, es necesario tener un conocimiento exacto del término «prójimo», entre los [496] Judíos. La idea que expresa es hoy de una notoriedad universal en las civilizaciones procedentes del Cristianismo. Hemos aprendido del Verbo encarnado, que todos los hombres son prójimos y hermanos nuestros, por el origen común, por la vocación a la misma patria y la participación de la misma sangre redentora. Esta efusión del espíritu de fraternidad en el mundo es entre nosotros un hecho tan familiar, que no pensamos ni aun en dar gracias de ello a su divino Autor. Parece imposible que no haya sido semejante doctrina la de todas las épocas y todos los países. Sin embargo, era desconocida a la antigüedad. Ni la idea ni la palabra existen en las lenguas llamadas clásicas. El *Proximus* de Cicerón, el plhsi/oj [837] de los Griegos significaban únicamente los lazos de parentesco. Habíase admirado, con un esfuerzo sublime de

---

[835] Nos tomamos la libertad de sustituir esta expresión al término común de hostelería «o mesón» que se halla generalmente en las traducciones. La palabra latina del Evangelio es stabulum, y en griego pandoxei=on, (estación de las caravanas). Si el lector tiene a bien recordar todos los pormenores en que nos ha sido preciso entrar, a propósito del establo de Belén, comprenderá la razón de esta variante. Al pasar el texto del Evangelio a todas nuestras lenguas modernas, ha sufrido interpretaciones adaptadas al genio de cada idioma. La parábola del buen Samaritano es conocida en el último de nuestros lugarejos.

La expresión «hostal o mesón» no excita en nosotros ninguna otra idea que la de un establecimiento de hospitalidad, sostenido por particulares que albergan a los viajeros, mediante cierta retribución. El stabulum o caravanera evangélica es enteramente extraño a esta institución completamente moderna. Había, como hemos dicho, a la puerta de cada pueblo, un abrigo para los hombres y para los animales. La hospitalidad que en él se recibía por una noche, era gratuita, pero no comprendía exactamente más que el techado, debiendo los viajeros proveer por sí mismos a su subsistencia y a la de las bestias de carga. He aquí por qué el buen Samaritano, al llegar a la caravanera, toma por sí mismo cuidado del herido. En el más modesto de nuestros mesones actuales, hubiera encontrado por lo menos el auxilio de una criada. Mas en la época evangélica, no había en el camino de Jerusalén a Jericó nada parecido a esto. Sin embargo, habitaba la caravanera un encargado, sostenido a costa de la ciudad, para dar a los viajeros las instrucciones necesarias, y ponerles en relación con los habitantes, para procurarse a su costa y riesgo las provisiones de que podían necesitar.

Este sistema primitivo de hospitalidad oriental vuelve a encontrarse aún en nuestros días, en algunas comarcas de España. Por eso, a la mañana siguiente de su llegada, el buen Samaritano dispuesto a continuar su camino, deja el abrigo hospitalario, sin pagar nada por su hospedaje personal, pero entrega al encargado de la caravanera dos denarios para empeñarle a cuidar del herido, y le promete tener en cuenta a su regreso el exceso de los gastos que podrían originarse ulteriormente.

[836] Luc., X, 25-37.

[837] plhsioj en el original (N. del E.)

la filosofía especulativa, la famosa palabra de un autor romano: «Yo soy hombre, y no me es extraño nada de cuanto se refiere a la humanidad». Pero permanecía el axioma en estado de abstracción puramente teórica. La realidad era la esclavitud, erigida en principio social; y el desdeñoso epíteto de *Bárbaro,* dado por un ciudadano del *Ágora* o del *Foro,* a todo lo que no era Griego ni Romano. Entre los Judíos no se hallaba menos marcado ni era menos extraño este exclusivismo, habiéndose revestido con las formas rigoristas de la secta farisaica. He aquí cómo raciocinan sobre este punto los Doctores de la Ley. Moisés había escrito en el Levítico estas palabras legales: «Amarás a tu hermano». La palabra hebrea *Rea* se puede entender en el sentido general de hermano, o en el más restringido de amigo, habiendo prevalecido esta última interpretación en la Sinagoga. Se nos manda amar a nuestros amigos, decían los Rabinos; luego por razón inversa, se nos prescribe odiar a nuestros enemigos. En su consecuencia, el nombre de *Gentiles,* dado indistintamente por los Judíos a todas las razas extranjeras, expresaba en su boca un sentimiento de desprecio idéntico al que encerraba la palabra de Bárbaro entre los Romanos y los Griegos. Un hebreo profesaba, exceptuada la descendencia de Abraham, a todo el resto del género humano, un horror invencible. Además, había de Judío a Judío una distinción sofística, cuya clave nos da el Fariseo del Evangelio. Un verdadero servidor de Jehovah no consideraba como *Rea,* o prójimo, sino a un hombre por lo menos tan justo como él mismo. Fijada así, bajo la base del egoísmo, la medida de afecto fraternal de un Fariseo, resultaba no [497] aplicarse jamás en hecho a nadie. Tal es el sentido real del diálogo, sostenido entre el divino Maestro y el Doctor de la Ley. Este hipócrita principia por profesar que ama a Jehovah «con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y todo su entendimiento». ¿Quién, pues, será el prójimo de un adorador tan fiel, de un discípulo tan perfecto de Moisés, de un hijo tan virtuoso de Abraham? Evidentemente, dirigiendo esta pregunta a Jesús el Doctor de la Ley «hacía ostentación de su justicia», como dice el Evangelio; pero formulaba al mismo tiempo una interrogación capciosa. Si respondía el Salvador que todos los Judíos eran el prójimo de semejante justo, suministraba un pretexto plausible para renovar contra él la acusación de que adulaba a los pecadores, con la idea vulgar de captarse popularidad. Si respondía que el prójimo de un justo no podía ser sino un justo semejante a él, perdía su reputación de benevolencia y de caridad misericordiosa, que le atraía las bendiciones de la muchedumbre.

34. El Verbo encarnado echa por tierra enteramente este aparato de limitada y vengativa perfidia. En el desierto que separaba a Jerusalén de Jericó, cerca de cuatro leguas distante de esta última ciudad, se hallaba un desfiladero tristemente famoso por las desgracias de que había sido teatro. Llamábasele *Adommim* o «Subida de la Sangre». Las rocas que le rodeaban ofrecían un retiro inexpugnable a las bandas de salteadores que caían sobre los viajeros aislados, y renovaban cada día sus impunes atentados. Los Romanos levantaron más adelante en este lugar una fortaleza o un cuerpo de guardia que velaba por la seguridad pública. Allí es donde trasladó el Salvador la imaginación de sus oyentes, en la parábola del buen Samaritano. No es menos significativa la elección de un hijo de Samaria, que ejercía la misericordia con un Judío herido. Entre un hijo de Abraham y un pagano, era aun posible que hubiera cierto roce. El Templo de Jerusalén recibía las ofrendas de los Gentiles, pero rechazaba absolutamente la de un Samaritano. Tal es el prójimo que da Jesús a este Doctor de la Ley, tan orgulloso de su virtud, tan profundamente

atrincherado en sus odios de secta y en sus antipatías nacionales. Desde que podía ser un Samaritano el prójimo de un Judío, y recíprocamente, quedaban rotas todas las murallas que separaban las razas. La caridad universal, esta palabra y esta idea tan desconocidas entonces, aproximaba todas las [498] distancias, reunía todas las almas y fundaba en la tierra el reinado del amor de los hombres en Dios. «Anda y obra de la misma suerte», dijo Jesús al Fariseo. Recorre el mundo y sólo encontrarás hermanos. Lleva la efusión de una misericordia universal a la comunidad de miserias de aquí bajo. El género humano era verdaderamente este herido de Jericó, abandonado en el camino de los siglos, cubierto de heridas por la violencia de Satanás. Jesús venía a curar sus heridas con el óleo de su gracia y el vino fortificador de su sangre redentora. Y por tanto, Jesús no era a los ojos de los Judíos más que un Samaritano, un excomulgado, un maldito. ¡Cuántas veces no habían repetido al Hijo del hombre las injuriosas denominaciones de Samaritano y de Demoniaco! He aquí por qué, sin duda, quiso el divino Maestro representarse él mismo bajo los rasgos del buen Samaritano.

35. «Entonces dijo a Jesús uno del auditorio, continúa el texto sagrado: Maestro, dile a mi hermano que me dé la parte que me toca de mi herencia. -Pero Jesús le respondió: ¡Oh hombre! ¿quién me ha constituido a mí juez o partidor entre vosotros? Con esta ocasión les dijo: Estad alerta y guardaos de toda avaricia; porque no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee. Y en seguida les propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y discurría para consigo diciendo: ¿Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin dijo: Haré esto: Derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todo el producto de mis campos y cuanto poseo. Con lo que diré a mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe y regálate. Pero Dios le dijo: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado? Tal es la imagen del avaro que atesora para sí y no es rico según Dios. -Y después dijo a sus discípulos: Por eso os digo a vosotros: No andéis afanados por lo que habéis de comer para sustentar vuestra vida, ni con qué habéis de vestir vuestro cuerpo. La vida es más que el sustento, y el cuerpo más que el vestido. Reparad en los cuervos, que no siembran ni siegan ni tienen dispensa ni granero; y sin embargo, Dios los alimenta. Ahora bien; ¿cuánto más valéis vosotros que ellos? Y ¿quién de vosotros, por mucho que discurra, puede acrecentar [499] a su estatura un solo codo? Pues si ni aun para las cosas más pequeñas tenéis poder ¿a qué fin inquietaros por las demás? Contemplad los lirios de los valles cómo crecen: no trabajan ni hilan; y no obstante, os aseguro que ni Salomón con toda su magnificencia, se vestía como una de estas flores. Pues si así viste y adorna Dios a una planta que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno ¿cuánto más cuidado tendrá de vosotros, hombres de poca fe? Así que no estéis acongojados cuando buscáis de comer o de beber, ni tengáis suspenso o inquieto vuestro ánimo. Los paganos y las gentes del mundo son los que van afanados tras de esas cosas. Bien sabe vuestro Padre que de ellas necesitáis. Por tanto, buscad primero el reino de Dios y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura. No temáis, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre (celestial) daros el reino (eterno). Vended, si es necesario, lo que poseéis, y dad limosna. Haceos bolsas que no destruye el tiempo; reunid tesoros imperecederos para el cielo, a donde no llegan los ladrones ni roe la polilla; porque

donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón. Estad con vuestras ropas ceñidas a la cintura, y tened en vuestras manos las antorchas ya encendidas y prontas a servir a vuestro Señor. Sed semejantes a los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de las bodas, a fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame a la puerta. Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo al venir encuentra así velando. En verdad os digo, que ciñéndose el mismo Señor, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirles. Y si viene a la segunda vela o viene a la tercera, y los halla así prontos, dichosos son tales criados vigilantes. Y sabed, que si el padre de familias supiera a qué hora había de venir el ladrón, estaría ciertamente velando, y no dejaría que le invadiesen su casa. Así vosotros estad siempre prevenidos, porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre. Preguntole entonces Pedro: «Señor, ¿dices por nosotros esta parábola o por todos igualmente? Respondiole el Señor: ¿Quién pensáis que es (sino un criado vigilante) aquel administrador fiel y prudente a quien su amo constituyó mayordomo de su familia para distribuir a cada uno a su tiempo la medida de trigo o el alimento correspondiente? Dichoso el tal siervo si su amo a la vuelta le halla ejecutando así su deber. En verdad os digo, que le hará administrador de todo lo que posee. Mas si el infiel [500] criado dijere en su corazón: Mi amo no piensa en venir tan presto; y empezaré a maltratar a los criados y a las criadas y a comer y beber y a embriagarse, vendrá el Señor de este siervo en el día que menos le espera y en la hora que él no sabe, y le echará de su casa, y darle ha el pago debido a los criados infieles. Los que hayan recibido directamente las instrucciones del amo, serán flagelados más rigurosamente. Los otros a quienes no había trasmitido el amo directamente sus órdenes, y cuya conducta haya sido reprensible, serán castigados, pero con menos severidad. Porque se pedirá cuenta de mucho a aquel a quien se le entregó mucho; y a quien se le han confiado muchas cosas, más cuenta se le pedirá. Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado. ¡Oh! y ¡cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido! ¿Pensáis que he venido a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. De suerte que desde ahora en adelante, en una familia de cinco miembros, estarán desunidos tres contra dos y dos contra tres: el padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra [838]».

36. No hemos querido cortar con reflexiones inoportunas esta página evangélica. Sería necesario hacerse cargo de cada palabra, si se quisiera notar todos los rasgos de costumbres locales que atestiguan su autenticidad. La ley hereditaria era entre el pueblo Judío eminentemente protectora de la familia. Las propiedades territoriales, como se diría en el día, no se repartían casi nunca, sino que se devolvían al hijo mayor, el cual tenía además derecho a la mitad de los bienes muebles. La civilización hebraica, cuya fuerza excepcional y cuya persistencia verdaderamente extraordinaria admiran a nuestros jurisconsultos modernos, debió mucho a este principio eminentemente conservador. Poco importa que tengamos sobre este punto ideas diametralmente opuestas, porque no tenemos derecho de rehacer lo pasado a nuestra talla. Por lo demás, un brazo de mar separa aquí las dos naciones más poderosas de Europa, y si hubiéramos de juzgar los dos

---

[838] Luc., XII, 13-53; Math., XXIV, 42-46.

sistemas contradictorios por los resultados ¿estaría la ventaja social de nuestra parte? Como quiera que sea, Jesús se desentendió [501] del Israelita que quería hacerle su juez, y la Iglesia Católica, heredera de la autoridad de su divino Esposo, deja a las legislaciones civilizadas toda latitud respecto a esto. Los bienes que trae al mundo el Verbo encarnado no son de esta naturaleza. El Salvador vino a distribuir a los hombres la herencia de los cielos, dejándoles que se disputen a su fantasía las heredades de la tierra. ¡Insensatos, que piensan agrandar sus moradas, en la misma noche en que va Dios a pedirles su alma! Sin embargo, el Verbo encarnado no entiende excluir a su Iglesia del dominio de las cosas del mundo. Hace largo tiempo que explota el sofisma esta preocupación, y que aspira en nombre de Jesús mismo a despojar a la divina esposa del Cristo. El Salvador ha refutado anticipadamente estas falaces doctrinas. «No temáis pequeño rebaño, dice, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros un reino». ¿Qué no se ha hecho durante diez y ocho siglos, para arrancar a la Iglesia su reino? ¿Qué no se ha dicho, para relegar al Sacerdote a su confesonario, al Obispo a la sacristía, y al Papa a las catacumbas? «No temáis, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros un reino». Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». Jamás se ha realizado más manifiestamente profecía alguna, y jamás se ha mantenido más solemnemente, a despecho de todas las codicias humanas. Es preciso repetirlo a nuestro [839] siglo, como se decía al tiempo [840] de Federico II o de Enrique IV de Alemania. Hase verificado la experiencia en la más vasta escala que puede imaginar ninguna comisión científica. Cada tiranía vulgar ha querido destronar a la Iglesia, despojarla, y reemplazar el cetro que lleva en la mano con el báculo del mendigo. Mas de una vez hallaron las pretensiones de esta clase, por cómplice, la potestad más elevada de este mundo, el genio. Semejante situación vale la pena de examinarse seriamente. La Iglesia es siempre el *pusillus grex,* de que habla el Salvador. Fáltale la fuerza material, pudiendo el hombre de Estado más diminuto tener el gusto de insultar esta debilidad y de hollarla a los pies. Pero he aquí el milagro. La Iglesia destronada, vencida, aniquilada en apariencia, vuelve a levantarse siempre, con la diadema en la frente y el cetro en la mano. ¡Dichosa cuando le es dado bendecir el sepulcro de su perseguidor arrepentido! La solidaridad divina entre el gobierno del cielo y el de la Iglesia, es un hecho atestiguado por el testimonio [502] más incontestable, el de la historia. La Iglesia de Jesucristo es hoy el reino más antiguo de Europa, preexistiendo a todos los demás, como ha sobrevivido a todos los que han caído. A no negar la evidencia, esto no podía desconocerse. La Iglesia tiene sobre los demás reinos la inmensa ventaja de creer con una fe divina en su propia inmortalidad. ¿Por qué, pues, todo aquello que quiere vivir, todo lo que aspira a la duración no comprende la absoluta necesidad de apoyarse en la única fuerza que no acabará nunca?

37. Sin embargo, el reinado de la Iglesia es el único que no conoce reposo, ni tregua, ni transacción con las pasiones conjuradas. Los demás poderes viven por los tratados; pero Jesús ha fundado su edificio inmortal en el principio opuesto. «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que no, sino desunión.

---

[839] [«en nuestro» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[840] [«en tiempo» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

¡Extraño proceder de gobierno! Sin embargo, la Iglesia está en pie. Reflexiónese, pues, en fin sobre ello, y aunque sólo sea bajo el punto de vista del interés político, concédase a este fenómeno sin ejemplo, el honor de una atención menos superficial. El Evangelio ha inaugurado en el mundo una lucha, que comienza en el corazón de cada individuo, se pronuncia en cada familia y estalla en el seno de todas las sociedades. Lucha inmortal de la verdad contra la mentira, de la virtud contra el crimen, de la adhesión y el sacrificio contra la molicie y la sensualidad, del orden contra el desorden, del deber contra la licencia, del espíritu contra la carne, de Dios contra Satanás. La historia, después de Jesucristo, no es más que el campo abierto de este gran desafío. ¡Quién podrá enumerar todos los enemigos cuya espada, genio o pluma se han mellado o gastado contra la armadura invencible de la Iglesia! He aquí por qué decía Nuestro Señor a sus Apóstoles: «Estad con vuestras ropas ceñidas a la cintura». La túnica oriental ancha y flotante tenía que levantarse hasta el talle, y que ceñirse a la cintura para prestarse a la actividad de un ministerio vigilante y laborioso. Tal será hasta el fin de los tiempos la actitud de la Iglesia. Pedro, que debe ser su jefe visible, quiere conocer exactamente la extensión de la responsabilidad que le incumbirá. ¿Son él y los Apóstoles solamente los que tengan que velar y combatir? El divino Maestro le responde con una alegoría tomada de la economía doméstica de aquel tiempo. Los ricos propietarios establecidos en Judea, después de la invasión romana, empleaban numerosos esclavos en el cultivo de sus campos. [503] Estas explotaciones rurales, verdaderas colonias serviles, eran vigiladas por un encargado que dirigía los trabajos y distribuía cada mes [841] en nombre del dueño, la provisión de trigo correspondiente a las necesidades de las diversas familias. Este encargado era también un esclavo; si daba muestra de celo y de una verdadera capacidad, podía llegar a ser administrador general, y este día veía romperse sus cadenas, dándole libertad la manumisión. A esto aludía la palabra del Salvador: «¡Dichoso el esclavo a quien encuentre su Señor fiel a sus deberes! En verdad os digo; el amo le confiará la administración de todos sus bienes». Pero por lo común no se aprovechaban estos esclavos de su elevación, sino para entregarse al instinto brutal y a groseros apetitos que la esclavitud desarrolla en las almas, haciendo pesar su autoridad sobre sus compañeros. «El amo no volverá en mucho tiempo, dicen ellos; y abruman a golpes a criados y criadas, pasando los días en comer, beber y embriagarse». Sin embargo, el amo volvía al fin. Juez supremo en su tierra, teniendo el derecho de vida o muerte sobre todos sus esclavos, reservaba para el encargado infiel los rigores más duros del *ergastulum* y la flagelación más repetida; lo cual no le impedía castigar los delitos de los demás esclavos, pero con menos severidad, porque dice Nuestro Señor: «Se exige mucho de aquel a quien se ha dado mucho, y se pide más a aquel a quien más se ha confiado». Así, pues, la responsabilidad en el gobierno de la Iglesia es proporcionada a la magnitud de las funciones. El Señor a quien se sirve es Dios, cuya mirada nadie puede engañar, ni sorprender su vigilancia, ni torcer su justicia. He aquí por qué se frustrarán siempre las tentativas de influencia o de corrupción humana, ante los sucesores de Pedro, a quien se dijo: «¿De qué servirá al hombre ganar el universo si pierde su alma?»

---

[841] La expresión latina Mensura, derivada de Mensis, «mes», se refiere etimológicamente a las distribuciones mensuales de víveres, que se hacían a los esclavos. El Demensum, medida legal, equivalente a cerca de cinco fanegas, representaba la cantidad de trigo que se suministraba mensualmente a cada esclavo.

Vendrá el Señor a la hora menos pensada; juzgará al servidor culpable, y le impondrá suplicios tanto mayores, cuando era más eminente la administración que tenía a su cargo.

§ V. La fiesta de las Encenias

38. «Celebrábase, continúa el Evangelista, la fiesta de las Encenias (o dedicación del Templo) en Jerusalén, fiesta que era en invierno. [504] Y Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón. Rodeáronle, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. -Respondioles Jesús: Os lo estoy diciendo y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas están dando testimonio de mí; mas vosotros no creéis, porque no sois mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen; y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de las manos de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa. -Al oír esto los Judíos, cogieron piedras para apedrearle. -Díjoles Jesús: Muchas obras buenas he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? -Respondiéronle los Judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por una blasfemia, y porque siendo tú como eres un hombre, te proclamas Dios. -Replicoles Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley: «Yo dije: Vosotros sois dioses?» Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo a mí, a quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: Soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dádselo a mis obras, a fin de que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre. -Quisieron entonces prenderle los Judíos, pero él se escapó de sus manos, y saliendo de Jerusalén se dirigió a las fronteras de Judea, para ganar la otra ribera del Jordán [842].

39. El relato evangélico se halla estrechamente ligado a los detalles más íntimos de la historia judía. El Antiguo Testamento constituye una especie de comentario perpetuo que ilustra el Testamento Nuevo. Esta conexión entre lo pasado de Israel y los hechos de la época mesiánica, es una de las pruebas más manifiestas de la autenticidad del Evangelio. He aquí por qué es absolutamente indispensable volver a hacer hoy el estudio descuidado en demasía de la historia bíblica. La generación actual en Francia (y en España) sólo conoce [505] el Antiguo

---

[842] Joan., X, 22-39; Math., XIX.

Testamento por los manuales llamados «clásicos» que en realidad son compendios de compendios. No parece sino que la revelación divina ha infundido temor a nuestro siglo; puesto que se la ha reducido a dosis infinitesimales, como esos venenos activos que una ciencia reciente ha encontrado el secreto de resolver en gránulos

casi imponderables. La verdad se borra en las inteligencias, por medio de estas diluciones sistemáticas, habiéndose hecho desaparecer de esta suerte las pruebas más directamente apreciables de la autenticidad de los Evangelios. Pregúntese a uno de esos millares de jóvenes literatos, que salen cada año de nuestras escuelas, lo que era en Jerusalén la fiesta de las Encenias, y ninguno de ellos sabrá siquiera su nombre. ¡Dichoso de él si no se gloría en su ignorancia, y si no acoge con una sonrisa de desprecio un término tan evidentemente legendario como el de Encenias! Tiempo es ya de que salgan las almas, redimidas por la sangre de Jesucristo, de esta pedagogía reducida e incompleta. Cuando una época se muestra tan orgullosa de su propia ciencia, no le es permitido permanecer así tan profundamente extraña a la única ciencia indispensable, la de la salvación. La solemnidad de las Encenias recordaba a los Judíos una fecha memorable de su existencia religiosa y nacional. La persecución de Antíoco-Epifanes había desterrado a Jehovah de su Templo. El culto Mosaico había cesado en la Ciudad Santa, y se sacrificaba a Júpiter y a Venus en el altar del Dios vivo. Degollados los sacerdotes, reducidos a esclavitud los Hebreos fieles, prohibido el nombre mismo de la Ley como un grito de rebelión; toda clase de opresiones, de violencias y atrocidades, habían llenado la Judea de terror y de lágrimas. En medio de la defección o del desaliento general, se levantó un héroe en las rocas de Modein. Con un puñado de valientes, se atrevió Judas Macabeo a levantar la bandera proscrita de Jehovah. Sus afiliados, sin esperanza humana, sin otro apoyo en la tierra que su gran corazón y una espada puesta al servicio de una causa santa, luchó contra el poder triunfante de un monarca que reinaba sobre las tres cuartas partes del Asia. Tres años, día por día, después de haberse ofrecido el primer sacrificio idolátrico a Júpiter Olímpico en el altar de los holocaustos, el 25 del mes de *Casleu* (27 de noviembre), Judas Macabeo, vencedor del tirano de su patria, borraba los rastros de las impías profanaciones de que había sido teatro el Templo. Todos los Judíos fieles llenaban los atrios. Al cántico de los himnos [506] santos, a los sonidos armoniosos del kinnor, de la lira y de los címbalos, fue consagrado el nuevo altar. Verificáronse el holocausto y los sacrificios, según el ceremonial mosaico. La multitud prosternada adoraba al Señor. Elevábanse hasta el cielo cánticos de júbilo y de reconocimiento [843]. Prolongáronse las fiestas durante ocho días, y esta renovación tan súbita y tan inesperada tomó al lenguaje mismo que habían introducido los Sirios helenistas en Palestina su nombre significativo de Encenias (e)gkai/nia [844] «Renovación», en hebreo: *Hanucca*). El enemigo no había tenido tiempo de consumir en honor de los ídolos, toda la provisión de aceite que tenía de reserva para los usos del Templo. Esta circunstancia había redoblado los trasportes de la alegría nacional. Durante los

---

[843] Mach., IV, 36 ad ultimum, Ya hemos reproducido, al tratar del origen de la festa de las Encenias y de la descripción del pórtico de Salomón, los pormenores que dimos anteriormente en la Historia general de la Iglesia, tomo III, página 664-666, y tomo IV, 147-148.

[844] (Egkainia en el original(N. del E.).

ocho días de la fiesta, fue permanente la iluminación del sagrado edificio. La ciudad entera quiso asociarse a esta piadosa demostración, y ardieron día y noche antorchas encendidas en las fachadas de todas las casas. De aquí el nombre de *Fiesta de las Luces,* que se dio también a la solemnidad de las *Encenias.* Judas Macabeo y sus hermanos, reunidos en asamblea nacional con los descendientes de Aarón, ordenaron que en lo sucesivo celebrase Israel, durante ocho días, este sagrado aniversario. Tal era esta Dedicación del Templo de Jerusalén, imagen de la Dedicación de las Iglesias cristianas, celebrada actualmente en todo el universo.

40. Cada palabra del Evangelio es un rasgo de autenticidad. «Era invierno», dice el texto santo. En efecto, la estación de las lluvias comienza en Palestina a mediados de noviembre [845]. «Jesús [507] se paseaba en el pórtico de Salomón». He aquí, según el historiador Josefo, la descripción de los atrios levantados por Herodes alrededor del Templo de Jerusalén. Es un testigo ocular un sacerdote judío, que nos vuelve a trazar las magnificencias de un monumento que fue la cuna de su infancia, el asilo respetado de su juventud, y cuyo recuerdo, sobreviviendo a los desastres de la ruina, arrancaba lágrimas a su vejez. «Los pórticos del Templo, dice, fueron la obra más admirable de que han oído hablar jamás los hombres. Las puertas exteriores, abriéndose sobre los atrios, formaban grandes y magníficos arcos triunfales, de los que había colgados tapices de seda, decorados con flores bordadas en púrpura y con columnas figuradas en el tejido. Por encima de las cornisas corría una vid de oro macizo, cuyos racimos pendientes maravillaban al espectador, más aun por su admirable trabajo que por la riqueza de la materia. Todo el perímetro del sagrado recinto se hallaba cercado por un muro de piedra tallada, sosteniendo en la fachada oriental un doble pórtico, tan largo como el muro, y dando frente a la puerta de entrada del Templo, en cuyo eje formaban radio todos los atrios exteriores. El lado Sudeste servía de apoyo al Pórtico de Salomón, que era triple y se extendía a todo lo ancho del valle del Tyrapeon. El muro de cuatrocientos codos de altura (216 metros), que sostenía este Pórtico, había sido construido por Salomón. He aquí por qué se conservó el nombre de este príncipe al nuevo edificio construido por Herodes. Desde aquel punto se sumergía la vista en un verdadero precipicio. A esta altura natural, ya tan considerable, añadió Herodes la espantosa sobreelevación del atrio; de suerte que si de la plataforma superior se quería medir con la vista su total profundidad, se desvanecía la cabeza [846]. De un extremo a otro del pórtico de Salomón se ostentaban cuatro columnas paralelas. El diámetro de

---

[845] Los Judíos dividían el año, dice el doctor Sepp, en seis estaciones; «la siega» (abril y mayo); «el estío» época de los grandes calores (junio, julio y agosto); las siembras,, (setiembre y octubre); «el invierno» o meses de las lluvias, desde el 15 de Casleu (noviembre), hasta el 15 de Sebeth, (enero); finalmente, «la estación de los fríos secos» (febrero y marzo). Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 191. Por lo demás, he aquí el cuadro de los meses hebraicos del año santo. 1 Nisan o Abid30 días. -Marzo. 7 Tisri 30 días. -Setiembre. 2 Ijar29 íd. -Abril. 8 Markesvan 26 íd. -Octubre. 3 Sivan 30 íd. -Mayo. 9 Casleu 30 íd. -Noviembre. 4 Tammus 29 íd. -Junio. 10 Tebeth 29 íd. -Diciembre. 5 Ab 30 íd. -Julio. 11 Sebeth 39 íd. -Enero. 6 Elul29 íd. -Agosto. 12 Adar 29 íd. -Febrero.

Cada tres años tenía el año trece meses. El mes suplemental era de trece días, y se llamaba Ve-Adar, o segundo Adar

[846] El Evangelio llama Pinaculum Templi, la cúpula del Pórtico de Salomón, sobre el cual llevó Satanás al divino Maestro, proponiéndole que se precipitara sin temor, porque estaba escrito: «Jehovah ha dado orden a sus ángeles para que te sostengan sobre sus alas».

cada columna era tal, que se necesitaban tres hombres para abarcarlo; su elevación era de veinte y siete pies, y su cuerpo coronado de chapiteles corintios, tenía hacia la base, una doble espiral. Estas columnas llegaban al número de ciento sesenta y dos. En razón del paralelismo de las columnas dispuestas de cuatro en [508] cuatro, era triple el pórtico; las dos arcadas laterales eran de proporciones semejantes, teniendo cada una treinta pies de ancho y un estadio [847] de largo, y más de cincuenta pies de alto. La arcada central tenía el doble de alto y de ancho, de suerte que dominaba completamente las otras dos. El remate se hallaba adornado de esculturas en madera, de alto relieve y de variados dibujos. El de la bovedilla o techo del centro era muy elevado; las paredes superiores estaban cortadas por el arquitrabe, y divididas por columnas empotradas; siendo el conjunto de una arquitectura tan maravillosa, que los que no han visto este edificio no pueden creer lo que de él se refiere; mientras que los que lo han visto, hallan todas sus descripciones inferiores a la realidad. El suelo se hallaba enteramente cubierto de mosaicos [848]».

41. Ahora comprendemos por qué el pórtico de Salomón, en la exposición Sudeste del Templo, se hallaba frecuentado preferentemente por los Judíos en la estación de invierno. Así se adaptan maravillosamente al cuadro de la historia las menores particularidades del texto sagrado, resaltando manifiestamente la imposibilidad absoluta de suponer apócrifo el Evangelio, de la armonía perpetua de conjunto y de pormenores entre el relato del Escritor sagrado y las realidades contemporáneas de la civilización hebraica. No es menos significativa la actitud más y más embarazada de los Judíos, en presencia de la personalidad augusta del divino Maestro. Según la teoría del racionalismo moderno, no hizo Jesús ningún milagro. Así, la pasmosa curación del ciego de nacimiento no alteró entonces la opinión de los habitantes de Jerusalén. No tuvieron pretexto alguno: los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, para manifestar sus temores y sus antipatías, respecto del Salvador. ¿Cómo, pues, se estrechan los Judíos en el pórtico de Salomón, rodeando a Jesús, y diciendo: «¿Hasta cuándo tendrás nuestro espíritu en incertidumbre? ¡Si eres Cristo, dínoslo sin rodeos!» El Cristo que esperaban los Judíos debía hacer milagros; pues así lo habían anunciado los Profetas: «Jesucristo, vuestro Dios, vendrá en persona, había dicho Isaías, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos; y [509] oirán los oídos de los sordos; y el cojo saltará como el ciervo; y se desatará la lengua de los mudos; y se convertirán los rescatados por el Señor [849]». Tal era la designación profética del Mesías. Todo el mundo lo sabía en Jerusalén. Si, pues, Jesús no hubiese hecho ningún milagro; si no hubiera abierto los ojos del ciego de nacimiento; si no hubiera obrado uno solo de los prodigios de misericordia, cuyo relato contiene el Evangelio, nadie hubiera pensado en ver en él al Cristo tan deseado. Sin embargo, los mismos Profetas habían sido taumaturgos, no siendo en su consecuencia la señal del milagro la única en que debiera reconocerse al Mesías. La descripción de los esplendores del

---

[847] El estadio olímpico, de que habla aquí Josefo, representaba en nuestro sistema métrico actual, 184 m. 95 c. La medida codo-hebraico valía 20 pulgadas o 0,540 milímetros de nuestras medidas actuales.

[848] Josefo, Antiq. Judai., lib. XV, cap. XIV.

[849] Isaí., XXV, 4, 6, 10.

reinado del Hijo de David, tan elocuentemente trazada con anterioridad por los escritores inspirados, se avenía muy poco entonces con la humildad del Hijo del hombre, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza. Así, pues, vacilaban los Judíos, y decían: «¿Hasta cuándo prolongarás nuestra ansiedad y nuestra incertidumbre? ¡Si eres realmente el Cristo, decláralo abiertamente!» Jesús responde a esta pregunta categórica con una majestad suprema, afirmando, por la vigésima vez, su divinidad. Pero los Judíos querían un Cristo, hijo de David, y no querían un Cristo, Hijo de Dios. Todavía repiten hoy los hijos de Jacob, como dirigiendo una acusación de idolatría contra los Cristianos, la palabra de Moisés: «Oye, Israel. Jehovah, nuestro Dios, el Señor, es uno [850]». Permanece, pues, encubierto a sus miradas, como lo estaba a las de sus antepasados, el misterio de la unidad divina, en los fecundos esplendores de la Trinidad. «¡Qué! ¡Sois un hombre y osáis proclamaros Dios!» exclaman, y se arman todos con piedras para lapidar al blasfemo. Pues bien; Jerusalén era el único lugar del mundo en que se considerase la apoteosis como un crimen. Roma, Atenas, Alejandría, todas las ciudades del Oriente y del Occidente, desde Antioquía hasta la *Lugdunum* de los Galos, se hallaban pobladas de altares erigidos en honor del dios Tiberio. César, asesinado por su propio hijo, era dios; Augusto era dios; Livia era diosa; ¡haced, pues, que se componga el Evangelio por un autor extraño a las leyes y a las costumbres judaicas! ¡Imaginad, para los relatos evangélicos, otro teatro distinto del de Judea; otros actores que los hijos de Abraham; otro [511] centro que la civilización mosaica!

[850] Deuteron., VI, 4.

Capítulo IX

Últimos momentos de ministerio público

Sumario

§ I. VIAJE DE JESÚS A LA PEREA.

1. Marta, y María. La acción y la contemplación. -2. La mujer encorvada durante diez y ocho años. -3. Comida en casa de un jefe de los Fariseos. El hidrópico. El banquete de los pobres. Parábola de la cena ofrecida por el padre de familia. -4. Exposición del milagro verificado en el hidrópico. -5. Los primeros sitios en el festín. -6. La caridad cristiana. -7. Del número de los escogidos. -8. Parábolas de la Torre y del rey que emprende una guerra. -9. Sentido de las dos parábolas. -10. El buen pastor. La dracma perdida. -11. El hijo pródigo. -12. Explicación de la parábola. -13. Parábola del administrador infiel. -14. El racionalismo y la parábola evangélica. -15. El Evangelio sustituido a la ley y a los profetas. -16. Pregunta de los Fariseos sobre el divorcio. -17. Milagrosa potestad de la doctrina de Jesús. -18. Jesús y los niños. -19. Un joven noble y rico a los pies de Jesús. -20. Los tres consejos evangélicos. -21. La pregunta ambiciosa de los hijos de Zebedeo y de su madre. -22. Interrogación de los Fariseos relativamente al advenimiento del reino de Dios. -23. Primera interpretación de la respuesta del Salvador. -24. Segunda interpretación. -25. La pobre viuda y el mal juez. El Fariseo y el Publicano. -26. Parábola de los viñadores y del padre de familia. -27. Pormenores de costumbres locales. -28. Parábola del rico avariento y del pobre Lázaro. -29. Aplicación histórica de la parábola.

§ II. RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

30. Enfermedad y muerte de Lázaro en Bethania. Mensaje de las dos hermanas a Jesús. -31. Lúgubre comedia inventada por Woolston y reproducida por el racionalismo actual. -32. Imposibilidades materiales. -33. Imposibilidades morales. -34. Llegada de Jesús a Bethania. Las dos hermanas de Lázaro. -35. Los funerales y el luto entre los Judíos. -36. La hipótesis racionalista y las realidades evangélicas. -37. Resurrección de Lázaro. *Jamfaetet.* -38. Monumentos y tradiciones.

§ III. EXCOMUNIÓN.

39. Sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrín contra Jesús. -40. El reino de Jesús. -41. La excomunión entre los Judíos. -42. La ley de purificación antes de la Pascua.

§ IV. REGRESO A JERUSALÉN.

43. La ciudad inhospitalaria. -44. Jesús predice por tercera vez su muerte y su resurrección. -45. Zaqueo. -46. Parábola de las diez minas de plata. -47. La parábola y la historia judaica. -48. Aplicación de la parábola. -49. Bartimeo, el ciego de Jericó. -50. El festín de Bethania. María Magdalena y el vaso de alabastro. -51.

Pruebas de autenticidad intrínseca. -52. Excomunión de Lázaro por el Sanhedrín. -53. Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

§ I. Viaje de Jesús a la Perea

1. Jesús abandonó la ciudad ingrata; queriendo mostrar a los Apóstoles el camino que debían seguir ellos mismos, y la multitud [512] de las naciones llamada a ocupar en el reino de Dios, el sitio repudiado por los hijos de Abraham. «Sucedió, pues, dice el Evangelio, que prosiguiendo Jesús su viaje, entró en cierta aldea, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana, llamada María, la cual, sentándose a los pies del Señor, estaba oyendo su palabra. Mientras tanto Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era necesario, por lo cual, se presentó a Jesús, y dijo: Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude. -Pero el Señor le dio esta respuesta: Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas distraída en muchas cosas, y a la verdad, una sola cosa es necesaria (que es la salvación eterna). María ha escogido la mejor parte, de que jamás se verá privada [851]. Puede creerse que la aldea hospitalaria, cuyo nombre no ha inscrito San Lucas, era la de Bethania, a 15 estadios, o cerca de 2 millas romanas [852] de Jerusalén, sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos. Atravesábala en todo rigor el camino que conducía de la Ciudad Santa a Jericó. Tal vez había acompañado María al divino Maestro en el viaje. Recordarase, sobre esto, las palabras del Evangelio que hemos reproducido ya: «Cuando Jesús recorría las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce, seguíanle algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos, y curadas de varias enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios; Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes; Susana y muchas otras que le servían y proveían a sus necesidades con sus bienes [853]». En esta enumeración no aparece, pues, Marta; la cual guardaba el hogar doméstico de su hermano Lázaro, por lo que tuvo el honor de abrir su casa al divino Huésped, que se dignó descansar en él un día. Como quiera que sea, Marta y María representan los dos tipos de la vida nueva que trae el Salvador al mundo. Las almas cristianas podrán escoger entre dos vías, cuyo término y objeto es igualmente la caridad. La

---

[851] Luc., X, 38-42. No sabemos por qué dicen unánimes las traducciones francesas del Evangelio: «María eligió la mejor parte», puesto que no se halla el comparativo ni en el texto griego: Maria\m ga\r th\n a)gaqh\n meri¿da e)cele/cato ; ni en el latín de la Vulgata: Maria optimam partem elegit. [Maria de thn agaqhn merida ecelecato en el original (N. del E.)]

[852] La milla romana equivalía a 1481 m. 75 cént.

[853] Luc., VIII, 1-3. Cf. capít. VI, de esta Historia, núm. 34.

acción, es decir, el ministerio exterior del amor de [513] Dios y del prójimo, con sus trabajos, sus fatigas, su adhesión sin medida y sin límites: la contemplación, es decir, la elevación de una alma humana aproximándose cada día más al foco divino del amor, haciéndose en cierto modo la mediadora de los torrentes de gracia que rebosan del corazón de Jesús, y colocándose entre el mundo divino y el mundo terrestre, como el ideal de la más elevada perfección del uno, y el más poderoso intercesor cerca del otro. El silencio de María Magdalena, sentada a los pies de Jesús, se parece algún tanto al silencio de María, Madre de Jesús, «que conservaba, meditándolas en su corazón, todas las palabras de su Hijo. «¡Qué impulso no han hecho tomar a las almas estos nobles ejemplos, en el espacio de diez y nueve siglos! ¡Qué divina profecía en la respuesta del Salvador! «¡Marta, Marta! ¡tú te afanas e inquietas distraída en muchas cosas, y a la verdad una sola es necesaria! ¡María ha escogido la mejor suerte de que jamás se verá privada!» ¡Cuántas tentativas, no obstante, para arrancar a María y a las almas que se le asemejan, a la contemplación de Jesús; a la meditación solitaria de la verdad; al retiro de los claustros; a la vida silenciosa de un amor sin partición, y de una oración que no cesa de día ni de noche! ¡Cosa extraña! Los siglos y los países que necesitan socorros de arriba, son los que menos comprenden la necesidad de semejante intercesión para con Dios. La manifestación exterior, el movimiento activo y visible de la caridad cristiana conservan sus atractivos, aun en las épocas más turbadas; pero la noción de la caridad en su forma excelente, la actitud de Moisés orando sobre la montaña durante el combate, o de María Magdalena sentada a los pies del Salvador, el sacrificio de la individualidad en su potestad más elevada, la continuación por las almas privilegiadas de la inmolación del Gólgota, no son comprendidas por la multitud. ¡Como si la obra de nuestra redención hubiese sido completa por las obras de misericordia exterior del divino Maestro! ¡Como si en la agonía de la cruz no hubiera conquistado Jesús más almas que dando vista a los ciegos o salud a los enfermos! La debilidad de nuestras concepciones humanas o las mudanzas de la opinión, no más que la violencia de las pasiones desencadenadas o los deseos de los instintos ávidos, en nada cambiarán la divina constitución dada por Jesucristo a su reino. En la hora presente la acción y la contemplación Marta y María, se hallan aun, la una sentada y la otra afanada y [514] laboriosa, alrededor del divino Maestro. Son hermanas y en la unión del amor, trabajan y ruegan por la salvación del mundo.

2. «Enseñando Jesús un día de sábado en la sinagoga, continúa el Evangelio, he aquí que vino allí una mujer que hacía diez y ocho años padecía una enfermedad causada por un espíritu maligno, y andaba encorvada sin poder mirar poco ni mucho hacia arriba. Como la viese Jesús, llamola a sí, y le dijo: Mujer, libre quedas de tu enfermedad. Y puso sobre ella las manos, y al instante la mujer se enderezó y daba gracias y alabanzas a Dios. -El jefe, de la sinagoga, indignado de que Jesús hiciera en sábado esta curación, dijo al pueblo: Seis días hay destinados al trabajo: en esos podéis venir a curaros, y no en día de sábado. -Mas el Señor, dirigiéndole a él la palabra, dijo: ¡Hipócritas! ¿cada uno de vosotros no desata su buey o su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva a abrevar? Pues, ¿por qué a esta hija de Abraham, a quien tenía atada Satanás diez y ochos años hace, no debía ser permitido desatarla de este lazo en día de sábado? -A estas palabras, quedaron avergonzados todos sus adversarios; y todo el pueblo se regocijaba de las obras

gloriosas que él hacía [854]». La máscara cómica con que afectaba cubrirse el rostro el Fariseo, para revindicar las prerrogativas de la ley sabática, no puede sostenerse un momento ante la superior lógica de Jesús. Encorvada la raza de Abraham durante diez y ocho siglos bajo los terrores de la ley sinaítica, exagerados por la ambiciosa tradición de los Escribas y Doctores, no podía levantar la cabeza, para contemplar en las alturas celestiales, la misericordia del Dios de Moisés y de los Patriarcas. Un judío desataba en día de sábado, sin escrúpulo alguno, el buey o el asno del establo, para llevarlo al abrevadero. ¡Y Jesús, enderezando por medio de una simple imposición de manos a la infeliz mujer encorvada por una enfermedad de diez y ocho años, era culpable de una infracción irremisible! La penosa operación de sacar del establo a buey o al asno, los dos animales que constituían la riqueza de un hebreo, y de llevarlos del cabestro hasta la fuente pública, no constituía un delito contra una ley que hacía elástica el interés sabático. ¡Pero, curar con una palabra o un gesto, a una hija de Abraham era un crimen! ¡Diez y ocho años de enfermedad padecidos por una [515] mujer no admitían comparación con una hora de sed, sufrida por un animal irracional! Tal era la locura del rigorismo farisaico. Había llegado la hora en que la humanidad, encorvada hacia tierra bajo el yugo de Satanás, y no atreviéndose a levantar los ojos al cielo, iba a responder al llamamiento de Jesús: «¡Mujer, libre estás de tu enfermedad!» ¡Cuántas almas perdidas en el fango del vicio se han enderezado a esta palabra suprema! La obra de la salvación de las almas es por excelencia la obra del sábado. He aquí por qué elegía el Redentor con preferencia, para sus milagrosas curaciones, este día privilegiado. Desde que Dios ha reposado, después del prodigio de la creación, parece haberse concentrado su omnipotencia entera en el trabajo de la Redención. El *Archisynagogo* trastorna toda la economía providencial, diciendo: «Tenéis seis días de la semana en que es permitido trabajar y en que podéis haceros curar!» -Y precisamente el sétimo día, es el día de Dios y el de la curación de las almas. No insistimos más sobre el sentido más directo de la exclamación del jefe de la sinagoga. No obstante, el racionalismo haría bien en meditarla. ¿Cómo, si no hubiera hecho milagros Jesucristo, hubiera podido hacer al pueblo semejante intimación? Así, pues, cada palabra del Evangelio supone en la vida del Salvador, una verdadera efusión de prodigios, de los que sólo ha referido los principales el escritor sagrado, y los que ofrecían un carácter particular de permanencia en el mundo regenerado por Jesucristo.

3. «Sucedió, continúa el Evangelista, que habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales Fariseos a comer en un día de sábado, le estaban éstos acechando. Y he aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico. Y Jesús, dirigiéndose a los Doctores de la Ley y a los Fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en día de sábado? -Mas ellos callaron. Y Jesús, tomando con la mano al hidrópico, con sólo tocarle, le curó y le despachó. Y dirigiéndose después a ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no le sacará luego [855], aunque sea día de sábado? -Y no sabían qué responder a esto. -Notando entonces

---

[854] Luc., XIII, 10-17.

[855] Abríase para los riegos rurales, pozos cuyo brocal se hallaba a flor de tierra. El accidente a que alude el divino Maestro en muchos pasajes del Evangelio, era, pues, mucho más frecuente de lo que sería en nuestro clima y según nuestros hábitos sociales.

que los convidados [516] iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado a algunas bodas, no te pongas en el sitio preferente o lecho de honor [856], no sea que haya otro convidado de más distinción que tú; y viniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: Amigo; cede ese lugar a éste, y entonces tengas el sonrojo de verte precisado a ponerte el último: antes bien, cuando fueres convidado, vete a poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba, lo que te granjeará honor en presencia de los demás convidados [857]. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. -Dirigiéndose entonces al Fariseo que lo había convidado, le dijo Jesús: Cuando des alguna comida o cena, no convides a tus amigos ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos que son ricos: para que no suceda que te conviden también ellos a ti, y esto te sirva de recompensa, de lo que recibieron de ti: sino que cuando tuvieres algún banquete, convida a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden recompensarte, y así serás recompensado en la resurrección de los justos. -Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: ¡Bienaventurado aquel que tuviere parte en el convite del reino de Dios! -Mas Jesús le respondió: Un hombre dispuso una gran cena y convidó a mucha gente: A la hora de cenar, envió un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron [517] todos, como de concierto, a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito salir a verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; ruégote que me tengas por escusado. Otro dijo: acabo de casarme, y así no puedo ir allá». Habiendo vuelto el criado, refirió todas estas excusas a su señor. Irritado entonces el padre de familias, dijo a su criado: Sal luego por las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos y cojos hallares. -El criado ejecutó las órdenes de su señor, y volvió a decir a su amo: Señor; he hecho lo que mandaste y aun sobra lugar. -Respondiole el amo: Sal a los caminos y cercados e impele a los que halles a que vengan para que se llene mi

---

[856] Nos tomamos la libertad de parafrasear así el Discumbas de la Vulgata.

Las traducciones francesas callan demasiado el uso del triclinio, admitido generalmente en Judea, en la época evangélica. Con semejante sistema, llegan a ser ininteligibles para el vulgo un gran número de hechos; por ejemplo, la escena del acto de derramar el bálsamo perfumado en los pies del Salvador por detrás, sin que apercibiese Jesús a la Magdalena, mientras que el Fariseo que está en frente, sigue todos los movimientos de la ilustre penitente, parece inexplicable al lector habituado a creer que los Judíos se sentaban en sus festines del mismo modo que en los nuestros. Se ha prescindido sobrado tiempo, entre nosotros, de esta clase de pormenores. Y verdaderamente no ha contribuido poco esta negligencia al fácil y favorable éxito del Evangelio del racionalismo. Conviene más que nunca, hacer en los catecismos y en las homilías estas sencillas y familiares explicaciones del texto Sagrado, bajo el punto de vista de la verdad local. Nuestros padres sabían todo esto; debe, pues, hacerse que lo aprendan nuestros hijos. Por otra parte, el texto original se halla tan explícito como la Vulgata: Novum Testamentum Luc 14.8.1 to 14.8.2 mh\ katakliqv=j ei¹j th\n prwtoklisi¿an. [mh katakliqh/j eij thn prwtoklisian en el original (N. del E.)]

[857] Alude aquí Nuestro Señor a esta máxima del libro de los Proverbios: Ne gloriosus appareas coram rege, et in loco magnorum ne steteris. Melius est enim ut dicatur tibi: Ascende huc, quam ut humilieris coram principe. (Proverb., XXV, 6.)

casa; pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena [858]».

4. El hidrópico, introducido en la sala del banquete, lo fue verdaderamente por un cálculo de hipocresía farisaica. ¿Qué haría Jesús al ver a este enfermo? ¿Osaría curarle en un día de sábado? Los convidados se guardan bien de solicitar semejante favor para el enfermo. A sus ojos, es el milagro un trabajo que prohibirían al mismo Dios, en virtud del precepto sabático, impuesto por Jehovah. La argumentación del racionalismo moderno es exactamente idéntica. El Criador ha dado a su obra leyes que los nuevos sofistas pretenden, en adelante y por siempre ser superiores a su voluntad creadora. De suerte que la esencia divina, al crear el mundo, hubiera producido una obra superior al artífice, un resultado más poderoso que la causa, un efecto mayor que el principio. La inanidad de este paralogismo en el orden puramente natural en que se colocan los racionalistas, no es menos evidente que en el orden de la revelación mosaica, en que se acantonaban los Fariseos. Como quiera que sea, el divino Maestro parece salir al encuentro de las objeciones de sus enemigos. «¿Es permitido curar en día de sábado?» Esta cuestión clara y terminante había sido resuelta anteriormente por los doctores de la Ley, en el sentido negativo más absoluto. Sin embargo, ninguno de los convidados se atreve en esta circunstancia a formular semejante respuesta. A la vista de un enfermo a quien puede volver la salud una sola palabra que salga de los labios de Jesús, [518] nadie quiere echar sobre sí la responsabilidad de tan cruel prohibición, así, que todos se abisman en el silencio. Verdaderamente que si no hubiera hecho jamás milagros Jesucristo, hubiera sido muy distinta la actitud de los Fariseos. ¡Cuán unánimemente hubieran desafiado al Salvador a obrar la curación más sencilla, el menor prodigio, no tan sólo en día de sábado, sino en cualquiera otro día de la semana o del año! El silencio de los Fariseos en aquel momento, y su sistema habitual de ataque, concentrado en la interpretación rigorista de la ley sabática, son otras tantas pruebas perentorias que establecen la notoriedad universal de los milagros verificados por Jesús. De otra suerte, hubieran expresado sus labios una negación, con invencible seguridad. No, hubieran dicho a un impostor vulgar, ¡tú no haces milagros! Jamás has hecho ni uno solo. ¡Cura, pues, a este hidrópico que está ahí a tu vista! Tal hubiera sido necesariamente la disposición de los espíritus en la hipótesis racionalista. Así pues, lo sobrenatural forma el fondo del Evangelio. «Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo, exclamaban los Judíos en el Gólgota [859]».

5. No solamente se muestra taumaturgo el Salvador en el episodio del banquete en casa del Fariseo, si no que viene a curar a la humanidad de enfermedades más inveteradas y más peligrosas que las del cuerpo. Las enfermedades morales de que es el mundo presa, requieren un médico supremo. El orgullo farisaico, disputándose los primeros sitios de preferencia en un banquete, es una de las manifestaciones más espontáneas de este espíritu de limitado individualismo y de odioso egoísmo que dominaba entonces al mundo. Se lee en el Talmud, que un día el príncipe asmoneo, Alejandro Janeo, dando un festín en su

---

[858] Luc., XIV, 1-24.

[859] Matth., XXVII, 42.

palacio de Jerusalén a los embajadores persas, el rabino Simeón Ben-Shetah, que era del número de los convidados, fue a tomar sitio entre el rey y la reina. Este acto presuntuoso excitó un movimiento de sorpresa, y el rabino se justificó con una palabra todavía más orgullosa: «Está escrito, dijo: Ensalza la sabiduría y ella te ensalzará y ceñirá tus sienes con esclarecida diadema [860]». La nacionalidad judía entera revindicaba de las razas extranjeras la superioridad que se arrogaban estos doctores sobre los Hebreos. El banquete de la vida, a que había [519] convidado el Padre de familias celestial a la humanidad, era pues invadido por esos hambrientos de la gloria y de las vanidades terrestres. Tal es el sentido profundo de la parábola evangélica. La humildad, virtud desconocida del mundo antiguo, va a ser la base de las sociedades cristianas, pues un hombre humilde, antes de Jesucristo, hubiera pasado por un cobarde. El Verbo encarnado echa por tierra con una palabra el aparato de cuarenta siglos de orgullo satánico. «Quien se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado». Esta palabra ha tomado en la actualidad de tal manera posesión del mundo moral, que el orgullo humano se ve obligado a disimularse, con tanto cuidado como el que tenía entonces para ostentar sus pretensiones, y que los ambiciosos más furibundos se ven obligados a hacerse los hipócritas de la humildad.

6. A pesar de la decadencia del verdadero espíritu de la ley mosaica, en el seno del pueblo hebreo, conservaba aún la civilización judía preciosos vestigios de su divino origen. Así, era uso en casi todos los festines suntuosos, tener una mesa para los pobres. Cuando Judas Iscariote se queja de la profusión con que derramaba María Magdalena a los pies del divino Maestro un perfume precioso, tiene cuidado de añadir, que hubiera sido mejor empleado este dinero improductivo en socorrer a los pobres. Las tradiciones de hospitalidad que ascendían hasta los patriarcas, habían sobrevivido a todas las revoluciones. Tobías, cautivo en las riberas de Babilonia, llamaba a su mesa a sus hermanos indigentes. Tal vez el hidrópico que acababa de curar Jesús era uno de los convidados pobres admitidos aquel día en casa del Fariseo. En Judea eran casi los dos únicos medios de existencia los trabajos de la arquitectura y de la vida pastoril, por lo que reducía infaliblemente a la indigencia una enfermedad crónica a la clase media. He aquí por qué se encuentra tan frecuentemente en el Evangelio esta enumeración, «de pobres, tullidos, cojos y ciegos». El divino Maestro toma de las costumbres y de los usos nacionales dos admirables parábolas. En la una resuelve, con el principio nuevo de la caridad, la cuestión del pauperismo, este problema que ha desconcertado a todos los legisladores humanos, y que en el día conmueve las sociedades incrédulas. Sin comprometer el derecho imprescriptible e inviolable de la propiedad, abre a la indigencia tesoros inagotables. «¡Afortunados seréis por haber dado a quien no puede compensaros, porque se encargará el mismo Dios [520] de su deuda, y os recompensará en la resurrección de los justos!» Tal es el contrato que propone Jesucristo a la avidez, a la avaricia, a la riqueza egoísta y sin entrañas. Empeño esencialmente voluntario, cuyo registro no se verificará en este mundo, cuyo juez será sólo Dios, cuya penalidad se remite a más allá de los límites de esta vida. Pero ¿quién era pues este legislador para estipular así, con condiciones que exceden al poder humano? El racionalismo moderno obraría con prudencia estudiando atentamente esta palabra evangélica. Jesucristo asume la

---

[860] Proverb., IV, 8, 9.

responsabilidad de pagar centuplicadas todas las deudas de reconocimiento, contraídas por el pauperismo insolvente. Y esta promesa ha cambiado la faz del mundo. Si hay en nuestros días un fenómeno que atraiga todas las miradas, es seguramente el de la caridad cristiana, libre, espontánea, perseverante, multiplicando la adhesión en proporción de la miseria, sosteniendo los sacrificios al nivel de los padecimientos, y honrándose en socorrer, en la persona de los pobres, a los representantes de que se ha constituido fiador el mismo Jesucristo. Ciertamente que para ejercer semejante influencia, para dominar de esta suerte el interés, y acrecentar la caridad en una tierra que había secado y esterilizado la sed del oro, era preciso ser más que un sabio, más que un filósofo, más que un genio; era preciso ser Dios. Así, en la segunda parábola, ofrece Jesús como modelo y tipo supremo de la caridad humana, la caridad del mismo Dios. Dios es el verdadero Padre de familias que prepara desde el umbral del Edén, el banquete a que convida a todas las naciones. Desde luego fue convidado el pueblo judío; pero cuando llegó la hora, desdeñó tal honor este convidado privilegiado, absorto por el amor del lucro, las preocupaciones de la codicia y los goces sensuales. Entonces saldrán los predicadores del Evangelio del recinto del judaísmo, y salvarán la muralla de separación levantada por los Escribas, recorrerán el universo, e impelerán a las almas a venir a sentarse en el banquete divino. «Impeledles a entrar», dice el Padre de familias, *compelle intrare.* Suave y benéfica violencia, pero eficaz y enérgica, de que dirá más adelante San Pablo: «Nuestra predicación del Evangelio entre vosotros, no fue solamente la obra de la palabra, sino la del poder, en el Espíritu Santo, y en la plenitud de una fuerza invencible [861]. [521]

7. «Jesús, dice el Evangelista, recorría las ciudades y aldeas enseñando a la muchedumbre. Y uno le preguntó: Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan? Y él en respuesta dijo a los oyentes: Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar y no podrán. Y después que el Padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, empezaréis, estando fuera, a llamar a la puerta, diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá: No os conozco, ni sé de dónde sois. Entonces alegaréis a favor vuestro: Nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas. Y él os repetirá: No os conozco ni sé de dónde sois: apartaos lejos de mí, todos vosotros, artífices de iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham y a Isaac y a Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán también gentes del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, y se pondrán a la mesa en el convite del reino de Dios. Y ved aquí que los que son (ahora) los últimos, serán (entonces) los primeros, y los que son primeros, serán (entonces) los últimos [862]». ¡Sentencia terrible pronunciada contra la obstinación judía! Su realización, visible desde este mundo, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Cada página del Evangelio es así, o un milagro de profecía o un milagro de poder, o un milagro de revelación divina.

---

[861] I Thessalon, I, 5.

[862] Luc., XIII, 22-30.

8. «Sucedió que yendo con Jesús gran multitud de gentes, se volvió hacia ellas, y les dijo: Si alguno viene a mí, y me prefiere [863] a su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus [522] hermanos, sus hermanas, y aun a su misma vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva a cuestas su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Por qué ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, en su viña [864], no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con qué acabarla, no sea que después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean, comiencen a burlarse de él, diciendo: ¡Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo acabar! ¿O cuál es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que viene contra él con veinte mil? ¿Y si no puede, le

---

[863] La expresión griega misei=, traducida literalmente por el verbo oderit de la Vulgata, significa odiar. Así, todas las traducciones francesas se expresan de esta suerte: «Si alguno viene a mí, y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y sus hijos, sus hermanos y hermanas y hasta su misma alma, no puede ser mi discípulo». La fidelidad literal de esta versión es de suma inexactitud en cuanto al sentido. Así es que todos los intérpretes cuidan de indicarlo en la nota que acostumbran agregar a este pasaje. Y es que en efecto, en el estilo hebraico, la expresión que corresponde a nuestra palabra de odio, no tiene el sentido absoluto que en nuestro idioma. Como dice perfectamente el abate Glair, odiar significa con suma frecuencia en el idioma bíblico, amar menos. En este sentido se lee en la Escritura: Jacob dilexi, Esau autem odio habui (Malaquia, 1, 2, 3. Rom. IX, 13). Los salmos nos ofrecen numerosos ejemplos de esta locución, familiar al genio de la lengua judía. Si pudiera caber alguna duda sobre este punto en algunos entendimientos siempre dispuestos a creer que los comentadores inventan sistemas de interpretación según lo requiere su causa, bastaría volver a leer en el Evangelio de San Maleo la misma palabra de Nuestro Señor, traducida de esta suerte: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí». (Math. X, 37. Cf. en esta Historia: cap. VI, núm. 18). Es, pues, imposible la equivocación para quien tiene la menor noción del estilo hebraico y del texto concordado de los Evangelios. Esto no impide a un literato racionalista escribir. «Las exigencias de Jesús no tenían límites; despreciando los sanos límites de la naturaleza del hombre, quería que sólo se existiera para él, que sólo a él se le amase. Si alguno viene a mí, decía, y no aborrece a su padre, a su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Diríase que en estos momentos de guerra contra las necesidades más legítimas del corazón, había olvidado el placer de vivir, de amar, de ver y de sentir». Vida de Jesús, pág. 312, 313. [misei en el original (N. del E.)]

[864] Luc., XIV, 25 ad ultimum. Los Judíos levantaban torres en sus viñas para defenderlas contra el enemigo. El suelo, naturalmente pedregoso, de las colinas de Palestina, suministraba materiales abundantes, por lo que sobre todo la mano de obra hacía costosas esta clase de construcciones. Para formarse una idea exacta de la explotación vitícola, tal como se practicaba entre los Judíos, conviene referirse a la parábola de la viña por el profeta Isaías: «Cantaré a mi bien amado, dice, el cántico de mi pariente, sobre su viña predilecta. Mi muy amado plantó su viña en la vertiente de un collado muy fértil, a la sombra protectora de un plantío de olivos. Cercola de setos y desembarazó el suelo de las piedras que la secaban y la plantó de cepas escogidas; y edificó en medio de ella una torre para defenderla, y construyó en ella un lagar para exprimir su dulce licor. Y esperó a que diese racimos opimos, y sólo dio uvas silvestres. Ahora, pues, habitantes de Jerusalén, y vosotros ¡oh varones de Judá, sed jueces entre mí y mi viña! ¿Qué es lo que debí hacer y que no haya hecho por mi viña? ¿Podía acaso esperar, que en lugar de fragantes racimos, diera uvas agraces? Pues ahora os diré claramente lo que voy a hacer con mi viña: arrancar la cerca que la protege y vendrán los pasajeros a talarla; derribará la torre que la defiende, y será hollada. Y la dejaré que se convierta en un erial, y no podará sus cepas en la primavera mano alguna, ni cavará su árida tierra, y crecerán en ella zarzales y abrojos, y mandaré a las nubes que pasen por encima de ella sin derramar su lluvia bienhechora». (Isaí., V, 1-6. Cf. Hist. Gener. de la Igles., tom. III, pág. 10.) Tal es la clase de construcciones de uso universal entre los Judíos, a que alude Nuestro Señor, en este pasaje del Evangelio

envía embajadores cuando aún está lejos, pidiéndole la paz? Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena, mas si la sal se desvirtúa o hace insípida ¿con qué será sazonada? [523] Nada vale, ni para la tierra, ni para servir de abono; así es, que se arroja fuera, como inútil. ¡Quién tiene oídos para escuchar, atienda (bien a esto)!»

9. Tales son las rigurosas condiciones del apostolado, formuladas por el Salvador, y que excitan la indignación de los racionalistas. «Entonces había en las palabras de Jesús, dicen ellos, algo más que humano y extraño; parecía como un fuego que devoraba la vida en su raíz, reduciéndolo todo a un horrible desierto. El áspero y triste sentimiento de disgusto hacia el mundo, de violenta abnegación que caracteriza la perfección cristiana, tuvo por fundador, no al sutil y festivo moralista de los primeros días, sino al gigante sombrío, a quien arrojaba más y más fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso [865]». La distinción indicada por la crítica entre la doctrina de los primeros días del ministerio de Jesucristo y la de los últimos, es aquí tan marcada, que tenemos el deber de censurarla con energía. No existe tal distinción, y es verdaderamente preciso haber especulado con la ligereza de nuestro siglo para afirmarlo así. Desde el año segundo de su predicación pública, desde el momento en que agrupó Nuestro Señor en torno de su divina persona el colegio de los doce apóstoles, les dijo: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí [866]». Así hablaba el Salvador, en la montaña de Galilea, a los Apóstoles reunidos para recibir la investidura del ministerio evangélico. ¿Hay en esta enseñanza sombra siquiera de la menor diferencia respecto del lenguaje del divino Maestro, en los últimos meses de su predicación? ¿Qué significa, pues, la sacrílega antítesis, entre «el sutil y festivo moralista de los primeros días y el gigante sombrío de los últimos?» ¿En qué se funda? Porque en fin, si no es permitido, ni a un novelista, disfamar sin pruebas una memoria que ha dejado representantes y vengadores en la tierra, ¿qué diremos de la temeraria pretensión de un historiador que sustituye su calumniadora fantasía a los más terminantes textos, y prodiga gratuitamente injurias a un nombre ante el cual doblan la rodilla trescientos millones de hombres? ¡Retóricos! ¿No comprendéis [524] que haya impuesto Jesús sus condiciones a los apóstoles encargados de edificar la torre inmortal de la Iglesia, que ni vuestros antepasados, ni vuestros sucesores en la interminable genealogía del sofisma, han conseguido ni conseguirán derribar nunca? ¿No comprendéis que haya definido claramente Jesús el carácter de la lucha que iba a empeñarse, en la hora solemne en que sus soldados, sin otras armas que las de su fe, sin otro poder que el de la Iglesia santa, trabaran contra el Príncipe del mundo una guerra en que se comprara cada victoria con el martirio? Es verdad, que tales previsiones exceden los alcances de un genio humano. Para echar una mirada tan penetrante sobre el porvenir, era necesario ser Dios. Pero habla un Dios y toma en su mano como Dios las conciencias y los corazones. Todos los afectos legítimos, aun el que se halla más arraigado y que es más indestructible en el ser humano, el amor de la propia vida, deben subordinarse por el discípulo de Jesucristo al amor divino, centro nuevo de

---

[865] Vida de Jesús, pág. 312.

[866] Math., X, 37. Cf. cap. IV de esta Historia, núm. 18.

las almas, foco sobrenatural de toda existencia. Concebir el pensamiento de semejante dislocación del polo moral de la humanidad, excede ya los alcances de una inteligencia humana; realizarlo, como hizo Jesucristo, es una obra eminentemente divina. Diez y ocho siglos hace que mueren generaciones enteras por Jesús, y le sacrifican todos los intereses, todos los afectos, todos los goces terrestres, todos, sin restricción. Y es necesario que así sea. Esta vida se sostiene y se renueva sin cesar en el mundo a despecho de las pasiones, de los sofismas y de los odios conjurados. El amor de Jesucristo es el único divino que impide la corrupción general de la tierra. «Quien tiene oídos para oír que entienda».

10. «Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle. Y los Fariseos y Escribas murmuraban de esto, diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa, y no vaya en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola, se la pone sobre sus hombros muy gustoso, y llegando a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía, que se me había perdido. De este modo os digo, que habrá en el cielo mayor júbilo por un pecador que se arrepintiese, que por noventa y [525] nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. O ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz y barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que había perdido. Tal será el gozo que habrá entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia [867]».

Los Fariseos, verdaderos puritanos del Judaísmo, afectaban huir del contacto de los publicanos, estos agentes del fisco de Roma, a quienes ponían los deberes de su religión en relaciones diarias con los Gentiles. Bajo el pretexto de un respeto escrupuloso por las menores observancias relativas a las impurezas legales, se ocultaba en realidad un cálculo de ambición política, fácil de discernir. La dominación extranjera ajaba profundamente el instinto nacional. Los Fariseos se aseguraban, pues, el favor de la propiedad, rehusando comunicar con los agentes de un poder odioso. Por otra parte, coloreando su falta de comunicación con un motivo religioso, desarmaban a los gobiernos romanos. Sabido es, en efecto, que el principio de la dominación universal, aplicado por la Roma antigua, dejaba entera libertad a los vencidos para conservar su religión, sus leyes y hasta su administración interior. Esta ancha política tan opuesta al sistema estrecho o limitado de los conquistadores modernos, fue precisamente la que hizo posible, en dilatados siglos, la concentración del mundo bajo una sola mano. Como quiera que sea, los Fariseos podían, sin ser inquietados por los gobiernos romanos, negarse a dar la mano a un agente del fisco, y excluirle de su mesa. Con tal que se pagara el impuesto, se mostraba Roma tolerante. Pero cuando trataba Jesús públicamente con una caridad divina a estos excomulgados del rigorismo farisaico; cuando se veía rodeado de pecadores, es decir, de una multitud de gentes que no se cuidaban absolutamente de las abluciones de la muñeca o de la mano, ni de otras tradiciones

---

[867] Luc., XV, 1-10. En el cap. VII, núm. 36, se ha dado la valuación en moneda actual, de la dracma.

impuestas por los Doctores y los Escribas, debían redoblarse contra él los murmullos y el odio de los ambiciosos sectarios. El Verbo encarnado que descendió a la tierra en busca de las ovejas descarriadas de la humanidad, nos dice el precio de una alma. Él mismo se representa bajo la figura del Buen Pastor, que [526] carga en sus hombros la oveja perdida o descarriada para volverla al redil. Como si no bastara aun esta conmovedora imagen para pintar la sed de almas de que se halla devorado, emplea otra alegoría no menos significativa. Una pobre judía tenía diez dracmas, fruto del trabajo de toda la familia. Tal vez había destinado esta suma a pagar el tributo anual. Mas se le pierde una moneda ¿cómo satisfacer las exigencias del fisco? ¡Mañana será invadida su humilde casa por los soldados! La mujer consternada barre todos los rincones de su morada, hasta que vuelve a encontrar la dracma perdida, causándole este hallazgo un regocijo igual a su ansiedad anterior. Pues bien; el alma extraviada representa el precio de los trabajos, de los padecimientos y de la muerte del Hombre-Dios. «¡Así, os digo, que será el gozo de los ángeles del cielo por un pecador que haga penitencia!»

11. Jesús añadió también. Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más mozo dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que debe tocarme; y el padre repartió entre los dos la hacienda. Y pocos días después, habiendo reunido el hijo más joven todo cuanto poseía, partió para un país extranjero y remoto, y allí disipó toda su hacienda, viviendo disolutamente. Y después que lo consumió todo, sobrevino una gran hambre en aquel país, y comenzó a padecer necesidad. De resultas, púsose a servir a un morador de aquella tierra, el cual le envió a su granja a guardar puercos. Allí deseaba llenar su estómago de las garrobas [868] que [527] comían los puercos, y nadie se las daba. Y volviendo en sí y recapacitando en su interior, dijo: ¿Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre? Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros. Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistole su padre, y enterneciéronsele las entrañas, y corriendo a su encuentro, le echó los brazos al cuello, y le dio mil

---

[868] La palabra griega kerati/a reproduce con suma exactitud la expresión siríaca Carruba, que es verdaderamente la del Evangelio. Así, pues, la restablecemos en nuestra traducción. El sentido vago e indefinido del Siliqua de la Vulgata se presta en nuestra lengua, a interpretaciones que quitan al texto uno de sus caracteres de verdad local. «Los que creen, dice el padre Pezron que los silicos eran fundas de legumbres, como guisantes y habas, se equivocan, pues eran las cáscaras o vainas de un árbol llamado algarrobo o garrofo, con que se alimentaba a los puercos en Jonia y en Siria. La versión siriaca del Evangelio trae en efecto la palabra Carruba, traducida fielmente en griego por kerati/a». El garrobo (ceratonia siliqua) dicen los botánicos modernos, es un árbol de hoja persistente, de la familia de las Leguminosas, tribu de las Cesalpinias. Crece en Oriente y en el Mediodía de Europa, sobre todo en las cercanías del Mediterráneo. Su elevación es de ocho a diez metros. Y su aspecto ofrece alguna analogía con el de nuestros manzanos. Sus hojas coriáceas o correosas y lucientes son de un verde azulado; las flores, dispuestas en forma de racimos, son de un color purpúreo oscuro; el fruto es una funda o vaina larga de más de veinte centímetros, que encierra una pulpa rojiza y azucarada, de que se extrae en la actualidad bastante buen aguardiente, y un jarabe astringente. En España y en Italia sirve esta pulpa, todavía verde, para mantener a las bestias de carga y demás ganados, a quienes nutre rápidamente. (A esta nota de M. Darras debemos añadir, que en la versión Siriaca, según dice el padre Amat, se lee kerubae, esto es, garrobas. La partícula al se añadiría por los árabes.) -(N. del T.)

besos. Y díjole el hijo: Padre, yo he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre, por respuesta, dijo a sus criados: Presto, traed aquí el vestido de honor que llevaba en otro tiempo, y revestídsele. Ponedle un anillo en el dedo y calzadle las sandalias. Id a la dehesa y traed un ternero cebado, matadle y comamos y celebremos un banquete; pues que éste mi hijo estaba muerto y ha resucitado; habíase perdido y ha sido hallado. Y con eso dieron principio al banquete. Hallábase a la sazón el hijo mayor en el campo, y a la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile, y llamó a uno de los criados, y preguntole qué venía a ser aquello; el cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberlo recobrado en buena salud y regocijarse de su feliz regreso. Al oír esto el hijo mayor, indignose, y no quería entrar. Salió, pues, su padre afuera, y empezó a instarle con ruegos; pero él le replicó, diciendo: Es bueno que tantos años ha que te sirvo, sin haberte desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos; y ¿ahora que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda en la disolución, luego has hecho matar para él un becerro cebado? -Hijo mío, respondió el padre, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes míos son tuyos; mas era muy justo tener un banquete y regocijarnos, por cuanto éste tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido encontrado [869]». [528]

12. Esta vez se revela la misericordia de Dios a favor del alma pecadora, bajo los rasgos del amor paternal. Los hijos mayores del judaísmo, los orgullosos Fariseos se indignan de ver a los publicanos y prevaricadores llegar a ser objeto de las complacencias de Jesús. Rehúsan, como el hermano mayor de la parábola seguir al Verbo encarnado, y entrar con él en la casa del festín, abierta al Hijo Pródigo. ¡Qué lenguaje el del Salvador! El Dios del Sinaí, cuya palabra temían oír los hijos de Israel y contemplar su majestad, es un Padre que sufre, sin quejarse, la ingratitud y el abandono de sus hijos. Les ve alejarse de su ternura, abandonar el hogar donde los reanimaba en su corazón, la mesa en que les alimentaba con su pan. No profiere su boca una amenaza: parte con ellos los tesoros de sabiduría, de verdad y de ciencia divina, que estos insensatos, ricos con sus dones, y que no poseen otros tesoros que los que reciben de su munificencia, van a disipar en las regiones extranjeras del vicio y de la mentira. El Padre los ve, padece y calla. Sin embargo, reina una hambre eterna en estas desoladas regiones en que consumen estos pródigos en locos excesos las riquezas de la inteligencia y del corazón. Semejantes a aquellos animales inmundos, cuyas manadas cubrían las colinas de los Gerasenos [870], y que eran cebados con los algarrobos de las orillas del lago de Tiberiades, para los mercados de la Fenicia y del alto Oriente, son insaciables sus pasiones, abriendo en las almas abismos de voracidad sin fondo. Un día, disputando los hambrientos pródigos su pasto a los puercos, pensaron en los goces sin mezcla alguna del hogar paterno, en las delicias del banquete divino. No les resta de su antiguo esplendor, de su felicidad perdida, más que un amargo recuerdo. La túnica de inocencia ha quedado a girones en las espinas del camino. El anillo de la santa y noble alianza con el cielo, ha desaparecido hace largo tiempo. Sus pies

---

[869] Luc., XV, ad ultimum.

[870] Cf. Cap. VII de esta Historia, § 1.

destrozados, ensangrentados en todas las piedras del camino, ya no son protegidos por el calzado que preparaba la ternura maternal por sí misma. La desnudez del pródigo, tal como lo pinta la Parábola, era en la época evangélica, cual la de los esclavos. El esclavo no llevaba sandalias, sino que andaba con los pies desnudos. La túnica flotante, «este primer vestido» de que habla el Evangelio, se hallaba reservada exclusivamente para los hombres [529] libres. El esclavo llevaba una túnica estrecha y corta, ajustada a la cintura con un ceñidor. Finalmente, el anillo era señal distintiva de nobleza. Sabido es que todos los caballeros romanos lo llevaban entonces; pero su uso se remontaba en Palestina, hasta la época patriarcal. Cada uno de estos pormenores, en perfecta armonía con las costumbres del tiempo, encierra un simbolismo divino. Sin embargo, el esclavo de las pasiones, el pródigo hambriento, vuelve en sí mismo. Levántase en su miseria y desnudez; vuelve a emprender el camino de la patria; y quiere arrojarse a las rodillas de su padre, y decirle llorando: ¡He pecado! Conforme se acerca, se dividen su alma el pensamiento de su ingratitud, la confusión y el temor. ¿Tendrá valor para volver a este padre, a este juez tan cruelmente ofendido? El Padre lo ha previsto. El padre es quien corre a encontrar a este hijo ingrato, quien le estrecha contra su corazón, le presenta a los criados fieles, le hace volver la túnica de honor, y el anillo de la alianza, y el calzado de los hombres libres. El Padre es quien manda el banquete de los regocijos celestiales, donde el pecador arrepentido come el pan de vida, y bebe la sangre de la redención. Misterio inefable de las ternuras de Dios para el hombre, que excederá por siempre a la medida de todas nuestras iniquidades y de todas nuestras ingratitudes. El amor divino, que descendió del cielo a la tierra, y que vuelve a ascender de la tierra al cielo, he aquí todo el Evangelio.

13. «Decía también Jesús sus discípulos. Había un hombre rico que tenía un mayordomo; y este fue acusado delante de él, de que le había disipado sus bienes. Llamole, pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar; y mendigar, me cuesta vergüenza. Pero ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa. Llamando, pues, a los deudores de su amo, uno a uno, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? -Respondió: Cien *baths* o barriles de aceite [871]. Díjole el mayordomo. [530] Toma tu obligación, sientate, y haz al instante otra de cincuenta. -Dijo después a otro: ¿Y tú cuánto debes? Respondió. Cien coros [872] o cargas de trigo. Díjole: Toma tu

---

[871] Conservamos escrupulosamente en nuestra traducción el término mismo del original griego: (Ekato\n ba/touj e)lai¿ou. El Bath, medida hebraica de líquidos, de un valor que varía de veinte y siete a treinta y ocho litros, según se dé por base la metreta antigua o la medida siriaca, era de un uso universal entre los Judíos. En nuestro concepto, debe respetarse estos nombres extranjeros aun en las traducciones a la lengua vulgar; pues de otra suerte, un legista que lea el Evangelio en una versión de Lemaistre, de Sacy, se creerá con derecho para afirmar, que no sabía hebreo Jesucristo. Cien baths de aceite representaban, ya sea 2,700, ya 3,800 litros.

[872] El Chomer (Levit. XXVII, 16), llamado igualmente Cor (Ezech. XLV, 11-14), y en el texto original de San Lucas:)Ekato\n ko/rouj si¿tou, era la medida hebraica de los sólidos. Valía diez baths, o sea aproximadamente 27 decalitros, tomando la capacidad del bath sobre el pie de 27 litros, o 38 decalitros, dando al bath el valor de 38 litros. Cien cori de trigo representaban de esta suerte, en la primera hipótesis, 270 hectolitros, y en la segunda, 380. La enormidad de esta deuda, con relación

obligación y escribe otra de ochenta. Y habiéndolo sabido el amo, alabó a este mayordomo infiel (no por su infidelidad) sino porque hubiese sabido portarse sagazmente, porque los hijos de este siglo (o amadores del mundo) son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Así, os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con el Mammon [873] de la iniquidad (o con las riquezas injustas, manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas [874]».

14. «Algunas veces, dicen nuestros racionalistas, Jesucristo, más versado en las cosas del cielo que en las de la tierra, enseñaba una economía política sumamente singular. En una extraña parábola, es elogiado un mayordomo por hacerse amigos entre los pobres, a costa de su amo, para que los pobres le introduzcan a su vez en el reino del cielo. Debiendo ser, en efecto, los pobres, los dispensadores de este reino, no recibirán en él más que a los que a ellos les hayan dado limosna. Así, pues, un hombre previsor y que piense en el porvenir, debe tratar de ganárselos [875]». Lo único «extraño [531] y singular» que hay en esto, es el yerro voluntario de nuestros literatos. ¿Cómo se atreven a transformar en un plan de economía política, que enseñase *ex profeso* el Salvador, ofreciéndolo como tipo de moralidad cristiana, la conducta de este mayordomo, cuya acción culpable tiene cuidado Jesús de censurar tres veces? Es un mayordomo «infiel» que «ha disipado los bienes confiados a su custodia». Es un «hijo del siglo», es decir, según la fuerza de esta locución enteramente hebraica, un hombre de iniquidad, de desórdenes y rapiñas, cuya activa pero odiosa sagacidad, se pone en contraposición con la sencillez de los «hijos de la luz». El amo no aprueba, el injusto procedimiento de este prevaricador, sino que reconoce únicamente su sutil astucia. El sentido de la parábola es, pues, éste: Todos nosotros somos los mayordomos y administradores de los bienes que Dios nos ha confiado. Talentos, poderes, riquezas, todo aquello de que disponen los hombres en este mundo, no es más que una granja arrendada, cuyo propietario pleno es Dios. ¡Cuántos administradores infieles hay en este mundo! ¡Cuán grande es el número de los que disipan los tesoros de inteligencia, de actividad, de virtud, de riquezas propiamente dichas, confiadas a sus manos! ¿El capital social, dado por Dios, no se trasformará con una proporción espantosa, en un *Mammon* de iniquidad? Y no obstante, acércase la hora en que diga a cada uno de estos depositarios infieles el juez supremo, el propietario, divino: «¡Dad cuenta de vuestra administración!» Y ¿hay uno solo de los administradores de Dios que haya

---

a la del primer deudor, da a comprender al punto, por qué el administrador infiel rebaja esta obligación en menor proporción. Por una parte, el deudor ganaba ya desmesuradamente en ello, y por otra, el dueño, que debía verdaderamente contar con una fuerte suma por parte de este arrendatario, no advertiría tan pronto el déficit, reducido tan sólo de ciento a ochenta.

[873] El término de Mammon, conservado en el Mammona de la Vulgata, es también una expresión enteramente hebraica. Matmon, o por una elisión familiar a los idiomas caldeos, Mammon, significa «oculto». Recordarase lo que hemos temido anteriormente ocasión de decir, con motivo del cuidado con que enterraban los Judíos los tesoros, para ponerlos al abrigo de las eventualidades de una invasión o de las exigencias del fisco.

[874] Luc., XVI, 1-10. Cum defeceritis, sobreentendido e vita; en griego: o(/tan e)klipv, sobreentendido to\n bi/on, «a la hora de la muerte». Hemos conservado la traducción francesa, porque la expresión «llegar a faltar» conserva aún entre nosotros el sentido de «morir». [o(/tan ekliphte y ton bion en el orginal (N. del Ed.)]

[875] Vida de Jesús, pág. 174.

pensado en aplicar, en beneficio de su alma, los cálculos personales del administrador prevaricador del Evangelio, esta industria culpable que roba al amo en beneficio del administrador? Todos «los hijos del siglo», absortos en un cargo, cuya responsabilidad ignoran, preocupados únicamente de gozar sin cuidado alguno de la cuenta que hay que dar, dejan llegar la última hora, la de la eternidad, que les sorprende en medio de su carrera; y el capital gastado ignominiosamente en la tierra, se pierde a un tiempo mismo, para los intereses de este mundo y para los del cielo. He aquí el plan de economía divina que expone Jesucristo a sus discípulos. La «política» de aquí bajo o del mundo, sólo sirve en él como término de comparación. La culpable habilidad de los «hijos del siglo» sirve de estímulo a la indolencia de los «hijos de la luz». El Salvador toma su alegoría en un orden de [532] hechos que la civilización mista de la Judea había hecho familiares a todos sus oyentes. La infidelidad de los agentes, que empleaban entonces los grandes propietarios romanos para la administración de sus dominios, era proverbial. El procedimiento del administrador infiel, que se hace despedir de una casa para ser recibido a título de reconocimiento en otra, era público y notorio en aquel tiempo. No hubo, pues, «singularidad ni extrañeza». de parte del divino Maestro, en tomar de aquí esta admirable parábola que revela un conocimiento tan profundo de las «cosas de la tierra», así como «de las cosas del cielo». Y para marcar aun mejor la culpabilidad de las malversaciones del ecónomo de que habla Jesús, añade: «Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Si no habéis sido pues fieles, respecto del Mammon de la iniquidad (o en las falsas o injustas riquezas), ¿quién os fiará las verdaderas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo propio vuestro?» La humanidad en su condición presente, es una joven menor de edad bajo la tutela de Dios. La palabra de Jesús dilata los horizontes de la vida futura, y nos revela en el porvenir responsabilidades de honor y de gloria, proporcionadas a la rigurosa fidelidad que hayamos tenido en este mundo. «Hay en la casa de mi Padre, dice en otras partes, muchas habitaciones [876]». Un día comprenderemos todo el sentido de esta revelación, cuyos términos exceden a los alcances de nuestra mortalidad. Entre los millares de globos luminosos que sigue la mirada de la ciencia en los espacios del éter, hay tal vez una escala jerárquica, cada uno de cuyos peldaños está ocupado por inteligencias bienaventuradas. Circunscrito en los estrechos límites de la materia el espíritu del hombre, no hace más que deletrear el libro de los mundos. El Verbo encarnado nos enseña, que las pruebas de esta vida son el aprendizaje de las grandes responsabilidades de la vida inmortal. Esto es todo lo que podía soportar nuestra limitada inteligencia; porque el peso infinito de gloria que nos espera en los cielos, aplanaría en este momento nuestra debilidad. Ahora nos basta practicar este otro precepto del Salvador: «Nadie puede servir a dos amos, porque o aborrecerá al uno o amará al otro: o se aficionará al primero y no hará caso del segundo: no podéis [533] servir al mismo tiempo a Dios y a Mammon (o a las riquezas [877])».

15. Así se substituía también el desprendimiento evangélico a la vida material y a los goces de este mundo, de que se habían hecho los Fariseos una especie de Paraíso terrenal, a la sombra de la ley mosaica, interpretada por un sensualismo

---

[876] Joan., XIV, 2.

[877] Luc., XVI, 13-14.

grosero. «Eran avarientos», continúa el Evangelio, y al oír estas palabras se burlaron de Jesús. Entonces él les dijo: «Vosotros afectáis ser Justos delante de los hombres, pero Dios conoce el fondo de vuestros corazones; porque sucede a menudo que lo que parece sublime a los ojos humanos, es abominable a los de Dios. La ley y los Profetas han subsistido hasta Juan Bautista; desde entonces acá ya el reino de Dios es anunciado claramente; y todos se hacen fuerza (o mortifican sus pasiones) para entrar en él. Más fácil es que el cielo y la tierra perezcan (o acaben), que el que deje de cumplirse un sólo ápice de la Ley [878]». Imposible es imaginar una afirmación más clara y más exacta del carácter sobrenatural y divino del Evangelio. La ley mosaica fue su preparación en la serie de las edades; los Profetas anunciaban su advenimiento; Juan Bautista era su precursor. La flor del Antiguo Testamento es el Mesías, el Cristo, que da su perfección a la Ley, su cumplimiento a las profecías, su realización a las esperanzas del mundo. No se equivocan los Fariseos sobre las trascendencia de esta doctrina, y aceptan claramente todas las consecuencias que van a deducirse de ella. Jesucristo se erige en legislador soberano, y proclama su derecho imprescriptible de completar la ley Mosaica y de trasformarla en un código universal, que será la regla de todas las generaciones humanas. Para consignarlo mejor, y tal vez con la esperanza de suscitar la indignación popular contra el Salvador, le proponen una cuestión que dividía durante cuarenta años sus escuelas, y a la cual daba el reciente divorcio de Herodes Antipas una peligrosa actualidad. Los discípulos de Schammai pretendían que la autorización del divorcio, concedida por Moisés, debía limitarse exclusivamente al caso de adulterio. Los discípulos de Hillel daban a esta facultad una extensión general y absoluta. La controversia versaba sobre este texto del Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y después de haber cohabitado con ella, viniere a ser mal vista de él por algún [534] vicio notable o falta grave, hará una escritura de repudio y la pondrá en manos de la mujer, y la despedirá de su casa [879]». La Ley no definía la gravedad del vicio o falta alegada; las dos escuelas interpretaban a su fantasía la cláusula restrictiva, y permanecía siendo imposible la solución del problema. Parecía, pues, perfectamente inspirado el odio de los Fariseos al elegir una cuestión de esta naturaleza. Jesucristo anunciaba su poder de legislador supremo, debiendo en su consecuencia resolver todas las dificultades legales; pero si se pronunciaba en favor de la doctrina rigorista de Schammai, incurría en todas las cóleras oficiales de los partidarios de Herodes Antipas, y perdía, a los ojos de la multitud, el prestigio que le granjeaban su misericordia y su indulgencia, tan elogiadas. Si por el contrario, adoptaba los principios relajados de Hillel, era un corruptor de la moral pública, un ambicioso vulgar, que acariciaba los instintos degradados y perversos del corazón humano, y sacrificaba la verdad, la justicia y la ley a su deseo de popularidad.

16. «Llegáronse, pues, a él los Fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquiera causa? Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Qué os mandó Moisés sobre esto? Ellos dijeron: Moisés permitió repudiarla,

---

[878] Luc., XVI, 14-17.

[879] Deuter., XXIV, 1.

precediendo escritura legal del repudio [880]. -Jesús replicó: ¿No habéis leído que aquel que al principio crió al linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo: ¿Dejará el hombre a su padre y a su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, que ya no son dos, sino una sola carne [881]. Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre. -Pero ¿por qué, replicaron ellos, nos autorizó Moisés para dar a la mujer libelo de repudio y despedirla? Respondió Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero no fue así desde el principio. Así, pues, os declaro, que cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio [882] y comételo también, [535] el que se casa con la repudiada por su marido. -Y cuando hubo entrado en casa, volvieron a preguntarle sus discípulos sobre esto mismo. Y él les inculcó: Cualquiera que despidiera a su Mujer y se casare con otra, comete

---

[880] Los Fariseos tienen gran cuidado de eludir la dificultad real, por lo que, suprimen de propósito en su respuesta, la cláusula: Ob aliquam foeditatem, inserta en el texto de la ley, y sobre que recaía toda la discusión entre los discípulos de Sechammai Y los de Hillel. XXIV, 1.

[881] Genés. I, 27, II, 24.

[882] Reproducimos aquí la palabra de Nuestro Señor, tal cual la escribió San Lucas: Omnis qui dimittit uxorem suam et alteram ducit, moechatur (Luc., XVI, 18), la cual expresa claramente el pensamiento del divino Maestro. Un hebraísmo que se encuentra en la misma palabra formulada por San Mateo, ha dado lugar a la errónea interpretación del protestantismo y del cisma griego. He aquí el texto de San Mateo: «Cualquiera que despidiere a su mujer, por otra causa que la de adulterio, y se casara con otra, comete adulterio, y el que se casa con una mujer repudiada, comete adulterio». (Math., XIX, 9.) Los protestantes y los cismáticos griegos, han deducido de esta palabra, entendida en el sentido de las traducciones, y aislada de su contexto, que Jesucristo permitió contraer un nuevo enlace, después de romperse otro anterior por el adulterio de la mujer. Mas lo único que permite el Salvador en este caso, es despedir a la mujer culpable, pero no casarse con otra, puesto que añade inmediatamente y en términos absolutos. «El que se casa con una mujer repudiada, comete adulterio». Es, pues, indudable, que la respuesta del Salvador, tal cual la da San Mateo, responde a estos dos pensamientos muy distintos comprendidos en la pregunta de los Fariseos: Jesús declara: 1.º que no es permitida la separación sino en el solo caso de adulterio; 2.º que la separación, aun en este caso, no lleva consigo la facultad de contraer otro enlace. Si hubiera tenido otro sentido la respuesta del Salvador, no hubiera chocado en manera alguna a los discípulos; no hubiera provocado de parte suya esta queja que expresan un poco más adelante». Si es así, dicen sencillamente, si es tal la condición del hombre que se casa con una mujer, ¡no es conveniente casarse! Jamás hubieran manifestado los discípulos semejante extrañeza, si les hubiera dicho su maestro: «Es permitido casarse con otra mujer después de la separación por cansa de adulterio. Esta contestación hubiera sido exactamente conforme a la doctrina de Schammai, que no extrañaba a nadie, y que se gloriaban de observar todos los hebreos más fieles. Finalmente, esta respuesta no hubiera alterado en riada la ley mosaica, ni el libellus repudii, concedido temporalmente ad duritiam cordis. A no querer, pues, disfrazar a capricho el Evangelio, no se puede desconocer la ley de indisolubilidad del lazo conyugal, aun después de la separación, impuesta expresamente por Jesucristo. La enseñanza de San Pablo no es más que un eco fiel de ella. Praecipio, non ego, sed Dominus, quod si discesserit, manere innuptam. (I Cor. VI, 11). El concilio de Trento ha resumido, pues, sobre este punto, toda la doctrina del divino Maestro, recogida por la tradición católica: «Si alguno dijere que la Iglesia yerra cuando ha enseñado y enseña aún, según la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, que el matrimonio no puede disolverse por causa de adulterio, sea anatematizado». (Concil. Trid. Sess. XXIV, Can. VII.) La Iglesia conserva, pues, la causa de separación tal como la estableció el Salvador, pero proclama, aun en este caso, la indisolubilidad del lazo conyugal. Las legislaciones humanas que quisieran ir más allá de este límite, serían siempre defectuosas. La indisolubilidad del matrimonio es la piedra angular de las familias y de las sociedades.

adulterio contra la primera, y si la mujer se aparta de su marido y se casa con otro, es adúltera. Los discípulos le dijeron entonces: Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no le tiene cuenta el casarse. -Jesús les respondió: No todos son capaces de esta resolución sino aquellos a quienes ha sido dado de lo alto. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que llegaron a serlo [536] por obra de los hombres, y otros lo son por su propio acto por amor del reino de los cielos. Entiéndalo el que pueda [883]».

17. La respuesta al capcioso interrogatorio de los Fariseos burla todas sus esperanzas y sirve de tema al divino Maestro para establecer las sociedades cristianas en las dos bases del matrimonio indisoluble, al cual es llamado el mayor número, y el celibato religioso, patrimonio de las almas escogidas, a quienes es concedida por los cielos esta vocación. ¡Cosa extraña! Los filósofos, los sabios, los grandes legisladores necesitan meditaciones solitarias recogimiento, estudio y silencio para elaborar sus doctrinas, sus teorías o sus constituciones. El genio humano se preocupa ante todo, de reunir sus ideas y de coordinarlas en una serie lógica, de exponerlas con método, como los anillos estrechamente soldados de una cadena continua. Interrúmpase el trabajo, cámbiese el curso del pensamiento, córtese el hilo delicado que une los detalles al conjunto, y se destruirá toda la obra. Jesús procede de distinto modo, y esto es, si se quiere reflexionar un instante, una prueba palpable de su divinidad. De sus labios brotan las más sublimes instituciones, como al acaso, de la conversación o de la controversia. Los principios en que descansa todo el orden moral, se manifiestan y brillan como por accidente, sin que el Maestro parezca provocar la ocasión de ponerlos en evidencia. Esto consiste en que los hombres sólo tienen chispas de verdad que reúnen y cobijan con esfuerzo, mientras que Jesús es el foco de toda la verdad; los hombres tienen reflejos de luz, y Jesús es la luz misma que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. ¡La indisolubilidad absoluta del lazo conyugal! ¿Quién pensaba en ella en la época en que vino Nuestro Señor a decretarla con su autoridad suprema? Ignorábala el judaísmo; Roma, largo tiempo avezada a la servidumbre, se hubiera sublevado contra el César que se hubiese atrevido a dar semejante ley. Pero los Césares no pensaban casi en esto. El asombro, próximo a la indignación, que los mismos discípulos no pueden menos de manifestar, nos da la exacta medida de lo que era entonces el mundo. Su lenguaje ha tenido repetidos ecos al través de los siglos. Todas las pasiones han protestado como ellos, y no obstante, hállase hoy la indisolubilidad del lazo conyugal, admitida en derecho, [537] sino respetada en hecho por todas las naciones civilizadas. Esto consiste en que no se ha establecido el matrimonio únicamente para el individuo, sino principalmente para la especie, para la conservación física y moral del género humano. El matrimonio de uno solo con una sola, ha emancipado a la mujer de la esclavitud, a que la condenaban y condenan aún los ignominiosos caprichos de las naciones paganas. Ha constituido y mantiene la familia, el derecho de la infancia, el respeto filial, el honor de la sucesión y del hogar. El sensualismo idólatra desconocía todas estas cosas. El deleite brutal era para él la única ley de la vida. ¿Hubiera creído posible Tiberio, al resplandor de las lámparas perfumadas que iluminaban sus orgías nocturnas en la isla de Caprea, la próxima explosión de una doctrina que había de hacer brotar millares de hombres

[883] Math., XIX, 3-12. Marc., X, 2-13. Luc., XVI, 18.

castos, de vírgenes inmaculadas y de esposos fieles? Este milagro del mundo moral se halla por todas partes hoy a nuestra vista. ¿Quién lo ha verificado?

18. «En esta sazón, continúa el Evangelio, presentaron a Jesús unos niños para que pusiera sobre ellos las manos y orase. Los discípulos creyendo que le importunaban, les reñían. Mas Jesús reprobó su conducta, diciendo: Dejad en paz a los niños y no les estorbéis venir a mí; porque de los que se asemejen a ellos es el reino de los cielos. En verdad os digo, que quien no recibiere el Evangelio del reino de Dios como un niño, no entrará en él. -Y habiendo abrazado a estos niños, les impuso las manos y los bendijo [884]». ¿No acababa de crear, en efecto, por la fecundidad de su palabra divina, una doble paternidad, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, para estos niños hasta entonces tan desamparados? ¡Cuántas veces al encontrar en medio de nuestras sociedades tan profundamente turbadas por el egoísmo de la sensualidad, las humildes vírgenes de Jesucristo, que se constituyen en madres de los que no tienen madres; las modestas maestras de la infancia, que se hacen los padres de toda una generación de almas jóvenes; cuántas veces no hemos repetido la palabra del divino Maestro: «Dejad venir a mí los niños!» ¡Qué prodigio permanente de sacrificios sin gloria, de trabajos oscuros, de adhesiones desconocidas, verificadas por la influencia del consejo evangélico de la [538] virginidad cristiana! Nuestra civilización, de que se muestran tan envanecidos nuestros literatos, vive, a despecho del racionalismo, de los beneficios del Evangelio, del pan que le distribuye cada día el Salvador. Si cerrase Jesús su mano para tantos ingratos que le maldicen, se moriría el mundo de hambre.

19 «Jesús continuó su camino, dice el Evangelio, y he aquí que acercándosele un hombre joven, le dijo: Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna? Y Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Dios sólo es el bueno. Por lo demás, si quieres entrar en la vida eterna, guarda sus mandamientos. Díjole él: ¿Qué mandamientos? -Respondió Jesús: No matarás: No cometerás adulterio: No hurtarás: No levantarás falso testimonio: Honra a tu padre y a tu madre; y ama a tu prójimo como a ti mismo. -Señor, replicó el joven: todos esos los he guardado desde mí mocedad: ¿qué más me falta? -Al oír Jesús estas palabras, mirole de hito en hito, y mostrando quedar prendado de él, le dijo: Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: ven después y sígueme. Habiendo oído el joven estas palabras, se retiró entristecido, y era que tenía muchas posesiones. Jesús, viéndole tan afligido, se volvió hacia sus discípulos, y les dijo: En verdad os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. -Los discípulos enmudecidos de admiración no respondieron, y Jesús añadió: ¡Ay! hijitos míos, ¡cuán difícil cosa es, que los que ponen su confianza en las riquezas, entren en el reino de Dios! -Más fácil es pasar un cable por el ojo de una aguja, que el entrar un rico semejante en el reino de Dios. -Oyendo esto los discípulos, decían llenos de admiración: ¿Pues quién podrá salvarse? Pero Jesús, fijando en ellos la vista, les dijo: A los hombres es esto imposible, mas no a Dios; pues para Dios todas las cosas son posibles. Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: Por lo que hace a nosotros bien ves que hemos renunciado todas las cosas por seguirte; ¿Cuál será, pues, nuestra recompensa? -Jesús le respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en el

---

[884] Math., XIX, 13-15. Marc., X, 13-16. Luc., XVII, 15-17.

día de la regeneración (o resurrección universal), cuando el Hijo del hombre se siente en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que habrá dejado casa o hermanos o hermanas, o padre o esposa, [539] hijos o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más por equivalente de casas y hermanos y hermanas, de madres, de hijos y heredades, y en el siglo venidero la vida eterna».

20. He aquí en boca del divino Maestro, el complemento de la institución de los tres votos de castidad, de pobreza y de obediencia que coronan el edificio de la perfección evangélica, y forman la cúpula de las sociedades cristianas. No puede desconocerse el carácter esencialmente libre, voluntario, y especialmente privilegiado de estas tres instituciones que han cambiado la faz del mundo. El celibato eclesiástico y religioso, armado de su adhesión, fuerte con sus propios sacrificios, aparece en el Evangelio, rodeado de una aureola luminosa. «Hay quienes renuncian al matrimonio, dice Jesús, por el reino de los cielos». Los Apóstoles lo habían hecho ya, puesto que replica en su nombre Pedro, el jefe del colegio apostólico: «Nosotros lo hemos dejado todo por seguirte». Y el divino Maestro, en la enumeración detallada de cada una de las renuncias verificadas por su gloria, menciona formalmente ésta: «Quien quiera que abandone su mujer, por el Evangelio y por mí. «He aquí, pues, el celibato, este voto sublime de castidad, instituido divinamente por el Salvador. No temáis que se destruya por este principio la economía del mundo, o que se vea amenazado el género humano de verse despoblado». No todos comprenden esta palabra, dice Jesús, sino solamente aquellos a quienes se ha concedido de lo alto este privilegio». ¿Qué no se ha intentado en nombre de las pasiones rebeladas, de codicias ignominiosas contra semejante institución? Y sin embargo, se halla en pie: y subsiste a despecho de todos los odios exteriores, y lo que es indudablemente más milagroso, domina, radiante, las debilidades y la corrupción nativas de los hombres que la perpetúan. Hase trasmitido hasta nosotros la antorcha divina de la virginidad cristiana, y atravesará los siglos, luz angélica, llevada siempre en vasos de arcilla, y triunfando siempre de las debilidades de la carne y de las luchas contra la naturaleza y el mundo. ¡Expliquemos el racionalismo cómo no ha costado a Jesucristo más que una sola palabra esta inmensa revolución moral, cuya perseverancia es un hecho constante y visible! Todo efecto debe ser proporcionado a su causa; y es manifiesto que aquí excede el [540] efecto a todo el poder humano. Y no obstante, lo ha producido una sola palabra; por tanto, esta palabra no era la de un hombre. Pero el racionalismo se ha creado para su uso una interpretación del Evangelio, tan fuera del mismo Evangelio, que debemos insistir sobre cada palabra del texto sagrado, para restablecer su verdadero sentido. Por ejemplo, han escrito nuestros literatos, en estos últimos tiempos, la siguiente afirmación: «La doctrina de Jesús fue el puro *ebionismo,* es decir, la doctrina de que sólo se salvarán los pobres *(ebionim)*. Se entrevé sin dificultad que no podía ser duradero este gusto exagerado de pobreza, siendo uno de esos elementos de utopía, que siempre se mezclan en las grandes fundaciones, y que juzga el tiempo. Transportado al vasto centro de la sociedad humana, debía un día consentir muy fácilmente el cristianismo en poseer a los ricos en su seno [885]». Tal es la nueva exégesis. Había, pues, ricos que seguían al Salvador en el curso de sus predicaciones. María Magdalena era rica. Lázaro, el

---

[885] Vida de Jesús, pág. 179-182.

amigo a quien resucitará en breve Jesús, era rico. Juana, mujer de Chusa, mayordomo de Herodes Antipas, era rica; Josef de Arimatea era rico. Y ¿mandó acaso el divino Maestro a Lázaro que vendiera la casa de Bethania y distribuyese su precio entre los pobres? ¿Mandó a Josef de Arimatea que enajenase el sepulcro de sus padres en la falda de la colina del Gólgota, en que debía recibir una hospitalidad de tres días el cuerpo del Hombre-Dios? ¿Mandó a la Magdalena que vendiera los perfumes que derramó a los pies del Verbo encarnado, para distribuirlos a los pobres? ¿Ordenó a las santas mujeres que subvenían sus propias necesidades, y que compraron cien libras de aromas preciosos para su sepultura, que vendieran sus bienes y que se desprendieran de sus tesoros? ¿Cuál era, pues, la verdadera doctrina del Salvador, respecto de la riqueza? Hela aquí: Un joven israelita que pertenecía a una familia principal, *princeps,* que poseía cuantiosos bienes, se llegó a él y se postró a sus pies, llamándole: ¡Bien Maestro!» Dobló la rodilla: así nos lo dice el Evangelio; de manera que el protestantismo sería tentado de acusar a este joven de idolatría. «¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?» pregunta el adolescente. -«Guarda los mandamientos», responde el Salvador; y enumera todos los artículos del Decálogo. He aquí, [541] pues, lo que debe hacerse para obtener la vida eterna. Pero el joven se cree llamado a una vocación más elevada. Aspira a la perfección. «Ya he hecho todo eso desde mi adolescencia, dice el Joven ¿qué más me falta? -Si quieres ser perfecto, replica Jesús, vende todos tus bienes, da su precio a los pobres, y ven entonces y sígueme». No se considera ya, pues, aquí como bastando rigurosamente la vida común, en que se observa simplemente la ley, para obtener la vida eterna. Exprésase claramente la distinción: «Si quieres ser perfecto», sólo te falta una cosa, el voto de pobreza y de obediencia absoluta, «anda y vende todos tus bienes; y ven entonces y sígueme». Admírase el racionalismo al ver salir de cada palabra del Evangelio una teología ya formada. Jamás presentan los libros escritos por los hombres esta rigurosa aplicación de la fórmula a la práctica, reinando en ellos cierta elasticidad entre la teoría y la acción, porque la palabra humana es una palabra incierta que no tiene eficacia en sí, y que necesita resucitar en cada inteligencia y trasformarse de cierto modo por la asimilación individual. La palabra del Verbo no experimenta estos desmayos ni esta debilidad de origen. El día en que anunciaba Jesucristo al mundo la maravilla de la virginidad voluntaria, de la pobreza perfecta y de la obediencia absoluta, pasaban estas tres ideas al estado de fuerzas sociales, y se hacían vivas, activas y fecundas. Abrazábanlas los Apóstoles como la ley de suprema perfección, y después de mil ochocientos años de revoluciones, de trastornos políticos, de vicisitudes de todo género, se hallan estas instituciones tan vigorosas como en el primer día. ¿Si no es Dios Jesucristo, dígasenos cómo pudo tener su palabra esta potestad creadora? «Las obras, como repetía él mismo, dan testimonio del operario.

21. «Entonces, continúa el Evangelio, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, juntamente con su madre, se acercaron a Jesús. Su madre se postró a sus pies adorándole. Entre tanto, sus hijos dijeron al Señor: Maestro, quisiéramos que nos concedieses todo cuanto te pidamos. ¿Qué deseáis que os conceda? dijo Jesús. -Y su madre respondió: Dispón que estos dos los míos tengan su asiento en tu reino; el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. -Mas Jesús les dio por respuesta: No sabéis lo que os pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber, o ser bautizados con mi bautismo? -Dijéronle ellos: Sí podemos. -En efecto, replicó Jesús, beberéis mi [542] cáliz, y seréis bautizados con mi bautismo; pero el asiento a mi

diestra o a mi siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre. -Y oyendo esto los otros diez Apóstoles, se indignaron contra los dos hermanos. -Mas Jesús los llamó a sí, y les dijo: No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros; sino que quien aspirase a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo; al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para la redención de muchos [886].

El programa de la autoridad cristiana en este mundo y de la vida eterna en el otro, se encierra enteramente en esta página del Evangelio. El primer lugar en el cielo y en la tierra, en el reino de Jesucristo, no se dará a la carne ni a la sangre. Los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, eran primos hermanos del Salvador. Su madre Salomé, era cuñada de la Santísima Virgen, por lo que, se comprende hasta cierto punto, la ambición materna que determina a la esposa de Zebedeo a dar este paso. ¿Cuántas solicitaciones de esta naturaleza se encuentran en la historia de la Iglesia? ¿No comprenderán, en fin, los hombres la respuesta de Jesucristo: «El primer sitio pertenece a aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre?» Ciertamente, tenía el divino Maestro un amor predilecto a San Juan, cuyo fundamento era más elevado que el de una relación de parentesco humano. El discípulo virgen, a quien fue dada por madre la Virgen María, el Águila del colegio apostólico, cuya mirada penetró en las profundidades de la Santísima Trinidad, podía con justo título enorgullecer a su madre. Sin embargo, se indignan los Apóstoles de una petición en que tenía tanta parte la personalidad. El Espíritu Santo que dirige la Iglesia, no permite a la carne y a la sangre, a la ambición y a la vanidad, introducirse subrepticiamente en la sagrada jerarquía. ¡Desdichados los que entrasen [543] por esta puerta! ¡Desgraciado el rebaño que cayese en manos de tales mercenarios! Aquellos a quienes llama verdaderamente Jesús, son los que jamás solicitaron este formidable honor. Así, Pedro no había pedido nada, y fue escogido. La vocación divina es independiente del rango, de las influencias o de las riquezas de este mundo. Cuando se manifiesta en favor de un escogido, llena su alma de espanto. Lejos de buscar la responsabilidad del gobierno de las almas, huye de ella; lejos de aspirar a la gloria humana, tiembla ante los juicios de Dios. El sucesor de San Pedro lleva el título de «siervo de los siervos». Porque «el más grande en el reino de Jesucristo es, en realidad, el ministro y el siervo de todos los demás».

22. «Los Fariseos preguntaron entonces a Jesús: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?- Y respondió Jesús: El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato, ni se dirá: Vele aquí o vele allí; porque el reino de Dios (o el Mesías) está ya en medio de vosotros. Tiempo vendrá en que desearéis ver uno de los días del Hijo del hombre, y no le veréis. Entonces os dirán: Vele aquí y vele allí; pero no vayáis tras ellos, ni sigáis estas vanas indicaciones, porque como el relámpago brilla y se deja ver de un cabo del cielo al otro, iluminando la atmósfera, así se dejará ver el Hijo del

---

[886] Math., XX, 20-26. Marc., X, 35-36. «En el gran consejo de Jerusalén, los dos principales miembros, después del Nasi, o príncipe del Sanhedrín, se llamaban, el uno el Padre o el Anciano, y el otro el Sabio; y se sentaban a derecha e izquierda del príncipe. Éstos eran los dos sitios que había querido obtener Salomé para sus hijos, al lado de Cristo, en el reino que iba a fundar en breve o en el Sanhedrín celestial. (Dr. Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 210.)

hombre en el día suyo, (o de su gloria). Pero antes es necesario que sufra una pasión dolorosa, y sea desechado de este pueblo [887]. Lo que acaeció en tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el día del Hijo del hombre. En los días que precedieron al diluvio, los hombres comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que Noé entró en el arca, y sobrevino entonces el diluvio de improviso y acabó con todos. Como también lo que sucedió en los días de Lot. Se comía y se bebía; se compraba y se vendía; se hacían plantíos y se edificaban casas; mas en el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los abrasó a todos: lo mismo será en el día en que aparezca el Hijo del hombre. En aquella hora, quien se hallare en el terrado y tuviese también sus muebles dentro de casa, no entre a sacarlos, y el que estuviere en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que quisiere salvar su vida (abandonando la fe) la perderá (eternamente); y quien la perdiere [544] (por defenderla), la salvará. Os digo que en aquella noche, dos estarán en un mismo lecho, el uno será tomado (o libertado), y el otro dejado (o abandonado): estarán dos mujeres moliendo grano juntas, y una será libertada y otra abandonada; dos hombres en el mismo campo, el uno será tomado y el otro dejado. Preguntáronle los discípulos: ¿Dónde será esto, señor? Jesús les respondió: Do quiera que esté el cuerpo (o cadáver) allí acudirán las águilas [888]».

23. Según la idea de los Fariseos, y conforme a las preocupaciones populares en Judea, el reino de Dios inaugurado por el Mesías, debía ser un quinto imperio, sucediendo a los de los Babilonios, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, teniendo por capital a Jerusalén, a un hijo de David por rey, y al mundo entero por tributario. Cuando los hijos de Zebedeo hacen pedir al Salvador los primeros sitios de su reino, no tenían aún ellos mismos otras ideas que las de sus compatriotas. Santiago y Juan pretendían ser en el nuevo imperio lo que habían sido en Babilonia Daniel, ministro de Nabucodonosor o Mardoqueo, ministro del Asuero [889] de la Escritura. He aquí por qué dirigen al Señor los Fariseos esta pregunta: ¿en qué época vendrá el reino de Dios? «Puesto que Jesús proclamaba en alta voz su título de Mesías, debía saber el momento preciso en que se realizaría la expectación de Israel. Así, pues, ocultaba la pregunta farisaica en su aparente sencillez, una idea hostil preconcebida y un supuesto capcioso. Si era evasiva e indeterminada la respuesta, sería fácil deducir de ella que ignoraba Jesús el término fijado por los decretos providenciales para la liberación del mundo, y que su título de Mesías era una impostura. Al contrario, si asignaba un tiempo limitado, si indicaba una fecha, se encargarían los mismos acontecimientos contemporáneos de darle un solemne mentís. Era entonces tan formidable el poder de Roma, que no podía la previsión humana señalar la caída. La contestación de Jesús echa por tierra todo este aparato de ardides y de odios. «El advenimiento del reino de Dios se verificará sin aparato o brillo exterior. En este momento está el medio de vosotros». Con esta tranquila y solemne declaración, afirmaba claramente Jesús su divinidad; porque, al cabo la

---

[887] Luc., XVII, 20 ad ultim. Math., XXIV, 37-42.

[888] Luc., XVII, 20-37. Marc., XXIV, 37-42.

[889] La identidad del Asuero de nuestros Libros Sagrados con el Xerxes de la historia profana, ha sido en nuestros días consignada perentoriamente por nuestro ilustre asiriólogo M. J. Oppert. (Cf. Historia general de la Iglesia; tom. III, pág. 491.)

única aparición [545] real y efectiva que se hubiera verificado entonces, en medio de la Judea, era la del mismo Jesús. Si, pues, se halla establecido por este solo hecho el reino de Dios a los ojos de los Fariseos, es que el divino Rey prometido a la descendencia de Abraham, de Isaac y de Jacob, no es otro que Jesús. Sin embargo, ¡qué radical diferencia entre el cetro que él revindica y el cetro que quisieran ver en su mano los Judíos! «Es necesario que antes sufra el Hijo del hombre una pasión dolorosa y que sea desechado por esta nación (o generación)». Jamás separa el Salvador la idea de su reino de la de sus ignominias o ultrajes. Hállase en acción el contraste entre el nombre de «Hijo de Dios» y el de «Hijo del hombre» en todo el curso de su ministerio público. «Es preciso que dé el buen Pastor la vida por sus ovejas», y temiendo que haga olvidar su divinidad la perspectiva de sus futuras humillaciones, de sus padecimientos y de su muerte, traslada a sus oyentes al día del juicio final, del último advenimiento en la gloria, cuando fije para siempre la sentencia pronunciada por el Hijo del hombre el destino de las generaciones humanas reunidas, respecto de la vida o de la muerte eternas. El conmovedor espectáculo de este gran juicio, cuya hora es desconocida, y cuya instantaneidad ha de sorprender a los mortales, provoca un sentimiento de curiosidad respecto de los discípulos. «¿Dónde será el teatro de este juicio supremo?» preguntan ellos. Otra pregunta que prueba las preocupaciones de un grosero materialismo. El Divino Maestro responde con un proverbio judío, cuya aplicación, en estas circunstancias, destruye todas las ideas mezquinas y limitadas que se formaban los Hebreos respecto de la resurrección de los muertos. «Donde quiera que haya un cadáver, acudirán las águilas», es decir, donde quiera que haya un culpable, vendrá también el juez supremo, con su séquito de ángeles y de santos.

24. En otro sentido, «el reino de Dios es el reino de su ley. Ahora bien; la ley de Dios debe reinar en cada hombre individualmente, y en la sociedad en general; en cada hombre para reglar su amor y sus actos; en la sociedad, para que, constituida según el orden verdadero, sea lo que Dios quiso, una familia sin hermanos, bajo una dirección paternal; y que, marchando así por los caminos de una justicia de cada vez más perfecta, de una caridad de cada vez más viva, la humanidad llegue a su fin. Con relación al individuo, [546] el reino de Dios no viene, de modo que atraiga las miradas; «hállase dentro de cada uno», puesto que no es más que la sumisión interior a la ley, la pureza del corazón, la rectitud de la voluntad, de donde nacen, por la fidelidad de los deberes, todas estas santas y oscuras virtudes que nadie advierte, y sin las cuales, no obstante, perecería el mundo entregado al mal. Pero, con respecto a la sociedad, debía verificarse el establecimiento del reino de Dios, el reinado del Hijo del hombre, en medio de violentas conmociones, las cuales lo trastornan y destruyen todo a la hora en que menos lo esperaban los hombres. En la víspera compraban y vendían, plantaban y edificaban; y he aquí que súbitamente tiembla la tierra; relampaguea el cielo; cúbrense los caminos de gentes que van huyendo, y por do quiera sólo se ve inundación y fuego, como en tiempo de Lot y de Noé. Jesús anuncia estas cosas a sus discípulos para que no se sorprendan cuando acontezcan. Y ¿qué es lo que les recomienda? Que salgan al punto, que salgan sin llevar nada de la casa que se desploma, del campo que va a ser devastado. Este campo, esta casa es la vieja sociedad condenada a morir, lo que no tiene ya en sí el soplo que anima, lo que debe desaparecer para siempre. No llevéis nada de ella ¿qué haríais de esos restos

de lo pasado? ¿Qué uso habíais de hacer de ellos en el nuevo orden de cosas próximas a nacer? ¿Para qué os servirían? ¿Acaso germina en los sepulcros la vida? ¿Acaso se forman los jóvenes seres de trozos de cadáveres? Entrad, sin mirar atrás, en el mundo de los vivos, y dejad a los muertos que sepulten a sus muertos [890]».

25. «Velad, pues, y orad, decía el Salvador. Y añadió esta parábola para hacer ver a sus discípulos que conviene orar perseverantemente y no desfallecer nunca. En cierta ciudad había un juez, que ni tenía temor de Dios, ni respeto a hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir a él diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela. Pero después dijo para consigo: Aunque yo no temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, con todo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, a fin de que no venga más a abrumarme con sus continuas instancias. -Ved, añadió el Señor, lo que dijo ese juez inicuo; y ¿creéis que Dios dejará de hacer justicia a sus [547] escogidos que claman a él día y noche y que ha de sufrir siempre que se les oprima? Os aseguro que no tardará en hacerles justicia. Mas pensáis que cuando viniere el Hijo del hombre hallará fe sobre la tierra? -Y propuso también esta parábola a ciertos hombres que presumían de justos y que despreciaban a los demás. Dos hombres subieron al Templo a orar, uno fariseo, y publicano o alcabalero el otro. El fariseo puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano, pues ayuno dos veces a la semana, y pago los diezmos de todo lo que poseo. -El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: ¡Dios mío, ten misericordia de mí que soy un pecador! -Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado [891]». La perseverancia en la oración, en la humildad de corazón, tales son, pues, las dos grandes leyes de la vida cristiana. El abismo de nuestras miserias solicita la infinita misericordia del Dios, que perdona a los humildes y castiga nuestro orgullo rebelado.

26. La parábola siguiente nos da, en cierto modo, la medida de la inconmensurable ternura de Dios, que excede a todas las proporciones relativas de que puede nuestra inteligencia formarse una idea, y que se armoniza con la justicia infinita, a una altura que no puede alcanzar mirada mortal. «El reino de los cielos, dijo Nuestro Señor, es semejante a un padre de familias que a la primer hora del día [892] salió a tomar jornaleros para su viña; y ajustándose con ellos por un denario por día, los envió a su viña. Saliendo después cerca de la hora tercera (o de tercia), se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Y habiendo vuelto a salir cerca de la hora de sexta y de la hora de nona, el padre de familias hizo lo

---

[890] Lamennais. Los Evangelios, 3 edit., pág. 255-256.

[891] Luc., XVIII, 1-14.

[892] La primera hora del día entre los Judíos correspondía, en nuestra actual división del tiempo, a las seis de la mañana. La tercera hora representaba lo que llamamos las nueve de la mañana: la hora sexta, el medio día; la nona, las tres después del medio día; la undécima, las cinco de la tarde.

mismo. Finalmente, salió cerca [548] de la hora undécima, y les dijo: ¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día? -Porque nadie nos ha tomado a jornal, respondieron. -Y él les dijo: Pues id también vosotros a mi viña. Y habiendo llegado la tarde, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores y págales el jornal, empezando desde los postreros, y acabando en los primeros que vinieron. Viniendo, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más; pero no obstante, no recibió cada uno sino un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo. Estos últimos no han trabajado más que una hora y los has igualado con nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta, dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio; ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y vete; yo quiero dar a éste, aunque sea el último, tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer de lo mío lo que quiera? O ¿ha de ser tu ojo malo [893], porque yo soy bueno? -Así, los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos [894]».

27. Esta parábola encarna en el hecho y dibuja con admirable claridad los hábitos sociales de los Judíos. Como en tiempo del anciano Tobías, se situaban en la plaza pública o en la puerta de la ciudad los jornaleros sin trabajo, los servidores disponibles, ofreciendo sus brazos a quien los necesitaba, y esperando a que vinieran el viñador, el labrador, el ganadero a emplearles en los trabajos de la vida agrícola o pastoril. Ajustábase amistosamente y con anticipación el precio de todo el día o de la parte del día, que se dedicaba al trabajo, y cada tarde se distribuía fielmente el salario a estos artesanos libres, que era preciso agregar como suplentes a los servidores o esclavos de jornal u ocupación fija, para los trabajos urgentes. El precepto de Moisés era formal sobre este punto. «No negarás el jornal a tu hermano menesteroso y pobre, o al forastero que mora contigo en la tierra y dentro de tus ciudades, sino que le pagarás en el mismo día, antes de ponerse el sol, el salario de su trabajo, [549] porque es un pobre, y con eso sustenta su vida, no sea que clame contra ti al Señor, y se te impute a pecado [895]». El precio de un jornal de trabajo que comenzaba a las seis de la mañana, y que concluía a las seis de la tarde, era en la época evangélica un denario o diez y seis ases romanos, que representaban cerca de 0,80 c. de nuestra moneda actual. Deben tenerse aquí en cuenta dos elementos que modifican el resultado de la comparación que se quisiera hacer entre la exigüedad de semejante remuneración y el precio actual de la mano de obra entre nosotros. Por una parte, los géneros de primera necesidad eran proporcionalmente menos caros, pues sabido es que lo que eleva el precio de todas las mercancías, es la abundancia de valores de oro y de plata. Por otra parte, se trata aquí de un trabajo campesino, menos retribuido en todas partes que el de una industria propiamente dicha, que supone un aprendizaje preparatorio, y que se ejerce por lo común en medio de las ciudades, en las que todo lo que se refiere a la

---

[893] El ojo malo es una locución hebraica que significa el ojo envidioso, los celos. Hállasela algunas veces usada en este sentido en los autores griegos y latinos. El ojo bueno denota, por el contrario, la generosidad, y como diríamos en nuestros días, la liberalidad.

[894] Math., XX, 1-16.

[895] Deuteron., XXIV, 14-15. Levit., XIX, 13. Tob., IV, 15.

vida material exige gastos más considerables. No ha mucho tiempo aún que en Francia, en las provincias vinícolas, las bandas de trabajadores que cubren las colinas en la época de las vendimias, recibían por todo un día de trabajo, un jornal inferior al de los viñadores del Evangelio. Tal es, pues, la explicación literal de la parábola. Es una escena familiar de la vida de los campos que expone Nuestro Señor Jesucristo en su real y viva sencillez. Es una página que no podía escribirse por un apócrifo Griego o Romano. Pero sobre la autenticidad, por decirlo así, flagrante del texto sagrado, ¡qué profundidad de la revelación divina! El Padre de familias, es Dios; la viña, la Iglesia; los operarios, son los hombres que están situados, antes de la vocación divina, en la plaza pública del mundo, en la ociosidad espiritual. El mayordomo del Padre de familias es el mismo Jesucristo, y el denario, la vida eterna. En todas las horas de la historia humana, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta los tiempos de Abraham, desde Abraham a Moisés, desde Moisés a Jesucristo, desde Jesucristo hasta nosotros, no ha cesado Dios de enviar operarios a su viña. Todo el trabajo social de la humanidad se ha verificado bajo esta acción providencial. La misma ley se aplica a las individualidades; unas son llamadas desde la aurora de la vida, otras en la época de la adolescencia o de [550] la edad madura; otras también al declinar el día, en los últimos límites de la vejez, en las puertas de la muerte. A todos da por jornal el mayordomo del Padre de familias el mismo denario de la vida eterna, porque Dios es bueno, de una bondad excelente e infinita, que no podrían vencer la ingratitud, la rebelión y la pereza de los hombres. Pero la misericordia de Dios en nada amengua la justicia infinita, y he aquí la alianza cuyo misterio contempla nuestra vista, en los esplendores de la radiante eternidad. Después de la parábola de la misericordia, oigamos la de la justicia.

28. «Hubo cierto hombre muy rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. A su puerta vacía un mendigo cubierto de llagas, llamado Lázaro, el cual deseaba alimentarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas nadie se las daba, y sólo los perros venían a lamerle sus llagas. Sucedió, pues, que murió este mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Y cuando estaba en el fondo del abismo [896] (o en los tormentos), levantando los ojos, vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno [897] y clamó diciendo: Padre mío, Abraham, compadécete de mí, y envíame a Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. -Respondiole Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males, y así, éste ahora es consolado y tú atormentado; además de que entre nosotros y vosotros hay de por medio un abismo insondable, de suerte que los que aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá. -Entonces

---

[896] Traducimos estas palabras, según el término griego: kaiì e)n t%½ #Àdv e)pa/raj tou\j o)fqalmou\j.

[897] El «seno de Abraham» es una expresión figurada, cuyo verdadero sentido conviene hacer conocer. La beatitud eterna es comparada muchas veces por el divino Maestro a un festín celestial. En los festines judíos, dice un moderno exégeta, en que se hallaban los convidados tendidos en divanes y apoyados sobre el codo izquierdo, estaba el segundo sitio a la derecha del que presidía; el convidado que ocupaba este lugar venía a estar como reclinado sobre su seno». Tal es, pues, el significado de la palabra evangélica. Más adelante tendremos ocasión de notar el mismo hecho en la última cena, en que el discípulo amadísimo reposó sobre el corazón de Jesús.

dijo el rico: Ruégote, pues, ¡oh Padre! que envíes al menos a Lázaro a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos para que les advierta de esto, y no les suceda el venir también a este lugar de tormentos. -Replicole Abraham: Tienen [551] a Moisés y los Profetas; escúchenlos. -No basta esto, dijo él, ¡oh Padre Abraham! pero si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. -Respondiole Abraham: si no escuchan a Moisés ni a los Profetas, aun cuando resucite uno de los muertos, tampoco le darán crédito [898]».

29. El nombre de Lázaro es en hebreo el mismo que el de Eliezer, el siervo de Abraham, enviado en otro tiempo a Mesopotamia para pedir la mano de Rebeca, futura esposa de Isaac. Este nombre era igualmente el del hermano de Marta y de María Magdalena, a quien iba el Señor a resucitar de entre los muertos. Aproximábase la hora en que presenciando la obstinación farisaica una resurrección, debía persistir en la incredulidad. La parábola del pobre Lázaro y del rico avariento ofrece, con la historia de Lázaro resucitado, analogías que es imposible desconocer, y que notaron hace largo tiempo San Cirilo, San Ambrosio y San Gerónimo. Más adelante veremos, que después del milagro evidente de Bethania, pronunció el gran sacerdote Caifás contra el resucitado, la excomunión solemne, lo cual según las costumbres judías, era reducírle a la miserable condición del mendigo, que yacía a la puerta y solicitaba, sin poderlo obtener, las migajas que caían de la mesa inhospitalaria. Solamente los perros osaron acariciar al proscrito y lamer sus llagas. El Farisaísmo imponía el epíteto de «perros», según ya hemos advertido a propósito de la Cananea, a quien vivía fuera de la ley judía. La conducta del rico avariento relativamente al Lázaro de la parábola, es, pues, exactamente la de Caifás, con relación al hermano de Marta y de María. Lázaro resucitado será excluido de la sociedad judía; sin que ninguno de sus compatriotas se atreva a acercarse a él, teniendo solamente los perros este valor. Mas no es esto todo; los cinco hermanos del rico avariento han permanecido en la tierra, y el condenado implora para ellos el favor de que se les avise por un medio extraordinario, para que les preserve del mismo suplicio. Pues bien, Caifás tenía cinco cuñados, hijos del gran sacerdote Anás, cuyos nombres nos ha trasmitido el historiador Josefo; tales son: Eleazar, Jonatás, Teófilo, Matías y Anano. Todos ellos persistieron en los errores paternos. Eran tan estrechos los lazos de familia en esta casa sacerdotal, que se había visto al gran Pontífice Anás [552] hacer pasar su dignidad suprema por primera vez a su hijo mayor Eleazar, y por segunda, a su yerno Caifás. Si se piensa en los sacrificios de dinero que imponía la codicia de los gobiernos romanos en cada nueva investidura, se comprenderá la energía del sentimiento que unía entre sí a todos los miembros de esta raza, y hacía predominar su ambición sobre el interés pecuniario. He aquí por qué sobrevivió el amor paternal en el condenado de la parábola, aun en medio de los odios infernales. Como quiera que sea, esta parte histórica de la alegoría del rico avariento, será siempre muy inferior a la revelación que de ella se desprende. Dos mundos eternos, separados uno de otro por un abismo insondable se hallan a la vista, habiéndose interpuesto entre ellos el gran caos *magnum chaos,* por el poder divino. Nadie sabría pasar, pues, por este camino. La eternidad de los goces celestiales está paralela a la eternidad de los tormentos en las llamas. En nada cambiarán esta ley inmutable de la eternidad, la delicadeza de nuestros racionalismos humanos, la exageración de nuestra

---

[898] Luc., XVI,19-31.

sensibilidad afectada. Hase dicho que no convenía ya hablar del infierno en este siglo de progreso, en que se dulcifican las costumbres y se halla proscrito todo rigor, como vestigio de una añeja barbarie. Hase dicho esto en nombre de la filantropía, en nombre de la civilización, en nombre de la misma caridad evangélica, porque no se han avergonzado de disfrazar así el Evangelio de Jesucristo. ¡Sépase, pues! No son ni los sacerdotes, ni los monjes, ni los concilios, ni los papas, ni los inquisidores, ni lo que se ha convenido en llamar ignorancia de la edad media, los que han inventado, a la manera de un espantapájaros, el dogma de la eternidad de las penas. Hállase escrito en caracteres indelebles, en el Evangelio de Jesucristo. ¿Me atreveré a decirlo? Sería inconcebible la bondad de Dios, tal como nos la representa la parábola de los viñadores y del Padre de familia, sin el corolario de la justicia absoluta, cuya imagen nos ofrece la parábola del rico avariento. Cada uno de los atributos divinos es inmenso e infinito. La alianza, en Dios, de la justicia y de la misericordia eternas sólo puede expresarse con las dos eternidades del cielo y del infierno. [553]

§ II. Resurrección de Lázaro

30. Después de la festividad de las Encenias y la partida de Jerusalén, no dejó nuestro Señor la ribera oriental del Jordán y la provincia de Perea. «Allí, dice el Evangelio, en el lugar donde había comenzado Juan a bautizar, permaneció durante este intervalo, a donde le siguieron gran muchedumbre de gentes, y curó allí a sus enfermos, y se puso a enseñarles según su costumbre. Entre tanto decía la multitud: Es cierto que Juan no hizo milagro alguno; mas todas cuantas cosas dijo Juan de éste, han salido verdaderas. Y muchos creyeron en Jesús [899].

«Por este tiempo se hallaba enfermo Lázaro en Bethania, donde vivían María y Marta, hermanas suyas [900]. Esta María era aquella [554] que ungió al Señor con el

---

[899] Math. XIX, 1, 2. Marc. X, 1. Joann., X, 40-42.

[900] En la ribera oriental del Jordán había un lugar con nombre idéntico, de que había hablado ya San Juan, a propósito del bautismo de Nuestro Señor: Hoc in Bethania facta sunt trans Jordanem, ubi Joannes erat baptisans. (Joan., I, 28.) Para evitar, pues, toda confusión entre la Bethania de Perea y la aldea del mismo nombre, situada a quince estadios de Jerusalén, añade el Evangelista la designación terminante de «aldea de María y de Marta». La mayor parte de los comentadores hacen esta observación, que es de una exactitud innegable, y que no obstante, parece haber escapado a M. Sauley, cuya ciencia bíblica, talento y erudición, son por otra parte superiores a todo elogio. Jamás se ha conocido, dice, Bethania alguna más allá del Jordán. Hace mucho tiempo que hizo Suidas una corrección en el texto de San Juan, maleado de esta suerte por algunos copistas. El sitio de que habla San Gerónimo, y en que bautizaba el precursor de Cristo, es Bethabara, que se ha tomado por Bethania. Sería importante hacer esta corrección, al menos por medio de una nota en las ediciones latinas del Evangelista San Juan. Las ediciones griegas, y especialmente la de Elzevir de

ungüento perfumado y le enjugó los pies con sus cabellos, de la cual era hermano el Lázaro que estaba enfermo. Las dos hermanas enviaron, pues, a decir a Jesús: Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo. Oyendo lo cual Jesús, dijo: Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. -Jesús tenía particular afecto a Marta y a su hermana María, y a Lázaro. Después de la noticia de la enfermedad de éste, permaneció aun dos días en el mismo lugar, al otro lado del Jordán. Después dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a la Judea. Los discípulos le dijeron: Maestro, hace poco que los Judíos querían apedrearte, y ¿quieres volver a su país? -Jesús les respondió: Pues qué ¿no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche tropieza, porque no tiene luz. -Así dijo, y añadioles después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy a despertarle del sueño. A lo que dijeron los discípulos: Señor, si duerme sanará. -Mas Jesús había hablado del sueño de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis; pero vamos a él. Entonces Tomás, por otro nombre Didimo, dijo a los otros discípulos: Vamos también nosotros, y muramos con él [901]».

31. El racionalismo anticristiano de todas las épocas ha concentrado preferentemente sus esfuerzos hostiles sobre el hecho evangélico de la resurrección de Lázaro. Sabido es cómo ha desnaturalizado una reciente exégesis esta narración. Pero lo que no parece sospecharse, es que haya reproducido el crítico moderno, sin tener el menor mérito de invención, la teoría formulada en 1729 por el escéptico inglés Woolston, y plagiada después por Strauss, con no menos discreción en el plagiado. ¡Cosa extraña! Es tal la impotencia de los adversarios del Evangelio, que basta un siglo para hacer olvidar sus más ruidosas blasfemias, pudiendo los últimos que [555] llegan al camino de la incredulidad recoger del suelo

---

1658 de Amsterdam, traen Bhqabara\. Es verdad que el error se cometió en los ejemplares griegos que la Vulgata no hizo más que traducir. El error notado por Suidas, a fines del siglo X de la era cristiana, no se halla probado; y este incidente va a proporcionarnos una nueva prueba de la sabiduría de la Iglesia Católica, que conserva el texto del Evangelio en su integridad, sin permitir aún al celo más benévolo de los eruditos de cada época, introducir en él el menor cambio. Después que M. de Sauley escribió estas líneas, vino a confirmar el descubrimiento del manuscrito sinaítico del Evangelio, la exactitud de la versión de San Gerónimo. Léese en él, en efecto, las dos menciones de una Bethania más allá del Jordán, y de otra Bethania, mansión de María y de Marta. Había, pues, verdaderamente en la época evangélica, dos poblaciones de este nombre. Si se tratase de un error de copista, que hubiera escrito Bethabara por Bethania, (Juan, I, 28), como no había más que una sola Bethabara en Palestina, hubiera sido inútil designar especialmente este nombre con la cláusula «más allá del Jordán». Y asimismo, como en la hipótesis que examinamos, no hubiera habido más que una sola Bethania (Joan, XI, 1), el Evangelista no hubiera tenido necesidad, al hablar de esta población (Joan., XI, 1), de especificarla más particularmente. Si nos tomamos la molestia de examinar las otras menciones geográficas que hacen los Evangelistas, quedaremos convencidos de la verdad de esta observación. (Cf. Tischendorf. Novum Testamentum Sinaiticum, en 4.º Lipsiae, 1863. Fol. 48, col. 3. Líneas 39 y 40. Fol. 55. Colum. 1. Lín. 19-21.) La antigua Bethabara o Bethania del libro de los Jueces (VII, 24), llevaba, pues, en la época evangélica, el nombre de Bethania. He aquí todo lo que es permitido deducir de este incidente, sin que necesite el texto de San Juan corrección alguna, ni en el original griego, ni en la Vulgata.

[901] Joan., XI, 1-16.

los enmohecidos sofismas que duermen al lado de los vencidos. El arma ha cambiado de manos, y parece siempre nueva. «Ocurrió en Bethania, dice Woolston, una escena de fingida comedia, cuyos papeles se repartieron Lázaro y sus dos hermanas para acrecentar la popularidad del Cristo [902]». -«Creemos, dicen hoy nuestros literatos, que aconteció en Bethania algo que se tuvo por una resurrección. La familia de Lázaro pudo ser inducida, casi sin advertirlo, al acto importante que se deseaba. Tal vez el ardiente deseo de cerrar la boca a los que negaban injuriosamente la misión divina de su amigo, arrastró a estas personas apasionadas más allá de todo límite [903]». -«Un solo Evangelista [904], decía Woolston, ha hablado

---

[902] Woolston hanc resuscitationem nihil aliud fuisse comminiscitur, quam fraudulentam comoediam a Lazaro ac hujus sororibus Mariâ et Marthâ ex condicto adornatam, ut sic Christo specialem favorem exhiberent, aut eidem eximiam, aestimationem el auctoritatem conciliarent tanquam viro thaumaturgo, qui hominem jam quatuor diebus mortuum ad vitam revocasset. (Veith. Scriptura Sacra contra incredulos propugnata, 1760, Pars VII, Sectio III, Qaestio XXI, núm. 85.)

[903] Vida de Jesús, pág. 360, 361.

[904] Acerca del silencio de los demás Evangelistas sobre el milagro de la resurrección de Lázaro, se han dado varias explicaciones. Según Lucke, los autores de los Evangelios sinópticos habrían ignorado este milagro, cuyo recuerdo se hubiera perdido en medio de tantos otros hechos semejantes.

Según Meyer, los sinópticos no querían contar más que los hechos que habían pasado en Galilea. Grocio, Herder, Oshaussen suponen que estos tres escritores quisieron guardar consideraciones a la familia de Lázaro, que vivía a las puertas de Jerusalén, y a quien hubiera expuesto la relación pública de este milagro a la venganza del Sanhedrín, todavía omnipotente. Comp. XII, 10. Los principales sacrificadores deliberaban hacer morir también a Lázaro.

Hengstemberg admite que la resurrección de Lázaro formaba parte de un círculo de relatos más profundos, que no habían constituido parte de la tradición y que se habían reservado a Juan instintivamente. Mas otros intérpretes respetables explican este silencio, exponiendo las siguientes consideraciones. Ante todo, debe partirse del hecho de que ningún rasgo particular del ministerio de Jesús, aun el más palpable de todos, tenía en la mente de los apóstoles la importancia capital que puede atribuírsele tal vez en el día. El punto de vista en que se colocaban los apóstoles en su predicación, era completamente distinto de aquel en que nos hallamos nosotros cuando hacemos de su enseñanza el objeto de un estudio crítico. Los Apóstoles trabajaban en fundar la Iglesia y en salvar el mundo; nosotros queremos reconstruir la historia. No es de extrañar, pues, que encierren para nosotros indisolubles enigmas narraciones escritas bajo el primero de estos conceptos. Acontecimientos decisivos e incomparablemente más importantes bajo el punto de vista religioso, que la resurrección de Lázaro, la muerte y la resurrección del mismo Jesucristo, habían seguido a este milagro y debieron eclipsarle por algún tiempo, así como todos los demás milagros particulares del ministerio de Jesús. La predicación apostólica se limitó en su primera fase, a proclamar y demostrar este hecho supremo; ha resucitado Jesús. Éste fue el cimiento sobre el que edificaron los Apóstoles la Iglesia. No era entonces tiempo de referir anécdotas. Sin duda se recordará la milagrosa actividad del Señor en general, según vemos por los discursos de los Apóstoles en el libro de los Actos (II, 22; X, 38); pero por entonces eran relegados al olvido los relatos particulares. Si los pormenores del ministerio de Jesús representaban un papel durante esta primer fase de la enseñanza cristiana, era en las conversaciones particulares. La gran proclamación oficial no encontraba nada que poner al lado de la muerte y de la resurrección de Jesús, estos dos grandes hechos en los cuales se había consumado la salvación del mundo. Así es que se habían concentrado sobre este punto de su historia las enseñanzas de Jesús después de su resurrección. (Luc., XXIV, 26-45-47.) Solamente más adelante, cuando comenzó a debilitarse el primer aliento, se pusieron a exhumar los antiguos recuerdos. Bajo la influencia de la predicación apostólica, que fundaba las Iglesias, nació y se desarrolló el ministerio de los catequistas que tenían el encargo de edíficarlas, trazando los diversos hechos de la vida del Señor. Púsose en circulación por los mismos apóstoles una parte de estos relatos, los cuales fueron los que constituyeron el fondo permanente y universal de la evangelización oral, y los que pasaron de un modo bastante uniforme a la tradición

de la resurrección de Lázaro. [556] Sólo Juan la inserta en su relato, después que habían muerto todos los testigos que hubieran podido reclamar contra la falsedad de [557] tal invención. Es evidente su artificio [905]». -«A la distancia en que nos hallamos del suceso, repite la joven crítica, y en vista de un solo texto que ofrece señales evidentes de haberse ideado artificiosamente, es imposible decidir, si es todo ficción en el suceso de que se trata, o si aconteció en Belén un hecho real y efectivo que sirviera de base a los rumores divulgados [906]». Es, pues, «un hecho muy real en el presente caso» el paralelismo entre los dos lenguajes, y podría, sin la menor apariencia de milagro, «considerarse como una resurrección».

32. Sin embargo, interesa muy poco conocer el verdadero autor de esta rancia exégesis, pero importa demostrar claramente su absurdo. El divino Maestro se hallaba hacía dos meses en la otra ribera del Jordán, separado de Bethania por una

---

escrita, a nuestros sinópticos. Otros los hacían circular los miembros de la Iglesia que habían sido objeto de ellos o testigos de los hechos; fijándose en la tradición oral en cuanto era posible, bajo la forma que les había dado el primer narrador, y dejando más o menos accidentalmente a conocimiento de los escritores evangélicos, formaron el tesoro propio de cada uno de nuestros sinópticos. Otros terceros, finalmente, fueron sustraídos de propósito, y desde luego, de la narración pública, o no fueron confiados a ella sino con ciertas reticencias relativamente a los hombres o a las cosas: reserva que era requerida por consideraciones de diversa naturaleza, debidas a los que habían representado un papel en estos hechos.

¿Podemos suponer que existía algún motivo de reserva particular en cuanto a los relatos, acerca de la familia de Betania? Ya hemos indicado ciertas circunstancias propias para hacerlo presumir. Así San Lucas (X, 38 y siguientes), aunque habla de las dos hermanas y las designa con sus nombres, omite el nombre de la población en que habitaban: Jesucristo en cierta aldea, sea porque ignorase él mismo el nombre del lugar, por no haberlo sabido por la tradición, sea porque lo suprimiese de propósito. Por el contrario, San Mateo (XXVI, 6 y siguientes) y San Marcos (XIV, 3 y siguientes), nombran a Bethania, pero callan los nombres de las dos hermanas: «vino una mujer», dicen, al referir la unción de María. ¿Que motivo imponía a la tradición primitiva estas reticencias? Indudablemente el principal motivo era la seguridad de Lázaro y de sus hermanas, el temor del brazo vengador del Sanhedrín que podía extenderse tan fácilmente de Jerusalén a Bethania. Así sólo al fin del último siglo apostólico, cuando ya estaba fundada la Iglesia, y cuando ya habían desaparecido casi todos los interesados, creyó Juan poder volver a abrir las puertas de este santuario, que habían estado cerradas hasta su tiempo.

En todo caso, la mención o la omisión de un milagro particular de Jesús, cualquiera que sea, es un hecho sobrado secundario, bajo el punto de vista de la predicación apostólica en general, y al mismo tiempo demasiado accidental e incalculable, bajo el punto de vista de las circunstancias que nosotros desconocemos que pudieron ocasionarlo, para que se deje jamás arrastrar una crítica juiciosa y realmente dueña de sí misma, a hacer que prevalezca el silencio de uno, dos o aun tres de nuestros documentos, sobre el testimonio claro, circunstanciado y positivo del cuarto. Lea y medite el lector sin preocupación alguna extraña al asunto, y se formará espontánea e irresistiblemente en él una convicción indestructible, y aceptara sencillamente el hecho por el testimonio de este relato, cada una de cuyas palabras lleva el sello interno de la autenticidad. -(N. del T.)

[905] Instat Woolston, ac quaestionem movet cur Matthaeus, Marcus et Lucas de miraculo resuscitati a morte Lazari altum sileant. Numquid hic fraus latet, dum tacentibus prioribus Evangelistis de resurrectione Lazari, solus Joannes, et in extremâ senectute suâ et post mortem eorum qui hujus resurrectionis testes esse potuerunt, eamdem publicavit? (Veith. Ibid., núm. 86.) La sabia obra de Weith que contiene la respuesta de todas las objeciones presentadas como nuevas por nuestros sofistas, se hallará en el Curso completo de la Sagrada Escritura, tom. IV.

[906] Vida de Jesús, pág. 360.

distancia de doce horas de camino, cuando cayó enfermo Lázaro. Marta y María no habían abandonado a su hermano, continuando ambas prodigándole los cuidados de su ternura. Sin embargo, el mal hace progresos; los dos tienen el mismo deseo, que es el de participárselo a Jesús. Pero ¿por qué esta prisa? Jesús tenía, pues, el poder de curar, puesto que le llama tan instantáneamente una familia desconsolada para que vaya al lado de un enfermo que le es querido. Ambas hermanas envían a decirle: «Señor, mira que aquel a quien amas, está enfermo». El mensaje no es nada misterioso, y es de un laconismo que no deja recurso alguno a la imaginación de los racionalistas. ¿Cómo introducir en una fórmula tan sencilla todo un plan de una comedia ejecutada de común acuerdo? Por otra parte, Jesús recibe este aviso al aire libre, en medio de la multitud que le rodea, y no se retira a un lado para hablar apartadamente con el mensajero. Hállanse presentes la inmensa multitud que le rodean sin cesar, los Apóstoles y los discípulos que jamás le abandonan. Oyen el mensaje millares de testigos: y no es menos instantánea ni menos pública la respuesta que da el divino Maestro. «Esta enfermedad no es mortal, dice, sino [558] para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». La profecía que contiene estas palabras destruye toda la tesis del racionalismo. Si por imposible hubiera existido entre la familia de Bethania y Jesús la combinación anteriormente elaborada de una estratagema, no se hubieran concebido en estos términos ni el mensaje ni la respuesta. ¡Si se hubiera preparado de antemano la escena del sepulcro de Lázaro, el enviado hubiera ido a decir a Jesús: Aquel a quien tanto amas ha muerto!- Y aun admitiendo que, para usar de suavidad en las transiciones, se hubiera comenzado por avisar tan sólo de la enfermedad, para preparar el desenlace trágico, se hubiera guardado bien de responder un impostor: «Esta enfermedad no es mortal». En la hipótesis de una escena amañada, sabiendo Jesús que debía terminar la enfermedad con la muerte, se hubiera guardado bien de contestar oficialmente: «Esta enfermedad no es mortal». Estas inverosimilitudes morales son patentes; no lo es menos la imposibilidad material. Bethania distaba solamente cinco estadios, es decir, una legua de Jerusalén, y Lázaro y sus hermanas tenían por su condición y por el estado de su fortuna, numerosas relaciones en esta capital. ¿Puede imaginarse un teatro peor escogido para la escena que se prepara? Cuando se medita una impostura de un género tan extraordinario como ésta, ¿le ocurrirá al entendimiento más limitado, ponerse a la puerta de una gran ciudad, adonde acude cada día una multitud de curiosos, de ociosos, de indiferentes, que pueden comprometerlo todo con una sola mirada indiscreta? ¿Qué precauciones de toda clase, qué artificios y disimulos no exigiría el sitio en que había de representarse la comedia que suponen nuestros literatos? «Los amigos de Jesús, dicen, deseaban un gran milagro que afectase vivamente la incredulidad jerosolimitana, debiendo parecer lo más convincente la resurrección de un hombre conocido en Jerusalén [907]». Pero por lo menos hubiera sido necesario que hubiese estado Jesús en Bethania; y hacía dos meses que había pasado Jesús el Jordán, siendo verosímil que ignorase el mensajero que se le enviaba en qué región de la Perea le encontraría. ¡Extraño modo de confabularse, separándose por el tiempo y por el espacio! La Judea no tenía muchos de los medios de comunicación actuales, no conociéndose entonces el vapor y el telégrafo. [559] En aquel país, era un verdadero viaje doce horas de marcha; y Jesús que jamás se

[907] Vida de Jesús, pág. 359.

sirvió de «una mula de ojos negros [908]», sino que recorría a pie todas las provincias de Palestina, se hallaba tan lejos de Marta y de María en esta circunstancia, como París lo está en el día de Londres. Pero aun hay más. Si se hallara a peso de oro un malvado que quisiera consentir en hacerse encerrar en un féretro y en dejarse sepultar vivo, para la mayor gloria de un charlatán de baja estofa, lo más que de él se podría conseguir, sería que se prestase por algunas horas a esta fúnebre farsa. Pero inténtese que se preste a permanecer cuatro días envuelto en su sudario, y por consiguiente, sin poder tomar alimento, bajo la losa de un sepulcro, y harán resonar sus gritos de furor todos los ecos del contorno, antes que haya terminado el primer acto de esta comedia. Así, pues, ¿es posible creer que hiciera de buena voluntad y como por vía de juego, Lázaro, que era uno de los hombres más ricos de Bethania, uno de los hombres más conocidos de Jerusalén, lo que no hubiera hecho entre nosotros el más miserable de esos seres desgraciados que populan en los grados inferiores de nuestra civilización moderna? Entre nosotros el sudario funeral es un tejido muy elástico, que no intercepta el aire respirable, y que permitiría, en caso necesario, ciertos movimientos indispensables para vivir; pero entre los Judíos estaba herméticamente cubierta con el sudario la cabeza del muerto; y sus miembros ligados con fajas muy apretadas que paralizaban todos sus movimientos, reduciendo el cuerpo al estado de una momia. Si Lázaro, lleno de vida, se hubiese dejado agarrotar de esta suerte, no hubiera indudablemente vivido una hora; y no obstante, según vuestra hipótesis, ¿había de haber aceptado Lázaro voluntariamente, por espacio de cuatro días, este horrible suplicio, habiendo sobrevivido a él? Cualquiera que tenga sentido común comprenderá, que si hubiera podido concebir Lázaro la idea de semejante impostura, hubiese esperado para comenzarla, a que hubiera entrado su resucitador en Bethania, dispuesto a sacarle de tan arriesgada posición.

33. Sin embargo, Jesús permaneció dos días al otro lado del Jordán, después de haber recibido el mensaje. ¿Han pensado los racionalistas en la significación de estos dos días, perdidos enteramente [560] en una circunstancia tan grave, por el pretendido impostor? ¡Cómo! ¿Va a permanecer dos días en su sepulcro el comparsa de Bethania, que representa un papel tan peligroso? ¿No teme el especulador, a cuyo beneficio se prepara la escena, que se canse la paciencia del segundo actor durante dos días y que vengan a desenlazar toda combinación y a hacer traslucir el secreto un encuentro casual o una indiscreción subalterna? Pásanse dos días en la Perea. A la mañana del tercero, dice Jesús a sus discípulos: «Volvamos a Judea». -Al oír esto, se apodera de ellos el espanto. «Señor, exclaman: ¿No ha mucho te buscaban los Judíos para apedrearle, y vas a volver a su país? Cotéjese esta exclamación con la hipótesis racionalista: «¡*Los amigos de Jesús* deseaban un gran milagro!» ¡Estos amigos de Jesús que deseaban un gran milagro no tienen prisa de ver cumplidos sus deseos! Cuando deberían contar las horas y los minutos y apresurar la partida, se oponen, por el contrario, con todas sus fuerzas al paso confabulado. Sin embargo, cada segundo que éste se retrase, puede ocasionar las consecuencias más desastrosas. Necesitábase todavía un día de camino para llegar a Bethania, y hasta el día siguiente no podría librarse de su cárcel sepulcral al muerto fingido. Sin embargo, los Apóstoles no piensan en esto, y suplican a su Maestro que renuncie a este viaje. En vano les tranquiliza Jesús con

---

[908] Ibid., pág. 190.

esa divina majestad que se presenta aquí a nuestra consideración. «¿No tiene el día doce horas?, dice: El que camina de día, no tropieza contra ningún obstáculo, porque ve la luz del mundo. El Salvador emplea esta locución para calmar la inquietud de los Apóstoles. Así como nadie puede prolongar ni abreviar las horas del día, así no está en manos de los hombres abreviar o alargar la carrera del Mesías, sol divino del mundo. «Nuestro amigo Lázaro duerme, añade, y voy a dispertarle». Todos los idiomas de la antigüedad tenían una fórmula eufémica, para encubrir el terrible nombre de la muerte. Los Romanos decían: «Ha vivido»; los Árabes: «Ha partido»; los Hebreos: «Duerme». Los Apóstoles conocían perfectamente esta expresión familiar, pero en su terror quieren hacerse ilusión y responden con el proverbio judío: ¡Pues que duerme, sanará!» El sueño, aun en el día, es un síntoma favorable en la mayor parte de enfermedades. «Lázaro duerme», es, pues, inútil ir a encontrarle; curará, pero sin que sea necesario exponernos al furor de los Judíos. Entonces Jesús deshace su error. «Lázaro ha muerto, [561] dice; este acontecimiento, ocurrido durante mi ausencia, confirmará vuestra fe». ¿Quién, pues, había dicho a Jesús que había muerto Lázaro? No había llegado mensajero alguno, hacía dos días, a llevarle tal noticia. Sin embargo, los discípulos no se admiran de esta perspicacia de su Maestro, como no se maravillaban de oírle decir de un enfermo que se hallaba a doce leguas de distancia: «¡Duerme!» Por más que se haga, el Evangelio es un tejido de milagros.

34. «Llegó, pues, Jesús a Bethania, continúa San Juan, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado. Bethania estaba situada [909] como a unos quince estadios de Jerusalén. Y habían ido muchos Judíos a consolar a Marta y María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sin embargo, sé que aún ahora te concederá Dios todo lo que le pidieres. Díjole Jesús: Tu hermano resucitará. Bien se que resucitará, respondiole Marta, en la resurrección universal, que será el último día. Jesús replicó: Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? ¡Oh! Señor, dijo ella, sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. -Y habiendo dicho esto, volvió a su casa y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: Ha llegado el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente, y fue a encontrarle; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Y los Judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al ver a María levantarse tan pronto, y que salía, la siguieron diciendo: Ésta va al sepulcro a llorar. -María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, luego que le vio, se echó a sus pies, y le dijo: ¡Señor! ¡Si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano! -Jesús al verla llorar, y llorar también los Judíos que habían venido con ella, estremeciose en su alma, y [562] conturbose a sí mismo, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? -Respondiéronle: Ven, Señor, y lo verás. Entonces se le arrasaron los ojos en lágrimas a Jesús. En vista de lo cual,

---

[909] Erat autem Bethania (Joan., XI, 18.) «El Evangelista usa el verbo en el tiempo pasado. Y es que en efecto la aldea de Bethania fue destruida por una conmoción, casi veinte años antes de la época en que escribía San Juan su Evangelio, y antes de la ruina total de la Judea». (Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 212).

dijeron los Judíos: ¡Mirad cómo le amaba! Mas algunos de ellos dijeron: Pues este que abrió los ojos de un ciego de nacimiento ¿no podía hacer que Lázaro no muriese? [910]»

35. Hase podido advertir anteriormente, que los Judíos no conservaban, como nosotros, por uno o dos días, los restos de un difunto en la casa mortuoria [911]; pues no bien era llevado el cadáver al sepulcro, lo cual se verificaba tres horas después de la muerte, se sacaban todas las sillas y lechos para evitar las impurezas legales que podría ocasionar el contacto de estos objetos. Al volver de la fúnebre ceremonia, sentábanse en tierra todos los miembros de la familia, cubierta la cabeza con un velo y con los pies desnudos; los parientes, amigos y vecinos formaban círculo a su alrededor, y respondían a sus quejas con palabras consolatorias. Durante los tres primeros días, se iba al sepulcro a visitar el cadáver. «Los Judíos, dice Sepp, creían que revoloteaba el alma durante tres días alrededor de su despojo mortal, para volver a entrar en él; pero que lo abandonaba definitivamente, cuando comenzaban a manifestarse las señales de descomposición [912]». Esta creencia, fruto de la leyenda, no es otra cosa, según la observación del doctor Iahn, que la traducción en lenguaje popular, de la admirable legislación de Moisés relativa a los funerales. Para evitar las horribles consecuencias de las inhumaciones precipitadas, dejando a salvo el interés general de la salud pública, en un clima en que son tan peligrosas las emanaciones pútridas, estaba prohibido que pudiera permanecer el cadáver en lugar habitado; pero debía visitarse durante los tres primeros días el sepulcro de familia, donde se le trasladaba inmediatamente después de la muerte; y no se sellaba definitivamente la piedra, hasta que se consignaba la muerte por las dos señales menos equívocas, la descomposición cadavérica y su olor fétido. Al final, el tercer día, se cerraba, pues, para no volverla a abrir, la entrada del monumento fúnebre. Pero se prolongaba el luto de la familia todavía por cuatro días, durante los cuales se acudía a orar y a llorar [563] a la puerta del sepulcro. Todos estos pormenores, tomados de la civilización judía, nos hacen comprender cada palabra del relato evangélico. El día tercero, después de la muerte de Lázaro, se había verificado, respecto de las dos hermanas, esta separación final que acaba de romper todos los lazos, al arrancar a la ternura de los que sobreviven los restos de una persona querida. María Magdalena y Marta se hallan sentadas en tierra, en la casa de Bethania, continuando el gran duelo que no debe concluir hasta el sétimo día. Rodéalas un círculo de amigos que habían venido de Jerusalén, mientras ellas dejan correr bajo sus largos velos sus lágrimas en silencio. Habíales faltado el único consuelo que habían esperado tanto, la presencia de Jesús. Cuántas veces debieron decirse, durante la agonía de su hermano, y después de su muerte, y en las visitas al sepulcro todavía abierto: «¡Si hubiera estado aquí el Señor, Lázaro no habría muerto!, Así, pues, no había venido el divino Maestro, avisado por un mensaje.

36. Tales son las realidades históricas, al través de cuyo tejido quisiera introducir el racionalismo su ficción de una comedia representada por las dos

---

[910] Joan., XI, 17-37.

[911] Véase, tom. I de esta Historia, pág. 451.

[912] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 214.

hermanas. En estos hechos resalta con manifiesta evidencia la imposibilidad de una combinación de este género. Marta y María no están solas ni un instante para confabularse, pues la amistad judía había observado los hábitos de la época patriarcal, rodeando el dolor de sus parientes, como en tiempo de Job, cuyos tres amigos vienen a participar de su aflicción y permanecen sentados en tierra siete días y siete noches, sin interrumpir su quebranto. He aquí, pues, estas dos mujeres cubiertas con sus velos, sin sandalias en los pies, que pasan el día sentadas en tierra en la casa mortuoria, y cada una de cuyas visitas al sepulcro de su hermano [564] se verifica en medio de un séquito de parientes y de amigos. Díganos, pues, el racionalismo ¿por qué don misterioso de invisibilidad podrán sustraerse a tantas miradas para llevar a Lázaro los alimentos de que necesita en su prisión sepulcral? Después de cada visita pública hecha al sepulcro, durante los tres primeros días, volvía a ponerse en su lugar la piedra del monumento. Esta piedra no podían levantarla débiles mujeres. Cuando vayan más adelante al sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, pensarán en esta circunstancia: «¿Quién nos desviará la piedra de la entrada del monumento?» dirán. Pero en sus visitas al sepulcro de su hermano, no tenían que cuidarse de esto, porque los hombres que las acompañaban se encargaban de este cuidado: al llegar, levantaban la piedra y la apartaban; y al partir, volvían a ponerla en su sitio. Entre tanto, ¿cómo podía vivir Lázaro envuelto en fajas y privado de aire en este sombrío calabozo? ¿Supondrase que volvía más tarde un afiliado a abrir la puerta sepulcral? Pero los sepulcros estaban situados entre los Judíos, en la orilla del camino. No faltaban transeúntes en el camino de Jerusalén a Jericó, uno de los más frecuentados de la Palestina, los cuales hubieran notado fácilmente esta maniobra; y por otra parte, ¿quién podía responder de la discreción del mismo afiliado? Pero no es esto todo. En la hipótesis de una escena de impostura preparada de esta suerte, es inexplicable la conducta de los pretendidos actores. Llega Jesús a las puertas de Bethania; sabe que hace cuatro días que está Lázaro en el sepulcro; debe, pues, tener prisa de abreviar el suplicio voluntario de su cómplice. En este caso, es precioso cada momento, y el menor retraso puede hacer abortar todo el complot. Sin embargo, en vez de entrar en el pueblo, de dirigirse a la casa de las dos hermanas, de hacerse conducir sin dilación al sitio de la sepultura, se detiene el divino Maestro a alguna distancia de la aldea. Esto no nos lo dice solamente el Evangelio; muéstrase aun en el día en una altura cercana a Bethania, la piedra en que estaba sentado Nuestro Señor Jesucristo cuando llegó a recibirle Marta [913]. Un impostor no hubiera pensado siquiera en sentarse en semejante caso. Pero tal vez Jesús avisó a las dos hermanas para que viniesen inmediatamente a recibirle, con personas crédulas elegidas anticipadamente como testigos del futuro milagro. No. Sólo es avisada Marta de la llegada de Jesús. Sólo ella sale a recibirle; y su primer palabra echa por tierra todo el aparato de la invención racionalista «¡Señor, dice, si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano!» Una farsante hubiera dicho, deshaciéndose en lágrimas: ¡Señor, ven, pues, al fin a resucitar a mi hermano! Marta conoce tan poco el espíritu de su pretendido papel, que ni siquiera comprende el sentido de la respuesta que le da Jesús: «Tu hermano resucitará, dice»; y Marta, [565] lejos de aprovecharse de esta indicación para ostentar su esperando replica: «Ya sé que

---

[913] Llámasela Piedra del Coloquio o de Santa Marta. Muy cerca de allí, hay una cisterna llamada también cisterna de Santa Marta. Créese que estaba vecina a ella la casa de las dos hermanas. (M. Mislin. Los Santos Lugares, tom.II, pág. 485-486.)

resucitará en la resurrección universal del último día. «¡Extraños actores que dicen lo contrario que su estudiado papel! Es preciso que Jesús verifique antes, respecto de ellos mismos, el milagro de conversión que va a efectuar en todo un pueblo. Marta que debería saber el secreto de esta comedia, rehúsa creer en el desenlace, que según la hipótesis, habría preparado ella misma. Jesús le afirma, pues, reiteradamente su propio poder. «Yo soy, dice, la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque hubiese muerto, vivirá: ¿crees tú eso?» Entonces Marta exclama: «Señor, creo que eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo». Marta cree en el Hijo de Dios, pero no cree aún en la próxima resurrección de su hermano. En breve lo veremos. Sin embargo, vuelve a la casa a avisar a su hermana María Magdalena. He aquí, pues, que van a hallarse reunidos todos los actores de la escena concertada. ¡Cuánto tiempo perdido en pasos inútiles! Marta llega sola; vuelve a la casa a buscar a su hermana; deberá también volver con ella al lado de Jesús, para ir juntas al sepulcro. ¡Y es posible creer, que si hubiera sido encerrado vivo Lázaro en el sepulcro por las dos hermanas, no se hubiera visto, en vez de esta calma y de esta actitud desconsolada, pero tranquila, todas las señales de la impaciencia más febril, de la más inquieta premura? Finalmente, Marta habla a su hermana, pero en vez de excitar la curiosidad de la asamblea reunida en la casa mortuoria, y de llamar testigos al teatro en que va a manifestarse el desenlace, previene Marta a María «en voz baja, *silentio,* que ha llegado el Maestro y que la llama». María va a reparar tal vez el olvido de su hermana, y a decir algunas palabras significativas a los asistentes. No: levántase con precipitación y sale, sin proferir una palabra. «Va a llorar al sepulcro», dicen los Judíos, y la siguen. Búsquese alguna «señal de artificio o preparación» en este relato divino del Evangelio, y nunca se la encontrará. María prorrumpe a los pies de Jesús en sollozos, y los amigos que la han acompañado no pueden contener sus lágrimas, en vista de esta nueva efusión de su dolor: «¡Señor, dice ella, si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano! Y Jesús sintió arrasados sus ojos en lágrimas. -¡Mirad cuánto le amaba! dicen los Judíos. ¿No podía impedir que muriera Lázaro, el que abrió los ojos de un ciego de [566] nacimiento?» Entre tanto, el divino Maestro se hace conducir al sepulcro.

37. «Finalmente, prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos que le salían del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una gran piedra. -Dijo Jesús: Quitad la piedra. -Respondiole Marta, hermana del difunto: Señor, mira que ya hiede, pues hace ya cuatro días que está ahí. -Díjole Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios? -Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre! gracias te doy, porque me has oído. Bien es verdad que yo bien sé que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo, que está alrededor de mí, para que crean que tú eres el que me has enviado. -Habiendo dicho esto, gritó con voz muy alta: ¡Lázaro, sal afuera!- Y al instante, el que había muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: desatadle y dejadle ir [914]».

Apenas tenemos valor para proseguir por más tiempo el examen de la sacrílega teoría del racionalismo. La piedra del sepulcro estaba definitivamente cerrada. Cuando pide Jesús que se la quite, como se había practicado durante los

---

[914] Joan., XI, 38-45.

tres primeros días de la sepultura, Marta, preocupada únicamente del lamentable espectáculo de la descomposición del cadáver, exclama: «¡Señor, ya hiede!» Este *Jam foetet* del Evangelio ha espantado al moderno crítico, pues no de a que se trasluzca este pormenor en su relato. Oigamos al nuevo exégeta: «Parece, dice, que Lázaro estaba enfermo, y que Jesús dejó la Perea en virtud de un mensaje de las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada pudo volver a Lázaro a la vida. ¡Tal vez Lázaro, todavía pálido de su enfermedad, se hizo ligar con fajas como un cadáver, y encerrar en su sepulcro de familia. Estos sepulcros eran grandes estancias abiertas en la roca, donde se penetraba por una tronera cuadrada que cerraba una enorme losa. Marta y María salieron al encuentro de Jesús, y sin dejarle entrar en Bethania, le condujeron a la gruta. La emoción que experimentó Jesús junto al sepulcro de su amigo, a quien creía muerto, pudo considerarse por los asistentes por esa turbación, por ese estremecimiento que acompañaba a los milagros; queriendo la opinión popular que [567] fuera en el hombre la virtud divina como un principio epiléptico y convulsivo. Jesús deseó ver también otra vez a aquel a quien había amado, y habiéndose apartado la piedra, salió Lázaro ligado con sus fajas, cubierta la cabeza con un sudario. Esta aparición debió considerarse naturalmente por todo el mundo como una resurrección [915]». ¿Qué se ha hecho, en esta narración cercenada y dificultosa, del *Jam foetet* del Evangelista? Cuanto más habéis tratado de ocultarlo, más queremos verlo. ¿Acaso hería vuestra delicadeza esta circunstancia? ¿Habéis temido la susceptibilidad de un siglo sobrado impresionable para soportar semejantes espectáculos? Sin embargo, según vuestra hipótesis, ha debido llenarse la tumba en que estuviera Lázaro encerrado durante cuatro días, de un olor tan fétido, que Marta, en beneficio de los asistentes, y por un sentimiento de respetuosa ternura por el mismo muerto, se opone a que se quite la piedra sepulcral. ¿Se comprende la posibilidad de vivir durante cuatro días en una atmósfera tan infecta? Hasta que se dé una explicación satisfactoria sobre el *Jam foetet,* ante el cual han retrocedido vuestra pluma y vuestra imaginación, no habéis hecho nada contra el texto evangélico. Por lo demás, no se hallan mejor aclarados los otros puntos que toca el racionalismo. ¿Qué decir, por ejemplo, de la «opinión popular, que quiere que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo?» Las afecciones del sistema nervioso son bastante frecuentes entre nosotros para que puedan estudiarlas todas las «comisiones de físicos y de químicos». Aún no hemos oído decir que haya hecho el menor milagro la epilepsia. ¿Dónde encontrar, por otra parte, la apariencia de una «convulsión» en la actitud de Jesucristo en la tumba de Lázaro? El divino Maestro «lloró». Lo advierte el Evangelio, porque Jesús, a quien jamás se vio reír [916], lloró dos veces solamente. La primera vez lloró la muerte individual de un hombre a quien iba a resucitar; la segunda, lloró ante la ceguedad de un pueblo y de una ciudad que corrían a la muerte. No haber reído una vez, y haber llorado dos veces solamente, en treinta y tres años de vida, parece a nuestros racionalistas, síntoma evidente de una constitución tan nerviosa y de un organismo tan debilitado, que reconocen en él todas las señales [568] características de la «epilepsia». Aquí la sinrazón corre parejas con el sacrilegio. Jesús «se estremeció en su alma, y conturbose a sí

---

[915] Vida de Jesús, pág. 361-362.

[916] Esta observación se ha escapado sin duda al moderno racionalismo, puesto que nos dice: La Vida da Jesús era una fiesta perpetua». (Vida de Jesús, pág. 189.)

mismo», dice el Evangelista. Esta circunstancia era tan impropia de la actitud tranquila y soberana de Jesús, que su historiador la señala con admiración. «¡Se conturbó *a sí mismo*!» ¡Tanto había acostumbrado a los discípulos a verle mantener su alma en la majestad inmutable que conviene a Dios! Al ver a la Magdalena prorrumpir en sollozos y a los Judíos que no pueden contener sus lágrimas, «lloró Jesús». Lloraba en la muerte de Lázaro, dice San Agustín, los desastres de la muerte, hija del infierno y del pecado, cuyo imperio venía a arruinar. «Lloró», pero se admiran de ello los Judíos; tan alta era la idea que tenían todos de la superioridad moral y del poder sobrehumano de Jesús. «¡Mirad cómo le amaba! dicen». ¿No podía, él que abrió los ojos a un ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriese? Cada palabra del Evangelista es un rayo de luz divina. ¡Qué! ¿Creían estos Judíos que Jesús había podido impedir que muriera Lázaro? ¿Conocen los hombres a alguno, cuyo poder milagroso se proclame de esta suerte? «Lázaro, añaden nuestros literatos, salió ligado con las fajas, y la cabeza cubierta con un sudario, y naturalmente debió considerarse esta aparición como una resurrección. «Verdaderamente, aun cuando todas las comisiones de químicos, de físicos y de filólogos de nuestras modernas academias hubiesen estado allí y presenciádolo, hubieran gritado también: ¡Milagro! El retórico no parece sospechar lo que eran esas famosas fajas «con que salió naturalmente Lázaro del sepulcro». El «natural» de la aparición es una palabra de una candidez exquisita. Las fajas, que hacen en la presente exégesis un papel tan acomodaticio, no se prestaban en manera alguna a la superchería. Ceñíase alrededor del cuerpo una faja de lienzo de dos dedos de ancha, envolviendo los pliegues del sudario que cubría enteramente el rostro, sujetando los brazos al pecho y juntando los pies uno con otro, de suerte que el cadáver se hallaba exactamente en la posición en que lo vemos en las momias de Egipto. Inténtese, pues, con todos los medios de electricidad y de galvanismo de que disponemos en el día, hacer que se ponga en pie por sí mismo, no un cadáver, sino un hombre vivo, cuyo cuerpo se halle agarrotado de la cabeza a los pies de esta suerte. ¡He aquí, no obstante, lo que halla «muy natural» un racionalista! [569]

38. Esto es insistir demasiado sobre miserables sofismas. Los monumentos que forman una guardia solemne alrededor del texto evangélico, bastan para desbaratar tales puerilidades. El pueblo de Bethania, destruido veinte años después de este suceso, dejó lugar a un pueblo que existe todavía y que lleva el nombre árabe de El *Azarieh,* aldea de Lázaro. Enséñase en él la tumba que volvió a la voz del Hijo de Dios, un muerto a la luz. «Es, dice monseñor Mislin, una cavidad abierta en la roca, y revestida en parte, de mampostería. Bájase a ella por seis gradas; está cubierta con una piedra puesta horizontalmente, y que cierra la entrada; lo cual es perfectamente conforme con las palabras del Evangelio: «Era una gruta, sobre la cual había colocada una piedra. *Erat autem spelunca, et lapis superpositus erat ei*». Aunque se diferencia de la forma afectada en el Santo Sepulcro, se asemeja, no obstante, a otras tumbas de la misma época, que se encuentran aún en el día, y en las que no se ponía a los muertos en nichos separados, sino en una sola gruta que podía contener muchos cuerpos. Antes de llegar al sepulcro propiamente dicho, se baja por una escalera de veinte y cinco gradas a un subterráneo que sirve de vestíbulo [917]. «Si no hubo una resurrección en Bethania, dígasenos ¿por qué este pueblo destruido por los Romanos y que sobrevivió a esta primer ruina, ha cambiado

---

[917] M. Mislin. Los Santos Lugares, tom. II, pág. 483, 484.

su nombre histórico para llamarse: «Aldea de Lázaro?» ¿Por qué, si el Evangelio no es más que una leyenda, ha conservado la tradición con tal cuidado la memoria de Lázaro, y especialmente, por qué conserva el mismo sepulcro en este momento, después de tantos siglos de revoluciones, la forma exacta y precisa que le da el historiador sagrado? Los apócrifos, los escritores legendarios pueden inventar narraciones, pero no podrían crear ni monumentos, ni tradiciones locales.

§ III. Excomunión. Retirada a Efrén

39. «Con esto, continúa el Evangelista, muchos de los Judíos que habían venido a visitar a María y a Marta y habían visto el milagro verificado por Jesús, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron a los Fariseos, y les contaron lo que Jesús había [570] hecho. Entonces los Pontífices y Fariseos juntaron, el Consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los Romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nación. -En esto, uno de ellos llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada de esto, ni reflexionáis que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación. -Pero esto no lo dijo de propio movimiento, sino que, como era el Sumo Pontífice en aquel año, profetizó [918] que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación judía, sino también para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesús no se dejaba ver en público entre los Judíos, antes bien se retiró a un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efrén, donde moraba con sus discípulos. Y como estaba próxima la Pascua de los Judíos, muchos de aquel distrito fueron a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Los cuales iban en busca de Jesús; y se decían en el Templo unos a otros: ¿Qué será que aún no ha venido a la fiesta? Pero los Pontífices y Fariseos tenían ya dada orden de que si alguno sabía dónde estaba Jesús, le denunciase, para hacerle prender [919]».

40. Los miembros del Sanhedrín, bajo la presidencia de Caifás, consignan la realidad del milagro obrado en Bethania y del poder taumatúrgico de que daba el Señor a cada instante nuevas pruebas. ¡He aquí, dicen, que este hombre obra multitud de prodigios! ¡Van a creer todos en él! Esta última palabra en boca de los Doctores Fariseos, tiene una significación determinada que debe comprenderse. Muy poco importaría actualmente, en nuestras civilizaciones modernas, que, tomando partido la opinión pública por tal o cual doctor, se pronunciase, por

---

[918] Sin saberlo.

[919] Joan., XI, 45 ad ultim.

ejemplo, en favor de la homeopatía contra la alopatía; en favor de la doctrina de las generaciones regulares contra la de las generaciones espontáneas. Si se inventase entre nosotros un sistema completo de astronomía que partiera de una base diametralmente opuesta a la de Galileo, y que tuviese la pretensión de explicar todos los fenómenos celestes, aun cuando por [571] falta de reflexión o por amor a la novedad, se declarase unánimemente la multitud a favor de la teoría nueva, se preocuparía de ello muy poco la política de los hombres de Estado, dejando a los sabios directamente interesados en la cuestión, el cuidado de defender sus preocupaciones de corporación, sus precedentes oficiales y su amor propio comprometido. «Si dejamos obrar a Jesús, dicen los hombres de Estado de Jerusalén, todos creerán en él, y vendrán los Romanos a destruir nuestra ciudad y nuestra nación». Para que, la fe de Jesús pudiese hacerles temer tales consecuencias políticas, era preciso que fuera esta fe muy diferente de la adhesión que se podría dar en nuestros días a abstracciones del dominio de la filosofía o de la ciencia. En efecto, «creer en Jesús» significaba para los Judíos, creer que era Jesús el Mesías, el Cristo rey, heredero del cetro de Judá y del trono de David, fundador de un imperio universal, cuya duración no tendría fin. Desde la resurrección de Lázaro se aplica por todos los labios a Jesús y se escapa de todos los pechos el título de Rey de los Judíos. Pero un reinado tan aclamado por el pueblo debía hacer sombra al poder romano, que había reducido la Judea a provincia. No se abría fácilmente la mano de los Césares para soltar su presa. Bajo el limitado punto de vista de los políticos del gran Consejo de Jerusalén, era, pues, perfectamente natural aquel recelo o temor, puesto que les cegaban las ideas materiales y toscas que formaban del reinado y del imperio del Mesías. Si hubieran visto al divino Maestro rodeado de un ejército aguerrido y numeroso, extendiendo ya su cetro sobre el Oriente, por do quiera vencedor de las formidables legiones romanas, cuya marcha conmovía la tierra, conquistador glorioso y coronado, amenazando en el Templo de Jerusalén las tribus del universo sometido, hubiéranse convertido sus gritos de muerte en aclamaciones triunfales. Pero el Hijo del hombre que acababa de resucitar a Lázaro, no tenía una piedra donde reclinar su cabeza. Eran sus Apóstoles doce pescadores de Galilea; en vez de combatir, y de vencer a las potencias de este mundo, predicaba la guerra contra las pasiones, el triunfo de sí mismo, el desprecio de las riquezas, el amor a las humillaciones y el advenimiento del reino de Dios a las almas. Sin duda, nada de todo esto merecía la muerte; era evidente la inocencia de semejante doctrina; pero no lo era menos el peligro político del reinado de la majestad real, que el pueblo adjudicaba a Jesús. [572] He aquí por qué el Gran Sacerdote Caifás, profeta sin saberlo, órgano inconsciente del último oráculo de Jehovah, dado por un sucesor de Aarón, formula la decisión en estos términos: «¡No reflexionáis que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación!» Caifás no advertía siquiera que proclamaba en el Sanhedrín el decreto dado en los Consejos eternos para la Redención del mundo.

41. «Los Pontífices y los Fariseos dieron, pues, la orden de que si alguno supiese donde estaba Jesús, le denunciase, para hacerlo prender». Las tradiciones rabínicas del Talmud dan a este texto del Evangelio una confirmación tanto más manifiesta cuanto que es de un odio inveterado. Refiérese, pues, que fue excomulgado solemnemente el Hijo de María por las cuatrocientas trompetas, es decir, por los jefes de las cuatrocientas sinagogas de la Palestina; que fue denunciado públicamente cuarenta días antes de su muerte, y condenado al suplicio

de la cruz, como mago y seductor del pueblo. La Iglesia judía tenía tres clases de censuras: la exclusión temporal, que imponía a los culpables un entredicho de treinta días, durante los cuales no podía acercarse el condenado ni aun a los miembros de su familia, sino a distancia de cuatro codos; la maldición o destierro perpetuo de la sociedad judía; y finalmente, la excomunión mayor, que llevaba consigo la pena de muerte respecto del culpable y de los que le dieran asilo o abrazaran su partido. Esta última era proclamada al son de las trompetas. Tal fue la penalidad suprema que lanzó contra Jesús el Sanhedrín. El divino Maestro «se retiró, pues», a un territorio vecino al desierto, en una ciudad llamada Efrén, donde permaneció con sus discípulos. «Efrén o Efraín era una pequeña ciudad del antiguo reino de Samaria, no lejos de Bethel, cerca de ocho leguas del Norte de Jerusalén. En el día se halla situada en el sitio que ésta ocupó la ciudad árabe llamada *El-Taybieh*. Fácilmente se comprenderá, que esta población, habitada en gran parte por samaritanos, enemigos declarados de los Judíos, pudo ofrecer un asilo al divino excomulgado. Por otra parte, Efrén se hallaba situada en la raya de las áridas y montuosas soledades que se extienden desde Bethaven y Scitópolis, hasta el mar Muerto. Esta región, designada por el Evangelista, con el nombre de «Desierto» había servido en los tiempos antiguos, de retiro al profeta Elías. En ella se había pasado la juventud de San [573] Juan Bautista en la austeridad del ayuno y las delicias de la oración. El Hijo de Dios, desconocido de los hombres, a quienes venía a redimir, desterrado de un mundo al que llevaba la luz y la vida, quiso pasar, en medio de estas rocas salvajes; los últimos días de una vida cuyo término debía él solo elegir. Ni el furor de sus enemigos, ni la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrín, ni a orden de denuncia proclamada en las Sinagogas podían adelantar ni por un minuto, la hora solemne de la Redención por la cruz. Los habitantes de Jerusalén ven afluir, al aproximarse la solemnidad Pascual, las caravanas de peregrinos que venían de la parte de Efrén, esperando que se había agregado Jesús a alguna de ellas. Pero el Salvador vendrá ostensiblemente en el día que ha fijado; porque «él es quien ha de dar por sí mismo su vida, sin que pueda nadie arrebatársela contra su voluntad».

42. El Evangelio nota aquí un pormenor que se refiere a toda la civilización judaica, y ofrece uno de los caracteres de autenticidad intrínseca, de que hemos visto ya tantos ejemplos. «Muchos judíos, dice, subieron a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse». La inmolación y la manducación del cordero Pascual en Jerusalén, exigían una purificación previa, a la que se preparaban, no por medio de la santificación espiritual que prescribe la Iglesia Católica a sus hijos con el divino banquete de la verdadera Pascua, sino por medio de abluciones y sacrificios rituales. Ningún israelita afectado de impureza legal podía tomar parte en la festividad. Así, el contacto de un muerto debía ser purificado durante siete días con la aspersión de agua mezclada con las cenizas de una vaca roja, ofrecida en holocausto. Quien quiera que llevaba en sus sandalias polvo de países habitados por paganos, debía sufrir una purificación especial. Lo mismo era respecto de un hebreo que salía recientemente de la cárcel, o a quien se alzaba por el Sanhedrín una sentencia de excomunión. Por último, todos los Judíos indistintamente, debían, en los siete días precedentes, cortarse los cabellos y lavarse los vestidos. Las prescripciones simbólicas de la ley de Moisés se han trasformado en el seno de la Iglesia de Jesucristo en la realidad del verdadero Cordero Pascual, y de la purificación espiritual de las almas, que precede a la Pascua Eucarística. [574]

§ IV. Regreso a Jerusalén

43. «Estando para cumplirse, dice el Evangelista, el tiempo en que Jesús había de salir del mundo, se puso en camino, mostrando un semblante resuelto para ir a Jerusalén. Y envió delante de sí algunos de sus discípulos, que habiendo partido, entraron en una ciudad de Samaritanos a prepararle hospedaje. Mas los habitantes no quisieron recibirle, porque daba a conocer que iba a Jerusalén. Y viendo esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: ¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore? Pero Jesús vuelto a ellos, les respondió, diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos. Y con esto se fueron a otra aldea [920]». El odio de los Samaritanos contra Jerusalén estalla aquí en toda su violencia. Niégase a Jesús la hospitalidad, únicamente porque se dirige hacia esta ciudad aborrecida. Los sentimientos de indignación de los Apóstoles se traducen en un lenguaje que debe admirar singularmente a nuestros racionalistas modernos. ¡Qué extraña proposición la de Santiago y de Juan! ¿Se concebiría, si no hubieran sido mil veces testigos de los prodigios obrados por su Maestro, que pudieran racionalmente dirigirle semejante palabra? Sin embargo, el buen Pastor que iba a dar su vida por sus ovejas, les atrae al verdadero espíritu de su vocación. «No he venido a perder las almas, sino a salvarlas». La mansedumbre [921] del divino Maestro absuelve a la ciudad inhospitalaria; y en vez de tomar Jesús su camino por el territorio Samaritano, cambia de dirección y se vuelve a Jerusalén por el camino de Jericó, es decir, que arrostra ostensiblemente el peligro que le ha creado el reciente decreto del Sanhedrín, pues en el camino que recorre, podrán darle muerte legalmente todos los judíos, a él y a sus discípulos.

44. «Continuaron, pues, dice el Evangelista, el camino que sube a Jerusalén, y Jesús se les adelantaba, y estaban los discípulos como atónitos, y le seguían llenos de temor. Y tomando aparte de nuevo a los doce, comenzó a repetirles lo que había de sucederle. Nosotros, como veis, les dijo, vamos a Jerusalén, donde [575] el Hijo del hombre será entregado a los Príncipes de los Sacerdotes y a los Escribas y Ancianos, que le condenarán a muerte y le entregarán a los Gentiles, y le escarnecerán y le escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. -Pero los doce no comprendieron ninguna de estas cosas, antes era un lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de las palabras dichas

---

[920] Luc., IX, 51-56.

[921] [«La muchedumbre» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[922]». Era la tercera vez que el Salvador del mundo revelaba tan explícitamente a los Apóstoles el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección. Sin embargo, a pesar de la claridad de semejante lenguaje, a pesar de la gravedad de las circunstancias en que se encontraban, persuadidos más y más los Apóstoles de la divinidad de su Maestro, rehúsan creer en la posibilidad de tantas humillaciones e ignominiosos suplicios. Obsérvese bien, ellos mismos son los que nos confiesan la obstinación de su credulidad sobre este punto. *Sequentes timebant.* La animosidad de los Judíos les consterna, respecto de sí mismos; pero en lo concerniente a Jesucristo, no sólo no imaginan tener el menor cuidado, sino que no comprenden ni aun la sencilla, clara y circunstanciada profecía que les dirige. ¿Qué idea tenían, pues, de Jesús los Apóstoles? Evidentemente, si no hubieran tenido la fe más firme y más indestructible en su divinidad, hubieran comprendido demasiado su predicción.

45. Entre tanto, la multitud de peregrinos que se dirigía hacia Jerusalén, se les reunió en breve, y rodeó al Salvador. «En esto, dice el Evangelista, llegaron a Jericó. Y habiendo entrado allí, atravesaba Jesús la ciudad. Y he aquí que un hombre llamado Zaqueo, jefe entre los publicanos, hacía diligencias para conocer a Jesús de vista, y no pudiendo conseguirlo a causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo y subiose a un sicomoro para verle, porque había de pasar por allí. Y habiendo llegado Jesús a aquel lugar, alzando los ojos le vio, y díjole: Zaqueo, baja luego, porque importa que yo me hospede hoy en tu casa. Él bajó a toda prisa y le recibió gozoso. Y todos, al ver esto, murmuraban, diciendo, que se había ido a hospedar a casa de un hombre pecador o de mala vida. Pero Zaqueo, puesto en pie, en presencia del Señor, le dijo: Señor, yo doy la mitad de mis bienes a los pobres, [576] y si he defraudado en algo a alguno, le voy a restituir cuatro tantos más. -Jesús le respondió: Ciertamente que el día de hoy ha sido de salvación para esta casa, pues que también éste es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido [923]».

«El jefe de los publicanos» *Princeps publicanorum,* es decir, el encargado de las aduanas y de la percepción de los tributos, tasas y peajes de Jericó, para el fisco de César, era a los ojos de los Judíos un excomulgado, un gentil, cuyo solo contacto hacía adquirir la mancha de impureza legal. Tal es el sentido de los murmullos de la multitud. Jesús no teme, al volver a Jerusalén para la festividad de la Pascua, adquirir públicamente esta mancha que evitaban con tanto cuidado sus compatriotas. Ellos, que se purificaban por medio de multiplicadas abluciones, únicamente por haber conservado sus sandalias el polvo de las regiones idólatras que habían atravesado durante la peregrinación, no conciben que pueda ir Jesús a Jerusalén a comer el Cordero Pascual, después de haber comunicado en el camino con «un hombre pecador». Hállase en el empadronamiento de Zorobabel, al regreso de la cautividad de Babilonia, una familia judía llamada *Zachai,* ya muy importante entonces, puesto que se elevaban los miembros de esta casa al número de setecientos sesenta [924]. El Talmud ha conservado igualmente la memoria de esta

---

[922] Math., XX, 17-19. Marc., X, 32-37. Luc., XVIII, 31-34.

[923] Luc., XIX, 1-10.

[924] I Esdr., II, 9. II Esdr., VII, 14.

antigua familia [925]. Hay, pues, motivo para creer que el Zaqueo [926] del Evangelio era de origen hebreo. Pero al aceptar la desacreditada función de agente del fisco, había descendido de su clase y condición, según el reglamento farisaico, considerándose desde entonces deshonrado un Judío, en mantener con él otras relaciones que las puramente oficiales. He aquí por qué rehabilita Jesús al publicano, diciendo: «Este hombre es también un hijo de Abraham». El salvador no había encontrado nunca a Zaqueo, y no obstante, le conoce sin que nadie le nombre; le llama por su nombre al verle en el sicomoro, a donde había subido el Publicano para dar más altura a su poca talla. Así buscó la humanidad elevarse hasta Dios sobre los sicomoros de las religiones antiguas, sin poder llegar a las alturas celestiales. Era preciso que el Verbo Encarnado [577] se bajase él mismo, y viniera a decir al orgullo humano: ¡Zaqueo, baja pronto, porque pienso hoy hospedarme en tu casa! Recibir a Jesús, es recibir, con la gracia de conversión, la fuerza de hacer bien. El humilde Zaqueo se eleva un instante por la fe, al heroísmo de la virtud. La tradición judaica había fijado en un quinto de la renta anual la suma de las limosnas de un Hebreo infiel. Nadie estaba obligado a hacer más. El Publicano se ofrece a distribuir a los pobres la mitad de sus bienes, y a dar el cuádruplo a aquellos a quienes hubiera podido defraudar. ¡Verdaderamente, si en la víspera era el Zaqueo «un pecador» como le echaba en cara la multitud, es a la sazón un modelo de caridad, de abnegación y de fe!

46. «Jesús, dice el Evangelista, añadió en seguida esta parábola, atento a que se hallaba vecino a Jerusalén, y las gentes creían que luego se habla de manifestar el reino de Dios. Dijo, pues: Un hombre de ilustre nacimiento marchose a una región remota para recibir la investidura del reino, y volver con ella. Con cuyo motivo, habiendo convocado a diez de sus criados, dioles diez minas [927], diciéndoles. Negociad con ellas hasta mi vuelta. -Es de saber, que sus naturales le aborrecían; y así, despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos a ése por nuestro rey. -Mas habiendo tomado posesión del reino, volvió e hizo llamar los criados a quienes había dado su dinero, para informarse de lo que había negociado cada uno. -Vino, pues, el primero y dijo: Señor, tu mina ha adquirido diez minas. Y el Señor le dijo: Bien está, buen criado, ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha dado cinco minas. Dijo asimismo a éste: Tú tendrás también el gobierno de cinco ciudades. Vino otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina que he guardado envuelta en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre de un natural duro y austero, tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado. -El príncipe respondió: ¡oh mal siervo! por tu propia boca te condeno: sabías que yo soy un hombre duro y austero, que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado: ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que yo en volviendo lo recobrase con los intereses? Por lo que, dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, [578] y dádsela al que tiene diez minas. -Pero, Señor, exclamaron, ¡si tiene ya diez minas! Respondió el Señor: Dígoos, que a todo aquel que tiene, dársele ha, y se hará rico; pero al que no tiene, aun lo que parece que tiene se le ha de quitar. Pero en orden a

---

[925] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 228.

[926] [«Zacarías» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[927] La mina hebraica, según Josefo, valía sesenta siclos, unos 7,20 reales de nuestra moneda.

aquellos enemigos míos que no me han querido por rey, conducidlos acá y quitadles la vida en mi presencia [928]».

47. «De cada rasgo de los discursos más auténticos de Jesús resulta, que no tuvo conocimiento alguno del estado general del mundo, escribía ha poco un literato. Parece que ignoraba el nuevo estado de sociedad que inauguraba su siglo. No tuvo idea alguna del poder romano, habiendo llegado solamente a él el nombre de «César [929]». Esto es correcto como una lección de profesor a un escolar de vigésimo Orden; el cinismo del sacrilegio afecta aquí los aires del pedantismo más estirado, en su proverbial ignorancia. Perdónesenos por esta vez la explosión de un sentimiento que hemos podido comprimir hasta aquí, en ciertos límites. Pero si es permitido a un retórico ultrajar así al Dios de los cristianos y al hombre más grande de la historia para los mismos racionalistas, debe permitirse la indignación a un cristiano que adora a Jesús como Dios, y que le encuentra, como hombre, superior a todo cuanto puede concebir la humanidad. Y ahora, diremos al sofista, ¿habéis leído por acaso la parábola de las diez Minas de plata? ¿La habéis comprendido? ¡Qué inverosimilitud en el tema evangélico! Parte un pretendiente a recibir la corona en una región extranjera, y le envían los habitantes mismos del país una embajada encargada de decirle: «¡No queremos que este hombre reine sobre nosotros!» El nuevo emperador de Méjico parte en este momento para sus remotos Estados, ¿cómo imaginar que alarmada la Germanía, le haga seguir a su futura capital de una diputación que le diga: la Alemania no quiero que el archiduque Maximiliano suba hoy al trono de Viena? No es posible que cupiera semejante concepción política en la cabeza de un demente. Tal es, no obstante, dicen los racionalistas, la idea de la Parábola. Los compatriotas del pretendiente del Evangelio son realmente los que protestan contra él, cuando deberían, por el contrario juzgarse sobrado felices en verse desembarazados de su odiosa presencia. Es inexplicable el paso que dan; y no obstante, el pretendiente [579] coronado vuelve a ejercer su tiranía en su propio país, y quita la vida a los desgraciados que se han permitido combatir sus ambiciosos designios. ¡Cómo hallar en todo esto la apariencia de alguna noción de política! Indudablemente, pues, «Jesús no tenía conocimiento alguno del estado general del mundo; y juzgada su argumentación según las reglas de la lógica aristotélica, era muy débil». Pues bien, esta parábola inverosímil, incoherente, ininteligible, es la historia verdadera, exacta y luminosa de las relaciones políticas de la Judea con el poder romano en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo «El hombre de noble raza que parte a una región lejana a recibir la regia investidura», tenía para todos los oyentes de la Parábola, un nombre muy conocido. Su tiranía, impuesta en un principio, y quebrantada en seguida por el poder del César, era para los Judíos uno de los acontecimientos más importantes de su historia contemporánea, habiendo sido su resultado la pérdida de su independencia nacional, la extinción de la monarquía jerosolimitana, y la reducción de la Palestina a provincia romana. Aquí se alude a Arquelao, hijo de Herodes, el Idumeo, que debió embarcarse en Joppé, y volver a Italia a solicitar del emperador Augusto la confirmación del testamento paterno y la investidura del reino de Judea [930]. Ya hemos trazado más arriba este

---

[928] Luc., XIX, 11-27.

[929] Vida de Jesús, pág. 38.

[930] Véase el tomo I de esta Historia, 274-279.

episodio. Las circunstancias eran críticas. La degollación de los tres mil Hebreos bajo los Pórticos del Templo, mandada por Arquelao, había levantado un grito de indignación en toda la Palestina. Por todas partes se hallaba armado el pueblo. Arquelao, antes de su partida, había confiado sus tierras, sus bienes muebles y los tesoros de su padre a algunos amigos y servidores fieles, entre los cuales nombra Josefo al oficial Filipo, que defendió, durante la ausencia del príncipe, con riesgo de su vida, las sumas que se le habían entregado, contra la rapacidad de Sabino, gobernador de Siria [931]. Estos pormenores históricos son el comentario vivo de las palabras del Evangelio: «Habiendo llamado a diez de sus criados, entregó a cada uno una mina, diciendo: negociad con ellas hasta que yo vuelva». Sin embargo, una diputación de cincuenta Judíos había seguido a Arquelao a Roma. Agregaron a ella los ocho mil Hebreos fijados en la capital del mundo, y todos juntos se postraron a los pies de Augusto, suplicándole [580] que los desembarazase para siempre de la dinastía de Herodes. Herodes, dijeron ellos, no fue un rey, sino un monstruo. Si pudiera reinar sobre los hombres una fiera, sería menos cruel. Esperábamos de su hijo Arquelao una conducta más prudente y moderada, y ha respondido a nuestra esperanza con la degollación de tres mil Hebreos, en el recinto del Templo de Jerusalén [932]». Tal es el discurso que pone el historiador Josefo en boca de los embajadores judíos. La Parábola lo resume en una fórmula más concisa y no menos enérgica: «No queremos que reine este hombre sobre nosotros». Sabido es que la política imperial, sin consideración a la protesta de todo un pueblo, confirió al pretendiente el título de Etnarca de la Judea. Arquelao volvió, pues, como señor irritado, a un país que entregaba a su tiranía la investidura concedida por César. Sació de riquezas y de honores a todas sus hechuras, haciendo caer sobre el partido de la oposición todo el peso de su resentimiento y de sus venganzas, hasta que acarreó la misma exageración de sus crueldades su propia ruina y la de la nacionalidad hebraica. Por eso en la Parábola le hace decir el Salvador: «¡Tú sabias que yo soy un Señor implacable que tomo lo que no he depositado, y que siego lo que no he sembrado!»

48. He aquí cómo «no tuvo Jesús conocimiento alguno del estado general del mundo, ni idea alguna exacta del poder romano». Es manifiesta la aplicación de la Parábola al reinado del Salvador. El Hijo de Dios descendía del cielo para venir a buscar en esta región lejana y terrestre, una regia investidura. Iba a Jerusalén a oír los gritos de reprobación de una multitud ciega. «No queremos, dijeron los Judíos, que reine este hombre sobre nosotros». Su trono, será una cruz; su diadema una corona de espinas; su advenimiento la muerte. Y no obstante, vendrá un día con el aparato de la majestad suprema, y pedirá una severa cuenta a los que hayan recibido el depósito de sus enseñanzas, de su doctrina y de sus luces. La mina de plata de la Parábola evangélica, es el don de la fe, confiado por el divino Maestro a la responsabilidad de cada conciencia. Es preciso que fructifique el sagrado depósito en nuestras manos. ¡Desdichado el mandatario negligente e infiel que haya enterrado su tesoro, durante la ausencia del monarca! Al regreso, [581] le abrumará el Juez supremo con su cólera, así como vengará en sus enemigos su sediciosa

---

[931] Joseph. Antiq. jud., lib. XVII, capítulo XI.

[932] Joseph. Antiq. jud., lib. XVII, cap. XII, Cf., tom. I de esta Historia, pág. 275 Sepp, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 231.

oposición. Al *Nolumus hunc regnare super nos,* responderá la sentencia que ha de entregar a los malditos al eterno imperio de Satanás.

49. «Al salir de Jericó Jesús y sus discípulos, seguidos de una multitud inmensa, dice el Evangelista, un ciego llamado Bartimeo (hijo de Timeo) se hallaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Y sintiendo el tropel de la gente, preguntó qué novedad era aquella. Dijéronle que Jesús Nazareno pasaba por allí de camino. Y al punto se puso a gritar: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante, le reprendían para que callase. Pero él levantaba mucho más el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Parose entonces Jesús y mandó traerle a su presencia. Llamaron, pues, al ciego, diciéndole: Ea, ten confianza, levántate que te llama. A estas palabras, arrojando al suelo su capa al instante, se puso en pie y vino a Jesús. Cuando Jesús le tuvo ya cerca, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? -El ciego le respondió: Señor, haz que yo vea. Y Jesús le dijo: Anda, que tu fe te ha salvado. Y el ciego vio al momento, y se puso a seguir a Jesús por el camino, dando gloria a Dios. Y todo el pueblo, testigo del milagro, alabó al Todo Poderoso [933]». Nuestros literatos se lisonjean de haber resumido imparcialmente este hecho evangélico en las tres líneas siguientes: «Al salir de la ciudad el mendigo Bartimeo le dio sumo gusto, llamándole obstinadamente 'Hijo de David', no obstante intimársele que callara [934]».

50. El divino Maestro prosiguió su camino a Jerusalén en medio de ovaciones triunfales y sembrando milagros a su paso. La excomunión del Sanhedrín fue impotente ante el entusiasmo popular, y las precauciones que quisieron tomar los discípulos desde luego contra manifestaciones que comprometían, tales como los clamores del mendigo Bartimeo, llegaban a ser inútiles. Todos debieron creer que se iba camino de un trono. Sólo Jesús sabía que iba al Gólgota. «Seis días antes de la Pascua [935], continúa el Evangelista, volvió Jesús a Bethania, donde había muerto Lázaro, a quien resucitó Jesús. Durante su permanencia allí, le dispusieron una cena en casa de Simón el Leproso. Marta servía y Lázaro era uno de los [582] que estaban a la mesa. Y durante la cena, María, llevando en la mano un vaso de alabastro lleno de un perfume precioso de ungüento de nardo puro [936], se acercó al triclinio en que estaba reclinado Jesús, quebró el vaso de alabastro y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungiendo también sus pies, que enjugó con sus

---

[933] Math., XX, 29-34. Marc., X, 46-52. Luc., XVIII, 35-43.

[934] Vida de Jesús, pág. 358.

[935] Es decir, el viernes, 7.º día del mes de nisan, u 8 de abril.

[936] El Evangelio de San Gerónimo, llama este perfume: Unguentum nardi pistici, na/rdou pistikh=j «aceite de nardo verdadero o puro» y San Marcos le llama: Unguentum nardi spicati «aceite de nardo de espiga». El primer nombre se refiere a la esencia y a la base del perfume, y el otro concierne a su cualidad.

La planta de que se componía era el nardus indica, el nardo de las Indias. Esta planta, además de sus hojas, tenía espigas, que se llaman nardi spicae, espigas de nardo, y de las que se sacaba el aceite más exquisito. Cuando era puro y verdadero el nardo de espiga, se le llamaba Nardum pisticum, es decir, sincerum, puro y verdadero, como le llama Plinio, para distinguirlo del nardo simulado, y se mezclaba con nardo céltico, o con alguna otra especie menos estimada. (Pezron. Histor. Evangel., tom. II, pág. 174.) [na/rdou tistikh=j en el original (N. del E.)]

cabellos, y se llenó la casa de la fragancia del perfume. Indignáronse algunos de sus discípulos de esta profusión, y Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, aquel que había de entregar a su Maestro, dijo: ¿Para qué esta prodigalidad de un perfume que se hubiera podido vender en más de trescientos denarios para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa, quitaba el dinero que entraba en ella. Pero Jesús, conociendo estos murmullos, les dijo: ¿Por qué censuráis a esta mujer? La obra que ha hecho conmigo, es buena y laudable; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien (o darles limosna) cuando quisiereis; mas a mí no me tendréis siempre. Al verter sobre mí este perfume, se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria o alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer [937]».

51. Hay en la narración del festín de Bethania supuestos tales como nos ha suministrado en gran número el estudio del sagrado texto y que son otras tantas pruebas intrínsecas de autenticidad. La *Caena,* es decir, la comida de la noche, es ofrecida con gran pompa al divino viajero. Jesús llegaba a Bethania el sexto día antes de la Pascua, es decir, el 7.º del mes de Nisan (8 de abril) que caía aquel año en viernes. Pues bien; la cena de la noche del viernes, conforme a la costumbre judaica que contaba los días de [583] una puesta del sol a otra, se llamaba la Cena del Sábado, y era siempre más solemne que las demás. Ocho días después, se ofrecía únicamente por alimento al Hijo del hombre la hiel y el vinagre del Gólgota. La pequeña ciudad quiere obsequiar dignamente en esta ocasión la llegada del Salvador. El Evangelista lo da a comprender suficientemente, indicando que fue la cena obra de los habitantes. *Fecerunt autem ei caenam ibi.* Pero ¿por qué este universal afán? Si como pretenden los racionalistas, no hubiera sido más que una farsa de familia, representada hábilmente por Marta y María, es evidente que se hubiera sospechado algo en aquella pequeña población. Había en Bethania, como en cada una de nuestras aldeas, entendimientos perspicaces y rebeldes a la seducción, que hubieran adivinado el fraude, y en tal caso se hubiera dejado a la familia que se jactaba de haber sido objeto del pseudo milagro, el honor muy equívoco de ofrecer la hospitalidad al pretendido taumaturgo. Mas, por el contrario, la aldea de Bethania procura una ovación al Salvador. *Fecerunt autem caenam ibi.* Elígese la casa más considerable de la población, la de Simón el Leproso. ¿Quién era Simón el Leproso? Si recordamos las rigurosas prescripciones de la ley mosaica, relativamente a la lepra, hay motivo para creer, que había sido invadido de esta horrible enfermedad. Había, pues, sido leproso, pero no lo era ya; y según la tradición de todos los Padres, debía su curación a la omnipotencia de Jesús. Uno de los convidados es Lázaro, el resucitado. Marta, su hermana, quiere servir por sí misma, y María derrama sobre la cabeza del Salvador un vaso de alabastro, lleno de un perfume de nardo, de valor de más de trescientos denarios [938]. Si no hubo resurrección en Bethania, si jamás curó Jesús leprosos, ni verificó un solo milagro, todo esto es ininteligible. Sin embargo, el texto del Evangelio lleva en cada línea un testimonio irrecusable de veracidad. Supóngase que se quiere ofrecer hoy un festín

---

[937] Math. XXVI, 6-13. Marc., XIV, 3-9. Joan., XII, 1-8.

[938] Novecientos sesenta reales de nuestra moneda actual.

a un huésped distinguido; ¿quién pensaría nunca en derramar sobre su cabeza, en medio de la comida, un ungüento perfumado? Entre los Judíos era costumbre en los banquetes solemnes, ungir de esta suerte la cabeza del Rabbi que los presidía. María Magdalena celebra la llegada del divino Maestro como el acontecimiento más feliz. La acción espontánea de Magdalena [584] se explica, pues, por las costumbres locales. Pero ¿por qué romper el vaso de alabastro en vez de abrirlo solamente para derramar su contenido? El alabastro era entre los antiguos, así como entre nosotros, una materia preciosa, que no se prodigaba inútilmente. En aquel tiempo lo monopolizaba la ciudad de Tiro, pues según dice Plinio el naturalista, tallábase allí y se hacían vasos que tenían la propiedad de conservar admirablemente los perfumes [939]. Sin embargo, María Magdalena quiebra el vaso precioso: *Fracto alabastro.* Era costumbre judaica en los festines suntuosos, romper un vaso de valor; acción simbólica que debía recordar a los convidados la fragilidad humana y la corta duración de los goces o alegrías de la vida [940]. En esta circunstancia, la copa quebrada en Bethania tenía una significación que determina aun más el mismo Jesús. Mientras murmura Judas, el ladrón y el traidor, de esta prodigalidad, llama el Salvador la atención de los oyentes sobre su muerte próxima. Anuncia que María no podrá tributarle otros deberes sepulcrales que este embalsamamiento anticipado; y añade, que no perderá jamás el mundo la memoria de este acto de adicta y respetuosa ternura. Profecía dupla, que se verifica en su primer parte con ocho días de intervalo, y en su segunda parte se efectúa aun a nuestra vista, y no ha cesado de realizarse en un período de diez y ocho siglos. La Iglesia Católica celebra la piedad de Magdalena, la perpetúa en su seno, y no cesa de derramar preciosos perfumes a los pies del Dios de la Eucaristía.

52. El día siguiente, sábado, permaneció Jesús en Bethania. Sabiendo una multitud de Judíos que estaba allí, dice el Evangelio, vinieron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los Príncipes de los Sacerdotes deliberaron quitar también la vida a Lázaro, visto que muchos de los Judíos, por su causa, se apartaban de ellos, y creían en Jesús [941]. «Tal fue la sentencia de excomunión pronunciada por el Sanhedrín contra Lázaro. El Talmud refiere, dice el doctor Sepp, que al día siguiente de la llegada de Jesús a Bethania, habiéndose divulgado esta noticia por Jerusalén, envió allí el Gran Consejo a dos de sus miembros, Ananías y Azarías, con el fin de tenderle [585] algún lazo. Estos dos emisarios llegaron hasta Nobé, población sacerdotal, situada al Oeste y muy próxima a Bathania, pues es verosímil que no se atrevieran a entrar en una población en que se aclamaba al Salvador. Es digno de notarse que la antigua aldea de Nobé, en cuyo solar todavía subsisten algunas cabañas, lleva aún hoy entre los Árabes el nombre de Villa de Jesús, sin que se encuentre nada en el Evangelio que pueda ilustrarnos sobre el origen de este nombre [942]».

---

[939] Lapidem alabastriten vocant, quem cavant ad vasa unguentaria, quoniam optime servare incorrupta dicitur. (Plin. Histor. Natur., lib. XXXVI, cap. VIII.)

[940] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. I, pág. 459.

[941] Joan., XII, 9-11.

[942] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 237.

53. «Al día siguiente [943], dice el Evangelista, acercándose Jesús y sus discípulos a Jerusalén, luego que llegaron a la vista de Bethphagé al pie del Monte de los Olivos, despachó Jesús a sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que se ve en frente de vosotros, y a la entrada encontraréis un jumentillo en el cual nadie ha montado hasta ahora, atado junto a su madre. Desatadlos y traédmelos. Y si alguno os pregunta ¿por qué le desatáis? contestad: El Señor lo ha menester; y al instante se os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: Decid a la hija de Sión: mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino [944]». Los dos discípulos hicieron lo que Jesús les mandó, y hallaron el pollino atado junto a su madre ante la puerta de Bethphagé en la confluencia de dos caminos; y estando desatándole, algunos de los que estaban allí, les dijeron: ¿Qué hacéis? ¿Por qué desatáis ese pollino? Lo necesita el Maestro, contestaron los discípulos, conforme a lo que Jesús les había mandado, y se lo dejaron llevar. Y trajeron el pollino a Jesús seguido de su madre, y habiéndolos aparejado con los vestidos de ellos, montó Jesús en él [945]. Entre tanto la multitud que acudía de Jerusalén para la fiesta de Pascua, habiendo sabido que llegaba Jesús, salió de la ciudad llevando ramos de palmas en las manos, y fueron a su encuentro, exclamando: ¡*Hosanna* al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre el Señor! Y las gentes tendían sus vestidos por el camino y cortaban [586] ramas u hojas de los árboles, y las esparcían por donde había de pasar. Y estando ya cercano a la bajada del Monte de los Olivos, todos los discípulos en gran número comenzaron a alabar a Dios en alta voz por todos los prodigios que habían visto, diciendo: ¡Bendito sea el rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas del firmamento! Y las gentes, tanto las que iban delante como las que iban detrás, clamaban diciendo: ¡*Hosanna* [946] al Hijo de David! ¡Bendito el

---

[943] Es decir, al día siguiente al sábado, que correspondía exactamente a nuestro Domingo de Ramos.

[944] Isaí. LXII, 11; Zachar., IX, 9.

[945] Ésta es la única vez que el Hijo del Hombre «que no tenía donde recostar la cabeza», quiso servirse de una cabalgadura. Esto no impide a nuestros racionalistas decir: «Jesús recorría la Galilea en medio de una fiesta perpetua. Servíase de una mula, cabalgadura tan buena y tan segura en Oriente, y cuyos grandes ojos negros, sombreados por largas cejas, tienen suma dulzura». (Vida de Jesús, pág. 189, 190.)

[946] La palabra Hosanna se compone de Hosia (Salud) y de Na, abreviación de Anna, (Yo os ruego.) Los Judíos hicieron de ella, con sus aclamaciones ordinarias, una especie de interjección nacional, que significa: ¡Salve, paz y gloria! El sétimo día de la fiesta de los Tabernáculos, se llama en su calendario Hosanna rabba, es decir, el gran Hosanna. (Pezron. Historia Evangélica, tom. II, pág. 191.) Los ramos de follaje o Lulabim, que llevaban en las manos los Judíos en esta triunfal ovación, eran palmas: Ramos palmarum. En cuanto a las ramas que cortaron de los árboles y tendieron por el camino, debieron ser de diversas especies. El monte, llamado de los olivos, debió ofrecer naturalmente ramos de olivos al entusiasmo de la multitud. El torrente Cedron, que fue preciso atravesar, se halla cercado de sauces; finalmente, hallábanse escalonados mirtos y limoneros en la montaña de Sión. Es, pues, probable que cada uno de estos arbustos suministrase su contingente al triunfo del hijo de David. La costumbre de tender vestidos por el camino por donde debía pasar mi personaje notable, se ha conservado hasta nuestros días en Oriente. «En 1834, pasando por Belén el cónsul inglés de Damasco, M. Farran, vio venir a su encuentro centenares de hombres y de mujeres, que, de repente, y como por una súbita inspiración, tendieron sus vestidos por tierra, delante de su caballo, suplicándole que intercediese por ellos con el virrey de Egipto, en

que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llegar ¡*Hosanna* en lo más alto de los cielos! -Algunos de los Fariseos que iban entre la gente, dijeron a Jesús: ¡Maestro, haz callar a tus discípulos Respondioles él: En verdad os digo, que si éstos callan, las mismas piedras prorrumpirán en aclamaciones. -Al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que a te son enviados; cuantas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido [947]. ¡Ah! si por lo menos conocieses en este día que se te ha dado lo que puede atraerte la paz o felicidad; mas ahora, está todo ello oculto a tus ojos. ¡Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos, te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre [587] piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado [948] -Después de haber hablado así, continuó su camino. Entrado que hubo en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo muchos: ¿Quién es éste? -A lo que respondían las gentes: ¡Éste es el Profeta Galileo, Jesús de Nazareth! -Así fue como hizo el Señor su entrada en el Templo. Y al llegar a él, echó fuera a todos los que vendían allí y compraban, y derribó las mesas de los banqueros o cambiantes y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones. -Al mismo tiempo le fueron conducidos varios cojos y ciegos que estaban en los pórticos del Templo, y los curó. Los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas buscaban el medio de perderle, pero temían atacarle, porque le demostraba su admiración la multitud. Testigos, pues, de las maravillas que hacía y oyendo a los mismos niños aclamarle en el Templo, diciendo: ¡*Hosanna* al Hijo de David, le dijeron: ¿Oyes estas aclamaciones? Jesús les respondió: Sí, por cierto. Pues ¿qué no habéis leído jamás la profecía: De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la más perfecta alabanza [949]? «Si estos niños callaran las mismas piedras hablarían. -Y siendo ya tarde, salió Jesús de la ciudad de Bethania [950]».

---

cuya cólera habían incurrido, revelándose contra él». (Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pag. 240 y 241.)

[947] Math. XXIII, 37.

[948] Math., XXI, 1-9. Marc., XI, 1-9. Luc., XIX, 29-44. Joan., XII, 12-19.

[949] Psalm., VIII, 3.

[950] Math., XXI, 10-15. Marc., XI, 11. Luc. XIX, 45-47.

Capítulo X

La Semana Santa

Sumario

§ I. LUNES SANTO.

1. Situación de los espíritus en Jerusalén. -2. Vuelta de Jesús al Templo. Solicitan hablarle varios extranjeros. -3. ¿Quiénes eran estos extranjeros? -4. Respuesta de Eusebio a esta pregunta. -5. La narración de Eusebio es desechada como apócrifa por la crítica moderna. -6. Descubrimiento de un monumento que confirma la autenticidad del relato de Eusebio. -7. Texto de la *Historia de Armenia,* por Moisés de Corene. La tradición victoriosa de los argumentos de la crítica moderna.

§ II. MARTES SANTO.

La higuera maldita en el camino de Bethania. Objeciones del racionalismo. -9. La estación de los higos. -10. Sentido de la parábola en acción, de la higuera maldita. -11. Origen del poder de Jesús. Parábola de los dos hijos. -12. Parábola de los viñadores y del Padre de familia. -13. Parábola del festín nupcial. -14. «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». -15. Falta de inteligencia de la exégesis racionalista. -16. Los saduceos y la resurrección de los muertos. -17. El mandamiento mayor. -18. Último anatema contra los Escribas y los Fariseos. El cepillo de las ofrendas. La pobre viuda. -19. Profecía de la ruina de Jerusalén. -20. Autenticidad de la profecía evangélica. -21. El fin del mundo. -22. Parábola de las diez Vírgenes. -23. Juicio final.§ III. MIÉRCOLES SANTO.

24. La higuera maldita en la víspera, queda completamente estéril. -25. El conciliábulo del Sanhedrín. Judas Iscariote vende a su Maestro.

§ IV. JUEVES SANTO

26. Preparación de la última Pascua. El *Parasceve.* El Cenáculo. Jesús lava los pies a los Apóstoles. -27. La Cena Pascual según el ritual judaico. -28. Institución de la Eucaristía. -29. Jesús revela a los Apóstoles la traición de Judas y designa al traidor a San Pedro y a San Juan. -30. Confirmación de la primacía conferida a San Pedro. 31. Predicción de la caída de San Pedro. Promesa de enviar el Espíritu Santo a los Apóstoles. -32. Salida del Cenáculo. La verdadera viña. Últimas enseñanzas. Acto de fe de los Apóstoles. -33. El torrente Cedron. Oración de Jesús.

§ I. El Lunes Santo

1. La entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalén había deslindado claramente las posiciones. El Sanhedrín y el pueblo se hallaban a la sazón divididos. Por una parte, la sentencia de excomunión, y por otra, la ovación popular; la muerte que meditaba el [590] Gran consejo el reino de David, que aclamaba la multitud de gentes, tales eran los dos elementos contradictorios que resumían el estado de los espíritus. El Evangelista representa claramente la situación con estas palabras. «La multitud de gentes que estaban con Jesús cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio del milagro. Por esta causa salió tanta gente a recibir a Jesús; por haber oído que había hecho este milagro. En vista de lo cual, dijéronse unos a otros los Fariseos. ¿Ves cómo no adelantamos nada? He aquí que todo el mundo se va en pos de él [951]». La resurrección de Lázaro había sido, pues, para la multitud, la última y solemne demostración de la divinidad de Jesús. Después de este prodigio patente e irresistible, desaparecen todas las anteriores vacilaciones. ¡Jesús es el Mesías, el heredero del trono de David, el verdadero rey de Israel! Sin embargo, no era Lázaro el único a quien hubiera resucitado de entre los muertos el divino Maestro. La hija de Jairo [952], el hijo de la viuda de Naín [953], vueltos a la vida con una palabra del Salvador, habían demostrado hacía largo tiempo a toda Judea el divino poder de Jesús. Pero las circunstancias de las dos anteriores resurrecciones, el sitio en que se habían verificado, las personas que habían sido su objeto, no ofrecían igual notoriedad ni el mismo carácter solemne. La hija del oficial de Cafarnaúm se hallaba aun en el lecho de muerte en que acababa de exhalar el último suspiro, cuando la reanimó la voz omnipotente de Jesús. El hijo de la viuda de Naín no había entrado todavía en posesión de su tumba, «de la casa de su eternidad», como decían los Judíos, cuando se levantó del féretro a la orden de Nuestro Señor. Ya hemos dicho que los Hebreos creían, que el alma revoloteaba durante tres días alrededor de sus mortales despojos, para volver a entrar en ellos, y que los abandonaba definitivamente cuando comenzaban a manifestarse señales de descomposición en el cadáver. La consignación oficial de la muerte requería, pues, tres días; he aquí por qué no se cerraba sin remisión el monumento fúnebre hasta que trascurría este plazo. Por esta misma razón quiso sin duda el Salvador del mundo resucitar el mismo día tercero después de su muerte. Verdaderamente las condiciones bajo las cuales se verificó la resurrección de Lázaro realzaron a los ojos de los Judíos lo pasmoso [591] del prodigio. El teatro del acontecimiento, su fecha, la persona respecto de la cual se verificaba, todo desafiaba aquí la crítica más recelosa o suspicaz. Jerusalén se hallaba, al aproximarse las Pascuas, invadida de una multitud de gentes que acudían de todos los puntos del universo. Bethania estaba a

---

[951] Joan., XII, 17-19.

[952] Véase el capítulo V de esta Historia, § VII, núms. 48, 49.

[953] Cap. VI, § V, núms. 25-27.

las puertas de Jerusalén, y el mismo Lázaro era conocido de toda la capital. La enfermedad, la muerte, la sepultura y la resurrección de Lázaro no habían podido quedar ignoradas. Una inmensa publicidad cercaba estos hechos. Los Príncipes de los Sacerdotes mismos no intentan ponerlos en duda, y sólo se lamentan de ver al pueblo correr hacia Jesús. Excomulgan a Lázaro y quisieran darle muerte, para desembarazarse de un testigo vivo, cuya sola presencia decía más, sobre la divinidad de Jesús, que todos los razonamientos y discursos. Durante la noche, deliberan sobre los medios de verificar su obra de odio y de venganza. Entre tanto, Jesús se retira según su costumbre al Monte de los Olivos a orar por el mundo que iba a redimir con su sangre [954].

2. Al día siguiente (lunes) volvió al Templo. «Entre la multitud de gentes reunida bajo los pórticos, dice el Evangelista, había algunos Gentiles, de los que habían venido para adorar a Dios en la solemnidad pascual. Éstos se llegaron a Felipe, natural de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver a Jesús. Felipe se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. Así, el que ama su vida (desordenadamente) la perderá, mas el que la aborrece (o la mortifica) en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame, y donde yo estoy, allí estará también el que me sirve, y a quien me sirviere, le honrará mi Padre. Pero ahora mi alma está agitada o conturbada [955]. ¿Y que diré?, ¡Oh Padre, líbrame de esta hora! Mas no; que para esa misma [592] hora he venido al mundo. ¡Oh Padre! glorifica tu nombre. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: ¡Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía más! -La gente que allí estaba y oyó esta voz, decía que había dado un trueno. Otros decían: Un Ángel le ha hablado. Pero Jesús les respondió y dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora mismo va a ser juzgado el mundo: ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí. (Esto lo decía para dar a entender de qué muerte había de morir.) Respondiole el pueblo. Nosotros sabemos por la Ley [956], que el Cristo debe vivir eternamente ¿pues cómo dices que debe ser levantado en alto (o crucificado) el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre de quien hablas? -Respondioles Jesús. La luz aún está entre vosotros por un poco tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, que quien anda entre tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz. Mas con haber hecho Jesús tantos milagros delante de ellos, no creían en él, de suerte que vinieron a cumplirse las palabras que dio el profeta Isaías: ¡Oh Señor!

---

[954] Erat autem diebus docens in templo, noctibus vero exiens morabatur in monte qui vocatur Oliveti (Luc. XXI, 37.)

[955] La expresión griega: h(yuxh/ mou teta/raktai, es la misma que la de la frase precedente: o(filw½n th\n yuxh\n au)tou= a)pollu/ei au)th/n. «Quien ama su alma (su vida) la perderá». Creemos, pues, que el sentido es éste: «En este momento, está amenazada mi vida». Sin embargo, conservamos la traducción admitida. [h fuxh/mou tetaraktai y o filw½u thn yuxh/n su\tou= apollesei au\mnn en el original (N. del E.)]

[956] Is. XL, 8.

¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿y quién reconoció el poder de vuestro brazo? [957]» Por eso no podían creer, y su obstinación realizaba esta otra predicción de Isaías: El Señor cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean y no perciban en su corazón, por temor de convertirse y de que yo los cure [958]!» Esto dijo Isaías cuando vio anticipadamente la gloria del Cristo, y predijo su advenimiento. No obstante, hubo aun de los magnates que creyeron en él; mas por temor de los Fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la Sinagoga. Y es que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Jesús, pues, alzó la voz y dijo: Quien cree en mí, no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que a mí me ve, ve al que me envió». Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas. Que si alguno oye mis palabras y no las observa, yo no le doy la sentencia, pues no he venido (ahora) a juzgar al mundo, sino a salvarle. Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue; la palabra que yo [593] he predicado, ésa será la que le juzgue en el último día. Puesto que yo no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él mismo me ordenó lo que debo decir, y cómo he de hablar. Y yo sé que lo que me ha mandado enseñar es lo que conduce a la vida eterna. Las cosas, pues, que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho [959]. - Después de haber hablado así, habiéndose hecho tarde, los dejó, y saliendo de la ciudad se fue a Bethania con los doce [960]».

3. Sabido es que la solemnidad nacional de la Pascua atraía una multitud de Judíos dispersos por toda la haz del imperio romano. Gran número de extranjeros debían trasladarse naturalmente a Jerusalén, en esta circunstancia, ya con una intención piadosa, (porque la religión romana era cosmopolita y no tenía el menor escrúpulo en adorar a los dioses de las naciones extranjeras) ya por los intereses del comercio, o aun por simple atractivo de curiosidad, y únicamente para ver el Templo, una de las siete maravillas del mundo, en el brillo y esplendor no acostumbrados que le daban la reunión de tantos fieles y las pompas de la festividad pascual. Pero aquí nos revela el Evangelio un hecho significativo. Entre «los Gentiles o Helenos», como los llama San Juan, que acudieron en este año a Jerusalén, tienen algunos otro objeto: «Quieren ver a Jesús». La reputación del Salvador había, pues, salvado los límites de la Judea. La fama de sus milagros se había divulgado, según atestiguan expresamente San Mateo [961] y San Marcos [962] por la Fenicia, la Siria y las provincias Árabes. Pero, ¿por qué, puesto que se halla a la sazón el divino Maestro en el Templo, por qué tienen estos extranjeros necesidad de recurrir a la intervención de Felipe, uno de los Apóstoles? Este pormenor, que nota de paso un escritor sagrado, es también una prueba de autenticidad intrínseca. Los «extranjeros» no podían traspasar el recinto del Atrio, llamado con su nombre

---

[957] Is LIII, 1.

[958] Is. VI, 10.

[959] Joan. XII, 20 ad ultim.

[960] Math. XXI, 17. Marc. XI, 19.

[961] Math. IV, 24. Et abiit opinio ejus in totam Syriam.

[962] Marc. III, 8. Et ab Idumaea et traus Jordanem, et qui circa Tyrum et Sydonem, multitudo, magna audientes quae faciebat venerunt ad eum.

«Atrio de los Gentiles [963]». Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo enseñaba entonces a la multitud en el «Atrio de los Judíos», adonde no podían entrar los extranjeros. Los «Helenos» se dirigen, pues, al Apóstol Felipe para obtener el favor de «ver a Jesús». La [594] palabra *Helenos,* en lengua judía, se aplicaba, desde el imperio de Alejandro el Grande, y sobre todo desde el reinado de Antioco Epifanes, no solamente a los Griegos propiamente dichos, sino a la universalidad de las naciones Orientales, sometidas a la influencia de la civilización griega. «¿Cuál fue, dice el doctor Sepp, el objeto preciso de la entrevista que deseaban obtener del Salvador estos extranjeros? No nos lo indica el Evangelio, pero suplen este silencio dos documentos de una importancia capital [964]» que vamos a reproducir íntegros.

4. Eusebio de Cesarea, en su *Historia Eclesiástica,* se expresaba así en el año 315 de la Era cristiana: «Manifestándose la Divinidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo por obras tan prodigiosas, atraía de las comarcas extranjeras más remotas de la Palestina una multitud innumerable de enfermos y lisiados que esperaban que los curase. El rey Agbar, que gobernaba entonces, y no sin gloria, las naciones situadas más allá del Eúfrates, se hallaba afectado de una enfermedad que había declarado incurable la medicina humana. Al saber los pasmosos milagros obrados por Jesús, cuyo nombre se hallaba entonces en todos los labios, y cuyo poder era atestiguado unánimemente, le dirigió, por medio de su secretario, cartas en que le suplicaba fuera a Edessa a curarle. Pero Jesús no fue a esta invitación. Sin embargo, no se desdeñó de contestarle por medio de una carta en que le prometía enviarle un discípulo suyo que le haría recobrar la salud a él mismo, y que salvaría cuanto le rodeaba. No tardó mucho tiempo en realizarse esta promesa. En efecto, después de la Resurrección de Cristo y de su Ascensión al cielo, Tomás, uno de los doce Apóstoles, obedeciendo a una inspiración divina, envió a Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, a Edessa, a predicar el Evangelio. Tenemos la prueba solemne de esto en los archivos de esta ciudad, donde reinaba entonces Agbar, puesto que se han conservado hasta nuestros días las actas públicas que contenían la historia antigua de Edessa, las cuales hemos recorrido, habiéndonos parecido importante transcribir aquí las dos cartas, tales como las hemos sacado de estos Archivos, traduciéndolas fielmente del siriaco:

«Ejemplar de la carta escrita por Agbar a Jesús, y enviada a Jerusalén con el correo Ananías. [595]

»Agbar, toparca de Edessa, a Jesús, el Salvador excelente, que ha aparecido en la región de Jerusalén, salud. He oído hablar de vos y de las curaciones que obráis, sin medicamentos ni plantas medicinales. Se dice que volvéis la vista a los ciegos; que hacéis andar a los cojos; que purificáis de la lepra; que expulsáis a los demonios y a los espíritus impuros; que curáis a los enfermos de las dolencias más inveteradas; y finalmente, que resucitáis a los muertos. Al saber de vos todas estas maravillas, me he persuadido o de que sois el mismo Dios que ha descendido del cielo, o ciertamente el Hijo de Dios. Así, he querido escribiros, para que os dignéis visitarnos, y curarme de la enfermedad que padezco. He sabido que en efecto os

---

[963] Cf. Histor. gener. de la Iglesia; tom. II, pág. 466, y tom. IV, pág. 149.

[964] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 250.

persiguen los Judíos, formando contra vos tramas hostiles. La ciudad en que reino es pequeña, pero bastante bien adornada, y bastará para los dos.

»Tal es esta carta escrita por Agbar, en una época en que el rayo de la luz divina no le iluminaba aun más que débilmente. He aquí ahora la respuesta que le envió Jesús, por el mismo secretario. Es corta, pero llena de fuerza y eficacia.

»Contestación de Jesús a Agbar el toparca, llevada por el correo Ananías.

¡Agbar, sois dichoso en haber creído en mí sin haberme visto! Porque está escrito de mí: «Los que me verán, no creerán en mí, a fin de que los que no me vean, tengan fe y recobren la vida eterna [965]. Me escribís para que vaya a vuestra corte. Pero tengo que cumplir aquí todas las cosas para que he sido enviado; y después que sean cumplidas debo volver a Aquel que me envió. Cuando haya subido a su lado, os enviaré uno de mis discípulos para que os cure de vuestra enfermedad y abra para vos y para los que os rodean el camino de la vida [966]».

5. Este pasaje de Eusebio de Cesarea, citado con elogio por San Gerónimo y conocido de toda la tradición, fue recibido como auténtico durante más de mil años. La crítica del siglo XVII lo relegó con tantos otros, entre los relatos legendarios y las producciones apócrifas. ¿Quién era este *Abgar* o *Agbar*? se preguntaban. «Reinó no sin gloria en la Armenia», dice Eusebio; y no obstante, no se encuentra su nombre en parte alguna. ¿Qué autoridad es la de [596] Ananías, el *cursor* real? Agbar no es nombre Armenio, sino un nombre Árabe. Y por otra parte, ¡qué inverosimilitud en este relato! ¿Cómo suponer que no hubiera dejado rastros semejante mensaje en el Evangelio? Sin embargo, ninguno de los historiadores sagrados dice una palabra sobre él. Finalmente, añaden los críticos, se sabe que Jesús no escribió nunca más que los sagrados caracteres que trazó con el dedo en el pavimento del Templo, en el juicio de la mujer adúltera. Y he aquí que Eusebio se atreve a decir: «¡Jesús no se desdeñó de contestar a una carta escrita por Agbar!» Este último argumento sobre todo, parecía perentorio, puesto que se apoya en la tradición inmemorial de la Iglesia Católica, y por consiguiente, de una verdad absoluta, a saber, que Jesús no dejó en el mundo un solo monumento escrito. Sin embargo, si Eusebio en plena paz, en el reinado de Constantino el Grande, pudo engañar a uno de los siglos más ilustrados de la historia, hablando de los Archivos de Edessa que había visto y en los que tradujo de los mismos originales, del siriaco al griego, dos actos de tanto valor; si pudo inventar todo este relato y legar semejante fábula a la posteridad ¿cuál será el testimonio histórico cuya autenticidad pueda asegurarse nunca? Eusebio de Cesarea, uno de los prelados más célebres de su tiempo, el historiador más exacto y más verídico en todo lo demás, quedará a sabiendas y voluntariamente deshonrado, por una impostura que ni siquiera tenía objeto; porque en fin, acababa de subir al Capitolio la cruz triunfante. No había, pues, necesidad alguna de consolidar, por medio de una mentira oficial pública y peligrosa, una religión que acababa de conquistar al sucesor de los Césares. Tales serían, por tanto, las circunstancias, en medio de las cuales habría dicho el historiador: He encontrado en los Archivos de Edessa dos documentos escritos en siriaco. Todos

---

[965] Isai., VI, 9-10.

[966] Eusebio Caesariens. Histor. Eccl., libro I, capítulo XII. Patrol. Graec., tom.XX, col. 120-123.

pueden consultar, si gustan, los originales que han quedado allí. He aquí una traducción literal que he hecho de ellos, con la fidelidad más escrupulosa. Semejante invención atribuida a Eusebio, era absurda. Sin embargo, la crítica mantuvo obstinadamente su negativa, y a la hora presente, preciso es que lo digamos, se halla formada sobre este punto la opinión pública en Francia. Tal vez se habrá preguntado ya el lector: ¿Se habla seriamente cuando se dice que son apócrifas las cartas de Agbar y que éste es un ser fabuloso?

6. Sin embargo, hase presentado en este intervalo un documento [597] inesperado, perfectamente auténtico, y que justifica la tradición de la Iglesia, al paso que da incontestablemente razón a Eusebio de Cesarea contra sus detractores. Nos referimos al texto siriaco de la *Historia de Armenia,* escrita por Moisés de Corene (370-450). Publicado por primera vez en Londres, en 1736, con una traducción latina y notas, por Whiston, este texto ha sido reproducido en 1841, en Venecia, con una traducción francesa por Le Vaillant y Florival. ¡Cosa extraña! ¡Toda la Francia parece ignorar su existencia, aun hoy día! ¡Hasta tal punto gusta el error acreditado y oficial organizar la conspiración del silencio, en torno de monumentos que podrían turbar su quietud y destruir sus tesis sistemáticas! Moisés de Corene, Arzobispo de Pakrevan, componía en siriaco su *Historia de Armenia,* en la época misma en que Eusebio de Cesarea reunía todos los documentos oficiales sobre la vida del Salvador, que traducía en griego e insertaba en su *Historia Eclesiástica.* Moisés de Corene se había hecho el historiador de su nación, mientras que Eusebio llegaba a ser el de la Iglesia universal. Ambos autores no tienen nada de común, ni en el objeto ni en el fin que se propusieron. Así, de diversa patria y de distinto idioma, el uno escribe los anales de su país en el idioma nacional, el otro reúne los elementos de una historia de los orígenes cristianos en el idioma científico de su tiempo. El éxito de ambas obras fue en razón directa de su importancia recíproca. La *Historia Eclesiástica* de Eusebio se conquistó desde luego un lugar entre los monumentos inmortales, habiéndola conocido y estudiado todas las generaciones cristianas. La *Historia de Armenia,* por Moisés de Corene, se eclipsó en medio de los desastres del Oriente, y fue completamente olvidada hasta 1736. Desde entonces, su reaparición, casi desapercibida en Francia [967], no cesó de preocupar el mundo sabio en Italia, en Inglaterra y en Alemania.

7. Pues bien, todas las incógnitas que dejó oscuras el texto de Eusebio, se hallan despejadas por el autor armenio, que consagra siete capítulos de su historia al reinado de Agbar. El nombre siriaco de este príncipe era *Avagair,* que los Griegos y los Latinos, dice [598] Moisés de Corene, para evitar la dificultad de la pronunciación, trasformaron en el de Agbar o Abgar. Célebre en todo el Oriente por su clemencia, su moderación, su justicia y las largas prosperidades de su reinado, Avagair, hijo de Arsames, rey de Armenia, subió al trono en la época en que nacía el Salvador en Belén. En esta fecha se hizo la Armenia tributaria de los Romanos. «Acababa de mandar César Augusto el empadronamiento del universo. En consecuencia de este edicto, fueron enviados a Armenia procuradores romanos,

---

[967] Moses Chorenensis. Historiae Armeniacae libri III. Armeniace ediderunt, Latine verterunt, notis illustrarunt Guillelmus et Gorgius Gul. Whistoni Filii. Londini. Whistoni, 1736, en 4.º Tal es el título exacto de la edición princeps, que ha llegado a ser muy rara en el día. Hacemos votos para que esta importante obra pueda hallar lugar en la Patrología publicada por el ilustre editor católico, el abate Migne.

con efigies de César Augusto, las que colocaron en todos los Templos [968]». Avagair reconoció el dominio eminente de Roma, pero conservó su independencia relativamente a las pretensiones de Herodes el Idumeo, y más adelante, de Herodes el Tetrarca, a los cuales hizo la guerra con buen éxito. Unido su ejército al de Aretas, hizo sufrir al matador de San Juan Bautista la sangrienta derrota de Maqueronta. En una expedición a Persia, restableció en el trono de este país al rey Artases, a quien querían sus hermanos arrebatar la herencia paterna. Esta intervención acrecentó su influjo. Herodes Antipas, el mismo Pilatos, en cualidad de gobernador de Judea, acriminaron la conducta de Avagair. Sus acusaciones, llevadas a la corte de Tiberio, presentaban al rey de Armenia como un ambicioso, dispuesto a sacudir el yugo imperial, y apoyando en los estados vecinos una política hostil a los intereses de Roma. «En aquel tiempo, dice Moisés de Corene, gobernaba la Fenicia, la Palestina, la Siria y la Mesopotamia el tribuno de César Marino [969]. Avagair diputó a su lado dos de sus oficiales, Marihab, gobernador de Alznia [970], y Samsagram, príncipe de la Apahunia [971], a los cuales agregó su fiel Anano. Estos diputados debían exponer al Procónsul los verdaderos motivos de la expedición de Persia, y entregarle una copia del tratado verificado entre Artases y sus hermanos. Los embajadores [599] encontraron a Marino en Eleutherópolis, habiendo obtenido de él la más favorable acogida. El procónsul hizo contestar a Avagair que se tranquilizara respecto de las acusaciones trasmitidas a César, asegurándole que no tendrían ninguna consecuencia desfavorable, con tal que se mostrase fiel en pagar el tributo fijado anteriormente. A su regreso, pasaron los tres diputados por Jerusalén, y quisieron ver a Cristo, cuyos milagros publicaba a la sazón la fama. Ellos mismos fueron testigos de los prodigios que obraba, refiriéndoselos a Avagair, de regreso a su patria. Al oírlos este príncipe, manifestó su admiración. «¡Eso es superior al poder humano! exclamó. ¡Sólo un Dios puede resucitar a los muertos!» Hallábase entonces el rey atacado de una enfermedad que había contraído siete años antes en su expedición a Persia, y que resistía todos los esfuerzos de los médicos. En su consecuencia, escribió a Jesús, suplicándole fuese a Edessa y le volviera la salud. He aquí el texto de esta misiva.

«Carta de Avagair al Cristo Salvador.

»Avagair, hijo de Arsamés, príncipe de Armenia, a Jesús el Salvador bienhechor, que ha aparecido en el país de Jerusalén. He oído hablar de vos y de las curaciones obradas por vuestras manos. Dícese que volvéis la vista a los ciegos;

---

[968] Puede agregarse este testimonio del historiador de Armenia a los que hemos citado anteriormente, para consignar la realidad del Empadronamiento del Imperio, en la época del nacimiento de Jesucristo (Cap. 2.º de esta Historia).

He aquí la traducción latina literal del texto siriaco: Imperaverat enim Caesar Augustus, ut in Lucae Evangelio narratur, per universum orben censum institui; eaque de re romani procuratores in Armeniam missi sunt qui Caesaris Augusti effigiem attulerunt et in omnibus sanis collocarum. (Moses Chorenens. -Hist. Arm., lib. II, cap. XXV.)

[969] Tácito (Hist., lib, VI, cap. X) nos dice, en efecto, que en esta época, habiendo sido nombrado procónsul de Siria Elío Lamia, no pudo ir a esta provincia, enviándose en su lugar a Julio Marino.

[970] Provincia de Armenia.

[971] It.

que hacéis andar a los cojos; que purificáis de la lepra; que curáis a los que sufren enfermedades inveteradas y hasta que resucitáis a los muertos. Al saber todas estas maravillas he comprendido, o que eráis Dios bajado del cielo o el Hijo de Dios. Por tanto, os escribo, suplicándoos que vengáis a mi lado y me curéis la enfermedad que padezco. Sé también que los Judíos braman de furor contra vos, y que tratan de perseguiros. Pues bien; yo tengo una ciudad, pequeña es cierto, pero agradable, y que nos bastará a los dos».

Los que debían entregar esta carta a Jesús le encontraron en Jerusalén. El Evangelio ha mencionado el hecho en estos términos: «Algunos Gentiles de los que habían venido al Templo, a adorar en el día de la fiesta, se llegaron a Felipe de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver a Jesús. Felipe fue y lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron a Jesús [972]». El Salvador, pues en esta época y en las circunstancias en que se hallaba, rehusó acceder a la invitación del rey, pero se dignó contestarle en estos términos: [600]

«Respuesta a la carta de Avagair a Jesús, escrita por Tomás, el Apóstol, de orden del Salvador.

»Bienaventurado es quien cree en mí, aunque no me vea; porque se ha escrito de mí: «Los que me ven, no creerán en mí, y los que no me verán, creerán y vivirán»: Me habéis escrito para que vaya a vuestro lado; pero me es preciso cumplir aquí todas las cosas para las que he sido enviado a Jerusalén. Cuando las halla consumado, subiré hacia Aquel que me envió, y después que haya subido a él, os enviaré a uno de mis discípulos que os curará de vuestra enfermedad, y os dará la vida, y asimismo a vuestros súbditos [973].

»Anano, el *cursor* de Avagair, llevó esta carta, con la imagen del Salvador que existe hoy en Edessa. Consérvanse también las dos cartas en los Archivos públicos de esta ciudad [974]».

Hemos reproducido sin reparar en su repetición el texto de las dos cartas citado por Moisés Corenense. Este texto es completamente idéntico al de Eusebio, y sin embargo, no se han copiado los dos escritores, como lo prueban superabundantemente las diferencias que presenta su contexto. Pero ¡qué confirmación más fuerte no se halla en favor del historiador griego, en el descubrimiento del manuscrito del autor siriaco! Agbar, este desconocido, casi fabuloso, de nombre evidentemente árabe, decía la antigua crítica, es actualmente, con su nombre verdadero de Avagair, uno de los soberanos más ilustres de Armenia. El Evangelio ha aludido positivamente a las relaciones de este príncipe con el Salvador [975]. Finalmente, la tradición que atestigua que jamás escribió nada

---

[972] Joan., XII, 20-22.

[973] Moses Chorenenis. Historia Armeniae, lib. II, cap. XXIX, pág. 132.

[974] Id., Ibid., pág. 139-140.

[975] Además del pasaje de San Juan, citado por Moisés de Corene, como al hecho del mensaje de Agbar, nos dicen San Mateo y San Marcos que se había divulgado la fama de Jesús por toda la Siria. Et abiit opinio ejus in totam Syriam, et obtulerunt in omnes male habentes. (Math., IV, 24). Et ab eo

Jesús, se halla confirmada de un modo admirable por el texto de Moisés de Corene. Anteriormente, los defensores de Eusebio respondían a la objeción de los adversarios con una conjetura muy plausible, diciendo: Nada hay en la contestación a Agbar, reproducida por el Obispo de Cesarea, que pruebe que se trata de una carta autógrafa. [601] Es perfectamente admisible que uno de los Apóstoles escribiese este mensaje, dictándoselo el Salvador. Tal era su argumentación; pero tenía el defecto de apoyarse en una base, enteramente hipotética. Oponíase teoría a teoría, siendo así interminable la controversia. Mas el monumento siriaco ha cortado la dificultad, puesto que no es el mismo Salvador quien trazó los caracteres de la carta a Agbar, sino que fueron escritos, dictándola el Señor, «por el Apóstol Tomás». He aquí cómo cada descubrimiento en el dominio de la historia, de la arqueología y de las literaturas antiguas, viene a demostrar los errores de otra edad, a corroborar la tradición de la Iglesia e iluminar con un rayo de autenticidad palpable cada palabra del Evangelio.

§ II. Martes Santo

8. «Habiendo salido Jesús a la mañana siguiente (martes) de Bethania con sus discípulos, volvió a la Ciudad Santa. Durante el viaje tuvo hambre. Y habiendo visto de lejos una higuera plantada junto al camino, se acercó a ella por ver si encontraba algún fruto, pero no hallando sino solamente follaje, porque no era la estación de los higos, dirigiéndose al árbol estéril, pronunció estas palabras: ¡Nunca jamás nazca de ti fruto! Y al instante quedó seca la higuera. Y los discípulos oyeron estas palabras [976]».

El historiador sagrado deja traslucir más bien que no lo expresa, la admiración de los discípulos en esta circunstancia. A la mañana siguiente, viendo seca hasta las raíces la higuera maldita, preguntaron a su Maestro. Hasta aquí han guardado un silencio respetuoso, que no tratan de imitar los racionalistas modernos; pues he aquí lo que se atreven a escribir: «A veces se hubiera dicho que se turbaba la razón de Jesús. Y parecía haberle abandonado su natural dulzura; era algunas veces duro y excéntrico: los discípulos no le comprendían ya, y experimentaban ante él una especie de temor. Su mal humor contra toda resistencia, le arrastraba aún a actos inexplicables y al parecer absurdos [977]». La nueva crítica [602] se cree

---

Idumaea et trans Jordanem, et qui circa Tyrum et Sidonem multitudo magna, audientes quae faciebat, venerunt ad um. (Marcos, III, 8).

[976] Math., XXI, 18-19. Marc., XI, 12-14.

[977] Vida de Jesús, pág. 318-319. El autor justifica su aserción con la nota siguiente: «Mar., XI, 12-14». La cita indicada nos lleva precisamente al episodio de la higuera maldita.

suficientemente autorizada para formular en nombre de la ciencia, estas generalidades blasfematorias, sin tomarse el trabajo de justificarlas. Es, pues, evidente para ella, que buscar fruto en una higuera, cuando no es la estación de los higos, es «un acto absurdo», y que «el mal humor de Jesús contra toda resistencia, le arrastraba a inexplicables extrañezas». Pero, puesto que se secó la higuera maldita a las palabras de Jesús, puesto que los discípulos fueron testigos de este fenómeno, no nos hallamos ya solos en presencia de un «acto absurdo o de un arrebato causado por mal humor». Cada día acontece a un carácter irritable y violento proferir una maldición contra un objeto inanimado, el árbol de un jardín, los zarzales de un sendero o la rama incómoda que estorba el paso. Sin embargo, el árbol, la zarza, la rama importuna siguen como antes; sólo se han perdido en tales casos las palabras vanas, arrancadas por la cólera al «pasajero de mal humor». Llévaselas el viento, y nadie se acuerda de ellas. El Salvador siente hambre en el camino de Bethania a Jerusalén. Ve de lejos una higuera. Se acerca a ella con serenidad, y sin que revele su paso precipitación alguna, y no halla en ella más que hojas. Entonces, sin dar golpes al árbol estéril con vara alguna, sin proferir ninguna queja dice: «¡Nunca jamás nazca de ti fruto!» y al instante se seca la higuera. He aquí un milagro de primer orden. No se trata ya de una curación «obrada por una palabra suave en una organización nerviosa y agitada, ni sobre una imaginación crédula». Jamás se conmoverán el sistema nervioso de un árbol, la cándida credulidad de una higuera «a la vista de un hombre predilecto o de una naturaleza privilegiada». Así, pues, en este relato evangélico domina soberanamente el milagro. El racionalismo ha podido lisonjearse de hacerlo desaparecer y de engañar a los lectores, apoyándose sobre la apariencia de un «acto absurdo e inexplicable». Pero admitamos por un instante su hipótesis. Supongamos que la conducta de Jesús hubiera sido entonces tan falta de razón como querría el racionalismo; concedámoslo el extraño «capricho», la repugnante dureza de un «mal humor que se irrita contra toda clase de obstáculos». Esto es evidentemente pasiones, violencias y arrebatos de un hombre. ¿Cómo, pues, los Apóstoles, los discípulos, testigos oculares de estas pretendidas extravagancias, se han dejado degollar por afirmar que este hombre «duro y caprichoso y excéntrico», [603] cuya razón se turbaba y cuyo mal humor rayaba en delirio, era Dios? Cuanto más se rebaja el carácter de Jesús viviendo, más se agranda el milagro de la fe en Jesús resucitado. No es necesario ser filólogo, académico, ni literato para distinguir un acto de locura, de una acción dictada por la razón. Si Jesús no hubiera sido más que un loco, hubieran permanecido en Tiberiades o en Cafarnaúm sus discípulos, siendo pescadores de peces, y no hubieran llegado a ser pescadores de hombres.

9. Hay, pues, en la maldición de la higuera del camino de Bethania, un hecho de un carácter eminentemente sobrenatural; un prodigio manifiesto, sobre el que debemos insistir tanto más, cuanto que parece más dispuesto a desconocerlo el racionalismo. «Saliendo por la mañana de Bethania con sus discípulos, dice el texto sagrado, volvió Jesús a la Ciudad Santa, y en el camino tuvo hambre». La distancia de Bethania a Jerusalén no era más que de cerca de cuatro kilómetros. Según nuestros hábitos modernos, se explicaría difícilmente que un viajero que hubiera tomado el alimento de la mañana antes de ponerse en camino, pudiese sentir hambre en tan corto intervalo. Estos pormenores parecerían tal vez indiferentes y demasiado rebuscados y minuciosos a ciertos entendimientos. Por nuestra parte, declaramos que en este siglo en que es universal la ignorancia de las costumbres

judías y de la civilización bíblica, el único medio de hacer palpar el absurdo de los ataques que se dirigen contra nuestros Libros Santos, es precisamente aclarar cada pormenor y hacer brotar de él, como de una fuente inagotable, oleadas de luz y de autenticidad. Pues bien; los Hebreos no tomaban alimento alguno antes de la hora del sacrificio de la mañana o de la oración. Por esto, al salir de Bethania Jesús, con intención de llegar a Jerusalén a la hora del sacrificio, tuvo hambre. El Dios no había absorbido en su persona sagrada al hombre, así como el hombre no había hecho desaparecer al Dios. La primer comida de los Judíos se verificaba hacia la hora cuarta, o las diez de la mañana. Así, oiremos al Apóstol San Pedro decir a los Judíos el día de Pentecostés: «Estas gentes no están ebrias, como suponéis, porque no es más que la hora tercia del día [978]». Semejante argumento no tendría absolutamente valor en París, en Londres o en Berlín. Pero en Jerusalén [604] que no conocía por dicha suya lo que se llamó progresos de la civilización moderna, no se comía ni bebía antes de la hora cuarta del día. Así, pues, «Jesús tuvo hambre». Sin embargo, se dice, es incomprensible que teniendo hambre buscase el fruto de una higuera en estación que no era de los higos. Pues es seguro que a nadie le ocurriría buscar fruta en un manzano de Normandía en el mes de marzo, cuando comienza este árbol a cubrirse con las primeras flores. Pero la higuera del Oriente, en general, y la de la Judea, en particular, no se parecen en manera alguna a los manzanos de Normandía. El invierno, menos riguroso en estos climas, permite madurar en el árbol los higos de otoño, que se recolectan en la primavera. La higuera cultivada entre nosotros presentaría exactamente el mismo fenómeno, sino se opusiera el frío al desarrollo de los frutos tardíos. Quien haya visto un arbusto de esta clase despojado en la primavera de la cubierta protectora con que nos vemos obligados a abrigarle contra las heladas, ha podido ver fruta verde en sus ramas. Esta fruta tardía, madurada por el sol de Palestina era la que buscaba Jesús en la higuera del camino de Bethania. Así lo observa expresamente el Evangelista, designando con claridad la clase de fruta que deseaba el Salvador, al decir que no era aún «la estación de los higos», es decir, en el mes de agosto, época en que se verifica la gran recolección de esta fruta, que nos suministran los países cálidos, después de disecarlos para llevarlos a países remotos y hacer un objeto de comercio muy lucrativo. Así, en lugar de una contradicción o de un absurdo, es la observación del historiador sagrado, un nuevo rasgo de verdad local y de incontestable autenticidad.

10. Y ahora en este terreno de las realidades Evangélicas en que ha pretendido sentar el racionalismo su irónica exégesis, diremos a los sofistas: Cuando Jesús seca con una palabra un árbol lleno de vida ¿nos habláis seriamente de un acto de arrebato absurdo e inexplicable? Lo que es aquí verdaderamente inexplicable es vuestro lenguaje. La higuera quedó seca: luego os halláis con una intervención divina. ¡Guardaos de que el absurdo que osáis hacer remontar a Dios, no recaiga, como un rayo, sobre vuestras cabezas! Los Ángeles protectores de Jerusalén habían dicho, como el viñador de la Parábola: «Maestro, deja en pie por este año aun la higuera estéril: yo cavaré la tierra a su pie; y abonaré sus raíces: [605] puede que al fin dé fruto». El Maestro había esperado; esperaba en vano durante diez y ocho siglos. En la primera edad de la nación judía, había aparecido Moisés para guiar al pueblo escogido a la verdadera tierra prometida. En la segunda

---

[978] Act. Apost., II, 15.

edad, habían recordado los Profetas las promesas y las amenazas del Omnipotente. En la tercera edad, viene el mismo Hijo de Dios, y agota toda la solicitud y las inefables invenciones de una ternura maternal. Tiene hambre de la salvación de estas almas que disputa a su amor el farisaísmo estéril. Ha sonado la hora de la justicia inexorable. La higuera maldita se seca para siempre: igual golpe sufrirá el Judaísmo, con la diferencia, sin embargo, de que Jesús espera hasta el fin en el árbol de la muerte, sin cansarse jamás, las conversiones individuales. Tal es la adorable misericordia de este Dios, en el gobierno de las naciones y de las almas. El brazo de la justicia no hiere hasta la hora suprema. La higuera permanece estéril por años enteros, durante siglos. Jesús espera. El Salvador proviene al Juez hasta el último momento: pues es preciso que el pecador haya cansado la misericordia eterna antes de caer bajo la eterna justicia.

11. «Habiendo llegado a Jerusalén, continúa el escritor sagrado, entró Jesús en el Templo, y paseándose bajo los pórticos, enseñaba y evangelizaba al pueblo. Reuniéndose los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos del pueblo, le preguntaron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado tal potestad? -Respondioles Jesús: Yo también quiero haceros una pregunta, y si me respondéis a ella, os diré luego con qué autoridad hago estas cosas. ¿De dónde procedía el bautismo de Juan, del cielo o de los hombres? Respondedme. -Mas ellos discurrían para consigo, diciendo: Si respondemos, del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no habéis creído en él? Si respondemos, de los hombres, tenemos que temer al pueblo; porque todos miraban a Juan como un profeta. Por tanto, contestaron a Jesús, diciendo: No lo sabemos. Y Jesús replicó en seguida: Pues ni yo tampoco os diré a vosotros con qué autoridad hago estas cosas. -Entonces les dijo esta parábola: ¿Qué os parece de este hecho? Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar a mi viña. -Y él respondió: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque él respondió: Voy Señor, no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? El primero, [606] dijeron ellos. Y Jesús prosiguió. En verdad, os digo, que los publicanos y las rameras os precederán y entrarán en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan a vosotros por las sendas de la justicia, y no le creísteis, al mismo tiempo que los publicanos y las rameras le creyeron; mas vosotros, ni con ver esto os movisteis después a penitencia para creer en él [979].

12. «Escuchad esta otra parábola: Hubo un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando, hizo en ella un lagar, y edificó una torre y arrendola después a ciertos labradores, y se ausentó a un país lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió a los renteros un criado, para que percibiese el fruto de ella. Mas los labradores, apoderándose de él, le apalearon y le enviaron con las manos vacías. Segunda vez, el padre de familias les envió otro criado, a quien ellos lanzaron a pedradas. Entonces dijo entre sí el dueño de la viña. ¿Qué haré? Voy a enviarles mi hijo amadísimo: tal vez al verle, le respeten; pero los labradores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y nos alzaremos con su herencia. Y echándole la mano, le arrojaron fuera de la vida y le mataron. Ahora bien; ¿en volviendo el dueño de la viña, qué hará con estos labradores? -Hará, dijeron los Judíos, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su

---

[979] Math. XXI, 23-32. Marc., XI, 27-33. Luc., XX, 1-8.

viña a otros labradores que le paguen los frutos a sus tiempos. Sí, replicó Jesús, vendrá el dueño de la viña y perderá a estos colonos, y dará su viña a otros. -Espantados los Judíos del tono con que pronunciaba esta sentencia, exclamaron: ¡No lo permita Dios! -Pero Jesús clavando los ojos en ellos, les dijo: Pues no habéis leído jamás las palabras de la Escritura: «¿La piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino a ser la clave del ángulo? Esto lo ha hecho el Señor, y es una cosa admirable a nuestros ojos [980]. Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios, y se dará a una gente que dé sus frutos. Y el que cayese sobre esta piedra, se hará pedazos, pero a aquel sobre quien ella cayere, le reducirá a polvo. Y habiendo oído los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos estas parábolas de Jesús, comprendieron que hablaba por ellos, y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; porque le tenía por un profeta [981]». [607]

Lo que comprendieron los enemigos del Salvador, bajo el punto de su amor propio personal, lo contemplamos hoy nosotros en la radiación de la historia y en las realidades de lo presente. La trasformación del mundo por el Evangelio; el edificio de la nueva humanidad descansando sobre la piedra angular desechada por los arquitectos de lo pasado; la ruina de la infiel Jerusalén; la perpetuidad de la Iglesia, esta roca que quebranta durante diez y ocho siglos todas las manos hostiles; el reino de Dios trasferido a la multitud de las naciones, son otros tantos hechos consumados! ¡Con qué serena y suprema majestad no anuncia estas cosas Jesús, rodeado de los Príncipes, de los Sacerdotes y de los Escribas que van a crucificarle dentro de tres días! «Indudablemente, pues, dice un célebre escritor, tiene Jesucristo la intuición del globo y de la historia y del obstáculo y de la lucha. Quiere lo que es, y dice lo que debe ser, con una certidumbre inmediata y una divina serenidad. Jamás rey alguno vio su imperio, ni general de ejército su campo de batalla, ni labrador sus campos, como ve Jesús el globo, y sobre el globo la lucha de las fuerzas. Jesús está perfectamente seguro de lo que quiere, de lo que puede, y de lo que hará. Lo ve, lo dice y lo hace. ¡Si se comprendiera tan sólo lo que implica esta declaración; que el punto de la historia en que habla es el momento de la gran crisis del mundo! Ésta es la profecía más clara del hecho más divino. Lo que reconocemos hoy todos, después de dos mil años, como siendo la gran crisis de la historia, el punto preciso en que cesa la antigüedad y en que comienza el mundo nuevo, este punto del tiempo es el mismo en que pronunciaba Jesús estas palabras: «Ahora es la crisis (o juicio) de este mundo [982]».

13. Extendiendo a todo el universo el beneficio de la vocación divina, la misericordia del Salvador reserva los derechos de la justicia eterna. «El reino de los cielos, replicó Jesús, es semejante a un rey que quiso celebrar las bodas de su hijo. Y envió sus criados a llamar a los convidados a las bodas, mas éstos no quisieron venir. Segunda vez envió otros criados con orden de decir de su parte a los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: venid, pues, a las bodas. Mas ellos no hicieron caso, antes bien se marcharon, [608] quién a su granja, quién a su negocio,

---

[980] Salm., CXVII, 22-23.

[981] Math. XXI, 33-46; Marc., XII, 1-12; Luc., XX, 9-19.

[982] A. Gartry. Los sofistas in 8, pág. 342. Joan, XII, 31.

y los demás prendieron a los criados, y después de haberlos abrumado de ultrajes, los mataron. Lo cual, oído por el rey, montó en cólera, y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y entregó la ciudad a las llamas. Después dijo a sus criados. Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas: id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos los que hallaréis, llamadlos a las bodas. Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, malos y buenos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron a la mesa. Entrando después el rey a ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces, dijo el rey a sus ministros (de justicia). ¡Atado de pies y manos, arrojadle fuera a las tinieblas donde no habrá sino llanto y crujir de dientes! Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos [983]».

En nuestros días, un salón de festín en que se hiciera entrar en el acto pobres, mendigos, desconocidos, reunidos precipitadamente y cual se hubieran hallado en el camino, presentaría más de un convidado que no tuviera el traje de boda. Por tanto, esta parábola Evangélica alude también a costumbres que no son las nuestras. Los reyes de Oriente, dice el doctor Allioli, acostumbraban enviar a aquellos a quienes convidaban a su mesa los vestidos de fiesta con que debían presentarse a su vista [984]. Al introducir los servidores a los convidados al festín parabólico, habían tenido cuidado de ofrecer a cada uno de ellos la túnica de honor o «traje nupcial». El desdichado que se descuidaba de revestirse con ella, insultaba voluntariamente la noble hospitalidad que se le ofrecía. He aquí por qué lo hace el rey «arrojar a las tinieblas exteriores». Ya hemos tenido ocasión de observar, que el festín nupcial en Judea se verificaba durante la noche, a la luz de lámparas encendidas [985]. «Las tinieblas exteriores» de la parábola, se refieren, pues, a la brusca transición que hace pasar al convidado, expulsado de esta suerte, de las luminosas claridades del salón del festín, a la sombría noche que reina en lo exterior. Pero bajo el sentido literal de [609] esta página Evangélica ¡qué revelación tan formidable! El Rey de los cielos envía sus Apóstoles a todos los puntos del mundo a convidar a los hombres a su banquete divino. Al fin de los siglos pasará revista a los convidados. En aquel día, último de los días mortales, no habrá más luz que en la sala del festín eterno. «Las tinieblas exteriores», el infierno, con su horror y su irremediable desesperación, es lo que espera a los desdichados que no se hayan revestido con la «túnica nupcial».

14. «Entonces los Fariseos, continúa el Evangelio, se retiraron a tratar entre sí cómo podrían sorprenderle en lo que hablase. Y como sólo buscaban la ocasión de perderle, le enviaron espías [986], que hiciesen de los hombres de bien o justos para

---

[983] Math., XXII, 1-14.

[984] Allioli. Nuevo comentario sobre las Divinas Escrituras. Edit. Vives, tomo VIII, pág. 150.

[985] Cap. IV, de esta Historia, § V. Allioli. Loc. cit.

[986] «¿Quién no se sorprenderá, dice M. Dupin, de encontrar aquí el odioso empleo de los espías o agentes provocadores? Reprobados en los tiempos modernos, es mancillarlos más referir su origen al proceso de Cristo. Se puede juzgar por el mismo texto del Evangelio, si he empleado la palabra

cogerle en falta en sus respuestas, a fin de entregarle al Sanhedrín y al tribunal del Gobernador. Eligieron, pues, algunos Fariseos discípulos suyos con algunos Herodianos. Éstos dirigieron a Jesús esta pregunta: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de la ley de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas: dinos, pues, qué te parece de esto: ¿es o no lícito a los Judíos pagar tributo al César? -A lo cual Jesús, conociendo su pérfido ardid, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? -De César, respondieron ellos. -Dad, pues, al César lo que es del César, dijo, y a Dios lo que es de Dios. -Y no pudiendo censurar esta respuesta delante del pueblo, antes bien, admirados de ella, guardaron silencio y se retiraron [987]».

15. Merece fijar la atención el papel de los espías apostados por el Sanhedrín. «Debían, dice el Evangelio, fingirse *Justos.* Esta Palabra tiene en estas circunstancias un significado particular. Desde el empadronamiento de la Judea, en tiempo de Augusto, debían, todos los Hebreos pagar el impuesto de la capitación, o, según la expresión romana, el «censo». Pero nada era tan odioso a la nación [610] como este tributo. La ley Mosaica, tan fuertemente impregnada en todos los corazones, había inscrito, como un principio fundamental, este texto de la libertad de Israel. «¡No tendréis más que un solo rey, Jehovah!» Así, fueron muy frecuentes las rebeliones contra César, contándose hasta diez en el intervalo de treinta años. Ahogadas siempre en la sangre de sus autores las asonadas, se reproducían sin cesar. Los que tomaban parte en ellas se llamaban *Zelotes,* «Zelosos de la Ley» o «Justos». Tenían a su favor la conciencia popular. Animábanles en secreto los Fariseos, los Escribas, los Grandes Sacerdotes, los cuales permanecían, no obstante, relativamente a los gobernadores romanos, en una actitud de respetuosa y oficial sumisión. Semejante estado de los espíritus nos da a conocer suficientemente la astuta táctica del Sanhedrín. No se trata ya aquí de acriminar a Jesús, a propósito de doctrinas teológicas. El título de «Hijo de Dios», que ha tomado ostensiblemente, y que excitaba toda la cólera del Farisaísmo, no podrá formar ya la base de una acusación capital. El pueblo que veía a Jesús obrar como Dios, le aclamaba como Cristo. Habituado el Gobernador romano a toda clase de apoteosis, apenas se hallaba dispuesto a castigar con muerte a una nueva divinidad. Era preciso llevar la cuestión a toda costa, al terreno de la política, y hacer de Jesús un criminal de lesa majestad Cesarea. Si se lograba arrancar de sus labios una declaración contra la legitimidad del tributo que se pagaba a Tiberio, enviaría el gobernador romano Pilatos al suplicio al sedicioso doctor. Si por el contrario, proclamaba Jesús el derecho del César y la legitimidad del censo, ultrajaba el sentimiento nacional, y perdía a los ojos de la multitud, todo el prestigio de su carácter de Mesías; entregaba su patria al extranjero, en vez de volver a levantar el trono y el estandarte de David. No fueron escogidos con menos habilidad los emisarios del Sanhedrín encargados de plantear esta peligrosa pregunta. Debían hacerse pasar por «Zelotes» o «Justos», pero iban acompañados de cierto número de «Herodianos». Acababa de llegar a Jerusalén Herodes Antipas, tetrarca de

---

propia, calificando de agentes provocadores a los emisarios que despacharon los Príncipes de los Sacerdotes alrededor de Jesús». (Dupin. Jesús ante Caifás y Pilatos, § I.

[987] Math., XXII, 15-22. Marc., XI, 12-17. Luc., XX, 20-26.

Galilea, para asistir en ella a la solemnidad pascual. Habiendo este príncipe recibido de César su corona, no dejarían los oficiales que formaban su séquito, designados con el nombre de «Herodianos», de deferir al gobernador romano la respuesta del Salvador, si era contraria a la legitimidad del censo. Asimismo, los falsos Zelotes o Justos se encargarían [611] de sublevar al pueblo contra Jesús, si recomendaba el pago del impuesto. Tal fue el arma de dos filos que pusieron los Príncipes de los Sacerdotes en manos de sus espías. «¿Es permitido o no pagar el tributo al César?» La afirmativa debe sublevar contra el Rabí galileo todo el furor de la multitud. La negativa le atraerá una sentencia de muerte, pronunciada por el representante de César. Basta una palabra al Divino Maestro para romper todos los artificios de esta trama urdida maravillosamente. En vista de tan apremiante peligro, no se advierte la menor sombra de vacilación, de turbación ni de inquietud. «Mostradme la moneda que exige el censo». Sobre esta pregunta del Salvador hace un literato una observación que ha debido creer profunda. «Establecer en principio, dice, que la señal para reconocer el poder legítimo es mirar la moneda, era favorecer toda clase de tiranía [988]». Tratemos de hacer resaltar la increíble candidez que hay en esta interpretación racionalista. Supongamos que hoy fuese la tasa de la capitación, o como se diría en lenguaje fiscal, la cuota personal de cada francés un franco. Si pasase en París la escena Evangélica, y quisiera ver Jesús una moneda de este valor, podría suceder que se lo presentara una moneda con la efigie de un monarca extranjero, de un soberano decaído, o de alguna república enterrada. No sería, pues, exacto entre nosotros el raciocinio que quería basar Jesús en el *Numisma census,* sino con la condición de hallar casualmente una moneda acuñada con la efigie del soberano actual; y como la política inconstante multiplica desgraciadamente en nuestro país los cambios de gobierno, no significa nada la efigie de la moneda, sino que lo es todo el valor intrínseco del metal. No era así en Jerusalén en la época Evangélica. El fisco romano no aceptaba en pago del impuesto más que la moneda romana, mientras que los Judíos no se servían para sus transacciones privadas, y para la tasa o tarifa del Templo, más que de la moneda nacional. He aquí por qué volvemos a hallar en cada página del Evangelio la mención de los cambiantes que especulaban a un tiempo mismo con el fisco romano y con la patriótica preocupación de los Hebreos. El signo de la decadencia, la señal de la servidumbre judía era, pues, realmente entonces la efigie de César, que imponía a los hijos de Jacob su moneda y el censo. Así, pues, [612] el divino Maestro halla en el denario que se le presenta esta imagen y este nombre detestados. Si se le hubiera presentado un dracma judío que tenía el mismo valor, no hubiera sido el *Numisma census* exigido por el fisco. Ahora, pues, ¿a qué viene a parar la ridícula afirmación del literato racionalista? ¿Dónde encontrar el pretendido a principio establecido por Jesús de que la señal para reconocer la legitimidad del poder es mirar la moneda?» Jesús consigna en presencia de los espías del Farisaísmo, un hecho consumado que tenía para los Hebreos una significación inmensa. Muéstrales, en la moneda de que están obligados a servirse, la imagen y el nombre de un rey extranjero; ésta era la flagrante realización de la antigua profecía: «Cuando caiga el cetro de las manos de Judá, hará su advenimiento el Deseado de las naciones, el Enviado celestial». Y para definir el carácter del reino espiritual que viene a fundar en el mundo él, que es el Cristo, el Mesías, pronuncia

---

[988] Vida de Jesús, pág. 122.

esta palabra: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las naciones, el Dios hecho hombre, no viene a conmover los tronos de la tierra, ni a levantar la bandera de la rebelión; viene a salvar a las almas, y a enseñar a todos los pueblos el respeto a los poderes, así como a todos los poderes y a todos los pueblos la sumisión a Dios. Las más contradictorias pasiones políticas se han apoderado alternativamente de esta divina palabra, para amoldarla conforme al sentido de sus exageraciones o de sus caprichos. Mas a pesar de tantos impotentes esfuerzos, conserva la majestad inalterable; es el asilo y la salvaguardia de las conciencias, el fundamento de todas las sociedades humanas: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

16. «Aquel mismo día, continúa el Evangelio, vinieron los Saduceos que niegan el dogma de la resurrección, y se acercaron a Jesús a proponerle este caso: Maestro, Moisés escribió este precepto en la ley: «Si un israelita que tiene mujer muriere sin hijos, el hermano del muerto cásese con la viuda para dar sucesión a su hermano [989]». Es el caso que había entre nosotros una familia compuesta de siete hermanos. El primero, o mayor, tomó mujer, y murió sin hijos: casó con ella el segundo y murió también sin hijos: la tomó el tercero, y así todos siete, y todos murieron sin dejar sucesión. En fin, [613] murió la mujer después de todos. ¿De cuál, pues, de los siete, será esposa en el día de la resurrección, puesto que lo fue de todos? -A lo que Jesús les respondió. Estáis en un error, por no entender el texto de las Escrituras, ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan; pero cuando resuciten de entre los muertos, no contraerán enlaces ni tomarán esposas, sino que serán como los Ángeles, los hijos de Dios en el cielo. En cuanto al dogma de la Resurrección de los muertos, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, cómo Dios hablando con él en la zarza ardiendo, le dijo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? [990]» Y en verdad que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. Luego estáis vosotros en un grande error. Algunos Escribas habiéndole oído hablar así, le dijeron: Has respondido bien, Maestro. Y el pueblo estaba asombrado de su doctrina [991]».

Los Saduceos formaban desde el año 270 antes de Jesucristo una secta que luchó con buen éxito, bajo los reyes Asmoneos, contra la política del Farisaísmo. En la época Evangélica, se hallaba este último predominante. Menos influyentes, y menos numerosos los Saduceos veían con despecho la popularidad de sus rivales. El paso que dan al lado de Jesucristo no es una pérfida maniobra. Esperan que el divino Maestro, perseguido por el odio Farisaico, se inclinará hacia su propia doctrina, y se aprovechará de esta ocasión para crearse, en tan graves circunstancias, un cuerpo de auxiliares y defensores. Los Saduceos, verdaderos Epicúreos del Judaísmo, eran los discípulos de un famoso Rabí, llamado Sadoc. Negaban la existencia de los espíritus, y la inmortalidad del alma; abriendo así la puerta a las más degradantes teorías. Según ellos, el alma humana moría con el cuerpo, quedando de esta suerte desembarazada la conciencia de los terrores de la

---

[989] Deuteron. XXV, 5.

[990] Exod., III, 6, 15, 16.

[991] Math. XXII, 23-33. Mar., XII, 18-27. Luc. XX, 27, 39.

otra vida; los premios y las penas después de la muerte, el dogma de la resurrección eran quimeras, de que no se encontraba rastro alguno, decían, en los escritos de Moisés [992]. Así, el Pentateuco era el único libro de la Escritura, cuya inspiración admitiesen, desechando todos los demás. El pasaje del Deuteronomio que invocaban en favor de su grosero materialismo, les parecía decisivo. El divino Maestro reconocía su buena fe. Así que, no les dice, como a los Fariseos: «Hipócritas; [614] ¿por qué me tentáis?» sino que les contesta dos veces con misericordiosa dulzura: «Os engañáis». «Estáis en un profundo error». Y refuta su extraña doctrina con el mismo texto de Moisés. Dios no es el Dios de los muertos. No es digno de él, dice Bossuet, no hacer más que como los hombres, acompañar a sus amigos hasta la tumba, sin dejarles ninguna esperanza más allá, y sería para él un oprobio llamarse con tanta fuerza el Dios de Abraham, si no hubiera fundado en el cielo una ciudad eterna donde pudiesen vivir dichosos Abraham y sus hijos». Jesús les revela el estado glorioso de los cuerpos resucitados para la vida, en la que no podrá alcanzarles ninguno de los groseros goces, y donde ninguna de las dolencias de nuestra mortal condición podrá afectarles. «Semejantes a los Ángeles, serán los Hijos de Dios». Así se hallan claramente definidas por el divino Maestro, la existencia de los Ángeles, la inmortalidad de las almas, la resurrección de los muertos, este dogma capital del cristianismo, como lo llama San Agustín; Abraham, Isaac, y Jacob, los patriarcas de la Antigua Ley, viven ante Dios. Su vida, sin medida y sin límites en la felicidad, no les hace olvidar en manera alguna a los descendientes que dejaron en la tierra. En este sentido, se llama Jehovah, a punto de sellar su alianza con el pueblo hebreo «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob». La intercesión de los Santos, es, pues, aún un dogma Evangélico. Y cuando los implora un cristiano, del medio de este valle de lágrimas ¿qué es lo que hace, sino repetir la exclamación de la Parábola: «¡Padre Abraham, tened piedad de mí! [993]»

17. «Pero los Fariseos, continúa el Evangelio, informados de que había hecho callar Jesús a los Saduceos, se mancomunaron, y uno de ellos, doctor de la Ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de toda la Ley? Respondiolo Jesús: El primero de todos los mandamientos es éste: Escucha, Israel, el Señor Dios tuyo, es el solo Dios. Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón y con toda tu alma y con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Éste es el mayor y principal mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor que éstos. En [615] estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los Profetas. Y el Escriba le dijo entonces: Maestro, has dicho bien y con toda verdad que Dios es uno solo y no hay otro fuera de él. Y que el amarle de todo corazón y con todo el espíritu y con toda el alma y con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. -Viendo Jesús que había respondido sabiamente, díjole: No estás, lejos del reino de Dios. Y ya nadie osaba hacerle más preguntas. Jesús se dirigió, pues, a los Fariseos que estaban reunidos, y les preguntó: ¿Qué os parece a vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo? -De David, respondieron. -¿Pues cómo, replicó Jesús, pueden decir los Doctores de la Ley que Cristo debe ser hijo de

---

[992] Cf. Historia general de la Iglesia, tom. III, pág. 604-605.

[993] Resurrectio mortuorum praecipua fides Christianorum. San Agust. Serm. 150, número 2.

David, cuando el mismo David, inspirado por el Espíritu Santo, habla en el libro de los Salmos de esta suerte: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras tanto que yo pongo a tus enemigos por peana de tus pies? [994]Pues si David llama a Cristo su Señor, ¿cómo puede ser Cristo hijo de David? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo ya quien desde aquel día osase hacerle más preguntas. Y el numeroso auditorio le oía con gusto [995]». La última prueba de los Fariseos para «tentar» a Jesús, después que le oyeron rechazar las proposiciones de una secta rival, ofrece el mismo carácter de perfidia y malignidad que marcaba sus interrogaciones precedentes. La primera y la más grande enseñanza de la revelación a los ojos de todos los Judíos, era ésta: «Escucha, Israel, Jehovah, Dios tuyo, es el solo Dios». Esta palabra se hallaba inscrita en los filacterios que llevaban los Hebreos en las sinagogas, en la frente y en la mano izquierda [996], sin que la [616] ignorase un solo hijo de Jacob. Pues bien; ¿no violaba Jesús el dogma sagrado, universal, inmutable de la unidad divina, afirmando su propia divinidad? Si el Salvador aceptaba el principio supremo, sentado por la revelación mosaica, debía renunciar a llamarse Dios. Si lo desechaba, toda la multitud lapidaria al sacrílego. He aquí por qué admirado el Escriba de la respuesta afirmativa que se le dirige, insiste con tanta complacencia en hacer su elogio a los ojos del pueblo. Si es el solo Dios el Dios de Israel, Jesús no podía ser Dios. El Salvador no deja a los Fariseos tiempo para triunfar de lo que creen ser una contradicción. «No estás lejos del reino de Dios», responde; como si hubiese dicho a este Doctor de la Ley: Un solo punto te separa de la verdad Evangélica. Vosotros no admitís en la unidad de la esencia divina, la distinción de las personas. No admitís que Cristo sea Dios. Oíd, pues, la palabra inspirada de David. -Y entonces comenta el magnífico salmo CIX, en que describe el rey Profeta la generación eterna de Cristo. «Jehovah ha dicho a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que haya reducido a tus enemigos a servirte de peana. Contigo está el principado en el día de tu poder creador en los esplendores

---

[994] Salm., CIX, 1.

[995] Math. XXII, 34 ad ultim. Marc., XII, 28, 35. Luc., XX, 40-44.

[996] Moisés (Exod., XIII, 9; Deuteron., XII, 8, XI, 18) había dicho: «Fijarás estas palabras (el resumen de la ley) como un memorial en tu mano, y las llevarás entre tus dos ojos». Para ejecutar este precepto, en todo el rigor de las palabras, llevaban los Judíos en sus sinagogas, en la mano izquierda y en la frente, tiras de pergamino, sobre las cuales se hallaban reproducidos íntegramente los tres pasajes de la ley, tan formalmente recomendados a su atención por el mismo legislador. El primero, relativo a la solemnidad nacional de la Pascua y a la consagración de todos los primogénitos al Señor, contenía diez y siete versículos del capítulo XIII del Éxodo, desde el 3 hasta el 19. El segando contenía los seis versículos del cap. VI del Deuteronomio, desde el 4 hasta el 16.

Éste era precisamente el texto tan querido a los Judíos; «Escucha, Israel, Jehovah, tu Dios, es uno. Amarás al Señor, tu Dios, etc.» Finalmente, el tercero comprendía todas las bendiciones consignadas para la fiel observancia de la Ley y contenía los diez versículos del capítulo XI del Deuteronomio, desde el 13 hasta el 22. Las tiras de pergamino escritas de esta suerte, estaban pegadas a una correa de cuero negro, en cuyas puntas había dos cordones de seda, con los que se ataba el filacterio. (, Conservatorium legis) a la frente y a la mano izquierda. Aun en el día, llevan los Judíos estos filacterios o Tephillin, mirándolos como preservativos contra la acción de los espíritus impuros. Y ¡no obstante ha pretendido, negar el racionalismo la autenticidad de los libros de Moisés ante un pueblo tan tradicional que lleva, durante cuatro mil años, las palabras de Moisés escritas al rededor de su muñeca!

de los santos, de mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana». Con esta afirmación solemne de su divinidad, predicha por David, cierra Jesús la boca a estos hipócritas doctores.

18. «Entonces, dirigiendo Jesús su palabra al pueblo y a sus discípulos, les dijo: Los Escribas y los Fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Observad, pues, y practicad todo lo que os dijeren, pero no arregléis vuestra conducta por la suya, porque ellos dicen lo que se debe hacer, y no lo hacen. Porque van liando cargas pesadas e insoportables y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar la punta del dedo para moverlas. Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres; y devoran las casas de las viudas, recitando oraciones interminables. Afectan pasearse con vestidos rozagantes, ensanchan [617] sus filacterios [997] y multiplican las orlas de su manto [998]. Gustan de ser saludados públicamente a su paso; quieren las primeras sillas en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes que los hombres les den el título de Maestros. Vosotros por el contrario, no habéis de querer ser saludados como Maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco debéis llamar a nadie sobre la tierra vuestro padre, pues uno solo es vuestro verdadero Padre, el cual está en los cielos. Que el mayor de entre vosotros, sea ministro o criado vuestro. -Habiendo hablado así Jesús, se sentó frente al arca de las ofrendas (*Gazophylacium* [999]), y observaba cómo la gente echaba en ella sus ofrendas. Muchos ricos echaban muchas monedas de plata. Vino también una viuda pobre, la cual echó solamente dos pequeñas monedas de cobre, de valor de un cuarto de as; y entonces, convocando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás, han echado algo de lo que les sobraba, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, y el único recurso que le quedaba. -Después de haber hablado así, salió del Templo [1000]».

19. Jesús no debía pasar ya el recinto de los Atrios Sagrados. Había comenzado su ministerio público por una visita al Templo, y lo terminaba otra visita postrera al Templo. Por esto, sin duda, dicen [618] hoy los racionalistas: «Jesús

---

[997] Los Fariseos y los Escribas no se contentaban con las tres citas oficiales de que hemos hablado en la nota precedente, sino que alargaban los filacterios y escribían en ellos otros textos de la Ley para hacer ostentación de una fidelidad exagerada.

[998] He aquí el texto de la ley Mosaica, relativo a las franjas que debían llevar los Israelitas en su manto: «Habla con los hijos de Israel, y les dirás que se hagan unas franjas en los remates de sus mantos, poniendo en ellos cintas o listones de color de jacinto». (Núm. XV, 38). El manto de Nuestro Señor tenía un bordado de este género. Con sólo que toque la orla de su manto, decía la hemorroisa de la Escritura, seré curada». Los Fariseos habían introducido la costumbre de fijar en esta orla los Zizith o Cedilim, pequeñas tiras de pergamino en las que había trazados algunos versículos de la Ley. De esta suerte creían conformarse al sentido del Legislador, que había explicado en estos términos el simbolismo de las orlas y de las cintas de color de jacinto. «Este adorno recordará a los hijos de Israel que están sujetos a la ley de Jehovah, y que no deben dej

[999] Los cepillos puestos en los atrios del Templo para recibir las ofrendas, eran en número de trece, teniendo cada uno su destino particular. El Gazophylacium, de que aquí se trata, estaba destinado verosímilmente a recibir las ofrendas voluntarias para los sacrificios públicos de la Pascua.

[1000] Math., XXIII, 1-2. Marc., XII, 38-44. Luc., XX, 45 ad ultim. 1-4.

amaba poco el Templo [1001]». Tal es la fórmula que resume, según ellos, con una rigurosa fidelidad, todo el relato Evangélico, y cuando hace el Salvador un elogio tan conmovedor de la pobre viuda que deposita el óbolo de su indigencia en el *Gazophylacium,* exclaman los racionalistas, siempre con la misma suerte en su interpretación: ¡Era enemigo mortal de las prácticas de los de devotos! [1002]» Mientras el divino Maestro descendía por última vez las gradas de la Montaña Santa, le mostraban sus discípulos, continúa el Evangelio, la magnificencia de la fábrica. ¡Qué piedras tan preciosas! ¡Qué riqueza de adornos! decían. -Maestro, dijo uno de ellos, mira qué enormes piedras y qué fábrica tan asombrosa. Jesús le dio por respuesta: ¿Veis toda esa gran fábrica? ¡Pues en verdad os digo, que llegará día en que de tal modo será destruida, que no quedará de ella piedra sobre piedra! Después, habiendo llegado al Monte de los Olivos, se sentó en frente del Templo, y le preguntaron aparte Pedro y Santiago y Juan y Andrés: Maestro, ¿cuándo sucederá esa ruina y cuáles serán las seriales precursoras? -Jesús respondió: Oiréis rumores de guerra y el tumulto de sediciones y el estrépito de las armas: no hay que turbaros por eso; que si bien han de acaecer estas cosas, no serán todavía el fin. Es verdad que se levantará nación contra nación y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres y terror por do quiera y siniestros presagios. Empero todo esto aun no será más que el principio de los dolores. Pero antes se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y os encerrarán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los tribunales para ser puestos en los tormentos; y seréis presentados por causa de mí ante los gobernadores y los reyes, lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio de mí. Por tanto; grabad esto en vuestros corazones. Cuando os lleven a sus tribunales, no debéis discurrir de antemano lo que habréis de responder, sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance, pues yo pondré en vuestros labios una elocuencia y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Porque no seréis entonces vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano hará traición a su hermano; y el padre a su [619] hijo; y los hijos se levantarán contra los padres y les quitarán la vida. Padres, hermanos, parientes, amigos, todos os venderán y os abrumarán de ultrajes y os entregarán al suplicio; de suerte que seréis odiados de todo el mundo por causa de mi nombre. Con lo que muchos padecerán escándalo y se harán traición unos a otros y se odiarán recíprocamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente, y por la inundación de los vicios se resfriará la caridad de muchos. No obstante, ni un solo cabello de nuestra cabeza se perderá, y el que perseveraré hasta el fin, se salvará. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas. Cuando viereis a Jerusalén cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su ruina está cerca. Cuando la «abominación de la desolación» que predijo el Profeta Daniel [1003] haya invadido el Lugar Santo (el que lea esto nótelo bien), entonces los que moran en Judea huyan a los montes, y los habitantes abandonen este país, y los de las regiones extranjeras no traten de entrar en él. Porque aquellos días serán los de la venganza, y todas las palabras del Profeta se

---

[1001] Vida de Jesús, pág. 214.

[1002] Ibid., pág. 224.

[1003] Dan., XI, 27.

cumplirán. Ay de las mujeres que estén en cinta o criando en aquellos días. Rogad, pues, a Dios que vuestra huida no sea en invierno o en sábado (en que se puede caminar poco); porque será tan terrible la tribulación entonces cual no la hubo ni habrá jamás semejante. Pues este país se verá en grandes angustias, y la ira de Dios descargará sobre este pueblo. Parte morirán al filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los Gentiles hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse. Si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, nadie se salvaría de este desastre; mas en gracia de los escogidos que él eligió, Dios los ha abreviado [1004]».

20. En este discurso Evangélico estalla y brilla el milagro de la profecía con el estampido del trueno y el resplandor del relámpago. Más adelante describirá Josefo las conmociones de la Palestina, de la Siria, de todo el Oriente, al aproximarse los ejércitos de Vespasiano y de Tito. Describirá los horrores de la peste, del hambre y los terremotos que se tragarán ciudades enteras de treinta mil almas. Notará las siniestras voces que repetían durante siete años: «¡Ay del Templo! ¡Ay de Jerusalén!» Referir las escenas de carnicería de [620] que será teatro el Lugar Santo cuando llenen el santuario de Jehovah los cadáveres de los Judíos degollados por los Zelotes. «La abominación de la desolación» será tal, «que si hubieran diferido los Romanos castigar tantos horrores, hubiera debido perecer Jerusalén por un nuevo diluvio o por una lluvia de fuego, como Sodoma y Gomorra». Son las mismas palabras de Josefo, quien no dejará que ignoremos ningún pormenor de este famoso sitio. La muralla de circunvalación predicha por el Salvador, será levantada por los soldados romanos, con una energía y una perseverancia increíbles. Verase a las infelices madres degollar a su hijo de pecho, hacerlo asar y devorar el fruto de sus entrañas. En el día en que entre el vencedor en la ciudad, serán pasados al filo de la espada 1.100,000 Judíos. Se paseará la reja del arado sobre los escombres humeantes de Jerusalén. Los hijos de Jacob serán dispersos entre las naciones, y la Ciudad Santa será hollada por los Gentiles. En vano el racionalismo querría desgarrar del libro del Evangelio esta página profética. «Hásela añadido, dice, después del suceso [1005]». He aquí por qué refiere, sin duda, Eusebio, «que al acercarse Tito y sus legiones, todos los cristianos que habitaban la Palestina, guiados por el oráculo divino, abandonaron en masa este país, y se refugiaron más allá del Jordán, en las montañas de Galaad [1006]». Hay por otra parte en esta profecía, rasgos que no hubiera podido añadir una mano apócrifa. ¿Quién hubiera podido scribir, [1007]después de la ruina de Jerusalén por Tito, que los Judíos no volverían a constituir nunca su nacionalidad en el suelo de su patria, que permanecerían dispersos entre todos los pueblos; y que la ciudad de Dios «sería aplanada por el talón [1008] de las razas extranjeras hasta que se completara la era

---

[1004] Math., XXIV, 1-22. Marc., XIII, d-20. Luc. XXI, 5-24.

[1005] Vida de Jesús. Introduct., pág. XVI y XXXIX.

[1006] Euseb. Hist. Eccles., lib. III, cap. V, Patrol Graec., tom. XX, col. 222.

[1007] [«describir» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[1008] Tal es la traducción literal del calcabitur de la Vulgata.

de las naciones? [1009]» Sin embargo, así es. La planta de los hijos de Mahoma aplana hoy día a Jerusalén; otros cien vencedores han precedido a los actuales tiranos, y les sucederán tal vez. Jamás han vuelto ni volverán a entrar los Judíos como señores en la tierra de sus abuelos. [621]

21. La ruina de Jerusalén y del Templo, la extinción de la nacionalidad judía, tan claramente predichas por el Salvador, estaban en contradicción formal con la idea que se formaban entonces los mismos Apóstoles, del imperio del Mesías. Según la idea del pueblo Hebreo, debían durar la Ciudad Santa y el Templo de Jehovah tanto como el mundo, y llegar a ser el centro del reino inmortal fundado por Cristo, hijo de David. Cada nacionalidad ha soñado que su duración seria perpetua. A pesar de la inconstancia y movilidad de las cosas humanas, es en el día esta preocupación tan viva en nosotros como pudo serlo nunca en Tebas, en Nínive o en Cartago. Pero entre los Judíos no era tan sólo un sentimiento de orgullo patriótico, sino que constituía una religión verdadera. Por eso no comprenden ya Pedro y los tres Apóstoles cómo podrá fundarse nunca el reino de Cristo, en cuanto les anuncia Jesús la próxima ruina del Templo de la ciudad de David y de la nacionalidad hebrea. Señor, preguntan, ¿cuál será la señal precursora de tu venida y del fin del mundo? -Jesús les respondió: Tened cuidado que nadie os seduzca. Se presentarán muchos en mi nombre, y dirán: Yo soy el Cristo. Porque aparecerán falsos Cristos y falsos Profetas que seducirán a la multitud. Y harán alarde de milagros y prodigios tan pasmosos, que los mismos escogidos, si fuese posible, caerían en error. No los sigáis, pues, sino estad prevenidos, acordándoos que anticipadamente os predijo todas estas cosas. Así, aunque os digan: «He aquí al Mesías que está en el desierto», no vayáis allá, o bien: «¡Mirad que acaba de entrar en esta casa!» no lo creáis; porque, como el relámpago sale del Oriente y se deja ver en un instante hacia el Occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Veranse antes fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas. Los hombres se secarán de temor y de sobresalto, en la expectación de la catástrofe que amenazará al universo. Y luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo y las potestades de los cielos temblarán. Y entonces aparecerá en el cielo la enseña del Hijo del hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo, con gran poder y majestad. El cual enviará sus Ángeles, que a son de trompeta y con una voz [622] formidable congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Así, pues, cuando veáis las señales precursoras de estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca. -En seguida, les propuso esta comparación: Reparad en la higuera y en los demás árboles, dijo. Cuando sus ramas están ya tiernas y brotan sus hojas y aparece el fruto, decís: Ya está cerca el verano; pues así también, cuando vosotros veáis todas estas cosas, tened por cierto que Cristo está para llegar, que está ya a la puerta, y que el reino de Dios se adelanta. Lo que os aseguro es, que no se acabará esta

---

[1009] Es decir, «hasta el fin del mando». Así, según la divina profecía de Jesucristo, no entrarán nunca los Judíos en posesión de su ciudad y de su Templo». Afirmamos con toda seguridad, dice Orígenes, que jamás serán restablecidos. Confidenter dicimus eos nunquam esse restituendos. (Orig. contra Celsum).

generación [1010] hasta que se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán [1011]».

22. «Mas en orden al día y a la hora, nadie lo sabe, ni aun los Ángeles del cielo, ni el Hijo [1012], sino sólo mi Padre. Estad, pues, alerta, velad y orad, ya que no sabéis cuándo será el tiempo. Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones (o entendimientos) con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día, que será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos los males venideros, y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre. Acontecerá como al padre de familia, que estando para emprender un largo viaje, confió su casa a sus criados, y mandó al portero que velase. Velad, pues, también vosotros, porque ignoráis cuándo vendrá el dueño, si a la tarde o a la media noche, si al canto del gallo o al amanecer, no [623] sea que viniendo de repente, os encuentre dormidos. En fin; lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: Velad. Porque el reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa [1013]. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes; pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron profundamente dormidas. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis a los que lo venden y compréis el que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor! ¡Señor! ábrenos. Pero, el esposo les respondió, y dijo: En verdad

---

[1010] La raza judía que no debe convertirse, y por consiguiente dejar de ser una raza aparte, sino hasta el fin de los tiempos y en vísperas del juicio final, según la palabra de San Pablo en la epístola a los Romanos. «No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecación hasta tanto que la plenitud de las naciones (Gentiles) haya entrado en la Iglesia, y que se salve así todo Israel» (Rom., XI, 25-26.)

[1011] Math., XXIV, 23-35. Marc., XIII, 21-31. Luc. XXI, 25-33.

[1012] El Hijo del Hombre, en cuanto hombre, no sabe, para revelarla a los mortales, esta hora terrible. Como Hijo de Dios, la conoce, en el secreto inviolable en que quiere conservarla la Divinidad. Éste es el pensamiento de San Gregorio el Grande: In natura quidem humanitatis novit diem et horam; non ex natura humanitatis novit; ideo scientiam, quam ex natura humana non habuit in qua cum angelis creatura fuit, hanc se cum angelis habere denegavit. (Gregor., lib. VIII, Epist. col. 42). Esto no desanima los espíritus inquietos y temerarios que de siglo en siglo se atribuían la misión de predicar la época del fin del mundo y del juicio final.

[1013] Véase para la inteligencia de esta parábola, los pormenores relativos a las ceremonias del matrimonio entre los Judíos. Cap. IV, §. V. de esta Historia.

os digo, que no os conozco. Así que, velad vosotros, porque no sabéis ni el día ni la hora [1014]».

23. «Cuando venga, pues, el Hijo del hombre con toda su majestad y acompañado de todos sus Ángeles, sentarse ha entonces en el trono de su gloria, y hará comparecer delante de él a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: poniendo las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces, cual rey supremo, dirá a los que estén a su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino (celestial) que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis; estando desnudo me vestisteis; enfermo y me visitasteis; encarcelado y vinisteis a verme (y consolarme)! A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento para que te hayamos dado de [624] comer; sediento para que te hayamos dado de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino para que te hayamos hospedado; desnudo para que te hayamos vestido; enfermo o en la cárcel para que te hayamos visitado? Y el rey en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. Después dirá a los que están a su izquierda: ¡Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que fue destinado para el diablo y sus ángeles o ministros: porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis! A lo que replicaron también los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: En verdad os digo: siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos (mis) pequeños (hermanos), dejasteis de hacerlo conmigo. Y en consecuencia, irán éstos al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna [1015]».

El libro del Evangelio que se abre antes de la aurora de los tiempos en los esplendores de la generación del Verbo, se cierra por más allá de todos los tiempos, en la eternidad del suplicio o en la eternidad del triunfo.

§ III. Miércoles Santo

24. Jesús no entró en Jerusalén en aquel día, sino que lo pasó en el Monte de los Olivos. Los discípulos, dice el Evangelio, reparando al pasar que la higuera

---

[1014] Math., XXIV, 36-38, XXV, 1-13. Marc., XIII, 32-37. Luc., XXI, 34-36.

[1015] Math., XXV, 31-46.

maldecida en la víspera se había secado de raíz, quedaron pasmados, y dijeron entre sí: ¿Cuán seca está? Recordando Pedro las palabras de Jesús, le dijo: Maestro, mira cómo se ha secado la higuera que maldijiste. Y Jesús, tomando la palabra, le respondió en estos términos: ¡Tened confianza en Dios! En verdad os digo, que si tenéis fe sin incertidumbre ni vacilación, no solamente haréis esto de la higuera, sino que aun cuando digáis a este monte: Arráncale de ahí y échate en el mar, así lo hará. Cualquiera que cree sin vacilación que todo lo que dijere sucederá, lo verá cumplirse. Por eso os digo; cuantas cosas pidiereis en la oración, creed que las recibiréis y os serán concedidas. Y cuando os [625] pusiereis a orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle el agravio, a fin de que vuestro Padre que está en los cielos, también os perdone vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonareis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras culpas [1016]».

Tal es el lenguaje de Jesús dos días antes de su muerte. Enseña a Pedro, jefe futuro de la Iglesia y custodio de la fe el poder infinito del tesoro cuyo sagrado depósito tendrá en sus manos.

25. «Entre tanto, continúa el Evangelio, se aproximaba el día solemne de los Ázymos, llamado la Pascua. Luego, pues, que concluyó Jesús estos razonamientos, dijo a sus discípulos: Bien sabéis que de aquí a dos días debe celebrarse la Pascua, y que el Hijo del hombre será entregado a muerte de cruz. -En efecto, al mismo tiempo los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas andaban trazando cómo hacer morir a Jesús. Reunidos los Ancianos en el atrio del Sumo Pontífice, llamado Caifás, tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesús y hacerle morir; mas temiendo que se alborotara el pueblo, decían: No conviene que se haga esto durante la fiesta. -Entre tanto Satanás se apoderó del corazón de Judas, llamado Iscariote [1017], uno de los doce Apóstoles, el cual se fue a encontrar a los Príncipes de los Sacerdotes, ofreciéndoles entregarles a Jesús. Y se puso a tratar con ellos y con los magistrados del Templo sobre la manera de entregarle. ¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos? -A estas palabras se colmaron de alegría y se convinieron con él en darle más adelante cierta suma de dinero,

---

[1016] Math., XXI, 20-23. Marc., XI, 19-26.

[1017] Judas era natural de Cariot o de Kerioth, pequeña villa no lejos de la antigua Gomorra, en la ribera oriental del Mar Muerto, en la tribu de Judá, de la cual habla el libro de Josué (XV, 25), y Josefo en sus Antigüedades Judaicas.

Por esto se llamó Iscariote, es decir, el hombre de Kerioth. Pero este nombre encerraba en este tiempo un presagio funesto para el que lo llevaba; porque puede significar a un tiempo mismo el hombre de usura, de mentira, el traidor, el hombre del cinto de cuero, es decir, el que lleva el bolsillo. Según San Gerónimo significa: Aquí está su recompensa. Puede significar también el ahorcado.

Todas estas significaciones, contenidas en una sola palabra, son ciertamente características. Hay en este nombre algo místico y profético, que por lo demás, se reproduce en todas las circunstancias de la vida de Jesucristo. La versión siriaca de Filoxenes, codex 69 y 124, en el capítulo VI de San Juan, versículo 72, indica al margen el significado principal y propio de esta palabra, a saber: El hombre de Carioth. Tal vez tenía algo ultrajante esta clase de calificaciones, puesto que el nombre de Magdalena se formó también del lugar de su nacimiento (Sepp., Vida de Nuestro Señor Jesucristo, parte 2.ª, secc. 3, cap. III). -(N. del T.)

entregándole desde luego treinta monedas [626] de plata. Obligose Judas, y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto y sin que lo supiera el pueblo [1018]».

El odio del Sanhedrín no trata ya ni aun de guardar las formas de la justicia. Por dolo, *dolo*; por medio de soborno; sin que lo sepa el pueblo, y en su consecuencia, contra todos los principios de la legislación mosaica; por medio de traición, de venalidad, en las tinieblas de un conciliábulo, donde se ciernen el terror y el remordimiento prematuro, cual vengadoras visiones, es como se verifica el trato o venta deicida. Un rasgo esencialmente judío y que no se ha notado lo suficiente, es el hecho de prometer al traidor una cantidad de dinero, una suma indeterminada, pero en relación [1019] con el servicio que va a prestar, y con el gozo que excita su proposición en la asamblea: *Promiserunt ei pecuniam se daturos* [1020]. Sin embargo, no le entregan anticipadamente más que treinta monedas de plata. *Constituerunt ei triginta argenteos*, cerca de doscientos reales de nuestra moneda. Apenas era el precio de un esclavo fuera de edad. Y ésta fue la suma que en otro tiempo recibieron los hermanos de Josef. No impedía el odio a los ancianos del Sanhedrín calcular sus intereses, así que especulaban con la codicia del traidor, y bajo un doble punto de vista, creyeron que era buen negocio para ellos.

§ IV. Jueves Santo

26. «Habiendo llegado, continúa el Evangelio, el primer día de los Ázymos, en que la ley mandaba sacrificar el Cordero pascual, dijo Jesús a Pedro y a Juan: Id a prepararnos lo necesario para celebrar la Pascua. Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos? Respondioles: Id a la ciudad, y así que en ella encontraréis un hombre que llevará un cántaro de agua seguidle hasta la casa en que entre; y diréis al padre de familias de ella: El Maestro te envía a decir: Mi tiempo se acerca, voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. ¿Dónde está la sala en que he de celebrarla? Entonces os mostrará un gran cenáculo bien amueblado: preparad allí lo necesario. -Fueron, pues, los discípulos, y llegando a la ciudad, hallaron todo lo que les había dicho, y dispusieron [627] las cosas para la Pascua. -Puesto ya el sol, fue Jesús allí con los doce [1021]. Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los

---

[1018] Math., XXVI, 1-5, 14-16. Marc., XIV, 1-2., 10-11. Luc., XXII, 1-6.

[1019] [«en relación proporcionada» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[1020] Marcos, XIV, 11.

[1021] Math., XXVI, 11.

amo hasta el fin. Cuando estuvo dispuesta la cena pascual [1022], aquel en cuyas manos había puesto el Padre [628] todas las cosas, que había salido de Dios y

---

[1022] Math., XXVI, 17-19. Marc., XIV, 12-16. Luc., XXII 7-13.

El padre Scio traduce este versículo 2 de San Juan: «Acabada la cena»; exponiendo en nota: «Antes de la institución de la Eucaristía». Por lo que aquí se refiere y se lee también en los otros Evangelistas, se ve, que el Señor, acabada la cena legal, lavó los pies a sus discípulos, como una señal de la pureza y preparación con que habían de recibir la Eucaristía, que instituyó después y les dio». Igual traducción hacen de este versículo los padres Petite y Amat. Otros expositores entienden las palabras griegas de este versículo dei¿pnou ginome/nou, como diciendo: «Habiéndose verificado una cena, y refiriéndose en su consecuencia esta expresión a la cena legal, que celebraron antes de la institución del Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, o de la cena Eucarística que se celebró después; y critican la interpretación arriba expuesta: «acabada la cena» entendiendo que para tal interpretación sería necesario, o que precediese el artículo a la palabra dei¿pnou, o que indicase claramente el contexto que se trata aquí de la cena por excelencia, la cena Pascual, siendo así que las primeras palabras del v. 1: «Antes de la fiesta de Pascua», son a propósito para hacer concebir la idea primeramente enunciada. Según la lección alejandrina (ginome/nou), el sentido verdadero sería éste. «En el momento en que comenzaba una cena o la cena». Aunque aprobada por Tischendorf y Meyer esta lección podría considerarse como una corrección que tuviera por objeto colocar, como parece natural, el lavatorio de los pies al principio de la cena. Muchos comentadores modernos, entre ellos Lange y Hengstemberg, admiten que la ablución de los pies no se verificó según debiera, al principio de la cena, porque no había allí esclavo alguno para hacer este oficio, y ninguno de los discípulos se había ofrecido voluntariamente a ello.

Hengstemberg supone que Pedro o algún otro había lavado los pies a Jesús, y que después se colocó entre sus demás colegas, esperando que le prestara a él igual servicio uno de los discípulos de rango inferior. Esto es lo que habría provocado la contienda de que habla San Lucas (XXII, 24), y que coloca al fin de la cena, sobre cuál de ellos parecía ser el mayor; a la que puso fin Jesús, levantándose él mismo y desempeñando el oficio del esclavo de que se desdeñaban los discípulos. Todo esto habría acontecido naturalmente antes de principiar la cena. Las expresiones dei¿pnou ginome/nou «habiéndose verificado una cena» (v. 2) y «se levantó de la mesa» (propiamente, «de la cena»), sin contradecir positivamente esta explicación, no son, sin embargo, favorables a ella, pues inducen más bien a pensar que había principiado ya la cena, y aun que estaba próxima a su fin. Por otra parte, si tal hubiera sido la ocasión o motivo de la contienda citada por San Lucas, el objeto de la discusión hubiera sido, no: ¿quién era el mayor? sino: ¿quién era el más pequeño? ¿Quién era el que debía encargarse de ejercer con los demás aquel humilde oficio? No parece, pues, dudoso que la contienda de que habla San Lucas fue la que dio ocasión al lavatorio de los pies; así aparece casi necesariamente de las palabras de Jesús en San Lucas: «Los reyes de las naciones dominan sobre ellas; no sea así entre vosotros... porque ¿quién es el mayor, el que está a la mesa o el que sirve?... Yo estoy en medio de vosotros como un sirviente». Pero en este caso, este acto debe colocarse, así como la misma contienda, según San Lucas, al fin de la cena; y éste es también el sentido natural del texto de San Juan. Por otra parte, observa Schweizer con razón, que si se hubiera lavado ya una vez los pies a los convidados al principio de la cena, el acto de Jesús, no respondiendo a ninguna necesidad, tendría un carácter artificial, y como dice Weisse, teatral. Así, pues, nos inclinamos a creer, que se omitió enteramente el lavatorio de los pies al principio de la cena, porque no era una astricción u obligación legal (Luc., VII, 44), y porque no se había ofrecido voluntariamente ningún discípulo a ejecutar este oficio para con su Maestro y sus hermanos.

Jesús dejó pasar en un principio, sin decir una palabra, esta falta de consideración (como en el caso que refiere San Luc., VII); pero cuando en el curso de la cena, revela a las claras una contienda sensible para su corazón los pensamientos mundanos de que se hallan aun dominados sus discípulos, se aprovecha entonces de la circunstancia de haberse omitido la ablución, para darles la lección que necesitan, supliendo este vacío. De todos modos, cualquiera que sea la interpretación que se adopte, de las que llevamos expuestas, deberá entenderse, que el lavatorio de los pies se verificó antes de la cena Eucarística o de la institución del Sacramento de la Eucaristía, ya precediera solamente a la cena Eucarística, como se ve en la mayor parte de los historiadores de la vida de Nuestro Señor Jesucristo (V. la Historia escrita por el señor Roca y Cornet, cap. LXXX), ya precediese a ésta y a la cena legal o de Pascua, según el rito judaico, como se nota en la presente

estaba a punto de volver a Dios, levantose de la mesa, y dejó su manto, y habiendo tomado una toalla, se la ciñó, echó después agua en un lebrillo y empezó a lavar los pies de sus discípulos y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido. Vino, pues, a Simón Pedro, el cual exclamó: ¡Señor, jamás me lavarás tú a mí los pies! Respondiole Jesús: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. -Pedro replicó: Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. -Díjole Jesús: El que está purificado, no necesita sino de lavar los pies, estando como está limpio todo lo demás. En cuanto a vosotros, limpios estáis, pero no todos. -Porque sabía quién era el que le había de entregar; por eso dijo: no todos estáis limpios. Después, en fin, que les hubo lavado los pies, y tomó otra vez su manto, habiéndose puesto de nuevo a la mesa, les dijo: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo que soy el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado el ejemplo, para que conforme yo lo hice con vosotros, así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os digo, que no es mayor el siervo que su amo, ni el apóstol es mayor que aquel que le ha enviado. Si comprendéis estas cosas, seréis bien aventurados como las practiquéis» [1023]. [629]

La Cena pascual comenzaba entre los Judíos al salir las estrellas el día catorce del mes de Nisan, en memoria de la última comida que tuvieron en la tierra del cautiverio los hijos de Jacob, en la noche en que el Ángel del Señor «paso» (*Phase*; *Pascha*; Pasage) por las casas de los Egipcios, desde el palacio de Faraón hasta la última choza del esclavo, hiriendo de muerte a todos los primogénitos. El día que la precedía, llevaba el nombre de *Paresceve,* «Preparación» o de *Primer día de los Ázymos,* porque se debía preparar el Cordero pascual y los panes sin levadura (*Ázymos*), cuya manducación se permitía solamente durante la solemnidad. El día catorce del mes de Nisan caía este año en viernes, y según la manera hebraica de contar los días, de una puesta a otra de sol, era el viernes por la noche cuando debían comer los Judíos la santa víctima. Pero el divino Maestro «sabía que había llegado su hora, y que iba a dejar este mundo para volver a su Padre». El viernes por la noche, cuando se siente el pueblo deicida al banquete nacional, será consumado el gran sacrificio, y será muerto el Cordero de Dios para borrar los pecados del mundo. He aquí por qué anticipa Nuestro Señor un día la celebración de la Pascua. Pedro y Juan dicen por su parte al huésped que debe prestar su morada: «Ha llegado mi tiempo; voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos». Pedro y Juan, la Fe y el Amor, el Moisés y el Aarón del Nuevo Testamento, van a poner fin, con una inmolación suprema, a los sacrificios figurativos del Antiguo Testamento. Por última vez va a dar la ley Mosaica la hospitalidad al Verbo hecho carne. Todas las moradas de Jerusalén estaban a disposición de los peregrinos, durante los días de la solemnidad pascual. El banquete conmemorativo debía tomarse en común por cada familia, o por cada grupo de parientes y de amigos, en número por lo menos de diez personas y en el interior de una casa. Cada grupo podía establecerse por do quiera que había lugar; los habitantes de la ciudad suministraban la sala del festín, sin que el huésped

---

obra de M. Darras; pues así se cumple el objeto que indica en su nota citada el padre Scio, de que sirviera este laboratorio de señal de la pureza y preparación con que debe recibirse la Eucaristía. (N. del T.) [deipnou giuomenou en el original (N. del E.)]

[1023] Joann., XIII, 1-17.

pudiera recibir, en indemnización, más que la piel del Cordero pascual. El racionalismo moderno, en su ignorancia de las costumbres judaicas, supone aquí inútilmente que Jesús empleó todo un sistema de supercherías para producir efecto en la imaginación de los Apóstoles. Este modo Evangélico de preparar un alojamiento sería impracticable entre nosotros. Pero en Jerusalén y en aquella circunstancia no tenía nada de extraordinario; y éste es [630] todavía uno de los rasgos de autenticidad del libro de Daniel. Lo que debemos admirar aquí es el amor de un Dios que se baja hasta lavar los pies de los hombres a quienes viene a salvar. Entre los Judíos, eran los esclavos los que lavaban los pies de los convidados; ¡pero «Jesús quiere ocupar el lugar de un esclavo! En su admiración, Pedro, el Jefe futuro de la Iglesia rehúsa tal honor». ¡Señor, exclama, jamás permitiré que me laves los pies!» Pedro ignora aun la pureza inmaculada que requiere la manducación del Cordero Eucarístico. No sabe que Dios debe purificar primeramente el corazón en que debe descender. Jesús se lo dice, y añade: «Os he dado el ejemplo, a fin de que hagáis con los demás lo que yo he hecho con vosotros!» Desde aquella hora los ministros de Jesucristo lavan los pies de todos los pecadores antes de admitirlos al banquete del Cordero.

27. «Habiéndose puesto Jesús a la mesa con los doce apóstoles, continúa el Evangelio, les dijo: Ardientemente he deseado comer este Cordero pascual (o celebrar esta Pascua) con vosotros, antes de mi pasión. Porque yo os digo que ya no lo comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Y tomando entonces el cáliz, dio gracias, y dijo: Tomad y distribuidle entre vosotros, porque os aseguro que ya no beberé el zumo de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva en el reino de mi Padre [1024]».

La primera Pascua en tierra de Egipto se había celebrado en pie, ceñidos los riñones y con el báculo en la mano. Pero al poner Israel el pie en la Tierra prometida, había dejado de ser viajero. Desde entonces, comió sentado el regio festín de la Pascua, y cuando se introdujo el uso del triclinio o de los divanes, se sirvieron de ellos para esta circunstancia. Tal fue, pues, la actitud de Nuestro Señor en esta noche solemne. Tendido en un triclinio, apoyado el brazo izquierdo en uno de sus cojines, tenía a su derecha a San Juan, el discípulo amadísimo, y a su izquierda a San Pedro [1025]. [631] Los doce Apóstoles estaban en semicírculo a su alrededor. El otro lado de la mesa o el hemiciclo quedaba libre para los que lo servían.

[1024] Luc., XXII, 14-18.

[1025] Pedro y Juan estaban, pues, igualmente cerca del Salvador. El primero, no obstante, ocupaba el sitio de honor, como siempre. Porque en este caso, el primer lugar, entre los Hebreos, estaba a la izquierda, es decir, a la cabeza del huésped que ocupaba el centro de la mesa. No obstante, Juan estaba mejor situado para hablar a divino Maestro. Los pintores han abusado de la expresión del apóstol San Juan, cuando dice: «Que reposaba sobre el pecho de Jesús»; locución oriental para designar que estaba recostado cerca del pecho del Salvador. Así, pues y los pintores colocan al discípulo del amor sobre el seno de Nuestro Señor, de suerte que Jesús no hubiera podido ni respirar ni moverse, mientras que es lo cierto que Cristo y los Apóstoles estaban todos recostados del mismo modo, quedándoles libre la mano derecha». (Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 349)

Cuando los Judíos comían la Pascua, se levantaba el amo de la casa, tomaba con la mano derecha una copa llena de vino tinto, memoria de la sangre egipcia derramada en el día de la liberación, y pronunciaba la bendición en estos términos: «Éste es el signo de la libertad, y la conmemoración de la salida de Egipto. ¡Bendito sea el Señor, que ha criado el fruto de la vid!» Después bebía del vino contenido en la copa, la cual pasaba en seguida a los demás convidados. Este primer acto del banquete pascual, se llamaba entre los Judíos: *Eulogia*: «Bendición»; «así como llevaba el Cordero sacramental el nombre de Eucaristía»: «Acción de gracias»: expresiones ambas que encontraremos en el lenguaje de la Iglesia. Cuando el Divino Maestro «tomando la copa, y dando gracias» la da a los Apóstoles, cumple el rito oficial de la Eulogia [1026]. Pero no lleva los labios a la bebida mosaica, y variando la fórmula ordinaria, anuncia el fin de la Ley Antigua y el advenimiento de la Nueva. «En verdad os digo, no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva, en el reino de Dios». Después de la Eulogia de la copa, el presidente del festín pascual tomaba, según el precepto de la ley, las lechugas silvestres que mojaba en vinagre, y teniéndolas en alto con la mano derecha, decía: «Comemos estas amargas legumbres, en memoria de la amargura con que llenó Egipto la vida de los Israelitas nuestros abuelos!» Entonces comía como el tamaño de una oliva, dice el Talmud, de este desabrido alimento, imitándole todos los convidados. En seguida se traía una nueva copa de vino, dos panes ázymos y el Cordero pascual. El presidente de la comida tomaba uno de los panes con la mano derecha [1027], y decía: Comemos este pan sin levadura, en memoria de [632] que no tuvieron tiempo nuestros padres en Egipto en el día de su libertad, de dejar que fermentara la masa. ¡Alabemos a Jehovah, Dios de Israel! ¡Decid *Alleluia*! ¡Esclavos, bendecid al Señor! «Entonces recitaban los asistentes el salmo: *In exitu Israel de Egipto.* Partía el presidente el segundo pan en tantos trozos como eran los convidados, y bendiciéndole y diciendo: «¡Tal fue el pan de miseria que comieron nuestros abuelos en Egipto: quien tenga hambre, venga y coma; acérquese el indigente y celebre la Pascua! ¡Bendito sea Jehovah que produce el pan de la tierra», respondían los convidados: «Amén» Tomaba el presidente cada uno de los trozos, lo envolvía en las lechugas silvestres y lo mojaba en una salsa especial llamada *Charoseth,* especie de pudding, compuesta de almendras cocidas en vino, con higos, nueces, zumo de limón y aceitunas». ¡Bendito sea, decía, Jehovah, Dios de nuestros padres, que nos ha santificado con sus preceptos, y nos ha mandado que comamos el pan ázymo con yerbas amargas! «Entonces tomaba cada convidado uno de los trozos, o lo recibía directamente de mano del jefe de la familia, que servía entonces el Cordero pascual. Antes de repartirlo, pronunciaba la fórmula de la Eucaristía judaica, en estos términos: «Sed bendito, Jehovah, Dios de nuestros padres, porque nos habéis santificado con vuestra ley, y nos habéis mandado que comamos el Cordero Pascual. Ésta es la Pascua que comemos en

---

[1026] Recordamos aquí para memoria, y a fin de consignar mejor la falta de inteligencia o la mala fe del racionalismo, las odiosas palabras que ya se han leído. «Las comidas habían llegado a ser para la comunidad naciente, para la festiva y vagabunda compañía, uno de los monumentos más dulces. Cuando murió Jesús, la forma bajo la cual se aparecía al piadoso recuerdo de sus discípulos era la de un místico banquete. Es probable que fuese este uno de los hábitos de su vida, y que en este momento estuviese particularmente amable y enternecido. (Vida de Jesús, pág. 167, 302, 303.)

[1027] Este pan, símbolo de la libertad, fue sobre el que pronunció Jesús las palabras Eucarísticas: «Esto es mi cuerpo».

memoria de que el Ángel exterminador pasó sin herirles por delante de la casa de nuestros abuelos, en la tierra de Egipto». Después de la manducación del Cordero Pascual, el cabeza de familia ofrecía a los convidados la tercera copa de vino; después se recitaba el himno de acción de gracias, compuesto de los salmos CXV y CXVIII [1028]. Todos estos pormenores del ceremonial judaico forman en el relato Evangélico un cuadro de autenticidad que nos dispensará de más amplios comentarios. Al vino de la liberación y al pan de la amargura, va a sustituir Jesús «el pan de los Ángeles y el vino que hace germinar las vírgenes».

28. «Mientras estaban cenando, dice el texto sagrado, tomó Jesús el pan, dio gracias, lo bendijo y partió, y dioselo a sus discípulos, [633] diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía. Del mismo modo, tomó, el cáliz, después que hubo cenado, dio gracias y se lo dio, diciendo: Tomad y bebed todos de él. Ésta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados [1029]».

Éste es mi cuerpo. Ésta es mi sangre. No ya su figura, su imagen, su memoria o signo, sino la realidad verdadera del «cuerpo que se ha dado por vosotros, de la sangre que será derramada» hasta la última gota. El tránsito del Señor por Egipto estaba figurado por el Cordero Pascual. El tránsito de Jesucristo, Hijo de Dios, por la tierra, se halla eternizado en el pan que se convierte en su cuerpo, en el vino que se convierte en su sangre. El Nuevo Testamento comienza con este inmortal legado. De la antigua Pascua, de la sangre del Cordero que preservó las casas de Israel en Egipto, del pan de la indigencia, del vino de los cautivos, no queda más que un recuerdo. Mas establécese el sacrificio universal; todos deberán comer la carne adorable y la sangre divina que se han ofrecido «por la remisión de los pecados». Constitúyese el Sacerdocio nuevo al lado del nuevo sacrificio: y el Testamento del amor de Dios por el mundo, es sellado en la institución de la Eucaristía cristiana.

29. «En aquel momento, dice el Evangelio, se turbó Jesús en su corazón, y dijo: Conozco a los que he elegido, pero es preciso que se cumpla la palabra de la Escritura: «El hombre que come de mi pan, ha urdido una gran traición contra mí [1030]. He aquí, en efecto, que se halla en esta mesa la mano del traidor. En verdad os digo, que uno de vosotros, uno de los doce que lleva conmigo la mano al plato [1031] me hará traición. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, según está escrito de él. Pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Más le valdría no haber nacido! Los Apóstoles afligidos sobre manera, empezaron cada uno de por sí a preguntar: ¡Señor! ¿soy yo acaso? Inmediatamente comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos podría ser el que tal hiciere. Estaba uno de ellos, al cual

---

[1028] Credidi propter quod locutus sum (Salm., CXV). Beati Immaculati in via (salmo CXVIII. Véase respecto de todos los pormenores de la cena Pascual: Pezron. Historia Evangélica, tom. II, pág. 229-240. Sepp., Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, página 448-360).

[1029] Math., XXVI, 26-28. Marc., XIV, 22-24. Luc., XXII, 19-20.

[1030] Salm., XL, 10.

[1031] Esta palabra se pronunció en el momento en que llevaba cada convidado la mano al plato para tomar el trozo de pan mojado en el Charoseth.

Jesús amaba, recostado en la mesa, cerca del seno de Jesús. A este discípulo, pues, le hizo [634] Simón Pedro una seña para que preguntase quién sería. Él entonces, inclinándose más sobre el corazón de Jesús, le dijo en voz baja: Señor, ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquel a quien voy a dar pan mojado [1032]. -Judas, el traidor, preguntaba en aquel momento: ¿Soy yo acaso? Maestro. -Jesús respondió de modo que lo oyera sólo Juan: Tú lo has dicho. -Después, mojando un pedazo de pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote, del cual, después que tomó este bocado, se apoderó Satanás. Y Jesús le dijo en alta voz: Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo: porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús quería decirle: Compra pronto lo que necesitamos para la fiesta [1033], o que diese algo a los pobres. -Judas, luego que tomó el bocado, se salió, y era ya de noche [1034]».

30. «Después que hubo salido Judas, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él. Y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará a él en sí mismo, y le glorificará muy presto [1035]». Los Apóstoles comprendieron esta palabra en el sentido del advenimiento inmediato de Jesucristo. «¿Quién será el mayor en el nuevo reino? preguntaron entre sí. -Jesús va a contestarles, y al confirmar por segunda vez el nombramiento hecho anteriormente del jefe futuro de la Iglesia, les recuerda las condiciones de la autoridad cristiana». «Los reyes de las naciones las tratan con imperio, dice; los que tienen autoridad sobre ellas se hacen dar títulos lisonjeros. No habéis de ser vosotros así: antes bien el mayor de entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierna sea como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es claro que quien está a la mesa? No obstante, yo que presido a esta mesa estoy entre vosotros [635] como un sirviente. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones; por eso yo os preparo el reino (celestial) como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Después, dirigiéndose el Señor a Pedro, le dijo: Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para cribaros como trigo, mas yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca; y tú una vez convertido, confirma en ella a tus hermanos». -Tal es la institución de la cátedra de San Pedro, custodia de una fe indefectible sobre las sillas del Episcopado, en que juzgan los sucesores de los Apóstoles a todas las naciones del mundo. «Hijitos míos, continúa Jesús, aún estoy con vosotros por un poco de tiempo. Vosotros me buscaréis, y así como dije a los Judíos: «A donde yo voy no podéis venir vosotros», yo os doy un nuevo mandamiento: que os améis

---

[1032] Todas las manos se habían retirado del plato sacramental cuando anunció Jesús la traición de uno de los doce. He aquí por qué tuvo que hacer la distribución el divino Maestro por sí mismo.

[1033] Sabido es quo los Judíos no compraban ni vendían nunca los sábados ni los días de fiesta. Cada cual tenía, pues, cuidado de hacer provisiones anticipadamente de todas las cosas necesarias para la vida. «La víspera de Pascua, dice el Doctor Sepp, permanecían abiertas toda la noche las tiendas de los mercaderes. En cuanto a los pobres, pedían a los peregrinos y a los extranjeros compasivos alguna limosna, para subvenir a sus necesidades y a los gastos del sacrificio pascual.

[1034] Math., XXVI, 21-25; Marc., XIV, 18-21; Luc., XXII, 21-23; Joan., XIII, 21-30. Joann., XIII, 31-32.

[1035] Juan, XIII, 31-32.

unos a otros, y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis tal amor unos a otros [1036]».

31. «Díjole Simón Pedro: Señor, ¿a dónde te vas? -Respondió Jesús: A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás, sí, después [1037]. -Pedro le dijo: ¿Por qué no puedo seguirte al presente? -Entonces le dijo Jesús: Todos vosotros padeceréis escándalo, y me abandonaréis, por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño [1038]». Mas en resucitando, yo os precederé a Galilea. Pedro, respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo, ni te abandonaré; yo daré por ti mi vida: Señor, estoy pronto a ir contigo a la cárcel y a la muerte. -Replicole Jesús: ¿Tú darás la vida por mí? ¡En verdad, en verdad te digo: esta noche antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces! Él, no obstante, se afirmaba más y más en lo dicho, diciendo: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré nunca. -Eso mismo protestaron todos los discípulos. Jesús les dijo: En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? -Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsillo llévele, y también alforja, y el que no tiene espada, venda [636] su túnica para comprarla. Os hablo así porque va a cumplirse en mí la Profecía escrita: «Él ha sido contado entre los malhechores [1039]». «Se acerca mi fin». -Los Apóstoles comprendieron entonces que estaba a punto de empeñarse una lucha terrible. Señor, exclamaron, he aquí dos espadas. -Basta, respondió Jesús [1040]». En efecto, en manos de la Iglesia han bastado las dos espadas del poder espiritual y del temporal, para conquistar al mundo. Pero no debían emplearse una ni otra, a la manera que los conquistadores humanos: por eso reprime Jesús el belicoso ardor de los Apóstoles. «No se turbe vuestro corazón: pues creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas: voy a preparar lugar para vosotros. Después, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estuviere estéis también vosotros. Que ya sabéis a dónde voy, y sabéis asimismo el camino. -Díjole Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino? -Respondiole Jesús: Yo soy el camino y la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido a mí, hubierais sin duda conocido a mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habéis visto (en cierto modo). -Señor, preguntó Felipe; muéstranos al Padre y eso nos basta. Respondiole Jesús: Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y ¿aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre. Pues como dices tú, ¿muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? El Padre que está en mí, él mismo hace conmigo las obras que yo hago. Creed en las obras que habéis visto. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese mismo hará las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; porque yo voy al Padre, y haré todo lo que pidiereis al Padre en mi

---

[1036] Luc., XXII, 24-32. Joann., XIII, 13-35.

[1037] San Pedro debía morir, como su divino Maestro, en suplicio de cruz.

[1038] Zachar., XIII, 7.

[1039] Isaí., LIII, 12.

[1040] Math., XXVI, 31-35. Marc., XIV, 27-31. Luc., XXII, 38, 39. Joan., XIII, 36-38.

nombre. Si me amáis, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os enviará otro *Paráclito* [1041] (consolador) para que esté con vosotros eternamente; a saber, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros. Aún resta un poco de tiempo, después del cual el [637] mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis de mi propia vida. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en el Padre, y que vosotros estáis en mí y yo en vosotros. -Señor, preguntó Tadeo, sobrellamado Judas (no el Iscariote). ¿Qué causa hay para que te hayas de manifestar (claramente) a nosotros y no al mundo?» Los Apóstoles esperaban siempre el reino de Cristo, en el esplendor y la gloria de una manifestación omnipotente que inclinase al mundo bajo el cetro de Jesús. Tal es el sentido de la pregunta de Tadeo. Pero el mundo debe permanecer en libertad de aceptar o rehusar el beneficio de la redención: de seguir al Salvador o de crucificarlo. He aquí por qué responde el divino Maestro: «Quien quiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre me amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él. Pero el que no me ama, no guarda mis palabras. Os he dicho estas cosas mientras estoy con vosotros. Mas el Espíritu Santo, (el Paráclito el consolador) que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os tengo dicho. Yo os dejo la paz; yo os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Yo me voy, pero vuelvo a vosotros. Si me amaséis, os alegraríais sin duda de que el Hijo del hombre vuelva a su Padre; porque el Padre es mayor que yo [1042]. En adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el Príncipe de este mundo; en mí no tiene cosa alguna; pero es preciso que sepa el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado. Levantaos y salgamos de aquí [1043]».

32. «Habiendo, pues, recitado el himno Pascual [1044], dejaron el Cenáculo, dirigiéndose hacia el Monte de los Olivos [1045]». Por el camino, mientras iban cruzando collados cubiertos de vides, continuó el divino Maestro hablándoles en estos términos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo cortará, y todo el que diere fruto lo podará para [638] que dé más fruto. Ya vosotros estáis limpios en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en

---

[1041] Alium Paraclitum. He aquí la tercera persona de la Santísima Trinidad, que debe, con el Padre y el Hijo, acabar la obra de la Redención del mundo.

[1042] Como Dios, Jesús es igual al Padre; así lo indica claramente y en repetidas ocasiones: «El Padre y yo somos uno». -«Todo lo que es del Padre, es mío; todo cuanto yo tengo es del Padre, etc.» Pero como Hijo del hombre, bajo este título especial, Jesús es menor que el Padre. Tal es el sentido de la palabra Evangélica.

[1043] Joan., XIV, 1 ad ultim.

[1044] El himno de acción de gracias después de la Pascua, se componía, como hemos visto más arriba, de los salmos CXV y CXVIII.

[1045] Math., XXVI, 26 Marc., XIV, 30.

mí y en quien yo permanezco, da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. Mas el que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor. Tal es mi precepto: amaos unos a otros, como yo os he amado a vosotros; que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he enseñado cuántas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros y destinado para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero. Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros, me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os saqué yo del mundo, con mi elección, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que ya os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros: como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra. Va a venir tiempo en que quien os matare, se persuada a hacer un obsequio a Dios [1046]. Ahora me voy a Aquel que me envió. Y ninguno de vosotros me pregunta a dónde voy. Esta palabra de separación ha llenado vuestro corazón de tristeza. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Espíritu consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de estas tres grandes verdades: el pecado, la justicia y el juicio. [639] Aún tengo otras muchas cosas que deciros, mas, por ahora, no podréis comprenderlas. Pero cuando venga el espíritu de verdad, os enseñará toda verdad [1047]; os repito, pues, que lloraréis y plañiréis, y el mundo se alegrará. Os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le llegó su hora; mas una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón saltará de un gozo que nadie os podrá arrebatar. En verdad, en verdad, os digo, que cuanto pidieres al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Ha llegado el tiempo en que os hablaré claramente del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo, y otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre. -Dijéronle sus discípulos. Ahora sí que hablas claro, y no por medio de parábolas: ahora conocemos que tú lo sabes todo, y creemos que has salido de Dios. -Respondioles Jesús: ¿Creéis ahora en efecto? Mirad que viene la hora, en que cada

---

[1046] ¡Qué majestad en esta historia profética de la iglesia! El racionalismo moderno escribe, a propósito de estos pasajes, frases tales como éstas: «Arrastrado por el espantoso progreso de su entusiasmo, impulsado por las exigencias de una pretensión más y más exaltada, no era Jesús libre, sino esclavo de su papel. (Vida de Jesús, pág. 318.) «Juan pone en boca de Jesús discursos llenos de sequedad y desaliño, cuyo tono, con frecuencia afectado y desigual, no podría soportar un hombre de gusto». (Ibid. Introd., página XXIII y XXIV.)

[1047] ¿Qué ha llegado a ser, en el protestantismo la incesante acción del Espíritu Santo, que debe completar la enseñanza de Jesús?

uno de vosotros se irá por su lado y me dejaréis solo, pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que halléis la paz en mí. En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza; yo he venido al mundo [1048]».

33. Hablando así, había llegado Jesús a las orillas del Cedron. Este torrente que había visto pasar al desgraciado David; cuyas impetuosas aguas habían bañado las víctimas ofrecidas a Moloc; cuya orilla estaba teñida con la sangre del profeta Isaías, se nos aparece aquí como el límite de ambos mundos. La Ley antigua no avanzará más. Va a nacer el mundo nuevo, la Iglesia católica. El Salvador, en este discurso que debió hacer derramar tantas lágrimas, ha resumido todos los dogmas, toda la historia, todos los combates, [640] todos los triunfos de la Iglesia. «Jesús, continúa el escritor sagrado, levantó los ojos al cielo, y dijo: ¡Padre, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu hijo te glorifique a ti! Pues, que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tu enviaste. Yo por mí te he glorificado en la tierra. Acabé la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora, pues, glorifícame tú, Padre, con aquella gloria que tuve en ti, antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me diste, del medio del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras o doctrina que tú me diste, y ellos las han recibido y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me ha enviado. Por ellos ruego yo ahora: no ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos; y todas mis cosas son tuyas, y todas las tuyas son mías, y en ellos he sido glorificado. En breve no estaré ya en el mundo, pero éstos quedan en él, y yo voy a ti. ¡Oh Padre santo, guarda por tu nombre a estos que tú me has dado, para que sean una misma cosa (por la caridad) así como nosotros lo somos (por la naturaleza)! Mientras estuve yo con ellos, les conservé en tu nombre. Guardé los que me diste, y ninguno de ellos se perdió sino el hijo de perdición (Judas) cumpliéndose así la Escritura. Digo esto a punto de ir a ti, estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No lo pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad misma. Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación. Que sean todos una misma cosa, y que como tú, oh Padre, estás en mí, y yo en ti, así ellos sean una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que los has amado como me amaste a mí. ¡Oh Padre! yo deseo que aquellos [941] que tú me has dado estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo. ¡Oh Padre justo! el mundo no te ha conocido, yo sí que te he conocido, y éstos han conocido que tú no me enviaste. Y yo, les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado en ellos

---

[1048] Joann., XV y XVI, integr.

esté, y yo mismo esté en ellos [1049]». Habiendo hablado así, en un lenguaje que sólo podía usar el Verbo encarnado, y que bastará hasta el fin de las edades para la felicidad de nuestra tierra «atravesó Jesús con sus discípulos el torrente Cedron [1050]».

[1049] Joann., XVII, integr.

[1050] Joann., XVIII, 1.

Capítulo XI

Pasión

§ I. EL SUDOR DE SANGRE.

1. La agonía y el sudor de sangre. -2. Divinidad de Jesús. -3. Una palabra de Bossuet sobre la agonía del Salvador.

§ II. EL BESO DE JUDAS ISCARIOTE.

4. Judas en el huerto de Gethsemaní. -5. Ensayo de rehabilitación de Judas y fiel Sanhedrín por el racionalismo. -6. Refutación. -7. Papel de Judas Iscariote en el arresto de Jesús.

§ III. ANÁS Y CAIFÁS.

9. Arresto de Jesús. El joven discípulo. -9. Jesús ante Anás. Primera reunión de los Sacerdotes y de los Ancianos en casa de Caifás. -10. La sentencia de Caifás y el racionalismo moderno. -11. Las tres negaciones de San Pedro.

§ IV. PONCIO PILATOS

12. Segunda reunión del Sanhedrín en casa de Caifás. Es conducido Jesús al pretorio de Pilatos. -13. Suicidio de Judas Iscariote. -14. Las turbas ante el pretorio de Pilatos. -15. Primer interrogatorio de Jesús por Poncio Pilatos. -16. Jesús ante Herodes. -17. Barrabás. -18. Claudia Prócula, mujer de Poncio Pilatos. Flagelación. *Ecce Homo.* -19. Último interrogatorio de Jesús por Poncio Pilatos. -20. Pilatos se lava las manos y pronuncia la sentencia de muerte.

§ V. VÍA CRUCIS.

21. Primeras estaciones de la Vía Dolorosa.

§ VI. LA CRUZ DEL GÓLGOTHA.

22. La crucifixión. -23. Las siete palabras de Jesús en la cruz. La muerte. -24. Prodigios acaecidos en la muerte de Jesús. -25. Confirmación de la narración Evangélica por la historia profana.

§ VII. EL SEPULCRO. LA SEPULTURA.

26 El *Crurifragium.* -La herida del Corazón de Jesús. -27. La sepultura por Josef de Arimatea y Nicodemo. -28. El sello de los Pontífices en el sepulcro de Jesús.

§ I. El sudor de sangre

1. «Jesús se fue según costumbre, dice el Evangelio, hacia el monte de los Olivos, Seguíanle los once Apóstoles. En esto llegaron [644] a la granja de Getsemaní [1051], donde había un huerto perfectamente conocido del traidor Judas, porque el Señor solía retirarse muchas veces a él con sus discípulos. Jesús entró, pues, en él, y dijo a los Apóstoles. Sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. Orad vosotros también para no caer en tentación. Y llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a entristecerse y a angustiarse; y les dijo entonces: Mi alma está en una tristeza mortal: aguardad aquí, y velad conmigo. Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración y decía: ¡Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; no obstante, hágase tu voluntad y no la mía! En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y Jesús, postrándose en tierra, caído sobre su rostro, cayó en una verdadera agonía, y oraba con mayor intensión: *Abba,* ¡Padre mío! decía, todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz, quítame esta copa de amargura, mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. -Y en aquel momento fue cubierto de un sudor como de gotas de sangre que caía hasta el suelo. Y levantándose de la oración, y viniendo a sus discípulos, hallolos dormidos por causa de la tristeza. Y díjoles: ¿Por qué dormís? ¡Levantaos y orad para no caer en tentación; que si bien el espíritu es esforzado, más la carne es flaca! Y dirigiéndose a Pedro, le dijo: Simón, ¿duermes? ¡Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo! Volviose de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: ¡Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. -Volviendo después a sus discípulos, encontrolos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabían qué responderle. Y dejándolos, se retiró aun a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió a sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó [645] ya la hora, y el Hijo del hombre va luego a ser entregado en manos de los pecadores [1052]».

2. Tertuliano, Orígenes, San Epifanio, primeros apologistas del dogma cristiano, invocaban esta página del Evangelio para convencer a los discípulos de Marcion de que Jesucristo era realmente un hombre, y que la Divinidad no había absorbido en su augusta persona el elemento humano. El apologista actual debe retorcer la tesis, y probar a nuestros sofistas modernos que la agonía del Salvador

---

[1051] Getsemaní. «Lagar de olivas». Era muy natural que hubiese al pie del monte llamado de los Olivos, un sitio destinado a este objeto y con este nombre.

Sabido es que los lagares de los antiguos, abiertos en tierra y barnizados con una capa de cimento, se hallaban situados ya en la viña, ya en el campo de los olivos, cuyos racimos y frutos, estrujados con el pie, o chafados con un lienzo con la mano, despedían el líquido en el reservatorio dispuesto artificialmente.

Estos hábitos locales nos hacen comprender las expresiones bíblicas. ¿Quis est iste qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra? Torcular calcavi solus. (Is. LXIII, 1-3). Fodit in ea torcular (Math. XXI, 33). Pero ¿por qué divino símbolo Jesucristo, fruto del Antiguo Testamento, eligió para su agonía y su sudor de sangre el Getsemaní del monte de los Olivos? ¡El mismo se puso en el lagar, y cada gota de sangre representa la Redención del mundo!

[1052] Math. XXVI, 36-46. Marc. XIV, 32-42. Luc. XXII, 39-46. Joann. XVIII, 1.

en Getsemaní, es la de un Dios. ¡Un sudor de sangre! ¿Cuántas veces se ha declarado este fenómeno completamente imposible, en nombre de la ciencia fisiológica? Pero en el día, numerosos ejemplos, patentes y auténticos, han venido a probar que en ciertos casos de terror extremo, de angustias terribles y de peligro inminente, contrayéndose el corazón, sacude con violencia la sangre hasta las arterias capilares, de donde trasuda por los poros, y se forma sangre y aparece en la piel en gotillas semejantes a las de una traspiración ordinaria. El racionalismo no niega, pues, como físicamente imposible, el sudor de sangre del Hijo del hombre. Pero se detiene ante esta suprema manifestación «de terror, de disgusto, de tristeza y de angustia», y exclama: ¿Es esto un Dios? ¡Un Dios que teme; un Dios que tiembla; un Dios que lucha con la agonía de una debilidad inefable, en presencia de la muerte! ¿No es humano todo en los terrores, la turbación y la amargura del huerto de los Olivos? -¿Pero debe contestarse verdaderamente a estas argucias? ¡En lugar de hundir la frente en el polvo regado con la sangre redentora; en vez de llorar el peso de los pecados y de las culpas de la naturaleza humana, bajo cuyo peso gemía la víctima inocente, debemos probar a este siglo incrédulo que es Dios el Jesús de Getsemaní! Pues bien, sí, hasta este exceso de amor ha llevado el Hombre Dios su ternura para con nosotros. ¿Cómo no se ve desde luego y de una sola mirada, que el padecimiento lleva aquí eminentemente el carácter de la divinidad? Entre los mortales no es ni puede ser la agonía un fenómeno producido voluntariamente y cuya hora puedan fijar por sí mismos. Cuando llegue a cada uno de nosotros, la sufriremos después de una larga y dolorosa enfermedad; impondrásenos como la precursora de la muerte, sin dejarnos la [646] facultad de retardarla, ni la fuerza de vencerla. Pero Jesús elige espontáneamente la hora de su agonía. La llama a sí, lleno de salud, de juventud y de vigor. Quiere beberla, como un cáliz cada una de cuyas gotas envenenará sus labios. Nosotros tememos anticipadamente esta hora formidable, y cuando llega, es tal nuestra debilidad, que ni aun podemos comprenderla. Jesucristo, el Dios, hecho hombre mide hasta el fondo todos los dolores de la humanidad. Sale del Cenáculo, y lleno de vida, sondea los misteriosos espantos de la muerte. ¡Cuán terrible es esta hija del pecado, producida bajo el árbol del Paraíso terrenal, y luchando con el nuevo Adán en el jardín de Getsemaní! Jesús la verá de más cerca sobre la cruz; pero como es Dios, morirá en toda su fuerza, lanzando «un gran grito». Asimismo, porque es Dios, elige la hora de su agonía, la adelanta a su voluntad, y la interrumpe tres veces para ir a ver a sus Apóstoles. Hase derramado su sangre en un trasudor que moja la tierra; y no han perdido sus miembros nada de su elasticidad, de su flexibilidad y de su energía. Racionalistas ¿os parece esto enteramente natural? ¿Qué capacidad de fe no supone vuestra incredulidad? Si es en alguna parte el milagro visible, manifiesto y palpable, indudablemente es en el huerto de Getsemaní. Los Apóstoles, a pesar de tantas predicciones, creen tan poco en el peligro, que se duermen. Solo Jesucristo vela y hace oración, esperando al traidor. El Hombre Dios, que lo sabe todo, que lo revela todo y que lee al través de las tinieblas de la noche, como en los pliegues más ocultos del corazón, sigue todos los movimientos de la gente que va en busca suya; ve venir al traidor Judas; cuenta cada uno de sus pasos por el camino, y espera! Pero si hubiera sido Jesús un hombre débil, tímido y cobarde como os atrevéis a creer, ¿hubiera esperado acaso? De sus doce defensores, uno le ha vendido, los demás duermen, ¡y no huye Jesús! ¿Quién le retiene, pues? Protégele la oscuridad. Sus enemigos se han visto obligados a encender linternas y hachas. Esta circunstancia se presta indudablemente a una evasión. Podrá

ocultarse fácilmente en la sombra de los olivos que cubren la montaña, y protegen contra toda clase de pesquisas. A la otra vertiente está el «Desierto de Jericó». Nadie podrá encontrarle en esta soledad. Al día siguiente será la víspera de la Pascua, y ocupados los Judíos con la inmolación del Cordero místico, no podrán continuar persiguiéndole, de suerte que el fugitivo tendrá durante los [647] ocho días de la fiesta, tiempo suficiente para ganar la Galilea, cruzar el lago de Tiberiades, e ir, si le place, a pedir al rey de Edessa el asilo que ha poco le ofrecía. Y no obstante, ¡no huye Jesús! Hace oración durante una hora; suda sangre; padece agonía, ¡pero no huye! ¿Dónde se ve al hombre en todo esto? ¿Creéis por acaso, que después de diez y nueve siglos, durante los cuales no ha cesado Jesús de ser adorado como Dios, no se haya reflexionado en cada una de estas circunstancias? Antes de postrarse ante el Hijo del hombre, era Tertuliano idólatra, Epifanio judío, Agustín discípulo de Manés. Sabían lo que es el hombre estos grandes genios, y adoraron como nosotros cual. Dios suyo al agonizante de Getsemaní.

3. «¡Cuán infinitamente diferente fue esta agonía, dice Bossuet, de la que vemos en los demás hombres! En la del hombre una alma que se esfuerza en no separarse del cuerpo, y que es arrancada de él violentamente; y en ésta una alma pronta a salir del cuerpo y que es retenida en él por una autoridad. El alma combate en los moribundos para no dejar esta carne que ella ama, cuando ha ganado ya la muerte los extremos, se retira la vida a lo interior; impulsada por todas partes, se atrinchera, en fin, en el corazón, y allí se sostiene y se defiende, y lucha con la muerte, que la arroja al fin con un golpe final. Y he aquí, que por lo contrario, en nuestro Salvador, habiéndose turbado la armonía del cuerpo, y desconcertádose todo orden, y relajádose todo vigor hasta, perder ríos de sangre, se detiene el alma por una orden expresa y por una fuerza superior. ¡Vivid, pues, oh pobre Jesús! ¡Vivid para otros tormentos que os esperan! ¡Reservad algo de vida a los Judíos que se avanzan y al traidor Judas que marcha a su cabeza! ¡Basta con haber mostrado a los pecadores que era suficiente sólo el pecado para daros el último golpe mortal [1053]!»

4. «Aún no había acabado de hablar Jesús, continúa el Evangelista, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de una cohorte y de varios ministros, y de gran multitud de gentes armadas con palos y con linternas y hachas, que venían enviadas por los Príncipes de los sacerdotes, por los Escribas y Ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta seña: Aquel a quien yo besare, ése es; prendedle y conducidle con cautela. Judas iba, pues, delante de esta escolta, y acercándose a Jesús, le dijo: Dios te guarde, [648] Maestro. Y le besó. Díjole Jesús: ¡Oh amigo! ¿a qué has venido aquí? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre? Jesús, que sabía todas las cosas que iban a sobrevenir, salió al encuentro de los satélites y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieron. A Jesús Nazareno. -Yo soy, dijo Jesús. -Apenas hubo pronunciado estas palabras, retrocedieron todos y cayeron en tierra sobre su rostro. Jesús les preguntó por segunda vez. ¿A quién buscáis? Y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Replicó Jesús: Ya os he dicho que yo soy. -Y señalando a los Apóstoles, añadió: Ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos en libertad. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: ¡Oh Padre! ninguno

---

[1053] Bossuet, III sermón para el Viernes Santo. Sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

he perdido de los que tú me diste [1054]». Entonces ellos le echaron las manos y le aseguraron. Y los Apóstoles que le rodeaban, le dijeron: «Señor ¿heriremos a estos hombres con la espada? Simón Pedro, sin esperar la respuesta, desenvainando la espada, hirió a un criado del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Maleo (Malek, «Rey».) Deteneos, dijo Jesús a los Apóstoles. -Después, dirigiéndose a Pedro, le dijo: Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirviesen de la espada (por su propia autoridad) a espada morirán. ¿He de dejar yo de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿Piensas acaso que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de Ángeles? Mas entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así? En seguida dijo a aquella multitud, entre la que se hallaban los príncipes de los Sacerdotes, los ministros del Templo y los Ancianos: ¡Habéis salido con espadas y con palos a prenderme, como si fuerais en busca de un ladrón! Cada día estaba sentado entre vosotros, enseñando al pueblo en el Templo, y nunca me prendisteis. Mas ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sucedido así para que se cumplan las palabras de los Profetas [1055]».

5. La narración Evangélica pasa en silencio, con inefable misericordia, todos los pasos de Judas Iscariote, desde que salió del Cenáculo, a las nueve de la noche, hasta su llegada al huerto de los Olivos, hacia la media noche. El velo de una caridad silenciosa se extiende sobre el traidor, y cubre todos los pormenores de la [649] traición. Así se muestra la mano que ha escrito el Evangelio fiel al Dios que dejó caer una sentencia de perdón sobre los verdugos. Nuestros modernos literatos no sospechan siquiera la divina delicadeza del texto sagrado. Sólo llama su atención en todo esto «el odio particular que demuestra Juan contra Judas, y el celo con que los antiguos amigos del traidor divulgan por el mundo el rumor de su infamia [1056]». ¡Tales son las alturas a que se eleva la inteligencia del racionalismo contemporáneo! Con tan feliz comprensión histórica, resume la escena del arresto del Salvador en estos términos. «A todas estas medidas presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora. Tratábase de evitar un escándalo. Como la fiesta de Pascua, que comenzaba este año en la noche del viernes, daba ocasión a grande aglomeración de gente y a la exaltación de los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues Jesús tenía mucha popularidad, y se temió una sedición. Fijose, pues, el arresto para el jueves, resolviéndose también no apoderarse de Jesús en el Templo, a donde iba todos los días, sino espiar sus hábitos para prenderle en algún sitio secreto. Los agentes de los sacerdotes sondearon a los discípulos, esperando obtener de su debilidad o sencillez noticias útiles, y hallaron lo que buscaban en Judas de Kerioth. Este desgraciado por motivos que es imposible explicar, vendió a su maestro, dio todas las noticias necesarias, y se encargó él mismo (aunque tal extremo de depravación sea apenas creíble) a guiar la partida que debía verificar el arresto. La memoria de horror que la necesidad o la ruindad de este hombre dejó en la tradición cristiana, debió ser causa de que se introdujera en esto alguna

---

[1054] Joann., XVII, 12 Cf. el capítulo precedente, núm. 33.

[1055] Math., XXVI, 47-49. Marc. XIV, 43, 49. Luc., XXII, 47, 49. Joa., XVIII, 3-11.

[1056] Vida de Jesús, pág. 381 y 438.

exageración [1057], Judas, por un contratiempo común en las funciones activas de cajero, prefirió acrecentar los intereses de la caja, con perjuicio de la obra misma a que estaba destinada, y el administrador mató al Apóstol. Creemos, pues, que son algún tanto injustas las maldiciones con que se lo abruma [1058]. La marcha que resolvieron seguir los sacerdotes era muy conforme al derecho establecido. La emboscada judicial formaba parte esencial entre los Judíos de la instrucción criminal [1059]».

6. Perdónesenos esta larga cita; pero la piadosa Verónica no hizo distinción alguna entre las salivas que cubrirán en breve la adorable [650] faz del divino Maestro, en el Pretorio de Caifás, sino que las enjugó todas, puesto que las había sufrido todas el Salvador. Ésta del racionalismo moderno, la saliva de la última hora y todas cuantas la seguirán hasta la consumación de los siglos, estaba anticipadamente comprendida en el beso de Judas. ¡Qué! Jesús, «ese gigante sombrío, que despreciaba los sanos límites de la naturaleza [1060], como dicen nuestros racionalistas, y cuya extrema elevación rechazaba todo enternecimiento personal [1061]», era en el hábito de la vida, un maestro que se dejaba besar por sus discípulos. El traidor Judas se felicitó de hallar a tan poca costa, una señal que comprendiera el populacho. Parece que los Rabí de Israel no se prestaban ya en su tiempo, a esta tierna familiaridad, más que se prestaría hoy un profesor de hebreo del colegio de Francia. Pero Jesús no era ni de la generación de los Escribas, ni de la raza de los Doctores oficiales. Era el amor divino, encarnado para la salvación del mundo. ¡Oh, Jesús! ¡Víctima sagrada! ¡En efecto presidió una gran medida de policía conservadora al arresto que os habéis dignado sufrir! Tal fue el decreto eterno de la conservación del género humano, dado en los consejos de la augusta Trinidad. Pero los Príncipes de los Sacerdotes que ordenaron el arresto del Hijo del Hombre, violaban la ley de Moisés y todas las leyes conocidas. En ninguna parte la justicia humana, que tiene conciencia de sí misma, ejecuta los arrestos en la sombra de la noche. Jamás, y entre los Judíos menos que en ninguna otra nación, podía un juez delegar su mandato a un vil denunciador. ¿Era Judas Iscariote, bajo título alguno un agente público? Por último, ¿qué puede tener de común con la justicia, esa turba armada de espadas y palos? Y ¡ha habido atrevimiento de escribir en un siglo que rebosa en formalismo: «A todas las medidas de arresto presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora!» ¡Oh, Dios! ¡perdonadles, porque no saben lo que dicen! ¿No les defiende lo suficiente su ignorancia, cuando añaden estas palabras: «Como la fiesta de Pascua que comenzaba aquel año en viernes, daba ocasión a una grande aglomeración de gente y a exaltación en los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues gozando Jesús de popularidad, se temió una sedición: así, pues, se fijó para el arresto el jueves?» Desde que se lee y [651] medita el Evangelio, es decir, durante mil ochocientos años, no se ha imaginado nada tal completamente falto de sentido sobre este grave asunto. La reflexión de

---

[1057] Vida de Jesús, pág. 380.

[1058] Ibid., pág. 381-382.

[1059] Ibid., pág. 393.

[1060] Vida de Jesús, pág. 310-312.

[1061] Ibid., pág. 422.

nuestros literatos sería a lo más aceptable, si se tratase de una fiesta en las cercanías de París, en Nanterre o en Saint-Cloud; porque en efecto, en estas poblaciones no comienza el movimiento de aglomeración, y de exaltación hasta el día mismo de la fiesta, no embarazando en lo más mínimo a la policía de estas pacíficas poblaciones el gentío en la víspera ni en la antevíspera, y pudiéndose proceder en estos días, sin comprometer la tranquilidad pública, a un arresto legal. Pero en Jerusalén era la aglomeración de gente tan grande la víspera de Pascua como el día mismo de la festividad. Ya hemos visto que los peregrinos llegaban durante la semana anterior a verificar en su persona las purificaciones preliminares. Acudiendo de todas las sinagogas del mundo, era inmensa la multitud. Pues bien, la víspera de Pascua, el día de la Preparación, *Parasceve,* esta innumerable multitud que había podido acamparse hasta entonces fuera de la Ciudad Santa, se veía obligada desde la mañana a inmolar el Cordero en el interior de las murallas, después de haber empleado toda la noche en comprar, en las tiendas de los mercaderes que había abiertas, los objetos necesarios para mantenerse durante el grande e inviolable reposo que iba a seguir. Así, pues, se verificó el arresto del Salvador, precisamente en el momento en que reinaban en Jerusalén la mayor «aglomeración de gente» y la mayor «exaltación». ¡He aquí los milagros de ciencia exegética, cuya increíble exhibición no teme ofrecer a la Europa el racionalismo francés! Ha largo tiempo, que para honra de la verdadera ciencia, han notado todos los intérpretes la inconsecuencia del Sanhedrín, en las medidas en que tan cándidamente admiran nuestros literatos del día «un gran sentimiento de orden y de policía conservadora». Los Príncipes de los Sacerdotes, en un conciliábulo precedente, «buscaban los medios de apoderarse de Jesús por dolo, y de matarle [1062]». Esta deliberación [652] no sirvió más que para demostrar su cobardía e impotencia. «¡Temían al pueblo y decían: Que no sea durante la solemnidad [1063], no sea que el pueblo se subleve!» En su terror, lejos de tratar de «adelantar» el arresto, pensaban en retrasarlo, para después de la semana de Pascua, cuando comenzaran a alejarse de Jerusalén las caravanas de los peregrinos. «Pero, dice Cornelio a Lapide, resumiendo con una sola palabra la enseñanza de los Padres y la exégesis de todos los siglos, el Consejo de Dios había decretado que muriese Cristo durante la Pascua, para que el tipo divino, la víctima augusta de que era figura el Cordero pascual, fuese inmolada en el día de la verdadera liberación del mundo de que eran símbolos la Pascua y la libertad de Israel [1064]». El Nuevo Testamento se fundaba en la sangre del Testamento Antiguo. La historia entera se concentraba en torno de la cruz redentora.

[1062] Ut Jesum dolo tenerent et occiderent (Math. XXVI, 5). «En la lengua latina, dice M. Dupin, lengua perfectamente formada en todo lo relativo a los, términos de derecho, jamás se han usado la palabra occidere ni inteficere para expresar la acción de condenar a muerte, sino sólo para denotar la muerte o el asesinato. Este dolo, con el auxilio del cual, debían apoderarse de Jesús, no fue otra cosa que el pacto de los sacerdotes judíos con Judas». (Dupin. Jesús ante Caifás y Pilatos o Proceso de Jesucristo, cap. III, § 11. Corrupción y traición de Judas.)

[1063] Mh\ e)n tv= e(ortv=. La fiesta pascual duraba ocho días. Por esto los sacerdotes judíos se sirven de la expresión general de «solemnidad». Nuestros literatos deberían saber bastante griego para no confundir toda una semana con un día en particular. [Mh(\ en th(/ eorth(/ en el original (N. del E.)]

[1064] Cornel. a Lapide. Comment. in Scrip. Sacr. Edit. Vives., tom. XV, pág. 544.

7. Así, la policía conservadora del Sanhedrín no tuvo ni aun el ignoble valor de fijar el día en que había de satisfacer su odio. Quería retardarlo, y se adelantó; temía «la aglomeración de gente y la exaltación» de la solemnidad Pascual, y fue obligada a sufrirlas. En cuanto aparece Judas, es él quien se apodera del papel principal; el terror del Gran Consejo se esconde en el manto del traidor. Judas ha oído al Salvador decir a los Judíos: «Yo me voy, y vosotros no podéis seguirme. Dentro de poco tiempo, ya no me veréis más». «Se halló presente cuando mandó Jesús a Pedro y a Juan que anticiparan la hora de la preparación de la Cena, «porque su tiempo estaba cerca». Oyó esta otra significativa exclamación: «He deseado ardientemente comer con vosotros esta última Pascua. En verdad os digo, que ya no la celebraré con vosotros sino en el reino de Dios». Judas temió que se le escapara su víctima, y que inmediatamente después de la comida del Cenáculo, dejara definitivamente a Jerusalén: en tal caso fracasaría el complot urdido por el traidor. He aquí por qué se avanzó la hora del crimen. El Iscariote corrió a encontrar a los Príncipes de los Sacerdotes, a los Fariseos que le habían prometido el precio de la sangre. El Evangelio pasa en silencio lo que les dijo en esta postrer entrevista; pero nos es fácil conjeturarlo. [653] Jesús acaba de celebrar la Pascua. Hace dos días que no ha entrado en Jerusalén. Sin duda va a alejarse aún con sus Apóstoles, en cuanto haya cumplido el rito solemne de la Ley. ¿Dónde volver a encontrarle o apoderarse de él después de su partida? Es, pues, preciso aprovecharse de esta circunstancia suprema; darse prisa, porque si no, se perderá la ocasión para siempre. Tal debió ser el lenguaje de Judas. Requiérese al punto a algunos soldados romanos, puestos a disposición del Gran Sacerdote por el Gobernador Pilatos para conservar el orden, en medio de tantos extranjeros. Únenseles los criados de los Pontífices, los satélites del Gran Concejo, y esa horda innominada que se halla en todas las grandes aglomeraciones al servicio de quien quiera alquilarla. ¿Cuál será al día siguiente la actitud del verdadero pueblo de Jerusalén, en vista de este atentado? Nadie puede preverlo; pero no hay tiempo para pensar en ello. Va a escapárseles la víctima a sus verdugos: el tiempo urge. Es preciso precipitarse en su busca. Los Escribas y los Ancianos tienen toda la noche para concertar el medio de asegurar su venganza, preparar la opinión popular, y en caso necesario, hacer recaer sobre Pilatos la responsabilidad del hecho que ejecutan. Pero es necesario apoderarse del fugitivo. Enciéndense linternas y hachas; ármanse de espadas, de palos, y de cuanto les viene a la mano; y corre esta ignoble multitud, guiada por un traidor, en persecución del Dios que la espera. He aquí los «grandes sentimientos de orden y de policía conservadora», que saluda la admiración retrospectiva de nuestros literatos! He aquí lo que ha mancillado la execración de los siglos con el nombre de «beso de Judas».

§ II. Anás y Caifás

8. «La cohorte, el tribuno que la mandaba y los satélites Judíos, continúa el Evangelio, prendieron a Jesús y le ataron. Entonces todos los Apóstoles, abandonándole, huyeron. Pero cierto mancebo le iba siguiendo, envuelto solamente con una sábana o lienzo sobre sus carnes, y los soldados lo cogieron; mas él soltando la sábana, huyó desnudo, y se escapó de ellos [1065]». Dispertado tal vez por el ruido de la multitud, dice el doctor Sepp, este joven discípulo, al [654] saber el objeto de la expedición nocturna, había dejado la cama en que dormía, cubriéndose apresuradamente con el lienzo que protegía su sueño y que los Árabes llaman aún en el día *heik*. Como San Marcos es el único Evangelista que refiere esta circunstancia, han deducido los Padres de la Iglesia que es él mismo el joven de quien hace mención. Y en efecto, la madre de Marcos tenía en este arrabal de Jerusalén una casa en que vivía con su hijo y donde se reunieron los Apóstoles y los discípulos, después de la muerte del Salvador [1066]. «Como quiera que sea, la tentativa de los soldados para apoderarse de este joven, prueba que les habían mandado los Sacerdotes prender a los Apóstoles. Los Evangelistas ni siquiera se cuidan de mencionar esta circunstancia que atenuaría su fuga. San Marcos escribe, dictándole Pedro: «Entonces le abandonaron todos los discípulos y huyeron», sin tomarse cuidado alguno de atenuar a los ojos del universo, con una palabra explicatoria, este acto de cobardía. ¿Conoce el racionalismo muchos ejemplos de un sentimiento semejante de impersonalidad entre los escritores?

9. «Atado Jesús por los soldados, continúa el sagrado texto, fue conducido primeramente a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año. Anás dio orden de llevarle a casa de su yerno Caifás, donde estaban congregados todos los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos. Iban siguiendo de lejos a Jesús Pedro y Juan [1067], el cual era conocido del Pontífice, y así pudo entrar con Jesús en el atrio; pero Pedro tuvo que quedarse fuera, mas Juan salió a la puerta y habló a la portera, que franqueó a Pedro la entrada al patio del Gran Sacerdote. Los criados y ministros estaban allí a la lumbre, porque hacía frío, y Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose. Entre tanto el Pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; he enseñado constantemente en las Sinagogas y en el Templo a donde concurren todos los Judíos, y no he pronunciado una sola palabra de enseñanza en secreto. ¿Para qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado, pues ésos saben las cosas que yo les he dicho. Y habiendo Jesús dicho esto, uno de los ministros asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes [655] tú al Pontífice? Díjole Jesús. Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres? -Los príncipes de los sacerdotes y todos los miembros del Consejo andaban buscando algún falso testimonio contra Jesús para condenarle a muerte, pero no le hallaban aunque se presentaron muchos falsos testigos, pues se

---

[1065] Math., XXVI, 56; Marc., XIV, 50-52; Joann., XVIII, 12.

[1066] Sepp. La Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 388.

[1067] Joann., XVIII, 13.

contradecían los falsos testimonios. Por último aparecieron dos falsos testigos; el primero declaró en estos términos. Le hemos oído decir: Yo puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días. El segundo habló así: Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho de mano de los hombres, y en tres días fabricaré otro sin obra de mano alguna. -Mas estos dos testimonios no estaban acordes entre sí. Entonces el Sumo Sacerdote, levantándose en medio de la asamblea, interrogó a Jesús diciéndole: ¿No respondes nada a estos cargos? Mas Jesús callaba y nada respondió. Interrogole nuevamente el Sumo Sacerdote, y le dijo: ¡Yo te conjuro en nombre de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, hijo de Dios! -Respondiole Jesús: Tú lo has dicho, yo soy, y aun declaro, que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la derecha de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo. -A estas palabras, el Gran Sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ¡Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia que han pronunciado sus labios! ¿Qué os parece? A lo que respondieron ellos: ¡Reo es de muerte! -Luego empezaron los criados a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas, y otros, después de haberle vendado los ojos, le daban bofetadas, diciendo: ¡Cristo, profetízanos, adivina quién te ha herido! Y repetían otros muchos dicterios, blasfemando contra él [1068]».

10. «¡He aquí el gran sentimiento de orden y de policía conservadora que presidió a todas las medidas!» En vano se busca sombra de justicia alguna en este hipócrita aparato del tribunal en que son violadas injuriosamente todas las prescripciones del código judío y todas las nociones de la jurisprudencia general. ¿Por qué este primer descanso de la vía dolorosa en casa de Anás? ¿Con qué derecho se hace llevar la augusta víctima ese suegro del Gran Sacerdote que había pagado a los Romanos para transmitir a su yerno Caifás la púrpura de Aarón? El texto del Evangelio dice más, en su divina [656] sencillez que todos los comentarios. Lleváronle a casa de Anás, *porque* Anás era suegro de Caifás». ¡Motivo singular para hacer comparecer ante él a un acusado! La ley mosaica no era más que un negocio de familia, y el proceso de Jesús comienza por una irrisión. Pero era preciso dar tiempo a los Escribas, para que reunieran sus famosos testigos en el palacio del Gran Sacerdote. La casa de Anás estaba situada en la montaña de Sión, a la entrada de la ciudad, a una milla del huerto de Getsemaní. Para llegar a ella, tuvo que bajar Nuestro Señor al valle de Josafat; atravesar el Cedron [1069], en frente del sepulcro de Absalón; subir la colina del Templo, y penetrar en la ciudad por la puerta Sterquilina. Habían trascurrido cuatro días desde su entrada triunfal, y apenas habían podido marchitarse las palmas con que se había alfombrado el camino. Al *hosanna* del pueblo habían sucedido los gritos de muerte de una horda infame. Sin embargo, era siempre un rey el que entraba en Jerusalén, sin que disminuyeran su

---

[1068] Math. XXVI, 59-68. Marc., XIV, 53-65.

[1069] «Una tradición local refiere, que atravesando Nuestro Salvador el Cedron, cayó sobre una piedra que conservó la señal de sus rodillas». (M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. II, pág. 199.) La impresión de estos vestigios se distingue poco en el día; pero se ha conservado el lugar mismo de la caída en la memoria de los habitantes, los cuales lo enseñan aún a los peregrinos. Esta circunstancia tradicional recuerda a la memoria la profecía de David: De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput. -Una Iglesia perteneciente a los Armenios ocupa hoy el solar de la casa de Anás.

poder las esposas con que se habían cargado sus manos. ¡Qué rayo de majestad divina brilla súbitamente, en el tribunal de Caifás! «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Me veréis un día sentado a la derecha de Jehovah, descender en las nubes del cielo!» He aquí el rayo que surca las tinieblas de esta horrible noche, retumbando en la conciencia de los mismos jueces. Ha poco escribía un literato: «Jamás tuvo Jesús la idea de presentarse a los Judíos como Dios. Su mal humor contra el Templo, que había detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte». ¿Ha leído realmente el Evangelio el literato que usa este lenguaje? La «imprudente palabra contra el Templo» no figura «en los considerandos de la sentencia de muerte». Jesús había dicho a los Judíos: «Destruid el Templo, y yo lo reedificaré en tres días.» Y añade el Evangelista: «Jesús quería hablar del Templo de su cuerpo [1070].» Falsos testigos tratan de desnaturalizar esta palabra. El [657] uno la disfraza en estos términos: «Yo arruinaré el Templo.» Jesús no había pronunciado esta afirmación amenazadora, sino que había dicho hipotéticamente: «Destruid este Templo.» Llega después el segundo testigo, y su declaración manifiesta claramente que el Salvador hablaba de otro Templo distinto del de Jerusalén, puesto que había dicho: «Reedificaré otro que no será obra de mano del hombre. [1071]» Esta doble declaración falaz y contradictoria, fue desechada. El Evangelio lo dice en términos formales: *Non erat conveniens testimonium illorum.* Caifás proclama un instante después su nulidad: *¿Quid adhuc egemus testibus?* ¿Dónde, pues, ha encontrado el racionalista moderno monumentos desconocidos que atestigüen que figuró «la palabra imprudente» contra el Templo entre los considerandos de la sentencia de muerte? Lo que está en el Evangelio tan patente como la luz del Sol, es la solemne declaración de Jesús: «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo.» El Salvador ha guardado silencio mientras se ha tratado de acusaciones calumniosas, o de declaraciones contradictorias puestas en labios venales de testigos falsos. En este acusado que calla, no ven nuestros retóricos más que un hombre. Un hombre ante este tribunal inicuo hubiera protestado contra un juicio tan ilegal. Hubiera invocado los textos mosaicos que prohibían instruir un proceso criminal por la noche, que prohibían absolutamente toda sesión de este género durante la solemnidad pascual; hubiera recusado sobre todo, como juez a este Caifás, que se había constituido anteriormente en acusador suyo. Cuando le echa en cara un testigo el haber conspirado para destruir el Templo, calla Jesús. Pero, ¿se conoce bien el valor de semejante acusación en el pueblo judío? El Templo de Jehovah era toda la nacionalidad hebraica; la ley divina y humana reunidas en un monumento que todos los hijos de Abraham creían eterno. Para defender este Templo imperecedero contra las legiones romanas, se habían hecho degollar 1.100,000 judíos. Si se hubiese probado que había pensado tan sólo Jesús en destruir el Templo, le hubieran degollado al punto los testigos, los jueces, satélites y criados. Sin embargo, Jesús guardó silencio. Con una sola palabra hubiera podido deshacer la equivocación y restablecer el verdadero sentido de las palabras de que se le acriminaba falsamente. Mas sus labios no [658] pronuncian esta palabra. Cuando abra la boca, será para afirmar su divinidad, que no ha cesado de proclamar durante los tres años de su ministerio público. Es preciso que sepa el Sanhedrín el nombre

---

[1070] Joann., II, 21.

[1071] Esta observación juiciosísima, es de M. Dupin: Proceso de Jesucristo, edit. en 32, pág. 54-55.

de su víctima: «Soy Cristo, Hijo de Dios vivo. Un día me veréis sentado a la diestra del Todopoderoso descender en las nubes del cielo. ¡Ahora puede ya Caifás desgarrar su túnica de gran sacerdote, pues nunca volverá a ser cosida! Con ella ha desaparecido a girones el sacerdocio de Aarón. Los Escribas han juzgado a un Dios; le han condenado como Dios; el único «considerando que figura en la sentencia de muerte» es el título de Dios que se atribuye Jesús en voz alta. Después de esta manifestación de la divinidad, se entrega el Hijo del hombre a los ultrajes de la horda que le rodea. Todavía continúan, y el divino Maestro no cesa de presentar la mejilla a quien quiere abofetearla o escupirla. ¡En esta señal se reconoce siempre al Hombre Dios!

11. «Pedro estaba sentado fuera en el atrio, dice el Evangelista, entre los criados y los satélites que estaban calentándose alrededor del brasero encendido. La criada del Gran Sacerdote que le había hecho entrar, clavando los ojos en él al resplandor del fuego que daba en su rostro, exclamó: ¡Éste también se hallaba con Jesús! -Y dirigiéndose a Pedro, ¿no eres tú, le dijo, uno de los discípulos del Galileo? No: contestó el Apóstol, delante de todos estos testigos: ¡No le conozco! No sé lo que quieres decir. Y saliendo Pedro fuera del vestíbulo, cantó el gallo. Otra criada le reconoció también y dijo a los criados. Este hombre se hallaba también con Jesús Nazareno. Pedro había vuelto junto al brasero, y estando allí en pie calentándose, le dijeron ellos: ¿No eres tú uno de sus discípulos? Pedro lo negó segunda vez, afirmando con juramento: ¡No conozco a tal hombre! -Cerca de una hora después, uno de los criados del Gran Sacerdote, pariente de aquel a quien había cortado la oreja Pedro en Gethsemaní, le reconoció también y exclamó: ¡No hay duda, éste estaba también con él, porque se ve que es igualmente de Galilea. -Y dirigiéndose a Pedro, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? -No sé qué es lo que quieres decir, contestó Pedro. -Seguramente, replicaron los asistentes, tú eres uno de sus discípulos; pues eres también Galileo, según revela tu lenguaje. Entonces empezó a echar imprecaciones y a jurar que no había conocido a tal hombre. Y al momento cantó el gallo por segunda vez. [659] Con lo que se acordó Pedro de la palabra que le había dicho Jesús en el Cenáculo: Antes de cantar el gallo por segunda vez, me has de negar tres veces. Y saliendo afuera, lloró amargamente [1072].»

Marcos, el discípulo de San Pedro, es el que consigna con más pormenores las circunstancias de estas tres negaciones. Los otros Evangelistas indican brevemente el hecho. Pero la mano que guía el Príncipe de los Apóstoles, insiste en la caída, nota todos sus incidentes, inscribe cada una de sus fases. Cuando se trata de las prerrogativas de la soberanía dadas a Pedro; cuando se trata de los actos de adhesión, de impulsos de amor o de raptos de afecto cuya iniciativa había tomado Pedro durante tres años, en medio del colegio Apostólico, se detiene bruscamente el relato de Marcos. Pero aquí se acusa Pedro por boca de su discípulo. Jamás se agotarán las lágrimas que comenzó a derramar en aquella noche, pues según nos dice la tradición, araron sobre su rostro un surco que siempre estaba húmedo. Así le vio Roma en la silla curul del senador Pudens; y cuando se le preguntaba por qué se habían convertido sus ojos en una fuente de lágrimas, respondía contando la historia de su caída. Pedro llora siempre en la Iglesia; mas no por eso es menos el

---

[1072] Math., XXVI, 69 ad ultim. Marc., XIV, 66 ad ultim. Luc., XXII, 54-62. Joann., XVIII, 25-27.

jefe supremo de la Iglesia. Necesitábamos, dice San Crisóstomo, un jefe que supiera por la experiencia de una caída personal, templar en la misericordia y la paciencia el rigor de sus justas sentencias. ¡La voz de una criada hizo caer al primer Papa; y ni el estruendo de las batallas, ni la amenaza de los conquistadores han podido conmover a uno solo de sus sucesores! Tal fue el divino poder de una mirada fijada en Pedro, cuando los criados de Caifás, cansados de golpear a su víctima, condujeron a Jesús al calabozo del palacio pontifical, para poder descansar ellos mismos hasta la mañana siguiente.

§ III. Poncio Pilatos

12. No podía pronunciarse de noche una sentencia capital, por prohibirlo la ley Judía. Sin embargo, el odio del Sanhedrín no se había detenido ante este obstáculo, habiéndose pronunciado contra Jesús la sentencia de muerte clandestinamente y en la sombra. Caifás [660] y sus Escribas quisieron aprovechar las últimas horas de la noche para consumar su atentado; pero libres para juzgar y condenar, no tenían el poder jurídico de hacer caer una sola cabeza. Habiendo dominado Roma a todo el mundo con la espada, se había reservado por todas partes el dominio supremo de la espada. Era, pues, preciso ratificar por medio del pretor romano, Pilatos, la condena de Jesús. Según, pues, el derecho romano no podía pronunciarse sentencia alguna antes de la aurora. «Luego que fue de día, continúa el Evangelista, todos los príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo, los Escribas y el Sanhedrín, tuvieron consejo contra Jesús para hacerle morir [1073]. Sin embargo, uno de los ancianos, el senador Josef de Arimatea, varón virtuoso y justo, que era de los que esperaban el reino de Dios, rehusó concurrir a sus deliberaciones y al designio de los demás [1074]. Fue llevado Jesús a la sala del consejo y le dijeron los jueces: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Respondioles Jesús: Si os lo dijere, no me creeréis, y si yo os hiciese alguna pregunta, no me responderéis ni me dejaréis ir. Mas después de ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Dijéronle entonces todos: Luego tú eres el Hijo de Dios. Respondioles él: Así es que yo soy como vosotros decís. A estas palabras exclamaron ellos: ¡Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca!

[1073] La asamblea precedente, que se había celebrado a media noche en casa de Caifás, no se componía más que del colegio de los Sacerdotes, es decir, del Consejo de los veinte y tres. Ahora, el Sanhedrín o Gran Consejo de los setenta y dos, compuesto de los tres Estados en Israel, va a confirmar la primer sentencia, para dar más peso al tribunal de Pilatos. (Sepp, La Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tomo II, pág. 400.)

[1074] Luc., XXIII, 50-51.

¡Reo es, pues, de muerte [1075]! En esta ratificación sumaria de la sentencia precedente, ya no hay testigos ni forma alguna jurídica, manifestándose únicamente el odio y la venganza. La ley judía prohibía condenar a un hombre, aun por su propia confesión, si no tenía otros testigos del crimen. No podían verificarse las reuniones legales del gran Consejo sino después del sacrificio de la mañana, entre las ocho o las nueve, a fin de que pudiera asistir todo el pueblo a la instrucción del proceso, conocer la acusación y apreciar la justicia de la sentencia. Finalmente, no podía pronunciarse condenación alguna a pena capital, sino hasta tres días después del juicio. [1076]Pero el [661] Sanhedrín «se reunió, dice el Evangelio para condenar a Jesús a muerte.» No son, pues, ya jueces, sino verdugos los que pronuncian el fallo.

[1075] Marc., XV, 42. Luc., XXIII, 51.

[1076] M. Dupin ha resumido perfectamente las reglas fundamentales y la práctica de la jurisprudencia criminal entre los Judíos: «En el día del juicio, hacían comparecer los alguaciles al acusado. A los pies de los ancianos estaban sentados ciertos hombres, que con el nombre de auditores o de candidatos, seguían bajo ciertas reglas las sesiones del Consejo. Después de verificada la lectura del proceso, se hacía entrar uno después de otro, a los testigos. El presidente dirigía a cada uno esta exhortación: «No te exigimos que nos digas lo que sepas por conjeturas, ni por rumor público; piensa que va a pesar sobre ti una responsabilidad muy grave; que el negocio de que se trata no versa sobre intereses en que es posible reparar el daño; que si por tu testimonio llegara a condenarse injustamente al acusado, su sangre, y aun la de toda su posteridad, de que privaste al mundo, recaería sobre ti; que Dios te pedirá cuenta, como se la pidió a Caín por la sangre de Abel. ¡Habla!» Y La declaración sola de un individuo contra sí mismo, la de un profeta, por famoso que fuese, jamás determinaban una condenación. «Ninguno debe obrar en perjuicio de sí mismo, decían los doctores. Si alguno se acusa ante la justicia, no debe creársele, a menos que el hecho esté comprobado por otros dos testigos; siendo digno de notar a este propósito, que la muerte inferida a Hacán en tiempo de Josué, fue una excepción ocasionada por la naturaleza de las circunstancias; porque nuestra ley jamás condena por la simple confesión del acusado, ni por el dicho de un solo profeta...» Después del examen de las pruebas, los jueces que estaban por la inocencia del acusado, exponían sus motivos, y los que le creían culpable, hablaban en seguida con la mayor moderación. Uno de los auditores o candidatos, encargado, sea directamente, sea de oficio, de la defensa, tomaba lugar en un estrado y arengaba a los jueces y al pueblo. Cuando quería hablar el mismo acusado, se le prestaba la mayor atención. Acabados los debates, se hacía alejar a los asistentes, y trascribían los votos dos escribas, el uno los favorables, y el otro los condenatorios... Si absolvía la mayoría de los votos, se ponía al punto en libertad al acusado; si era preciso castigarle, diferían los jueces hasta el tercer día siguiente el pronunciamiento de la sentencia. En la mañana del día tercero, volvían los jueces a ocupar las sillas del tribunal, y volvía a votarse. Los que habían absuelto en la primera votación, no podían ya votar condenando; pero al contrario, el que había condenado la primera vez, podía absolver en esta nueva sesión. Si condenaba la mayoría, acompañaban dos magistrados al momento al condenado al suplicio. Los Ancianos no bajaban de sus asientos; colocaban a la entrada del tribunal un preboste, que tenía en su mano una banderola, y otro preboste seguía a caballo al sentenciado, volviendo incesantemente la vista hacia el punto de partida. Si en el entretanto, venía alguno a anunciar a los Ancianos nuevas pruebas favorables, el primer preboste agitaba su banderola, y el otro, no bien lo observaba, conducía al condenado. Durante el tránsito de la comitiva, decía un heraldo en voz alta, el nombre de éste, el de los testigos, y el motivo de la condenación, añadiendo: ¡Si alguno tiene noticias que dar en favor suyo, apresúrese a hacerlo!» Fundado en este principio, fue como el joven Daniel hizo retroceder la comitiva que conducía a Susana al suplicio. Si no ocurría incidente alguno de este género, se apremiaba al condenado por última vez a confesar su crimen, se le hacía beber un narcótico, para que le fuera menos terrible la consideración de la proximidad del suplicio, y se ejecutaba la sentencia.» (Dupin. Proceso de Jesús, pág. 15-22.) Si tenemos el derecho de admirar semejante legislación, no se nos podrá rehusar el de consignar que fue indignamente violada, con respecto al divino condenado, Jesucristo.

Su considerando es siempre el mismo. Jesús, atado como un criminal vulgar, ajado el semblante con las bofetadas y salivas [662] de una turba infame, se ha proclamado el Cristo, Hijo de Dios vivo. Léese en la primer página del Evangelio: «El Verbo se hizo carne.» Toda la vida de Jesucristo, desde el pesebre de Belén hasta la sentencia de muerte, no ha sido más que el comentario definitivo de esta divina revelación: «¡Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo!»

13. «La multitud, continúa el historiador sagrado, se precipitó sobre Jesús. Cargósele de cadenas y le llevaron tumultuosamente desde casa de Caifás hasta el pretorio del gobernador Poncio Pilatos. [1077]Era muy de mañana, y los Judíos no quisieron entrar en el pretorio por no contraer la impureza legal que les hubiera imposibilitado comer la Pascua. Así es que estaban a la puerta exterior del tribunal. En aquel momento, el traidor Judas, viendo que era condenado Jesús, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata que había recibido, a los Príncipes de los Sacerdotes, diciendo: ¡Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente del Justo!- A lo que dijeron ellos: ¿A nosotros qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fue, y echándose un lazo, desesperado, se ahorcó. En las angustias de su agonía, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas. [1078]Los Príncipes de los Sacerdotes, habiendo recogido las monedas, dijeron: No es lícito depositarlas en el «Corban [1079] (*Gazophylacium*) o Tesoro Sagrado» porque son precio de sangre. -Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros, por lo cual se llama este campo aun en el día *Haceldama*, [1080]esto es, «campo de sangre» con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Zacarías, que dice: «Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto [663] en venta, según que fue valuado por los hijos de Israel, y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero. Tal es la revelación que me ha hecho Jehovah.» [1081]El escrúpulo de los Judíos que acaban de condenar a un inocente, y que no se atreven a entrar en el pretorio de Pilatos, por temor de contraer una impureza legal, es un rasgo de costumbres farisaicas, que basta hacer notar. La desesperación y el suicidio de Judas Iscariote, referidos tan claramente por el Evangelista, nos recuerdan otros escrúpulos que ha concebido ha poco la

---

[1077] Pilatos habitaba el palacio situado en el ángulo Nordeste del gran cercado exterior del Templo, junto a la torre Antonia. El sitio donde administraba justicia, el pretorio, se hallaba hacia la parte oriental del palacio. Ésta es la primera estación del camino de la cruz. El palacio de Pilatos se había convertido en iglesia por la piedad de los fieles; hoy pertenece todo entero a los musulmanes, y en él se encuentra un cuartel, cuadras y ruinas.

[1078] Act., I, 18.

[1079] Corban, significa en hebreo: don. En otra parte hemos tenido ocasión de notar que esta palabra había llegado a ser sacramental para expresar un don que se hacía al Señor. El escrúpulo de los Príncipes de los Sacerdotes es un nuevo rasgo de hipocresía, digno de su farisaísmo.

Toda esta eminencia se halla cubierta de antiguos sepulcros. (M. Mislin Los Santos Lugares, tom. III, pág. 206, 504.)

[1080] Haceldama, «el campo de sangre» se halla situado al Sur de Jerusalén, en la confluencia de los tres valles, en la cima. En él se encuentra una arcilla blanquecina, propia para hacer pucheros, de que se usa aún en el día.

[1081] Zachar., XI, 12. Math., XXVII, 1-10, Marc., XV, 1. Luc., XXIII, 1. Joann., XVIII, 28.

conciencia de nuestros literatos. Simpáticos a este desdichado cajero, no pueden admitir tan triste fin los racionalistas modernos. «Tal vez, dicen, retirado a su campo de Hakeldama, llevó Judas una vida pacífica y oscura, mientras sus antiguos compañeros conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia.» [1082]No hay duda, que después de haber tenido el valor de vender a su Maestro, y con mayor razón, a su Dios, por treinta monedas de plata, hay derecho para esperar una muerte pacífica y tranquila, como un propietario que se retira al campo. Sin embargo, esta hipótesis idílica no tranquiliza completamente a nuestros literatos, sobre el destino del infortunado Iscariote. «Tal vez también, dicen, la espantosa odiosidad que pesó sobre su cabeza, fue a parar a actos violentos, en que se vio el dedo del cielo.» [1083]¡Una acusación de asesinato, lanzada a la faz del siglo apostólico, que sólo tuvo mártires! ¡Sofista, permítenos pensar que cuando pusiste este punto de interrogación sobre tantas famas ilustres, no comprendiste [1084] lo que hacías!

14. «Entre tanto, continúa el Evangelio, el gentío se agitaba tumultuosamente a la puerta del pretorio. Pilatos salió, pues, afuera, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? -Respondiéronle y dijeron: ¡Si éste no fuera malhechor, no le hubiéramos puesto en tus manos! Replicoles Pilatos: Pues tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. -Pero respondieron los Judíos: A nosotros no nos es permitido condenar a nadie a muerte. Con lo que vino a cumplirse lo que dijo Jesús que moriría por mano de los [664] Gentiles. Entonces comenzaron a acusarle ante Pilatos, diciendo: Le hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y prohibiendo pagar los tributos a César, y diciendo que él es el Cristo-rey.» [1085]

Poncio Pilatos, hechura de Seyano, había recibido de este favorito de Tiberio el gobierno de la provincia *presidial* de Judea. Llamábanse así las provincias que provenían directamente del emperador, para distinguirlas de las provincias *senatoriales,* cuyos titulares eran nombrados por el Senado. Este pormenor de administración romana nos hace comprender la exactitud jurídica del título de *Praeses,* que da el Evangelio a Poncio Pilatos. Aunque simple pretor, tenía Pilatos el derecho de vida y muerte en la provincia presidial. Este derecho de la espada que le había concedido Tiberio, podía herir a la misma mano que lo ejercía, pues según las circunstancias, era tan peligroso hacer uso de él, como dejarlo dormir. Los Judíos, siempre rebeldes a la dominación del extranjero, habían dado ya a Pilatos más de un ejemplo de su obstinación. El gobernador romano los despreciaba y los temía a un mismo tiempo. En vista de esta multitud sediciosa, trata de desembarazarse del juicio que se lleva a su tribunal: sospecha que se trata de un asunto esencialmente judío, en que sólo se hallan en juego las pasiones de esta nación, y por eso contesta: «Encargaos de él vosotros mismos, y juzgad a este hombre según vuestra ley.» Pero los Príncipes de los Sacerdotes no quieren cargar con la responsabilidad

---

[1082] Vida de Jesús, pág. 438.

[1083] Vida de Jesús, pág. 438. Con simio pesar consignamos esta palabra deplorable. El racionalismo futuro podrá mostrarse más instruido, más formal, y sobre todo más lógico; pero le será siempre imposible emplear más mala fe.

[1084] [«comprendiste» corregido de la fe de erratas del original (N. del E.)]

[1085] Joann., XVIII, 29-32. Luc., XXIII, 2.

que él les devuelve, y dan esta razón: «Nosotros no tenemos potestad para condenar a nadie a muerte.» Así, pues, no hay duda que piden la pena de muerte contra Jesús. Sin embargo, el Sanhedrín podía pronunciar la pena de muerte en los asuntos puramente eclesiásticos; ratificándose siempre una sentencia de esta clase. Pilatos reconoce aquí en ellos este derecho, el cual ejercieron todavía por mucho tiempo, según nos lo prueba el martirio de San Esteban; si bien en este caso era el suplicio, de lapidación. La sentencia debía sancionarse y ejecutarse por el pueblo mismo. Pues bien; el juicio previo, en virtud del cual debía deferirse a Pilatos el divino acusado, se había celebrado en la sombra, a puerta cerrada, sin que hubiera tomado parte en él el pueblo; puesto que no era el pueblo la gente de servicio que habían desencadenado los Sacerdotes y los [665] Escribas. Había comenzado la grande octava de la santa solemnidad llegando a ser imposible, durante ocho días, toda ejecución capital por mano de los Hebreos. Era, pues, preciso, a toda costa, que se erigieran en verdugos Pilatos y los soldados romanos. He aquí por qué exclamaban los Sacerdotes: «Os traemos un sedicioso que se niega a pagar el tributo a César. Pues bien; dos días antes había formulado Jesús esta doctrina solemne: «Dad al César lo que es del César.» Pero ¿qué importaba una nueva mentira a estos perjuros? Prohibir pagar el tributo al César, cuando el César se llama Tiberio, es un crimen que basta enunciar, para entregar un inocente a la muerte. «Se dice el Cristo-rey,» añaden. Proclamar una pretensión al trono cuyo monopolio tiene Tiberio; sublevar al pueblo contra Tiberio, y prohibir pagar el impuesto; he aquí tres acusaciones capitales, con las que no podía transigir Pilatos sin jugarse él mismo la cabeza. No se trata ya por los Judíos del «blasfemo que se ha llamado Hijo de Dios.» Olvídanse de la acusación de lesa majestad divina; y la trasforman en acusación de lesa majestad Cesárea; y Pilatos que se hubiera desdeñado de la primera, se ve obligado a considerar la segunda seriamente.

15. «Pilatos entró de nuevo en el pretorio, continúa el Evangelio, e hizo comparecer a Jesús. El Señor compareció en pie ante el gobernador, que le interrogó en estos términos: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Respondió Jesús: ¿Dices tú eso de ti mismo, o te lo han dicho de mí otros? Replicole Pilatos: ¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los Pontífices te han entregado a mí, ¿qué has hecho tú? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayera en manos de los Judíos; mas ahora, [1086]mi reino no es de aquí. -¿Luego tú eres rey? le replicó Pilatos. Respondió Jesús: Así es, como dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que está por la verdad, escucha mi voz. ¿La verdad? dijo Pilatos. ¿Qué es la verdad? -Y diciendo esto, sin esperar la respuesta, salió segunda vez a los Judíos, y les dijo: Yo ningún delito hallo en este [666] hombre. -Entonces los Ancianos y los Sacerdotes volvieron a multiplicar sus acusaciones: Jesús guardó silencio. Por lo que Pilatos le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan? ¿Nada tienes que contestar? Pero Jesús nada más contestó; por manera que el presidente quedó maravillado en extremo. -Sin embargo, los Judíos insistían más y más, diciendo: Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó,

---

[1086] Nunc autem regnum meum non est hinc. Los enemigos del reino de la Iglesia tienen cuidado, al citar este texto, de suprimir el Nunc, «al presente» que sirve de obstáculo a sus teorías. (V. el P. Scio cuya traducción igual a la de Mr. Darras, hemos adoptado aquí). -(N. del T.)

hasta aquí. -Oyendo pronunciar Pilatos la palabra Galilea, preguntó si aquel hombre era Galileo, y cuando se aseguró de ello, como el acusado, siendo Galileo, dependía de la jurisdicción de Herodes, envió Pilatos, pues, a Jesús al Tetrarca que estaba en Jerusalén hacía algunos días.» [1087]

Se llegaba al pretorio por una escalera de mármol blanco de veinte y ocho gradas, y es la *Scala Santa* que se llevó más adelante a Roma por Constantino el Grande. Nuestro Señor la subió tres veces durante su Pasión. [1088]La han subido también de rodillas todas las generaciones cristianas de los peregrinos. Cuando salió Pilatos a hablar a los Judíos, como dice el Evangelio, se paró en lo alto de esta escalera. «Así, el escrúpulo de los Príncipes de los sacerdotes fue respetado, y conservaron intacta la pureza legal, que no les impedía mancharse con la sangre del Justo.»

Sólo los soldados romanos escoltaron al divino Maestro, cuando tuvo que subir la escalera pretoriana y que comparecer en el tribunal del gobernador. El interrogatorio fue según la fórmula breve e irónica que afectaba la justicia de Roma para el universo vencido. «¿Acaso soy yo judío, pregunta Pilatos, para creer en el reinado de un Cristo? ¿Qué has hecho? ¿Eres, pues, tú rey?» -Y cuando habla Jesús a este romano que administra justicia en nombre de Tiberio, de «un reino que no es de este mundo,» de un cetro que «no es actualmente de aquí bajo»; Pilatos se encoge de hombros. Hasta más tarde no conocerá Roma este duple reinado espiritual y temporal, que ha de asegurarle el imperio inmortal de la verdad. Pero en [667] aquel momento, Pilatos, representante de la filosofía de Roma pagana, hace con una sola palabra su profesión de fe. «¿Qué es la verdad?»- «No pide respuesta, dice un autor ilustre, estaba seguro de que no la obtendría.» [1089]Busca en el acusado crímenes, y sólo encuentra ideas cuya expresión, tendencias y trascendencias reales no comprende, pero cuya inocencia es incontestable. Después vuelve a decir a los Judíos: «No he encontrado crimen en este hombre.» Juez competente, anula la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrín. Si Pilatos hubiera sostenido como era deber suyo, la inviolabilidad de la sentencia absolutoria; si hubiera resistido a los clamores de la multitud deicida, no hubiera sido entregado su nombre a una infamia eterna. Pero no tiene el valor de la justicia, y se deja intimidar por las vociferaciones de los Judíos. Tal vez es tan poca cosa la vida de un inocente para este romano que no quiere tomarse la pena de defenderla. ¿Qué es una víctima más en el reinado de Tiberio? Como quiera que sea, Jesús de

---

[1087] Joann., XVIII, 33-38. Math., XV, 2 y sig. Marc., XV, 2-3. Luc., XXIII, 2-7.

[1088] «La primer vez para su interrogatorio; la segunda, al volver ante Herodes, y la tercera después de la flagelación. Esta escalera, regada con la sangre de Jesucristo, se ha conservado en una capilla, cerca de la basílica de San Juan de Letrán. Se halla tan gastada de arrodillarse los fieles, que ha sido preciso revestirla con recias tablas de madera de nogal, que se han renovado varias veces.» (M. Mislin, Los Santos Lugares, tom. III, pág. 207.)

[1089] L. Veuillot. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, pág. 432.

Nazareth depende de la jurisdicción del tetrarca Herodes, y Pilatos remite la causa a su príncipe natural. [1090]

16. «Herodes, dice el historiador sagrado, holgose sobremanera de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que había oído de él, y con esta ocasión esperaba verle hacer algún milagro. Hízole, pues, muchas preguntas, pero él no le respondió palabra. Entre tanto, los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas (que no temían ya contraer la impureza legal en el palacio de un príncipe judío) estaban en pie junto al trono de Herodes, y persistían obstinadamente en acusarle. Mas Herodes con todo su séquito, le despreció, y para burlarse de él le hizo vestir de una ropa blanca (como se hacía con los locos), y le volvió a enviar a Pilatos. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos que estaban enemistados.» [1091]

El matador de Juan Bautista temió en otro tiempo que su víctima, resucitando de entre los muertos, hubiera tomado la forma de Jesús de Nazareth; pero se disipa su terror al ver una figura que en [668] nada se parece a la del encarcelado de Maqueronta. El silencio del divino acusado provoca las burlas del príncipe y sus cortesanos. Por ventura ¿no se sospecha siempre que la inocencia que calla, ante las potestades de este mundo, es rebelde o loca?

17. Jesús fue, pues, vuelto a conducir al Pretorio. «Pilatos, continúa el Evangelio, dijo a los Príncipes de los Sacerdotes, a los Ancianos y al pueblo reunidos: Vosotros me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de los de que le acusáis. Pero ni Herodes le halló, puesto que os remití a él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte; y así soltarele después de algún castigo.» [1092]¿Castigo por qué? puesto que es inocente. He aquí la justicia sumaria de Pilatos. Y no obstante, nos vemos obligados a añadir, que el inicuo expediente del gobernador romano, era en realidad un acto de clemencia, si se compara con el odio obstinado de los Sacerdotes. Todos los castigos que podrá imponerse a Jesús, no satisfarán su rabia; porque quieren su muerte. La proposición de Pilatos no fue aceptada. «Acostumbraban los presidentes o gobernadores romanos, continúa el Evangelio, conceder por razón de la fiesta de Pascua la libertad de un reo a elección del pueblo, y teniendo a la sazón en la cárcel a un ladrón muy famoso llamado Barrabás, culpable de robo, de sedición y asesinato, preguntó Pilatos a los que habían concurrido: Os repito que no hallo delito alguno en el hombre que me habéis traído a mi tribunal; mas ya que tenéis costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al Rey de los Judíos? ¿A quién elegís de Barrabás o Jesús, que es llamado el Cristo? -Pilatos hacía esta nueva proposición al pueblo y no a los Príncipes de los Sacerdotes, cuyo odio personal a Jesús era conocido. Y estando el gobernador sentado en su tribunal,

---

[1090] El palacio de Herodes se hallaba solo a una pequeña distancia del pretorio, en la colina de Acra. El sitio donde compareció Nuestro Señor ante el tetrarca, se había convertido en una Iglesia; pero hoy está arruinada, así como el resto del palacio.

[1091] Luc., XXIII, 8-12.

[1092] Luc., XXIII, 13-17.

le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. -Pilatos esperaba que el pueblo sería más compasivo que los Príncipes de los Sacerdotes, pero éstos, de concierto con los Ancianos y con los Escribas, indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es, que preguntándoles el presidente otra vez, y diciendo: [669] ¿A quién de los dos queréis que os suelte? respondió el pueblo a una voz: Desembarázanos de Jesús y danos a Barrabás. -Replicole Pilatos: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo? Exclamaron todos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Por tercera vez replicoles Pilatos, diciendo: Pues ¿qué mal ha hecho? Yo no hallo en él causa alguna de muerte. -Mas ellos sin escucharle, redoblaron sus gritos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! y la gritería era más amenazadora. -Pilatos dijo al fin: Voy a hacerle azotar y le soltaré después.» [1093]

18. Según testifica la tradición, la mujer de Pilatos se llamaba Claudia Prócula. Es probable que fuera una liberta de la familia *Claudia,* de que procedía el mismo emperador Tiberio. Había acompañado a su esposo a la Judea. [1094] Sabida es la importancia que los antiguos daban a los sueños. La oneirocricia o adivinación por sueños, había recorrido el mundo pagano. Del palacio de los Faraones pasó a los de Nínive, de Babilonia y de Persépolis; reinó en la Grecia y dominó a los Romanos, dueños del universo. Calpurnia, aterrada por un sueño, quiso impedir a Julio César que fuera al Senado el día en que debía ser asesinado el héroe. Claudia Prócula quiso sin mejor éxito evitar a Pilatos la mancha que iba a caer en su nombre. El gobernador o presidente intentó, no obstante, disputar la vida de la augusta víctima al furor de sus enemigos. Contaba con que la vista de la sangre inocente que iba a correr a oleadas al azote de los soldados, enternecería a los Judíos. Mas esta cruel concesión debía ser más funesta al acusado que una sentencia capital, pues en lugar de un suplicio, iba a sufrir dos Jesús. La flagelación era un tormento equivalente a la muerte, con que terminaba con frecuencia. El paciente, medio encorvado y metidas ambas manos en un anillo de hierro sujeto a una columna, era despojado de sus vestidos hasta la cintura. Azotábanle cuatro soldados sin contar los golpes, con correas de cuero armadas de bolillas de plomo y garfios de hierro. «Pilatos, dice el Evangelista, mandó azotar a Jesús. Los soldados [670] le llevaron entonces fuera del pretorio, [1095] y después de ejecutar esta orden, le volvieron al

---

[1093] Math., XXVII, 15-23. Marc., XV, 6-14. Luc., XXIII, 17-23. Joan., XVIII, 39-40.

[1094] El emperador Augusto había confirmado la antigua ley Oppia, que prohibía a los gobernadores llevar consigo a sus mujeres a las provincias, cuyo mando tenían. Esta medida fue derogada en tiempo de Tiberio. Concediose formalmente esta autorización a los gobernadores, pero haciéndoles personalmente responsables de los desórdenes y turbulencias, que pudiera ocasionar la presencia de sus mujeres. (Cf. Sopp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. III, pág. 417-419.)

[1095] «Era costumbre azotar a los malhechores fuera del recinto de palacio.

El sitio de la flagelación está al lado opuesto al en que se situaba la multitud delante de la escalera del pretorio, cuyo sitio marca una pequeña iglesia restaurada en 1838 por la munificencia del duque Maximiliano de Baviera.

Todavía subsisten dos columnas llamadas 'de la flagelación'; la una en Jerusalén, en la Iglesia del Santo Sepulcro, y la otra en Roma, en la basílica de Santa Práxedes. Créese comúnmente que la primera es la del pretorio, y la segunda la de la casa de Caifás.» M. Mislin. Los Santos Lugares, tom. II, pág. 211-214.

vestíbulo. Reunida allí toda la cohorte, le vistieron un manto de escarlata y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas [1096] y una caña [1097] en la mano derecha, y se arrimaban a él, y doblando la rodilla, postrándose ante él, le escarnecían diciendo: ¡Salve, oh rey de los Judíos! y dábanle de bofetadas. Al mismo tiempo heríanle con la caña que habían puesto en sus manos atadas y le cubrían de salivas.» [1098]Así, pues, comenzó a correr en la pasión la sangre del Redentor al azote de un soldado romano. Un soldado romano fue quien coronó de espinas al Rey de los Judíos y del mundo. ¡Con cuántas lágrimas de amor no ha rescatado la Roma cristiana estos atentados de la Roma de Tiberio! Entre tanto Pilatos volvió a tomar al divino flagelado, y salió con él del palacio. Y salió juntamente con Jesús a lo alto de una arcada que cruzaba la calle, y dominaba a toda la multitud; Jesús, dice el Evangelista, llevaba la corona de espinas en la cabeza y el manto de escarlata en los hombros. He aquí, dijo Pilatos, que os lo saco fuera para que reconozcáis que yo no hallo en él delito alguno. Después, enseñándoselo con el dedo, añadió: ¡Ved aquí al Hombre! Luego que los Pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!» [1099]El pueblo enternecido [671] callaba. La divina víctima chorreando sangre, había desarmado por un instante, con el espectáculo de sus padecimientos, la ferocidad de la multitud. Pero el odio de las gentes del Templo era implacable, y en breve el pueblo va a imitar su furor. «Díjoles Pilatos. Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo crimen en él. -Nosotros tenemos una ley, respondieron los Judíos, y según esta ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando oyó Pilatos esta acusación, se llenó más de temor.» [1100]

19. Mientras los Judíos sólo habían articulado contra Jesús agravios políticos, evidentemente imaginarios, se había cuidado poco de ello Pilatos; una simple ojeada había bastado al Romano para convencerse de que el cetro de Tiberio no podía verse amenazado seriamente por semejante competidor. «¡Ved aquí al hombre!» dijo el presidente, mostrando a la víctima agobiada, cubierta de sangre y

---

[1096] Sabido es que la corona de espinas, que llevó la emperatriz Elena a Constantinopla, y que compró en 1239 a Boduin II San Luis, habiendo sido depositada hasta la Revolución francesa en la Santa Capilla, se conserva hoy en Nuestra Señora de París, donde se expone todos los años el Viernes Santo, a la veneración de los fieles.

[1097] La caña que se puso en manos del Salvador, no era uno de esos frágiles gramíneos que crecen en nuestros estanques, y desconocidos en Palestina; sino un arundo donax, de la familia de los bambús, cuyo junco, más recio que el dedo pulgar, tiene por lo común de largo cerca de dos metros. (Cf. Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. III, pág. 4.)

[1098] Math., XXVII, 26-30. Marc., XV, 16-19. Joan., XIX, 1-3. En la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, se conserva, en la capilla llamada del Improperio (Improperiorum), un trozo de la columna de mármol jaspeado, que había en el pretorio, y al pie de la cual estaba sentado Nuestro Señor, cuando le llenaron de ultrajes los soldados de Pilatos.

[1099] Joann., XIX, 4-6. A unos cien pasos del pretorio, siguiendo la vía dolorosa, dice M. Mislin, se nota una galería cubierta con dos balcones y que pasa por encima de la calle. Desde esta arcada fue desde donde mostró Pilatos Jesús al pueblo, diciendo: «He aquí al hombre.» La galería se halla hoy habitada por no sé qué dervis musulmán. Está prohibido entrar en ella a los cristianos, pero fácil es de comprender la emoción con que se postran debajo de ella, y cuán vivamente se representan esta desgarradora escena de la Pasión.» (Los Santos Lugares, tom. II, pág. 213.)

[1100] Joan. XIX, 7-8.

de heridas. Sí, era el hombre tal cual lo había puesto el pecado. Pero el pretor no piensa en los misterios de gracia y de amor divino que oculta su irónica interjección, esperando desarmar, con el espectáculo de tantos dolores, el odio de los Judíos. Por un momento creyó haberlo logrado, pues la multitud hasta entonces encarnizada, guardaba silencio. Sólo los Sacerdotes y sus ministros; *Pontifices et ministri*, prorrumpen de nuevo en gritos de muerte. Pilatos les contesta: «Tomadle vosotros mismos y crucificadle», porque sabía muy bien que, aun dándoles este permiso, no querrían aprovecharse de él, durante la solemnidad pascual que había ya principiado. Como quiera que sea, esta concesión es un segundo paso en el camino de iniquidad en que se empeña el gobernador vergonzosamente. En breve el furor de los Judíos reanimado con las excitaciones de los Sacerdotes, le arrancara una sentencia de muerte. «Nosotros tenemos nuestra ley, dicen ellos, y según esta ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.» En estas palabras apercibe Pilatos tumultos, rebeliones y nuevas guerras, semejantes a las que después de treinta años no habían cesado de suscitar en Palestina [672] las pasiones religiosas. «Redóblanse sus temores», dice el Evangelio: *Pilatus magis timuit.* Ya no es más que un instrumento ciego en manos de los Sacerdotes. Su acusación de lesa majestad cesárea no ha producido el resultado que esperaban, mas ahora van a triunfar en nombre de su ley, cuya inviolabilidad ha garantizado Roma, con la perspectiva de un levantamiento nacional. Sin embargo, Pilatos quiere interrogar aun otra vez al acusado. «Y volviendo a entrar en el pretorio, continúa el Evangelista, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilatos le dijo: ¿Rehúsas hablarme? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para soltarte? Entonces, respondió Jesús. No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por eso, quien a ti me entregó, tiene mayor pecado. Desde entonces buscaba Pilatos más aún, cómo libertarle; pero los Judíos daban voces diciendo: Si sueltas a ése, no eres amigo de César, puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César.» [1101]

20. La amenaza de denunciarle al tribunal de Tiberio, después de haberle amenazado con un levantamiento nacional, debía atemorizar a Pilatos. La perfidia de los Sacerdotes sigue, en la manifestación popular que dirigen, una gradación sabiamente calculada. Pilatos sabe que puede costarle la vida una sospecha de infidelidad, trasmitida a Tiberio por el último espía, y no es hombre que se arriesgue a semejante peligro, por salvar a un inocente. «Hizo, pues, salir a Jesús fuera del pretorio, continúa el Evangelio, y sentose en su tribunal, en el lugar llamado en griego *Lithostrotos,* y en hebreo *Gabbatha*. [1102]Era entonces cerca de la hora sexta [1103] del día de la *Parasceve* (Preparación) de la Pascua. Pilatos dijo a los Judíos: Aquí tenéis a vuestro Rey. Mas ellos clamaban: ¡Quítale, quítale de enmedio,

---

[1101] Joan. XIX, 9-12.

[1102] Los Romanos habían importado en las ciudades sometidas a su cetro, algunas de sus costumbres militares. Sabido es que César, en medio de su campo hacía embaldosar de mosaico el sitio donde colocaba su tribunal. Los gobernadores imitaron este lujo en las ciudades en que gobernaban. Los Lithostrotos (Sitio embaldosado de piedras), en hebreo Gabbatha (Sitio elevado), era el Xystum, desde donde pronunciaba Pilatos, de lo alto de su tribunal, las sentencias de muerte. Este lugar se hallaba situado al Nordeste de la ciudadela del Templo, delante del palacio Antonia, residencia del gobernador.

[1103] Cerca del Mediodía.

crucifícale! Díjoles Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar? Respondieron los Pontífices: No tenemos otro rey que el [673] César. -Con lo que viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien, que cada vez crecía el tumulto, mandó traer agua y se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo: vosotros seréis responsables de ella. -A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y al fin Pilatos, deseando contentar al pueblo, les soltó a Barrabás, y les entregó a Jesús para que fuese crucificado.» [1104]

«¡Lava tus manos, Pilatos, porque están teñidas en sangre inocente! ¡La has concedido por debilidad, y no eres menos culpable que si la hubieras sacrificado por malevolencia! Las generaciones han repetido hasta nosotros: Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos: *Passus est sub Pontio Pilato*. [1105]

§ IV. Vía Crucis

21. Habiéndose pronunciado la sentencia por la autoridad romana, la ejecutaron los soldados romanos. «Tomando a Jesús, dice el Evangelista, volvieron a ultrajarle, y después de estos nuevos insultos, le arrancaron el manto de escarlata con que le habían cubierto, lo pusieron sus vestidos, y cargando la cruz en sus hombros, le llevaron al Calvario, llamado en hebreo Gólgotha.» [1106]Aquí comienza el Camino de la Cruz, todos cuyos pasos han sido y no cesarán de ser regados con lágrimas por la piedad cristiana. La [674] primera estación se hace en el tribunal de Pilatos, cuando se lava el pretor las manos, creyendo borrar la mancha de sangre divina que mancillara por siempre su memoria. Del pretorio al Calvario, se cuentan cerca de mil trescientos veinte pasos. Jesús, arrastrado por sus verdugos, escoltado

---

[1104] Joann., XIX, 13-16. Math., XXVII, 24-26. Marc., XV, 15. Luc., XXIII, 24-25.

[1105] Dupin. Proceso de Jesucristo, pág. 108. He aquí, según una antigua tradición, cual debió ser la fórmula de la sentencia de muerte pronunciada por Pilatos: Jesum Nazarenum, seductorem gentis, contemptorem Caesaris, et falsum Messiam, ut mayorum suae gentis testimonio probatum est, ducite ad communis suplicii locum, et cum ludibriis regiae majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruces. Tácito ha consignado el nombre de Pilatos, casi en los mismos términos con que figura en el Credo. El historiador romano ha escrito: Tiberio imperitante, per procuratorem Poncium Pilatum Christus supplicio affectus erat. (Tácit. Annal., lib. XV, cap. XXXXIV.) Sabido es que después de la muerte del Salvador, fue destituido Pilatos por Vitelio, entonces gobernador de Siria, y fue enviado a Roma para justificarse ante el emperador de muchos actos de crueldad que había cometido. Desterrado por Calígula a Viena, en las Galias, se suicidó de desesperación. Según una leyenda helvética, se ahogó cerca del monte Pilatos, en el cantón de Lucerna.

[1106] Golgotha, expresión caldaica, formada del hebreo Golgolh, significa Cráneo. La palabra Calvario, es, pues, su traducción exacta.

por los soldados, y seguido del populacho judío, pasó primeramente por debajo de la arcada donde se le había mostrado a la multitud después de su flagelación. La calle que es de longitud de doscientos pasos, está en declive, y baja hasta encontrar la calle de Efraín, actualmente, calle de Damasco. «Bajando hacia la izquierda, dice M. Mislin, se halla el sitio donde la Santísima Virgen, que se había situado cerca del pretorio, durante esta cruel mañana, y que quería ver otra vez a su divino Hijo, se colocó a su tránsito, y se desmayó al encontrarse con sus miradas. «El Evangelio no ha notado este rasgo del dolor maternal. La espada predicha por Simeón, hería el corazón de María; pero no parece sino que la humilde Virgen quiso ocultar sus padecimientos, con el mismo cuidado con que veló sus gozos y sus grandezas. Sin embargo, todos los Padres nos han conservado esta tradición, que ha consignado la Iglesia Católica. Al fin de esta calle, abrumado con el peso de su cruel carga, cayó Jesús por vez primera. Este sitio se ha indicado a la piedad de los peregrinos de Jerusalén con una columna de mármol rojo, medio enterrada en el suelo. «Los soldados que le conducían, continúa el Evangelio, encontraron en aquel sitio a un hombre natural de Cirene, llamado Simón, que volvía de su granja y que era padre de Alejandro y de Rufo. [1107]Los soldados requiriéndole en nombre de la ley romana, le cargaron la cruz en los hombros y le obligaron a llevarla detrás de Jesús. [1108]Ya hemos dicho que el requerimiento del magistrado o del oficial romano, no admitía dilación ni excusa. Este africano, nacido en Libia y establecido en Jerusalén, era verosímilmente el prosélito o «convertido» del Judaísmo, que volvemos a encontrar en los Actos de los Apóstoles, con el nombre de Simón el Negro, al lado de Lucio de Cirene. [1109][675] Las tres partes del mundo conocido de los antiguos, Europa, Asia y África; las tres grandes razas de la humanidad, debían hallarse representadas en el divino sacrificio que reconcilió al cielo con la tierra. Antes de llegar a la puerta de Efraín, subió la comitiva por una calle bastante pendiente. Allí fue donde el divino Maestro, agobiado de fatiga y de padecimientos, y por la pérdida de sangre que corría de sus heridas, cayó por segunda vez. «Seguíale una gran muchedumbre de pueblo, dice el Evangelista, y de mujeres, las cuales se deshacían en llantos y lamentaciones.» [1110]Una de ellas tuvo valor para penetrar por entre las apiñadas filas de los soldados, y con un pañuelo que llevaba en la mano, enjugó la sangre, el sudor y las salivas que cubrían la faz del Salvador; y la efigie del divino rostro quedó impresa en sangrientos rasgos, en el lienzo de la piadosa Verónica. [1111]«Jesús, volviéndose hacia el grupo de las piadosas mujeres, les dijo, ¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Porque presto

---

[1107] Alejandro y Rufo se hicieron cristianos. Rufo estaba en Roma, cuando escribió allí Marcos su Evangelio (Rom., XVI, 13.)

[1108] Math. XXVII, 31, Marc., XV, 20-21. Luc., XXIII, 26. Según la ley romana, los condenados al suplicio de cruz, debían llevar ésta por sí mismos, cuando no se había establecido este cadalso en un punto fijo, al lugar de la ejecución: por esto se les llamaba cruciferi «porta cruz» o furciferi «porta cadalso».

[1109] Act., XIII, 1.

[1110] Luc., XXIII, 27.

[1111] La faz de Nuestro Señor, impresa en un lienzo, se conserva en San Pedro de Roma, con el nombre de Volto Santo. De ella existen muchas copias. Véase sobre la verdadera efigie: Acta Sanctorum, Maii., tom. VII, pág. 356, y las Notas de Chastelain, sobre el Martirol. Rom., pág. 201. (M. Mislin. Los Santos Lugares, tom. II, pág. 218.

vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosas las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados: Sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera ¿qué se hará con el seco?» [1112]En lo alto de la calle se hallaba la Puerta Judiciaria, que era en la que terminaba la ciudad, en tiempo de Nuestro Señor. [1113]Otra tercer caída marcó el último paso de Jesús por el suelo de la ingrata ciudad. Quiso Jesús caer tres veces, como Pedro el Jefe de su Iglesia, para expiar nuestras multiplicadas caídas, y para enseñarnos a levantarnos, y a llevar con valor nuestra cruz. Al lado de la Puerta Judiciaria, se abría el campo de las ejecuciones capitales, conocido con el nombre de Gólgotha. [676]

§ V. La cruz del Gólgotha

22. «Eran también conducidos con Jesús, continúa el Evangelista, dos ladrones que debían ser crucificados al mismo tiempo que él. Llegados al lugar llamado Gólgotha o Calvario, le presentaron vino mezclado con mirra y hiel; mas él habiéndolo probado, no quiso beberlo. Era la hora sexta (medio día). Los soldados le clavaron en la cruz, [1114]y los dos ladrones fueron crucificados uno a su derecha y otro a su izquierda. Y la cruz del Señor quedó en medio, cumpliéndose así las palabras de la Escritura: «Y fue puesto en la clase de los facinerosos.» [1115]Entre tanto Jesús decía: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Pilatos había escrito la inscripción que debía ponerse encima de la cruz. Los soldados fijaron este Título, que enunciaba la causa del suplicio, en la cruz, encima de la cabeza de Jesús. En él estaba escrito en hebreo, en griego y en latín: «*Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*.» Este rótulo lo leyeron muchos de los Judíos, porque él lugar en que fue Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad. Con esto los Pontífices de los Judíos dijeron a Pilatos: No has de escribir: *Rey de los Judíos*,

---

[1112] Luc., XXIII, 28-31.

[1113] Actualmente se halla contenido este espacio en la ciudad y cubierto de casas; por esto no pueden seguir los peregrinos el resto de la Vía Dolorosa. La Parte más elevada del Calvario y todos los sitios adyacentes están comprendidos en la Iglesia del Santo Sepulcro.

[1114] Consérvase en Roma, en el monasterio de Santa Cruz de Jerusalén, con el leño de la cruz, uno de los clavos que sirvieron para clavar en él al divino Maestro. La raíz del clavo está formada de un trozo de hierro cuadrado con agudas esquinas. Su longitud primitiva debió ser de 15 centímetros, pero la punta, que es de cerca de 3 centímetros, está quebrada, debiendo haberse efectuado la fractura con un violento martillazo, porque está lisa y tersa. Lo recio del clavo en su parte superior, es de 1 centímetro por cada lado. La cabeza es redonda, con un remate plano de 11 centímetros de circunferencia. Consérvanse otros dos clavos en la catedral de Nuestra Señora de París.

[1115] Isaí., LIII, 12.

sino: *que se titula* Rey de los Judíos. Mas Pilatos respondió: Lo escrito. [1116]Entre tanto los soldados, después de haber crucificado [677] a Jesús, tomaron sus vestidos, de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y se los repartieron. Pero reservaron la túnica, la cual era sin costura y de un solo tejido de arriba abajo; por lo que dijeron entre sí: no la dividamos; mas echemos suertes para ver de quién será. [1117]Con lo que se cumplió la palabra de la Escritura: Repartieron entre sí mis

---

[1116] En las ejecuciones capitales, se inscribía siempre en una placa el nombre del criminal, y el crimen por qué era condenado. Este uso del derecho romano se perpetuó entre nosotros en el pilori. La tablilla de la inscripción se llamaba Título, o bien Tabla dealbata, porque se inscribían en una tabla blanca las sentencias condenatorias, así como las leyes. Estaba mandado a los Judíos, sepultar con el ejecutado los instrumentos de su muerte. Lapis quo quis lapidatur, lignum in quo suspenditur, gladius quo desollatur, et sudarium quo strangulatur, simul cum eo vel prope eum sepelitur. (Sanhedr., fol. 45-2.) Esta prescripción del Talmud nos da a comprender cómo volvió a encontrar la emperatriz Elena el leño de la verdadera cruz, los clavos y el título o inscripción, sepultados en el Calvario. Los Judíos, que no habían podido enterrar el cuerpo de la augusta víctima, enterraron, según costumbre, los instrumentos del suplicio, La inscripción de la cruz se conserva hoy en Roma en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén. Hállase enteramente borrada la inscripción hebraica, si bien el Padre Drach ha podido restablecer del modo siguiente sus caracteres: Ieschuah Nostri Melek Yehudaya. Jesus Nazarenus, Rex Judaerum. La tosca forma de la inscripción en griego y en latín hace sospechar con razón, que se trazaría todo el título en los tres idiomas por la misma mano, probablemente por un Judío, adicto al proconsulado. Considerando el hebreo como el texto principal, y el griego y el latín como traducciones, escribió estos dos últimos idiomas de derecha a izquierda, a fin de que se hallase bajo cada palabra hebrea, sus dos traducciones. Como quiera que sea, el Dios que iba a morir, debía hacer inmortales los tres idiomas que anunciaban su muerte al universo. (Siendo el hebreo la lengua nacional, el griego la lengua más generalmente comprendida, y el latín la del soberano fue proclamado rey Jesús, cuando se hallaba en el grado mayor del abatimiento, en la lengua de los tres pueblos más grandes del mundo.) -(N. del T.)

[1117] La ley romana de bonis damnatorum adjudicaba a los ejecutores los vestidos de los condenados a muerte. El destacamento se componía ordinariamente de cuatro hombres (Philon, in Flaccum, pág. 981; Act. XII, 4). Los soldados hicieron dos operaciones. Repartieron entre sí las diversas piezas del vestido o traje, tales como el ceñidor, las prendas exteriores, las sandalias, etc.

Después, como el vestido propiamente dicho, la túnica, era una pieza muy importante para figurar en una de estas cuatro partes, echaron suertes sobre esta prenda. Esta túnica estaba tejida en toda su extensión o a lo largo, como el vestido de los sacerdotes, según Josefo. Por esta razón hubiera sido imposible repartírsela (V. 24), y fue preciso echar suertes sobre ella. Así se realizó, hasta el último punto de la letra, lo que había escrito el salmista al trazar el cuadro del rey de Israel en el colmo de su padecimiento. Es cierto que la crítica pretende que los dos miembros del versículo citado (Salm. XXII, 19), son completamente sinónimos, y que Juan ha sido juguete de su imaginación al querer hacer distinción, ya entre los verbos repartir y echar suerte, ya entre los sustantivos i(ma/tia y i(matismo/j. Pero un estudio más profundo del paralelismo, en la poesía hebraica, hace ver que el segundo miembro completa siempre, con una diferencia o una idea nueva, el sentido de la primera proposición. ¿No sería una tautología intolerable la repetición pura y simple de la misma idea? Así, en este versículo, la oposición entre el plural y el singular es manifiesta. El primer término designa las diversas piezas que componen el vestido exterior, y el segundo, el vestido propiamente dicho, quitado el cual, se está enteramente desnudo, la túnica. El pasaje de Job, XXIV, 7, 10, confirma plenamente esta distinción. La gradación de los dos verbos no es menos real. David había contemplado en espíritu estas dos gradaciones, y Juan hace observar, que en el suplicio de Jesús se han reproducido literalmente una y otra, y esto por el ministerio de los agentes más toscos y más ciegos. Ciertamente que no hicieron esto los soldados romanos, sino que aquí se ve la mano de Dios. San Juan al concluir el relato de esta escena, hace resaltar la idea de haberse echado suertes sobre la túnica, con estas palabras: He aquí, pues, lo que hicieron los soldados. El gobernador romano había proclamado a Jesús, rey de los Judíos; los soldados romanos, le designaron, sin quererlo, como el segundo David. (N. del T.)

vestidos y sortearon mi [678] túnica.» [1118]Y esto es lo que hicieron los soldados. Y habiéndose sentado junto a él, le guardaban. Y los Judíos que pasaban por allí le blasfemaban, y meneando la cabeza, decían: ¡Oh! tú que derribas el Templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. Y el pueblo lo estaba mirando todo, y hacía befa de él. Y de la misma manera los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas y los Ancianos, acudieron también a ultrajarle: Ha salvado a otros, decían, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el Rey de Israel, el Cristo elegido por Dios, que baje ahora de la cruz para que seamos testigos de vista y creamos en él. Él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios. -Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arrimaban a él, y presentándole una esponja empapada en vinagre, le decían: Si eres el rey de los Judíos, ponte en salvo.» [1119]

La mirra ofrecida por los Magos en Belén, vuelve a encontrarse en los crueles presentes del Gólgotha. Los soldados romanos no quieren desgarrar la túnica sin costura del Hombre-Dios. ¡No sabían entonces estos cuatro pretorianos de Tiberio, al repartirse al pie de la cruz los despojos de un crucificado judío, qué manos más poderosas intentarían vanamente en toda la serie de los siglos, desgarrar la túnica inmaculada de Jesucristo! El Judaísmo, insultando la cruz que salvó al mundo, completa este cuadro deicida. La cobardía del ultraje excede, si es posible, al frenesí de los clamores que resonaban ha poco en el pretorio: «¡Que recaiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!» Todos los años, el día de Viernes Santo, pone esta oración la Iglesia Católica en los labios de sus ministros. «Dios omnipotente y eterno, e cuya misericordia no rechaza ni aun la [679] perfidia del Judaísmo, oye las oraciones que te dirigimos por este pueblo ciego. Que reconozca la luz de tu verdad, al Cristo, y se disipen por fin sus tinieblas.» [1120]

23. «Uno de los ladrones crucificados con Jesús, continúa el Evangelio, blasfemaba contra él, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. -Mas el otro le reprendía, diciendo: ¿Cómo? ¿ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho. -Y dirigiéndose a Jesús: ¡Señor, le dijo, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino! -Jesús le respondió: En verdad te digo, que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.» [1121]La fe de este ladrón conquista el cielo. ¿Quién dirá nunca la majestad

---

[1118] Salmo XXI, 19. Tunica de N. S. J., quae eidem in Passione sublata est, et a militibus qui eum custodiebant est sortita, inventa est, prodente Simone, filio Jacobi, qui per duas hebdomadas multis cruciatibus offectus, tandem profitetur ipsam tunicam in civitate Zafad (Joppe), procul a Hierosolyma, in arca marmorea positam esse. (Le Quien. Oriens Christianus, tom. III, pág. 243.) El traje de los Hebreos se componía de muchas prendas. Llevaban una capa, simla: una túnica exterior, chetoneth, y una túnica interior, sadin. Todavía se venera en el día, en Tréveris y en Argenteuil, una túnica y un vestido que probablemente son el sadin y la chetoneth. (M. Mislin. Los Santos Lugares, tom. II, página 257. -Cf. Marx. Historia del traje de Jesucristo, conservado en la catedral de Tréveris; y Guerin: La Santa Túnica, Investigaciones sobre esta reliquia y sobre el peregrinaje de Argenteuil.

[1119] Math. XXVII, 33-43. Marc., XV, 22-32. Luc., XXIII, 32-38. Joann., XIX, 17-25.

[1120] Semana Santa. Oficio del Viernes Santo.

[1121] San Luc., XXIII, 39-43.

divina que había en el crucificado del Gólgotha, para que descubriera el buen ladrón en él un Rey que partía a la conquista de un imperio inmortal? La segunda palabra de Jesús en la cruz abre el cielo a un ladrón; la primera había solicitado el perdón celestial para los verdugos. La tercera va a dar por madre a todos los hombres a la Reina del cielo. «Estaban al mismo tiempo en pie, junto a la cruz de Jesús, su Madre con María, mujer de Cleofás, María Magdalena y Juan, el discípulo que Jesús amaba. Jesús mirándoles, dijo a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; y al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. -Y desde aquel punto, tomó el discípulo a María por madre suya.» [1122]Lo mismo ha hecho la humanidad. La Eva del Paraíso Terrenal, aceptó la muerte para todos sus hijos al pie del árbol del bien y del mal. Al pie del árbol de la cruz, en que abre Jesús el Paraíso terrestre al arrepentimiento, llega a ser María la madre de la salvación, el refugio y la esperanza de los pecadores. «Entre tanto, dice el texto sagrado, desde la hora sexta hasta la hora de nona (tres horas de la tarde), quedó toda la tierra cubierta de tinieblas, y el sol se oscureció. Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Eli, Eli, *lamma sabacthani*, [1123][680] es decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Estas palabras, pronunciadas en hebreo, no fueron comprendidas por algunos judíos helenistas que las oyeron; los cuales decían: «¡Llama al Profeta Elías! [1124]Elías, el gran taumaturgo del Antiguo Testamento, había sido llamado por los Judíos el Ángel de la alianza, recurriendo a su intercesión en los peligros urgentes. El Talmud refiere que este Profeta, invocado del fondo de los calabozos por los Hebreos fieles, se apareció con frecuencia a los encarcelados, bajo una forma visible, e hizo caer sus cadenas. Aún en el día, durante la noche de Pascua, esperan los hijos de Jacob la venida del Mesías, que debe librar a su pueblo del yugo de los *Goim* (Gentiles). [1125]Estas tradiciones hebraicas son el comentario exacto de la palabra de los Judíos al pie de la cruz. «¡Llama a Elías!» decían. Pero no era tal el sentido de la exclamación del Salvador. Después que Dios, muriendo entre dos malvados, legó el perdón a sus verdugos, el cielo al arrepentimiento, y su propia madre a todos los mortales, el nuevo Adán, el hombre que expía las culpas de la humanidad entera, vuelve a encontrarse en frente de la justicia eterna. Entonces hace oír Jesús las primeras palabras del salmo profético, en que resume David anticipadamente los tormentos del Gólgotha. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? No soy un hombre, sino un gusano; he venido a ser oprobio de los humanos y objeto de risa. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza; vociferan blasfemias, diciendo: ¡En el Señor esperaba; que le liberte; sálvele ya que tanto le ama! Mi sangre ha corrido como el agua; se han agotado mis fuerzas, y mi lengua se ha pegado al paladar: han contado todos mis huesos uno por uno; repartieron entre sí mis vestidos y sortearon

---

[1122] Joann., XIX, 25-27.

[1123] «La palabra Eli no pertenece propiamente a la lengua siriaca, aunque la expresión siguiente sabacthani pertenezca al dialecto que se hablaba entonces en Palestina. En lugar de estas palabras: Eli, Eli, decían los siriacos: Mari, Mari.

Por esto se comprendió mal la exclamación del Salvador, y creyeron los asistentes que, llamaba al profeta Elías.» (Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. III, pág. 38.)

[1124] Math., XXVII, 41-47. Marc., XV, 33-35, Luc., XXIII, 44.

[1125] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 39.

mi túnica.» [1126]He aquí lo que decía Jesús en su divina agonía, relacionando las profecías de Israel con las realidades del Calvario, y recitando el primero este breviario de la cruz que repetirán sin cesar los sacerdotes de la Iglesia [681] Católica. ¿Saben todas estas cosas el racionalismo y el siglo que ha forjado a su imagen, cuando se atreven a decir: «Jesús sólo vivió de la ingratitud de los hombres; tal vez se arrepintió de padecer por una raza vil, y exclamó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» [1127]Hasta este punto de ignorancia religiosa ha llegado hoy la Francia. «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» «Jesús, continúa el Evangelista, sabiendo que se habían cumplido las profecías, para que se cumpliese otra postrera (o la Escritura) [1128]dijo: ¡Tengo sed! - Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados corriendo, tomó una esponja y empapola en él, y puesta en la punta de una caña de hisopo, la acercó a los labios de Jesús. ¡Tengo sed, dijo Jesús. Me han abrevado de hiel y vinagre, había escrito David.- «Entre tanto, los Judíos dijeron al soldado: Dejad, veamos si viene Elías a librarle. Jesús, luego que tomó el vinagre, dijo: ¡Todo está cumplido! Y de nuevo, clamando con una voz muy grande, dijo: ¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!- Y profiriendo estas palabras, inclinó la cabeza y expiró.» [1129]

24. «Y al punto el velo del Templo se rasgó por en medio en dos partes, de alto abajo, y la tierra tembló y se partieron las piedras; y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron, y saliendo de sus tumbas, vinieron a la Ciudad Santa, y se aparecieron a muchos. Y el Centurión, situado en frente de la cruz, al oír el grito que lanzó Jesús antes de expirar y al ver estos prodigios, rindió gloria al Señor, diciendo: ¡Verdaderamente, este justo era el Hijo de Dios! -Y la multitud reunida en el Calvario volvió a Jerusalén, dándose golpes de pecho. Entre tanto, todos los discípulos y los amigos de Jesús consideraban de lejos todo lo que pasaba. Y con ellos se hallaban las tres mujeres que le habían seguido desde Galilea; María Magdalena; María, madre de Santiago el Menor y de Josef; Salomé, madre de los hijos de Zebedeo. [1130]«Cristo, añade San Pedro, había muerto según la carne; pero siempre viviendo en su alma, fue a llevar la buena nueva de la liberación a los espíritus cautivos.» [1131]

25. La majestad divina en la muerte en una cruz, es la correlación [682] y secuela del nacimiento del Verbo encarnado en el pesebre de Belén. Nada quitó el

---

[1126] Deus, Deus meus, quare me dereliquisti? Ego autem sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis. Omnes videntes me deriserunt me; loculi sunt labiis et moverunt caput. Speravit in Domino, eripiat eum, salvum faciat cum quoniam vult eum. Sicut aqua effusus sum. Aruit lamquam testa virtus mea, et lingua adhaesit faucibus meis. Foderunt manus meas et pedes meos; Dinumeraverunt omnia ossa mea. Diviserunt sibi vestimenta mea; et super vestem meam miserunt sortem. (Psalm., XXI, passim.)

[1127] Vida de Jesús, pág. 424.

[1128] Psalm., LXVIII, 22.

[1129] Math. XXVII, 48-50. Marc., XV, 35-37. Luc., XXIII, 46 Joann. XIX, 28-30.

[1130] Math., XXVII, 51-57. Marc., XV, 38-41. Luc,, XXIII, 47-49.

[1131] Petr. Epist. I, cap. III, 18-19.

ánimo al Hijo del hombre; el sudor de sangre en Getsemaní; un ayuno de cerca de veinte horas; las fatigas de una marcha continua del Huerto de los Olivos a casa de Caifás, de casa de Caifás al pretorio de Pilatos, del pretorio al palacio de Herodes; la vuelta al pretorio para la flagelación; la vía dolorosa al Gólgotha; los torrentes de sangre que fluyen de las manos y de los pies traspasados por los clavos; las heridas abiertas en la cabeza por las espinas de la corona; en el pecho y las espaldas por los garfios del azote romano; tres horas de agonía en la cruz no han agotado, las fuerzas de la víctima voluntaria que eligió por sí misma el instante de su muerte, y que lo anuncia con un gran grito: «¡Todo está consumado!» -Los dos ladrones, crucificados junto al divino Maestro, no habían sufrido esta serie interminable de tormentos, a la cual no hubiese podido resistir por tanto tiempo ninguna constitución humana. Habíaseles sacado de su calabozo para conducirlos al Calvario. Nuestros literatos no se han avergonzado de escribir en vista de estas realidades Evangélicas: «¡Lo más especialmente atroz del suplicio de la cruz, era que se podía vivir tres o cuatro días en este horrible estado, sobre el escabel del dolor. La delicada organización de Jesús, le preservó de esta lenta agonía. Todo induce a creer que le ocasionó la ruptura instantánea de un vaso del corazón, una muerte súbita al cabo de tres horas.» [1132]Así hablan nuestros racionalistas. Por lo demás, guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre-Dios. Y no obstante, algo es una súbita oscuridad extendiéndose por toda la naturaleza desde el medio día hasta las tres, en un día de luna llena en que es inexplicable un eclipse de sol, según los fenómenos naturales. Rocas que se dividen y se parten deben dejar rastros de su ruptura. Un terremoto que desgarra el velo del Templo y remueve y levanta las losas de los sepulcros, y deja consternada una multitud como la que llenaba entonces Jerusalén, no debió ser un hecho desapercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la Ciudad Santa para la solemnidad Pascual, todavía sería un cálculo corto. [1133]Pero [683] esta masa de testigos vivía aún cuando escribieron los Evangelistas. Fue, pues, preciso que se hallase completamente averiguada la notoriedad de los prodigios para que los Evangelistas los hicieran notar a la vista de una generación contemporánea, sin temer una sola negativa. Finalmente, si hubieran sido fabulosos todos estos prodigios, ¿se nos podría explicar cómo habían de haber convertido los Apóstoles un solo habitante de Jerusalén a favor de la divinidad de su Maestro? En pocos días cayeron cinco mil Judíos a un tiempo mismo a las rodillas de Pedro, y adoraron al crucificado del Gólgotha. ¿Hubieran podido ser tan instantáneas y tan generales estas maravillosas conversiones sin los prodigios que rodean la cruz del Salvador? Por otra parte, la realidad de los milagrosos hechos que acompañaron la muerte de Jesús, desafía todos los esfuerzos del más obstinado escepticismo. En el cuarto año de la segunda olimpiada (año de la muerte de Jesucristo), dice el escritor pagano Phlegon, tuvo lugar el mayor eclipse de sol de que tienen los hombres noticia. Fueron tales las tinieblas, que se vio lucir las estrellas en medio del día;

[1132] Vida de Jesús, pág. 425. No dice el autor una palabra de los fenómenos que siguieron a la muerte del Salvador, y que se hallan atestiguados por los cuatro Evangelistas. El silencio podrá ser aquí una prueba de habilidad, pero no de buena fe.

[1133] Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Capítulo titulado: Del número de testigos de la muerte del Salvador, tom. II, pág. 39.

redoblándose el horror de esta prolongada oscuridad con un terremoto.» [1134]-«En el reinado de Tiberio, dice Plinio el Antiguo, arruinó doce ciudades en Oriente un terremoto tal como no hay memoria humana que se viere jamás.» [1135]Testigo ocular del eclipse que desconcertó todas las reglas de la Astronomía, observando Apolófanes este fenómeno en Egipto, donde se encontraba entonces, exclamaba: «¡Estos cambios son sobrenaturales y divinos». [1136] Aún en el día presenta a todos los geólogos la roca del Gólgotha que se partió a la muerte del Salvador, una prueba palpable de la verdad de la narración Evangélica. «Esta quebradura, que estudié con el mayor cuidado, dice M. de Sauley, es vertical, y forma una línea [684] ondulosa en dirección de Este a Oeste. Lo que de ella puede verse, tiene de largo un metro y sesenta centímetros; y su mayor anchura es de veinte y cinco centímetros. Existe una prueba material de que esta quebradura no es una vena natural que hubiese entre dos capas paralelas de la roca, y es, que según la ley de los cuerpos que se parten violentamente en dirección vertical, va disminuyendo la anchura de la quebradura de alto a bajo. Y si fuese posible juntar las dos partes separadas, se unirían perfectamente, correspondiendo los ángulos salientes con los ángulos entrantes.» [1137]Un geólogo inglés decía también: «He hecho un largo estudio de las leyes físicas, y estoy seguro de que las rupturas de esta roca no se han cansado por un terremoto ordinario y natural. Un sacudimiento de este género hubiera separado los diversos lechos de que se compone la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que los distinguen, y rompiendo su ligazón por los sitios más débiles. Aquí ha sucedido de muy distinto modo; porque la roca se halla dividida transversalmente, cruzando la ruptura las venas de un modo extraño y sobrenatural. Para mí está demostrado, que esta ruptura es efecto de un milagro que no han podido efectuar ni el arte ni la naturaleza. Doy gracias a Dios por haberme conducido aquí, para contemplar este monumento de su maravilloso poder, este testigo lapidario de la divinidad de Jesucristo.» [1138]¡Qué libro es el Evangelio! Sus páginas se encuentran grabadas en rocas; sus pruebas se hallan registradas por la historia del mundo; los prodigios que refiere tienen por testigos al universo entero. Tertuliano, para convencer a la incredulidad pagana de su tiempo, decía a los Romanos: «¡En vuestros archivos públicos tenéis el relato de la catástrofe que señaló la pasión de Jesús!» [1139]San Cirilo de Jerusalén exclamaba un siglo más

---

[1134] Hieron. In chronicon Eusebii. Patrol. Latin., tom. XXVII, col. 572.

[1135] Plin. Histor. Natur., lib. II, cap. LXXXIV. Puede agregarse al testimonio de Plinio, el de Tácito: Sedisse immensos montes, visa in arduo quae plana fuerint, effulsisse inter ruinam ignes memorant (Annal. II, cap XLVII.) Suetonio se expresa lo mismo: Asiae disjectis terrae motu civitatibus. (Sueton. Tiberius, cap. XLVIII.) Jorge de Syncelle ha conservado testimonios idénticos de Thallus y de Philopono. (Afric. apud Syncel. página 322.)

[1136] Dionys. Ep. VII, ad Polycarpum, Patrol. Graec., tom. III, col. 1081. -(Hasta los Anales de la China asimismo, que el sétimo año del reinado de Konang-on-ti, que cae en el año 33 de la era cristiana, y el día 30 de la tercera luna, que corresponde a fines de marzo, que fue el tiempo de la muerte de Jesús, hubo un eclipse total de sol, y profundas tinieblas, que duraron tres horas enteras. -(N. del T.)

[1137] De Sauley, Dicc. de las Antig. Bibl., col. 772.

[1138] Addison. De la Religión cristiana, tom. II. M. Mislin. Los Santos Lugares, tomo II, pág. 264.

[1139] Tertul. Apologetic., cap. XXI, Patrol. Latin., tom. I, col. 401.

tarde: «Si se quiere negar que haya muerto aquí un Dios, mírese solamente las rocas desgarradas del Calvario!» [1140]¡Ahora comprendemos por qué no habla el racionalismo actual de los prodigios que acompañaron la muerte del Salvador!

[685]

§ VI. La Sepultura

26. Inmediatamente, después de la muerte de Jesús, continúa el Evangelista, «el decurión Josef de Arimathea, hombre rico y considerado por su piedad y su Justicia, aquel de los Ancianos que no quiso tomar parte en las últimas deliberaciones del Sanhedrín, porque esperaba el reino de Dios, entró denodadamente a encontrar a Pilatos, y lo pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos admirado de que tan pronto hubiese muerto Jesús, preguntó al centurión si efectivamente había muerto. Y habiéndole asegurado que sí el centurión, dio el cuerpo a Joseph.» [1141]Podía habérselo vendido. Comúnmente los pretores y los procónsules romanos hacían pagar a los parientes o amigos de los crucificados el favor que concede aquí Pilatos gratuitamente. Con una sola palabra: *Donavit*, «hizo la donación», nos traza el Evangelio todo un sistema de jurisprudencia y de tiranía olvidadas. Merece también notarse otra expresión del escritor sagrado. Josef de Arimathea había disimulado cuidadosamente hasta entonces, dice San Juan, sus relaciones con Jesús, por temor de incurrir en el odio y la venganza de los Judíos: *Discipulus Jesu, occultus, autem propter metum Judaeorum*. Mas ahora está lleno de valor, y se confiesa en voz muy alta discípulo del crucificado, presentándose como tal en casa de Pilatos: *Andacter introivit ad Pilatum*. Los prodigios del Calvario habían reanimado el corazón de los amigos de Jesús, al mismo tiempo que consternaban a sus enemigos. «Como era el día de la *Parasceve* (Preparación o viernes), continúa el Evangelista, y al día siguiente era el gran sábado, no quisieron los Judíos que los cuerpos quedasen en la cruz durante la solemnidad, y suplicaron a Pilatos que se quebrase las piernas a los crucificados y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas de los dos ladrones para que acabaran de morir: mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua de la herida. El que asegura este hecho lo vio con sus ojos, y su testimonio es verdadero. Así se cumplieron [686] las palabras de la

---

[1140] S. Cyrill. Hierosol., Cateches., XVIII; Patrol. Graec., tom. XXXIII, col. 820.

[1141] Math., XXVII, 57-58. Mar, XV,43-45. Luc., XXIII, 50-52.

Escritura: «No quebraréis los huesos al Cordero Pascual; [1142]y de esta otra: [1143]«Dirigirán sus ojos hacia Aquel a quien traspasaron.» [1144]

¿Qué es este nuevo escrúpulo de los Fariseos y de los Sacerdotes? ¿Por qué temen ahora al cadáver de aquel cuya muerte han deseado? Hay en la precipitación y en el paso que dan cerca de Pilatos una confesión de terror supremo. Las convulsiones de la naturaleza; el velo del Templo desgarrado por en medio en dos partes iguales, a la hora en que comenzaba el sacerdote el sacrificio de la tarde; [1145]las tinieblas de aquel sangriento día; los sepulcros entreabiertos; todos estos prodigios arrojaron en su alma una consternación indecible. ¡Tienen prisa en hacer que desaparezcan los rastros de su atentado! Ha poco que gritaban: «¡Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» ¡No formaban escrúpulo alguno en violar la santidad del *Día de la Preparación*! ¡Mas ahora tienen miedo de la cruz silenciosa y de la sangre que han derramado! Para abreviar los tormentos de los sentenciados, acostumbraban los Romanos romperles las piernas con una barra de hierro, o darles en el pecho un golpe con una maza, lo que se llamaba el *Golpe de gracia*. Pero Jesús había muerto, y el soldado para asegurarse mejor de ello, le hiere el corazón con el largo y encorvado [687] hierro de la lanza romana. Y brotan de la herida agua y sangre, señal infalible de la muerte, bajo el punto de vista fisiológico, puesto que la sangre descompuesta deja salir la parte serosa; pero la herida del corazón de Jesús tenía una significación divina, para la salvación del mundo. ¡La divina sangre y el agua de la gracia que de ella se escapan son dos fuentes de inmortalidad, abiertas por siempre para las generaciones fieles!

27. «Al caer el sol, dice el Evangelio, vino Josef de Arimathea, a llevarse el cuerpo de Jesús. Acompañábale Nicodemo, aquel doctor que había conversado una noche con Jesús en el primer año del ministerio público; Nicodemo traía consigo

---

[1142] Exod., XII, 46. Numer, IX, 12.

[1143] Zachar., XII, 10.

[1144] Joann., XIX, 31-36. Una de las capillas del Santo Sepulcro en Jerusalén, lleva el nombre de capilla de San Longinos. El soldado romano que hirió con su lanza a Jesús en el corazón se llamaba Longinus. En el Martirologio romano se lee bajo la rúbrica de 15 de marzo: Caesarae in Cappadocia, passio sancti Longini militis, qui latus Domini lancea perforasse perhibetur. (Martirol. Roman. 25 de marzo. Bolland. Eodem dic. Valmer, tom. X, Tract. 48.) La lanza o asta romana con que se hirió a Jesús en el corazón se conserva hoy en Roma, en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén.

[1145] «En el primer templo edificado por Salomón, sólo había un velo en la pared que separaba el Santuario del Santo de los Santos. Pero cuando, después de la cautividad de Babilonia, se reedificó el templo bajo Esdras, como no se sabía ya si estaba colgado el velo en otro tiempo por la parte de adentro o por la de afuera de la pared, y si esta misma pared estaba en el piso del santuario o en Santo de los Santos, se pusieron dos velos, el uno interior y el otro exterior, dejando vacío el espacio intermedio. A la acción eléctrica del terremoto, debió ver el sacerdote que entraba en el hechal (santuario) para el sacrificio de la tarde, en el momento preciso (las tres) en que expiraba Nuestro Señor on la cruz, rasgarse los dos velos de arriba abajo, y abrirse el Santo de los Santos; lo cual, no hubiera podido acontecer en el primer Templo, sin que se cayera la pared. El Evangelista San Marcos designa el velo que se desgarró con el nombre griego de katape/tasma que es precisamente el nombre del velo interior del Santo de los Santos, mientras que el velo exterior del Santuario se llamaba ka/lumma.» (Sepp. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, tom. II, pág. 48.) [katapetasma y kalumma en el original (N. del E.)]

para la sepultura unas cien libras de una confección de mirra y de aloe; Josef había comprado un sudario nuevo, con el cual envolvió el cuerpo de Jesús, después de haberle descendido de la cruz. Josef y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús, y bañado en las especies aromáticas, le amortajaron con lienzos, según la costumbre de sepultar de los Judíos. En el mismo sitio del Calvario había hecho abrir Josef en peña viva, un sepulcro en donde ninguno hasta entonces había sido sepultado. Estando próxima la hora en que concluía la *Parasceve*, y en que iba a principiar la Pascua, se dio prisa Josef a llevar el cuerpo al sepulcro, a cuya entrada arrimó una gran piedra, y se retiró. Entre tanto, las mujeres galileas, sentadas en frente del sepulcro, vieron poner el cuerpo en la tumba, y en seguida se retiraron, con intención de preparar los aromas y los perfumes para la sepultura definitiva; mas en obediencia a los preceptos de la Ley, permanecieron en reposo durante todo el día del sábado.» [1146][688]

Josef de Arimathea, un miembro del Sanhedrín; Nicodemo, un doctor de la Ley, sepultan con sus manos al crucificado del Calvario. ¿Quién era, pues, Jesús? Estos dos ilustres personajes que habían permanecido ocultos durante la vida de Jesús, se muestran animosos a su muerte. Los Apóstoles se eclipsan en el sepulcro; al menos, no hace mención de ellos el Evangelio; sin embargo, estaban allí, puesto que nos ha dicho San Lucas algunas líneas más arriba: «A alguna distancia de la Cruz se hallaban los amigos de Jesús con las mujeres de Galilea, y observaban de lejos todo lo que pasaba.» [1147]Pero los Apóstoles expían la cobardía de su fuga en Getsemaní; y callan y lloran con Pedro. En medio de las mujeres sentadas a la entrada del sepulcro, está María, la Madre de Jesús, convertida en aquel día en Madre Dolorosa. En sus brazos desfallecidos recibió el cuerpo ensangrentado que había adorado en el pesebre de Belén. Las siete palabras de su Hijo en la cruz habían traspasado su corazón como otras siete espadas; pero pasa sus angustias en silencio, como había hecho con sus gozos. Ni aun el mismo hijo adoptivo que le ha sido legado en el Calvario, levanta en su Evangelio el velo de dolor, con que se envuelve la compasión de María. La Reina del cielo atraviesa el océano de amargura que debe salvar al mundo, sin que revele una sola palabra la sublimidad de su sacrificio. Solamente los Profetas han descrito anticipadamente este martirio del amor maternal: «¡Oh vosotros que pasáis por el camino, contemplad y ved si hay un dolor semejante al mío!» [1148]«¡El manto de humildad de la Virgen María, es tan impenetrable como las tinieblas que se extendían en esta lúgubre noche sobre la ciudad deicida!

28. El silencio del sepulcro de Jesús turbaba aun el odio y la cobardía de los Judíos. Sin temer violar el reposo legal, en aquel día en que coincidía la Pascua con el sábado, «acudieron a Pilatos, continúa el Evangelista, los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: «Resucitaré al tercero día.» Manda, pues, que se guarde el sepulcro durante los tres primeros días, no sea que vayan de

---

[1146] Luc., XXIII, 48-49.

[1147] Thren., 1-12.

[1148] Math., XXVII, 62 ad ultim.

noche sus discípulos y hurten secretamente el cadáver [689] y digan a la plebe: «Ha resucitado de entre los muertos!» ¡y, sea el postrer engaño más pernicioso que el primero! -Respondioles Pilatos: Ahí tenéis la guardia; id, y ponedla como os parezca. Con esto fueron al Gólgotha, y aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardias de vista.» [1149]

«Destruid este Templo, había dicho el Señor, y lo reedificaré en tres días.» Tal fue la palabra que había recogido el Sanhedrín como una blasfemia y que quería hacer pasar por una conspiración contra la soberanía de Jehovah. Ahora reconocen los mismos verdugos el verdadero sentido de la pretendida blasfemia; pero Pilatos se indigna de su mala fe. «¡Id, les dice, y poned la guardia como os parezca!» Esperaban ellos que el gobernador romano les evitaría el escándalo público que debieron dar, yendo ellos mismos, en día del sábado dos veces santo, a infringir la ley del descanso mosaico, y a contraer ostensiblemente la impureza ritual, con el contacto del sepulcro de un crucificado. Pero Pilatos se arrepiente ya de haber cedido una vez a sus pérfidas sugestiones. Los prodigiosos sucesos de que había sido señal la muerte de Jesús, turban la conciencia del pretor. La guardia del Templo estaba a disposición de los príncipes de los Sacerdotes, y puesto que se habían servido de ella sin autorización alguna para prender a Jesús, podían emplearla, como quisieran, para vigilar el sepulcro de su víctima. Tal es el sentido de la respuesta de Pilatos. Así, pues, estos escrupulosos Fariseos que prohibían a Jesús curar un paralítico o un ciego de nacimiento en día de sábado, fueron en este sábado Pascual, el más augusto de todos, a sellar, con el sello auténtico de un odio deicida, el sepulcro del Gólgotha. Y pusieron en él centinelas a fin de que estuviera rodeada la resurrección divina de los testigos más irrecusables!

[1149] Math., XXVII, 62 ad ultim.

Capítulo XII

Resurrección

Sumario

§ I. EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN.

1. El Ángel de la resurrección. El último consejo de los Sacerdotes. -2. Pedro y Juan en el sepulcro. -3. Primera aparición de Jesús a María Magdalena. -4. Las santas Mujeres en el sepulcro. Segunda y tercera aparición de Jesús. -5. Cuarta aparición de Jesús a los Apóstoles reunidos. -7. La incredulidad de los Apóstoles, fundamento de la fe cristiana.

§ II. LA OCTAVA DE LA RESURRECCIÓN.

8. El sacramento de la Penitencia. La confesión auricular. -9. Tomás, sobrenombrado Dídymo.

§ III. REGRESO A GALILEA.

10. La aparición en las orillas del lago de Tiberiades. Última pesca de San Pedro.- 11. Adhesión de San Pedro.- 12. Confirmación de la primacía dada a San Pedro. -13. El primer papa. -14 Aparición de Jesús a quinientos discípulos reunidos en el Thabor.

§ IV. ASCENSIÓN.

15. Autoridad conferida a los Apóstoles sobre todo el universo- 16. Promesa del Espíritu Santo. -17. Ascensión.

§ I. El Día de la Resurrección

1. «Avanzada ya la noche del sábado, cuando la puesta de las estrellas hubo anunciado el fin del día, dice el Evangelio, María. Magdalena, María, Madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a la aurora a embalsamar a Jesús.»

[1150]Las santas mujeres se habían mostrado más fieles que los Fariseos en observar la ley del descanso sabático. Su amor hacia el divino Maestro no les hace olvidar el respeto a su palabra. El Maestro había dicho: «No he venido a destruir la ley, sino a completar su perfección.» Había dicho también: «Resucitaré al tercero día.» Los Sacerdotes y los Escribas se acordaban de esta profecía, cuyo cumplimiento literal no se [692] atrevían a esperar ni las santas mujeres, ni los mismos Apóstoles. «Entre tanto, continúa el Evangelista, en la noche que siguió al sábado, muy de mañana, se sintió un gran terremoto en el Calvario; porque bajó del cielo un Ángel del Señor, y llegándose al sepulcro, removió la piedra y sentose encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve; de lo cual quedaron los guardias tan aterrados que estaban como muertos. «Había resucitado Jesús. ¡El sello de Caifás, los centinelas de los Fariseos, la pesada losa arrimada al sepulcro, nada puede encadenar este muerto triunfante, que hoy levanta la roca del Gólgotha, como levantará en breve el mundo entero! Los guardias han cumplido con su deber, velando con el arma al brazo, como era propio de soldados romanos. También velarán los Césares; cerrarán todas las salidas; querrán impedir a Cristo el paso. Mas acontecerá en el Capitolio lo que en el Calvario. Lo que no han podido los guardias de Pilatos y del Sanhedrín contra un cadáver, no lo podrán todas las fuerzas del universo contra el Dios vivo. ¡Ha resucitado! ¡En su victorioso impulso, arrastrará a los Césares y los imperios, los esclavos y los reyes! «Habiendo vuelto los guardias de su sorpresa, dice el Evangelista, corrieron a la ciudad, y refirieron a los príncipes de los Sacerdotes todo lo que había sucedido, y congregados éstos con los Ancianos, teniendo su consejo, dieron una gran cantidad de dinero a los soldados, con esta instrucción: Habéis de decir, que estando vosotros durmiendo vinieron de noche sus discípulos y hurtaron su cadáver. Y si esto llegase a oídos del presidente, nosotros le aplacaremos, y os sacaremos a paz y salvo. -Los guardias, recibido el dinero, hicieron según estaban instruidos, y esta voz ha corrido entre los Judíos hasta el día de hoy.» [1151]Pero, dice San Agustín, si dormían los guardias, ¿cómo pudieron ver a los discípulos hurtar el cuerpo de Jesús? Y si no dormían, ¿cómo no impidieron el rapto? Los Judíos no han contestado nunca a este dilema, cuya solución busca el racionalismo de nuestra época, sin mejor éxito.

2. Los discípulos del Salvador ignoraban aun el acontecimiento. Lejos de haberlo preparado con una indigna superchería, rehusaron por largo tiempo creerlo; así que la primer conquista de Jesús resucitado, deberá ser el corazón de sus Apóstoles. «María Magdalena, [693] continúa el Evangelio, fue la primera al sepulcro; y habiendo llegado a él, antes que hubieran desaparecido enteramente las tinieblas, vio quitada la piedra. Corriendo entonces al Cenáculo, donde se hallaba Simón Pedro y el otro discípulo amado de Jesús, les dijo: ¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sé dónde le han, puesto! -Con esta nueva salió Pedro seguido del otro discípulo, y corrieron ambos a la par al Calvario; pero Juan (más joven y más ágil) llegó el primero: y habiéndose inclinado a mirar en lo interior del monumento, vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Llegó tras él Simón Pedro, y entró en el sepulcro y vio los lienzos en el suelo, y el sudario separado y doblado en

---

[1150] Math., XXVIII, 1. Marc., XVI, 1.

[1151] Math., XXVII, 11-15.

otro lugar. Entonces Juan entró también y vio lo mismo, y creyó también que había sido efectivamente quitado; porque ni uno ni otro entendían aun que debió cumplirse la Profecía, y que era preciso que resucitara Jesús de entre los muertos. Retiráronse, pues, y Pedro por el camino admiraba el suceso.» [1152]He aquí los atrevidos conspiradores que según la hipótesis de Caifás y de nuestros literatos, hubieran tenido el valor de arrostrar la lanza de los soldados romanos, para llevarse a su Maestro! Ni siquiera se atreven a permanecer junto al sepulcro vacío y desierto, protegidos como lo están aun por las sombras de la noche; porque podrían volver los guardias. Así, pues, retíranse tan precipitadamente como han venido, después de haberse, no obstante, asegurado de que no posee el sepulcro a su augusto huésped. Creen en un rapto que les consterna, y no les ocurre ni aun la idea de apropiarse las fajas, la mortaja ni el sudario, abandonados en la gruta sepulcral. ¡Ellos, que según se dice, no hubieran temido venir a disputar, a viva fuerza, el cuerpo de su divino maestro a los soldados de Tiberio, no se atreven ni aun a llevarse estas sagradas reliquias, temiendo que les comprometan, porque no hay duda que ha de buscarse el cuerpo de Jesús!

3. Las mujeres tuvieron el valor que faltaba a estos hombres. «María Magdalena, continúa el Evangelio, había vuelto al sepulcro, y estaba a la entrada llorando. Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar dentro del sepulcro, y vio a dos hombres vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Eran dos ángeles, pero ella no [694] lo sabía. Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras? Y ella les respondió: porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vio a Jesús en pie, pero no sabía que era Jesús. «Mujer, le preguntó: por qué lloras? ¿a quién buscas? Ella suponiendo que sería el hortelano encargado de cuidar y custodiar el sepulcro, le dijo: ¡Señor, si le has quitado, dime dónde le has puesto, y yo me le llevaré para darle sepultura! -Díjole Jesús: ¡María! Volviose ella al instante y reconociéndole al punto, exclamó: ¡Rabboni! (que quiere decir ¡Maestro mío!) -Y se precipitó a sus pies para besarlos; mas díjole Jesús: No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre, mas anda a mis hermanos y diles de mi parte. En breve subiré hacia mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. -Fue, pues, María Magdalena a dar parte a los discípulos, y los halló sumidos en dolor y lágrimas. ¡He visto al Señor, exclamó ella, y me ha dirigido estas palabras! Mas al oírla decir que estaba vivo Jesús y que le había visto, se negaron a creerla.» [1153]¡Desdichado del que necesite demostración para conocer lo que hay de divino en esta página Evangélica! Un literato ha creído atenuar la trascendencia de este admirable relato, diciendo: «¡La exaltada imaginación de María de Magdala, representó en esta circunstancia un papel capital! ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que dio al mundo la pasión de una alucinada un Dios resucitado!» [1154]Basta para justiciar estos ultrajes ponerlos en frente del texto del Evangelio. «La imaginación alucinada» de María Magdalena no ejerció influencia alguna respecto de los discípulos, puesto que «se negaron a creer.» -«Y no nos dolamos, dice San Gregorio el Grande, de su incredulidad; porque es el fundamento indestructible de

---

[1152] Math., XXVIII. Marc., XVI, 1. Luc., XXIV, 12. Joann., XX, 1-10.

[1153] Joann., XX, 11-18.

[1154] Vida de Jesús, pág. 434.

nuestra fe. Cuanto más persisten en este momento en negar la resurrección de Jesucristo, más fuerza tendrá su testimonio, cuando, vencidos a su vez por la evidencia, vayan a hacerse matar, en todos los puntos del globo, diciendo: ¡Ha resucitado el Cristo, esperanza nuestra!»

4. «Entre tanto, continúa el Evangelista, al salir el sol, María, madre de Santiago; Salomé; Juana, esposa de Chusa, y las demás mujeres de Galilea que habían servido a Jesús, fueron al sepulcro, llevando los perfumes de que habían hecho provisión. Durante el [695] camino, se decían una a otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? la cual realmente era muy grande. Mas al llegar repararon que la piedra estaba apartada. Pero habiendo entrado dentro del sepulcro, no hallaron el cuerpo del Señor, Jesús; y quedaron muy consternadas con esta desaparición. Y en aquel momento se aparecieron de repente junto a ellas dos ángeles con vestiduras resplandecientes, y quedaron llenas de espanto. Uno de ellos, colocado a la derecha del monumento, les dijo: No tenéis que asustaros: vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fue crucificado. ¿Para qué andáis buscando entre los muertos al que está vivo? Jesús no está aquí: ha resucitado según su promesa. Acordaos de lo que os previno cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y crucificado, y que al tercer día resucite.» ¡Mirad el lugar en que le pusieron! -El Ángel añadió: Id ahora y decid a sus discípulos y especialmente a Pedro: ¡Ha resucitado, e irá delante de vosotros a Galilea, donde le veréis todos! Las mujeres se acordaron en efecto de la predicción de Jesús. Y salieron apresuradamente del sepulcro, dividido su corazón entre el pavor y un inmenso gozo, y sin hablar una palabra, se dieron prisa a ir a encontrar a los Apóstoles. Cuando he aquí que Jesús les sale al encuentro, diciendo: Dios os guarde, y acercándose ellas, postradas en tierra, abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: ¡No temáis! Id, avisad a mis hermanos para que vayan a Galilea, que allí me verán. -Ellas fueron, pues, a anunciar todas estas cosas a los once y a todos los demás discípulos, confirmando con su testimonio el de María Magdalena. No obstante, los Apóstoles persistieron en considerar estas nuevas como un desvarío, y no las creyeron.» [1155]

Jesús resucitado les llamaba «hermanos suyos». Jesús había comprado, a costa de toda su sangre, el derecho de fraternidad divina que le asocia a todas las miserias de los hombres. En este título de inefable dulzura, previene Jesús el remordimiento y el arrepentimiento de los que le abandonaron. Aquí se reviste el perdón con la forma más misericordiosa. El Ángel de la resurrección envía las santas mujeres a Pedro, el cual, sin embargo, rehúsa aun creer. Es preciso que se fortifique su fe, después de la prueba más ruda [696] para adquirir el privilegio de la indefectibilidad. Es preciso que sepa por experiencia la dificultad de creer, y la de hacerse creer. Así, al declinar el día «se le apareció el mismo Jesús». Entonces creyó; pero cuando quiso hacer partícipes de su fe a los demás, no pudo convencerles: «¡El Señor ha resucitado realmente, y se ha aparecido a Simón! dijo: Y rehusaron creerle.» *Surrexit Dominus vere et apparuit Simoni*. [1156]*Nec*

[1155] Math., XXVIII, 11. Marc., Luc., XXIV, 1-11.

[1156] Luc., XXIV, 34.

crediderunt. [1157]Pedro es el primero que se realza, y principia también la misión que le ha sido dada de confirmar a sus hermanos en la fe.» Sólo María no aparece en este día de gozo. Su triunfo es mudo, como lo habían sido sus dolores. La primera aparición del Hijo resucitado fue a su Madre. La tradición se halla unánime sobre este punto. Y la Iglesia Católica repetirá hasta el fin de los siglos: «¡Reina del cielo, regocijaos, ¡*alleluia*! ¡porque aquel de quien merecisteis ser madre, ¡*alleluia*! ha resucitado, según lo había dicho ¡*alleluia*!»

5. «Al declinar el día, continúa el Evangelio, dos de los discípulos iban a una aldea llamada Emmaús, distante de Jerusalén el espacio de sesenta estadios, [1158]y por el camino conversaban de todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, sucedió, que acercándose el mismo Jesús, caminaba a su lado, sin que le conociesen. Díjoles, pues: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estáis tan tristes? Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? ¿Qué? replicó él.- Lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo. ¿Y cómo los sumos sacerdotes y nuestros magistrados le entregaron para que fuese condenado a muerte y le crucificaron? Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad, que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo habérseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado está vivo. [697] Con eso, algunos de los nuestros han ido al sepulcro y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron, pero a Jesús no le han encontrado. Entonces les dijo él: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los Profetas! ¿Pues qué? por ventura ¿no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria? -Y empezando por Moisés y discurriendo por todos los Profetas, les explicaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él. En esto llegaron a Emmaús, y Jesús hizo ademán de seguir adelante, mas los discípulos le instaron a que se detuviese, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde y va ya el día de caída. -Entró, pues, con ellos, y estando juntos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y lo partió y se lo dio. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció súbitamente de su vista. Habiendo quedado solos, se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? -Y levantándose al punto, regresaron a Jerusalén.» [1159]

6. «En ella estaban congregados los once Apóstoles. Y al entrar los dos discípulos, se decía en la reunión: «El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.» Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino de Emmaús; y cómo habían reconocido al Señor al partir el pan. Mas los

---

[1157] Marc., XVI, 13.

[1158] Diez y siete kilómetros. Josefo (De bello Judaico, VII, 36), fija igualmente a distancia de 60 estadios, indicada por el Evangelista entre las dos poblaciones.

[1159] Marc., XVI, 12-13. Luc., XXIV, 13-33.

discípulos no quisieron creerles. Era ya muy tarde, y los Apóstoles reunidos a la mesa, habían cerrado cuidadosamente las puertas por temor a los Judíos; y de repente se presentó Jesús en medio de ellos. Ellos empero atónitos y atemorizados, se imaginaron ver un espíritu. Mas Jesús les dijo: La paz sea con vosotros; soy yo, no temáis. Mas todavía les dominaba el miedo. Jesús les reprendió su incredulidad y la dureza de su corazón, porque habían rehusado dar fe a los que le habían visto resucitado. ¿Por qué os asustáis, les dijo, y por qué dais lugar en vuestro corazón a los pensamientos que os asaltan? Mirad mis manos y mis pies; yo mismo soy; palpad y ved; porque el espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus pies, y la llaga que tenía en el costado. Mas como ellos aun no lo acabasen de creer, estando llenos de gozo y de admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? [698] Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dio. Después les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros. Dichas estas palabras, sopló (o dirigió el aliento) hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a aquellos cuyos pecados perdonaréis, les serán perdonados; y a aquellos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos.» [1160]

7. Cinco apariciones sucesivas habían marcado este primer día de la Resurrección divina. Magdalena y las santas mujeres fueron las primeras que tuvieron con María el inefable gozo de contemplar al Salvador en su gloria. La obra de la Redención se prosigue en un plano paralelo al de la caída. Una mujer causa la ruina del género humano. María y sus compañeras reparan la culpa de Eva. Las piadosas mujeres del Evangelio han seguido al Dios del Calvario en su vía dolorosa, y no le han abandonado en su agonía en la cruz. Han hecho la primera peregrinación cristiana al Santo Sepulcro. Estudien los doctores del Protestantismo este hecho antes de acusar de idolatría las peregrinaciones católicas a los Santos Lugares. Hay, pues, indudablemente, en el papel de la mujer Evangélica, rehabilitada por la fe y el amor divino, un principio de grandeza, de nobleza y de dignidad cristiana, que se desarrolla por todas partes donde se ha enarbolado la cruz redentora. La mujer ha vuelto a tomar posesión en la persona de la Virgen María, de los tesoros de gracia, de pureza y de inocencia que le había arrebatado la serpiente. Sin embargo, por elevados que sean los destinos que ha creado el Evangelio a la mujer, no se ha turbado la maravillosa armonía de la creación. La mujer rescatada por Jesucristo, se eleva hasta el cielo por medio del heroísmo de la virtud; pero permanece en la tierra, en la humildad y la modestia de su condición. ¡Retórico! ¡Has dicho que «dio al mundo la pasión de una alucinada, un Dios resucitado!» [1161]Y has creído enunciar una blasfemia retumbante; y sólo es una impiedad grosera. María Magdalena fue la primera que vio a su buen Maestro, y fue presurosa a anunciar a los Apóstoles la feliz noticia, pero los Apóstoles no la creen. Las santas mujeres favorecidas a su vez por una aparición [699] semejante, llevan su testimonio a los Apóstoles, quienes insisten y se apoyan en la declaración idéntica de Magdalena. Y tampoco las creen los Apóstoles, sino que las tratan de visionarias. ¿Hubiera podido hacer más el racionalista más caviloso? ¿Dónde, pues,

---

[1160] Luc., XXIV, 33-34. Joann., XX, 19-23.

[1161] Vida de Jesús, pág. 434.

habéis encontrado en el Evangelio, que María Magdalena «diera al mundo un Dios resucitado?» Os ha parecido la frase un poco picante y la habéis escrito. Recaiga, pues, sobre vuestras pretensiones científicas como el mayor absurdo de que se ha hecho culpable jamás «un literato que cree hacer algún honor a su país.» Ni María Magdalena ni las santas Mujeres, pueden triunfar de la incredulidad de los Apóstoles. Simón Pedro, su jefe, después que se ha manifestado a él Jesús, no logra tampoco hacerse creer. [1162]Preséntanse a su vez los dos discípulos de Emaús, y dicen: Le hemos visto; hemos viajado con él; nos ha hablado durante todo el camino; le hemos reconocido al partir el pan. -Respóndese a Cleofás y a su compañero de viaje como se ha respondido a Pedro, a las santas Mujeres y a María Magdalena. ¡No os creemos! *Nec illis crediderunt*. ¡Ah! ¡Comprendo el silencio de la Virgen María en este día en que la incredulidad de los Apóstoles daba a luz la fe inmortal de la Iglesia! Aun cuando hubiera ella dicho: ¡Ha resucitado mi Hijo. Ha venido a consolar mi dolor, se hubiera contestado a la Madre de Dios: ¡No os creemos! ¡Son ilusiones de vuestro corazón maternal! María calla, porque su Hijo es Dios, y sólo Dios puede triunfar de la incredulidad humana. Cada uno de los Apóstoles sólo creerá cuando haya visto por sus propios ojos. Si hubiera sido de otra suerte ¿hubiera querido nunca creer el mundo entero que no ha visto? ¿En qué descansa en este momento la fe de los adoradores de Jesús? En la incredulidad obstinada, perseverante, tenaz de los Apóstoles. ¡Oh Dios mío, Salvador y Maestro mío! Pedro y cada uno de los Apóstoles, antes de morir, se negaron, para atestiguar vuestra resurrección, a creer en ella hasta que os vieron. ¡He aquí por qué creo yo, yo que no he visto; y por qué se creerá hasta el fin de los siglos a testigos que sellan su declaración con su sangre! [1163][700]

[1162] [«ccer» en el original. (N. del E.)]

[1163] Siendo una de las bases capitales de nuestra Religión el hecho milagroso de la Resurrección de Jesús, la incredulidad ha excogitado para quitar a este hecho tal carácter, tres medios que juzgamos conveniente exponer para rebatirlos.

El medio más antiguo y más sencillo, es suponer un fraude por parte de los apóstoles, juzgando que hubieran hecho desaparecer de algún modo el cuerpo de Jesucristo (Math., XXVIII, 12, 15). A él recurrieron Celso, los Fragmentos de Wolfenbuttel y otros, después de los Judíos que lo inventaron. Mas este medio es desechado positivamente por Strauss; pues en efecto, es incompatible un engaño premeditado con el desaliento en que se hallaban sumergidos los discípulos después de la muerte de Jesús, y con la fe triunfante que adquirieron, durante todo su ministerio, en la convicción de la resurrección de su Maestro.

El segundo medio consiste en admitir que Jesús no había muerto completamente cuando fue puesto en el sepulcro, dispertándose en él la fuerza vital por la influencia de los aromas y de la frescura del sepulcro. Paulus y Schleirmacher son los principales defensores de esta hipótesis. Bajo este punto de vista, son las apariciones de Jesús hechos reales, pero naturales. Strauss ha condenado también esta hipótesis. ¿Cómo pudo, en efecto, aparecer Jesús en un cuarto cuyas puertas estaban cerradas? ¿Cómo después de un suplicio como el de la cruz, pudo andar un largo camino a pie con los discípulos de Emmaús, para desaparecer en seguida de la mesa súbitamente?¿Cómo algunos días después, emprendió el viaje de Galilea? Pero sobre todo ¿cómo un ser medio muerto que se hubiera arrastrado miserablemente fuera del sepulcro, que no debiese la vida sino a toda clase de cuidados y contemplaciones, y que hubiera concluido, al cabo de algún tiempo por sucumbir a sus padecimientos, hubiera podido causar en sus discípulos la impresión de un vencedor de la muerte y del sepulcro, de un Príncipe de la vida?

¿Cómo había de haber trasformado el solo hecho de verle de esta suerte su tristeza en entusiasmo, y su confianza en adoración? He aquí lo que nunca podrá explicar un historiador formal y grave.

Queda el tercer medio, el más moderno y el más osado. Tal es el de reconocer que los discípulos creyeron en la Resurrección, que sin esta fe, hubiera sido imposible la fundación de la Iglesia cristiana (Strauss, Das Leben Jesu, pág. 601); pero explicando esta fe por un fenómeno mental, por una ilusión de las santas mujeres y de los discípulos. Nadie, dice Strauss, fue testigo del hecho, según resulta por los mismos relatos. Más aun, ningún testimonio proviene de uno de los testigos de la vida de Jesús, porque Pablo no era apóstol; los tres evangelios sinópticos no son obras apostólicas, y el cuarto evangelio no es auténtico. Por otra parte, los relatos se contradicen en muchos puntos. Finalmente, la idea misma del cuerpo resucitado de Jesús, tal como la presentan las narraciones, contiene datos inconciliables; un cuerpo de carne y hueso que digiere miel y pescado, no puede penetrar por entre las paredes de un aposento (Strauss, ibid., pág. 295). Es preciso, pues, admitir, dice, que se desarrolló, respecto de María Magdalena, a causa de su adhesión a Jesús y de una disposición enfermiza, y respecto de los apóstoles, a causa de la necesidad de armonizar o concordar la muerte de su Maestro con la idea del reino eterno del Mesías y con el estudio de las profecías mal comprendidas, un estado de exaltación tal, al volver a Galilea, a los sitios en que habían vivido en otro tiempo con Jesús, que despertó su recuerdo con una viveza extraordinaria, y se trasformó en ellos en una visión. Creyeron verle, oírle, tocarle, y esta ilusión obró en ellos este completo cambio que ha creído deber atribuir siempre la Iglesia cristiana a la influencia del hecho real. Lo mismo sucede respecto de Pablo, a consecuencia de sus luchas interiores. En cuanto al viaje de Emmaús, piensa Strauss que se puede suponer la presencia de un creyente desconocido que habló del Mesías con entusiasmo a los dos discípulos, los cuales imaginaron después, haber sido el mismo Jesús. Y respecto de la escena de la pesca milagrosa en las orillas del lago de Tiberiades (Juan, XXI), supone igualmente que se la aconsejó un amigo anónimo, y que ellos siguieron su consejo, el cual, habiéndoles dado tan magnífico resultado, tomaron los discípulos al que se lo dio por el Señor (ibid., pág. 308). La fecha del tercero día, que todos los relatos fijan para el hecho de la Resurrección, no sería histórica, sino una mala aplicación de una locución proverbial y de ciertas expresiones escriturarias (ibid., pág. 316). En cuanto al cuerpo de Jesús, supone Strauss, que debió ser echado simplemente a la fosa con los de los otros malhechores, y cuando más adelante, en la Pascua de Pentecostés, proclamó Pedro por vez primera en público la Resurrección, no fue posible presentarlo para disipar la ilusión de los discípulos y destruir el efecto de su testimonio (ibid., pág. 312). Tal es la explicación de Strauss, adoptada en sus rasgos principales, por Baur y por M. Renan.

Es verdad que no tuvo testigos el hecho de la Resurrección; pero esto no puede probar nada contra su realidad, si se hallan suficientemente probadas las apariciones del Resucitado. Es falso que no se halle consignada la Resurrección en ningún escrito apostólico. El Apocalipsis que reconoce Strauss ser de San Juan, atestigua, por más que se diga, la Resurrección: «Yo estoy vivo, aunque fui muerto, y Mora he aquí que vivo... y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro (I, 18).» Esto dice aquel que fue muerto y está vivo (o ha revivido o resucitado (II, 8)). El autor no usa de otras expresiones cuando habla de la resurrección de los fieles (XX, 4), y de la resurrección universal (XX, 5); hechos que considera seguramente como corporales. La idea de una vida puramente espiritual que intenta sustituir Strauss con estas palabras a la de una resurrección propiamente dicha, no correspondería a la de muerte, a que es opuesta. Finalmente, toda la visión del cap. V, en que representa San Juan a Jesús glorificado, semejante a un cordero inmolado y sentado en el trono, se apoya en la intuición de la resurrección corporal de Jesucristo. Pero aun cuando no existiese ningún escrito apostólico que atestiguara la Resurrección ¿qué importaría esto, puesto que el mismo Strauss admite que la predicación apostólica que ha fundado a la Iglesia, implicaba la fe en la Resurrección? -Las principales divergencias entre las narraciones desaparecen desde que se reconoce la naturaleza sumaria del relato de San Mateo, conforme al carácter de todo su evangelio, y de que acabamos de ver un ejemplo en la manera cómo generaliza la aparición a María Magdalena, aplicándola indistintamente a todas las mujeres. La aparición que coloca en Galilea, la única que refiere después de aquella, resume todas las que tuvieron lugar en esta comarca, porque el Evangelista quiere únicamente consignar que Jesús, antes de dejar el mundo, se proclamó el Mesías, no solamente de los Judíos, sino de todos los pueblos, y dejó a sus apóstoles el cargo de someterle el mundo, prometiéndoles auxiliarles en esta conquista. Como se nota generalmente en

todos los discursos expuestos en este evangelio, la cuestión histórica se halla subordinada enteramente al fondo. La narración de San Lucas tiene también un carácter sumario, como lo muestran los: «Y díjoles», repetidos muchas veces, sin indicar situación histórica alguna, quedando reservados los pormenores para la segunda parte de la obra, el Libro de los Actos. En todo caso, cuanto más se diferencian los relatos evangélicos en los detalles, más resalta su unanimidad, en cuanto al hecho capital. Las contradicciones que hace resaltar Strauss en el relato bíblico, en cuanto a la naturaleza del cuerpo resucitado de Jesús, desaparecen con la noción del cuerpo espiritual, que por una parte, se halla también en relación con el cuerpo natural, y por otra, pertenece a un nuevo orden de cosas. El estado de Jesús resucitado es mixto; pues participa a un tiempo mismo de la tierra y del cielo; es un estado de transición: «Yo subo» (XX, 17). -La aparición a María Magdalena, tal como se describe por Juan, no puede ser una simple alucinación; porque María no piensa más que en Jesús muerto; sólo busca su cadáver, y no podría explicarse una alucinación sino por la sobreexcitación de una esperanza. En cuanto al supuesto de que todo este relato no es más que una ficción del pseudo Juan, no se hará nunca probable a los ojos de quien posea el menor tacto que discierna lo real de lo artificial. La misma reflexión se aplica a las dos apariciones de Jesús a los Apóstoles, referidas en el cap. XX. -Estas apariciones, así como las que describen los sinópticos y las que enumera San Pablo (I, Cor., XV) ¿son debidas a la alucinación? Pero ¿cómo admitir un alucinamiento simultáneo e idéntico en once y aun en quinientas personas (I, Cor., XV, 6)? Ésta es una hipótesis que traspasa todos los límites, no solamente de lo verosímil, sino aun de lo posible. -El viajero anónimo y el amigo desconocido a quien recurre Strauss para explicar las dos escenas de Emmaús y del lago de Tiberiades, entran en este género bien conocido de los expedientes a lo Paulus, que ha censurado tantas veces el mismo Strauss. -Lo que embaraza evidentemente más a Strauss, es la cuestión sobre el paradero del cadáver. Si como resulta de las narraciones evangélicas, permaneció en manos de los amigos de Jesús, ¿cómo no se desvanecieron todas las visiones y todos sus alucinamientos en vista de este cuerpo? Así Straus, a imitación de Wolkmar, remite al dominio del mito la cesión del cuerpo de Jesús por Pilatos a Josef de Arimatea. Según él, debió quedar el cuerpo en manos de los enemigos del Señor. Pero entonces ¿cómo no se sirvieron de él para desengañar a estas pobres gentes alucinadas por su imaginación? ¿Qué cosa más fácil que ponerles en frente de este objeto o instrumento justificativo y de convicción? Strauss pretende que la noticia de la Resurrección no se divulgó hasta la Pascua de Pentecostés, por medio de la predicación de San Pedro; y no ve en el día tercero, mencionado en todas nuestras relaciones, más que una expresión legendaria. No hay duda de que sólo a la Pascua de Pentecostés fue proclamada pública y oficialmente la Resurrección por los Apóstoles; pero si no se hubiera divulgado su rumor y su fama anteriormente, ¿qué crédito se hubiera dado a esta noticia que caía de las nubes tanto tiempo después del suceso? El poderoso efecto que produjo instantáneamente el discurso de San Pedro en la Pascua de Pentecostés, supone el conocimiento del hecho de la Resurrección divulgado ya entre los habitantes de Jerusalén, y en general en el pueblo judío.

Solamente se trataba de explicárselo por un fraude de los discípulos, y el discurso de Pedro disipó esta sospecha en aquellos que eran accesibles a santas impresiones. En una palabra; o permaneció el cuerpo en manos de los Judíos, y entonces hubiera bastado mostrarlo para desengañar a los Apóstoles, o quedó en las de los Apóstoles, y entonces era imposible toda ilusión por parte suya. -Para que la vuelta de los Apóstoles a Galilea, a los sitios donde habían vivido con Jesús hubiera podido desarrollar en ellos un estado de exaltación capaz de ocasionar visiones y supuestos alucinamientos, ¿no era preciso en todo caso que hubiera sido Cristo, durante su vida, otro Cristo que el que admite Strauss? ¿El Predicador del Sermón de la Montaña, el Sócrates judío, no habría vuelto a ser visto jamás por sus discípulos más fervientes después de su muerte? -Semejante efecto se halla fuera de toda proporción con la causa supuesta. -La exaltación enfermiza y febril de que debe admitirse, bajo este punto de vista, haber sido afectados los discípulos, es incompatible con el carácter sosegado, humilde, práctico, perseverante, sano y santo de la vida cristiana, tal como la produjo la fe en la Resurrección en los Apóstoles, en San Pablo y en los verdaderos cristianos de todos los tiempos.

Strauss tiene el buen sentido de conceder, que sin la fe de los Apóstoles en la Resurrección, la Iglesia no hubiera nacido nunca; el buen sentido de la humanidad añade y añadirá siempre, que sin el hecho de la Resurrección, la fe de la Resurrección en los Apóstoles y en los primeros cristianos es inexplicable.-(N. del T.)

§ II. La Octava de la Resurrección

8. La solemnidad pascual duraba ocho días. Los Apóstoles y los discípulos no debían, pues, dejar a Jerusalén y volver a Galilea, hasta después de la semana de la fiesta. El Ángel de la Resurrección [701] les había anunciado que les precedería Jesús a su patria, y que en esta tierra donde había vivido tres años con ellos, todos podrían contemplarle. Sin embargo, el divino Maestro no quiso retardar [702] hasta entonces su manifestación al colegio Apostólico. Desde la primer noche se apareció a los Apóstoles congregados. Préstase como Dios a la debilidad de estos hombres; les hace tocar sus [703] manos, sus pies, la llaga de su costado. Come delante de ellos de las modestas provisiones que le ofrecen. Los pescadores del lago de Tiberiades, encerrados cuidadosamente por temor a los Judíos, no tienen otra cosa que un pez asado y un panal de miel. La Iglesia Católica, heredera de la tradición de los Apóstoles, ha conservado esta humilde práctica de la abstinencia que subleva las delicadezas del racionalismo y el libre alvedrío de los Protestantes. Pero la Iglesia ha sido fundada por doce pescadores, para los cuales eran prácticas familiares el ayuno, la abstinencia y la mortificación del cuerpo. Ni Lutero ni el racionalismo podrán alterar en nada el Evangelio y la tradición de los Apóstoles. Cuando hubo terminado el Salvador esta modesta comida, creían en fin todos los asistentes; habían desaparecido la incertidumbre, la vacilación y la duda. Verdaderamente que es forzoso creer cuando se ve, cuando se toca. «Un espíritu no tiene carne ni huesos,» había dicho Jesús. Un fantasma no come. La fe sucede a todas las negaciones precedentes. Entonces instituye el Salvador solemnemente el sacramento de la Penitencia. «Se perdonarán los pecados a los que vosotros se los perdonaréis, y les serán retenidos a aquellos a quienes vosotros se los retuviereis.» Antes de su Pasión, durante los días de su vida pública, perdonaba el divino Maestro los pecados. Había prometido a Pedro en particular [1164] y a los Apóstoles en general, [1165]conferirles a ellos mismos este poder. Ha llegado el momento, y les confiere la investidura de este sagrado ministerio en el mismo día, en que, triunfante del pecado y de la muerte que es su castigo, sale Jesús vencedor del sepulcro. Pero, dicen los sectarios de Lutero y de Calvino, ¿dónde está el precepto de la confesión auricular, en estas palabras de Jesucristo? Concederase tal vez que sea el sacramento de la Penitencia de institución divina; pero no dice el Evangelio que sea necesario a un hombre confesarse. Jesús perdonaba las culpas de los prevaricadores con una sola palabra. «Hijo mío o hija mía, ten confianza, decía, tus pecados te son perdonados.» Mas no se había efectuado la confesión previa. -Así

[1164] Math., XVI, 19.

[1165] Math., XVIII, 18.

es como razonan, después de [704] tres siglos, nuestros hermanos extraviados. Pues bien; Jesús, el Verbo de Dios, conocía las disposiciones de las almas y sus extravíos y sus miserias. Cuando confesó a la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob, fue él quien reveló a la pecadora el estado de su corazón. Pero al dar a los Apóstoles y a los discípulos el poder de perdonar los pecados, no les comunicó su divina presciencia. Para retener o para remitir la ofensa hecha a Dios, es necesario saberla. ¡Qué poder tan inaudito conferido a mortales! ¡Remitir o retener la injuria que se dirige a Dios! Tal es, no obstante, la misión que da Jesucristo a sus Apóstoles. ¿Han pensado jamás en una institución semejante las filosofías humanas con todos sus sistemas y sus genios? Pero evidentemente, puesto que el ministro de Jesucristo no sabe los pecados sino en cuanto se le revelan, no podría, sin la confesión previa, ejercer su privilegio sobre las almas.

9. «Tomás, empero, continúa el Evangelista, uno de los doce, llamado Dídimo, [1166]no estaba con ellos cuando se manifestó Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en la cicatriz que dejaron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. -Ocho días después, estaban otra vez los discípulos reunidos en la misma casa, y Tomás con ellos. Y vino Jesús estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. -Después, dirigiéndose a Tomás: Mete aquí tu dedo, lo dijo, y registra mis manos, y trae la tuya y métela en la llaga de mi costado y no seas incrédulo, sino fiel. -¡Señor mío y Dios mío! exclamó el Apóstol. -Jesús repuso: Has creído ¡oh Tomás! porque me has visto ¡bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.» [1167]

La fe es, pues, el cumplimiento humano de la obra divina de la Redención. Admírase el racionalismo de que cada día, a cada hora, al menor capricho de una inteligencia extraviada, no aparezca Jesús en el esplendor de su humanidad viviente, para extinguir toda duda y disipar toda clase de ignorancia. Mas ya hemos dicho que esto sería destruir la libertad humana, la conciencia, el mérito y el demérito individuales. La fe no es meritoria, sino porque es un esfuerzo; y no obstante, es tal la luz en esa expansión de la verdad [705] Evangélica, que es preciso cerrar voluntariamente los ojos para sustraerse a tanta claridad. «¡Bienaventurado los que creen sin haber visto!»

[1166] Gemelo.

[1167] Joann., XX, 24-29.

§ III. Regreso a Galilea

10. Había terminado la octava Pascual, y los Apóstoles tomaron al mismo tiempo que los demás peregrinos, el camino de Galilea. Jesús les había precedido a ella. «Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos a la orilla del mar de Tiberiades, continúa el Evangelista, y fue de esta manera: Hallábanse juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo y Nathanael, que era de Caná de Galilea; y Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Dijéronle ellos: Vamos también nosotros contigo. Fueron, pues, y entraron en la barca, y aquella noche no cogieron nada. Entonces Jesús apareció en la ribera, sin que le reconocieran los discípulos, y les preguntó de lejos: Muchachos ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Entonces les dijo Jesús: Echad la red a la derecha del barco y encontraréis. Echáronla, pues, y ya no podían sacarla por la multitud de peces de que estaba cargada. En aquel momento, el discípulo a quien amaba Jesús, dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, no bien oyó que era el Señor, vistiose la túnica, que se había quitado, y se echó al mar para ganar al punto la ribera. Entre tanto, los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces (pues no estaban distantes de la tierra sino como unos doscientos codos). Al saltar en tierra, vieron preparadas brasas y un pez puesto encima y pan. Jesús les dijo: Traed algunos de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro corrió al barco, y sacó a tierra la red, llena de ciento y cincuenta y tres peces grandes, y con ser tantos no se rompió la red. Jesús les dijo entonces: Venid y comed. Sentáronse, pues, para tomar alimento; pero ninguno de los que estaban comiendo se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú? Porque todos sabían bien que era el Señor. Y se acercó Jesús, y tomó el pan y se lo distribuyó, y lo mismo hizo del pez. -Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos.» [1168][706]

11. Las catacumbas de Roma nos han conservado el *Pez*,)Ixqu\j [1169] como el Símbolo del divino Pescador de las almas. ¡Qué recuerdo para el corazón de Pedro, de Juan y de los Apóstoles, esta aparición de Jesús resucitado en las orillas del lago de Genesareth! Por última vez vuelven los pescadores Galileos a su barca y a sus redes, trabajando toda la noche sin pescar nada. Al despuntar el día, les grita un desconocido desde la ribera: Muchachos ¿tenéis algo que comer? Creen ellos ser su interlocutor uno de aquellos mercaderes que recorrían las riberas del mar de Tiberiades para comprar los productos de la pesca. -«No», contestan ellos, con el laconismo del desaliento que ocasiona haber perdido el trabajo. Pero el desconocido replica: «Echad la red a la derecha de la barca.» La arrojan, y cuando quieren sacarla, son impotentes sus esfuerzos; teniendo que arrastrarla remando hasta tierra. En esta nueva y milagrosa pesca, reconoce Juan al divino Maestro. Se lo dice a Pedro, y este último, sin cuidarse ya ni de las redes ni de los peces ni de la barca, se pone su túnica, y se lanza al mar, para salvar a nado los doscientos codos que le separan de Jesús, y ser el primero que le bese los pies. He aquí lo que era Pedro, el

---

[1168] Joann., XXI, 1-14.

[1169] Ixqnj en el original. (N. del E.)

Jefe o Cabeza de la Iglesia. Y no es ya quien refiere el hecho el Evangelio escrito por su discípulo San Marcos, sino el mismo San Juan.

12. «Acabada la comida, continúa el mismo Evangelista, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? -Sí, Señor, respondió Pedro; tú sabes que te amo. -Y Jesús le dijo: Apacienta mis corderos. -Segunda vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? -Respóndele: Sí, Señor; tú sabes que te amo. -Dícele: Apacienta mis corderos. -Y repitió por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? -Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase su Maestro si le amaba; y así respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo. -Entonces le dijo Jesús: Apacienta mis ovejas. [1170]Y después añadió: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido e ibas donde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará donde tú no quieras ir. [707] -Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había Pedro de glorificar a Dios.- Entonces le dijo el Señor: ¡Sígueme! En aquel momento volvió Pedro la cabeza, y vio venir detrás al discípulo a quien amaba Jesús, y que había estado reclinado sobre su pecho en la cena. Pedro se lo mostró a Jesús, y le dijo: Señor, ¿qué será de éste?-Respondiole Jesús: Si yo quiero que permanezca hasta mi venida, ¿a ti qué te importa? Sígueme. -Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos, de que este discípulo no moriría. Sin embargo, Jesús no había dicho: No morirá, sino: Si quiero que espere así mi venida o que permanezca hasta mi venida, ¿a ti qué te importa? -El que da este testimonio, consignándolo en este escrito, en que expone la verdad, es Juan mismo.» [1171]

13. Las tres negaciones de Pedro son expiadas por las tres protestas de amor. Era necesario, dice San Agustín, que pronunciase no menos palabras para atraer la vida, que las que había proferido para conjurar la muerte. Tres veces había repetido a la criada y a los sirvientes de Caifás: «¡No conozco a este hombre!» Tres veces debía, pues, repetir al Salvador resucitado: «¡Ya sabes que te amo!» Cuando el divino Maestro le repitió por la tercera vez su suprema interrogación, debió representarse al espíritu del Apóstol el recuerdo de su pasada infidelidad. Contristose, pues, dice el Evangelista: *Contristatus est Petrus*; pero ahora iguala su humildad a su amor. No dice ya como en el Cenáculo: «¡Señor, aunque te abandonaran todos los demás, yo no te abandonaré nunca!» Responde con calma y conmovido sin impulso alguno de presunción: «¡Señor, tú lo sabes todo; y conoces bien que te amo!» El alma de Simón se ha convertido realmente en la *piedra* en que ha de descansar la Iglesia; es la inmoble roca en su firmeza; pero es la roca herida por una vara más fuerte y poderosa que la de Moisés, y de donde saltará en olas inmortales el agua viva de la caridad y de la fe. «¡Apacienta mis corderos! ¡Apacienta mis ovejas!» Sé el Pastor Supremo del rebaño y de sus pastores. He aquí, en su divina sencillez, la institución de la soberanía pastoral de Pedro. ¡En este día fue consagrado el primer Papa, y el mundo concluirá antes que ver concluir el último Papa! Sin embargo, la sangre de Pedro enrojecerá su blanca túnica de

---

[1170] Jesús se había llamado el buen Pastor. Confiando a San Pedro la dirección de los corderos y de las ovejas, le constituye su vicario en la tierra. He aquí por qué, fieles a la enseñanza del Evangelio, dan los católicos al sucesor de San Pedro el nombre de Vicario de Jesucristo.

[1171] Joann., XXI, 15-24.

pastor. Así lo ha anunciado Jesús: «extenderás a las cadenas tus manos envejecidas, [708] y otro te las amarrará y te llevará donde tú no querrás ir.» El reflejo del martirio que debe santificar la Roma de los Papas, ilumina las apacibles riberas del lago de Genesareth. Pedro acepta en silencio para él y sus sucesores la potestad con sus terribles cargas. ¡Cuántos Papas han sido después «encadenados» y «llevados a donde no querían ir!» Y no obstante, permanece invencible el Pontificado. Juan, el discípulo del amor, no tendrá que consumar su larga carrera con el martirio. Sesenta años más adelante escribía en Éfeso esta conmovedora narración. Los cristianos se lisonjeaban con la esperanza de que lo tendrían siempre consigo. «Mas, añade el augusto anciano: Jesús no había dicho: ¡no morirá Juan! Había dicho solamente: Si quiero que espere en paz el día de mi venida y de su libertad; ¿a ti qué te importa? En cuanto a ti, me seguirás al Calvario!»

14. El Thabor había visto a Cristo transfigurado. El Thabor debía verle en el nuevo esplendor de su resurrección: «Los once, dice el Evangelio, recibieron orden de trasladarse a este monte.» [1172]Allí le vieron, dice San Pablo [1173] más de quinientos discípulos que estaban reunidos. A su vista, cayeron a sus pies y le adoraron. Sin embargo, algunos tuvieron sus dudas. [1174]¿Han leído el Evangelio los racionalistas que nos hablan de la credulidad de los discípulos y de los alucinamientos de Magdalena? Cada Apóstol, cada discípulo no cree hasta que ha visto y tocado. Los quinientos testigos, gran número de los cuales vivía aun veinte y siete años más adelante, cuando escribió San Pablo su primera Epístola a los Corintios, no creen sino porque han visto. Los demás dudan todavía. Entre tanto se acercaba la fiesta de Pentecostés. Según los términos de la ley judía, debían los Apóstoles ir a Jerusalén a esta solemnidad. Allí fue donde les dio el divino Maestro su última cita en la tierra. Jerusalén había crucificado a su Salvador y a su Rey: la ciudad deicida debía ver al Hijo de Dios subir al cielo. Después de esta suprema manifestación, habrá triunfado la fe en la resurrección, de toda clase de resistencias. [709]

[1172] Una tradición muy antigua pretende que la montaña de Galilea, que no designa el Evangelista, era el Tabor. Todavía se enseña en la actualidad el sitio en que se manifestó el Salvador a la multitud de los discípulos.

[1173] Cor., XV, 6. Añade San Pablo que se manifestó Jesús, otra vez aun, en particular, a Santiago el Menor.

[1174] Math., XXVIII, 16-17.

§ IV. La Ascensión

15. «Hallándose los once reunidos en Jerusalén, dice el Evangelio, se acercó a ellos Jesús, y les habló en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas; instruid a todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enseñadlas a observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyesen, acompañarán estos milagros: en mi nombre, lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán con la mano las serpientes, y si bebieren algún licor venenoso, no les hará daño; pondrán la mano sobre los enfermos, y quedarán éstos curados. [1175]-Comiendo con ellos, les mandó Jesús que no partiesen de Jerusalén hasta haber visto cumplirse la promesa del Padre. «Vosotros la oísteis de mi boca, y es, que Juan bautizaba con el agua, mas vosotros dentro de pocos días habéis de ser bautizados en el Espíritu Santo.» [1176]

El racionalismo nos dice: Jesús fue un doctor judío que no pensó en manera alguna en extender más allá de la Palestina el círculo de su palabra y de su enseñanza. Si ha roto el cristianismo las barreras que le había fijado su fundador, se debe a la acción individual de San Pablo. Basta para destruir esta teoría, ponerla al lado de las palabras mismas del Salvador: «A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, por *todo el mundo*; predicad el Evangelio *a todas las criaturas*; bautizad *todas las naciones*.» El protestantismo nos dice: Leer la Biblia; interpretarla conforme a sus propias luces, y creer en la redención en Cristo, tal es el camino de salvación trazado por el Salvador. Pues bien, Jesús ha dicho a los Apóstoles y a Pedro su jefe. «Instruid a todas las naciones, enseñadles a observar todas las cosas que os he mandado.» No se trata aquí ni de lectura individual ni de fe en las obras, ni de libre examen. Los Apóstoles deben enseñar, tienen la tradición de la doctrina. Los fieles deben recibir la enseñanza y creer la doctrina. Estas consecuencias se desprenden directamente del texto del Evangelio: [710] Son de una sencillez elemental, y las comprendería un niño. ¿Por qué, pues, tanta obstinación en el error?

16. «Jesús, prosigue el sagrado texto, continuó instruyendo a los Apóstoles. Cuando estaba con vosotros, les dijo, os decía: Es necesario que se cumpla todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos. -Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y añadió terminando: Así estaba escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero día, y que en nombre suyo se predicase y se predique la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas, y yo voy a enviaros el (Espíritu Divino) que mi padre os ha prometido (por mi boca). Entre tanto, permaneced en esta ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto. Señor, preguntaron los discípulos, ¿será éste el tiempo en que has de restituir el reino a Israel? -Jesús les respondió: No os corresponde a vosotros el saber los

---

[1175] Math., XXVIII, 18 ad ultim. Marc., XVI, 15-18.

[1176] Act., I, 4-8.

tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder (soberano). Pero vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos, en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria, y hasta el cabo del mundo.» [1177]

El Padre ha dado su Hijo por la salvación del mundo: el Hijo ha hecho conocer a los hombres al Padre, antes de elevarse a su seno. Otra tercera persona, el Espíritu Santo va a descender para unirse a la Iglesia, y contraer con ella esta unión fecunda que regenerará la tierra. Nuestros literatos han ojeado todas las páginas del Evangelio, sin encontrar en él, según dicen, «Ni teología, ni símbolo, ni nada que se parezca a un dogma, por poco definido que sea.» [1178]¡Esta confesión no hace verdaderamente honor a la inteligencia de nuestros literatos!

17. «Después de haberles hablado así, dice el historiador sagrado, los condujo Jesús fuera de la ciudad, al camino de Bethania; y levantando las manos, los bendijo, y mientras les echaba esta bendición suprema, le vieron elevarse sobre sus cabezas y subir al cielo, donde está sentado a la derecha de Dios. Y una nube le encubrió a sus ojos. Y estando atentos a mirar cómo iba subiéndose al [711] cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, y dijeron: Galileos, ¿por qué estáis así en pie mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir al cielo a vuestra vista, descenderá un día de la misma suerte. -A estas palabras, se postraron a adorarle. Y en seguida se volvieron del monte de los Olivos, que dista de Jerusalén el espacio de camino que puede andarse en sábado. Y entraron en la ciudad llenos de alegría. Y estaban de continuo en el Templo alabando y bendiciendo a Dios.» [1179]

En este monte de los Olivos, en el mismo sitio de donde subió al cielo el Hijo de Dios, hizo construir la emperatriz Elena la basílica de la Ascensión. ¡Dichoso el peregrino, cuyos labios han podido besar, después de diez y ocho siglos, la última huella que dejó el pie de Jesús en nuestra tierra! ¡Mas dichoso aquel que ha guardado la fe de los Apóstoles, y no ha encontrado en el mismo Evangelio, «motivo de escándalo y de caída!» ¡Ved ahí, en su incomparable majestad y en su divina sencillez ese Libro, que dio y dará al mundo una vida inmortal! En un monasterio del Sinaí, en la cuna misma del Pentateuco, acaba de descubrirse el ejemplar más antiguo que se conoce del Evangelio. Es un manuscrito griego que se remonta al siglo IV. Este pergamino, olvidado por tanto tiempo, reproduce palabra por palabra nuestro texto actual; y no parece sino que lo ha tenido reservado la Providencia, para confundir las últimas argucias del racionalismo expirante. ¡Es, pues, auténtico este Libro! Así esperamos haberlo demostrado. ¿Pero podrán describirse nunca los manantiales de inefable alegría que brotan de cada una de sus páginas? En el momento de dejar estas páginas regadas con tantas lágrimas, en el momento de separarnos del Jesús del Establo, del Jesús de la Cruz, del Jesús de la Ascensión, permanecen nuestro corazón y nuestros ojos fijos y elevados hacia el cielo en

---

[1177] Luc., XXIV, 44-49. Act., I, 6-8.

[1178] Vida de Jesús, pág. 297.

[1179] Marc., XVI, 19. Luc., XXIV, 50-53. Act., I, 9-12.

donde acaba de desaparecer. ¡Ojalá envíe a los que todavía le desconocen el Ángel de la verdad que les diga, como a los Apóstoles: «Este Jesús que acaba de subir al cielo descenderá de él un día de la misma suerte!»

FIN